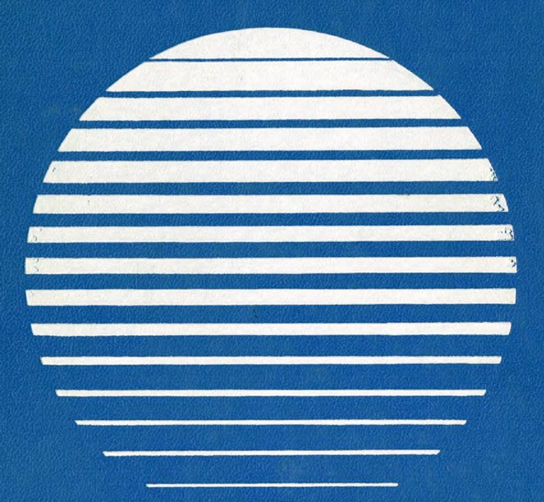
HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO XX





HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO 20

VOLUMEN PRIMERO

Edición internacional dirigida por
A. J. P. Taylor y **J. M. Roberts**

COMITÉ DE ASESORES

K. D. Bracher
profesor de Historia Contemporánea y de Ciencias Políticas en la Universidad de Bonn.

C. P. Fitzgerald
profesor de Historia Oriental y China en la Universidad de Canberra.

Sir Basil Liddell Hart
experto en Historia Militar.

Henri Michel
Secretario General del Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial.

Robert Ochs
profesor de Historia Moderna en la Universidad de Carolina del Sur.

Sadatoshi Tomioka
director del Instituto Japonés de Investigaciones Históricas.

A. M. Samsonov
miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

Antonín Šnejdárek
director del Instituto de Política y Economía Internacional de Praga.

Leo Valiani
profesor de Historia en la Fundación Luigi Einaudi de Turín.

Claudio Veliz
director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

C. J. H. Watson
de la Universidad de Oxford.



EDITORIAL VERGARA
BARCELONA

DOCUMENTACIÓN GRÁFICA

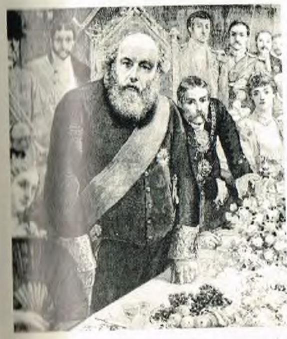
L. Alonso (Madrid); Archivo Casasola; Archivo Fotográfico Mondadori; Archivo Vergara; Eve Arnold (F. Magnum); Art Institute of Chicago; *L'Assiete au Beurre* (París); A.J. Barker; C. Barker; Bayer. Armeemuseum (Munich); Museo Militar de Belgrado; Ian Berry (F. Magnum); Bertarelli (Milán); Bettmann Archive; Bibliothek für Zeitgeschichte (Stuttgart); Bradford City Library; British Museum (Londres); Brown Brothers; Colección René Dazy; Colección Viollet (París); Conservative Research Department; Archivo Histórico de la Nación (Rep. Argentina); Chicago Historical Society; Culver Pictures Inc.; China Pictorial; Emil Chuthess; *De Nieuwe Amsterdammer; Der Welt Spiegel; Domenica del Corriere;* Edistudio (Barcelona); Fawcett Library; Fine Arts Publishing Co. Ltd.; Ediciones Fisa; Galleria Bergamini (Milán); Geernsheim; Martin Gilbert; GLC Photo Library; Paul Gori; Kenneth Griffith Collection; Harlingue (F. Viollet); Heeresgeschichtliches Museum (Viena); *L'Illustration;* Imperial War Museum; India Office Library; Instituto de Historia de la Ciudad (Barcelona); Instituto Luce; Keystone; *Kladderadarsch;* R. Lehman Collection, Nueva York (F. Giraudon); *London Express and News;* London Museum; London School of Economics; London Transport Board; Macmillan Co. (Nueva York); Magnum; Mander & Mitchenson; Mansell; Ministry of Defense (Naval Department), Londres; Musée Carnavalet (París); Musée de L'Armée, Invalides (París); Musée de la Guerre (París); Musée des Arts Decoratifs (París); Musée des Beaux Arts (F.P. Giraudon); Musée des Beaux Arts (Ruán); Musée Royal de L'Armée (Bruselas); Museo d'Arte Moderna (Milán); Museo della Fanteria (Roma); Museo della Guerra (Rovereto); Museo de Mons; Museo di Storia Contemporanea (Milán); Museum of Modern Art (Nueva York); National Army Museum (Sandhurst); National Gallery (Londres); National Gallery of Canada; National Maritime Museum (Greenwich); National Portrait Gallery; Nerbini; Novosti; The Omnibus Society Collection; *La Presse Socialiste* (F. Tasiemka); *Le Petit Journal; Le Petit Journal Illustré* (F. Snark); Paul Popper; *Punch;* Radio Times Hulton Picture Library; Francisco X. Ráfols; Editions Rencontre; *Le Rire;* Theodore Roosevelt Association; Patricia Rosenwald; SCR Photo Library; Gabriel Serra (Barcelona); *Simplicissimus;* Snark International; Staatsbibliothek (Berlín); Südd-Verlag (Munich); Hans Tasiemka; Oscar Tellgman; Tretyakov Gallery; Ullstein; Ulk (F. Tasiemka); Ulster Museum (Belfast); Victoria and Albert Museum (Londres); Vhú (Praga); Roger Viollet; Wiener Library (Londres); Agencia Zardoya (Barcelona); A. Zerkowitz (Barcelona).

Título original: *History of the 20th Century*
Traducción de Jaime Berenguer Amenós, Carlos Pujol, J.G. Larraya, Esteban Riambau y J.C. García-Borrón
Depósito Legal: B. 39 247 (I) - 71. Impresión: Publicaciones Reunidas, S.A. Alfonso XII s/n - Badalona
Impreso en España - Printed in Spain

Europa, soberana del mundo

Al concluir el siglo XIX, las rivalidades imperialistas de las potencias europeas amenazaban la paz mundial. El orden capitalista de Europa era atacado por los marxistas y sus tradiciones culturales eran discutidas. Pero, a pesar de todo, Europa dominaba todavía el mundo.

Arriba: **lord Salisbury, preeminente estadista británico que miraba el nuevo siglo con sentimientos contradictorios, previendo peligros en las rivalidades entre grandes potencias.**
Abajo: **Alegoría política de la época. Ante el Káiser y el Zar —que baila con Francia—, Gran Bretaña le susurra a una colonia: «Después de todo, querida, ¿por qué ocuparnos de los demás?» Y la colonia contesta: «Siempre podemos bailar juntas tú y yo.»**





En mayo de 1898, lord Salisbury, primer ministro británico, examinó el panorama mundial en un gran discurso que pronunció en el Albert Hall de Londres. «Aproximadamente —dijo— podemos dividir las naciones del mundo en vivas y moribundas. Por un lado tenemos grandes países de enorme poderío que cada año crecen en vigor, en riqueza, en dominio y en la perfección de su organización. Los ferrocarriles les permiten concentrar en un punto cualquiera toda la fuerza militar de su población y reunir ejércitos de una magnitud y potencia jamás soñadas en las generaciones pasadas... Al lado de estas espléndidas organizaciones, cuya fuerza en nada parece disminuir y que presentan contrapuestas reivindicaciones que el futuro sólo será capaz de arreglar mediante un arbitraje sangriento, hay numerosas comunidades que yo sólo acierto a describir como moribundas.»

Estas observaciones, hechas por uno de los más experimentados estadistas de Europa, ofrecen un punto de vista tan atinado como otro cualquiera desde el cual podemos contemplar el mundo en vísperas del siglo XX. Era un momento en que las grandes potencias de Europa dominaban el mundo, expansión que estaba provocando una incesante rivalidad entre ellas.

Hay además en el discurso de lord Salisbury una declaración sobre la dominación europea del mundo y sobre los peligros de las rivalidades imperiales entre las potencias. Hay también, y ello es característico del pensamiento europeo a la vuelta del siglo, la opinión de que la doctrina de la supervivencia de los mejor dotados podía aplicarse a la política internacional.

Los «vivos» y los «moribundos»

Cuando lord Salisbury pronunció su discurso, las potencias más fuertes de Europa —Gran Bretaña, Francia y Alemania— estaban sin duda «vivas» y en expansión. Los Estados Unidos, asimismo, gracias a su rápido desarrollo económico basado en la explotación de inmensos recursos naturales y en la mano de obra proporcionada por una corriente de inmigrantes procedentes de muchas partes de Europa, se habían erigido en potencia mundial cuando derrotaron a España en 1898, imponiendo su hegemonía en Cuba y adquiriendo Puerto Rico y las Filipinas. La aparición de los Estados Unidos como una gran potencia en el océano Pacífico fue paralela a la aparición, todavía más alarmante, de una nueva gran potencia entre las naciones «vivas»: el Japón. Después de algunas décadas de intensa modernización y tras la adopción de los modelos económicos occidentales y, por lo menos superficialmente, de los modelos políticos, Japón había derrotado a China y estaba tratando de imponer su dominio sobre Corea.

Cuando lord Salisbury habló de naciones «moribundas», pensaba especialmente en los antaño grandes imperios de Turquía y China. La debilidad de los gobiernos centrales de estos países había permitido a las potencias occidentales adquirir sobre ellos una gran influencia económica y, en algunos casos —cuando, por ejemplo, los ingleses ocuparon Egipto y los franceses Túnez, entre 1881 y 1882, y más tarde, en 1911, los italianos conquistaron Libia—, había conducido o iba a conducir a la efectiva ocupación de su territorio. Tenían que producirse con éxito revoluciones tanto en Turquía como en China para que sus gobiernos pudieran mantenerse firmes; pero, a pesar de episodios como la rebelión de los bóxers contra la influencia extranjera en China, en 1900 parecía aún muy lejana la posibilidad de resistir con éxito a las potencias occidentales.

Tensiones y objetivos imperialistas

Si la debilidad de algunos de los extensos estados del Medio y Extremo Oriente tentaba a las grandes potencias a intervenir en ellos, existían otras zonas del mundo que casi no tenían aún organización estatal y que habían tenido poco contacto con la tecnología occidental. Tales zonas —Africa es un evidente ejemplo de ellas— parecían ofrecer un fácil campo de expansión para las potencias europeas. La «lucha por Africa», cuando Gran Bretaña, Francia, Alemania, e incluso particulares como el rey Leopoldo II de Bélgica, trataron de conseguir el dominio de estas vastas regiones por vía diplomática, por conquista o mediante tratados con jefes tribales africanos, fue una importante fuente de tensión internacional en la década 1890-1900.

En el último cuarto del siglo XIX existían varias razones para esta actividad expansionista de las potencias europeas. Los mo-

tivos económicos —la necesidad de nuevos campos para la inversión de capital y de nuevos mercados para los productos manufacturados, la esperanza de encontrar nuevas fuentes de materias primas— eran sin duda importantes. Pero hay que tener en cuenta otras consideraciones. Por lo menos algunos dirigentes de la actividad imperialista estaban inspirados por motivos filantrópicos, especialmente por el deseo de poner fin al comercio de esclavos y por el afán de abrir camino a las misiones cristianas. Además, el dominio sobre una zona, una vez establecido, tenía sus propias consecuencias: el deseo de dominar las regiones vecinas por razones de seguridad o el deseo de prevenir movimientos de otras potencias europeas y de proteger rutas estratégicas que conducían hacia posesiones imperiales existentes. Los ingleses se establecieron en Egipto en gran parte con el fin de proteger la ruta de la India; y la ocupación de Egipto condujo a exigir el control del Sudán y de partes de África central y oriental con el objeto de proteger la frontera meridional de Egipto y las fuentes del Nilo. Con frecuencia, motivos de puro prestigio y el deseo de procurarse un lugar en el concierto internacional motivaron la adquisición de territorios que ofrecían escaso provecho. Éste fue el caso de las colonias alemanas en África y en el Pacífico.

Hacia 1900 las potencias europeas dominaban otras partes del mundo de diversas maneras. En algunos países la influencia se ejercía sin dominio público. Numerosos países latinoamericanos, por ejemplo, dependían de las inversiones extranjeras y de técnicos extranjeros y a menudo eran dominados por los intereses económicos europeos. En otros países, tales como Egipto o el imperio de Annam en la Indochina francesa, el estado existente era dominado políticamente por una potencia extranjera, pero indirectamente, mientras su propia estructura social quedaba más o menos intacta. En China la independencia del gobierno estaba limitada por la administración inglesa de sus aduanas. En otras partes, a su vez, los territorios coloniales se hallaban bajo la autoridad directa de los administradores europeos; en el África tropical los arbitrarios límites trazados por las potencias imperiales para acomodarse a su conveniencia administrativa o diplomática, se han convertido en nuestros días en las fronteras de estados independientes.

El colonialismo en su peor aspecto. Mujeres africanas encadenadas en el Congo de Leopoldo II. La despiadada explotación de los vastos recursos del Congo era llevada a cabo sin tener en cuenta los sufrimientos de los africanos.



Los viejos imperios

Al lado de las nuevas colonias subsistían aún los viejos imperios, si bien las potencias que en otro tiempo los habían conquistado ya no conservaban gran importancia internacional: Holanda todavía poseía ricos territorios en las Indias Orientales, y las colonias portuguesas del este y oeste de África eran codiciadas tanto por los alemanes como por los ingleses. Después de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, España solamente conservaba pequeñas e insignificantes colonias. Pero los colonizadores españoles y su cultura habían echado profundas raíces en el Nuevo Mundo, y el elemento español había sobrevivido al fin de la dominación española en América Latina.

El Imperio británico también comprendía territorios que habían sido colonizados por hombres de estirpe británica, y Gran Bretaña era la única de las potencias coloniales que en los últimos años del siglo XIX tenía colonias en que había profundos lazos culturales y nacionales entre los colonos y la metrópoli. Canadá, Australia y Nueva Zelanda habían obtenido hacia 1900 una notable autonomía y eran lo suficientemente conscientes de este hecho como para desbaratar la tentativa del ambicioso ministro de Colonias, Joseph Chamberlain, de crear una unión aduanera y una federación que uniría a las colonias más estrechamente a la Gran Bretaña. En efecto, durante el siglo XX, los lazos entre Gran Bretaña y las colonias pobladas por europeos tenderán a aflojarse y a ser menos formales. En 1900 el punto débil del Imperio bri-

tánico era Sudáfrica, donde estaba ardiendo una enconada guerra entre Gran Bretaña y los colonizadores bóers (holandeses).

Las potencias europeas

El período de la expansión europea en ultramar fue un período de paz en Europa. La guerra franco-prusiana de 1870 había establecido un nuevo equilibrio de fuerzas que, en 1900, solamente empezaba a ser amenazado por las tensiones que en 1914 habían de conducir a la guerra. El hecho más notable fue la aparición de Alemania como la mayor potencia del continente. Su grande y eficiente ejército estaba respaldado por una fuerza industrial en rápido crecimiento: la producción de hulla en Alemania era superior a la de Francia y Bélgica juntas, y pronto iba a rivalizar con la de Gran Bretaña. Hacia 1900, Alemania igualaba a Gran Bretaña como productora de hierro y acero. El empuje de la técnica alemana le dio una gran participación en «la segunda revolución industrial» en los últimos años del siglo XIX y en la primera década del siglo XX. Esta revolución estaba basada en la energía eléctrica y el motor de combustión interna, así como en la sustitución por productos químicos sintéticos de muchas materias que hasta entonces solamente se podían obtener de fuentes naturales, con elevados costos de mano de obra y transporte. La mano de obra para la expansión alemana era proporcionada por una población en rápido crecimiento: la población de Alemania pasó de 41 millones en 1870 a más de 60 millones en 1910, mientras la población de Francia permanecía casi estacionaria alrededor de los 40 millones.

En Alemania muchos creían que, pese a su éxito, el Imperio germánico no tenía en el mundo una posición proporcionada a su fuerza. En 1898 el gobierno alemán inició un programa de expansión naval. Aun cuando durante varios años los ingleses no llegaron a preocuparse por esta amenaza a su tradicional hegemonía naval, en Alemania un importante grupo de presión iba difundiendo la idea de que el país debía asumir el papel de gran potencia naval capaz de desafiar a Gran Bretaña y de adquirir las colonias que no había podido conseguir porque su retraso en la realización de la unidad nacional había hecho que partiera en último lugar en la carrera por un imperio. Una gran escuadra sería el símbolo de la grandeza de Alemania, si bien no eran muy claros los objetivos que pudiera tener la escuadra alemana, aparte de constituir la expresión del poder y prestigio alemanes.

Francia, después de la derrota de 1871 y la pérdida de Alsacia y Lorena, se había recuperado de forma sorprendente. Su pujanza agrícola, su posibilidad de abastecerse sin necesidad de importar alimentos, sus grandes inversiones en el extranjero y en las colonias, y el esplendor de su vida intelectual y cultural le aseguraban un lugar entre las grandes potencias. Gran Bretaña, asimismo, por lo que ataña al equilibrio mundial de poder, aún conservaba un enorme activo a pesar de que éste fue entrando imperceptiblemente en un relativo declive a partir de 1900. Su poderío industrial, su potencia marítima y la riqueza que llegaba a Londres —uno de los principales centros mundiales de banca, seguros y comercio— justificaban la pretensión de Gran Bretaña de ser una potencia mundial. Sin embargo, hacia 1900 muchos ingleses se sentían inquietos por el desafío económico de las industrias de Alemania y los Estados Unidos, y pedían que se establecieran barreras arancelarias para proteger la industria británica.

Estridencias nacionalistas

Entre los restantes países europeos que generalmente eran considerados como grandes potencias, uno, el Imperio austro-húngaro, empezaba ya a entrar en la categoría de las naciones que lord Salisbury llamó moribundas, a medida que sus problemas nacionales interiores se hacían cada vez más complicados, mientras otro, Rusia, se enfrentaba con enormes dificultades internas. Es verdad que Rusia estaba siendo rápidamente industrializada y que la constante expansión a través de Siberia y Asia central, seguida de la construcción del ferrocarril Transiberiano, que llegó a su término en la costa del Pacífico en 1902, dio al país un lugar entre las potencias imperialistas y le despertó la ambición de dominar Manchuria y el norte de China. Sin embargo, su derrota por el Japón en 1905 hizo tambalear en gran manera la fe en la fuerza de Rusia, y la revolución de 1905 reveló la debilidad del régimen zarista.

Mientras las grandes naciones-estado de Europa declaraban su pretendido derecho a gobernar a los pueblos «atrasados» de África y Asia, las pequeñas nacionalidades europeas reclamaban el derecho a gobernarse por sí mismas. Habían dado el ejemplo los países que, en el transcurso del siglo XIX, se habían liberado del poder turco —griegos, servios, rumanos y búlgaros—, mientras la romántica lucha de los italianos por la unificación, a mediados del siglo, había despertado en todas partes la simpatía de los liberales. Este ejemplo fue seguido no solamente en Europa: en China, el joven Sun Yat-sen, más tarde jefe de la revolución nacional, estaba en estos años finales del siglo leyendo ansiosamente las obras de Mazzini, el filósofo del movimiento nacionalista italiano, y en la India las moderadas peticiones de autonomía adelantadas por el Congreso Nacional, fundado en 1885, estaban dando paso a exigencias nacionalistas más airadas y más abiertas.

Pero era en la propia Europa donde era más evidente la fuerza quebrantadora del nacionalismo. Es verdad que Austria-Hungría había alcanzado en 1900 una inquieta y temporal calma; pero al cabo de unos pocos años, a la demanda húngara de gobernar su mitad de la monarquía sin la interferencia de Viena siguió la renovada agitación entre los habitantes eslavos del sur de la monarquía —los servios, los croatas y los eslovenos—. Fue entonces cuando los gobernantes del reino independiente de Servia mostraron un nuevo entusiasmo por la lucha que sus compatriotas eslavos del Sur llevaban a cabo para hacerse independientes del dominio húngaro y germánico.

En todas partes, además, los movimientos nacionalistas estaban causando creciente ansiedad. La demanda de una autonomía *(Home Rule)* por los irlandeses constituyó uno de los problemas centrales de la política británica; los finlandeses supieron aprovecharse de la crisis de la revolución rusa de 1905 para obtener la autonomía; los polacos sometidos a Rusia y a Alemania luchaban continuamente por conseguir la independencia, mientras que la obstinada negativa de los habitantes de Alsacia y Lorena a aceptar su incorporación al Imperio alemán significó que las relaciones entre Alemania y Francia continuarían siendo tirantes.

Estas aspiraciones nacionalistas crearon nuevas fuentes de tensión entre las grandes potencias. Servia esperaba ayuda de Rusia en su lucha contra la dominación austro-húngara, y los acontecimientos de los Balcanes en la primera década del siglo iban a despertar tanta ansiedad y conflicto como las rivalidades imperiales fuera de Europa. El creciente recelo mutuo encontró su expresión en el aumento de los armamentos y la preparación de planes de guerra, tales como el famoso plan alemán redactado por el general Von Schlieffen para la invasión de Francia a través de Bélgica.

Las rivalidades imperiales y las ambiciones nacionalistas condujeron a la reagrupación de las grandes potencias y al presentimiento de que se estaba perturbando

El poderío de las grandes potencias en 1900

Abajo:
Superficie, en kilómetros cuadrados, de los Estados nacionales (verde) comparada con la de sus posesiones ultramarinas (amarillo).

1	Gran Bretaña	315.027 km²	27.300.000 km²
2	Rusia	22.700.100 km²	
3	Francia	536.260 km²	11.500.000 km²
4	EE.UU.	2.348.610 km²	1.600.000 km²
5	Alemania	540.730 km²	2.600.000 km²
6	Austria-Hungría	676.650 km²	
7	Italia	286.605 km²	480.000 km²
8	Japón	385.275 km²	36.000 km²

Abajo: **Hegemonía europea en 1900.**

Zonas gobernadas por naciones europeas
Zonas con acusada influencia política, cultural o tecnológica europea
Zonas todavía prácticamente al margen de la influencia europea: sólo Etiopía en Africa, y Afganistán y el Tibet en Asia



Principales estadísticas económico-militares, expresadas en tres dimensiones

	Austria Hungría	Francia	Alemania	Gran Bretaña	Italia	Japón	Rusia	EE.UU.
Población	45.015.000	38.641.330	56.367.176	41.605.323	32.450.000	43.763.153	132.960.000	76.085.794
Hombres en el ejército regular	397.316	589.541	585.266	280.733*	261.728	273.268	860.000	70.802
Producción anual hierro y acero (tons.)	2.580.000	3.250.000	13.790.000	13.860.000	500.000		5.015.000	23.980.000
Valor anual del comercio exterior (£)	151.599.000	460.408.000	545.205.000	877.448.917	132.970.000	52.658.000	141.799.000	481.445.000
Flota mercante (tonelaje neto)	313.698	1.037.720	1.941.645	9.304.108	945.000	796.930	633.820	5.524.218
Buques de guerra de 1.ª clase +		13	14	38	9	6	13	17
Buques de guerra de 2.ª clase +	6	10		11	5		10	

* Período de la guerra anglo-bóer, ejército hindú incluido. + Construidos o en construcción en 1 diciembre 1900

el equilibrio de fuerzas en que había descansado la paz de Europa desde la década 1870-1880. En 1902 la Gran Bretaña firmó una alianza con el Japón para proteger sus intereses en el Extremo Oriente contra Rusia. Poco después el gobierno británico arregló sus principales diferencias coloniales primero con Francia en 1904, y luego, en 1907, con un aliado de Francia: Rusia. Estos arreglos pronto adquirieron mayor significación; Alemania, con la cual el gobierno británico había pensado en aliarse ya en 1900, iba convirtiéndose en el principal rival de Gran Bretaña, y Alemania empezaba a ver en las nuevas alianzas un plan ideado por Gran Bretaña para rodearla con un círculo de potencias hostiles.

La difusión del marxismo

En los países más importantes del mundo el desarrollo de la sociedad industrial había producido nuevas tensiones y nuevos conflictos. Desde 1870 las clases trabajadoras de Occidente se habían ido organizando y estaban agitándose eficazmente en busca del mejoramiento de su suerte. La concesión del sufragio a más extensos sectores de la población en la mayor parte de los países de Europa —si bien las mujeres aún no tenían en parte alguna el derecho de voto— significó que la clase trabajadora estaba empezando a ejercer una presión directa sobre sus gobiernos. Las clases dirigentes se dieron cuenta de que eran necesarias medidas de reforma social, si querían permanecer en el poder. En la década 1880-1890 el gobierno alemán había introducido planes de seguros sociales, y a partir de 1905 la administración liberal de Gran Bretaña había de sentar los fundamentos de los actuales sistemas de previsión social. La mayor parte de los gobiernos civilizados se dieron cuenta de la necesidad de introducir leyes destinadas a proteger a los obreros contra los peores abusos del sistema industrial.

Estas medidas, así como el apoyo oficial que les dio la Iglesia católica en una importante declaración de política social hecha por el papa León XIII en 1891, no pudieron frenar, sin embargo, el desarrollo de un poderoso movimiento socialista. La naturaleza de los partidos socialistas dependía de la estructura industrial y las tradiciones políticas de cada país, pero lo que ejerció más fuerte influencia sobre el más poderoso y mejor organizado de ellos, el Partido Socialdemócrata Alemán, fue la doctrina de Carlos Marx (1818-1883). El amigo y colaborador de Marx, Federico Engels, había trabajado mucho entre los años 1880 y 1895 para popularizar sus doctrinas.

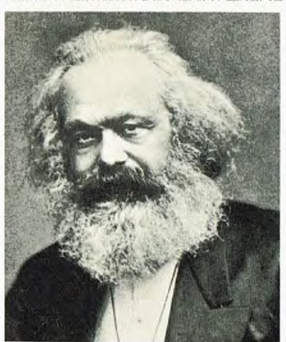
Lo que prendía en las mentes del pueblo no era tanto el complicado análisis económico y sociológico que se encontraba en los escritos de Marx como unas pocas ideas simplificadas que parecían ofrecer a los obreros industriales no sólo la esperanza de una mejora inmediata en su condición, sino en último término una reorganización total de la sociedad en su favor. De acuerdo con esta doctrina, toda la historia era la historia de la lucha de clases; y en las sociedades industriales avanzadas se estaba llegando ahora a la etapa en que, en una lucha final, el proletariado reemplazaría a la burguesía, exactamente igual como anteriormente la burguesía había reemplazado a la aristocracia feudal. El triunfo de la clase trabajadora, por lo tanto, era cuestión de necesidad histórica; mientras tanto, los trabajadores debían adquirir conciencia de su papel histórico.

Dilema socialista

Los partidos socialistas marxistas eran en la práctica menos revolucionarios que en la teoría y estaban tan interesados en conseguir mejoras inmediatas —más salario y menos horas— como en preparar la revolución. En 1900 el movimiento socialista internacional estaba profundamente dividido acerca del problema de hasta qué punto era legítimo cooperar con otros partidos y concentrar sus esfuerzos en la realización de reformas prácticas a corto plazo. En Alemania la disputa había sido una discusión teórica basada en una tentativa de revisar algunas doctrinas de Marx, especialmente su creencia de que el proletariado, en la sociedad capitalista, estaba condenado a una miseria cada vez mayor (lo cual en la próspera Alemania de los últimos años del siglo XIX era evidentemente falso). En Francia se había planteado la cuestión de hasta qué punto los socialistas habían de unirse a los demás demócratas para defender la constitución republicana o realizar los programas de reforma social. Aunque la doctrina oficial de los marxistas, aceptada en teoría por la mayoría de los partidos socialistas de Europa, era intransigentemente revolucionaria, en los estados con amplio sufragio y cierta libertad civil, los socialistas eran cada vez más reformistas en sus actuaciones.

Las ideas marxistas fueron ardientemente adoptadas incluso en aquellos países, como Rusia, a los que no era inmediatamente aplicable el análisis marxista del desarrollo histórico. En 1900 el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso estaba en gran parte compuesto de exiliados, Lenin entre ellos, empeñados en encarnizadas discusiones doctrinales y tácticas con escaso contacto e influencia en el interior de la propia Rusia. Hasta entonces las ideas de Marx no se habían difundido más allá de Europa, si bien unos pocos japoneses, enfrentados con una sociedad en que se combinaban a un tiempo rasgos de feudalismo y capitalismo, estaban tomando algunas ideas de los socialistas europeos. En los Estados Unidos, en 1900, parecía como si pudiera desarrollarse un partido socialista y en muchas industrias la violenta intranquilidad laboral hacía pensar que la lucha de clases era una realidad. Pero en Norteamérica el marxismo nunca fue más que un credo de una pequeña minoría, en parte porque en una sociedad fluida y en expansión las barreras de clase nunca fueron rígidas, y los obreros norteamericanos no tenían la sensación, como la tenían sus camaradas europeos, de estar condenados a ser siempre miembros del proletariado.

El marxismo atrajo la atención, si no el apoyo cordial, de muchos intelectuales y sus efectos se hicieron sentir más allá del campo de la política. Por ejemplo, la idea de que se daban factores económicos en la raíz de todos los cambios históricos sugirió a los historiadores nuevas maneras de mirar el pasado e indujo a conceder importancia a la historia social y económica y a interpretaciones económicas de los acontecimientos históricos. Pero en 1900 había en

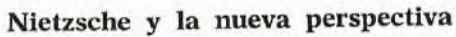


Medio siglo atrás, Carlos Marx había profetizado el hundimiendo del orden social existente. En 1900, según los seguidores de Marx, el derrumbe de la sociedad burguesa era inminente.

el ambiente otras importantes ideas que estaban afectando profundamente la concepción humana del mundo.

A lo largo del siglo XIX había ido adquiriendo fuerza la exigencia de aplicar los principios de las ciencias naturales a todos los campos de la vida. Este «positivismo», junto con las doctrinas de Darwin y sus seguidores sobre los orígenes del hombre, había originado un prolongado debate sobre la verdad del cristianismo y la relación entre ciencia y religión. Políticamente, se había producido un ataque a la posición y poderes de la Iglesia, especialmente en los países católicos; en Francia, por ejemplo, en 1905 la Iglesia había sido separada del Estado y había perdido el apoyo oficial y muchos de sus privilegios; en Italia, donde en 1870 el Papa había sido privado de sus posesiones territoriales, el Vaticano se negaba a tener relaciones con el Estado.

Hacia 1900 estaba ampliamente aceptada la aplicación de los principios científicos a actividades que iban desde la crítica literaria hasta el gobierno municipal. Esto dio al hombre del mundo occidental un nuevo control sobre su medio ambiente, con la extirpación o control de las epidemias y el perfeccionamiento de la ciencia y de los métodos médicos, transportes rápidos y eficaces, y veloces comunicaciones, que dieron, por lo menos al rico, una vida de bienestar como jamás se había conocido. Parecía justificada la fe en los métodos científicos y en el progreso humano y, para aquellos que tenían esta fe, ningún problema parecía insoluble. Parecía no haber razón alguna por la que no hubiera de continuar indefinidamente el mejoramiento de las condiciones materiales de vida, lo mismo que, con la difusión de la educación y la enseñanza, parecía no haber razón alguna por la que al progreso material del hombre no correspondiera su perfeccionamiento moral.



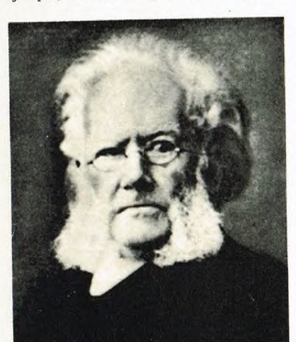
Nietzsche y la nueva perspectiva

Sin embargo, a fines del siglo XIX se oían voces influyentes que criticaban los supuestos de la perspectiva racionalista liberal. Algunos sociólogos y pensadores políticos insistían en el elemento irracional que se da en la conducta política y toda una nueva ciencia, la sociología, estaba desarrollando la idea de que la conducta humana era muy compleja y no siempre estaba regida por consideraciones racionales. Filósofos como Bergson insistían en la importancia de la intuición en el conocimiento del mundo y sugerían que el flujo de la conciencia humana no podía ser sometido a un preparado análisis científico. El escritor cuyo mensaje fue más importante para el desarrollo de este nuevo punto de vista y que influyó en toda clase de actividades intelectuales y artísticas fue Federico Nietzsche.

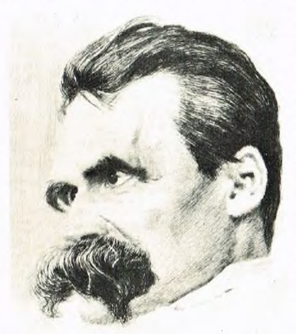
Nietzsche dejó de escribir en 1888 y, aunque vivió hasta 1900, pasó sus últimos años en completo trastorno mental. Pocos habían leído sus obras durante su vida activa, pero en la década 1890-1900 sus ideas empezaron a difundirse rápidamente. Es imposible resumir el pensamiento poco sistemático de Nietzsche, pero en realidad predicó que había que rechazar por completo los valores de la sociedad existente y que era necesaria una nueva serie de valores adecuados a la nueva época que, según él, estaba llegando. Nietzsche fue un verdadero profeta del siglo XX, un siglo en que cada generación ha buscado sus propias normas.

Una revolución artística

El modo de protesta a que apeló Nietzsche, el deseo de encontrar nuevas formas de expresión y nuevos códigos de conducta, estuvo presente en gran parte de la actividad intelectual y artística en el paso de un siglo a otro. Una rebelión contra la asfixia e hipocresía del próspero mundo burgués fue expresada por los dramas de Ib-

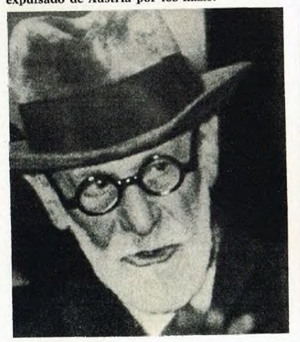


Un crítico de la sociedad burguesa: el dramaturgo Ibsen.



Friedrich Nietzsche, profeta del siglo XX.

Freud a su llegada a París en 1938, expulsado de Austria por los nazis.



Debussy, el gran innovador de la música de comienzos de siglo.



sen, con su implacable aunque poética y comprensiva demostración de las oscuras pasiones y motivos inconfesados que se ocultaban bajo la sociedad de la clase media, y en forma diferente, también por los movimientos juveniles que se iniciaban en Alemania. Estos movimientos animaban a los jóvenes a desechar las estrechas vestiduras de la sociedad respetable y corrompida cultura de las ciudades y a buscar una sencilla vida más cercana a la Naturaleza. Este tipo de protesta también encontró expresión en la arquitectura y el diseño. En una época en que las casas y los museos de las grandes ciudades de Europa se habían llenado desordenadamente con macizo mobiliario, grandes pinturas narrativas e históricas y un sinfín de cacharros, se inició una reacción; un nuevo respeto por los materiales arquitectónicos iba a conducir a principios del siglo XX al desarrollo de un estilo internacional nuevo y más simple de la arquitectura y el diseño.

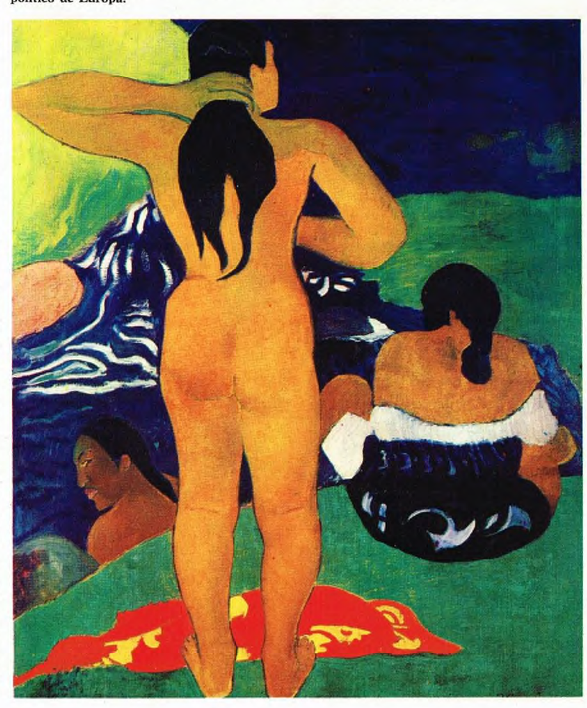
Incluso las experiencias de la actividad imperialista de los últimos años del siglo XIX afectaron a las corrientes europeas de pensamiento y expresión de forma que, mientras los europeos trataban de imponer sus normas a los países de Asia y Africa, a su vez Europa recibía influencias de las culturas de aquellos países. El contacto con otras sociedades dio nuevos impulsos al estudio de la antropología. El arte y la música de exóticas regiones hicieron impacto en el gusto europeo; el compositor francés Claude Debussy, por ejemplo, oyó música del Extremo Oriente en la exposición de París de 1889; esto contribuyó a su rebelión contra la música académica de sus días y ayudó a formar su propio estilo particular. Paul Gauguin se fue a las colonias francesas de Oceanía en busca de nuevos temas para su pintura. Las colecciones de escultura africana exhibidas en los museos de París y de Alemania en los primeros años del siglo XX inspiraron a jóvenes pintores, especialmente a Pablo Picasso, una nueva visión de la forma humana.

Así, en toda Europa estaban ya vivas en 1900 nuevas ideas y nuevos movimientos en las artes, y si todavía no eran ampliamente aceptados, estaban destinados a dominar la conciencia de la primera mitad del siglo XX. Un nuevo conocimiento de la complejidad de la naturaleza humana —Sigmund Freud estaba estudiando los trastornos nerviosos en Viena y completó *La interpretación de los sueños* en 1899, si bien muy pocos leyeron esta obra—, nuevas maneras de escribir, componer y pintar, ideadas para proporcionar una expresión más intensa y directa de la experiencia del artista, contribuían a desafiar las certidumbres del racionalismo científico, al igual que, en una generación anterior, el racionalismo científico había desafiado los dogmas de la religión revelada.

Así, pues, en el mismo momento en que Europa parecía dominar el mundo, muchos de los supuestos y la confianza en sí misma en que se había basado este dominio ya eran criticados y socavados. Además, estas características de la sociedad europea del siglo XIX a las que los liberales y progresistas aludían con orgullo —el gobierno representativo, la creencia en la justicia de la autodeterminación nacional, la esperanza en una continua elevación del nivel de vida mediante la aplicación de los inventos científicos y los perfeccionamientos tecnológicos— eran las mismas que en la segunda mitad del siglo habían de conducir a derrumbar la autoridad europea en las colonias. Aunque sería exagerado afirmar que los principales rasgos del desarrollo del siglo XX se observan ya todos en 1900, puede decirse que los movimientos predominantes en la Europa de 1900 —imperialismo, nacionalismo, marxismo, expresionismo, etc.— eran los que habían de afectar al mundo entero en nuestro propio tiempo.

James Joll

«Tahitianas en la playa», de Paul Gaugin. Los artistas europeos fueron influidos por las artes y temas de regiones exóticas que habían caído bajo el dominio político de Europa.



Las guerras de Cuba y Filipinas

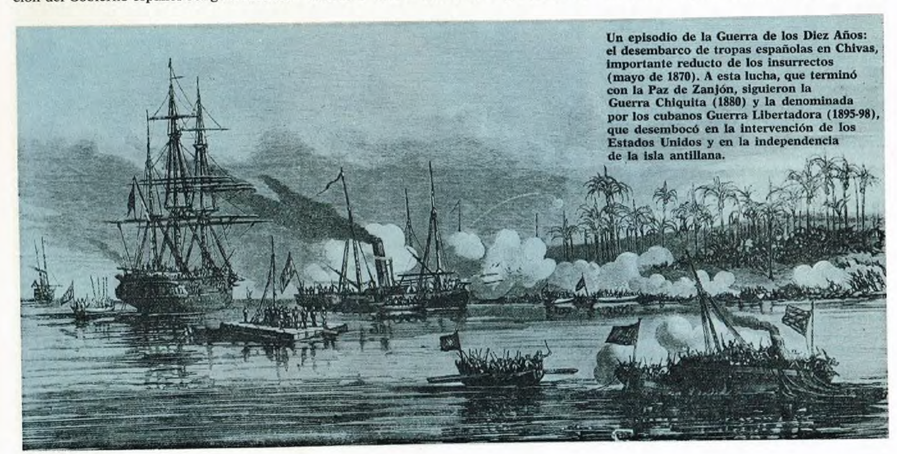
En 1868 se inició en Cuba una lucha armada contra el régimen colonial español: la etapa decisiva —a partir de 1895— coincidió con un alzamiento similar en Filipinas. Los norteamericanos intervinieron en 1898, y lograron la victoria tras la destrucción de la flota española en Cavite y Santiago de Cuba. Pero, lejos de dar independencia a las antiguas colonias españolas, echaron los cimientos de su propio imperio colonial.

En la segunda mitad del siglo XIX, la seguridad de los últimos reductos del imperio colonial español (Filipinas, Cuba, Puerto Rico y otras islas antillanas más pequeñas) se tambaleaba ostensiblemente.

En Cuba los alzamientos armados independentistas se sucedían sin interrupción. Los jalones fundamentales de este proceso cubano de oposición a la metrópoli fueron: la Guerra de los Diez Años (1868-1878), que terminó por la paz del Zanjón en la que se sentaron las bases de la futura abolición de la esclavitud y en la cual, por primera vez, ciertas reivindicaciones cubanas fueron reconocidas por las autoridades españolas; la Guerra Chiquita (1880) y la etapa decisiva de la Guerra Libertadora, que se inició con el grito de Baire (24 de febrero de 1895) y que condujo al episodio final de la guerra hispano-americana.

La explotación colonial y las restricciones del libre comercio entre Cuba y los demás países americanos habían provocado descontento, incluso entre la clase terrateniente más acomodada, y la dura reacción del Gobierno español obligó a muchos cubanos a escoger el camino del exilio. José Martí, que a los dieciocho años sufrió su primer destierro, se instaló en Nueva York desde 1881, trabajando incansablemente en organizar la oposición al dominio español en Cuba, tarea que culminó con la constitución del Partido Revolucionario Cubano (10 de abril de 1892). Para la organización de un levantamiento armado, Martí obtuvo la colaboración de Antonio Maceo y Máximo Gómez, dos prestigiosos guerrilleros que habían adquirido gran experiencia en la Guerra de los Diez Años y conocían a la perfección las necesidades de un levantamiento armado en Cuba (que debía fundamentarse en la guerra de guerrillas y en rápidos movimientos de tropas, aprovechando las características geográficas de la isla). Así, las fuerzas españolas se verían obligadas a efectuar largos desplazamientos, dejando desguarnecidas amplias zonas propicias para nuevos desembarcos de tropas o para la reagrupación de destacamentos revolucionarios dispersos. A pesar de los tardíos intentos españoles de conceder cierta autonomía (proyecto de Maura y de Abarzuza), Martí decidió emprender la lucha definitiva por la independencia. Después del grito de Baire y de los primeros éxitos de Antonio Maceo, Martí y Gómez lograron desembarcar en Cuba. Aunque Martí encontró la muerte en una infortunada escaramuza, durante todo el año de 1895 las fuerzas rebeldes hostigaron al ejército español y recorrieron de este a oeste la isla, llegando incluso a las puertas de La Habana y obteniendo importantes victorias, como la de Mal Tiempo. Ante la ineficacia de su actitud contemporizadora, el capitán general Arsenio Martínez Campos dimitió y fue sustituido por Valeriano Weyler, que ya había descollado por su dureza y su valor durante la Guerra de los Diez Años. Desde que tomó posesión (10 de febrero de 1896), Weyler puso en práctica severos sistemas represivos, encaminados al total exterminio del ejército revolucionario aun a costa de dañar la riqueza de Cuba.

Weyler se propuso el total aislamiento de los rebeldes mediante la destrucción de las cosechas y de los medios de subsisten-



Un episodio de la Guerra de los Diez Años: el desembarco de tropas españolas en Chivas, importante reducto de los insurrectos (mayo de 1870). A esta lucha, que terminó con la Paz de Zanjón, siguieron la Guerra Chiquita (1880) y la denominada por los cubanos Guerra Libertadora (1895-98), que desembocó en la intervención de los Estados Unidos y en la independencia de la isla antillana.

1 La noticia de la voladura del *Maine* en un diario de Nueva York. La prensa sensacionalista de la cadena Hearst contribuyó a excitar la opinión pública norteamericana contra España.
2 Restos del acorazado *Maine*, después de su voladura, en el puerto de La Habana.
3 Tropas de los EE.UU. bajo el fuego español durante la lucha en la colina de San Juan.
4 Partida de insurrectos en la manigua, preparando el yantar.
5 Tropas de los EE. UU. ocupan las trincheras españolas ante Santiago.

1



,000 REWARD. — WHO DESTROYED THE MAINE? — $50,000 REWARD

NEW YORK JOURNAL
AND ADVERTISER. FIRST EDITION.

NEW YORK, THURSDAY, FEBRUARY 17, 1898. — 16 PAGES. PRICE ONE CENT

DESTRUCTION OF THE WAR SHIP MAINE WAS THE WORK OF AN ENEMY

$50,000!
$50,000 REWARD!
For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage!

Assistant Secretary Roosevelt Convinced the Explosion of the War Ship Was Not an Accident.

The Journal Offers $50,000 Reward for the Conviction of the Criminals Who Sent 258 American Sailors to Their Death. Naval Officers Unanimous That the Ship Was Destroyed on Purpose.

$50,000!
$50,000 REWARD!
For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage!

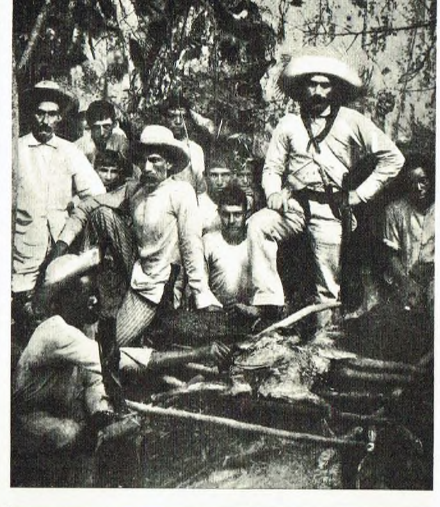
2



3



4



5





Caballería cubana en una carga al machete.

Página siguiente: **litografía contemporánea de la destrucción del navío norteamericano *Maine*. Se trata de una espeluznante ilustración, fiel, sin embargo, al espíritu y al contenido de los sensacionales relatos aparecidos en los periódicos de Hearst.**

cia, impidiendo al mismo tiempo que la población civil tuviese contacto con las fuerzas sublevadas; para ello dictó el «bando de la reconcentración» que ordenaba a toda la población reagruparse en los puntos donde existiesen guarniciones (21 de octubre de 1896). Así surgieron verdaderos campos de concentración, en los que acabó reinando el hambre y la enfermedad. Chocó sin embargo con la gran habilidad y el conocimiento del terreno de Máximo Gómez y finalmente, después del cambio de gobierno que se produjo en España a la muerte de Cánovas, fue sustituido (31 de octubre de 1897) por el general Ramón Blanco, quien se apresuró a poner en práctica la reciente concesión de autonomía, aunque ya no pudo parar el empuje de los «mambises». Entretanto, el gobierno de los Estados Unidos había manifestado repetidamente sus simpatías por los cubanos y los había apoyado en su rebelión, además de protestar con energía ante el Gobierno español en relación con los métodos utilizados por Weyler. Los sectores imperialistas norteamericanos eran decididos partidarios de la guerra y preparaban a la opinión pública norteamericana para la intervención. Un hecho fortuito (porque difícilmente cabe atribuirlo a los norteamericanos ni a los españoles) fue la causa inmediata de la guerra: la voladura del acorazado *Maine* en el puerto de La Habana, adonde había sido enviado a modo de velada amenaza, o de advertencia.

El 19 de abril de 1898, el Congreso y el Senado norteamericanos acordaron solicitar la intervención armada de los Estados Unidos en la isla de Cuba. Paralelamente a estos acontecimientos, en el archipiélago de las Filipinas se había producido un movimiento semejante (1896) dirigido por Emilio Aguinaldo. Éste se vio obligado a capitular en enero de 1898, pero pudo escapar y, puesto que ya se habían roto las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, entró en contacto con las fuerzas norteamericanas, con las que pactó las condiciones fundamentales de la concesión de la independencia a las Filipinas. Debido a esta circunstancia, la guerra se desarrolló en dos frentes, Cuba y Filipinas. El carácter insular de ambas colonias condicionaba el éxito de uno u otro bando a su potencia naval. En España, el pueblo, espoleado por la tribuna y la Prensa, vivió momentos de euforia patriotera, en la confianza de una victoria segura. La realidad era muy otra: Estados Unidos había aplicado su creciente vigor económico a la creación de una fuerza naval moderna y potente, mientras que España no había podido adaptarse adecuadamente a la rápida transformación de los sistemas de guerra en el mar.

Así, en evidente inferioridad técnica y de adiestramiento, una escuadra española, al mando del contraalmirante Montojo, quedó encerrada por las fuerzas norteamericanas en Cavite (Filipinas), donde fue totalmente destrozada (1 de mayo de 1898). Al mismo tiempo, el almirante Pascual Cervera, que dirigía el grueso de la armada española en el Atlántico, recibió del ministro de Marina la orden de trasladarse rápidamente a las Antillas para defender Puerto Rico. Nada más dramático que la actitud de Cervera, acudiendo a un sacrificio de cuya inutilidad era consciente. Todos sus esfuerzos por convencer de ello al ministro resultaron inútiles, y Cervera cumplió las órdenes recibidas. Al llegar a las Antillas se vio obligado a refugiarse en la bahía de Santiago de Cuba, creando una situación estratégica muy parecida a la que pocos meses antes se produjera en Cavite. Los jefes de la escuadra norteamericana, Sampson y Schley, sólo tuvieron que apostar sus barcos en semicírculo alrededor de la estrecha entrada de la bahía para bloquear a las naves españolas. Y así, cuando Cervera decidió una desesperada salida para acudir a La Habana (3 de julio de 1898), ninguno de sus barcos pudo salvarse de la superioridad artillera de la escuadra norteamericana. El propio almirante, hundida su nave, cayó prisionero.

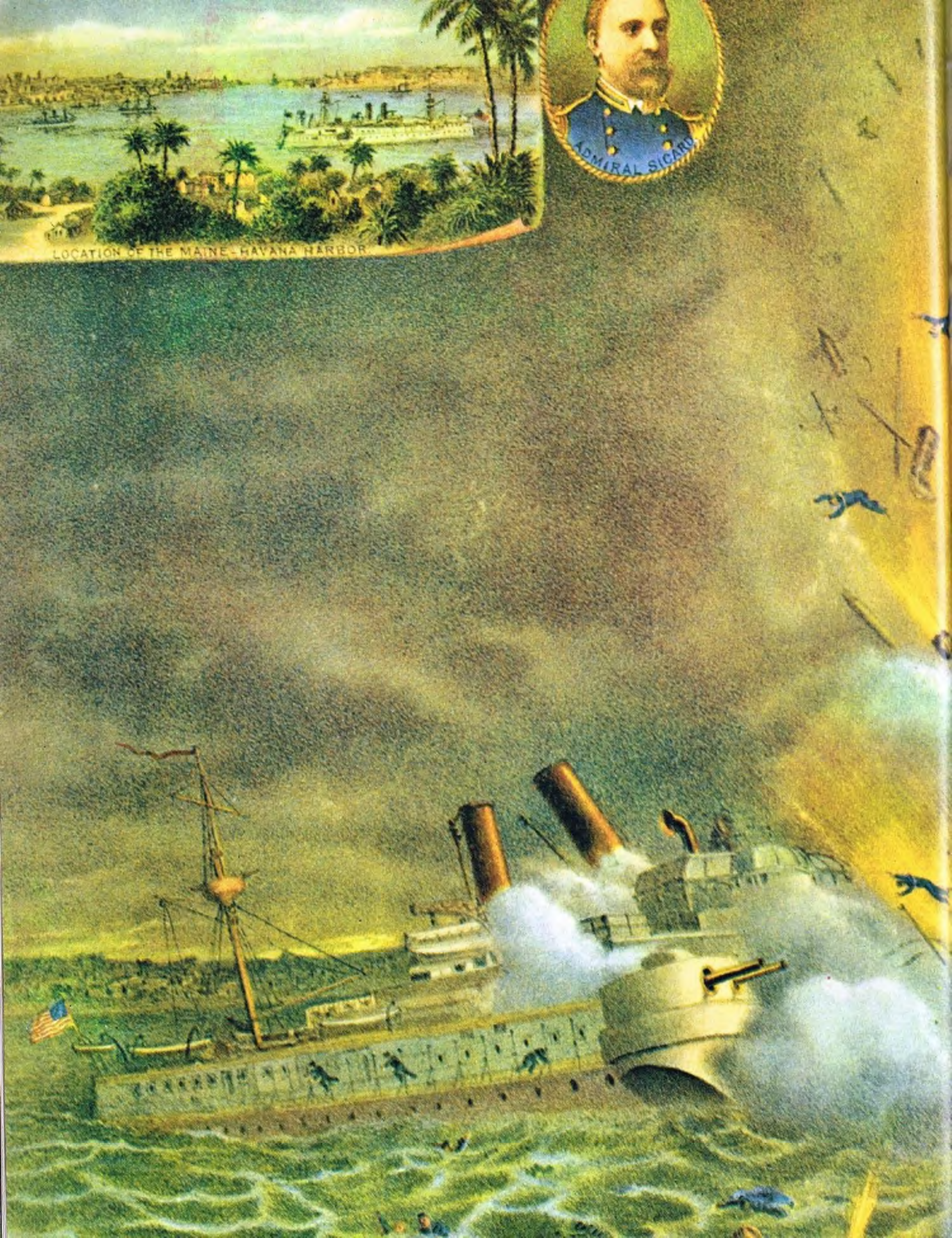
Ante el desastre de Santiago, el Gobierno español se apresuró a solicitar conversaciones de paz. Entretanto, mientras las Cortes españolas estudiaban las condiciones impuestas por el presidente McKinley, las fuerzas norteamericanas desembarcaron en Puerto Rico y se adueñaron fácilmente de la isla (25 de julio de 1898). En la conferencia de paz de París, los esfuerzos de los representantes españoles por evitar la cesión de las Filipinas resultaron totalmente infructuosos: ante la imposibilidad material de reanudar la guerra, dado el estado de las fuerzas españolas, tuvieron finalmente que doblegarse a todas las condiciones impuestas por Estados Unidos. El 10 de diciembre de 1898 se firmaba el tratado de París, cuyas cláusulas más importantes incluían la total independencia de Cuba, la cesión a Estados Unidos de Puerto Rico y de Guam (la mayor de las islas Marianas), y la renuncia de España a su soberanía sobre las islas Filipinas a cambio de una compensación económica de escasa importancia.

En realidad, Cuba quedó bajo la órbita de influencia de Estados Unidos, que intervino a placer en los asuntos internos del país; Puerto Rico y las Filipinas hicieron poco más que cambiar de dueño y convertirse en colonias de una nueva metrópoli.

J. Nadal Farreras



Valeriano Weyler, cuya actuación al frente del ejército español de Cuba fue objeto de vivas polémicas en la Península y de desfavorables comentarios en el exterior. Sin embargo, actuó de modo infatigable y eficaz, aunque quizá con excesiva dureza.



ADMIRAL SICARD
LOCATION OF THE MAINE—HAVANA HARBOR


CAPTAIN SIGSBEE
RECOVERING THE DEAD BODIES.

La crisis española del 98

«La España antigua está muerta», decía Costa en 1898. La derrota frente a Estados Unidos había abierto los ojos de los españoles ante las deficiencias del país: el convencionalismo del sistema de gobierno, el atraso económico y el malestar social engendrado por la pobreza y la injusticia. Los intelectuales españoles de la llamada «generación del 98» alzaron su voz de protesta, pero fueron muy pocas las soluciones adoptadas para superar los viejos males.

José Martí, uno de los principales propulsores de la independencia de Cuba y la figura intelectual más destacada del movimiento independentista.

Abajo: **Joaquín Costa, un hombre preocupado por la «regeneración de España».**





«La España antigua está muerta. Una sociedad que se deja clavar en el madero, como se ha dejado la nuestra, sin proferir ni un grito, donde no han tenido voz más que los políticos y patriotas de café cantante, que desafiaban gallardos desde seguras tribunas el peligro yanqui; que ha contemplado impasible, sin que se le humedeciesen los ojos, ni se le crisparan los puños, ni se le levantara el pecho, aquel inmenso crimen de Cuba, ¿con qué razón pretendería hacerse pasar por viva en el registro civil de las naciones?» Así hablaba Joaquín Costa en octubre de 1898, contestando a una encuesta periodística en que las figuras más prominentes de la política y de la intelectualidad se expresaron con una crudeza semejante.

Despertados a la amarga realidad por una derrota vergonzosa, los españoles advertían ahora la insensatez del patrioterismo triunfalista que había servido para engañar al país, convenciéndolo de que se iba a obtener una fácil victoria sobre los «tenderos yanquis». Un marino de prestigio había anunciado que «en cuanto se rompa el fuego, las tripulaciones norteamericanas empezarán a desertar»; y un cardenal español predecía en una exhortación pastoral la victoria de los buques españoles, que pelearían protegidos por la bendición divina, mientras que los de los Estados Unidos «irán solos y abandonados a merced de las tempestades».

Lo que nadie había explicado al público era que las naves españolas estaban peor armadas (los buques norteamericanos podían hacer blanco con sus cañones desde una distancia a la que no alcanzaban las piezas de artillería españolas), que carecían de carbón y municiones, y que sus tripulaciones estaban mal entrenadas debido a la cortedad del presupuesto. El Gobierno no ignoraba nada de esto. Dos años antes del desastre final, cuando ya se preveía el conflicto con los Estados Unidos, el almirante Cervera escribía: «No envidio la triste gloria, si gloria puede haber en ser vencido a ciencia cierta, de perecer a la cabeza de la escuadra; si me toca, tendré paciencia y cumpliré con mi deber, pero con la amargura de considerar mi sacrificio estéril.» En cuanto al jefe del Gobierno, Cánovas, que pronunciaba frases numantinas ante las Cortes, la verdad era que no tenía ninguna fe en el país y que afirmaba por otra parte: «No hay positivo y duradero poderío nacional donde existe marcada impotencia económica.» Una de las más prometedoras figuras del partido liberal, Canalejas, regresaba de Cuba en enero de 1898 con plena conciencia de la gravedad de la situación; pero acabó callando, para lamentarse más tarde: «¿Por qué no dijimos lo que sabíamos?» Un país entero fue engañado a plena conciencia por su gobierno y su prensa, que le infundieron una injustificada esperanza en la victoria. En las mismas horas en que la escuadra de Cervera era inmolada en Santiago de Cuba, se celebraba en Madrid una corrida de toros «con un lleno hasta las tejas».

Tras la derrota, la repulsa hacia los gobiernos que habían embarcado al país en la aventura fue unánime. Santiago Ramón y Cajal decía: «Sabiendo el Gobierno que la guerra se aproximaba, ¿cómo no se propuso el abandono de la isla de Cuba?... ¿Es que se le podía ocultar a nadie que pensase un poco, en presencia de los datos de la realidad, que era físicamente imposible que triunfásemos?» La incompetencia con que se había conducido la guerra fue denunciada por todos.

Pero la crítica de los hombres «del 98» no podía limitarse a la guerra. El fracaso no se debía únicamente a imprevisión e incompetencia: era la sociedad española la que había fracasado; eran sus mismas bases las que había que cambiar. Azcárate exclamaba: «¿Pues que, ha sido sólo en las colonias donde se ha demostrado la inepcia y la inmoralidad? ¿No es en España donde ha habido procesos cual el de Montjuic, que han causado estupor en Europa? ¿No es en España donde las elecciones se hacen falseando totalmente el voto, en una medida tal de escándalo que arroja a la masa neutra a una mortal indiferencia?... ¿No es en España donde el caciquismo es

Comunicado oficial del fallecimiento de don Antonio Cánovas del Castillo aparecido en la «Gaceta de Madrid» del 9 de agosto de 1897, con un retrato del ilustre político asesinado.



GACETA DE MADRID

AÑO CCX XXVI — Núm. 221 | Lunes 9 de Agosto de 1897 | TOMO III — Pág. 535

PARTE OFICIAL

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS

SS. MM. el REY y la REINA Regente (Q. D. G.) y Augusta Real Familia continúan en San Sebastián sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION

Con profundo dolor pongo en conocimiento de V. S. que el Excelentísimo Sr. Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, ha fallecido hoy en el Establecimiento balneario de Santa Águeda, víctima de un infame asesinato. La impresión producida en Madrid por la noticia de este tristísimo é inesperado suceso ha sido de unánime, universal é indignada protesta contra el odioso crimen, que ha privado á la Patria y á la Monarquía de los servicios que todavía podían esperar de quien tantos y tan extraordinarios les había prestado en larga y gloriosa carrera. Los telegramas que han comenzado á llegar de provincias manifiestan iguales sentimientos, que son, sin duda, los de toda alma honrada y de todo buen patriota en este día de duelo Nacional.

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 8 de Agosto de 1897.

COS-GAYON

Sr. Gobernador de la provincia de .....

MINISTERIO DE ESTADO

REAL DECRETO

En nombre de Mi Augusto Hijo el REY D. Alfonso XIII, y como REINA Regente del Reino,

Vengo en disponer que el Teniente General D. Marcelo de Azcárraga y Palmero se encargue interinamente de la Presidencia de Mi Consejo de Ministros, conservando el cargo de Ministro de la Guerra.

Dado en San Sebastián á ocho de Agosto de mil ochocientos noventa y siete.

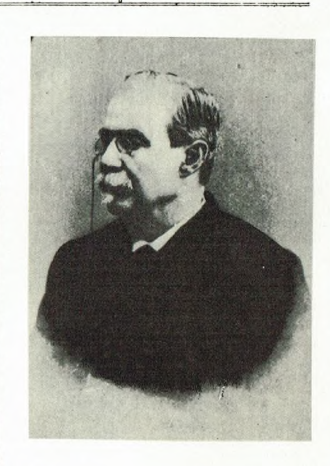
MARIA CRISTINA

El Ministro de Estado,
Carlos O'Donell.

MINISTERIO DE HACIENDA

REALES ÓRDENES

Ilmo. Sr.: Visto el expediente instruído en esa Dirección general en virtud de una instancia suscrita por D. Manuel García Estra-



A. Cánovas del Castillo

Ilmo. Sr.: Visto el expediente incoado en ese Centro directivo con objeto de aclarar los preceptos del párrafo segundo, art. 110 de las Ordenanzas del ramo, en forma de que quede debidamente garantido el pago de los derechos de las mercancías que se destinen á almacenaje particular:

Resultando que con motivo de haber fallecido en Santander un comerciante que tenía constituídas en dicha clase de almacenaje grandes cantidades de géneros coloniales, cuyos derechos ascendían á sumas de gran importancia, el Administrador de la Aduana dispuso que se verificara una comprobación de existencias de mercancías almacenadas bajo el repetido régimen en dis-

dueño y señor de alma, vida y hacienda de los ciudadanos?» Era mucho lo que había que reformar. También Costa lo afirmaba: «De este hecho tenemos que partir. La España en que vivíamos ha muerto. Trabajemos por su resurrección, si ésta es posible, y para eso variemos todos los conceptos de su vida; hagamos una política que sirva a la blusa y al canzón corto (esto es, al obrero y al campesino), que bastantes años hemos hecho una política que sirviera a la levita.»

Para comprender la realidad de esta España en crisis de fines del siglo XIX, examinemos tres de sus rasgos esenciales: la falsedad de su sistema de gobierno, el subdesarrollo económico y el malestar social.

El turno de partidos

España era, en teoría, una monarquía parlamentaria, cuya cámara baja, el Congreso, se elegía por sufragio universal desde 1890. Pero esto era sólo en teoría. Uno de los máximos rectores de la política española, Antonio Maura, no vacilaba en reconocer: «Debajo de la mentida armazón constitucional, lo que de veras existe es un cacicato, editor de la *Gaceta* y distribuidor del presupuesto.» El peculiar «sistema parlamentario» español se basaba en el predominio de dos partidos turnantes —el conservador, dirigido por Cánovas hasta su muerte, y el liberal, a cuya cabeza estaba Sagasta— que se iban alternando en el poder. Los cambios de una situación a otra se producían cuando el partido que estaba en el gobierno se desgastaba, cuando se consideraba conveniente un relevo. Con el encargo de formar gobierno, el político de turno recibía la autorización de disolver las Cortes y convocar nuevas elecciones. No había temor de fallo alguno: las elecciones las ganaba siempre el gobierno que las convocaba, y siempre con una ventaja aplastante. De 1896 a 1903, por ejemplo, hubo cinco elecciones en que los escaños obtenidos por ambos partidos (sobre un total de unos 400) fueron los siguientes:

	Conservadores	*Liberales*
1896:	269	88
1898:	68	266
1899:	222	93
1901:	79	233
1903:	230	93

¿Podía alguien creer que en el transcurso de menos de ocho años el electorado español hubiese fluctuado cinco veces de los conservadores a los liberales, de manera tan radical? La verdad es que los electores no tenían nada que ver con estos bandazos. Las elecciones se preparaban en el Ministerio de la Gobernación, donde se hacía el «encasillado», determinando de antemano los resultados: la mayoría absoluta para el partido en el poder, una minoría sustancial para el partido de oposición turnante y el resto (de un 15 a un 20% de los escaños) para todas las demás organizaciones políticas, desde los carlistas a los republicanos, con el fin de que éstas pudiesen enviar a sus jefes a colaborar en la farsa parlamentaria. Como diría Francos Rodríguez: «Todos los diputados surgían del ministro de la Gobernación, como cosa creada a su imagen y semejanza». La efectividad del sistema se basaba en la alianza entre el gobierno y las oligarquías locales: los caciques garantizaban a los políticos de Madrid que obtendrían los resultados electorales apetecidos; a cambio de que éstos amparasen su preponderancia a través de las diputaciones, los municipios y los juzgados.

Si las Cortes no representaban el sentir real del país, tampoco los partidos eran verdaderas agrupaciones políticas. Lo que los unía era la salvaguardia de unos intereses comunes. Los grandes terratenientes podían figurar indistintamente en el partido conservador o en el liberal. ¿Qué importaba eso? A lo que ellos iban era a asegurar la perduración del sistema que les permitía conservar sus inmensas propiedades y les aseguraba que dispondrían de braceros a bajo precio. Buena parte de los prohombres de los partidos figuraban en los consejos de administración de las grandes empresas, especialmente de las ferroviarias, a las que procuraban los beneficios del alto patronato que podían ejercer desde el gobierno: conservadores como Dato o Silvela, liberales como Sagasta o Canalejas, hasta republicanos como Castelar. Por eso podía decirse que «a través de ellos, el poder plutocrático gobierna a los gobernadores. Resultan, por tanto, en esto invertidas las funciones de clase directora de la política: en vez de ser órgano del interés general de la Nación, son embajadores de los empresarios». Y no se crea que estas palabras las pronunció algún político de extrema izquierda: pertenecen a Sánchez de Toca, una de las figuras más notables del partido conservador, que llegaría a presidente del Consejo de Ministros. Por otra parte, añadamos que los prohombres se traían al Congreso a todos sus parientes: en las Cortes de 1912 once familias reunían un total de 56 diputados (un 15% de los escaños), sin contar a sus amigos y allegados.

El problema no era de índole estrictamente política. Hombre que sabía tanto de esto como el conde de Romanones afirmaba que «el caciquismo es el resultado de la estructura social antes que de la política» y que el régimen de propiedad tenía mucho que ver en ello. Mientras los políticos hacían hermosas frases retóricas y tronaban contra el mismo caciquismo que les servía para mantenerse en el poder, eludiendo así la discusión de problemas económicos y políticos más comprometidos, un observador más sincero, el notario Julio Senador, protestaba: «No habléis de caciquismo.» Y añadía: «¿Qué democracia es posible en España, donde toda la tierra está detentada, donde toda la tierra es sólo de unos cuantos?» La verdad es que, para comprender la España política de fines del siglo XIX, resulta preciso conocer la realidad económica en que se asentaba y que determinaba el reparto del poder.

La crisis económica de fines del siglo XIX

La España de fines del siglo XIX era un país esencialmente agrícola, con una débil industria textil y siderúrgica y una minería orientada esencialmente hacia la exportación. Su agricultura tenía una estructura muy deficiente y estaba especializada en el cultivo de cereales y legumbres (que representaban la mitad del valor de la producción agraria española) y en el de la vid (que suponía un 10% de la producción total). La irrupción en los mercados eu-

La ignorancia del poderío naval de los Estados Unidos era total en los medios informativos españoles, representados en aquella época por la Prensa. Buena prueba de ello es esta caricatura de una revista tan marcadamente de oposición como era «L'Esquella de la Torratxa», publicada en Barcelona y en catalán. Bajo el título «Marina Yankee» el comentario del dibujo es: «Ejercicios de zafarrancho de combate.»

MARINA YANKEE





Arriba: **soldados españoles dispuestos a embarcar rumbo a Ultramar (dibujo de 1898). Junto a estas líneas: un cartel de toros del 17 de julio de 1898, en plena crisis militar y política.**

ropeos de los cereales producidos en los países de ultramar, especialmente en Estados Unidos, hizo bajar los precios catastróficamente y motivó una crisis general de la agricultura europea. El pasajero respiro que para los campesinos españoles representó la euforia de la exportación de vinos, se desvaneció con la aparición de la filoxera, que arruinó las vides españolas. El panorama de la agricultura española a fines de siglo era realmente sombrío, lo que explica el incremento de la emigración exterior, especialmente encaminada hacia el norte de África y hacia América del Sur.

Por otra parte, el desastre de 1898 provocó un profundo desánimo incluso entre los sectores más avanzados de la economía española. Había que contar, en primer lugar, con el coste de la guerra. Los presupuestos del Estado español, que se habían mantenido por debajo de los 800 millones de pesetas hasta el de 1895-1896, saltaron a más de 900 millones en 1898-1899 y pasaron de los mil millones en los primeros años del nuevo siglo. La atención de una deuda de enorme volumen, del orden de los diez mil millones de pesetas, y el coste de las ininterrumpidas aventuras militares consumían el 65% del presupuesto, mientras

Plaza de Toros
BARCELONA
GRAN
ACONTECIMIENTO TAURINO
para el Domingo 17 de Julio 1898
A LAS CUATRO DE LA TARDE
EXTRAORDINARIA CORRIDA
DE
BENEFICENCIA
á favor del Sanatorio de la
CRUZ ROJA
Organizada por esta Asociación con el concurso de la Prensa de esta Capital y bajo la presidencia de la Autoridad competente, acompañada del gran maestro
Rafael Molina
Lagartijo
La corrida dará principio á las
CUATRO de la tarde en punto.

que se destinaba poco más del 15% a los servicios sociales y económicos. Consecuencia de la crisis de las finanzas estatales y de la pérdida de confianza en el Gobierno fue la caída del valor de la peseta, manifestada en el alza de los cambios sobre el extranjero.

Los industriales, en una época en que la expansión económica de las grandes potencias parecía condicionada por la conquista de mercados coloniales, vieron con desaliento la pérdida de los restos del imperio ultramarino español. Es cierto que la repatriación de capitales invertidos en las colonias sirvió para reanimar posteriormente a la industria española, de modo que en 1901 se dieron unos máximos en la inversión de capitales en empresas industriales que no habrían de igualarse hasta los años de euforia de la guerra europea; pero esta trayectoria brillante de la industrialización, signo de las transformaciones que se estaban produciendo en la economía española, no debe hacernos olvidar que el país seguía siendo predominantemente agrícola y que la España agraria había iniciado una decadencia irremediable.

La verdad es que a un español de fines del siglo XIX había de parecerle que todos los indicadores económicos apuntaban hacia un futuro sombrío: los precios cayeron por debajo de los niveles que venían rigiendo desde hacía muchas décadas, las cotizaciones de bolsa alcanzaron los niveles más bajos de su historia, la peseta parecía desplomarse, la balanza comercial se hizo deficitaria en 1899-1901, e incluso un sector de la economía española que parecía tan próspero y seguro como el de la minería veía producirse una crisis en 1900-1902. ¿Quién podía mostrarse optimista en aquellos años?

El malestar social

El resultado combinado de la situación política del país, que garantizaba la persistencia del predominio de las viejas oligarquías, y de las crisis de la economía en aquellos años había de producir un hondo malestar social que se manifestó sobre todo en el proletariado industrial de Cataluña y en el proletariado agrícola de Andalucía.

Para comprender exactamente la situación, es preciso tener en cuenta que algunas veces las manifestaciones más espectaculares de este malestar no surgieron a consecuencia de movimientos espontáneos de la clase obrera, sino que fueron motivadas por la provocación o la represión desconsiderada de las autoridades, que trataban de impedir la constitución de un movimiento obrero organizado. No eran sólo las sociedades secretas anarquistas lo que en realidad temían los latifundistas andaluces, sino las organizaciones obreras que pudieran servir para que sus braceros se coaligasen y les reclamaran salarios más elevados: las revelaciones acerca de tremebundas conspiraciones servían a veces para justificar la represión contra las incipientes organizaciones sindicales.

Según Ricardo de la Cierva: «Ante los múltiples y todavía confusos datos disponibles conviene apuntar que el origen y primer desarrollo de los movimientos revolucionarios en España no puede interpretarse de forma unilateral ni excesivamente simplificadora. Además de la torpe reacción de autoridades y oligarquías —que de ninguna manera es exclusiva de España en aquel tiempo— es preciso tener en cuenta la trágica herencia de frustraciones y violencias nacionales entre las que se arrastró el siglo XIX español; el retraso —provocado por esas frustraciones y violencias— en la incorporación de España al mundo moderno; y la conjunción, cada vez más evidenciada por las últimas investigaciones históricas, entre agitación anárquica autóctona —idealista y espontánea— e inspiración revolucionaria de signo internacionalista dirigida por poderosas organizaciones exteriores y canalizada a través de una inundación de propaganda subversiva. Las dos primeras Internacionales consiguen inmediatamente crear centros de irradiación en España. Cuando en Europa, durante la última década del siglo XIX, el anarquismo terrorista romántico cedía ya a los primeros movimientos sindicalistas y ante el reformismo socialdemócrata, en España se recrudecían sus actividades que harían posible un hecho insólito en Europa: la prolongación durante todo el primer tercio del siglo XX de una mentalidad y una organización ácrata integrada en el único movimiento anarquista que consiguió en Europa un decisivo peso político sobre los destinos de un país importante.»

En el año 1893 se produjeron dos graves atentados en Barcelona. El 23 de septiembre, Paulino Pallás arrojó dos bombas contra Martínez Campos, el militar que en 1874 había perseguido a los republicanos barceloneses. Pese a que declaró que había actuado solo y sin ayuda de nadie, seis supuestos cómplices suyos fueron ejecutados. Un mes y medio más tarde, el 7 de noviembre de 1893, una de las dos bombas lanzadas sobre la platea del Teatro del Liceo, en Barcelona, causó catorce muertos y numerosos heridos.

Bendición en La Habana (en 1896) de la bandera del batallón de Voluntarios Urbanos ofrecida por los productores y exportadores de Cataluña. Los españoles residentes en Cuba desempeñaron un papel importante en la política insular por su radicalismo y su oposición a cualquier pacto, incluso con el movimiento autonomista.

El 6 de junio de 1896 explotaba otra bomba arrojada al paso de una procesión de Corpus, en la calle de Cambios Nuevos, también en Barcelona. El atentado resulta todavía hoy enigmático, y Ricardo de la Cierva comenta: «La tendencia de aquellos gobiernos al *escarmiento* como método contrarrevolucionario se combinaba —en casos como éste— con una delirante propaganda interior y exterior en la que se presentaba a los terroristas como mártires de la libertad y hasta del progreso. El resultado era invariablemente éste: la información sobre atentados y procesos quedaba tergiversada por una carga pasional que todavía sigue enturbiando la visión histórica.» El proceso de Montjuic produjo indignación en todo el mundo y desencadenó una serie de campañas que lograron arrancar de la cárcel a los supervivientes. Cuando uno de ellos, en un mitin celebrado en Londres, en Trafalgar Square, mostraba las huellas del tormento que se le había aplicado, un joven tipógrafo italiano que se encontraba entre el público, Michele Angiolillo, tomó la firme resolución de vengar a las víctimas de Montjuic. Para ello marchó a España y dio muerte a tiros al hombre a quien consideraba como el máximo responsable de los hechos —el jefe del Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo—, que se hallaba, a la sazón, descansando en un balneario del País Vasco (8 de agosto de 1897). Aunque conmovió al país, la noticia del magnicidio no restó público a la novillada que aquella misma tarde se celebraba en Madrid; y algunos «ultras» llegaron a regocijarse malévolamente de que, habiendo muerto sin confesión, sin duda Cánovas había ido a parar al infierno. Los mecanismos del sistema político funcionaron a la perfección: se formó un «gobierno puente» y se preparó la subida al poder de los liberales, para que tomaran el oportuno relevo.

La muerte de Cánovas no sirvió para aleccionar a las oligarquías dominantes acerca de la necesidad de afrontar los problemas sociales de una manera más sensata: en 1902 se procedió al desahucio de dos pueblos enteros de las provincias de Salamanca y Toledo. En Andalucía y en Cataluña las tensiones siguieron como hasta



entonces, presagiando nuevos y más graves conflictos. Pronto la agitación obrera se extendería a otros puntos de España: a los trabajadores de los altos hornos vascos, a los mineros de Asturias...

La crisis de 1898: ni un final ni un comienzo

Se ha publicado una literatura copiosísima acerca de la crisis del 98 y de la toma de conciencia que experimentó toda una generación de intelectuales españoles. A través de ella podría llegar a pensarse que el año 1898 cerró una etapa de la vida de España y abrió otra. No es así: los problemas de la España de fines del siglo XIX que se han señalado aquí siguieron perdurando en las primeras décadas del siglo XX. «Se hundió todo y España descansó en sus trabajos... que era su apetencia más fuerte.» Los males que afligían al país siguieron sin remedio. Quien analice con cierto detenimiento las críticas de los intelectuales del 98 podrá comprobar que el énfasis y la resonancia de sus denuncias contrasta con la vaciedad de los remedios propuestos. No hubo, pues, ningún cambio decisivo. La crisis de 1898 no fue más que un momento de una crisis mayor y más duradera: la de una España «sin pulso», en donde los políticos que habían de regirla eran muchas veces los primeros que desconfiaban de que hubiera salvación, y por ello se limitaban a ir saliendo del paso.

Josep Fontana



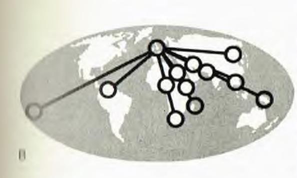
La cuestión de Fashoda, vista por un caricaturista francés de la época. «Qué grandes dientes tienes», dice Caperucita Roja, que simboliza la República Francesa. «Son para comerme mejor tu pastel», contesta la debilitada y pérfida Albión. La crisis de Fashoda estuvo a punto de provocar una guerra entre ambas potencias; pero los ingleses lograron apoderarse de Fashoda y conservarla, sin aliados y casi sin esfuerzo alguno.

Incómodo esplendor británico

La reina Victoria legó a su hijo Eduardo VII el imperio más rico y más poderoso del mundo, cuya seguridad garantizaba la Royal Navy. Aunque la autocomplacencia británica se desmoronaba y en muchas partes surgían desafíos al predominio británico, en el nuevo siglo aún parecía posible el espléndido aislamiento.



A



B

A. El más extenso imperio del mundo en 1900. Las zonas negras señalan sus territorios: los círculos, sus principales puertos e islas y las dos repúblicas de Africa del Sur entonces en guerra con Gran Bretaña. Los principales territorios eran:
América: Canadá, Honduras Británica, Guayana Británica.
Africa Central y del Norte: Egipto y Sudán (bajo control efectivo británico), Costa de Oro, Gambia, Sierra Leona, Nigeria, Protectorado de Africa Central, Africa Oriental Británica, Somalia Británica.
Africa del Sur: Natal, Colonia del Cabo, Basutolandia, Bechuanalandia, Rhodesia.
Asia y Oceanía: India, Ceilán, Birmania, Establecimientos de los Estrechos, Australia, Nueva Zelanda.
Además: Numerosas islas y puertos.

B. A partir de la década 1880-1890 otras potencias comenzaron a irrumpir en lo que hasta entonces había sido coto exclusivo de Gran Bretaña. Ello constituyó una fuente de constantes disputas. Algunos de los principales puntos de perturbación eran:
***1* Samoa: desde 1880 rivalidades entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania.**
***2* Venezuela: 1895-96, disputa por la frontera de la Guayana Británica. *3* Nigeria: disputa con Francia y Alemania. *4* Africa Alemana del Sudoeste: disputas por la expansión alemana; establecimiento de un protectorado sobre Bechuanalandia. *5* Egipto y Sudán: rivalidad persistente con Francia. *6* Alto Nilo: fuerzas francesas llegan al Nilo (crisis de Fashoda, 1898); además, conflictos entre las pretensiones británicas y alemanas en Uganda. *7* Madagascar: desacuerdos anglo-franceses por su soberanía. *8* Persia: rivalidad anglo-rusa. *9* Afganistán: en 1885 crisis de «influencia» anglo-rusa. *10* Siam: 1893, fricción anglo-francesa. *11* China: 1898, clímax de la pugna por las concesiones. *12* Nueva Guinea: el Sur es anexionado en 1884 tras la ocupación alemana del Norte.**

La reina Victoria sobrevivió tres semanas al siglo XIX. Era adecuado que el siglo XIX y la era victoriana terminaran virtualmente en el mismo momento. Aquél había sido en gran parte el siglo de la Gran Bretaña, que había ascendido al pináculo de su gloria y había dejado su marca en el mundo. Gran parte del globo vivía a la sombra de la bandera inglesa y muchos, por no decir la mayor parte, de los rasgos que hoy nos parecen característicos de la época se habían originado en Gran Bretaña. Sus pioneros industriales fueron misioneros laicos que intentaban transformar otras sociedades según el modelo británico. Por ejemplo, todos los países de Europa, excepto España y Rusia, adoptaron para sus ferrocarriles el ancho de vía que Robert Stephenson casualmente había heredado de las minas de hulla en Durham, y en algunos países, incluidos Francia e Italia, los trenes circularon y todavía circulan por la izquierda porque fueron ingenieros británicos quienes tendieron los carriles.

Desde 1884 la hora en todo el mundo fue determinada por Greenwich, y todos los mapas se basaron en el meridiano de Greenwich. La mayor parte de los países europeos adoptó para la moneda el patrón oro utilizado por el Banco de Inglaterra. Los deportes modernos, como tenis, golf y fútbol, nacieron, en su forma actual, en Gran Bretaña. La aparición de las ciudades industriales modernas y su predominio sobre el campo, que se hizo general en Europa, tuvo origen en Gran Bretaña, así como la tendencia de las clases, tanto altas como bajas, a aburguesarse.

Gran Bretaña fue también un modelo político para la mayoría de los países europeos. Durante la primera parte del siglo XIX la democracia había sido mirada con desconfianza y se suponía que iba a traer consigo la revolución social y política. La propia reina Victoria había declarado: «Nunca seré la reina de una monarquía democrática.» A pesar de estos temores las clases dirigentes británicas mantuvieron una política de concesión, por lo menos hasta el grado del sufragio familiar: las clases trabajadoras industriales pudieron haber ejercido una decisiva influencia de habérselo propuesto.

Pero, al parecer, no querían hacerlo. En 1900 solamente dos diputados laboristas tuvieron acceso a la Cámara de los Comunes, y los dos partidos tradicionales, el conservador (o unionista, como era llamado en Irlanda) y el liberal, creían que podrían seguir practicando indefinidamente el juego de irse turnando. La clase alta todavía gobernaba: el marqués de Salisbury, que fue primer ministro, procedía de un linaje aristocrático que se remontaba al siglo XVI, y el Gobierno estaba tan lleno de sus parientes de la familia Cecil que era conocido con el sobrenombre de «Hotel Cecil». Las grandes familias rivalizaban en riqueza y poder con las de Hungría o Rusia. Los sirvientes empleados por un magnate como el duque de Westminster o el conde de Derby para su servicio particular eran tan numerosos como todo el personal del hospital general de Londres, y cinco duques gastaban para sí más de lo que se gastaba en educación universitaria en toda Gran Bretaña. La vieja doctrina «whig» había demostrado una vez más su exactitud: se podían hacer concesiones sin perjuicio para quienes las hicieran, e incluso generalmente en su beneficio. No es de extrañar que muchos países europeos adoptaran el constitucionalismo liberal que funcionaba tan felizmente en su lugar de origen.

Sin embargo, la autocomplacencia británica se desmoronaba cuando el siglo XIX llegó a su fin; de hecho, estaba desmoronándose desde hacía algún tiempo. Gran Bretaña había sido en otro tiempo el taller del mundo, pero estaba dejando de serlo. La Gran Exposición de 1851, proyectada para celebrar la superioridad británica, señaló, por contra, el comienzo de su declive. Aunque seguía dominando en sus viejas ramas de actividad, hulla y algodón, quedaba atrás en las industrias más nuevas, como la química, la ingeniería eléctrica y hasta en la del acero. Alemania, en especial, fue primero su rival y luego la superó como nación exportadora. Muchos ingleses perdieron su fe en la libertad de comercio y empezaron a pedir aranceles. Ante el giro que tomaron las cosas, la alarma resultó excesiva. Estaba aproximándose un veranillo de San Martín propicio para el libre comercio, si bien esto no podía ser previsto en 1901. Una vez más llegaría la

prosperidad para la hulla y el algodón y los liberales, como defensores del librecambismo, alcanzarían su última y mayor victoria electoral. Pero esto, cuando ocurrió, no bastó para restablecer la antigua confianza en sí mismos de los británicos. Las dudas y temores estaban ya muy arraigados.

Cuando los británicos perdieron su antiguo predominio como exportadores de mercancías, encontraron una nueva fuente de fuerza y riqueza en la exportación de capital. Se hicieron inversores en el extranjero en vez de exportadores, o, mejor dicho, añadieron una actividad a la otra. El rendimiento de sus inversiones extranjeras llegó a cubrir el déficit de su balanza comercial, y proporcionaba cada año un sobrante para nuevas inversiones. El típico capitalista británico de los primeros años del siglo XIX era un propietario de fábricas o un magnate ferroviario; el de 1901 era un financiero que promovía compañías y sociedades en la City. Los observadores izquierdistas anunciaron el advenimiento del imperialismo económico o financiero y declararon que el imperio británico se había convertido en un vasto trust de inversiones que perseguía riquezas para bien de unos pocos.

El imperio de Gran Bretaña

Durante gran parte del siglo XIX el imperio británico fue único en el mundo. En los primeros tiempos, los británicos habían tenido que contender con otros; al principio con los españoles y los holandeses; después, con los franceses. Todos los rivales se habían retirado gradualmente de la competición. El imperio holandés tenía poca importancia. El imperio español se disolvió en una serie de repúblicas. Francia había quedado exhausta en su intento de establecer un imperio en Europa bajo Napoleón, y vacilaba en reanudar sus ambiciones en ultramar. Sólo el imperio británico sobrevivía en todo su esplendor.

Este imperio tenía diversas facetas: las colonias originales de poblamiento se habían convertido en comunidades autónomas de población blanca, en su mayoría de origen británico, y aunque teóricamente subordinadas a la metrópoli, en realidad estaban unidas a ella por lazos más afectivos que legales. En 1897, durante el Jubileo de Diamantes de la reina Victoria, Joseph Chamberlain, el ministro de Colonias, trató de convencer a éstas para la formación de un supremo Consejo imperial y un *Zollverein* imperial, pero fracasó. Sin embargo, cuando estalló la guerra de los bóers, las colonias decidieron voluntariamente enviar ayuda militar a Gran Bretaña y esta ayuda se repitió en gran escala durante la I Guerra Mundial. Con la autonomía de las colonias, el imperio fue transformándose en una cooperación o, como se la llamó más tarde, en una *commonwealth* (mancomunidad).

La India representaba el caso contrario. Los ingleses, del virrey hacia abajo, la gobernaban con una autocracia sólo templada, desde lejos, por el Gobierno y el Parlamento de Londres. La India proporcionaba provechoso empleo para los altivos productos de las «public school» inglesas. La mitad del ejército británico estaba estacionado en la India —naturalmente a expensas de ésta— y, además, se mantenía un gran ejército nativo al mando de oficiales británicos. Por otra parte, pese a que se hablaba de comercio libre, en la práctica la India era un mercado reservado para las mercancías británicas. La soberanía inglesa en la India se había originado como un subproducto de las actividades comerciales de la Compañía de las Indias Orientales, cuyos empleados hacían, naturalmente, sus pedidos a firmas británicas. La India era en verdad la más brillante joya de la corona británica.

La estrategia imperial giraba casi por entero alrededor de la seguridad de la India y de las rutas que a esta colonia conducían: las dispersas colonias en Africa y el océano Indico eran estaciones carboneras y bases navales. Sin serios rivales imperiales, Gran Bretaña raras veces se molestaba en hacer nuevas anexiones, salvo en los confines de la India. Los ingleses suponían que todo el mundo ya era suyo sin que tuvieran que tomarse la molestia de ganarlo. Fuera de Europa o en sus límites extremos había algunos viejos imperios en decadencia: Marruecos, el imperio otomano, Persia y China. Los británicos se preocupaban más de mantener a los otros fuera de estos imperios que de meterse dentro ellos mismos, y tales imperios tendían a convertirse, en la práctica, en zonas de influencia británica. Así, Gran Bretaña creó el sistema de aduanas marítimas de China y lo explotó durante más de una generación. Instó al sultán turco a adoptar reformas mal acogidas, luchó en su defensa en la guerra de Crimea y estuvo dispuesta a luchar de nuevo en 1878, pero protegió la independencia de Marruecos y Persia con menos empeño. Eran imperios a bajo costo.

La ausencia de rivales constituía la mayor seguridad para el imperio británico. La Royal Navy (Marina Real) dominaba los mares y océanos, y ninguna potencia europea trataba de competir con ella. Se produjo una corta alarma en la década 1860-1870, cuando la introducción del vapor dejó anticuados los barcos de vela y se temió que Napoleón III pudiera repetir el reto de su tío al poder marítimo británico. La alarma pasó pronto y la Royal Navy recuperó su supremacía. Parecía que Trafalgar había reportado una victoria cuyos efectos durarían siempre.

Los ingleses tenían otro motivo para sentirse seguros. Estaban completamente desligados de los asuntos europeos. En siglos anteriores, desde la revolución inglesa de 1688 hasta la batalla de Waterloo, constantemente intervinieron para mantener en Europa un equilibrio de fuerzas, es decir, para impedir que alguna potencia determinada, generalmente Francia, dominara en el Continente. La derrota de Napoleón parecía haber realizado este objetivo. Francia era contenida por las tres monarquías conservadoras —Rusia, Prusia (después Alemania) y Austria (después Austria-Hungría)— y éstas eran contenidas por Francia. Cuando pareció que Rusia ejercía una influencia excesiva, Gran Bretaña se unió a Francia contra ella en la guerra de Crimea, y la victoria aliada, aunque no decisiva, fue suficiente. El mantenimiento del equilibrio de fuerzas, en otro tiempo motivo de intervención, ahora pasó a ser motivo de no intervención. Se supuso que funcionaba automáticamente, como una ley de la Naturaleza desarrollada por una bondadosa providencia en beneficio de Gran Bretaña. Ni siquiera la derrota de Francia por Alemania en 1870 alarmó demasiado a los ingleses. En todo caso, fue considerada como una mejora. El peligro de un nuevo Napoleón se hizo más remoto que nunca.

Las potencias irrumpen en los cotos británicos

En las últimas décadas del siglo XIX llegó a su fin esta cómoda situación. El equilibrio de fuerzas funcionaba demasiado bien. En 1879 Alemania y Austria-Hungría formaron una alianza defensiva y en 1882 entró en ella Italia, como un tercer miembro algo dudoso. Rusia y Francia, tras muchos devaneos, replicaron en 1894 con una alianza defensiva similar. La Triple Alianza y la Doble Alianza se contrarrestaban mutuamente y no podía haber en Europa ningún conflicto como no fuera una guerra general. Todas las potencias, salvo Austria-Hungría, miraban fuera de Europa deseosas de gloria y provecho, y la exacta precisión del equilibrio las dejaba libres para hacerlo. Inevitablemente irrumpieron en lo que había sido coto exclusivo de Gran Bretaña. Todas las costas de Africa estaban en una u otra de las rutas británicas hacia Orien-

te. La expansión rusa en Asia central amenazaba la frontera del noroeste de la India, y la expansión francesa en Indochina constituía una amenaza semejante a la del sudeste. Para colmo, las potencias europeas irrumpieron en los viejos imperios y no se dejaron impresionar por las seguridades que daba Gran Bretaña de que estaba manteniendo una benevolente vigilancia sobre estos imperios en interés general.

Gran Bretaña tenía un punto particularmente vulnerable: Egipto. Se había preocupado por Egipto como posible puerta trasera del océano Índico mucho antes de que se construyese el canal de Suez. De ahí su empeño por arrojar de allí a Napoleón en 1798. La apertura del canal de Suez agravó el problema. A los ingleses no les inquietaba tanto controlarlo ellos mismos como impedir que otros lo controlaran y, persiguiendo este objetivo negativo, en 1882 se establecieron, más o menos accidentalmente, en Egipto. Se abstuvieron de realizar una anexión abierta y asimismo declararon que estaban actuando como mandatarios de las grandes potencias, declaración difícil de justificar cuando por lo menos dos de las potencias, Rusia y Francia, deseaban sacarlos de allí. Los ingleses necesitaban amigos que votaran a su lado en los comités internacionales, aunque sólo fuera para salvar las apariencias, y esta necesidad se hizo más urgente cuando semejantes comités proliferaron en los otros viejos imperios, como Turquía y China. El aislamiento británico parecía haberse convertido en fuente de peligro en vez de serlo de fuerza. Ésta era en parte una impresión engañosa. Los ingleses necesitaban amigos solamente mientras ellos, y otros, siguieran pensando en negociar. Si llegaba la guerra, todavía podían sentirse seguros, o así lo creían.

La supremacía de la Royal Navy seguía siendo incontestable. En 1884 Bismarck, el canciller alemán, en un momento de irritación habló de una liga internacional que reuniera todas las escuadras europeas contra Gran Bretaña. Pronto abandonó la idea, y, algo más tarde, en 1889, los ingleses iniciaron una reconstrucción de su flota que la situó por delante de todas las rivales. Solamente en 1900 apareció otro peligro, cuando la segunda Ley de la armada alemana proyectó una gran flota que pudiera desafiar a la británica en sus aguas metropolitanas. Esta amenaza había de transformar las relaciones internacionales en los años siguientes. A comienzos del siglo XX, la flota alemana existía solamente como proyecto, y por entonces los ingleses habían arreglado muchos de sus problemas ultramarinos. Naturalmente, a los británicos les hubiera gustado prohibir la expansión ultramarina de las demás potencias. Como dijo un primer ministro australiano en 1885, cuando los alemanes estaban poniendo las manos en parte de Nueva Guinea: «Se nos dice que los alemanes son buenos vecinos, pero preferimos no tener vecino alguno.» Esta política era imposible de aplicar. Habría envuelto a los ingleses en una serie sin fin de conflictos y habría sido incluso superior a la fuerza de la Royal Navy. Por lo tanto, los británicos tuvieron que recurrir a una serie de particiones. Se apoderaron de las zonas que consideraban vitales (en realidad se apoderaron de más que cualquier otro) y dejaron hacer a los demás. De esta manera fue repartido todo el continente de África y también gran parte de Asia.

Los ingleses, además de su preponderancia naval, tenían una ventaja diplomática.



Revista naval de Spithead, en 1901. El yate real pasa ante los buques de guerra británicos. La escuadra de Gran Bretaña garantizaba la seguridad de su Imperio y hacía posible el ejercicio de su voluntad a escala mundial.

Daban por supuesto que así como ninguna potencia determinada podía competir con ellos, las potencias en conjunto no se coaligarían aunque sólo fuese por su mutua aversión. Como Carlos II dijo a su hermano Jacobo, duque de York: «Nunca me matarán a mí para hacerte rey a ti.» Llegaron más lejos. Tendieron a dar por sentado que Alemania era todavía su «aliada natural» y que obedientemente volvería a defender el imperio británico, si fuera necesario. Este supuesto era erróneo. También el equilibrio de fuerzas europeo funcionaba contra los intereses británicos: la alianza franco-rusa puso demasiado alto para Alemania el precio de ayudar a Gran Bretaña, aunque hubiese deseado hacerlo; además, ya no era seguro que lo deseara.

Los alemanes, por su parte, mostraban ambiciones ultramarinas, aunque en moderada escala. Había que apaciguarlos mediante repartos de territorio colonial. Esto podía tolerarse. La situación empeoró cuando, en los momentos de disputa, los alemanes amenazaron cooperar con otros rivales de Gran Bretaña, particularmente con Francia. Bismarck hizo esto por primera vez en 1884, aunque pronto volvió a su antigua política de desinteresada amistad. En 1894 se produjo una amenaza más seria, cuando tanto Alemania como Francia se opusieron al intento británico de incorporar fraudulentamente el Alto Nilo al Estado Libre del Congo. Lo peor de todo ocurrió en 1896, cuando el káiser alemán patrocinó abiertamente las repúblicas bóers de Sudáfrica, cuya independencia Gran Bretaña trataba de destruir. Al final nada provino de esta interferencia y en 1898 los alemanes fueron apaciguados mediante un plan de reparto de las colonias portuguesas, plan que también se malogró.

Aislados, pero todavía orgullosos

Sin embargo, los ingleses estaban lejos de sentirse desesperados. En efecto, alcanzaron su mayor triunfo imperial en el momento de su mayor aislamiento. En 1897 el Jubileo de Diamantes de la reina Victoria fue deliberadamente celebrado como un asunto exclusivamente imperial (en 1887, cuando el primer Jubileo de la reina, habían sido invitados los representantes de los monarcas continentales). En 1897, en cambio, solamente fueron invitados los representantes del imperio.

El primer ministro lord Salisbury alcanzó un triunfo más práctico. Lo habían exasperado los incesantes problemas diplomáticos creados por Francia en Egipto, y había mirado con particular suspicacia los planes franceses destinados a mejorar su posición negociadora irrumpiendo en el valle del Alto Nilo, que entonces se hallaba bajo el dominio de los derviches.

En 1896 Salisbury empezó a planear la reconquista del Alto Nilo o Sudán. En 1898 su plan estaba ya a punto. El ejército derviche fue destruido en la batalla de Omdurmán. El comandante en jefe británico, lord Kitchener, se enteró de que un grupo expedicionario francés se había establecido en Fashoda, más lejos, Nilo arriba, y se trasladó allí con una fuerza muy superior. La Royal Navy dominaba el Mediterráneo y controlaba todos los accesos a Egipto por mar. Salisbury se negó a negociar: exigió una retirada incondicional. Los franceses no podían recibir ayuda alguna. Abandonaron Fashoda y con ello toda posibilidad de estorbar a los ingleses en Egipto. El conflicto de Fashoda fue el que más cerca estuvo de llevar a los ingleses a la guerra desde el conflicto con Rusia por Constantinopla, en 1878, hasta la crisis de Agadir, con Alemania, en 1911. Triunfaron sin aliados y prácticamente sin esfuerzo. Los gastos extraordinarios de la flota fueron únicamente 13.000 libras. El orgullo británico alcanzó su pináculo.

Nuevos peligros se acumularon. En octubre de 1899 los ingleses, después de mutuas provocaciones, entraron en guerra con las repúblicas bóers. Esperaban que la guerra estuviese terminada por Navidad. En lugar de ello, se alargó cerca de tres años. Los ingleses tuvieron que movilizar más de 500.000 hombres. Sus recursos militares fueron absorbidos por la guerra bóer. Todas las potencias europeas simpatizaban con los bóers, por envidia del poderío inglés y también por motivos más nobles. Se habló de una mediación e incluso de una intervención europea, pero nada se hizo.

Sombras que se desvanecen

Con todo, la situación resultaba incómoda. Los británicos podían sobreponerse al hecho de no tener ningún amigo en el mundo y no se preocupaban demasiado acerca de la desaprobación moral de los demás. Pero había razones prácticas para que sintiesen ansiedad o incluso alarma. Los ingleses habían dado siempre por supuesto que los viejos imperios decadentes no llegarían hasta el borde del colapso. Suponían incluso que conservaban cierto espíritu de lucha. En los momentos de la guerra bóer estas suposiciones probaron ser infundadas. Salisbury ya había dado por saldado el Imperio otomano en 1896, y fue ésta una de las razones que lo movieron a actuar en el Sudán: una vez asegurado el control de Egipto, ya no lo preocupaba ni que los rusos se apoderaran de Constantinopla (cosa que no hicieron). En el otro extremo del Mediterráneo, Marruecos parecía a punto de desmoronarse en cualquier momento, y Salisbury preveía ya que allí habría que llegar a un reparto con Francia.

El caso que daba más preocupaciones era el de China. Este imperio era la mayor de las presas que quedaban por repartir, o por lo menos así lo creían muchos en aquel tiempo. Los británicos trataron persistentemente de mantener a China unida, sobre todo desde el momento en que otros amenazaron con irrumpir en ella; pero sus esfuerzos resultaron cada vez más vanos. En 1898 se había producido ya un primer esbozo de reparto, cuando Alemania, Rusia y Gran Bretaña se apoderaron de porciones de territorio chino, y las cosas empeoraron después. En 1900 los bóxers iniciaron una feroz rebelión contra todos los extranjeros; las grandes potencias se unieron para acudir en ayuda de sus sitiadas legaciones en Pekín. Esta fuerza internacional fue la única conocida a la que contribuyeron todos los países europeos; pero no parecía que fuese el anuncio de una cooperación internacional en la reorganización de China.

La guerra bóer parecía haber puesto en evidencia los peligros del aislamiento británico, pero un análisis más objetivo demostró que Gran Bretaña se hallaba todavía segura. Los trastornos de China significaron una amenaza mucho más real de peligro, especialmente por el hecho de que vinieran a coincidir con la guerra bóer. Gran Bretaña comenzó en serio a buscar aliados, y se volvió hacia Alemania, esta vez en un plano oficial. En el Foreign Office se preparó un tratado formal de alianza, pero los alemanes no iban a arriesgar su posición en Europa por amor a los intereses británicos en China, y la hubieran arriesgado, sin duda, en caso de unirse a Gran Bretaña contra Rusia y Francia.

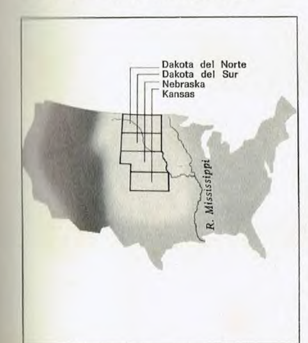
Entonces fue cuando los británicos descubrieron un aliado digno de confianza y dispuesto a dar la cara. Se trataba del Japón, el único país asiático que había logrado transformarse de acuerdo con el modelo europeo. Los japoneses estaban deseosos de oponerse a Rusia; sólo pedían a los británicos que les guardaran las espaldas mientras actuaban. Fue un espléndido regalo para los ingleses: acordaron una alianza con el Japón en enero de 1902, y la guerra bóer concluyó victoriosamente pocos meses después. El aislamiento podía haberse empañado, pero seguía siendo espléndido.

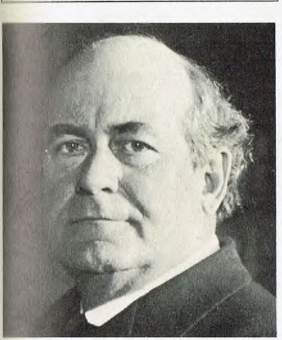
A. J. P. Taylor

Expansión de los Estados Unidos

Para los Estados Unidos de Norteamérica el nuevo siglo presagiaba brillantes perspectivas: su victoria sobre España había sido una prueba de poderío bélico, y era ya indudable la magnitud colosal de su economía. Sin embargo, algunos años antes su situación interna era mucho menos halagüeña: todo parecía anunciar la inminencia de un choque frontal entre los nuevos potentados del dinero y los «norteamericanos pobres», cuyo número se contaba por millones.

Ubicación de los llamados «Estados de las Llanuras Altas».
Abajo: Bryan: «No crucificarás a la Humanidad en una cruz de oro.»





Durante la época dorada anterior a la gran depresión de 1929, la revista *Life* publicó una serie de dibujos humorísticos que alcanzaron una popularidad extraordinaria. Se basaban en el sentimiento nostálgico inspirado por el pasado y se llamaban «Los alegres años noventa». Esta denominación era harto discutible, ya que durante los últimos años del siglo XIX, tanto en Estados Unidos como en otros países, la alegría distaba mucho de ser la nota predominante. La crisis económica iniciada hacia 1873 en la Europa occidental y en América del Norte, culminó en 1893, en Estados Unidos, con el mayor pánico financiero conocido hasta entonces: la amenaza que ello significó para la estructura social del país no tuvo su igual hasta la depresión de 1929.

Pero si los «años noventa» no tuvieron nada de alegres, fueron de primordial importancia para el futuro de la sociedad norteamericana. En primer lugar, empezó entonces a advertirse que el carácter de dicha sociedad estaba cambiando. En 1893, un joven historiador, Frederick J. Turner, leyó ante la «Asociación histórica norteamericana» un trabajo suyo en el que llamaba la atención sobre «la frontera». Turner se basaba en un informe de la Oficina del Censo del Gobierno de los Estados Unidos, en el que se detallaba el censo de 1890 y se aseguraba que «la frontera» estaba cerrada. Esta afirmación por parte de la Oficina del Censo y del propio Turner no significaba que hubiese terminado el gran movimiento hacia el Oeste sino que las zonas marginales del Este y del Oeste en que el poblamiento no se hallaba asentado se habían encontrado ya. El país estaba organizado y afirmado: existían ya todos los actuales Estados continentales, excepto Oklahoma, Nuevo Méjico y Arizona, que todavía eran «territorios». El gran movimiento colonizador, iniciado con el establecimiento de la primera colonia en la costa atlántica a principios del siglo XVII, podía darse por terminado (en realidad, no había concluido del todo, puesto que el libre establecimiento en las «tierras públicas» prosiguió hasta 1916, pero Turner estaba en lo cierto al juzgar el censo de 1890 como un hito que señalaba el final de la vieja ocupación del suelo —agrícola y ganadera— en los Estados Unidos).

A partir del siglo XVII, los colonos que iban hacia el Oeste desde las costas del Atlántico, y después, en el XIX, aquellos que se trasladaron hacia el Este a partir del litoral del Pacífico, habían explotado los recursos de aquellas tierras casi despobladas. En el transcurso de este movimiento, las tribus indias habían sido barridas y sus últimas y desesperadas rebeliones habían sido ahogadas en sangre. Sobre los siete millones y medio de kilómetros cuadrados ocupados por los Estados Unidos, se había establecido lo que el profesor David Potter llamaría el «pueblo de la abundancia» y ese pueblo iba a convertirse en la sociedad más opulenta que jamás había conocido el mundo.

Pero aunque los agricultores y ganaderos de fines del siglo XIX no se dieran cuenta de ello, había pasado ya el apogeo de este movimiento. Durante cierto tiempo el ciclo climático dispensó lluvias beneficiosas, y tanto la cría de ganado como el cultivo de trigo resultaron tareas relativamente fáciles y harto provechosas. Sin embargo, en 1890 el «boom» podía darse por terminado y los Estados de las llanuras altas, que no deben ser confundidos con los Estados de las praderas, que están en el Este, ya no volverían a disfrutar del optimismo reinante durante los primeros años de su colonización.

Los colonos y la nueva agricultura

Incluso en regiones fértiles, intrínsecamente ricas y dotadas de agua en abundancia, como Iowa e Illinois, el agricultor norteamericano sufría de una crisis en la demanda de sus productos. Tenía que afrontar la competencia canadiense, argentina y australiana. Padecía también a causa de la política proteccionista de las naciones europeas, decididas a defender a sus campesinos contra la competencia de la agricultura americana.

Por otra parte, la actividad agrícola se transformaba cada vez más en una industria con fuertes inversiones de capital. El pionero trashumante que se establecía en unas tierras gratuitas o muy baratas y construía en ellas su cabaña de troncos o.



más hacia el sur, su casa de adobes, y que creaba una explotación que después podía vender o legar a sus hijos, se estaba convirtiendo ya en un mito. El agricultor necesitaba ya entonces un costoso instrumental y buenos medios de transporte para sus cosechas; en otras palabras: dependía de los ferrocarriles. Se hallaba integrado en el mercado mundial, y, por lo tanto, a merced de banqueros e intermediarios. Al oeste del Missouri, en las llanuras altas, dependía por completo de la industria del Este en todo lo referente a las necesidades básicas de su existencia. Por ejemplo, el alambre, y más tarde el alambre de espino, le eran indispensables para sus propiedades. Se requería maquinaria agrícola para asegurar la rentabilidad de las granjas de Dakota durante la breve época estival de noventa días. La madera faltaba y era forzoso importarla. Los Estados del Oeste tendían cada vez más a especializarse en un solo cultivo y, por tanto, no tenían más remedio que comprar los alimentos, ropas, artículos de primera necesidad y objetos de lujo, y transportarlos por ferrocarril.

En general, los colonos norteamericanos eran optimistas, pero durante la última década del siglo pasado este optimismo se vio sometido a duras pruebas. El agricultor no sabía con exactitud lo que estaba ocurriendo, pero creía que estaban abusando de él. Los precios de los productos que vendía oscilaban, pero casi siempre tendían a disminuir. En cambio, los precios de todo cuanto compraba —precios artificialmente mantenidos en alza mediante aranceles elevados, como él creía, y no sin cierta razón— nunca bajaban. Las deudas contraídas durante los tiempos de euforia tenían que pagarse en los años difíciles. La vida en la frontera era dura y violenta, sobre todo para las mujeres. Era un mundo angustiado por el mito y por las realidades de una situación cambiante. El agricultor norteamericano creía que estaba siendo sacrificado para mantener a los Estados Unidos dentro del patrón oro, debido a la influencia de los banqueros de Londres, en especial de los Rothschild. Así fue como el antisemitismo se infiltró en la mentalidad de la población agrícola.

Izquierda: **la Bolsa del algodón en Nueva Orleans, pintada por Degas. Los sureños plantadores de algodón sufrieron duros reveses a causa de las oscilaciones del mercado mundial. En realidad, el Sur se convirtió en una colonia de las finanzas del Norte.**

Más conflictos:
la inmigración urbana

No eran los agricultores los únicos que sentían zozobra e indignación: la lucha de clases había estallado en las ciudades de la república modelo. La mayoría de los obreros europeos habían estado de acuerdo con Lincoln en creer y afirmar que los Estados Unidos representaban «la última y mejor esperanza del mundo»; pero, a partir de 1880, sólo abrigaba esta creencia una minoría cada vez más exigua. Durante la gran depresión iniciada en 1870, la violencia se había extendido de un modo alarmante y la prolongada y difícil recuperación no disminuyó los resentimientos ni las frustraciones. La vieja población norteamericana, que había suministrado la mayor parte de los trabajadores especializados a las ciudades en continuo crecimiento, cobró conciencia de que su misión y su destino estaban cambiando. Todavía proporcionaba la mayor parte de los profesionales y directivos, pero la masa trabajadora era nutrida, en proporción cada vez mayor, por nuevos tipos de inmigrantes europeos. Hasta entonces la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos procedían de las zonas nórdicas y occidentales de Europa, sobre todo de las Islas Británicas (incluida Irlanda), de los países escandinavos y de Alemania, y casi todos ellos poseían características que les permitían ajustarse con rapidez a las formas de vida norteamericanas. En su mayoría eran protestantes, si bien casi todos los irlandeses y una proporción no desdeñable de alemanes eran católicos. Muchos de ellos podían considerarse alfabetizados en su propia lengua, cuando no en el idioma inglés, y algunos, en especial los irlandeses, poseían una rica tradición de actividad política.

«La nueva inmigración», como se la llamó, procedía de Italia, de Polonia (principalmente de los sórdidos ghettos polacos), del Imperio austro-húngaro y de Grecia, países que diferían mucho de los Estados Unidos. Fue significativo que se llegara a un momento en que, entre los periódicos que se publicaban en idiomas extranjeros, los de mayor tirada fueran los escritos en *jiddisch* (dialecto judío centroeuropeo), que superaban incluso a los redactados en alemán. Muchos de los nuevos inmigrantes traían consigo una tradición de hostilidad contra el gobierno en general, y la ejecución de los «anarquistas de Chicago» reveló a América y a Europa el cambio que se había producido en la situación.

Estos inmigrantes traían también consigo sus querellas. Muchos de ellos, incluso no pocos judíos, eran analfabetos y se apiñaban en ghettos raciales en las grandes ciudades. Daban la mano de obra para las industrias pesadas, la siderurgia y las minas de carbón, así como los trabajadores trashumantes que el sistema agrícola norteamericano necesitaba cada vez más. Llegaron al país en un momento en que las perspectivas para los norteamericanos —sobre todo para los negros— eran menos risueñas que en los primeros dos tercios del siglo. La gran huelga de Homestead, cerca de Pittsburgh, que en el año 1892 dio lugar a sangrientas refriegas entre los detectives de la agencia Pinkerton, contratados por la Carnegie Steel Company, y los iracundos obreros, vino a incrementar la escisión de la sociedad norteamericana.

Había también tensiones en el Sur. Después de las devastaciones de la guerra civil, la reconstrucción procedía con gran lentitud, y los plantadores de algodón sufrían, más aún que los cosecheros de trigo de las llanuras occidentales, a consecuencia de las oscilaciones del mercado mundial. El negro emancipado no era un auxiliar bien pagado ni un propietario rural sino una especie de aparcero, un trabajador al que no se pagaba en metálico sino con una parte de la cosecha. Lo mismo ocurría con muchos de los llamados *poor whites* (pobres blancos). Ambos eran víctimas de la guerra y del nuevo sistema industrial y agrícola. El Sur era entonces una colonia de los financieros del Norte; una colonia administrada por dirigentes sureños, pero colonia al fin y al cabo.

La agudización de las diferencias de clase

La transformación de la economía podía advertirse también en el crecimiento de las grandes compañías llamadas, con cierta inexactitud, «trusts», entre las cuales la más famosa, y sin duda alguna la más odiada, era la Standard Oil Company. La escena parecía preparada para un choque revolucionario entre los nuevos amos del dinero y la masa descontenta y desdichada de los americanos pobres o casi pobres. El choque se produjo, pero en una forma distinta de la prevista por los europeos e incluso por muchos norteamericanos.

La amenaza del enfrentamiento y la aparición de signos tan sintomáticos como la marcha del ejército de parados de Coxey hacia Washington en 1894, con el fin de presionar al Congreso para obtener ayuda, alarmaron a algunos y alentaron las esperanzas de otros. En el Sur, la causa principal del temor de las clases dirigentes fue la breve alianza que se estableció entre los *poor whites* y los negros en el Partido Populista. Una verdadera unión de estos dos

grupos de indigentes hubiese representado, en el Sur, una amenaza para el orden establecido. Los populistas apelaron también a los descontentos agricultores de los estados del Oeste. El programa populista de 1892, que pedía la libre e ilimitada acuñación de moneda de plata (una política de inflación destinada a permitir que los agricultores, abrumados de deudas, pagaran a sus acreedores del Este), la jornada de trabajo de ocho horas, la nacionalización de ferrocarriles y teléfonos, y la restricción de la inmigración, fue el programa más extremado entre todos los que han obtenido gran número de votos en Estados Unidos. Los populistas amenazaban con anexionarse el Partido Demócrata o, por lo menos, con infiltrarse en él hasta convertirlo en la asociación radical de los descontentos. Al mismo tiempo, la clase media estaba irritada por su relativa decadencia en comparación con la pujanza de los nuevos magnates industriales. La visión deprimente de las nuevas ciudades, sumidas en un clima de corrupción y crimen, así como la ausencia de toda comunicación efectiva entre la urbe y el campo (y más aún entre las antiguas y las nuevas clases) suscitaron gran alarma. Al cabo de cien años de haber iniciado los Estados Unidos sus actividades bajo una nueva constitución, su futuro parecía más inseguro que a fines del siglo XVIII.

Las reacciones ante el desagradable descubrimiento que suponía este cisma profundo en la vida de la joven nación americana fueron muy diversas, y algunas de ellas pueden interpretarse como reaccionarias en el sentido más estricto de este término. Por ejemplo, la *American Protective Association* no era sino un núcleo protestante organizado contra la influencia de los católicos; la hostilidad contra éstos —reflejada en las cartas y escritos del joven Woodrow Wilson— se hallaba todavía muy difundida, y muchos protestantes, inquietos a causa del creciente poderío de los políticos católicos, juzgaron provechoso

1



2



3



4



5



1 El sueño que atrajo a tantas personas a través del Atlántico, en busca de un nuevo futuro: la inscripción en la estatua de la Libertad. 2 La nueva inmigración: escena a bordo de un buque de inmigrantes poco después de atracar en un puerto norteamericano. 3 Por apiñados que pudieran estar en los bloques de viviendas de Nueva York, los inmigrantes solían gozar de condiciones mejores que las de sus hogares de origen. 4 La mayor parte de los inmigrantes se concentró en míseros barrios suburbanos: en la foto, un ghetto judío de Nueva York. 5 Niños jugando en las aceras del East Side neoyorkino.



Ningún otro banquero había sido jamás tan poderoso como J. P. Morgan. En este dibujo, Morgan le dice a Neptuno: «Será mejor que te zambullas en el agua, amigo, pues aquí no hay lugar para los dos. De ahora en adelante, yo gobernaré el Océano.»

unirse a la facción formada por sus correligionarios.

Los reformadores de la época, los «Mugwumps», no se hallaban tampoco exentos de estas tendencias anticatólicas y atribuían la corrupción administrativa de las grandes ciudades a los políticos católicos irlandeses, en su gran mayoría demócratas. Políticos jóvenes y en ascenso, como Henry Cabot Lodge, abonaban en público la hostilidad irlandesa contra Gran Bretaña y, en privado, se mofaban de quienes la apoyaban.

Las decisivas elecciones de 1896

En 1896, las elecciones presidenciales dieron lugar a una situación nueva e imprevista. La designación como candidato demócrata del joven William Jennings Bryan alteró por completo las normas establecidas en este partido. Bryan era conocido en todo el Medio Oeste como orador elocuente, y se aprovechó en gran parte del descontento causado en el Norte y en Sur por la crisis económica. Era protestante y abstemio, devoto de la religión de sus antepasados y de reciente ascendencia sureña. Aunque su designación en Chicago, en 1896, después de su famoso discurso en el que se negó a «crucificar a la humanidad en una cruz de oro», causó general sorpresa, en realidad había sido tan cuidadosamente preparada como lo fue la del senador Goldwater en 1964.

Bryan era un populista rural y su designación provocó que la mayoría de las antiguas y opulentas familias demócratas del Este se apartaran del Partido Demócrata. Al mismo tiempo provocó la defección de los grandes caciques de las ciudades, como el senador Hill de Nueva York, y la del Tammany Hall, la poderosa organización electoral del Partido Demócrata en Nueva York. Aparte de ello, Bryan nunca intentó ganarse a las masas del Este, y cuando llamaba al Este «el país del enemigo» no se refería sólo a los ricos y a los poderosos, representados por los bulliciosos estudiantes de Yale, sino también a la masa de la población urbana. Cualquier ciudad era tierra enemiga para Bryan.

Debido a ello, la campaña electoral de 1896 fracasó en el área del Este. La situación casi revolucionaria, que había intimidado a tantas personas acaudaladas, dejó de sembrar la alarma cuando se vio que Bryan no podía atraerse a los míseros y desesperados pobladores de las grandes ciudades. En cambio, consiguió un éxito muy considerable entre las masas del Medio Oeste, del Oeste y del Sur, de modo que los temores de las clases dominantes no eran enteramente injustificados.

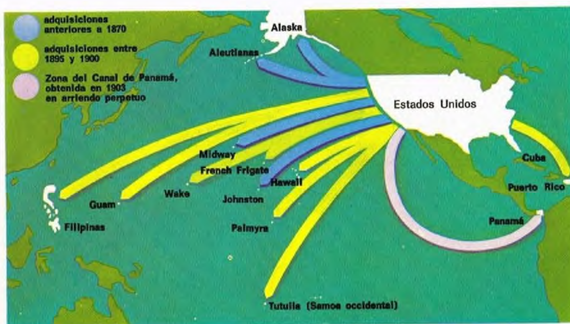
Los republicanos recurrieron a un político veterano llamado William McKinley, en aquel entonces gobernador de Ohio, después de una larga carrera en el Congreso. McKinley era una personalidad muy distinta del grandilocuente Bryan. Era el típico candidato presidencial republicano de la generación posterior a la guerra civil, una generación gris; era un hombre como Hayes, Garfield o Harrison, pero era también un político astuto y mucho menos sometido de lo que se ha dicho a los «intereses» del cacique máximo de su partido, Mark Hanna, el gran magnate del acero de Cleveland.

Pero la aparición de Mark Hanna en la liza era otro signo de los tiempos, puesto que, para ser un hombre de negocios norteamericano, sus opiniones acerca del mundo industrial eran considerablemente avanzadas. Hanna despreciaba a quienes, como Carnegie y Frick, sostenían enconadas luchas con sus obreros, y estaba convencido de que los sindicatos obreros, si bien atemorizaban a muchos patronos, no les causaban serios perjuicios reales, a pesar de lo cual no tenía inconveniente en fomentar ese temor. La campaña republicana de 1896 fue la primera que se financió en gran escala mediante presiones aplicadas al mundo de los negocios: Mark Hanna cuidóse de indicar a los magnates y a las compañías más importantes las cantidades que debían aportar a los fondos destinados a sostener la campaña republicana.

Hanna logró también obtener pingües sumas de los demócratas opulentos, puesto que detrás de la campaña de Bryan se encontraban las fuerzas del radicalismo agrario. La lucha de Bryan en favor de la libre acuñación de plata representó el último forcejeo de la América rural antes de ser engullida por el industrialismo. Hanna consiguió para Bryan el apoyo financiero de los productores de plata en los Estados de las Montañas Rocosas, pero en cambio le hizo perder los votos de los obreros de las ciudades, a quienes no se ofrecía mejora alguna, y de los hombres de negocios demócratas. En las elecciones de 1896, Bryan y el populismo fueron derrotados, aunque sólo por una diferencia de medio millón de votos.

Bryan conservó la adhesión del Partido Demócrata durante muchos años, con el resultado de que éste dejó de constituir una oposición real, sin oportunidad alguna de arrebatar el Gobierno federal a los republicanos. Hasta la división del Partido Republicano, acaecida en 1912, no fue posible una victoria demócrata, y muchos de los demócratas que decidieron apoyar a McKinley en 1896 nunca se volvieron atrás. Desde 1896 hasta 1912, las verdaderas batallas políticas de los Estados Unidos se libraron en el seno del Partido Republicano. Algunos de los populistas que habían sido absorbidos en 1896 por los demócratas, volvieron al bando republicano. En el Sur, tanto los populistas como los demócratas «bourbon» (los agentes sudistas de las grandes firmas comerciales del Norte, y los restos de la antigua clase de los plan-





1 McKinley en una caricatura francesa publicada durante la guerra hispano-norteamericana. El pie rezaba: «Ha terminado la época de la caballerosidad... hoy sólo mandan la sangre y el hierro.» 2 La expansión imperialista norteamericana.

tadores) se alarmaron ante el éxito conseguido por los populistas gracias al voto de los negros. Ambos grupos se unieron entonces para privar a éstos del derecho que les concedía la Constitución, y para ello se recurrió a artimañas legales o, simplemente, a la intimidación. Comenzó entonces para el negro norteamericano el período más penoso de su triste historia a partir de la emancipación.

Prosperidad e imperialismo: Cuba en primer plano

Dos acontecimientos ajenos a la historia interna del país contribuyeron a la decadencia de la vieja estructura rural. El primero fue el aumento de la producción de oro al explotarse los yacimientos del Rand y del Yukon. Ello representó una inyección para el decaído sistema capitalista, y la libre acuñación de plata dejó de ser cuestión de primera importancia. En segundo lugar, los Estados Unidos se convirtieron, súbitamente, en potencia imperialista.

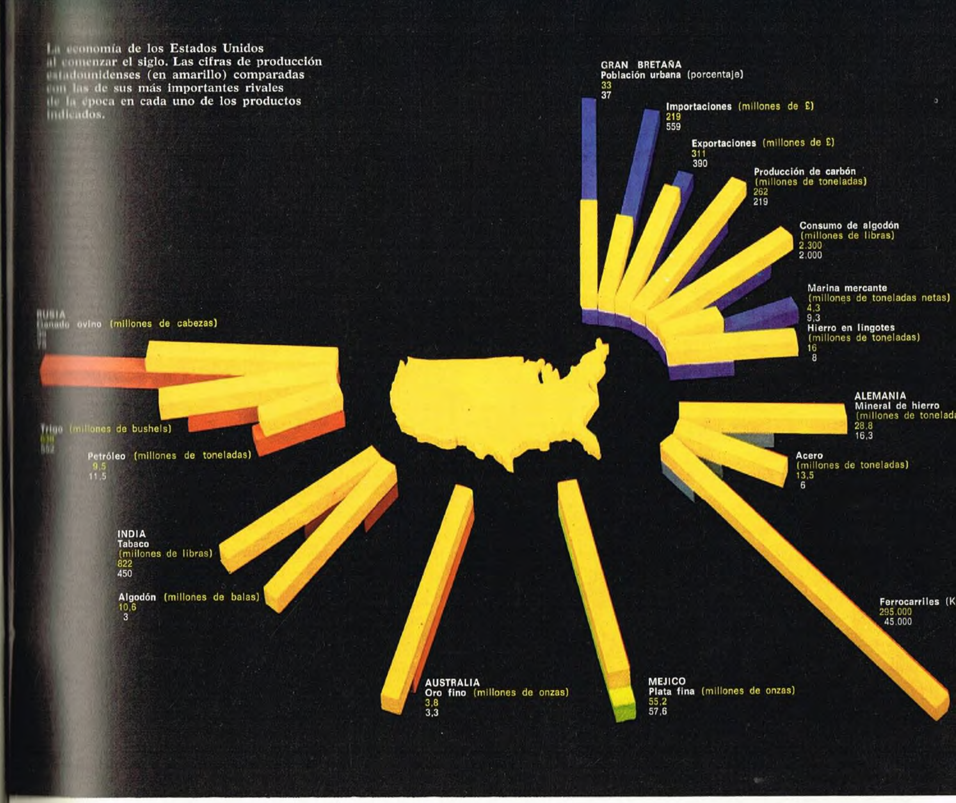
En Cuba había vuelto a recrudecer la rebelión, debido en parte al colapso del mercado azucarero, causado a su vez —también en parte— por la política arancelaria de los Estados Unidos. El Gobierno español se veía en gran dificultad para sofocar la insurrección: sus métodos, que hoy cabría calificar de suaves, provocaron una indignación general, en buena medida hipócrita. El conflicto entre España y Estados Unidos, que se inició con la todavía inexplicada voladura del acorazado norteamericano *Maine* en la bahía de La Habana, pudo haber sido evitado sin dificultad. McKinley trató sinceramente de hacerlo, pues era hombre pacífico, pero como político astuto preveía que la resistencia a los sectores belicistas podía costarle muy cara políticamente. Los partidarios de la guerra eran políticos jóvenes y ambiciosos como Theodore Roosevelt y Henry Cabot Lodge, magnates de la prensa como Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst, personalidades como el senador Donald Cameron y escritores como Henry Adams. Muchos jóvenes creían que la guerra sería una aventura magnífica, de modo que, cuando por fin estalló, uno de sus promotores la describió como «esa espléndida guerrita».

Una vez terminado el conflicto, los Estados Unidos pudieron demostrar a Europa no sólo que eran una gran potencia, poseedora de una armada importante, sino también que se habían convertido en una potencia imperialista. Cuba quedó teóricamente «liberada», Puerto Rico fue anexionado como simple colonia y, al otro lado del Pacífico, cerca de las costas asiáticas, los Estados Unidos se erigieron en herederos de España al apropiarse de las Filipinas. Ello los enzarzó en una guerra contra los rebeldes y patriotas filipinos y, al expirar el siglo XIX, la nación de la Declaración de la Independencia tuvo que imponer su autoridad mediante la fuerza, «prescindiendo de sus principios», según palabras del filósofo William James.

La anexión de las Filipinas fue justificada con toda clase de argumentos, a cual más absurdo. El presidente McKinley anunció que se trataba de llevar el cristianismo a las islas, cuando la mayoría de los filipinos eran ya cristianos. El senador Beveridge, un joven y ruidoso orador de Indiana, predicó la extensión del poderío de la raza teutónica sobre las estirpes inferiores. Con una curiosa ausencia de realismo económico, este mismo senador juzgaba a las Filipinas como fuente de grandes riquezas a causa de su papel en el comercio con China.

En 1898 los Estados Unidos se transformaron en una potencia imperialista, y no tardaron en verse envueltos en la política tendente a causar el colapso de la China manchú. Ingenuamente, los norteamericanos creían que la política de «puerta abierta» en China —promovida por el secretario de Estado, Hay— resolvería todos los problemas de aquel gran país. Era ésta una vana ilusión.

Mucho más importante que cualquier aventura imperialista, excepto para un futuro remoto, fue la transformación de la posición económica de los Estados Unidos en el mundo. Y aquí sí que no cabe hablar de ilusiones: la Standard Oil Company era el más colosal de los negocios, con un poder en Europa y en Asia real y considerable. Al iniciarse el nuevo siglo, fundóse la United Stated Steel Corporation con un capital de mil millones de dólares, suma extraordinaria que equivalía a los ingresos anuales de Gran Bretaña y a la totalidad de la deuda nacional de Estados Unidos. Ningún hombre había sido nunca tan rico como John D. Rockefeller, y pocos lo habían sido tanto como Andrew Carnegie. Ningún banquero había tenido el poderío



La economía de los Estados Unidos al comenzar el siglo. Las cifras de producción estadounidenses (en amarillo) comparadas con las de sus más importantes rivales de la época en cada uno de los productos indicados.

que alcanzó J. Pierpont Morgan I. En el mundo capitalista, el centro del poder se había desplazado hacia el Oeste. Es cierto que los Estados Unidos eran todavía una nación deudora que buscaba capitales en Europa, pero sus deudas eran tan ingentes que, en realidad, la posición del deudor era más fuerte que la de sus acreedores.

La inmensa riqueza privada en los Estados Unidos empezó entonces a dedicarse a algunos usos públicos. La gran fortuna de Rockefeller se gastaba con largueza, aunque no totalmente, ni mucho menos, en obras de carácter filantrópico, sobre todo en los sectores de la educación y la medicina, y lo mismo ocurría con los millones de Carnegie. En poco tiempo, las universidades norteamericanas se pusieron al día, y algunas de ellas, como la de Harvard o la nueva universidad de Chicago, fundada por John D. Rockefeller, se situaron a la altura de las más importantes de Europa. El país se convirtió en gran comprador de obras de arte y en foco de atracción para los artistas, si bien todavía no contaba con una producción propia digna de consideración.

La estrella ascendente de Roosevelt

En 1900 McKinley fue reelegido sin dificultad ante un Bryan que luchó bajo la bandera del antiimperialismo, lema que sólo entusiasmó a unos pocos doctrinarios, discípulos de Jefferson. El pueblo norteamericano, que acababa de salir de un largo período de pánico y que, con su típica idiosincrasia, había olvidado ya las negruras de su reciente pasado, iniciaba una nueva era de confiada expansión. Por motivos vinculados en su mayor parte a la política local neoyorquina, el joven coronel Theodore Roosevelt, nombrado gobernador de Nueva York en 1898, fue empujado a la candidatura vicepresidencial y, como suele ocurrirles a todos los vicepresidentes, se encontró desvalido e impotente. McKinley, que se había convertido en una especie de héroe nacional y que, sin duda, merecía buena parte del afecto que había sabido inspirar, se trasladó a Buffalo para inaugurar la primera exposición norteamericana del siglo XX, y allí fue asesinado por un anarquista llamado León Czolgosz. A causa de este atentado, el vicepresidente Roosevelt convirtióse en el hombre más joven que hasta entonces se había instalado en la Casa Blanca, y de este modo los Estados Unidos entraron en el siglo XX bajo la guía de un líder político que, por sus ideas, actividad, carácter, aficiones y rango social, era distinto de cualquier otro presidente desde los tiempos de Lincoln. Fue como un símbolo de la aparición de Estados Unidos en el escenario mundial, en el que no tardarían en asumir un papel predominante.

Sir Denis Brogan

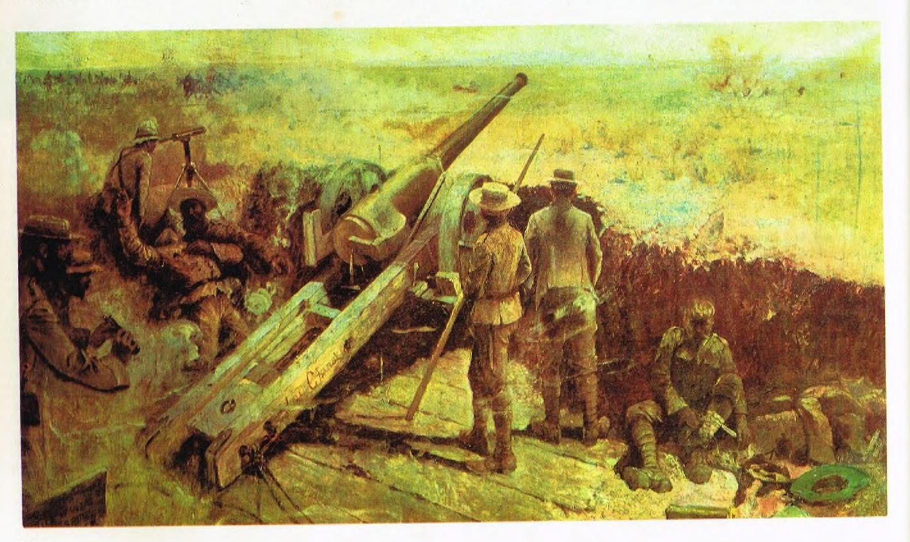
La Guerra Bóer

Durante tres años los tiradores bóers desafiaron a las tropas británicas. Gran Bretaña se vio humillada, no sólo por la incompetencia de sus generales sino también por la inhumanidad de los métodos que éstos aplicaron; en definitiva, al firmar la paz, Gran Bretaña tuvo que renunciar a gran parte de las ventajas que pretendía obtener en el sudeste africano.

Desde 1886, el descubrimiento de oro en el Transvaal trajo no solamente riqueza sino una afluencia de uitlanders *—extranjeros—, en gran parte súbditos británicos, que hacia 1895 eran mucho más numerosos que los bóers. A los* uitlanders *se les imponían gravosos impuestos; además el presidente Kruger del Transvaal, decidido a conservar la supremacía bóer, se negó a concederles el voto.*

Después del fracaso de la incursión sobre el Transvaal organizada por el doctor Jameson con la esperanza de alentar un levantamiento entre los uitlanders*, el Transvaal sintió amenazada su independencia y Kruger empezó a importar armas. Sir Alfred Milner, gobernador de la Colonia de El Cabo, presionó en favor de los* uitlanders*. Kruger pidió a Gran Bretaña que abandonara su reclamación de soberanía. Ninguna de las dos partes quiso ceder. Kruger envió a los ingleses un ultimátum que expiraba el 12 de octubre de 1899.*

La guerra anglo-bóer fue una guerra preventiva. Ésta es la explicación que se aviene mejor a la multitud de hechos, designios, interpretaciones y mitos. Los bóers lucharon porque creían que no tenían otra alternativa para conservar su independencia; los británicos empujaron a los bóers a tal extremo porque opinaban que en el nacionalismo africano existía un peligro para la superioridad de Gran Bretaña en Africa del Sur. Como dijo en el diagnóstico que de la situación hizo sir Alfred Milner, gobernador de la Colonia de El Cabo y alto comisario en África del Sur, la República Sudafricana de Kruger en el Transvaal era una amenaza respecto a la fidelidad de los súbditos británicos de origen holandés que vivían en la Colonia de El Cabo y en Natal. Desde el descubrimiento de oro en el Mitwatersrand, en 1886, el poder económico había estado desplazándose de El Cabo al Transvaal. En toda África del Sur los africaners superaban en



Un cañón naval (montado sobre ruedas para su empleo en tierra) en Ladysmith, donde un contingente de tropas británicas quedó sitiado por los bóers desde las primeras semanas de la guerra.

número a los que se consideraban a sí mismos británicos. La lógica de los hechos pronosticaba la conquista del Transvaal y su transformación, tras una corta guerra, en una colonia británica en la que los bóers se verían sumergidos por una avalancha de inmigrantes británicos. Fueron los bóers quienes enviaron el ultimátum, y su punto de vista puede resumirse con las palabras de Milner a lord Roberts: «He precipitado una crisis inevitable antes de que fuera demasiado tarde.»

Militarmente la guerra tuvo tres fases de desigual duración. En la primera, que duró del 12 de octubre de 1899 hasta el fin de este año, la iniciativa fue de los bóers. Éstos invadieron Natal y la Colonia de El Cabo, fomentaron la rebelión, se anexionaron territorios británicos, pusieron sitio a las ciudades de Mafeking, Kimberley y Ladysmith, y en la segunda semana de diciembre —la «Semana Negra», como fue llamada en Gran Bretaña— derrotaron al general Gatacre en Stormberg, a lord Methuen en Magersfontein y al general Buller, comandante en jefe, en Colenso.

En este período los bóers lucharon estratégicamente a la ofensiva y tácticamente a la defensiva. Tenían la ventaja de disponer de posiciones preparadas —eran expertos en fortificaciones, y las trincheras abiertas por J. H. de la Rey en Magersfontein estaban óptimamente situadas— y sus rifles y tiradores eran superiores a los británicos. Además, los ayudó el hecho de enfrentarse a un mando británico falto de imaginación. «Nuestros generales —observó Asquith, el futuro primer ministro británico, después de leer uno de los despachos de Buller— no parecen capaces ni de alcanzar victorias ni de dar razones convincentes de sus derrotas.» En los primeros quince días de la guerra los ingleses eran inferiores en número: tenían apenas 13.000 soldados regulares en África del Sur y la mayor parte de ellos quedaron encerrados en las ciudades sitiadas. Con la llegada del I Cuerpo de ejército, a fines de octubre, el equilibrio se alteró; pero Buller dividió sus fuerzas y trató, sin éxito, de socorrer Kimberley y Ladysmith. A mediados de diciembre las fuerzas al mando de Buller habían sido derrotadas una vez tras otra y permanecían, faltas de iniciativa, fijadas entre el norte de El Cabo y las regiones centrales de Natal.

Buller había perdido el aplomo. Era uno de esos infortunados militares que, competentes subordinados, fracasan ante situaciones nuevas cuando ejercen un alto mando. Después de Colenso hizo saber por señales de heliógrafo al comandante sitiado en Ladysmith que debía prender fuego a sus pertrechos y rendirse. Esta acción determinó al Gobierno británico a reemplazarlo como comandante en jefe; en su lugar llegó lord Roberts, con lord Kitchener como jefe de Estado Mayor.

Contraofensiva británica

Con las victorias de la «Semana Negra» los bóers habían alcanzado lo que Clausewitz, el teórico militar alemán, habría llamado «el punto culminante de la victoria», la cumbre del éxito, tras la cual empezaron a deslizarse cuesta abajo. Roberts actuó con imaginación: Kitchener, desplegando la incansable energía que caracterizó toda su carrera, improvisó un sistema de carretas de transporte que libró a los ingleses de su dependencia de las líneas de ferrocarril a lo largo de las cuales, hasta entonces, se habían metido tercamente en las fortificaciones bóers. («Los ingleses —dijo el general bóer Cronje, que estaba sitiando Kimberley— no hacen movimientos de rodeo. Nunca dejan la vía férrea, porque no saben andar.») Asegurado de esta forma su abastecimiento, Roberts abandonó sus líneas de comunicación, flanqueó Kimberley y envió al general French en una notable expedición de caballería que alivió a la ciudad sitiada.

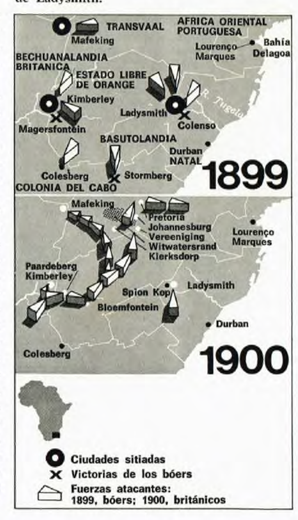
El ejército sitiador del general Cronje fue atrapado en la garganta del río Modder en Paardeberg y se rindió con 4.000 hombres el 28 de febrero, decimonoveno aniversario de la victoria bóer en Majuba Hill.

Con la derrota de Cronje cundió el desaliento en todos los ejércitos bóers. Las fuerzas que cercaban Ladysmith se retiraron y Buller fue por fin capaz de entrar en una ciudad cuyos atacantes se habían ido. (Buller ya había luchado en el encuentro más sangriento de la guerra, en Spion Kop, cuando tanto británicos como bóers se retiraron de la colina creyendo que habían sido derrotados; los bóers fueron los primeros en descubrir que el enemigo se había ido.) Bloemfontein fue ocupada y el Estado Libre de Orange anexionado. El general Pretorius, acosado hacia las montañas del protectorado de Basutolandia, se rindió con gran parte del ejército del Estado Libre. Después de detenerse durante siete semanas en Bloemfontein, debido sobre todo a una epidemia de fiebre tifoidea entre sus tropas, Roberts reanudó su marcha hacia el norte, ocupó Johannesburg y Pretoria, y empujó a las fuerzas del Transvaal hacia el este, por la línea del ferrocarril que conducía a la colonia portuguesa de Mozambique. En septiembre de 1900 fue anexionado el Transvaal.

Nuevo tipo de guerra: la participación civil

La tercera fase de la guerra duró otros dieciocho meses. A veces se habla de esta fase como de una guerra de guerrillas; pero la expresión es inadecuada. Una guerra de guerrillas la llevan a cabo pequeños cuerpos de tropas irregulares que actúan independientemente. Los ejércitos bóers, derrotados en el campo de batalla, habían sido dispersados, pero no deshechos. Los gobiernos bóers quedaron desalojados de sus capitales; pero, aunque su existencia era errante, mantenían su autoridad. El presidente Kruger, un hombre viejo y agotado, se embarcó en Lourenço Marques hacia Europa, pero su autoridad fue transferida a Escalk Burger, vicepresidente de

En la primera fase de la guerra, en 1899, los bóers tomaron la ofensiva. Invadieron Natal y la Colonia del Cabo, sitiaron a las fuerzas británicas en Mafeking, Kimberley y Ladysmith, y alcanzaron sorprendentes victorias en Magersfontein, Stormberg y Colenso. En la segunda fase, en 1900, los ingleses contraatacaron. Llegaron socorros a Kimberley, Roberts entró en Bloemfontein y después se abrió paso hacia el Norte, penetró en el Transvaal, conquistó Pretoria y socorrió Mafeking. En el Este, Buller obligó finalmente a los bóers a levantar el cerco de Ladysmith.





1 **Milner: decidió destruir el nacionalismo afrikaner.** *2* **Kruger: un hombre agotado tras un año de guerra.** *3* **Kitchener: empezó las ejecuciones en el campo de batalla.** *4* **Botha: comandante en jefe de la república del Transvaal.** *5* **Cronje: se vio forzado a rendirse en Paardeberg.** *6* **Burger: después de la partida de Kruger compartió el mando con Botha.** *7* **Roberts: sucedió a Buller como comandante.** *8* **Buller: perdió la calma y una campaña.**

la República Sudafricana, y compartida con el general Louis Botha, jefe de las fuerzas de la República.

La sede del gobierno del Estado Libre de Orange estaba dondequiera se hallase el presidente Steyn. En el Transvaal oriental el general Botha, y en el Transvaal occidental el general J. H. de la Rey, mandaban grandes contingentes de hombres; en todas partes los bóers volvieron a su natural forma de combatir: a los rápidos movimientos de cuerpos de infantería montada —los comandos— que llevaban consigo su comida o vivían en el campo hostigando las comunicaciones británicas. Sobre el papel las dos repúblicas habían sido anexionadas, pero su ocupación no era definitiva. La tercera fase de la guerra fue de movimiento y desgaste: un decreciente número de bóers mantenían su resistencia, esperando el debilitamiento de la resolución británica, y un gran ejército británico, constantemente reforzado, vagaba por una superficie de millares de kilómetros cuadrados de territorio, persiguiendo a las fuerzas bóers.

Fue en esta tercera fase de la guerra cuando la contienda cambió de carácter. Los bóers creyeron que los ingleses buscaban exterminarlos como pueblo. Se hizo increíblemente difícil para los ingleses distinguir entre enemigos civiles y militares. Este nuevo aspecto de la lucha apareció primero en el Estado Libre de Orange, que en su anexión había recibido el nuevo nombre de Colonia del Río Orange. Un gran número de partidarios del Estado Libre se había rendido y se les permitió regresar a sus granjas después de haber prestado un «juramento de neutralidad», rara denominación dada a la promesa de no volver a tomar parte en la guerra. Ni el presidente Steyn ni, más tarde, el presidente en funciones Burger reconocieron las anexiones ni el derecho de su propio pueblo a obligarse al cese de la guerra. Los ingleses proporcionaron poca protección a los que se habían rendido; comandos bóers se lanzaron sobre ellos y los amenazaban con un inmediato castigo por desertores, o un más remoto temor de castigo por parte de los ingleses por perjuros. Roberts recurrió al incendio de las casas y cosechas de aquellos que habían roto su juramento, y empezó un círculo vicioso de represalias. Además, fueron construidos, bajo control militar, «campos de refugio» en que podían guarecerse con sus familias los que se habían rendido. Éste fue el principio del sistema de los «campos de concentración».

La última fase de la guerra fue llevada a cabo sobre un trasfondo de equilibrio militar, división de opiniones, confusionismo administrativo y, en el lado británico por lo menos, creciente fricción entre las autoridades militares y civiles. En los ejércitos bóers en campaña, las autoridades militares y civiles estaban tan entrelazadas que era prácticamente imposible separarlas. En el lado británico, las autoridades militares estaban investidas de poder para hacer lo que las exigencias de la guerra pidieran; los militares no veían la guerra desde el mismo punto de vista que los civiles. Ambas partes, por diferentes razones, habían decidido llevar la lucha hasta el final. Para Milner el objeto de la guerra era destruir el nacionalismo africaner: los términos ofrecidos a los bóers en 1900 (en expresión tomada del general de la Guerra de Secesión norteamericana, Grant) fueron los de «rendición incondicional». En 1901, después de que Kitchener hubo ofrecido sin éxito términos de paz al general Botha en Middelburg, los dos gobiernos bóers se reunieron en Waterval y convinieron en que ni uno ni otro concluirían una paz separada a menos que fueran revocadas las anexiones y restablecida la independencia de las repúblicas. En estas condiciones, la guerra continuaría hasta que fuera muerto o capturado el último bóer.

Roberts abandonó el mando a fines de 1900 y fue sustituido por Kitchener. Éste tenía sus propias razones para poner fin a la guerra tan pronto como le fuera posible: deseaba que se le diera el puesto de comandante en jefe en la India, y temía que se le escapara si no podía terminar rápidamente la campaña en Africa del Sur; no lo preocupaban las consecuencias políticas de sus acciones. Pronto su estima por Milner fue decayendo hasta convertirse en indiferencia, y la de Milner por él en desconfianza. En las operaciones militares parecía que el ejército británico había perdido iniciativa, y se vio forzado, en innumerables acciones locales, a reaccionar frente a los movimientos bóers. El general Christian de Wet hizo dos espectaculares incursiones a través de fuerzas británicas superiores y logró escapar. Militarmente, las operaciones de Wet lograron resultados de efímera duración, pero demostraron la in-

capacidad del ejército británico para capturar a un comando o forzarlo a librar batalla contra su voluntad.

Incursiones de Smuts en la colonia de El Cabo

Hacia fines de 1900 los generales del Estado Libre, Kritzinger y Hertzog, invadieron nuevamente la colonia de El Cabo y provocaron una segunda y más grave rebelión. En 1901 el antiguo fiscal general del Transvaal, Jan Christian Smuts, que había tomado las armas con considerable habilidad, dirigió en la colonia de El Cabo una espectacular incursión que lo llevó casi a la vista de Ciudad de El Cabo y hasta el extremo noroeste de la colonia. Hacia el final de 1901 casi toda la colonia se hallaba bajo la ley marcial. El ejército británico de África del Sur tenía una fuerza de casi un cuarto de millón de hombres; los bóers en ningún momento tuvieron más de 30.000 hombres bajo las armas; pero los británicos estaban esparcidos a lo largo de unas líneas de comunicación de varios millares de kilómetros.

En este trance Kitchener recurrió a una política que más tarde se ha llamado de «tierra calcinada». Columnas de tropas arrasaban la campiña, ahuyentando los rebaños de ganado vacuno y lanar, incendiando las casas de campo y quemando las cosechas. Más tarde, esto fue complementado por el sistema de blocaos: marañas de alambradas, en las que se intercalaban a cortas distancias pequeñas fortificaciones provistas de ametralladoras, cruzaban el país en millares de kilómetros. El objetivo era dificultar los movimientos de los bóers, o por lo menos el de sus aprovisionamientos, y reducir así el teatro de la guerra. Con grandes recursos e ilimitada resolución, este procedimiento había de acabar por tener éxito, pero a un precio ruinoso para los campos de las que ahora eran colonias británicas, y provocando el irreconciliable encono de quienes se pretendía transformar en ciudadanos británicos. Los bóers sacados de las granjas destruidas —en su mayoría mujeres y niños— fueron reunidos como rebaños en campos de concentración precipitadamente creados, que ya no eran tanto lugares de refugio como puestos de confinamiento.

«Métodos de barbarie»

En 1901 estos campos de concentración fueron barridos por las enfermedades —pulmonías, sarampiones, fiebres tifoideas— que mataron a millares de confinados. Esto no fue, como creían los bóers, obra de una maldad deliberada; fue consecuencia de ineficacia en la administración y de falta de conocimientos sanitarios. Pero el resultado fue el mismo: murieron unos 20.000 bóers. Los datos fueron publicados en Gran Bretaña en la obra de Emily Hobhouse, que visitó los campos en 1901; sir Henry Campbell-Bannerman, el líder de la oposición, describió las actividades del ejército británico como «métodos de barbarie» (juicio que lord Milner había manifestado mucho antes en privado a Joseph Chamberlain, ministro de Colonias); y las noticias incrementaron el odio de la opinión mundial hacia Gran Bretaña.

La muerte en los campos de concentración, la destrucción de sus casas y medios de vida, la anexión de su tierra natal: tales eran los motivos de permanente resentimiento que la guerra había dado a los bóers. A estos motivos se añadió otro: la muerte por ejecución. En 1901 Kitchener inició las ejecuciones en el campo de batalla. La pena de muerte era impuesta algunas veces por rebelión, otras veces por haber dado muerte a no europeos. Ambas partes se habían puesto de acuerdo en que aquella guerra había de ser una guerra entre hombres blancos; había sido explícitamente declarado por el ministro de la Guerra que la población no blanca solamente sería armada para su propia protección. Kitchener alistó unos 10.000 no blancos y los empleó como conductores de carretas, mensajeros y guardias de blocaos. Los bóers fusilaban a los hombres de color capturados con armas; los consejos de guerra británicos condenaban a muerte, por asesinato, a los bóers. En la colonia de El Cabo comandos bóers incendiaron edificios públicos, en parte como acciones de guerra, en parte como represalia por lo que se había hecho en las repúblicas. Los incendios provocados fueron añadidos a los delitos por los que los bóers podían ser condenados a pena de muerte, y dos jefes de comandos, Lotter y Gideon Scheepers, fueron ejecutados.

Ante todo eso Milner se encontraba impotente. En 1901 se había trasladado de El Cabo al Transvaal y estaba tomando medidas para devolver a la zona industrial del Witwatersrand un gobierno estable. Lentamente las minas fueron abiertas de nuevo y empezó la labor de reconstrucción. Si lo hubiesen dejado hacer, Milner habría conseguido para otras zonas del país una ocupación efectiva, habría establecido en ellas a los numerosos bóers que en los campos de prisioneros estaban hartos de guerra y habría contenido a los comandos que quedaban mediante operaciones esencialmente de policía. Los africaners, creía Milner, podrían así ser divididos y enfrentados; el odio causado por la prolongación de la guerra caería sobre los bóers, quienes persistían en una lucha desesperada. Milner fue capaz de realizar asombrosas proezas de higiene cuando los campos de concentración, después de que el daño estaba ya hecho, pasaron de la autoridad militar a la civil; pero se empecinaba en que no debía negociarse la paz con los bóers: las dos repúblicas debían ser destruidas. Kitchener estaba completamente dispuesto a terminar la guerra, mediante negociación si era posible, o por la violencia en el caso contrario. Pero las únicas víctimas de tal violencia fueron los bóers caídos en sus manos: los comandos en campaña permanecían fuera de su alcance.

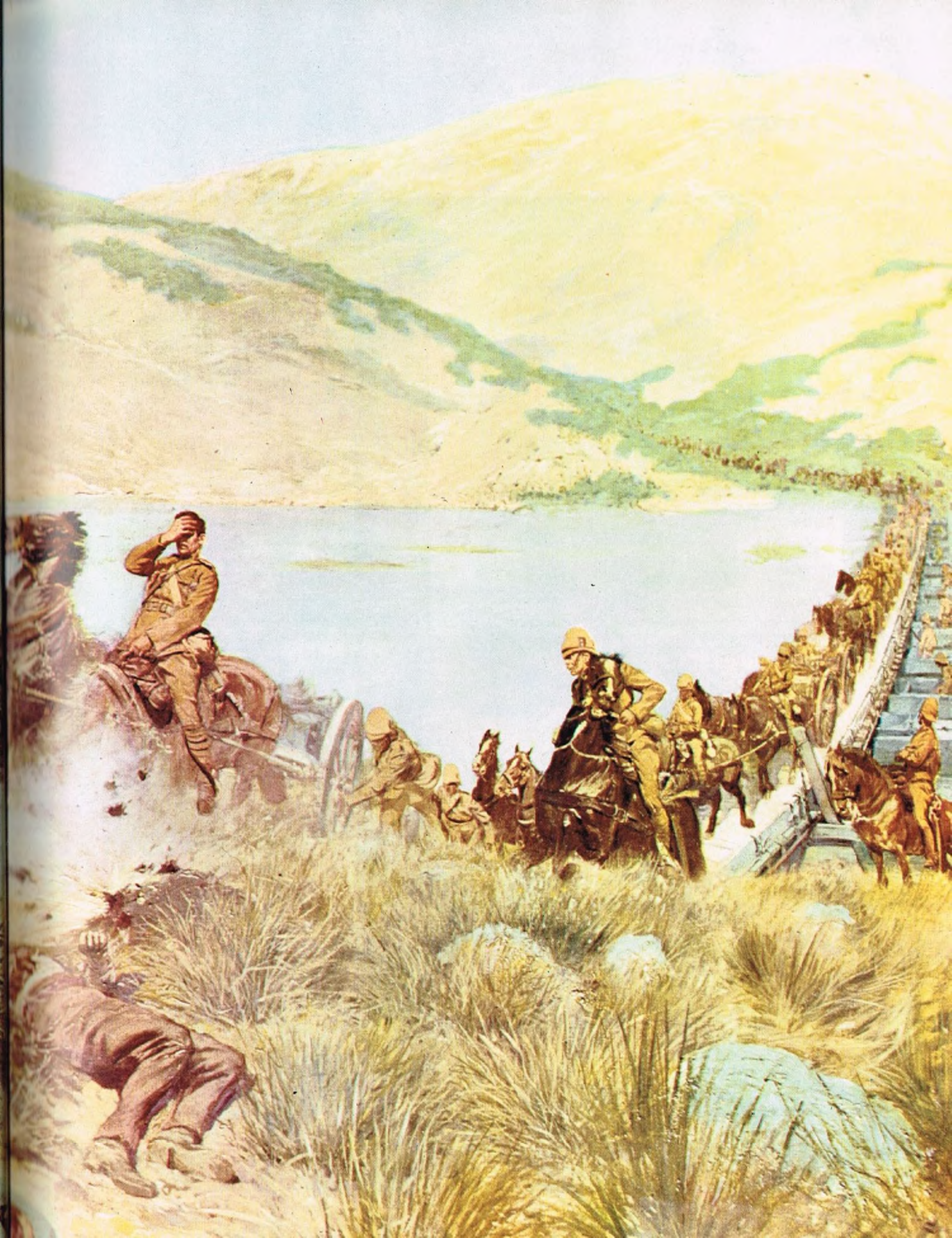


Bóers al asalto. La «infantería montada» bóer poseía una gran movilidad.

Ambas partes estaban vacilando. El gobierno británico se había cansado de esa guerra costosa, humillante y, desde el punto de vista electoral, políticamente corrosiva para el gobierno unionista. Los bóers asimismo estaban divididos, ya que los combatientes del Estado Libre de Orange seguían obstinados en que ninguna paz debía pactarse sin independencia. Los combatientes del Transvaal eran menos resueltos, o más realistas. El Estado Libre había sido devastado de punta a punta, pero seguía siendo predominantemente holandés. La República del Transvaal, en cambio, estaba siendo transformada en una



Pintura de George Scott que representa la Royal Horse Artillery (Real Artillería Montada) cruzando un río bajo el fuego enemigo. Los ingleses se vieron obligados a independizarse del ferrocarril. «Los ingleses no saben andar», decía el bóer Cronje.





colonia británica; por tanto, le convenía negociar mientras su ejército aún seguía en pie, cuando su poder militar todavía podía permitirle ganar algunas concesiones: la alternativa sería la extinción de su lengua, la deportación de sus jefes, el fin de la patria africaner. Así, cuando, por sugerencia holandesa, el Gobierno británico envió una oferta a los bóers para parlamentar, fueron los combatientes del Transvaal los que se mostraron dispuestos a negociar, mientras que los del Estado Libre insistieron en no hablar de rendición y luchar «hasta el amargo final».

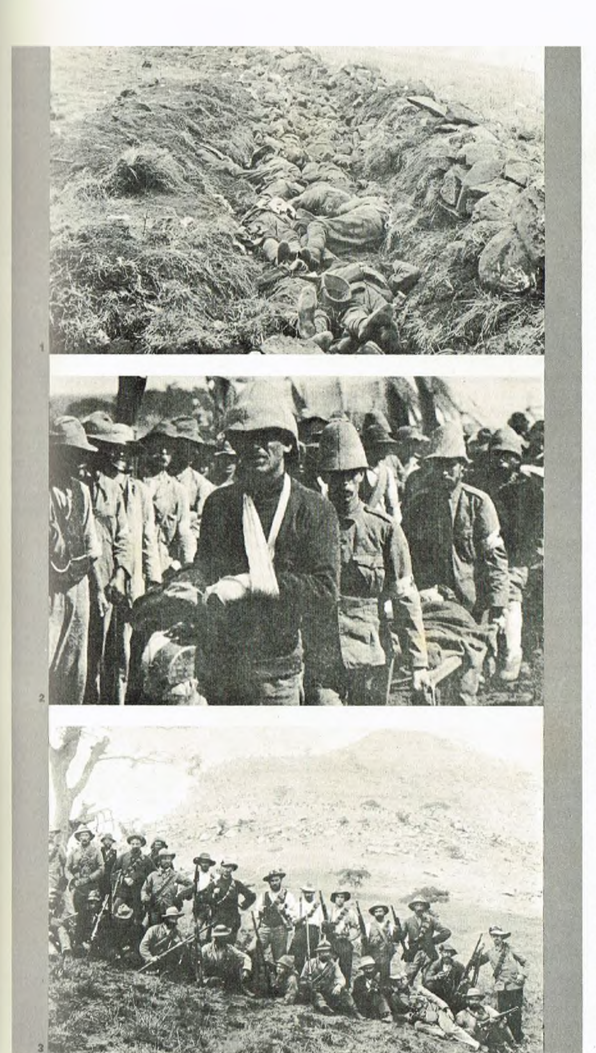
En las largas y dilatadas negociaciones de paz —entre los propios bóers en Klerksdorp, entre los representantes de los bóers y Milner y Kitchener en Pretoria, entre los representantes de los bóers y una asamblea popular en Vereeniging, entre los bóers y los ingleses de nuevo, y finalmente la última sesión de la Asamblea del Pueblo en Vereeniging y la firma final en Pretoria— se observó un curioso entrecruzamiento de posiciones: el presidente Steyn y los combatientes del Estado Libre, en extraña armonía con Milner, por una rendición incondicional y la continuación de la guerra; los combatientes del Transvaal y lord Kitchener por una paz negociada. El Tratado de Vereeniging de 1902, como fue llamado, estuvo muy lejos de ser una rendición incondicional. Fue un convenio negociado en que se prometía a los bóers una eventual autonomía, se excluía a los «nativos» de los derechos políticos, se conservaba el idioma holandés; por su parte los bóers reconocían, bajo protesta y con repugnancia, que eran súbditos británicos: esto pareció un arreglo civilizado y liberal para poner fin a una dura lucha. Pero los bóers podían sostener que habían permanecido imbatidos en el campo de batalla; el espíritu del nacionalismo africaner quedó intacto.

G. H. Le May

Recuerdos británicos de la guerra. ***1*** **Un casco, una lata de tabaco con la efigie de la reina Victoria, una pipa, un documento de pago usado como moneda durante el sitio de Mafeking, una brújula, una foto de Baden-Powell (comandante de Mafeking), y una bala de fusil.** ***2*** **Medallas de campaña británicas, acuñadas bajo los reinados de Victoria y de Eduardo VII.** ***3*** **Billete de una libra esterlina impreso por los sitiados en Mafeking.** ***4*** **La historia a través de los sellos: el de arriba fue emitido por las repúblicas independientes bóers; el de abajo señala la toma del poder por los británicos, y lleva sobreimpresas las letras VRI (Victoria Regina et Imperatrix).**

Spion Kop:

el encuentro más sangriento de la guerra.



La batalla de Spion Kop fue tal vez el combate más sangriento, y, sin duda, el más inútil de toda la guerra del África del Sur. Bajo el sofocante calor tropical de un día de verano, unos 2.000 hombres de infantería británica, apiñados al descubierto y sin agua en el reducido espacio de la cima de la montaña, fueron hostigados por granadas de metralla disparadas desde los picos circundantes, y recibieron la lluvia de balas de los fusiles de los bóers. Los ingleses, rodeados de sus muertos y moribundos, resistieron hasta el anochecer. En aquella ocasión, según cálculos aproximados, resultaron muertos o heridos unos 1.000 hombres entre oficiales y soldados, incluido el primer comandante del asalto. Entonces los datos completos de la batalla no fueron revelados al público británico, ya humillado y desmoralizado por los fracasos del invierno anterior.

Nuevos intentos de Buller

En la batalla de Colenso (15 de diciembre de 1899) el general Redvers Buller había fracasado en su intento de cruzar el Tugela y llevar ayuda a la ciudad de Ladysmith. Aunque reacio a reanudar las operaciones, había decidido marchar, en la segunda semana de enero, en dirección noroeste a lo largo de la orilla meridional del Tugela, cruzar este río y avanzar hacia la ciudad sitiada.

Como Buller no tenía planes concretos, confió la operación al teniente general sir Charles Warren, ordenándole que actuara «de acuerdo con las circunstancias». Los ingleses cruzaron el Tugela el 16 de enero, pero Warren se demoró hasta tener asegurado el aprovisionamiento. El día 20 las tropas avanzaron hacia las colinas del sur que dominan el Tugela. Los bóers, entretanto, habían reforzado y extendido su línea de defensa. Con la reacia aprobación de Buller, Warren, que tampoco tenía planes concretos, el día 22 decidió tomar por asalto la hosca cumbre de Spion Kop, la más extensa de las colinas que formaban la línea defensiva de los bóers.

1 El impresionante efecto del fuego concentrado sobre un estrecho espacio: una trinchera de Spion Kop repleta de cadáveres de soldados británicos.
2 Vigilados por los bóers, unos camilleros ingleses se llevan sus heridos. Botha, al reconquistar Spion Kop, invitó a los ingleses a que incineraran sus muertos y recogieran a los sobrevivientes.
3 Un grupo de bóers posa ante la cámara con la célebre colina como fondo. Tras el asalto final les tocó la sorpresa de hallar desierta la tan disputada cima.

Spion Kop («Colina atalaya») tiene una cumbre plana triangular que se extiende en declive de sur a norte. La flanquean dos oteros: Conical Hill, en el extremo del risco del norte, y Aloe Knoll, cerca del borde meridional. Los ingleses, para su desgracia, no conocían esta configuración del terreno.

A las 8 horas de la tarde del 23 de enero, la columna de ataque, al mando del mayor general E. R. P. Woodgate y guiada por el teniente coronel A. W. Thorneycroft, avanzó bajo la llovizna. Defendía la cumbre un confiado destacamento bóer.

Carga británica a la bayoneta

Hacia las 3 horas de la madrugada la columna alcanzó la cumbre. Un centinela gritó el «quién vive», e inmediatamente se abrió el fuego. Mientras los bóers volvían a cargar sus armas, Thorneycroft lanzó a sus hombres al asalto de la cima a la bayoneta. Un bóer fue muerto y el resto salió precipitadamente hacia el declive norte, donde se centró el fuego de los cañones ingleses.

El general Botha se enteró de la captura de Spion Kop a las 4 de la madrugada. Inmediatamente fueron colocados cañones tan hábilmente que dominaban la cumbre de la colina; hacia la misma hora, algunos tiradores bóers escogidos fueron enviados al asalto de la cima. Entre la gris llovizna que caía debajo de ellos, los ingleses no percibieron al enemigo que subía. Al darse cuenta de que se encontraban en una mala posición —apiñados en el extremo sur de la cumbre— los ingleses avanzaron hacia adelante y, tras una cerrada lucha, se retiraron a su primitiva posición, mientras los bóers empezaban a cercar la colina, ocupaban los oteros circundantes y tomaban posiciones en el lado occidental de los Twin Peaks, una milla más lejos.

Copados y sin defensas

Hacia las 9 horas se levantó la niebla y dio paso a un claro día. Un arco de certero fuego de artillería y fusilería fue dirigido sobre los poco más o menos 2.000 hombres atestados en Spion Kop. Los ingleses, que estaban convencidos de ser los conquistadores, fueron sorprendidos y quedaron copados y sin abrigo. Desde sus trincheras precipitadamente construidas, poco profundas y mal situadas, que rápidamente iban quedando obstruidas por muertos y heridos, los ingleses lucharon fieramente para mantener su posición. No se dieron cuenta de que su artillería no podía en modo alguno localizar los cañones bóers y lanzar proyectiles sobre los fusileros.



«Proverbial caballerosidad del soldado británico», es el irónico epígrafe de esta caricatura francesa de la época.

Hacia las 10 horas, cuando al pie de Twin Peaks dos cañones bóers entraron en acción, el mantenimiento de la posición se había hecho ya imposible; la intensidad del ataque se mantuvo durante todo el caluroso día, mientras un grupo de fusileros bóers avanzaba sobre el otro lado de la colina. En la árida pradera 10.000 soldados

Notable documento fotográfico: la cámara ha captado el momento exacto en que una granada inglesa estalla ante un cañón bóer.

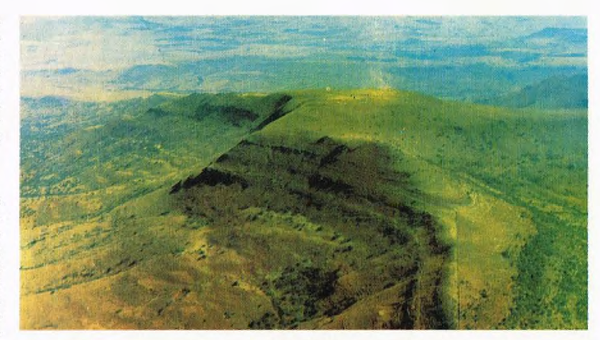
británicos de reserva permanecían inactivos mientras sus camaradas morían. Únicamente un oficial con iniciativa se dio cuenta de que era necesario atacar desde otro punto; hizo subir a sus hombres a los Twin Peaks, que conquistó, y silenció a los cañones bóers. Pero tenía más imaginación que sus superiores y recibió la orden de retirarse.

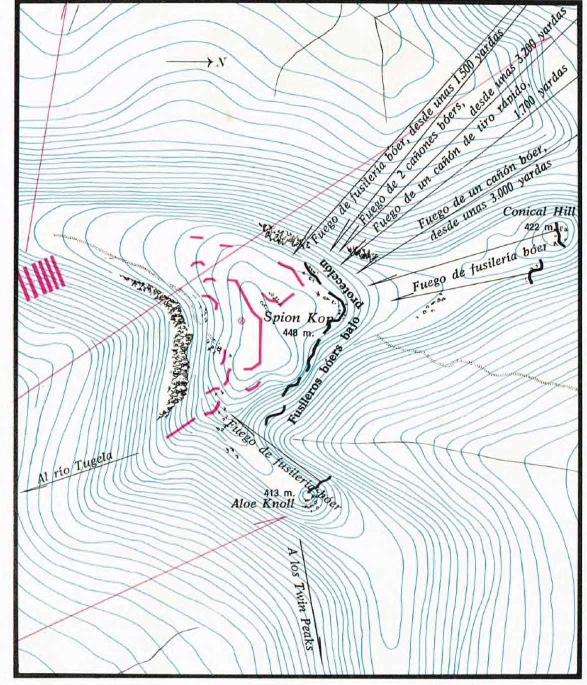
«Vete con tus hombres al infierno...»

Después que Woodgate, el comandante de las tropas en la colina, fue mortalmente herido, se produjo una total confusión porque no se sabía quién iba a sucederlo en el mando. Finalmente Buller, que vigilaba con su catalejo, comprendió que las cosas iban mal. Sugirió que Thorneycroft, quien durante todo el día se había comportado con heroica bravura, debía ocupar el mando; pero las comunicaciones eran tan malas que esta noticia no logró llegar a muchos de los oficiales a sus órdenes. En cierto momento, los hombres de una compañía que había perdido la mayor parte de sus oficiales, iban sosteniendo en alto pañuelos blancos; los bóers avanzaron para aceptar la rendición, pero Thorneycroft, hecho una furia, corrió a zancadas con una pistola y gritó al comandante bóer: «Vete con tus hombres al infierno; aquí nadie se rinde.»

Tras la puesta del sol la lucha principal había terminado, y los ingleses todavía eran dueños de la colina. Cuando por la noche el enemigo se retiró, Thorneycroft abandonó Spion Kop, y con él la esperanza de socorrer a Ladysmith. ¿Fue o no fue una decisión prudente? Buller, en vista de que no existía ningún plan de acción para el día siguiente, consideró que «había obrado con sabia discreción». Pero los bóers, que también habían sufrido cuantiosas pérdidas, estaban ya retirándose. Botha, el único bóer que se negó a admitir la derrota, incitó a sus hombres a realizar una última tentativa. Con sorpresa, encontraron la colina solamente ocupada por los muertos.

J. P. G.





1 La cumbre de Spion Kop vista desde el este: la Conical Hill está en la parte superior derecha del grabado. La fotografía muestra sólo un fragmento de la zona indicada en el mapa. 2 El mapa muestra la situación de las fuerzas al caer el sol, después de tomar Thorneycroft el mando de los ingleses. Las posiciones y direcciones de tiro bóers han sido indicadas en negro; las inglesas, en rojo.


宋
宋
督標前營
董
砲
砲
親兵
親兵
親兵
親兵

Convulsión en Pekín: los Bóxers

Hacía más de medio siglo que los extranjeros —británicos, franceses, alemanes y rusos— explotaban la debilidad del Estado chino; de pronto, desde la montañosa provincia de Shantung, una rebelión xenófoba se propagó por todo el norte del país. Los sucesos del período siguiente fueron catastróficos para el ya tambaleante equilibrio del Celeste Imperio.

Izquierda: **un grabado de propaganda bóxer representando el asedio de los establecimientos extranjeros en Tientsin. Es una escena feroz que dista de reflejar la realidad. La propaganda de los bóxers mostraba generalmente lo que éstos hubieran querido hacer y no lo que realmente hicieron. Como fuerza militar eran ineficaces.**
Abajo: **los bóxers en la realidad. Procedentes en su mayor parte de las aldeas de Shantung, eran físicamente fuertes, pero de mentalidad ingenua y por lo tanto sensibles a la influencia de las fantasías y supersticiones populares que constituían la base de la «ideología» bóxer.**



«Todos nosotros hemos venido a China a traeros la buena nueva de la salvación por Jesucristo; no os hemos hecho ningún daño, solamente bien. ¿Por qué nos tratáis así?» Éstas fueron las últimas palabras de la señora Lovitt, esposa de un misionero, antes de su ejecución en Taiyuan, Shansi, el 9 de julio de 1900. Para esta pregunta los bóxers tenían una respuesta a punto en uno de sus numerosos pasquines, en el que se leía: «Los católicos y protestantes han vilipendiado a nuestros dioses y sabios, han engañado, arriba, a nuestros emperadores y ministros y, abajo, han oprimido al pueblo chino... Los chinos convertidos al catolicismo han conspirado con los extranjeros, destruido las imágenes de Buda, se han adueñado de los cementerios de nuestro pueblo. Esto ha irritado al cielo.»

Estas airadas palabras caracterizan el conflicto entre dos culturas muy diferentes que agitó a China a fines del último siglo. Fue un conflicto del que el resto del mundo poco supo, o del que se preocupó poco, hasta que los bóxers salieron de la oscuridad provincial y, durante unos meses del verano de 1900, hicieron olvidar la guerra bóer.

El nombre de bóxers era una forma abreviada del título de una sociedad secreta, «Puños justicieros y armoniosos», que traduce aproximadamente el chino «I-ho Ch'üan»; a pesar de los intentos hechos por los gobernantes manchúes de China a lo largo de todo el siglo XIX para suprimirla (los emperadores de la dinastía Ch'ing procedían originariamente de Manchuria y no eran chinos autóctonos), la sociedad se las ingenió para sobrevivir, particularmente en las provincias de Shantung y Chihli, en el norte de China. Sus miembros desarrollaban un sistema de «boxeo» que era de hecho una especie de ejercicio gimnástico destinado a armonizar la mente y los músculos en la preparación para el combate. A esto añadían una fórmula de ritual que consistía en un triple conjuro, tras el cual respiraban a través de los dientes apretados y echaban espuma por la boca. Entonces pretendían estar poseídos por los espíritus.

Un bóxer así «poseído» era a menudo invulnerable a los cortes de una espada o a las heridas de una pica, y en los días de mercado y en las fiestas se solían hacer demostraciones públicas de estas habilidades. Los accidentes, desde luego, eran inevitables, pero las víctimas eran vituperadas por haber descuidado sus entrenamientos. Cuando iba con todos sus atavíos, un bóxer llevaba el pelo sujeto con un paño rojo, cintas rojas en las muñecas y tobillos, y una llamativa faja roja que ceñía su holgada túnica blanca: «un demonio en una pantomima de gran guiñol».

La rebelión de los bóxers no fue precisamente una pantomima. El mundo iba a quedar asombrado ante su salvajismo, y, al principio, perplejo ante las consecuencias. Pero estas reacciones eran el resultado de la ignorancia, porque es fácil descubrir las causas de la rebeldía bóxer en las relaciones entre China y Europa durante el siglo XIX.

La intromisión de los extranjeros

Los chinos habían sido siempre una nación autosuficiente con una cultura propia muy avanzada, incluso bajo el gobierno de extranjeros como los manchúes. Nunca, desde que en el siglo XVI los primeros mercaderes occidentales establecieron puestos comerciales en China, sintieron gran necesidad del comercio exterior; tampoco creían tener mucho que aprender de los extranjeros. Los comerciantes occidentales que llegaban a la costa china eran por ello mantenidos a distancia, por miedo de que corrompieran a la población china; desde el siglo XVIII en adelante sólo se les autorizó a realizar sus actividades comerciales en Cantón y no se les permitía tratar con los funcionarios chinos en pie de igualdad.

Pero China no podía resistir mucho tiempo las ambiciones comerciales de los europeos. Durante la mayor parte del siglo XIX tuvo lugar una serie de guerras limitadas, todas con el mismo resultado. China fue derrotada y obligada a firmar una serie de tratados (el primero en 1842, tras la guerra del opio contra Gran Bretaña) que garantizaban a los occidentales concesiones comerciales y políticas cada vez más extensas: apertura de nuevos puertos, derechos de establecerse en determinadas zonas y derechos de extraterritorialidad que

permitían a los extranjeros someterse tan sólo a la jurisdicción de sus propias autoridades consulares.

Estos privilegios comerciales provocaron profundo resentimiento en los chinos. El comercio costero por buques de vapor de propiedad extranjera fue desarrollándose a expensas del comercio efectuado por los juncos chinos. Los servicios de ferrocarriles y telégrafos, construidos y controlados por extranjeros, eran considerados no sólo como instrumentos de explotación económica de su país, sino como hostiles a los *feng-chui* (los espíritus del aire y del agua) y perturbadores de las tumbas de los antepasados.

Otra causa de agravio fueron los misioneros extranjeros, a quienes los tratados autorizaban a residir y predicar en las ciudades del interior. Pronto entraron en conflicto con la clase conservadora, que excitó al pueblo contra ellos. Los chinos convertidos al cristianismo cesaban de participar en la vida de la comunidad —basada en una serie de valores derivados de las enseñanzas de Confucio, el gran filósofo chino del siglo VI a. de J.C.— y retiraban su apoyo financiero a las actividades comunitarias. Además, los misioneros empezaron a intervenir en los gobiernos locales, y algunas veces, aunque inconscientemente, lo hacían en interés de extranjeros aprovechados.

Dándose cuenta de su debilidad frente a estas intromisiones, el Gobierno chino emprendió un programa de «autofortalecimiento». Se construyeron maestranzas y arsenales, y en 1881 los chinos tendieron un ferrocarril por su cuenta.

Pero el plan de «autofortalecimiento» no tuvo éxito. No pudo evitar que las potencias se apropiaran de extensas zonas de territorio chino (véase el mapa) y en 1895 llegó el golpe más humillante de todos. En una corta guerra (1894-95), las fuerzas chinas fueron decisivamente derrotadas en mar y tierra por los japoneses, un pueblo tradicionalmente menospreciado por los chinos. El resultado de este desastre fue la agudización de la crisis interior. Apenas hubo provincia que se viera libre de desórdenes sociales, y una de las más afectadas fue Shantung. Fue allí donde, a principios de 1898, empezó la rebelión bóxer.

«¡Mueran los extranjeros!»

Aun antes de la guerra con el Japón, Shantung estaba sufriendo una depresión económica. Después de la guerra, la situación se agravó con la afluencia de grandes masas de soldados desmovilizados y de refugiados de las provincias meridionales, empujados hacia el norte por la sequía, las inundaciones y el hambre. Esta invasión de desheredados añadió un elemento colérico y desesperado a la sociedad de Shantung. En 1898 y 1899 la provincia sufrió dos sequías sucesivas, mientras, paradójicamente, en el verano de 1898 el río Amarillo justificó su reputación de «el azote de China» inundando toda la llanura de Shantung. El gobierno imperial fue incapaz de tomar medidas coordinadas para controlar las inundaciones y se dejó a cada aldea hacer lo que pudiera. La incapacidad de la autoridad central para luchar contra las inundaciones era la señal tradicional de que una dinastía había llegado al final de su carrera, habiendo «perdido el mandato de gobernar recibido del cielo». El desastre añadió combustible al incendio que por entonces era ya un abierto levantamiento contra el Gobierno.

Tampoco los extranjeros se libraron de reproche por esta serie de desastres: era su falta de respeto a los espíritus del viento y del agua la que, a los ojos de los chinos, había provocado el caos en el curso normal de las estaciones. La conversión de chinos al cristianismo también había irritado a los dioses. La hostilidad contra los misioneros en Shantung fue estimulada por Li Ping-heng, un antiguo gobernador de la provincia y violento xenófobo. Los chinos, bajo presión extranjera, lo habían destituido de su puesto en septiembre de 1897. En noviembre del mismo año, algunos miembros de la Sociedad de la Gran Espada, organización anticristiana que él había apoyado, mataron a dos misioneros alemanes en Shantung. Los alemanes hicieron de este incidente un pretexto para ocupar en Shantung el puerto de Tsingtao y asegurarse los derechos exclusivos sobre el ferrocarril y la minería de la provincia. Gran Bretaña obtuvo rápidamente la posesión de otro puerto en Shantung, Weihaiwei, «a fin de mantener el equilibrio de las fuerzas». Rusia y Francia, para no ser dejadas fuera del reparto, consiguieron concesiones en otra parte. China era impotente para resistir esta nueva crecida de intrusiones extranjeras en su territorio.

En 1898 un simple chispazo bastaba para inflamar el norte de China, y los bóxers lo proporcionaron. Cuando, a principios de este año, salieron por primera vez a cam-

1



2



3



4



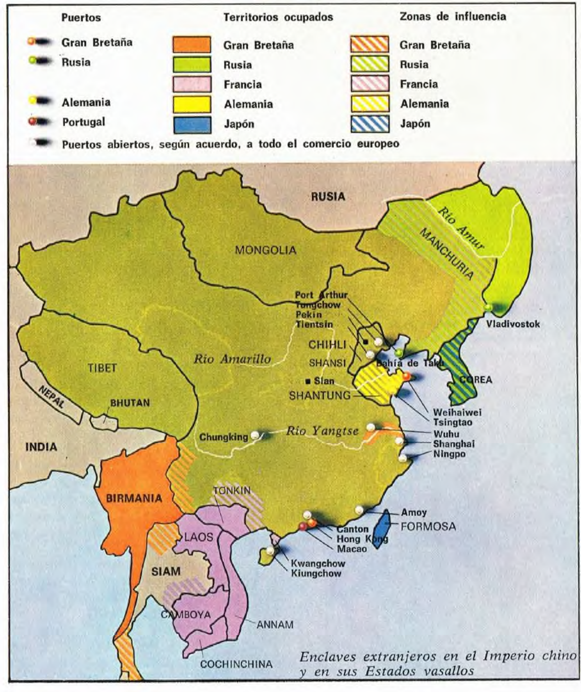
1 **El almirante sir Edward Seymour, comandante en jefe de la primera expedición de socorro, que se vio obligada a regresar.** *2* **El emperador Kuang-hsü. Su intento de modernizar China fue rápidamente desbarado por Tz'u-hsi.** *3* **Tz'u-hsi, la emperatriz regente de China, intentó llevar a cabo la matanza de toda la comunidad diplomática.** *4* **Caricatura europea de Li Hung-Chang, virrey de Cantón. Era mal visto por los bóxers; al final fue llamado para negociar la paz.**

po abierto en Shantung, su grito de combate, «Abajo los Ch'ing, mueran los extranjeros», ejerció una inmediata atracción. La gente de la provincia se apiñaba junto a las banderas bóxers; eran hombres físicamente fuertes y buenos luchadores. Pero también solían ser ingenuos, crédulos y tercos, y por tanto, muy abiertos a la influencia del fantástico folklore que formaba la base de la ideología bóxer.

La rebelión empezó a lo largo de la frontera entre Shantung y Chihli. Allí «la montaña es alta y el emperador está muy lejos»; una fortaleza natural donde la administración era débil, las fuerzas de la ley y el orden pocas y el bandidaje corriente. El movimiento pronto cobró ímpetu, sin que se tomaran en Pekín medidas adecuadas para prevenirlo. Al principio el Gobierno central pudo haber tenido dudas acerca de la verdadera naturaleza de la agitación, ya que muy poca era la información que le podía llegar de las autoridades locales, que temían por sus propios cargos en caso de que saliese a la luz la verdad. Por ejemplo, en mayo de 1898, cuando los funcionarios de Shantung enviaron el primer informe sobre la existencia de los bóxers, se hablaba en él de los rebeldes como si fueran la «milicia», que era una organización militar local aprobada, constituida con fines de autodefensa. En documentos oficiales de los años 1898 y 1899, los bóxers son descritos indiscriminadamente como rebeldes, miembros de sociedades secretas y hombres de la milicia.

Otro factor que pudo haber complicado las cosas en Pekín era la actitud xenófoba de algunos altos funcionarios que, por no reprimir las demostraciones de los bóxers contra los extranjeros, estaban dispuestos a pasar por alto la amenaza que el movimiento implicaba para el propio gobierno chino. En el otoño de 1898 la actitud del gobierno imperial se volvió claramente hostil a los extranjeros. Ello fue resultado de un breve período de tardías pero drásticas reformas destinadas a modernizar China siguiendo las líneas occidentales, que fueron publicadas en una serie de decretos firmados entre junio y septiembre





Arriba: **las aspiraciones de los bóxers reflejadas en su propaganda: soldados europeos puestos en fuga y perseguidos por los bóxers. Aunque primitiva y pueril (tanto en su forma como en su contenido), esta clase de propaganda expresaba el odio que todas las clases de la sociedad china sentían hacia los extranjeros.**
Abajo: **intromisiones extranjeras en el Imperio chino y en sus Estados tributarios.**

de 1898 por el emperador Kuang-hsü, de 27 años de edad. Éste tenía el apoyo de numerosos reformistas y el disimulado aliento de los diplomáticos extranjeros en Pekín. Pero el programa no fue del agrado de la ex-regente, la emperatriz viuda Tz'u-hsi, porque amenazaba los dos pilares de su autoridad: la instrucción clásica y la corrupción organizada. Por ello reunió a su lado cierto número de los príncipes manchúes más reaccionarios, puso al joven emperador bajo vigilancia y arrestó y mató a todos los reformistas que pudo apresar. La reforma intensiva había durado cien días.

De concubina a emperatriz

Tz'u-hsi, la personalidad clave durante la rebelión bóxer, fue una figura notable y enigmática. Inició su vida política como concubina de tercer grado en el harén de veintiocho muchachas manchúes que tenía el emperador Hsien-feng. Pero era una mujer de gran belleza y pronto pasó a ser la favorita del emperador, y, lo más importante, dio a luz un hijo que el emperador reconoció como suyo, aunque hay considerables dudas acerca de la paternidad del niño. Sea como fuere, el nacimiento aseguró el ascenso de la madre al primer grado de las concubinas. Poco después de haber cumplido veinte años Tz'u-hsi era ya una fuerza política con la que había que contar, y en cuanto su hijo llegó a emperador, en 1862, se convirtió en regente; en 1889, cuando el heredero del imperio, Kuang-hsü, alcanzó la mayoría de edad, ella tenía la experiencia de dos regencias. Incluso después de esta fecha conservó una formidable influencia en Pekín.

Caricatura de la época: el espíritu de la guerra excita a las potencias a devorar el caído Imperio Chino.



El 21 de septiembre de 1898, tras deshacerse de los reformistas y encarcelar al emperador, la emperatriz viuda empezó su tercera regencia con un programa reaccionario. Los diplomáticos extranjeros, a causa de su participación en las reformas, eran mirados con malos ojos. Un año más tarde, fueron ellos quienes contrarrestaron un intento de Tz'u-hsi de nombrar un presunto heredero como parte de su plan para destronar al emperador Kuang-hsü.

Frustrada por la interferencia extranjera, la corte china vio en el éxito popular de los bóxers un instrumento con que echar fuera a los extranjeros, mientras los bóxers, por su parte, adoptaron una actitud más conciliadora hacia la dinastía después de la fuerte derrota que les infligieron las fuerzas gubernamentales en Shantung en octubre de 1899. Entre los jefes bóxers (que en modo alguno estaban unidos) hubo probablemente algunos que empezaron a darse cuenta de que era demasiado pretender enfrentarse con dos enemigos a la vez: los extranjeros y la dinastía. Por consiguiente, hacia fines de 1899, los bóxers y el gobierno imperial se aliaron contra los extranjeros.

En el invierno de este año el gobernador de Shantung, un manchú llamado Yü-hsien que había sido nombrado en el mes de marzo anterior, animó abiertamente a los bóxers, y en Shantung empezó una gran matanza de conversos chinos. Las potencias extranjeras protestaron y Yü-hsien fue llamado a Pekín y destituido. Pero más tarde fue nombrado gobernador de la provincia de Chansi, donde en la primavera y verano de 1900 fue el único responsable de la muerte de varias docenas de misioneros. En este tiempo, los bóxers, no obstaculizados por el Gobierno, recorrían los campos de la provincia metropolitana de Chihli, matando a conversos y extranjeros, y destruyendo el ferrocarril, las iglesias y otros edificios de construcción reciente.

La mayoría de los funcionarios provinciales, sin embargo, consideraban suicida la política pro-bóxer de la emperatriz viuda. Entre ellos había varios de los más poderosos funcionarios del imperio chino, que gobernaban las provincias más ricas y disponían de arsenales y maestranzas importantes. Pero nada había que pudieran hacer para aliviar la situación como no fuera iniciar una guerra civil.

Hubo otras voces contrarias, más cerca de Pekín. Yüan Shin-k'ai (el futuro presidente de la república china) había reemplazado a Yü-hsien como gobernador de Shantung. Experto soldado y hábil administrador, mantuvo alejados a los bóxers por la fuerza de las armas, a pesar de las repetidas advertencias de Pekín. Una vez invitó a un grupo de bóxers a demostrar su invulnerabilidad, los alineó y los hizo fusilar. Pekín fue informado, pero no se impresionó.

Alarma entre los diplomáticos

En enero y abril de 1900 la emperatriz viuda publicó edictos que daban implícito apoyo a las actividades de los bóxers. Los diplomáticos acreditados en Pekín protestaron en vano y acordaron resistir a los bóxers por la fuerza en caso de necesidad. Una flota de dieciséis buques de guerra extranjeros estaba ya anclada a doce millas de la costa en la bahía de Taku, cerca de Tientsin. Cuando las correrías de pillaje y matanza convirgieron sobre Pekín, los diplomáticos enviaron a buscar tropas de marina de estos barcos. El 3 de junio una fuerza de 426 marinos de diferentes nacionalidades llegó a Pekín. Según el parecer de la mayor parte del cuerpo diplomático, esta cifra era «peligrosamente pequeña».

Otros, incluido el representante británico, sir Claude Mac Donald, eran de distinta opinión, pues les preocupaba menos la amenaza bóxer que la posibilidad de una disputa internacional por los despojos si se producía el colapso total del gobierno chino. Esta falsa sensación de seguridad estaba basada en dos supuestos: primero, que China estaba interesada en restablecer la paz tan pronto como fuera posible; segundo, que los relatos e informes de los misioneros habían de ser desestimados por alarmistas. Esto a pesar de que muchos misioneros y un gran número de su grey china habían sido muertos. La buena disposición de los misioneros a aceptar el martirio había causado frecuentes problemas a los diplomáticos, de forma que nunca se entendieron demasiado bien estas dos secciones de la comunidad extranjera en China.

Pero sólo el 9 de junio, cuando la tribuna del hipódromo, que estaba sólo a tres millas de Pekín, fue incendiada, el cuerpo diplomático entero se sintió en peligro. Aquella tarde Mac Donald telegrafió dos veces al almirante británico en Tientsin, sir Edward Seymour, pidiendo refuerzos.

A la mañana siguiente Seymour, en consecuencia, salió de Tientsin con poco más de 2.000 soldados de marina, de ocho nacionalidades. Su plan era hacer el viaje de ochenta millas en tren, reparando la vía férrea (parte de la cual había sido destruida por los bóxers) a medida que avanzara.

El 11 de junio se enviaron carros a la estación del ferrocarril de Pekín para esperar a los marinos. No aparecieron, y las tropas chinas que se hallaban presentes se divirtieron en grande; los disgustados diplomáticos dieron a Seymour el apodo de «See-no-more» (no vuelto a ver). Aquella tarde el canciller de la legación japonesa, Sugiyama, al volver a la estación llevando levita y sombrero hongo, fue sacado a rastras de su coche y descuartizado. Tal vez porque no era occidental, el cuerpo diplomático no consideró muy importante ese ultraje.

La decisión de Seymour de viajar por ferrocarril obligaba a la fuerza de socorro a avanzar muy lentamente y la hacía vulnerable a los frecuentes ataques de los bóxers: a los siete días la expedición tuvo que ser abandonada. Si Seymour hubiese estado dispuesto a emprender la marcha a pie, las tropas habrían podido llegar a Pekín en ese lapso y habrían alterado el curso subsiguiente de la historia.

Entretanto, el 15 de junio, los bóxers habían atacado el establecimiento francés en Tientsin. Los jefes de las fuerzas navales estacionadas en la bahía de Taku consideraron necesario intervenir, y durante la madrugada del día 17 atacaron los fuertes de Taku, que cayeron tras seis horas de lucha feroz. Los chinos de Tientsin se vengaron abriendo fuego sobre todos los establecimientos extranjeros.

En Pekín, asimismo, la tensión aumentaba de día en día. El 10 de junio, el ultrarreaccionario y pro-bóxer príncipe Tuan había sido nombrado jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores, y el día 13 se permitió a los bóxers entrar en la capital. El 17 se comunicó a la emperatriz viuda, sin ningún fundamento, que los extranjeros habían pedido que devolviese el poder al emperador. Esto la irritó de tal manera que dos días después se requirió al cuerpo diplomático que partiera para Tientsin a las cuatro de la tarde siguiente. En la mañana sucesiva, día 20 de junio, el embajador alemán, barón Von Ketteler, impaciente y arrogante como de costumbre, salió de las legaciones para discutir la situación con los ministros chinos. Quince minutos después recibió un disparo a quemarropa. Su asesinato había sido ordenado por un alto funcionario y nada tuvo que ver con los bóxers, pero sirvió para que los diplomáticos revocaran su decisión de abandonar Pekín.

Las legaciones, sitiadas

Cuando expiró el ultimátum, a las cuatro de aquella tarde, los bóxers, con el apoyo del gobierno, abrieron fuego. Había empezado el asedio de las legaciones.

El 21 de junio, el gobierno chino declaró la guerra a las potencias extranjeras. Nunca se pondrá en claro exactamente por qué Tz'u-hsi tomó esta desastrosa medida, cargada de terribles consecuencias para el imperio chino. Fue probablemente el resultado final de sesenta años de humillaciones causadas por los extranjeros y el último gesto desesperado de una corte cada vez más aislada.

El recinto cercado de las legaciones, que abarcaba una superficie de poco más de una hectárea y contenía once legaciones extranjeras, estaba normalmente habitado por unas sesenta personas. Ahora había en ella unos 475 civiles extranjeros, 450 guardias navales, y unos 3.000 cristianos chinos a quienes en el último momento se dio refugio y que demostraron ser una útil fuerza de trabajo.

La comunidad fue organizada, por nacionalidades, en varias unidades de combate bajo la dirección nominal de MacDonald. Unos 150 caballos de carreras proporcionaron carne fresca, y se descubrió en los recintos un gran almacén de grano y forraje; una vaca abastecía la leche para los niños enfermos; los pozos de agua existen-

Arriba: **los bóxers no fueron apoyados por todo el Imperio: este grabado chino ataca su desenfreno y disipación. Muestra a una mujer china ultrajada por los bóxers.**
Abajo: **la entrada al recinto de las legaciones extranjeras en Pekín. Fotografía tomada en 1900.**





tes bastaron, a pesar del calor sofocante; las municiones eran escasas: los japoneses tenían solamente 100 cartuchos cada uno, mientras los defensores mejor equipados tenían 300.

A dos millas de distancia, el recinto de la catedral católica pasó por una prueba más severa. El obispo Favier y 3.400 de sus diocesanos (incluidas 850 colegialas chinas) fueron sitiados y solamente cuarenta y tres marinos franceses e italianos quedaron con ellos para protegerlos. Allí fue más penosa la escasez de alimentos.

Los bóxers fueron entonces plenamente incorporados al sistema militar chino, y recibieron del gobierno dinero y alimentos. Su táctica inicial fue prender fuego a las legaciones incendiando las edificaciones circundantes, que incluían la famosa Academia Nacional con su irreemplazable biblioteca. Esto dio poco resultado, y pronto tropas regulares comenzaron a bombardear las legaciones con cañones anticuados. Los chinos habían adquirido recientemente una gran partida de cañones Krupp de tiro rápido, pero, gracias a la cautelosa política del comandante en jefe manchú, Jung-lu, que se dio perfecta cuenta de los desastres que caerían sobre China si se hacía una matanza de extranjeros, tales cañones no fueron empleados.

Es evidente que la emperatriz viuda no era seguida por gran parte de China en esos momentos. La mayoría de los gobernantes se negaron a enviar tropas y declararon neutrales sus provincias.

El 16 de julio, ante el asombro de los sitiados, los chinos proclamaron una tregua: al parecer Tz'u-hsi perdió temporalmente su fortaleza. Pero mientras los diplomáticos consumían la fruta fresca que ella les había enviado con un curioso gesto de apaciguamiento, el resto del mundo leía las informaciones de los periódicos sobre su horrible fin.

Sensacionalismo de la prensa europea

El *Daily Mail* de Londres publicó un despacho de su enviado especial en Shanghai, describiendo la caída de las legaciones y la matanza que siguió: todos los que quedaron vivos «fueron pasados a cuchillo de la manera más atroz». En el *Times* de Londres apareció la esquela mortuoria de Mac Donald. Se organizó un funeral para el 23 de julio en la catedral de San Pablo, que fue suspendido en el último minuto al saberse que las legaciones aún resistían.

El reportaje del *Daily Mail*, sin embargo, tuvo cierta influencia en los acontecimientos que siguieron, pues el Káiser exhortó a la fuerza expedicionaria alemana que se embarcó para China en Bremenhaven a que replicara del mismo modo: «¡No déis cuartel! ¡No hagáis prisioneros! Todos los que caigan en vuestras manos deben ser aniquilados.»

En China, mientras tanto, una fuerza internacional formada por japoneses y por tropas occidentales del Extremo Oriente se había ido reuniendo cerca de Tientsin. El 14 de julio había asaltado y conquistado la ciudad, pero, en lugar de avanzar inmediatamente hacia Pekín, los comandantes esperaron a disponer de un ejército de unos 20.000 hombres.

El contingente japonés era con mucho el más numeroso, y había también un regimiento de 1.200 chinos, procedente de Weihaiwei, bajo mando británico. Debido a rivalidades internacionales, la fuerza de socorro no salió de Tientsin hasta el 4 de agosto: los alemanes, que insistían en esperar sus refuerzos, se quedaron atrás.

A últimos de julio, con la llegada a Pekín del xenófobo exgobernador de Shantung, Li Ping-heng, se había reanudado la lucha e incluso entró en acción un cañón Krupp de tiro rápido. Los sitiados creyeron que su fin estaba cerca. El 13 de agosto, sin embargo, la fuerza de socorro alcanzó el valle de Pekín. El ataque fue planeado para la mañana siguiente, pero los rusos hicieron aquella noche un asalto que no estaba en el plan y, con graves pérdidas, irrumpieron en la ciudad. El mismo día lo hicieron otros contingentes; las fuerzas británicas fueron las primeras que llegaron a las legaciones: a las dos y media de la tarde, tropas indias mandadas por oficiales británicos aparecieron en el campo de tenis de la legación inglesa. Poco después, entraron en la catedral fuerzas de socorro japonesas.

Entonces los extranjeros, civiles y militares, empezaron un pillaje que duró varios meses. La fuerza principal alemana de socorro, que llegó tarde, buscó compensación saqueando varias docenas de ciudades de la llanura del norte de China. La orden del Káiser fue fielmente ejecutada.

Al entrar las tropas aliadas en Pekín, la emperatriz viuda con los restos de su corte huyó en carretas campesinas. Se llevó con ella al emperador Kuang-hsü, pero no a la favorita de éste, la cual, tal vez por orden de la misma Tz'u-hsi, terminó entonces su vida en el fondo de un pozo.

La venganza de los extranjeros

A fines de 1900 había en el norte de China 45.000 soldados extranjeros. La emperatriz viuda había trasladado su corte al lejano Sian, y los bóxers habían sido dispersados. Las negociaciones de paz fueron confiadas principalmente a Li Hung-chang, experto diplomático que había dominado la política exterior de China hasta que su escuadra fue derrotada en 1895 por los japoneses.

Las potencias se abstuvieron de desmembrar a China, principalmente a causa de las rivalidades que las dividían. En cualquier caso, establecer en China otro complejo administrativo como la India británica hubiera creado más problemas de los que podía resolver. En lugar de esto, los vencedores optaron por castigar a los funcionarios pro-bóxers y exigir una enorme indemnización; conservaron la dinastía (Tz'u-hsi sobrevivió como gobernante) y la integridad del imperio, además de la posición privilegiada que ya antes tenían dentro del mismo.

El Protocolo Bóxer fue firmado el 7 de septiembre de 1901. En él se exigía la ejecución de diez altos funcionarios y el castigo de más de cien; había que suspender las oposiciones a cargos oficiales en cuarenta y cinco ciudades, la mitad de ellas en Shansi (esta cláusula iba destinada a castigar a la clase acomodada, para la cual las oposiciones eran el cauce que llevaba a los altos puestos oficiales), y había que pagar una indemnización de unos 333 millones de dólares en un período de treinta y nueve años a un tipo de interés que rendiría más del doble de dicha cantidad. No había la más ligera esperanza de que China fuera capaz de pagarla. Gran Bretaña y Estados Unidos decidieron devolver el dinero dedicándolo a la educación de chinos en el extranjero.

El asedio en Pekín había durado cincuenta y cinco días. Sesenta y seis extranjeros murieron; las bajas chinas en las legaciones no fueron registradas. Además, unos 250 misioneros y millares de cristianos chinos fueron muertos fuera de la capital.

Así, China entró en el siglo XX como nación derrotada. Desde el punto de vista extranjero, una vez más, los chinos habían sido sometidos y los privilegios extranjeros salvados. Para los chinos, sin embargo, éste fue otro acto de agresión imperialista. La xenofobia de los bóxers, aunque primitiva en su concepto y ejecución, anticipó los modernos movimientos nacionalistas que han revolucionado a China durante la primera mitad del siglo.

David Pong

El Estado zarista

Rusia entró en el siglo XX abrumada de contradicciones y conflictos: los campesinos pagaban la industrialización, pero la agricultura no progresaba; se importaban de Occidente las técnicas industriales al tiempo que se perseguían sus ideas. Los intelectuales «occidentalistas» y los campesinos nacionalistas se iban apartando de la tradicional devoción al Zar.

El zar Nicolás II, autócrata irreductible, fue el último heredero del trono de Pedro el Grande. La miserable condición de la inmensa mayoría de sus súbditos fue creando tensiones crecientes en el enorme Imperio ruso. ***Abajo:*** **el grabado muestra unos cargadores en un muelle de Nijni Novgorod.**





A comienzos del siglo Rusia era lo que hoy llamaríamos «un país en vías de desarrollo». Durante largo tiempo había sido sometido a un proceso de modernización selectivo y forzado. En Europa occidental, la modernización había sido lenta y espontánea: nunca se había efectuado un intento sistemático para estructurar el sistema económico y social de acuerdo con un modelo extranjero. Esto es lo que Pedro el Grande, zar de Rusia de 1682 a 1725, trató de hacer. Su móvil básico fue el poder militar: comprendió que Rusia no podía hacer frente a sus vecinos, y menos aún llegar a ser una de las grandes potencias de Europa, si no lograba superar el atraso del país. Lo primero que necesitaba era un ejército y una escuadra modernos, y para ambos se precisaban generales y almirantes bien preparados. Pero la eficiencia militar también requería un adecuado sistema administrativo, gobernantes, una burocracia ministerial, minas, fábricas y escuelas. Las clases altas rusas debían abandonar sus hábitos rutinarios y los campesinos habían de movilizarse como mano de obra o para el servicio militar. Jóvenes de nobles familias fueron enviados a estudiar al extranjero: llegaron a Rusia asesores europeos y se fundaron instituciones de tipo occidental. El símbolo más espectacular de las reformas de Pedro I fue la nueva capital, San Petersburgo, la «ventana sobre Europa», fundada en las marismas de la desembocadura del río Neva y construida a un incalculable precio de muertes y sufrimientos entre la mano de obra.

La modernización forzada del país

Pedro el Grande fue el primero y tal vez el más grande de los déspotas modernizadores. Siguieron su ejemplo hombres como Mahmud II de Turquía, Mohammed Alí de Egipto, los creadores del Japón de la era Meiji y, hasta cierto punto, los gobernantes coloniales europeos en el sur de Asia y África y los fundadores de los nuevos Estados de nuestro tiempo. Para la gran mayoría de los países, la modernización ha sido en realidad un proceso artificial, impuesto desde arriba por gobernantes nacionales o extranjeros. La modernización espontánea de Occidente no es el caso típico, sino la excepción.

El proceso iniciado por Pedro el Grande fue no sólo artificial sino también selectivo. Trató de introducir novedades en la tecnología, la administración y la educación, aunque sin cambiar los principios esenciales de gobierno establecidos en Rusia; ésta fue, en mayor grado aún, la intención de los zares que le sucedieron, todos ellos más conservadores y menos imaginativos, pero la selección resultó más difícil de lo que se había supuesto: algunos cambios que los gobernantes juzgaban deseables acarrearon consecuencias indeseables, y ciertas tentativas hechas para prevenir parte de estas consecuencias sólo consiguieron incrementar las tensiones. Hacia fines del siglo XIX Rusia había realizado un gran progreso, pero no había solucionado las contradicciones de su política gubernamental y aparecían minados los fundamentos de su sistema político y económico.

En 1900 la inmensa mayoría de los súbditos del imperio ruso eran campesinos. Hasta 1861 más de la mitad de los campesinos habían sido siervos, propiedad personal de terratenientes privados; y la mayoría de los restantes —cuya tierra pertenecía a la Corona— había vivido bajo tal sometimiento a las autoridades estatales que sus condiciones resultaban poco mejores que la servidumbre.

En virtud de los Estatutos de Emancipación de 1861 los siervos consiguieron su libertad personal y el derecho a convertirse en propietarios. La deuda había sido fijada mediante una evaluación de la tierra excesivamente elevada; y en las regiones meridionales, donde la tierra era de mayor valor agrícola, las parcelas compradas por los campesinos eran mucho más pequeñas que la superficie que cultivaban cuando eran siervos. Por tanto, el coste de la emancipación corrió principalmente a cargo de los campesinos, ya fuese pagando altas compensaciones, ya perdiendo parte de las tierras que cultivaban. Los pagos anuales habían de durar cuarenta y nueve años, o sea, aún se pagaban al final del siglo, y, pese a la depreciación de la moneda, todavía representaban una pesada carga.

Aparte de la tierra transferida según la decisión de 1861, los campesinos habían ido comprando tierra durante las últimas décadas del siglo. Una especie de banco de crédito agrícola, fundado por el Gobier-

no en 1883, había favorecido el proceso otorgando pequeños préstamos para la adquisición de tierras. En 1905 los labradores eran propietarios de unos dos tercios de la tierra de labor en la Rusia europea, los terratenientes nobles poseían aproximadamente una quinta parte, y el resto pertenecía en su mayor parte a la clase media urbana; entre 1877 y 1905 la superficie de tierra poseída por los terratenientes nobles se había reducido casi en un tercio.

Agricultura primitiva

La agricultura de los pequeños campesinos era atrasada y poco eficiente. Los métodos de cultivo, las herramientas y el equipo eran primitivos. Su ineficiencia se veía agravada por el sistema de propiedad común que prevalecía en las provincias del norte y del centro y que a fines de siglo comprendía casi el 80 % de la tierra de la Rusia europea perteneciente a campesinos. De acuerdo con este sistema la tierra era asignada entre las familias según el número de miembros de cada una de ellas, y redistribuida de vez en cuando. Las autoridades comunales, en parte nombradas por el Gobierno y en parte elegidas por los aldeanos, decidían la rotación de las labranzas por toda la aldea, actuaban como recaudadoras de impuestos y restringían la libertad de los campesinos para disponer de su tierra o buscar empleo fuera de la aldea. La comunidad campesina era un tema de controversia en las clases gobernantes (entre los partidarios del paternalismo y los del capitalismo) y, dentro del campo revolucionario, entre las ramas populistas y las marxistas del socialismo ruso; se le habían atribuido demasiadas virtudes y demasiados defectos, pero, en términos generales, no puede dudarse de que la posesión comunal de la tierra fomentó la incuria y actuó como un freno para la iniciativa de quienes deseaban mejorar su técnica agrícola.

Superpoblación rural

Al iniciarse el siglo la superpoblación rural constituía una creciente amenaza. Esto no quiere decir que la superficie total del imperio ruso fuera demasiado pequeña para su población, sino que la población agrícola estaba demasiado concentrada en ciertas comarcas. Así ocurría en muchas zonas de la Rusia europea, especialmente en las provincias de Kursk, Tambov, Orel, Chernigov y Poltava. La zona superpoblada incluía regiones de tenencia comunal y regiones de tenencia individual. La pobreza y el desempleo podían ser combatidos mediante una combinación de varios métodos: aumento de la producción con perfeccionamiento de las técnicas de cultivo, establecimiento de familias campesinas en tierras no cultivadas de otras partes del imperio y creación de nuevos puestos de trabajo en la industria. El Gobierno ruso fomentó el desarrollo de la industria, y, a partir de la década 1890-1900, estimuló la emigración interna. Entre 1896 y 1905, aproximadamente un millón de campesinos se establecieron en Siberia; pero poco se hizo para mejorar las técnicas de cultivo.

La verdad era que el Gobierno, decidido a desarrollar la industria por motivos militares, hizo pagar la factura a los campesinos. Ello era hasta cierto punto inevitable: los rusos habían de pagar la industrialización, y casi un 90 % de ellos eran campesinos. Sin duda el sistema de impuestos era injusto: las clases altas pagaban muy poco, mientras los agricultores no sólo pagaban pesados impuestos directos y las tasas anuales de amortización por la tierra, sino que también soportaban una abrumadora carga tributaria indirecta. Incluso si los ricos hubieran pagado su parte, la carga hubiera seguido siendo pesada. Es éste un inconveniente que ninguna sociedad en desarrollo puede evitar, si ha de industrializarse rápidamente. El error de los gobiernos rusos no fue el de gravar con pesados impuestos a los campesinos, sino el de no invertir parte de los ingresos obtenidos en mejorar la agricultura. Sabemos de otras sociedades en desarrollo que han evitado este error. A los campesinos japoneses los gobiernos de la era Meiji les impusieron pesados tributos, pero la agricultura japonesa fue modernizada. En las tres décadas posteriores a 1880 la producción agrícola del Japón se duplicó, mientras que en Rusia, durante un período análogo, apenas mejoró.

La superpoblación rural y el abandono de la agricultura por parte del Gobierno, fueron para los campesinos mayor causa de miseria que la supervivencia de una nobleza de terratenientes que poseía la quinta parte de la tierra arable del país. Pero era precisamente la supervivencia de los latifundistas lo que más irritaba a los labriegos. Allí estaban los señores (o, peor todavía, sus intendentes y sus guardas) y eran los señores quienes percibían el precio de los arrendamientos; éstos, para colmo, subían sin cesar como resultado de la creciente demanda, ya que los campesinos necesitaban arrendar nuevas parcelas a fin de completar las cosechas insuficientes que sacaban de sus propias tierras. Rentas más bajas y parcelación de las grandes fincas eran lo que ante todo deseaban los cada vez más pobres y descontentos campesinos.

El desarrollo de la gran industria

La industria fue alentada por Pedro el Grande, que necesitaba armas y uniformes para sus soldados. Hacia fines del siglo XVIII Rusia era un importante productor y exportador de hierro. En los primeros años del siglo XIX fue ampliamente superada por las naciones occidentales, si bien la industria textil hizo algunos progresos empleando trabajadores asalariados, más eficientes que los siervos todavía empleados en las minas y fundiciones de los Urales. En el decenio 1870-1880 Rusia experimentó un pequeño auge industrial debido a que parte del dinero obtenido por los terratenientes como indemnización se invirtió en empresas industriales, y también porque la necesidad de ferrocarriles que tenía el Gobierno —cabalmente revelada en los fracasos de la Guerra de Crimea— originó un aumento de la demanda. En el decenio 1890 - 1900 se realizaron progresos industriales aún más importantes.

Fue en estos años cuando se desarrolló en Ucrania un gran complejo metalúrgico que utilizaba el mineral de hierro de Krivoy Rog y el carbón de la cuenca del Donetz. Fue también en la década 1890-1900 cuando se desarrolló una gran industria del petróleo en los alrededores de Bakú, hasta entonces pequeña plaza fuerte tártara en un península del mar Caspio. La industria textil creció rápidamente en la Rusia central, alrededor de Moscú y de Ivanovo; había también fábricas textiles en San Petersburgo, pero a fines del siglo la capital empezó a ser un importante centro de industria mecánica. La Polonia rusa era el cuarto centro industrial del imperio, con florecientes industrias textiles y metalúrgicas.

El Gobierno estimuló sistemáticamente la industria. El gran promotor de esta política fue el conde Sergio Witte, ministro de Finanzas de 1892 a 1903, quien introdujo el patrón oro (1897). Esta medida fue para los capitalistas extranjeros un estímulo: ya a partir de 1889 grandes cantidades de obligaciones del Estado ruso habían sido colocadas en el mercado francés de capitales. A partir de entonces, hasta la caída del zarismo, los franceses fueron, con mucho, la fuente más importante de emprés-

A la derecha: **los gobernantes del Estado zarista: el zar Nicolás II y sus ministros, según una pintura de Repin.**



titos para el Gobierno ruso. Los motivos eran principalmente políticos, pero los beneficios financieros no eran desdeñables; el Gobierno ruso pagaba los intereses de todos los empréstitos con impecable puntualidad (a costa de los campesinos que pagaban sus impuestos indirectos). También afluyeron a Rusia capitales extranjeros privados: franceses y belgas en la metalurgia, ingleses en el petróleo y alemanes en la industria eléctrica.

La influencia de los capitalistas

Los capitales rusos también se aprovecharon. Se pagaban altos precios por los raíles y por otros productos metálicos vendidos al Estado. A partir de la década 1890-1900 las industrias rusas gozaron, en Europa, de los más altos aranceles protectores. Estos aranceles eran especialmente ventajosos para las industrias de Moscú. Situadas cerca del río Volga, con un creciente suministro de algodón en rama procedente



Campesinos compartiendo una pobre comida. La suerte de los labriegos era muy dura. Todo contribuía a su miseria: la ineficaz técnica agrícola, los pesados impuestos, la tenencia comunal de la tierra, el caciquismo de los grandes terratenientes.

de los territorios conquistados en el Asia central, y de combustible procedente de los pozos petrolíferos del Caspio, las industrias de Moscú iban convirtiéndose en entidades relativamente autosuficientes. En cambio, las de San Petersburgo y las de la Polonia rusa, en gran parte dependientes de materias primas importadas, recibían menor protección. Esta diferencia en la política comercial se añadía a las antiguas diferencias políticas e ideológicas entre San Petersburgo y Moscú, centros respectivamente de la influencia europea y del nacionalismo ruso a la antigua usanza.

Existían estrechas relaciones entre los industriales rusos y los funcionarios del Estado. El ministro de Hacienda, especialmente, se convirtió en un defensor del capitalismo ruso. Sin embargo, no debe deducirse de ello que el Gobierno ruso se hubiera convertido en un instrumento de los capitalistas. Es verdad que los capitalistas se aprovecharon de la política del Gobierno para obtener grandes y seguros beneficios, y no es de extrañar que los capitalistas permanecieran indiferentes a las cuestiones políticas y aceptaran sin oposición el sistema autocrático de Gobierno. La burguesía rusa nunca emprendió movimientos de oposición comparables a los numerosos movimientos políticos en que se comprometieron, en el siglo XIX, las clases burguesas de diversos países europeos.



Pero el Gobierno también sacó provecho de estas relaciones. Alentó sistemáticamente a los capitalistas porque necesitaba industrias de determinado tipo, destinadas a aumentar la potencia militar del Imperio. Pero los burócratas rusos no sabían cómo montar industrias; los capitalistas eran quienes sabían hacer esta necesaria labor, y a cambio de ello pedían ganancias. La fuerza motriz que impulsaba la industrialización rusa era el empeño con que los gobernantes buscaban la grandeza imperial; el deseo de ganancias por parte de los capitalistas era una parte esencial del proceso, mas para los gobernantes era un medio más que una motivación básica. No se puede negar que los industriales eran capaces de influir en las decisiones gubernamentales, o que las comisiones mixtas de funcionarios y empresarios eran explotadas por ambas partes, o que se producían casos de corrupción a alto nivel. Pero esencialmente era el Gobierno el que dirigía el proceso. Fue algo parecido a lo que ocurrió entre el Gobierno japonés y sus hombres de empresa, con resultados bastante similares: grandes beneficios para los empresarios y poder militar para el Gobierno.

¿Cómo vivían los obreros rusos?

En las últimas décadas del siglo había aumentado rápidamente la mano de obra urbana. Los sueldos, las horas de trabajo y las condiciones de las viviendas eran, en general, miserables, especialmente en las zonas de Moscú y en la cuenca del Donetz, centros de superpoblación rural donde la abundancia de mano de obra mantenía bajos los sueldos. En San Petersburgo y Polonia las condiciones eran algo mejores y los patronos empezaban a comprobar que ganaban lo mismo pagando mejor a una mano de obra experta que pagando el mínimo a trabajadores inexpertos. Las tímidas medidas de mejora de las condiciones de trabajo tomadas en 1882 por N. K. Bunge, ministro de Hacienda, y ampliadas por Witte en 1897, encontraron feroz oposición en Moscú, pero fueron fácilmente aceptadas en San Petersburgo.

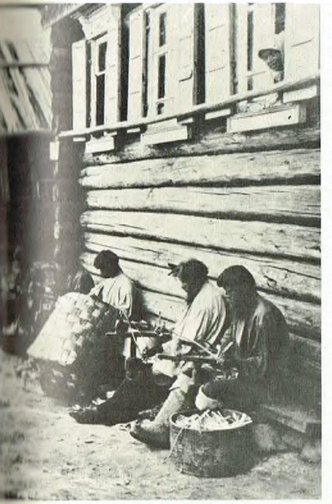
A comienzos del nuevo siglo el cuadro general de la situación de los obreros rusos era el típico de las primeras etapas de la industrialización, como en Gran Bretaña en 1800 o en la India actual. Las aglomeraciones urbanas en rápido crecimiento, que apenas merecían el nombre de «ciudades», albergaban grandes poblaciones de trabajadores manuales empleados eventualmente, quienes se las arreglaban como podían para subsistir. Dentro de esta gran

1


2


_1_ El noventa por ciento de los rusos eran campesinos, hacinados como éstos en isbas (toscas chozas de madera). Las leyes de emancipación cambiaron muy poco su forma de vida.
_2_ Campesinos tejiendo cestos. La superpoblación rural forzó a muchos a emigrar a las ciudades.
_3_ Las dos caras del Estado zarista. En primer término, oficiales rusos con escolta de cosacos. Al fondo, los pozos de petróleo de Bakú, que en otro tiempo había sido tan sólo una ciudad fortificada de escasa importancia. En la década 1890-1900 Bakú se convirtió en un centro de la industria petrolera.
_4_ Un oficial ruso registra a un ciudadano polaco en una calle de Varsovia. Los rusos desconfiaban de sus vasallos polacos, quienes aguardaban ansiosos una ocasión favorable para proclamarse independientes. A partir de 1880, los súbditos no rusos del Estado fueron tratados como enemigos potenciales.

3

4



masa de habitantes pobres de las ciudades había un número más pequeño, pero creciente, de obreros con trabajo fijo, que iban adquiriendo habilidad técnica y conciencia de clase y constituían la clase obrera propiamente dicha. Los obreros eventuales sufrían duras penalidades materiales. Desarraigados del medio social de la aldea en que habían nacido y sin haber encontrado o creado todavía un medio social nuevo para reemplazarlo, padecían una situación confusa y desesperada. Acerca de estos habitantes pobres de las ciudades rusas podía citarse, con razón, la frase de Marx: «No tienen otra cosa para perder que sus cadenas»; pero su propia miseria e ignorancia los incapacitaba para la acción. Eran material revolucionario en potencia y sólo podían ser inducidos a la acción por la minoría de los trabajadores especializados, o sea, la clase obrera propiamente dicha, y ésta, a su vez, necesitaba una dirección política de fuera de sus filas.

El acceso de jóvenes rusos a la cultura occidental contemporánea, iniciado por Pedro el Grande con el fin de adiestrar almirantes, generales y gobernadores provinciales, no podía en la práctica limitarse a los campos tecnológico y militar. Los rusos pronto se mostraron discípulos ávidos y capaces, y tomaron gusto por la literatura, las artes, los modales y también las ideas sociales y políticas que iban surgiendo en Occidente.

Contrastes culturales

La primera generación de la moderna «élite» intelectual de Rusia fue más o menos absorbida por los empleos oficiales, pero a fines del siglo XIX había una considerable cantidad de gente instruida y desocupada en las clases altas, con pocas obligaciones y mucho tiempo para dedicarse a pensar. El contacto entre los jóvenes oficiales rusos y las fuerzas democráticas en Europa, a consecuencia de las guerras napoleónicas, incrementó el número de personas interesadas en los problemas ideológicos. Su primera aparición como factor político en la conspiración decembrista de 1825 acabó en desastre. Pero en las décadas siguientes la educación universitaria realizó verdaderos progresos en Rusia, y personas alejadas de la nobleza —hijos de pequeños funcionarios, sacerdotes ortodoxos, hombres de negocios y hasta algunos pocos campesinos— se familiarizaron con las ideas modernas.

Los miembros de esta élite instruida estaban profundamente separados de la masa del pueblo ruso. Ellos pertenecían a la cultura europea contemporánea; los campesinos, a la Rusia tradicional. Cuanto más humilde era el origen social de estos jóvenes rusos instruidos, tanto más penosamente se daban cuenta del abismo cultural que los separaba del pueblo. Esta penosa situación de la élite intelectual no es un fenómeno específicamente ruso. Rusia fue el primer país en que se puso de manifiesto de forma patente, pero ha reaparecido virtualmente en todas las sociedades en desarrollo de los tiempos modernos. Las gentes culturalmente alienadas, socialmente aisladas, y políticamente descontentas que forman la *intelligentsia* (para emplear la palabra rusa que se introdujo en la década 1860-1870), han tenido un papel importante en la historia reciente de los Balcanes, de China, de los pueblos árabes y de los países africanos.

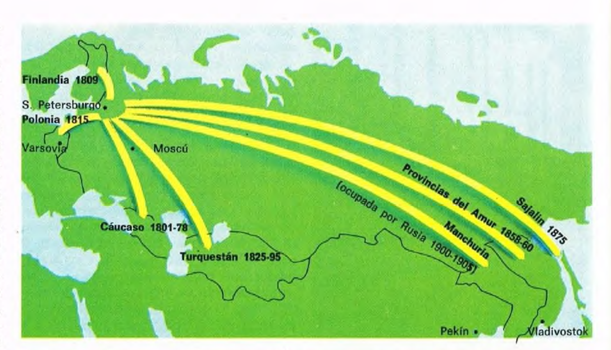
Lo que fue específico de Rusia fue la reacción del Gobierno. La única manera en que se puede disminuir la brecha cultural existente entre la élite y las masas, y eliminar así las tensiones que tal brecha crea en la sociedad, es educando las masas para elevarlas al nivel de la élite, esto es, comenzando por crear un sistema de enseñanza primaria. Ésta fue la intención del zar Alejandro I, cuyos Estatutos para las escuelas, en 1804, planificaban un sistema de escuelas en cuatro grados, desde la escuela de aldea hasta la universidad, dando acceso a los alumnos capaces para que pasaran de un grado al siguiente; pero la falta de fondos y de maestros impidió la realización de estos planes. A partir de 1830 cambió la política del Gobierno. Los gobernantes empezaron a tener miedo de la instrucción. Pensaban que sería peligroso poner ideas en las cabezas de los hijos de los campesinos. Se desarrollaron las universidades y las escuelas secundarias para las clases altas, pero fue descuidada la enseñanza primaria. A fines del siglo Rusia disponía de los recursos y los medios de formación para fomentar la enseñanza primaria, pero persistió en su política reaccionaria. Todavía en 1887 una circular del ministro de Educación dirigida a sus funcionarios provinciales expresaba el deseo de que las escuelas de enseñanza secundaria estuvieran libres de «hijos de cocheros, criados, cocineros, lavanderas, pequeños tenderos y personas de tipo similar, los cuales, tal vez con la excepción de los dotados de habilidades extraordinarias, no deben ser sacados del medio social al que pertenecen». Las escuelas primarias fueron, pues, descuidadas.

La «segura» ignorancia

Los esfuerzos de las corporaciones pro-

vinciales electivas *(zemstvos)* por fundar escuelas fueron estorbados por el Gobierno central, y las escuelas creadas por la Iglesia ortodoxa daban solamente la instrucción más rudimentaria: lectura, escritura, aritmética y cantos eclesiásticos, y a veces ni siquiera esto. Así la profunda brecha cultural se mantuvo durante cien años más de lo que convenía. De nuevo resulta aleccionadora una comparación con el Japón. En los treinta primeros años de la restauración Meiji de 1868, el Japón tenía un sistema de enseñanza primaria que daba cuatro años de instrucción a más del 90 % de todos los niños y niñas. El objetivo de los gobernantes japoneses era esencialmente el mismo que el de los zares de fines del siglo XIX —la grandeza imperial—, pero los japoneses creían que esto se conseguiría más rápidamente con una nación y un ejército instruidos que manteniendo al pueblo en la «segura» ignorancia preferida por los consejeros de los zares.

Los intelectuales rusos se hallaban aislados no solamente del pueblo ruso sino también del Gobierno. El régimen político ruso estaba basado en el dogma de la autocracia. El zar tenía un poder ilimitado y estaba servido por una pirámide de burócratas cuya base llegaba hasta las aldeas. Las instrucciones iban de arriba abajo, pero ninguna sugerencia circulaba de abajo arriba. De vez en cuando se sugería que debía crearse una asamblea central representativa, elegida, que aconsejara al zar o que incluso tuviera poderes legislativos. Tales ideas habían sido consideradas aceptables por Alejandro I (sin que las llevara a cabo) y fueron terminantemente rechazadas por Nicolás I. Uno de los momentos cruciales de la historia rusa fue la negativa de Alejandro II, en la década 1860-1870, a tomar en consideración semejante cambio. Lo único que se hizo fue introducir los *zemstvos*, que tenían algunos poderes y algunos fondos para servicios sociales elementales a nivel de distrito y de provincia, y que eran elegidos por la población según una ley de sufragio que favorecía a los terratenientes pero no excluía del todo a los campesinos. Los *zemstvos* se convirtieron en centros de moderado liberalismo práctico, pero en los últimos dece-





Arriba: **la expansión rusa entre 1800 y 1900 llegó, al este de Siberia, hasta las provincias del Amur; al sur, hasta el Cáucaso y el Turquestán; al oeste hasta Polonia, y al norte hasta Finlandia. Entre 1900 y 1905 Rusia ocupó Manchuria.**
Abajo: **«No tienen otra cosa que perder que sus cadenas.» Mendigos rusos en un comedor público.**

nios se vieron cada vez más obstaculizados por el Gobierno central, especialmente por el ministro del Interior. Podría resumirse el punto de vista del ministro diciendo que éste creía que toda acción debía ser iniciada desde el centro (el Gobierno) y que si éste no podía prestar atención a una propuesta era mejor que no se emprendiera acción alguna.

Los partidos políticos estaban prohibidos y la prensa y los libros sometidos a una estricta censura. No se permitían reuniones políticas ni huelgas. En la práctica, las ideas de oposición política se expresaban en la forma indirecta de crítica literaria o de teoría económica. Se podían hallar fisuras en las regulaciones de la censura, y los censores, que solían ser inteligentes y a veces hasta eran liberales, las toleraban. Las restricciones sobre actividad política y oposición tenían el efecto de intensificar la hostilidad de los rusos cultos hacia todo el sistema social y político. Un joven ruso instruido podía, naturalmente, hacer carrera como funcionario del Estado, pero solamente podía hacerlo si abjuraba de las ideas que había aceptado durante su instrucción y se entregaba al servicio de la autocracia. Y esto era algo que una creciente proporción de la élite culta se negaba a hacer.

El resultado fue que los hombres más inteligentes no sólo permanecieron fuera del Gobierno sino que llegaron a detestar el sistema. Se daban cuenta de que éste sólo podía ser derrocado mediante la acción revolucionaria, y unos pocos de ellos se convirtieron en conspiradores activos; la mayoría permanecía políticamente inactiva, pero entre el Gobierno y los revolucionarios sin duda hubieran preferido a los revolucionarios. Privados, por la misma naturaleza del sistema, de toda experiencia práctica del funcionamiento del Gobierno, mantenían sus ideas radicales en su pureza teórica: pensaban en términos de esquemas teóricos más que de política práctica. Esto es verdad no solamente respecto a los grupos socialistas sino también en el caso de la mayoría de los radicales y liberales. Los únicos que pensaban en términos más limitados y prácticos eran los jefes de los *zemstvos*, en gran parte terratenientes partidarios de mejoras moderadas; pero, como ya hemos visto, veían su acción constantemente obstruida por la burocracia.

«La gran mentira»

Alejandro II, el zar que había efectuado la abolición de la servidumbre, fue asesinado en 1881 por unos revolucionarios. Su sucesor, Alejandro III, demostró ser un hombre de poderosa personalidad, pero fanáticamente reaccionario. Desde su subida al trono rechazó todas las importantes propuestas de reforma y mantuvo esta actitud durante todo su reinado. Su consejero principal fue Konstantin Pobedonostsev, antiguo profesor de derecho que durante mucho tiempo había ejercido el cargo de gran procurador del Santo Sínodo (el burócrata laico que supervisaba a la Iglesia ortodoxa). Fanático hombre de iglesia, intolerante nacionalista ruso, encarnizado enemigo de todas las formas de gobierno parlamentario («la gran mentira de nuestro tiempo»), se creía el portavoz de la sabiduría innata del pueblo ruso. Combinaba sus facultades persuasivas y gran erudición con una especie de supersticioso populismo. Cuando en 1894 murió Alejandro III, Pobedonostsev conservó su influencia. El nuevo zar, Nicolás II, carecía de la vigorosa personalidad de su padre: era tímido y atractivo, pero también obstinado. Se dedicó implacablemente a la tarea de mantener la autocracia. Poco después de su subida al trono denunció algunas tímidas sugerencias de reforma como «insensatos sueños de participación de los representantes de los *zemstvos* en los asuntos de gobierno interior».

Menos de la mitad de la población del imperio era rusa. En el oeste estaban los pueblos bálticos, los polacos y los rumanos. En el sur, los ucranianos hablaban una lengua diferente de la rusa, tenían tradiciones sociales y culturales diferentes y estaban adquiriendo rápidamente conciencia de que formaban otra nacionalidad. En el sudeste, más allá del Cáucaso, vivían dos pueblos cristianos, los georgianos y los armenios, y en la región del Cáucaso una gran variedad de pequeños pueblos, en su mayoría musulmanes. En la cuenca del Volga se encontraban los tártaros musulmanes, un pueblo bastante desarrollado, con una élite intelectual moderna y una burguesía propias, pioneros del modernismo y la democracia en el mundo islámico, más adelantados en este aspecto que los egipcios o los musulmanes de la India. En las provincias asiáticas del imperio los pueblos más importantes eran los musulmanes del Turquestán, de lengua turca y cultura persa, conquistados en el decenio 1860-1870.

De todos estos pueblos, los polacos siempre habían sido los súbditos más rebeldes, objeto de recelo por parte de los rusos y deseosos de separarse siempre que se les presentaba una oportunidad. Se habían sublevado en 1830 y 1863, y a su derrota había seguido una dura represión. Pero los otros pueblos estaban dispuestos a ser leales súbditos del zar si se les permitía vivir como deseaban. Esto se les había concedido en el pasado; sus sufrimientos, como los del pueblo ruso, eran debidos a las injusticias sociales y a la brutalidad policíaca más que a una deliberada discriminación nacional. En el decenio 1880-1890 esta situación cambió para dar paso a una política de rusificación, en gran parte por iniciativa de Pobedonostsev. Hasta los pueblos más adictos al zar —los armenios y los alemanes de las provincias del Báltico— sufrieron interferencias en sus escuelas, sus instituciones sociales y sus fondos públicos. En Finlandia —desde 1809 unida a Rusia por una unión personal, con el zar ruso como gran duque de Finlandia que gobernaba a través de distintas instituciones finlandesas— fue impuesta por los funcionarios rusos una nueva política de centralización. La rusificación fue intensificada bajo Nicolás II, en forma tal que la mitad de los súbditos del imperio eran tratados innecesariamente como enemigos en potencia, y, por consiguiente, muchísimos de ellos iban convirtiéndose en enemigos efectivos.

Las raíces de la revolución

Puesto que el único medio para efectuar un cambio político era la revolución, debía producirse inevitablemente un movimiento revolucionario. Para mayor comodidad podemos considerarlo dividido en tres etapas.

La primera etapa se caracteriza por la existencia de pequeños grupos que discutían ideas revolucionarias y empezaban a tramar alguna acción. Las ideas procedían de Occidente, donde habían surgido como resultado de procesos sociales, económicos y culturales que apenas se habían iniciado en Rusia. Se importaron, ya elaboradas, antes de que en Rusia hubieran surgido las condiciones sociales pertinentes; la época de mayor auge de esos pequeños grupos (en ruso, *kruzhkovshchina*, de *kruzhok*, pequeño círculo) duró aproximadamente de 1850 a la mitad de la década 1870-1880, si bien ya habían existido algunas agrupaciones revolucionarias en la década 1830-1840, e incluso los decembristas (1825) pueden ser considerados en cierto modo como un grupo de este tipo.

La segunda etapa se produjo cuando los revolucionarios encontraron su primer apoyo en las masas. Lo buscaron en la clase más oprimida, el campesinado, y encontraron algún apoyo, aunque escaso. A mediados de la década 1870-1880, jóvenes entusiastas «se dirigieron al pueblo», limi-

tándose a predicar la revolución en las aldeas: los campesinos no los entendían, y algunas veces se les mostraron hostiles. La policía arrestaba a los jóvenes, que, después de unos meses en la cárcel, eran juzgados en masa y confinados en zonas remotas del imperio. Sólo en el distrito de Chigirin (provincia de Kiev) los campesinos se unieron en 1877 a una conspiración revolucionaria, pero ésta fue descubierta y sofocada por las autoridades. Los revolucionarios tenían más éxito en las ciudades, entre el subproletariado desarraigado y entre la clase obrera calificada. El Sindicato de Obreros del Norte, organización ilegal fundada por Stepan Khalturin, estuvo relacionado con la conspiración de la Narodnaya Volya (Voluntad del Pueblo) que en 1881 llevó a cabo el asesinato de Alejandro II. A partir de la década 1870-1880, los obreros, dirigidos o apoyados por revolucionarios, realizaron de vez en cuando manifestaciones, desórdenes y huelgas.

En la década 1880-1890 fueron conociéndose mejor en Rusia las ideas de Marx. El más destacado marxista ruso era G. V. Plejanov, que se había visto implicado en la acción revolucionaria, pero que reprobaba la táctica terrorista de la Narodnaya Volya y se había marchado al exilio. Los escritos de Plejanov influyeron profundamente a la juventud rusa educada de las dos últimas décadas del siglo. Algunas de sus obras filosóficas se publicaron legalmente en Rusia, con seudónimo, pero sus panfletos políticos eran introducidos clandestinamente. En estos panfletos insistía en que la clase obrera industrial debía ser la base del movimiento revolucionario y en que la acción revolucionaria no debía limitar sus reivindicaciones al campo económico: la libertad política era tan necesaria para los obreros como para la clase media. En la última década del siglo, a medida que la industria se desarrollaba, aumentó el descontento de los obreros, y la alianza entre la *intelligentsia* revolucionaria (en la que los estudiantes desempeñaban un papel cada vez más importante) y los obreros se convirtió en una realidad.

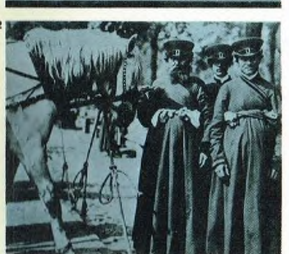
Pero en un país predominantemente agrícola con un gran ejército y grandes fuerzas de policía, una alianza de las minorías revolucionarias y los obreros de las ciudades nunca podía ser lo bastante fuerte para adueñarse del poder. Para ello era necesaria una tercera etapa que agregase a la alianza las masas rurales, incluyendo los campesinos de uniforme: los soldados. Esto solamente fue posible cuando el propio Estado ruso quedó derrotado en la guerra, primero por Japón en 1905, y después por Alemania en 1917.

Hay que notar que la participación de los campesinos en la acción revolucionaria no fue la causa sino la consecuencia del colapso de la autocracia rusa. Es verdad que se produjeron en Rusia alarmantes agitaciones campesinas en 1902, en tiempo de paz, como las había habido en las últimas décadas de la servidumbre, entre 1840 y 1860. Pero a pesar de que estas agitaciones alarmaron comprensiblemente a las autoridades, no constituyeron un verdadero peligro. El peligro llegó cuando la lealtad del ejército se hizo dudosa y cuando las masas campesinas, intuyendo el derrumbamiento de la autoridad, se tomaron la justicia por su mano. Esto sucedió en 1905 y, en mayor escala, después de la revolución de febrero de 1917. En los otros casos conocidos en que, durante el siglo XX, un gran movimiento revolucionario ha barrido el poder movilizando las masas campesinas —en Méjico después de 1910, en China entre 1930 y 1950, en Yugoslavia de 1941 a 1944— se aprecia una pauta similar: primero se produce el colapso del antiguo sistema, y luego llega la acción revolucionaria campesina que, a su vez, permite la victoria de unos revolucionarios más decididos y conscientes.

Es también digna de notarse la importancia de las guerras en la historia de los cambios políticos y sociales en Rusia. La victoria en la guerra consolidó la autocracia de Alejandro I en 1815 y de Stalin en 1945. Derrotas y victorias que no fueron decisivas provocaron cambios o crisis: la Guerra de Crimea condujo a las grandes reformas de la década 1860-1870 y las decepciones sufridas como resultado del tratado de Berlín en 1878 aumentaron la exasperación pública que favoreció a los revolucionarios de la Narodnaya Volya. Las grandes derrotas favorecieron a la revolución: la autocracia se recuperó de los golpes causados por los japoneses y por los revolucionarios de 1905, pero sucumbió en 1917 al embate de los alemanes y a la acumulada fuerza de la frustración, la rabia y el odio de los rusos oprimidos.

Hugh Seton-Watson

1


2


3


_1_ Comerciantes de la antigua ciudad de Nijni Novgorod en torno a un samovar.
_2_ Cocheros de San Petersburgo.
_3_ El zar Nicolás II y la zarina con las vestiduras de la coronación. Nicolás era tímido, reservado, obstinado y entregado implacablemente al mantenimiento de la autocracia. Rechazó tibias sugerencias de reformas como «sueños insensatos».

Japón: los años triunfales

Japón hizo su aparición en la escena mundial al mismo tiempo que Estados Unidos, pero en tanto que la industrialización norteamericana era previsible, la del Japón sorprendió al mundo occidental, donde se lo consideraba un país meramente exótico y medieval. La derrota que los japoneses infligieron a China abrió los ojos de Europa ante una amenaza oriental a su hegemonía.

El emperador Meiji, iniciador de la modernización nipona, ostentando el más occidental de los atuendos.
Abajo: **1870: el primer embajador japonés en Europa. Treinta años después, se había desvanecido el pasado feudal del Japón y sus dirigentes se ataviaban con sombreros de copa, levitas y uniformes de estilo europeo.**





En un caluroso día del mes de septiembre de 1894, en la desembocadura del río Yalu, que separa Corea de Manchuria, se desarrolló la acción naval más importante desde la batalla de Trafalgar. En sólo cuatro horas, desde el mediodía hasta mediada la tarde, y sin que uno solo de sus buques sufriera averías de importancia, los japoneses derrotaron de modo decisivo y aplastante a la flota china. La batalla del Yalu quedaría relegada a segundo término —unos diez años después— por la contundente victoria de los japoneses sobre la flota rusa, lo que no obsta para que en su época causara una conmoción mundial. Los extraordinarios éxitos conseguidos por Japón en todas sus batallas navales y terrestres de su guerra con China (1894-1895) apenas habían sido previstos por nadie en Europa o en Norteamérica, excepto, tal vez, por unos pocos especialistas que habían realizado detenidos estudios sobre el imperio insular.

En la última década del siglo XIX los japoneses eran considerados todavía, en general, como un pueblo primitivo, inclinado a la imitación, que habitaba unas tierras pintorescas y cuya occidentalización era todavía fragmentaria y superficial; un pueblo cuyas verdaderas cualidades tenían que ser buscadas en manifestaciones estéticas tales como la ceremonia del té, la caligrafía y la producción de abanicos y flores de papel. En una palabra, nadie se tomaba en serio a los pequeños japoneses. Pero lo cierto es que en el resto del mundo era muy poco lo que se sabía acerca de los cambios que se habían producido en la nación nipona durante los veinticinco años transcurridos a partir de la restauración Meiji de 1868.

Esta ignorancia se debía en parte a las distancias geográficas, y en parte a la barrera del idioma. Acaso había también cierta resistencia a adoptar otra actitud que no fuese la de una sonrisa irónica ante los esfuerzos japoneses por imitar muchos de los rasgos y costumbres de la sociedad occidental. A los europeos les encantaba el arte tradicional japonés. Mucho antes de la última década del siglo, las acuarelas, las espadas, los muebles lacados y los botones tallados llamados *netsuke* habían adquirido el rango de piezas valiosas para los museos y las colecciones particulares de todo el mundo. El estilo japonés sedujo a los pintores de París y a los decoradores de Londres, Nueva York y Viena, pero no había nada particularmente atractivo, y mucho menos artístico, en el esfuerzo japonés por situarse a la par de Europa y Norteamérica en lo referente a la iluminación de las calles, la creación de una banca moderna, la tecnología industrial, la enseñanza obligatoria, los medios de comunicación de masas y los armamentos modernos.

Sin embargo, era este intenso proceso de modernización, y no el Japón de Pierre Loti, lo que finalmente revestiría mayor importancia, una importancia incluso amenazadora para el mundo occidental.

Cuarenta años antes de la batalla del Yalu, el comodoro Perry, de la flota estadounidense, había forzado las puertas de un Japón voluntariamente aislado. La respuesta a la intrusión de las potencias occidentales (ya que el ejemplo norteamericano no tardó en ser seguido por otros países), fue al principio confusa y contradictoria. Sólo al producirse el derrocamiento de los *shoguns* y el establecimiento de un nuevo régimen con la restauración Meiji (1868) se vio claramente que los japoneses trataban de crear todo el aparato de un Estado moderno a fin de convertirse en una nación rica y poderosamente armada.

Era inevitable que los nipones copiaran los modelos occidentales, y también era previsible que, durante este proceso, cometieran numerosos errores. Tokio no fue construida en un día. El progreso era rápido pero irregular, y los zonas rurales quedaban rezagadas mientras florecían ya las industrias urbanas. En la última década del siglo, pese a la determinación de bastarse a sí mismos que los japoneses demostraban, los signos de la tutela extranjera aún no habían desaparecido del todo. Así, por ejemplo, los pilotos navales europeos todavía no habían abandonado el mar del Japón. Casi todas las grandes embarcaciones, mercantes o de guerra, se construían aún en el extranjero (sobre todo en los astilleros británicos). Es más, en vísperas de la guerra con China, Japón seguía abrumado por «tratados desiguales» que concedían privilegios extraterritoria-

El modernizado ejército japonés dio buena cuenta de las fuerzas chinas. La victoria de 1895 resultó tan completa como inesperada: los chinos quedaron derrotados en tierra y mar, a pesar de que su ejército y su flota no eran tan primitivos como sugiere esta ilustración japonesa.

les a los súbditos de las principales potencias e impedían al país una plena autonomía arancelaria, puesto que los aranceles aduaneros de la mayoría de los artículos extranjeros estaban ya fijados por los tratados en un cinco por ciento.

En julio de 1894 se llegó finalmente a un acuerdo con Gran Bretaña para abolir la extraterritorialidad a partir de 1899, acuerdo que condujo a similares revisiones de tratados con otras potencias. Por lo tanto, la guerra de Japón contra China fue, en cierto sentido, una lucha entre potencias semicoloniales.

Sin duda, la cuestión de los «tratados desiguales» agudizó el chauvinismo japonés. Pese a avanzar hacia la modernización —por ejemplo con la promulgación de la constitución Meiji en 1889—, el país experimentaba una profunda frustración cuando se trataba de negociar con las grandes potencias y sus súbditos.

Pero si bien los japoneses se consideraban vejados por el mundo occidental, no



se abstenían de adoptar actitudes similares, e incluso peores, en sus relaciones con sus vecinos asiáticos, sobre todo con Corea. La relativamente lenta reacción de Corea ante el estímulo de la «civilización», y su evidente deseo de no verse perturbada, provocaban e irritaban a los japoneses. El patriotismo no sólo se expresaba a través de la resolución de construir un Japón fuerte e independiente sino también en la ambición de «despertar» a Corea y a China, países que los japoneses consideraban sumidos en un sopor, incapaces de actuar por sí mismos, poco inclinados a hacer el esfuerzo de resistir a la penetración económica y política de la raza blanca, representada por Rusia, Gran Bretaña, Francia y otras potencias.

Tal era la actitud general del pueblo nipón en los últimos años del siglo pasado. La guerra contra China, que estalló a causa de Corea, fue para los japoneses como una campaña destinada a acabar con la influencia china en aquella península. Pero, por lo menos en los círculos gubernamentales, había otro designio más ambicioso. Pocos extranjeros han comprendido al Japón mejor que sir Ernest Satow, el inteligente diplomático que llegó a Tokio en 1895 como embajador británico. Dos años más tarde, en un despacho a lord Salisbury, decía: «Cualquiera que pueda haber sido la razón ostensible para iniciar una guerra con China, es indudable que el objetivo principal consistía en anticiparse a la terminación del ferrocarril transiberia-



no y evitar con ello que Rusia consiguiera libre acceso al océano Pacífico.»

Los designios rusos

Rusia tenía acceso al Pacífico en Vladivostok y fondeaderos situados más al norte, pero éstos quedaban bloqueados por el hielo en invierno. Port Arthur, fortaleza natural y puerto de considerable calado en el extremo sur de Manchuria, podía constituir una base ideal para la flota rusa, sobre todo si se lograba prolongar a través de Manchuria el ferrocarril transsiberiano, cuya construcción se había iniciado en 1891. Por otra parte, Port Arthur controlaba un flanco del acceso por mar a Taku, el punto del litoral más cercano a Pekín, la capital china.

Por consiguiente, cuando en agosto de 1894 estalló la guerra contra China, los japoneses se apresuraron a apoderarse de Port Arthur con el doble objetivo de amenazar a Pekín y anticiparse a los rusos, y esta amenaza contra la capital adquirió carácter todavía más grave con la captura de Weihaiwei, en Shantung, junto al estrecho de Chihli, frente a Port Arthur.

Estos éxitos desequilibraron por completo la balanza del poder en esta región de Extremo Oriente. Nada podía impedir que los vencedores siguieran multiplicando sus conquistas, y Pekín se hallaba a merced de los japoneses. En ningún otro momento había sido puesta tan en evidencia la debilidad de China como potencia militar: en choques anteriores, contra naciones europeas, la desigualdad del armamento había hecho que la derrota de los chinos fuese casi inevitable, pero durante sus combates con Francia por la posesión de Tonkín, en la década de 1880, China había demostrado una notable capacidad en las artes bélicas, sobre todo en el mar, y en 1894 los chinos habían modernizado mucho sus armas y contaban con una flota de cierta envergadura.

Pero de nada les sirvieron estos preparativos cuando entraron en guerra contra el Japón. Derrotada en tierra y mar, China pidió la paz y al propio tiempo buscó toda la ayuda diplomática posible por parte de las potencias occidentales. Como es lógico, el pueblo japonés acogió con júbilo esta victoria, pero su satisfacción y orgullo rebasaron la medida de lo normal, como si la considerasen el desquite y la compensación por todos sus años de frustración. En el léxico popular hizo su aparición un nuevo término: *Nihon Shugi*, que puede traducirse como «japonesismo», o sea patriotismo exaltado por un racismo nacionalista. Los japoneses creyeron entonces que su país era, efectivamente, la tierra de los dioses, y que su soberano era el descendiente de Amaterasu, la diosa del Sol. Nada podía detenerlos ya; el este de Asia se hallaba en sus manos.

Desde el punto de vista de la oligarquía que dominaba el Japón en nombre del emperador, esta actitud popular constituía un arma de doble filo. El nuevo sentimiento de unidad nacional fue acogido con auténtica satisfacción, puesto que el período inmediatamente anterior a la guerra se había caracterizado por enconadas querellas internas, en la Dieta y fuera de ella. La política parlamentaria había tenido un mal comienzo: las elecciones generales de 1892, por ejemplo, resultaron sórdidas y sangrientas, ya que en todo el país la policía, que actuaba siguiendo las instrucciones del ministro del Interior, trató de asegurar la elección de los candidatos gubernamentales. Los métodos brutales de la policía causaron 25 muertos y unos 400 heridos, pero, a pesar de estas presiones, los «partidos populares» consiguieron casi el doble de escaños que los secuaces del gobierno. Por tanto, la unidad inspirada por la crisis con China (y confirmada por la noticia de la victoria) constituyó un gran alivio para la oligarquía. Cuando la nación, y con ella el pueblo, fijaba su mirada allende sus fronteras, las disensiones podían ser aliviadas, pero, por otra parte, se habían fomentado grandes anhelos, esperanzas de una índole tal que no siempre un gobierno puede convertir en realidad.

Al principio, todo parecía marchar a la perfección. Por el tratado de Shimonoseki, firmado el 17 de abril de 1895, China reconoció «la plena y total independencia de Corea» y entregó Formosa y las vecinas islas de Pescadores al Japón. Se pagaría una cuantiosa indemnización (el Japón ocuparía Weihaiwei hasta que ésta fuese hecha efectiva) y se firmaría un acuerdo comercial chino-japonés mediante el cual, entre otras concesiones, cuatro nuevas ciudades chinas quedarían abiertas al comercio y a las inversiones industriales japonesas. Pero, con el tratado de Shimonoseki, la más extraordinaria ventaja conseguida por el Japón, Port Arthur y toda la península de Liaotung, pasaba de nuevo a poder de los chinos.

El conde Ito, primer ministro japonés, había comprendido desde el primer momento que era poco probable que las potencias occidentales permitieran al Japón mantener la posesión de Liaotung, ya que varios diplomáticos occidentales en Tokio habían advertido al ministro japonés de Asuntos Exteriores que una exigencia japonesa en lo referente al territorio continental chino podía llevar a la intervención de una o varias potencias europeas. Pero los jefes del Estado Mayor nipón atribuían una gran importancia a Port Arthur e insistían con firmeza para que este punto clave fuese incluido entre las demandas presentadas a China en la conferencia de paz.

Antes de que se firmase el tratado, el Gobierno del zar se dirigió a Londres, Berlín y París con la sugerencia de una intervención conjunta para evitar que el Japón pidiera la cesión del territorio de Liaotung. El Gobierno británico declinó esta propuesta, decisión que los japoneses tuvieron en cuenta y recordaron con gratitud, pero los gobiernos de Alemania y de Francia formaron un frente común con San Petersburgo y, el 23 de abril de 1895, seis días después de la firma del tratado, los representantes de las tres potencias presentaron notas al ministro de Asuntos Exteriores de Tokio, en las que se recomendaba al Japón que devolviera el territorio de Liaotung a China. Este «consejo» global fue respaldado, dos días más tarde, por una nueva nota rusa en la que se puntualizaba que la posesión japonesa del territorio de Liaotung «sería una amenaza para la capital de China» y constituiría «un obstáculo perpetuo para la paz en Extremo Oriente».

Parecía que Rusia, por lo menos, estaba dispuesta a sostener su actitud y que la negativa a seguir el «consejo» significaría la guerra. El Japón no tenía aliados, y una contienda contra Rusia —en aquellos momentos— parecía totalmente fuera de lugar. No quedaba más recurso que aceptar la demanda tripartita.

La humillación resultó peor por el mismo hecho de ser tan repentina y, para el pueblo japonés, tan inesperada, puesto que sobrevino precisamente en plena euforia y regocijo a causa de la victoria nacional. Un escritor japonés ha descrito de este modo el primer impacto: «La importancia de la renuncia a Liaotung y la abrumadora vergüenza que implicaba, convirtió a la nación en una multitud furiosa y vociferante.»

El furor popular pudo haber culminado en el asesinato del primer ministro y del titular de la cartera de Asuntos Exteriores, de no haber sido aplacado por un decreto del emperador Meiji, una proclamación equivalente a un texto sagrado, en el que se aprobaba la renuncia al territorio de Liaotung. El emperador (tal como había de hacer su nieto en 1945), dijo a su pueblo que era preciso aceptar lo inevitable,





1 **La reacción europea ante la alianza entre Japón y Gran Bretaña: caricatura francesa que representa a Eduardo VII y al emperador Meiji, titulada: «Los dos nuevos gemelos de la diplomacia europea.»** *2* **El famoso dibujo del «Peligro amarillo», realizado según indicaciones del káiser Guillermo. El arcángel Miguel exhorta a las potencias europeas para que se enfrenten a la amenaza oriental. Alemania, con la espada desenvainada, Francia, con el gorro frigio de la Tercera República, y Rusia, tocada con una piel de oso, miran hacia el Este. Gran Bretaña, cuyas relaciones con el Japón eran excelentes, se deja arrastrar, a regañadientes, por Austria.**

y la orden fue obedecida. Pero la experiencia de la denominada «Triple Intervención» hirió gravemente el orgullo japones, y los efectos psicológicos de esta herida se prolongarían durante varias décadas.

Los japoneses tienen un proverbio que dice: «La abeja pica el rostro del niño que llora», lo que viene a significar que los contratiempos nunca vienen solos, y, efectivamente, apenas habían pasado dos años cuando un nuevo agravio vino a enconar los resentimientos. En la primavera de 1898, los rusos obtuvieron a la vez el arriendo de Port Arthur y el permiso chino para construir un ferrocarril a través del norte y el centro de Manchuria hasta Vladivostok, además de otra línea férrea que enlazaría, a través de Liaotung, con Dairén y Port Arthur.

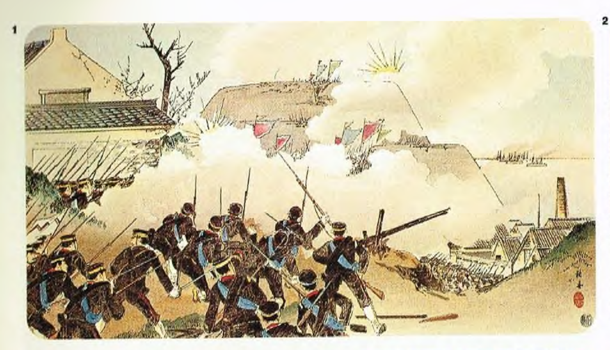
De la Triple Intervención y sus secuelas, los japoneses dedujeron que, en lo que se refería a las relaciones internacionales, la fuerza bruta y el engaño diplomático eran los únicos instrumentos que cabía manejar. La Triple Intervención fue una de las causas fundamentales que incitaron al Japón a perpetrar sus agresiones en la primera mitad del siglo XX. El nacionalismo se hizo más intransigente y los partidarios de la cooperación y de las concesiones razonables toparon con mayores dificultades para convencer a la opinión pública, sin contar con que el ya elevado prestigio y la notable influencia de las fuerzas armadas aumentaron considerablemente.

De todos modos, desde un punto de vista objetivo, Japón había obtenido un espléndido botín de la derrota infligida a los chinos. Corea no tardaría en convertirse, de hecho aunque no de nombre, en una colonia japonesa con tentadoras oportunidades para la explotación económica y el adoctrinamiento cultural. También Formosa era una buena ganancia, y había, además, la perspectiva de beneficios comerciales en la propia China. La indemnización que debían pagar los chinos rebasaba sobradamente los gastos ocasionados por la guerra. En cuanto a su prestigio internacional, la posición del Japón había obtenido un refuerzo radical, sin que la retirada de Liaotung, ante la presión ejercida por las tres potencias, le hiciera sufrir menoscabo alguno. En realidad, esta retirada no era considerada como una humillación, sino como un ligero desaire infligido a un país victorioso, hasta entonces casi ignorado, que efectuaba su ingreso entre las naciones avanzadas del mundo.

El despegue económico

Sea como fuere, la modernización fue impulsada entonces con redoblado fervor y la producción empezó a ascender a un ritmo asombroso. En el transcurso de cinco años, de 1895 a 1900, el capital desembolsado de las empresas industriales llegó a doblarse, como mínimo; en diez años se triplicó la producción de carbón. La expansión de la industria naviera queda ilustrada por el hecho de que, en 1893, sólo el siete por ciento de las exportaciones y el nueve por ciento de las importaciones se transportaban en buques japoneses, mientras que en 1903 estas cifras ascendían ya al 40 y al 35 por ciento, respectivamente. La escasez de recursos naturales (mineral de hierro y carbón) significaron un retraso en la producción de hierro y de acero, pero después de la guerra con China el Gobierno decidió establecer sus propias instalaciones siderúrgicas. El crecimiento de otros sectores, en especial el de la industria textil, gracias a la apertura de mercados en Corea y en China, no fue menos notable. Cabe considerar, en efecto, que fue en los últimos años del siglo cuando se inició la revolución industrial japonesa, o sea, usando el léxico de los economistas, éste fue el período del «despegue». Por otra parte la población seguía en aumento, ya que los escasos cuarenta millones de habitantes en 1890 eran ya cuarenta y cuatro millones en 1900.

Sin embargo, tal vez los síntomas más significativos de modernización se dieron en las fuerzas armadas. Al revisar este período una década más tarde, el veterano militar japonés mariscal Yamagata declaró que «la guerra chino-japonesa constituyó una valiosa experiencia para el Japón en lo que se refiere a tropas, armas y municiones, ya que éste se encontraba muy atrasado con respecto a otras potencias y comprendió que las mejoras requeridas necesitaban tiempo». Efectivamente, tales «mejoras» necesitaron algún tiempo, pero nueve años después del tratado de

1


2


3


1 El ataque japonés a Port Arthur. Los nipones se apresuraron a apoderarse de esta vital fortaleza portuaria codiciada por los rusos.
2 Un buque de guerra japonés en plena acción durante la batalla del mar Amarillo, el combate naval más importante desde Trafalgar. La flota china sufrió una derrota decisiva, sin que ni un solo buque japonés sufriera averías graves.
3 Una fábrica textil japonesa (1898). A fines de siglo la industria japonesa se hallaba ya en pleno auge —sobre todo el sector textil— gracias a la apertura de nuevos mercados en Corea y China.
4 En 1889 Japón adoptó una constitución según el modelo occidental. En este cuadro, también de estilo occidental, el artista japonés ha conmemorado la inauguración del primer Parlamento imperial. El emperador Meiji entrega su edicto al conde Ito Hirobumi, primer ministro.

4


Shimonoseki, los jefes del Estado Mayor japonés juzgaron que su país podía presentar batalla a Rusia en el Extremo Oriente con ciertas probabilidades de éxito. Se logró doblar la fuerza activa del ejército y se cuidó meticulosamente su organización y armamento. En cuanto a la flota, un ambicioso programa de construcciones navales (autorizado en 1896) permitió que a fines del año 1903 se hallaran en servicio no menos de cuarenta y tres buques de guerra, que abarcaban desde acorazados hasta destructores.

Todo este proceso era seguido por las demás potencias con interés y con sentimientos dispares. Si bien el Japón inspiraba considerable admiración, reinaba también cierta inquietud asociada con un vago e irrazonable temor al «peligro amarillo». Es posible que esta denominación no fuese inventada por el káiser Guillermo II de Alemania, pero no cabe duda de que fue él quien le dio amplia fama gracias a un dibujo, muy difundido, realizado en 1895 por un artista alemán, H. Knackfuss, siguiendo una idea del emperador Guillermo.

La resistencia de Gran Bretaña a plantar cara al «peligro amarillo», sugerida en el propio dibujo del Káiser, se debía a sus dudas acerca de la existencia real de semejante peligro, ya que durante la última década del siglo las relaciones entre Gran Bretaña y el Japón se habían hecho más y más cordiales. Al Japón no se lo consideraba como un competidor temible en el mercado chino; muy al contrario, las exigencias comerciales formuladas por el Japón en el tratado de paz de 1895 habían originado un aumento de actividades comerciales para las firmas británicas establecidas en China, ya que, a causa de las cláusulas de «nación más favorecida» incluidas en sus tratados internacionales, China había tenido que dar entrada a otras potencias en las nuevas zonas de inversión y comercio abiertas al Japón.

A fines de siglo existía una notable cooperación entre ciertos círculos financieros británicos y japoneses. Una de las características de la primera etapa de la modernización japonesa fue la casi total ausencia de ayuda económica extranjera, ya que los dirigentes nipones percibían claramente el riesgo que significaban los empréstitos exteriores en una época de imperialismo. A principios de la década 1870 se colocaron en Gran Bretaña dos empréstitos de escasa cuantía, pero durante más de veinte años a partir de entonces, los japoneses procuraron autofinanciar su propio desarrollo (a diferencia de Rusia, que empezó su industrialización gracias a los empréstitos franceses); sin embargo, a fines de siglo se consideraron ya capaces de obtener dinero exterior sin riesgo de verse sometidos a presiones políticas, y, en 1897, tanto el Gobierno japonés como la ciudad de Osaka (en aquella época la mayor del país) colocaron empréstitos en Londres. Otro crédito muy superior, diez millones de libras al 4 %, fue otorgado por los bancos británicos al Gobierno japonés de 1899.

Igualmente representativa del entendimiento anglo-japonés fue la reacción de Tokio ante la ocupación británica de Weihaiwei en 1898. En este año, China logró pagar el último plazo de la indemnización de guerra al Japón, en virtud de lo cual los japoneses tuvieron que evacuar Weihaiwei. En estos momentos los alemanes ocupaban Tsing-tao, en la misma provincia y al sur de Weihaiwei, donde habían desembarcado en noviembre de 1897. En enero de 1898, los franceses solicitaron el arriendo de la bahía de Kwangchow, en la costa sur de China. En marzo, los rusos obtuvieron el arriendo de Port Arthur. Por su parte, en este reparto del melón chino, Gran Bretaña obtuvo dos tajadas: los territorios de Hong Kong y Weihaiwei. Esta última adquisición había sido sugerida privadamente por los propios chinos; no, desde luego, por un afecto particular a Gran Bretaña, sino más bien a guisa de una contramaniobra que compensara la ocupación rusa de Port Arthur. A su vez, los japoneses vieron con buenos ojos el hecho de que los británicos les sucedieran en la ocupación de Weihaiwei, y les transfirieron las instalaciones del territorio sin pedir compensación alguna. A la mañana siguiente de la partida de los japoneses, los británicos efectuaron su entrada en aquella zona. Los militares japoneses, abiertamente hostiles a los rusos, deseaban conservar Weihaiwei, pero la presencia de la *Royal Navy* allí no dejaba de ser para ellos un sustitutivo aceptable.

Dos años más tarde, las relaciones anglojaponesas se estrecharon todavía más debido a la cooperación entre ambos países durante la insurrección de los bóxers. Cuando el asedio de las legaciones de Pekín, el jefe titular de las fuerzas coaligadas europeas, norteamericanas y japonesas fue el embajador británico sir Claude Mac Donald, pero el oficial más experto en el barrio de las legaciones era el coronel Shiba, agregado militar japonés, y éste y sus compatriotas «se destacaron en Pekín como brillantes ejemplos». Es más, las hazañas del coronel Shiba lo convirtieron en un héroe en Gran Bretaña, donde se lo consideró con la misma admiración que en su propio país. Además, los japoneses desempeñaron también un papel importante en el levantamiento del asedio de las legaciones, ya que su contingente era el más numeroso de las fuerzas liberadoras internacionales. En lo que se refiere a robos y saqueos, su actuación fue impecable, cosa que no puede decirse de las fuerzas de otras naciones. Corea había sido ya víctima de no pocos excesos de brutalidad por parte de los japoneses, pero tales hechos no se produjeron en el norte de China durante la insurrección bóxer.

«El valiente pequeño japonés»

Esta mezcla de valor y de buena conducta, aparte de fomentar la reputación de los japoneses por su cortesía y por su energía inagotable, creó en Gran Bretaña una imagen nueva y favorable: la del «gallant little Jap», el valiente pequeño japonés, una figura alerta y diminuta, ataviada con uniforme azul y polainas blancas, que enarbolaba en una mano la bandera del sol naciente y saludaba a John Bull, vestido de marino, con la otra. Tal era la imagen que los ingleses tenían de su aliado en Extremo Oriente a fines del mes de enero de 1902, cuando se firmó en Londres el tratado anglo-japonés de alianza.

Esta nueva alianza diplomática significaba un viraje en la política británica, puesto que parecía poner fin al «espléndido aislamiento». Sin embargo, la opinión pública británica se hallaba sin duda más interesada en el inminente final de la guerra en África del Sur que en los detalles del tratado con el Japón. En cambio, éstos ofrecían el más vivo interés para los japoneses, quienes observaron con satisfacción que mientras el artículo 1.° reconocía los intereses especiales de su país en Corea, el artículo 3.° comprometía a Gran Bretaña a acudir en ayuda del Japón, y combatir a su lado, si éste se veía envuelto en un conflicto con más de una potencia a la vez. Ello significaba, simplemente, que si el Japón entraba en guerra con Rusia, Francia, aliada del imperio de los zares, se vería obligada a permanecer neutral, a no ser que estuviera dispuesta a combatir también contra Gran Bretaña. Por lo tanto, la alianza era de una importancia fundamental para el Japón y, durante veinte años, fue una piedra básica de su política exterior. Había también el prestigio que daba una estrecha vinculación con el imperio más poderoso del mundo. Bajo tales auspicios, los primeros pasos del Japón como potencia mundial parecían destinados a gozar de la bendición de los dioses.

G. R. Storry

La guerra ruso-japonesa

El conflicto ruso-japonés fue una guerra imperialista: China y Corea, países neutrales indefensos, fueron campo de batalla para los beligerantes, que trataban de extender sus «esferas de influencia». Por primera vez en la historia moderna una potencia occidental fue derrotada por un país oriental, acontecimiento que galvanizó el nacionalismo de los pueblos asiáticos. Pero, en realidad, Japón era el más occidentalizado, bajo ciertos aspectos, entre ambos contendientes. La ineficacia, debilidad y corrupción del imperio zarista se evidenciaron en esta guerra, primer conflicto armado en gran escala del siglo XX.

Grabado británico de la época. El «valiente pequeño japonés» hace frente al gigantesco oso ruso.
Abajo: **principales encuentros de la guerra.**





Cuando el Káiser, tras haber asistido a las maniobras navales rusas de 1902, se apresuraba a enviar su famoso mensaje de despedida a Nicolás II («El almirante del Atlántico saluda al almirante del Pacífico»), no sugería al Zar nada nuevo: se limitaba a halagar su vanidad animándolo a ampliar y apresurar sus planes de expansión en el Extremo Oriente.

Port Arthur: intereses imperialistas

Pero Rusia no era el único país que buscaba expansión en China, Manchuria y Corea. Aparte de las viejas potencias coloniales europeas, estaba el Japón, que, tras adoptar los progresos occidentales, parecía como si intentara convertirse en la «Gran Bretaña del Extremo Oriente». Sus ambiciones imperiales en Corea lo habían llevado, en 1894, a una guerra victoriosa con China, a consecuencia de la cual el Celeste Imperio le cedió la base naval de Port Arthur, en Manchuria meridional.

Pero no por mucho tiempo. Rusia logró que Alemania y Francia se le unieran para obligar al Japón a devolver Port Arthur a China. Para Japón esto fue una tremenda humillación; para Rusia, una oportunidad de nuevas conquistas, pues ahora ejercía legalmente la función de amiga y protectora de China. Poco después, China se avino a permitir el tendido del ferrocarril Transiberiano a través de Manchuria, lo que no solamente acortó la ruta hasta el puerto ruso de Vladivostok, sino que introdujo profundamente la influencia rusa en Manchuria, pues tropas y administradores rusos acompañaban a este «Ferrocarril Oriental Chino» de propiedad rusa. Más tarde, en 1898, San Petersburgo obligó a China a entregarle Port Arthur —puerto libre de hielos— para usarlo como base naval.

En 1900, la rebelión de los bóxers dio a Rusia un pretexto para introducir tropas en otras partes de Manchuria y, a pesar de las protestas de otras potencias, las mantuvo allí cuando la lucha hubo terminado. Mientras tanto, Nicolás II, mal dotado intelectual y emocionalmente para resistir a la influencia de aventureros, personajes equívocos y cortesanos que buscaban su propio interés, estaba planeando nuevas conquistas. Sus almirantes querían una base en Corea como complemento de Port Arthur, sus cortesanos estaban envueltos en turbios negocios en maderas de Corea, mientras él mismo, incitado por el Káiser, creía tener la sagrada misión de salvar a Europa del llamado «peligro amarillo». Las pretensiones japonesas de ejercer influencia en Corea solamente sirvieron para aumentar la determinación del zar a poner este país bajo «protección» rusa.

Japón frente a Rusia

En aquel momento el gobierno japonés se habría contentado con llegar a un acuerdo en virtud del cual Corea fuera asignada a la «esfera de influencia» del Japón y Manchuria a la de Rusia. Pero Rusia quería los dos países. En 1902 Japón, cuyos enviados a San Petersburgo no habían efectuado ningún progreso, tomó la precaución de firmar un tratado de alianza con Gran Bretaña. Para Japón este tratado significaba que si entraba en guerra con Rusia, Gran Bretaña se pondría a su lado en el caso de que otra potencia europea decidiera dar apoyo armado al zar. En otras palabras: gracias al tratado, era probable que si Rusia entraba en guerra contra el Japón lo hiciera sola.

En 1903 los japoneses se dieron cuenta de que era casi imposible un arreglo negociado con Rusia sobre la cuestión de Corea: San Petersburgo no haría ninguna concesión, pensando que Japón nunca se atrevería a ir a la guerra contra un país mucho mayor. En febrero de 1904 la delegación japonesa rompió las relaciones diplomáticas con Rusia y regresó a su país.

El gobierno japonés, que desde hacía cinco meses estaba resignado a la guerra, se daba cuenta de que el conflicto con Rusia tendría que ser corto y contundente. Había que conseguir rápidamente una buena posición para en seguida negociar la paz, antes que Rusia pudiera aportar a la lucha todo el peso de su ejército de un millón de hombres. Para los japoneses, el dominio del mar era vital; sin una ruta

A la izquierda: **campamento japonés en el típico paisaje ondulante de Manchuria.**
Abajo: **estos dos grabados, representativos del exagerado «arte de la guerra» nipón, ensalzan la superioridad japonesa sobre los rusos. En realidad, el valor del soldado ruso era notable. Estaba además bien equipado y bien preparado, pero fue víctima de los errores y de la ineficacia de sus jefes. El soldado japonés también era duro, bien equipado y entrenado, y consideraba un honor morir en combate por la grandeza de la patria, representada por el Emperador. La habilidad y el oportunismo de los comandantes japoneses también fueron determinantes para decidir la suerte de la guerra.**





segura entre las islas niponas y el continente, las fuerzas expedicionarias podían verse privadas de suministros y refuerzos.

Estalla la guerra: Japón al ataque

No fue accidental que Japón abriera las hostilidades en febrero de 1904. La capacidad de transporte del ferrocarril Transiberiano era todavía limitada, debido a que no estaba terminado el tramo que rodea el lago Baikal; además, la fuerza naval rusa en el Extremo Oriente sólo alcanzaría el máximo potencial en 1905. En febrero de 1904, Japón tenía más cruceros y buques pequeños, pero la escuadra rusa del Pacífico comprendía siete acorazados por seis del Japón. Sin embargo, Rusia planeaba tener no menos de doce acorazados en la base de Port Arthur en 1905, mientras el total de la flota nipona seguiría siendo de seis. La misión de la flota japonesa, por lo tanto, era prevenir un ataque a las comunicaciones marítimas por parte de la escuadra rusa e impedir que a esta última se uniera cualquier buque de refuerzo enviado desde el Báltico. Afortunadamente para Japón, la potente escuadra rusa del mar Negro tenía prohibido, en virtud de un tratado, cruzar los Dardanelos.

El 6 de febrero, después que Tokio hubo roto las negociaciones con San Petersburgo, el comandante de la escuadra japonesa, almirante Togo, reunió a sus capitanes en Sasebo para darles instrucciones. Envió un destacamento a Chemulpo (actualmente Inchon) para negociar con dos buques de guerra rusos anclados en este puerto coreano, mientras se dirigía a Port Arthur con sus fuerzas principales.

El 8 de febrero, después de intercambiar algunos disparos con un cañonero ruso, el contraalmirante japonés destacado a Chemulpo envió una cortés carta al comandante ruso: «*...Respetuosamente le pido que abandone el puerto... de lo contrario me vería obligado a luchar contra usted en el puerto mismo. Tengo el honor, señor, de ser su más obediente servidor.*» Esta invitación fue aceptada al día siguiente, pero, con dos buques rusos contra ocho, la batalla acabó pronto y el destacamento japonés desembarcó sus tropas.

Comienza la batalla de Port Arthur

Las noticias de estos sucesos tardaron mucho en llegar a Rusia, demasiado para advertir a tiempo a Port Arthur. Allí, alrededor de las once de la noche del 8 de febrero, nueve destructores japoneses se deslizaron hacia la flota rusa anclada. Ésta ofrecía un blanco perfecto para un ataque con torpedos: inmóvil, desprevenida e ilu-

1



2



3



5



1 Una trinchera rusa en Port Arthur. Los japoneses, en sus ataques, sufrieron cuantiosas pérdidas.
2 El almirante nipón Togo, un hombre mimado por la suerte.
3 Oku, comandante del II Ejército japonés.
4 Kuropatkin, el comandante supremo ruso.
5 Stössel, el comandante ruso de Port Arthur, cuya incompetencia fue tachada de traición.
6 Port Arthur bajo el bombardeo nipón. La guerra empezó con un ataque japonés por sorpresa (a «lo Pearl Harbor», o sea anterior a la declaración de guerra) a la escuadra rusa fondeada en Port Arthur, plaza que más tarde quedó sitiada.

6



minada y con muchos de sus oficiales entretenidos en un baile ofrecido por la esposa del almirante. Mientras se acercaban, dos de los buques atacantes colisionaron entre sí, la flota quedó reducida a ocho; pero fueron igualmente capaces de realizar un ataque de manual de táctica y escapar en cuanto los rusos abrieron fuego. De los dieciséis torpedos que lanzaron, solamente tres hicieron explosión; pero se hizo evidente ya la mala suerte que había de perseguir a la flota rusa durante toda la guerra: con tres impactos fueron alcanzados los mejores acorazados. Con éstos fuera de combate durante algunas semanas, el almirante ruso —un hombre tímido— se dejó bloquear por Togo: Japón podía seguir desembarcando más tropas en Corea.

Al día siguiente del ataque a Port Arthur el Japón declaró la guerra, en una línea de actuaciones que *The Times* calificó de «varoniles». En Rusia se confiaba en que la guerra iba a ser corta y la victoria segura. Los niños de las escuelas cantaban coplas sobre lo que les iba a ocurrir a los «pequeños monos amarillos», mientras las mujeres de la familia real se ocupaban en trabajos de hospital. En el Japón había el mismo entusiasmo por la guerra: un asesino convicto que esperaba la ejecución se ganó los aplausos de la prensa (pero no, por lo visto, la suspensión de la pena) al entregar sus ahorros para los gastos de guerra. La emperatriz del Japón preparaba vendas, de las que se decía que tenían milagrosos efectos curativos, lo que explica que se utilizaran muchas veces (primero las llevaban los oficiales, después eran desinfectadas y utilizadas por la tropa).

Las fuerzas rusas en el Extremo Oriente ascendían a unos 100.000 hombres, casi una décima parte del ejército regular. El ejército japonés contaba en total con trescientos treinta mil hombres, incluidos los reservistas. En tanto que la escuadra japonesa se inspiraba en modelos ingleses, el ejército debía mucho al ejemplo alemán. El soldado japonés era audaz, estaba bien entrenado y bien equipado, y consideraba un honor morir por su emperador. Contrariamente a lo que pretendieran informes posteriores, el ejército ruso estaba también razonablemente equipado y entrenado, pero, al igual que la escuadra, carecía de buenos oficiales y de una administración previsora. En su instrucción y ejercicios no había tomado en cuenta todavía el poder destructor de las modernas armas de fuego; las tropas maniobraban en masas compactas muy vulnerables a la artillería y a las armas automáticas. Las unidades parecían incapaces de coordinar sus acciones. Además, la jerarquía de mandos era confusa en sus niveles superiores: el general Kuropatkin, soldado competente aunque no brillante, fue nombrado comandante en jefe en Extremo Oriente; pero el almirante Alekseyev (virrey de Extremo Oriente) interfería con frecuencia y perjudicialmente las disposiciones de Kuropatkin. Sin embargo, siguiendo la tradición rusa, la fortaleza del soldado consiguió compensar en gran parte la incapacidad de sus jefes.

Kuropatkin había decidido acertadamente que la mejor estrategia era retirarse, retrasando la acción de los japoneses todo lo que fuera posible y evitando un choque frontal. Estaba jugando la carta del tiempo, pues pasarían varios meses antes que el ferrocarril transiberiano pudiera transportar tropas y suministros suficientes para equilibrar las fuerzas de los japoneses (el ferrocarril, por término medio, podía trasladar 35.000 hombres al mes). Pero las intrigas de Alekseyev y la negativa de varios oficiales rusos a retirarse sin combatir (por «razones de honor») motivaron que las órdenes de Kuropatkin casi nunca fueran bien ejecutadas. En vez de retirarse a tiempo, las formaciones rusas tendían a resistir al enemigo y luego se retiraban en desorden. Esto es lo que ocurrió el 1 de mayo en la batalla del Yalu, en la que las condiciones de la retirada empeoraron al moverse en dirección errónea parte de la retaguardia rusa.

La primera victoria de Japón

Esta batalla del Yalu, la primera gran batalla terrestre de la contienda, se entabló entre las tropas del general nipón Kuroki, que marchaban hacia el norte, y las tropas rusas que protegían el sur de Manchuria. Estas últimas se hallaban en inferioridad numérica en una proporción de tres a uno, lo que no obstó para que la derrota rusa produjera una fuerte impresión en todo el mundo: era la primera vez que un ejército asiático derrotaba a uno europeo empleando las mismas armas y táctica que éste. También sirvió para alentar al Japón, dando confianza a su ejército, ayudando al Gobierno a concertar en el extranjero empréstitos de guerra, y aficionando al pueblo japonés a la gloria militar. En Rusia, los mismos que al principio habían celebrado la perspectiva de una guerra corta y victoriosa que ahogaría el descontento interior al excitar los sentimientos patrióticos, se encontraron con que la derrota tenía un efecto contrario (indicios de oposición popular al Gobierno y a su política, oposición que había de llegar a un clímax violento en 1905).

Mientras tanto, Togo todavía estaba tratando de neutralizar la escuadra rusa del Pacífico. Efectuó varios intentos, audaces pero desafortunados, para hundir a cuantos buques bloqueasen el canal de salida de Port Arthur, y procuró, aunque en vano, hacer salir a los rusos. Los buques de Port Arthur estaban ahora mandados por Makarov, el mejor de los almirantes rusos, igual a Togo en competencia y superior a él en valor. Makarov sacaba sus barcos a la mar para realizar maniobras siempre que le era posible, intercambiando uno que otro disparo con las patrullas japonesas. Con ello intentaba restablecer la moral y completar la preparación de sus marinos, pues ambas habían sido afectadas por las semanas de inactividad.

Los dos bandos dedicaban mucho esfuerzo a minar las aguas, pero ignoraban cuán imperfectas eran sus minas, cuán expuestas a soltar sus amarras e ir a la deriva. Una noche, en una nueva tentativa para reducir la amenaza que representaba la continuada presencia de los barcos rusos, Togo colocó minas ante Port Arthur y al día siguiente envió unas pocas fuerzas a cruzar por la zona recién minada. Este señuelo movió a Makarov a salir de la base, pero sus acorazados atravesaron felizmente las aguas que se suponían minadas, obligando a los chasqueados japoneses a retirarse precipitadamente. Con todo, al regresar a puerto el buque insignia entró en un campo de minas —posiblemente rusas— y desapareció en medio de llamas y humo, llevándose con él a Makarov. Este infortunio fue, más que cualquier otra circunstancia, la causa de la mediocre actuación posterior de la flota del Pacífico, puesto que no había nadie capaz de reemplazar a Makarov.

Pero también Togo iba a tener un mal día. El 15 de mayo perdió un crucero en una colisión y luego, en el espacio de pocas horas, un tercio de su fuerza de acorazados. La mitad de su contingente de acorazados estaba haciendo una patrulla rutinaria fuera de Port Arthur cuando entró en un campo de minas. Las explosiones fueron claramente oídas por los rusos, que notaron que un acorazado se hundía y otro era remolcado con averías. Pero no hicieron ninguna tentativa para explotar este éxito, única ocasión en que Rusia pudo haber ganado la guerra en un día. En vez de enviar todos los barcos disponibles con el fin de destruir la desorganizada y desmoralizada flota japonesa, los rusos se quedaron quietos en el puerto. De-

bido a que Japón mantuvo el secreto durante toda la guerra, los rusos no se dieron cuenta hasta un año más tarde de que el acorazado averiado no llegó nunca a puerto.

Interviene la infantería

En mayo, el II Ejército japonés, formado por tres divisiones al mando del general Oku, desembarcó cerca del istmo de la península en que se halla Port Arthur. El general empleó una semana en desembarcar sus tropas, pero los barcos de guerra rusos no se arriesgaron a salir contra los transportes nipones. En las proximidades había tropas rusas apostadas en una posición defensiva magníficamente fortificada, y fueron estas tropas el primer objetivo de Oku. Inicialmente las pérdidas japonesas fueron elevadas y el avance escaso, pero el comandante ruso se desmoralizó y ordenó una retirada; durante el resto de la guerra Port Arthur quedó aislado y sitiado.

Así fue como el ejército japonés, del que solamente había desembarcado una parte, se aseguró la posesión de Corea y encerró a unos 60.000 soldados rusos dentro de Port Arthur. Dejando dos divisiones para sitiar la ciudad, Oku avanzó hacia el norte, a la vez que el ejército de Kuroki se dirigía en la misma dirección desde Corea. Kuropatkin, que habría preferido retirarse lentamente hacia el norte, decidió detenerse el Liaoyang. Tenía una oportunidad de colocar el cuerpo principal de sus tropas entre las dos líneas japonesas de avance, impidiendo así el enlace de las tropas de Kuroki y de Oku. Pero a causa de su falta de confianza y de la carencia de informaciones no emprendió ninguna acción y se limitó a esperar que se entablara una batalla. El 25 de agosto empezó la lucha y al cabo de diez días Kuropatkin realizó una retirada ordenada: había infligido graves pérdidas a los japoneses.

Indignación en Rusia

En Rusia la opinión pública se hallaba en este momento deprimida e irritada. Los que habían acogido con agrado la guerra se sentían humillados por los avances de los «bárbaros enanos amarillos», mientras que los que siempre se habían opuesto a la contienda acentuaban sus recriminaciones. Pero la verdad era que, hasta el momento, a pesar de algunas derrotas, el ejército ruso del Extremo Oriente no se había portado mal; había empezado la guerra en inferioridad numérica, pero, sacrificando terreno para ganar tiempo, iba reforzándose gradualmente. Sin embargo, el Gobierno ruso, que temía revueltas en el interior, procuró retener sus tropas mejores y más dignas de confianza en la Rusia europea; los refuerzos que se enviaban a Kuropatkin se componían de reservistas mal entrenados.

Así el ejército ruso en Manchuria, a la vez que iba ganando en cantidad, perdía en calidad; esto, junto con la deficiente actuación de algunos altos jefes, causó el fracaso de la tentativa de Kuropatkin de pasar a la ofensiva. Después de su retirada de Liaoyang, Kuropatkin tenía unos 220.000 hombres a su disposición, contra los 160.000 soldados a las órdenes de Oku y Kuroki. En octubre concentró la mayor parte de sus fuerzas contra Kuroki, amenazando aplastarlo. Pero Oku restableció la situación obligando a retroceder a las debilitadas fuerzas rusas que estaban destinadas a contenerlo. Kuropatkin se vio obligado a retirarse hasta el río Sha, donde se entabló una feroz batalla de infantería que costó a los rusos unos 30.000 hombres y a los japoneses muchos menos.

El almirante Witheft, sucesor de Makarov como comandante de la flota rusa del Pacífico en Port Arthur, no era en modo alguno incompetente, pero vio su actuación dificultada cada vez más por la ausencia de una clara jerarquía de mando y por la ingerencia de oficiales del ejército. Algunos de los capitanes rusos eran valerosos y emprendedores, y sus barcos estaban al nivel de los japoneses. Lo mismo puede decirse de los tres cruceros apostados en Vladivostok, que hicieron varias incursiones contra las líneas de comunicación japonesas, llegando en una ocasión hasta Yokohama y causando una suspensión temporal de los embarques. Estos tres cruceros fueron finalmente atacados por una flota muy superior de cruceros japoneses; dos de ellos lograron escapar y continuaron representando una grave amenaza.

La batalla del mar Amarillo

Dado que los barcos de Port Arthur, bloqueados por Togo en un puerto sitiado, corrían peligro de ser capturados. Witheft recibió la orden de romper el bloqueo y dirigirse a Vladivostok. Cuando llevaba recorridas unas veinticinco millas, fue alcanzado por Togo a la altura de la isla Redonda. Allí se entabló un duelo artillero de largo alcance. En esta ocasión los artilleros rusos actuaron tan bien como los japoneses: el buque insignia de Togo, el acorazado *Mikasa*, fue hundido y el propio Togo estuvo a punto de morir a causa de la explosión de un proyectil (según el informe japonés, un lugarteniente que estaba cerca de Togo «había tenido el honor de recibir en su cuerpo la metralla que de otra manera habría dado muerte a nuestro almirante»). Los acorazados japoneses también adolecieron de deficiente munición: varios cañones quedaron inutilizados a causa de los proyectiles que explotaron en la recámara.

Pero también en esta batalla la suerte se mostró contraria a los rusos: dos disparos afortunados bloquearon el timón del buque insignia ruso y causaron la muerte de Witheft. Los buques rusos, con su nave guía describiendo grandes círculos y su almirante muerto, fueron presa de la confusión, mientras Togo los cercaba y les infligía graves daños. La debilitada flota tuvo que regresar a Port Arthur, a excepción de unos pocos barcos que escaparon y llegaron a China (donde fueron internados). Togo fracasó en la persecución y perdió la última oportunidad de destruir la escuadra rusa del Pacífico, que ya no volvió a dejar el puerto y acabó destruida no por Togo sino por el ejército japonés.

En Port Arthur el general en jefe ruso, Stössel, se mostró tan incompetente que después de la guerra se lo pudo presentar como a un traidor. Él fue quien ordenó la retirada de la fortificación en el istmo de la península; cuando se le ordenó entregar el mando y abandonar Port Arthur, se negó a cumplir tales órdenes, y probablemente, a él se debió que la flota del Pacífico se mantuviera inactiva, ya que él prefería que los cañones y tripulaciones de los barcos lucharan en tierra. A pesar de esto, el asedio de la ciudad por los japoneses fue largo y sangriento, ofreciendo un anticipo de lo que sería la lucha de ametralladoras y trincheras de la Primera Guerra Mundial. El terreno accidentado dio a los rusos muchas ocasiones de demostrar su talento para fortificar, minar y zapar. Además, el comandante de las tropas de ingenieros, Kondratenko, era uno de los pocos oficiales rusos que combinaban una excepcional competencia profesional con un valor personal a toda prueba. Así, cada pequeño avance costaba a los japoneses pérdidas enormes, ya que sus oleadas de tropas eran segadas por los bien atrincherados rusos, quienes tomaban absolutamente al pie de la letra la orden de «luchar hasta el último hombre».

La caída de Port Arthur y de Mukden

Aun cuando muchos de los oficiales japoneses conocían el lugar, pues habían sitiado con éxito la misma ciudad en la guerra chino-japonesa de 1894, sus tropas avanzaban lentamente. En diciembre conquista-







ron la estratégica «Cota 203 metros», la colina Erhlingshan. Desde esta altura se podía ver el puerto y dirigir el fuego contra los buques de guerra rusos, cuyas cubiertas y cascos fueron alcanzados. Sólo el *Sebastopol* pudo escapar y fue finalmente hundido; mucho antes que esto ocurriera, las tripulaciones ya luchaban en tierra firme. En este mismo mes de diciembre Kondratenko halló la muerte, y el 1 de enero Stössel se rindió. Cuando los japoneses entraron, descubrieron que la ciudad tenía reservas de alimentos y municiones para resistir varios meses. Stössel envió, excusándose, un telegrama a Nicolás, que empezaba así: «¡Gran Soberano, perdóname!...»

La conquista de Port Arthur permitió que unos 100.000 soldados japoneses pudieran ser destinados a otras tareas; el mariscal Oyama, comandante en jefe de los ejércitos japoneses, envió a dichos soldados hacia el norte para que se unieran al grueso de sus fuerzas. En ese momento Kuropatkin se había replegado casi hasta su cuartel general en Mukden: disponía de unos 250.000 hombres, bastantes más que Oyama, pero muchos de ellos eran reservistas. Además, a medida que aumentaban las fuerzas de Kuropatkin, aumentaba la dificultad de abastecerlas por medio del Transiberiano. A pesar de los hábiles ataques de la caballería cosaca, destinados a retrasar la progresión de las tropas niponas, éstas continuaron avanzando. Kuropatkin se detuvo ante Mukden y allí se entabló una feroz batalla de dos semanas de duración, en el curso de la cual ambas partes sufrieron unas 60.000 bajas. Finalmente, Kuropatkin cometió un error y Mukden cayó. Rusia sufrió una conmoción y Kuropatkin resignó el mando.

Casi tres meses antes de que cayera Port Arthur, la llamada 2.ª Flota dejó las aguas del Báltico rumbo a Extremo Oriente. Su propósito era unirse a la escuadra de Port Arthur y formar así una flota combinada del Pacífico que sería considerablemente más fuerte que la escuadra japonesa, aunque, en realidad, quienes decidieron enviar la 2.ª Flota se daban cuenta de que cuando

La actitud rusa ante la guerra expresada en hojas de propaganda:
1 **El emperador Meiji, incitado por su esposa, proyecta aventuras internacionales.**
2 **Iluso optimismo antes de la batalla de Tsushima. Una profecía de la capacidad rusa para destruir la escuadra japonesa.**
3 **El gigante ruso muestra su desprecio por la flota japonesa saltando de Corea al Japón. En la realidad, la supremacía naval japonesa fue decisiva.**

ésta llegase a Extremo Oriente la flota de Port Arthur probablemente habría dejado de existir. No obstante, enviaron los barcos, por razones que nunca se han puesto en claro pero que probablemente nacían de su propia confusión mental, de una concepción peculiar del honor nacional y de una vaga esperanza de éxito.

La escuadra rusa dio el primer tropezón al confundir embarcaciones pesqueras inglesas con torpederos japoneses y abrir fuego contra ellas en el banco de Dogger (mar del Norte). Los ingleses se habían ya indignado cuando algunos barcos de guerra rusos capturaron, en el mar Rojo, a un barco de la compañía «Peninsular & Oriental» acusándolo de llevar contrabando; el incidente del banco de Dogger llevó la indignación hasta el borde de la guerra. En las semanas siguientes la 2.ª Flota asombró al mundo navegando hacia el Extremo Oriente sin utilizar ninguna base, hazaña que no tiene precedentes para buques que consumían carbón. Con la cooperación del Káiser, habían sido fletados buques carboneros alemanes y, a intervalos de unos pocos días, la flota acudía a una cita secreta con estos barcos, en un fondeadero discreto o incluso en el mar abierto. El carbón era laboriosamente trasladado a los barcos por medio de botes.



Un convoy ruso en Manchuria. El Japón provocó la guerra antes de que se completara el Ferrocarril Transiberiano.

La victoria japonesa: Tsushima

Cuando cayó Port Arthur, la 2.ª Flota recibió la orden de dirigirse a Vladivostok. Esto significaba pasar a través de estrechos dominados por los japoneses. En esos momentos —mayo de 1905—, a las deficiencias iniciales de la escuadra rusa se habían añadido la debilitación de sus tripulaciones (encerradas entre cubiertas de acero semana tras semana, en un clima tropical) y el rápido desarrollo de flora y fauna en las sentinas de los barcos. Así, cuando la flota de batalla de Togo, recién reparada, con experiencia bélica, más rápida y provista de artillería más pesada que la 2.ª Flota, descubrió que los rusos atravesaban el angosto estrecho de Tsushima, solamente podía suceder una cosa. Al cabo de una hora, la línea rusa estaba deshecha y desorganizada, y durante las veinticuatro horas siguientes casi toda la flota fue hundida o se rindió. Solamente dos destructores y un yate armado lograron llegar a Vladivostok.

El Gobierno y la prensa rusos habían estimulado las erróneas esperanzas acerca de las posibilidades de éxito de la 2.ª Flota, y esto hizo que su aniquilamiento resultara más desmoralizador. Desde hacía algunos meses venían produciéndose en la Rusia europea huelgas y tumultos. Tsushima demostró una vez más la ineptitud de la autocracia de Nicolás II y de su burocracia ministerial. Casi todo el mundo se dio cuenta de que la guerra no podía continuar, y éste fue el motivo de que en la bolsa de San Petersburgo las cotizaciones subieran cuando llegó la noticia del desastre Ambas partes tenían buenas razones para poner fin a la guerra: Japón, que siempre había deseado una guerra corta, se encontraba en una posición ventajosa para negociar, y el Zar se daba cuenta de que si quería conservar su cada vez más impopular autocracia tenía que hacer la paz.

Roosevelt, mediador de la paz

Así, pues, cuando el presidente Theodore Roosevelt sugirió que los dos beligerantes discutieran la paz, ambos accedieron y enviaron delegaciones a Portsmouth (Estados Unidos), para concertar las condiciones. En el ajuste de éstas los negociadores rusos hicieron mucho para mejorar la situación de su país. Witte, el principal delegado ruso, puso sumo cuidado en congraciarse a los norteamericanos y a sus dirigentes. Aparecía frecuentemente en público y trababa amistosas relaciones con los periodistas. Los norteamericanos, hasta entonces entusiastas de la causa japonesa, comenzaron a dudar. Se presionó a la delegación nipona para que aceptara las condiciones rusas: reconocimiento de la dominación japonesa en Corea, retirada rusa de Port Arthur, de la Manchuria meridional y del sur de la isla Sakhalin, pero, en cambio, negativa a pagar la indemnización que Japón pretendía. Ante la perspectiva de continuar la guerra sin nuevos empréstitos norteamericanos, Japón aceptó estas condiciones.

Los delegados japoneses regresaron a su país para enfrentarse con una opinión pública decepcionada e indignada por los términos de la paz, ya que habían esperado enormes ganancias como resultado de la victoria. Witte regresó a Rusia para encontrarse con la ingratitud del zar. Rusia se hallaba entonces en las angustias de lo que pasó a la historia como la Revolución de 1905: las huelgas y la violencia de los primeros meses culminaron en el motín de las desmoralizadas tropas que regresaban de Manchuria. Durante varias semanas el ferrocarril transiberiano estuvo en manos de estos amotinados, mientras en varias ciudades los obreros se levantaban en armas contra el Gobierno. Sólo con el empleo de las tropas regulares que se habían reservado para este fin, y con algunas concesiones políticas temporales, pudo Nicolás restablecer la situación y conservar su corona doce años más, hasta que tropezó de nuevo con una desastrosa guerra.

J. N. Westwood

La revolución rusa de 1905

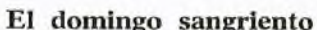
La de 1905 no fue una verdadera revolución, y no provocó el derrocamiento de la monarquía ni modificó el sistema social zarista. El autocrático gobierno ruso capeó el temporal, aunque no sin daño. Lo que entonces ocurrió fue —como dijo más tarde León Trotsky— un «ensayo general de la verdadera revolución»

El pope Gapon, protagonista de los sucesos que culminaron en la atroz matanza del «domingo sangriento».
Abajo: **manifestación de trabajadores en una calle de Moscú. Desde muchos puntos de vista la fallida revolución de 1905 fue un verdadero ensayo general de la de 1917.**

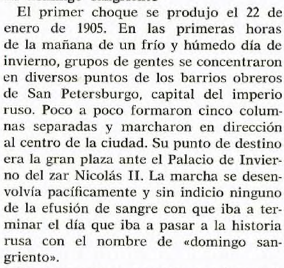




La Revolución de 1905 fue el primer gran enfrentamiento de las fuerzas que actuaban en la sociedad rusa cuando el país entró en el siglo XX: la autocracia y la reacción por una parte, y el descontento y la revuelta popular por otra. Fue un claro aviso que indicaba la explosiva potencia de las fuerzas que se oponían al régimen zarista, pero a este aviso prestaron escasa atención los hombres que se hallaban en condiciones de actuar eficazmente.

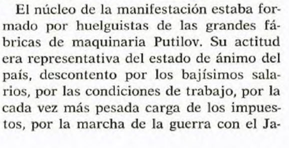


El domingo sangriento



El primer choque se produjo el 22 de enero de 1905. En las primeras horas de la mañana de un frío y húmedo día de invierno, grupos de gentes se concentraron en diversos puntos de los barrios obreros de San Petersburgo, capital del imperio ruso. Poco a poco formaron cinco columnas separadas y marcharon en dirección al centro de la ciudad. Su punto de destino era la gran plaza ante el Palacio de Invierno del zar Nicolás II. La marcha se desenvolvía pacíficamente y sin indicio ninguno de la efusión de sangre con que iba a terminar el día que iba a pasar a la historia rusa con el nombre de «domingo sangriento».

Familias enteras se unieron a los manifestantes; muchas llevaban iconos o retratos del Zar, el «padrecito» del pueblo ruso. Mientras iban cruzando las calles de la ciudad, los manifestantes cantaban con voz recia, no canciones revolucionarias, sino cantos religiosos y, sobre todo, el himno «Dios salve al Zar». Nadie llevaba armas, nadie buscaba promover disturbios y menos que nadie lo buscaba quien dirigía la manifestación: un joven sacerdote de la Iglesia Ortodoxa, el pope Jorge Gapon. No era un revolucionario, sino el organizador del Sindicato de obreros fabriles rusos, fundado con la aprobación y apoyo de la policía, a fin de que contribuyera, no a fomentar sino a encauzar las pasiones del creciente proletariado industrial.



El núcleo de la manifestación estaba formado por huelguistas de las grandes fábricas de maquinaria Putilov. Su actitud era representativa del estado de ánimo del país, descontento por los bajísimos salarios, por las condiciones de trabajo, por la cada vez más pesada carga de los impuestos, por la marcha de la guerra con el Japón y por la falta de derechos civiles y de medios de expresión y de acción política. Todos estos agravios estaban expresados en el manifiesto dirigido al Zar, firmado por 135.000 personas, que había sido redactado por el pope Gapon y que éste llevaba consigo a la cabeza de la comitiva: «Señor: nosotros, trabajadores y habitantes de San Petersburgo, nuestras esposas, nuestros hijos y nuestros desvalidos padres, venimos a Ti, señor, en busca de verdad, justicia y protección. Se nos ha convertido en mendigos; estamos oprimidos; nos hallamos al borde de la muerte... Para nosotros ha llegado el momento en que la muerte sería mejor que la prolongación de nuestros intolerables sufrimientos. Hemos interrumpido el trabajo y hemos dicho a nuestros amos que no lo reanudaremos hasta que accedan a nuestras demandas. Lo que pedimos es poco: la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas, un salario mínimo de un rublo al día y la abolición de las horas extraordinarias de trabajo no remunerado...

»Los funcionarios han llevado al país a la más completa ruina y lo han lanzado a una guerra vergonzosa. Nosotros, los trabajadores, no tenemos voz ni voto en la determinación de la forma en que se gastan las enormes sumas que hemos de pagar en impuestos...

»Estas cosas, señor, nos han traído a los muros de tu palacio. Aquí venimos a buscar nuestra última esperanza de salvación. No te niegues a ayudar a tu pueblo. Destruye el muro que te separa de tu pueblo.

»Ordena que se hagan elecciones para una asamblea constitucional mediante sufragio universal, igual y secreto.

»Si no lo ordenas y no contestas a nuestras súplicas, moriremos aquí en esta plaza delante de tu palacio...»

Unas 200.000 personas se dirigían a su último tribunal de apelación, para exponer su caso al Zar, pues confiaban que, cuando éste oyera la verdad en vez de la versión deformada de la situación que le daban sus ministros y funcionarios, comprendería el punto de vista del pueblo y corregiría las injusticias. El pueblo no podía creer que fuera el propio Zar, con su ciega fe en los derechos de la monarquía, el culpable de tantos sufrimientos.

El Zar, sin embargo, no sentía deseos



Domingo, 22 de enero de 1905, el día en que un pueblo leal perdió la fe en su monarquía. Las fuerzas que guardan el Palacio de Invierno abren fuego sobre la masa de pacíficos trabajadores. Armados solamente con iconos y retratos de su Zar, habían ido a exponer sus motivos de queja. En unos minutos cientos de ellos fueron muertos y algunos miles resultaron heridos.

de derribar el «muro» existente entre él y su pueblo ni de escuchar sus lamentos. En vísperas de la manifestación tomó la precaución de retirar a su familia del Palacio de Invierno y de llevarla a Tsarkoye Selo, residencia situada a unos pocos kilómetros de la capital. Dejó la misión de mantener el orden público en manos de su ministro del Interior —el príncipe Svyatopolk-Mirsky—, del gran duque Vladimiro, de sus generales y de sus jefes de policía. Como todas las autoridades rusas, estos dignatarios sentían auténtico terror por cualquier forma de protesta pública, por pacífica que fuera en su intención; y a comienzos de 1905 estaban más nerviosos que de costumbre.

Matanza despiadada

El ambiente, en San Petersburgo y en todo el imperio, era tenso; en todas partes se declaraban huelgas; una huelga de impresores había impedido que los diarios apareciesen durante los dos días anteriores; en aquel momento los obreros de las industrias Putilov estaban en huelga. En semejantes condiciones una manifestación pacífica fácilmente podía cambiar de signo; una chispa podía causar una explosión. Para las autoridades zaristas, la única reacción concebible ante tal situación era una demostración de fuerza. Se dieron órdenes de que no se permitiera que los manifestantes se acercaran al palacio.

Mucho antes de llegar a la plaza frente al palacio, las distintas columnas de manifestantes fueron detenidas por destacamentos de tropa y de policía fuertemente armados y recibieron la orden de dispersarse, pero la orden no se cumplió. Los soldados abrieron fuego, primero con cartuchos sin bala, pero en seguida, sin esperar a parlamentar, comenzaron a disparar con bala sobre la indefensa multitud. Cayeron como animales en el matadero. En pocos minutos muchos centenares de víctimas (la cifra oficial de 130 no es exacta) yacían muertos en las calles; los heridos fueron unos 3.000. La manifestación pacífica había terminado: la autocracia había reafirmado su fuerza.

Éste fue el primer gran choque, en el siglo XX, entre la monarquía y el pueblo ruso y cambió por entero el ambiente político del país. A la larga, lo más grave fue que en ese «domingo sangriento» quedaron destruidas las ilusiones monárquicas del pueblo ruso.

Para los revolucionarios, los acontecimientos del 22 de enero fueron causa de alegría, puesto que se trataba de las primeras esperanzas de la deseada revolución. Pocos días después León Trotsky, el dirigente socialista, exclamó: «¡La revolución ha llegado! Un solo movimiento suyo ha elevado al pueblo a una altura que en tiempos de paz sólo hubiéramos alcanzado con penas y fatigas...»

Pero Nicolás II, al llenar concienzudamente su diario en aquel fatídico domingo, no vio los acontecimientos con la misma perspectiva histórica. Para él constituían tan sólo un nuevo y desagradable episodio en un difícil reinado: «Domingo, 22 de enero. Un día penoso. Se han producido graves desórdenes en San Petersburgo porque unos obreros querían subir al Palacio de Invierno. Las tropas han abierto el fuego en varios lugares de la ciudad; ha habido muchos muertos y heridos. ¡Dios mío, qué penoso y triste! Mamá ha llegado de la ciudad y ha ido directamente a misa. He almorzado con todos los demás. Han ido a pasear con Misha. Mamá ha pasado aquí la noche.»

Huelgas y atentados

Las noticias de lo que había ocurrido en el «domingo sangriento» se difundieron rápidamente a lo largo y a lo ancho del imperio. A medida que avanzaba 1905, el Gobierno fue perdiendo el control de los acontecimientos y el país llegó al borde de la anarquía. El episodio más grave fue el movimiento huelguístico que se extendió a todas las ciudades importantes y que comprendía no solamente a los obreros industriales sino también a los empleados de oficinas, a los estudiantes y hasta a los sirvientes domésticos. Hacia fines de enero había más de 400.000 trabajadores en huelga, y más adelante la cifra pasó de dos millones quinientos mil. El movimiento fue especialmente importante en las zonas no rusas del imperio: en Polonia, donde en junio hubo que emplear las tropas contra los huelguistas de Lodz; en Finlandia, en los países bálticos y en el Cáucaso. Las huelgas raras veces tenían carácter puramente económico: con frecuencia expresaban objetivos políticos, y siempre se destacaba la demanda de una Constitución. Los sentimientos nacionalistas de los pueblos no rusos también entraron en juego y contribuyeron a aumentar la hostilidad hacia el Gobierno. En algunas zonas, por ejemplo en Besarabia, el antisemitismo fue explotado por las autoridades y por los elementos de derecha, que más tarde formaron con ese fin la «Unión del Pueblo Ruso». Gentes de todas las clases y profesiones se unían a las demostraciones de protesta, como en Odesa, donde en junio tuvo lugar una huelga general, y en Jarkov y Yekaterinoslav, donde se luchó en las calles.

Al mismo tiempo, mientras en las ciudades los obreros y profesionales iban preparando sus protestas más o menos organizadas, los campesinos, los millones de desamparados y empobrecidos semisiervos que poblaban la inmensa área de la Rusia rural, saqueaban las casas y se apoderaban de las propiedades de sus amos. En agosto se formó un «Sindicato de Campesinos» que llegó a ser la primera auténtica organización política del campesinado ruso. También se reanudaron los actos de terrorismo, principalmente por parte de los revolucionarios socialistas, cuyas acciones más destacadas fueron el asesinato del gran duque Sergio Alexandrovich, comandante de la región militar de Moscú y tío del zar, el 17 de febrero, y el del conde Shuvalov, gobernador militar de Moscú, el 11 de julio. Tal vez el más destacado acontecimiento de aquel año de inquietud fue el motín que tuvo lugar a bordo del acorazado *Potemkin* de la flota del mar Negro. Este suceso significó para el Zar un aviso de que incluso sus fuerzas armadas podían abandonarlo un día.

Se organiza la oposición

El estado de intranquilidad que se extendía por todo el imperio desorganizó la industria. La producción bajó y subieron los precios y los impuestos, agravando así los numerosos problemas sociales y económicos surgidos del rápido crecimiento industrial y urbano de Rusia. La economía, además, tuvo que soportar el coste de la guerra con Japón, en la que el Zar se había empeñado con la esperanza de obtener alguna espectacular victoria militar que restableciera el prestigio de la monarquía y agrupara al pueblo ruso en torno a la corona. Pero, en lugar de victorias, Rusia sufrió una serie de contundentes derrotas que culminaron al producirse la virtual destrucción de la escuadra rusa en los estrechos de Tsushima el 27 de mayo de 1905.

A medida que avanzaba el año, la oposición al régimen autocrático se hizo más ruidosa y se organizó mejor. Maestros, ingenieros, médicos, abogados y miembros de otras profesiones se agruparon en «sindicatos», catorce de los cuales se unieron en mayo para formar la «Unión de Sindicatos», dirigida por el político liberal Pavel Milyukov. Un tanto a la derecha de los liberales se hallaba la organización central de los *zemstvos*, que representaban a los gobiernos locales y los servicios sociales y que abarcaban a gentes progresistas y cultas. Todas estas organizaciones liberales apoyaban alguna forma de gobierno cons-



Una calle de Kronstadt, en 1905, después del motín y la lucha.

titucional y representativo. Sus ideas fueron divulgadas en una serie de congresos celebrados durante el año y en innumerables reuniones que tenían lugar en las universidades, a las cuales se concedió la autonomía en septiembre de 1905, con lo que se convirtieron en los principales centros de la propaganda revolucionaria.

Finalmente, había los partidos revolucionarios inspirados en el pensamiento marxista y socialista, que recibían más apoyo de las masas que de la clase media. El Partido Obrero Socialdemócrata ruso, fundado en 1898, se escindió en 1905 en mencheviques y bolcheviques; de él surgieron dirigentes que, como Lenin, Trotsky y Stalin, habían de alcanzar el poder en 1917. En esta etapa, sin embargo, los partidos de la izquierda no ejercieron gran influencia sobre los acontecimientos. Tanto Lenin como Trotsky se hallaban a principios de 1905 en el extranjero. Lenin ni siquiera regresó; pero Trotsky volvió para desempeñar un papel importante en los acontecimientos del otoño. Los miembros del Partido Socialista Revolucionario propugnaban el derrocamiento de la monarquía zarista, pero se oponían a los marxistas; estaban dispuestos a apoyar a los reformistas liberales, pero al mismo tiempo eran partidarios del terror político y del asesinato, y asignaban un papel importante en la revolución a los campesinos.

A pesar de que la oposición organizada iba en aumento, existía poca unidad entre los enemigos del zarismo, y el sentimiento popular parecía siempre dejar rezagados a los dirigentes políticos. Las fuerzas que actuaban desde abajo eran demasiado violentas, aisladas y elementales para que las encuadrasen las nuevas organizaciones políticas que estaban surgiendo, y no podían ser aplacadas con las reformas que el Zar estuviera dispuesto a conceder.

La huelga general

La reacción inmediata de Nicolás II ante el domingo sangriento fue publicar el 3 de marzo, por consejo de su primer ministro, el conde Witte, una proclama reafirmando su fe en el gobierno autocrático. En ella condenaba a todos los que violaban las «leyes fundamentales» del Estado ruso e invitaba a «toda la población sensata de todas las clases y condiciones» a apoyar a su monarca. Con esta proclama se publicó un documento aparentemente contradictorio en que el Zar prometía convocar en algún momento una asamblea consultiva basada en alguna forma de elección. Su promesa causó poca impresión en el pueblo —indignado por los acontecimientos del 22 de enero— que, a mediados de 1905, ya exigía una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, directo, igual y secreto. Cuando en agosto se publicaron las disposiciones para la elección de la «Duma del Estado», como se llamaba la nueva asamblea, se vio que la votación no era ni universal, ni directa ni igualitaria.

Llegó el otoño sin que se hubiera hecho nada para apaciguar el descontento popular que había ido aumentando desde la primavera. El Zar no quería ceder; sus ministros carecían de poder para influir sobre él, aunque hubiesen querido hacerlo, y las fuerzas de la reacción cerraban sus filas y endurecían su resistencia a las reformas. Aumentó la tensión en el país y la situación política se volvió gravísima.

La explosión se produjo al fin, de modo enteramente espontáneo, a fines de octubre, en forma de una huelga general. En los últimos días de septiembre los impresores y panaderos de Moscú decidieron abandonar el trabajo y sus colegas de San Petersburgo los apoyaron. Posteriormente, les siguieron los ferroviarios, que añadieron ambiciosos objetivos políticos a las demandas económicas. El 20 de octubre se hizo público que el gobierno había detenido a todos los dirigentes del sindicato de obreros ferroviarios: la reacción ante esta noticia fue tan evidente que a los pocos días los ferrocarriles estaban parados en todo el país. A los ferroviarios se unieron entonces los empleados de correos y telégrafos, de los bancos y de toda la industria. La economía rusa quedó paralizada: raras veces una huelga general había sido tan completa. Incluso el ballet imperial se negó a ejecutar sus danzas.

Aparición de los «soviets»

La huelga no había sido planeada y carecía de dirección central. Los partidos revolucionarios quedaron tan sorprendidos como los liberales y el gobierno. Pronto comenzaron a surgir dirigentes, y en San Petersburgo se reunió por primera vez el soviet de representantes de los obreros (26 de octubre de 1905). El soviet o consejo era un cuerpo reunido precipitadamente, ideado para proporcionar un enlace entre los diversos grupos de huelguistas y sus dirigentes políticos. Era una forma más o menos representativa de democracia directa y resultó ser un muy eficaz instrumento de revolución en manos de personas como Trotsky, que llegó a ser su presidente. Otros soviets semejantes surgieron en las ciudades y aldeas de todo el país. Hacia fines de noviembre el soviet de San Petersburgo tenía unos 560 delegados, cada uno de los cuales representaba teóricamente a 500 trabajadores: dado que podía influir para que éstos mantuvieran los servicios esenciales, su autoridad fue incluso reconocida por el gobierno. El soviet se convirtió en la punta de lanza del ataque a la autocracia. Las fuerzas de la revolución en Rusia habían creado así su propia organización específica, ya que les habían sido negadas otras instituciones mediante las cuales expresar su voluntad.

Esto fue, en realidad, la «revolución» de 1905. El punto culminante de la revuelta popular fue alcanzado hacia fines de octubre, cuando la economía del país estaba paralizada, la administración desorganizada, el gobierno se mostraba impotente y el pueblo ruso se hallaba en estado de rebelión abierta contra su monarquía. Frente a tan general movimiento de protesta la autocracia no pudo hacer otra cosa que ceder; de haber recurrido al uso de la fuerza (suponiendo que ello hubiera sido posible en tales circunstancias) no habría resuelto la crisis: únicamente hubiera provocado una efusión de sangre mayor que la de enero.

El Zar parece ceder

Al principio, el Zar pensó en emplear la fuerza, pero se logró convencerlo de que era preferible ceder. Su diario revela cómo llegó a esta decisión: «Esto me pone enfermo... En lugar de actuar rápidamente y con decisión, los ministros se reúnen en consejo como un grupo de gallinas asustadas. Uno tenía la misma sensación que antes de una tormenta de verano... Había dos caminos posibles: encontrar un soldado enérgico y aplastar la rebelión por la fuerza bruta. Pero esto significaría ríos de sangre y no habríamos hecho más que volver al punto de partida. El otro camino hubiera sido el de dar al pueblo sus de-

rechos civiles, libertad de expresión y prensa, y someter todas las leyes a la confirmación de una Duma. Ello, naturalmente, significaría una constitución. Discutimos esto durante días y finalmente, invocando la ayuda de Dios, firmé... No había otro camino...»

El documento, firmado por el Zar el 30 de octubre de 1905 y conocido como el Manifiesto de Octubre, convertía a Rusia en una monarquía constitucional. Prometía al pueblo ruso derechos y libertades civiles, y una asamblea legislativa nacional basada en un sufragio muy amplio. Iba mucho más allá que las ambiguas declaraciones publicadas después del domingo sangriento. Establecía el principio de que en el futuro no se promulgaría ninguna ley sin la aprobación de la Duma del Estado. La demanda de una Constitución, que había sido formulada en el domingo sangriento y se había hecho más insistente en el transcurso del año, tuvo al fin que ser atendida. Los políticos de la clase media habían alcanzado su meta: la revolución había tenido éxito.

Así lo creían, por lo menos, los numerosos rusos que recibieron el manifiesto con satisfacción. Esta hubiera durado si el Zar y sus consejeros hubieran aprendido realmente la lección de 1905 aceptando francamente la necesidad de la reforma constitucional, y si hubieran sido sinceros en sus intenciones de llevar a cabo los puntos previstos en el manifiesto. Pero no fue así; el conde Witte, a quien el Zar había recurrido en la crisis y que había instado al autócrata a firmar el manifiesto, veía en éste tan sólo un ardid para proteger la monarquía y el gobierno autocrático, no un paso hacia la limitación del poder del Zar y sus ministros. «Tengo una constitución en mi cabeza —dijo— pero, en mi corazón, escupo sobre ella.»

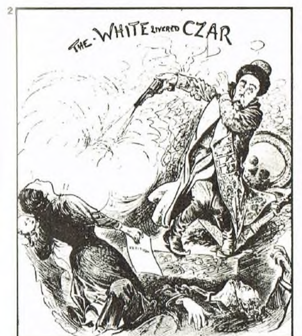
El manifiesto consiguió el inmediato objetivo para el que fue ideado. Sofocó el fuego de la revolución y socavó completamente la autoridad del soviet de San Petersburgo. Cuando la gente (bajo la influencia del nuevo estado de la opinión pública) volvió a sus puestos de trabajo, el soviet se vio obligado a dar por terminada la huelga general, aunque sus dirigentes continuaron hablando de levantamiento armado y de establecimiento de una «república democrática». A mediados de noviembre, el soviet ordenó otra huelga general, pero la respuesta popular fue muy tibia y, a fines de mes, Witte ordenó el arresto de su presidente. El 16 de diciembre fueron encarcelados los 300 miembros del soviet sin que se produjera una seria reacción popular. La dirección de las fuerzas revolucionarias pasó por breve tiempo al soviet de Moscú, el cual juzgaba tan erróneamente la situación que organizó un levantamiento armado para el 23 de diciembre. El Gobierno sofocó esta intentona sin dificultad y así terminó la revolución de 1905.

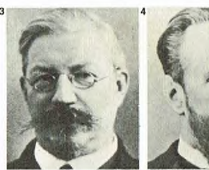
La aparente victoria del zarismo

La autocracia había sobrevivido. Las fuerzas de la revolución se batían en retirada; los liberales se hallaban en plena confusión y la reacción se mostraba agresiva.

Entre 1906 y 1917 Rusia hizo su primer y único experimento de democracia parlamentaria. Fue una experiencia muy limi-

1


2


3 4


5 6


1 **Tropas desfilando por las calles de Moscú en 1905. El gobierno retuvo a sus mejores fuerzas, sin enviarlas a luchar contra los japoneses, para hacer frente al malestar interior.**
2 **El «domingo sangriento» visto por un caricaturista británico.**
3 **Milyukov, político liberal.**
4 **El conde Witte: «Tengo una constitución en la cabeza, pero escupo sobre ella en mi corazón».**
5 **León Trotsky.**
6 **Goremykin, político reaccionario y débil, primer ministro en 1906 y 1914.**

tada: las condiciones en que fue planteada y la actitud de la mayoría de los que participaron en ella hacían su fracaso casi inevitable. Al final, se hundió en el tumulto de la primera Guerra Mundial y de la revolución de 1917.

Las elecciones ocuparon los tres primeros meses de 1906. Todos los hombres mayores de veinticinco años tenían derecho al voto, pero sólo unos pocos, terratenientes con fincas de más de 150 hectáreas, votaban directamente. Las demás categorías de votantes, campesinos y habitantes de las ciudades, tenían sólo voto indirecto. El resultado de este sistema fue dar al grupo social relativamente reducido de los terratenientes el 31 % de los votos, mientras los campesinos tenían el 42 % y la población urbana sólo el 27 %.

Los partidos revolucionarios de extrema izquierda (el Socialista Revolucionario y el Socialdemócrata) decidieron boicotear las elecciones, como también lo hizo la derechista Unión del Pueblo Ruso. Pero los liberales llevaron a cabo una vigorosa y hábil campaña electoral bajo la dirección del Partido Democrático Constitucional (los «cadetes»), que consiguió más escaños que cualquier otro partido en la nueva Duma.

Antes de que pudiera reunirse la Duma, se intentó inutilizarla. El 6 de mayo de 1906 Nicolás II publicó una versión revisada de la Ley fundamental del Imperio en la que definía una vez más su punto de vista sobre la naturaleza de su poder. «El Emperador de todas las Rusias», decía, «tiene un poder autocrático supremo. Dios ordena que hay que someterse a su autoridad, no solamente por temor sino por un sincero sentido del deber.» Ésta fue la respuesta del Zar a quienes se habían preguntado hasta qué punto la nueva Duma restringiría su poder. Para asegurarse de que no conseguiría restringirlo, el Zar creó un Consejo de Estado, una cámara alta la mitad de cuyos miembros habían de ser designados por el autócrata. Éste se reservaba el derecho de declarar la guerra, controlar la Iglesia ortodoxa y disolver la Duma. Los ministros habían de ser responsables sólo ante el Zar, y no podían ser destituidos ni siquiera por un voto de censura de la Duma. Sin embargo, pese a estos esfuerzos para debilitar la Duma, la mera existencia de este cuerpo representaba una limitación del omnímodo poder del Zar. Era algo nuevo en la vida política rusa.

La apertura oficial de la Duma tuvo lugar el 10 de mayo en presencia del Zar y de su corte en el Palacio de Invierno de San Petersburgo. La asamblea que se le enfrentaba era, como Witte había predicho (y amañado), una «Duma campesina»; pero era también una Duma de oposición. Había en ella 191 agricultores entre sus 497 miembros, y los elementos agrarios formaban el mayor grupo profesional. Los demócratas constitucionales tenían 184 escaños, muchos más que cualquier otro partido. A su izquierda había más de un centenar de diputados de grupos e ideologías diversos, incluidos diecisiete socialistas revolucionario y dos socialdemócratas (elegidos a pesar del boicot que sus partidos habían declarado a las elecciones). Situados políticamente a la derecha de los «cadetes» había menos de cincuenta diputados. Entre sesenta y setenta diputados representaban a las diversas nacionalidades no rusas. A pesar de las diferencias de sus puntos de vista, la inmensa mayoría de los diputados eran inequívocamente contrarios al Zar y a sus ministros. Cuando volvieron a reunirse en su sede permanente, el Palacio Taurida, se hallaban en un estado de ánimo combativo y uno de sus primeros actos fue aprobar, sin ningún voto en contra, un «Mensaje al trono» pidiendo una amnistía política, la confiscación de los latifundios, responsabilidad ministerial ante la Duma, sufragio universal y directo, abolición del Consejo de Estado, derogación de todas las leyes de excepción, abolición de la pena de muerte y una gran reforma de la burocracia. Éstas eran unas peticiones que confirmaban los peores temores de los que se oponían a las reformas, y que excedían con mucho a lo que podía esperarse que el Zar aceptara. El monarca puso rápidamente de manifiesto que no tenía ninguna intención de acceder. Su emisario, el primer ministro, Goremykin, comunicó a los diputados de la Duma que sus peticiones eran «totalmente inadmisibles». Enfurecida, la Duma replicó tumultuosamente con un voto unánime de censura contra el gobierno y pidió que dimitiese. El voto y la petición fueron ignorados y las relaciones entre la nueva Duma y el gobierno llegaron a un punto muerto.

Esta situación continuó hasta el 21 de julio de 1906, en que el gobierno encontró un pretexto para disolver la Duma. Unos doscientos diputados se fueron a Viborg, en Finlandia, donde publicaron un llamamiento al pueblo ruso invitándole a emplear contra el gobierno una «resistencia pasiva» dejando de pagar los impuestos y negándose a hacer el servicio militar. Este llamamiento encontró escasa acogida popular, y el primer y vacilante intento de gobierno parlamentario en Rusia se hundió sin apenas una palabra de protesta por parte de quienes habían luchado con tanto ardor para iniciarlo.

El gobierno de Stolypin

Sin embargo, esto no significó el fin del experimento constitucional. Goremykin fue sustituido como primer ministro por Pedro Stolypin, hombre de carácter mucho más enérgico, quien creía que la medida adecuada no era ignorar o eludir la Duma sino cuidar de constituirla de acuerdo con las necesidades del Gobierno.

La segunda Duma había sido renovada en su composición (quedaban sólo treinta diputados de la primera) y tenía la apariencia de ser más «oposicionista» aún. La representación de los «cadetes» era muy reducida, pero esta vez había en ella más de 200 diputados a la izquierda de ellos y sólo unos cuarenta a su derecha. Pero ni la izquierda ni la derecha deseaban que la Duma tuviera éxito y entre todos lograron anularla como fuerza política efectiva. Stolypin encontró un pretexto para disolverla al cabo de sólo cuatro meses, tras lo cual cambió la ley electoral asegurándose de que la futura Duma comprendería una mayor representación de los terratenientes ricos y de la alta burguesía a expensas de los grupos no rusos, menos «leales». Los demócratas constitucionales, que tenían 184 escaños en la primera Duma, descendieron hasta 58 en la cuarta, en la que los partidos de derecha tenían 185 escaños. La fuerza dominante era ahora el partido derechista de los «octubristas» que deseaban aceptar el Manifiesto de Octubre. De esta forma, Stolypin, sin más que manipular el sistema electoral, formó una Duma bastante dispuesta a servir sus propósitos. Ya no había necesidad alguna de proceder a súbitas disoluciones; la tercera Duma llegó al término de su mandato de cinco años (de noviembre de 1907 a junio de 1912), y la cuarta funcionó de noviembre de 1912 a febrero de 1917, cuando se impusieron de nuevo los revolucionarios. Las dos fueron asambleas dóciles de las que había sido eliminada toda seria oposición al gobierno. Cuando en 1911 fue asesinado Stolypin, le sucedió como primer ministro V. N. Kokovtsov, que ya había resumido su opinión sobre la Duma con estas palabras: «¡Gracias a Dios todavía no tenemos ningún parlamento!»

Es verdad que la Duma nunca fue un parlamento en el sentido europeo occidental: nunca fue capaz de ejercer un control efectivo sobre las acciones del gobierno o del Zar. Pero sería un error despreciar como carente de valor el «experimento parlamentario» ruso. Era imposible

para un país tan extenso y tan atrasado como Rusia convertirse en una democracia parlamentaria en sólo seis años, tras siglos de gobierno autocrático. Es sorprendente, sin embargo, que se progresara tanto en este corto período y que las cuatro Dumas realizaran tanta labor. La simple existencia de la Duma ya fue un hecho importante: se convirtió en el centro de la vida política; sus debates llenaban los periódicos, que se leían en todo el país y estimularon así el hábito del debate político público. Aun cuando el conservadurismo siguió dominando la escena y Stolypin aprendió a controlar las Dumas, éste fue un período de intensa actividad política en Rusia.

Ni puede decirse tampoco que la Duma fuese completamente ineficaz. Sus dirigentes aprendieron a utilizar con buenos resultados sus poderes limitados, particularmente sus facultades de aprobar el presupuesto e interpelar a los ministros, a quienes los diputados a veces lograron obligar a dimitir. Además, la tercera y cuarta dumas hicieron mucho —dentro de sus posibilidades— para mejorar la agricultura y estimular la colonización de tierras, y consiguieron buenos resultados en la mejora del sistema educativo. Las Dumas no actuaron mal si consideramos cuán limitados eran sus poderes, cuán obstinado era el Zar y cuán atrasado estaba el pueblo. Fueron un comienzo y podían haber dado como fruto un sistema parlamentario más representativo a medida que la sociedad rusa entrase en la era industrial. Pero esta evolución había de ser interrumpida por la guerra, el colapso económico y la revolución de 1917.

David Floyd





En 1905 la intranquilidad se extendió por Rusia. Pero al acabar el año el gobierno había ganado la partida. El 23 de diciembre el soviet de Moscú organizó un levantamiento que fue sofocado de modo sangriento, pero con facilidad. El episodio ocupa un lugar destacado en la historia soviética.
El diorama *(arriba)*, obra de un artista soviético, muestra un barrio de Moscú en llamas durante la revuelta. *Abajo*, otra pintura, también obra de un artista soviético, muestra una barricada en una calle de Moscú durante la misma rebelión.

Francia dividida: el caso Dreyfus

Recelando de Alemania y sintiéndose insegura por su aislamiento, la Tercera República francesa había hecho de su Ejército una iglesia y de su Estado Mayor una casta sacerdotal. Pero, de pronto, un insignificante trozo de papel recogido en una papelera desató un escándalo que duró doce años, abatió a muchos encumbrados personajes y enturbió el clima de la política francesa.

Alfred Dreyfus, ya condenado, abandona la sala donde se celebró el consejo de guerra. Hombre frío y retraído, Dreyfus no despertaba simpatías ni siquiera entre sus más acérrimos defensores.
Abajo: **Ultima página del *bordereau* en que se fundó la acusación y condena de Dreyfus.**



Sans nouvelles m'indiquant que vous
désirez me voir, je vous adresse cependant
Monsieur, quelques renseignements intéressants
1° une note sur le frein hydraulique
du 120 et la manière dont s'est conduite
cette pièce.
2° une note sur les troupes de couverture
(quelques modifications seront apportées par
le nouveau plan).
3° une note sur une modification aux
formations de l'artillerie:
4° une note relative à Madagascar.
5° le projet de manuel de tir de
l'artillerie de campagne (14 mars 1894.)

En vísperas del caso Dreyfus, la política francesa gozaba en conjunto de buena salud. La Tercera República, que tantos peligros había conocido, estaba firmemente consolidada. Por supuesto, aún existían grupos irreductiblemente monárquicos, pero la mayoría de los electores habían sido conquistados por el régimen republicano. Los escándalos financieros (como el de 1889, en el cual los accionistas de la Compañía del Canal de Panamá perdieron más de mil millones de francos) habían desacreditado en mayor medida a los miembros del parlamento —siempre impopulares en Francia— que a una clase específica, e incluso que al mismo régimen. La economía francesa prosperaba, y el frente laboral, a pesar de algunos disturbios aislados, estaba en conjunto bastante tranquilo. El prestigio artístico y cultural de Francia era considerable, y sus sabios la mantenían en la vanguardia de la gran competición científica iniciada en la segunda mitad del siglo XIX.

En el plano internacional, Francia se había recuperado vigorosamente de la aplastante derrota que le había infligido Prusia en 1870. Aunque con ciertos escrúpulos, había tomado parte en la expansión colonial de los años ochenta y noventa, y, en resumen, había vuelto a ocupar el lugar que le correspondía en el concierto de las potencias europeas, las únicas que realmente contaban en 1890. Sin embargo, se sentía insegura: amenazada por la alianza alemana con Austria-Hungría e Italia, y alejada de Gran Bretaña por disputas coloniales, Francia no tenía mucha confianza en su secreto pacto militar con Rusia.

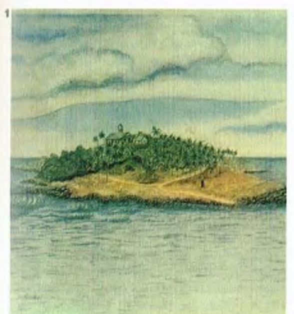
La situación internacional iba a desempeñar un papel importante en el caso Dreyfus, ante el cual la reacción del público sólo se explica, en gran parte, por el miedo a la guerra (o, mejor dicho, por el miedo a perder otra guerra). Francia no había dejado de reivindicar Alsacia y Lorena, provincias perdidas a consecuencia de la guerra de 1870, cuyas simbólicas estatuas de la Plaza de la Concordia estaban enfundadas en crespones negros desde 1871. En realidad, el resentimiento contra Alemania sólo movía a desear la guerra a un pequeño grupo de nacionalistas exaltados, pero, de todos modos, la mayoría de los franceses consideraba inevitable un conflicto armado y, cuando llegara el momento, se proponía vencer.

Todo ello contribuye a explicar el insólito interés que el francés medio sentía por su ejército y por todo lo que a éste concernía, y también ayuda a comprender el enorme prestigio de que gozaban los jefes militares, entre los cuales un sector de la derecha buscaba un salvador enviado por Dios. Esta situación provocaba además la «espionitis» que atacaba a la opinión pública cada vez que un agente extranjero era sorprendido *in fraganti;* también podemos relacionar este estado de ánimo con la latente xenofobia de muchos franceses. Por último, el antisemitismo era una válvula de escape de tan enrarecida atmósfera: en la pequeña burguesía, e incluso en amplios sectores de la clase trabajadora, el antisemitismo fue alimentado por las vociferaciones cotidianas de Drumont (el autor de *La France Juive*) en *La Libre Parole*; un antisemitismo primario y visceral que identificaba a los judíos con los extranjeros y con los «plutócratas», como ocurrió en la Alemania de Hitler, aunque en escala mucho menor.

Y ante este escenario tan someramente esbozado, vamos a levantar ahora el telón del primer acto del *affaire.*

El fatídico «bordereau»

En el fondo del enorme embrollo político y legal en que había de convertirse este asunto, no había nada más que un incidente minúsculo y en sí mismo completamente trivial, originado por la constante guerra que se hacían los rivales servicios secretos. El agregado militar alemán en París, coronel Maximilian von Schwartzkoppen, excediéndose en sus atribuciones de observador oficial de las cuestiones militares francesas, se dedicaba al espionaje. Sin el conocimiento de su embajador, conde von Münster, reclutó una serie de agentes, la mayor parte de ellos oficinistas del ministerio de la Guerra, y aderezaba los informes que dirigía al alto mando con informaciones que estos agentes le proporcionaban. La red francesa de contraespionaje, modestamente llamada Sección Estadística, tuvo noticia de tales actividades. El coronel francés Sandherr, que había

1


2


Cinq Centimes

L'AURORE

Littéraire, Artistique, Sociale

J'Accuse...!

LETTRE AU PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE

Par ÉMILE ZOLA

LETTRE A M. FÉLIX FAURE

1 La Isla del Diablo, establecimiento penitenciario de la Guayana francesa, donde Dreyfus sufrió condena durante cinco años. 2 «¡Yo acuso...!», el explosivo titular que Georges Clemenceau puso a la carta abierta dirigida por el novelista Emile Zola al Presidente de la República y que reavivó el «affaire» Dreyfus convirtiéndolo en un «caso de conciencia».

reunido un equipo notablemente eficiente, también tenía agentes a su servicio e incluso había conseguido infiltrarlos en la embajada alemana, donde una mujer de la limpieza, Madame Bastian, recogía cuidadosamente el contenido de las papeleras para enviarlo a la Sección Estadística.

A finales de septiembre de 1894 el caso se inició súbitamente. La última entrega de Madame Bastian incluía un documento especialmente importante: una carta sin firma, dirigida a Schwartzkoppen, que en un principio se llamo *lettre missive* y más tarde —de un modo igualmente incorrecto— *bordereau* (lista). Se trataba de una carta explicativa en la que se prometía a Schwartzkoppen una serie de «notas» referentes a diversas cuestiones militares, la mayoría de ellas rigurosamente secretas. Desde el comienzo el asunto fue considerado muy grave, tanto por el Estado Mayor como por el general Mercier, ministro de la Guerra. Todavía hoy ignoramos el contenido exacto de las notas prometidas, pero debido al carácter secreto de los temas a que se referían (un nuevo manual de tiro de la artillería de campaña, el uso de tropas de cobertura, etc.), pareció que su autor había de ser un oficial del Estado Mayor. Las investigaciones se orientaron hacia los oficiales adscritos temporalmente al Estado Mayor con fines de aprendizaje, ya que se creyó que sólo un oficial que hubiese pasado recientemente por los diversos departamentos de esta organización podía conocer una variedad tan grande de cuestiones. Las sospechas recayeron sobre el capitán Alfred Dreyfus, cuya letra mostraba asombrosas semejanzas con la del *bordereau.*

Un sospechoso predestinado

Dreyfus era un judío que procedía de una acomodada familia de industriales alsacianos. Hacía poco tiempo que había sido destinado al Estado Mayor, donde no gozaba de simpatías: su carácter más bien introvertido (que lo hacía parecer huraño), la falta de tacto con la que hizo ostentación de su inteligencia y de su fortuna personal, e incluso su curiosidad profesional, todo contribuyó a hacerlo sospechoso de un crimen al que —según la opinión de muchos— estaba predestinado por su raza. Las reacciones instintivas de numerosos oficiales del Estado Mayor eran de carácter antisemita, aun cuando no descendieran a los vulgares excesos de un Drumont. Muy pocos judíos habían sido admitidos en ese «sancta sanctorum» que era el Estado Mayor, y sólo la alta puntuación con la que Dreyfus salió de la *École de Guerre* había hecho posible su acceso a aquel puesto, donde contaba con la animadversión de varios de sus superiores.

Sin embargo, las primeras pesquisas acerca de la conducta de Dreyfus dieron resultados poco reveladores: la letra constituía la única acusación de cierto peso en contra suya. La posibilidad de que hubiera podido tener acceso a los documentos prometidos a Schwartzkoppen no podía considerarse como una prueba de su culpabilidad, ni siquiera como una presunción; pero la gravedad del asunto movió al general Mercier a abrir una investigación oficial a pesar de la falta de pruebas.

El 15 de octubre de 1894 Dreyfus fue detenido. A lo largo del mes durante el cual se fue preparando el proceso surgieron muy pocas acusaciones contra él, pero, finalmente, los peritos calígrafos le atribuyeron la paternidad del *bordereau.* Un famoso experto, Bertillon, desarrolló incluso una complicada teoría acerca de lo que él llamaba «autofalsificación», basada en hipótesis y deducciones seudocientíficas cuyo objeto era explicar al mismo tiempo las diferencias y las similitudes que existían entre la letra del capitán y la del fatídico *bordereau.*

Los «documentos secretos» de Mercier

A comienzos de noviembre el tribunal militar se reunió en París. En el proceso, el general Mercier se hizo responsable de un abuso de autoridad que en sus últimas fases condujo el caso más allá de los límites de la legalidad. Mercier era atacado violentamente por la prensa nacionalista, y —si Dreyfus era absuelto— temía ser acusado de haber protegido a un traidor o de haber puesto en tela de juicio demasiado a la ligera el honor de un oficial. Estaba, pues, decidido a conseguir a toda costa una sentencia de culpabilidad. Para lograrlo, comunicó a los jueces militares una serie de «documentos secretos», cuidadosamente seleccionados por la Sección Estadística y destinados a demostrar la existencia de relaciones entre Dreyfus y el agregado militar alemán. Esta documentación no fue comunicada a la defensa, lo cual era una evidente irregularidad legal. La Sección Estadística y el general Mercier hicieron así de la culpabilidad de Dreyfus una cuestión personal, actitud que muchas otras personas imitaron después. A pesar de sus protestas de inocencia, Dreyfus, como ya era de suponer, fue condenado a la degradación y a prisión per-

petua en una fortaleza militar. Después de la humillante ceremonia de la *École Militaire*, en la que se lo desposeyó de su grado, fue deportado a la Isla del Diablo, en la Guayana francesa.

Aquí podía haber terminado el caso. Los antisemitas no eran los únicos que se alegraban de semejante sentencia: también la aplaudían los nacionalistas. Los moderados consideraban que se había hecho un acto de estricta justicia, y los socialistas sólo lamentaban que el traidor no muriera fusilado, tal como hubiera sucedido, según decían, si hubiera sido un soldado raso y no un oficial. Los mismos judíos tenían pocas dudas acerca de la culpabilidad de Dreyfus, y temían por encima de todo las consecuencias que esa traición pudiese tener para su comunidad. Casi las únicas personas que se negaban a admitir lo que tan evidente parecía a toda Francia eran la esposa de Dreyfus, su hermano y unos pocos amigos íntimos, quienes empezaron a trabajar por la causa de su rehabilitación. A pesar de sus generosos esfuerzos habrían ciertamente fracasado de no ser por un incidente que, a comienzos de 1896, cambió la fisonomía del caso.

Esterhazy y el «petit bleu»

En marzo de 1896 el servicio de información, a cuya cabeza el teniente coronel Picquart había sustituido recientemente al coronel Sandherr, recibió de Madame Bastian un borrador de un *continental* (llamado «petit bleu») que sin duda alguna procedía de Schwartzkoppen, aunque no era de su puño y letra. El borrador llevaba el nombre y la dirección de un tal Esterhazy, comandante del 74 regimiento de Infantería, quien se encontraba en aquella época temporalmente apartado del servicio. Este documento demostraba, cuando menos, que otro oficial que no era Dreyfus estaba también en contacto con el agregado militar alemán.

La extraña personalidad del comandante Esterhazy —verdadero «villano» del caso— nos es ahora perfectamente conocida. Resentido por ciertas decepciones que había sufrido en su carrera, arruinado por sus audaces especulaciones en la bolsa, sin dinero, mentiroso por temperamento, estafador cuando le convenía, había trabajado durante unos meses —durante el año 1875— en el servicio secreto. Redondeaba sus ingresos proporcionando a ciertos periódicos, sobre todo a *La Libre Parole*, noticias de carácter militar que su profesión le permitía conocer. De modales agradables y hábil en la conversación, tenía un don peculiar para ganarse amigos en los círculos del Gobierno en los que informaba a los políticos sobre temas militares. En julio de 1894, cuando atravesaba una situación económica particularmente apurada, Esterhazy ofreció sus servicios a Schwartzkoppen. Hoy no cabe la menor duda de que fue él quien escribió el *bordereau*. Otra carta —recientemente descubierta— que envió a Schwartzkoppen pocos días después del *bordereau* hace suponer que sus informaciones debían ser, en buena parte, datos de segunda mano y chismes sin fundamento.

Las pesquisas que Picquart inició inmediatamente le permitieron tener la certeza de que Esterhazy era —poco más o menos— un bribón y que estaba o había estado en contacto con Schwartzkoppen. Además, su letra era idéntica a la del *bordereau*.

Picquart creía que sus descubrimientos hacían necesaria la revisión del proceso, pero en las altas esferas se mostraron muy poco predispuestos a darle la razón. En opinión del jefe y del jefe adjunto del Estado Mayor, generales De Boisdeffre y Gonse, el mayor obstáculo para una revisión era la documentación secreta que se había proporcionado ilegalmente a los jueces. El delito de Mercier, una vez descubierto, sólo podía desacreditar al Ejército y especialmente al Estado Mayor. Por otra parte, las pruebas reunidas contra Esterhazy tampoco eran irrefutables, y para atribuirle la paternidad del *bordereau* habría que recurrir a nuevos peritos calígrafos, quienes tendrían que contradecir a los de 1894; en cualquier caso, siempre quedaría algún residuo de incertidumbre.

El general Billot, sucesor de Mercier en el ministerio de la Guerra, no sabía qué decisión adoptar, prendido entre la insistencia de Picquart y el deseo del Estado Mayor de que se echara tierra sobre el asunto. Las relaciones entre Picquart y sus superiores no tardaron en agriarse. Picquart mantenía su punto de vista, mientras que éstos, aunque estaban de acuerdo en que se castigara a Esterhazy si se lograba reunir pruebas suficientes contra él, en modo alguno estaban dispuestos a que «sustituyera» a Dreyfus. El respeto por el secreto profesional hizo callar a Picquart en el mismo momento en que, gracias a los esfuerzos de Mathieu Dreyfus, la prensa empezaba a acordarse del proceso de 1894. No obstante, se sospechó que Picquart estaba en connivencia con la familia de Dreyfus y con aquellos que empezaban a ser conocidos con el nombre de «el sindicato», por lo que cayó en desgracia y fue enviado a Túnez.

A comienzos de noviembre otro elemento se añadió al caso. El comandante Henry (jefe adjunto del servicio secreto) cometió deliberadamente una falsificación: hizo circular discretamente por las altas esferas una carta apócrifa cuyo objeto era dejar establecida, sin la menor duda, la culpabilidad de Dreyfus. Hasta 1898 muchas otras pruebas falsificadas —o, por lo menos, «arregladas»— siguieron añadiéndose a los nuevos «documentos secretos» que obraban en poder del Estado Mayor.

Picquart se decide a hablar

Hacia 1897 Picquart se sintió incapaz de seguir guardando aquel secreto. Se sentía personalmente amenazado por las artimañas del Estado Mayor y sobre todo del comandante Henry, su antiguo subordinado. En Junio de 1897, durante un permiso en París, le dijo al abogado Leblois, amigo personal suyo, que estaba convencido de la inocencia de Dreyfus y de la culpabilidad de Esterhazy. Después de no pocas vacilaciones, Leblois se atrevió a revelárselo todo al vicepresidente del Senado, Scheurer-Kestner, quien resultó ser también alsaciano. El alto cargo que ocupaba Scheurer-Kestner, su amistad con el general Billot y el interés que había mostrado desde 1894 por la suerte de su coterráneo, al que instintivamente creía inocente, explican la elección de Leblois. En el curso de aquel verano Scheurer-Kestner, que había prometido a Leblois no decir nada a la familia de Dreyfus, trató en vano de convencer al general Billot para que se revisara el proceso de 1894.

Cuando tuvieron noticia de lo que estaba ocurriendo, los generales Gonse y De Boisdeffre se apresuraron a decir al comandante Henry y al teniente coronel Du Paty de Clam que avisaran a Esterhazy del peligro que lo amenazaba. Temían hubiese dado algún paso que implicase una confesión de culpabilidad e hiciera inevitable la revisión del proceso. Este oscuro y escandaloso episodio, conocido con el nombre de «la colusión», duró unos quince días, durante los cuales Esterhazy, activamente ayudado por sus protectores, se presentó como víctima de las intrigas de Picquart y de la familia Dreyfus.

El 15 de octubre, Mathieu Dreyfus acusaba abiertamente a Esterhazy de ser el autor del *bordereau*, y el Gobierno se vio así forzado a abrir una investigación sobre la conducta de Esterhazy. En consecuencia éste tuvo que presentarse ante un tribunal militar, pero deliberadamente el caso se llevó de forma equívoca; los peritos calígrafos no estaban dispuestos a

contradecir a sus colegas de 1894, y el 11 de enero de 1898 —tras un juicio que sólo duró dos días— Esterhazy fue absuelto por unanimidad. Se esfumaba la esperanza de los *dreyfusards* de obtener una revisión atribuyendo la paternidad del *bordereau* a Esterhazy. Éste se hallaba ahora a salvo de un nuevo juicio, aun cuando (como efectivamente ocurrió un año más tarde) admitiese ser el autor del *bordereau*.

Violentas pasiones empezaron entonces a dominar la opinión pública. La prensa nacionalista se opuso con todas sus fuerzas a la revisión del proceso de 1894, porque, según decía, con ello se empañaría el honor del Ejército: los jueces militares que habían unánimemente condenado a Dreyfus eran incapaces de haber cometido un error. Mientras tanto, los «revisionistas» se afanaban por demostrar la traición de Esterhazy, y sobre todo por dar a conocer la protección que se le había dispensado en las altas esferas. La indignación pública iba en aumento. Estaba muy extendida la opinión de que, para rehabilitar al «traidor» a toda costa, el «sindicato» no dudaría en deshonrar al Ejército entero, debilitando con ello el escudo tras el que se amparaba Francia.

La mayoría del público se convenció fácilmente de que había pruebas irrefutables contra Dreyfus, pruebas de tal naturaleza que no podían hacerse públicas sin provocar graves complicaciones internacionales, e incluso la guerra. Otro factor contribuyó a la hostilidad general contra el «sindicato». Tras haberse pillado los dedos en los recientes escándalos financieros, la pequeña burguesía desconfiaba de todo lo que pareciese estar respaldado por el «oro judío», las «finanzas internacionales» o la «gran banca». La imaginación popular exageró mucho los sacrificios económicos, bien reales, que Mathieu Dreyfus y sus amigos tuvieron que hacer para iniciar su campaña, y creía que estaban respaldados por una gran potencia económica a la que sería imposible resistir.

Todos estos temores, todas estas confusas fantasías, cristalizaron rápidamente en un frenético deseo de apoyar al ejército y a sus jefes. Estimulado de este modo, el 4 de diciembre de 1897 el gobierno obtuvo de la Cámara de Diputados un voto de confianza que «estigmatizaba a los cabecillas de la odiosa campaña emprendida para turbar la conciencia pública», apoyando así indirectamente el veredicto de los tribunales.



Degradación del capitán Dreyfus en el patio de la ***École Militaire.***

El contraataque

Al terminar la primera fase de la batalla la derrota de los revisionistas parecía total. Para invertir la situación tenían que obrar con audacia y dar un golpe de efecto. El novelista Émile Zola accedió a asumir los obligados riesgos: al día siguiente de la absolución de Esterhazy, Zola publicó en el diario *L'Aurore* su famosa carta al presidente de la República, para la cual Clemenceau (un diputado radical que se había desacreditado con el escándalo de Panamá) ideó el explosivo titular «*J'accuse*». Zola se erigió audazmente en el acusador de los jueces de Esterhazy, de los oficiales que habían dirigido la investigación sobre Dreyfus, de los dos ministros de la Guerra, del jefe y del jefe adjunto del Estado Mayor, de los peritos calígrafos y de los diversos departamentos del ministerio de la Guerra, a todos los cuales acusaba de haber desorientado a la opinión pública. «Acuso —terminaba Zola— al primer tribunal militar de haber violado la ley al condenar a un acusado aceptando como prueba un documento que ha permanecido secreto, y acuso al segundo tribunal militar de haber encubierto esta ilegalidad cometiendo el crimen judicial de declarar inocente a una persona culpable.»

El artículo causó enorme sensación. Al cabo de pocos días, una serie de miembros del *Institut* (es decir, de las cinco Academias conocidas colectivamente bajo este nombre), profesores y escritores a los que sus adversarios no tardarían en apodar desdeñosamente «los intelectuales», presentaban una petición a la Cámara de diputados apoyando la carta de Zola. Apremiado por sus compañeros y por el ejército, cuya representación oficial ostentaba, el general Billot se decidió a demandar a Zola por delito de difamación, limitando esta acusación a la parte de la carta de Zola que no podía probarse: que los jueces designados para juzgar a Esterhazy lo habían absuelto «cumpliendo órdenes».

Tras una serie de agitadas sesiones en el tribunal del Sena y más tarde en el de Versalles, el juicio terminó declarando culpable a Zola. Pero el objetivo del escritor había sido obligar al Estado Mayor a ponerse a la defensiva, y tratar así de arrojar un poco de luz sobre los misterios que desde el comienzo envolvían el caso. Desde este punto de vista, el proceso a Zola puede considerarse como un triunfo a largo plazo para los revisionistas.


AFFICHES CH



LA BELLE ÉPOQUE

Aunque el caso Dreyfus hizo tambalear las bases políticas de la Tercera República, para la sociedad francesa aquélla fue la **belle époque.** Este cartel (en realidad es el anuncio de una agencia de publicidad) capta la animación y los contrastes de las calles de París, el centro de los placeres del mundo, la Meca de los aristócratas, las bailarinas, los artistas, los escritores y las mujeres hermosas.

A pesar de los esfuerzos del presidente del tribunal para evitar que el asunto derivara hacia el caso Dreyfus, que no podía ser evocado legalmente, los abogados de Zola, especialmente *maître* Labori, consiguieron poner en evidencia que ilegalmente se había comunicado a los jueces de 1894 una documentación secreta, que Picquart había tratado en vano de reparar el error, y que Esterhazy —a pesar de la absolución— estaba muy lejos de hallarse por encima de toda sospecha. Además, se las ingeniaron de modo que los generales Pellieux y De Boisdeffre confirmaran la existencia en el ministerio del documento incriminante «en el que se nombraba a Dreyfus» (y que no era otro que la falsificación de Henry). Por otra parte, el proceso dio ocasión a De Boisdeffre para formular el falso dilema: revisión del proceso o seguridad nacional.

Con la aprobación de amplios sectores de la opinión pública, parecía que el fin del proceso a Zola implicaba que la revisión debía descartarse ya para siempre. Incluso el primer ministro llegó a anunciar en la Cámara de diputados que «en este momento ya no existe ni caso Zola, ni caso Dreyfus; no existe ningún caso.»

En junio de 1898 hubo un cambio de gobierno. El nuevo gobierno adoptó una política más izquierdista que su predecesor, sobre todo en cuestiones económicas y sociales. Sin embargo, el ministerio de la Guerra fue confiado a Godefroy Cavaignac, cuyo antirrevisionismo y cuya hostilidad hacia el «sindicato» eran notorios. Cavaignac se proponía valerse de su cargo para liquidar la cuestión definitivamente. Comprendió que la actitud dubitativa del general Billot había dado pie a demasiada publicidad desfavorable. Quería que Picquart pagase sus indiscreciones, que Esterhazy fuese castigado por sus extravíos y, si era necesario, juzgar a los jefes del revisionismo por conspiración contra el Estado.

Para llevar a cabo estos planes ordenó que se pusieran a su disposición todos los documentos secretos del caso, cuyo número había aumentado sensiblemente desde 1896. Luego resumió, en un discurso ante la Cámara de diputados, los argumentos en que se había basado la sentencia condenatoria de Dreyfus. A diferencia de Billot, Cavaignac no dudó en sacar a la luz varias piezas de esta documentación secreta, haciendo público su texto. Su discurso tuvo un gran éxito y la no revisión fue aprobada por 572 votos contra dos. Sin embargo, había cometido un error capital que iba a destruir su carrera y, cosa importante, a hacer inevitable la revisión.

Entre los documentos que había mencionado estaba la falsificación de Henry. Inmediatamente Picquart declaró que estaba en condiciones de demostrar que se trataba de una prueba falsa; al mismo tiempo cayeron en manos de los revisionistas pruebas definitivas de la relación entre los oficiales del Estado Mayor y Esterhazy durante la época de la «colusión».

En este momento los grandes planes de Cavaignac recibieron el golpe de gracia con el descubrimiento por el capitán Cuignet —uno de los propios oficiales de servicio de Cavaignac— de la verdadera naturaleza del documento que contenía el nombre de Dreyfus.

Abandonado por su ministro, Henry se derrumbó y admitió su delito. El 31 de agosto, mientras se encontraba encarcelado en Mont-Valérien, se suicidó, por desgracia sin haber revelado los detalles de las muchas peripecias que era el único en conocer.

La impresión provocada por el suicidio de Henry fue enorme. Súbitamente la situación se había invertido, y los antirrevisionistas estaban ahora a la defensiva. Inmediatamente el general De Boisdeffre dimitió, y el primer ministro, Brisson, sacó la única conclusión posible de la situación y decidió poner en marcha la revisión del proceso, que debía estar a cargo del Tribunal de Casación. Un hecho revelador del estado de ánimo de los antirrevisionistas es que tanto Cavaignac como su sucesor en el ministerio de la Guerra, el general Zurlinden, hubieran preferido dimitir antes que aceptar el principio de la revisión.

El suicidio de Henry marcó el comienzo de una nueva fase en el asunto. Los antirrevisionistas del Estado Mayor se vieron ahora impotentes para dominar los acontecimientos. Hubiera podido creerse que todos los obstáculos que se interponían en el camino de la verdad iban a ser derribados y que la opinión pública admitiría unánimemente la necesidad de la revisión.

No obstante, el sentido crítico de la mayor parte del público había sido completamente deformado por la prensa. Demasiadas personas que ocupaban altos puestos habían quedado comprometidas por las irregularidades del primer juicio y por las maniobras de la «colusión» para que tuviesen el menor deseo de permitir que se hiciera la luz sobre todas sus acciones. Además, para muchos, el caso se había convertido en una cuestión política: unos trataban de impedir el triunfo de «la anti-Francia» y defender a cualquier precio el prestigio del ejército y de sus jefes, último reducto de los nacionalistas y de la derecha, que veían escapárseles el poder de las manos; para otros, la revisión iba a ser un triunfo sobre el despotismo militar, un triunfo que mostrara la preeminencia del poder civil. Las fuerzas del anticlericalismo, sobreexcitadas por la actitud antirrevisionista de la inmensa mayoría del clero y de los fieles, estaban dispuestas a iniciar, una vez más, la ofensiva contra la Iglesia.

Ello explica por qué fueron tan tormentosos los meses que necesitó el Tribunal de Casación para hacer sus investigaciones. Los menores incidentes del procedimiento legal empujaban a la prensa nacionalista a entregarse a exabruptos verbales cuyo irracionalismo apenas quedaba enmascarado por su violencia, y todo lo que pudiera impedir la revisión era considerado lícito: el caso se había convertido en la piedra de toque de la actitud política de cada uno. Como los magistrados civiles tenían ahora acceso a los documentos que hasta entonces sólo habían estado en poder del ejército, el resultado fue que el abismo que separaba a civiles de militares se ensanchó, ya que el ejército seguía proclamándose único guardián del patriotismo y de la integridad moral.

Revisión y nuevo proceso

Después de apasionados debates, tan pronto grotescos como odiosos, el veredicto de 1894 fue finalmente revocado por el Tribunal de Casación. Dreyfus, tras ser devuelto a Francia, fue convocado para comparecer ante un tribunal militar en Rennes. El juicio, notable sobre todo por la negativa del Estado Mayor a admitir la derrota, se abrió el 7 de agosto y duró un mes. Derivando constantemente hacia detalles insignificantes, investigando tediosamente puntos que ya habían sido aclarados, los enigmas del «caso» se complicaron aún más. Por esta causa, contra los secretos deseos del gobierno de Waldeck-Rousseau y de su ministro de la Guerra, el general Gallifet, el tribunal emitió un veredicto que era a un tiempo inicuo y contradictorio: Dreyfus era nuevamente declarado culpable por mayoría, pero con circunstancias atenuantes.

Este veredicto híbrido dividió a los revisionistas, que hasta entonces habían mantenido una cohesión perfecta. Pensando sobre todo en el martirio que ya había sufrido aquel pobre hombre, sus parientes más próximos le convencieron para que aceptara el indulto del gobierno. Los «po-

líticos», encabezados por Picquart, Clemenceau y Labori, preferían, en cambio, proseguir la lucha hasta la rehabilitación.

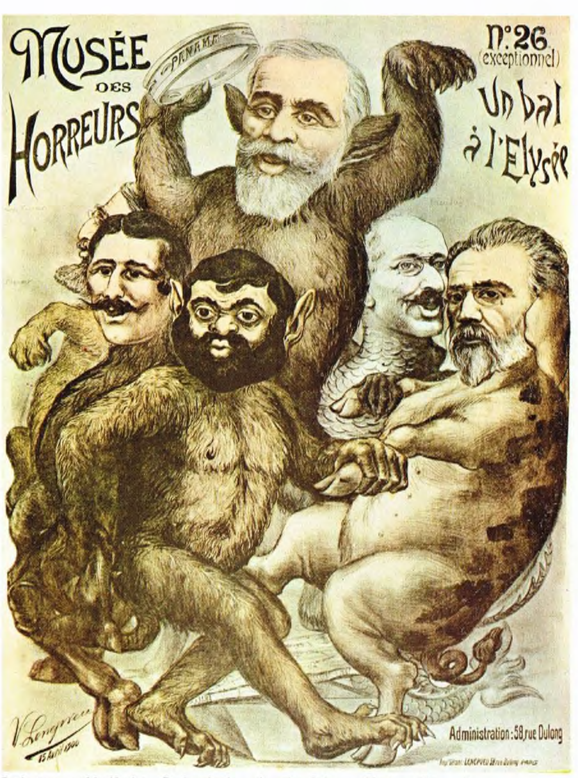
Y de este modo, entre la insatisfacción general, terminó el proceso más famoso de la historia moderna... o al menos pareció terminar. El país, cansado ya de una polémica tan larga, pareció de pronto perder interés por el asunto; sólo deseaba que una amnistía general pusiera fin al «caso».

Algunos revisionistas, sin embargo, no abandonaban la esperanza de que algún día se descubriese algún hecho nuevo que permitiese abrir de nuevo el proceso. En conjunto, la coalición antirrevisionista, ahora a la defensiva, iba a pagar muy caros sus errores, su obstinación y sus turbios manejos. La política izquierdista de «defensa republicana» que pusieron en práctica Waldeck-Rousseau y, sobre todo, su sucesor Émile Combes, se orientaba resueltamente hacia el reforzamiento del poder civil contra cualquier intromisión de carácter clerical y militar. No puede negarse que esta política parecía a veces un maligno ajuste de cuentas. Los defensores del llamado «militarismo reaccionario», las comunidades religiosas y los católicos en general fueron los más perjudicados, ya que las derechas se encontraron alejadas del poder e incluso de la esperanza de recuperarlo.

La rehabilitación de Dreyfus

Hasta 1904 el general André, nuevo ministro de la Guerra, no descubrió el «nuevo hecho» por el que tanto se suspiraba. Revisando los archivos de su departamento descubrió varias de las pruebas falsificadas de la «documentación secreta», cuyo carácter fraudulento había escapado a los jueces de la primera revisión. El resultado fue que el veredicto de Rennes fue anulado en 1906 por el Tribunal de Casación, que se reunió en «cámaras unidas» (en algunos procesos legales especialmente importantes, los jueces del Tribunal de Casación, que habitualmente se agrupaban en «cámaras» —o secciones— separadas, pasan a formar un solo cuerpo judicial; la sentencia que entonces se dicta se considera como emanada de todo el Tribunal Supremo y por lo tanto tiene mayor autoridad).

El 21 de enero, en la explanada de la *École Militaire* —el mismo sitio en el que doce años atrás había sido expulsado del ejército—, Dreyfus fue solemnemente rehabilitado y recibió la *Croix de Chevalier de la Légion d'Honneur*. Después del juicio, Dreyfus trabajó durante un tiempo en una oficina militar próxima a París. Durante la 1.ª Guerra Mundial se reincorporó al ejército. Después de la guerra vivió retirado hasta su muerte, que ocurrió en París en 1935.



Caricatura antidreifusista. *De izquierda a derecha:* **Scheurer-Kestner, Picquart, Reinach (periodista), Loubet (implicado en el escándalo de Panamá), Dreyfus, Zola, exhibidos en un «museo de horrores».**

Desde el punto de vista legal, el caso quedaba así concluido, pero sus consecuencias políticas tenían mucho mayor alcance y tardarían en morir: las diferencias que en Francia separaban a las derechas de las izquierdas se habían ahondado enormemente. El nuevo rebrote de anticlericalismo y antimilitarismo, la separación entre Iglesia y Estado en 1904, y la instintiva desconfianza de la mayor parte del pueblo francés hacia el concepto «razones de Estado», sólo en parte son los frutos de un episodio que se convirtió, según palabras del escritor Charles Péguy, en «un moment de la conscience humaine».

Marcel Thomas

La Lanterne
JOURNAL RÉPUBLICAIN
Anti-clérical
5c Le No
VOILA L'ENNEMI !

2

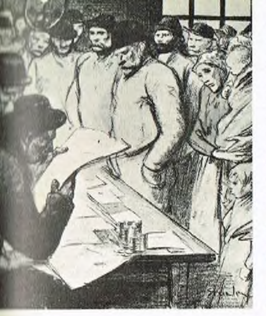


3



4









LA BELLE ÉPOQUE

1 La sociedad francesa era tan voluble como brillante. El anti-clericalismo fue motivo de las polémicas más enconadas. La portada de un famoso diario anticlerical nos muestra a un siniestro cura en forma de buitre agazapado tras la recién construida iglesia del Sacré-Coeur. Esta iglesia era motivo de escándalo para los republicanos: los católicos la construyeron con el propósito de expiar el «pecado» de la Comuna, el gran levantamiento popular parisiense de 1871. *2* París era el centro del mundo artístico. En 1907, «Les Demoiselles d'Avignon», de Picasso, que aquí reproducimos, cerró una era de invención artística y abrió otra. Esta pintura destruyó la concepción realista del espacio y de la forma que había dominado en el arte desde el Renacimiento.
3 La buena sociedad se reunía en los salones de artistas más convencionales, como vemos en el cuadro de J. A. Grun, «Viernes en el salón de los artistas franceses».
4 Uno de los famosos carteles de Mucha representando a Sarah Bernhardt. Los teatros se llenaban y Sarah Bernhardt interpretaba los grandes papeles clásicos noche tras noche ante públicos entusiastas. *5* La Belle Époque no fue una edad de oro para todo el mundo. Bajo las capas superiores de la sociedad, muy opulentas, existían también la pobreza y el descontento social. En las ciudades las huelgas eran frecuentes. Este dibujo representa la oficina de un sindicato durante una huelga. Los obreros acuden a recibir la ayuda económica sindical. *6* El lado sórdido de la vida: una prostituta parisiense. *7* Elegantes en Trouville. En playas de moda como ésta, las damas ociosas y elegantes vivían en indolente esplendor, vestidas con las creaciones de Worth y tocadas con los sombreros de Paquin.
8 Como vemos en esta caricatura, los casinos eran frecuentados por los personajes más conocidos del momento, a menudo acompañados por las deslumbrantes bellezas del «démi-monde», mujeres como la Bella Otero (la última de la derecha, en la segunda fila) y Cléo de Mérode (de pie en el centro). Detrás del hombro izquierdo de Cléo de Mérode está Henri de Rochefort, director de «La Lanterne». *9* Los burgueses frecuentaban los teatros al aire libre para distraerse con ballets y con exóticos motivos decorativos, o quizá para encontrarse con señoras que, como se advierte en la fotografía, podían hallarse no acompañadas en tales lugares.

8



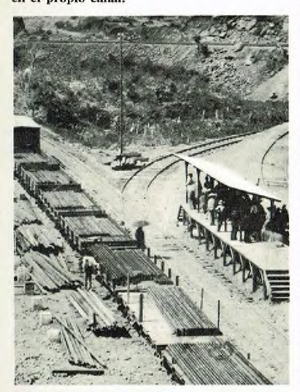
9

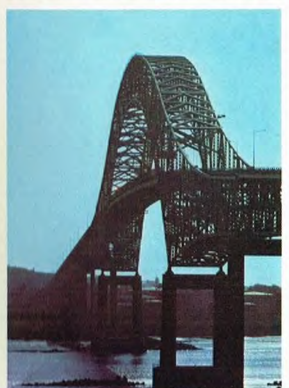


Panamá: nacimiento de una nación

Los panameños se sentían descontentos de la administración colombiana, y los norteamericanos necesitaban el control de las comunicaciones a través del istmo para reforzar su naciente imperio colonial en el Caribe y en el Pacífico. La confluencia de estos dos hechos dio lugar a la secesión de Panamá, pero los panameños tuvieron que pagar un duro precio por su tan anhelada independencia.

Trabajos de apertura del canal de Panamá y *(abajo)* el puente de las Américas, en el propio canal.





En los ochenta y dos años durante los cuales Panamá formó parte de Colombia menudearon las intentonas separatistas. Las principales se produjeron en 1840 y 1855, año este último en que se inauguraba el ferrocarril transoceánico de la *Panama Railroad Cº*, iniciado en 1848, en pleno auge del tránsito de los buscadores de oro que desde Europa o desde el este de los Estados Unidos se dirigían a los yacimientos californianos. No faltaron en el siglo XIX gestiones panameñas en Washington encaminadas a obtener la integración en los Estados Unidos o la constitución de una república independiente bajo protectorado tripartito (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia), pero estas iniciativas no hallaron acogida. El Gobierno colombiano firmó en 1846 el tratado Bidlock-Mallarino (base legal de la intervención norteamericana de 1903) en virtud del cual la zona de paso del istmo se ponía bajo la protección (no el protectorado) norteamericano. Las tropas estadounidenses estaban autorizadas a desembarcar e intervenir para resguardar, cuando fuese necesario, el orden y neutralidad del tránsito, y fueron continuamente solicitadas para ello por el propio Gobierno colombiano, a menudo para sofocar movimientos secesionistas.

El descontento local alcanzó su auge en la última década del siglo XIX, coincidiendo con la época de máximo interés en el canal por parte de los Estados Unidos, que estaban entonces extendiendo su hegemonía desde el Extremo Oriente (Filipinas) a las Antillas (Cuba y Puerto Rico) y necesitaban más que nunca la apertura del canal que les ahorraría un largo periplo por el cabo de Hornos. En Panamá, la quiebra de la compañía francesa de Lesseps (1889), que provocó paro, miseria y crisis en los negocios, la guerra civil colombiana llamada «de los mil días y los cien mil cadáveres» (1889-1902) y que fue especialmente sangrienta en el istmo (15.000 bajas), las depredaciones de los militares enviados por la capital, la inflación y el encarecimiento de la vida, el casi permanente estado de suspensión de los pagos a funcionarios civiles y militares (en 1900 se les debían más de veinte mensualidades) y el aumento de las tarifas arancelarias al término de la guera, crearon un ambiente propicio a las ideas de secesión.

Para la pequeña burguesía del istmo, la continuación de las obras del canal era cuestión de vida o muerte, y en Bogotá la opinión se hallaba dividida entre los nacionalistas que sólo querían un canal colombiano y el fatalismo de quienes sólo consideraban capaces a los Estados Unidos de construirlo y pensaban que lo harían «con o sin tratado». El 22 de enero de 1903 se concluía el tratado Hay-Herrán, en virtud del cual el gobierno colombiano concedía al norteamericano una zona de control de diez kilómetros de ancho a lo largo del canal; el tratado fue bien acogido en el istmo, pero el Senado colombiano —de cuya ratificación dependía— lo rechazó casi unánimemente el 12 de agosto de 1903. El motivo básico de este rechazo no fue, como se viene repitiendo a partir de Th. Roosevelt, un regateo en torno al precio de venta, sino el tardío descubrimiento de las lesiones a la soberanía colombiana contenidas en el tratado, puesto que el artículo que se refería a este punto era vago y, en cambio, existía una ley norteamericana, expresamente aprobada con anterioridad (ley Spooner, de 28 de junio de 1902), que estipulaba el «perpetuo dominio» norteamericano sobre la zona.

La proclamación de la independencia

A partir del momento en que el Senado colombiano rechazó el tratado (aunque Washington no admitía tal anulación y lo consideraba válido), los hechos se precipitaron. Desde fines de agosto, las misiones de los separatistas panameños fueron bien acogidas en los Estados Unidos. La llegada a las cercanías del buque de guerra *Boston* sería la señal del alzamiento, previsto para el 2 o el 3 de noviembre de 1903; entretanto, el gobierno colombiano, so pretexto de una invasión de setenta nicaragüenses, embarcaba en Cartagena unos centenares de hombres bajo la dirección del general Tovar, con destino a la ciudad de Panamá, vía Colón, para lo cual era preciso que los soldados utilizasen el ferrocarril de la *Panama Railroad Company*. Llegados los soldados colombianos el día 3, el director norteamericano de

la compañía alegó que no disponía de vagones suficientes. Las tropas quedaron en Colón, al mando del capitán Torres, y sólo el general Tovar, acompañado por algún otro jefe superior, pudo tomar el tren, para en Panamá caer prisionero del comandante en jefe de la guarnición, general Esteban Huertas. Desde el día 2 de noviembre venían llegando a aguas panameñas buques norteamericanos (no uno solo, como se ha pretendido, sino once buques norteamericanos intervinieron); menos conocida es la intervención expectante o activa de buques de otras nacionalidades (Francia, Gran Bretaña, Alemania y Austria), que impedirían de hecho la intervención de los soldados colombianos y facilitarían su reembarque. Los cónsules y vicecónsules de estos mismos países, los pocos ingenieros que seguían trabajando en la nueva compañía del canal y los 430 *marines* norteamericanos llegados a bordo del *Dixie* participarían en la defensa de Colón contra el temido ataque de las tropas colombianas mandadas por el capitán Torres, ataque que al final no se produjo. El 6 de noviembre, reembarcadas las fuerzas colombianas en el buque británico *Orinoco*, la bandera republicana independiente (diseñada por M. Amador Guerrero y bordada a marchas forzadas por su esposa) era enarbolada en el Palacio de Gobernación por el norteamericano mayor William Black. El acta de independencia había sido firmada el día 4 a las tres de la tarde en la ciudad de Panamá, quedando constituido un Gobierno provisional con José Agustín Arango, F. Boyd y Tomás Arias. El primer presidente constitucional de la República sería el doctor M. Amador Guerrero (1904-1907).

El precio de la ayuda norteamericana

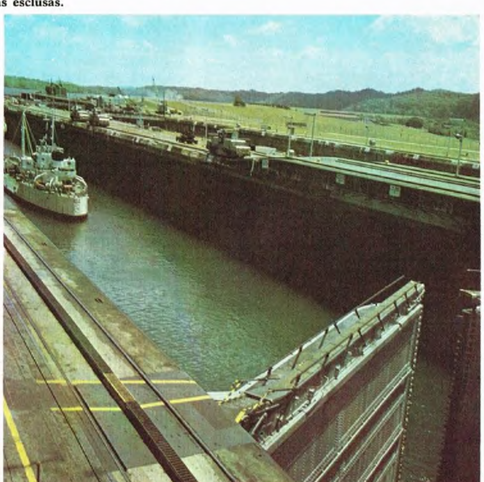
La nueva república fue reconocida por Washington el 18 de noviembre. El día anterior se había firmado el tratado Hay-Bunau Varilla entre Panamá (no reconocida aún) y los Estados Unidos. Bunau Varilla, ciudadano francés, era director de la nueva compañía del canal y se había embarcado hacia los Estados Unidos el 6 de noviembre, como representante de una Junta de Gobierno provisional que no parece tuviera el apoyo unánime de todos los participantes en la secesión. Cuando M. Amador Guerrero se presentó en Washington pocos días después, con la intención de defender mejor los intereses de la flamante república, se encontró muchas puertas cerradas y el tratado concluido. El nuevo acuerdo era mucho más favorable para los Estados Unidos que el que había rechazado unos meses antes el Senado colombiano: la zona concedida pasaba de 10 km a 10 millas (16 km), la concesión era perpetua (en lugar de por cien años) e incluía una autoridad «como si fuesen soberanos» y el derecho a usar ilimitadamente las vías y aguas de todo el territorio panameño.

Desde el punto de vista del expansionismo norteamericano, la secesión panameña no fue un éxito completo: la intervención de 1903 fue criticada en los Estados Unidos por los demócratas hostiles al imperialismo, por los imperialistas que deseaban el uso de medios más correctos y por los expansionistas que hubiesen querido anexionarse el territorio panameño entero, y no sólo la zona del canal. En la segunda década del siglo XX, Washington, ante las múltiples reivindicaciones panameñas, llegó a pensar en liquidar la república, cediendo el territorio al norte del canal a Costa Rica y el del sur a Colombia. La operación no había de resultar a la larga tan fácil y cómoda como se había previsto en un principio, y el pueblo panameño reclamaría en numerosas ocasiones contra el duro precio que se le había hecho pagar por su independencia.

Núria Sales

Draga trabajando en la excavación del canal. *Derecha:* **una de las esclusas.**

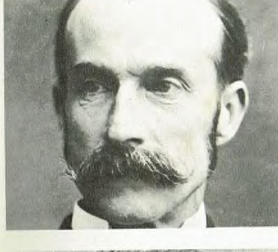




La Entente Cordiale

En 1898 Francia y Gran Bretaña llegaron casi al borde de la guerra a causa de sus rivalidades colonialistas. Las diferencias se zanjaron, en 1904, gracias a la llamada *entente cordiale*. La equívoca política de Rusia —aliada de Francia y rival de Gran Bretaña— había contribuido a echar las bases de la nueva amistad, consolidada después ante la cada vez más agresiva actitud de Alemania, tradicional enemiga de Francia.

Lord Lansdowne, ministro inglés de Asuntos extranjeros, hombre pesimista por naturaleza, y *(abajo)* Delcassé, su colega francés. Delcassé no estaba dispuesto a permitir que Francia volviese a sufrir otra humillación nacional.





Durante siglos enteros la historia política europea había sido en buena parte influida por las sucesivas alianzas y enemistades entre Francia y Gran Bretaña. Íntimamente aliadas en el siglo XVIII, establecieron tras las guerras napoleónicas una «alianza liberal» de hecho, no sancionada oficialmente: la expresión *entente cordiale* se inventó, en realidad, para describir las relaciones entre ambos países hacia los años cuarenta del siglo pasado, no ya para la reconciliación de 1904. Formalmente, Gran Bretaña se alió con Napoleón III a fin de sostener la guerra de Crimea, y, de modo informal, con el objeto de apoyar indirectamente las guerras que los italianos, protegidos por Francia, libraban contra la dominación austríaca en el norte de Italia. Más tarde, la Tercera República —nacida tras la desastrosa guerra franco-prusiana— durante mucho tiempo no encontró otro apoyo que el de Gran Bretaña. Ambos países tenían muchas cosas en común, pese a que Francia era una república democrática y Gran Bretaña una monarquía: la Declaración de los Derechos del Hombre (Francia, 1789) y la constitución inglesa (no escrita, simplemente consuetudinaria) eran dos formas distintas pero análogas de garantizar las libertades individuales.

Primeros contrastes

Esta amistad fue enturbiada por un conflicto: las dos naciones, en calidad de guardianas del canal de Suez y agentes de los accionistas internacionales, habían asumido una responsabilidad conjunta respecto a Egipto. Cuando se perfiló una oposición egipcia, los ingleses apelaron a la fuerza, mientras que los franceses, en último momento, se echaron atrás. Al encontrarse como únicos dominadores de Egipto, los ingleses demostraron claramente su intención de seguir siéndolo. Para los franceses, el problema de sacar de Egipto a Gran Bretaña por medios diplomáticos llegó a ser una verdadera obsesión desde 1882 hasta 1898. Otras fricciones surgieron en varios lugares de África y en las fronteras de Siam durante la disputa general por la expansión imperialista. En todo el mundo Francia parecía haberse convertido en la principal antagonista de Gran Bretaña.

Hubo varias tentativas de reconciliación, y de hecho los conflictos coloniales se solucionaron sin recurrir a la guerra. El problema de Siam fue solventado en 1893 mediante un mutuo acuerdo de retirada (aunque antes se llegó a una amenaza de guerra). A fines de 1893 los dos países casi lograron un acuerdo general, que no se alcanzó porque los franceses rehusaron prometer que se retirarían del valle del Nilo. En la última década del siglo XIX se produjo otro motivo de fricción: Francia había firmado en 1894 una alianza con Rusia, alianza cuyo único propósito inicial era una combinación defensiva contra Alemania. Pero los rusos, que no tenían motivos inmediatos para temer a Alemania, propusieron utilizar la alianza contra los intereses imperiales de Gran Bretaña, y dado que por entonces Alemania no se mostraba amenazadora, la alianza tendía a orientarse en tal sentido.

Aliados recalcitrantes

En 1896 Rusia se proponía apoderarse de Constantinopla; Francia, por su parte, pidió a los rusos ayuda para recuperar de Alemania la Alsacia-Lorena y expulsar de Egipto a los ingleses. Este precio pareció demasiado elevado a los rusos, quienes renunciaron a Constantinopla; pero, en cambio, insistieron en que los franceses los apoyaran contra Gran Bretaña en el Extremo Oriente. Semejante plan alarmó mucho a los franceses, que no deseaban enajenarse la amitad de Rusia pero tampoco estaban dispuestos a darle esa clase de ayuda, sobre todo cuando los rusos no les ofrecían apoyo en ninguna otra cuestión. En 1898 el conflicto entre Francia y Gran Bretaña por el dominio de Egipto llegó a su punto culminante con la crisis de Fashoda, y entonces fueron los franceses quienes necesitaron ayuda: pero los rusos mostraron una total indiferencia, y Francia tuvo que retirarse del Nilo sin condiciones.

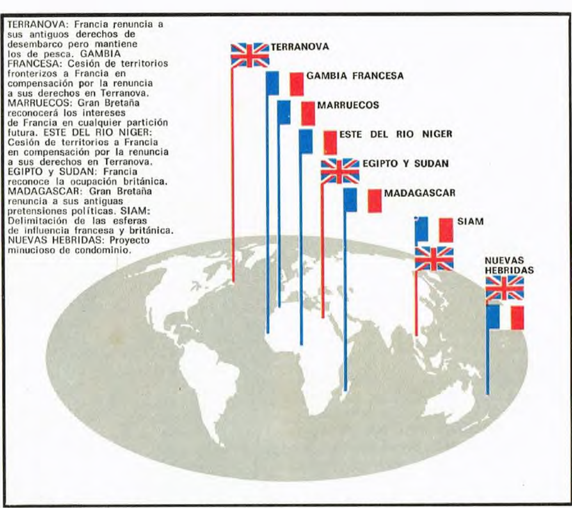
Durante la crisis de Fashoda, Théophile Delcassé fue nombrado ministro de Asuntos Extranjeros de Francia, y lo primero que le tocó hacer fue firmar un instrumento de humillación nacional. Decidió no volver a tolerar tal cosa. Posteriormente afirmó que la reconciliación con Gran Bretaña había sido su objetivo desde el prin-

cipio, pero probablemente la verdad era muy otra. Parece ser más bien que su primera idea fue hacer de la alianza franco-rusa una efectiva combinación contra Gran Bretaña, ya que amplió los términos de dicha alianza de modo que no apuntaran tan sólo contra Alemania; ofreció dinero francés con el cual Rusia podría construir ferrocarriles estratégicos hacia la frontera de la India; durante la guerra de los bóers, secundó varias maniobras que inútilmente hicieron los rusos contra los ingleses. En 1902, cuando Gran Bretaña estableció una alianza con Japón, Delcassé acordó con los rusos hacer una contra-declaración afirmando que sus dos países se proponían dominar el Extremo Oriente.

Pero era éste un camino muy peligroso. Si Rusia y Japón entraban en guerra, Gran Bretaña se vería obligada a hacer honor a su palabra, y los franceses se encontrarían enfrentados con la armada inglesa por motivos demasiado ajenos a sus principales intereses. La amenaza de una crisis en el Extremo Oriente fue el primer factor que movió a Delcassé a procurar la reconciliación con Gran Bretaña: en cuanto Francia y Gran Bretaña estuvieran en buenas relaciones, Gran Bretaña podría frenar al Japón, o, por lo menos, Francia afirmaría que estaba convenciendo a Gran Bretaña para que lo hiciera. Delcassé llegaba incluso a imaginar que podía reconciliar a Gran Bretaña con Rusia; en cualquier caso, había de evitar que la hostilidad entre dichas potencias tuviese consecuencias graves.

También por otros motivos era preciso actuar de este modo. En Francia el partido colonialista deseaba poner fin a la disputa por Egipto y cooperar con Gran Bretaña en la limitación de la expansión alemana en Africa. El gobierno radical francés, que entonces ocupaba el poder, deseaba volver a la alianza liberal. La consideración más práctica se fundaba en la situación marroquí: los ingleses habían apoyado a este desarticulado imperio por considerarlo un amortiguador neutral entre Gibraltar y el Africa del Norte francesa. Pero la autoridad del gobierno marroquí se estaba derrumbando: los franceses podían verse obligados a intervenir —aunque sólo fuera a causa de Argelia— y sería peligroso que Gran Bretaña se opusiera a esta intervención.

También los ingleses tenían razones para desear una reconciliación. A pesar de su aislamiento, habían conseguido ganar la guerra contra los bóers, y Japón era un buen aliado en el Extremo Oriente. Pero, con todo, no les faltaban motivos de inquietud. Estaba naciendo una gran marina de guerra alemana, y sería un considerable alivio para los ingleses no tener que enviar barcos de guerra al Extremo Oriente para cerrar el paso a los franceses. Además, aún no tenían las manos libres en Egipto: después de lo de Fashoda estaban a salvo de cualquier amenaza militar, pero los planes de su representante, lord Cromer, para reformar las finanzas egipcias no podían llevarse a cabo sin el consentimiento de la junta de accionistas, y este consentimiento no podía obtenerse con la oposición de Francia.



Mapa de las principales zonas en litigio afectadas por el acuerdo anglofrancés.

Amistad, pero ¿a qué precio?

La dificultad estribaba en encontrar un precio suficientemente elevado como para que los franceses renunciaran de una vez a su sueño egipcio. Inglaterra no estaba dispuesta a pagar este precio en el mismo Egipto. ¿En qué otro lugar podía pensarse? Los acontecimientos se encargaron de proporcionar una respuesta: Marruecos estaba al borde del colapso y evidentemente iba a convertirse en motivo de discusiones internacionales. Al principio Gran Bretaña no pensó en llegar a un acuerdo con Francia, sino que, por el contrario, intentó formar una combinación contra ella. A tal efecto, en 1901, los ingleses trataban de conseguir una alianza con Alemania (sobre todo con vistas al Extremo Oriente), pero los alemanes no accedieron. Entonces Gran Bretaña sugirió que si el Extremo Oriente era una zona demasiado peligrosa para la cooperación, quizá podía sustituirse por Marruecos, donde ingleses y alemanes se mostrarían como los pacíficos sostenedores del *statu quo*. Una vez más los alemanes rechazaron la proposición, afirmando que no tenían ningún interés por Marruecos; en realidad, se estaban frotando las manos ante la perspectiva de otro enfrentamiento anglo-francés. Veían que Gran Bretaña tenía conflictos en todo el mundo, desde Marruecos a China, y suponían que tarde o temprano acabarían pagando un alto precio por la amistad germana. Los alemanes nunca precisaron en qué consistiría este precio, y la verdad es que resulta difícil imaginar qué clase de concesión británica hubiera sido juzgada ventajosa por Alemania: ¿una concesión ganada a expensas de Francia o de Rusia? Cualquier alianza entre Gran Bretaña y Alemania sólo era concebible si antes Alemania dominaba Europa, objetivo que en aquel entonces los alemanes no se planteaban conscientemente, y al que, por otra parte, los ingleses

nunca hubieran accedido. Por todas estas razones, los proyectos de alianza anglogermana nunca llegaron a un grado de madurez suficiente.

En aquella época los ingleses no tenían motivos graves de enemistad con Alemania, pero, con razón, consideraban poco conveniente depender de su voluble buena voluntad; de todos modos, seguían confiando en que la conflictiva situación de Marruecos se prolongase. En el otoño de 1902 aseguraron al sultán de Marruecos que estarían a su lado, pero fue el mismo sultán quien rompió el pacto. Hacia fines del mismo año las tribus no sometidas se sublevaron: evidentemente, la autoridad del sultán se desmoronaba. Los ingleses suponían que el derrumbamiento podía producirse de un momento a otro; por tanto, les agradara o no, tenían que negociar con los franceses. También éstos estaban deseosos de entablar conversaciones: Delcassé no quería arriesgarse a que se produjera otro episodio análogo al de Fashoda, y tal posibilidad podía darse si Francia se enfrentaba sola con Inglaterra (ya que Rusia estaba ocupada en el Extremo Oriente). La prudente maniobra de acercamiento a Alemania iniciada por Delcassé obtuvo una respuesta idéntica a la que ya habían recibido los ingleses: el Káiser no tenía ningún interés por Marruecos. De todos modos, Delcassé, como buen patriota francés, no estaba predispuesto a la idea de recibir ayuda de Alemania. Obviamente, no le quedaba otra alternativa que negociar con los ingleses.

Gran Bretaña cruza el canal de la Mancha

El hielo se rompió de un modo espectacular. Eduardo VII, que había subido al trono en 1901, se jactaba de sus dotes diplomáticas, y estaba deseoso de restaurar el prestigio tradicional de la monarquía británica, tal vez algo oscurecido durante los últimos años del período victoriano. En un terreno más personal, la verdad es que le gustaba viajar por el extranjero. Se dispuso así a hacer una gira por varios países (Portugal, España e Italia) y, de paso, transcurrir algunos días en París durante el regreso. La visita de Eduardo VII a París en mayo de 1903 fue un gran éxito, gracias en parte a una minuciosa preparación realizada por la prensa francesa. Aunque hostiles al comienzo, los parisienses se dejaron conquistar por la inalterable jovialidad de Eduardo: se llevó así a cabo la reconciliación, al menos a nivel de los sentimientos populares.

Ninguno de sus ministros había acompañado a Eduardo VII, y no hubo conversa-





Una escena imaginaria, cuyo autor se inspiró en la fama de sibarita y don Juan del monarca inglés: el presidente francés Loubet y «Bertie», o sea Eduardo VII, fumando el narguilé, contemplan a unas odaliscas.

ciones políticas durante su estadía en París. En julio, el presidente Loubet correspondió a la visita trasladándose a Londres, donde protagonizó un curioso episodio: Eduardo VII insitía en que vistiera calzón corto, a lo cual Loubet replicó que él representaba a la república de los *sansculottes* y que llevaría pantalones, tal como los representantes norteamericanos en Londres habían llevado siempre. Eduardo VII cedió, aunque de mala gana, y sin duda ello debió representar para él una concesión mayor que si hubiera regalado Marruecos, Egipto y China. El presidente Loubet no iba solo: lo acompañaba Delcassé, quien inició negociaciones formales con lord Lansdowne, secretario de Asuntos Extranjeros. Lansdowne era pesimista por temperamento, siempre a la espera de que las cosas salieran mal; como secretario de la Guerra, había tenido parte de responsabilidad en los primeros reveses que Gran Bretaña sufrió en la guerra contra los bóers, y no albergaba esperanzas de que los franceses pudieran ser contenidos en Marruecos. Al igual que Delcassé, estaba ansioso por llegar a un acuerdo.

Éste no iba a ser fácil. Delcassé quería proponer para Marruecos una mutua retirada, semejante a la que los ingleses habían propuesto años atrás para el valle del Alto Nilo. Pero desde El Cairo, lord Cromer había explicado a Lansdowne con toda claridad que un acuerdo con los franceses sería inútil a menos que éstos abandonaran su oposición en la junta de accionistas. Lansdowne tenía que insistir en que Francia abandonara abiertamente su tradicional pretensión a tener voz en los asuntos egipcios. Delcassé respondió que Francia tenía que recibir algo sólido a cambio (aunque sólo fuera para apaciguar a la opinión pública francesa); este algo sólo podía ser una plena libertad en Marruecos. Delcassé estaba dispuesto a hacer algunas concesiones: la zona costera de Marruecos situada frente a Gibraltar sería cedida a España en un futuro reparto. Se establecería además un acuerdo entre las tres potencias para que dicha costa no fuese fortificada.

En conjunto, se trataba de una buena propuesta, aunque, claro está, hubo quejas por ambas partes. Los ingleses, encabezados por Cromer, señalaron que ya dominaban todo Egipto, y que se pretendía que abandonaran Marruecos a cambio de tan sólo una simple aquiescencia técnica por parte de Francia acerca del *status* egipcio (que en cualquier caso se vería también obligada a dar). Los franceses respondían que iban a renunciar a sólidos derechos legales en Egipto, y que no recibían nada a cambio, excepto una vaga posibilidad de obtener futuras ventajas en Marruecos; pretendieron incluso condicionar el acuerdo sobre Egipto al dominio francés en Marruecos, condición que Cromer se negó rotundamente a aceptar. Por fin, unos y otros reconocieron que el acuerdo les era favorable. Los ingleses obtenían ventajas inmediatas, pero, por otra parte, habían aceptado una pesada responsabilidad moral; aunque sobre el papel sólo se habían comprometido a no dificultar la acción de Francia en Marruecos, en realidad, habiendo ya obtenido de Francia beneficios tangibles, tenían la ineludible obligación de ayudarla a conseguir lo que deseaba.

El acuerdo sobre Egipto y Marruecos se logró, en principio, a fines de junio de 1903; los detalles quedaron ultimados en octubre. Costó mucho convencer al gabinete británico, pero las objeciones fueron cediendo ante los argumentos de Lansdowne.

Las cláusulas secretas

Las dificultades crecieron cuando se trató de preparar el texto del acuerdo para su publicación. No era ningún problema anunciar que los franceses renunciaban a su oposición en Egipto: nadie se alarmaría, excepto los franceses imperialistas chapados a la antigua. Pero Gran Bretaña y Francia no podían anunciar sus planes para dividir Marruecos entre Francia y España, puesto que estos países eran oficialmente amigos del sultán; dicho plan tenía que reservarse para unas cláusulas secretas, y cuando estas cláusulas se hicieron públicas al cabo de algunos años, se produjo un considerable escándalo. Muchos opinaron que las dos rapaces potencias imperialistas (Gran Bretaña y Francia) habían repartido deliberadamente Marruecos, lo cual no era del todo cierto: simplemente habían acordado cómo se repartiría el país en caso de que cayera el gobierno del sultán. La diferencia era evidente, aunque un tanto sutil, y desde luego no dejaba de existir para Francia la tentación de «ayudar», con la connivencia británica, a que el gobierno del sultán se hundiera efectivamente.

Posteriormente se hicieron otras críticas. Los dos países, se dijo, habían excluido a los demás de cualquier reparto de Marrue-



Eduardo VII, el monarca inglés que tanto contribuyó a la realización de la «entente».

cos. Tampoco esto era del todo cierto. España iba a recibir una parte. Italia, la otra potencia interesada, había sido acallada con la promesa francesa de que podría arrebatar Trípoli a Turquía cuando los franceses fueran dueños de Marruecos. Alemania era la única realmente desairada. Los alemanes habían repetido insistentemente que no sentían ningún interés por Marruecos, pero quizá no esperaban que se tomara esta afirmación tan al pie de la letra. Delcassé les dio garantías respecto a la apertura del país a su comercio, y al principio se declararon satisfechos; sólo más tarde se convirtieron en adalides de la independencia marroquí, maniobra que no tenía otro objetivo que el de romper la entente anglofrancesa.

En los primeros días de 1904, cuando aún proseguían las negociaciones, ni los británicos ni los franceses se preocuparon mucho por Alemania. El motivo de inquietud era Rusia. Delcassé había buscado la reconciliación con Gran Bretaña confiando en que mejoraran las relaciones anglorrusas en el Extremo Oriente, o, como mínimo, pensando que Gran Bretaña enfriaría sus relaciones con Japón. Pero los ingleses se negaron a cambiar de política, y en enero de 1904, cuando las relaciones entre el Japón y Rusia parecían encaminarse hacia una situación de crisis, Delcassé amenazó con romper todas las negociaciones de la entente. La amenaza no consiguió hacer cambiar de parecer a los ingleses: al cabo de un mes, los japoneses atacaban a la flota rusa en Port Arthur y empezaba la guerra ruso-japonesa. Delcassé tenía ahora tanta prisa en llegar a un acuerdo como lentitud había mostrado antes. Las buenas relaciones con Gran Bretaña eran esenciales si Francia quería evitar verse complicada en la guerra de Extremo Oriente al lado de Rusia. De este modo la guerra ruso-japonesa precipitó la entente anglofrancesa y permitió que esta última respondiera en gran parte a los términos exigidos por Gran Bretaña.

El acuerdo se firmó y se publicó —exceptuando las cláusulas secretas— el 8 de abril de 1904, y en ambos países fue bien recibida la terminación de las seculares disputas. Alguna de ellas, como la de los derechos de pesca franceses en las costas de Terranova, se remontaban nada menos que al Tratado de Utrecht de 1713, y todas habían durado demasiados años. Con el nuevo acuerdo se hacía borrón y cuenta nueva: las dos naciones ilustradas y liberales volvían a ser amigas. Parecía un extraordinario triunfo para la civilización de la Europa occidental. No habría más Fashodas, ni Trafalgares. Algunos franceses —los radicales, sobre todo— fueron incluso más lejos: nunca habían visto con buenos ojos la alianza con la Rusia autocrática, y todavía mostraron más desagrado cuando Rusia se vio implicada en la guerra de Extremo Oriente; puesto que Rusia había perdido todo valor como contrapeso frente a Alemania, se alegraron de tener a Gran Bretaña como aliado de recambio.

Pero esta alianza no entraba en el trato. Los ingleses no tenían la menor intención de verse envueltos en problemas europeos: incluso los que estaban preocupados por el poder naval alemán suponían que podían hacerle frente sin ninguna ayuda, aunque, por supuesto, la entente tenía una cierta intención antialemana. Significaba, ante todo, que Gran Bretaña no necesitaría mendigar la ayuda de Alemania contra Francia, y además, ahora que Japón estaba derrotando a Rusia en el Extremo Oriente, tampoco le haría falta el apoyo de Alemania contra Rusia. De hecho la entente anglofrancesa significó una última afirmación del aislamiento británico, no su abandono. Parecía como si todas las amenazas que pesaban sobre el Imperio británico hubieran desaparecido. Y así era en efecto. Tres años después, tras la derrota de los rusos por el Japón, los ingleses pudieron reanudar las relaciones anglorrusas en Persia, única zona que seguía en litigio. Hasta después de 1918 Gran Bretaña no volvió a tener ningún conflicto colonial grave con ninguna potencia europea.

Sin embargo, a la larga, la entente no le aportó a Gran Bretaña la paz y la seguridad buscadas: vista con una perspectiva de años, aparece como un primer paso hacia la gran guerra de 1914. Responsables de ello fueron, en buena parte, los alemanes, quienes al principio consideraron la entente anglofrancesa con complacencia y satisfacción. Se imaginaban que estaba a punto de producirse un conflicto entre Gran Bretaña y Rusia: en tal caso, Francia tendría que elegir entre su antigua aliada y su nueva amiga. Si elegía a su nueva amiga, Rusia se orientaría hacia Alemania en busca de ayuda, y la alianza francorusa quedaría deshecha. Estas previsiones estuvieron a punto de convertirse en realidad. En octubre de 1904 la escuadra rusa del Báltico, que se dirigía a Extremo Oriente, abrió fuego contra una inofensiva flotilla británica de pesqueros confundiéndolos con fantasmales destructores japoneses. Gran Bretaña amenazó con la guerra, pero los rusos eran demasiado débiles para luchar y se avinieron a pagar una indemnización.

Los alemanes no tardaron en ver otra oportunidad. Rusia sufría una revolución y se estaba hundiendo a causa de la guerra contra Japón; aunque quisiera, no podría ayudar a Francia. Fue entonces cuando los alemanes descubrieron que sentían interés por Marruecos: el Káiser se trasladó a Tánger y proclamó su amistad hacia el sultán. Cuando Delcassé se proponía resistir a la presión alemana, el gobierno francés le negó su apoyo y Delcassé dimitió. El Káiser estaba exultante. Bülow, el canciller alemán, fue elevado a la dignidad de príncipe. Los alemanes suponían que los ingleses no harían nada para ayudar a Francia y que la entente quedaría deshecha.

Ciertamente, en la entente Gran Bretaña sólo había prometido apoyo diplomático a Francia. Pero hay ocasiones en las que el apoyo diplomático no significa nada sin un respaldo militar. Aunque sin gran entusiasmo, los ingleses iniciaron conversaciones militares con los franceses. En 1906 estudiaron la posibilidad de mandar una fuerza expedicionaria al continente, por primera vez desde 1864. Pero la crisis se superó sin llegar a la guerra. La conferencia celebrada en Algeciras puso temporalmente freno a los planes franceses sobre Marruecos, aunque sin admitir la pretensión alemana de tomar parte en el reparto. Pero el cambio esencial ya se había producido: muchos ingleses estaban convencidos de que Alemania se proponía acabar con la independencia de Francia y tenía por objetivo dominar Europa.

Así, la entente anglofrancesa fue más que un simple arreglo de diferencias entre dos potencias coloniales. La actuación de Rusia en el Extremo Oriente contribuyó a hacerla posible y aceleró su conclusión; la intervención de Alemania en Marruecos la convirtió en una alianza oficiosa.

A. J. P. Taylor

Nacionalismos en acción

Análisis de las actividades nacionalistas en tres naciones europeas.

IRLANDA

En 1900 Irlanda todavía formaba parte del Reino Unido. Carecía de Parlamento propio y estaba representada por diputados irlandeses en el Parlamento británico de Londres. Aquel año la reina Victoria visitó Irlanda, en parte para demostrar su gratitud hacia los soldados irlandeses que luchaban en la guerra anglo-bóer. No es de extrañar que esta visita hiciera salir de la sombra a ciertos grupos políticos que, en circunstancias normales, pasaban inadvertidos, puesto que la oposición a la mencionada guerra y las simpatías por los bóers unían a los nacionalistas irlandeses de todos los matices.

El Partido Parlamentario Irlandés había sufrido graves reveses desde su ascenso bajo la dirección de Charles Parnell, veinte años antes. Las *Home Rule Bills*, o sea las leyes de autonomía de Gladstone, presentadas en 1886 y 1893 con el fin de conceder a Irlanda unas medidas limitadas para su autogobierno, no fueron aprobadas. El partido se dividió en 1890 —cuando concluyó la carrera política de Parnell al ser citado éste en un juicio por divorcio— y un período de paz y de relativa prosperidad en Irlanda, conseguido gracias a las reformas agrarias de los conservadores, relegó la *Home Rule* a segundo término. Pero en 1899 el partido fue reunificado por John Redmond, y en 1900 controlaba ya 81 de los 103 escaños irlandeses en el Parlamento británico.

La única amenaza contra la supremacía del partido procedía de sus propias filas y también de una organización agraria fomentada en su seno, la *United Irish League*, acaudillada por William O'Brien, uno de los dirigentes del partido. En realidad, la política irlandesa parecía consistir únicamente en una serie de pugnas entre los directivos del partido, Redmond, O'Brien, John Dillon y Timothy Healy, pero mientras la luz de las candilejas iluminaba estos forcejeos internos, las fuerzas del futuro arraigaban y crecían. El más importante de estos grupos, entonces todavía oscuros, era el *Sinn Fein* de Arthur Griffith, que no surgió como partido hasta 1904.

Las ideas principales de Griffith pueden ser resumidas por las frases «monarquía dual» y «Sinn Fein». Era un admirador de los nacionalistas húngaros del 1840, y en particular de Ferencz Déak (1803-1876), y había adoptado también los puntos de vista del economista nacionalista alemán Friedrich List (1789-1846). De estas dos influencias dedujo las nociones de una monarquía dual de Inglaterra e Irlanda, según el modelo austro-húngaro, o sea una corona común para dos Estados separados, y la determinación de crear una industria irlandesa amparada por aranceles proteccionistas. Tal era lo que él denominaba la política del *Sinn Fein* («Nosotros solos»).

Griffith no era entonces republicano, pero había otras fuerzas que actuaban bajo este signo. Desde la década de 1860 había existido un pequeño grupo de revolucionarios, tanto en Irlanda como en el extranjero (sobre todo en los Estados Unidos y en especial el *Clan na Gael* de John Devoy), que se proponían expulsar a los ingleses de Irlanda y establecer una república completamente independiente. Aparte de ello, no tenían una ideología social concreta, excepto la reforma agraria, y no estaban vinculados con los principales núcleos revolucionarios europeos. Primero se denominaron a sí mismos «fenianos», pero después se dieron a conocer con las siglas IRB, *Irish Republican Brotherhood* (Hermandad Irlandesa Republicana). Alrededor de 1900 decidieron infiltrarse a la vez en el *Sinn Fein* de Griffith y en otra organización, la *Gaelic League* (Liga Gaélica), que empezaba a adquirir creciente popularidad.

La *Gaelic League* había sido fundada en 1893 por Douglas Hyde, un idealista, hijo de un ministro de la Iglesia de Irlanda, entregado a la resurrección de la moribunda lengua gaélica. Este movimiento había ejercido considerable influencia sobre una nueva generación de patriotas, entre los cuales había intelectuales jóvenes como Patrick Pearse, Thomas Mac-Donagh y Eamon de Valera, para los que nada significaba el Partido Parlamentario. En contra de los deseos de Hyde, la *Gaelic League* se convirtió en un centro de acción revolucionaria y el nuevo impulso dado a la lengua se vinculó con la lucha por una república independiente.

Las simpatías de la Iglesia

Era lógico que otra influencia importante fuese la ejercida por la Iglesia Católica. Había en aquel entonces dos poderosas figuras nacionalistas en la Iglesia irlandesa, el arzobispo Croke de Cashel y el arzobispo Walsh de Dublín, quienes habían apoyado la lucha agraria contra la explotación a la que se hallaban sometidos los numerosos colonos irlandeses por parte de sus amos, casi siempre terratenientes anglo-irlande-

Irlanda. *1* **Griffith, fundador del** *Sinn Fein* **(«Nosotros solos»).** *2* **Pearse, líder del espectacular y heroico levantamiento de 1916.** *3* **Connolly, un revolucionario marxista en un país donde la tradición socialista era débil.** *4* **Eamon de Valera, años más tarde primer ministro y presidente de Irlanda.**

1

2

3

4


ses, incluso cuando esta pugna fue condenada por el Vaticano alrededor de 1880. Ambos tuvieron que denunciar a Parnell cuando éste se negó a dimitir, pero apoyaron la política de la *Home Rule* propugnada por el partido irlandés. Más tarde, el arzobispo Walsh mostró crecientes simpatías por el *Sinn Fein*. Los revolucionarios irlandeses eran mayoritariamente católicos, lo que explica el escaso desarrollo del socialismo. En cuanto a James Connolly, revolucionario marxista, si bien tomó parte en el alzamiento de 1916, nunca consiguió un amplio apoyo para su partido.

A pesar de toda esta actividad clandestina, en 1900 las probabilidades de una revolución eran remotas. La causa principal de la tensión era la cuestión de las tierras, o sea la dependencia de los campesinos arrendatarios irlandeses con respecto a sus amos, y los ingleses contribuyeron a aliviar progresivamente este malestar con una serie de leyes que culminaron en la de 1903, que concedía opciones de compra a los terratenientes que eran dueños de la mayor parte de Irlanda y que, por aquel entonces, eran ya irlandeses en su gran mayoría. La política agraria inglesa trataba de «matar la autonomía a fuerza de amabilidad».

Por lo tanto, sólo una acción como el temerario y espectacular levantamiento de Pearse en la Pascua de 1916 (y la previsible reacción británica) podía dar, a las diversas y periféricas fuerzas políticas irlandesas, la oportunidad de medirse con el Partido Parlamentario para obtener el control del movimiento nacional irlandés.

J. M. Dillon

NORUEGA

En muchos aspectos, los noruegos podían considerarse uno de los más afortunados pequeños países de Europa. Habían conseguido su independencia en 1814, después de varios siglos de forzada unión con Dinamarca, y en el mismo año se habían dado la constitución liberal y parlamentaria por la que todavía se rigen hoy en día.

Había, sin embargo, una sombra en este panorama. En la reorganización general de Europa que se produjo tras las guerras napoleónicas, los noruegos se habían visto obligados a aceptar que los reyes de Suecia fuesen también monarcas constitucionales de Noruega. Esta monarquía conjunta, hábilmente administrada durante tres generaciones por la casa de Bernadotte, permitió que los noruegos disfrutasen de una absoluta libertad interior, ya que incluso el Ejército y la Marina mantenían total independencia; pero, a pesar de ello, la unión nunca llegó a conquistar el favor de las masas.

En 1884, el Consejo de Ministros noruego, en el que hasta entonces habían predominado los funcionarios pertenecientes a las clases superiores, quedó ligado más estrechamente al Parlamento, en el que predominaba un fuerte partido radical, y entonces el problema de la libertad exterior pasó a primer plano. Hasta aquel momento, la política extranjera había estado en manos del Rey y del ministro sueco del Exterior, quienes representaban al miembro más importante de la unión. Pero ¿acaso no podía Noruega, cuyos buques tocaban todos los puertos importantes del mundo, solicitar como mínimo un servicio consular propio? Transcurrió una década de continuas y vivas controversias, al final de la cual las peticiones noruegas tuvieron que ser retiradas ante lo que parecían ser amenazadores preparativos militares por parte de Suecia.

Punto muerto

La consecuencia fue un inmediato aumento del fervor patriótico que, virtualmente, impulsó a los conservadores hacia el bando radical. En 1900, el Parlamento aprontaba fondos para construir fuertes a lo largo de la frontera sueca, modernizar el equipo del Ejército y reforzar la exigua Marina militar noruega con cuatro acorazados de construcción británica (dos de los cuales se enfrentaron a los invasores alemanes, en Narvik, en 1940). Entretanto, continuaban las negociaciones para buscar una solución de compromiso, pero, cuando por fin se les concedió un servicio consular separado, los noruegos no admitieron que se hallase sujeto a control alguno por parte del ministro sueco del Exterior, con lo que se llegó a un punto muerto.

Tales situaciones se habían producido antes, pero esta vez los noruegos, con el astuto naviero Christian Michelsen al frente de un gobierno de coalición, estaban dispuestos a actuar. El 7 de junio de 1905, el Parlamento aprobó por unanimidad la resolución de que la monarquía había cesado de funcionar, basándose en el pretexto de que, cuando el Gabinete había presentado su dimisión a causa de la cuestión de los consulados, el Rey había sido incapaz de encontrar un sustituto adecuado. En la misma resolución se autorizaba al Consejo de Ministros para ejercer los poderes reales mientras se procedía a elegir un nuevo soberano.



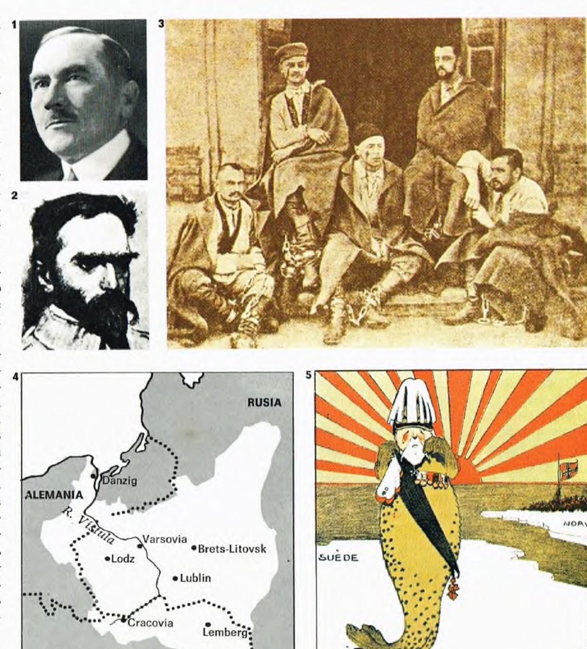
Caricatura británica de un diputado irlandés en el Parlamento de Londres. El comentario remedaba irónicamente el acento de los irlandeses. A principios de siglo, el Partido Parlamentario Irlandés constituía aún la vanguardia del movimiento nacionalista; sin embargo, el futuro de la Irlanda independiente no estaba en las manos de esos hombres.

El nudo gordiano quedaba con ello cortado, pero el pueblo noruego se enfrentaba a una nación que lo triplicaba en población, fuerzas armadas y recursos económicos. Por otra parte, únicamente el Gobierno sueco tenía en los demás países representantes oficiales capaces de explotar el hecho de que los noruegos habían preparado una revolución. Durante todo el verano de 1905 la situación fue tensa: hubo movimiento de tropas en ambos lados de la frontera, mientras los suecos mostraban particular enojo ante la construcción de las nuevas fortificaciones de sus vecinos. Sin embargo, el resultado final consistió en un acuerdo amistoso para llegar a una separación, confirmado con el establecimiento de una zona fronteriza neutralizada, de 46 kilómetros de anchura, que todavía existe hoy.

En gran parte, este acuerdo fue un triunfo de la moderación. En Suecia, la Cámara Alta —en la que los nobles de influencia germana se hallaban representados en gran número— fue la única que sostuvo la adopción de medidas extremas, mientras que los socialdemócratas manifestaron en todo momento sus inquebrantables sentimientos de amistad hacia Noruega. Por su parte, también los noruegos tuvieron un gesto conciliador el 7 de junio, al ofrecerse a aceptar un príncipe sueco como soberano de una monarquía noruega separada, y más tarde se anticiparon a los deseos suecos al celebrar un plebiscito, que dio una mayoría de 2.000 a 1 en contra de la unión, para demostrar que la separación no era una mera maniobra parlamentaria.

Candidatos al trono

Pero el factor más importante para que se alcanzase una solución pacífica fue la determinación de las grandes potencias de evitar ulteriores complicaciones internacionales, ya que éste era el año que había comenzado con el enfrentamiento franco-alemán en Tánger y que terminaría con Rusia en un estado de virtual revolución. La reincorporación de Noruega a la corona sueca por un acto de fuerza podía ser origen de futuros conflictos, en tanto que siempre cabía la posibilidad de dar una forma respetable a la separación por medio de un conveniente arreglo dinástico. Y los británicos contaban con el candidato ideal. El anciano rey de Suecia sentíase demasiado agraviado para permitir que un miembro de su familia fuese candidato al nuevo trono. El Káiser y el Zar patrocinaban a un príncipe danés, con el inconveniente de una esposa católica y varios hijos ya crecidos. El candidato de Eduardo VII era su yerno, también príncipe danés, y, lo que aún resultaba más interesante para el pueblo noruego, padre de un niño de dos años que podía aprender el idioma y asimilar las costumbres de su patria adoptiva.



Polonia. *1* **Dmowsky, el hombre que no propugnaba ni una insurrección armada, ni un pacifismo completo.** *2* **Pilsudsky, que trató de persuadir a los japoneses para que patrocinasen un levantamiento en Polonia.** *3* **Socialistas polacos de la década de 1880, encadenados por los rusos.** *4* **Mapa que indica la partición de Polonia (límites de 1919) entre los tres imperios.** *5* **Comentario francés acerca de la independencia de Noruega: «Alguien se ha comido la mitad del pastel del rey de Suecia.»**

Aunque un segundo pebliscito demostró que por lo menos una quinta parte de la población hubiera preferido una república, la nueva Noruega llegó a considerar a Haakon VII como símbolo de su total independencia. Circunstancias externas habían colaborado en el logro de este objetivo nacional, pero no debe olvidarse que la fuerza motriz fueron los sentimientos nacionalistas del pueblo noruego.

T. K. Derry

POLONIA

En el siglo XVIII, Polonia había sido un vasto país que no sólo abarcaba las zonas oriental y central de la actual Polonia, sino también gran parte de Lituania, Letonia, la Rusia Blanca y Ucrania. Su existencia política y social estaba dominada por una aris-

tocracia rural, la *szlachta*, que elegía al rey y al Parlamento. Aunque, en teoría, todos los miembros de la *szlachta* eran iguales, en la práctica la política estaba reservada a las grandes familias que eran casi soberanas en sus inmensas propiedades.

Este sistema político exponía a Polonia a fuertes presiones por parte de sus vecinos. Aunque la aristocracia más conservadora seguía manteniendo el principio de que «en la anarquía radicaba la fuerza de Polonia», la primera partición del país por obra de Rusia, Prusia y Austria, en 1772, manifestó los peligros que ello suponía y los intentos encaminados a reformar la organización política no evitaron la desaparición de Polonia como Estado en 1795, cuando sus restantes territorios fueron repartidos entre las mismas tres potencias.

Algunos de los grandes aristócratas se prestaron a cooperar con las potencias que se habían repartido la nación, pero la pérdida de la independencia fue motivo de hondo resentimiento para la mayoría de la pequeña nobleza rural y causó una serie de levantamientos entre 1830 y 1863, todos los cuales fueron cruelmente aplastados.

La desilusión por los fracasos de las insurrecciones se generalizó y adoptó dos formas: el «trilealismo» y el «positivismo», que a menudo se manifestaban unidos.

El trilealismo sostenía que no era posible conseguir la independencia en un futuro previsible, y que los polacos debían tratar de llegar a una fórmula de compromiso con las potencias ocupantes. Tenía su mayor arraigo entre los terratenientes y obtuvo cierto éxito en Galizia (Polonia austríaca), donde se consiguió un gobierno propio a principios de la década de 1860. El positivismo tuvo mayor importancia en la Polonia rusa. Sus adictos alegaban que la lucha por la independencia había desviado la atención de los problemas más acuciantes de la vida polaca, tales como la necesidad de mejorar la situación de los campesinos.

Con la reaparición del nacionalismo, fenómeno que se produjo en toda Europa en la última década del siglo XIX, las doctrinas del trilealismo y del positivismo adquirieron el aspecto de compromisos humillantes a los ojos de la nueva generación, y la reacción contra estas dos tendencias dio lugar a nuevas tomas de posición política. Acaso la más importante fuese el Partido Nacional Democrático, denominado al principio Liga Nacional, cuya fundación se remonta a principios de dicha década.

El dirigente de los nacionaldemócratas, Roman Dmowsky (1864-1939), aseguraba que su partido ofrecía un tercer camino que no era ni la insurrección armada, ni la pasividad total. Definía el sentimiento nacional como una combinación de instintos «independientes de la voluntad del individuo», y esperaba crear entre todos los polacos una conciencia de comunidad y solidaridad nacional capaz de resistir las presiones de la asimilación. Se oponía a los partidos de clase, a los que acusaba de inmadurez política; pero, si bien los nacionaldemócratas mostraban especial empeño en fomentar los sentimientos nacionalistas del campesinado, fundando escuelas y cooperativas, no se mostraban hostiles hacia los grandes terratenientes, entre los cuales contaban a varios de sus seguidores más importantes.

Aunque se calificaba a sí mismo de demócrata, Dmowsky era hostil a la democracia liberal tal como ésta se aplicaba en Occidente, pues creía que estaba dominada por «influencias judías y masónicas» y que se oponía a su idea acerca de una comunidad nacional coherente con una voluntad común. El antisemitismo era un elemento básico en la ideología de su partido, y Dmowsky achacaba el fracaso en el desarrollo de una fuerte burguesía polaca y la debilidad política de su país —que había permitido su partición— al predominio judío en el comercio polaco.

«El noble socialista»

El movimiento socialista polaco se hallaba dividido en lo referente a la cuestión nacional. El Partido Socialista Polaco (P.S.P.) en Rusia sostenía que, en vista de que los terratenientes y la burguesía habían decidido colaborar con los rusos, sólo la clase obrera seguía interesada en la liberación nacional, meta que era tan vital como la revolución social. El más importante de sus líderes, Josef Pilsudsky (1867-1935), era una personalidad casi antagónica a la de Dmowsky, quien le llamaba despectivamente «el noble socialista». Nacido en una familia aristocrática, era en muchos aspectos una versión moderna de los revolucionarios polacos románticos del siglo XIX. Su primera actividad política se desarrolló en la *Narodnaya Volya* («La voluntad del pueblo»), la organización terrorista rusa, y en 1887 fue sentenciado a cinco años de destierro en Siberia por haber tomado parte en un complot contra la vida del Zar. Llegó después a la conclusión de que la Rusia zarista, aquel «monstruo asiático disfrazado con un recubrimiento europeo», era el principal enemigo de Polonia.

El otro grupo socialista importante en Polonia era la Socialdemocracia del Reino del Congreso y de Lituania, formada en 1893 al retirarse del Partido Socialista Polaco las facciones dirigidas por Rosa Luxemburg (1870-1919) y Julián Marchlewsky (1886-1925), quienes consideraban que el objetivo de independencia nacional formulado por el P.S.P. era nocivo para el socialismo y lo desviaba del objetivo principal de promover una revolución en Rusia. Esta facción socialista no deseaba un Estado polaco, y limitaba sus actividades a las regiones polacas de Rusia. La Socialdemocracia fue siempre un grupo reducido, predominantemente judío, de fogosos intelectuales vinculados con los bolcheviques rusos.

El interés predominante por los objetivos sociales, con preferencia a los nacionales, era tradicional entre los socialistas polacos, uno de los cuales dijo en cierta ocasión: «Hay una nación más desdichada que la polaca: la nación de los proletarios.» Con el aumento de los sentimientos revolucionarios en Rusia y la creciente dependencia económica de la Rusia polaca con respecto al Imperio zarista, esta actitud tenía mayor justificación aún. Sin embargo, lo que resultaba realmente nuevo era la furia casi irracional con la que Rosa Luxemburg y sus seguidores atacaban al Partido Socialista Polaco por sus desviaciones nacionalistas. «Ni siquiera la fértil fantasía de un político de café —declaró la Luxemburg en diversas ocasiones— podría imaginar la reconstitución de Polonia.» Este extremismo imposibilitó toda cooperación efectiva incluso con el ala izquierda del Partido Socialista Polaco (que acabó separándose del partido en noviembre de 1906).

Todos estos grupos emergieron como fuerzas políticas significativas durante la revolución rusa de 1905 y demostraron que la cuestión polaca, que se consideraba generalmente como extinguida desde 1863, seguía siendo uno de los problemas más difíciles de la política europea, un problema que sólo podía ser resuelto a expensas de los tres grandes imperios dinásticos: Alemania, Rusia y Austria-Hungría.

A. Polonsky

La Alemania de Guillermo II

Las realizaciones del Segundo Reich fueron notables. Pero era posible descubrir rasgos siniestros en el joven Estado alemán. El historiador Friedrich Meinecke observó que «el teniente prusiano pisaba majestuosamente el suelo, como un joven dios». En realidad, algunas de las semillas del nacionalsocialismo y de la futura catástrofe fueron ya sembradas en la Alemania del káiser Guillermo.

El káiser Guillermo II: impulsivo, excéntrico, era el tipo de gobernante que muchos alemanes necesitaban. *Abajo:* **Guillermo II fotografiado en 1903 junto a su esposa Augusta Victoria y cuatro de sus hijos.**





Cuando, en 1890, el general Von Caprivi tomó posesión de su cargo (segundo canciller del Imperio Alemán), admitió públicamente que no había hecho sino obedecer, como soldado, las órdenes del Káiser, y que no tenía programa alguno para proponer. No estando acostumbrado a los asuntos públicos, se enfrentaba con una tarea para la que se encontraba falto de experiencia; pero el káiser Guillermo II, que acababa de cumplir treinta y un años, dijo francamente a su nuevo servidor: «No se preocupe; todos los hombres de Estado hacen lo que saben, y soy yo el que asume la responsabilidad.» La misma confianza en sí mismo había manifestado cuando despidió a Bismarck, que durante treinta años había sido el símbolo de la fundación, grandeza y seguridad de la nueva Alemania pese a las maniobras diplomáticas de las grandes potencias.

La caída de Bismarck y la política exterior de Guillermo II, que llevaron al aislamiento de Alemania y finalmente a la Primera Guerra Mundial, no han de explicarse simplemente, sin embargo, como desafortunada consecuencia de errores personales del monarca: fueron, más bien, manifestaciones de un problema estructural en el sistema político implantado tras la fundación del Imperio en 1871. La unificación nacional, tanto tiempo anhelada, fue una secuela del aplastamiento de la revolución izquierdista de 1848 por elementos conservadores y reaccionarios: las cortes principescas, los militares y la burocracia. Bismarck y Prusia, los principales soportes y símbolos del viejo orden, lograron crear el Estado nacional alemán mediante una revolución impuesta desde arriba.

Se trataba de un sustitutivo prusiano y autoritario del Estado nacional liberal-democrático por el que se había luchado hasta 1848, pero satisfizo los deseos elementales de los ciudadanos partidarios de la unificación, y consiguió al mismo tiempo absorber el movimiento de emancipación liberal de la clase media en la estructura de un Estado pseudoconstitucional, semiabsoluto, feudal, militar y burocrático. Los liberales capitularon a las tantas veces citadas palabras de Bismarck de que las grandes cuestiones del día no se resolverían con discursos y decisiones de la mayoría sino con hierro y sangre. La burguesía alemana, embriagada por los éxitos de Bismarck, aceptó una concepción cínica y vulgar de la *Realpolitik*, en la que lo que contaba era la fuerza, no el derecho o la ética. A partir de entonces prevalecerían las nociones autoritarias de «prestigio» y «ley-y-orden», y el culto al poder y el espíritu de sumisión serían los dos polos de esa actitud.

Así, desde sus comienzos, el Imperio Alemán se vio obstaculizado por grandes defectos estructurales, superficialmente ocultados por las glorias del *Gründerzeit*, como se llamó al próspero período de fines del siglo XIX, cuando se establecieron innumerables empresas de carácter económico. Aquellos defectos impidieron el desarrollo de un sólido sistema parlamentario y de partidos políticos responsables. El Estado autoritario, dominado por militares y burócratas, rechazaba la cooperación de las masas obreras y de sus sindicatos y sus organizaciones socialdemócratas. El resultado fue una profunda discrepancia entre la estructura social y el sistema político, pues este último apenas tenía en cuenta los cambios sociales engendrados por la revolución industrial. En realidad, después de la caída de Bismarck se fue desarrollando una tendencia a neutralizar el problema desviando las presiones internas de emancipación social hacia una expansión imperialista.

Ambiciones imperialistas

Por otra parte, en política exterior el nuevo Imperio Alemán unificado se sentía como un recién llegado al concierto de las potencias. Conservadores y liberales estaban igualmente convencidos de que Alemania, lo más pronto posible, tenía que ponerse a la altura de las grandes potencias, tanto en el plano nacional como en el imperial; de que tenía el derecho natural de obtener el poder hegemónico en la Europa central y una adecuada participación en el reparto colonial del mundo. Esa idea de Alemania como un Estado nacional-imperialista encontró su expresión extrema en la fundación de la Liga Pan-

Caricatura del káiser Guillermo II aparecida en la revista alemana *Simplicissimus*. El Emperador cifraba la grandeza futura de Alemania en una poderosa y modernísima escuadra.



alemana de 1893. Aunque escasa en adeptos, ésta era una asociación activa e influyente que promovía las ambiciones coloniales e imperialistas que acompañaban a la expansión del comercio alemán. Su propaganda militar y política alcanzó el máximo de su violencia durante la Primera Guerra Mundial. Incluso en su versión más moderada, «centroeuropea», la pretensión hegemónica alemana, compartida por amplios círculos de población, tendría que parecer a sus vecinos una ominosa amenaza contra su existencia.

Hasta algunos hombres inteligentes se vieron afectados por aquella atmósfera. La victoriosa campaña contra Francia en 1871 y el éxito del nuevo Imperio expusieron a la *intelligentsia* y a la burguesía alemanas (especialmente a profesores y maestros, funcionarios civiles, oficiales e industriales) a los atractivos de las ideologías antidemocráticas. Un historiador destacado como Heinrich von Treitschke podría afirmar, entre el general aplauso,

que el ciudadano individual debía sacrificarse por la comunidad de la que era miembro, y que no tenía justificación para resistirse a la autoridad del Estado. El individuo quedó degradado a la posición de instrumento, material para el poder político del Estado. Teóricos del racismo y de la eugenesia intervinieron con sus peticiones de que el Estado seleccionase a los «más valiosos» y eliminase a los elementos «inferiores» de la población. De esas peticiones hasta la sumisión total del individuo a los poderes públicos, violentamente impuesta por el nazismo, no había más que un pequeño paso.

El turbulento nacionalismo del Segundo Reich, incorporando y exagerando los antiguos ideales prusianos de disciplina y obediencia, era un suelo fértil para el crecimiento de asociaciones de estudiantes, clubs patrióticos, sociedades militares, y una legión de otras organizaciones nacionalistas. Incluso las Iglesias protestantes, con sus tendencias conservadoras y nacionalistas, ayudaron a difundir los sentimientos patrioteros. Las ideas de prestigio nacional e imperial ocultaban y compensaban el complejo de inferioridad de nación «recién llegada», y dirigían su inquietud social —fue un período de crisis económicas, de *Kulturkampf* entre el Estado y la Iglesia Católica y de legislación antisocialista— hacia las aguas de un antisemitismo creciente. Además, fomentaron un cínico desprecio por los acuerdos internacionales. Los defensores del poder estatal combatían el «sentimental y cobarde» entusiasmo por el internacionalismo, oponiéndole la idea de la guerra como renovadora de la vida y del conflicto como ley suprema. Esa ideología del poder y de la unidad no buscaba su base histórica en el libre asentimiento y en la decisión de los ciudadanos. Lejos de ello, propugnaba que una ineludible herencia cultural encadenaba todo individuo a la nación, lo quisiera o no. Con semejante base teórica era fácil el paso a las doctrinas nazis de «la sangre y la tierra». Es verdad que tales sentimientos no pudieron llegar a dominar la escena política antes de 1914, pero estaban muy extendidos entre el pueblo y eran un peligro potencial para el futuro. Incluso el contenido «germánico» de las óperas de Wagner, que Hitler ampararía, tuvo una gran importancia en la transformación de la opinión pública.

Se ha discutido mucho el papel que representó el llamado militarismo de los alemanes. No fue ciertamente un papel decisivo, si por militarismo se entiende la tendencia a la agresión militar. Pero es verdad que el ejemplo y las tradiciones de Prusia, un Estado que estaba modelado según líneas militares, ejercieron una profunda influencia en la estructura social y el prestigio del Segundo Reich. El Ejército era considerado como la escuela de la nación: la categoría de oficial de la reserva elevaba la posición social de un civil; los estilos militares de pensamiento dominaron las opiniones políticas de grandes sectores de la comunidad. Más tarde, la ideología agresiva del nazismo se adaptaría a las tendencias militaristas de las masas, y Hitler encontraría mucho más fácil que Mussolini ganarse al Ejército para su causa. No obstante, no debe sobreestimarse la importancia del militarismo prusiano en la idiosincrasia alemana. Fue *contra* la solución prusiana (a saber, el Estado bismarckiano que *excluía* una gran parte de la nación alemana, como Austria) contra lo que se dirigieron primordialmente los esfuerzos expansionistas de Hitler. Y no fue una casualidad que los verdaderos precursores del Partido Nacionalsocialista apareciesen a principios de siglo, no en Prusia, sino en Austria y Bohemia, donde el antisemitismo y el nacionalismo antieslavo eran particularmente violentos y estaban fomentados por miembros de las clases media y obrera, e incluso del clero. Oscuras sectas promovían en Viena un místico culto «germánico», en una región donde lo que dominaba no eran los credos protestante y prusiano sino el católico-romano y el pangermánico.

Los hunos del Káiser

Sobre este país gobernaba un hombre cuya confianza en sí mismo, en lo que respecta a los asuntos militares y de política exterior (confianza que había sido refrenada por Bismarck, pero que ahora se veía reforzada por el creciente poderío económico y la importancia política de Alemania), se hizo patente al mundo en el verano de 1900. En su famosa alocución de Bremerhaven al contingente alemán enviado a China para colaborar en el aplastamiento de la rebelión bóxer, Guillermo II vociferó: «¡No deis cuartel! ¡No hagáis prisioneros! Todo el que caiga en vuestras manos debe ser destruido. Lo mismo que hace mil años los hunos de Atila ganaron una reputación de violencia despiadada que todavía resuena a través de las edades, hagamos que el nombre de los alemanes adquiera, por nuestras acciones en China, una reputación similar que dure otros mil años, de modo que nunca más un chino ose mirar ni siquiera de soslayo a un súbdito alemán.»

Tal fue el origen del término «hunos» que se aplicó generalmente a los alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Y apenas un año después del episodio de China, Guillermo II demostró sus anacrónicos sentimientos autocráticos cuando, con ocasión de inaugurarse unos nuevos cuarteles, en marzo de 1901, proclamó que sus soldados eran el cuerpo de guardia del rey de Prusia, en abierta contradicción con todos los derechos democráticos: «Y si la ciudad de Berlín se rebela otra vez contra el rey con insolencia e insubordinación, como en 1848, entonces vosotros, mis granaderos, estáis llamados a dispersar a esta gente insolente e insubordinada a punta de bayoneta.»

Tales alocuciones revelan el profundo abismo entre el semiautocrático sistema guillermino y las realidades políticas y sociales de la época. Un gran Estado moderno, en el que liberales y socialistas eran mayoría, era gobernado a comienzos del siglo XX conforme a ideas y formas de una autocracia preindustrial y predemocrática. La Alemania guillermina, aunque era una gran potencia, no disponía de un sistema político responsable, racional, capaz de refrenar al Káiser y a los imperialistas militares e industriales.

Los gobiernos que siguieron a Bismarck fueron débiles y carecieron de una dirección política reflexiva. El canciller y sus colegas dependían del Emperador, no eran responsables ante el Reichstag, y sufrían el apremio de una opinión pública que, constante y enfebrecidamente, exigía que también Alemania disfrutase de las ventajas que ya habían conseguido otras potencias. En el plano económico, Alemania acababa de alcanzar el rango de segunda potencia industrial de Europa, inmediatamente detrás y muy próxima a Gran Bretaña. Pero su posición política dependía de que pudieran mantenerse las buenas relaciones con Gran Bretaña y con Rusia, en lo cual se había basado la política de Bismarck. Las principales tareas del gobierno debían ser la de impedir una coalición contra Alemania, y, sobre todo, la de conservar la paz.

En política interior, los objetivos del Gobierno habrían debido consistir en asegurar un ulterior desarrollo mediante la modernización del sistema político reaccionario y el fomento del parlamentarismo y de la democracia. La Alemania del káiser Guillermo falló en todos esos puntos. Por supuesto, la culpa no fue única y simplemente del locuaz, jactancioso y vacilante Káiser. Fue más bien el cli-



«El nuevo Hércules», caricatura suiza de Guillermo II resistiendo al dragón de varias cabezas de la socialdemocracia. El Partido Socialdemócrata Alemán era poderoso y estaba bien organizado. Pero, tanto para Bismarck como para Guillermo II, los socialistas eran «los enemigos del Reich», y unos «bellacos antipatriotas». Uno de los principales fallos del gobierno del Káiser fue su incapacidad para llegar a un acuerdo con un movimiento que contaba con la fidelidad de muchos de sus súbditos.

ma mental y político de aquel período lo que hizo posible una figura política como la de Guillermo II. A la luz de esos condicionamientos es como se debe examinar la política alemana de la época y fueron dichos condicionamientos los que principalmente originaron las crisis de preguerra y, por último, el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Desatinos y bravatas

La primera decisión errónea, inmediatamente después de la caída de Bismarck, fue la de no renovar, en 1891, el Tratado de Contraseguro que aquél había firmado con Rusia. Este fallo hizo posible una alianza entre París y Moscú, que se convertiría en el núcleo de la coalición contra Alemania. Envuelta en los conflictos del imperialismo moderno y empeñada en rivalizar con las potencias coloniales ya establecidas, Alemania no tardó en encontrarse en oposición con Gran Bretaña. Es verdad que eran frecuentes y abundantes las fricciones entre Londres y París, algunas de las cuales tenían su origen en disputas sobre el reparto del mundo en colonias. Pero la política de Alemania motivó que en pocos años sus relaciones con Gran Bretaña sufrieran graves tensiones a causa de una serie de actos en los que, una vez más, el Káiser desempeñó un papel prominente, perdiéndose así la oportunidad de explotar las disputas franco-británicas.

En enero de 1896 Guillermo II, en un telegrama de felicitación al presidente Kruger, del Transvaal, intervino abiertamente en el conflicto anglo-bóer, en la lejana África del Sur. Aún más nociva fue la entrevista que el Káiser concedió al *Daily Telegraph* de Londres, en octubre de 1908, con la que aumentó grandemente la desconfianza de Gran Bretaña hacia Alemania al acusar al Gobierno, a la prensa y al pueblo británicos de rechazar la rama de olivo de la paz que él estaba ofreciendo. Su torpeza levantó una tormenta de indignación, incluso en Alemania, y mostró los defectos de un sistema político que no permitía aconsejar convenientemente al monarca, ejercer un control sobre sus actos o garantizar una responsabilidad política interna y una prudente política exterior.

El miedo al cerco

El resultado fue que se avanzó por el camino del aislamiento y se extendió el miedo al cerco. Muchos alemanes empezaron a creer que, a la larga, el único medio de que Alemania se afirmara a sí misma en un «mundo de enemigos» era la guerra preventiva. La verdad es que la propia política alemana, con sus vacilaciones e incertidumbres, y la ambición de los expansionistas, abrieron el camino a una alianza defensiva Oeste-Este. En el otoño de 1898, una disputa colonial en África puso a Francia y a Gran Bretaña al borde de la guerra en Fashoda, pero el acuerdo de 1904, por el que Francia renunció a Egipto y al África oriental, a cambio de que se le dejaran las manos libres en Marruecos, puso las bases para la *Entente Cordiale*. Además, Rusia, después de su gran expansión imperialista hacia el Lejano Oriente, fue bloqueada por el Japón en 1904-1905, y dirigió entonces de nuevo su atención a Europa. Los Balcanes eran también un polvorín que en cualquier momento podía estallar en un conflicto con Austria-Hungría, único aliado de Alemania aparte del muy dudoso caso de Italia. Finalmente, era indudable que Francia deseaba recuperar Alsacia-Lorena.

Aunque la situación de Alemania empeoraba de año en año, no hay duda alguna de que tenía interés en el mantenimiento de la paz. No obstante, una confianza basada en las fáciles victorias de 1870 empezó a ganar las mentes de los alemanes, que resolvieron fortalecer sus defensas en Europa y en todo el mundo, y, llevados por su sed de prestigio, se mostraron cada vez más puntillosos en sus tratos con las potencias establecidas. Así, el nacionalismo alemán crecía de año en año, mientras que la política vacilante de Guillermo II no estaba calculada para guiar el país por los canales de una diplomacia sensata y un desarrollo pacífico, y, lo que era peor aún, al fallar las reformas internas y no resolverse los problemas de la democratización del Estado —y de la adecuada participación de los socialistas en el Gobierno— se incrementaron las presiones expansionistas.

Otras dos decisiones equivocadas aceleraron el fatal proceso. El intento alemán de bloquear la política colonial francesa en Marruecos provocó las crisis de 1905 y 1911, que supusieron para el Imperio Germano una nueva pérdida de prestigio y aumentaron su aislamiento. Respecto de sus relaciones con Gran Bretaña, Alemania anunció su intención de construir una gran flota para disputar a los británicos la supremacía naval; en realidad, no incrementaba su armamento en una proporción mucho mayor que sus vecinos, pero se jactaba de su creciente poderío militar, aumentando así la alarma de sus oponentes potenciales e impulsándolos a tomar medidas para contrarrestar la situación. El ejemplo más claro de esta errónea actitud fue el crecimiento de la flota, que el almirante Von Tirpitz llevó adelante con grandes gastos y muchas fanfarronadas.

Desde hace mucho tiempo se ha señalado que el curso de los asuntos exteriores de Alemania fue acompañado por un atraso funesto de su política interior. La incapacidad del sistema político para adaptarse mediante reformas a los cambios inevitables, su total compromiso con las ideas bismarckianas, en grotesco contraste con el desarrollo económico del Imperio, fueron las causas principales de la decadencia de la política alemana a comienzos del siglo.

La mezcla de impotencia y agresividad que caracterizó a Alemania en aquel período se manifestó también en la planificación estratégica del conde Von Schlieffen, jefe del Estado Mayor Central. La esencia del Plan Schlieffen, que preveía una guerra en dos frentes —contra Francia

Una gran potencia industrial

A la izquierda: Desarrollo comparado de la población y la economía alemanas y francesas; en la mayoría de campos, Alemania progresa espectacularmente. *Abajo, a la derecha:* Desarrollo de los sindicatos alemanes. *Angulo inferior izquierdo:* La expansión económica alemana creaba nuevos puestos de trabajo y reducía cada vez más el número de emigrantes. *Angulo inferior derecho:* La expansión urbana provocada por la industrialización; las cifras se refieren a tres grandes ciudades alemanas.



La pompa militar del Imperio Alemán: generales prusianos y bávaros en una revista.

y contra Rusia— que por entonces se consideraba inevitable, consistía en un golpe fulminante dirigido a la ocupación de Francia por medio de un ataque envolvente desde el norte. La aceptación de ese plan suponía una marcha a través de Bélgica, lo que implicaba que la política exterior quedaba sometida a las necesidades militares.

Los problemas internos del Imperio guillermino pueden reducirse a esta simple fórmula: gran desarrollo material que conducía a demandas apremiantes, en el país y en el extranjero. Estos problemas tenían que ser abordados por un régimen atrasado e inamovible, que resultaba máximamente reaccionario en Prusia, que ocupaba la posición dominante dentro del Imperio. Prusia comprendía tres quintas partes del Reich, su rey era el emperador de Alemania y su primer ministro era el canciller del Imperio. En Prusia, un sistema electoral de tres niveles impedía que el electorado pudiese votar unánimemente a propósito de cualquier cuestión concreta, y, lo que era aún peor, impedía que el movimiento obrero (que era entonces la más poderosa fuerza política del país) se incorporase al sistema político. La monarquía alemana estaba encadenada a un modo histórico de vida que no correspondía ya a las fuerzas políticas y sociales modernas. Era un obstáculo a las tendencias de los tiempos, con sus necesidades de progreso y democracia en todos los aspectos de la vida.

A los ojos de las potencias occidentales, Alemania y su aliada Austria-Hungría presentaban el cuadro de una estructura fosilizada y no democrática. Es verdad que la economía alemana era muy próspera, pese a estar sometida a un anticuado sistema de gobierno. Pero, al tiempo que la modernización política se rezagaba respecto del progreso económico y social, las tensiones entre las distintas clases sociales se agravaban bajo el gobierno personal de Guillermo II, hasta llegar al borde de un estallido. Los reveses sufridos por el Káiser a causa de sus imprudencias —la peor de las cuales fue el asunto del *Daily Telegraph*— le volvieron algo más cauto, pero las grietas en la estructura del régimen imperial se hicieron cada vez

1 «Un Imperio, un Pueblo, un Dios»: el orgullo del Imperio recién nacido, en un sello de 5 marcos.
2 Una llamativa prueba del tono militar de la sociedad alemana. Esposas de oficiales, con el uniforme militar, en la celebración del aniversario del regimiento de húsares al que pertenecían sus maridos.

1



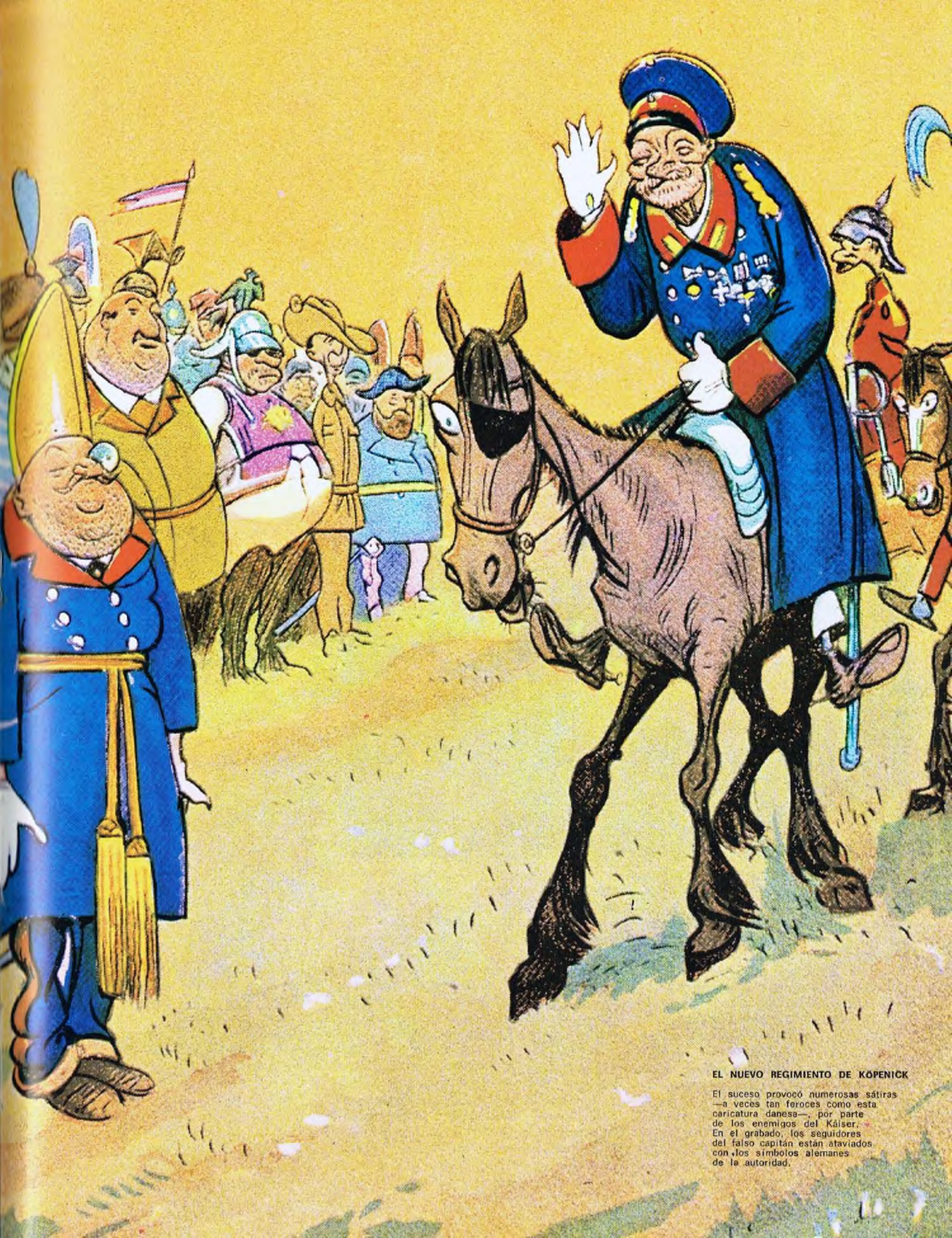


2



Una de las grandes leyendas de la Alemania de Guillermo II es la historia del capitán de Köpenick. Es una historia verdadera, y, en su tiempo, hizo las delicias de muchos, en tanto que ejemplo del modo como un sistema autoritario puede llegar a actuar contra sí mismo. El 16 de octubre de 1906, Wilhelm Voigt, un zapatero, se vistió con el uniforme de capitán del Ejército alemán y se pavoneó así por las calles de Berlín. Primero se encontró a cuatro soldados, a los que ordenó inmediatamente que le siguieran. Nunca le habían visto, pero la autoridad que le otorgaba el uniforme de capitán era tal, que al instante obedecieron. Recogiendo algunos soldados más por el camino, el pelotón se trasladó en tren a la estación de ferrocarril de Köpenick, una pequeña ciudad en las afueras de Berlín. El capitán se dirigió al ayuntamiento y por el camino se encontró a tres policías. También éstos recibieron la orden perentoria de seguirle, y obedecieron al instante. Llegados al ayuntamiento, el capitán pidió una suma de 4.002,50 marcos, que tenía que serle entregada, como se hizo sin pérdida de tiempo. El capitán extendió un recibo, y luego ordenó el arresto del alcalde, que fue enviado, con escolta, a la nueva comisaría de policía de Unter den Linden, en Berlín. La juerga autoritaria del capitán duró seis horas. Luego fue detenido, y condenado a cuatro años de cárcel. Su historia saltó a los titulares de todos los periódicos de Europa. Llovieron regalos para el preso, y, al cabo de dos años, Voigt fue puesto en libertad. Hizo entonces una gira por Europa, vestido de capitán, como aparece en la foto (arriba). Pronto se convirtió en una leyenda. Hans Hyan escribió una comedia sobre él que se hizo famosa.

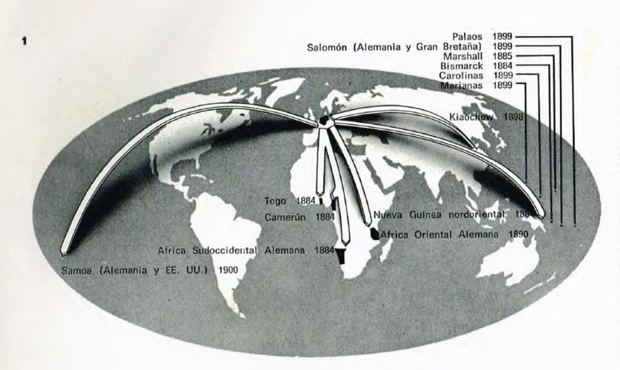




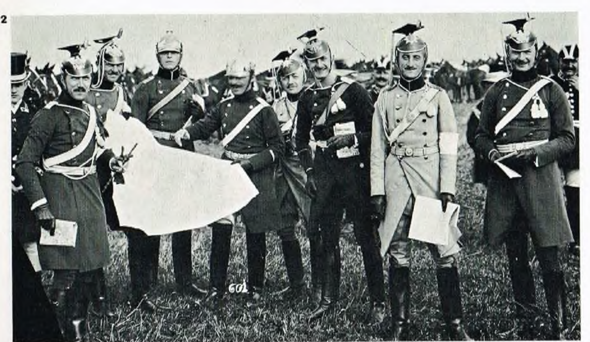
EL NUEVO REGIMIENTO DE KÖPENICK

El suceso provocó numerosas sátiras —a veces tan feroces como esta caricatura danesa—, por parte de los enemigos del Káiser. En el grabado, los seguidores del falso capitán están ataviados con los símbolos alemanes de la autoridad.

1



2



1 **La expansión ultramarina del Imperio Alemán.** *2* **Oficiales alemanes. La sociedad del Segundo Reich se impregnó de los ideales prusianos.**

más visibles y sus consecuencias serían primero la guerra y más tarde la revolución.

Hubo críticos con suficiente lucidez, y no sólo en la izquierda, que denunciaron estas peligrosas discrepancias y pidieron una adaptación del sistema bismarckiano a las nuevas condiciones. Una de esas personas fue Friedrich Naumann, el político liberal socialista, que proponía un plan para una monarquía democrática. Pero era pura ilusión imaginar que ligeras modificaciones del imperio conservador de 1871 permitirían resolver los problemas de un gran Estado moderno. También el Reichstag resultó un fracaso, al ser impotentes sus demandas en favor de reformas democráticas del sistema parlamentario. El Partido Socialdemócrata, aunque en rápido crecimiento, era para el Káiser, como para Bismarck, un movimiento de «los enemigos del Reich», y de «bellacos antipatriotas». Incluso a los liberales, que representaban a los industriales ricos, se les negó una plena representación política.

La mayoría de los ciudadanos de Alemania aceptó de buena gana el papel secundario que se le adjudicaba. En ellos, el recuerdo de la victoria de 1870 y de la fundación del Imperio por Bismarck estaba todavía vivo, lo que los movía a admitir el régimen conservador prusiano. Estaban ante todo preocupados por su progreso económico y por las esperanzas de expansión del poderío alemán en Europa. Lo que deseaban era la primacía de la política exterior, y olvidaron las demandas del movimiento constitucional liberal-democrático de 1848. Pero la política exterior de Alemania había caído por entonces muy por debajo del nivel a que la había elevado Bismarck. La parte que a éste le corresponde en el fracaso posterior fue su despiadada manipulación de un sistema político interno anticuado. El Imperio de 1871 se había basado en las relaciones personales entre Bismarck y Guillermo I. Cuando esa asociación llegó a su término, el sistema político alemán quedó plenamente expuesto a los defectos de la estructura imperial. Era incapaz de llevar la carga de una complicada política extranjera y no podía tampoco resistir a las exigencias de los imperialistas alemanes ni al dinamismo que empujaba al movimiento democrático hacia la emancipación.

Sueños burgueses

La Alemania de Guillermo II, en su fuerza como en su debilidad, se apoyaba en la mentalidad de la burguesía alemana, menos movida por la agresividad hacia otros países que por la ambición de éxito. El sueño de ser ennoblecido, o de llegar al menos a ser oficial de la reserva, ayudaba a moldear las opiniones políticas del ciudadano medio, de modo que armonizasen con una monarquía semiabsoluta y contribuyesen a frenar la lucha de los liberales por la libertad. El socialismo democrático era considerado como el enemigo del Estado, y la clase media ayudaba a combatirlo. Bajo la influencia de los éxitos de la *Realpolitik* de 1866 y 1870-1871, una política exterior que aportase victorias militares silenciaba las demandas de libertad en la política interior. En las condiciones de seguridad proporcionadas por el Segundo Reich, la principal preocupación de la burguesía era hacer dinero: la expansión del comercio y una próspera política exterior lo eran todo. «Política» llegó a ser sinónimo de «administración». En los asuntos internos, la mejor política era una buena administración. Lo mejor era dejar la política en manos de los funcionarios civiles, para poder consagrarse totalmente a los negocios.

K. D. Bracher

La paz armada

En 1870 Alemania derrotó a Francia y se anexionó las ricas provincias industriales de Alsacia y Lorena. El espíritu de desquite que este fracaso inspiró en el corazón de los franceses fue una llamarada que decreció lentamente, pero que nunca se apagó por completo. Este espíritu condicionó las relaciones de Francia con Alemania en los treinta y cinco años que separaron la guerra franco-prusiana de la primera crisis de Marruecos.

Soldado francés de fines del siglo pasado. El orgullo de Francia fue puesto a dura prueba por la derrota ante Prusia.



El escritor monárquico francés, Charles Maurras, en cierta ocasión elevó la idea de *revanche* a la categoría de «reina de Francia». ¿Cómo afectó este poderoso sentimiento antialemán las opiniones y la política francesa anteriores a la Primera Guerra Mundial?

La guerra franco-prusiana de 1870 produjo una profunda impresión en Francia. La derrota dejó a los franceses amargados y humillados. Consideraban el Tratado de Francfort, que puso fin a la guerra, como una tregua en su lucha inevitable contra Alemania más bien que como el comienzo de una paz duradera. Los alemanes, por su parte, creían que Francia era su «enemigo natural». Alsacia y Lorena, ricas en hierro y carbón, anexionadas por Alemania en 1871, se convirtieron en fuente de incesante antagonismo entre los dos países. Ante la Asamblea Nacional Francesa reunida en Burdeos —sede provisoria durante el asedio de París— los representantes de Alsacia-Lorena expresaron su disconformidad: «Declaramos nulo e inválido un pacto que dispone de nosotros sin nuestro consentimiento... la recuperación de nuestros derechos es un objetivo permanente para todos y cada uno.» No obstante, cuando el preliminar Tratado de Francfort fue presentado a la Asamblea Nacional, el 1.º de marzo de 1871, fue aprobado por 546 votos contra 107.

Aquello no fue el final sino el comienzo de los problemas de Alsacia-Lorena; estas provincias iban a ser la causa inicial de la carrera de armamentos cuyo peso agobió los presupuestos europeos durante décadas. Esta «paz armada» convirtió al continente europeo en un campamento militar: Francia necesitaba ejércitos para rechazar nuevos ataques; Alemania los necesitaba para obligar a Francia a aceptar el hecho consumado.

Francia se negaba a aceptar el «estado de posesión territorial» que Bismarck había creado. En palabras del historiador francés Michelet, el país denunciaba la «extraña cirugía» que amputó Alsacia-Lorena de su cuerpo. Enfrentado con el sentimiento popular, el Gobierno no podía renunciar explícitamente a las dos provincias. Los franceses se negaban a aceptar que el Tratado de Francfort hubiese puesto un término definitivo a la cuestión.

En nombre de los diputados de Alsacia-Lorena, Edouard Teutsch renovó el 18 de febrero de 1874 una solemne protesta ante el Reichstag: «Alemania se ha excedido en sus derechos como nación civilizada al obligar a la derrotada Francia a sacrificar un millón y medio de sus hijos... Protestamos contra el abuso de fuerza de que es víctima nuestra nación... Francia aceptó nuestra separación porque tenía un cuchillo en la garganta y estaba sangrando y exhausta... Concedednos la autodeterminación. Concedednos la justicia.»

Oficialmente no existía el problema de Alsacia-Lorena; en realidad, el tema permanecía vivo. Como los Balcanes, las provincias perdidas dominaban la política europea. «El Tratado de Francfort —escribió el historiador Ernest Lavisse en 1888— puso en peligro el corazón de Francia y ha puesto para siempre sobre nuestras cabezas la amenaza del *tumultus germanicus* (la *horda alemana*). Ha producido en Europa ese extraño estado de cosas en que cada amanecer es una vela de armas.»

Las actitudes permanecieron obstinadamente inalteradas; la guerra de 1870 sobrevivió, en unos recuerdos deliberadamente idealizados, en los relatos de Alphonse Daudet y Guy de Maupassant, y en los vengativos poemas de Paul Déroulède, que protestaban contra la desmembración del territorio y contra sus consecuencias de pérdida de moral y de prosperidad. Persistía la impresión de que Alsacia-Lorena estaba de luto, que era una mancha negra en el atlas escolar. Y los discursos servían para mantener viva la esperanza.

La elaboración de mitos

Mientras tanto, los franceses elaboraban mitos acerca de su derrota. Desde el punto de vista militar, lo que la gente creía, y quería creer, era que los soldados franceses habían luchado bien. Su bravura había sido digna de la de sus antepasados que, con Napoleón, derrotaron a los pru-



sianos en Jena. Nunca tropa alguna había mostrado más tenacidad en la defensa, más firmeza bajo el fuego, más alto espíritu cuando le era permitido atacar; pero a pesar de su admirable sentido del deber, había sido conducida por jefes mediocres que aprendieron su oficio combatiendo a guerreros árabes y cabileños en Argelia, y nada sabían de la guerra científica contra tropas regulares, del uso de los mapas, o de la necesidad de reunir información y encubrir sus propias intenciones y movimientos. El Alto Mando había sido tremendamente inepto. A consecuencia de la introducción del fusil de repetición se difundió la idea de que las ventajas estaban de parte de los defensores, y que una fuerza atacante sucumbiría inevitablemente bajo el fuego de tales armas. El espíritu de ataque, que en otro tiempo había sido considerado como la cualidad sobresaliente del soldado francés, no había sido convenientemente aprovechado.

Más de una vez, se creía, Francia había tenido a su alcance la victoria. Había sido víctima del destino. ¿Por qué había marchado Mac Mahon de Chalons a Metz, en lugar de replegarse en París? Una carga en el debido momento podría haber convertido Rezonville y Saint-Privat en brillantes victorias. La gente se burlaba de la ceguera, ineptitud e incompetencia de Bazaine, que, cuando estaba rodeado en Metz, había negociado con el enemigo en lugar de combatir, y de la falta de fe de Trochu, que, en el asedio de París, se negó a utilizar para la lucha fuerzas de la guardia nacional porque solamente creía en las tropas regulares.

En sus relatos del desastre, los historiadores citaban innumerables ejemplos de heroísmo para demostrar que Francia no había degenerado. «La sangre francesa corre todavía impetuosa y ardiente por las venas de sus ciudadanos.» Sentían especial predilección por citar el homenaje rendido por el enemigo, como la exclamación del káiser Guillermo, «¡Ah, qué bravos muchachos!», al ver las cargas de los soldados de Galliffet, en Sedán. Los franceses, en frase del príncipe heredero alemán, «ofrecieron un espectáculo digno de las grandes épocas». Von der Goltz reconoció que Gambetta, el caudillo de la resistencia francesa después de la caída de Napoleón III, en septiembre de 1870, había «inflamado a Francia con el espíritu de la resistencia llevada a sus límites extremos».

Se sostenía que París no se había rendido sino al hambre. «Francia es desdichada, pero ha cumplido con su deber», escribió Jules Favre cuando anunció el armisticio. La derrota era un inmerecido accidente en su historia: había salvado su honor, «y es el honor lo que hace grande a una nación». Las horas sombrías de un año terrible se iluminaban con reflejos de gloria. Había un rayo de esperanza para alumbrar el futuro: Ernest Lavisse proclamó en 1888 que «los recuerdos de 1870-1871 nos permiten tener esperanza y admitir en nuestras almas y en nuestras mentes que en otra guerra haremos otro papel».

Tal modo de pensar libró a Francia del hundimiento moral después de los terribles reveses de una guerra catastrófica. Se mantuvo orgullosa en sus infortunios y ansiosa de volver a ser una nación poderosa. Su economía se recuperó con una rapidez que dejó atónitos a sus amigos y desanimó a sus enemigos, conscientes unos y otros del esfuerzo que Francia realizaba a fin de saldar cuanto antes la exorbitante deuda de guerra. El 5 de septiembre de 1873 fueron pagados los últimos millones de francos. A partir de entonces Francia volvía a ser un peligro para Alemania. Bismarck vigilaba cuidadosamente: el 2 de febrero de 1873 escribió que «cualquier gobierno, de cualquier partido, considerará que su principal misión es la venganza... Estamos siempre preparados para hacer la guerra si nos obligan a ello nuevos actos de presunción... *Oderint, dum metuant*» («Que odien, con tal que teman»).

En reacción ante la reorganización militar de Francia en los periódicos alemanes, inspirados por Bismarck, hicieron hincapié en la inminencia de una guerra de *revanche*. El ministro francés de Asuntos Exteriores dio una versión muy diferente a Gran Bretaña y a Rusia, que habían mostrado alarma ante el proyecto. En realidad, Francia habría tenido muy graves dificultades en caso de obstinarse en la idea del desquite, pues ni siquiera podía arreglárselas para establecer un Gobierno duradero. De hecho, Bismarck no tenía miedo alguno a una guerra preventiva; todo lo que deseaba era soliviantar la opinión internacional.

Francia no podía hacer una política exterior más activa mientras no dispusiese de un Gobierno estable. La República, que había sido proclamada en los momentos que siguieron a la capitulación de Napoleón III en Sedán, en septiembre de 1870, fue identificada con la *revanche*, porque Gambetta, el líder republicano, había sido la fuerza impulsora de la *Défense Nationale*, el último cartucho con que se intentó evitar la derrota de 1870. Pero Gambetta adoptó pronto una actitud moderada ante el tema de la recuperación de Alsacia-Lorena. Con «una fuerza mental capaz de

Tras la derrota en Sedán, Napoleón III es conducido hacia su cautiverio, junto con su Estado Mayor. Al lado del coche cabalga el victorioso «Canciller de hierro»,

1 **Las provincias de Alsacia y Lorena, ocupadas por Alemania.** *2* **y** *3* **Dibujos franceses de la época: la lápida de uno de los muertos en 1870 se destaca sobre el llano de las «provincias perdidas»; un niño contempla los lejanos campanarios de Estrasburgo, mientras los fantasmas de los coraceros franceses recorren el cielo.**

1



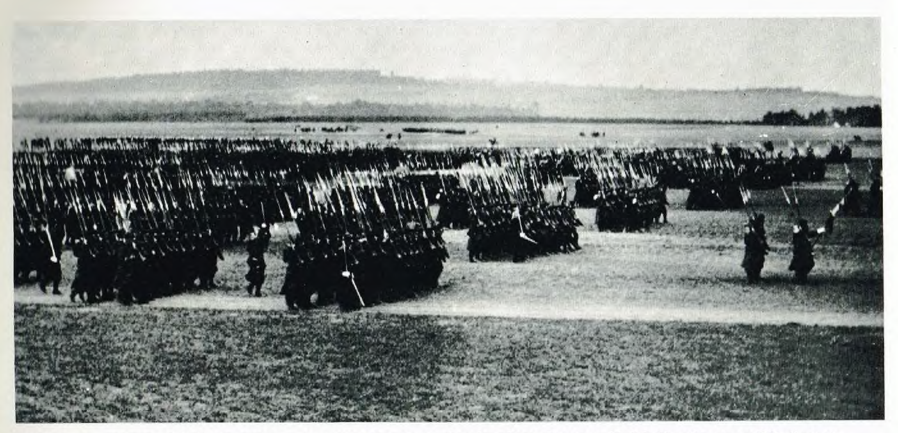
2



3



Derecha: **ilustración de una revista francesa de 1893. Mientras los diputados franceses discuten, la figura de la República señala la amenaza de Alemania y Austria-Hungría. Durante este período Francia pensaba más en el peligro de otra invasión alemana que en vengarse de la humillación de 1871.**



Desfile de tropas francesas (1901) para celebrar la amistad francorrusa. Los dos pilares de la seguridad de Francia eran su Ejército y su reciente alianza con el Imperio Ruso.

luchar contra los recuerdos de un pasado muy triste y reciente», había decidido posponerla. Su famosa política, «piensa siempre en ello, nunca hables de ello», había sido denunciada por sus adversarios como un acto de renuncia. Era la hora de la prudencia.

El asunto Boulanger

Absorto en las luchas de partidos y en las expediciones coloniales, el régimen republicano se mostró incapaz de vengar la derrota de 1870; así se explica, en parte, la aparición en la escena política del general Boulanger, que, ensalzado por la prensa y celebrado en poemas y cantos, llegó a ser, a finales de la década de 1880, un héroe popular.

Los que apoyaban sus intentos de derribar el régimen, lo presentaban como el único jefe temido por los alemanes. El desaliento dejó paso a la confianza: plenamente consciente de su fuerza renovada, el Ejército sólo soñaba en la victoria detrás de la invencible espada del *brave général*. Para reconquistar Alsacia-Lorena, escribió Maurice Barrès, «solamente necesitamos un poco de sangre y una cierta grandeza de alma».

La *Ligue des Patriotes*, dirigida por Paul Déroulède, predicaba que el desquite militar era necesario y posible. «El ídolo del miedo tiene que desmoronarse», cantaban. La moda de los *Chants du soldat* de Déroulède fue durante algún tiempo casi comparable a la de las *Chansons* de Béranger, que habían glorificado la leyenda de Napoleón a comienzos del siglo XIX. Con voz sonora, vestido de negro, el poeta, que había llegado a simbolizar la *revanche*, se encaramaba, en la Plaza de la Concordia, a la enlutada estatua alegórica de Estrasburgo, mientras la multitud cantaba (dirigiéndose a los alemanes): «No tendréis Alsacia y Lorena.»

¿Se tomó Bismarck en serio la agitación en torno a Boulanger?, y, obsesionado por sus baladronadas guerreras, ¿llegó a creer realmente que Francia vivía para el mito de la *revanche*? Bismarck exclamó ante el Reichstag: «Estoy seguro de que debemos temer un ataque de Francia. ¿En diez días? ¿En diez años? Eso no sé decirlo.» Luego, después de la disolución del Reichstag y de las elecciones de febrero de 1887, hizo promulgar una nueva ley militar que aspiraba a privar a Francia de toda posibilidad de *revanche* al proporcionar a Alemania una superioridad numérica decisiva.

En Francia, la crisis de Boulanger tuvo por efecto un cambio general en la opinión. El ideal de *revanche* fue abandonado por los republicanos y asumido por la oposición al régimen parlamentario, es decir, por la derecha que hasta entonces había sido totalmente conservadora y pacifista y se había identificado con la deshonrosa paz de 1871. Otro cambio muy extendido consistió en que la *revanche* se esfumó gradualmente dentro del ideal de una nueva Europa, caracterizada por el internacionalismo. A fines de siglo, la cuestión de Alsacia y Lorena era menos candente, aun en esas mismas provincias. Aunque el pueblo de Alsacia-Lorena no había olvidado a Francia, se había persuadido de que convenía abandonar las protestas. El sentimiento de que eran prisioneros estaba extinguiéndose y empezó a abrirse paso un movimiento autonomista que aspiraba a una mayor independencia dentro del Imperio Alemán.

Pacifismo y pangermanismo

Francia seguía inquieta. Algunos creyeron incluso que estaba en el umbral de una guerra civil durante el asunto Dreyfus. En política exterior, ningún incidente serio turbó las relaciones francoalemanas, mientras que la oposición a Gran Bretaña creció, hasta culminar en la crisis de Fashoda, en 1898. En 1901, el popular novelista capitán Danrit (seudónimo de Driaut, que murió en primera línea siendo coronel —y diputado— al iniciarse la batalla de Verdún), yerno de Boulanger, escribió *La Guerre Fatale* (La guerra inevitable), una incitación contra Gran Bretaña, tras haber escrito en 1895 *La Guerre de Demain* (La guerra de mañana), refiriéndose a la guerra contra Alemania.



De todos modos, la idea de la *revanche* no estorbó nunca seriamente el desarrollo de sentimientos pacifistas entre las masas, que no manifestaban ningún deseo de combatir por la recuperación de los territorios perdidos. Tal idea, aunque influyente en ciertos sectores en la época de Boulanger, comenzó a parecer anticuada tras la desaparición de *le brave général*, que huyó del país en 1889 y fue condenado, en ausencia, de traición. Lejos de encender pasiones con la idea de la *revanche*, las canciones de Déroulède llegaron a considerarse piezas de un fanatismo ridículo, o incluso tontas chiquilladas. Ya no se pensaba más en la guerra contra Alemania. ¿Quién podía seguir creyendo en ese fantasma del pasado?

No era posible pensar que los gobernantes de Francia fueran promotores de la guerra. Ninguna persona responsable pensaba seriamente en hacer una guerra para recuperar las provincias perdidas. Consciente de los resultados conseguidos por el Ejército alemán, el Estado Mayor francés tenía buen cuidado de basar todos sus planes en una concentración defensiva, detrás de sus fronteras.

Francia subordinó la recuperación de Alsacia-Lorena a los intereses, más importantes, de la paz. Sólo confiaba en «la necesaria restitución del derecho, por la democracia y por la paz», como decía Jean Jaurès, el líder socialista que, desde 1887, había mantenido que, si las democracias francesa y alemana se desarrollan a la vez, «es imposible que no se llegue a un arreglo».

El pacifismo avanzaba de la mano de la indiferencia. La fantástica idea propuesta en 1888 por el diputado alsaciano A. Lalance de que, mediante negociaciones pacíficas, se intercambiase Alsacia-Lorena por una «colonia bien situada», no fue tomada en serio. En un libro publicado en 1903, el sueco Anton Nyström propuso el cambio de una colonia por Alsacia-Lorena y la formación de una unión aduanera entre Francia y Alemania. Tales proyectos eran mera ilusión. En junio de 1902, el canciller Bülow afirmó en el Reichstag que Alemania no podía permitir que sus compatriotas de Alsacia y Lorena abandonasen su seno sin comprometer su unidad nacional: «No consentiremos nunca voluntariamente la retrocesión de aquellas regiones que hayan formado parte del Imperio.»

El nuevo espectro de la guerra

Los franceses pensaban cada vez menos en Alsacia y Lorena. Pero el desgraciado recuerdo de la anexión fue revivido cuando las dos potencias chocaron en la crisis de Marruecos, en 1905. Ante el trasfondo de 1870, los incidentes francoalemanes podían tomar fácilmente una significación grave, y esos incidentes se repitieron a partir de 1905. El peligro no tardó en dejarse sentir. Además, la guerra ruso-japonesa, que estalló en febrero de 1904, puso de manifiesto que no había terminado la era de las guerras. En 1905, y de nuevo en 1911, los momentos de crisis alzaron el espectro de una nueva guerra con Alemania.

La amenaza no procedía esta vez de los caprichos *revanchistas*, sino de los gobernantes de Alemania. Armados con la más fuerte organización militar que el mundo había visto hasta entonces, se temía que aquellos gobernantes podían caer en la tentación de utilizarla. Estaban también proclamando la necesidad de una *Weltpolitik* (política a nivel mundial), una ambición que, aunque no implicaba necesariamente la guerra, no era por ello menos alarmante. El Imperio Alemán se sentía frustrado por la insignificancia de sus conquistas coloniales desde 1884. «Responsable de la nave del Estado» desde que había despedido a Bismarck en 1890, Guillermo II amaba la ostentación y las revistas militares. Estaba ansioso por crear una flota naval poderosa y hacía mucho ruido arrastrando su sable. La nación alemana era cada vez más fuerte. Era tan victoriosa en la paz como lo había sido en la guerra: estadísticas triunfalistas hacían gala de su brillante éxito económico, su expansión comercial y el crecimiento de su población. Fácil presa del nacionalismo radical y exaltado, el pangermanismo dio nacimiento a una abundante literatura que difundía el desaliento en el resto de Europa: decididamente, Alemania quería la guerra, y la guerra era inevitable.

Francia tenía plena conciencia del desarrollo de Alemania, y, en particular, de un desequilibrio que actuaba en contra suya: desde 1870, cuando la población de los dos países era aproximadamente igual, la población de Alemania había ido creciendo mucho más rápidamente que la de Francia (en 1914, Alemania tenía veintiocho millones de habitantes más que Francia).

Había aquí una peligrosa inclinación de la balanza del poder combativo, que movía a Francia a temer la guerra.

Mirando hacia el pasado, los franceses recordaban que Napoleón III había contado con alianzas; ahora, Francia estaba sola. Colocada por el Tratado de Francfort «en un intolerable estado de inseguridad», se alió con Rusia en 1892-1893, y, en palabras de Freycinet, volvió a ser «un factor importante del equilibrio europeo». Fue aquélla una alianza «liberadora», que puso fin a la pesadilla del aislamiento, pero, al ser estrictamente defensiva, y, de hecho, un paso más contra Gran Bretaña (adversaria en aquel tiempo tanto de Rusia como de Francia), no era en ningún sentido un movimiento hacia la *revanche*.

Sin embargo, al cambiar la situación internacional cambió también la significación de la alianza francorrusa. Delcassé, su ardiente defensor, afirmó que el tratado garantizaba «una seguridad completa y duradera», pero buscó a la vez otras garantías contra la poderosísima Alemania. Frente al pangermanismo de principios del siglo XX se llegó a la *Entente Cordiale* con Gran Bretaña, el 8 de abril de 1904. Se dejaron así de lado las viejas causas de hostilidad contra los británicos. En agosto de 1907, cuando también Rusia llegó a un acuerdo con ambas potencias, se estableció la Triple Entente, aunque aún no se trataba de una alianza formal.

Crecía la impresión de que la opinión internacional era infinitamente más favorable a Francia que a Alemania, a la inversa de lo que ocurría en tiempos del Segundo Imperio de Napoleón III. Francia no podía, sin duda, desafiar a su enemigo, pero, superado por fin su aislamiento, podría, en caso necesario, resistírsele.

«El juego de la guerra»

El 21 de marzo de 1905, la duración del servicio militar en el ejército regular francés, fijada en tres años en 1899, fue reducida a dos años. Diez días más tarde, el discurso de Guillermo II en Tánger, en apoyo del Sultán de Marruecos contra los designios anglofranceses, sonó como una llamada a las armas. Cuando, el 6 de junio, Théophile Delcassé, el ministro francés de Asuntos Exteriores, fue obligado a dimitir por las presiones de Alemania, Francia se sintió amenazada por la guerra. Ya no eran los recuerdos del pasado lo que la preocupaba, sino el miedo a una inminente invasión.

La serie de acontecimientos iniciada en 1905 iba a continuar con una sucesión de crisis en los Balcanes y en Marruecos —un «juego de la guerra» en el que la pelota iba y venía como en un partido de tenis— que produjo la angustiosa impresión de que se aproximaba una conflagración capaz de envolver a toda Europa.

M. Baumont

Las raíces de la «revanche»

Aunque la guerra franco-prusiana se desarrolló en los años 1870 y 1871, tuvo un efecto decisivo en la historia del siglo XX. En 1871, después de la resonante victoria de Prusia, fue proclamado el nuevo Imperio Alemán, el Segundo Reich, en el palacio francés de Versalles. Alemania dejó de ser una Confederación de Estados independientes dominada por Prusia. Ahora ésta gobernaba el Imperio de modo efectivo, con el soberano Hohenzollern de Prusia, Guillermo I, como Emperador.

La victoria señaló el comienzo de un período de rápido desarrollo del Estado alemán. Los años que siguieron a 1871 le llevaron a un gran crecimiento económico, una nueva confianza en sí mismo, y una consciencia creciente de su nueva categoría como gran potencia.

Para Francia no se trataba meramente de una derrota sino de una humillación nacional. Vivían aún muchos que podían recordar, o habían oído relatos de primera mano, de las grandes victorias de Napoleón: Marengo, Austerlitz, Jena... En la guerra franco-prusiana había poca cosa, salvo algunos actos aislados de heroísmo, que diese testimonio de la categoría militar francesa. Y a la humillación militar se añadió la política: Alemania arrebató a Francia las provincias de Alsacia y Lorena y le impuso una colosal indemnización de guerra.

La guerra franco-prusiana condicionó las actitudes francesas hasta la Primera Guerra Mundial. El deseo de «revanche» se enterró más de una vez, pero nunca murió. El Estado Mayor francés estaba decidido a no sufrir una nueva derrota como aquélla. Su receta para la venganza —atacar siempre— iba a tener consecuencias tremendas en 1914.

La guerra franco-prusiana comenzó, formalmente al menos, con una disputa entre Francia y Prusia a propósito de la sucesión al trono español. Fue Francia la que declaró la guerra, en julio de 1870. Tres ejércitos alemanes la invadieron desde el Este y pronto el grueso del Ejército francés, al mando del mariscal MacMahon, se tambaleaba bajo el martillo de unas fuerzas mejor entrenadas, mejor equipadas y mejor conducidas. En septiembre llegó la gran victoria prusiana de Sedán. El Ejército francés fue destruido y el emperador Napoleón III hecho prisionero. En octubre el mariscal Bazaine se rindió en Metz con un ejército de 173.000 hombres.

París, que estaba sitiado por los alemanes, resistió valientemente hasta enero de 1871. Después de su capitulación se iniciaron conversaciones de paz, y se acordaron los términos de ésta en el Tratado de Francfort (mayo de 1871).



2



3



1 *La batalla de Sedán. Al fondo pueden verse tropas prusianas en formación de ataque.*
2 *Una carga de los coraceros galos. Episodios heroicos como éste proporcionaron algún consuelo a los franceses después de su derrota.*
3 *París durante el asedio. El pueblo mostró un gran heroísmo ante las penalidades y el bombardeo prusiano.*

Almirantes de las nuevas flotas

Marineros de la escuadra alemana. El transbordo de carbón de las barcazas a los pañoles de la nave era un trabajo fatigoso, sucio y desagradable.

Cuatro hombres destacan en la historia náutica, durante los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial: Fisher y Von Tirpitz, que organizaron las Armadas británica y alemana respectivamente, poniéndolas en condiciones de luchar entre sí, aunque ellos no dirigieron las acciones bélicas; el japonés Togo, llamado «el Nelson de Oriente»; y el norteamericano Mahan, teórico de la estrategia naval.

El almirante Fisher (1841-1920)

Nacido no en la metrópoli, sino en una colonia lejana (Ceilán), el futuro almirante británico era un hombre achaparrado y fuerte, de rasgos asiáticos.

Cadete naval durante la guerra de Crimea, combatiente en China y en Egipto, creador de una escuela especial de torpederos, fue adquiriendo experiencia en las cuestiones técnicas, y esto le valió el



cargo de superintendente en el arsenal de Portsmouth. Más tarde fue ascendido a Tercer Lord del Mar en el Almirantazgo.

Nuevos viajes y responsabilidades, el mando de la Flota del Mediterráneo y por fin, en 1904, la culminación de su carrera: Primer Lord del Almirantazgo, con la jefatura efectiva de la Marina Real.

Trabajador infatigable, exige a sus subordinados el mismo esfuerzo. No tolera la rutina. «Si algún día desaparece el Imperio Británico —dice—, será por culpa de los chupatintas que ocupan puestos de responsabilidad.»

Moderniza la enseñanza náutica. Aspira a que los nuevos oficiales conozcan todos los secretos técnicos de un barco moderno, con sus máquinas sucias y complicadas. Este rigor suscita críticas y animadversiones. Pero los más sañudos adversarios, unidos en torno a lord Beresford, hombre distinguido y contemporizador, se estrellan contra la firmeza de Fisher, quien es, por otra parte, un personaje astuto, hábil en conseguir aliados, tanto dentro de la política como en el mundo del periodismo.

El mismo rey Eduardo VII le aprecia, aunque la brutalidad del marino le asuste a veces. «Voy a exponerle un plan para sorprender sin declaración de guerra a la marina alemana y acabar con ella.» «Por Dios, Fisher, está usted loco...»

A pesar de que el nuevo soberano Jorge V no simpatiza mucho con él, Fisher vuelve al Almirantazgo en 1914. Y ante la flamante Armada británica, dispuesta a luchar contra los alemanes, los mejores críticos en cuestiones navales reconocen que tanto los buques como los marinos, magníficamente preparados, son fruto del talento y de la energía de aquel jefe excepcional.

El almirante Von Tirpitz (1849-1930)

Hijo de un condiscípulo de Bismarck, mal estudiante y marino por azar, comenzó su carrera naval protegiendo, desde un cañonero, a los barcos de pesca alemanes. Su voluntad y su patriotismo le elevaron a los puestos más importantes. Inspector de torpedos como Fisher, fue ascendido a jefe de Estado Mayor del Mando Ejecutivo y, finalmente, nombrado ministro de Marina en el año 1897.

A partir de entonces, hizo todo lo posible por crear una escuadra alemana poderosa. No era un innovador atrevido, sino un organizador lento y seguro. No aceptaba ningún invento hasta que no se había comprobado plenamente su eficacia. No le gustaban los zepelines y tardó bastante en adoptar el empleo de submarinos. Cuidó de que sus navíos se construyeran con solidez. «La cualidad suprema de un barco es permanecer a flote y mantener la vertical para seguir combatiendo.»

Si Fisher era brillante e ingenioso, Tirpitz se mostraba más reposado y científico. Sólo se interesaba por lo que era técnicamente factible. Suponía con razón que la rivalidad comercial entre ingleses y alemanes desembocaría en una guerra abierta. Creía sinceramente que su país se hallaba cercado por el poderío anglosajón. Desconfiaba de las conferencias internacionales y atribuía a los diplomáticos ingleses una destreza diabólica.

Togo, «el Nelson de Oriente» (1848-1934)

El cadete Heihachiro Togo, de la Armada Imperial japonesa, llegó a Gran Bretaña en 1871, para adiestrarse en su oficio de marino al lado de competentes instructores. Hizo prácticas en buques ingleses y supervisó la construcción de un barco de guerra japonés en un astillero británico.

Casóse al volver al Japón y, después de un rápido ascenso, recibió el mando del crucero *Naniwa.* Intervino en la guerra chino-japonesa y fue nombrado, en 1900, comandante en jefe de la flota activa. Tres años después comenzaba la guerra contra Rusia.

Togo dirigió el ataque por sorpresa contra la escuadra de este país, anclada en Port Arthur. La operación fue un fracaso parcial, pero por lo menos contuvo al enemigo en el puerto durante las trascendentales semanas que siguieron.

La batalla de Tsushima, en mayo de 1905, representó el cenit de su carrera. Sufriendo escaso daño, Togo hundió o capturó casi toda la flota rusa del Báltico.

Después de la guerra, ya retirado de la Armada, asistió a la coronación de Jorge V de Inglaterra y visitó los Estados Unidos. En 1913 se hizo cargo de la educación del príncipe imperial, el actual emperador Hiro-Hito. Cuando falleció, en 1934, era considerado un héroe nacional.

De hecho, no fue el Nelson japonés que imaginaron sus admiradores. Era un marino consagrado por entero a su profesión, poseedor de una gran competencia técnica. Dio a sus compatriotas un ejemplo de entrega absoluta y se convirtió en un motivo de inspiración para el militarismo japonés. Cuando en 1941 se repitió contra los americanos, en Pearl Harbour, la experiencia de Port Arthur, los atacantes llevaban como estímulo la vieja insignia de combate de Togo.

1 
2 
3 
4 

1 **Fisher, de Gran Bretaña.** *2* **Von Tirpitz, de Alemania.** *3* **Togo, de Japón.** *4* **El norteamericano Mahan.**

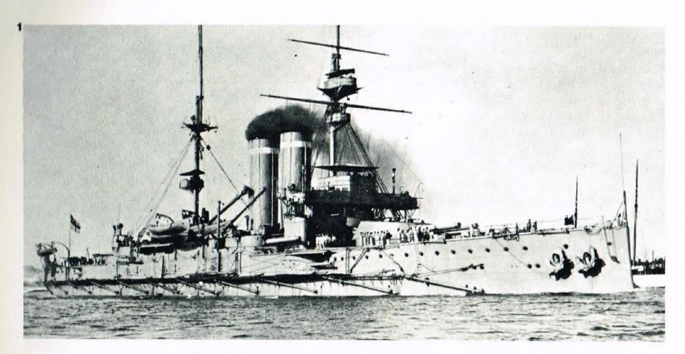
Mahan, teórico de la estrategia naval (1840-1914)

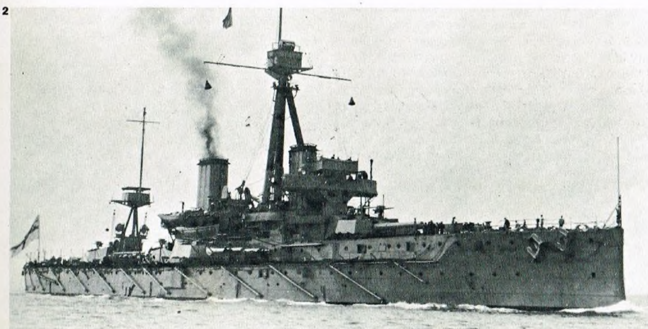
Hijo de un profesor de West Point, se había decidido por la Marina en contra de la voluntad paterna. Inclinado también a la enseñanza, dio sus clases, a partir de 1884, en el nuevo Colegio de Guerra Naval.

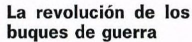
Lee al historiador militar Jomini y procura extraer de las lecciones del pasado principios generales de acción. Escribe *La influencia del poder naval en la Historia, 1660-1783* y *La influencia del poder naval en la Revolución y el Imperio franceses, 1793-1812.* Al mando del buque enseña *Chicago,* pasa por Gran Bretaña, donde su valía y sus trabajos obtienen el reconocimiento que merecen.

Para Mahan, cualquier nación bien situada en las rutas marítimas y con los medios adecuados para protegerlas, está en disposición favorable para adquirir una supremacía política general. Su éxito en la guerra depende de tomar la ofensiva oportunamente. Hay que perseguir a las fuerzas enemigas y obligarlas a luchar. Si no aceptan la batalla, deben ser acorraladas mediante el bloqueo. La primera condición de una armada eficaz es la potencia de fuego. La rapidez viene a continuación. El corazón de una flota debe ser la masa concentrada de sus acorazados.

Mahan falleció poco después de iniciarse la guerra de 1914. Sus teorías fueron experimentadas con éxito y sus atisbos proféticos se cumplieron.

1


2




La revolución de los buques de guerra

1 Clase «King Edward VII», buque de guerra pre-dreadnought: «HMS Dominion» 1905.
Desplazamiento normal: 16.350 tons.
Eslora: 139 metros.
Armamento: cuatro cañones de 12 pulgadas (dos a proa, dos a popa), cuatro cañones de 9 pulgadas, cinco tubos lanzatorpedos.
Espesor máximo del blindaje: 228 mm.
Velocidad máxima: 18,2 nudos.

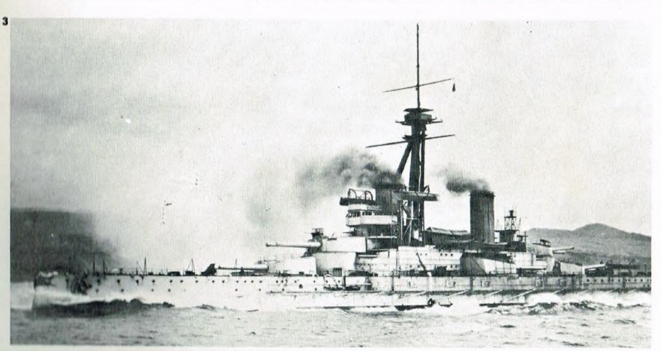
2 «HMS Dreadnought» 1906.
Desplazamiento normal: 17.900 tons.
Eslora: 160 metros.
Armamento: diez cañones de 12 pulgadas (dos a proa, cuatro a popa, dos a cada lado), dieciocho cañones de 4 pulgadas, cinco tubos lanzatorpedos.
Espesor máximo del blindaje: 279 mm.
Velocidad máxima: 21,6 nudos.

3 Un «dreadnought» posterior: «São Paulo» 1910.
Desplazamiento normal: 19.281 tons.
Eslora: 165 metros.
Armamento: doce cañones de 12 pulgadas (cuatro a proa, cuatro a popa, dos a cada lado), veintidós cañones de 4,7 pulgadas, sin tubos lanzatorpedos.
Espesor máximo del blindaje: 228 mm.
Velocidad máxima: 21,5 nudos.

4 Crucero británico de batalla: «HMS Invincible» 1908.
Desplazamiento normal: 17.250 tons.
Eslora: 173 metros.
Armamento: ocho cañones de 12 pulgadas (cuatro a proa, cuatro a popa), dieciséis cañones de 4 pulgadas, tres tubos lanzatorpedos.
Espesor máximo del blindaje: 178 mm.
Velocidad máxima: 26 nudos.

5 Crucero alemán de batalla: «Goeben» 1912.
Desplazamiento normal: 23.000 tons.
Eslora: 187 metros.
Armamento: diez cañones de 11 pulgadas (dos a proa, cuatro a popa, dos a cada lado), doce cañones de 5,9 pulgadas, cuatro tubos lanzatorpedos.
Espesor máximo del blindaje: 279 mm.
Velocidad máxima: 27 nudos.

Estadísticas procedentes de «Jane's Fighting Ships» (Sampson Low, Marston Ltd.)

3


4

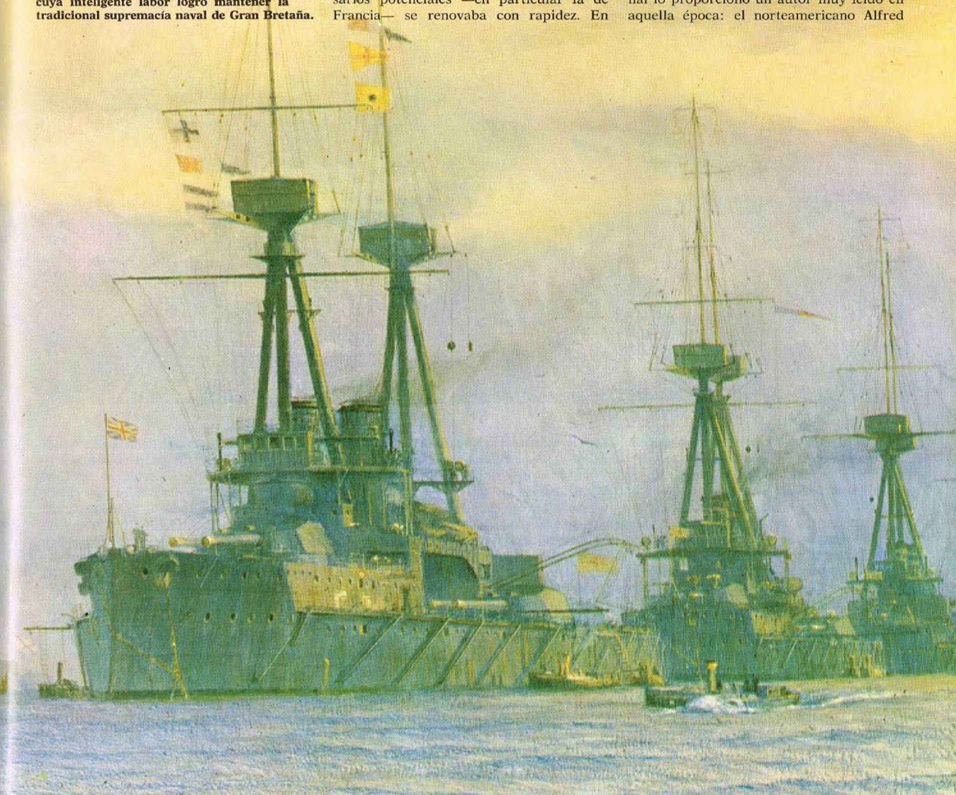

5


Comienza la carrera naval

En 1890, Gran Bretaña todavía creía que su mejor amigo en Europa era el Imperio Alemán. Pero, a primeros de siglo, el Almirantazgo —y tras él la opinión pública británica— comenzó a pensar que la flota alemana constituía una amenaza mucho más grave que Francia y Rusia juntas. Así se inició una carrera naval de armamentos que había de durar hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Gran Bretaña alcanzó en Trafalgar (1805) una supremacía marítima que sirvió de inestimable apoyo a su diplomacia durante décadas. Esta potencia había declinado mucho —en relación con la de otros países— en 1880. Se había descuidado la Marina en años de economías, mientras la fuerza naval de algunos adversarios potenciales —en particular la de Francia— se renovaba con rapidez. En 1889, muchos buques de guerra británicos todavía tenían cañones de avancarga y no existía un plan de movilización rápido y eficaz para la Marina.

Hacia 1880, las posibilidades de una alianza francorrusa alarmaron a Gran Bretaña y contribuyeron a la revitalización de su Marina de guerra. El contenido doctrinal lo proporcionó un autor muy leído en aquella época: el norteamericano Alfred



Acorazados británicos (año 1901).
La renovación de la *Royal Navy* entre 1902 y 1914 fue obra del almirante Fisher cuya inteligente labor logró mantener la tradicional supremacía naval de Gran Bretaña.

La revista naval de Spithead, en 1898, pintada por Charles Dixon. Ninguna otra nación podía exhibir una formación tan poderosa de buques de guerra como Gran Bretaña. Pero en el mismo año se promulgaba la Ley Naval alemana, con la que se iniciaba el reto de Alemania a la Marina británica.



Thayer Mahan, profesor en el Colegio de Guerra Naval de los Estados Unidos. En su obra *La influencia del poder naval en la Historia* (1890), preconizaba la ofensiva a ultranza en la guerra naval: si la flota enemiga no aceptaba la batalla, había que bloquearla. La potencia que siguiera esta estrategia no perdería el dominio del mar por el simple ataque del enemigo a sus rutas comerciales.

Mahan contribuyó a que triunfara en Gran Bretaña «la escuela de alta mar», que insistía en que la seguridad marítima se alcanzaría gracias a una escuadra de gran radio de acción, capaz de dominar los mares.

La «norma de las dos potencias»

El primer resultado importante del resurgimiento fue la Ley de Defensa Naval de 1889, que establecía un programa de siete años para reforzar la Escuadra y que sentó una base más estable para futuros proyectos. Con un presupuesto de veintiún millones quinientas mil libras esterlinas, la ley preveía la construcción de 8 acorazados de primera clase y 2 de segunda, 9 cruceros pesados y 29 ligeros, 4 cañoneras rápidas y 18 torpederos, que debían estar listos en 1894. Los acorazados de primera clase eran un cuarenta por ciento más grandes que cualquiera de sus contemporáneos, lo que muestra la seriedad con que el Almirantazgo se dedicaba a la creación de una armada de alta mar.

En los debates sobre la citada ley, se enunció oficialmente como base de la planificación de la flota la «norma de las dos potencias», ya implícita en la política naval británica. «La norma mínima de seguridad que la nación reclama —declaró el Primer Lord del Almirantazgo— es que nuestra flota sea igual a la suma de las dos Marinas europeas más fuertes.» La alianza francorrusa en 1892-1893 convirtió este problema en la preocupación primordial de los estadistas ingleses, y la visita de una escuadra rusa a Tolón, en 1893, dio pábulo a sus temores.

El mundo al que se destinaba esta armada creciente asistía a veloces cambios técnicos y políticos. Los avances tecnológicos atosigaban a los diseñadores navales. Los barcos de guerra aumentaron en tamaño; aumentó también el grosor del blindaje, se emprendió una competición entre la eficacia de las corazas y la de los



proyectiles, se mejoró el torpedo, se introdujo el giroscopio; la telegrafía sin hilos transformó la estrategia, y el petróleo y las nuevas turbinas prometían mayores velocidades y singladuras más amplias. Sin duda, los rápidos cambios impuestos por estos progresos contribuyeron a acentuar el interés público por los asuntos navales y estimularon las comparaciones estadísticas entre las potencias de las diversas flotas que se convertirían en fuerza motriz de la carrera naval.

También influyeron en los cálculos navales los cambios en el equilibrio mundial de poder. Lejos de Europa, Estados Unidos y Japón se transformaban en importantes potencias marítimas, como lo probaron la victoria japonesa sobre China en 1895 y la de los Estados Unidos sobre España en 1898. Se convertían así en competidores de Gran Bretaña en sus respectivas esferas de influencia, y en nuevos factores en la tabla comparativa de fuerzas.

Una potencia más cercana, Alemania, estaba consiguiendo la supremacía industrial en Europa. En lo naval, el contraste entre Alemania y Gran Bretaña era acusado: *la Royal Navy* era el arma tradicional británica desde hacía siglos, mientras que Alemania debía su unidad y supervivencia al Ejército prusiano. La Confederación Germánica había creado en 1867 una pequeña fuerza marina costera, y en 1873, tras la unificación, se inició un modesto plan decenal de construcciones. La novedad de la empresa estaba simbolizada en el hecho de que se concediera el mando a un general, Albrecht von Stosch. No obstante, Von Stosch era muy capaz y, además de crear una armada que, si bien era reducida, tenía gran calidad, concibió las ideas estratégicas que habían de mostrarse decisivas en la historia naval alemana en tiempos de su protegido Alfred von Tirpitz.

Guillermo II y Von Tirpitz

La marina de guerra entusiasmaba al káiser Guillermo II. Las obras de Mahan le impresionaron fuertemente y se enorgullecía de su rango honorario de almirante de la escuadra británica, del que se valía para enviar sugerencias —no todas desacertadas— al Almirantazgo. En su inquieta ambición y en su ansia de renombre mundial, Guillermo II encarnaba





Arriba: **cooperación entre las dos fuerzas armadas alemanas. Un marinero lleva a la playa a un oficial del ejército de tierra que ha visitado la escuadra.** *Abajo:* **¿Se discute la carrera naval? El káiser Guillermo II, con el almirante Von Tirpitz** *(centro)* **y otro alto oficial de la Marina. La nueva flota alemana era el producto de las ambiciones internacionales de Guillermo II y de la visión y energía de Tirpitz.**

muchos rasgos típicos de las clases mercantiles de Alemania. Según un autor alemán, el junker prusiano miraba con desdén a los cambistas y mercaderes británicos, pero la clase media, en cambio —que tenía nociones mercantilistas acerca de lo que da prosperidad a una nación—, envidiaba a Gran Bretaña sus realizaciones imperialistas. Y esa clase había proporcionado a Alemania la riqueza para hacer algo en tal sentido.

Había entusiasmo y dinero para la creación de una fuerza naval. El genio de Alfred von Tirpitz transformó tales elementos en un programa práctico. Poseía la virtud de idear proyectos sencillos, expresarlos de manera atractiva y conseguir apoyo político para ellos. Fue el arquitecto de la Armada alemana y el primero que manejó eficazmente el nacionalismo germánico de las masas.

A diferencia de los ejércitos alemanes, que conservaban su independencia por Estados y tenían su elemento de cohesión en la hegemonía de Prusia, la Escuadra fue una creación del Estado federal, casi al margen de la influencia aristocrática, e íntimamente relacionada con la naciente plutocracia comercial e industrial. El propio Von Tirpitz fue un representante típico de estas clases: sabía dirigir a los hombres y era un brillante organizador. Compartía las ambiciones nacionalistas de la burguesía, buscaba la expansión mundial de Alemania y ansiaba para ella un papel semejante al de Gran Bretaña. Con cierta lógica, veía en ésta tanto el principal obstáculo a la grandeza alemana como el mayor exponente del poder marítimo en que esa deseada grandeza tendría que basarse.

En su política naval, destinada a facilitar la expansión, Von Tirpitz prefirió una flota de acorazados capaz de desafiar a los barcos británicos entre Heligoland y el Támesis, en vez de escuadras de cruceros de gran radio de acción, que eran, a juicio de muchos alemanes, el requisito necesario para proteger las colonias y el comercio (en realidad, la falta de bases navales hacía razonable esta opción).

Se dice que un memorándum de Von Tirpitz, remitido a las supremas autoridades navales de Berlín, en 1892, convenció al Káiser de que Alemania debía concentrarse en la construcción de acorazados. La campaña en pro de una gran Marina empezó con un discurso de Guillermo II en la Academia Prusiana de Guerra, en 1895. El problema era saber si el Reichstag proporcionaría el dinero necesario (atribución que le incumbía, según la complicada Constitución germánica). La incursión de Jameson contra los bóers, en diciembre de 1895, provocó un estallido de sentimiento antibritánico que la Marina podía aprovechar para sus planes. La opinión pública alemana estaba soliviantada, pero Gran Bretaña, con la aparatosa movilización de una «escuadra volante», hizo gala de una fuerza naval a la que Alemania no podía dar réplica. Von Tirpitz, que en junio de 1897 se convirtió en ministro de Marina, supo aprovechar esta lección sobre la importancia del poder naval.

El ministro de Marina tenía la responsabilidad de trazar el programa de construcciones navales y de presentar su presupuesto al Reichstag. En la época del nombramiento de Von Tirpitz, la política marítima se debatía entre concepciones estratégicas opuestas, a la vez grandiosas y vagas, que habían disgustado al Reichstag y logrado escaso apoyo financiero. Von Tirpitz disipó la confusión con su firme actitud en favor de una flota de combate, y presentó un programa septenal, claro y aceptable, para el desarrollo de la Armada alemana. Era preciso persuadir de que no tenía necesidad del mismo a un país sin tradiciones marineras que no podría hacerse la ilusión de poseer una Armada de primer rango hasta que pasaran bastantes años.

Von Tirpitz, dispuesto a conquistar la opinión pública para sus proyectos, efectuó una eficaz labor propagandística desde su ministerio a lo largo de casi veinte años. Uno de sus primeros actos fue establecer un departamento de noticias y asuntos parlamentarios generales. El trabajo de este departamento se vio facilitado por el entusiasmo militarista de la clase media y por los atractivos comerciales implícitos en un amplio programa naval. La idea de una lucha futura en el mar encontraba eco en la opinión de los intelectuales alemanes, que consideraban la política internacional como una disputa constante en que una nación sólo podía medrar a expensas de otras. La Liga Naval, la Liga Pangermánica y la Sociedad Colonial se aliaron con Von Tirpitz, y la última distribuyó gratuitamente unos 2.000 ejemplares de las obras de Mahan.

«Tirpitz —declaró Guillermo II— se encargó de la penosa tarea de orientar a todo un pueblo, a cincuenta millones de alemanes, truculentos, miopes y malhumorados, y de convencerlo de opiniones contrarias a las que venía manteniendo. Y llevó a cabo esta tarea aparentemente imposible en só-

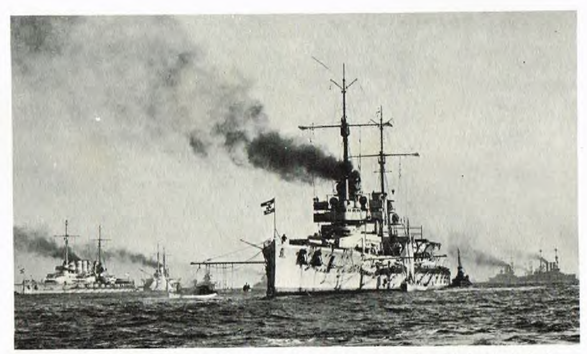
lo ocho meses. ¡Era un hombre excepcional!»

La «teoría del riesgo» de Von Tirpitz

La esencia de la doctrina estratégica de Von Tirpitz era su famosa «teoría del riesgo». Según él, incluso una escuadra inferior tendría un gran peso diplomático si amenazaba a las flotas principales con la perspectiva de una guerra destructora que pudiera dejarlas a merced de otros adversarios. Antes que sufrir semejante daño, las demás potencias se avendrían con Alemania y quizás intentarían ganársela como aliada. En teoría, esta doctrina podía aplicarse a las relaciones alemanas con cualquier país, pero, en el fondo, Von Tirpitz pensaba sólo en Gran Bretaña. En su memorándum de 1897 había abogado por «cierto grado de fuerza naval como factor de poder político» contra Inglaterra, y la propaganda naval no disimuló nunca que ese era su fin principal. Al presentar una nueva Ley Naval, en 1900, Von Tirpitz declaró con franqueza que la escuadra debía estar a la altura de su objetivo más difícil: «una batalla en aguas del Mar del Norte contra los británicos». «Nuestra flota —agregó— debe construirse con los ojos puestos en la política inglesa.»

La teoría y el programa se impusieron a todo lo demás en la política interna de Alemania. La Ley Naval de 1898 comprometió a la nación a construir una escuadra de 19 acorazados, 8 guardacostas blindados, 12 cruceros pesados y 30 ligeros, y un número proporcionado de barcos menores. Von Tirpitz había limitado estrictamente el número de tipos propuestos con los ojos siempre fijos en la posibilidad de crear una importante flota de combate. Aunque el programa era amplio, muchos legisladores lo aplaudieron como una mejora de los vagos proyectos anteriores. Al establecer un programa a largo plazo —se terminaría en 1905—, Von Tirpitz había sentado una base de planificación más firme que las ofrecidas hasta entonces.

La gran inversión que debería destinarse a la industria de la construcción naval hacía previsible que las presiones para continuar y ampliar el programa siguieran manifestándose una vez concluido el impulso inicial, cuando los pedidos del Estado se redujeran. Mientras tanto, la explosión de sentimientos antibritánicos provocados por la guerra bóer y la interferencia de la escuadra inglesa en la navegación alemana —sobre todo en Africa del Sur— permitieron que Von Tirpitz presentase una nueva y más ambiciosa Ley Naval en 1900. Este proyecto, que



En primer plano, el acorazado *Friedrich der Grosse* (Federico el Grande), buque insignia de la flota de guerra germana a principios de siglo.

extendía sus previsiones hasta 1916, permitiría doblar el número de acorazados, de modo que Alemania tendría 38 acorazados modernos (de menos de veinticinco años), 14 cruceros pesados y 34 ligeros, y 96 destructores. Hablando en el Reichstag, Von Büllow afirmó amenazadoramente que «en el siglo próximo el pueblo alemán debe ser o martillo o yunque».

La teoría del riesgo era la réplica natural a la «norma de las dos potencias.» Von Tirpitz creía que la dispersión de la flota británica debida a sus responsabilidades en distintos lugares del mundo haría posible que una fuerza naval alemana concentrada prevaleciera en el Mar del Norte. Desarrolló esta teoría en un período de hostilidad crónica entre Gran Bretaña y la alianza francorrusa. Si Gran Bretaña se reconciliara con Francia y Rusia, podría concentrar sus fuerzas y disfrutar de una seguridad mucho mayor de no sufrir el ataque de esas importantes potencias marítimas en caso de entrar en guerra con Alemania. No había que esperar que Inglaterra cediese a los alemanes la supremacía naval en los mares cercanos: sin sus barcos, Alemania estaba protegida por su Ejército; sin los suyos, Gran Bretaña se hallaba indefensa. Por otra parte, la geografía determinaba que, mientras existiera, el poder naval británico había de interferirse en las comunicaciones marítimas de Alemania.

La diplomacia alemana

Reflexiones de este género, y el conocimiento que hoy tenemos del curso que siguieron los acontecimientos, han hecho que algunos tachasen de fatuas las teorías de Von Tirpitz. Pero puede ser que el mayor error —en el que Von Tirpitz tuvo también parte de culpa— resida en la diplomacia alemana. Las críticas deben distinguir entre una Armada como fuerza de combate y como instrumento diplomático. En una conflagración, la Armada podía infligir graves daños a Gran Bretaña; sin embargo, quedaría también muy maltrecha y, según la lógica de la teoría del riesgo, otras potencias podrían aprovecharse de la situación. Pero es indudable que, mientras existió, una escuadra como la que Von Tirpitz construyó tenía un peso en las negociaciones, y que Gran Bretaña tuvo que hacer frecuentes concesiones diplomáticas. El error fatal de la política alemana fue el de no saber con precisión lo que deseaba y no acertar a pedir un precio que los ingleses pudieran pagar. La supremacía naval jamás estuvo amenazada, y en el ínterin el doble esfuerzo, en tierra y en el mar, mermaba los recursos alemanes. Si hubiese estado decidida a entrar en guerra, Alemania hubiera podido elegir entre Rusia y Gran Bretaña: entre el Ejército y la Marina.

Aunque la nueva Armada alemana se dirigía explícitamente contra Gran Bretaña, sería anacrónico imaginar que despertó en seguida la ansiedad británica o que los proyectos ingleses se vieron dominados por el problema del equilibrio naval anglogermano. La reacción de la opinión pública alemana acerca de Africa del Sur reveló a los observadores bri-

tánicos que Alemania no era un amigo incondicional. Pero había factores tranquilizadores, tales como el parentesco dinástico y los frecuentes gestos amistosos del ambiguo Káiser. Por encima de todo, Gran Bretaña tenía otras preocupaciones más urgentes. La flota alemana se reducía por el momento a poco más que un mero proyecto.

Es verdad que el jefe del espionaje naval británico dijo, comentando el plan de Alemania, en enero de 1898, que «si se lleva a cabo, este programa alterará el actual equilibrio del poder en el mar», y que los planificadores ingleses se hicieron cargo de que necesitaban cierto margen de ventaja para hacer frente a las posibilidades alemanas. Pero ésta era una preocupación menor al lado de la que producían Francia y Rusia. El equilibrio naval anglogermano no se había convertido todavía en motivo de fricción política. «Sería tan ridículo como inútil protestar», observó *The Times* en 1899, aunque añadía que Gran Bretaña «no puede congratularse de una política que, si es llevada a la práctica, hará necesaria una importante adición a nuestros presupuestos navales».

No obstante, a fines de 1902, cuando la reacción alemana a la guerra bóer había tenido tiempo de calmarse, y cuando la actividad de Alemania empezaba a producir un creciente número de buques, comenzó a extenderse la alarma entre el público y en los medios oficiales británicos. Todavía en 1901, *The Times* mencionaba apenas a Alemania en una discusión acerca del poderío marítimo. En febrero de 1902, la inesperada exposición de los futuros proyectos alemanes de construcción mereció amplia atención en la prensa inglesa y, en agosto, *The Times* declaraba que «no podemos consentir que nos adelanten: ello pondría en peligro todo lo nuestro». El Almirantazgo también se tomaba más en serio el problema. Quedaba disipada cualquier tentación de poner en duda la decisión alemana de cumplir su programa y, en otoño de 1902, el espionaje británico comprendió con claridad que la escuadra de Alemania estaba destinada exclusivamente a disputar el dominio del Mar del Norte. Este tardío descubrimiento se derivó del estudio de los buques del tipo *Wittlesbach*, el primero que se botó de acuerdo con el programa de 1900. Dada su pequeña capacidad para almacenar hulla y los reducidos cuarteles destinados a los tripulantes, tales barcos se construían para formar parte de una fuerza de combate de corto radio de acción.

Desafío a la Armada británica

Suele creerse que Inglaterra, al percibir a fines de siglo la amenaza alemana en el mar, zanjó en seguida sus disputas con las demás naciones y concentró su flota para hacerle frente y desmentir, con ello, las teorías de Von Tirpitz. Sin embargo, esta interpretación exagera el papel de la Marina de Alemania y oscurece el hecho de que los compromisos de Gran Bretaña en otras partes del mundo siguieron rigiéndose por unas motivaciones específicas, independientes de la política germánica. Ello no significa tampoco que, en un momento posterior de desarrollo, la amenaza alemana no hubiera bastado por sí sola para obligar a una redistribución del esfuerzo británico.

En 1900, la principal preocupación de la diplomacia inglesa era contener a Rusia en el Extremo Oriente. Al no conseguir la ayuda de Alemania, atendió a las sugerencias del Japón, que se ofrecía a encargarse de Rusia si Gran Bretaña neutralizaba a Francia. Éste fue el inicio de la alianza anglonipona de 1902, destinada más a negociar que a combatir. Ni los británicos ni los japoneses la veían como un paso para enfrentarse a Alemania. Pero la intransigencia de Rusia hizo estallar la guerra en que los japoneses, en 1905, al destruir la escuadra rusa del Báltico en Tsushima, eliminaron al Imperio zarista como potencia marítima. Teniendo a los británicos por aliados, Japón se convirtió en señor de los mares del Extremo Oriente y Gran Bretaña pudo retirar de allí sus naves hasta el día en que sus intereses y los de los nipones dejaran de coincidir.

En el hemisferio occidental, Inglaterra hacía tiempo que había cedido la preeminencia naval y política a los Estados Unidos, como lo probó su conducta durante los incidentes venezolanos de 1895 y 1902, en los que mostró evidente blandura ante las pretensiones de los estadounidenses de ejercer la hegemonía en los mares vecinos. El aumento de la fuerza marítima de Norteamérica, como resultado de la influencia de Mahan y de las circunstancias de la guerra con España de 1898, hizo más necesaria que nunca la abstención británica, de modo que sus unidades navales llegaron a ser superfluas en el hemisferio occidental.

Hacía muchos años que el principal oponente británico en el mar era Francia, y también en este caso los hechos vinieron a reducir las preocupaciones inglesas. Francia, alarmada ante la posibilidad de que Rusia la impulsase a una guerra contra Gran Bretaña (no del todo improbable a causa de la alianza anglojaponesa), se apresuró a solucionar sus diferencias con esta última. Los motivos de fricción eran más tradicionales que reales y los sentimientos amistosos que inició la visita de Eduardo VII a París, en 1903, preludiaron los acuerdos coloniales del año siguientes, que dieron lugar a la *entente* anglofrancesa. No era una alianza y no eliminaba a Francia de los cálculos navales británicos, cuyo centro de interés seguía siendo el Mediterráneo. Pero las preocupaciones se aminoraron, tanto más en cuanto simultáneamente se produjo una catastrófica decadencia en la eficacia de la Marina francesa, secuela de una mala administración interior.

En este momento, la flota británica quedó bajo la influencia de un genio discutido: el almirante sir John Fisher. El lamentable comportamiento del Ejército inglés en Africa del Sur hizo que los británicos se preguntaran si su Marina estaría mejor preparada para hacer frente a un caso de emergencia. La opinión, preocupada hasta entonces por la cantidad, comenzó a pensar en la calidad. Una tradición arraigada dificultaba la modernización, y la táctica utilizada recordaba la época de los veleros. Un nuevo equipo se hizo cargo del Almirantazgo en 1901 y se advirtió una mejoría general. En 1903 se superó el atraso en las construcciones y Gran Bretaña ganó terreno rápidamente en relación con Francia y Alemania, sus más próximas rivales. En este año, Gran Bretaña tenía no menos de 42 acorazados de primera clase frente a 19 franceses y 12 alemanes. La fuerza total respectiva, en acorazados de todo tipo, era de 63 ingleses, 36 franceses y 36 alemanes. La cifra relativa en cruceros blindados era de 18 británicos, 9 franceses y 8 alemanes. Además, Inglaterra tenía en proyecto la construcción de una cantidad muy superior de buques; en el mismo período pintó sus barcos de gris (hasta entonces habían sido blancos y amarillentos), modernizó su táctica y prestó gran atención a la artillería, cuyos progresos iban a producir una revolución en la arquitectura naval.

Las grandes reformas de Fisher

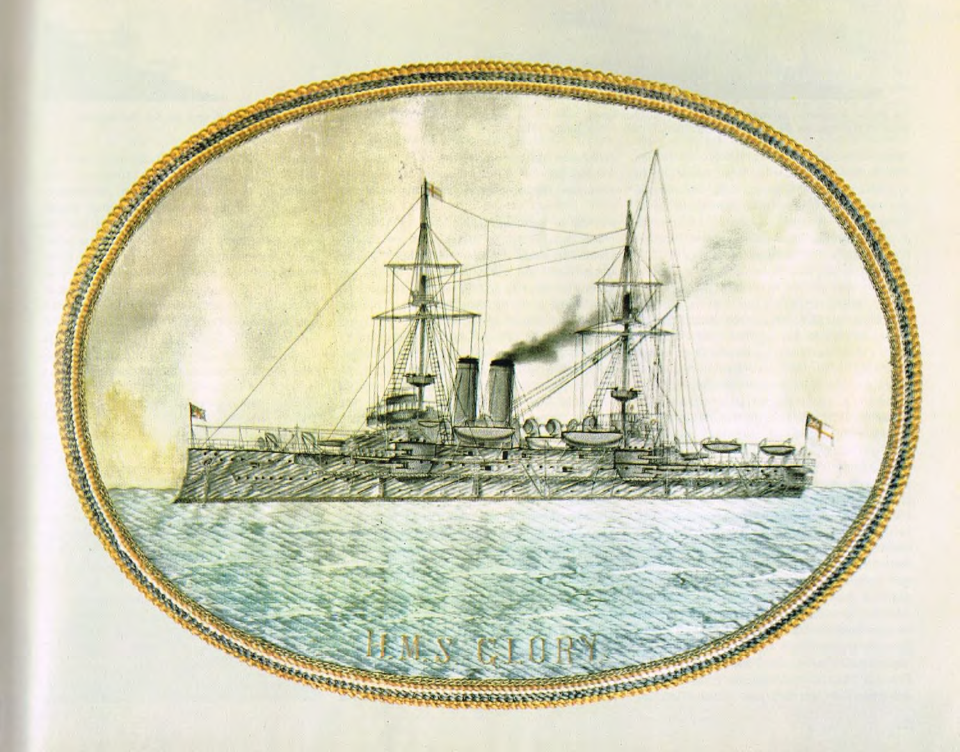
El 21 de octubre de 1904, Fisher se convirtió en Primer Lord del Mar. Apoyándose en las realizaciones de los tres años precedentes, dispuso amplias reformas con el fin de acrecentar la eficiencia y economizar a la vez, pues el peso creciente de los gastos navales estaba volviendo a ser motivo de quejas políticas. Le guiaba el principio de concentrar la flota y elevar

su aptitud para la acción instantánea. «El secreto del éxito estriba en la celeridad», declaró. Eliminó sin ningún escrúpulo 154 buques anticuados. Después licenció hombres para que formasen «núcleos de tripulación» para barcos de reserva. Gracias a esto y a frecuentes maniobras, hizo de la reserva un refuerzo auténtico y preparado.

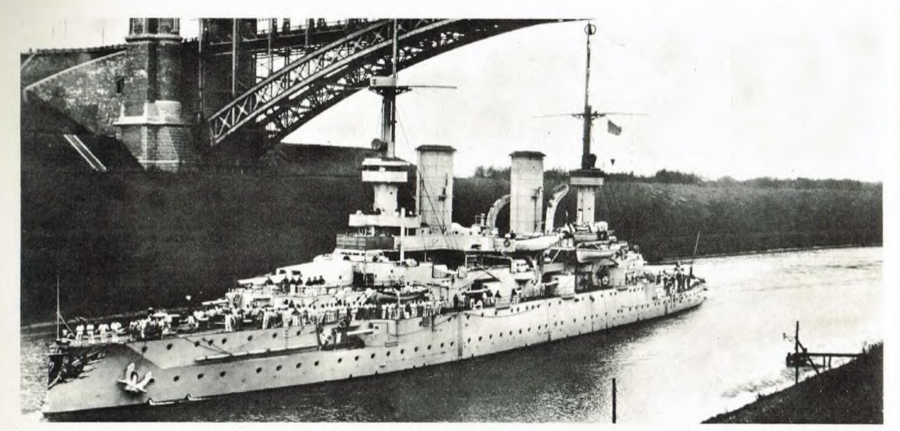
La mejora de la reserva acrecentó inmediatamente la fuerza en aguas metropolitanas. Además, Fisher eliminó las escuadras del Atlántico Sur, del Atlántico Norte, de las Indias occidentales y del Pacífico, y unificó una flota del Extremo Oriente con base en Singapur. Pudo llevar a cabo tales cambios no sólo gracias a las modificaciones, ya comentadas, de las circunstancias políticas, sino también porque la cablegrafía, la telegrafía inalámbrica y la velocidad de la navegación a vapor no hacían ya necesaria la dispersión para proteger el comercio y las colonias.

La vieja *Home Fleet* (Flota nacional) se transformó en la *Channel Fleet* (Flota del Canal), con base en Dover, compuesta por 12 acorazados; la *Channel Fleet*, hoy llamada *Atlantic Fleet*, se estacionó en Gibraltar con 8 acorazados, e igual fuerza formaba la *Mediterranean Fleet*, en Malta. Estaban bien situadas para apoyarse mutuamente, y la distribución entre ellas de los barcos sobrantes garantizaba que no se debilitarían a causa de reparaciones. La distribución de las divisiones de reserva a lo largo de la costa meridional inglesa, en Plymouth, Portsmouth y Sheerness, permitió ulteriormente a Fisher concentrar sus buques más nuevos en el último lugar citado y crear un poderoso núcleo para el Mar del Norte.

Ni el Almirantazgo ni la prensa inglesa disimularon que el objetivo primordial de la modernización de la escuadra era hacer frente a la creciente amenaza alemana. Sin embargo, no se trataba más que de una previsión profesional ante una posible contingencia futura; no significaba inevitablemente que las relaciones angloalemanas



Un bordado que reproduce al *Glory*, acorazado de primera clase, botado en 1899. Pertenecía al tipo *Canopus*, que formaba parte del programa naval acelerado de Gran Bretaña en la última década del siglo.



Un navío de guerra alemán (del tipo inmediatamente anterior al *dreadnought*) recorre las aguas del canal de Kiel, que no fue habilitado para la navegación de los nuevos grandes acorazados hasta 1914.

fuesen malas ni que el choque entre las dos naciones hubiese de trascender de lo hipotético. Francia seguía figurando como posible enemiga en el planteamiento naval británico, y se atendió con cuidado a las posibles operaciones bélicas en el Mediterráneo. La insistencia de Alemania en forzar una crisis con Francia acerca de Marruecos, que empezó con la visita del Káiser a Tánger en 1905, y que trataba de perturbar la mejora de las relaciones anglofrancesas, logró, en cambio, estrechar los lazos existentes y darles un matiz de alianza militar de que hasta entonces habían carecido. No sólo se vio inducido sir Edward Grey, nuevo ministro de Asuntos Exteriores, a formular una amenaza velada y lejana de guerra al embajador alemán, sino que se celebraron conversaciones secretas entre los Estados Mayores británico y francés acerca de una posible cooperación contra Alemania. El 24 de junio de 1905, Fisher ordenó que se efectuasen los primeros estudios sobre una guerra naval contra los alemanes y con la alianza de Francia. Era algo revolucionario. Y aunque se distaba mucho de dar por seguro que tal guerra llegara a producirse, las alianzas previstas eran muy distintas de lo que hasta entonces se había esperado. Tras la aniquilación rusa en Tsushima, la superioridad naval de Gran Bretaña sobre Francia, Rusia y Alemania reunidas era del orden de un diez por ciento. Con los franceses de su parte, las más extremas exigencias de la «norma de las dos potencias» serían superadas con mucho.

Fin de la primera fase

Los progresos técnicos estaban conduciendo en aquel momento a Fisher a tomar decisiones que trastornarían todos los cálculos sobre la fuerza naval, aunque no afectarían a las nuevas alianzas diplomáticas. Los adelantos en alcance, precisión y manejo de los grandes cañones de la marina llevaron simultáneamente a varias naciones a la conclusión de que los futuros buques de guerra estarían pertrechados sólo con piezas de gran calibre (los buques entonces existentes estaban armados con cañones de calibre mediano y grande). El nuevo buque sería veloz —Fisher decía que la rapidez era el «viento en popa» de la época del vapor— y capaz de hundir a sus enemigos más pequeños antes de que estuvieran a distancia adecuada para hacer fuego.

Los informes de la guerra ruso-japonesa confirmaron al Almirantazgo británico en un criterio a que le habían llevado sus experimentos. Fisher, que había intervenido personalmente en su creación antes de convertirse en ministro, dispuso que la primera nave del nuevo tipo se comenzara a construir el 2 de octubre de 1905. Era el *Dreadnought*.

El *Dreadnought* se construyó no a causa de los alemanes, sino como resultado de argumentos estrictamente técnicos. Sin embargo, su aparición tuvo consecuencias de peso en el equilibrio naval anglo-alemán. Dejó anticuados a todos los buques de guerra existentes. Una comisión del Almirantazgo, encabezada por el almirante príncipe Louis de Battenberg, concluyó el 6 de junio de 1905 que «no puede ya justificarse una sensación de seguridad por la mera preponderancia numérica en tipos de barcos que han dejado de ser eficaces». Parecía que, de pronto, Fisher anulaba las ventajas de la reorganización de la flota. La competición anglogermana empezaría otra vez, casi desde el principio. Esta conclusión era falaz. Los barcos nuevos no podían nacer de la noche a la mañana; mientras tanto, habría que utilizar los viejos. Gran Bretaña había logrado cierta ventaja inicial sobre Alemania, pero era menor de lo que Fisher suponía. Lo cierto es que empezaba otra vez, en términos más parejos, la carrera que Gran Bretaña parecía haber ganado. Los grandes buques nuevos resultaban mucho más impresionantes y eran más adecuados para espolear una celosa comparación de las estadísticas. La rivalidad náutica anglo-alemana iba a convertirse de síntoma de tensión diplomática en causa de ésta.

L. W. Martin

Dreadnought: el nuevo acorazado

En 1906 Gran Bretaña botó el primer acorazado con propulsor a turbina y equipado exclusivamente con cañones de gran calibre: el *HMS Dreadnought.* La nueva unidad superaba todos los otros tipos de navíos, pero también Alemania sabía construir *dreadnoughts;* de esta forma, la carrera naval podía empezar de nuevo casi a partir de cero, dando como resultado la última y más intensa fase de la lucha sostenida por Gran Bretaña para conservar la supremacía naval.

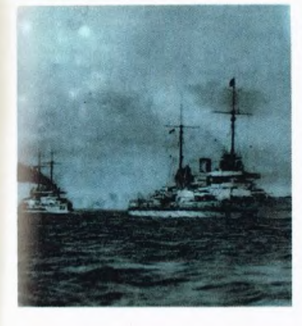
De los primeros navíos accionados a vapor y revestidos de planchas de hierro —empleados durante la Guerra Civil norteamericana— los proyectistas navales derivaron el nuevo tipo de acorazado, cuyas bocas de fuego y cuya velocidad experimentaron un gradual desarrollo. Se usaron torres giratorias en las que se acomodaban cañones pesados, modificación que respondía a un principio totalmente distinto de la vieja concepción del armamento, integrado por numerosos cañones que abrían fuego desde los costados de la nave. El desarrollo fue relativamente lento. Como es lógico, dadas las nuevas posibilidades técnicas, en adelante ya no se impondría la elección de abrir el fuego por la derecha o por la izquierda. Desde los inicios del decenio de 1890-1900, Gran Bretaña y otras grandes potencias habían perfeccionado un tipo estándar de acorazados. Todo navío poseía cuatro cañones, normalmente del calibre de 305 mm, colocados en dos torres a proa y a popa y denominados a veces «cañones de proa» y «cañones de popa». Disponía también de armamento secundario, en general cañones de 152 mm, que podían dispararse tan sólo desde un costado del navío; diversas unidades de modelo más moderno estaban también dotadas con cañones de 234 mm. Se procedía... a tientas. De hecho, cuando sir John Fisher fue nombrado Primer Lord del Mar, preparó una sorpresa extraordinaria para todas las marinas del mundo con su famoso acorazado *Dreadnought,* botado en febrero y terminado en diciembre de 1906.

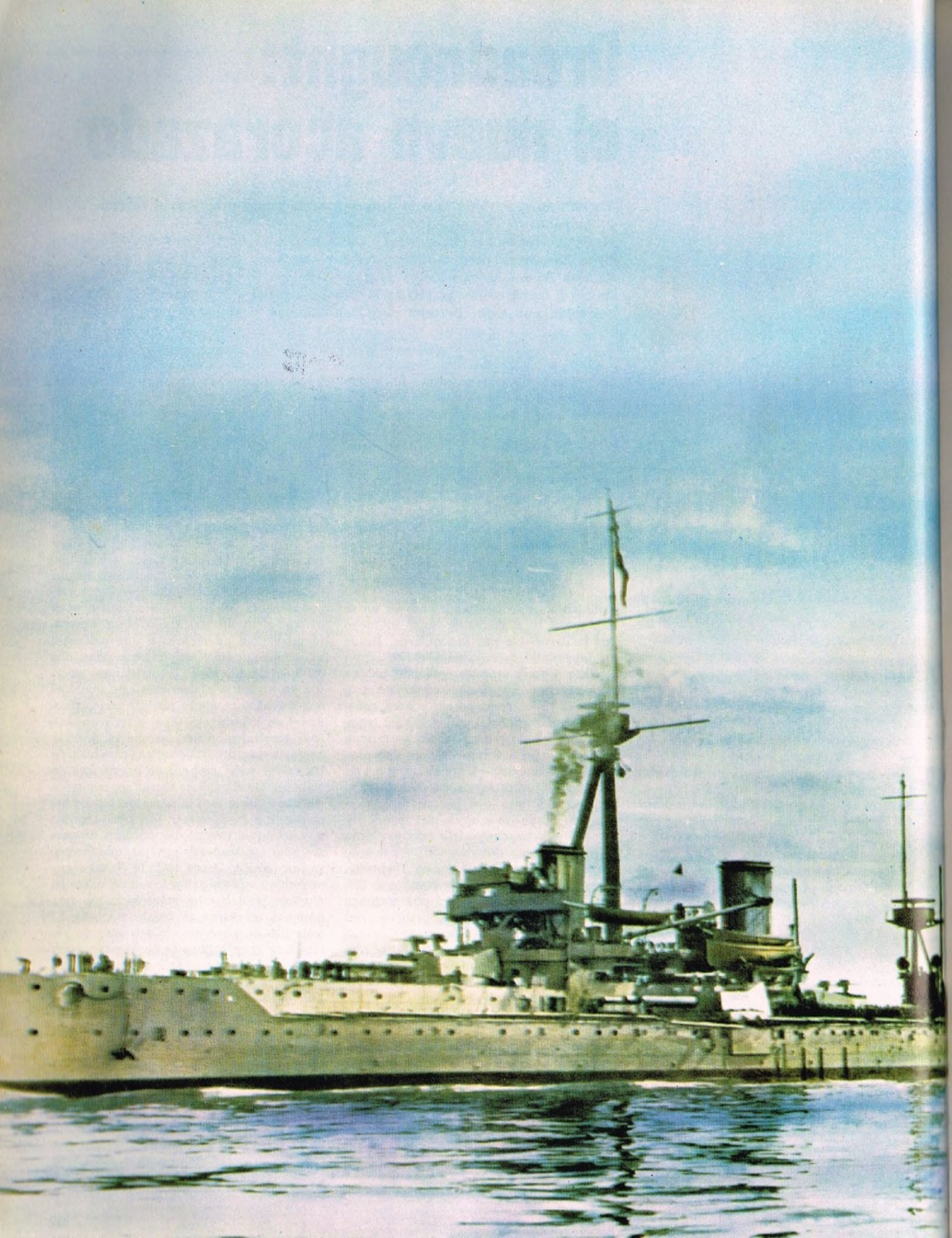
El *Dreadnought* era un buque revolucionario, por cuanto disponía de diez cañones de 305 mm, dos en cada una de las cinco torres del acorazado y aptos para abrir fuego en cualquier dirección (en realidad, en el primer buque de esta clase sólo ocho cañones podían dar la vuelta completa, pero muy pronto se puso remedio a este inconveniente en navíos más modernos). A partir de 1906, por acorazado de primera clase se entendió un buque provisto de diez cañones pesados capaces de abrir fuego en todos los sentidos. Así, un *dreadnought* podía enfrentarse con una de las unidades más antiguas, con una superioridad de diez contra cuatro, y estaba en condiciones de retar a dos de ellas con una ventaja de diez contra ocho.

Fisher fue blanco de muchas críticas por haber dejado «superados» casi todos los buques de guerra británicos, anulando de este modo la inmensa superioridad de la marina del Reino Unido sobre las restantes flotas. Pero había una lógica en su locura. Los oficiales de marina más juiciosos empezaban a darse cuenta de que el armamento secundario era menos importante. El mayor alcance de los torpedos hacía peligrosa una acción a poca distancia. Si un acorazado podía enfrentarse con un adversario a una distancia realmente grande, de nada servían los cañones de 152 y de 234 mm. Los expertos en artillería observaron que, dado el enorme alcance ahora posible con los cañones de 305 mm (13.000 m o tal vez más), sólo resultaban útiles las piezas de calibre más elevado. El tiro eficaz dependía de las salvas y del número de proyectiles de cada una de ellas. Este factor contribuyó a realzar todavía más la superioridad de los navíos tipo *dreadnought.* Hay que recordar que, en aquel tiempo, las marinas de guerra sólo recibían, en general, una preparación teórica. Desde 1805, la *Royal Navy* no había tenido ocasión de tomar parte en ninguna gran batalla mantenida con una potencia marítima de igual categoría. El concepto de nave dotada tan sólo de cañones de gran calibre se abrió paso, poco a poco, en la mente de los constructores navales. Fisher vio claramente el asunto y actuó a tiempo. Conforme a la idea del famoso eslogan del general MacArthur, decidió ser «el primero y el más eficaz de todos.» Otras marinas de guerra le tributaron el honor de imitarlo y, en la Marina alemana, los viejos pre-*dreadnoughts* fueron muy pronto definidos como *fünf-minuten-Schiffe* («navíos de cinco minutos»), o sea, capaces de sobrevivir sólo cinco minutos a las salvas de un *dreadnought.*

Fisher no cesó de producir navíos de batalla del tipo *dreadnought,* aplicó sus teorías a los cruceros y proyectó un nue-

La flota que turbaba la calma de los ingleses: navíos de guerra alemanes —del tipo *dreadnought*— navegan por el Mar del Norte (año 1911). Las grandes potencias iban perfeccionando sus modelos de acorazados, verdaderas fortalezas flotantes cada vez más eficientes.





El *HMS Dreadnought*, **primer acorazado moderno, orgullo de la *Royal Navy*: revolucionó los conceptos estratégicos vigentes, ya que permitía, por sus características técnicas, la aplicación de nuevas maniobras en combate.**

vo tipo de buque, un crucero de batalla con armamento casi igual al de los nuevos acorazados, pero mucho más veloz. Se trataba de unidades que podían navegar al frente de la flota como si fuesen sus ojos y que desarrollaban un volumen de fuego capaz de eliminar cualquier crucero convencional. El primer buque de esta clase fue el *Inflexible*, terminado en 1908. Estaba armado con ocho cañones de 305 mm y alcanzaba una velocidad de veintiséis nudos. Su potencia de fuego llegaba a los cuatro quintos de la de un nuevo acorazado, pero la velocidad imponía este sacrificio. De hecho, mientras el *Dreadnought* tenía una potencia nominal de 18.000 HP, la del *Inflexible* era de 41.000 HP. Para aumentar la velocidad se reducía el blindaje, lo que inevitablemente redundaba en una mayor vulnerabilidad de los cruceros de batalla. Otros siguieron la lógica de Fisher, como, por ejemplo los alemanes, que empezaron a construir cruceros de batalla que en seguida se hicieron famosos en todo el mundo. En este período, el problema político más importante, en lo relativo a la supremacía naval, estaba ligado a esta incógnita: ¿cuál sería la nación que dedicaría más esfuerzos y riquezas a la construcción de una gran flota? He aquí el problema que acaparaba la atención de la gente y que, en definitiva, era imposible marginar. Con haber superado sólo en un tercio a Alemania en la construcción naval, Gran Bretaña habría mantenido su supremacía sobre los mares.

Mantequilla y cañones

Mientras las construcciones navales estaban siempre a la orden del día, las exigencias de personal aumentaban continuamente. En 1900, los cálculos ingleses arrojaban la cifra de 80.000 hombres, incluidos los de infantería de marina; en 1913, esta cifra subió a 140.000. El total de gastos para la flota ascendía, en 1906, a 33 millones de libras esterlinas, que se convirtieron en 44 millones en 1913, con un incremento de un tercio a pesar de las economías realizadas por Fisher con el desmantelamiento de las viejas unidades. Sin embargo, en aquel período los gastos navales disminuyeron con respecto al balance nacional, pasando de un tercio a poco más de un cuarto del presupuesto nacional. Los servicios sociales empezaban efectivamente a exigir su parte, y el pueblo británico quería mantequilla y cañones. Según sus intereses, sus prejuicios, su educación o mentalidad, los electores o se aterrorizaban ante los enormes gastos exigidos por los armamentos o se obsesionaban con el temor a perder la carrera. Si aquéllos eran días en que cualquier escolar sabía trazar el esquema de una nave tipo pre-*dreadnought* y de un moderno *dreadnought*, eran también días en que un radical pacifista sabía evaluar el precio de un buque de guerra y avanzar propuestas de lo que habría podido realizarse evitando este dispendio, a su juicio, inútil y perjudicial.

Pero no bastaba con construir naves y equiparlas; era preciso también fortificar las dársenas y los puertos. El desafío alemán significaba una revisión de todas las instalaciones portuarias. La costa de importancia vital para Gran Bretaña ya no sería la meridional, al sur del Támesis, sino las costas este y norte. Para bloquear el Mar del Norte, la flota debía estacionarse principalmente en Escocia, en los estuarios de Forht y Cromaty, y en Scapa Flow, una bahía bien protegida de las islas Orcadas. Un arsenal en construcción en Rosyth, en el estuario de Forth, todavía no estaba terminado cuando estalló la guerra de 1914. No existían diques flotantes y, en tiempo de guerra, las naves debían emprender peligrosos viajes para llegar a los astilleros del sur de Gran Bretaña si tenían necesidad de reparaciones.

Ya antes de la guerra, el Káiser se vanagloriaba de haber construido primero las instalaciones portuarias que las naves. La nueva disposición de la flota, proyectada para tiempos de guerra, reflejaba las nuevas ideas sobre estrategia naval. La clásica concepción de un riguroso bloqueo naval, como el de Brest durante las guerras napoleónicas, pertenecía al pasado. Era demasiado peligroso navegar cerca de las costas enemigas, y los buques a vapor, al revés de los veleros, debían volver periódicamente a sus bases para reponer el carburante.

Puntos de vista políticos

Desde 1906, la cuestión naval se convirtió en un importante factor político. Sobre este tema, la posición de los partidos políticos no estaba netamente definida. Los *tories* abogaban en pro de una marina potente, pero merecían censura por su estrecha mentalidad en lo relativo a las radicales reformas fiscales que eran indispensables. Mostraban creciente confianza en la reforma de las tarifas aduaneras como medio nuevo y fructífero para aumentar los ingresos; pero, luego que esta línea política fue rechazada tres veces en las elecciones, no hubo ninguna posibilidad de que fuese adoptada antes de 1914. La fisura se produjo dentro del Partido Liberal. Formaban parte del Gobierno los que se llamaban liberales imperialistas, Asquith, Grey, Haldane y McKenna (este último había sido, de 1908 a 1911, Primer Lord del Almirantazgo), los cuales comprendían perfectamente la necesidad de un apoyo adecuado y se daban cuenta, como hombres políticos avezados, de que una política vacilante en la cuestión naval habría suscitado la desaprobación popular.

Otros apuntaban hacia las reformas sociales y no lograban conciliar las inversiones en masivos armamentos con sus ideales políticos. Éstos provenían casi siempre de grupos sociales o círculos religiosos que sentían una intrínseca antipatía por la idea de guerra, por los militares y, en general, por aquel tipo psicológico de individuo que se encuentra a gusto empuñando las armas. En cuanto al Partido Laborista, éste estaba dominado, desde sus primeros pasos, por la teoría de la lucha de clases (aunque después, al sobrevenir la guerra, se dividiría en «pacifistas» y «patriotas»). Para la mayoría de los socialistas, la guerra nacional era una de las peores herencias del pasado, destinada a extinguirse. Entre las sectas religiosas, la de los Cuáqueros rechazaba sin contemplaciones el uso de la fuerza y predicaba la doctrina de la no violencia. Éstos opositores eran pocos, pero influyentes, y constituían un obstáculo para todas las formas de desarrollo de los equipos bélicos.

Según el parecer de muchos, los tiempos eran apropiados para contener la carrera de armamentos. En 1907, se reunió en La Haya una conferencia para la paz. El primer ministro inglés liberal Campbell-Bannerman, —tal vez demagógicamente— insistió en que, además de las discusiones sobre las leyes de guerra, se tomara también en consideración el desarme.

Para restringir la carrera de armamentos, el gobierno liberal redujo la producción naval, junto con otras restricciones de gastos, a un buque por año. En 1908, Tirpitz mandaba construir cuatro buques; Gran Bretaña, dos. Las distancias se acortaban.

Todo ello no sucedía por azar: los hechos eran conocidos. Los buques que se encontraban en los astilleros no podían quedar inadvertidos, y el problema era en cuánto tiempo se podrían terminar. Se daba por descontada una mayor eficiencia de los astilleros ingleses, pero en 1909 se evidenció que la construcción naval alema-





En vísperas de la Gran Guerra, la flota británica ostentaba aún el dominio de los mares. El grabado muestra un imponente despliegue de acorazados, cruceros, cazatorpederos y submarinos. Un dirigible y un biplano representan al arma del futuro: la fuerza aérea.

na había mejorado y adquirido una notable rapidez. Siguió a ello una crisis gubernamental. Los reformadores sociales, Lloyd George, y, sorprendentemente, Churchill —entonces en el Ministerio de Comercio— se opusieron al Primer Lord McKenna, que quería empezar la construcción de seis naves en aquel año y de otras seis en los tres siguientes. Los reformadores pretendían aprobar la construcción de sólo cuatro naves. Mientras tanto, la opinión pública, que presionaba para que se hicieran inversiones más generosas en el sector naval, adoptó (llamado de atención para el Gobierno) el eslogan: «Queremos ocho, y en seguida.» Las elecciones secundarias arrojaron un resultado vergonzoso para los liberales. El paciente Asquith llegó entonces a un ingenioso compromiso: durante el año económico de 1909-1910 entrarían en astillero cuatro acorazados y, en caso de necesidad, se empezaría la construcción de otros cuatro a comienzos del año económico de 1910-1911. Ante el continuo progreso alemán en las construcciones navales y a fin de satisfacer las clamorosas exigencias de los ciudadanos, McKenna anunció luego que se incluiría en el programa de 1909 el segundo grupo de cuatro buques, aun cuando no pudiera iniciarse su construcción antes de 1910. Los buques de guerra planificados por McKenna estuvieron en 1914 a disposición de su sucesor, Churchill, y Gran Bretaña conservó su margen de seguridad.

La superioridad de los buques armados con cañones de gran calibre era tan decisiva que las flotas mejor dotadas de ellos resultaron vencedoras con escasísimas pérdidas: como fue el caso de los alemanes en la batalla de Coronel y de los ingleses en las islas Falkland en 1914. Pero la política seguida por el Almirantazgo alemán, que no quería nunca provocar una acción naval a gran estilo, parecía demostrar que los jefes de la Marina habían perdido la confianza en las teorías de Tirpitz, su cerebro rector.

Una elemental teoría de los armamentos consiste en calcular las necesidades propias, evaluar los posibles enemigos y procurarse fuerzas adecuadas para afrontar la situación; pero no siempre esta teoría puede llevarse a la práctica. La carrera de armamentos, cuando llega a conocerse, afecta y altera radicalmente la situación diplomática. Ello vale en particular para las marinas alemana y británica. En el siglo XIX, los ingleses pensaban en general que Francia era su enemigo más próximo y natural. Con relación a Alemania, experimentaban, por el contrario, una simpatía que se fundaba en antiguas alianzas y en vínculos presentes, como por ejemplo las relaciones de parentesco existentes entre ambas casas reales, y la fe protestante (común a Alemania septentrional y a Gran Bretaña). Un intenso deseo de establecer una alianza defensiva con el Imperio Alemán duró hasta finales del siglo. Luego, las leyes navales de Alemania intimidaron a Gran Bretaña, y al temor sucedió el odio. El Almirantazgo afrontó la situación incrementando progresivamente la flota del Mar del Norte (en 1911 Mahan la valoraba en un 86 por ciento del poderío naval británico). Esta disposición de la flota, que derivaba de una necesidad militar y no de una situación diplomática, forzó a Gran Bretaña a una mayor dependencia de Francia.

En el verano de 1911, la crisis de Agadir indujo al Gobierno inglés a adoptar algunas medidas precautorias: se impuso la necesidad de llegar a un acuerdo con la Marina francesa. La Marina austríaca no era en ningún modo despreciable, e Italia formaba parte de la Triple Alianza, con Alemania y Austria: no era posible contar con su neutralidad. Al igual que en los acuerdos militares provisionales que en 1906 habían firmado los Ministerios de la Guerra británico y francés, se llegó a un acuerdo naval que se mantuvo en secreto. A pesar de las hábiles disposiciones dadas por Churchill —que a la sazón formaba parte del Almirantazgo— para exhibir en Malta el poderío naval británico, el Mediterráneo se hallaba bajo el control de Francia. Por el contrario, el control de la costa septentrional francesa estaba en manos de los ingleses. En una guerra con Francia, los alemanes dispondrían probablemente de las fuerzas necesarias para un desembarco en las costas francesas del norte. Fisher observaba que existían algunos puntos en la península del Cotentin, detrás de Cherburgo, muy a propósito para una empresa de este género. Así, la amenaza naval de Tirpitz ejercía una gran presión moral, capaz de inducir a Gran Bretaña a ponerse del lado de Francia, a pesar de los esfuerzos del Foreign Office por evitar un compromiso formal. Podía decirse que los armamentos iban redactando invisibles tratados.

Pero la estrategia naval implicaba tomar medidas aún más allá de Europa. Normalmente, el combustible empleado era el carbón, pero cada vez se hacían más evidentes las ventajas del petróleo: el nuevo combustible aumentaba la velocidad de los navíos y reducía notablemente el tiempo necesario para alcanzar la velocidad máxima y para la reposición del carburante, siendo posible efectuar esta operación en alta mar dado que en las Islas Británicas no existía petróleo. Churchill nombró a Fisher, ya retirado, presidente de un comité encargado de obtener el nuevo combustible. Este organismo se convirtió poco a poco en copropietario de una compañía para la explotación de los pozos petrolíferos de la Persia meridional: de esta forma Gran Bretaña ya no dependería de los suministros transoceánicos. También el resto del Imperio Británico estaba interesado en la defensa marítima. Los jefes de Malaya, siguiendo el ejemplo de Nueva Zelanda, costearon los gastos de un acorazado del tipo mayor; y el Gobierno de Australia inició la construcción de una flota propia, dando a entender, sin embargo, que no quería usarla fuera del Pacífico. También el Gobierno canadiense estaba interesado en la marina.

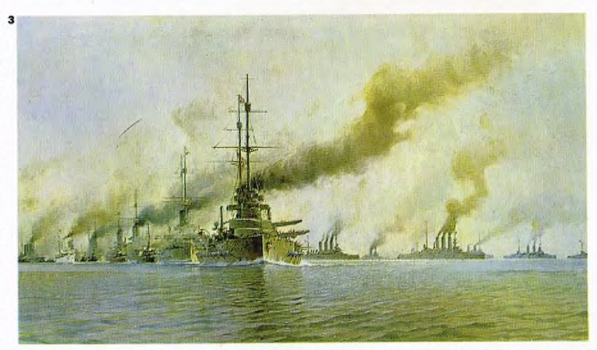
Proyecto de una «tregua naval»

Tales gastos, que crecían continuamente, preocupaban no sólo a los pacifistas sino también a todas las personas sensatas. En 1912 se produjo un primer intento para hallar algunos puntos de entendimiento entre Gran Bretaña y Alemania sobre los problemas de mayor relieve; algunos de ellos entraron a formar parte de la historia diplomática, pero la rivalidad naval constituyó siempre un elemento de primordial importancia. En enero de 1912, lord Haldane, intentando llegar a un compromiso, se trasladó a Berlín en viaje no oficial pero completamente público. Aun cuando dentro del Gobierno alemán existían presiones tendentes hacia un compromiso, las negociaciones no tuvieron éxito. Algún tiempo después, en febrero de 1912, Churchill dijo en un discurso estas famosas palabras: «La Marina británica es para nosotros una necesidad, mientras que, desde ciertos puntos de vista, la Marina alemana constituye para ellos un lujo.» Tal afirmación, evidente para la mayor parte del pueblo inglés, suscitó cólera e indignación en Alemania. Cualesquiera proyectos de una «tregua naval» se vinieron abajo y, si bien en los dos años siguientes mejoraron un poco las relaciones angloalemanas, la carrera continuó. Ahora Alemania tenía una tercera escuadra de batalla en servicio activo, y no había duda de que en los puertos alemanes se hallaba movilizada permanentemente una fuerza para el Mar del Norte, a punto para entablar combate en cualquier momento. En una declaración significativa,

1 Cartel electoral conservador: McKenna es atacado por no prestar suficiente apoyo al incremento de la *Royal Navy*. 2 Viñeta alemana: Eduardo VII pretende mantener lejos de sus mares a los germanos. 3 Flota del Imperio Austro-Húngaro, aliado de Alemania.

1


2


3


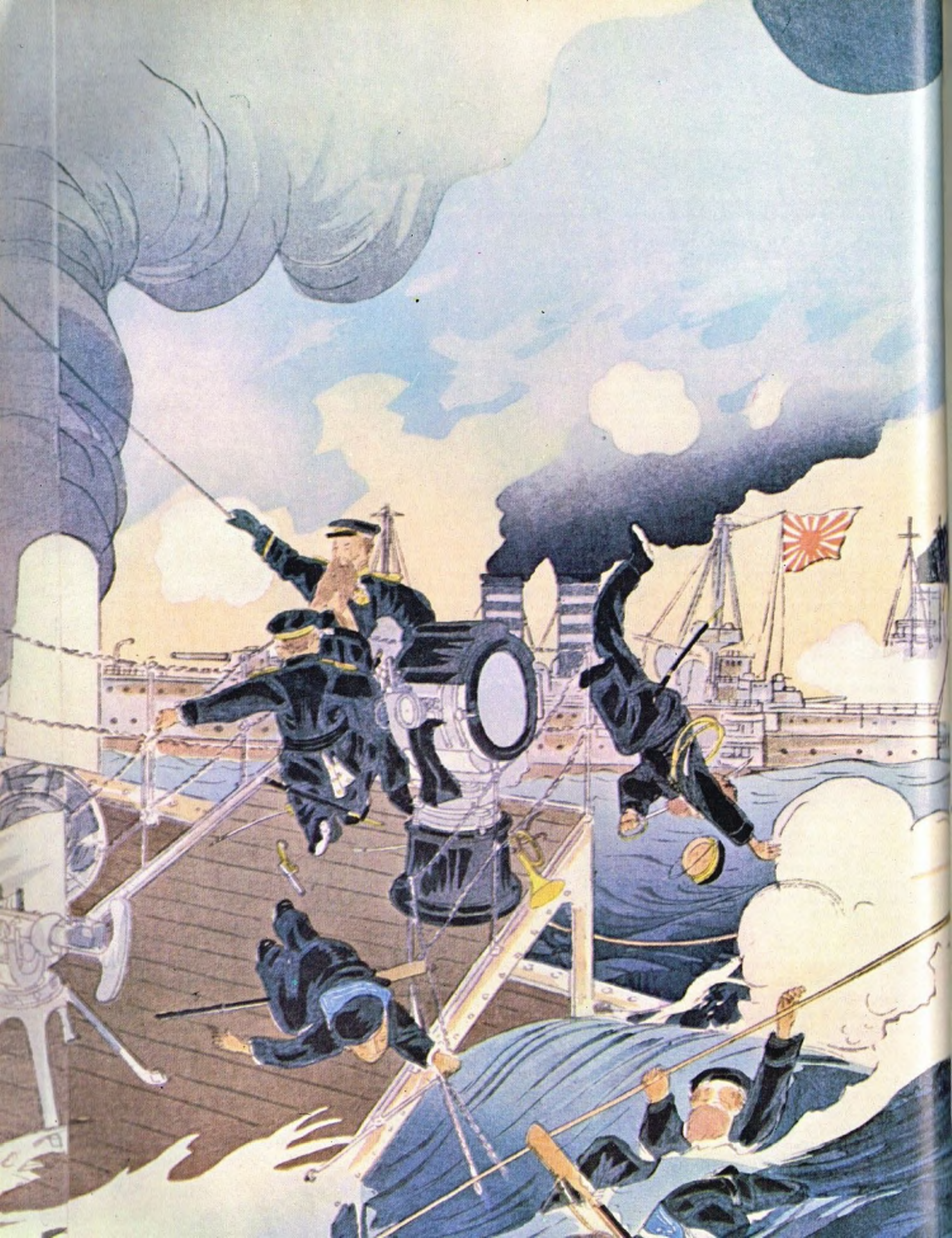
aprobada por Fisher, Churchill dijo que «el momento por ellos escogido es siempre nuestro momento». En aquel período, la *Royal Navy* estaba invadida por un sentimiento de urgencia y peligro que no había experimentado desde la época de Trafalgar. La gravedad de la amenaza alemana era evidente.

En los proyectos para el año 1914 se produjo un cambio cuya causa es un poco misteriosa. El Almirantazgo decidió que, por razones económicas, se suspendieran las maniobras anuales, las cuales habían de ser sustituidas por un ensayo de movilización en el que tomarían parte los reservistas y la flota de reserva. Se reunió en Portsmouth un enjambre de navíos como nunca se había visto en la edad moderna y el rey Jorge pasó revista a las distintas unidades. La operación concluyó el 21 de julio; muchos reservistas fueron mandados nuevamente a sus casas, pero la mayor parte permaneció en servicio y Churchill, luego de una brevísima entrevista con su Primer Lord del Mar, el príncipe Luis de Battenberg, ordenó a la flota que permaneciese concentrada. En la noche del 29 al 30 de julio, la flota británica atravesó el estrecho de Dover para alcanzar sus posiciones de guerra en Scapa Flow y en las bases escocesas. Hasta qué punto la movilización era un venturoso acierto y en qué medida la grandiosa maniobra estaba relacionada con el hecho de que el canal de Kiel era ahora practicable para las unidades alemanas, tal vez no lo sepamos nunca. Pero los críticos que lamentan la constante falta de preparación británica para la guerra, afirmando que el sistema democrático inglés exponía al país a un ataque por sorpresa, deberían tener en cuenta que, por lo menos en 1914, la Marina se hallaba perfectamente preparada para cualquier eventualidad.

Al considerar la rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania, podría muy bien suponerse que la elevadísima fama de la Royal Navy y de sus éxitos seculares dominaría las mentes de los observadores extranjeros. Pero no todos pensaban de este modo. El futuro almirante Chatfield escribió en sus *Memorias* que, durante una visita a Suecia, poco antes de la guerra, le preocupó la actitud de los oficiales navales, que no ocultaban su creencia en la superioridad alemana. Un testimonio más impresionante es el que ofrece el tratadista norteamericano Mahan, quien, en sus *Lectures on Naval Strategy*, publicadas en 1911, incluye este comentario: «Para nosotros, ahora, la cuestión más importante es el creciente poderío del Imperio alemán, en el cual la eficiencia del Estado como organismo unitario es muy superior a la de Gran Bretaña y posiblemente iguale un día a la de los Estados Unidos.»

Desde entonces, el pueblo inglés ha sostenido dos guerras —de cuatro y de seis años respectivamente— y al fin de cada una de ellas, ha asistido finalmente a la rendición de la Marina alemana. La guerra reveló graves lagunas en la preparación naval británica, en las instalaciones portuarias, en la defensa antisubmarina, en la potencia de los proyectiles (que tenían escaso poder de penetración) y aun en la coordinación de los servicios del Almirantazgo. Pero la Marina estaba a punto, movilizada y completa en el momento de la crisis.

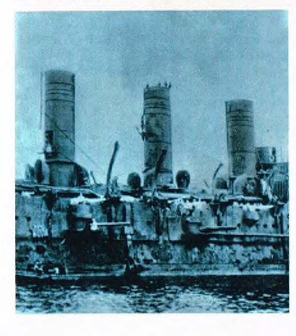
R. B. McCallum



Las lecciones de Tsushima

Tsushima fue la primera y última ocasión en que escuadras de buques blindados se enfrentaron y combatieron según los viejos criterios estratégicos. Las autoridades marinas de todo el mundo estudiaron con avidez los detalles de la contienda. Aunque Tsushima ofrecía muchas lecciones, sólo se aprendieron las erróneas.

Izquierda: **el hundimiento del buque insignia ruso en la batalla de Tsushima, según un artista japonés. En el fondo se ve el *Mikasa*, la nave almirante nipona, que pasa triunfalmente.**
Abajo: **crucero de la flota rusa del Lejano Oriente, destrozado por el fuego enemigo. La lucha naval decidió la rotunda victoria japonesa en el conflicto de 1905.**



Una de las consecuencias de la *Pax Britannica* fue que, durante el medio siglo que presenció la transformación de los veleros de guerra en acorazados con turbinas y artillería rayada de retrocarga, hubo pocas ocasiones de probar en combate los nuevos tipos de buques. Los cañones y municiones modernos sólo podían probarse contra los más recientes blindajes en unas condiciones artificiales: no se tenía, por ejemplo, la certeza de que un cañón que perforaba una plancha de acero de grosor dado en un campo de tiro hiciera lo mismo en un combate naval. Las tácticas eran puramente teóricas y derivaban, en parte, del tiempo de los veleros. Las escuadras zarpaban de los puertos y convertían el mar en un enorme salón de baile, mientras cumplían diligentemente las maniobras preestablecidas; lo que se ignoraba era si serían capaces de hacer otro tanto en batalla.

El diseño de los buques de guerra incluía tres factores de acción recíproca y antagónica: artillería, velocidad y blindaje. Una velocidad superior permitiría a una flota elegir la distancia y la táctica que le convinieran, pero muchos creían que la potencia artillera y la protección eran más importantes en última instancia. La teoría táctica tenía en cuenta el uso de munición corriente (explosiva) a gran distancia para confundir y desorganizar al contrario, pero aseguraba que lo que decidía la contienda era la penetración en los lugares vitales y acorazados de una nave (cuarto de máquinas, calderas, santabárbaras y línea de flotación) con proyectiles perforadores.

En la última década del siglo XIX se produjeron dos guerras en las que la teoría naval hubiera podido ser puesta a prueba en condiciones reales. Pero los combates marinos de la guerra hispano-norteamericana (los norteamericanos aniquilaron a sus adversarios casi sin sufrir pérdidas) y de la chino-japonesa, no podían considerarse como enfrentamiento entre enemigos de potencia similar. Después, en 1904-1905, durante la guerra ruso-japonesa, se produjo la batalla de Tsushima. Ésta fue la primera y última ocasión en que escuadras de buques blindados presentaron batalla y combatieron hasta el final del modo que prescribía la teoría naval. El conflicto ruso-japonés tuvo enorme interés para los ministerios de Guerra y de Marina de las grandes potencias, que enviaron observadores al Extremo Oriente con el fin de obtener impresiones de primera mano. En la lucha en el mar, el Almirantazgo británico, patrocinador de la Armada nipona, tuvo el privilegio de que sus agregados pudieran ir a bordo de los barcos japoneses.

¿Minas, torpedos o cañones de largo alcance?

La primera acción naval de la guerra ruso-japonesa, el ataque por sorpresa con torpedos contra los barcos rusos en aguas de Port Arthur, pareció demostrar dos cosas: la eventualidad, largo tiempo sospechada, de que una guerra pudiera empezar con un ataque preventivo, y, en segundo lugar, que se equivocaban quienes llevaban años proclamando que el arma decisiva era el torpedo, y no el cañón, puesto que los torpederos japoneses causaron relativamente poco daño, a pesar de las condiciones ideales en que pudieron actuar.

En las semanas siguientes, el hecho más significativo fueron los duelos de artillería a grandes distancias. En las contadas ocasiones en que los buques japoneses y rusos cambiaron disparos frente a Port Arthur emplearon alzas muy superiores a las usadas en los ejercicios de tiro. Más aún, a distancias como de unos 7 kilómetros, los artilleros, sobre todo los rusos, se mostraron más precisos de lo que se preveía. Otro aspecto notable de los primeros meses de la guerra fue la efectividad de los campos de minas. Hacía tiempo que se sabía que los rusos eran expertos en minas, pero los nipones lograron también éxitos con esta arma. En conjunto se hundieron durante el conflicto dieciocho barcos de guerra, entre ellos tres acorazados, a causa de las minas. La explosión que destrozó el acorazado ruso *Petropavlovsk* parece indicar que una mina había hecho explotar su santabárbara; o, dicho de otro modo, que los acorazados eran más vulnerables de lo que se había sospechado a las explosiones submarinas.

Mañana del 27 de mayo 6,00 h

1



11,00-13,30 h

2



1 A las 4,45 se avistó la escuadra rusa que se dirigía hacia el paso occidental de Tsushima. A las 6,00, Togo zarpó de Masan con cuatro acorazados y dos cruceros pesados. Los ocho acorazados rusos avanzaban en dos líneas paralelas. **2** Tras disparar contra los cruceros japoneses, Rozhestvensky cambió el rumbo hacia Vladivostok, por el paso oriental. **3** A las 14,00 la flota nipona iba en dirección sur 23 oeste y la rusa hacia el norte 23 este. De este modo se cruzaron a la misma altura, cambiando andanadas, y un encuentro indeciso permitió a los rusos proseguir su singladura hacia Vladivostok. Para cerrarles el camino, Togo ejecutó un peligroso giro «en sucesión». Durante 13 minutos los japoneses estuvieron expuestos al tiro de los cañones pesados enemigos, pero sufrieron poco daño y, en combate paralelo, de las 14,20 a las 15,00, a unos 4.000 metros de distancia, la batalla quedó virtualmente decidida. Dos acorazados

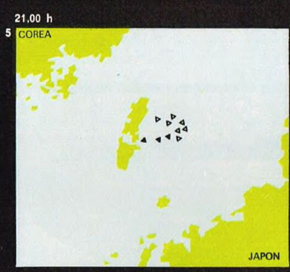
13,45-15,00 h

3

14,00 h
Acorazados japoneses
14,05 h
15,00 h
Acorazados rusos
Sólo se indican los acorazados

abandonaron la línea rusa y otro ardió. Los acorazados de Togo viraron al norte para cerrar el paso hacia Vladivostok, con el «Mikasa», el buque insignia de Togo, en retaguardia. **4** A las 15,10 los rusos perdieron su primer acorazado, que se hundió envuelto en llamas. Poco después, giraban hacia el norte, de nuevo hacia Vladivostok. Togo decidió retroceder para interceptarlos y ejecutó una complicada maniobra: cruzó por delante de la línea adversaria y describió un giro para forzar al enemigo a otro combate paralelo, que se sostuvo entre las 17,00 y las 19,30. Sobre las 19,20 se habían hundido otros tres acorazados rusos. **5** Al anochecer, los nipones cesaron de disparar y la diezmada línea rusa navegó una vez más hacia Vladivostok. Pero el camino estaba cortado. Los japoneses hundieron dos acorazados más; sólo quedaban otros dos. **6** A las 10,45 de la mañana siguiente, los rusos, cercados, se rindieron y se completó la victoria nipona.

5 21,00 h



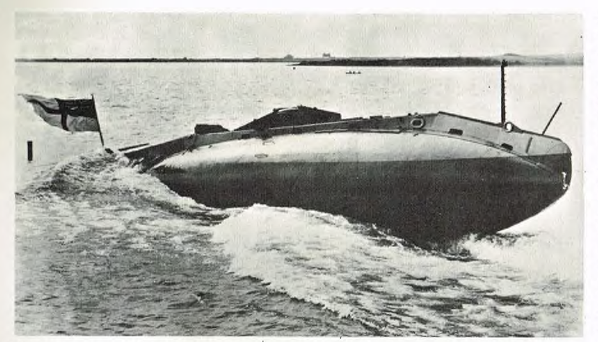
6 Mañana del 28 de mayo



4 15,00-19,30 h

19,30 h
Acorazados rusos
17,00 h
15,40 h
15,40 h
Acorazados japoneses
15,10 h

Sólo se indican los acorazados



El primer submarino británico. Las vicisitudes de la guerra ruso-japonesa no ofrecieron elementos de apoyo teórico a los partidarios del submarino: se consideraba que éste era «clandestino, traidor y condenadamente impropio de los ingleses». Al estallar la guerra de 1914, Alemania poseía una flota submarina técnicamente mucho más adelantada que la británica.

No obstante, los observadores navales extranjeros dedujeron pronto que las minas eran un arma con muchos riesgos imprevistos. Pareció confirmarlo la explosión de un minador ruso, y ocurrieron otros incidentes que hacían pensar que las minas tendían a soltarse y a derivar. Por ello, y por la creencia de que el submarino era superior en eficacia, el Almirantazgo británico nunca prestó mucha atención a ese tipo de armas. Cuando empezó la Primera Guerra Mundial, las mejores minas eran las rusas: debido a lo inadecuado de las propias, la Marina británica tuvo que comprarlas a Rusia en 1914.

Además de Tsushima, hubo entonces otro gran combate naval. Sucedió en agosto de 1904, cuando la flota rusa de Port Arthur trató en vano de abrirse paso hacia Vladivostok. Si bien no se hundieron barcos, en la batalla del mar Amarillo se manifestaron varias facetas de la guerra en el mar que reaparecerían en la Primera Guerra Mundial. La distancia de tiro de la artillería volvió a ser considerable, lo cual acrecentó la importancia de la precisión de las piezas y mostró que debía darse preferencia a los cañones de gran calibre sobre los medianos. Confirmó, además, los defectos de las formaciones de batalla de la época. Los tácticos navales siempre lo habían comprendido así, y se daba por descontado que en el combate ambos bandos procurarían concentrar su fuego en el buque insignia enemigo para dislocar el sistema de mando. Como la transmisión de señales de barco a barco era lenta e insegura, el desmantelamiento del buque insignia podía suponer minutos o tal vez horas de confusión. Eso fue lo que ocurrió en la batalla del mar Amarillo. El barco del almirante Togo sufrió más daños que el buque insignia ruso, pero dos proyectiles afortunados eliminaron a los oficiales de la plana mayor de éste. Como las drizas para las señales habían sido destrozadas, se tardó mucho tiempo antes de que pudiera comunicarse lo sucedido al segundo jefe, que estaba en otro buque. Cuando, al fin, éste se encargó del mando, la única manera de dar cierta apariencia de orden a la escuadra fue retirarse señalando a los barcos que le siguieran.

La superioridad japonesa

En Tsushima la escuadra rusa del Báltico sufrió el ataque de la japonesa cuando entraba en el mar de Japón. Tras un viaje largo y fatigoso, sus naves y tripulaciones necesitaban descanso. Había demasiados marineros insuficientemente adiestrados, en especial los artilleros; demasiados capitanes (enamorados de la navegación a vela y de la pintura impecable), que carecían de competencia para mandar un buque de guerra moderno; demasiados jefes de máquinas que temían a sus maquinarias y se espantaban al menor indicio de exceso de calor, o cuando se producía un escape de vapor. Su comandante supremo, Rozhestvensky, era un hombre valeroso, pero incapaz de convertir su desligada colección de buques en una flota coordinada.

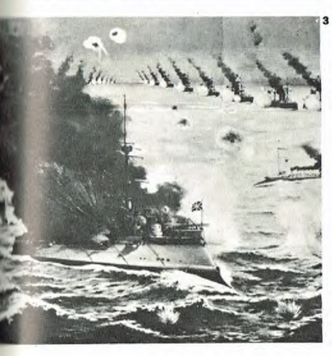
La línea de combate rusa consistía en cinco acorazados modernos y tres antiguos, tres guardacostas y un viejo crucero blindado. Togo poseía cuatro acorazados y ocho cruceros, todos modernos. En barcos menores los japoneses tenían gran superioridad, pero como los rusos contaban con más cañones de gran calibre, muchos comentaristas sostuvieron que eran los más fuertes. No era cierto. Prescindiendo de la abrumadora superioridad nipona en cruceros, dotados de cañones de calibre mediano, pero de tiro rápido, la línea de combate de Togo gozaba de una ventaja de tres o cuatro nudos de velocidad, que le permitía anticiparse a las maniobras rusas y elegir la distancia que prefiriese. Togo pudo mantener su línea un poco por delante y a babor de los principales acorazados enemigos, y concentró el fuego en dos de ellos, uno de los cuales era la nave almirante de Rozhestvensky (éste quedó pronto fuera de combate, pero su segundo en el mando tardó horas en enterarse de que le correspondía dirigir la flota); el segundo objetivo sufrió el efecto de los cañones de calibre medio de los cruceros blindados nipones; sus proyectiles de alto poder explosivo abrieron agujeros «lo bastante grandes para que una troika pasase por ellos» en su casco desprovisto de blindaje y lo echaron a pique.

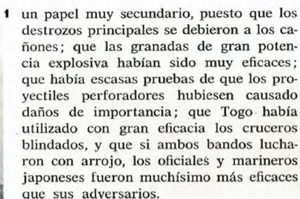
Otros buques rusos recibieron un diluvio de potentes granadas cargadas de *shimoshe*, un explosivo japonés de efectos destructores sin precedentes y que, además, emitía un humo tóxico asfixiante. Estos proyectiles incendiaron los barcos, redujeron a la impotencia a las tripulaciones, confundieron a los artilleros y desorganizaron el sistema de señales. Antes de que cerrase la noche se hundieron más acorazados rusos. Los restantes fueron atacados en la oscuridad por torpederos y los supervivientes se rindieron al día siguiente.

Dos agregados navales británicos habían acompañado a la flota nipona, y un tercero recibió permiso para inspeccionar los daños, tanto en las naves japonesas como en las rusas capturadas. Sus informes «top secret» revelaron varias cosas: que la artillería rusa había sido bastante certera al principio, pero empeoró en cuanto sus barcos sufrieron el efecto de los poderosos proyectiles nipones; que un alto porcentaje de la munición de los rusos no había estallado; que los torpedos tuvieron

1


2


3




un papel muy secundario, puesto que los destrozos principales se debieron a los cañones; que las granadas de gran potencia explosiva habían sido muy eficaces; que había escasas pruebas de que los proyectiles perforadores hubiesen causado daños de importancia; que Togo había utilizado con gran eficacia los cruceros blindados, y que si ambos bandos lucharon con arrojo, los oficiales y marineros japoneses fueron muchísimo más eficaces que sus adversarios.

Repercusiones en Gran Bretaña

Aparte de los dos beligerantes, Gran Bretaña era el país que se hallaba en mejor situación para sacar provecho de las lecciones de la guerra ruso-japonesa. En realidad, la *Royal Navy* apenas sintióse afectada por la abundante información que enviaron los agregados navales. Ello se debió a diferentes razones: los británicos ya habían rectificado muchas de las equivocaciones cometidas por la flota rusa, y ya habían tomado las dos decisiones más importantes sobre su desarrollo naval: los proyectos del *Dreadnought* y del crucero de batalla. Muchas lecciones que debían haberse aprendido no se tuvieron en cuenta, y algunas conclusiones a que se llegó eran falsas.

Aunque en la Marina Real británica seguía habiendo muchos altos oficiales incompetentes, en el sistema de promoción de Fisher los ascensos no dependían ya de que los metales del barco brillaran y su pintura fuera impecable; tampoco dependían por entero de la antigüedad: cada vez era más posible que un oficial progresara rápidamente en el escalafón gracias a su competencia técnica. Otra reforma de Fisher había sido la eliminación de barcos anticuados que, si bien resultaban impresionantes sobre el papel, en la práctica eran una rémora. Por otra parte, y esto tenía gran importancia, la artillería comenzaba a ser tomada en serio. El *Dreadnought* representaba, ante todo, un modelo de efectividad artillera de largo alcance. Sin embargo, el prototipo del *Dreadnought*, con sus diez cañones de 12 pulgadas, había sido diseñado a principios de 1905: el único efecto de la guerra ruso-japonesa sobre él fue la decisión de emplear cañones de 12 pulgadas en vez de los de 10, debido, en parte, a la lección de la batalla del mar Amarillo.

Al mismo tiempo que parecía apoyar a quienes sostenían que las batallas navales se decidirían entre alineaciones de barcos blindados, Tsushima pareció demostrar que el cañón era el arma decisiva. Tanto en este combate como en el resto de la guerra el torpedo había defraudado: durante el conflicto los dos bandos lanzaron, en conjunto, no menos de 370 torpedos, pero sólo 17 dieron en el blanco. Esta confirmación de la importancia del cañón había de ser bien recibida por la *Royal Navy* —cuya excelente artillería era motivo de orgullo—, y parecía contradecir a quienes aseguraban que el torpedo dejaba anticuado al acorazado. La controversia prosiguió: generalmente, los oficiales jóvenes y los periódicos liberales defendían el torpedo, al paso que los oficiales más viejos y la prensa conservadora apostaban a favor del acorazado. Debido, en cierto modo, a los acontecimientos de la guerra ruso-japonesa, se impuso el partido «del acorazado y el cañón». Y así, en 1914, la Marina Real tenía artillería y artilleros magníficos, pero había descuidado las posibilidades del torpedo.

Los partidarios del cañón pasaron por alto dos factores que habían de aumentar la efectividad del arma desdeñada, a saber: primero, que si bien al principio los torpedos resultaban lentos e imprecisos (aunque desde 1904 eran giroscópicos) pues cubrían unos cuatro kilómetros a una velocidad de diecinueve nudos, en 1914 ya salvaban más de seis kilómetros a cuarenta y cinco nudos. Segundo: que el submarino no era simplemente un tipo de torpedero perfeccionado sino un arma totalmente nueva, admirablemente adecuada al torpedo.

El submarino no tuvo ningún papel en la guerra ruso-japonesa, aun cuando existía ya en aquella época. Los altos oficiales de la Armada británica le tenían aversión. Un almirante dijo de él que era «clandestino, traidor y condenadamente impropio de los ingleses». El relativo fracaso del torpedo en 1904-1905 proporcionó a los antisubmarinistas sólidos argumentos, y hasta 1914 la Marina Real tendió a consi-

_1_ Restos de un buque ruso en Port Arthur: los estragos causados por la artillería japonesa son evidentes. _2_ Oficiales y marineros durante unos ejercicios a bordo de un buque-escuela japonés. _3_ Una de las innumerables pinturas japonesas inspiradas en la victoria de Tsushima: en primer plano un buque ruso envuelto por los humos del _shimoshe_, el eficaz explosivo japonés que despedía gases tóxicos. Al fondo, en ordenada formación de combate, los cruceros blindados del Imperio del Sol Naciente.

derar sus propios submarinos como embarcaciones de defensa costera. Además, Gran Bretaña entró en la Primera Guerra Mundial sin un arma antisubmarina efectiva: embestirlos o disparar con las ametralladoras contra los periscopios era lo más que podía hacer. Mientras tanto, Alemania, aun preocupándose de la artillería, había construido submarinos de excelente calidad, que sorprendieron al Almirantazgo británico por su capacidad de viajar sumergidos más de cien millas. Sabido es que casi lograron rendir a Inglaterra por hambre; menos conocido, porque se calló entonces, es que la *Grand Fleet* se vio forzada por los submarinos a huir del mar del Norte y refugiarse en Irlanda.

Un aspecto engañoso de Tsushima y de la guerra ruso-japonesa fue el éxito con que Togo dirigió sus cruceros blindados. Este tipo de barco de guerra, el acorazado de los pobres, se había hecho popular en los últimos veinticinco años. Bastante más rápido que el acorazado, aunque peor blindado y con cañones de menor calibre, se destinó originalmente a ser un supercrucero más que un sucedáneo del acorazado. Togo lo incluyó en su línea de combate porque tenía menos acorazados que los rusos.

Cuando la Marina Real desarrolló su propio tipo de gran crucero blindado, llamado después crucero de batalla, no lo destinaba a enfrentarse a los acorazados; pero hubo muchos oficiales que, a causa de lo sucedido en Tsushima, pensaron que los dos tipos de crucero estaban lo bastante bien protegidos como para figurar en la línea de batalla. Su error no se descubrió hasta la batalla de Jutlandia, en la que los cruceros ingleses fueron literalmente barridos.

Lecciones no aprendidas

Poco faltó para que Tsushima fuera el primer combate naval en que se usase la aeronáutica: los rusos habían equipado un buque para transportar globos de observación, pero nunca zarpó del Báltico por culpa de unos defectos en sus calderas. Si hubiese actuado con mayor perspicacia, el Almirantazgo británico no hubiera rehusado la oferta de las patentes de los hermanos Wright y habría construido una flota aérea equiparable a la que tuvo a su disposición la Marina alemana.

Algo muy parecido ocurrió con la radio. Ciertamente, la *Royal Navy* realizó experimentos con el aparato de señales marinas de Jackson, y, más tarde, dotó a sus barcos de equipos Marconi, pero siempre prefirió las señales para las largas distancias y usó la radio como medio auxiliar de reconocimiento. Era mucho más necesario, y así lo probaban Tsushima y la batalla del mar Amarillo, un sistema seguro de comunicación a corta distancia que sustituyera las banderas. Éstas se confundían con facilidad y quienes las manejaban se hallaban muy expuestos durante los combates. El buque insignia ruso hizo una señal al principiar la batalla de Tsushima y no volvió a hacer otra. Más aún: poco antes de comenzar el combate una señal fue mal interpretada y de ello resultó que los buques se movieran en distintas direcciones. Que las escuadras no empleasen la radio para dar órdenes durante el combate se atribuía oficialmente a las deficiencias de los aparatos existentes, pero la verdad es que parece más lógico atribuir el hecho a desconfianza de las novedades. Probablemente, los supuestos defectos de los aparatos se hubieran remediado si las marinas hubiesen dedicado más tiempo y más fondos al adiestramiento de buenos operadores. Se continuaron empleando las señales con banderas cuyos inconvenientes privarían al almirante inglés Beatty de una gran victoria en el combate del Dogger Bank durante la Gran Guerra.

La obsesión por la artillería y el blindaje

Tsushima hubiera debido probar que las granadas explosivas eran por lo menos tan efectivas como los proyectiles perforadores y que, incluso con el blindaje intacto, un acorazado podía quedar fuera de combate si se machacaban sus partes indefensas. No obstante, las fuerzas navales siguieron obsesionadas por la supuesta competencia entre cañones y corazas. La Marina inglesa no extrajo las conclusiones adecuadas de los efectos de la baja calidad de la munición rusa, y entró en la Primera Guerra Mundial con un proyectil perforador que se rompía con los impactos oblicuos. Así, la superioridad de la artillería inglesa se veía reducida por la inferioridad de sus proyectiles, como quedó demostrado en Jutlandia.

Más allá de lo que concierne al equipo y a la táctica, Tsushima debiera haber mostrado que, tal como en la guerra terrestre contemporánea, las nuevas armas daban a los combates un sesgo más mecánico y previsible: el resultado de una acción se inclinaría por el bando que tuviera más velocidad y más potencia: el heroísmo no bastaba para variar el curso de una batalla. Pero la Marina británica tuvo que sufrir un desastre, el de Coronel, en 1914, para aprender la lección. Asimismo, Tsushima mostró la importancia vital de nombrar jefes de gran competencia y carácter para los puestos clave: los cuatro almirantes de la escuadra rusa habían sido anteriormente jefes de instituciones de adiestramiento (uno de ellos en un buque escuela velero), sin experiencia en la dirección de una flota en campaña. Los altos oficiales navales británicos se rieron de esta incompetencia..., pero su propio Almirantazgo escogió, diez años más tarde, al superintendente del arsenal de Malta para la campaña de los Dardanelos.

Es fácil ver las cosas claras retrospectivamente, pero, aun aceptando esta verdad, parece que en la década anterior a la Primera Guerra Mundial se menospreciaron hechos e ideas que merecían ser examinados, y que dejaron de realizarse actos dignos de haberse realizado. En aquel decenio, la Marina Real británica estaba aún digiriendo las reformas radicales iniciadas a fines de siglo. Y hacia 1914 dichas reformas habían logrado eliminar, por lo menos, muchos de los defectos que los rusos descubrieron en su Armada durante la guerra contra el Japón.

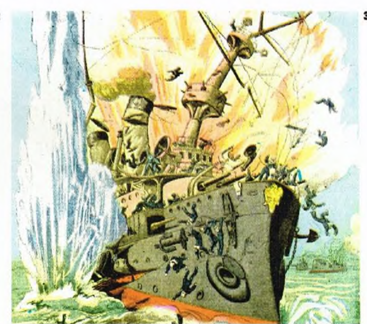
Rumbo a Tsushima

Cuando, en otoño de 1904, el Gobierno ruso decidió enviar la segunda escuadra del Báltico, en ayuda de la del Pacífico, confinada en el puerto de Port Arthur, la hostilidad de Gran Bretaña hacia Rusia y el hábito japonés de efectuar ataques por sorpresa con torpedos hicieron temer a los rusos que sus barcos peligraran incluso en aguas europeas. Por ello, un funcionario de dudosa reputación y muy

1 **Caricatura francesa que interpreta la actitud de Gran Bretaña y Alemania ante el conflicto ruso-japonés; ambas potencias están representadas como tiburones. Gran Bretaña, aliada de Japón, pregunta: «¿A quién prefieres?», y Alemania replica: «Prefiero los que se van a pique.»** ***2*** **Ilustración de la época: una sigilosa nave de guerra japonesa navega entre las minas rusas, en Port Arthur.** ***3*** **La explosión del acorazado ruso *Petropavlovsk*: probablemente, una mina colocada por los propios rusos hizo estallar la santabárbara.**
4 **Artilleros japoneses en acción durante la batalla de Tsushima. El concentrado fuego de proyectiles explosivos dejó completamente fuera de combate a los rusos.**


1


2


3

4



Los infortunados pesqueros británicos de Dogger Bank se ven atacados por los buques de guerra rusos. La orden de cesar el fuego no fue escuchada, y los oficiales rusos tuvieron que arrancar de los cañones a sus frenéticos subalternos.

seguro de sí mismo, director del servicio secreto ruso en Berlín, recibió 150.000 rublos y el encargo de vigilar los mares escandinavos. Este individuo, llamado Hekkelman, se instaló con un pasaporte falso, a nombre de Arnold, en el Phoenix Hotel de Copenhague y organizó una red de espionaje (de más de un centenar de agentes) que contaba con varias embarcaciones. Preocupado por justificar las enormes sumas de dinero que recibía de San Petersburgo, Hekkelman procuró corresponder inventando fantásticos relatos sobre la actividad naval japonesa alrededor de Dinamarca, y enviando informes en los que detallaba dónde y cuándo se habían avistado torpederos nipones. En realidad, los torpederos enemigos más cercanos se hallaban en el Extremo Oriente; pero, como carecía de medios para comprobar los informes de Hekkelman, el Ministerio de Marina ruso se creyó obligado a transmitirlos al almirante Rozhestvensky, jefe de la segunda escuadra.

Éste, por consiguiente, pasó por el Skagerrak un día antes de lo previsto, con el fin de confundir los supuestos proyectos del enemigo, y dividió sus barcos en seis grupos para cruzar el mar del Norte. El propio almirante zarpó en último lugar con sus cuatro acorazados más modernos. Pero el *Kamchatka*, un buque taller que había partido antes, no tardó en rezagarse, porque adolecía de unas calderas defectuosas y de un capitán dado a la bebida.

Presa de la alarma general sobre posibles ataques de torpederos, el *Kamchatka*, solo y temeroso, trató de esquivar todas las naves extranjeras que encontrara e hizo fuego contra aquellas a las que por su lentitud no lograba esquivar: unos ocho barcos inofensivos de varias nacionalidades sufrieron sus ataques, pero, afortunadamente para ellos, el *Kamchatka* llevaba únicamente cañones ligeros y artilleros noveles. Al anochecer del 21 de octubre, Rozhestvensky empezó a recibir frenéticos radiogramas del *Kamchatka*, en los que comunicaba que era atacado por torpederos.

Rozhestvensky calculó que los torpederos anunciados por el *Kamchatka* alcanzarían a sus acorazados hacia medianoche y ordenó intensificar la vigilancia. Por desdichada coincidencia, hacia el mismo momento en que se esperaba el ataque, sucedieron otras cosas. Los cruceros *Donskoi* y *Aurora*, a los que se creía mucho más lejos, aparecieron inesperadamente y no es extraño que, en la oscuridad, se les confundiera con torpederos. Casi al mismo tiempo, el grupo de acorazados encontró barcos pesqueros de Hull, que tendían sus redes en el Dogger Bank y coordinaban sus movimientos con cohetes de señales.

Todos los acorazados empezaron a disparar contra el *Aurora* y contra las sombras de los barcos de pesca. Se encendieron los reflectores; la detonación de un cañón pesado se tomó por un torpedo enemigo que daba en el blanco; los artilleros hicieron fuego alocada y velozmente en todas las direcciones; el ruido ensordecedor y la humareda ahogó las órdenes de los oficiales; los marineros se precipitaron a cubierta con sus salvavidas para anticiparse al desastre.

Al cabo de varios minutos de cañoneo, el *Aurora* y los pesqueros fueron identificados. La orden de que cesase el fuego no fue oída, y los oficiales tuvieron que arrancar a sus hombres de los cañones. En el incidente, el *Aurora* resultó averiado y su capellán mortalmente herido. Un pesquero británico se había ido a pique y algunos pescadores de Hull resultaron muertos o heridos.

Conmoción en Gran Bretaña

Todo esto aconteció mientras los ingleses celebraban el 99 aniversario de la batalla de Trafalgar. Fueron muchos los que quisieron utilizar el incidente para que se declarase la guerra a Rusia, y aunque ésta se apresuró a ofrecer el pago de una compensación, hubo durante unos días auténtico peligro de conflicto bélico. Gran parte de la prensa británica hizo todo lo posible para excitar el espíritu belicoso; un diario, propiedad del diputado conservador del Hull Central, escribía que «esta innoble exhibición de atolondrada cobardía y brutalidad», no pudo ser perpetrada «por ningún otro Estado del mundo».

Sin embargo, el Gobierno sabía, mejor que el público y la prensa, que el enemigo al que tendría que enfrentarse Gran Bretaña no era ni Rusia ni Francia, sino la Alemania del Káiser. Por ello no deseaba llegar a un conflicto con Rusia, que hubiera arrastrado probablemente a otro con Francia. Así pues, tras un chaparrón de indignadas notas diplomáticas de protesta, Londres aceptó que una comisión internacional investigadora señalara al culpable del «incidente del Dogger Bank». La comisión se reunió durante muchas semanas y, cuando se publicó su informe, había menguado el interés público por el asunto. El veredicto fue, en resumen, que ningún torpedero había atacado a las naves rusas y que Rusia era totalmente responsable; pero que, dadas las circunstancias existentes de guerra naval, un almirante podía verse obligado a disparar primero y a preguntar después. Rusia pagó la compensación y se zanjó el asunto: era un feliz augurio para el principio jurídico de arbitraje internacional que se había enunciado en la Conferencia de La Haya.

J. N. W.

La prensa: años de consolidación

En los años de tránsito del siglo XIX al XX comenzó a surgir en España una nueva prensa, nacida como empresa económicamente competitiva, en contraste con la vieja prensa decimonónica, de funciones ideológicas. Lo propio estaba sucediendo en la América Latina, donde hombres de la talla de un Mitre estaban poniendo los cimientos de la gran prensa del siglo XX.

Un típico quiosco parisiense de principios de siglo. La prensa francesa, al igual que la de otros países industrializados, alcanzaba tirajes elevados y tenía una compleja organización informativa.



En la segunda mitad del siglo XIX tanto España como Latinoamérica permanecen a la zaga en la evolución del periodismo industrial: su desfase técnico y económico las excluye de los esfuerzos experimentales que caracterizan a la prensa norteamericana y a la inglesa, tanto en lo que se refiere a la tecnología como en lo referente a la formalización de nuevos géneros. La historia de las empresas periodísticas españolas y latinoamericanas está tanto o más condicionada por las irregularidades del desarrollo político-legal general, que por los planteamientos económicos. Es una historia de publicaciones que aparecen y desaparecen según los vientos políticos, en plena arbitrariedad jurídica y siempre en medio de una Babel ideológica que fragmenta el mercado. En cambio, la prensa norteamericana y la británica crecen gracias a un proceso típico de consolidación empresarial —y de la competencia consiguiente— que elimina las empresas no rentables y permite que las supervivientes tengan el necesario vigor para renovar continuamente el utillaje, crear agencias internacionales bajo régimen de consorcio, introducir nuevos sistemas de reproducción gráfica y garantizar el acceso a las fuentes de información. Ya en 1870, cuando las agencias internacionales (*Associated Press*, *Wolf*, *Reuter* y *Havas*) se reparten el mundo en zonas de influencia informativa, una agencia española como *Fabra* se reduce a cliente de la *Havas*, sin potencial suficiente para mantener una red de corresponsales propios. En el último cuarto del siglo XIX, la prensa inglesa y la norteamericana sientan las bases de lo que Georges Weill ha llamado «la edad de oro de la prensa», es decir, el período en el que la prensa fue el único medio de comunicación de masas. Tal época, según Weill, abarca desde 1870 a 1914, o sea desde la estabilización de las grandes empresas de Bennet, Taylor y Pulitzer en Estados Unidos, hasta los balbuceos de la radio. Esta parcelación histórica es más aparente que real: de hecho, la omnipotencia informativa de la prensa se inicia al finalizar el siglo XIX y se prolonga hasta los años treinta, es decir, hasta el momento en que ya existen sistemas estables de radiodifusión capaces de disputar el monopolio informativo a la prensa periódica.

A considerable distancia —en todos los niveles— con respecto a la prensa de los grandes países industriales, en España y Latinoamérica hay un período equivalente en el que la prensa ejerce una dictadura sobre la opinión pública. En este lapso nacen casi todos los diarios que sobrevivirán a lo largo del siglo XX, y se fraguan empresas competitivas capaces de plantearse tímidos reajustes tecnológicos, casi siempre acometidos con diez o quince años de retraso en relación con el nivel experimental de los grandes países industriales.

Legislación e ideología

Según censos de la época, en 1892 se publicaban en España 336 periódicos monárquicos, 137 republicanos y 8 «de política indefinida». Unos diez años antes, en 1883, se había promulgado una Ley de Prensa, prácticamente vigente hasta la Guerra Civil de 1936-1939. Al amparo de esta ley se practicaba un periodismo muy polémico en Madrid, pero completamente sometido al caciquismo en las provincias. Todos esos periódicos sólo tiraban, en conjunto, 812.619 ejemplares, muy por debajo de lo que ocho años después tiraría solo el *Daily Mail* de lord Northcliffe. Los periódicos monárquicos alcanzaban una circulación de 580.844 ejemplares y los republicanos 230.075. Sobrevivían, con muy relativa pujanza, diarios nacidos para respaldar la ya larga disputa entre conservadores y liberales (*El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España*, *Las Novedades*) o bien diarios provinciales con tradición a cuestas y notable vigencia local o regional (*Diario de Barcelona*, *Faro de Vigo*, *Norte de Castilla*). Pero es precisamente en este período cuando aparecen los diarios que van a prolongar su existencia hasta nuestros días: entre 1880 y 1925, surgen sucesivamente *La Vanguardia*, *El Noticiero Universal*, *El Debate*, *ABC*, todos con una importante motivación empresarial, aunque sin desdeñar una alineación política precisa.

Lentamente se va arruinando y desapareciendo la «prensa ideológica» del po-



Los talleres donde se imprimía una de las revistas españolas más importantes del siglo XIX: «La Ilustración Española y Americana».

lémico siglo XIX. Ningún ejemplo tan clarificador como el de *La Iberia*.

Éste había sido órgano de opinión del sector más radical del progresismo liberal. Entre 1854 y 1880 padeció una vida llena de sobresaltos, pese al apoyo incondicional de su clientela ideológica y política. Pero la clarificación que siguió a la entrada en España de las distintas doctrinas obreras internacionalistas, quitó a *La Iberia* parte de su público. En 1876 fue vendida a Martinez Aguiar, español que había residido mucho tiempo en Estados Unidos y que trató de convertir *La Iberia* en una publicación al estilo de la prensa popular norteamericana de la época. El intento fue un fracaso total y en 1898 la histórica publicación desapareció definitivamente.

Afirmación de la nueva prensa

Se trata de un ejemplo válido para traducir el talante especial de la relación prensa-público a fines del siglo XIX; aunque existían las condiciones básicas para superar la etapa del periodismo «ideologizante», verbalista, posromántico, no había las condiciones suficientes para situar la prensa española al nivel típico del periodismo industrial.

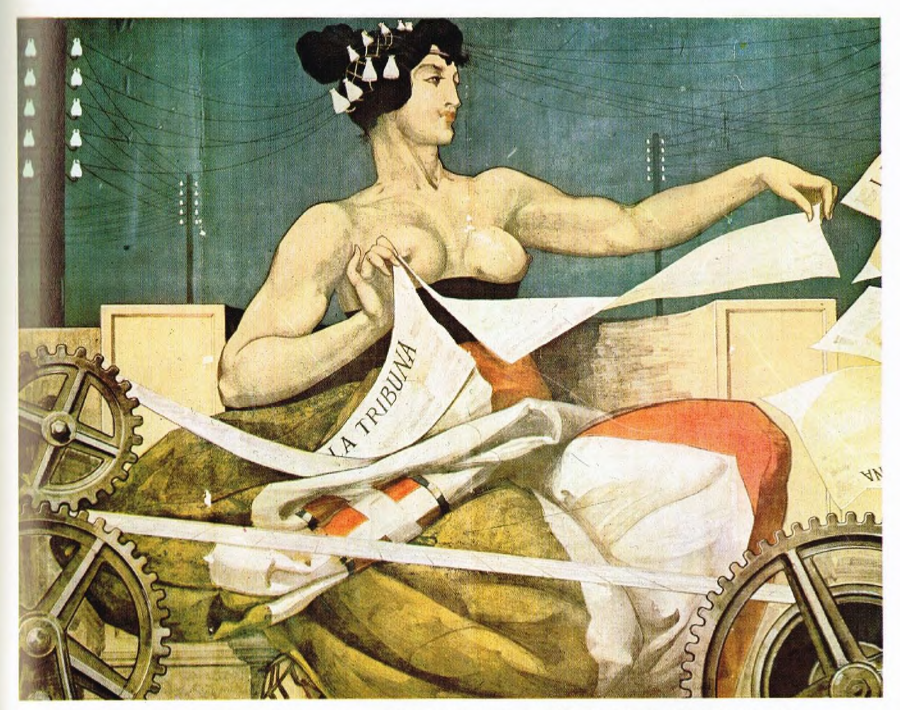
Tal vez sea Torcuato Luca de Tena, empresario sevillano nacido en 1861, el primero en plantearse la creación de un medio informativo con una mentalidad equivalente a la que podrían sustentar sus coetáneos Hearst o lord Northcliffe, aunque, indudablemente, en condiciones materiales y sociológicas mucho más precarias. En sus viajes por Francia y Alemania observó con interés los avances técnicos y formales de la prensa gráfica, sobre todo los de la publicación alemana *Fliegende Blätter* («Hojas volantes»). De regreso a España —inspirado en el modelo alemán— fundó *Blanco y Negro* (1891), revista ilustrada que revolucionó los sistemas de reproducción e incluso el contenido de todas las revistas españolas de la época. El propio Luca de Tena fundaría *ABC* en 1905, como diario derivado de otra revista de su propiedad. Y *ABC* le sirvió de nuevo campo experimental para introducir sistemas que había observado en la prensa norteamericana, inglesa y alemana.

Los diarios que nacían como empresas modernas planteaban una desigual competencia a la vieja prensa ideológica decimonónica. Miguel Moya, uno de los principales periodistas y empresarios periodísticos liberales, tuvo la iniciativa de coordinar los servicios y los campos informativos de *El Liberal*, *El Imparcial* y *El Heraldo*, a los que se añadiría posteriormente *El Sol*. Estos diarios formaron lo que se llamó «el trust de la prensa española». El *trust* consiguió la supervivencia de la prensa liberal de raíz decimonónica, enfrentada a la prensa empresarial típica y a la disminuida acción de la prensa radical. Este último tipo de prensa, portavoz de los intereses y de las posiciones de la clase obrera, carecía de una gestión regular y amplia por dificultades económicas, políticas y jurídicas. Se limitaba a ser prensa de opinión y no podía sustituir la función informativa de la prensa del *trust*, de la de Luca de Tena o de la prensa empresarial en general. Sólo un órgano obrerista, *El Socialista* (portavoz del Partido Socialista Obrero Español), dispuso ocasionalmente de medios para superar el nivel de prensa de opinión y poder, muy relativamente, competir con la prensa informativa.

El fondo y la forma

En este período, *ABC* es el mayor innovador del fondo y la forma de la prensa española. De pequeño tamaño y con muchas hojas, obligaba a un sistema de redacción opuesto al del periodismo literario, tan lírico y adjetivado, de la prensa decimonónica. *ABC* es el primer diario español que incorpora el fotograbado a la información gráfica cotidiana y, a otro nivel, es el primero que se plantea la racionalización de los géneros periodísticos. Sin llegar a la incorporación plena de las fórmulas ya por entonces habituales en la prensa anglosajona y en la francesa, racionaliza los géneros directamente ligados con la prensa de opinión (especialmente el editorial y las páginas de colaboración).

Entre 1900 y 1910 se publican en España 1.100 periódicos de todas clases. Es una cifra estable, ya que los nuevos periódicos compensan continuamente la desaparición de otros, que tienen la fugaz existencia de un meteorito (en su mayoría revistas culturales y de amenidades que proliferan como consecuencia de la «presión demográfica de tanto escritor en desempleo», según la acertada humorada de Antonio Espina). El propio Antonio Espina da un cuadro cumplido de esta etapa de consolidación y transición: «La voz cantante del conservatismo monárquico, constitucional y parlamentario la llevaba *ABC*. A su derecha, con un fuerte matiz de ideología católica, se encontraba *El Debate*. Enfrente tenían a dos diarios republicanos: uno de gran difusión, *El Liberal*, y otro de menos radio de acción y más bajo crédito, pero más combativo, *El País*. Como un verso suelto o como un barco solitario, atento a sus objetivos propios, navegaba *El Socialista*. El partido de que era órgano (P.S.O.E.) iba prosperando. Adquiría fuerza y empuje, ya que eran tiempos en que casi todo el proletariado republicano se pasaba al socialismo. És-



La prensa en la era tecnológica: alegoría italiana para un cartel publicitario del periódico «La Tribuna». El rápido desarrollo de la prensa no hubiera sido posible sin los enormes progresos de las comunicaciones (telégrafo, teléfono y radio).

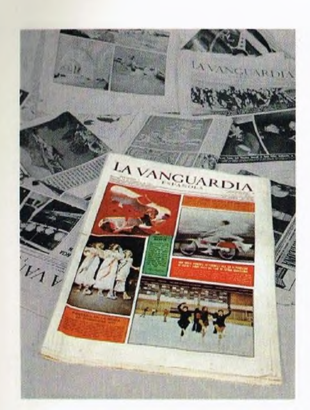
tos eran los principales portavoces del sentir español de aquellos días.»

«*El Imparcial* —prosigue más adelante Espina— empezaba a decaer. *El Heraldo* se mantenía al pairo de las cuestiones políticas, atenido al genérico liberalismo que animaba al *trust*. *La Época*, para el público grande, era un diario casi inexistente. *El Diario Universal* era para todo el mundo el diario de Romanones.»

Otros periódicos

Esto por lo que respecta a la prensa madrileña. Pero sería del todo insuficiente un cuadro del periodismo español de la transición del siglo sin una aproximación a la prensa editada en Barcelona. Estamos en plena época de formación y formulación de los criterios y la conducta política del nacionalismo catalán. Cautelosamente, el *Diario de Barcelona* de las últimas décadas del siglo XIX había alentado un catalanismo conservador, muy decididamente expreso a nivel cultural y menos a nivel político. Los otros diarios redactados en castellano (*La Vanguardia, El Noticiero Universal, El Correo Catalán*) adoptan, salvo *La Vanguardia* en ciertas épocas, una actitud neutral o abiertamente opuesta.

Por entonces proliferan las publicaciones en lengua catalana: revistas festivas, culturales, políticas. Pero hasta 1899 no aparece un diario que unifique los criterios del moderantismo político de la burguesía nacionalista: *La Veu de Catalunya*. El nombre procede de una revista del mismo título fundada en 1891 (*La Voz de Cataluña*), y el nuevo diario tendrá como cerebro conductor y más o menos oculto al jefe de la *Lliga Regionalista* (partido catalanista conservador), Enrique Prat de la Riba. Si bien existían precedentes de prensa diaria catalanista, es innegable que *La Veu* significó, durante los primeros años del siglo, el único medio de comunicación de masas en manos del catalanismo militante. Su existencia con-







Con las canillas al aire —de donde el nombre de «canillitas»—, los voceadores de periódicos bonaerenses constituyen una característica de la ciudad. Una nota típica y arraigada, como lo demuestra esta fotografía de principios de siglo. Los tranvías de caballos han desaparecido, pero los periódicos, en Buenos Aires, como en cualquier otra ciudad del mundo, mantienen sus posiciones a pesar de la competencia de los demás medios informativos. Junto a estas líneas, Bartolomé Mitre, fundador de «La Nación» y uno de los principales innovadores del periodismo en la Argentina. ***Arriba, a la izquierda:*** **un ejemplar dominical del periódico barcelonés «La Vanguardia», uno de los más importantes de España.**

tribuyó a que apareciesen nuevos diarios catalanistas, de tendencia opuesta, que enriquecieron una discusión polémica que se alarga, para morir, hasta la Guerra Civil.

América Latina

«La primitiva prensa latinoamericana —dice Nicolai Palgunov en *La Prensa y la Opinión Pública*— fue fruto del trasplante de la que existía en España. La administración metropolitana restringió la prensa en las colonias, y las gacetas que se editaron debieron pasar por largas y muchas veces infructuosas gestiones ante las autoridades que representaban a la corona española.»

En América Latina, la reivindicación de un periodismo autóctono está íntimamente ligada con la causa independentista. De ahí que entre 1820 y 1880 se multipliquen las publicaciones periódicas como en un hervor que hubiera estado comprimido; no obstante, la inestabilidad política traducida en las guerras civiles, en las luchas internacionales, en las campañas de expansión a costa de los amerindios, es decir, todas las luchas que conlleva la formación de las nuevas nacionalidades, retrasó la estabilidad de las distintas prensas nacionales aún más que en el caso español.

Proliferación de publicaciones

También, como en España, es entre 1875 y 1930 cuando surgen los diarios que sobreviven con el siglo y cuando se sientan las bases de las empresas periodísticas estables. En este período se fundan los siguientes diarios, hoy supervivientes: Argentina: *La Nación, Los Andes, El Día, La Razón, Clarín, La Prensa, La Capital,* etc.





MONITOR ARAUCANO

No. 26

Izquierda: **fachada del edificio que, desde hace más de medio siglo, alberga la redacción y demás oficinas centrales de «ABC», en Madrid.** *Derecha:* **una página de «El Monitor Araucano», periódico chileno fundado cuando todavía no se había consolidado totalmente la emancipación del país. Los primeros periódicos latinoamericanos tuvieron una vida sumamente ardua, que hizo retrasar el proceso general de estabilización de la prensa autóctona.**

Brasil: *Monitor Campista, Gazeta de Noticias, Diario de Noticias, Correio da Manha,* etcétera; y completarían un aproximado censo: *Diario de Centroamérica* (*El Guatemalteco*), *El Sur* (Chile), *El Telégrafo* (Ecuador), *La Unión* (Chile), *El Día* (Montevideo), *El Mundo* (Cuba), *El Mercurio* (Chile), *El Tiempo* (Colombia), *Excelsior* (México), y un etcétera realmente abrumador.

Hasta este período, la prensa latinoamericana vivía una precaria existencia, tecnológicamente subdesarrollada a causa de una total precariedad de materias básicas: desde papel hasta noticias. México y Argentina son los dos polos geográficos de Latinoamérica y en cierta manera pueden servirnos de polos orientadores, tipológicos, de la evolución de la prensa. En México se prolongan las convulsiones políticas hasta los años treinta del siglo XX. Se retrasan todos los procesos lógicos de la vida comunitaria y la prensa no es una excepción. Practicar el periodismo en el tránsito del siglo era un arriesgadísimo oficio. Gutiérrez de Lara, enfrentado al «porfiriato», escribía: «La cárcel o la muerte esperaban al hombre o mujer que escribía la verdad sobre las condiciones que imperaban en México. Los periódicos que se atrevían a expresar aunque fuera una ligera protesta contra actos del Gobierno, eran secuestrados, las imprentas destruidas, los editores y redactores arrojados a mazmorras horribles para que allí se pudrieran, cegaran o enloquecieran. Escritores radicales salían de su casa para no volver, secuestrados o muertos a puñaladas en la oscuridad.»

Pese a esta dura situación, no faltan ejemplos de promoción de un incipiente periodismo industrial, como el propiciado por Rafael Reyes Spíndola, fundador de *El Universal* (1888) y *El Imparcial* (1896), introductor de nuevos procedimientos informativos, de los nuevos géneros y de moderno utillaje: por ejemplo, la rotativa. Se da la curiosa circunstancia de que la primera rotativa mexicana se compra en Estados Unidos, van a montarla técnicos norteamericanos y los ejemplares salen mal impresos, hasta el punto de que durante algunos días *El Imparcial* tuvo que seguir imprimiéndose mediante la máquina plana.

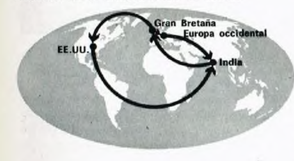
Este cuadro ambiguo de prelegalismo informativo y de mimetismo lingüístico y mitológico, es la característica base del desarrollo de una importante parte de la prensa latinoamericana de la transición del siglo. En el otro polo, el periodismo argentino se caracteriza (como el chileno o el uruguayo) por una cierta normalidad de gestión político-legal, a partir de la estabilidad que siguió a la guerra civil de 1880. Tres importantes periodistas, políticos y escritores: Alberdi, Sarmiento y Mitre, habían creado escuela de periodismo doctrinal y polémico. Tal vez sea Mitre el hombre con ideas más progresistas sobre el periódico como medio de comunicación. Como propietario y director de *La Nación* desde 1870, introdujo en Argentina la utilización del corresponsal y de la agencia, la ampliación de tirada —con la disminución de precio consiguiente— y los servicios de información cablegráfica. La influencia de *La Nación* fue extraordinaria y se prolongó durante el período que nos ocupa. Fue el primer diario continental de América Latina y uno de los diarios de influencia internacional (dentro del ámbito americano). Introdujo un periodismo informativo que, si bien no prescindía del didactismo y la apologética de la prensa doctrinal, empezaba a dar importancia a la cantidad y calidad de las noticias. No en balde Rubén Darío, lejano lector —y colaborador— nicaragüense del diario argentino, lo llamó «conjunto de grandes sábanas de lectura».

Manuel Vázquez Montalbán

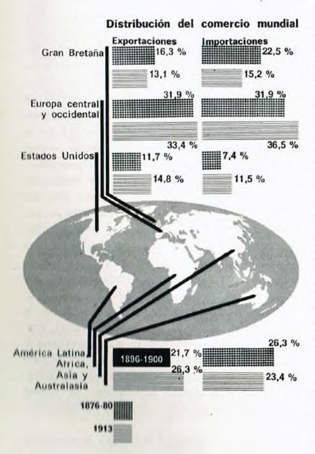
La economía moderna

La sociedad de masas fue un producto directo de la expansión industrial. Esta expansión, a su vez, se vio ayudada por la existencia de una economía internacional. El presente artículo analiza los complejos procesos económicos que estaban acrecentando la riqueza del mundo.

Esquema de la compensación de deudas



Distribución del comercio mundial



La segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX contribuyeron a reforzar los lazos económicos entre todas las naciones. Hacia 1914 existía ya una auténtica economía internacional, en la cual participaban países de todos los continentes intercambiando mercancías y servicios.

La base de este aumento de las relaciones económicas fue la extensión de la industrialización. A mediados del siglo XIX, Gran Bretaña era el único país realmente industrializado. Otros, empero, iban siguiendo gradualmente sus pasos: Estados Unidos, Alemania, Bélgica y Francia experimentaron un rápido crecimiento industrial en la segunda mitad del siglo, y en 1914 el Japón, Rusia, Suecia, Australia y otras naciones habían empezado su propio desarrollo.

La industrialización estimuló la economía internacional de muchas maneras. El comercio entre distintas naciones había sido muy limitado mientras los países eran predominantemente agrícolas y se bastaban para producir sus propios alimentos. El comercio regular de productos agrícolas se reducía a un corto número de artículos que no producían las naciones importadoras (por ejemplo, Europa importaba algodón, azúcar y tabaco), o de lujo, como especias y seda; mercancías básicas, como los cereales, sólo se compraban en grandes cantidades cuando las cosechas eran malas.

Los intercambios entre los países industriales y los productores de materias primas

Esa estructura, que comenzó a desintegrarse en el siglo XVIII, fue barrida por la industrialización en el XIX. Al concentrarse la población en las actividades industriales, se produjo una demanda de productos agrícolas —alimentos y materias primas— que los recursos nacionales no pudieron satisfacer, lo cual obligó a los países industriales a comprar lo que necesitaban a las naciones que habían de resignarse al papel de productoras de materias primas. Al propio tiempo, la fabricación de productos manufacturados a bajo precio abrió mercados en el exterior, de modo que los países, a medida que se industrializaban, se dedicaban a importar productos básicos (alimentos y materias primas) y a exportar productos secundarios (artículos manufacturados). La interdependencia económica mutua nació, por tanto, como una consecuencia de la industrialización.

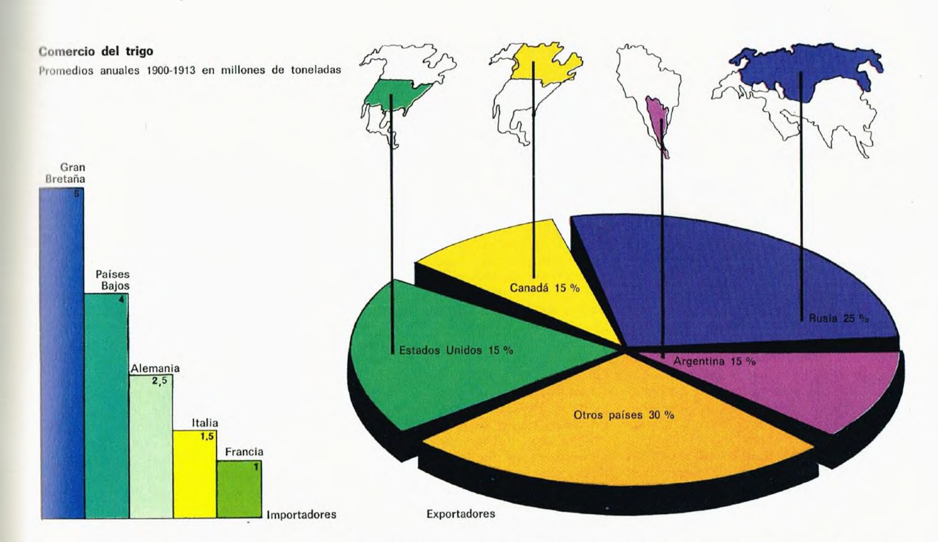
Los países industrializados se enriquecen

Otra consecuencia fue que las naciones industrializadas se enriquecieron más que las no industrializadas. Ello se debió en parte a que el trabajo y el capital resultaban mucho más productivos en la industria que en la agricultura: la producción total de una nación aumentaba si conseguía transferir parte de estos factores productivos del sector agrícola al industrial.

Las naciones, al enriquecerse, podían acrecentar sus importaciones. Ello beneficiaba a algunos de los países productores de materias primas, que vieron aumentar la demanda de sus productos. Este enriquecimiento fomentó asimismo el comercio entre las propias naciones industriales, y permitió que varias de éstas acumulasen excedentes de capital para la exportación. Un aspecto destacado del siglo XIX y de principios del XX fue la agilización del movimiento internacional de capitales. Así nació otro lazo importante entre los países: las inversiones europeas contribuyeron a la construcción de ferrocarriles, a la explotación de minas, al desarrollo de las ciudades, y a muchas obras más en el mundo entero.

La industrialización difunde la tecnología, que asegura el futuro crecimiento de la industria

El impacto de la industrialización también se dejó sentir en la difusión de la tecnología. Las nuevas técnicas de producción y los inventos de un país podían ser adoptados con relativa facilidad por otros; de este modo, el progreso industrial aseguró su propia expansión, y el mundo entero pudo utilizar los avances técnicos revolucionarios. La difusión de los ferrocarriles fue quizás el factor individual que más contribuyó al desarrollo de la economía internacional. La construcción de vías férreas requería enormes inversiones que muchas naciones subdesarrolladas



sólo podían obtener importando capital de las naciones adelantadas. La demanda de locomotoras y raíles favoreció el crecimiento de las industrias de bienes de equipo de los países industrializados, pero, al mismo tiempo, el ferrocarril permitió colonizar zonas inexplotadas, permitiendo que los países suministradores de materias primas se integrasen en la red del comercio mundial.

La emigración colabora en el desarrollo industrial

Movimientos migratorios sin precedentes acompañaron el desarrollo de la economía internacional, en un proceso que culminó durante la década anterior a la Primera Guerra Mundial. Existían entonces vastas tierras con un gran potencial productivo, pero la explotación de su fértil suelo y de sus riquezas minerales precisaba trabajo y capitales. Los emigrantes europeos desempeñaron un papel importante en el desarrollo de América del Norte y del Sur, de África del Sur y de Australasia. La gente emigraba de los países avanzados, como Gran Bretaña, Alemania y Suecia, y también de los países más pobres, como Italia, Irlanda, Austria-Hungría y Polonia. Muchos iban a los Estados Unidos, donde, tan sólo en la década 1900-1910, entraron 9.000.000 de inmigrantes. Así como la primera emigración hacia Norteamérica procedía del oeste y el norte de Europa, desde alrededor de 1890 la mayoría de los inmigrantes provino de los países del sur y el este del continente europeo. En los años que mediaron entre 1890 y 1914, muchos alemanes se establecieron en la Argentina y el Brasil, mientras que los británicos se dirigían a los países de su propio Imperio.

El período anterior a la Primera Guerra Mundial vio también producirse otro importante tipo de migración. La mano de obra para las minas y plantaciones de las regiones tropicales era traída con frecuencia del extranjero, generalmente mediante contratos de varios años de duración. Las principales fuentes de aprovisionamiento de esta clase de trabajo eran China y la India; los chinos iban, sobre todo, a Malasia, a la actual Indonesia y a las plantaciones de las Antillas y de África del Sur.

La compensación internacional de las deudas ayuda al comercio

A medida que la economía internacional se desarrollaba, el comercio del globo se iba haciendo cada vez más multilateral. Éste es uno de los rasgos más notables de fines del siglo XIX y de comienzos del XX. En 1850 había algunas grandes áreas de comercio dentro de las cuales las importaciones y las exportaciones quedaban más o menos equilibradas, lo cual requería escasas transferencias de dinero o de crédito; áreas como el Báltico, Gran Bretaña y los Estados Unidos, la India y el Extremo Oriente, el oeste y el este de Europa, constituían regiones de ese tipo. Sin embargo, el crecimiento de la industrialización y de la especialización desarrolló el comercio en una escala mundial, y los déficits de un área se compensaron con los superávits de otra. Así, por ejemplo, a comienzos del siglo XX Gran Bretaña tenía un considerable superávit en su comercio con la India, que importaba gran cantidad de tejidos ingleses, pero al mismo tiempo, déficits con los Estados Unidos y el oeste de Europa, mientras que la India tenía superávits con ambas regiones, de modo que las deudas se compensaban sobre una base multilateral.

El papel económico de Gran Bretaña

El papel desempeñado por Gran Bretaña en el desarrollo de la economía internacional fue de gran importancia. Du-

rante los cincuenta años que precedieron a 1914, este país mantenía una política librecambista y compensaba los fuertes déficits de su balanza de comercio con sus grandes importaciones «invisibles» (beneficios de sus inversiones en el extranjero, ingresos por fletes y seguros, etcétera), lo que le daba un superávit en la balanza de pagos. Pero pocos países mantenían políticas librecambistas a comienzos del siglo XX. En la segunda mitad del siglo XIX, casi todos los países más avanzados habían ido creando barreras arancelarias protectoras. En 1890, tanto los Estados Unidos como Alemania, Francia, Italia y Rusia mantenían elevados aranceles sobre la importación, destinados a proteger sus propias industrias y a defenderse de la supremacía de las manufacturas británicas. Fuese a causa de esta protección arancelaria o no, lo cierto es que los Estados Unidos y Alemania consiguieron en estos años superar a Gran Bretaña en la producción de ciertas mercancías básicas, tales como hierro y acero. La industria química, la eléctrica y la del automóvil crecieron más rápidamente en estos nuevos países industriales que en Gran Bretaña, y el centro de gravedad de la economía internacional tendió a desplazarse de las Islas Británicas, aunque en 1914 seguían siendo éstas el meollo del sistema comercial a escala mundial.

La prosperidad de los productores de materias primas

El esquema general de la evolución económica de 1900 a 1914 nos muestra una expansión general: hubo un rápido crecimiento en el comercio mundial, en los movimientos internacionales de capital y en las migraciones humanas. Rasgo esencial del período fue el modo en que la demanda de los países industriales, su capital y, en ocasiones, incluso su fuerza de trabajo, contribuyeron a desarrollar los recursos comerciales de los países productores de materias primas. El período vio producirse un desplazamiento de los precios que favoreció a tales países: los precios de las materias primas y de los productos agrícolas subieron en relación con los de los artículos manufacturados, lo cual trajo prosperidad a los países exportadores de los primeros, y dio nuevo ímpetu a la explotación de sus recursos.

La transformación del comercio mundial

El volumen del comercio mundial aumentó rápidamente desde 1900, estimulado sobre todo por el crecimiento del tráfico entre Europa y países tales como Canadá o Argentina. Fue también acelerado por los importantes hallazgos de oro en el Transvaal y en otros diversos lugares del mundo a fines del siglo XIX, que facilitaron la liquidez internacional y fomentaron el comercio. Se estima que entre 1875 y 1913 el volumen del comercio mundial casi se triplicó.

Sin embargo, la participación de las diversas zonas del mundo en este comercio fue variando a medida que el centro de gravedad se desplazaba de Gran Bretaña a los nuevos países industriales y a los productores de materias primas.

El comercio de productos primarios: los alimentos

Los productos primarios formaban cerca de los dos tercios de todas las mercancías que participaban en el comercio internacional durante el período 1900-1914; como es de suponer, los alimentos integraban la mayor parte de éstos. El trigo era el más valioso de los productos alimenticios, y fue el que estimuló el desarrollo de países como Canadá y Argentina a fines del siglo XIX; este cereal iba destinado especialmente a aquellos países industriales que no podían atender sus propias necesidades.

El panorama que nos muestra el comercio del trigo, con los grandes países industriales europeos aprovisionados por los países subdesarrollados del este de Europa y por los exportadores de otros continentes, vale para el comercio de la mayoría de los productos primarios; los Estados Unidos, empero, se hallaban en la envidiable posición de ser a la vez un importante productor primario y una nación industrializada.

El origen de las exportaciones mundiales de alimentos era mucho más variado que sus puntos de destino; precisamente la demanda de los países industriales fue lo que introdujo en la red del comercio mundial a los países dedicados a la producción agrícola. Así, en los años inmediatamente anteriores a 1914, India, Ceilán y China proporcionaban el 80 % de las exportaciones mundiales de té; Brasil, más de la mitad de las de café; Dinamarca y Rusia, más de un tercio de las de mantequilla; Italia y España, cerca del 90 % de las de frutos cítricos. Los principales proveedores de coco eran la Costa de Oro (Ghana) y Brasil; los plátanos procedían sobre todo de Estados Unidos, las Antillas, las Canarias, Costa Rica y Colombia; Cuba e Indonesia eran los principales exportadores de azúcar.

El comercio de productos primarios: las materias primas

Como sucedía con los alimentos, la limitación geográfica del aprovisionamiento dio lugar a que la demanda de materias primas agrícolas y minerales por parte de las naciones industriales ejerciera su influencia sobre las economías de un área cada vez más amplia de territorios subdesarrollados. Aunque los Estados Unidos dominaban las exportaciones de algodón en rama, Egipto y la India enviaban cantidades considerables a las fábricas europeas. Australia y Argentina eran los principales proveedores de lana; la India, de yute. Los minerales de hierro procedían sobre todo de Francia, España y Suecia; los de cobre, de Chile, Perú y México; los de estaño, de Bolivia y de Malaya.

El carbón, base energética de la industria del siglo XIX, mostraba una estructura comercial muy distinta a la de los restantes productos primarios, puesto que la mayor parte de las exportaciones partía de los países industriales avanzados y se dirigía sobre todo a las naciones industriales europeas peor dotadas de este recurso. Gran Bretaña era el mayor exportador de carbón entre 1900 y 1913, seguida por los Estados Unidos, Alemania y Bélgica. Los mayores importadores eran Francia, Italia, Holanda, Austria y Canadá. También la explotación sistemática del petróleo estaba desarrollándose rápidamente, con los Estados Unidos y Rusia como principales proveedores; cantidades cada vez mayores venían también, empero, de Borneo y de las Indias Orientales Holandesas.

La expansión del comercio mundial de productos manufacturados

Resulta claro que la principal razón de la expansión del comercio mundial de productos primarios era la necesidad que las naciones avanzadas tenían de alimentos para su creciente población urbana y de materias primas para sus industrias. Paralelamente, el comercio mundial de productos manufacturados fue incrementándose también. Los productos básicos, tales como los tejidos más corrientes, encontraban mercados cada vez más amplios en los países agrícolas que se estaban desarrollando, mientras que las exportaciones de mayor calidad y elaboración más compleja, como los productos químicos, los diversos tipos de maquinaria y ciertos bienes de consumo duraderos, eran objeto de un comercio creciente entre los propios países industriales.

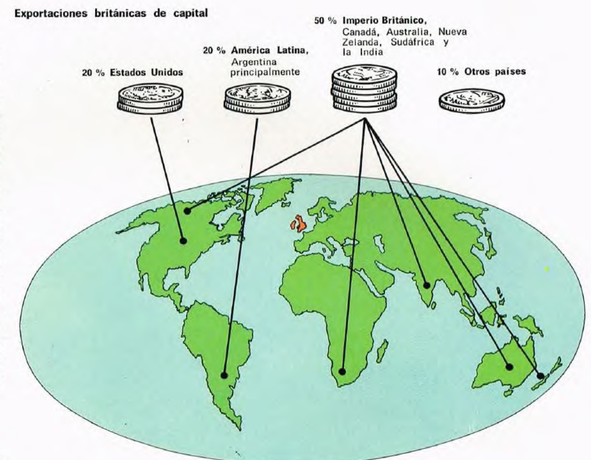
La inversión estimula el comercio mundial

La expansión del tráfico comercial mundial, basada en buena parte en la explotación de nuevas regiones, difícilmente se hubiera podido producir si éstas no hubiesen contado con grandes importaciones de capital de los países avanzados. El principal inversor en los países de ultramar fue Gran Bretaña, que en 1913 concentraba cerca de la mitad de todas las inversiones en el extranjero. A partir de 1900 se produjo un notable incremento de las inversiones británicas en el extranjero: su volumen total pasó de 2.400 millones de libras a cerca de 4.000 millones en 1914. Otros grandes exportadores de capital eran Francia y Alemania, y, en menor grado, Bélgica. Los Estados Unidos también invertían en otros países, pero hasta la Primera Guerra Mundial fueron siempre deudores netos, habida cuenta del mayor volumen de las inversiones extranjeras en su suelo.

La inversión en los países agrícolas

A partir de las últimas décadas del siglo XIX se produjo una variación en las principales direcciones que seguían los flujos internacionales de capital. Hasta entonces, la mayor parte de las inversiones se había dirigido a los países europeos y a los Estados Unidos, ya para cubrir los empréstitos de los Gobiernos o bien para la formación de compañías ferroviarias. Desde 1870, el capital fue dirigiéndose cada vez más hacia los países agrícolas, que empezaban a entrar en las corrientes de la economía internacional. Gran Bretaña, por ejemplo, efectuó grandes inversiones en su Imperio y en América del Sur: hacia 1913, cerca de la mitad del capital británico invertido en el exterior lo había sido en el Imperio, especialmente en Canadá; una quinta parte se hallaba en América del Sur, particularmente en Argentina, y otra quinta parte en Estados Unidos, que era el país importador de una mayor proporción de capital británico.

También Francia invirtió sus capitales en las colonias, principalmente en el norte de África y en el sudeste asiático; sin embargo la mayor parte había sido invertida en Europa, y sobre todo en Rusia, que en 1911 acumulaba un cuarto de todas las inversiones exteriores francesas. Las de Alemania se centraban también en Europa, aunque asimismo había invertido grandes sumas en los Estados Unidos y América del Sur.



El estímulo ejercido por la inversión en el extranjero

Los ferrocarriles siguieron siendo el foco de atracción de la mayor parte de la inversión extranjera, y los efectos estimulantes de su construcción en la articulación y el desarrollo de la economía internacional se dejaron sentir en el mundo entero. Los ferrocarriles ayudaron a integrar en el comercio mundial nuevos territorios de América, Asia, África y Australasia. Las grandes cantidades de productos primarios que llegaban a Europa desde Argentina, Australia, India, Malaya, el África occidental, Canadá y otros muchos lugares eran, a menudo, una consecuencia inmediata de las mejoras de transporte creadas por los ferrocarriles en estos países. Las inversiones extranjeras también se centraron, en ocasiones, en las propias empresas de producción: las inversiones francesas participaron en el desarrollo de los vastos recursos rusos de carbón y de hierro, mientras que el capital francés y el británico contribuyeron a hacer de los campos petrolíferos del Cáucaso un poderoso rival de la *Standard Oil Company* norteamericana.

Conclusión

El período 1900-1914 conoció un poderoso crecimiento en el comercio, las migraciones y las inversiones extranjeras, estimulado por unos movimientos de precios favorables a los países agrícolas. Después de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, todos los intentos de volver a la estabilidad y a la prosperidad de esta economía internacional anterior a la guerra fracasaron. Los precios de los productos primarios cayeron bruscamente y los países agrícolas no recobraron su prosperidad pasada; los movimientos de capital extranjero y las migraciones fueron severamente restringidos. Uno por uno, los pilares que habían sostenido el imponente edificio de la economía internacional de la preguerra fueron derrumbándose, y los países que habían hecho depender sus economías de la estructura anterior del comercio mundial hubieron de buscar nuevas formas con que remodelar sus sistemas económicos. El nacionalismo económico se convirtió entonces en la fuerza dominante, y no resulta sorprendente que muchos estadistas, ante los peligros políticos de esta nueva fuerza, lucharan, aunque en vano, por el restablecimiento de la vieja economía internacional.

Malcolm Falkus

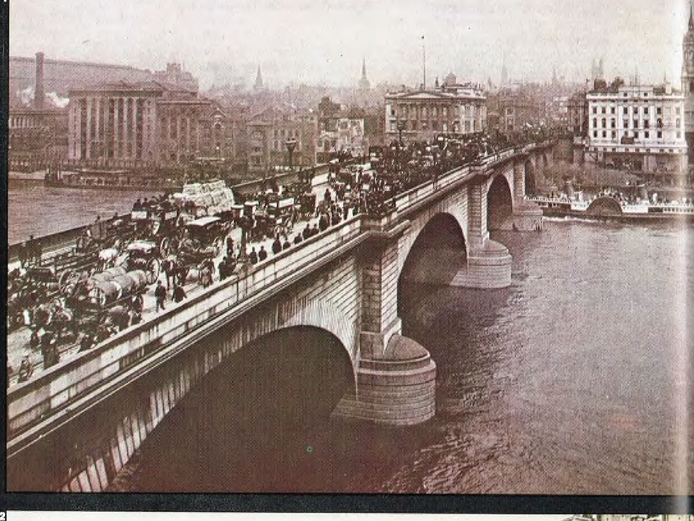
Los primeros autobuses a motor

El 25 de octubre de 1911, el último autobús de caballos partía del London Bridge repleto de pasajeros para emprender su último viaje. Una nueva revolución del transporte público se había realizado.

Sólo cuatro años antes, el corresponsal de la sección de motores del «Times» defendía clarividentemente el nuevo vehículo, alegando que «si bien el autobús a motor despide lateralmente un chorro de barro más denso que las salpicaduras de los viejos autobuses y de sus caballos, la trayectoria de aquel chorro es menos elevada y más regular que la del barro levantado por los cascos de los caballos»

Si bien el autobús a motor superó fácilmente a sus incómodos antecesores tirados por caballos, unos cuantos años antes estuvo a punto de verse arrinconado por un rival más formidable: el tranvía eléctrico. Sea como fuere, ambos tipos de transporte público —así como los entonces recién inaugurados trenes subterráneos— habían de influir ampliamente en la sociedad de masas. Todos ellos fueron causa integrante de una intensa expansión de las áreas suburbanas. A medida que el tranvía, el autobús y el «metro» fueron transportando rápida y cómodamente un número cada vez mayor de personas hacia los apacibles barrios periféricos, los centros urbanos de todo el mundo fueron quedando relegados al comercio y a la administración.

1



2



1 **Hora punta en el London Bridge a fines del siglo pasado. Cabe observar que no aparece aquí ni un solo vehículo a motor. No obstante, los atascamientos del tráfico podían llegar a ser entonces, si cabe, peores que los actuales.**

2 **La parada de Charing Cross poco antes de la Primera Guerra Mundial. Se trata de un punto de correspondencia de casi todos los transportes públicos londinenses: autobuses, trenes, «metros» y taxis. Los últimos autobuses de caballos ya han desaparecido, y un número cada vez más exiguo de cabriolés aguarda a los posibles pasajeros.**

3 **Autobús de un deslumbrante color rojo perteneciente a la General Omnibus Company de Londres.**

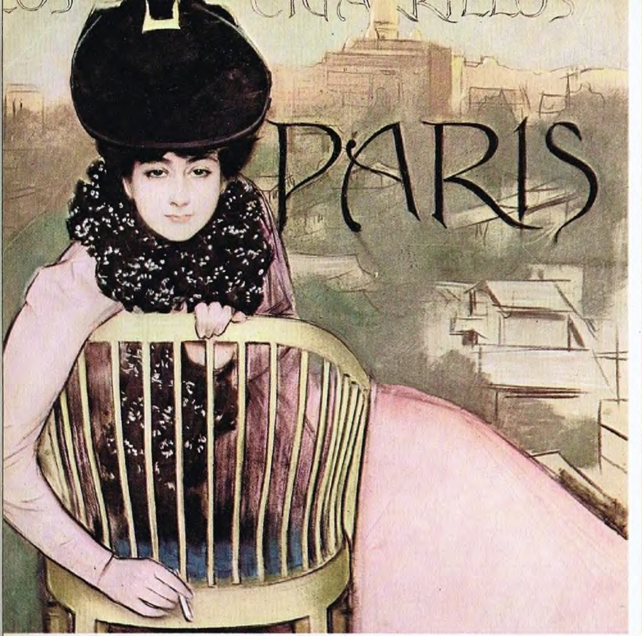
4 **Parte posterior de un autobús británico de caballos, repleta de anuncios comerciales.**

5 **Los primeros autobuses a motor barceloneses pasean triunfalmente, repletos de curiosos.**

SHEPHERDS BUSH LAWN RD [11] LIVERPOOL ST
HAMMERSMITH BDY WALHAM GRN VICTORIA STN STRAND LUDGATE CIRCUS BANK
GENERAL
B 340

4

PEARS SOAP
CIRCUS, STRAND
TOMATO SOUP 57 HEINZ VARIETIES BAKED BEANS
C.T.&K.R.
Remington Typewriter
ELEPHANT
1912
COLEMAN'S WINCARNIS



Los inicios de la publicidad

Antiguamente, simples «voceadores» se encargaban por campos y plazuelas de declamar a pleno pulmón las excelencias de la mercancía que ofrecían, mercancía que, indudablemente, debió también ser publicitada a través de rótulos y carteles. Con la revolución industrial, naturalmente, el multiplicarse de los productos fue imponiendo la necesidad de divulgar entre el público las características de cada uno. Nació así la publicidad moderna, cuyos principales medios de comunicación eran, a principios de siglo, el cartel mural —utilizado también en los vehículos públicos— y la página impresa de periódicos y revistas.

Dos carteles publicitarios del gran pintor y retratista español Ramón Casas y, en la página contigua, una tarjeta de publicidad de un producto hoy mundialmente conocido.


Coca-Cola
At Soda Fountains
5¢
Detach card at dotted line and present at fountain
Delicious
This card entitles you to one glass of
Free
Coca-Cola
Free
At the fountain
Refreshing
From photo copyright by Dupont, 1904
Published by Wolf & Co., Philada.



La nueva mujer

La nueva mujer montaba en bicicleta, bailaba tangos, fumaba cigarrillos, conducía coches, comía en restaurantes públicos y practicaba el deporte. Ello era un espectáculo deplorable a los ojos de los conservadores. Sin embargo, las mujeres del primer decenio de siglo pretendían gobernar sus propias vidas con mayor independencia que sus madres.

Liberada de los rígidos corsés y de muchos hipócritas convencionalismos, la mujer del siglo XX era vista como «frívola» por los tradicionalistas e incluso por muchos feministas. ***Izquierda:*** **la nueva mujer, según una revista alemana de modas.** ***Abajo:*** **una ciclista en atuendo «poco femenino», y un grupo de dactilógrafas trabajando (año 1911).**





Durante el siglo XIX, algunas mujeres habían luchado por demostrar que eran iguales a los hombres: reclamaban igualdad de oportunidades en los estudios y en las profesiones, el mismo derecho a la propiedad, y querían un código moral que sancionase por igual, de cara a la sociedad, las faltas cometidas por hombres y mujeres.

En 1914 se habían satisfecho algunas de estas aspiraciones. Se abrían a las mujeres las puertas de las universidades. En Gran Bretaña, una ley permitía a la mujer administrar sus propios bienes y, tanto allí como en Francia, se habían reformado las leyes sobre el divorcio. También habían mejorado las condiciones laborales: no estaba permitido emplear a las mujeres en trabajos pesados y era obligatoria la licencia laboral por maternidad; un reglamento señalaba el número de horas de la jornada femenina y prohibía el trabajo nocturno.

Ello sucedía, en los países industrializados de Occidente, como corolario de la declaración de igualdad entre todos los hombres. En el mundo no industrializado, el movimiento feminista se dejó sentir un poco tardíamente, junto con algunos otros ideales políticos europeos.

La lucha feminista estaba ligada a los problemas de la revolución industrial, y sus efectos no llegaron a beneficiar a las mujeres del campo; no afectó a las mujeres de las clases altas, económicamente independientes: las aristócratas rusas, así como las ricas herederas norteamericanas, eran debidamente respetadas. Tampoco se dejó sentir entre aquel tipo de mujeres que, en cualquier época, escapan a los dictados convencionalistas: Sarah Bernhardt recitaba ante públicos arrebatados; Isadora Duncan danzaba en ropajes pseudogriegos semitransparentes; Colette daba en sus novelas muestras de libertad sexual; y Rosa Luxemburg difundía el evangelio marxista en Polonia, Alemania y Rusia.

Trabajo mal retribuido

Todavía en el primer decenio de nuestro siglo eran míseros los jornales de las obreras. Las trabajadoras pensaban que el primer deber de una mujer era cuidar de la casa y de los hijos; por ello, si la mujer casada trabajaba, lo hacía impulsada por la necesidad de ayudar al mantenimiento de la familia. Las solteras, en espera de que un «libertador» las redimiese de la necesidad de ganarse el sustento, no se mostraban exigentes en sus reclamaciones salariales y, puesto que constituían una mano de obra barata, aún los sindicatos las miraban con recelo.

En Francia y Gran Bretaña no había faltado la actividad sindical entre las mujeres a partir del siglo XIX, pero su eficacia había sido muy escasa. Por otra parte, casi todos los obreros especializados eran hombres.

Los principales problemas surgían con motivo del parto y los cuidados del hijo: sólo en contadas ocasiones, cada vez más raras, se les permitía cuidar del bebé en una cunita junto al puesto de trabajo, y algunos patronos, convencidos de que el puesto de la mujer estaba en casa, hacían lo imposible para que no encontrasen trabajo. A veces los padres, algún vecino, un marido enfermo o un niño de pocos años cuidaban del pequeño. Rarísimas veces podía éste ser mandado a una guardería infantil. Las mujeres que trabajaban en casa debían dedicar horas interminables a los más diversos trabajos manuales.

Aumentaba el número de las que se empleaban como dependientas y eran todavía muchas las sirvientas. Algunos patronos procuraban que las muchachas siguieran cursos de economía doméstica, para cualificarse como cocineras o camareras, pero estas ocupaciones eran siempre mal retribuidas. La muchacha pobre debía a toda costa mantenerse honesta: George Bernard Shaw escribió que la «prostitución no es debida a la depravación femenina ni a la licenciosidad masculina, sino, simplemente, a que las mujeres son tan vergonzosamente mal retribuidas, subvaloradas y recargadas de trabajo, que las más pobres se ven forzadas a acudir a la prostitución para mantener unida el alma al cuerpo».

Las feministas británicas y norteamericanas habían luchado por la abolición

del «doble estándar». Los millares de mujeres que se unieron, en 1860-1870, a la campaña de Josephine Butler en favor de las prostitutas para protestar contra el *Contagious Diseases Act*, consideraban injusto que fuese castigado «el sexo que es víctima del vicio, mientras se deja impune al sexo que es la causa principal del vicio y de sus espantosas consecuencias». Pero aunque la campaña consiguió la anulación de la ley (que imponía la revisión médica a las mujeres sospechosas), continuó inalterada la situación de fondo: era la prostituta la que continuaba al margen de la ley, no sus clientes. Incluso hubo quien afirmó que «la prostitución es el baluarte necesario de nuestras virtudes familiares».

En la Norteamérica de los años 1870, por ejemplo, se sostenía que el hombre sólo debía acercarse a su propia mujer una o dos veces al mes; de lo contrario, podían nacer hijos deformes. En una época en que se consideraban inmorales los métodos anticonceptivos, ello habría significado mayor número de hijos y, por consiguiente, mayores complicaciones para la salud de la esposa y la cartera del marido. El hombre debía casarse ya maduro o abstenerse; el resultado era un mercado siempre abierto a la prostitución. Se calculaba, a la vuelta del siglo, que de cada diez norteamericanos, uno padecía algún tipo de enfermedad venérea.

«El ángel del hogar»

La mujer realmente emancipada hacia 1914 pertenecía a la clase media. El *pater familias* tradicional había siempre pretendido que su esposa viviese en casa, ayudada por una camarera o una cocinera si era preciso. Anteriormente, la mujer norteamericana del Oeste había ejercido muchas funciones vitales como enfermera, tejedora, guardiana de la casa o maestra; gozaba de gran estima, aunque más tarde las innovaciones tecnológicas y comerciales la hubiesen sustituido en el desempeño de tales cometidos. El éxito de un hombre se medía por el lujo y las comodidades que podía ofrecer a su esposa, la cual se convirtió en símbolo de prestigio. La mujer de las pequeñas ciudades norteamericanas del Oeste había contribuido a civilizar aquella tierra salvaje y era tratada con mayor realismo que en el Este del mismo país y en Gran Bretaña, donde fácilmente era considerada sólo una representante del «sexo bello».

Adulada como «angel del hogar», una mujer respetable debía ignorar los placeres sexuales. Un joven de la época eduardina cuenta que, en una reunión, un estudiante se atrevió a preguntar a un médico si las mujeres experimentaban placer en el acto sexual. «Hablando como médico —fue la respuesta—, puedo decir que de cada diez, nueve son indiferentes o lo aborrecen profundamente; la que experimenta gusto en él es, generalmente, una prostituta.» Bertrand Russell dijo de su primera mujer que «como todas las norteamericanas de su tiempo, había sido educada en la convicción de que el sexo es una cosa brutal... y que la lujuria masculina era el principal obstáculo a la felicidad conyugal». Las hijas eran dejadas en la más absoluta ignorancia sexual y celosamente guardadas para el hombre a quien los padres concedían aquella flor virginal. Su dependencia económica contribuía a reforzar la autoridad paterna y la necesidad de encontrar un marido. Ignorantes, sin profesión, privadas de recursos, las mujeres reclamaban apasionadamente su libertad.

Profesiones femeninas

El primer paso consistió en encontrar un trabajo retribuido. Las mujeres habían conquistado el derecho a retener sus ganancias, a la instrucción y al trabajo especializado. Además de la taquigrafía y mecanografía, podían dedicarse a la enseñanza y a ejercer las profesiones de enfermera, masajista, dentista o farmacéutica. Algunas llegaron a inspectoras de fábrica, y otras —más audaces— se dedicaron al periodismo.

La *couturière* Lucile abrió una cadena de establecimientos en París, Nueva York y Chicago, y era conocida por haber vestido a las primeras estrellas del cine; pero no obstante las excepciones, la mayoría de las mujeres todavía encontraban dificultades en obtener de sus padres la ayuda económica que éstos en modo alguno regateaban a sus hijos varones. Podían encontrar un campo abierto en las actividades consideradas femeninas, como el cuidado de los enfermos, y Florence Nightingale, viva aún en 1900, había transformado tales actividades en una profesión, con un reglamento reconocido. En el campo social, Beatrice Potter, juntamente con su marido Sidney Webb, quiso encauzar la beneficencia pública en un programa que transformaba las estructuras sociales.

Ni Beatrice Webb ni Marie Curie eran feministas, pero supieron dar prueba, en sus distintos campos de actividad, de que la mujer no es, intelectualmente, inferior al hombre.

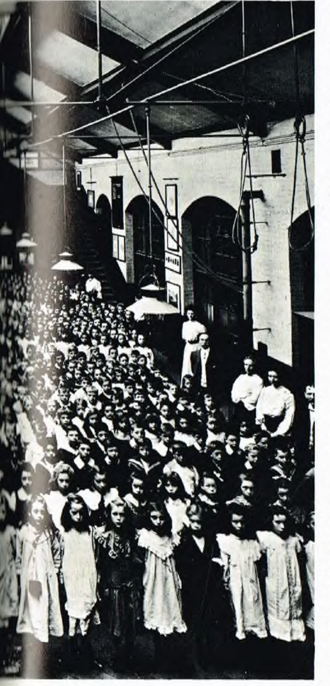
1



3







Amor, matrimonio, hijos

A la entrada de siglo sufrieron una transformación las ideas sobre el matrimonio, el sexo y la vida familiar. La obra de Freud se difundió poco a poco, y en Alemania floreció una literatura sexual que se abrió paso entre las clases ilustradas, llegando a estar de moda las relaciones escandalosas. También en Gran Bretaña era exaltado el amor libre, y en 1908, Bernard Shaw escribió: «Cuando se dice que el amor debería ser libre, estas palabras, tomadas al pie de la letra, podrían parecer absurdas, pero con ellas se expresa, de un modo impreciso, la necesidad de liberar las relaciones sexuales de un cúmulo de exorbitantes e irrelevantes condicionamientos impuestos con hipocresía para consentir a los padres necesitados el dar a sus hijas en matrimonio y obligar a las personas casadas a permanecer en un estado de perpetua esclavitud recíproca.» En *Ann Veronica*, H. G. Wells intentó trazar el cuadro de las relaciones amorosas ideales, o sea la «fuerza vital» definida por Shaw, y que es la ley natural de atracción que impulsa al hombre y a la mujer a perpetuar la vida.

Otra teoría puesta a discusión era la del matrimonio para todos, y en novelas y comedias se daban ejemplos de matrimonios que en modo alguno respondían al cuadro idílico de la santidad familiar tan querido por los victorianos.

También cambiaban las ideas respecto a la procreación; se reconocía la necesidad de limitar el número de hijos, como lo demostraba la disminución del índice de nacimientos en las clases medias e incluso superiores. La tendencia a tener pocos hijos debía permitir a la mujer de la clase media disponer de más tiempo y mejor salud.

Mientras tanto, las mujeres pedían a la industria medios idóneos para hacer más cómodas las tareas del hogar; aparecieron los primeros aparatos domésticos. La publicidad ofrecía una máquina para lavar («añadir agua hirviente y jabón en polvo»), un aspirador («una especie de escoba para barrer el pavimento»), tapetes de hule para las comidas de los niños, guantes de goma («como los de los cirujanos»), manteles de papel, pañuelos de papel, toallas de papel, jabón en escamas y sobre todo cocinas, calentadores y estufas de gas. El carbón, sucio y engorroso, era la pesadilla de las amas de casa. Todavía no eran de uso frecuente las cocinas eléctricas, pero en la iluminación ya se empleaba la electricidad.

El desarrollo del mercado de masas ofreció, por otra parte, un agradable descanso, siendo tanto más notables sus ventajas en los países lejanos donde se observaba el sistema de vida europeo. La mujer del agricultor australiano de los años 1870-1880 debía emprender cada seis meses una expedición de compras, mientras que su nuera de 1910 encontraba en la tienda de la esquina el pan y el jamón; el hielo producido industrialmente permitió la importación de mayor número de artículos y en Gran Bretaña, ya en 1906 se podían adquirir latas de pollo, mermelada, fruta y pescado en conserva.

La confección de vestidos continuaba fundamentalmente a cargo de la modista local o de la costurera que pasaba de puerta en puerta, pero también empezaban a aparecer las primeras prendas confeccionadas y podían adquirirse hasta trajes de ceremonia en ciertos establecimientos especializados.

Por lo demás, con los veloces servicios ferroviarios, se convirtieron en una característica familiar los viajes de compras a la ciudad, donde podían adquirirse los más variados artículos en los grandes almacenes.

Última floración

«¡Oh, aquellas mujeres eduardinas...! —exclama nostálgicamente un autor—. Sólo tenían que arreglarse debidamente, aparentar un delicioso enojo y una majestuosa inutilidad para que nosotros nos arrojáramos a sus pies...»

Sin embargo, este cuadro era incompleto. La época eduardina vio ciertamente la última floración de las mujeres ceremoniosas y coquetas, pero el camino estaba abierto para la verdadera mujer moderna: con la Primera Guerra Mundial, entrarían en escena la sindicalista y la estudiante, la mujer de negocios y la profesional independiente.

A. L. B.

_1_ La mano de obra femenina contribuyó en gran medida a la expansión de ciertas actividades industriales. Esta fotografía (año 1900) ha sido tomada en el interior de una hilandería de algodón norteamericana. _2_ Jóvenes estudiantes de un colegio londinense. Una de las más encarnizadas batallas feministas tuvo por objeto el acceso de las jóvenes a las universidades. _3_ Conjunto de escolares (niños y niñas) reunido en el vestíbulo de una escuela. El antiguo concepto según el cual las niñas sólo debían aprender trabajos domésticos ha quedado atrás.

Pioneros del siglo 20

Nueve hombres y una mujer cuya obra ha tenido efectos inconmensurables en nuestra sociedad.

Marconi durante sus primeros experimentos de radiotelegrafía. En 1911 el inventor logró, por primera vez, la emisión y recepción de señales de radio a través del Atlántico.



GUGLIELMO MARCONI: un avance decisivo en las comunicaciones

Una manera de clasificar los inventos es preguntarse si respondieron a una necesidad humana o si crearon una necesidad no conocida hasta entonces o, a lo sumo, vagamente percibida. Tres métodos modernos de comunicación —el telégrafo, el teléfono y la radio— pertenecen a la segunda categoría. Para nuestros predecesores, la comunicación se efectuaba por contacto humano directo o mediante la transferencia de un objeto material; mejorarla significaba ampliar el campo de la comunicación visual o auditiva, o bien acrecentar la celeridad en la entrega del objeto (relevos de jinetes, palomas mensajeras, locomotoras). La segunda mitad del siglo XIX presenció el nacimiento de una nueva mejora: la información transmitida mucho más velozmente por medio del telégrafo eléctrico. Este ingenio despertó más deseos de los que satisfizo: era incomparablemente más rápido que el correo, pero carecía de la riqueza expresiva de una carta, que podía ser entregada en pocos días en cualquier lugar, y de la universal difusión del periódico. La invención que cumplió ambos requisitos fue la telegrafía sin hilos.

Su descubrimiento no puede atribuirse a un solo hombre. En 1865, J. Clerk Maxwell formuló matemáticamente las conocidas leyes experimentales de la electricidad y el magnetismo, gracias a lo cual resultó evidente que las ondas electromagnéticas existían y se propagaban a la velocidad de la luz. La primera demostración experimental de su existencia fue hecha por el físico alemán Heinrich Hertz, en 1887, y otros la repitieron en Gran Bretaña, Rusia, Italia, etc. La transformación de una mera demostración de laboratorio en un importante medio de comunicación fue debida al físico e ingeniero italiano Guglielmo Marconi y a quienes trabajaron con él.

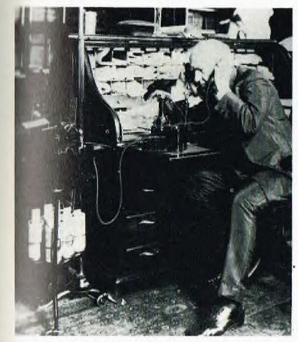
Marconi empezó, a la edad de veinte años, con la idea optimista de que las ondas hertzianas no necesitaban transmitirse del emisor al receptor de un telégrafo corriente para convertir la telegrafía sin hilos en realidad. No tardó en desengañarse. Hertz trabajó con ondas generadas por una poderosa chispa eléctrica: casi toda la energía se disipaba en calor. Peor aún: el receptor de Hertz utilizaba sólo una minúscula fracción de la energía electromagnética que llegaba a él. Entre 1895 y 1900, Marconi superó sistemáticamente estos inconvenientes: introdujo grandes antenas de dirección en el transmisor y el receptor, y dominó la técnica de sintonizar ambas a la misma longitud de onda, lo que no sólo hacía posible que muchos transmisores diferentes utilizaran el mismo espacio aéreo, sino que también acrecentó enormemente la eficacia con que la energía electromagnética se transfería de una a otra. Estas invenciones fueron esenciales para sus famosas pruebas públicas a través del Canal de la Mancha, en 1899, y a través del Atlántico, en 1901.

El paso siguiente, el invento de la lámpara electrónica, lo dio Ambrose Fleming en 1904; dos años después, Lee de Forest la transformó en la lámpara tríodo, que se convertiría en la base de un nuevo transmisor inalámbrico, no sólo mucho más potente que los de chispa de Marconi, sino también susceptible de operar de modo continuo. Ello hizo posible la emisión radiofónica.

Los progresos de la técnica radiofónica durante la Primera Guerra Mundial fueron debidos a muchos hombres de ciencia. Marconi valióse de aquéllos en su trabajo precursor sobre las emisiones radiofónicas de onda corta y los instrumentos de radionavegación para barcos y aeroplanos. Su compañía suministró el equipo para los primeros servicios radiofónicos, iniciados en Londres en 1922. La British Broadcasting Corporation (B.B.C.), creada por entonces, se hizo cargo de esas actividades a partir de 1927.

THOMAS ALVA EDISON: hombre de muchos oficios

«Los días de mi juventud —escribió sir Joseph Swan— se pierden en la oscuridad de los tiempos, ya que nací cuando la vela o la candela de sebo o el solitario fulgor de la chimenea eran la iluminación corriente en las casas... En las estancias de los poderosos la bujía, o excepcionalmente las bujías de cera, disipaban las sombras en las ocasiones solemnes; pero la gente, en general, solía acostarse poco después de ponerse el sol.» El primer reto importante a aquellas tinieblas medievales fue la camisa incandescente de gas,



Edison en su estudio. Infatigable trabajador, tuvo un papel importante en el perfeccionamiento de muchas innovaciones tecnológicas.

patentada por Carl Auer von Welsbach en 1886, invento de vida tan dramática como efímera. Igual suerte tuvo el arco voltaico. Ambas fuentes luminosas fueron desplazadas por la luz eléctrica incandescente, gracias sobre todo a la energía y al ingenio de Thomas Alva Edison y Joseph Swan. El verdadero inventor de la lámpara incandescente parece haber sido J. W. Starr, de Cincinnati, que la patentó en 1845. La creación de Starr no pudo comercializarse hasta que los progresos en la técnica del vacío, en la década de 1860 a 1870, hicieron posible construir una lámpara de razonable duración. En 1880, tanto Swan en Gran Bretaña como Edison, en los Estados Unidos, habían llegado a un punto en que era inminente la explotación comercial del invento, y asociaron sus esfuerzos en la *Edison and Swan United Electric Light Company.*

La historia de esta compañía es la de uno de los éxitos capitalistas más notables de nuestro siglo, aunque no le faltaron obstáculos. Por ejemplo, era necesario generar la electricidad y distribuirla de manera que pudiese competir económicamente con el gas. Aunque había docenas de generadores a ambos lados del Atlántico, pocos de ellos conseguían transformar en electricidad ni el cuarenta por ciento de la energía mecánica que se les suministraba; estaban, además, acoplados mediante correas de transmisión a máquinas de vapor, con lo que se perdía aún más energía. Edison los conectó directamente, y así elevó su eficacia al noventa por ciento. Este es un ejemplo típico del genio peculiar de Edison. No era un hombre auténticamente original —a menudo, apenas entendía científicamente lo que inventaba—, pero una y otra vez supo transformar lo que no era sino un ingenioso hallazgo de aficionado y convertirlo en un aparato del que se vendían millones. Su método queda descrito por su propia definición del genio: noventa y nueve por ciento de trabajo y uno por ciento de inspiración.

Junto a su inmensa capacidad de trabajo tenía una visión del futuro que le ayudaba a mantener sus actividades en una perspectiva correcta. Poseía una intuición casi inverosímil de la dirección en que progresaría un adelanto técnico y del modo según el cual podría ser explotado comercialmente. Así, apenas perfeccionada la lámpara incandescente o bombilla, puso manos a la obra en la fabricación de un contador de electricidad que pudiera instalarse en las casas de todos sus clientes. Ganó sus primeros 30.000 dólares en 1870, cuando la compañía *Gold and Stock Telegraph* adquirió sus derechos sobre ciertos perfeccionamientos aplicados a un telégrafo que transmitía las cotizaciones de la bolsa. En 1876 dirigió su atención a la telefonía. Aunque su patente de un transmisor eléctrico de sonidos se anticipó en un mes a la solicitud simultánea de otra patente para un teléfono, hecho por Bell y por Gray, el invento de éstos resultó más explotable que el suyo. Sin embargo, es característico de Edison que éste mejorase el proyecto de Bell, perfeccionamiento que la *Bell Telephone Company* le compró por 100.000 dólares: el micrófono de carbón, que ampliaba tanto el volumen del sonido que el mismo Edison, a despecho de su sordera, podía oír.

Se dedicó después al gramófono. Poseía ya un taller y tenía varios mecánicos. El 29 de noviembre de 1877 hizo el croquis de una máquina que aquéllos debían realizar; una vez acabada, gritó ante el diafragma: *Mary had a little lamb* («María tenía un corderito»), y todo el mundo, e incluso él mismo, quedó asombrado cuando el aparato reprodujo el verso «casi perfectamente». Patentó el invento en seguida. Hacia 1888, tras entretenerse corto tiempo (y con éxito) en la separación electromagnética de minerales, se pasó al campo del cine. Había ya varios juguetes de salón; Edison, como siempre, explotó la idea desde el punto de vista práctico. Convenció a George Eastman para que le fabricase una cinta de celuloide adecuada y creó la cámara de alta velocidad.

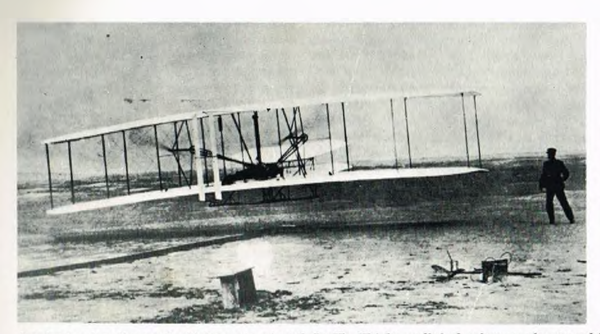
Su «kinetógrafo» original mostraba la imagen a través de un orificio. En su primera petición de patente mencionaba la posibilidad de proyectar la cinta, pero olvidó hacerlo en la patente definitiva, para su eterno pesar. En 1893 había decidido que la cinematografía sería un fracaso y la abandonó. En 1896, las actividades de otro inventor, Thomas Armat, que había desarrollado la proyección, le hicieron cambiar de pensamiento, y unió sus fuerzas a las de éste. Armat era ingenuo en materia de dinero, y Edison bastante desaprensivo; y, así, en abril la prensa hablaba del asunto como del «último gran triunfo de Edison». Éste se separó inmediatamente de Armat, y el litigio consiguiente contra él y contra otros competidores que ostentaban derechos sobre la patente resulta una sórdida historia, concluida con la constitución de lo *Motion Pictures Patents Corporation*, en 1908, trust que rindió a la compañía cinematográfica de Edison un millón de dólares al año durante la década siguiente. Sus años de decadencia fueron consagrados infructuosamente, al estudio de una batería que permitiera a los automóviles eléctricos competir con los vehículos que fabricaba Henry Ford.

SIGMUND FREUD:
el intérprete de la mente

Los escritos psicológicos de Sigmund Freud (1856-1939) suman unos dos millones de palabras de compacta exposición. La gente no ha tenido la capacidad (o

Sigmund Freud. Su teoría psicoanalítica suscitó polémicas que aún perduran e influyó profundamente en la cultura de nuestro siglo.







Izquierda: **el rudimentario biplano con el cual Orville Wright realizó el primer vuelo con vehículo a motor (59 segundos de duración).** *Derecha:* **los hermanos Wilbur y Orville Wright, fotografiados en el campo de Kitty Hawk en la época de sus primeros experimentos con vehículos más pesados que el aire.**

quizás el deseo) de leer tanto, y, aparte de un examen superficial de los primeros volúmenes, se ha contentado con las distintas y contrapuestas versiones presentadas por los divulgadores. Ello significa que muchas de las ideas más interesantes de Freud suelen ignorarse, y que otras han sido mal interpretadas; en compensación, Freud ha obtenido una reputación inmensa. A pesar de que deseaba que sus ideas fuesen juzgadas según los fríos cánones de la verdad científica, jamás las formuló de modo que permitiera su fácil comprobación, y hasta el presente se sigue discutiendo acerca del valor científico de sus conceptos básicos.

Durante los primeros veinte años de su vida profesional (1873-1893), Freud adquirió, como farmacólogo, pediatra y neurólogo, una reputación capaz de conservar su memoria hasta nuestros días. En aquel período, el médico vienés Josef Breuer y el neurólogo francés J. M. Charcot le introdujeron en las técnicas de la hipnosis para el tratamiento del histerismo. En sus *Estudios sobre la histeria*, que publicó con Breuer en 1895, apuntó una teoría del «inconsciente», aquella parte de la memoria inaccesible a una exploración consciente normal, pero que contiene elementos que pueden manifestarse, con síntomas patológicos, en el nivel consciente. La técnica de diagnóstico de Freud consistía en preguntar al paciente durante la hipnosis profunda, y su terapia era una «catarsis»: dar al enfermo consciencia de lo que hasta entonces había permanecido inaccesible para él.

Ni esa técnica de diagnóstico ni la terapia eran del todo satisfactorias. Freud creó nuevas técnicas para penetrar en el inconsciente: asociación de ideas, estudio de los deslices —los «lapsus»— de vocabulario y de los fallos de memoria «no intencionados», y, sobre todo, análisis de los sueños. Sus investigaciones se efectuaban tanto con gente normal como con enfermos mentales. El material clínico reunido por Freud y sus sucesores forma un vasto y coherente volumen de significativos hechos que exigen una explicación; la disputa se centra en la interpretación que Freud les da.

Freud opinaba que hay dos impulsos humanos básicos: el de supervivencia y el de procreación. Todos los individuos conservan el último debido a su reserva de energía sexual o «libido», que, como la energía física, se almacena y utiliza por diferentes canales. Las diversas etapas de la evolución infantil tienen, según esta teoría, una bien definida normalidad, cuya alteración es fuente de neurosis. Freud postulaba que hacia los 4 o 5 años el muchacho siente un «complejo de Edipo», especie de atracción sexual hacia su madre, asociada con celos o resentimiento contra el padre. Afirmaba que si en un momento del desarrollo del niño el canal apropiado para la «libido» se obstruía, ésta «regresaba» a una fase anterior. Observó que la sociedad imponía prohibiciones (tabúes) al ejercicio de las actividades sexuales (en sentido amplio), y que esos frenos los «interiorizaba» el individuo, quien «reprimía» la fuerza emocional que lo impulsaba, dando así lugar a una «tensión».

En sus últimas obras, Freud aumentó la complejidad de su modelo de la personalidad con la introducción de nuevos conceptos: el «id», meollo de la individualidad, un laberinto de sensaciones y emociones en conflicto; el «ego», que procura sistematizar el contenido del «id» y sus relaciones con el mundo exterior; y el «super-ego» o consciencia moral.

Para este vasto cuerpo de teoría existe escasa evidencia científica de la índole que puede convencer a un médico. No obstante, los hombres necesitan alguna teoría para ordenar sus experiencias, por ello ha adoptado ampliamente el marco interpretativo freudiano, siquiera con grandes reservas.

LOS HERMANOS WRIGHT: los comienzos del vuelo

Hubo muchos intentos de construir una máquina voladora en el siglo XIX, pero la realidad (muchas veces discutida) es que fueron los hermanos Wright, de Dayton, Ohio, quienes lo lograron. El 17 de diciembre de 1903, Orville Wright pilotó su «Flyer» en el primer vuelo a motor de la historia de la aviación, que duró cincuenta y nueve segundos. Al año siguiente, los dos hermanos lograron efectuar ochenta vuelos de hasta cinco minutos, incluidos algunos en círculo. En 1905 tenían más de cien en su historial, algunos de veinte minutos, e incluso con maniobras tales como inclinaciones de ala y giros en forma de ocho. Se les concedió su primera patente en 1906, y la noticia de sus proezas se extendió poco a poco por el mundo. La inmensa mayoría de la gente no las creía.

Así, en una época ya tan avanzada como noviembre de 1906, Patrick Alexander escribía irónicamente en el *Daily Mail:* «Gran Bretaña y su Imperio van a la cabeza del progreso. Sabemos más de ciencia aeronáutica que cualquier otro país. Pero no hemos intentado aplicar nuestros conocimientos, sino que, silenciosa y tranquilamente, hemos estado estudiando la cuestión... Hasta hoy, nuestros sabios pueden afirmar que han conquistado el aire sobre el papel.»

Los franceses desdeñaban a los Wright considerándolos un *bluff* norteamericano. Por fin, en 1908, Wilbur Wright llegó a Europa para mostrar su aparato a un público escéptico, que quedó atónito ante lo que vio. Los europeos se rehicieron, y, en la *Grande Semaine d'Aviation de la Champagne*, en Reims (1909), el equilibrio del avance técnico se inclinó una vez más, temporalmente, del lado de los franceses, que conquistaron todos los premios menos dos. Su éxito se debía, no obstante, a ideas tomadas de los Wright.

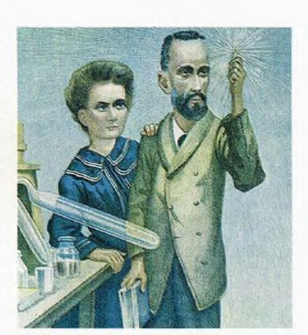
La importancia inmediata del vuelo mecánico fue tecnológica y militar. Europa se había rezagado de América en la batalla del ingenio técnico, de la que dependía para mantener su categoría mundial; en una guerra futura no se podría confiar ya únicamente en el dominio de los mares. Si la lección militar se aprendió con rapidez, la desventaja tecnológica fue, en cambio, grave y dolorosa. El viejo empresario europeo no acababa de creer que los improvisados métodos empíricos de la era de la revolución industrial no bastaban, ya que debían ser sustituidos por los métodos que los Wright ejemplificaban tan admirablemente: investigación técnica concienzuda, medidas exactas practicadas con instrumentos dignos de confianza, verificación adecuada de la calidad de los materiales, y detallados cálculos matemáticos efectuados al realizar el proyecto, y no después de que el modelo se hubiera estrellado.

PIERRE Y MARIE CURIE: el espíritu científico

«Amo este *radium*, pero le tengo ojeriza», dijo Henri Becquerel, descubridor de la radiactividad y uno de los primeros en sufrir sus efectos. «Radiactividad» es hoy una palabra que suscita grandes emociones y que despierta en muchas personas el recuerdo del infierno de Hiroshima y de la amoralidad de los hombres que emprendieron la investigación sobre la bomba atómica «porque técnicamente era tan interesante». La revolución nuclear y la actitud moral peculiar con que la consideramos deben mucho a dos personas: Pierre y Marie Curie. Ella inició sus investigaciones acerca de la radiactividad en 1897, un año después que Becquerel informase al mundo científico de las misteriosas radiaciones que emanaban del uranio. Marie inventó los primeros procedimientos para medir la intensidad de la radiactividad, y los utilizó para demostrar que dependía sólo del elemento químico presente y no de la manera en que estaba combinado químicamente. Se dedicó a buscar la misma propiedad en elementos distintos del uranio, y pronto pudo mostrar que el torio era, con el uranio, el único elemento conocido hasta entonces que poseía una radiactividad suficiente para ser medida con sus aparatos, más bien rudimentarios.

Mientras examinaba otros minerales con la esperanza de descubrir otro «radioelemento», Marie advirtió que la actividad de la pechblenda, uno de los minerales más ricos en uranio, era cuatro veces mayor de lo que resultaba explicable atendiendo sólo a su contenido en uranio. Con la ayuda de su marido determinó, en 1898, que esto se debía a la presencia de cantidades minúsculas de dos elementos desconocidos, a los que llamaron polonio y radio. Las pruebas que presentaron no convencieron a la opinión científica, y los Curie se empeñaron en una lucha que duró cuatro años para aislar la suficiente cantidad de radio puro y probar que les asistía la razón. El relato de sus esfuerzos es apasionante, aunque sólo sea por las estrecheces que sufrieron y la perseverancia con que ignoraron el desprecio y la falta de cooperación del mundo académico. Compraron toneladas de pechblenda con sus mezquinos ingresos y trabajaron, invierno y verano, en un glacial y húmedo cobertizo, inventando técnicas químicas de obtención a medida que efectuaban sus investigaciones. En 1902 habían conseguido aislar un decígramo de radio puro, habían medido su peso atómico, y mostraron al mundo la pálida fosforescencia azul asociada con su intensa radiactividad.

Los honores públicos llegaron en seguida. En junio de 1903, ambos dieron una conferencia en la *Royal Institution;* Marie Curie fue la primera mujer admitida en sus sesiones. El mismo año obtuvieron el Premio Nobel, junto con Becquerel; Marie Curie lo conseguiría de nuevo en 1911, tras la muerte de su marido. Los industriales, animados por las posibilidades que el radio ofrecía en la terapia del cáncer



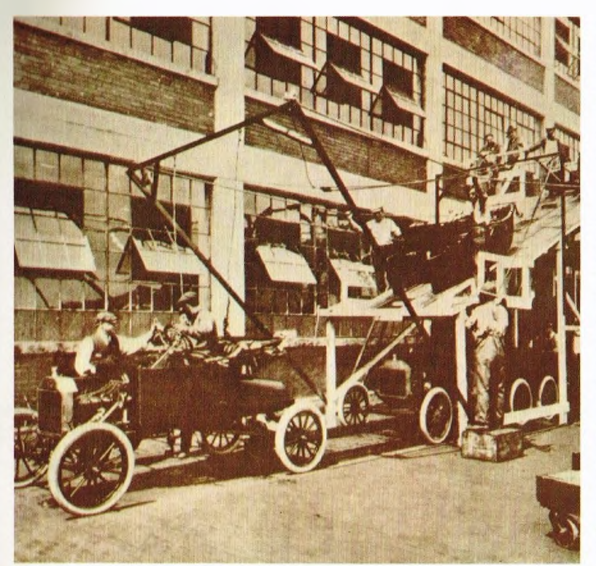
Pierre y Marie Curie. El aislamiento de «radium» en estado puro abrió nuevas posibilidades a las ciencias, especialmente a la medicina.

(otro de sus descubrimientos), recurrieron a ellos en busca de informes sobre el proceso de obtención. Hubiera parecido lógico que explotaran su descubrimiento comercialmente. Sin embargo, se negaron a ello: «Es imposible. Sería contrario al espíritu científico.» Publicaron abiertamente sus métodos, y la nueva ciencia recibió un vigoroso impulso: creció a una velocidad que habría resultado imposible si no hubiera mediado el principio de publicación abierta y libre de todos los resultados, un principio que ellos iniciaron y que muchos lamentarían durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

HENRY FORD: el magnate del pueblo

«Construiré autos para el hombre corriente. Será lo suficientemente grande para que quepa toda la familia, y lo bastante pequeño para que lo conduzca y cuide una sola persona. Lo fabricaré con los mejores materiales y utilizando los mejores técnicos, según los diseños más sencillos que ideen los ingenieros. Pero su precio será tan bajo que cualquiera que reciba un buen salario podrá tener uno y disfrutar con su familia las benditas horas de ocio en los grandes espacios abiertos creados por Dios.»

Estas palabras de Henry Ford anunciaron, en 1907, que se disponía a fabricar en serie el modelo «T». Dos años después, sus «cafeteras» empezaron a rodar: 12.292 en 1909, 12.293 más en 1910, y desde entonces, casi en progresión geométrica, al paso



Año 1913: cadena de montaje de la fábrica Ford, primera de la construcción de automóviles en serie. Los coches de la fotografía son unidades pertenecientes al célebre modelo «T».

de los años, hasta alcanzar la cifra de un millón en 1915. Cumplió su palabra. El precio bajó de 950 dólares en 1909 a 290 en 1926, a medida que se perfeccionaba la técnica de producción en masa. La calidad de los materiales era excepcional: introdujo el acero con vanadio en Norteamérica, y se anticipó en la manufactura de cristal de seguridad. El vehículo no podía ser más sencillo, ni más resistente. Había de serlo, teniendo en cuenta la clientela —muchos hombres de campo—, a quien lo vendía, y el estado de las carreteras norteamericanas, pésimamente pavimentadas.

Ford empezó relativamente tarde. Su primer coche circuló en 1896, pero hasta 1903 sus experimentos no alcanzaron el punto necesario para una producción industrial. Por aquel tiempo, Ranson Eli Olds vendía sus «Oldsmobile» a 650 dólares, «incluidos los guardabarros», y a un ritmo de 4.000 al año. El éxito de este auto de un cilindro y dos asientos fue uno de los factores que animaron a un comerciante en carbones de Detroit, Alexander Malcolmson, a reunir en 1903 a un grupo de capitalistas para fundar la *Ford Motor Company.* Los 28.000 dólares que aportaron fueron el único capital ajeno que ha tenido la compañía: más adelante, Ford compró esta participación a sus antiguos socios por 75.000.000 de dólares.

Unos cuantos años después, Ford y algunos otros industriales (sobre todo Sorensen) desarrollaron la técnica de la producción en masa. La idea no era totalmente suya, pero la aplicó y perfeccionó con nueva intensidad. A Ford se le pueden atribuir dos nociones básicas de este tipo de producción: que el trabajo debe situarse mecánicamente al nivel de la cintura del obrero, y que la manufactura ha de subdividirse en unidades de trabajo lo más pequeñas posible, que deben ser realizadas por distintos trabajadores. Reconoció desde el primer momento que la monotonía de esta clase de labor necesitaba compensación; cuando en 1914 hizo temblar al mundo industrial con la oferta de un salario mínimo de 5 dólares diarios, más del doble de lo que se solía pagar entonces, la policía tuvo que dispersar con mangueras la multitud de aspirantes que no había podido hallar trabajo en sus fábricas.

La inclinación idealista de su carácter puso a Ford en frecuentes aprietos. Hizo desastrosas incursiones en política, la más notoria de las cuales fue su intento de mediar como pacifista en la Primera Guerra Mundial, de lo que resultó un litigio por difamación contra el *Chicago Tribune,* que le había tildado de «idealista ignorante». Se embarcó más tarde en una desafortunada campaña antisemita que le llevó a escribir *El judío internacional.* Se indispuso con los accionistas, al reducir los dividendos para beneficiar a sus obreros; más tarde, se enfrentó con éstos debido a su implacable hostilidad al sindicalismo. Resulta típico de él que, cuando la nueva legislación laboral le obligó a ceder, en 1935, ofreciera condiciones mucho más generosas que las exigidas por el sindicato.

La compañía pasó malos momentos entre 1925 y 1937, por la negativa de Ford a responder a la demanda del público en cuanto a la variedad en estilo y diseño de los automóviles: «Tendrán el color que quieran, mientras sea negro.» Su inflexibilidad no desapareció hasta la Segunda Guerra Mundial, durante la cual tuvo la responsabilidad de aplicar técnicas de producción en serie a la fabricación de bombarderos. Vivió más que su hijo Edsel, y murió en 1947, cediendo el volante a su nieto Henry Ford II.

EINSTEIN:
la nueva concepción de la ciencia física

«*Herr* Einstein —escribía hacia 1896 *Herr* Minkovski, profesor del Politécnico de Zurich— no se interesa por la matemática.» ¿Qué le interesaba, realmente, al joven judeoalemán Albert Einstein, nacido el día 14 de marzo de 1879 en Ulm?

El carácter retraído del pequeño Albert y su retraso en soltarse a hablar había preocupado hondamente a sus padres. Su progenitor, Heinrich Einstein, miembro de la pequeña burguesía judía de Suabia, poseía un taller de electromecánica; de la madre, Pauline Koch, se sabía que era hija de un comerciante en granos originario de Cannstadt y que tocaba admirable-

mente el piano. Tal vez la férrea disciplina de la escuela primaria a que asistió por vez primera el retraído Albert y el sutil *apartheid* con que los compañeros le distinguieron marcaran de por vida al hombre-Einstein: «Los maestros —confesará años después— me parecían sargentos; los profesores, tenientes.»

Por entonces, probablemente de la mano de su tío Jacob, el pequeño Albert descubre a Euclides y a Mozart: «Quien no haya sabido entusiasmarse en su juventud con este libro —explicará años más tarde a propósito de la "Geometría" del clásico griego— no ha nacido para investigador teórico.» «La obra de Einstein —ha precisado en nuestros días uno de sus mejores biógrafos, el científico soviético Boris Kuznetsov— presenta una notable armonía fundamentada en la lógica, armonía del mismo tipo que la del mundo preciso y racional que buscó en el laberinto de sus observaciones y experiencias.» Armonía que permite que su vida pueda escribirse sobre papel pautado (con la posible «nota brusca descendente» del *affaire* atómico como excepción) y que sus ideas compongan una «*suite* tan perfecta que el biógrafo no tiene que buscar en ella su pauta, tan evidente es».

Tras un fallido intento en el que las asignaturas humanísticas entorpecen su camino, Albert Einstein consigue ingresar hacia 1896 en el antes citado Instituto Politécnico de Zurich, de donde saldrá licenciado en física y matemáticas sin haber conseguido despertar la admiración de sus maestros, como el profesor Minkovski atestiguaría. Mediocridad que, aliada a su natural modestia, no le permitía siquiera lograr un puesto de profesor ayudante en la citada institución. Si ingresa como empleado en la «Oficina de Patentes» de Berna, será por la recomendación de un amigo.

Albert Einstein en 1905, año en que la revista «Annalen der Physik» publicó su revolucionaria teoría de la relatividad.



En cuanto Einstein encuentra el apartamento que su modestísimo sueldo le permite alquilar, el futuro padre de la «teoría de la relatividad» se casa con una bella e impulsiva servia, compañera de estudios, Mileva Maritsch, la cual no tardará en darle dos hijos y preocupaciones sin cuento, pues Einstein, un vulgar empleado que redondea sus ingresos dando clases de física a 3 francos la hora, es un sabio abstraído que piensa —tras los estudios de Michelson y Morley con el «interferómetro», en 1887, y olfateando las posibilidades, en 1902, de las tímidas teorizaciones de Henri Poincaré en el sentido de que tal vez las nociones de «Espacio» y «Tiempo» no fueran independientes— en la necesidad de ser «irrespetuoso hacia la evidencia» e ir hasta el final de las lucubraciones físico-matemáticas. ¿Qué le tendrán por loco al concebir que si un hombre fuera lanzado al espacio casi a la misma velocidad de la luz, al cabo de dos años de viaje esa fracción de tiempo equivaldría en la Tierra a casi dos siglos? ¿Que sus colegas refutarán como absurda una teoría suya, capaz de negar toda comprensión del mundo objetivo»? ¿Qué le importaba en definitiva al oscuro Einstein la opinión de los demás?

Su apoteosis comienza un día del verano de 1905, cuando entrega cuatro pequeños artículos —el más largo ocupaba treinta cuartillas— al editor de la revista *Anales de Física.* Tales artículos *(Teoría de la relatividad restringida, Equivalencias entre masa y energía, Teoría del movimiento browniano* y *Teoría fotónica restringida)* le llevarán a la celebridad y le prestarán un inquietante halo de «aprendiz de brujo» que destruye la razón de ser del concepto «ahora» y la de los de «eternidad» y «estabilidad» aplicados a la materia. Teoría, la de la relatividad, que explicará en 1933, recién llegado a los Estados Unidos, a un periodista en estos sencillísimos términos: «Antes se creía que si todas las cosas materiales desaparecieran del Universo, el Tiempo y el Espacio permanecerían inmutables. En mi opinión, Tiempo y Espacio desaparecerían a la vez que las cosas.»



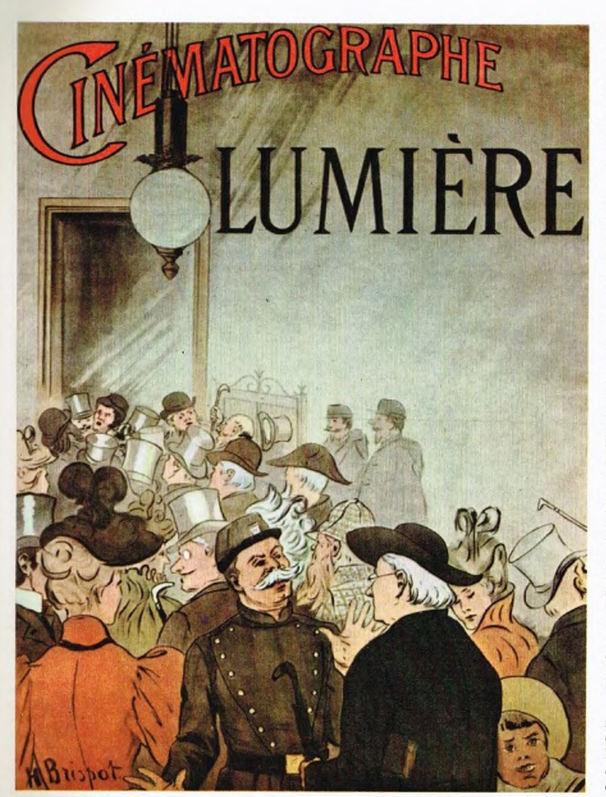
Auguste y Louis Lumière. El aparato que inventaron coronó una serie de tentativas realizadas también por otros pioneros.

HERMANOS LUMIÈRE:
de la linterna mágica al cine

El día 29 de diciembre de 1895 los lectores del periódico parisiense *Le Radical* pudieron leer, por vez primera, esta extraña gacetilla crítica:

«Una nueva invención, que es, ciertamente, una de las cosas más curiosas de nuestra época —tan fértil en tantos aspectos, sin embargo—, se produjo ayer tarde en el número 14 del *Boulevard des Capucines.* Se trata de la reproducción, por proyección, de escenas vividas y fotografiadas por series de pruebas instantáneas. Cualquiera que sea la escena así tomada, y por muy grande que sea el número de personas así sorprendidas en sus afanes cotidianos, ustedes podrán volver a verlas a su escala natural, con su perspectiva, con sus lejanos cielos y sus calles, con toda la ilusión de la vida real... A señalar, muy especialmente, *la sortie* de todo el personal, vehículos, etcétera, de los almacenes de la empresa donde ha sido inventado el nuevo aparato, el cual ha sido bautizado con el nombre un tanto repelente de "cinematógrafo".»

¿Precedentes del cinematógrafo? En San Francisco, años antes, el inglés Muybridge había logrado una serie de fotos que «descomponían» el movimiento de las imágenes retratadas. A fines de 1888, Jules Marey declaraba en la Academia de Ciencias



Pronto el cinematógrafo se convirtió en un espectáculo de masas, el espetáculo por excelencia de nuestro siglo, y los filmes comenzaron a buscar la aprobación del público por medio de aparatosas escenografías y complicadas tramas argumentales.

de París haber inventado un aparato (el «chronofotógrafo») que haría posible proyectar a una velocidad de 1,60 metros por segundo una banda de papel sensible sobre la cual aparecería una serie de imágenes (obtenidas a razón de 20 por segundo) que —como precedente del primer proyector con obturador movible— le permitirían recoger, en 1891, y en forma de rudimentario film, la carrera de un caballo.

El año 1894, pese a haber creado el film de 35 milímetros, Edison, con su «kinestoscopio», no acababa de combinar acertadamente las cualidades del fonógrafo y la fotografía animada, técnica que pulirían Dickson y Kuhn y que les facilitaría el rodaje de pequeñas películas en «sombras chinescas», como apuntaría Sadoul. Pensando en que la retina fija las imágenes de manera progresiva, pero *al ralenti* (quizá por la persistencia de la luz sobre ella), Auguste y Louis Lumière —nacidos los años 1862 y 1864 en Besançon, hijos de un especialista-fotógrafo que redondeaba el jornal cantando en los music-halls de Lyon a cinco francos la hora— se dieron a cavilar, tratando de crear la ilusión de movimiento a costa de imágenes fotográficas fijas.

Hábiles reveladores fotográficos desde muy niños, técnica que entonces sólo estaba al alcance de maduros profesionales, los jóvenes Lumière llegarían muy pronto a fabricar «placas secas» en las que el gelatino-bromuro sustituía al colodión. A fines de los años ochenta, y en sus talleres de Montplaisir, fabricaban ya 7.000 docenas de placas al día.

Los avances de la técnica fotográfica —y el recuerdo del «praxinoscopio» de Reynaud— les hizo entonces volcarse en la obtención de una banda perforada de 18 metros con 900 imágenes y en la creación de un aparato capaz a su vez de proyectarla, sueño que, en una noche de fines del año 1894, Louis concretaría concibiendo un mecanismo consistente en «dos ganchos desgajados de un cuadro metálico encargados de tirar de la banda hacia abajo y de cambiarla en el intervalo que "separaba" dos aberturas al paso de una cortina o pantalla móvil. Los ganchos volvían a subir para engarzar la película en los dos agujeros siguientes, y así continuamente. Cada imagen era detenida en el haz de luz proyectado durante 2/45 de segundo; después, un obturador tapaba la ventanilla del proyector durante el desplazamiento de la película. Otra imagen pasaba a ocupar el lugar de la primera, y el movimiento continuaba...».

Creada la «cámara» cinematográfica, llegó, al siguiente año, la comercialización del cine como espectáculo en el «Salón Indio» del *Grand Café* del 14 *Boulevard des Capucines.* Se proyectaron, a lo largo de veinte minutos, *La sortie des usines Lumière à Lyon, Querelle de bèbès, Le Bassin des Tuileries, Le train, Le Régiment, Le Maréchal-ferrant, La partie d'écarté, Mauvaises herbes, Le mur* y *La mer.* Desconfiando del éxito del espectáculo, el dueño del local no quiso recibir tanto por ciento alguno de la recaudación, y cobró 30 francos por el alquiler. Los treinta y cinco espectadores que visionaron el primer programa —y que pagaron un franco por la entrada— no salían de su asombro... El cine comercial había nacido.

C. J. H. Watson — A. Padilla

Reformas sociales en Gran Bretaña

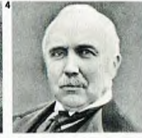
Cuando los liberales llegaron al poder, un treinta por ciento de la población británica seguía viviendo al borde del hambre y la Cámara de los Lores conservaba la facultad de desafiar al Gobierno elegido por el pueblo. Cinco años más tarde se pusieron los cimientos de importantes mejoras sociales y se ganó una resonante victoria sobre los lores, tras un proceso extremadamente dramático.

1 **Rosebery: sugirió «eficiencia» como eslogan liberal.** *2* **Balfour: líder conservador.** *3* **Churchill: abandonó el Partido Conservador en 1904.** *4* **Campbell-Bannerman: en 1906 condujo a los liberales a un resonante triunfo.** *5* **Grey: apoyó la expansión naval con todos los recursos del** ***Foreign Office.*** *6* **Asquith: líder urbano de un gobierno radical.** *7* **Lloyd George: intrépido adversario de los lores, apareció en este fotomontaje contemporáneo como candidato de la clase obrera.**

1 

2 

3 

4 

5 

6 

7 

La posición dominante que Gran Bretaña ostentaba en el mundo tenía también sus desventajas. Entre 1900 y 1914 su economía crecía lentamente y un treinta por ciento de su población apenas podía subsistir. No se trataba de un hecho nuevo, pero era ahora que se cobraba conciencia de ello: la guerra de los bóers lo puso en evidencia cuando la población urbana pobre se manifestó tan mal alimentada y débil que no pudo proporcionar buenos soldados. Tampoco en el terreno de la educación resultaban satisfactorios sus métodos e instituciones; en contraste con lo que sucedía en Alemania, la educación británica descuidaba los aspectos técnicos y científicos, y el latín y el griego eran todavía consideradas las materias más importantes.

Los políticos británicos no ignoraban tal situación. Lord Rosebery, el antiguo primer ministro liberal, que se hallaba ahora un tanto apartado de la política activa, propuso que el partido adoptase el lema de «Eficiencia». La idea no fue apreciada y no le devolvió la jefatura del partido. Balfour, el primer ministro conservador, promulgó una Ley de Educación destinada a poner la enseñanza media sobre bases adecuadas, pero determinados aspectos de dicha ley, como el hecho de que concedía más dinero a las escuelas confesionales, provocaron el descontento de los no conformistas y ayudaron al Partido Liberal, que simpatizaba con sus quejas, a revivir y rehacer su unidad tras las divisiones causadas por la guerra de los bóers.

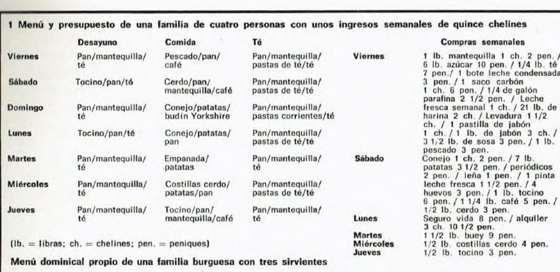
Lo que contribuyó sobre todo a devolver su buena fortuna al Partido Liberal fue la decisión del conservador Joseph Chamberlain de adoptar el proteccionismo como remedio para los males del país. Gran Bretaña practicaba el librecambismo desde 1846, aunque las colonias que gozaban de autogobierno eran partidarias del proteccionismo aduanero y en todas las reuniones de primeros ministros del Imperio solicitaban que Gran Bretaña se uniese a ellas en un sistema de preferencia imperial. Cuando Chamberlain emprendió su cruzada proteccionista, aspiraba a defender la industria británica y a unir el Imperio Británico en una estructura tan estrechamente trabada que pudiera enfrentarse en pie de igualdad con cualquier potencia del mundo.

Los defensores de la libertad de comercio objetaban que el proteccionismo significaba gravar las importaciones de alimentos y de las materias primas usadas por la industria británica, pero Chamberlain era demasiado inteligente para proclamarse proteccionista. Él y sus amigos eran partidarios de la «reforma arancelaria» y su lema, «La reforma arancelaria significa trabajo para todos», mostraba su inquietud por el problema del desempleo, que estaba convirtiéndose en una preocupación pública desde hacía diez o doce años. El problema del desempleo no era precisamente nuevo, pero las generaciones anteriores lo habían considerado siempre como una cosa natural: fue a fines del siglo XIX cuando la gente empezó a preocuparse por remediarlo. Y Chamberlain afirmaba tener el remedio.

Nacimiento del Partido Laborista

Estos argumentos podían haber influido en los sectores más prósperos de la clase obrera, pero hubo dos hechos que acentuaron la hostilidad de los trabajadores hacia el Partido Conservador. En 1901 la Cámara de los Lores deliberó sobre el caso Taft Vale, y llegó a la decisión que, tomada conjuntamente con otras sentencias judiciales de años anteriores, permitía a los patronos recobrar a costa de los fondos de los sindicatos todos los gastos que les hubiese producido una huelga. Los sindicatos pidieron al Gobierno que restaurase legalmente la situación anterior, según la cual una huelga era considerada como una pugna en que cada parte pagaba sus propios gastos. El Gobierno nombró una comisión para estudiar el asunto, pero no tomó medida alguna.

Tal actitud animó al Comité de Representación del Trabajo. En la última década del siglo los socialistas habían actuado en los congresos sindicales tratando de persuadir a la mayoría despolitizada a que colaborase con el recientemente creado Partido Laborista Independiente en la



1 Menú y presupuesto de una familia de cuatro personas con unos ingresos semanales de quince chelines

	Desayuno	Comida	Té
Viernes	Pan/mantequilla/ té	Pescado/pan/ café	Pan/mantequilla/ pastas de té/té
Sábado	Tocino/pan/té	Cerdo/pan/ mantequilla/café	Pan/mantequilla/ pastas de té/té
Domingo	Pan/mantequilla/ té	Conejo/patatas/ budín Yorkshire	Pan/mantequilla/ pastas corrientes/té
Lunes	Tocino/pan/té	Conejo/patatas/ pan	Pan/mantequilla/ pastas de té/té
Martes	Pan/mantequilla/ té	Empanada/ patatas	Pan/mantequilla/ té
Miércoles	Pan/mantequilla/ té	Costillas cerdo/ patatas/pan	Pan/mantequilla/ pastas de té/té
Jueves	Pan/mantequilla/ té	Tocino/pan/ mantequilla/café	Pan/mantequilla/ té

	Compras semanales
Viernes	1 lb. mantequilla 1 ch. 2 pen. / 6 lb. azúcar 10 pen. / 1/4 lb. té 7 pen./ 1 bote leche condensada 3 pen. / 1 saco carbón 1 ch. 6 pen. / 1/4 de galón parafina 2 1/2 pen. / Leche fresca semanal 1 ch. / 21 lb. de harina 2 ch. / Levadura 1 1/2 ch. / 1 pastilla de jabón 1 ch. / 1 lb. de jabón 3 ch. / 3 1/2 lb. de sosa 3 pen. / 1 lb. pescado 3 pen.
Sábado	Conejo 1 ch. 2 pen. / 7 lb. patatas 3 1/2 pen. / periódicos 2 pen. / leña 1 pen. / 1 pinta leche fresca 1 1/2 pen. / 4 huevos 3 pen. / 1 lb. tocino 6 pen. / 1 1/4 lb. café 5 pen. / 1/2 lb. cerdo 3 pen.
Lunes	Seguro vida 8 pen. / alquiler 3 ch. 10 1/2 pen.
Martes	1 1/2 lb. buey 9 pen.
Miércoles	1/2 lb. costillas cerdo 4 pen.
Jueves	1/2 lb. tocino 3 pen.

(lb. = libras; ch. = chelines; pen. = peniques)

Menú dominical propio de una familia burguesa con tres sirvientes

	Desayuno	Comida	Té	Cena
Domingo	«Porridge» / huevos / pan / mantequilla / leche / café / té / crema	Carnero / coliflor / salsa / patatas / ruibarbo / flan / manjar blanco / naranjas / bizcochos / té	Bocadillos de carne en conserva / pan / mantequilla / pastel / mermelada / té / leche	Carne en conserva/ budín / pan / pastel / ruibarbo / flan / queso / leche caliente

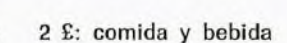
2 Porcentajes de población en estado de pobreza en 1900

York 27,84 % Londres 30,17 % Localidades rurales 34,3 %

3 Gastos semanales de comida por persona hacia 1900



4 Presupuesto de una familia burguesa y de una familia obrera hacia 1900



promoción de una política socialista. En 1900 el congreso sindical acordó formar un Comité de Representación del Trabajo, en unión con el Partido Laborista Independiente, la Sociedad Fabiana y la Federación Socialdemócrata. Para muchos sindicalistas esto significaba que estaban cansados de cooperar con los liberales, quienes afirmaban ser amigos de la clase obrera pero nunca presentaban candidatos obreros. Una gran mayoría, sin embargo, no estaba interesada en el comité. La sentencia Taft Vale cambió la situación. El número de sindicalistas afiliados al comité aumentó considerablemente y Herbert Gladstone, jefe de la minoría parlamentaria liberal, inició conversaciones con Ramsay McDonald, secretario del Comité de Representación del Trabajo, para que los candidatos del comité y los liberales no se enfrentasen. Ello implicaba que los liberales se comprometían a revisar la sentencia Taft Vale.

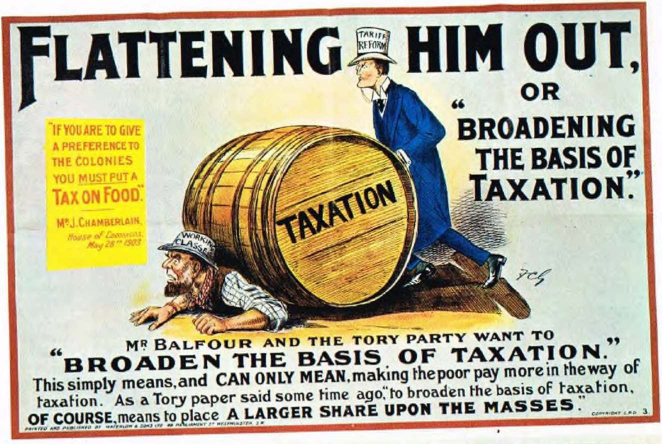
Un segundo motivo de preocupación lo daba el tema de la «esclavitud china». Para volver a poner en explotación las minas de oro sudafricanas, tras la guerra de los bóers, lord Milner, alto comisario británico, había traído trabajadores chinos con contratos de larga duración. Existía una preocupación humanitaria acerca de los supuestos malos tratos que recibían, pero lo que preocupaba sobre todo a los trabajadores británicos era que la presencia de chinos en el Transvaal pudiera preludiar la importación de mano de obra china en Inglaterra, y que tales trabajadores de raza amarilla se conformaran a percibir sueldos ínfimos. David Lloyd George unió los temas del trato inhumano y del trabajo a ínfimo precio al preguntar si habían de existir esclavos en las colinas de Gales.

Estadísticas donde aparece evidente el lado oscuro del esplendor eduardino. La más opulenta sociedad del mundo estaba sostenida por los duros afanes de un tercio de la población, que vivía en una pobreza crónica.
/ Menús típicos de la Inglaterra eduardina. Poca variación para la clase obrera; la burguesía, en cambio, disfrutaba de una dieta equilibrada. *2* **Porcentajes de población por encima y por debajo del «nivel de subsistencia».** *3* **Gastos semanales de alimentación por persona en 1900.**
4 **La enorme diferencia entre el presupuesto semanal de una familia burguesa y el de una familia obrera en 1900. Tan escandalosa desigualdad de ingresos fue uno de los principales factores del auge del Partido Laborista.**

Carteles polémicos referentes al gran debate sobre los aranceles que debilitó al Partido Conservador y contribuyó a la amplia victoria de los liberales en 1906.

Derecha: cartel liberal donde aparece el *tory* proteccionista Joseph Chamberlain aplastando a la clase obrera con sus elevados aranceles sobre los artículos importados. Chamberlain abandonó el liderato conservador en 1902 y dimitió como ministro de Colonias para consagrarse a su campaña en favor de la *Tariff Reform* (Reforma de Aranceles), pero levantó contra su partido la tradicional afición inglesa al libre comercio.

Abajo: los conservadores se defienden del ataque liberal alegando que el libre comercio abaratará los artículos importados, pero perjudicará la industria nacional y dejará así a la población sin los medios necesarios para adquirirlos.



THE CONTINENTAL SUPPLY STORES UNLIMITED

DIRECTORS THE COBDEN CLUB

FREE IMPORTS MEETING. Chairman:- MR JOHANN SCHMIDT. (of the Cobden Club) Speakers:- MR Schwetter. MR Blowoffski. MR Dumpiani. Britons attend!

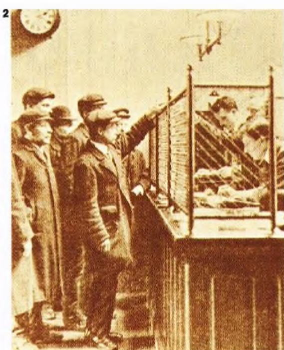
BLUE ALIEN BAND PLAYS DAILY

WHY FIND WAGES

"Eh! John, but aint they cheap?"
"Dont matter how cheap they are, my wench, if yer aint got the money to buy 'em."

A FREE TRADE FORECAST.

1


2


1 y 3 **Carteles electorales de 1910 contra el** *People's Budget* **(Presupuesto del Pueblo) de Lloyd George (1909). Los conservadores aducían que la reforma arancelaria beneficiaría a los pobres más que los servicios sociales previstos en el presupuesto; afirmaban también que la negativa liberal a imponer aranceles, a «tasar» al extranjero, supondría un golpe mortal para la prosperidad británica. En realidad, habría sido el obrero quien habría sufrido las consecuencias del aumento de aranceles; de hecho, el sistema de Lloyd George gravó especialmente a las clases adineradas.**

2 **Una de las nuevas** *labour exchanges* **(bolsas de trabajo) creadas por Churchill. De acuerdo con la** *National Insurance Bill* **(Ley Nacional del Seguro), los obreros parados de ciertas categorías recibían de tales bolsas siete chelines semanales cuando no se les podía proporcionar ningún empleo. La otra importante y radical innovación decretada por la citada ley fue el seguro nacional de enfermedad, cuyos beneficios eran aplicables a cualquier asalariado.**

3

El paso de Chamberlain al proteccionismo produjo una grave división entre los conservadores. A causa de este problema, Churchill abandonó las filas conservadoras y se unió a los liberales. Balfour, con procedimientos hábiles, trató de mantener unido el partido, pero finalmente tuvo que dimitir el 4 de diciembre de 1905 y dejó que el jefe de la oposición, sir Henry Campbell-Bannerman, formara gobierno y convocara elecciones.

El gran viraje

La confianza con que el ala proteccionista de los conservadores contemplaba las próximas elecciones era infundada; su partido obtuvo 245 escaños menos que en 1900: la mayor pérdida que un partido haya sufrido nunca en las elecciones británicas. Cuatrocientos liberales (incluyendo 23 que se unieron al Partido Laborista en 1909), 83 irlandeses partidarios del *Home Rule* y 30 miembros del Comité de Representación del Trabajo resultaron elegidos. Sólo quedaron 157 conservadores, la mayor parte de ellos pertenecientes a la extrema ala proteccionista.

Los liberales formaban una curiosa mezcla, en la cual figuraban unos pocos que se denominaban a sí mismos socialistas y que se hubieran unido con gusto al Partido Laborista (nombre que el Comité de Representación del Trabajo adoptó tras las elecciones), si éste no hubiese sido una organización para miembros de la clase obrera. De 1906 a 1914 el Partido Laborista más bien parecía ser un grupo de presión dentro del Partido Liberal, destinado a conseguir que se eligieran sindicalistas, y no mostraba diferencias de principio con el Gobierno. La primera demanda laborista fue satisfecha con la drástica abrogación de la sentencia Taft Vale, al promulgarse una ley en virtud de la cual los sindicatos no podían ser llevados a los tribunales. Otras partes del programa liberal tuvieron que aguardar para verse cumplidas y algunas de las medidas propuestas fueron rechazadas por la Cámara de los Lores, que era conservadora en sus nueve décimas partes. Lloyd George dijo que la Cámara Alta no era el perro guardián de la Constitución sino el falderillo de Balfour.

A comienzos de 1908 sir Henry Campbell-Bannerman se retiró y murió poco después. Asquith le sucedió, Lloyd George pasó a ser ministro de Hacienda (canciller del Exchequer) y Churchill se unió al gabinete como ministro de Comercio. Estos cambios reforzaron el reformismo social del Gobierno y el propio Asquith tomó la dirección de esta tendencia, presentando el presupuesto en el que había estado trabajando antes de que Campbell-Bannerman se retirara. En él se garantizaba un retiro de vejez de cinco chelines semanales a las personas que alcanzaran los setenta años de edad, y se aumentaban los impuestos sobre la renta. La Cámara de los Lores disentía de esta idea sobre pensiones a la vejez, pero dejó pasar la ley porque era tradicional que no se mezclara en la legislación acerca de cuestiones financieras. Los jubilados, liberados del temor al asilo, se mostraron agradecidos, aunque más, al parecer, hacia Lloyd George que hacia Asquith.

Excepto en esto, los lores mantuvieron el bloqueo contra la legislación de los liberales. A comienzos de 1909 se encontraron con otro problema. El pueblo británico estaba preocupado por el crecimiento de la flota alemana y deseaba que se construyera una flota que asegurara una total supremacía sobre Alemania. Lo consiguieron, pero los buques de guerra había que pagarlos. Muchos de los partidarios de una gran flota lo eran también de la reforma de aranceles y creían que los retiros para los jubilados —y los buques— sólo podían pagarse imponiendo nuevos aranceles. Lloyd George no tenía intención de proceder así: en su presupuesto para 1909 aumentó los ingresos a base de introducir un impuesto progresivo sobre las grandes fortunas, a la vez que tomaba medidas con vistas al futuro, al fijar impuestos sobre la plusvalía.

Los lores pasan al ataque

Los nuevos ingresos permitían crear nuevos servicios sociales sin modificar los aranceles. Por otra parte, los impuestos sobre la tierra fueron considerados como un ataque directo contra la Cámara de los Lores, compuesta en su mayor parte por terratenientes. El presupuesto tardó en ser aprobado por la Cámara de los Comunes, lo que dio tiempo a los lores para que adoptaran una firme resolución: en noviembre rechazaron el presupuesto. El Gobierno había de convocar nuevas elecciones generales si aspiraba a obtener dinero para seguir administrando el país.

La decisión de rechazar una ley era bien comprensible, pero la Cámara de los Lores se atribuía el derecho de obligar al Gobierno a someterse a nuevas elecciones cuando ella se lo propusiera. Había por tanto dos cuestiones cruciales que se ventilaban en la elección: el presupuesto y los privilegios constitucionales de los lores. En enero de 1910 los conservadores ganaron 273 escaños y los liberales 275, pero éstos podían contar con los 40 diputados laboristas y obtener los votos de los 82 irlandeses, siempre que demostrasen que sus propósitos acerca de los lores iban en serio. El Gobierno se comprometió a arrebatar en seguida a los lores la facultad de discutir las leyes sobre el presupuesto y a proponer que cualquier proyecto aprobado tres veces por los Comunes en una misma legislatura pasara a tener fuerza de ley, independientemente de las decisiones tomadas por la Cámara de los Lores. Los irlandeses podían así prestar su apoyo a los liberales, sabiendo que un proyecto de estatuto autonómico no tropezaría de nuevo con el veto de los lores como había sucedido con el de Gladstone en 1893.



Dibujo sobre la «esclavitud china», explosivo tema de las elecciones inglesas de 1906.

En el verano de 1910 murió Eduardo VII, y en la pausa que se produjo tras este acontecimiento hubo discusiones privadas entre los partidos. Los conservadores estaban decididos a salvaguardar el poder de los lores, y los liberales estaban igualmente decididos a que no continuaran gozando de sus prerrogativas. Las conversaciones llevaron a la discusión de un ambicioso plan de Lloyd George para formar una gran coalición liberal-conservadora que tratase todos los problemas sobre una base de compromiso. Los jefes de los partidos podían haber aceptado una solución de este tipo, pero discretos sondeos mostraron que sus seguidores eran mucho más intransigentes.

Cuando Jorge V, el sucesor de Eduardo VII, se hubo hecho cargo de la situación, Asquith le pidió una garantía secreta de que, si había nuevas elecciones y los

Página contigua: **«El puente de Hammersmith el día de las regatas», por Walter Greaves. Sombreros de copa, sombreros hongos, gorras y morriones de granaderos se agolpan en un clima de alegría.**



Escena del Bayswater Omnibus, pintada por William Joy: la bien alimentada y bien vestida burguesía junto a las desnutridas y harapientas clases humildes.

liberales volvían a ganar, crearía todos los nuevos lores que le pidiera el partido vencedor. En las segundas elecciones de 1910, celebradas en diciembre, los conservadores se presentaron con el programa de una reforma arancelaria y los liberales con el de la reforma del Parlamento. Diversos escaños cambiaron de mano, pero el resultado global no mostró diferencias respecto a la composición surgida de las elecciones de enero (272 conservadores, 272 liberales, 84 irlandeses partidarios del *Home Rule* y 42 laboristas). La ley sobre los poderes del Parlamento fue aprobada por la Cámara de los Comunes y Asquith anunció que tenía la promesa del Rey de crear nuevos lores.

Los conservadores sensatos se dieron cuenta de que el juego había terminado. Si la ley de reforma del Parlamento era rechazada, se crearían tantos pares como fuera necesario para hacerla pasar, para obtener la aprobación de la *Home Rule* y para llevar a cabo las restantes medidas propuestas por los liberales. Los conservadores menos sensatos creían que Asquith exageraba en sus alardes y que el Rey no crearía nuevos lores. Cuando el proyecto de ley llegó a la Cámara Alta, los pares dispuestos a resistir hasta el fin tenían más votos comprometidos que miembros liberales había en la Cámara, de modo que los conservadores moderados, que habían pensado que bastaría con que se abstuviesen, se vieron obligados a buscar gente que votase en favor de la ley, para poder así evitar la creación de lores favorables a los liberales.

En el debate final en la Cámara Alta se dijeron muchas cosas sensatas y muchas necedades, pero el argumento decisivo fue el de que «cada voto contra el proyecto es un voto en favor de la pronta y masiva creación de lores». El proyecto fue aprobado por 131 votos contra 114, lo que significaba que unos cincuenta obispos y conservadores habían votado a favor del Gobierno, en contra de sus sentimientos personales.

La aprobación de la ley de reforma del Parlamento no garantizaba que Gran Bretaña fuese a solucionar los problemas que se le presentaban en el nuevo siglo: sólo significaba que las posibles soluciones no iban a ser destrozadas por una Cámara Alta llena de terratenientes incapaces de adaptarse a la sociedad moderna.

Al propio tiempo que se aprobaba esta ley, Lloyd George presentaba otro proyecto de modernización legislativa: la ley de seguros nacionales, que abordaba dos problemas distintos. Proporcionaba seguros de enfermedad a todos los asalariados y ciertas compensaciones por paro a los trabajadores de ramos afectados por las fluctuaciones cíclicas. Si éstos acudían a las bolsas de trabajo creadas por Churchill, demostrando así que buscaban trabajo, podían obtener siete chelines semanales en tanto que no hubiese puestos de trabajo disponibles. El seguro de desempleo no resultó difícil de aplicar. Requería la creación de cierta maquinaria administrativa de nuevo cuño, pero no encontró gran oposición. El seguro de enfermedad era otra cosa. Los médicos dijeron que preferían acudir a la huelga antes que someterse a este sistema, pero Lloyd George logró convencerles, ofreciéndoles mayores beneficios. En cuanto a las duquesas, que celebraron un mitin de protesta debido a que esto afectaba a sus criados, fueron simplemente ignoradas.

Ésta resultó ser la última ley de importancia que aprobaron los liberales. El *Home Rule* para Irlanda tomó mucho tiempo, ya que los lores usaron todas las tácticas dilatorias posibles, logrando que en 1914, cuando estalló la guerra, el proyecto siguiese sin aprobar. Con todo, podía decirse que el gobierno liberal —el último gobierno liberal que tuvo Gran Bretaña— había hecho mucho por el país. Había establecido las bases de un estado de bienestar, aunque no hubiese conseguido ningún cambio en lo que se refiere a la desigualdad existente. Había definido la posición de la Cámara de los Lores; había solucionado los problemas derivados de la guerra en Sudáfrica, hasta el punto que ésta luchó al lado de Inglaterra en las dos guerras mundiales; había superado a Alemania en la carrera naval. En 1914 parecía que el Partido Liberal se encontraba firmemente asentado en el umbral de un futuro lleno de promesas.

Trevor Lloyd


OXFORD
MUSIC HALL
NIGHT
HAMMERSMI
CREMORNE
STRAND
TEMPLE BAR







Contrastes eduardinos

«Una sociedad dividida entre una monstruosa abundancia por un lado... y una monstruosa privación por otro», éste era el veredicto condenatorio del político liberal C. F. G. Masterman sobre la Inglaterra eduardina. La educación obligatoria, las reclamaciones de los sindicatos, la legislación liberal y la producción en serie de artículos baratos apenas habían reducido el abismo que separaba a las clases más pobres de las clases privilegiadas. Una minoría hacía ostentación de sus sombrillas de encaje, de sus automóviles, de sus fiestas en las casas de campo, de sus bailes. Pero la mayor parte de los súbditos de Eduardo VII, subalimentados, tenían que librar una oscura e incesante lucha simplemente para poder sobrevivir.

_1_ El Estado proporcionaba educación primaria a todos los niños hasta los doce años. En esta escuela eduardina de reciente instalación, los hijos de los pobres están absortos aprendiendo aritmética. _2_ Un callejón del barrio de Lambeth: viviendas sucias, insanas y abarrotadas; sus moradores no recibían la alimentación adecuada, y la calle era el único lugar de que disponían los niños para sus juegos. No se podía esperar que tuvieran la misma salud y prestancia que sus contemporáneos de mejor posición. _3_ Jóvenes de Eton comprando flores para ponerse en el ojal. Eton pertenecía al reducido número de escuelas que se dedicaban a la educación de una élite. Los ricos gastaban una buena parte de sus ingresos en educar a sus hijos y esperaban que ocupasen puestos influyentes en la vida pública. _4_ Obreros haciendo la comida del mediodía en plena calle. _5_ Una elegante en Ascot. Asistir a las carreras de caballos era una de las ocupaciones favoritas de las clases altas.









6 y 7 **Preparativos para el baile, y el baile en toda su animación. Con frecuencia, las bodas eduardinas se concertaban entre macetas de palmeras.** *8* **«En huelga», por Hubert von Herkomer. Las huelgas iban convirtiéndose en algo cada vez más frecuente y extendido. Las duras condiciones de vida que implicaban la inseguridad en el trabajo eran causa a menudo de más miseria para los obreros y sus familias que el soportar una huelga prolongada.**
9 **La Inglaterra eduardina asistió a los primeros pasos de los espectáculos de masas y de un vasto mercado de consumo. Los anuncios inundaron todo el país, alegrando las sombrías esquinas con sus tentadoras ofertas.**

9





Inicios del reinado de Alfonso XIII

Tras el «Desastre» de 1898 se produjo la reacción nacional del «regeneracionismo», que inspiró la frustrada gestión de Silvela y se proyectó sobre las de Maura —figura dominante de los primeros años del reinado de Alfonso XIII— y de Canalejas, el hombre que aportó una profunda modernidad a la Restauración. La muerte de Canalejas y la intransigencia de Maura causaron la escisión de los dos partidos turnantes, que debilitó al régimen en vísperas de una grave crisis.

Izquierda: **retrato de Alfonso XIII con uniforme de almirante, por Sotomayor (Madrid, Museo Naval).** *Bajo estas líneas:* **Alfonso XIII, niño, con su madre María Cristina, en 1891. Óleo de F. Godoy (Barcelona, Museo Marítimo).** *Abajo:* **Alfonso XIII dirigiéndose al Congreso el día de su coronación.**





En 1902 alcanza la mayoría de edad Alfonso XIII. Su reinado va a registrar un notable progreso demográfico —de 18 millones de habitantes a principios de siglo se pasa a 23'5 millones en 1930—, un notable despliegue económico —auge de los cultivos de regadío, aparición de una industria siderúrgica de cierto empuje y revitalización de la industria textil catalana, creación de una importante red bancaria—, y un brillante capítulo del renacimiento literario y artístico vinculado a las promociones intelectuales de 1898, 1914 y 1927. Presenciará, como contrapartida, la fatal acentuación de los contrastes en que se basa el llamado «problema de España». Mas, para entender el reinado, es preciso llamar la atención sobre un hecho con frecuencia ignorado u olvidado: la identificación ideológica de Alfonso XIII con la generación crítica del 98 y sus esfuerzos para conseguir una aproximación del trono a la España real, por encima de la opinión «prefabricada» a través de las amañadas mayorías del «turnismo». En ese empeño, la institución monárquica entrará repetidamente en fricción con la «farsa canovista»; pero incluso los tenaces críticos de esa «farsa» se apresurarán a denunciar en el Rey unas iniciativas que en el fondo responden, como en ellos, a su clara conciencia de la falta de autenticidad del sistema, cada vez más fatalmente acusada. Aunque esta situación culmine, durante la difícil etapa de la posguerra mundial, en la creciente zozobra político-social que lleva a la dictadura de Primo de Rivera, ya en la primera mitad del reinado, que es la que ahora nos ocupa, puede situarse el comienzo de la prolongada crisis política en que ha de naufragar el sistema canovista.

Los años iniciales del reinado personal de Alfonso XIII están caracterizados por una alarmante inestabilidad ministerial, cuyo origen radica en la doble crisis de jefatura: polarizada, entre los conservadores, por la rivalidad Fernández Villaverde-Silvela (y luego, Fernández Villaverde-Maura), y, entre los liberales, por la pugna Montero Ríos-Moret. La primera etapa conservadora del reinado (1902-1905) pondrá de relieve, en efecto, que el antagonismo en torno a la jefatura del partido encierra, realmente, dos conceptos del regeneracionismo político, reducido en Fernández Villaverde al obsesivo empeño de asegurar la estabilidad económica, mientras que en Silvela y en Maura apunta a una reorganización de las fuerzas armadas y a una aspiración hacia objetivos internacionales y coloniales (creación de una armada, aproximación a Francia e Inglaterra, cuestión de Africa: Guinea, Marruecos). De este quinquenio, en todo caso, saldrá asegurada la jefatura maurista; en cambio, el turno liberal de 1905 a 1907 no resolverá la pugna Moret-Montero Ríos, pero registrará en cambio la liquidación de los partidos dinásticos en Cataluña y el primer conflicto serio de la *Lliga Regionalista* con el Estado, encarnado éste por la actitud del Ejército. De la crisis saldrá la Ley de Jurisdicciones, que crea una situación política de privilegio al estamento militar; y, como contrapartida, la aglutinación de todos los sectores catalanes de opinión (desde el carlismo a los republicanos) en torno a la *Lliga*, convertida en eje de la llamada *Solidaritat Catalana*: coalición política mediante la cual el regionalismo y su proyección nacional harán su entrada, como una bocanada de aire fresco, en la viciada atmósfera del parlamentarismo español (Cortes de 1907).

La etapa Maura-Canalejas

El segundo quinquenio del reinado —la etapa que se abre en enero de 1907, con el llamado «gobierno largo» de Maura, y que se cierra en noviembre de 1912, con el asesinato de Canalejas— supone lo que pudiéramos llamar coyuntura axial del reinado de Alfonso XIII. En ese quinquenio, el sistema político de la Restauración ensaya una reorganización de sus

Página siguiente: **el joven rey Alfonso XIII, vistiendo uniforme de general, presencia el paso de un regimiento durante unas maniobras militares. Oleo de J. Cusachs (1906).**





cauces y programas, primero desde la vertiente conservadora (1907-1909), luego desde la vertiente liberal. Maura, considerado por muchos como la máxima figura de la época alfonsina, era un conservador procedente del campo sagastino: hombre de la periferia peninsular (mallorquín), jurista ilustre, muy comprensivo para las corrientes descentralizadoras —había acuñado un proyecto autonómico para Cuba que, desdichadamente, se frustró, en vísperas de la última guerra ultramarina—, la clave de su programa de gobierno fue su famosa Ley de Administración Local, que apuntaba a la base de la «farsa política» denunciada por el 98, vigorizando las instituciones administrativas municipales y regionales para arrancarlas al engranaje caciquil —«ley de descuaje del caciquismo», denominó él a este famoso proyecto—. Quería Maura dar autenticidad a los derechos —y a los deberes— cívicos, teóricamente vigentes, inoperantes en la práctica; pero, en realidad, muy atenido a las aspiraciones del primer ciclo de la revolución contemporánea —el ciclo liberal burgués—, sus apelaciones al ciudadano no rebasaron nunca las clases medias —mesocracia, pequeña burguesía de la ciudad y del campo—, y unió a sus declaraciones de fe democrática un rígido sentido del orden social vigente. Así se explican las contradicciones de su obra de gobernante, que si pudo abrirle cauces de diálogo con un sector determinado de la *Solidaritat Catalana*, por otro le enfrentaba con amplios círculos sociales incluidos ya en el nuevo ciclo de la revolución contemporánea; pese a su proclamado liberalismo, estaba lastrado con una fuerte matización ultramontana —la que aportaba a los conservadores el grupo *neocatólico* de Alejandro Pidal—, que no le perdonarían los que deseaban asegurar la independencia del Estado respecto a la Iglesia. Todo este complejo de tensiones haría explosión en 1909, cuando un incidente fronterizo con las tribus rifeñas inmediatas a la ciudad de Melilla, una de las dos plazas de soberanía española en Marruecos, obligase a la movilización de los reservistas. Los posos del anticolonialismo y del antibelicismo acumulados por el Desastre, junto con el eterno malestar suscitado por el injusto sistema de reclutamiento, estallaron en la revolución barcelonesa (Semana Trágica) de julio de aquel año. Dicha subversión apuntó muy significativamente a los templos y conventos de la ciudad y de su comarca. La liquidación de la crisis fue posible gracias a una enérgica actuación militar a cargo del capitán general Santiago. La represión subsiguiente —que señaló como cabeza de turco a Francisco Ferrer, fundador de la «Escuela Moderna», a quien se atribuía desmesuradamente la responsabilidad, al menos ideológica, de los hechos— fue muy desafortunada y levantó una oleada de violenta oposición antimaurista, tanto en España como en el resto de Europa, donde una bien orquestada campaña propagandística transfiguró a Ferrer en mártir del libre pensamiento, y presentó a Maura como anacrónica reencarnación de los procedimientos inquisitoriales.



Alfonso XIII con José Canalejas, jefe del Partido Liberal; esta fotografía fue tomada cuando Canalejas era presidente del Consejo de Ministros.

En noviembre de 1909, al presentarse Maura ante las Cortes, halló en ellas, por parte de las oposiciones encabezadas por Moret, una hostilidad cerrada, que hacía causa común —rompiendo los supuestos del sistema de turno, para el que era sus-

tancial una solidaridad mínima entre los dos partidos dinásticos— con las zonas de oposición marginales a la Restauración: republicanos y socialistas. Maura vaciló y el propio Rey «se adelantó» a aceptarle la dimisión del cargo de jefe del Gobierno, comprendiendo que sólo mediante una dictadura podía el ministro prevalecer «frente a media España y más de media Europa».

Iníciase entonces el trienio liberal 1909-1912, primero con un breve gobierno Moret —cuyo fracaso en el intento de atraerse al sector republicano del Bloque de Izquierdas implicó su propia caída del poder—, y luego con la brillante gestión del demócrata Canalejas, probablemente la figura con más calidades de estadista de todo el reinado, calidades que se cifran en dos puntos: su modernidad —en el concepto y el criterio políticos— y su flexibilidad —en la táctica parlamentaria, en el trato con las oposiciones, en su pragmatismo.

La modernidad que Canalejas aporta a la Restauración reside, sobre todo, en su comprensión y su «apertura» hacia el nuevo ciclo de la revolución contemporánea encarnado por el cuarto estado. Piénsese que en las Cortes de 1910 tiene por primera vez representación el Partido Socialista Obrero, en la figura de su fundador, Pablo Iglesias, y que en este mismo año nace la C.R.T. (convertida en seguida en C.N.T., o Confederación Nacional de Trabajadores, la poderosa organización sindical de inspiración anarquista). Con Canalejas, el Estado abandona por primera vez su posición inhibitoria en los conflictos entre capital y trabajo y adopta una decidida actitud arbitral, si bien la huelga revolucionaria —tentación del sindicalismo obrero— pondrá a prueba la energía del presidente del Consejo cuando se trate de evitar que los problemas laborales se deslicen hacia la subversión política: así en el caso de la huelga ferroviaria de 1912, atajada con prontitud y eficacia por Canalejas. Ese concepto nuevo del Estado, independiente y árbitro, preside la actuación más discutida del gobernante demócrata: la que se refiere a sus relaciones con la Iglesia. El problema concreto que en este campo hubo de abordar Canalejas fue el de las congregaciones y asociaciones religiosas establecidas en España durante los últimos cincuenta años, al margen de lo convenido en el Concordato. La famosa *Ley del Candado* prohibía el establecimiento de nuevas casas religiosas en España, situando a las ya establecidas dentro de las normas legales vigentes para las asociaciones en general, hasta tanto no se llegase a un nuevo acuerdo con el Vaticano. En el pensamiento de Canalejas se apuntaba, realmente, a una separación de Iglesia y Estado, e incluso al reconocimiento de la libertad de cultos —conquistas «posconciliares», pero que en su tiempo le dieron una injusta fama de sectario anticlerical.

La flexibilidad de Canalejas está patente en sus esfuerzos por restablecer el «turno pacífico», empezando por la asimilación de una parte de los programas conservadores: por ejemplo, el tratamiento de la cuestión catalana —Ley de Mancomunidades, que preveía la asociación de las diputaciones de Cataluña en un organismo al que el Estado traspasaría un cuadro de servicios administrativos y culturales—, la continuación de la gran obra de reconstrucción de la Armada, iniciada por Maura y, finalmente, el planteamiento definitivo de la cuestión marroquí. Durante el primer gobierno Maura se había llegado a un proyecto de reparto en zonas de protectorado, en que Francia —ya resueltas sus diferencias con Inglaterra, y a punto de organizarse la Triple Entente— restringió las concesiones que en 1902 se había mostrado dispuesta a hacer a España. La Conferencia de Cartagena, en 1907, comprometió a Gran Bretaña, Francia y España en el mantenimiento del *statu quo* mediterráneo. Canalejas puso en marcha la realización práctica de los acuerdos previstos —ocupación de Arcila, Larache y Alcazarquivir— para evitar un desbordamiento de las ambiciones francesas. El tratado definitivo sobre la división de Marruecos en zonas de protectorado estaba a punto de firmarse cuando, el 12 de noviembre de 1912, Canalejas fue asesinado, en la Puerta del Sol de Madrid, por un anarquista solitario.

La crisis de los dos partidos turnantes

La muerte de Canalejas supuso nada menos que el hundimiento de una línea regeneradora auténtica. Por lo pronto, implicó la división del Partido Liberal entre los seguidores de García Prieto y los seguidores de Romanones. Este último, un representante genuino de la oligarquía denunciada por Costa, consiguió el apoyo de las Cortes liberales, pero tropezó con una oposición extendida a parte de su propio partido en el proyecto de Ley de Mancomunidades. La inviabilidad del Parlamento para canalizar esta obra de gobierno, que Canalejas hubiera salvado, hizo necesaria la retirada de Romanones y una llamada al Partido Conservador.

Maura había adoptado una postura insalvable, como reacción a la conjura de izquierdas de que fue víctima en 1909. En enero de 1913 dirigió una nota conminatoria al Rey, en que señalaba la incompatibilidad de su partido con la política emprendida desde 1909; la réplica fue una aproximación de las izquierdas antidinásticas a la corona, cuando ésta no se avino a los términos en que Maura situaba el restablecimiento del «turnismo»; pero, además, la intransigencia de aquél dio lugar al rompimiento de la unidad en sus propias filas: cuando, agotada la situación liberal, don Alfonso se vio obligado a llamar a los conservadores, Maura se hizo a un lado. Una figura importante del partido, Eduardo Dato Iradier, en desacuerdo con Maura respecto a sus relaciones con el poder moderador, aceptó la presidencia del Consejo.

De hecho, la realidad política española, en 1913-1914, estaba distribuida así: dos partidos en la izquierda dinástica (demócratas de García Prieto, liberales de Romanones), dos a la derecha (conservadores de Dato, y mauristas intransigentes). Fuera de estas bases, ya divididas, del viejo turnismo, se alineaban, a la derecha, la *Lliga* catalana —muy atenta al maurismo—, y a la izquierda un sector republicano posibilista: el reformismo de Melquíades Álvarez. Más allá se extendían el republicanismo de Lerroux y el socialismo de Pablo Iglesias, de momento inasimilables por el régimen, como lo era, a la derecha, el tradicionalismo de Vázquez de Mella. Pero, de hecho, en 1914 se abría una nueva esperanza: que Santiago Alba refundiese los matices liberales integrando en un nuevo bloque a Melquíades Álvarez, y que el Partido Conservador de Dato, con arreglo a las convicciones de éste, iniciase una inflexión decidida hacia la legislación laboral y una planificación de soluciones para los problemas sociales.

Pero estas esperanzas se quebraron como consecuencia de un problema exterior de proporciones insólitas: la Primera Guerra Mundial, frente a la cual Eduardo Dato había de afirmar una posición de neutralidad a ultranza, pero cuyas repercusiones indirectas se traducirían en una radical alteración de las estructuras económico-sociales y en un replanteamiento de los viejos problemas no resueltos.

Carlos Seco

Políticos y educadores

Segismundo Moret Prendergast (1838-1913)

Gaditano, abogado, catedrático, economista y político representativo del liberalismo librecambista y avanzado. Su posición en la vida pública española estuvo adscrita a la pervivencia de las ideas de la revolución del 68 en lo político, lo social y lo económico.

Fue primer ministro en 1905 y 1906, al suceder a Montero Ríos en la jefatura del Partido Liberal, orientando su actuación a la creación del Bloque de Izquierdas, fuerza en la que Moret pretendió agrupar, junto a los liberales monárquicos, las tendencias reformistas y progresistas.

Se significó en la crisis de 1909, después de la Semana Trágica, al encabezar, como jefe de la oposición, las corrientes antimauristas, lo que acarreó la ruptura del sistema turnante, ya que su intento de coalición abarcaba hasta los republicanos. Éstos, junto con los socialistas, no respondieron al deseo de Moret, cuyo ministerio duró solamente tres meses.

Segismundo Moret, personalidad de gran cultura, versión hispánica del *whig* británico, tenía la inteligencia del escéptico y la distinción intelectual del profesor, cualidades que de haber estado unidas a un carácter firme le hubieran convertido en el más destacado prohombre del liberalismo español. Esta deficiencia hizo que su actuación pública fuera propicia a la intriga y de escaso rigor. Por su formación estuvo muy vinculado a la Institución Libre de Enseñanza y también a la monarquía.

Segismundo Moret, maquinista del tren del Estado. Los carteles indican los máximos problemas del momento político: crisis agraria, catalanismo, ley de asociaciones religiosas, ley de jurisdicciones (caricatura de la revista satírica madrileña «Gedeón», fechada en marzo de 1906).



Antonio Maura Montaner (1853-1925)

Mallorquín, abogado, fue la más relevante personalidad del Partido Conservador durante el reinado de Alfonso XIII. En los comienzos de su carrera política militó dentro del Partido Liberal, a la sombra de Germán Gamazo, y, como ministro de Ultramar, fue el autor de un proyecto de régimen especial para Cuba y Filipinas, proyecto que de haber prosperado a tiempo tal vez hubiera evitado la cruenta emancipación de las últimas colonias.

Como cabeza indiscutible del Partido Conservador fue primer ministro en 1903-1904 y 1907-1909. Durante su período de gobierno se llevaron a cabo las reformas de la Ley Electoral y se implantó un nuevo régimen de administración local, en un intento de renovación de las estructuras políticas, tendente a incrementar la participación popular y a abolir el caciquismo. Este programa constituyó la llamada «revolución desde arriba», cuyos objetivos se vieron en gran parte frustrados por la inquina de muchos conservadores y por la suspicacia de liberales y progresistas.

La ejecución de Ferrer Guardia, a raíz de la Semana Trágica, desencadenó una furiosa campaña exterior, cuyas repercusiones interiores trajeron su destitución como jefe de Gobierno y su arrinconamiento político. Escindido el Partido Conservador por la fracción de Dato, Maura creó el movimiento llamado «maurismo», de influjo sobre las juventudes conservadoras deseosas de renovar el sistema político surgido de la Restauración.

En 1918, Antonio Maura fue llamado a presidir el Gobierno Nacional, que intentaba, tras la crisis del 17, aglutinar todas las fuerzas dinásticas. Volvió a ser jefe de Gobierno en 1919 y en 1921.

Gran tribuno, hombre honesto y recto, Antonio Maura fue una personalidad íntegra y por ello duramente atacado y combatido a lo largo de su vida pública, en particular por la prensa dominada por los liberales. Su frustración dañó profundamente a la institución monárquica.

José Canalejas Méndez (1853-1912)

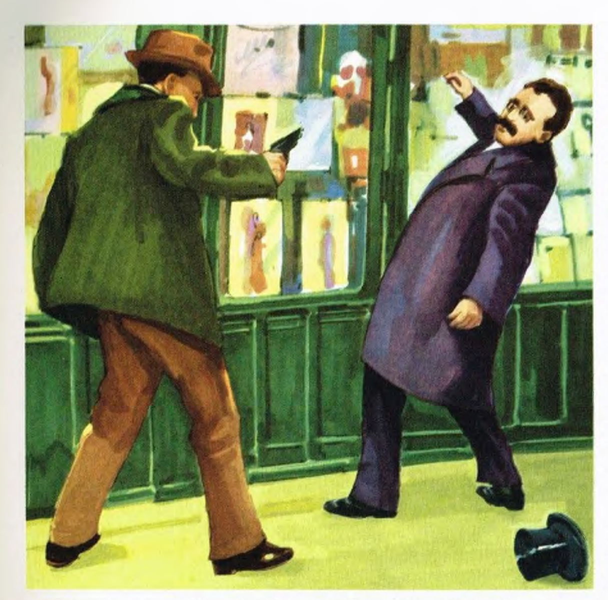
Personalidad liberal eminente, que llegó a ser la más significativa de esta ideología en la primera década del siglo. Ocupó la presidencia del Consejo en 1910, sucediendo a Moret. Su mandato constituyó un sincero propósito de atraer a la dinastía los elementos reformistas y crear una convivencia constructiva con la oposición republicano-socialista.

Su obra de gobierno se caracterizó por su interés hacia la realización de las reformas sociales, por el perfeccionamiento de la legislación laboral y por su intento de controlar el monopolio eclesiástico en la enseñanza. Asimismo intentó dar una nueva orientación a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, delimitando sus respectivas esferas de influencia y buscando una nueva fórmula concordatoria. Fue duramente combatido por los ultraconservadores, para quienes la acción de Canalejas significaba una peligrosa orientación izquierdista y radical.

Era orador elocuente, jurisconsulto y escritor; un patriota dotado de una amplia cultura humanística. Fue estadista

Derecha: **Antonio Maura, jefe del Partido Conservador y dos veces primer ministro de España. Busto en bronce del escultor Mariano Benlliure (Madrid, Academia de la Lengua).**





Asesinato de Canalejas; dibujo inspirado en una fotografía de la reconstrucción del hecho. El crimen tuvo lugar frente a la Librería San Martín, en la Puerta del Sol de Madrid, a corta distancia del entonces Ministerio de Gobernación, el 12 de noviembre de 1912. Don José Canalejas se había detenido frente al escaparate para examinar los libros allí expuestos, cuando el anarquista Manuel Pardinas se le acercó por la espalda y le disparó varios tiros de revólver; acto seguido volvió el arma contra sí y se suicidó. A Canalejas le disgustaba la protección policíaca y hacía lo posible para burlar a los agentes que velaban por su persona. En cuanto a Pardinas, era pintor de oficio, nacido en un pueblo alto-aragonés. Todo indica que obró con independencia de cualquier organización. Por otra parte, parece que tenía perturbadas las facultades mentales.

con visión, en ocasiones anticipadora, de los tiempos que corrían. Su gestión no logró, tras la crisis de 1909, reconstruir el régimen de los partidos turnantes. Desgraciadamente, su obra y su alta significación en la política española se vieron truncadas al ser asesinado en la Puerta del Sol de Madrid por el anarquista Manuel Pardinas, el 12 de noviembre de 1912.

Eduardo Dato Iradier (1856-1921)

Figura prominente de filiación conservadora y antecedentes silvelistas, desempeñó la jefatura del Gobierno español en 1913, 1917 y 1920-1921.

De origen alavés, abogado, Eduardo Dato representa la derecha con sentido social. A su iniciativa se debió la fundación del Instituto Nacional de Previsión y la creación del Ministerio de Trabajo, como organismo rector y regulador de las cuestiones laborales.

Acaudillando la fracción «idónea» del Partido Conservador, aceptó el encargo de formar gobierno en 1913. En 1917, nuevamente presidente del Consejo, hubo de hacer frente a la crítica situación provocada por el cisma de las Juntas de Defensa militares, por la Asamblea de Parlamentarios y por la huelga general revolucionaria, en cuyo desencadenamiento fue decisiva la intervención de su ministro de la Gobernación, Sánchez Guerra. Pactó con la Junta y de este modo contó con el concurso del Ejército para combatir la huelga, planeada de consuno por la U.G.T. y la C.N.T.

Durante su última etapa de gobierno apoyó la violenta reacción patronal-gubernativa que llevó al enfrentamiento entre Sindicato Unico y Sindicato Libre en Barcelona. Su actitud le acarreó la enemiga del anarcosindicalismo y, en marzo de 1921, fue asesinado en la plaza de la Independencia de Madrid por los anarquistas catalanes Mateu, Casanelles y Nicolau.

Eduardo Dato, cortés, aristocrático, de maneras suaves y fondo duro, fue exponente de un conservadurismo comprensivo de lo social, pero celoso de sus prerrogativas. Interpretaba el quehacer público como gestión administrativa, apolítica, dentro de un orden establecido, y, para defenderlo, actuó más como conservador que como reformador social.

Alvaro de Figueroa Torres, conde de Romanones (1863-1950)

Abogado, historiador, parlamentario y liberal, presidente del Consejo en 1912, 1915 y 1918.

El conde de Romanones es representante genuino de un estilo político alumbrado por la Restauración: hombre de Palacio, «gran elector» por Guadalajara, muñidor de arreglos electorales y componedor de combinaciones ministeriales. Su figura emerge al producirse el deshielo de los partidos históricos: el Liberal, a la muerte de Canalejas, es reivindicado por Romanones y García Prieto, creándose sendas fracciones. El Conservador se perpetúa en Dato, coexistiendo con el maurismo.

Hombre de gran posición, siente la política como pasión vocacional absoluta, superadora del defecto físico que le marcó desde niño (la cojera). Astuto, ocurrente, simpático, su paso por la vida pública española, a lo largo de casi medio siglo, lleva el marchamo alicorto del político más que el alto vuelo del estadista. De tendencias muy aliadófilas durante la Primera Guerra Mundial, era partidario de la participación española. De su gestión ministerial queda un hito digno de ser recordado: la aprobación de la jornada laboral de 8 horas en 1919.

El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera, en 1923, significó su ostracismo político. Conspiró contra el régimen dictatorial y, a la caída de éste, fue la eminencia gris del último Gobierno de la monarquía, en el que era ministro de Estado. Por iniciativa suya se entró en tratos

con el Comité Revolucionario que luego sería Gobierno Provisional de la República, tratos que no fructificaron en aquel momento de dejación de las fuerzas monárquicas. A la caída de Alfonso XIII, fue acusado del hecho por parte de la opinión pública; en realidad, se trató de un acontecimiento histórico en el que, si hubo faltas personales, el mayor grado incumbe a las colectivas.

Dentro de su concepto un tanto frívolo de la política, mantuvo una lealtad acrisolada a la figura de Alfonso XIII y prueba de ello fue la defensa que de la figura del Rey destronado hizo en las Cortes Constituyentes de la República.

Monumento vivo de recuerdos de la monarquía alfonsina, Romanones ha dejado escritas muchas páginas y biografiadas muchas figuras de la época, menester en el que hizo gala de una pluma fácil y tan amena como su conversación.

Francisco Cambó Batlle (1876-1947)

Abogado, político y financiero nacido en Verges (Gerona).

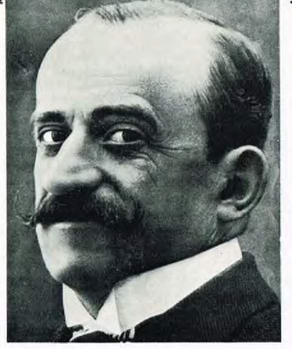
Su aparición en la vida pública coincide con el resurgir del regionalismo catalán. Milita en la *Lliga Regionalista* y es, sucesivamente, concejal, diputado y jefe de la minoría catalanista en las Cortes. Su personalidad se destaca por su sentido político y el alcance de sus ideas. Interviene activamente en la formación de la *Solidaritat Catalana* (1906) y, a la disolución de ésta después de la Semana Trágica, reagrupa unas fuerzas que representan las aspiraciones autonómicas de las clases burguesas catalanas. En 1907 fue objeto de un atentado en Hostafrancs (Barcelona), que causó honda conmoción en toda España. A la muerte de Prat de la Riba (1917), se convierte en el jefe de la *Lliga*.

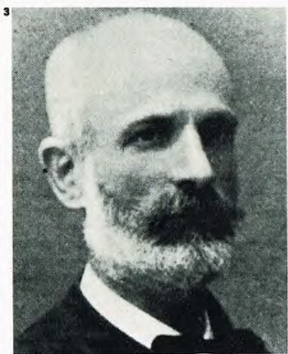
Su visión política, de alcance nacional e internacional, aborda el problema catalán como un intento regeneracionista capaz de sustituir el viejo espíritu centralista de la meseta por uno nuevo, abierto, acorde con los cambios traídos por la revolución industrial y con las nuevas estructuras sociales. Su postura hubo de encontrar la oposición del liberalismo centralista que, por boca de Alcalá Zamora, definió su pretensión como la de ser «el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España». Gran periodista, colaboró asiduamente en *La Veu de Catalunya*, y, extraordinario orador parlamentario, obtuvo la admiración y el respeto incluso de sus adversarios políticos.

En 1918 entró en el Gobierno Nacional

1


1 **Eduardo Dato, pocos días antes de ser asesinado, compra un periódico cuya primera plana reproduce su retrato.** *2* **El conde de Romanones en una fotografía del año 1916.** *3* **Francisco Giner de los Ríos, uno de los educadores que más influyeron en la cultura española contemporánea.**

2


3


de Maura, ocupando la cartera de Fomento. En 1919, ante la negativa de las Cortes a conceder la autonomía presentada, encabezó la retirada de la minoría regionalista del Parlamento. En 1921 fue ministro de Hacienda.

Su sentido de la inversión le convirtió en un financiero de talla internacional y en hombre de gran fortuna. Ella le permitió realizar un mecenazgo hacia la cultura catalana fomentando los estudios y las ediciones en catalán de los textos clásicos griegos y latinos (*Fundació Bernat Metge*) y de la Biblia (*Fundació Bíblica Catalana*). Reunió una importante colección de pinturas, que legó al Museo del Prado y a la ciudad de Barcelona. Publicó obras de gran interés como *Les Dictadures* (1929) y *Per la concòrdia* (1930).

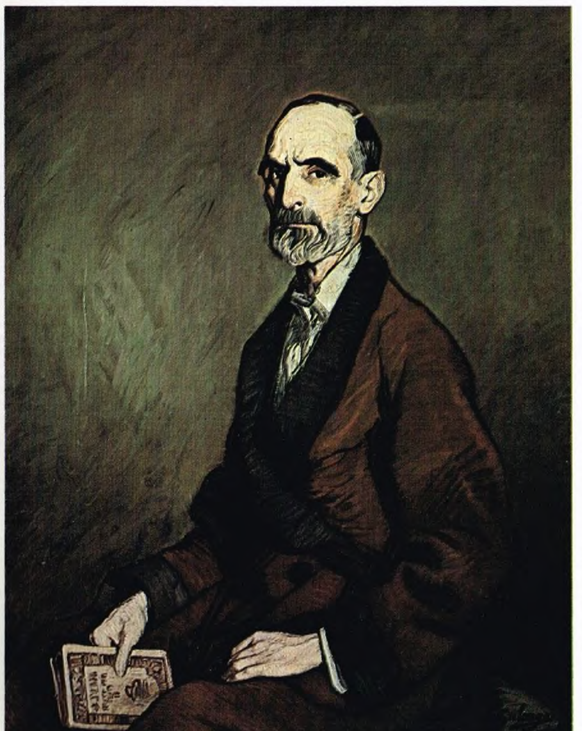
La llegada de la Dictadura le apartó de la actividad política y, a su caída (1930), la corriente izquierdista radicalizó el regionalismo y dio entrada a unas masas populares, rompiendo el clasismo de la *Lliga.*

Durante la República reanudó su actividad política y parlamentaria, manteniéndose en una línea de aceptación del Estatuto, aunque a la derecha del régimen. A la llegada de la Guerra Civil se expatrió. Falleció en Buenos Aires.

Cambó fue una de las más importantes figuras políticas de la Monarquía. Su altura de miras, su preparación jurídica y económica y su apreciación del problema social, le situaban a nivel de auténtico hombre de Estado. La crisis del reinado de Alfonso XIII le sorprendió gravemente enfermo, incapacitado de toda actuación. Es posible que su presencia activa, en aquellas dramáticas circunstancias, hubiera podido dar un giro distinto al correr de la historia.

A causa de su carácter brusco y altivo no fue nunca una figura «popular», a diferencia de Francesc Macià, que, con menos aptitudes políticas, se convirtió en ídolo de las masas catalanas.

Francisco Cambó y Batlle, eminente financiero y político catalán, en un retrato de Ignacio Zuloaga (Barcelona, Palacio de la Virreina).



Francisco Giner de los Ríos (1839-1915)

Profesor y educador nacido en Ronda (Málaga). Cursados sus estudios de Leyes, obtiene en 1866 la cátedra de Filosofía del Derecho. Seguidor de Sanz del Río, se convierte en figura destacada del krausismo español.

La incompatibilidad del grupo krausista con las normas impuestas por el ministro canovista Orovio da lugar en 1876 a la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, entidad privada de la que Giner será inspirador y animador. La entidad, de un idealismo laico, impulsó los métodos experimentales, el conocimiento directo del arte y de la naturaleza y el contacto con el extranjero. A través de ella circularía una poderosa corriente educativa moderna, europea, en abierto contraste con los conceptos tradicionales de la enseñanza oficial.

La obra de Giner, profesada con dedicación ejemplar y admirable apostolado, llevó a sus aulas a los jóvenes de la burguesía culta, levadura de unas minorías rectoras. De ellas salieron los hombres de ciencias y de letras que trajeron la gran renovación intelectual y científica que brilló entre 1900 y 1936, así como las *élites* políticas —reformistas, liberales y antimonárquicas— que llevaron a la República de 1931.

La influencia de Giner —al margen de la política, en la que nunca intervino— tuvo un carácter pedagógico, formativo y estimulante, que dejó un profundo surco en la cultura de la España contemporánea.

Rafael Abella

El movimiento catalanista

Por la crisis del 98, el nacionalismo catalán —hasta entonces movimiento semiculturalista y nostálgico de pasadas glorias, que a lo sumo había explicitado sus reivindicaciones de un modo poco práctico— pasó a convertirse en una importante fuerza política.

La existencia de una serie de factores diferenciales entre Cataluña y el resto de España, como consecuencia de la industrialización y de las consiguientes transformaciones sociales y económicas, fue haciéndose más patente a medida que la burguesía industrial catalana se enfrentaba con los sectores agrarios y financieros que controlaban el poder en Madrid (discurso del doctor Robert en las Cortes, 1901). Esta pugna entre la burguesía catalana, que necesitaba del proteccionismo estatal, y los sectores en el poder se explicitará después del desastre colonial cuando aparezcan los principales grupos políticos catalanistas. Y será precisamente la burguesía industrial catalana la que, tras la crisis del 98, se plantee la necesidad de reformar las estructuras político-administrativas del Estado como única solución que le permita proseguir su expansión y mantener a escala internacional su capacidad competitiva. La realización de esta tarea necesitaba un instrumento político suficientemente fuerte para desbancar a los sectores oligárquicos del poder, aunque en ningún momento esto significase un enfrentamiento violento con ellos.

A su debilidad económica, la burguesía catalana unía su negativa a establecer una alianza con los sectores populares, a los que temía desde la experiencia de 1868-1874. Esto es lo que llevará a las clases altas de Cataluña a buscar sus objetivos políticos y económicos por la vía del reformismo, del pacto, pero nunca por la violencia. La burguesía catalana buscará la movilización de las clases medias urbanas, muy sensibilizadas por la política fiscal (*el tancament de caixes*), y utilizará como elemento integrador el catalanismo político para lograr sus intereses.

Así, en 1901 se formará la *Lliga Regionalista* por la fusión de dos agrupaciones diferentes pero complementarias: la *Unió Regionalista*, entidad formada por los principales industriales catalanes que habían apoyado el programa regeneracionista del general Polavieja, y el *Centre Nacional Català*, que agrupaba a una serie de jóvenes catalanistas con grandes aspiraciones políticas y con capacidad de dotar al nuevo partido de un cuerpo ideológico consistente; éstos eran Prat de la Riba, Cambó, Duran i Ventosa, Carner, Suñol, etcétera.

Desde su fundación quedó bien patente que la *Lliga Regionalista* era un grupo reformista burgués que utilizaba una táctica en todo momento legalista: concurrir a las elecciones a diputados para tener representación en la vida política estatal, y desde allí pugnar por las reformas que deseaban («el concierto económico», descentralización administrativa, etcétera), y ocupar los cargos de administración local, ayuntamientos y diputaciones, en Cataluña.

Sin embargo, a partir de 1903 la expansión política de la *Lliga* se vio frenada por una nueva y pujante fuerza política: el republicanismo lerrouxista. En Barcelona, el periodista andaluz Alejandro Lerroux dirigió un movimiento republicanista mucho más radical y vehemente que el tradicional y con un acusado carácter anticlerical y demagógico. Lerroux supo aprovechar la situación crítica del movimiento obrero catalán, tras el fracaso de la huelga general de 1902, para atraerse a gran parte del proletariado con unos valores totalmente antagónicos a los de la *Lliga*. Al catalanismo, Lerroux opondrá un españolismo patriotero; al reformismo burgués, un liberalismo anarquizante; al conservadurismo clerical, un racionalismo beligerante e incendiario. Y así, con una demagogia fácil y excitante, Lerroux logró imponerse y derrotar a la *Lliga* en las elecciones de 1903 y 1905, sin que sus métodos oportunistas y deshonestos hicieran mella en su popularidad.

Las derrotas electorales de la *Lliga* provocaron una aguda crisis interna que culminó en el enfrentamiento entre dos tendencias. Por una parte existía un sector menos ligado a los intereses económicos de la burguesía catalana, formado casi exclusivamente por profesionales liberales (el arquitecto Doménech i Montaner, los abogados Carner, Suñol y Lluhí) que se mostraban intransigentes en todo lo que significase negociar las reivindicaciones catalanistas y se oponían al conservadurismo cada vez más acentuado del partido. En la otra tendencia militaban la mayoría de los cargos dirigentes y la casi totalidad de los representantes de los sectores industriales, que se mostraban partidarios

Retrato del doctor Bartolomé Robert aparecido en una portada de la revista satírica catalana «Cu-cut!» (17 de abril de 1902).



de lograr un pacto con la administración central y que deseaban estrechar los lazos con los grupos políticos más derechistas: católicos integristas y carlistas. Estas diferencias se convirtieron en enfrentamiento en abril de 1904 cuando, con motivo de la primera visita oficial de Alfonso XIII a Barcelona, el primer grupo logró hacer prevalecer su posición intransigente y la *Lliga* hizo una declaración oficial de boicot al viaje regio. Sin embargo, esta decisión no fue seguida por un grupo de concejales catalanistas que, dirigidos por Cambó, parlamentaron con el monarca y le expresaron cuáles eran sus reivindicaciones. Como la dirección del partido aprobara la actitud de estos concejales, los elementos intransigentes y liberales abandonaron la *Lliga Regionalista.* Meses después, el grupo liberal y radical fundó el semanario *El Poble Català,* que, convertido posteriormente en diario, pasó a ser el órgano del catalanismo de izquierda liberal, del *Centre Nacionalista Republicà.*

Con la escisión del sector liberal la *Lliga* ganó coherencia y se convirtió en un grupo político fuertemente centralizado y con escasa democracia interna; su comisión de acción política, formada por Prat, Cambó y Duran i Ventosa, era vitalicia, tenía poderes absolutos y no era responsable ni ante la junta directiva. La *Lliga* volvió a recuperarse en las elecciones municipales de 1905, pero una serie de acontecimientos iba a modificar sensiblemente el panorama del movimiento catalanista.

El 25 de noviembre de 1905, un grupo de oficiales de la guarnición de Barcelona asaltó las redacciones del semanario satírico catalanista *Cu-cut!* —porque en él aparecía una caricatura muy intencionada— y de *La Veu de Catalunya,* órgano oficial de la *Lliga.* En pleno estado de efervescencia política, en Cataluña y toda España, el nuevo Gobierno de Segismundo Moret cedió a las presiones del Ejército y ordenó el sobreseimiento de la causa contra los asaltantes, suspendió los dos periódicos saqueados y elaboró el proyecto de Ley de Jurisdicciones por el que las ofensas al Ejército, la patria o sus símbolos, pasarían al fuero militar.

Los incidentes del *Cu-cut!* y la oposición formada en torno a los debates sobre la Ley de Jurisdicciones unieron a gran parte de las fuerzas políticas de Cataluña y formaron el movimiento de *Solidaritat Catalana.*

En la *Solidaritat Catalana* participaron

1

La Veu de Catalunya
DIARI NACIONALISTA CATALA
Dinmenge, 29 de juny de 1919

2


3

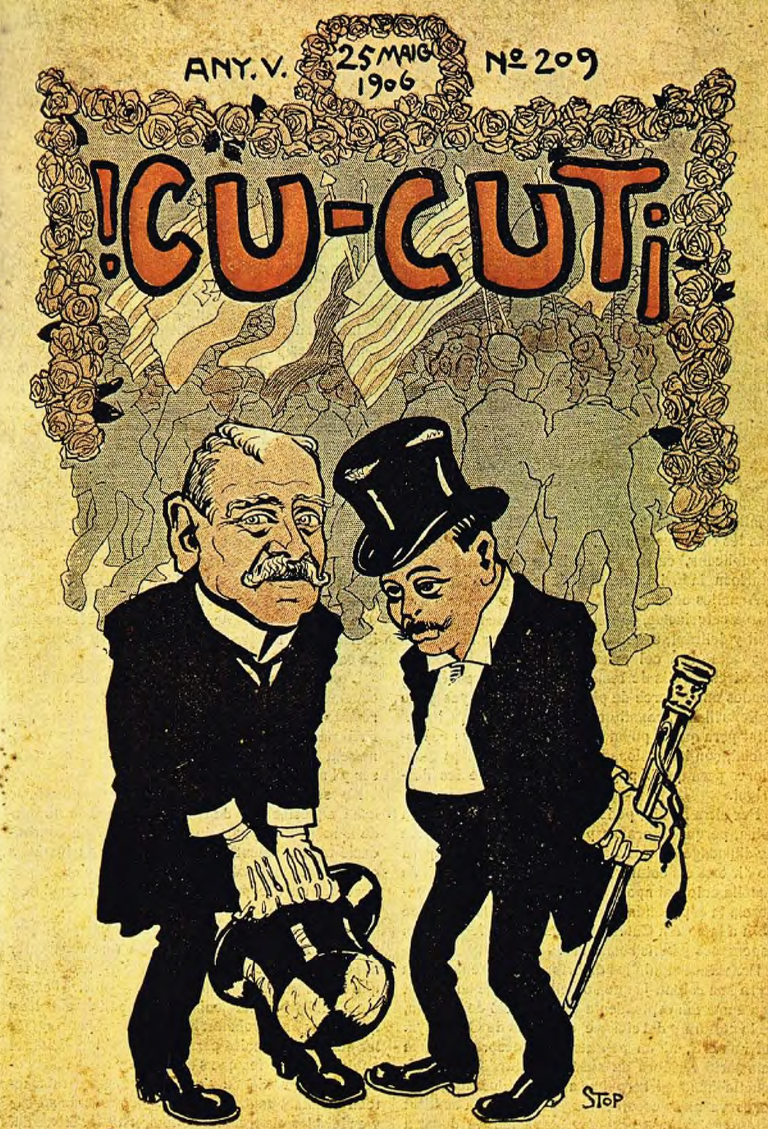

4


1 Cabecera del diario catalanista «La Veu de Catalunya», órgano de la «Lliga Regionalista de Catalunya».

2 Caricatura de la publicación satírica madrileña «Gedeón» (15 de mayo de 1904) que representa a Antonio Maura en Barcelona, enfrentado a las peticiones de los catalanistas.

3 Los muebles y enseres del «Cu-cut!» ardiendo en la vía pública.

4 Retrato de Prat de la Riba, por Ramón Casas (Museo de Arte Moderno de Barcelona).



L'HOMENATGE DE LA SOLIDARITAT

¡Dios mío, que solos se quedan los... (1)

(1) ¡Omplin! ¡Omplin!

Preu: 20 céntims.





Obreros catalanes. ***Izquierda:*** **fotografía de una «merienda fraternal» lerrouxista, con música de organillo. Escenario: Les Planes, lugar de expansión dominguera popular, situado en las inmediaciones de Barcelona.** ***Derecha:*** **tipos barceloneses captados por el lápiz de un maestro: Isidro Nonell. Dibujo fechado en 1894. (Museo de Arte Moderno de Barcelona).**

desde los carlistas hasta una importante fracción de la Unión Republicana, pasando por la *Lliga*, los republicanos federales, la izquierda catalanista y la vieja *Unió Catalanista*. En Cataluña, tan sólo los viejos partidos dinásticos, de escasa influencia, y una parte del republicanismo dirigida por Lerroux se opusieron y atacaron al movimiento catalanista.

La *Solidaritat Catalana*, que se presentaba como un movimiento patriótico interclasista, significó uno de los procesos de politización más importantes de principios del siglo XX. Su programa reivindicativo, a pesar de ser excesivamente vago y confuso, orientó al exaltado censo electoral catalán que participó masivamente en las elecciones generales de abril de 1907, en las que la *Solidaritat* obtuvo en Cataluña más de 200.000 votos, el 67 por ciento de los válidos, y cuarenta y uno de los cuarenta y cuatro diputados.

Pero la *Solidaritat* no duró mucho, ya que la rivalidad entre sus componentes empezó a debilitarla, fundamentalmente desde el momento en que la *Lliga*, que había sido el centro ideológico y político del movimiento, aceptó el proyecto de Ley de Administración Local elaborado por el gobierno Maura. Esta ley, que significaba sustituir el sufragio universal por el corporativo en las elecciones municipales y provinciales, podía dar a la *Lliga* el control absoluto de la Administración Local en Cataluña, por lo cual se le opusieron todos los sectores republicanos de la *Solidaritat*. El movimiento se rompió, y la izquierda solidaria, tras su relativo triunfo en las elecciones municipales de 1909, se convirtió en el partido *Unió Federal Nacionalista Republicana*.

La *Lliga*, derrotada electoralmente por lerrouxistas y catalanistas de izquierda en las elecciones generales de 1910, superó lo que podía ser una crisis insalvable al propugnar la constitución de una mancomunidad entre las cuatro diputaciones catalanas. Esta campaña fue bien acogida por Canalejas, líder del Partido Liberal, que, pese a la oposición de los conservadores, de parte de los liberales y de los lerrouxistas, hizo aprobar por el Congreso la ley que autorizaba a las diputaciones provinciales a constituir un organismo supraprovincial (julio de 1912). El asesinato de Canalejas y la total oposición del Senado a esta ley parecía que iban a frustrar los deseos de los catalanistas, pero el gobierno Dato decidió solventar de una vez el problema, y el 18 de diciembre de 1913 se publicó el real decreto que «autorizaba a las diputaciones a mancomunarse con fines exclusivamente administrativos».

Así, el 6 de abril de 1914 pudo constituirse la *Mancomunitat de Catalunya*, bajo la presidencia del principal ideólogo de la *Lliga Regionalista*, Prat de la Riba, que ya había destacado como hombre imaginativo y emprendedor en la presidencia de la Diputación Provincial de Barcelona desde 1907. La obra de la *Mancomunitat* fue muy importante, sobre todo en lo referente a educación y cultura (escuelas técnicas, bibliotecas, etcétera), beneficencia, sanidad y obras públicas.

Así, la *Lliga* pudo recuperar la primacía en la política catalana, y sus miembros se sintieron impulsados a controlar la política de todo el Estado español: su principal cuerpo ideológico, *La nacionalitat catalana* de Prat de la Riba, hablaba claramente de la necesidad de «la hegemonía catalana en el Estado español».

De este modo, controlada ya la vida política catalana, en parte gracias al abstencionismo electoral propugnado por los anarcosindicalistas, al desprestigio del lerrouxismo y a las divisiones del catalanismo de izquierdas, la *Lliga* pudo pasar a actuar ya claramente como partido político burgués reformista cuyo objetivo fundamental era el control del Estado, o como mínimo la participación en este control. La crisis política de 1917 le dio acceso a este poder que tanto ansiaba, aunque esto le significara aparecer ante la opinión catalanista como un partido de clase que había utilizado las reivindicaciones del país poco menos que en su exclusivo provecho.

Borja de Riquer

Los Jóvenes Turcos

El reinado de Abdul Hamid II parecía a los otomanos patriotas la culminación de la vergonzosa decadencia y corrupción de su Imperio. Turquía, que ya era menospreciada en Europa, despertó la indignación general cuando el Sultán armó a los bandidos kurdos para exterminar a los cristianos de Armenia. Una *élite* occidentalizada de turcos contempló airadamente la situación. El intento del Sultán de ahogar toda oposición les dejó un único camino: la revuelta.

1 **Enver, uno de los caudillos de la revolución. «Todos somos iguales —proclamó—, y nos gloriamos de ser otomanos.»** *2* **Talat, primer ministro del Interior de los Jóvenes Turcos. Había sido un alto funcionario de Correos y Telégrafos.** *3* **Enver habla durante un mitin político.**

1

2

3


El 4 de julio de 1908, el comandante Ahmed Niyazi, del III Ejército turco de Macedonia, reunió a sus hombres y se refugió en las montañas, dispuesto a rebelarse contra el régimen corrompido e ineficaz del sultán Abdul Hamid II. El comandante escribió a su cuñado: «Antes que vivir vilmente, he preferido morir. Salgo ahora, pues, con doscientos patriotas armados con fusiles, a morir por nuestro país... ¡O la muerte, o la salvación de la patria!» Este gesto fue el comienzo de la revolución de los Jóvenes Turcos, la culminación de veinte años de propaganda, de oposición clandestina al gobierno del Sultán y de preparación activa. Era la reacción de un patriota turco frente a treinta años de autocracia y cien años de decadencia y humillación.

Patriotas radicales

Abdul Hamid era Sultán desde 1876, un año de crisis en el que habían sido depuestos dos sultanes: el anciano e impopular Abdul Aziz, y el joven y prometedor Murad V, que enloqueció a los tres meses de subir al trono. Murad era un liberal que se había interesado por la obra de los Jóvenes Otomanos, reformistas que se oponían a Abdul Aziz, y que, en publicaciones aparecidas en el exilio, en la Europa occidental, habían abogado por la transformación de la autocracia del Sultán en una monarquía constitucional, con Gobierno representativo según el modelo francés o el británico.

La caída de Murad no acabó con las esperanzas de reforma constitucional abrigadas por los liberales turcos. Abdul Hamid era joven y no había sido puesto a prueba. También él había mostrado interés por las ideas de los Jóvenes Otomanos. Y, más importante aún, Midhat Pachá, nombrado Gran Visir por Abdul Hamid, había logrado de éste, antes de su ascensión al trono, una promesa de apoyo para una Constitución y un Parlamento. El 10 de diciembre de 1876 Abdul Hamid promulgó la Constitución, que había sido redactada por Midhat y por dos Jóvenes Otomanos, Namik Kemal y Ziya Pachá. Dos meses más tarde, el Sultán dio el primer indicio de sus verdaderas intenciones al desterrar a Midhat. El Parlamento, inaugurado el 19 de marzo de 1877, pudo seguir funcionando durante un año. Diputados de todos los rincones del Imperio se habían reunido por primera vez en la historia otomana para airear sus quejas y demandas. Poco pudieron hacer, excepto hablar, y aun eso no siempre: el presidente mandó callar a un diputado locuaz con gruesos insultos. Cuando los diputados convocaron a tres ministros para que comparecieran ante ellos y contestasen a acusaciones de mal gobierno, el Sultán disolvió la Cámara. Así terminó, el 14 de febrero de 1878, el primer período constitucional otomano. Durante los treinta años siguientes, Abdul Hamid gobernó como un autócrata, cada vez más temeroso de las amenazas a su propia posición. Instalado en su palacio, el Kiosko Yildiz, leía asiduamente los informes que le eran dirigidos por un creciente ejército de espías y delatores a sueldo.

La clausura del Parlamento por Abdul Hamid hizo inevitable que la oposición tomase una forma revolucionaria. El constitucionalismo de los Jóvenes Otomanos, y, más tarde, el de los Jóvenes Turcos, no era simplemente un deseo purista de instituciones democráticas; era un medio para un fin. El gran problema que movía a los patriotas otomanos en el siglo XIX era la notoria decadencia del Imperio, revelada por sus pérdidas territoriales a partir del siglo XVIII, por el estancamiento de su industria y agricultura, y por la incapacidad del Gobierno para resistir las presiones diplomáticas y militares de las grandes potencias. Rusia había ido invadiendo durante un siglo los límites del Imperio alrededor de Crimea y del Cáucaso. Austria-Hungría ambicionaba Bosnia-Herzegovina, en los Balcanes occidentales. Solamente el apoyo británico mantenía un equilibrio difícil en los Balcanes, apuntalando al tambaleante Imperio. Los patriotas otomanos se resentían de esa precaria dependencia de los caprichos de las potencias y de la arbitrariedad con que éstas dispusieron de territorio

otomano en el Congreso de Berlín de 1878.

El fracaso de Abdul Hamid en su intento de contener el proceso de decadencia dio nueva fuerza a los argumentos de sus oponentes. Los Jóvenes Otomanos, como los Jóvenes Turcos más tarde, creían que la debilidad del Imperio era debida a la inercia de la sociedad islámica, con su ciega confianza en los dogmas del *Sheriat* (Ley Sagrada) y su desconfianza por las reformas, resumida en una sentencia atribuida al profeta Mahoma: «Toda novedad es una innovación, toda innovación es un error, y todo error conduce al fuego del Infierno.»

En Occidente, las formas de gobierno representativo se mostraban unidas al progreso material y al poderío económico. Los Jóvenes Otomanos habían dado a conocer los logros occidentales a la sociedad otomana. Namik Kemal, por ejemplo, describió el Parlamento británico en términos brillantes, como «la cuna de la mayoría de los principios políticos que vemos en el mundo... y la plasmación del poder indomable de la opinión pública contra la autoridad». Los liberales turcos esperaban que una inyección de instituciones occidentales devolvería la vida a la sociedad otomana y conduciría a una recuperación social y económica. Un Gobierno representativo sería eficaz y progresista, dejaría sin motivos de queja a los cristianos del Imperio, y, con ello, privaría a los Estados europeos de pretextos para intervenir en los asuntos otomanos. Daría a los turcos liberales y a los oficiales del Ejército opuestos al Sultán el *poder* de conservar y dar nueva vida al Imperio.

La mezcolanza del Imperio Turco

Los enemigos de Abdul Hamid no valoraban suficientemente los problemas a que aquél se enfrentaba. El principal conflicto interno era el de las relaciones entre los turcos musulmanes y los súbditos cristianos. El Imperio Otomano, una teocracia islámica, era un mosaico de pueblos de diferentes religiones y lenguas. Los métodos que los conquistadores turcos, descendientes de Osmán, habían adoptado para tratar a los pueblos conquistados, estaban basados en una especie de contrato por el cual los no-musulmanes gozaban de amplia autonomía para sus asuntos internos, a cambio de las lealtades básicas de mantener la paz y pagar los impuestos. Los no-musulmanes se dividían, según su religión, en *millets* (comunidades religiosas; la palabra significa ahora «nación»), las más importantes de las cuales eran la ortodoxa griega, la armenia gregoriana y la judía. La cabeza religiosa de cada *millet* era responsable ante el Gobierno otomano de la recaudación de impuestos y de la solución de las disputas dentro de su comunidad. Los musulmanes miraban a los cristianos y a los otros infieles como inferiores, pero, pasado el momento de la conquista, no hicieron apenas esfuerzo para convertirlos o asimilarlos. Así, la tolerancia musulmana permitió a griegos, armenios y otros pueblos sometidos conservar su lengua y su sentido de identidad común dentro de la *millet*.

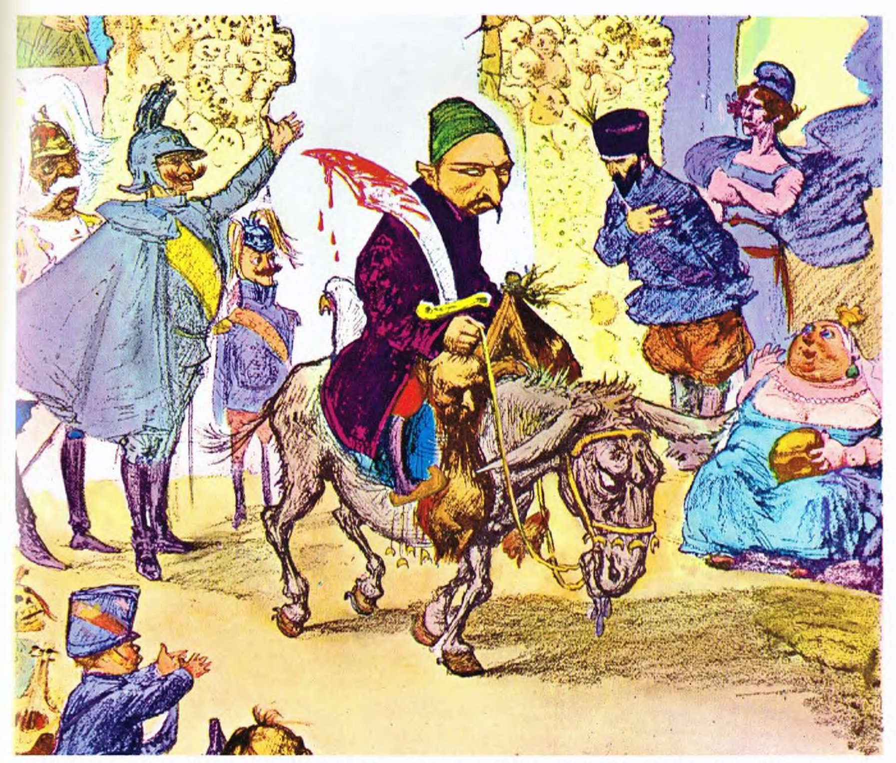
En el siglo XIX este sistema empezó a fallar. La difusión de las ideas europeo-occidentales de nacionalidad y de «Estado nacional», combinada con la opresión de los campesinos por terratenientes turcos y cristianos, recaudadores de impuestos y gobernadores, condujo a una serie de revueltas contra la dominación turca en la península balcánica. Las *millets*, a las que se permitía conservar su cultura vernácula, empezaron a querer la independencia política. Grecia la obtuvo en 1830; aproximadamente al mismo tiempo, Servia consiguió la autonomía. Los búlgaros tardaron más que sus vecinos en adquirir un sentimiento nacional, principalmente porque formaban parte de la *millet* ortodoxa, y, en consecuencia, estaban culturalmente dominados por los griegos. Pero, después de la creación del Exarcado búlgaro —una Iglesia búlgara separada— en 1870, el nacionalismo creció rápidamente. Finalmente, la rebelión de los bosnios en 1875, que se extendió por la Turquía europea, condujo a una guerra entre Rusia, defensora de la ortodoxia balcánica, y Turquía. El acuerdo que siguió, concertado en el Congreso de Berlín (1878), creó una Bulgaria autónoma, confirmó la independencia de Rumania, Servia y Montenegro y la posesión del Cáucaso por los rusos y concedió a Austria-Hungría el derecho a ocupar Bosnia-Herzegovina. Se arrancaron al Imperio Otomano casi todas sus posesiones europeas, excepto Macedonia y Tracia. La humillación otomana fue completa.

En tiempo de Abdul Hamid quedaban, aún después de la pérdida de la mayor parte de la Turquía europea, grandes minorías en Anatolia, el corazón del Imperio: un millón de griegos, la mayor parte de los cuales se arracimaban en la costa occidental, y un millón de armenios, en las provincias orientales. Hacia 1850 el virus nacionalista comenzó a afectar a los armenios y llevó a la formación de una Federación Revolucionaria. La respuesta de los liberales turcos, como los Jóvenes Otomanos y sus sucesores, a la «cuestión armenia», era la formación de un Gobierno representativo, en el que los armenios pudieran participar; solamente así se convertirían en ciudadanos leales. Ese era el significado del lema «Unión», que había sido el título de un periódico de los Jóvenes Otomanos, y que adoptaron los Jóvenes Turcos. La respuesta del Sultán y de sus consejeros fue movilizar unidades irregulares de kurdos —tribus salvajes musulmanas de la Anatolia oriental— para reprimir la inquietud armenia. De ahí resultaron las matanzas de Armenia en los años 1894-1896. Decenas de millares de armenios fueron asesinados en el Este, y la matanza alcanzó a Constantinopla cuando un grupo de armenios se apoderó del Banco Otomano radicado en un suburbio, en un intento de atraer la atención de Europa. La actitud de Abdul Hamid, aparte de confirmar la creencia de los liberales europeos de que los turcos eran bárbaros, arrojó a los nacionalistas armenios en brazos de los adversarios del Sultán, los Jóvenes Turcos.

La razón principal de la oposición a Abdul Hamid era la tiranía personal del Sultán: «Nuestro soberano y nuestro Gobierno —escribía Abdullah Chevdet, uno de los fundadores del movimiento de los Jóvenes Turcos— quieren que todo el pueblo permanezca en la ignorancia, en el estercolero de la miseria y la vileza.» Tal afirmación no era completamente cierta. Durante el reinado de Abdul Hamid tuvo lugar una notable expansión de la educación otomana. Por lo demás, era verdad que el Sultán reprimía toda oposición, todo signo de liberalismo y toda libertad de expresión. La censura mutilaba los periódicos. Palabras como «constitución» y «parlamento» eran tabú. El regicidio no podía siquiera mencionarse: del rey y la reina de Servia, asesinados en 1903, se dijo que habían muerto de indigestión. Los grandes problemas del día, como la cuestión de si la «occidentalización» lograría salvar al Imperio, no podían discutirse abiertamente.

El ejemplo de Occidente

Los que veían la salvación del Imperio en la adopción de instituciones políticas occidentales podían ser desterrados o reducidos al silencio, pero la evidencia de la superioridad técnica y del poderío económico occidentales era patente a todos. La primera línea de ferrocarril de Turquía, la de Esmirna a Aidin, construi-



Así veían los europeos a Abdul Hamid: un bárbaro sediento de sangre, taimado y siniestro. En realidad, los hondos problemas del decadente Imperio no desaparecieron por un mero cambio de régimen político.

da con capital británico, fue abierta al tráfico en 1866. Desde entonces hasta el final del siglo, los concesionarios extranjeros construyeron miles de kilómetros de vía férrea. En 1888, por primera vez, un viajero podía ir directamente en tren desde Viena a Constantinopla. Los ferrocarriles no solamente incrementaron la afluencia de los europeos y de las ideas europeas en el Imperio, sino que aportaron buenos beneficios a sus propietarios extranjeros, gracias al sistema de garantía kilométrica por el que los turcos pagaban una suma anual al concesionario por cada kilómetro de carril completado.

Los ferrocarriles no fueron el único camino por el que el capital extranjero penetró en el Imperio. La falta de capital propio y la ineficacia del sistema de recaudación de impuestos obligaron al Gobierno otomano a dirigirse a las bolsas extranjeras para financiar la guerra de Crimea. El primer empréstito extranjero fue contratado en 1854. En 1881 la deuda pública otomana ascendía a unos cien millones de libras esterlinas oro, y los principales ingresos del Imperio, procedentes de los monopolios del tabaco y la sal, de los derechos de aduana y sello, tenían que destinarse al pago de intereses de los empréstitos. Para administrar la deuda se estableció una comisión dirigida por extranjeros tenedores de títulos, con lo que el control de las finanzas otomanas escapó gradualmente de las manos del Gobierno turco. Era una situación humillante para quienes deseaban que el destino del Imperio estuviese en sus propias manos. Éstos atacaron acremente los



Venta de escarapelas de los Jóvenes Turcos después del triunfo de la revolución. En primer plano campea un retrato del nuevo Gran Visir.

empréstitos y la ineficacia que permitía que la industria y la agricultura otomanas se estancasen, en unos términos que revelaban el firme crecimiento del orgullo y del nacionalismo otomanos. «La industria —escribió Namik Kemal— es un producto de la inteligencia... ¿No es una lástima que una nación dotada, como la otomana, de extraordinaria viveza de mente esté obligada a importar del extranjero incluso las ropas con que se viste?»

El Sultán aceptaba el capital y los expertos europeos, pero perseguía las ideas occidentales. Utilizaba las invenciones técnicas de Occidente como instrumentos para tener más firmemente sujetas las riendas del Imperio. Desde que, en 1855, el primer telégrafo otomano comunicara el dramático mensaje de que «las fuerzas aliadas han entrado en Sebastopol», se habían establecido líneas telegráficas, con ayuda francesa, por todo el Imperio. «Fomentan el desarrollo del telégrafo —escribio sir Charles Eliot— porque éste es el instrumento más poderoso para un déspota que desea controlar a sus propios funcionarios.» Pero la dependencia de Occidente para la ayuda técnica y la financiación reportaba evidentes peligros al Sultán. Era de esperar que jóvenes con cierta formación técnica, adiestrados por los extranjeros para manejar las estaciones de telégrafos, perdiesen la fe en las viejas certezas islámicas y desesperasen ante la ineficiencia del Gobierno imperial. Esos hombres eran valiosos reclutas para los Jóvenes Turcos.

Los intentos del Sultán de ejercer un control absoluto mediante los métodos tradicionales de conciliación, soborno, espionaje, censura, destierros y negativa a delegar en otro la más pequeña función, parecen ingenuos si se comparan con los de los modernos regímenes totalitarios. Abdul Hamid no mataba a sus oponentes musulmanes. No exhibía ningún mito nacionalista halagador para compensar su gobierno represivo. Su única concesión a los argumentos acerca de la identidad nacional, que estaban empezando a preocupar a los turcos, consistía en desempeñar su papel de Califa o «defensor de la fe» (el Califa era «sucesor» del Profeta y jefe militar y político de toda la comunidad islámica, en cualquier parte del mundo). Ese panislamismo era apoyado por el Káiser, que visitó Constantinopla en 1898, y, al partir hacia Damasco, prometió eterna amistad al Sultán y a los «trescientos millones de musulmanes distribuidos por todo el mundo, que le reverenciaban como su Califa». La amistad alemana fue útil, ya que proporcionó capital y ayuda para nuevos proyectos ferroviarios y una misión militar para instrucción del Ejército otomano. Pero no protegió al Sultán frente a sus enemigos turcos, que exhibían ideales más poderosos que el del panislamismo, a saber, los de que todos los problemas podrían ser resueltos mediante el gobierno representativo y la «Unión» de todos los elementos del Imperio. Tales ideales no tenían atractivo para el piadoso campesinado musulmán, ni para los ulemas conservadores, los funcionarios religiosos del Imperio. Pero el campesinado no contaba. Eran las capas más o menos instruidas, la *élite* otomana, y sobre todo el Ejército, quienes podían socavar el poder del Sultán.

La oposición tuvo que emplear treinta años en concentrar sus fuerzas. Al principio, víctimas de los espías y de los agentes provocadores del Sultán, los que se oponían a éste tenían que conformarse con la clandestinidad o el exilio. Los Jóvenes Otomanos habían mostrado el camino en Londres, París y Ginebra, hacia 1860. Dentro del Imperio, el descontento podía ser sofocado, pero no extinguido. Para las autoridades, las escuelas y colegios, que se multiplicaban bajo el reinado de Abdul Hamid, eran semilleros

de herejía. Los maestros sospechosos eran trasladados o destituidos. Se establecieron del modo más estricto «índices de errores» y se prohibió a los maestros desviarse de estas normas. Las obras de Jóvenes Otomanos como Namik Kemal y Ziya Pachá fueron prohibidas. No por ello dejaron los estudiantes de beber ansiosamente las ideas proscritas que les sabían hacer llegar sus maestros más audaces, mientras en secreto circulaban copias de las obras prohibidas. Tan sólo un despotismo nada ilustrado podría haber impedido la circulación de las ideas nuevas y radicales. Pero el despotismo de Abdul Hamid no era enteramente así: se abrieron centros de enseñanza media en las principales ciudades del Imperio, se establecieron treinta nuevos colegios de formación de profesorado, y en 1904 se fundaron nuevas academias militares en Damasco, Erzincan, Adrianópolis y Monastir. De este modo, el propio Abdul Hamid colaboró en la formación de una nueva clase instruida, que juzgaría críticamente a un Gobierno abúlico, ineficaz y despótico.

En mayo de 1889, cuatro estudiantes de medicina se reunieron en los jardines del Colegio Médico del Ejército, en Constantinopla, y formaron una sociedad secreta, basando su organización, lo mismo que anteriormente los Jóvenes Otomanos, en el modelo de la sociedad revolucionaria italiana de los «carbonarios». Los elementos reclutados en las escuelas militar y naval eran organizados en células numeradas. A partir de entonces, la guerra contra la autocracia del Sultán se hizo en dos frentes: dentro del Imperio, por la nueva sociedad, que eventualmente tomó el nombre de Comité de Unión y Progreso (C.U.P.), y en París por los liberales exiliados. Ambos grupos llegaron a ser conocidos con el nombre común de «Jóvenes Turcos». Aproximadamente al mismo tiempo en que se constituía el C.U.P. los exiliados de París se vieron fortalecidos por la llegada de Ahmed Riza Bey, que había sido director de educación en Bursa. Ahmed Riza publicó en París un periódico quincenal, *Meshveret* (título que significa «consulta» y era una petición de gobierno representativo), que se convirtió en uno de los principales órganos de los Jóvenes Turcos.

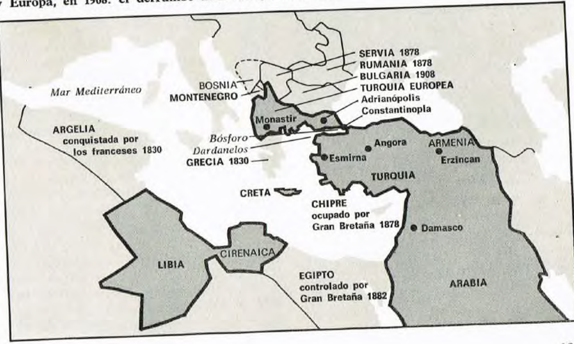
El Sultán, sabedor del creciente descontento, ensayó la represión y la conciliación. En 1897, un tribunal especial de guerra, presidido por el general Reshid Pachá, disolvió temporalmente el movimiento de los cadetes de las academias militares mediante una despiadada serie de encarcelamientos y deportaciones. Aquel mismo año, el Sultán entró en contacto, mediante intermediarios, con dirigentes de los Jóvenes Turcos en el exilio, y consiguió persuadir a Murad Bey, uno de los más influyentes, para que regresase a Constantinopla, donde llegó a convertirse en miembro del Consejo de Estado. La defección de Murad Bey fue seguida por la de otros. Fueron duros golpes para la unidad y fuerza de los Jóvenes Turcos; pero, en París, Ahmed Riza se mantuvo tenazmente, y dentro del Imperio el movimiento no desapareció.

En 1899, los exiliados consiguieron reclutar para su causa a una figura importante, el príncipe Sabaheddin, bisnieto del sultán Mahmud II. El Príncipe se afirmó pronto como un rival de Ahmed Riza. Sus diferencias se pusieron de relieve en 1902, en un congreso de Jóvenes Turcos que organizó el Príncipe en París. Él mismo, como presidente, y con el apoyo de los simpatizantes armenios, hizo aprobar una resolución que apelaba a las potencias europeas para que aseguraran que la Puerta (Gobierno turco) cumpliría sus obligaciones con las minorías «de modo que se beneficiasen todas las partes del Imperio Otomano». Ahmed Riza y su facción hicieron fuertes objeciones, sobre la base de que el arreglo de la cuestión armenia era un problema interno, y que inducir a las potencias a intervenir era «invitarlas a infringir la independencia del Imperio Otomano.» No obstante, Ahmed Riza y sus seguidores tuvieron mucho cuidado en poner de manifiesto que ellos no eran antieuropeos, «al contrario, uno de nuestros principales deseos es ver difundirse en nuestro país la civilización europea, sobre todo su progreso científico y sus instituciones útiles. Nosotros seguimos la senda trazada por Europa... incluso al negarnos a aceptar la intervención extranjera».

La brecha que se abrió en el congreso no pudo ser salvada. El príncipe Sabaheddin fundó una nueva sociedad, la Liga para la Iniciativa Privada y la Descentralización, que abogaba por un Estado otomano en el que las comunidades locales y las minorías religiosas controlasen sus propios asuntos con un mínimo de interferencia del Gobierno central. Ahmed Riza y el C.U.P., que representaban las fuerzas ascendentes del nacionalismo turco, mantenían la necesidad de un Gobierno centralizado y fuerte, en el que predominasen los turcos.

La victoria tenía que conseguirse en Constantinopla, no en París. Al comenzar el siglo XX el movimiento revolucionario aumentó su fuerza dentro del Imperio y llegó a constituir una seria amenaza para la seguridad del Sultán cuando, en 1906, las células secretas empezaron a penetrar en las unidades del Ejército. Los cadetes de las academias militares, que habían bebido secretamente en las obras de Namik Kemal y en el periodismo de Ahmed Riza, eran ahora oficiales en servicio activo. Un grupo de oficiales de Damasco (entre ellos el joven Mustafá Kemal, futuro líder nacional) estableció

El Imperio Turco (sombreado más oscuro) y sus anteriores posesiones de Africa y Europa, en 1908: el derrumbe final era ya inminente.



una sociedad llamada Patria y Libertad, que pronto se infiltró en el V Cuerpo de Ejército, en Jaff y Jerusalén. Se organizó después, en Salónica, la sociedad Libertad Otomana, uno de cuyos fundadores era Talat, un alto funcionario de Correos y Telégrafos. La Sociedad de Salónica extendió sus tentáculos por todo el Imperio, incorporando a ella otros grupos. Los jóvenes oficiales, educados para mandar pero obligados a operar con hombres mal pagados y material anticuado, se afiliaban con facilidad. La Sociedad llegó a establecer un sistema de contraespionaje que era capaz de confundir y neutralizar a los espías del Sultán. Y, gradualmente, el importantísimo III Ejército, de Macedonia, fue ganado para la causa.

En septiembre de 1907 la sociedad Libertad Otomana de Salónica se alió formalmente con el C.U.P. de París. En diciembre, en un segundo congreso, en París, las facciones rivales de Ahmed Riza y del príncipe Sabaheddin convinieron en dejar aparte, por el momento, sus diferencias ideológicas y en elaborar un programa de acción. La mecha que prendió la revolución fue la entrevista del rey Eduardo VII de Gran Bretaña y el zar Nicolás II, en Reval, el 9 de junio de 1908, en la que se trató de reformas en Macedonia. Como poco después llegó una propuesta de sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico, en favor de un régimen autónomo para Macedonia, pareció a los Jóvenes Turcos que la reunión de los soberanos presagiaba la desmembración definitiva de la Turquía europea. Del Sultán no esperaban otra cosa que una débil aquiescencia. Fue, pues, una cuestión de honor nacional —la defensa de la integridad del Imperio— lo que desencadenó la revolución. Los oficiales afiliados a los Jóvenes Turcos, inspirados por unos pocos conceptos sencillos —el amor a la patria, la conservación del Imperio—, deseaban obtener el poder para resistir a las maquinaciones de las grandes potencias y de los perturbadores Estados balcánicos. El gobierno constitucional ayudaría a darles ese poder y por eso lo querían. Pero las palabras del príncipe Sabaheddin significaban poco para ellos.

La revolución

El Sultán, consciente de la inquietud del Ejército de Macedonia, envió a éste una comisión investigadora. Un joven y enérgico oficial, llamado Enver Bey, sospechoso de intenciones revolucionarias, fue invitado a regresar a Constantinopla para «ser ascendido». En vez de hacer tal cosa, se retiró a las montañas. El 4 de julio hicieron otro tanto el comandante Ahmed Niyazi y sus tropas. Tres días más tarde, el general Shemsi Pachá, que había sido enviado por el Sultán para acabar con la rebelión, resultó muerto de un tiro al salir de la oficina de Telégrafos de Monastir. La rebelión se apoderó de todo el III Ejército, se extendió al II Ejército, en Adrianópolis, y llegó a afectar a las tropas anatolias, enviadas desde Esmirna para enfrentarse a los rebeldes. Todos los esfuerzos de conciliación del Sultán, mediante sobornos, ascensos y promesas de pago de atrasos, fracasaron. Los jefes de los Jóvenes Turcos, con pleno control de la rebelión, enviaron un telegrama al Sultán, el 21 de julio, pidiendo la restauración de la Constitución de 1876, y la reunión de la Cámara de Diputados. Si el Sultán se negaba, prometían «acción que no encontrará la aprobación de Su Majestad». Después de dos días de duda, Abdul Hamid se sometió a las demandas de los Jóvenes Turcos. Los periódicos de Constantinopla proclamaban el 24 de julio palabras que no habían sido escritas ni pronunciadas abiertamente durante treinta años: libertad, constitución, parlamento. Durante los días siguientes, las calles estaban llenas de un pueblo frenético y alborozado: turcos, judíos, griegos y armenios se abrazaban unos a otros, y pensaban que sus problemas estaban a punto de terminar.

La reacción extranjera a la revolución de los Jóvenes Turcos fue ambigua. La Gran Bretaña liberal se sintió al principio muy complacida; sus relaciones con la Turquía de Abdul Hamid, tensas desde las matanzas de Armenia, no mejoraron precisamente cuando el Káiser asumió la misión de campeón del Islam. Los liberales británicos consideraban a los turcos como bárbaros incivilizados, no aptos para gobernar razas extrañas. Gladstone se hizo portavoz de esta opinión a raíz de las matanzas de 1876 en Bulgaria, cuando invitó a los turcos a salir «con armas y bagajes» de la provincia que habían asolado. Pero los Jóvenes Turcos parecían tener excelentes sentimientos liberales; sir Edward Grey dio instrucciones al embajador británico en Constantinopla para que mostrase «simpatía y ánimos al movimiento de reforma» y «apoyase a los mejores elementos». Otros países se mostraron menos simpatizantes. Austria-Hungría se aprovechó del trastorno causado por la revolución para anexionarse Bosnia-Herzegovina, territorio turco. El príncipe Fernando declaró independiente a Bulgaria, y Creta proclamó su *enosis* (unión) con Grecia.

Después de la revolución, el C.U.P. creó un partido político y copó los sufragios en las elecciones generales, lo que le permitió formar gobierno en febrero de 1909. Durante los cuatro años siguientes, los Jóvenes Turcos controlaron estrictamente la maquinaria estatal, tan estrictamente que, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el régimen parlamentario se había convertido en una mera fachada, y el Gobierno era virtualmente una dictadura de tres hombres: Enver, Talat y Djemal. Éstos iban forjando su programa sobre la marcha, en respuesta a las circunstancias. Desde el comienzo, los que dieron el tono fueron los oficiales del Ejército, Enver, Niyazi y otros, no el ineficaz príncipe Sabaheddin. El Príncipe y sus seguidores formaban un grupo de oposición voluble e impotente, pero en la raíz de su oposición había un problema que era necesario solucionar: la interpretación de la palabra «Unión».

Para el Príncipe, «Unión» significaba autogobierno local y lealtad de las diversas minorías a un Estado federal otomano descentralizado. Los Jóvenes Turcos no tenían confianza en la lealtad de las minorías, y consideraban que la existencia de los Estados balcánicos independientes, como Grecia, representaría una continua incitación a que las minorías del interior del Imperio exigiesen algo más que el mero autogobierno local. Aparte de esto, los ideales del Príncipe no se ajustaban bien a esa eficiencia que sólo un Gobierno centralizado y fuerte podía proporcionar y que era el objetivo principal de la revolución. En consecuencia, los Jóvenes Turcos interpretaban «Unión» como «otomanización». Las minorías podrían tener libertad religiosa y derechos políticos a cambio de su lealtad a un Gobierno centralizado, dominado por los turcos. Como decía Enver: «Ya no hay búlgaros, griegos, rumanos, judíos, musulmanes... todos somos iguales, nos gloriamos de ser otomanos.» Pero pronto pudo verse que «algunos eran más iguales que otros».

En el primer año de la revolución, los acontecimientos mostraron que la otomanización no lograría convencer a los armenios. El 12 de abril de 1909 hubo en Constantinopla un levantamiento armado de unidades del Ejército y de musulmanes estrictos, quienes exigían que el Gobierno renunciara a las ideas importadas de Occidente y volviera a los principios del *She-*



Abdul Hamid, «la vieja araña», pasea en coche por las calles de Constantinopla poco después de la revolución. Accediendo a las demandas de los Jóvenes Turcos, el Sultán logró mantenerse en el trono hasta principios del año siguiente (abril de 1909).

riat (ley sagrada del Islam). El periódico *Volkan* avivaba el entusiasmo de los devotos con sus referencias a la ciega imitación de lo occidental y a una «época de demonios». El Sultán se alineó imprudentemente con los contrarrevolucionarios, ordenando a la Cámara que respetase el *Sheriat*, y perdonando a los rebeldes. Pero Mahmud Shevket Pachá, miembro de los Jóvenes Turcos que mandaba el III Ejército, envió desde Salónica tropas que aplastaron el movimiento. El 27 de abril el viejo Sultán fue finalmente depuesto y retirado a Salónica. Le sucedió su hermano Mahmud V. El «incidente» del 12 de abril mostró la fuerza de la oposición de los ulemas conservadores a los Jóvenes Turcos, impulsando a éstos a ajustar más firmemente las riendas; mostró también que la «Unión» era un ideal no realizado, y persuadió a los Jóvenes Turcos de que habían de tomar medidas para controlar a las minorías. Así, el 16 de agosto de 1909, éstos hicieron aprobar una Ley de Asociaciones que proscribía las sociedades políticas de carácter nacionalista, y que condujo a la supresión de las sociedades griegas y búlgaras en Macedonia. A ésta siguió la Ley para Prevención del Bandidaje y la Sedición, que daba al Ejército amplios poderes para la supresión de bandas armadas, como los *Komitadjis* búlgaros. El embajador británico informó, en 1910, refiriéndose a los Jóvenes Turcos: «Para ellos, "otomano" significa evidentemente "turco", y su actual política de "otomanización" consiste esencialmente en machacar los elementos no-turcos en un mortero turco.»

Finalmente, los Jóvenes Turcos defraudaron las esperanzas liberales. Su política hacia las minorías fue despiadada. Su tolerancia de la oposición fue escasamente mayor que la de Abdul Hamid. En su haber hay que apuntar que Constantinopla adquirió nuevo alcantarillado, brigadas de bomberos y un eficiente sistema de gobierno municipal. Los famosos perros comedores de basura fueron recogidos y llevados a una isla sin agua, para que murieran de sed; su lugar fue ocupado por basureros. La educación se hizo extensiva al sexo femenino. Las actitudes tradicionales musulmanas fueron tan erosionadas que, en 1911, Sheikh-ul-Islam tuvo que advertir a las mujeres que no vistiesen trajes europeos. De ese modo, los Jóvenes Turcos, al demostrar la posibilidad del cambio, prepararon a los otomanos para los cambios de mayor alcance que implantó la revolución de Mustafá Kemal, después de la guerra. Sobre todo, la revolución de los Jóvenes Turcos permitió dar una nueva respuesta a la vieja cuestión de cómo salvar el Imperio; la respuesta paradójica de perder el Imperio y, en su lugar, encontrar la nación turca. La otomanización resultó deficiente y el panislamismo murió en la guerra, en la que los árabes musulmanes no lucharon por Turquía, sino por su propia libertad nacional. La única posibilidad que quedó a los turcos fue la de ser únicamente turcos, más que «otomanos» o «musulmanes». El nacionalismo a ultranza que fue adoptado en 1919 por Kemal Ataturk había surgido en los años de discusión y frustración que siguieron a la revolución de 1908.

Michael Llewellyn-Smith

El Imperio de Francisco José

Durante medio siglo, el Imperio de los Habsburgo estuvo dominado por las rivalidades y exigencias de las diferentes nacionalidades. Incluso el movimiento de la clase trabajadora se escindió según líneas nacionales. El único foco común para las desunidas nacionalidades era el Emperador, que actuaba como una especie de árbitro entre ellas.

El Imperio de los Habsburgo era un conglomerado poco sólido de pueblos diversos. Algunos podían parecer más propios del Medio Oriente que de la Europa Central, como el de Bosnia, al que pertenece la muchacha de la fotografía, vestida con el tradicional traje de novia.



Entre las grandes potencias de 1908, el Imperio de los Habsburgo constituía el único Estado puramente europeo: ni tenía ni deseaba colonia alguna en ultramar. Al menos, se ahorraba esa complicación.

Austria-Hungría, como pasó a ser llamado el Imperio en 1867, se componía realmente de dos Estados. Gobiernos separados, en Viena y Budapest, regían las partes austríaca y húngara de la monarquía, que contaba asimismo con dos Parlamentos. Los dos Estados solamente tenían en común los ministerios de Guerra, Hacienda y Asuntos Exteriores, además de la dinastía de los Habsburgo. Ésta dominaba sobre once pueblos —alemanes, magiares, polacos, checos, eslovacos, eslovenos, servios, croatas, ucranianos, italianos y rumanos—, pero nunca hizo causa común con ninguno de ellos.

Francisco José, emperador y rey

En 1908, cuando Austria-Hungría planteó a Europa la más grave crisis internacional anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial, el emperador de Austria y rey de Hungría, Francisco José I, tenía setenta y ocho años de edad y celebraba el sexagésimo aniversario de su reinado. Como otros miembros de su familia antes que él, Francisco José concebía el Imperio cual un Estado dinástico, puesto en manos de los Habsburgo por la gracia de Dios. Él era el jefe de la familia y del Estado: era el patriarca máximo en una jerarquía de patriarcas. En consecuencia, se le debían respeto y obediencia, que Francisco José recibía confiada y graciosamente.

Pronto fue adquiriendo el tipo de personalidad adecuada para el culto popular. El jovencito imberbe que subió al trono en 1848 se transformó rápidamente en un joven serio. Llevaba patillas (que se dejaba crecer hasta rebasar ampliamente la mandíbula) y un bigote en forma de manillar; con su barbilla cuidadosamente afeitada, componía un conjunto que daba a su rostro un curioso aire de tejón. Cuando llegó a hacerse familiar, ese aspecto marcó una era en la Europa central y oriental. Era posible encontrarse con pequeños «emperadores» en el Ejército de los Habsburgo, en el servicio civil, o en remotas estaciones de ferrocarril de la Galizia oriental. Pero ninguno de ellos disponía de tanto poder como Francisco José. Éste no había recibido su poder del pueblo al que gobernaba: la teoría del contrato social, popularizada en Francia a fines del siglo XVIII, nunca fue realmente aceptada en la teoría constitucional austríaca.

Francisco José era un gobernante al viejo estilo, por derecho divino, concepto que sólo mencionaba cuando era incomodado por políticos que pensaban de otra manera. Aunque sus poderes estaban limitados por la Constitución de 1867 y, además, por las leyes constitucionales tradicionales de Hungría, los pueblos de Francisco José eran suyos, «casi en un sentido feudal», como escribió un observador contemporáneo. El Emperador podía declarar la guerra o concluirla; podía convocar o disolver parlamentos; podía incluso desembarazarse de los políticos y sustituirlos por servidores civiles. Presidía el *Gemeinsame Ministerrat*, el Consejo de Ministros común a las dos partes de la monarquía, que, en 1908, era el supremo cuerpo ejecutivo del Estado.

Con todo, los políticos de Austria-Hungría apreciaban a Francisco José, e incluso le admiraban. Era tremendamente concienzudo y trabajador; sabía ser encantador cuando quería serlo, y siempre resultaba impresionante. Su contacto con los políticos se limitaba casi por completo a ocasiones formales, pero éstas no fueron nunca, en la memoria de los hombres que participaron en ellas, formalidades vacías. Las audiencias imperiales estaban siempre guiadas por algún propósito determinado, eran como conferencias de negocios, y el Emperador tenía el derecho de elegir los temas de discusión. Después del tiempo estrictamente asignado (el máximo, de media hora, era privilegio del

Derecha: **patriarca en una jerarquía de patriarcas: Francisco José en 1908, sesenta años después de su subida al trono. Su convicción de que gobernaba por derecho divino estaba felizmente templada por una actitud concienzuda y seria hacia el gobierno.**



El dualismo monárquico austro-húngaro

1



2



3



4



5

Emperador

Elegido por
Responsable ante
Nombrado por el Emperador

Ministerio austríaco
7 ministros (incluyendo al presidente)

Ministerio conjunto
ministros Hacienda, Guerra y Asuntos Exteriores

Ministerio húngaro
presidente y 9 ministros

Parlamento austríaco
Cámara Alta

Parlamento húngaro
Cámara Alta

Cámara Baja

Delegaciones

Cámara Baja

17 dietas provinciales

Dieta de Croacia-Eslovenia

Alemanes 9.950.266
Checos 6.435.983
Polacos 4.967.984
Ucranianos (rutenos) 3.518.854
Eslovenos 1.252.940
Servios y croatas 783.334
Italianos 768.422
Rumanos 275.115
Magiares 10.974

Magiares 10.050.575
Rumanos 2.949.032
Alemanes 2.037.435
Eslovacos 1.967.970
Croatas 1.833.162
Servios 1.106.471
Ucranianos (rutenos) 472.587
Otros 469.255

Página siguiente: **una escena rígidamente protocolar. El Emperador recibe a un grupo de príncipes alemanes encabezado por el káiser Guillermo II, quien le lee un mensaje de felicitación por su sexagésimo año de reinado.**

ministro de Asuntos Exteriores), los visitantes solían salir de la audiencia ligeramente deslumbrados. En cierta ocasión, un político socialdemócrata que había criticado ocasionalmente a la familia imperial, salió maravillado de sus veinte minutos de amigable conversación con el Emperador. Cuando el político se hubo marchado, Francisco José dijo a un ministro del Gabinete: «No puede usted imaginar cuán amablemente me ha tratado.»

El periodista inglés Wickham Steed definió la política de los Habsburgo como «oportunismo exaltado en la prosecución de una inmutable idea dinástica». Pero tal definición no tiene una aplicación exacta a la política de Francisco José. Por supuesto, éste quería conservar intactos sus dominios y, de ser posible, fortalecerlos; pero el modo como persiguió esa finalidad afectó en definitiva a las costumbres políticas de la dinastía Habsburgo.

Nueva estructura del Imperio: la monarquía dual

A causa del impacto producido por la derrota a manos de los prusianos, y bajo la presión de los magnates húngaros, Francisco José aceptó el compromiso de 1867, por el que se separaban los gobiernos de Austria y de Hungría. Se iniciaba así el proceso más importante de su reinado: la transformación de un Estado absolutista centralizado en un sistema constitucional dual. Para Francisco José, este compromiso era un recurso temporal, la salida de un atolladero. Pero, en 1908, el sistema había desarrollado ya todas sus características principales, y sirvió al Imperio hasta su final, en 1918.

La estructura dual del Gobierno descansaba en sólidas piedras angulares. Para el Emperador, la realidad de un Estado unitario tomaba cuerpo en las instituciones comunes a las dos partes de la monarquía: los tres ministerios comunes, de Asuntos Exteriores, Guerra y Hacienda; las «delegaciones» parlamentarias, y el Consejo de Ministros común. Los húngaros, o, mejor dicho, la oligarquía de los magnates magiares, debían gobernar su parte de monarquía lo mejor que supieran, mientras se esperaba que los germanos consolidasen su supremacía en la parte austríaca.

En cierto sentido, las cosas no marcharon del todo mal para la dinastía desde 1867. Las instituciones comunes funcionaron bien en general, y el Consejo de Ministros resultó ser un eficaz instrumento de gobierno. Ahora más que nunca, estaba en manos del Emperador hacer la fortuna o ser la ruina de un pueblo sometido a su dominio. El Emperador podía, por ejemplo, conceder a una nación su propia universidad y suprimírsela a otra, privando así a ésta de dirección intelectual propia. Ese favoritismo nacional era una técnica de gobierno de la que el Emperador hacía un hábil empleo, pero su propio sistema dual le impedía practicarla en la parte húngara de la monarquía. Un historiador austríaco escribió que «Austria es precisamente Austria, la neutralización de elementos diversos por y mediante la dinastía». En los últimos años de la existencia del Imperio, muchos políticos encontraban intolerable semejante poder sobre la vida de naciones tan diversas.

Los magiares pensaban que la política de las nacionalidades era cuestión privada suya. En el censo hecho en 1910, cuando el lenguaje era el criterio de la nacionalidad, en un cómputo que les favorecía claramente los húngaros no pudieron establecer una mayoría absoluta ni siquiera en su propio Estado. Vivían allí 10.050.575 húngaros, frente a 10.885.943 no magiares. Los gobernantes de Hungría hicieron poco caso de esas cifras embarazosas; con los croatas de Croacia-Eslovenia llegaron a un compromiso que se parecía a su propio arreglo con la monarquía habsbúrgica. El compromiso croata fue el único paso hacia una política de nacionalidades efectuado por Hungría; fuera de ese caso, el Gobierno de Budapest suprimió siempre que pudo todo signo de nacionalismo que no fuese húngaro. Pero la vida en Hungría, desde antes del cambio de siglo, tenía cierto carácter intemporal y brutal que ignoraba las divisiones nacionales. Los magnates magiares, los verdaderos gobernantes del país, trataban a menudo tan mal a su propio pueblo como a cualquier otro.

De cualquier modo, en la parte húngara de la monarquía la política de las nacionalidades —si es que puede decirse que existiera— seguía su propio curso, sin grandes interferencias por parte de Viena. O, para decirlo de otro modo, el sistema dual de gobierno hacía imposible un tratamiento unitario de la cuestión de las nacionalidades. Los croatas, los servios y los ucranianos vivían en ambas partes de la monarquía, y la separación de Hungría se produjo en un momento crucial para el desarrollo de los pueblos de la Europa central y oriental.

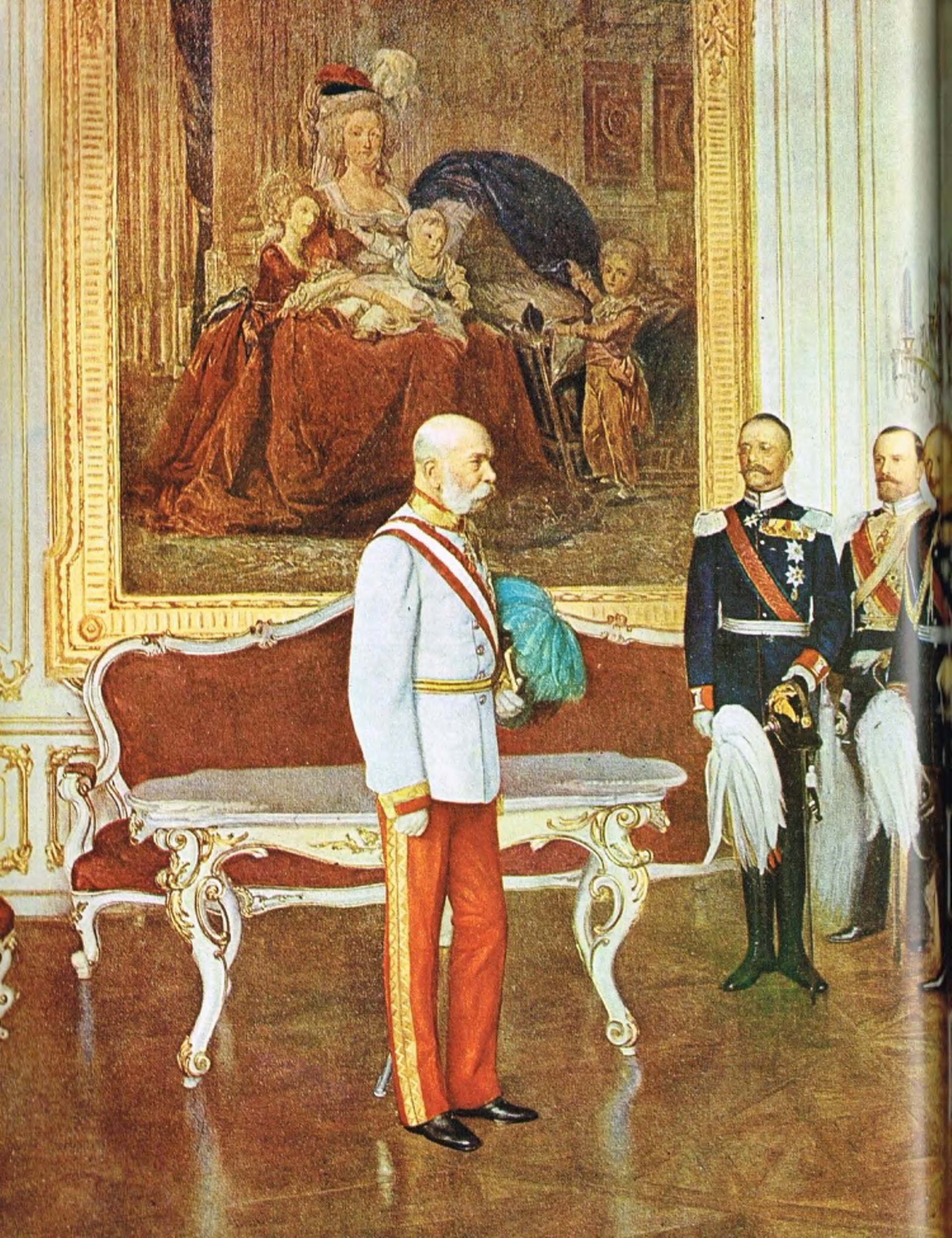
La jerarquía de las naciones

La situación en Austria era aún más compleja, ya que allí los germanos eran —según el censo de 1910— inferiores en número a los no-germanos en una proporción de casi uno a dos. Durante las cuatro décadas comprendidas entre 1867 y 1908, el problema de las nacionalidades se complicó más aún por la rápida industrialización austríaca, por la afluencia de una población campesina no-germana a las ciudades de mayoría germana, y por el consiguiente crecimiento de la clase media no-germana. Los germanos no supieron conservar su supremacía, y su inseguridad se hizo evidente al formarse nuevos partidos políticos que comenzaron a apartarse de la dinastía de los Habsburgo y a dirigir sus miradas hacia Berlín y los Hohenzollern (la familia imperial alemana) para la salvación de los germanos de Austria.

En 1908 se había desarrollado en Austria una jerarquía de naciones: los germanos estaban en la cúspide, pero su posición no era en modo alguno segura. La esencia de la política de cada partido, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, radicó en la persecución de un objetivo doble: asegurarse la mayor parte de los votos de todos los electores, y, al mismo tiempo, mejorar la posición de la nacionalidad que el partido en cuestión representaba.

Era un juego absorbente y popular, en el que el Emperador desempeñaba el papel de un árbitro poderoso. En 1878 los germanos se habían opuesto a la ocupación de Bosnia y Herzegovina: el Emperador, disgustado, empezó a favorecer a los

Izquierda: 1 **Paisanos tiroleses reunidos durante una fiesta típica. En la vestimenta se ponía de manifiesto el apego a las tradiciones locales.** *2 y 3* **Los dos Estados de la monarquía dual emitían sellos de Correos diferentes (el de la izquierda es húngaro).** *4* **Caricatura austríaca de un oficial magiar. La clase gobernante húngara, rígidamente aristocrática, trataba duramente a los pueblos sometidos e incluso a las clases humildes magiares. Fue éste uno de los aspectos menos atractivos del Imperio.** *5* **Esquema gráfico del Gobierno constitucional** *(arriba)* **y de las nacionalidades que componían el mosaico racial y cultural de Austria-Hungría** *(abajo)*. **Hacienda, Guerra y Asuntos Exteriores tenían ministerios comunes, bajo la fiscalización de delegaciones especiales nombradas por cada uno de ambos Parlamentos. Éstos, constituidos por una Cámara Alta y una Baja, se ocupaban de los restantes asuntos. Las Dietas provinciales estaban exclusivamente dedicadas a los problemas del gobierno local.**





pueblos eslavos. Los germanos no repitieron semejante error: en 1908, apoyaron la anexión de dichas provincias.

El nacionalismo checo

Entre los eslavos de Austria, los que gozaban de mayor favor imperial eran quizá los checos. Ya desde comienzos del siglo XIX empezaron a contar con algunos elementos de cultura nacional: una literatura escasa y descuidada, y un lenguaje rústico que durante casi dos siglos no había sido utilizado con propósitos literarios. Durante una reunión de patriotas en un pequeño local de Praga, en 1848, uno de ellos observó que si el techo se desplomaba sobre ellos acabaría con todo el movimiento nacional checo.

El auge del nacionalismo checo tuvo lugar casi enteramente durante el reinado de Francisco José: se fundaron escuelas para checos, se escribió su historia, y su autor, Frantisek Palacky, llegó a ser el primer miembro checo de clase media en la Cámara Alta. En 1882 la Universidad de Praga fue dividida en dos partes, germana y checa, y luego, según el historiador checo Josef Pekar, «siguió la fundación de la Academia de Ciencias, que lleva el nombre de Su Majestad, la fundación de la Academia de Artes, de la Universidad Técnica de Brno... Se proporcionaron así a nuestros afanes nacionales todas las ayudas e institutos necesarios para una vida cultural más elevada, que una nación fuerte y consciente debe poseer...» Pero el mismo historiador, que había enumerado, en un artículo necrológico sobre Francisco José (1916), los títulos por los que el fallecido Emperador merecía la gratitud de los checos, añadía: «Si el historiador busca una fórmula que sirva para describir y compendiar el reinado de Francisco José, la encontrará en el conflicto y el compromiso entre el principio dinástico y el principio de las nacionalidades.»

En ocasiones, el conflicto entre los checos y la dinastía fue agudo Pero, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, casi todos los políticos checos —absortos en la política interior austríaca— tenían la convicción de que aquel conflicto habría de resolverse dentro del Imperio. Los polacos, cuya aristocracia era también polaca (mientras que la aristocracia de Bohemia y Moravia no era checa), tenían buenas conexiones en Viena y más influencia que los checos.

Habitualmente los polacos estaban representados en el Gobierno, y su alianza con los germanos proporcionó muchas veces al Parlamento una mayoría que permitía gobernar cómodamente. Francisco José, que no quería depender enteramente de la buena voluntad de los polacos, patrocinó el desarrollo de un nuevo núcleo nacional en su provincia: el de los ucranianos, también conocidos por rutenos, en la Galizia oriental. Había otra razón para el trato especial dado a los ucranianos por las autoridades austríacas: la mayoría de los ucranianos vivían en la Rusia zarista, y, poco antes de la crisis de Bosnia, había indicios de que los rusos estaban alentando un movimiento irredentista ucraniano en Austria-Hungría. Los austríacos intentaron, con cierto éxito, volver el movimiento contra Rusia, y durante la Primera Guerra Mundial, procuraron fomentar el movimiento de independencia ucraniano.

La combinación del distanciamiento de la monarquía respecto de todas las causas nacionales y de su poder sobre éstas, producía la específica situación austríaca, el problema de los Habsburgo. En su actitud hacia el nacionalismo la monarquía era anacrónica. Todas las dinastías europeas —incluidos los Romanov de Rusia, que gobernaban otro imperio compuesto de muchas nacionalidades— se habían identificado al menos con uno de los pueblos que gobernaban. No así los Habsburgo: tal separación era su fuerza y, al mismo tiempo, su debilidad.

Otros aspectos del Imperio multinacional

Si en algunos aspectos el Estado de los Habsburgo era en 1908 un anacronismo europeo, en otros anticipaba desarrollos posteriores. En lo económico, como en lo nacional, los territorios de los Habsburgo eran extraordinariamente diversos. Los políticos de Viena tenían a sus propias puertas tanto zonas subdesarrolladas como territorios industrializados. El veloz crecimiento del movimiento nacional checo y sus formas políticas estaban estrechamente vinculados al desarrollo industrial, y la situación de Bosnia lo estaba a la ausencia de ese desarrollo. En las décadas que siguieron al Congreso de Berlín (1878), el Ministerio de Hacienda, responsable de la administración de Bosnia y Herzegovina, abordó los problemas del atraso económico de ambas provincias. Sus principales preocupaciones —comunicaciones, mano de obra, acumulación de capital para el despegue de la industria— y el modo de tratar tales problemas, parecen casi propios de nuestros días. Verdaderamente, en Bosnia y en todas partes, los gobiernos de los Habsburgo y su burocracia civil supieron elaborar una compleja y eficiente política económica. Por ejemplo, en un momento de rápida expansión de la red ferroviaria europea, el desarrollo de los ferrocarriles austríacos fue el más rápido. Se organizaron en un sistema mixto en el que las líneas del Estado eran complementadas por líneas de compañías privadas dirigidas por el Estado, por líneas estatales dirigidas por Estados extranjeros, y por líneas privadas dirigidas por las propias compañías.

Pero en Bosnia y Herzegovina los problemas que ocupaban a los funcionarios del servicio civil no eran del menor interés para los «rebeldes primitivos» que, en los últimos años que precedieron al estallido de la Primera Guerra Mundial, acosaban gravemente a la administración de los Habsburgo. La imaginación de aquellos opositores —generalmente jóvenes— había sido inflamada por diversas teorías de rebelión contra la autoridad, por el anarquismo, el socialismo y el nacionalismo. En un terreno más práctico, habían aprendido a disparar, a fabricar explosivos y cruzar fronteras ilegalmente. Iban a poner a prueba sus conocimientos cuando el heredero del trono de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, visitase Sarajevo el 28 de junio de 1914. En Bosnia, la dificultad peculiar consistía en que no parecía posible diálogo alguno entre la autoridad y los rebeldes, mientras que en las demás partes de la monarquía los rebeldes potenciales eran llevados una y otra vez a tales diálogos.

Quizás el argumento más fuerte en favor de la existencia del Imperio de los Habsburgo fuese el económico: es posible que cuando ese argumento dejó de ser operativo comenzara el desmoronamiento de la monarquía austro-húngara. Tal hecho se produjo en 1917.

El socialismo: ¿unidad o división?

Los fundadores del movimiento obrero no trataron nunca de organizar un partido unido que pudiese cubrir la totalidad del territorio del Estado austro-húngaro. La Sociedad Educativa de Trabajadores de Viena, establecida en 1867, el año del compromiso austro-húngaro, se interesó solamente por los trabajadores de la parte austríaca de la monarquía. Pronto se convirtió en un partido marxista, con una visión ambigua del problema de las









nacionalidades. Profesaba, igual que Karl Marx en los días del levantamiento polaco en 1863, una fe en la autodeterminación nacional. También como Marx, sus dirigentes hablaban a menudo de la hermandad de los trabajadores de todas las naciones. No obstante, en 1878 los checos habían formado su propia organización socialdemócrata independiente de la central vienesa. Aunque los socialdemócratas se negaron persistentemente a explotar las animosidades nacionalistas con propósitos políticos, en la época del cambio de siglo habían reconocido el derecho de los pueblos del Imperio Austro-húngaro a dirigir sus propios partidos y organizaciones sindicales. Una mirada atenta a la situación en Austria-Hungría podría haber sido instructiva para aquellos socialistas que tan esperanzadamente dirigían la Segunda Internacional.

La comunidad marxista de trabajadores era difícil de realizar en la práctica, especialmente en aquellas zonas en que pueblos muy rotundamente definidos, como germanos y checos, vivían juntos en estrecho y constante contacto. El contenido internacionalista de la doctrina de Marx repelió tal vez a algunos obreros con mayor consciencia nacional, a la vez que se convirtió en el objetivo principal de los ataques de los políticos de la clase media. En todas las provincias del Imperio, los socialdemócratas estaban expuestos a la acusación de que impedían el desarrollo de sus propias comunidades nacionales. Nunca se injurió más a una delegación que a la de los socialdemócratas checos, a su regreso, en 1874, de una conferencia en la que habían apoyado el plan en favor de un partido unitario.

La tendencia de los dirigentes socialdemócratas a subestimar el vigor de los sentimientos nacionalistas, dejó abierto el campo a otros aspirantes al apoyo de los trabajadores. En 1898, los checos fundaron un Partido Socialista Nacional cuyo objetivo era resolver el problema social dentro del marco nacional, y que se opo-

1 Oficiales austríacos de una nueva promoción chocan sus espadas después de jurar fidelidad al Emperador. 2 Caricatura de Karl Lueger. Lueger acostumbraba a adaptar sus doctrinas para que se acomodasen a su auditorio. Aquí se le representa cuando se le ha anunciado la visita de una delegación. Se pregunta a sí mismo si deberá ser «demócrata, pro checo, pro germánico, o pro o anti judío». 3 Escudo de armas del Emperador. 4 La magnificencia exterior del Imperio: Francisco José en un banquete en el palacio de Schönbrunn, Viena.



Paisano húngaro. Los magiares conservaban celosamente sus propias costumbres nacionales.

nía al materialismo dialéctico marxista, y especialmente a los conceptos de lucha de clases y de revolución social. Era un partido intensamente nacionalista, de artesanos, trabajadores industriales y oficinistas, que vinculaba su nacionalismo a una activa agitación paneslava. Los alemanes de Bohemia no tardaron en seguir el ejemplo del Partido de los Trabajadores de Austria, fundado en 1904.

El Partido de los Trabajadores se fundó por las mismas razones, y tuvo la misma clase de adherentes, que su precursor checo. Mientras los socialdemócratas ignoraban o subvaloraban los conflictos nacionales, los nacionalsocialistas checos y los dirigentes alemanes del Partido de los Trabajadores los explotaron en beneficio de sus respectivas organizaciones. Después de la ruina del Imperio el Partido Alemán tuvo fuertes vínculos ideológicos y personales con el movimiento de Hitler. Los nazis llegarían a ser los verdaderos herederos del antiguo *Deutsche Arbeiterpartei Österreichs* (Partido Alemán de los Trabajadores de Austria).

Mientras en las provincias se estaba desarrollando una nueva rama de socialismo populista no-marxista, en la capital el antisemitismo daba pruebas de su utilidad para la captación de votos. No era nada nuevo en la Europa central y oriental, pues sus raíces se remontaban a la persecución religiosa de la Edad Media, pero en la segunda mitad del siglo XIX el antisemitismo reapareció en circunstancias nuevas. Muchas personas reaccionaban a las tensiones resultantes del desarrollo de la civilización industrial y urbana de una manera irracional, y el antisemitismo en la Europa central fue justamente una de esas reacciones irracionales. Las ideologías dominantes —el liberalismo, en el caso de Austria—, así como las instituciones políticas y sociales existentes, fueron consideradas inadecuadas para superar las dificultades de la nueva situación, que incluía las cosas más diversas, desde las crisis económicas hasta la corrupción en la administración local.

Entre los políticos antiliberales y antisemitas, Karl Lueger ocupaba un lugar aparte. Oportunista de gran atractivo, Lueger llegó a ser alcalde de Viena y jefe del Partido Socialista Cristiano. Su descubrimiento del valor del antisemitismo para fines políticos lo combinó con el descubrimiento de cuál era el tipo de público adecuado para recibir el mensaje antisemita. Lueger ejerció su mayor atracción sobre las gentes modestas de los grandes suburbios de su ciudad natal.

El antisemitismo de Lueger no se apoyaba en una teoría racista elaborada. Según decía él mismo, «yo decido quién es judío». Pero ya entonces circulaban por Viena teorías racistas, derivadas de las mismas fuentes (la rebelión contra la moderna civilización industrial) que el antisemitismo.

El joven Adolf Hitler fue a vivir a Viena en 1907. Allí estuvo unos seis años y aprendió muchas cosas.

Francisco José y el sufragio universal

El último acontecimiento importante que se produjo antes de la crisis de Bosnia fue la introducción del sufragio universal masculino. Se discutió por primera vez, por orden del Emperador, en las reuniones del Gabinete de noviembre de 1905; la ley fue finalmente aprobada por el Parlamento en enero de 1907. Entretanto, cayó el Gabinete; tuvieron lugar una huelga general y estallidos de inquietud revolucionaria. La propuesta en favor del sufragio universal tropezó con una dura oposición, especialmente por parte de los terratenientes: cuando éstos se enteraron de que el Gabinete estaba considerándola, pensaron que el primer ministro se había vuelto loco, y consiguieron que el presunto heredero del trono, el archiduque Francisco Fernando, hablase al Emperador en contra de la reforma.

Pero Francisco José estaba decidido a llevar adelante la ley electoral. Lo mismo que los socialdemócratas, él esperaba que el sufragio universal amainaría los conflictos nacionales y dirigiría la atención de los políticos hacia los problemas sociales. Tales esperanzas se cumplieron sólo parcialmente. Con la desaparición de la antigua ley electoral, los terratenientes se vieron privados (en parte) de su poder político; los germanos perdieron su mayoría en el Parlamento y los partidos socialista y agrario aumentaron considerablemente su representación. Sin embargo, con la nueva ley seguían necesitándose más ucranianos que polacos para elegir un diputado, y más checos que alemanes. La vieja lucha de las nacionalidades continuó. Y en Hungría no había aún sufragio universal.

La revolución rusa de 1905 había dado un fuerte impulso a las demandas de sufragio universal; la conmoción revolucionaria de San Petersburgo repercutió en toda la Europa central. Pero, por aquel tiempo, los gobernantes de Viena ya habían aprendido a otear por el Este las amenazas de revolución y guerra. En la primera mitad del reinado de Francisco José las advertencias habían venido del Oeste. Hubo la ola revolucionaria procedente de Francia, las unificaciones de Alemania e Italia y las guerras que las acompañaron. A partir de 1878 —el año de la ocupación de Bosnia y Herzegovina— las preocupaciones tendieron a presentarse en la dirección opuesta. Pero mientras Rusia se mantuvo ocupada en el Extremo Oriente, hasta su derrota por el Japón, en 1905, la estabilidad del Imperio de los Habsburgo no llegó a ser puesta a prueba. La situación no cambió hasta que Rusia, una vez más, volvió a dirigir su atención a Europa.

Z. A. B. Zeman

La crisis de Bosnia

La crisis de Bosnia y Herzegovina fue enormemente complicada. Nueve naciones estuvieron envueltas activamente en las prolongadas negociaciones que siguieron a la anexión de aquellas provincias por el Imperio Austro-húngaro. Pero por debajo del regateo sobre la fraseología de las notas diplomáticas, que constituyó gran parte de la crisis, latía la amenaza de que en cualquier momento ejércitos colosales se pusieran en marcha, convirtiendo a Europa en un vasto campo de batalla.

El problema bosníaco es importante porque de él arranca el asesinato de Sarajevo y en consecuencia la causa inmediata de la Primera Guerra mundial. Los juegos de manos del ministro austríaco de Asuntos Exteriores barón Lexa von Aehrenthal resultaron, a la postre, fatales para el Imperio Austro-húngaro, aunque de un modo inmediato le proporcionaran dos provincias a las que realmente tenía muy pocos derechos.

Antecedentes y proceso de la crisis

En 1875, Bosnia se sublevó contra el Imperio Otomano, del que formaba parte, y recibió ayuda de Servia y de Rusia. El Congreso de Berlín de 1878 dejó Bosnia y Herzegovina bajo la soberanía del Sultán, pero encargó su administración a Austria-Hungría.

En 1908, el Gobierno austro-húngaro se dispuso a hacer frente al asunto de los «eslavos del Sur», o yugoslavos (principalmente los croatas, eslovenos y servios, cuyas aspiraciones nacionales no se vieron colmadas hasta la constitución del Estado de Yugoslavia, en 1918). Aehrenthal se puso en relación con su colega ruso Alexander Izvolsky (reunión en Buchlau, Moravia, el 16 de septiembre), sabedor de que Rusia deseaba recuperar mediante algún éxito en el Próximo Oriente el prestigio perdido frente a los japoneses; parece ser que los ministros llegaron a un acuerdo: Rusia no se opondría a la anexión de Bosnia y Herzegovina por parte de Austria, a cambio de que la Doble Monarquía apoyara la revisión del Estatuto de los Estrechos (Bósforo y Dardanelos).

El 5 de octubre de 1908, Bulgaria proclamó su independencia (era autónoma). Al día siguiente, Austria anexionaba las dos provincias codiciadas. Y, naturalmente, Gran Bretaña, por boca de su ministro del Exterior, Edward Grey, anunció que no le parecía oportuno revisar la cuestión de los Estrechos en un momento en que Turquía había sufrido tales mutilaciones.

Ésta, por su parte, pidió y obtuvo una compensación económica de Austria por la pérdida de Bosnia y Herzegovina (dos millones de libras turcas) y logró de Bulgaria una suma, por daños y perjuicios, que en gran parte fue adelantada a los búlgaros por Rusia.

En cuanto a Servia, se negó a reconocer la anexión de Bosnia y Herzegovina por Austria (enero de 1909) y adelantó más de cuatro meses la llamada a filas de sus reclutas. Izvolsky, sermoneado por Gran Bretaña y por Francia en el sentido de que no apoyarían a Rusia si ésta respaldaba las pretensiones de los servios, desaconsejó a Belgrado una política de expansión territorial. Y, de hecho, éstos adoptaron una posición muy razonable. En cambio, Austria-Hungría se empeñó en considerar el caso como un asunto privado entre la Doble Monarquía y los servios.

Siguió un forcejeo en el que intervinieron todas las grandes potencias. Hasta 1918 no se supo que Alemania respaldaba completamente a Austria, de donde la insolencia de ésta. Finalmente Alemania impuso a Rusia la solución de que la anexión de Bosnia-Herzegovina fuese reconocida mediante un intercambio de notas entre las potencias. La propia Rusia quedaba encargada de que Belgrado aceptara esta solución. Aehrenthal había manifestado repetidamente su voluntad de un arreglo pacífico, pero ni un momento dejó de preparar la guerra. En el fondo, compartía el ideal del partido militarista austríaco de colocar en el trono de Servia a Francisco José.

Europa, al borde de la guerra

Esta crisis tuvo a Europa en vilo durante seis meses. Felizmente la guerra se evitó, pero a un alto precio. Aehrenthal obtuvo una victoria fugaz, pero no logró resolver la cuestión sudeslava, que se hizo más difícil que nunca después de la anexión, puesto que pasaban a ser más numerosos los eslavos del Sur que quedaban separados de sus hermanos de Servia. Además, Austria-Hungría tuvo que ver cómo Bulgaria pasaba a la esfera de influencia

1 Aehrenthal, de Austria-Hungría: dispuesto a demostrar que su país no era un satélite de Alemania. 2 Izvolsky, de Rusia: llevó la peor parte en su regateo con Aehrenthal. 3 Grey, de Gran Bretaña: ayudó a conseguir un compromiso. 4 Milonovich, de Servia: declaró que Bosnia-Herzegovina debía recibir la autonomía. 5 Bülow, de Alemania: «Desgarramos la tela de araña que nos envolvía.» 6 El príncipe Nicolás de Montenegro: creó complicaciones de última hora.

1

2

3

4

5

6




ALEMANIA
Praga
BOHEMIA
MORAVIA
Cracovia
GALIZIA
RUSIA
ESLOVAQUIA
Viena
RUTENIA
AUSTRIA
TIROL
Budapest
ESLOVENIA
CROACIA
HUNGRIA
RUMANIA
BOSNIA
Belgrado
Bucarest
Sarajevo
ITALIA
HERZEGOVINA
SERVIA
BULGARIA
SANJAK DE NOVI PAZAR
Sofía
MONTENEGRO
RUMELIA ORIENTAL
Escutari
Constantinopla
MACEDONIA
Salónica
TURQUIA
GRECIA
Atenas
Checo
Griego
Esloveno
Eslovaco
Retorromano
Rumano
Albanés
Croata
Osmanlí (turco)
Polaco
Tártaro
Alemán
Servio
Ruteno (ucraniano)
Valaco
Búlgaro
Italiano
Magiar (húngaro)
Macedonio

Izquierda: divisiones lingüísticas en Austria-Hungría y en los Balcanes. El número de pequeños Estados y lo diseminado de muchas nacionalidades hacían de esta zona el barril de pólvora de Europa. Los conflictos de esta agitada región, objeto de las ambiciones hegemónicas de varias potencias, fueron el inmediato antecedente de la Gran Guerra.

rusa. A Izvolsky le había ido aún peor. Entre él y Aehrenthal destruyeron la entente austrorrusa, que durante algunos años había mantenido un cierto equilibrio en los Balcanes.

Bülow, el canciller alemán, se jactaba de haber utilizado el peso de Alemania en el conflicto diplomático para mantener la paz en Europa, pero Rusia se sintió humillada por su intervención. Gran Bretaña y Francia la sintieron como una advertencia. Grey había pensado poner condiciones a Aehrenthal, apelando a la opinión pública y al derecho internacional, pero tuvo que acabar por someterse a los términos del austríaco. El éxito principal del ministro inglés consistió en evitar una invasión de Servia por Austria-Hungría.

Consecuencias de la crisis

Las potencias centrales, Austria-Hungría y Alemania, lograron una notable victoria diplomática, pero ésta resultó ser una victoria pírrica. Cuando las noticias del ultimátum alemán al Gobierno del Zar para que abandonase a su suerte a Servia llegaron a ser conocidas en Rusia (a fines de marzo), estalló contra Izvolsky una tempestad de indignación, aunque pronto cambió de objetivo y se dirigió contra Alemania, dando lugar a una hostilidad popular que creció continuamente hasta 1914, a pesar de los esfuerzos hechos de vez en cuando por los Gobiernos alemán y ruso para restablecer su anterior amistad. El Zar y el Káiser se reunieron en aguas de Finlandia en junio de 1909, pero eludieron las discusiones políticas.

Una conferencia paneslava, que tuvo lugar en San Petersburgo al mes siguiente, pidió a los pueblos balcánicos que esperasen pacientemente a que Rusia reorganizara su Ejército y su administración interior. En el verano de 1909 una delegación de la Duma fue calurosamente recibida en Gran Bretaña. El zar Nicolás visitó en Cowes al rey Eduardo VII, y tuvo una larga entrevista con Grey, en la que se llegó a un completo entendimiento en diversas cuestiones.



Caricatura francesa de 1908. Francisco José arranca Bosnia-Herzegovina del Imperio Turco, mientras el príncipe Fernando declara la independencia de Bulgaria. Abdul Hamid, por aquel entonces enfrentado a la revolución de los Jóvenes Turcos, contempla, impotente, esos desgarramientos de su antiguo Imperio.

«Desgarramos la tela de araña que nos envolvía»

En 1913, Bülow, al recordar el pasado inmediato, se jactaba de que «por medio de nuestra fuerza como potencia continental, desgarramos la tela de araña que nos envolvía». En realidad, la crisis preparó a Europa para la Gran Guerra. Antes de la crisis de Bosnia, las relaciones entre Rusia y Alemania habían sido buenas, pero la conducta alemana durante la crisis abrió una brecha insalvable entre los dos países. Las enemistades personales engendradas en 1908-1909, particularmente entre Aehrenthal e Izvolsky, contribuyeron en gran medida a las suspicacias que frenaron la tentativa de las potencias para negociar un arreglo de los problemas suscitados por el asesinato del archiduque Fernando en 1914. Además, Servia quedó amargamente resentida del desenlace de la crisis, y esperaba, más pronto o más tarde, ir a la guerra contra Austria-Hungría. Y Rusia, humillada en 1908, estaba decidida, en 1914, a no abandonar a Servia una vez más.

Bernadotte Schmitt

Nacionalismo servio: la «Mano Negra»

En la época de la crisis de Bosnia, el general Bor Mirkovich era cadete en la Academia Militar servia. Aquí ofrece su interpretación personal de la historia de Servia en aquel agitado período y explica cómo el ardor nacionalista inflama aquel pequeño Estado balcánico, que tanto contribuyó a las tensiones europeas.

1 **«Apis», fundador de la «Mano Negra».** *2* **Pasich, primer ministro servio.** *3 y 4* **El rey Alejandro y la reina Draga, asesinados en 1903.** *5* **Caricatura de Pedro I, titulada «el nuevo rey de Servia y su cetro».**





Al amanecer del día 29 de mayo de 1903 tuvo lugar un golpe de Estado en Belgrado, capital del reino de Servia. Un grupo de oficiales, dirigido por el capitán Dragutin Dimitrijevich («Apis»), mató al rey Alejandro Obrenovich (1889-1903) y a la reina Draga. Pedro I Karageorgevich, nieto de Kara-George, volvió del exilio y fue instalado en el trono de Servia.

El rey Pedro I y su nuevo Gobierno establecieron un régimen parlamentario, con una Constitución y todos los derechos democráticos. El Rey reinaba, pero el país era regido por el Gobierno y el Parlamento. El pueblo servio estaba satisfecho de haberse liberado del gobierno personal de los Obrenovich. Los funcionarios civiles y los oficiales del Ejército recibían puntualmente sus salarios, los prisioneros políticos eran puestos en libertad y la justicia estaba asegurada por tribunales independientes. Servia comenzaba a recuperarse.

Pero aunque todos los problemas internos iban siendo tratados con éxito, los objetivos de la política exterior del pueblo servio seguían sin cumplirse. En el siglo XIX, tras los levantamientos servios de 1804-1805 y 1815, sólo algunas de las provincias habían sido liberadas de la ocupación turca. Ahora la finalidad de la política exterior de Servia era liberar a todos los demás servios y unirlos luego en un gran Estado nacional. Tal objetivo no podía cumplirse inmediatamente. Se necesitaba mucha diplomacia y mucha paciencia para la realización de aquel ideal nacional. La política de las grandes potencias respecto de Turquía no era unánime, ya que algunas se oponían a la liberación de aquellos territorios eslavos que seguían bajo dominio turco.

Después de los sucesos de mayo, todas las posiciones clave del Ejército servio fueron ocupadas por los oficiales participantes en el golpe. Todas las guarniciones quedaron en manos de los hombres de Apis; los oficiales indeseables podían ser destituidos mediante una simple llamada telefónica.

Que un teniente o un capitán de «Apis» pudiese eliminar de este modo a su coronel, era un serio problema. La situación había llegado a preocupar al Gobierno, y resultaba desagradable para todos los demás oficiales del Ejército.

No obstante, Apis y sus amigos eran estimados por el Ejército y por el pueblo servio. Se les consideraba oficiales honrados y capacitados: lo más selecto del Ejército; tanto éste como el pueblo reconocían su gran patriotismo, porque propugnaban la liberación sin tardanza de los restantes servios y su unificación en la patria común. Eran especialmente populares entre aquellos servios que vivían bajo la ocupación turca o austro-húngara.

Para que se pueda penetrar en la motivación que había bajo aquellas ideas en la mente del pueblo servio, y entender mejor la creación de la influyente organización secreta «Mano Negra», debemos examinar lo que sucedía en esos momentos en dos regiones de población servia: la Antigua Servia (la zona sudoccidental) y Macedonia, y Bosnia-Herzegovina. Ambas regiones servias estaban en aquellos momentos ocupadas: la Antigua Servia y Macedonia por Turquía; Bosnia-Herzegovina, por Austria-Hungría. En ambas estaban siendo usurpados los derechos servios: en la Antigua Servia y Macedonia, por los búlgaros; en Bosnia-Herzegovina, por Austria-Hungría. Naturalmente, el destino de todos estos compatriotas preocupaba mucho en Servia. Veamos en primer lugar la situación en la Antigua Servia y Macedonia.

Antigua Servia y Macedonia

Cuando, en 1870, se creó un exarcado en Bulgaria, se dio a los búlgaros el derecho de cuidar y supervisar la vida religiosa de los servios en la Antigua Servia y Macedonia. Aprovechándose de esos derechos, Bulgaria envió a dichos territorios no solamente obispos, sino también sacerdotes y maestros búlgaros. Éstos presionaban a los servios para que adoptasen la nacionalidad búlgara, y los que se resistían eran perseguidos de maneras diversas. Pero, al no poder conseguir resultados satisfactorios mediante esos métodos, Bulgaria aumentó su presión, en 1903, mediante el envío de grupos terroristas. Aquellas bandas aterrorizaban a los

servios para que se declararan búlgaros. El terror y los crímenes alcanzaron su culminación en los años de 1904 a 1906 (143 notables asesinados, y otros 151 crímenes perpetrados contra servios). La población comenzó, como resultado de esto, a organizar su defensa local. Poco después, algunos voluntarios aislados, procedentes de Servia, cruzaron ilegalmente la frontera para ayudar a sus hermanos (el Gobierno servio no autorizaba por aquel entonces tal acción). Después de dos años de estériles protestas diplomáticas a Bulgaria, y bajo la influencia de la opinión pública, el Gobierno de Servia se vio obligado a permitir que sus propios grupos de guerrilleros armados fuesen a la Antigua Servia y Macedonia para proteger a la población hermana. En un principio eso se hizo discretamente, a través de una organización secreta recién formada, «Defensa Servia», y, más tarde, de un modo oficial. Incluso se enviaron oficiales del Ejército servio, después de comprobar que los búlgaros hacían lo mismo.

La situación en la Antigua Servia y en Macedonia se resolvió, por último, a favor de los servios. Después de las guerras victoriosas contra Turquía (1912) y Bulgaria (1913), las mencionadas zonas fueron devueltas a Servia. La situación en Bosnia-Herzegovina iba a tener un desenlace más trágico.

El levantamiento bosnio

Servia había deseado en muchas ocasiones liberar a Bosnia y Herzegovina de Turquía, pero las grandes potencias siempre se lo habían impedido. Todavía existe en Belgrado un monumento al rey Miguel Obrenovich (1839-1842; 1860-1868). Miguel, a caballo, apunta con el dedo índice de su diestra hacia Bosnia, manifestando su deseo insatisfecho: la liberación de esas tierras.

En agosto de 1875 los bosnios iniciaron un levantamiento para su liberación. Servia y Montenegro estaban dispuestas a ayudarles a fondo, pero las grandes potencias lo impidieron para conservar el equilibrio del poder. En plena lucha por la liberación de Bosnia y Herzegovina, el ministro austro-húngaro Andrássy y el canciller ruso Gorchakov se reunieron en Reichstadt (9 de julio de 1876) y determinaron el destino de Bosnia, decidiendo que tenía que ser entregada a Austria-Hungría.

En el Congreso de Berlín de 1878 las grandes potencias dieron a Austria-Hungría un mandato para que ocupase y gobernase Bosnia-Herzegovina. Durante los treinta años de su dominio, Austria-Hungría trató de destruir el carácter servio de la provincia mediante la creación de una nacionalidad bosnia y la conversión de los servios al catolicismo, prohibiéndoles la celebración del Día de San Sava, el gran santo servio, y el canto de canciones populares épicas servias. Estas canciones recordaban al pueblo su glorioso pasado, cuando, bajo el emperador Dusau (1331-1355), Servia era una gran potencia europea.

El 6 de octubre de 1908 Austria-Hungría tomó la decisión arbitraria de incorporar a su Imperio los territorios de Bosnia y Herzegovina. Servia quedó estupefacta, pero Austria-Hungría la amenazó con la guerra. Así, el 31 de marzo de 1909, Servia se vio obligada a publicar una declaración en la que reconocía que la nueva situación de Bosnia-Herzegovina no transgredía sus derechos.

La anexión de Bosnia y Herzegovina fue aceptada por el Gobierno, pero no por el pueblo servio ni por el de Bosnia, ni por el de Montenegro; menos aún iba a ser aceptada por los oficiales servios, los conspiradores de 1903. Su patriotismo no conocía el miedo.

Después de la anexión, las filas de los camaradas de Apis se escindieron en dos grupos. Uno de éstos aceptaba la política del Gobierno y el otro no. Apis permaneció a la cabeza de este segundo grupo. Con sus seguidores fundó, en 1911, un movimiento secreto, «Unión o Muerte». Su organización fue llamada más tarde «Mano Negra», y el grupo disidente pasó a ser conocido por «Mano Blanca», y fue dirigido por el oportunista general Zivkovich.

El código heroico de la «Mano Negra»

El objetivo de la «Mano Negra» era la liberación de todos los servios sometidos a dominio extranjero y su incorporación al reino de Servia. Una de sus tareas era establecer vínculos secretos y colaborar, sin el conocimiento del Gobierno, con diversas organizaciones secretas servias en zonas de ocupación extranjera. Esa colaboración tenía que hacerse en forma de propaganda y de acciones terroristas en los territorios ocupados. Los miembros tenían que efectuar una declaración escrita de fidelidad, en la que juraban servir a la causa concienzudamente, ejecutar estrictamente todas las órdenes, y, si fuera necesario, entregar sus vidas en el cumplimiento de su deber.



Monumento al rey Miguel Obrenovich que se conserva en Belgrado. El dedo índice del monarca apunta hacia Bosnia.

Cuando, en 1914, Austria-Hungría anunció maniobras militares en Bosnia, en la frontera servia, el anuncio sonó como una amenaza directa, y cuando a éste siguió la noticia de que el príncipe heredero Francisco Fernando iba a hacer una visita oficial a la capital de Bosnia, Sarajevo, el 28 de junio, los servios de Bosnia se sintieron provocados. La fecha coincidía con la de la gran batalla de Kosovo (28 de junio de 1389), en la que los servios habían combatido heroicamente, hasta el último hombre, contra los turcos. Aquel incidente hirió el orgullo servio, y motivó que unos jóvenes patriotas bosnios asesinasen al príncipe Francisco Fernando durante su visita a Sarajevo. Ello, a su vez, proporcionó a Austria-Hungría un pretexto para declarar la guerra a Servia. Los acontecimientos desembocaron en la Primera Guerra Mundial.

Incluso antes de la guerra, Apis y sus seguidores habían roto con su Gobierno, que encontraba embarazosa a la «Mano Negra». Cuando, durante la guerra, Austria inició conversaciones secretas con los aliados para un tratado de paz separado, la misma existencia de Apis y de la «Mano Negra» pasó a ser un obstáculo importante para el éxito de este plan. El Gobierno servio se encontró frente a un problema que tenía que resolver sin demora. El primer ministro Pasich preparó secretamente un falso atentado contra la vida del regente Alejandro, y Apis fue acusado del hecho. Un tribunal de guerra, en Salónica, le condenó a muerte, y Apis fue fusilado el 27 de junio de 1917 por un crimen que nunca cometió.

B. Mirkovich

Rivalidades en Macedonia

Entre los eslavos sometidos, los macedonios eran los más numerosos y hablaban una lengua similar a la búlgara. El paneslavismo había ayudado a crear el Estado búlgaro, y éste lo utilizaba para obtener la adhesión de los eslavos macedonios.

En los últimos años del siglo XIX, Macedonia era, a consecuencia de las divisiones religiosas, un país desgarrado por rivalidades y venganzas locales. El desorden se veía aumentado por las tradicionales depredaciones de los albaneses y por las actividades de los *kleftas* o *haiduks*, aquellos pintorescos bandidos que, desde sus bastiones montañeses, desafiaban a los turcos que oficialmente les gobernaban, y que «protegían» las aldeas más remotas. Sus emocionantes hazañas, fuesen realidad o ficción, eran ensalzadas en cantos y fábulas.

Por aquel tiempo, los Gobiernos nacionales de Grecia, Bulgaria y Servia, e incluso de Rumania (los rumanos pretendían que los valacos eran de su misma estirpe), pensaban en algún género de expansión por Macedonia, y habían empezado a intensificar su propaganda. Ésta se basaba en argumentos históricos, etnológicos y lingüísticos, y se destinaba tanto al consumo interno como a la búsqueda de simpatías externas. Rusia y Austria-Hungría estaban muy interesadas —por razones opuestas— en la marcha de las cosas en Macedonia: Rusia, por su apoyo a los eslavos; Austria-Hungría, porque temía que los pueblos eslavos del Sur comprendidos en sus dominios (croatas, eslovenos y servios) experimentaran el efecto de un fuerte movimiento paneslavo en los Balcanes. Los intereses de Gran Bretaña, Francia y Alemania en Macedonia eran menos directos, pero estas potencias no podían tampoco ignorar por completo la agitada situación, ya que ésta podía conducir al hundimiento del tambaleante Imperio Turco, con todo lo que ello implicaría para el equilibrio del poder en Europa.

Primeras bandas armadas

Ya antes de finalizar el siglo, griegos y búlgaros habían empezado a enviar a Macedonia bandas armadas. Pero los griegos sufrieron, en 1897, una severa derrota a manos de los turcos; ni sus bandas armadas ni sus tropas regulares habían sabido explotar los éxitos iniciales, y no pasó mucho tiempo antes de que los griegos emprendiesen una precipitada y desordenada retirada, que dejó abierto el camino de Atenas. En aquella ocasión, Grecia fue salvada por la intervención de las potencias extranjeras y, si bien tuvo que dar garantías de que no organizaría la subversión en territorio turco y hubo de someterse a un cierto grado de control financiero internacional, sus pérdidas territoriales fueron pequeñas.

Aunque la derrota griega contribuyó en cierta medida a disuadir al Gobierno búlgaro ante la evidencia de que el poder militar turco no era nada despreciable, existían en Bulgaria y en Macedonia grupos que aprovecharon la oportunidad ofrecida por los apuros de Grecia para presionar más duramente y crear una situación que, cuando se produjese la esperada emancipación de la Turquía europea, asegurase la caída de Macedonia en manos de Bulgaria. Estos grupos, dándose cuenta de que la propaganda religiosa y educativa búlgara estaba siendo socavada por griegos y servios, y de que iba perdiendo terreno, empezaron a enviar a Macedonia organizaciones armadas que, después de formar bandas locales, iban a presionar a las aldeas y a obligarlas a declararse favorables al exarcado de Bulgaria. Estas bandas estaban formadas, en buena parte, por macedonios —casi todos procedentes de las escuelas búlgaras locales— que, no pudiendo encontrar trabajo en su propio país, habían emigrado al Principado.

Otros hombres salidos de estas mismas escuelas habían fundado, ya en 1893, la Organización Revolucionaria Interior de Macedonia (O.R.I.M.), cuyo objetivo no era tanto la unión con Bulgaria (aunque ansiaban recibir armas y dinero del Principado) cuanto un cierto grado de autonomía dentro del Imperio Turco. Esperaban que algún día esa autonomía se convertiría en plena independencia. En esa organización había muchos socialistas, e incluso anarquistas, que exhibían ante los aldeanos no solamente el ideal de la autonomía, sino también ideales de reforma social: reducción de impuestos, redistribución de las tierras, abolición de la usura, estable-

Un grupo rebelde de montañeses macedonios. La fotografía es de 1903.



Derecha: **1903: los revolucionarios se defienden con granadas primitivas. Casi todas las naciones balcánicas trataban de desgajar del dominio turco zonas de Macedonia. Pero aquí los turcos defendieron con éxito su autoridad.**



cimiento de bancos agrícolas. En suma, todo un programa socialista. En términos de política exterior, se oponían a los nacionalistas conservadores de Sofía, desconfiaban de Rusia, ponían más bien sus esperanzas en los liberales de Francia y Gran Bretaña y, aunque algunos de ellos tenían relaciones con macedonios y búlgaros, no admitían la posibilidad de perder el control del movimiento.

Rivalidad de organizaciones

Esa rivalidad entre las organizaciones «interior» y «exterior» debilitó desde el principio el frente búlgaro en Macedonia. En cualquier caso, ninguna de las dos organizaciones era intrínsecamente importante (el movimiento exterior no gozó nunca de un apoyo pleno y continuo del Gobierno búlgaro ni del príncipe Fernando de Bulgaria); ambas preferían poner sus esperanzas en una solución diplomática del problema macedonio, y se daban por satisfechas con que hubiese la agitación necesaria para mantener la atención de las potencias europeas fija en Macedonia. En cuanto al movimiento interior, era un laberinto de rivalidades locales y no logró conseguir una posición verdaderamente dominante: su socialismo, que nunca fue intensamente predicado, encontró escaso eco, y sus principales victorias se obtuvieron mediante la colaboración con el movimiento exarquista (por el cual no sentía verdaderas simpatías), obligando a las aldeas a unirse a la Iglesia Búlgara y estableciendo en ellas bandas a las que distribuían armas anticuadas. Lo que es más, el movimiento se encontraba mezclado con los *kleftas* locales (los verdaderos ídolos del pueblo), que estaban muy lejos de admitir órdenes y que, en muchos casos, traicionaban a los revolucionarios ante los turcos. Con el transcurso del tiempo, y a medida que se desarrollaba el contramovimiento griego, la mayoría de los *kleftas* se inclinaron del lado de los griegos, y fueron en general bien recompensados por sus servicios.

La reaparición de los griegos

Durante el período 1900-1903, las organizaciones locales griegas, que habían existido de una forma u otra durante décadas, sobrevivieron gracias a la protección de los *kleftas*, delatando a la Policía y al Ejército turcos a los revolucionarios de la O.R.I.M., y exhortando (por medio de sus obispos) a las autoridades turcas a defender los derechos de la Iglesia Ortodoxa. Los turcos estaban bien dispuestos a apoyar a los griegos contra los eslavos, porque los griegos, al fin y al cabo, no tenían vínculos con Rusia. Habían establecido ya en Macedonia fuerzas considerables, que en 1902 superaron con facilidad un intento de rebelión, promovido por la organización exterior en la Macedonia nordoriental, y el levantamiento de 1903, dirigido principalmente por la O.R.I.M., en Macedonia occidental. En ninguna de las dos ocasiones apoyó el pueblo a los revolucionarios, y, ayudadas por ciertos *kleftas* (que luchaban por su cuenta), las fuerzas turcas vencieron a los revolucionarios eslavos. No lograron, empero, destruir por completo este movimiento ni acabaron con las bandas que asesinaban a los partidarios del patriarcado de Constantinopla y obligaban a las aldeas a declararse en favor del exarcado de Bulgaria. El helenismo continuaba en peligro.

Pero ya se habían desarrollado en Atenas organizaciones «exteriores» que habían empezado a ayudar a los griegos de Macedonia. En 1904 el Gobierno griego, que ya había enviado dinero, decidió asignar oficiales griegos a sus consulados en Macedonia, y despachar agentes —con el disfraz de maestros de escuela, comerciantes y gerentes de fábrica— a las ciudades y pueblos más importantes: tales agentes iban a formar bandas locales y a organizar la resistencia. Poco después, el Gobierno griego envió a Macedonia bandas formadas en Grecia y constituidas por oficiales del Ejército griego, cretenses y otros voluntarios. Aquellas bandas, que muchas veces eran reforzadas por grupos locales, para volver a dividirse luego en unidades operativas con el adecuado número de hombres, estaban dirigidas desde los consulados de Monastir y Salónica. En estas dos ciudades, como en todas las de mayor importancia, había fuertes organizaciones para aprovisionar a las bandas, reunir información, transmitir órdenes y proporcionar ayuda económica a las actividades terroristas.

En conjunto, los movimientos griegos interior y exterior trabajaban de un modo armónico; además, las finalidades nacionalistas propuestas por la monarquía nacional griega no solían estar en conflicto abierto con las más conservadoras de los partidarios del patriarcado, porque tanto los «patriarquistas» como los nacionalistas griegos se ocupaban ante todo de la tarea común y primordial de detener el progreso eslavo en Macedonia, sin preocuparse mucho de cuál fuese la situación final en el país. Aquel movimiento en dos frentes (el nacional y el del patriarcado) reforzaba el helenismo, sobre todo en tanto que el objetivo del patriarcado —conservar entre los eslavos la Iglesia Griega— no era inaceptable para los turcos, los cuales deseaban al menos mantener un equilibrio entre el patriarcado de Constantinopla y el exarcado de Bulgaria.

Durante cinco largos veranos, de 1904 a 1908, y, en menor escala, también durante los inviernos, los bandidos griegos (que no solían pasar de un millar en toda Macedonia) hicieron una guerra implacable, a menudo en connivencia con los turcos, a las bandas de la O.R.I.M. y a las aldeas exarquistas. En tal conflicto pusieron de manifiesto una clara superioridad militar. Entrados en escena bastante más tarde que sus adversarios, supieron estructurar la mejor organización militar y sufrieron muchas menos bajas que la O.R.I.M., que pagaba constantemente un pesado tributo de sangre a los turcos. En 1907 la O.R.I.M. estaba ya en declive, y en el verano de 1908 su derrota en la mayoría de las regiones era inminente.

Un momento de calma en la lucha

Pero aquel año la revolución de los Jóvenes Turcos aportó, como por arte de magia, un momento de calma en las luchas entre la O.R.I.M. y los griegos. Muchos dirigentes eslavos, especialmente aquellos que sostenían opiniones socialistas, se esforzaron en encontrar su acomodo en el nuevo orden político que los Jóvenes Turcos parecían a punto de organizar. Es verdad que las luchas, aunque a menor escala, se renovaron más tarde; pero en 1909 los griegos, sin estar ni mucho menos en un momento ascensional, habían detenido los progresos del exarcado y, en unión con los servios (que habían librado su propia batalla macedónica), habían alejado —al menos para los años inmediatos— la amenaza de una Macedonia autónoma. Por lo demás, en aquellos momentos había cambiado mucho la situación política general: la propia Grecia había experimentado trastornos políticos; el viejo entendimiento entre Austria-Hungría y Rusia había dejado de existir; las potencias balcánicas se estaban armando aceleradamente y comenzaban a cambiar de actitud. Como resultado de todo ello iba a abrirse un nuevo capítulo en la historia de los Balcanes: la formación de la Liga Balcánica, y las guerras balcánicas, en las que Grecia y Servia ganarían, con mucho, las partes más extensas del territorio de Macedonia.

Douglas Dakin

El «gran garrote» de Roosevelt

«Nuestro lugar entre las naciones debe estar muy arriba. Podemos tener grandes fracasos o grandes éxitos; pero no podemos rehuir el empeño del que deben llegar los grandes fracasos o los grandes éxitos. Aun cuando quisiéramos, no podemos desempeñar un papel insignificante.»
(Theodore Roosevelt, 1902.)

Roosevelt nació, en el seno de una antigua familia holandesa que había prosperado en la banca, el 27 de octubre de 1858, en una casa de la calle Veinte de Nueva York. A los quince años había realizado ya dos viajes por Europa. Delgado, asmático y miope, decidió alcanzar buena forma física y se enorgullecía de haberlo conseguido. En Harvard demostró afición al estudio y al boxeo. En 1880 recibió el grado de Bachelor of arts *y poco después se casaba con Alice Hathaway Lee.*

Muerto su padre y en posesión de una holgada herencia, partió con su esposa en viaje por Europa. Nombrado 2.º lugarteniente del 8.º Regimiento de la Guardia Nacional de Nueva York, empezó su carrera política como representante del distrito 21. Muerta su esposa en febrero de 1884, contrajo, en diciembre de 1886, nuevas nupcias con Edith Kermit Carow, de la que tuvo cinco hijos.

Además de obras de historia, escribió algunas biografías y varios libros sobre caza, sus experiencias militares en Cuba y su pensamiento político.

Actuó en la Asamblea del Estado de Nueva York de 1882 a 1884 y descubrió ser un vigoroso orador. En 1889 fue nombrado comisario de la Administración de los Estados Unidos. En 1895 era presidente de la Junta de Comisarios de Policía de Nueva York, y, dos años después, subsecretario de Marina.

Al estallar la guerra de Cuba, el coronel Roosevelt dirigió con éxito, en 1898, una carga en la colina de San Júan. En 1900, cuando McKinley presentó su candidatura por segunda vez, fue propuesto para la vicepresidencia. Se posesionó del cargo en marzo de 1901 y el 14 de septiembre del mismo año se convirtió, al ser asesinado McKinley, en el vigesimosexto presidente de los Estados Unidos.

Roosevelt se adhirió al movimiento progresista y reformista y, en política exterior, fue partidario del "gran garrote". Elegido presidente en 1904, pudo haber presentado nuevamente su candidatura en 1908, pero escogió como candidato a William Howard Taft. Recibió en 1906 el Premio Nobel de la Paz.

Establecido Taft en la Casa Blanca, «Teddy» realizó un safari en Africa y luego viajó con su esposa por el Sudán, Egipto y Europa.

De regreso a Nueva York, encontró dividido el Partido Republicano. En febrero de 1912 anunció su vuelta a la lid como candidato republicano a la presidencia, pero, derrotado en la convención de junio, sus partidarios le eligieron candidato por el Partido Progresista. Durante su campaña electoral fue herido por un balazo, pero quiso pronunciar todavía su discurso antes de ingresar en el hospital. Batió a Taft, pero la escisión de los republicanos llevó a Wilson a la Casa Blanca.

Cuando en 1914 Europa entró en guerra, Roosevelt sostuvo que los Estados Unidos debían mantener una actitud dura. En 1918 falleció en su finca de Oyster Bay.

Theodore Roosevelt. En su opinión, el presidente de la República no debía hallar obstáculos internos en la conducción del país, ni siquiera si dichos obstáculos provenían del Parlamento.



Theodore Roosevelt, que entró en la Casa Blanca en septiembre de 1901, después del asesinato de William McKinley, fue el primer presidente que se dio perfecta cuenta de las responsabilidades que imponía el poder económico, industrial y militar de los Estados Unidos, país que no podía pensar en quedar al margen de la política mundial. Consideraba con gran realismo la forma en que debía ejercerse este poder. Deseaba ver a los Estados Unidos lo bastante fuertes para defender su seguridad nacional en todas las circunstancias y, en un mundo dominado por el tenso juego de las rivalidades nacionales, preparados para ejercer su influencia y evitar el estallido de una guerra general. Según él, los Estados Unidos estaban destinados a convertirse en «el equilibrio de fuerzas del mundo entero», y, dado que habían de preocuparse primordialmente de sus propios intereses, podían advertir que éstos prosperaban mejor en un mundo en paz.

Un joven e impetuoso imperialista

En los primeros años de su carrera, y si dejamos a un lado su fe en el destino nacional de Norteamérica, nada permitía adivinar el sentido de responsabilidad y la moderación que habían de caracterizar su gestión de la política exterior como presidente. Cuando joven, su actitud había sido belicosa e impetuosa-

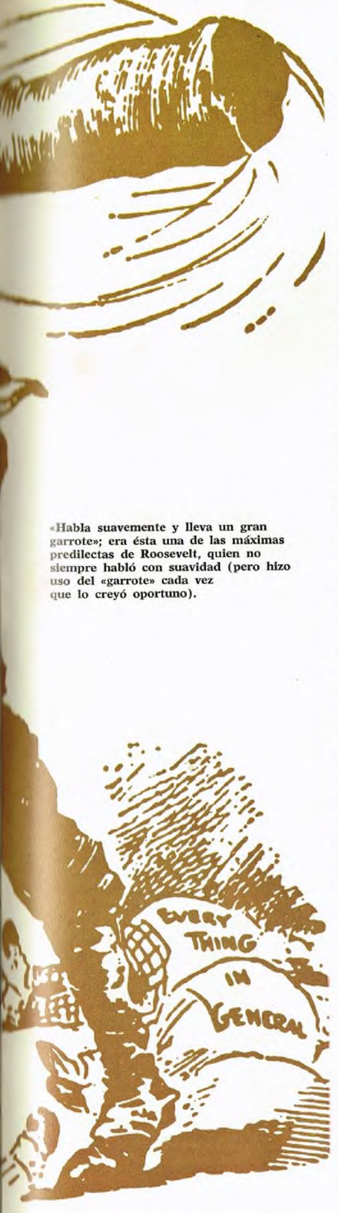
mente imperialista. Durante una tensión entre los Estados Unidos y Chile, en 1891, acogió con entusiasmo la posibilidad de abrir las hostilidades. Cuando cuatro años más tarde tuvo lugar una disputa, por una cuestión de límites fronterizos de Venezuela, entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, Roosevelt fue uno de los primeros norteamericanos que se mostraron dispuestos a defender la doctrina Monroe, aun a riesgo de provocar la «guerra inconcebible» entre las dos naciones anglosajonas. «Que venga la guerra si ha de venir», escribió. «Me tiene sin cuidado que nuestras ciudades de la costa puedan ser bombardeadas; nos apoderaríamos del Canadá.» Más belicista aún se mostró al apoyar la intervención norteamericana en Cuba, contra el Gobierno español. El joven Roosevelt no fue precisamente una «paloma»; era un «halcón» entusiasta, dispuesto a aceptar la guerra por la guerra.

Sus ambiciones expansionistas parecían entonces ilimitadas. El futuro presidente fomentó la extensión del dominio territorial norteamericano, tanto en el Caribe como en el Pacífico. Puso gran interés en que el canal de Panamá fuera construido por los norteamericanos, y estaba convencido de que los Estados Unidos debían asegurarse una posición adecuada para defenderlo.

Cuando en 1900 se concluyó el primer tratado Hay-Pauncefote con Gran Bretaña, en virtud del cual los ingleses renunciaban a sus antiguos intereses en el istmo, pero no reconocían el derecho de los Estados Unidos a fortificar un futuro canal, Roosevelt fue uno de los que insistieron en la revisión del documento, declarando que el único tratado aceptable era el que otorgara a los Estados Unidos el completo control del canal en la guerra y en la paz. El segundo tratado de Hay-Pauncefote, que incorporaba tal revisión, fue uno de los primeros que el Presidente envió al Senado para su aprobación.

El concepto que tenía del papel que su país debía desempeñar en el Pacífico se basaba en las ideas de Alfred Thayer Mahan sobre la trascendencia del poder naval. Apoyaba con entusiasmo la construcción de una gran flota y la adquisición de bases ultramarinas: trabajó enérgicamente por la anexión de las islas Hawai, y en 1898, en vísperas de la guerra con España, supo ver que la remota colonia española de las Filipinas ofrecía una gran oportunidad para la expansión norteamericana; entonces era subsecretario de Marina, y, como tal, des-





«Habla suavemente y lleva un gran garrote»; era ésta una de las máximas predilectas de Roosevelt, quien no siempre habló con suavidad (pero hizo uso del «garrote» cada vez que lo creyó oportuno).

pachó las órdenes para el ataque del comodoro Dewey contra las Filipinas y para la ocupación de las islas, que se proponía arrebatar a España.

A pesar de estas ideas agresivas y de este entusiasmo bélico, cuando como presidente hubo de asumir la dirección de la política exterior, las responsabilidades del cargo le indujeron a moderarse. Continuó trabajando en la obtención de mayores asignaciones para la Marina, y contribuyó a que durante su mandato se añadieran a la flota norteamericana diez acorazados y cuatro cruceros. Pero abandonó toda nueva idea de expansión imperialista, y, con notable realismo, aceptó las limitaciones del poder nacional. Dondequiera que existía un peligro real e importante de conflicto, fuera en Asia o en Europa, Roosevelt empleó la moderación y se mostró partidario de la paz, en contraste con la belicosidad de sus días juveniles.

Aunque más tarde expuso la idea de una organización internacional —una Liga de la Paz— destinada a mantener el orden entre las naciones, durante su etapa presidencial no consideraba aún realizable tal idea. «Todavía no existe ninguna probabilidad —escribió en 1908— de poder establecer una fuerza internacional... que pueda frenar efectivamente la maldad.» Ardiente nacionalista, no estaba dispuesto a aceptar limitación alguna a la libertad de acción norteamericana, de modo que cuando promovía tratados de arbitraje como posibles medios de resolver disputas internacionales, insistía en excluir aquellas cuestiones que afectaran a los intereses estadounidenses. Su fórmula para la paz mundial era la de un equilibrio de fuerzas entre las naciones más importantes —«las naciones que realmente están a la cabeza de la civilización»—, y donde los Estados Unidos asumieran plenamente su parte de responsabilidad.

En sus planteamientos contaba con la estrecha cooperación de Gran Bretaña. Algunas veces criticó la política inglesa, y en realidad no era anglófilo; pero creía que un conflicto abierto entre las dos naciones anglosajonas era inconcebible. Existían toda clase de razones para creer, escribió refiriéndose a Gran Bretaña, que «sus intereses y los nuestros seguirán líneas paralelas en el futuro».

Roosevelt se ocupó personalmente de los asuntos exteriores; fue él quien «hizo» la política exterior norteamericana entre 1901 y 1909. Tanto John Hay, su primer secretario de Estado, como Elihu Root, que ocupó el cargo tras la dimisión de Hay en 1905, eran hombres muy capaces, pero fueron poco más que agentes diplomáticos de la política dictada por el Presidente. Roosevelt ignoró con frecuencia a los funcionarios del Departamento de Estado y a los embajadores norteamericanos, gracias a sus estrechos contactos personales con los enviados diplomáticos en Washington y con los ministros de Asuntos Exteriores o los jefes de Estado europeos. Después de su retirada de la presidencia, en 1909, se jactaba de que tanto en la dirección de la política exterior como en la política nacional, había hecho uso de «todo el poder del cargo». Tenía una absoluta confianza en sí mismo; convencido de que sus acciones eran siempre correctas, porque reflejaban sus propias ideas de justicia y moralidad, creía que éstas no sólo eran importantes por sí mismas, sino que habían dado nueva fuerza al cargo de presidente.

En la evolución de las relaciones entre los Estados Unidos y los países de la América Latina, Roosevelt no siempre siguió el rumbo moderado que caracterizó su política en otras partes del mundo. Consideraba que la seguridad del país requería establecer su dominio en el Caribe y una decisiva influencia en todo el continente americano. Su determinación de salvaguardar lo que consideraba intereses nacionales de los Estados Unidos frente a la posible intrusión de cualquier potencia europea le condujo a actuar unilateralmente, sin tener en cuenta las susceptibilidades de las naciones latinoamericanas.

La política del «gran garrote»

Ejemplo del celo que Roosevelt ponía en la realización de su propia política fue el asunto de la construcción del canal de Panamá.

Pero todavía más importante que ello fue la evolución de lo que se ha llamado el «corolario Roosevelt» a la doctrina Monroe, por el cual los Estados Unidos asumieron la responsabilidad de mantener la estabilidad de las pequeñas naciones latinoamericanas cuya actitud en cuanto al pago de sus deudas exteriores podía alentar intentos de intervención europea. En 1902, cuando Alemania trató de forzar a Venezuela al cumplimiento de ciertas obligaciones financieras, se produjo una situación complicada; en circunstancias todavía no aclaradas, Roosevelt ejerció con éxito una presión que condujo al arbitraje de la disputa. La ocasión en que se formuló el corolario Roo-



Roosevelt en Panamá. A su lado, el presidente de la nueva nación centroamericana que, de hecho, era un protectorado de los Estados Unidos. Desde la tribuna, «Teedie» dirige la palabra a algunos miembros del contingente militar norteamericano.

sevelt, sin embargo, fue dada por un incumplimiento semejante de la República Dominicana, dos años más tarde; Roosevelt temió que el caso pudiera conducir a una violenta intervención europea.

Pensando, sin duda, en la política interna de la República Dominicana, Roosevelt declaró, en su mensaje anual al Congreso, en 1904, que los Estados Unidos no tenían ningún género de intenciones agresivas hacia sus vecinos latinoamericanos, a quienes advirtió, empero, que debían mantener el orden y pagar sus deudas. «Un mal comportamiento crónico o una debilidad que dé por resultado el relajamiento de los lazos de la sociedad civilizada —dijo— pueden acabar exigiendo, en América como en cualquier parte del mundo, la intervención de una nación civilizada.» Luego declaró explícitamente que en el hemisferio occidental, de acuerdo con los principios de la doctrina Monroe, esta obligación podía forzar a «los Estados Unidos, aunque contra su voluntad, a ejercer una función de policía internacional».

Luego, se dispuso a iniciar esta política mediante la firma de un acuerdo con la República Dominicana en virtud del cual los Estados Unidos asumían la dirección de las finanzas dominicanas y disponían la asignación de fondos procedentes de la recaudación de las aduanas para hacer frente a los pagos de la deuda exterior. Cuando el Senado se negó a aceptar este acuerdo o un tratado en tales términos, Roosevelt se mostró dispuesto a dirigir la política exterior según su criterio y a continuar su programa sin la aprobación del Senado.

Su acción llevó en realidad al establecimiento de un protectorado norteamericano sobre la República Dominicana. Cuba había caído ya en una situación parecida; a pesar de haber conseguido su independencia después de la guerra hispano-norteamericana, un tratado en el que se incorporó la llamada «enmienda Platt» dispuso que la joven república quedaría sujeta a la intervención norteamericana si se mostraba incapaz de mantener un Gobierno estable. También Panamá podía considerarse un protectorado en virtud del tratado de 1903, que no solamente cedía la Zona del Canal a los Estados Unidos, sino que erigía a éstos en garantizadores de la independencia de Panamá. En los años sucesivos, durante la gestión de los presidentes Taft y Wilson, se establecieron otros protectorados en cumplimiento de las condiciones prescritas en el corolario Roosevelt, lo cual provocó nuevas demostraciones de fuerza norteamericanas en áreas consideradas vitales para la seguridad de los Estados Unidos. Tal línea de actuación ha sido, desde los tiempos de Roosevelt, un rasgo fundamental de la política exterior norteamericana.

La reacción de las naciones latinoamericanas a la política de Roosevelt, en el asunto de Panamá o respecto de la intervención en la República Dominicana, no fue entonces tan hostil como algunas veces se ha afirmado. Ninguna de estas dos intervenciones provocó hacia el imperialismo yanki el recelo y la desconfianza que iban a enturbiar cada vez más las relaciones entre los países latinoamericanos y los Estados Unidos. Mucho más que la política de Roosevelt fue la de sus sucesores la que fomentó el temor a la dominación norteamericana. En 1904, los países latinoamericanos aún creían que los Estados Unidos los estaban protegiendo de Europa.

La política asiática de Roosevelt justifica plenamente su fama de estadista. Aceptó la política «de puerta abierta», que implicaba la libertad de comercio con China y la conservación de la integridad territorial de este país. También advirtió el peligro de que una actitud agresiva pudiese llevar a los Estados Unidos a un conflicto innecesario con el Japón. Su objetivo era buscar un entendimiento entre Washington y Tokio que salvaguardara los legítimos intereses de los dos países y asegurase la estabilidad en el Pacífico.

Cuando en 1904 estalló la guerra entre Rusia y el Japón, Roosevelt comenzó simpatizando plenamente con los japoneses, porque estaba convencido de que las ambiciones de Rusia constituían la más grave amenaza para la paz mundial. Sin embargo, a medida que el Japón fue alcanzando una serie de espectaculares victorias, empezó a temer que sus nuevas ambiciones imperialistas pudieran conducirle a intentar una ulterior expansión en el continente asiático. Su intervención en favor de la paz trataba de limitar el crecimiento del poderío japonés asegurando a Rusia una posición permanente en Asia. El objetivo de su política era un estado de «antagonismos equilibrados», de forma que el Japón y Rusia ejerciesen entre

sí una recíproca acción moderadora. Esto contribuiría a defender la independencia de China y a proteger los intereses de los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, para evitar las peligrosas consecuencias de una rivalidad norteamericano-japonesa acerca de la situación de China, Roosevelt se mostró dispuesto a reconocer al Japón intereses especiales en el continente asiático, a cambio de su renuncia a cualquier intención sobre las Filipinas y a su compromiso de mantener los principios de la política «de puerta abierta». Aceptó la anexión japonesa de Corea, y en 1908, a través de un intercambio de notas —conocido actualmente como acuerdo Root-Takahira—, llevó todavía más lejos esta avenencia. Los Estados Unidos y el Japón acordaron mantener el *statu quo* en el Pacífico, respetando sus posesiones respectivas, defender la independencia de China y aceptar el principio de igualdad de oportunidades para el comercio y tráfico de todas las naciones en este país.

Roosevelt expondría posteriormente sus ideas acerca de la política de Extremo Oriente en una carta dirigida a su sucesor, el presidente Taft. La política «de puerta abierta» resultaba excelente, decía, mientras pudiera mantenerse por acuerdo diplomático; pero en caso de que fuese vulnerada por una nación dispuesta a correr el riesgo de una guerra, Roosevelt no creía que los intereses norteamericanos en Asia justificaran una política que pudiera conducir a los Estados Unidos a defender a China por la fuerza de las armas. Interesaba sobre todo, dijo a Taft, no dar ningún paso en Manchuria que pudiera inducir al Japón a creer «que nosotros le somos hostiles, o que representamos una amenaza —por ligera que sea— a sus intereses».

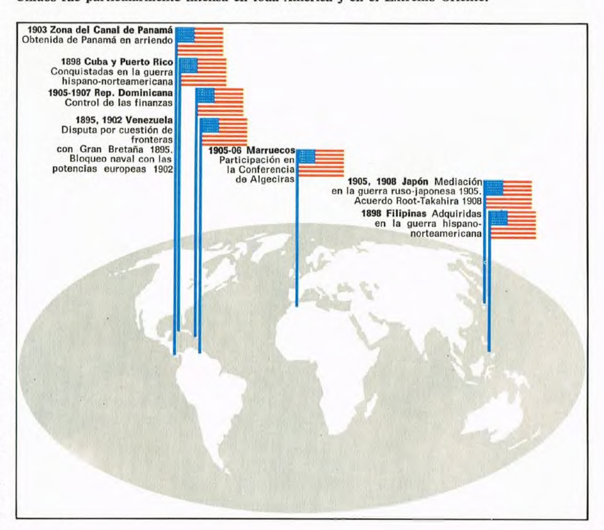
El deseo de promover la amistad entre los Estados Unidos y el Japón se demostró, en este mismo período, en el hábil manejo, por parte de Roosevelt, de una controversia sobre la inmigración japonesa en los Estados Unidos, que en 1906 condujo a una grave crisis; cuando el Japón protestó amargamente contra la discriminación racial impuesta a los japoneses en California, Roosevelt se apresuró a resolver la cuestión por medios pacíficos, y llegó a un acuerdo amistoso que protegía la política de inmigración norteamericana y aliviaba los sentimientos heridos del Japón.

Tan conciliador se mostró en estas negociaciones, en contraste con su belicosidad de otro tiempo, que el humorista Finley Peter Dunne lo dibújó ocultándose bajo la cama con un diccionario para aprender a decir «perdónenme» en japonés. No obstante, no tenía ninguna intención de ceder en todo ante el Japón, y cuando un nuevo recrudecimiento de la cuestión de la inmigración puso muy tirantes las relaciones norteamericano-japonesas, hasta el punto de que se llegó a hablar de guerra, Roosevelt actuó con toda decisión: a principios de la primavera de 1908, mandó la escuadra norteamericana al Pacífico para impresionar al Japón con el poderío de la fuerza naval de los Estados Unidos. Este gesto obtuvo un éxito total, puesto que, en vez de servir para provocar al Japón, indujo al emperador a invitar a la escuadra a hacer escala en Yokohama, donde la población japonesa dio una entusiasta bienvenida a sus visitantes norteamericanos. La flota siguió entonces su viaje alrededor del mundo, en una misión de buena voluntad que Roosevelt consideró una de las mayores realizaciones de su administración. «Cualquier asomo de conflicto con el Gobierno japonés o con la prensa japonesa —escribió más adelante— se extinguió como por encanto tan pronto se supo que nuestra flota había levado anclas.»

Durante su gestión de las relaciones con el Gobierno japonés, precisamente en el curso de este período crítico, Roosevelt dio expresión concreta a su famoso aforismo diplomático: «Habla suavemente y lleva un gran garrote.»

Las vastas ambiciones que alentaba Roosevelt en cuanto a la ampliación de la influencia norteamericana en los asuntos internacionales, no se limitaban a la América Latina y al Extremo Oriente. Convencido de que los Estados Unidos habían de desempeñar un papel más importante, estaba dispuesto a intervenir diplomáticamente en los asuntos de Europa para mantener la situación de equilibrio. Se daba cuenta de que si se rompía el equilibrio europeo de fuerzas y una ambiciosa y dinámica Alemania lograba abatir a Gran Bretaña y a Francia, peligrarían la seguridad de los Estados Unidos y la paz mundial.

El mapa ilustra la actividad política norteamericana, fuera de su territorio, entre fines del siglo pasado y la primera década del presente. La influencia de los Estados Unidos fue particularmente intensa en toda América y en el Extremo Oriente.







Theodore Roosevelt en un gesto oratorio durante una manifestación patriótica. Su impetuosa elocuencia, entretejida de máximas y digresiones, daba bastante trabajo a los periodistas que habían de registrar sus discursos (obsérvense las diversas expresiones de los que están sentados en primer plano).

«Nos veremos involucrados»

El acto más insólito de Roosevelt, habida cuenta de la vieja tradición aislacionista norteamericana, fue su intervención en la Conferencia de Algeciras de 1906. Cuando surgió el conflicto entre los intereses alemanes y anglofranceses en Marruecos, que reflejaba la creciente rivalidad de las potencias europeas y presagiaba la guerra que estallaría ocho años más tarde, Roosevelt envió delegados norteamericanos a la conferencia, con el pretexto de que los Estados Unidos también tenían intereses comerciales en Marruecos.

El Káiser, con quien Roosevelt mantenía estrechas relaciones, sugirió inicialmente esta medida, pero Roosevelt no se hacía ilusiones respecto a Alemania, y sus simpatías estaban del lado de Gran Bretaña y Francia. Las instrucciones oficiales dadas al enviado norteamericano, Henry White, le ordenaban observar una estricta neutralidad y limitarse a salvaguardar los intereses norteamericanos. Privadamente, sin embargo, Roosevelt le dijo que empleara toda su influencia para ayudar a mantener la paz, y en otra carta dirigida a Joseph H. Choate, antiguo embajador norteamericano en Gran Bretaña, dijo que, al mismo tiempo que deseaba mantenerse «en buenos términos» con Alemania, quería apoyar a Francia y Gran Bretaña. White ejerció considerable influencia, procurando que la conferencia resolviera la crisis de Marruecos y que se llegara a un acuerdo que por lo menos serviría para demorar la amenaza de guerra. Roosevelt se enorgullecía de la parte que cupo a Norteamérica en este arreglo.

La firma por los Estados Unidos del Acuerdo general de Algeciras, aun cuando no implicaba ningún compromiso político, suponía un cambio radical respecto de la política anterior. La crítica acusó al Presidente de haberse excedido en sus facultades y de ignorar las advertencias de Washington y de Jefferson contra los compromisos en política exterior. El Senado aprobó finalmente la convención, pero sólo después de agregar una curiosa reserva donde se precisaba que su aceptación no constituía una desviación de la política tradicional «que prohíbe a los Estados Unidos participar en el arreglo de cuestiones políticas estrictamente europeas».

En el desarrollo de su política en la América Latina, el Asia oriental y Europa, Roosevelt logró proteger los intereses norteamericanos y reforzar inmensamente la influencia de los Estados Unidos como nueva potencia mundial. El incremento de la Marina de guerra, en gran parte debido a su apoyo; la construcción del canal de Panamá y la creciente influencia en el Caribe; la intervención en la guerra ruso-japonesa y el posterior apaciguamiento de las rivalidades con el Japón; la participación en la Conferencia de Algeciras: todas estas acciones constituyeron un importante cambio respecto de la política aislacionista del siglo XIX.

Roosevelt sentía vivamente, a pesar de que el público aprobaba su orientación política, no haber logrado llevar a los norteamericanos a una plena toma de conciencia de sus responsabilidades internacionales. «Aquí, en los Estados Unidos —diría en 1908, en una entrevista con André Tardieu, el futuro estadista francés—, lo que más nos hace falta es comprender que tenemos intereses en todo el mundo. Deseo que todos los norteamericanos se den cuenta de que la política norteamericana es política mundial; que nos vemos y nos veremos implicados en todas las grandes cuestiones..., todos los norteamericanos deben acostumbrarse a esta idea. Se les debe hacer ver y comprender estos intereses internacionales...»

Los críticos han tildado la política exterior de Roosevelt de belicosa y agresiva, especialmente en la América Latina. La forma en que se apoderó de la Zona del canal de Panamá y el establecimiento de protectorados en el Caribe justifican esta crítica. Pero el tiempo ha demostrado cada vez más la validez de las reacciones de Roosevelt ante las exigencias de la política internacional. Su fórmula de hablar con suavidad y llevar un gran garrote era esencialmente pragmática, y, si bien él se enorgullecía del gran garrote, su insistencia en hablar con suavidad ayudó a conservar la paz mundial.

Roosevelt insistió constantemente en la necesidad de acabar con el aislacionismo y asumir obligaciones internacionales. Al mismo tiempo, aceptó las limitaciones prácticas del poderío nacional y las realidades del mundo en que vivía. Las líneas de política que trazó y que guiaron su actuación de 1901 a 1909 podían haber conducido a los Estados Unidos a desempeñar mucho antes un primer papel en la política mundial si hubiese conseguido la aceptación popular de sus puntos de vista, y si sus sucesores en la Casa Blanca hubieran sido tan realistas y previsores como él. Los norteamericanos, sin embargo, no estaban dispuestos todavía a abandonar su cómodo aislacionismo.

Foster R. Dulles

Porfirio Díaz

Díaz solía decir a los visitantes extranjeros importantes: «La sangre que he salvado es buena, la sangre que he derramado era mala.» Las auténticas realizaciones y el talento para las relaciones públicas del régimen le ayudaron a disimular su corrupción y brutalidad. Su actividad estuvo primordialmente inclinada a asegurarse el poder, y, dado que a ello sacrificó el verdadero mejoramiento del país, éste sólo pudo parecer homogéneo y tranquilo ante quienes lo juzgaban superficialmente o bien con las miras puestas en el provecho propio: los extranjeros.

Porfirio Díaz puso término a la mala reputación de México (deudas no saldadas, bandidaje, etc.); no obstante, debían pasar muchos años antes que la patria acogiese sus restos.



Porfirio Díaz llegó al poder en 1876 a la cabeza de una insurrección cuyo grito de guerra era «Sufragio efectivo, no reelección». Fue reelegido ocho veces y gobernó México durante treinta y cuatro años. El país nunca había conocido una etapa semejante de estabilidad: en el primer medio siglo de su existencia como nación independiente, los Gobiernos habían durado, por término medio, menos de un año. La debilidad y el desorden habían sido una de las causas de que Texas, California y todo el territorio comprendido entre estas dos regiones —más de la mitad de la República— cayeran en manos de los Estados Unidos; en 1863, el país había sufrido la intervención del Ejército francés y la humillante imposición del emperador Maximiliano. En el extranjero tenía fama de ser un país de bandolerismo y de deudas incobrables. Díaz instauró la paz. «De un pantano de sangre ha hecho un jardín», escribió un viajero inglés. En la primera década del presente siglo, Díaz pasaba por ser un modelo; para la opinión ilustrada del mundo entero, era precisamente la clase de político que convenía a un «país atrasado».

El desengaño se produjo con la súbita caída del veterano estadista y la violenta destrucción de gran parte de su obra. Los «países atrasados» no siempre están de acuerdo con lo que la opinión ilustrada considera lo mejor para ellos. Los éxitos de Díaz habían sido sobreestimados, y sus fracasos, ignorados.

Pax Porfiriana

Durante la *Pax Porfiriana* se podían hacer buenos negocios y los extranjeros no solían preocuparse de averiguar cómo se mantenía esta paz y cómo se las había ingeniado el Presidente para mantener abolida la política durante tanto tiempo. Salían de las entrevistas que él les concedía alabando su voluntad de hierro, su maravilloso tacto y su conocimiento de los hombres. Como justificación de la notoria crueldad del régimen, oían la conocida frase: «La sangre que he salvado es buena, la sangre que he derramado era mala», y admiraban la solución que Díaz había dado al problema de los bandidos: alistó a los menos obstinados en los «rurales», les dio buena paga, buenos caballos y un uniforme con galones de plata, y les encargó fusilar a los demás. Pocos se paraban a indagar cómo mantenía sujeta a la oposición.

«Ahora un presidente dura veinte años. Algunos dirán que esto no es republicano. Posiblemente no lo sea, pero es práctico.»

Por supuesto, no era ni republicano ni democrático. Díaz se había sublevado muchas veces, y más de una vez con éxito. Sabía muy bien que el precio del poder era una constante vigilancia. Los ferrocarriles y el telégrafo significaban una ayuda, pero no bastaban. A los que podían convertirse en sus rivales los manejaba hasta convertirlos en rivales entre sí. No le gustaba que sus jefes provinciales llegasen a hacerse demasiado populares; los pocos que excepcionalmente lo lograron fueron trasladados a puestos que ofrecían menos tentaciones. Apoyaba las más repugnantes tiranías locales, porque sabía que un jefe impopular es más digno de confianza para un autócrata, y procuraba enfrentar al Ejército con la población civil. Con los años, redujo a la impotencia política el propio Ejército, que había sido una amenaza para tantos presidentes; toleró la corrupción de los oficiales, y procuró que ninguno mandara a los mismos hombres o permaneciera en el mismo lugar durante mucho tiempo. El aumento de los ingresos públicos le permitió multiplicar por nueve el número de funcionarios, y siempre les aseguró la paga. «Pan o palo» era el lema de su política. A los profesionales inquietos, los abogados e intelectuales conspiradores, se les ofrecía otra oportunidad en la política a través de las concesiones y contratas realizables dentro de la nueva etapa de prosperidad. Los periódicos, cuando no se sometían servilmente por voluntad propia, eran comprados, atacados, por «los amigos del Presidente», acosados hasta que dejaban de publicarse o cambiaban de orientación. En las elecciones no solía

haber contrincantes, y el Congreso no tenía ninguna independencia. La forma de pensar del Presidente nos la revelan estas palabras, dichas en privado: «Los padres que tienen más hijos son los mejores empleados públicos, puesto que temen la pobreza.»

La prosperidad fue a la vez el sostén y la recompensa de esa sumisión, y las estadísticas fueron siempre su defensa. El Gobierno las publicaba con una regularidad antes nunca vista en México, y compilaba las mejores en costosos volúmenes que cuidaba de hacer circular por el extranjero. Apenas había una curva o una gráfica que no mostrase una constante subida: la red de ferrocarriles creció de unos pocos centenares de kilómetros a más de veinticuatro mil; el comercio exterior aumentó diez veces. Las exportaciones eran más variadas y, al desarrollarse la industria nacional, México importó menos productos manufacturados y más maquinaria. La República alcanzó la total respetabilidad financiera en 1905, al adoptar el patrón oro. En 1890, Díaz había tenido que ofrecer el seis por ciento de interés y un treinta y cinco por ciento de descuento para obtener un empréstito; en 1910, no tuvo dificultad para obtener otro al cuatro por ciento de interés, con un descuento de sólo el tres por ciento.



Tropas irregulares durante un tiroteo. La revolución que derribó a Porfirio Díaz tuvo sangrientas secuelas.

Prosperidad sobre una base de injusticia social

Parecía que todo iba de acuerdo con sus planes, y que la prosperidad mantendría la paz y justificaría la dureza empleada en conservarla. Díaz y sus ministros tenían una idea muy limitada de la prosperidad. Que la exportación de azúcar se había doblado en diez años, que en un decenio la producción de yute rindió 800.000.000 de pesos: todo esto eran estadísticas porfirianas. No importaba que el Estado de Morelos —gran productor de azúcar, que más adelante fue el escenario de la rebelión campesina de Zapata— estuviera cayendo en manos de unos treinta codiciosos *hacendados* que expulsaban a los indios de sus tierras a fin de plantar más caña y obligarlos a trabajar en el corte de la misma y en los ingenios azucareros. No importaba que las veinte familias del yute del Yucatán emplearan indios mayas y yaquis como esclavos. Estas situaciones estaban bien controladas, y pocos informes sobre tan cruel explotación llegaban a la ciudad de México y mucho menos al mundo exterior. Además, la propiedad comunal de la tierra por parte de las aldeas indias era una barrera para el progreso, y lo que se hizo con los mayas y yaquis no era sino lo que los progresistas norteamericanos habían hecho con sus indios. El perezoso mexicano tenía que aprender a trabajar. ¿No trataban otros Gobiernos duramente a los huelguistas? ¿No le envidiaban a él, a Díaz, su habilidad para fusilarlos? ¿Acaso no arbitraba él generosamente los conflictos una vez eliminados los perturbadores?

Los «gringos»

Algunas de estas estadísticas de prosperidad encubrían un efectivo aumento de la miseria. Existía también el problema de los extranjeros. La construcción de ferrocarriles desde el Norte había puesto fin al aislamiento de México respecto a los Estados Unidos. Ulysses S. Grant, el famoso general de la guerra de Secesión y presidente de los Estados Unidos, había dado la señal del comienzo con el dramático anuncio de que «once millones de aztecas están esperando construir ferrocarriles», y México, ante la amenaza de que si los raíles norteamericanos no entraban en el país lo harían sus bayonetas, había abierto las fronteras a las compañías constructoras norteamericanas. Mineros, ganaderos y especuladores en tierras las siguieron en su avance hacia el sur. Antes de la llegada de los ferrocarriles, México dependía menos de los extranjeros, y la penetración norteamericana en su economía estaba equilibrada por la de Europa. En 1910, la participación de los Estados Unidos era abrumadora. Díaz y su ministro de Finanzas, José Limantour, se las habían ingeniado para salvar los ferrocarriles de la dominación de un trust norteamericano, pero los «gringos» controlaban más de las tres cuartas partes de la minería y la fundición. Compañías norteamericanas y particulares norteamericanos habían recibido concesiones de millones de hectáreas en el Norte. Se decía incluso que las propiedades norteamericanas en México valían más que las de los propios mexicanos.

Donde no dominaban los norteamericanos, lo hacían los alemanes, los ingleses, los franceses y los españoles. Los alemanes monopolizaban la elaboración de cerveza, y, hacia el final del reinado de don Porfirio, estaban dando alcance a los ingleses en la posición que ocupaban de segundo país inversor en México. Los in-

gleses tuvieron en Weetman Pearson, primer vizconde de Cowdray, uno de los más consumados contratistas de la época. Ingeniero y empresario de extraordinaria habilidad, conocía bien su México: en sus juntas de directores figuraban miembros de la familia del Presidente y de su círculo de amigos, y a la primera excavadora que llevó a México tuvo la galantería de ponerle el nombre de la esposa de don Porfirio. Los franceses poseían grandes intereses en la industria textil; para protegerlos, las fuerzas del orden dispararon sobre doscientos huelguistas en la primavera de 1907. Los españoles se dedicaban al comercio al por mayor y poseían tiendas de comestibles al por menor; eran propietarios de las plantaciones de tabaco de Valle Nacional, explotadas mediante un abusivo sistema de contratación de la mano de obra. Según las teorías de los financieros de Díaz, había que atraer a México las inversiones extranjeras; los mexicanos nativos no querrían ni podrían proporcionar los fondos necesarios hasta tanto que los extranjeros dieran ejemplo de cómo se establecen las empresas y generan unos fondos dentro del país. Entonces el capital nacional reemplazaría al capital extranjero en los puntos cruciales de la economía, garantizando un control mexicano. Pero México, un país lleno de riesgos para los inversores, tenía que ofrecerles la perspectiva de elevadas ganancias, o los extranjeros preferirían invertir en otras partes.

En la práctica, parecía que los extranjeros iban a establecer un dominio permanente. Algunos mexicanos se enriquecieron, pero invirtieron en tierras, y no trataron de nacionalizar lo que los extranjeros controlaban. Las elevadas ganancias que se ofrecían a los extranjeros, ¿eran necesarias para atraer las inversiones, o, simplemente, eran el resultado de la corrupción de un Gobierno que se llevaba su tajada? Díaz intentó equilibrar el capital norteamericano con el europeo, y fue capaz de asegurarse el control de los ferrocarriles de la nación con tal ayuda. Pero pocos mexicanos apreciaron la patriótica significación de estas complicadas maniobras, y muchos «gringos» las desaprobaron. Los planes de Díaz para reforzar los intereses petroleros de Pearson impulsaron a poderosos rivales norteamericanos a conspirar contra él, y a otros a abandonarlo cuando llegó el final.

Al enfrentarse con tales problemas le era difícil alardear de nacionalista, porque, aparte de favorecer a los extranjeros con una concesión tras otra, el ala ideológica de sus partidarios (los «científicos») había llevado a cabo una larga campaña de desprestigio contra el elemento indio y mestizo de la población mexicana. En educación significaba que el dinero iba destinado a la población blanca de las ciudades, sin preocuparse apenas de la enseñanza primaria: las clases más bajas y menos blancas necesitaban que se las dirigiera. Ante el Presidente, y con su aprobación, fueron pronunciadas frases como éstas: «Hay todavía en México muchos degenerados, una chusma extraordinariamente pobre..., una raza desprovista de inteligencia, de sangre exhausta, que agoniza en silencio sin dejar nada detrás, ni siquiera herederos para llorar su muerte.» Que el propio Díaz fuera un mestizo era algo que había procurado disimularse.

Lo que preocupaba a Díaz era el poder y, de acuerdo con las reglas del juego imperantes en México, lo conservó mientras pudo. No se daba cuenta de que su equipo estaba envejeciendo. En 1910, año en que debían celebrarse elecciones, Díaz cumpliría ochenta años; desconfiaba de los jóvenes, y la mayoría de sus gobernadores y ministros eran hombres de su propia generación. Comprendió que designar un sucesor era peligroso, porque estimularía la impaciencia por la sucesión. «La experiencia me ha enseñado —dijo el Presidente a un periodista— que un Gobierno progresivo debe tratar de recompensar la ambición individual tanto como le sea posible, pero que debe usar un extintor cuando esta ambición arde demasiado, para el bien general.» Se proponía morir en el cargo, con el extintor en la mano. Los candidatos prudentes a la sucesión tendrían que esperar.

¿Quién no esperaría? A partir de 1907 se dieron algunos signos de recesión y hubo que obtener algunos empréstitos, pero no fue nada grave. ¿No se habían tragado los hacendados aldeas enteras con la ayuda de Díaz? Seguramente se darían cuenta de que estaban destinados a ser las primeras víctimas de cualquier disturbio. ¿Los ambiciosos? No había lugar para ellos, por lo menos en aquellos momentos, en el círculo íntimo del Presidente; por otra parte, cometían indiscreciones y se traicionaban a sí mismos. ¿No había rebasado los límites el general Reyes, quien hubo de exilarse en Europa por algún tiempo? ¿Los indios, los campesinos, la subversión desde abajo? ¿No eran los «rurales» mundialmente famosos por su eficacia? ¿El Norte, región rebelde? Los amigos norteamericanos lo vigilarían.

Aparece el sucesor

El hombre que no iba a esperar era rico, y no tenía nada de ambicioso: Francisco Madero, un ranchero millonario procedente del Norte. Díaz había concedido una entrevista, destinada a ser difundida en el extranjero, en la que no solamente hizo el habitual anuncio de que no volvería a presentar su candidatura a la reelección, sino que también habló de permitir una oposición. Madero, un místico demócrata, le tomó la palabra, y en 1909 empezó una campaña formal bajo el viejo lema de «Sufragio efectivo, no reelección». Al principio, Díaz no se lo tomó en serio: Madero no era conocido, no había ocupado ningún cargo público, era hombre de muy corta talla (poco más de metro y medio). Díaz pensaba que si aparecía algún contrincante temible, sería el representante de algún interés concreto: el Ejército, o un grupo de financieros menos favorecidos; no supo ver que el hecho de que Madero se hallase libre de tales compromisos empeoraba la situación. La oposición creció. Se clausuró el periódico de Madero, quien fue mandado encarcelar, para ponerle en libertad poco tiempo más tarde y obligarle a expatriarse a los Estados Unidos. Mientras tanto, Díaz se había reelegido a sí mismo, otorgando a su oponente nada más que 196 votos.

Pero había habido demasiada perturbación, e incluso la poca que Madero había llegado a causar resultó excesiva. Se extendió la lucha de guerrillas en el Norte, dirigida en parte por Pancho Villa, y Zapata se sublevó en Morelos. Cuando Madero volvió a cruzar la frontera mexicana, en 1911, estalló la Revolución. Díaz advirtió que su Ejército apolítico, que pronto quedó en inferioridad numérica, valía poco militarmente, y que su círculo privado, en el cual no había confiado nunca, efectivamente resultaba, a la hora de la verdad, poco de fiar. Dimitió el 25 de mayo de 1911, y embarcó para Francia dos días después. Madero entró en la capital el 7 de junio.

«Madero ha dejado en libertad a un tigre; veremos si es capaz de domesticarlo.» Esta era la opinión del expresidente, y antes de morir en París, en julio de 1915, tuvo la satisfacción de ver que Madero no era el domador adecuado. Habrían de pasar treinta años, a partir de su caída, antes que un presidente pudiera ocupar su cargo sin tener que enfrentarse con una rebelión armada.

Melcolm Deas

La Revolución Mexicana

«Madero ha dejado en libertad a un tigre; veremos si es capaz de domesticarlo», afirmó Díaz después de su caída. El tigre no pudo ser domesticado a lo largo de siete anárquicos y sangrientos años.

Muchos eran los que estaban de acuerdo con el periodista norteamericano que, en 1908, escribió que el general Díaz, en sus treinta y cuatro años de gobierno, había puesto término a la era de las revoluciones. No obstante, en 1910 estalló una revolución, y muy pronto los campesinos soliviantados empezaron a incendiar los ingenios de azúcar de Morelos y a invadir los restaurantes de la ciudad de México; por todo el país, generales improvisados, al frente de ejércitos improvisados, luchaban entre sí y emitían su propia moneda. No había ni un Gobierno establecido ni una economía en orden. Y, sin embargo, fue esta revolución la que permitió que México contara en 1917 con la Constitución más moderna del mundo.

La figura que encabezó la Revolución



Francisco Madero, triunfante, entra a caballo en la ciudad de México.





Página anterior: **en este mural, realizado después de la Revolución, Díaz aparece con el pie derecho sobre la Constitución, rodeado de ávidos y obsecuentes capitalistas.**



Una joven revolucionaria. En la revuelta participaron elementos de toda la población.

Mexicana fue Francisco Madero, miembro de una de las diez familias más ricas de México, espiritista, vegetariano y abstemio. ¿Cómo era posible que este hombre de apariencia inofensiva, amable y crédulo, optimista y dominado por su creencia en los procedimientos legales de la democracia, pudiera derribar al presidente Díaz?

Madero tuvo su oportunidad cuando Díaz, por razones que todavía no están claras, concedió una entrevista al periodista norteamericano Creelman, en marzo de 1908. El Presidente anunció que toleraría la existencia de un partido de oposición, que Madero se puso inmediatamente a formar; en su libro *La sucesión presidencial*, publicado en 1910, expuso Madero sus ideas políticas. Sucede a menudo que libros de escaso relieve alcanzan gran popularidad porque expresan lo que muchos piensan pero nadie ha expresado. Muchos mexicanos creían que alguien que no fuera el presidente Díaz debía ser presidente o debía elegir al próximo presidente. Una votación efectiva, libre de la influencia del Gobierno, y la prohibición de ser reelegido: tal era el lema de Madero, y sigue siendo todavía la divisa política oficial de la República Mexicana.

La más antigua de las fuerzas hostiles a Díaz era el Partido Liberal, que tenía contactos con los trabajadores; pero era débil y, bajo la dirección de Ricardo Flores Magón, influido por ideas anarquistas, se comprometió en 1906 a llevar a cabo una revolución violenta. Éste no sería el camino que Madero iba a seguir, a menos que le fueran denegados los medios legales. Después de la publicación del libro de Madero, un gobernador popular y «progresista», el general Reyes, fue lanzado como candidato a la vicepresidencia por sus partidarios, agrupados en un partido democrático de nueva creación. Pero el *boom* de Reyes se desmoronó al negarse éste a desafiar a Díaz; Madero quedó como el único adversario de los amigos políticos del Presidente.

Madero, a pesar de su insignificancia física —solamente impresionaba montado a caballo, pues era un magnífico jinete—, fue capaz de conmover a las multitudes en sus jiras políticas por todo el país, que proporcionaron numerosos seguidores a su Partido Antirreeleccionista. Estaba dispuesto a un compromiso con Díaz, pero el Presidente rechazó de plano sus ofrecimientos; el Gobierno, cada vez más consciente de la amenaza que representaba el antireeleccionismo, estaba decidido a detener el movimiento por todos los medios a su disposición. Durante la campaña electoral de 1910, los mítines de Madero fueron interrumpidos, y él acabó por ser arrestado. Las elecciones fueron llevadas a cabo y falseadas al viejo estilo. En este momento, Madero se decidió a recurrir a la fuerza.

Al salir de la cárcel, en octubre de 1910, Madero llegó a Texas, donde redactó el Plan de San Luis Potosí, que constituía una llamada a la revolución armada y contenía la promesa de restituir a las aldeas indias las tierras que ilegalmente les habían arrebatado los grandes propietarios. Lo que había sido un programa político dirigido a las «clases respetables», como las llamaban los mexicanos, ahora tenía también cierto atractivo para los indios descontentos y desheredados. Por modestas que fueran las promesas agrarias del Plan de San Luis Potosí, atrajeron a la revolución de Madero a un hombre que un día había de contribuir a hundirla: Emiliano Zapata.

Así, la guerra revolucionaria tuvo dos centros militares. En el Norte, en el Estado de Chihuahua, era financiada por la familia Madero y no tenía un marcado contenido social. En el Sur, Zapata habló muy pronto de redistribuir la tierra. En el Norte, le costó a Madero obtener éxitos decisivos, mientras que en el Sur los zapatistas amenazaban ya a la propia ciudad de México. Lo que ayudó sobre todo a Madero fue la actitud amistosa de los Estados Unidos. Henry Lee Wilson, el embajador que había de tomar parte activa en el derrocamiento de Madero, estaba descontento de la inclinación que mostraba Díaz por los capitalistas ingleses —el embajador se hallaba vinculado a los intereses mineros del grupo Guggenheim—. Las grandes empresas norteamericanas en México comenzaron a pensar que Díaz estaba «acabado».

En parte porque siempre se dejó influir por sus parientes ricos, en parte porque la campaña no marchaba demasiado bien, y en parte también porque no le agradaba la violencia, Madero se avino a negociar con los representantes de Díaz. El 21 de mayo de 1911 se firmó un acuerdo, a la luz de los faros de un automóvil, que modificaba el Plan de San Luis Potosí. Díaz dimitiría, pero Madero no había de ser presidente provisional; un abogado conservador, De la Barra, presidiría el Gobierno hasta las elecciones, a las que Madero se presentaría como candidato. Más tarde, los revolucionarios habían de proclamar que este compromiso fue el primero de numerosos desatinos políticos, puesto que significaba que los revolucionarios no tenían el pleno control del Gobierno.

Madero, el buen demócrata

¿Por qué Madero, que fue debidamente elegido presidente en noviembre de 1911, no supo mantener unido al país y acabó muriendo asesinado?

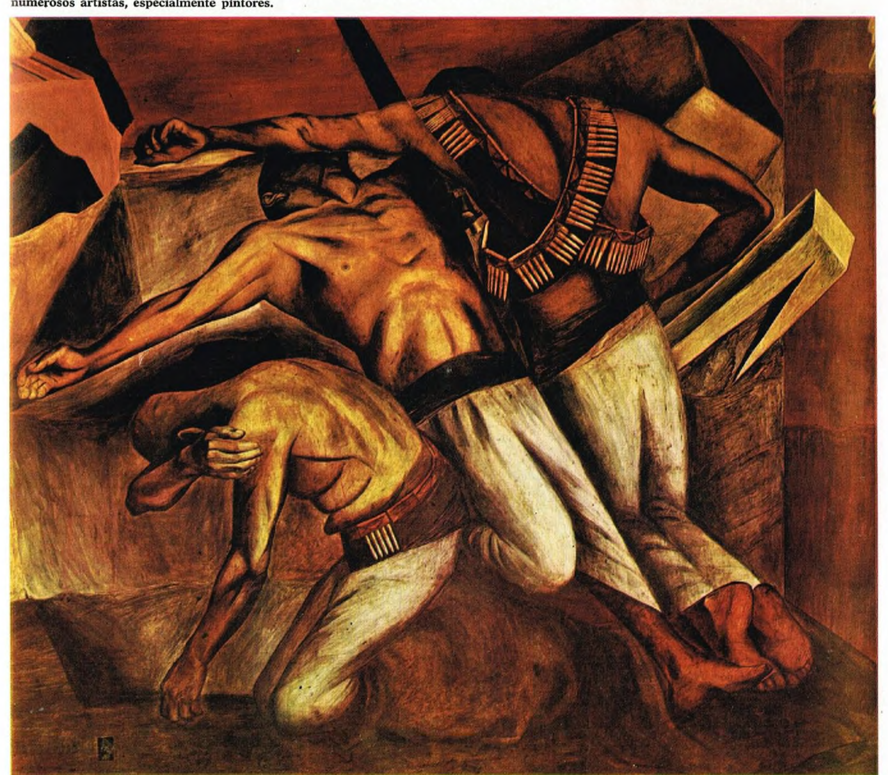
Es preciso observar que Madero no era lo que generalmente se entiende por un revolucionario. No se sentía inclinado a la revolución violenta, ni tenía afán de poder. Cuando se le advertía de que se tramaba alguna conjura contra él, replicaba que «a la gente no se la engaña fácilmente». No advertía la importancia de la división que había creado en la sociedad y en la política de México. Ahora, el país estaba dividido entre los que querían retroceder y los que, si bien no deseaban ir demasiado lejos, rechazaban el sistema de Díaz. Su estilo de gobernar, absolutamente de acuerdo con sus principios, no resultaba familiar a los mexicanos, que sufrían un «complejo de Porfirio Díaz». Éstos deseaban ser goberna-

dos desde arriba, mientras que Madero esperaba que se gobernaran a sí mismos: tal era en última instancia el sentido de su revolución. El darwinismo social y positivista del régimen de Díaz pretendía que los obreros y los indios analfabetos eran incapaces de gobernarse a sí mismos, lo que resultaba enteramente opuesto a lo que pensaba Madero.

Como ocurre a la mayoría de los demócratas moderados, Madero fue en seguida atacado por la izquierda y por la derecha. Su optimismo respecto del funcionamiento de las instituciones democráticas en México resultaba exagerado. No se consideraba a sí mismo como el jefe de un determinado partido revolucionario, sino como la encarnación de una regeneración nacional dirigida por hombres «puros». Las fuerzas conservadoras, antirrevolucionarias, seguían conservando su fuerza en la administración oficial, en el gobierno local, en el derrotado Ejército Federal y en la Iglesia. Madero creía que estas fuerzas podían ser neutralizadas por el buen ejemplo y por un «sumiso respeto a la ley, en un amplio espíritu de conciliación»; pero las fuerzas conservadoras no aceptaron este espíritu conciliador y procedieron a atacarle en el Congreso (cuyos miembros habían integrado «el viejo rebaño» dócil a Díaz) y en la prensa. Como buen demócrata, Madero se negó a imponerles silencio.

Al Presidente se le criticaba porque era corto de talla, porque amaba a su espo-

«La trinchera», pintura del mexicano José Clemente Orozco. Las penosas vicisitudes de la Revolución inspiraron la obra posterior de numerosos artistas, especialmente pintores.



1



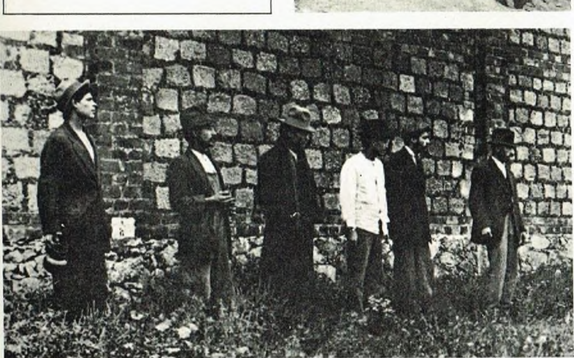
2



3



4



5



Escenas de los siete caóticos años de la Revolución y guerra civil de México. Los revolucionarios se caracterizaron por su extensa variedad de motivos, lealtades y uniformes. Las tropas luchaban llevando el vestido tradicional mexicano, con sombrero gacho como los norteamericanos, con salacotes como los ingleses o con gorras de visera como los japoneses. Fue una revolución sangrienta y ninguna de las facciones sintió escrúpulos por los métodos empleados. Pero después de todo el bandolerismo, dobleces y efusiones de sangre, México emergió con la Constitución más moderna del mundo. *1* **Mapa de México donde aparecen situados puntos trascendentes en el desarrollo de la Revolución y la guerra civil mexicanas.** *2* **Un suceso nada raro durante la Revolución: un tren descarrilado.** *3* **Revolucionarios en variados uniformes.** *4 y 5* **Durante los desórdenes de la Revolución los auténticos bandidos aprovecharon la oportunidad para sus robos, atracos y violencias. Algunos, como éstos, recibieron su merecido: las fotografías los muestran en el patético momento inmediatamente anterior a la ejecución y ya bajo el fuego de los disparos del pelotón.**

sa, porque tenía una expresión afable, porque era un vegetariano de estómago delicado, porque bailaba, porque otorgaba cargos a sus parientes —una debilidad bien comprensible, si tenemos en cuenta que eran muy pocas las personas en quienes podía confiar—, porque había subido a un avión, y por que había «impuesto» al país un vicepresidente. El vicepresidente, a su vez, era criticado porque era alto, porque hablaba con ardor y porque tenía una nariz prominente. La violencia de la prensa era terrible. Uno de los generales de Madero, que no logró sofocar una rebelión, se pegó un tiro en el lavabo de un vagón de ferrocarril «por miedo a lo que dirían los periódicos».

Los conservadores pronto empezaron a pensar en el vencido Ejército Federal, que Madero había mantenido como una poderosa fuerza. En vez de conservar los ejércitos revolucionarios para que sirvieran de contrapeso al antiguo Ejército, los disolvió y procedió a congraciarse el Ejército Federal. Para lo único que necesitaba al antiguo Ejército era para resistir a rebeldes como Pascual Orozco, que se había nombrado general a sí mismo en el Norte, y para contener lo que ahora se iba convirtiendo en la extrema izquierda de la Revolución: los ejércitos de Zapata en Morelos.

«Vosotros no necesitáis pan —había dicho Madero en repetidas ocasiones—. Vosotros únicamente necesitáis libertad, porque podéis emplearla para obtener pan.» La democracia política efectiva solucionaría la cuestión social. No era indiferente a los agravios de los indios sin tierra, y estaba decidido a restituirles las tierras de sus aldeas, mediante los debidos procedimientos legales, si podían probar que les habían sido arrebatadas ilegalmente. Zapata era un revolucionario campesino cuyos intereses estaban limitados a su propio Estado: para sus consejeros, el legalismo de Madero resultaba «burgués», mientras que el propio Zapata se interesaba muy poco por lo que pudiera suceder fuera de Morelos. Si no había tierra «legal» para los campesinos, éstos debían apoderarse de los latifundios.

Madero no logró que Zapata disolviera su ejército, en el que se basaba su poder local. Antes de ser elegido presidente, Madero visitó a Zapata y se puso de acuerdo con él. El Gobierno de De la Barra se negó a aceptar el convenio, y Zapata creyó que había sido engañado. Y así la revolución del Sur estalló un mes después que Madero llegara a ser presidente legal; el Plan de Zapata puso de manifiesto que lo que principalmente pedía el Sur eran tierras.

Madero no creó ningún partido. Sí lo hizo su hermano Gustavo, y fue atacado por los conservadores debido a su «violencia». Los antiguos partidarios del Presidente comenzaron a pelearse entre sí a medida que iban sintiéndose insatisfechos de las recompensas obtenidas de la Revolución. Los hermanos Vázquez Gómez —llegados muy tarde a la Revolución— se volvieron contra él cuando retiró al mayor de ellos como candidato a la vicepresidencia. Orozco, el más influyente de los oficiales revolucionarios improvisados en el Norte, no había logrado que le hicieran general o gobernador de su Estado, y se sintió humillado. La «juventud dorada» de los terratenientes de Chihuahua le incitó contra Madero: se puso en contacto con los «eternos conspiradores», los hermanos Vázquez, y con Zapata, y rebelóse en marzo de 1912. También Félix Díaz, sobrino del antiguo dictador, trató, en octubre de 1912, de organizar en Veracruz un pronunciamiento militar al viejo estilo.

Estas rebeliones fueron sofocadas por el Ejército Federal; pero no el movimiento campesino de Morelos. En febrero de 1913 triunfaron los conservadores: sus instrumentos habían sido el general Victoriano Huerta, en quien Madero confió hasta el mismo momento en que le traicionó, y su aliado, el embajador norteamericano. Henry Lane Wilson, un gran bebedor, era un embajador político de la peor especie: al principio adoptó una actitud relativamente amistosa respecto a Madero, pero pronto empezó a detestar al Presidente y a la Revolución por los perjuicios que ésta causaba a las propiedades norteamericanas. En una palabra, perdió el control, y comenzó a juzgar a Madero como un loco y un tirano. El papel del embajador resultó vital, porque era el decano del cuerpo diplomático y podía amenazar al México revolucionario con la reprobación exterior en general y con la invasión norteamericana en particular, si Madero no dimitía. El presidente Taft desautorizó a Wilson, a quien el Departamento de Estado comenzaba a considerar con alarma: mas el daño ya estaba hecho.

El 9 de febrero, dos generales, Félix Díaz y Bernardo Reyes, se alzaron en la ciudad de México y, después de fracasar en su intento de tomar el Palacio Nacional, se retiraron a la Ciudadela, una antigua fortaleza utilizada como depósito de armas. Reyes fue fusilado, y los demás rebeldes habrían sido aniquilados si Huerta no se hubiera puesto de acuerdo con ellos. Así, los diez días de lucha contra los rebeldes se convirtieron en una terrible y sangrienta farsa. Con la ayuda de Wilson y de los senadores conservadores, Huerta obligó a Madero a dimitir y asumió el poder. El Presidente se comportó con gran dignidad y valor. Su hermano, atraído con engaños a una trampa que le tendió Huerta, fue asesinado brutalmente, y el propio Presidente fue muerto de un tiro, con el pretexto de que sus seguidores estaban preparando su huida.

El poco escrupuloso general Victoriano Huerta, sucesor de Madero en el poder, mientras condecora a uno de sus oficiales.





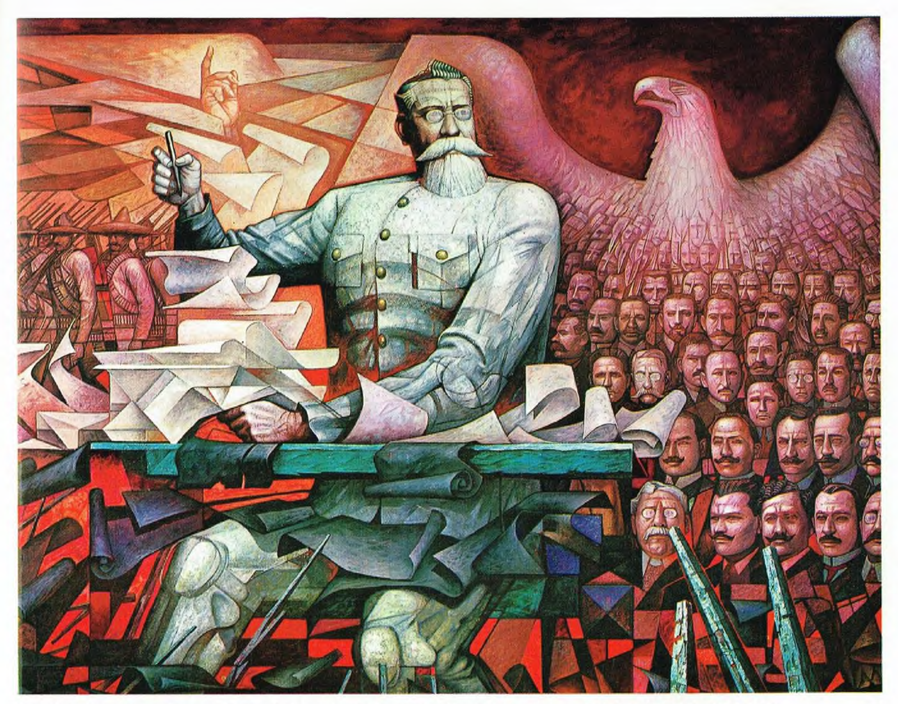
Una romantizada visión de los revolucionarios, según una pintura de Siqueiros. En realidad, la Revolución y el posterior estado de guerra civil dieron lugar, a veces, a desmanes y atropellos injustificados, llevados a cabo por bandas de facinerosos.

Huerta, el militar advenedizo

El general Huerta tenía fama de ser un borrachín de costumbres excéntricas: el encargado de negocios de los Estados Unidos se vio obligado a seguirle en un coche por toda la ciudad de México, de restaurante en restaurante, a fin de poder despachar con él. Su ejército era débil y se limitaba a vigilar los ferrocarriles, de forma que la mayor parte de la lucha tenía lugar a lo largo de las líneas férreas. El factor más importante de su derrota fue la actitud amistosa de los Estados Unidos hacia los ejércitos revolucionarios. A diferencia de Henry Lane Wilson, el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, detestaba a Huerta porque era un militar advenedizo. «Voy a enseñar a las repúblicas latinoamericanas a elegir a hombres de bien», declaró. Y para comenzar este proceso educativo ocupó Veracruz, en parte como represalia por la detención de marinos norteamericanos por las fuerzas de Huerta, en parte para interceptar un envío de armas dirigidas al general. Los mexicanos —tanto los revolucionarios como los «huertistas»— consideraron esta acción como un grave atentado contra la soberanía de México, de modo que la torpe intervención de Wilson —«Hemos desembarcado en México para servir a la humanidad, si es que podemos hallar la manera de hacerlo»— se convirtió en otra muestra del imperialismo norteamericano.

Los ejércitos revolucionarios recibieron armas a través de la frontera, y finalmente obligaron a Huerta a dimitir en julio de 1914. Pero la Revolución estaba ya desesperadamente dividida. Los tres años siguientes transcurrieron en una guerra civil que desbarató la economía y provocó graves carestías de alimentos. En el curso de estos años, México no logró tener un Gobierno unido.

Los antihuertistas estaban divididos en tres facciones principales; las de Carranza, Villa y Zapata. Venustiano Carranza,



Venustiano Carranza, según una pintura alegórica. Sus críticos pretendieron ver en él «una personificación de la mediocridad burguesa». Pero Carranza tenía mucha más habilidad política que Villa o Zapata, y triunfó al final.

un «político» al viejo estilo (aunque lo bastante moderno como para servirse de una agencia de Madison Avenue para dirigir su publicidad electoral), se designó a sí mismo primer jefe del Ejército constitucional. Su más fuerte contrincante era Francisco Villa, tal vez el más característico de los generales revolucionarios, hombre emotivo e impulsivo, abstemio, combinación de campesino y bandolero. Al recibir la noticia del asesinato de Madero, se presentó en Chihuahua con ocho hombres montados en caballos alquilados; en octubre de 1913 mandaba a 10.000 hombres. Zapata, a su vez, permanecía en el Sur como una fuerza independiente.

Todos los intentos de establecer por un lado un acuerdo entre Villa y Zapata (que trabaron una inestable alianza y estaban respaldados por una convención reunida inicialmente para reconciliar a los enemistados jefes) y Carranza por otro, fracasaron. Carranza era una persona respetable y no podía tolerar la conquista ilegal del poder por parte de Huerta. Su barba a la vieja usanza y su aspecto más bien frágil —que indujo a sus críticos a despreciarle como «personificación de la mediocridad burguesa»— ocultaban una exasperante obstinación política, manifestada sobre todo en sus repetidas disputas con los Estados Unidos. Se aferraba a su posición de líder civil (autoelegido) de la Revolución, y se sentía incómodo con soldados improvisados. Zapata estaba convencido de que no tenía verdadero interés en distribuir tierras, se consideraba como el representante de una forma de gobierno legal y ordenado que pondría fin al reino de los «hombres del Sur» en Morelos. Villa encontraba a Carranza demasiado arrogante, «rodeado de políticos resueltos a hacer su agosto y a poner los cimientos de un Gobierno más despótico que los anteriores». Ambos generales revolucionarios no resultaban del agrado de los revolucionarios civiles de la clase media, «que





Izquierda: **el hombre del Norte, Francisco «Pancho» Villa. Emotivo, impulsivo, medio bandido, medio vaquero y abstemio total. Al principio fue considerado por los norteamericanos como «un diamante en bruto», pero cambiaron de parecer cuando Villa saqueó Columbus, Nuevo México.** *Derecha:* **expedición de tropas norteamericanas del general Pershing a México en persecución de Villa.**

siempre han dormido con almohadas». Se trataba de un choque de temperamentos, más que de ideologías, aunque Villa pretendía defender «los derechos del pueblo» contra un futuro dictador.

Al final venció el obstinado legalismo civil de Carranza. Zapata era demasiado local en sus intereses; nunca miró más allá de su propio Estado de Morelos, que estaba casi en la anarquía (los trenes, por ejemplo, circulaban a capricho de un hermano de Zapata), dominado por los jóvenes generales revolucionarios. Villa, en el Norte, fue suficientemente hábil para ganarse por algún tiempo la simpatía de los representantes de los Estados Unidos en México. A diferencia de Carranza, reaccionó con moderación ante la ocupación norteamericana de Veracruz. «Ningún borracho me va a llevar a una guerra con mi amigo.»

Villa conservaba su ejército cambiando ganado por armas a los norteamericanos, y ganaba batallas lanzando sus tropas a la acción sin preocuparse de las bajas. Esto le dio, en abril de 1914, una gran victoria en Torreón —la batalla más encarnizada de la Revolución—. Pero el general revolucionario más capaz, Álvaro Obregón, se volvió contra él, lo que no es sorprendente, puesto que Villa había amenazado con fusilarlo. Cuando, en abril de 1915, Obregón derrotó a Villa en Celaya, y cuando los Estados Unidos reconocieron al régimen de Carranza, Villa quedó sentenciado. De «chico listo» o «diamante en bruto», la prensa norteamericana lo rebajó a «bandido», y cuando saqueó Columbus, en Nuevo México, el general Pershing cruzó la frontera mexicana (15 de marzo de 1916) en su persecución. Villa eludió a los norteamericanos, y Carranza protestó enérgicamente contra esta injerencia: su odio hacia la intervención norteamericana era más fuerte que el que sentía contra Villa. Una vez asegurada su victoria, Carranza reunió un congreso que en 1917 dio a México una Constitución: la Revolución tuvo, a partir de entonces, una forma institucional.

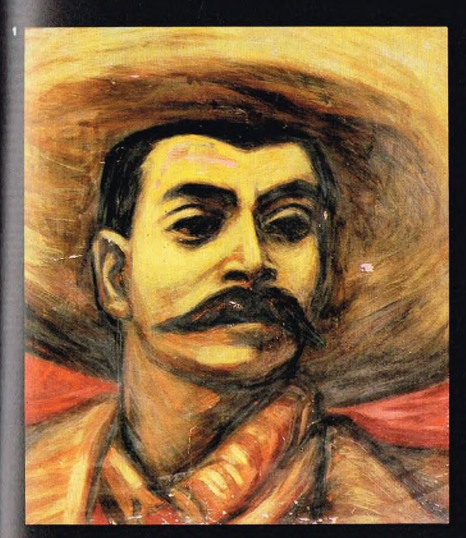
Los legados de la Revolución

¿Para qué sirvió la Revolución? Los observadores extranjeros creían que el movimiento de Madero contra Díaz había degenerado en insensatas luchas de facción entre generales ambiciosos. Sin embargo, la Constitución de 1917 demostró que en el proceso de la guerra se había forjado una auténtica doctrina revolucionaria. El «continuismo» —el gobierno de un solo hombre a perpetuidad— fue reemplazado por una forma de gobierno presidencialista fuerte, según una serie de reglas que habían de producir un Estado de un solo partido, sin ser totalitario. La educación de las masas y la «integración» de los indios pasaron a formar parte de la política nacional. La Constitución estableció un control nacional sobre todos los recursos del país, que en 1938 el presidente Cárdenas pudo utilizar para expropiar los intereses petrolíferos ingleses y norteamericanos. El nacionalismo económico y la desconfianza hacia los Estados Unidos fueron tal vez los legados más importantes de la Revolución.

Finalmente, ¿qué fue del programa agrario y de la «justicia social» que Zapata reclamaba para los indios? Carranza no era un reformador social; como Madero, estaba obsesionado por su propia interpretación del procedimiento democrático. Sin embargo, no podía descuidar el problema agrario; la Constitución proporcionaba una base legal, que más tarde podía ser ampliada, para la confiscación de las fincas grandes y la reconstitución de la comunidad india en los «ejidos» (las aldeas que mantenían sus tierras en común). La reforma agraria nunca llegó a ser la empresa radical que deseaban Zapata y la izquierda, ni técnicamente consiguió elevar la producción agrícola, pero dio a los campesinos las suficientes ventajas como para convertirlos en partidarios del sistema revolucionario. Una vez hubieron obtenido sus tierras, se retiraron de la política.

La Constitución de 1917 demostró ser uno de los instrumentos más flexibles jamás inventados. Fue utilizada por presidentes conservadores para proteger la propiedad privada y por presidentes radicales para extender el control del Estado sobre la economía. Precisamente porque tuvo su Revolución, México es hoy uno de los Estados más estables de la América Latina.

Raymond Carr





1 Pintura de Zapata, el líder de «los hombres del Sur». *2* Botón insignia que llevaban los partidarios de Madero. *3* El escudo de armas de México en una composición hecha con plumas. *4* Una caricatura mexicana de 1912 contra la influencia económica norteamericana. En ella se ven dirigentes mexicanos ofreciendo en prenda trozos de México, incluido el Palacio Nacional, a Norteamérica. *5 y 6* Las sillas de dos presidentes depuestos: la de Díaz *(arriba)* y la de Madero *(abajo)*. *7* Recuerdo del movimiento de Madero: cinta y medalla que llevaban los partidarios de Madero. *8* Algunos de los medicamentos homeopáticos de Madero. Este curó a unas 300 personas por medio de la homeopatía.











Zapata y el agrarismo

Mientras todo el país se conmovía en la lucha que enfrentaba a Díaz y a Madero, en el Estado de Morelos un hombre se ponía al frente de los campesinos para reclamar la reforma agraria que había de devolverles las tierras de que se les había expropiado. Fue traicionado por todos los jefes de la Revolución y acabó asesinado, pero su lucha condujo al triunfo de los ideales por los que había combatido.

«La cabalgata de los zapatistas», caricatura contra Zapata. ***Abajo:*** **un grupo de altos oficiales. El del centro es el general Huerta.**





A comienzos del siglo XX, el Estado mexicano de Morelos era una zona esencialmente agraria, dominada por el grave problema de la estructura de la propiedad de la tierra. Una elevadísima proporción estaba en manos de grandes terratenientes, cuyas propiedades (de 3.000 a 68.000 hectáreas) se dedicaban esencialmente al cultivo de la caña de azúcar. En el otro extremo de la escala se encontraban las comunidades locales, que utilizaban la tierra para practicar una agricultura de subsistencia, cultivando maíz, hortalizas, etc. El deseo de obtener mayores beneficios llevó a los hacendados a mejorar sus explotaciones y a introducir costosa maquinaria para el tratamiento de la caña; para que tales inversiones pudiesen amortizarse y sus ingenios trabajasen a pleno rendimiento, necesitaban aumentar la producción de caña, lo que consiguieron ensanchando la superficie cultivada, a costa de expoliar a las comunidades locales de las tierras que legítimamente les pertenecían. Al perder sus tierras, los campesinos se vieron forzados a convertirse en asalariados y a abandonar muchas veces sus aldeas. Creció su descontento ante los atropellos de que eran objeto al comprobar que los hacendados se hallaban amparados por la tolerancia del régimen de Díaz. Surgió entonces la poderosa personalidad de Emiliano Zapata, defensor de los intereses de los campesinos de Morelos, que luchó hasta el fin de sus días por hacer comprender la necesidad de la reforma agraria.

Zapata, en el camino de la Revolución

Cuando Porfirio Díaz anunció que aceptaría la existencia de una oposición, los campesinos de Morelos buscaron un candidato a gobernador del Estado para oponerlo a Pablo Escandón, el candidato oficial apoyado por los hacendados. El candidato de la oposición, Patricio Leyva, no logró triunfar, aunque tuvo un número sorprendentemente elevado de votos. Amparados por «su» gobernador, los hacendados se lanzaron a una desenfrenada serie de atropellos. Entonces fue cuando Madero inició su campaña de oposición, y los grupos leyvistas de Morelos renacieron, a la vez que los campesinos empezaban a resistir activamente a los terratenientes. Zapata participó en este movimiento como presidente del consejo de su pueblo natal, Anenecuilco; al frente de un grupo armado de setenta hombres recuperó por la fuerza las tierras que los hacendados habían arrebatado a la aldea.

Al ser detenido Alfredo Robles Domínguez, agente de Madero en el Sur, Zapata mandó a algunos de sus hombres para que expresaran su adhesión al Plan de San Luis Potosí, al que Madero había dado un cierto tinte agrarista, con el fin de atraerse los sectores descontentos del sur de México. Durante un tiempo, el movimiento revolucionario de Morelos careció de un jefe que lo dirigiera; para este cometido Madero designó a Torres Burgos, quien no tardó mucho en renunciar al cargo y dejó a Zapata como jefe indiscutible de la Revolución en el Sur.

Díaz perdió el poder en mayo de 1911, pero Zapata no licenció a sus hombres, sino que los mantuvo en pie de guerra con el fin de forzar el cumplimiento de las cláusulas agraristas del Plan de San Luis. Chocaron a partir de este momento la concepción social y agrarista que de la Revolución tenía Zapata con la estrictamente política de Madero, el cual empezaba a vacilar respecto de las promesas hechas. Mientras tanto, De la Barra enviaba a Morelos al general Victoriano Huerta, encargado de poner fin a la rebelión. Huerta dispersó a Zapata y a sus hombres (septiembre de 1911), pero los revolucionarios prosiguieron la lucha, dispuestos a no cejar sin haber conseguido la devolución de las tierras a los pueblos y la destitución de varios gobernadores. Después de las elecciones de octubre, Madero tomó posesión de la presidencia y se negó definitivamente a acceder a las pretensiones de Zapata. Éste decidió continuar combatiendo, ahora contra Madero, y expuso sus puntos de vista y sus pretensiones en el Plan de Ayala (25 de noviembre de 1911), que



Emiliano Zapata y «Pancho» Villa entran juntos en la ciudad de México, rodeados por sus más íntimos colaboradores. Zapata, en el centro, con su típico sombrero; a la derecha, Villa, vistiendo uniforme militar. La difícil alianza entre ambos líderes revolucionarios duró muy poco.

había de convertirse en el documento fundamental de los revolucionarios de Morelos.

Un ensayo legalista

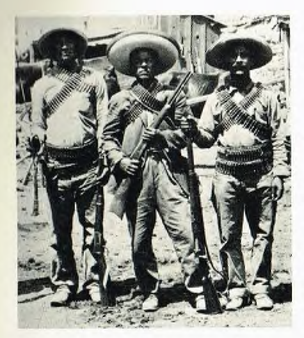
Había en Morelos dos tipos de revolucionarios: los partidarios de integrarse en el sistema y de resolver por la vía legal los problemas agrarios, y los zapatistas, que propugnaban la sublevación armada en tanto no se lograse el reconocimiento del Plan de Ayala. Para luchar contra Zapata y sus hombres, que contaban con el apoyo total de los campesinos, Madero envió a Morelos a un militar de extremada dureza, Juvencio Robles, que recurrió en vano a procedimientos de «recolonización», reuniendo a los campesinos en campos de concentración e incendiando y destruyendo poblados y cosechas.

Los legalistas, entretanto, habían ido ganando posiciones, y lograron que se levantase el estado de sitio, con lo que Robles tuvo que abandonar su actuación represiva. Tomaron entonces posesión de sus cargos de diputado y eligieron presidente interino del Estado a Aniceto Villamar, bajo cuyo mandato se adoptaron tímidas medidas encaminadas a solucionar el problema agrario, tales como un aumento de los impuestos que debían pagar los hacendados. Sin embargo, al llegar la hora de la verdad los legalistas no realizaron ninguna de las reformas tan pregonadas y esperadas. Fracasado este ensayo, Zapata y sus hombres aparecían como la única esperanza de los campesinos. Y éstos volvieron a formar en las filas zapatistas.

Zapata contra Huerta

En febrero de 1913, Madero fue derrocado y asesinado a causa de la traición de Victoriano Huerta. Zapata y los suyos se decidieron entonces a perfeccionar su organización y lanzaron una nueva campaña para arrebatar el poder a los militares y proceder a una reforma agraria efectiva. Juvencio Robles, que volvió a Morelos, enviado esta vez por Huerta, fue incapaz de aplastar la rebelión, que crecía por momentos. Al propio tiempo, Venustiano Carranza proclamaba en el norte del país el Plan de Guadalupe y se sumaba a la oposición a Huerta.

Con la presencia de Manuel Palafox en su cuartel general, los zapatistas pudieron dar mayor coherencia a su administración y mejoraron su eficacia militar. Se procedió a una nueva redacción, más meditada, del Plan de Ayala, que alcanzó una extraordinaria difusión. En él se garantizaba la descentralización y se autorizaban las revisiones de los títulos de propiedad de las tierras. A comienzos de 1914, Zapata contaba con el apoyo de varios Estados vecinos. Esta vez parecía encontrarse cerca de la victoria, a punto de ocupar la capital federal y derribar a Huerta. Éste abandonó la ciudad de México el 13 de julio de 1914, pero las tropas



«¡Viva la democracia!» Tres aguerridos combatientes de la caótica Revolución.

que entraron en la capital fueron las constitucionalistas de Carranza y no las de Zapata.

Carranza contra la reforma agraria

Como los zapatistas habían tenido una destacada participación en el derrocamiento de Huerta, era natural que se produjera una negociación entre su jefe y Carranza. Zapata sólo exigía la aceptación del Plan de Ayala, pero Carranza se negó a ello, y los revolucionarios de Morelos, viéndose una vez más traicionados en sus esperanzas, decidieron continuar luchando.

Para combatir a Carranza, Zapata inició conversaciones con Pancho Villa; pero el acuerdo entre estos dos hombres era inestable, y el callejón sin salida a que llegaron sus relaciones fue aprovechado por los carrancistas.

Mientras tanto, en Morelos, al amparo de la precaria paz que se respiraba, los zapatistas iniciaron la puesta en práctica de su reforma agraria. Se trataba de formar una estructura política integrada por gobiernos municipales autónomos, elegidos democráticamente, y apoyada por un ejército popular, surgido de la unión armada de todos los municipios del Estado. Durante todo el año 1915 el Ejército se dedicó a vigilar el cumplimiento de la reforma agraria. John Womack resume así las transformaciones revolucionarias que se produjeron en Morelos: «El restablecimiento de la autoridad en los pueblos constituyó el fundamento de la reforma agraria en el Estado, y la reforma, a su vez, reforzó a los pueblos, al concentrar en ellos el dominio sobre la propiedad agrícola.» Las tierras eran devueltas a sus legítimos dueños, los pueblos, que podían explotarlas en régimen comunal o repartirlas.

Zapata frente a Carranza

Poco hubo de durar esta paz constructiva en Morelos. Carranza logró entrar de nuevo en la capital federal, en julio de 1915, y constituyó un Gobierno que fue reconocido por el presidente norteamericano Wilson, a fines de octubre. A comienzos de 1916, Carranza, afianzado en el poder, mandó a Morelos un ejército al mando del general Pablo González, que obligó a Zapata a refugiarse de nuevo en las montañas y a reemprender la acción guerrillera. Pablo González volvió a implantar los métodos represivos que Morelos había conocido ya con Huerta y con Robles; anuló, además, las medidas revolucionarias, despojó a los campesinos de los beneficios que les había reportado aquella breve etapa de paz, y, de paso, se enriqueció descaradamente a su costa.

Poco a poco, sin embargo, Zapata volvió a recobrar el control del Estado e intentó restaurar, esta vez con mayores dificultades, la economía local. A comienzos de 1917, la actividad legisladora de Zapata fue de considerable importancia: dictó leyes por las que se fijaban las bases del gobierno del Estado, y en las que se proclamaba que la célula fundamental del mismo era el municipio autónomo, regulado minuciosamente por una ley especial. Dispuso, además, que cada pueblo eligiera una autoridad que se encargaría de todo lo referente a la tierra y a la agricultura.

Pero la existencia de un poder constituido y estabilizado como el de Carranza, con quien Zapata había roto todos los vínculos, era una fuente constante de divisiones y debilidades en el campo revolucionario. Había que intentar a toda costa el asalto al poder central, con el fin de asegurar la amenazada continuidad de la Revolución.

Intentos de unificar la Revolución

Aconsejado por Gildardo Magaña, Zapata comenzó una política de acercamiento a todos los grupos revolucionarios del país. El primero de septiembre de 1917 publicó un manifiesto en que denunciaba a Carranza como un falso revolucionario, afirmaba que la oposición de Félix Díaz estaba apoyada por los latifundistas e insistía en que la única forma de servir a la Revolución era adherirse al Plan de Ayala. Carranza, por su parte, no aceptó reconocer al ejército de Morelos, para no tener que acceder a las reivindicaciones agrarias de los zapatistas.

El jefe revolucionario de Morelos prosiguió intensamente sus esfuerzos para unificar la oposición, e inició contactos con Villa y con Obregón, a la vez que publicaba un nuevo manifiesto al pueblo de México, redactado por Conrado Díaz Soto y Gama (abril de 1918). A pesar de los dramáticos llamamientos a la unidad formulados por Zapata, sus esfuerzos tardaban en fructificar. El 4 de febrero de 1919 aceptó a Vázquez Gómez como jefe supremo de la Revolución y pidió a Villa que lo aceptara a su vez.

Entretanto, Pablo González había iniciado en Morelos una nueva campaña represiva, que obligó una vez más a los zapatistas a refugiarse en las montañas. Pero González, dispuesto a acabar con el incansable jefe revolucionario, decidió tenderle una trampa en la que éste había de perder la vida. Atraído por un supuesto aliado a un falso levantamiento en Jonacayepec, fue asesinado en la hacienda de Chinameca (10 de abril de 1919). Un campesino confesaría más tarde: «Me dolió tanto como si mi propio padre hubiese muerto.» Y un revolucionario anónimo grabó en un poste: «Rebeldes del Sur, es mejor morir de pie que vivir de rodillas.»

La herencia de Zapata

La muerte de su jefe no apagó la rebelión de Morelos; lejos de ello, sus continuadores, que eligieron como jefe a Magaña, prosiguieron los intentos de unificación. Hubo por un tiempo un entendimiento con Carranza, pero al negarse éste a aceptar medidas efectivas de reforma agraria, Magaña hubo de regresar a Morelos y unirse al movimiento oposicionista de Obregón. Éste, en abril de 1920, había publicado el Plan de Agua Prieta, donde se propugnaba la destitución de Carranza. La inestabilidad fue en aumento, y el 9 de mayo de este mismo año Obregón entró en la ciudad de México, acompañado por Genovevo de la O, uno de los más destacados revolucionarios de Morelos. Por primera vez se reconoció a los zapatistas el derecho a participar en las funciones del Gobierno central, y por primera vez la reforma agraria recibió un estatuto legal por parte del poder constituido.

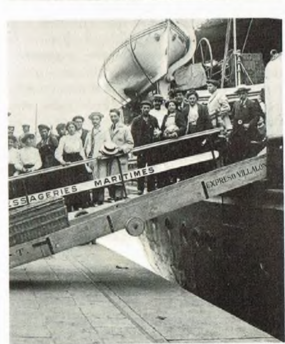
Joaquín Nadal

Centenario de una nación

En el período comprendido entre 1895 y 1910, la República Argentina registró uno de los índices de crecimiento más altos del mundo, acompañado por un sensible aumento de población. Su capital, Buenos Aires, que unos años antes era, apenas, «la gran aldea», como la llamara el escritor costumbrista Lucio López, se convirtió en una gran ciudad, cuya riqueza y pujanza, dentro del área latina, sólo cedían ante París.

El coronel Ramón Falcón, jefe de la Policía, muerto por una bomba anarquista en pleno centro de Buenos Aires como represalia por la persecución de que eran objeto los dirigentes y activistas obreros. *Abajo:* **llegada de emigrantes europeos, en el primer decenio del siglo XX, al puerto de Buenos Aires.**





Las causas de esa extraordinaria prosperidad se hallaban en la existencia de recursos primarios con los que la naturaleza se mostraba excepcionalmente pródiga. Un clima templado e inmensas llanuras feraces resultaban propicios a una gran variedad de cultivos y una asombrosa reproducción del ganado vacuno y ovino; al mismo tiempo, el aporte tecnológico, a partir de la «cámara fría» inventada por el francés Charles Tellier, brindaba la posibilidad de hacer llegar la carne argentina a los mercados más distantes. A fines del siglo XIX, Argentina ocupaba la posición de primer productor mundial de trigo y maíz, cereales de los que —junto con carnes y lanas— era asimismo el primer exportador mundial.

El nivel de productividad alcanzado fue posible gracias a la conjunción de dos factores: la llegada de centenares de miles de inmigrantes europeos, que suplieron la mano de obra que el país no podía proporcionar por carencia demográfica, y el aporte masivo de capital extranjero —principalmente británico— que fue destinado a los sistemas de comunicaciones (ferrocarriles, puertos, teléfonos) y a la industrialización y comercialización (molinos, frigoríficos) de aquellas materias primas. En el medio siglo que se extiende entre 1860 y 1910 se configuró lo que más tarde el sociólogo Torcuato di Tella denominará, con acierto, «el crecimiento desde afuera»; esta forma de crecimiento experimentaría un rudo colapso a raíz de la crisis mundial de 1929-30, pero, en la época a la que nos referimos, se mantuvo a un ritmo sostenido.

Por ello, al cumplirse el centenario de su emancipación política, los argentinos no mostraban la menor inclinación a descubrir en aquel venturoso presente las señales de un futuro incierto; la euforia derivada de una incesante acumulación de éxitos era la fuente de una inquebrantable fe en el porvenir.

Sin embargo, el panorama económico-social de la que entonces era, sin disputa, la nación más importante de Hispanoamérica, presentaba elementos de juicio de signo distinto, no exentos de agudas contradicciones. Su somera descripción facilitará la interpretación de aquel momento argentino.

Hemos mencionado, al paso, el dato de una masiva inmigración que irrumpió en el territorio argentino en las dos últimas décadas del siglo pasado y que, precisamente hacia 1910, alcanzaría su cifra más elevada. Casi la mitad de dicho aporte inmigratorio provenía de Italia; una tercera parte, de España, y una quinta parte, de Polonia. Aportes menos significativos de otros orígenes (pero, en inmensa mayoría, europeos) contribuyeron al crecimiento vertiginoso de una población que haría de Argentina un crisol de razas, determinante de una cultura en la que aparecen fusionadas, sin alcanzar perfecta homogeneidad, las antiguas tradiciones criollas y las que llevaron al Río de la Plata aquellos inmigrantes. Durante un largo lapso, hasta la Primera Guerra Mundial, el crecimiento migratorio fue, porcentualmente, superior al crecimiento vegetativo: el censo nacional de 1914, al que es forzoso referirse por ser el más próximo a la época analizada, registraba un 30 por ciento de extranjeros sobre una población total de 7.884.900 habitantes. El mismo censo proporciona referencias sobre la composición de la comunidad nacional según los estratos sociales, lo que permitía comprobar la existencia de un núcleo proletario o semiproletario, que comprendía el 55,1 % del total; no es de extrañar, por lo tanto, que el porcentaje de analfabetismo fuera igualmente elevado: el 35 %. Sin embargo, cabe consignar que el país experimentaba ya los benéficos efectos de una excelente ley de educación pública (prescribía la enseñanza gratuita y obligatoria fundamentalmente laica, como lo aconsejaba la diversidad de creencias religiosas de los distintos grupos étnicos, sin perjuicio, no obstante, del predominio del catolicismo profesado por la mayoría de la población).

Desde el punto de vista económico, el año 1910 es un momento de gran apogeo en el que se acentúan las características de un desarrollo desigual. La prosperidad que se irradiaba desde el puerto de Buenos Aires alcanzaba a algunas ciudades vecinas, en la provincia del mismo nom-



Inmigrantes en el puerto bonaerense. «Los argentinos y los extranjeros amparados en la hospitalidad del país, estaban convencidos de que su estrella había de brillar muy alto.» El mejor testimonio de esta fe lo proporcionaba Buenos Aires, «la Atenas del Plata».

bre, y a algunos núcleos urbanos del litoral y el centro del país (Rosario, Santa Fe, Córdoba), diluyéndose una vez pasados los 700 kilómetros desde la capital, rumbo al norte. Hacia el sur, la influencia de la metrópoli alcanzaba las ciudades de Bahía Blanca y Santa Rosa, después de las cuales comenzaba a perfilarse la inmensidad del desierto patagónico (que abarcaba buena parte de los casi tres millones de kilómetros cuadrados del territorio perteneciente a la nación). En un escenario tan vasto —en el que la civilización terminaba virtualmente donde morían los rieles y los hilos del telégrafo—, la cría y mestización del ganado vacuno y, en menor grado, del ovino, pasaron a constituir la principal actividad productiva, que, canalizada a través del ferrocarril y del frigorífico, desembocaba, junto con los cereales de la pampa húmeda, en los puertos de Buenos Aires y Rosario, para su distribución en los barcos de todas las banderas que zarpaban hacia Europa. Los capitales ingleses y franceses ocupaban, en este proceso, una posición principal, aunque nunca exclusiva; los beneficios retribuían generosamente las inversiones y proporcionaban un alto nivel de vida a los sectores locales de las clases media y alta. Según cifras de 1908, las existencias de ganado vacuno alcanzaban a 29 millones de cabezas, que en gran parte iban destinadas a la exportación. Ya hemos señalado que este emporio de riqueza se hallaba altamente concentrado en las zonas ganaderas y cerealistas; fuera de ellas, los vinos de la región de Cuyo, el azúcar de Tucumán y el tabaco de la Mesopotamia argentina, pugnaban por ocupar su lugar en el comercio, con la desventaja que significaba la falta de un mercado exterior.

Estas desigualdades se proyectaban, naturalmente, en el plano social. Eran notorias las diferencias de creencias y costumbres entre las poblaciones urbanas y las campesinas (30 % y 70 %, respectivamente, según el censo de 1914), pero más diversas eran, todavía, las posibilidades que ofrecían las grandes ciudades a las clases acaudaladas y a los sectores proletarios. En tiempos en que la propiedad de vastos latifundios, la posesión de valiosas colecciones de arte y la frecuencia de los viajes al continente europeo eran notas constantes en la vida de la alta burguesía, la jornada de labor de un obrero era de 53 horas semanales, y, según estadísticas de 1913, las familias proletarias de la ciudad de Buenos Aires vivían, en su mayor parte, hacinadas en una sola habitación, cualquiera que fuese el número de sus componentes. Por ello no es de extrañar que el país conociera, antes del Centenario, algunas convulsiones, si bien circunscritas a unas pocas ciudades donde la desigualdad en la distribución de la renta levantaba las protestas de ciertos grupos de trabajadores extranjeros, que habían llegado al Río de la Plata con la carga intelectual y emocional de los problemas laborales existentes en sus países de origen. El último cuarto del siglo XIX había visto surgir varias agrupaciones de artesanos franceses, alemanes e italianos, las cuales intentaban reproducir en América sus sociedades de asistencia y de socorros mutuos. En 1896, un pequeño número de esos artesanos, junto con el médico argentino Juan Bautista Justo, habían fundado el Partido Socialista. Al comenzar nuestro siglo cobraron fuerza, en el seno de la clase obrera, las tendencias anarco-sindicalistas. También, en aquellos momentos, la colectividad italiana del populoso barrio de la Boca, en el sur de la ciudad de Buenos Aires, nombraba representante de sus intereses al doctor Alfredo Palacios, el cual, en un disputado acto electoral, quedaba consagrado como primer diputado socialista de América.

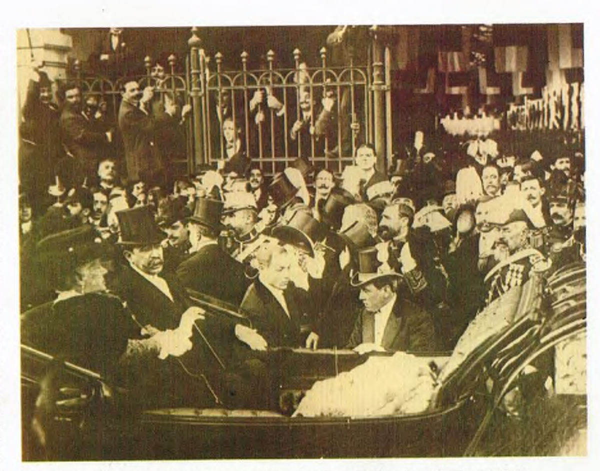
A pesar de estos hechos, la incertidumbre y la inseguridad en que vivía la clase trabajadora eran evidentes. En 1910, el obrero contaba con una sola ley de protección: la que concedía el descanso dominical, sancionada en 1905. Un proyecto de código del trabajo, redactado el año anterior, había sido rechazado por las cámaras legislativas; en cambio, esas mismas cámaras no habían vacilado en aprobar, ese mismo año de 1904, una ley, llamada de «residencia», que autorizaba al presidente de la República a detener a los trabajadores criollos —y a expulsar del país a los trabajadores extranjeros— cuando fuesen responsables de actos de agitación social; la expulsión podía verificarse, sin mediar proceso alguno, en un plazo de 24 horas. Por cierto, esta forma de represión no amilanó a los grupos anarquistas, que respondieron, a su vez, con oleadas de indiscriminada violencia; en 1909, el jefe de la Policía, coronel Falcón, fue abatido por una bomba anarquista en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires.

Tales sucesos, que conmovían periódicamente a la opinión pública, no alcanzaron, sin embargo, a quebrar la atmósfera de confianza y de serena despreocupación con que amplios sectores trabajaban por la

prosperidad del país. En verdad, esa actitud estaba objetivamente justificada por la amplitud de posibilidades que podían vislumbrarse. El ritmo sostenido del progreso y la conciencia de la magnitud de la riqueza disponible —y, en gran parte, inexplotada— infundían generalmente la confianza de que el bienestar se hallaba, con un poco de suerte, al alcance de la mano. Las fortunas amasadas por algunos inmigrantes audaces y esforzados, así como el nivel relativamente alto de los salarios, en relación con los que se pagaban en países como Italia o España, de donde provenían los mayores contingentes de trabajadores, acentuaban esta visión optimista.

Por otra parte, la sencillez de las costumbres limitaba las ambiciones de la gran mayoría. La vida de la clase media (desde entonces y hasta ahora la más próspera y numerosa de Iberoamérica) discurría por cauces apacibles, en medio de una sociedad rigurosamente patriarcal en la que convivían bajo el mismo techo hasta tres generaciones integradas por familias de muchos hijos. Este hecho imponía, desde luego, la amplitud y dignidad de la casona solariega, del hogar independiente, valla infranqueable que separaba a esta clase de la población proletaria de los inquilinatos o «conventillos» donde también coexistían, pero harto penosamente, familias igualmente numerosas sin ningún vínculo de sangre. Parece superfluo señalar que en esa sociedad la mujer estaba relegada a tareas domésticas, ya que contaba con escasos estímulos para incorporarse a actividades culturales (las más relevantes de las cuales —expresadas en los círculos universitarios y políticos— se le mostraban abiertamente hostiles). Un grupo minoritario estaba dedicado a la enseñanza, y otro, infinitamente más pequeño, se enrolaba en la acción de un incipiente feminismo que sólo más tarde, en 1926, conquistaría para las mujeres la ley de derechos civiles.

Sobre este cuadro de luces y sombras prevalecía el impulso vital de una comunidad joven que, desde todos los rincones de su extenso territorio, se aprestaba a celebrar jubilosamente el centenario del pronunciamiento del 25 de mayo de 1810, día en que un grupo de criollos depuso al último virrey español y, aunque todavía invocando el nombre del monarca Fernando VII, nombró un Gobierno propio a través de una junta de notables, conforme al modelo difundido en la propia España invadida por Napoleón.



Conmemoración del Centenario de la independencia argentina. La infanta española Isabel de Borbón, acompañada del presidente de la República, José Figueroa Alcorta, y del embajador español, conde de Cadagua de la Quintana.

Cien años más tarde, la situación ofrecía las contradicciones descritas, pero la perspectiva general era por demás alentadora. No muy conscientes de la dependencia que les imponían los factores externos —al juzgar que las limitaciones que aún imponía el desierto debían ser interpretadas como garantía de inmensas reservas para el porvenir—, los argentinos y los extranjeros amparados en la hospitalidad del país, estaban convencidos de que su estrella había de brillar muy alto. A su juicio, el mejor testimonio, la más rotunda justificación de esa fe, lo proporcionaba Buenos Aires, la «Atenas del Plata», refulgente aunque solitario escaparate donde lucían las mejores realizaciones de la comunidad. Dotada de hermosos parques y cuidadas avenidas, provista de excelentes servicios sanitarios, poblada por una red de tranvías que aseguraban transporte barato y eficaz desde el centro a los arrabales, la ciudad era, al mismo tiempo, un núcleo de atracción para intelectuales y artistas de todo el orbe. En 1910 se trabajaba febrilmente para inaugurar el Teatro Colón, gran coliseo que albergaría a los más altos exponentes del teatro lírico mundial, y las entrañas de la Avenida de Mayo se abrían para la construcción de la primera línea de transporte subterráneo, que entraría en funcionamiento en 1913. Dos grandes diarios, *La Prensa* y *La Nación*, de rango equivalente al de los mejores cotidianos europeos, proporcionaban su mensaje de información y cultura a ávidos lectores; la arquitectura, de cuño parisiense, pronto comenzaría a perfilar los logros del *Art Nouveau.*

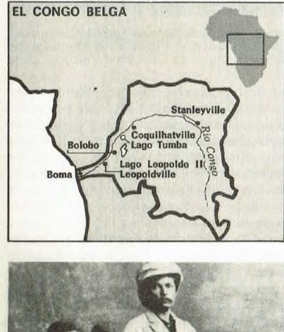
Así se aprestaba la Argentina a cumplir cien años de vida independiente. La nación entera se engalanó para tan especial aniversario; el presidente, doctor José Figueroa Alcorta, las autoridades parlamentarias, los gobiernos de las provincias y, en fin, los hombres más representativos de la sociedad, se dispusieron a servir de anfitriones a príncipes, ministros y embajadores especiales, llegados al país por aquellos días. Poco después comenzarían a levantarse en Buenos Aires los valiosos monumentos y estatuas, obsequios de las colectividades extranjeras, que hasta hoy adornan sus plazas y paseos. Respetada por la comunidad de naciones, admirada por los pueblos fraternos de América, la joven república avanzaba, con paso firme y espíritu jubiloso, hacia la conquista de un destino de grandeza.

Eduardo Alberto Rocca

El Congo de Leopoldo II

«No hay naciones pequeñas —dijo Leopoldo II de Bélgica—; sólo hay mentes pequeñas.» El monarca deseaba colonias, pero no le interesaban los detalles de la administración. Y la presión que ejerció este soberano autocrático, decidido a ganar dinero, sobre una administración integrada por militares sin ninguna preparación para los asuntos de gobierno, provocó terribles males.

Mapa de la colonia de Leopoldo II. *Abajo:* **H. M. Stanley, que reveló al mundo el rico potencial de la cuenca del Congo.**





Cuentan que Leopoldo II de Bélgica, en edad ya avanzada, fue visitado por un médico francés. «Su majestad goza de excelente salud», fue el diagnóstico; «sería un magnífico presidente de la República Francesa.» «Doctor —replicó bruscamente Leopoldo—, ¿le gustaría que le dijeran que usted sería un buen veterinario?»

Esta anécdota, poco amable para los veterinarios y los franceses, pone de relieve una de las características más importantes de Leopoldo II: su profundo sentido dinástico, su convicción de que la grandeza de la rama de los Coburgo a la cual pertenecía estaba en sus manos, y de que era deber suyo acrecentarla. Es cierto que la categoría internacional de Bélgica no le permitiría dejar una huella tan considerable como la de algunos soberanos de naciones más importantes: la independencia de Bélgica, obtenida en 1830, le imponía como condición la neutralidad. Leopoldo II no podía conseguir las victorias diplomáticas y militares por las que luchaban los reyes y emperadores de las grandes potencias, ni tenía la posibilidad de imponer su figura de monarca en el ámbito europeo.

Personalidad de un soberano

Para comprender la actuación de Leopoldo II hay que tener presente que los problemas puramente interiores de Bélgica parecían aburrirle. Carente, al parecer, de convicciones religiosas, estaba harto de la división entre católicos y anticlericales; además, no encontraba nada suficientemente importante en los graves problemas de la población obrera de las ciudades y villas de Bélgica. También es posible que las escasas satisfacciones que le ofrecía su vida privada agudizaran su interés por afianzarse en el ámbito público. Formado en un hogar de costumbres severas, aceptó un matrimonio de conveniencia que perdió para él todo sentido en 1869, cuando murió su único hijo; todo el afecto del monarca parecía haberse concentrado en el joven príncipe: el funeral del niño fue la única ocasión en que Leopoldo perdió su aplomo en público. A partir de entonces la vertiente sensual de su naturaleza se manifestó en una larga serie de amoríos, todos al parecer breves, salvo el último, con Carolina Lacroix.

En Leopoldo II tenemos al soberano de un pequeño Estado europeo que no le ofrece suficientes oportunidades para sus energías y entusiasmos, lo que había de impulsarle hacia las empresas de ultramar como campo donde aplicar sus ambiciones. «No hay naciones pequeñas —dijo una vez Leopoldo II—; sólo hay mentes pequeñas.» Al principio, por lo visto, esperaba poder contar con sus súbditos para sus proyectos ultramarinos, de suerte que se pudieran montar empresas específicamente belgas. Pronto se vio, sin embargo, que tanto los ministros de su padre —pues el joven Leopoldo buscaba ya despertar entusiasmo por las colonias cuando aún era príncipe heredero— como sus propios ministros, eran más hostiles, si cabe, a las aventuras coloniales que los estadistas de otras potencias europeas de la época. Leopoldo II llegó a la conclusión de que debía adquirir una colonia en su propio nombre y explotarla con sus propios esfuerzos. Con el tiempo, esta nueva fuente de riqueza sería legada, por gracia y favor de la monarquía, a una nación que sabría apreciar la generosidad real.

Leopoldo II busca su colonia

A partir de su subida al trono, en 1865, Leopoldo II hizo una serie de tentativas para adquirir territorios o zonas de influencia en partes muy distantes del mundo. Uno de sus proyectos fue crear una compañía belga que significara para China —y para Bélgica— lo que la antigua Compañía de las Indias Orientales había significado para la India y Gran Bretaña, a la vez que intentaba conseguir mediante compra o arrendamiento una provincia argentina, Sarawak, las Filipinas, Mozambique o el Transvaal. Ninguno de estos proyectos tuvo éxito, y en 1876 el monarca dirigió su atención al África tropical. Su sistema consistió en convocar una conferencia geográfica en el palacio real de Bruselas, a la que fueron invitados eminentes especialistas de Europa y Estados Unidos. A los delegados se les propuso que fundaran una asociación

y elaboraran un plan para facilitar la apertura del África tropical a la beneficiosa influencia de la civilización occidental. El resultado respondió exactamente a los deseos de Leopoldo II, que tenía una notable capacidad para influir sobre los demás con su simpatía personal y previó la creación de líneas de comunicación de este a oeste y el establecimiento de hospitales y estaciones científicas a lo largo de tales líneas. Debían cuidar de la realización del proyecto los comités nacionales de un organismo internacional constituido al efecto: la *Association Internationale Africaine*.

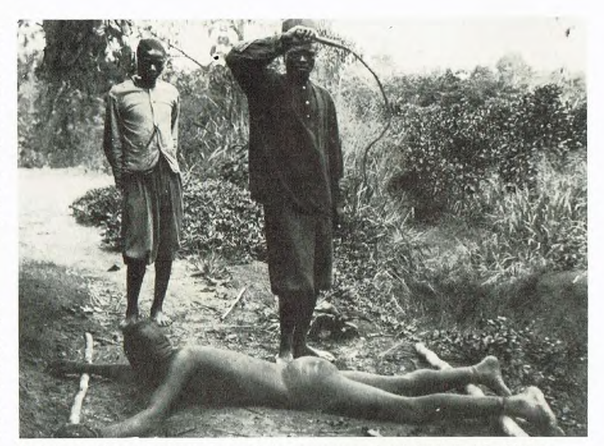
El «Estado Libre del Congo»

Pero sólo en Bélgica, y gracias a la influencia de Leopoldo II, los comités nacionales actuaron con eficacia. Se organizaron expediciones para penetrar en el continente desde la costa oriental hasta el lago Tanganica. Pero muy pronto el interés del soberano belga se desplazó de la costa oriental a la cuenca del Congo. En 1877, en las últimas etapas de una expedición de 999 días a través del continente negro, el explorador H. M. Stanley reveló el inmenso potencial del río Congo como línea de comunicación al seguir su curso desde el mismo corazón de África hasta el océano Atlántico. Muchos elogiaron este viaje porque vieron en él no sólo un descubrimiento geográfico, sino también una victoria de la capacidad humana de resistencia; pero Leopoldo II vio allí algo más: vio que el Congo le ofrecía la oportunidad de establecer en África el dominio que durante tanto tiempo había buscado. Durante los siete años siguientes, el monarca belga representó el papel de un filántropo internacional preocupado en abrir la cuenca del Congo tanto en beneficio de los poblaciones indígenas como en el de Europa. En 1885, en parte como resultado de algunas hábiles gestiones diplomáticas, Leopoldo II fue reconocido por las potencias europeas y por los Estados Unidos como soberano (a título personal, y no como rey de Bélgica) del *Estado Independiente del Congo*, llamado a veces Estado Libre del Congo.

«El fruto de su trabajo»

Así surgió una colonia de índole muy especial. En las primeras etapas de la aventura del Congo participaron unos pocos elementos de procedencia internacional: los directivos de una compañía holandesa con intereses comerciales en el Bajo Congo y dos destacados empresarios ingleses, J. F. Hutton, de Manchester, y sir William Mackinnon, fundador de la Compañía de Navegación a Vapor de la India Británica, y, más tarde, de la Compañía Imperial Británica del África Oriental. En 1879, Leopoldo II ya había adquirido los intereses de todos ellos, y la participación internacional en el Congo quedaba limitada a algunos ingleses, suecos, norteamericanos y otros que se habían puesto al servicio del monarca. Estos «extranjeros» estaban en todas partes y eran gente relevante. Uno de ellos fue nada menos que H. M. Stanley (súbdito inglés, aunque muchos creían que era ciudadano norteamericano por haber prestado juramento en la guerra de Secesión), que trabajó para Leopoldo II desde 1879, y al cual debióse el establecimiento, en la cuenca del Congo, de una cadena de estaciones que se convirtieron en la base del poder del Rey. La dirección, sin embargo, estaba exclusivamente en manos de Leopoldo II: nadie discutía ni compartía su autoridad. De ahí derivan algunas de las características fundamentales del Estado Independiente del Congo.

Para Leopoldo II, según sus propias palabras, el Congo fue su «empresa personal..., el fruto de su trabajo»; en consecuencia, creía tener derecho a sacar partido de los recursos humanos y naturales, tal como los holandeses (que eran su modelo a este respecto) habían hecho en Java. Semejante actitud era una consecuencia natural del concepto que Leopoldo II tenía de sí mismo: el de un soberano perspicaz que había puesto los fundamentos de una colonia mientras sus súbditos se mostraban temerosos de actuar. Y él debía tener por lo menos la satisfacción de decidir qué beneficios había de proporcionar el Congo al embellecimiento de las ciudades belgas y a la mayor gloria de la dinastía. No es que Leopoldo II careciese de sentimientos humanos. Era simplemente un hijo de su época, y consideraba un hecho natural que la vida de los pueblos africanos del Congo fuera triste, salvaje y corta; no debemos olvidar que extensas zonas del Congo, hasta inmediatamente antes de la época de Leopoldo II, habían sufrido las depredaciones de los traficantes de esclavos, y que hasta 1880 las bandas árabes realizaban con idéntico fin feroces incursiones en la zona oriental; la sumisión al dominio de un país europeo, por lo tanto, aún habría de resultar beneficiosa para esos desdichados africanos.



Muchas atrocidades cometieron los soldados congoleños a las órdenes de jefes blancos. He aquí uno de los castigos aplicados, y no de los más duros precisamente.

Pero no fueron solamente los propósitos y las actitudes de Leopoldo II los elementos que determinaron el resultado de la aventura congoleña. Parece obligado concluir que el monarca descuidó por completo todo lo referente a la manera de administrar el Congo, puesto que su aten-

ción estaba absorbida por proyectos grandiosos. La simple lista de los territorios o zonas de influencia en ultramar que Leopoldo II intentó adquirir «después» de haber sido reconocido como soberano de una porción de África que tenía ochenta veces el tamaño de Bélgica, es una prueba irrefutable de sus ilimitadas apetencias. En la década posterior a 1885, el monarca realizó tremendos esfuerzos diplomáticos y militares para extender el Estado del Congo por el Alto Nilo, con la secreta esperanza de llegar a adueñarse del Sudán y aun de la tierra de los faraones. Leopoldo II trató igualmente de establecerse en Eritrea, en Abisinia y en Marruecos; fuera de África, pensó en comprar las islas Canarias a España y en negociar un arrendamiento de las Filipinas. Además, trató de conseguir zonas de influencia en Manchuria, Mongolia, Corea, Siberia y China.

Con la sola excepción de China, estos intentos fracasaron. Pero el mero hecho de que fueran realizados hace pensar que, a pesar del duro esfuerzo, del desembolso financiero y de la habilidad diplomática que Leopoldo II había dedicado a la adquisición del Congo, no le interesaba seriamente la organización y administración de su nuevo Estado. Resulta significativo, a este respecto, que Leopoldo II no visitara nunca el Congo ni manifestara jamás deseo alguno de hacerlo.

El afán de obtener beneficios económicos vino a combinarse con la falta de interés por la adecuada gestión de su nuevo dominio. En esta combinación reside el origen de los abusos que empezaron a producirse en el territorio congolés desde alrededor de 1895 y que a su vez dieron lugar a la campaña en pro de las reformas en el Congo y a que Bélgica decidiese tomar posesión del territorio, en un tiempo y de un modo que no eran los que había proyectado Leopoldo II. Los relatos acerca de las «atrocidades de la explotación del caucho en el Congo», como se las suele llamar, conmovieron a Europa hace tres cuartos de siglo y dieron lugar a que la historia del Congo del rey Leopoldo II se mantenga viva.

La explotación del Congo

A partir de los últimos años de la década 1880-1890, la tarea de gobernar el Congo, aunque fuera realizada de una manera rudimentaria, amenazó con quebrantar las finanzas de Leopoldo II, pues el territorio había absorbido ya gran parte de la fortuna personal del Rey, y éste se hallaba lejos de sacar provecho de la colonia. Y, así, ante la necesidad de reunir dinero para hacer frente a los gastos de la administración, y con la esperanza de obtener beneficios a largo plazo, Leopoldo II inició un sistema por medio del cual la explotación de las tierras libres quedaba reservada al Estado o a compañías nombradas por éste. Los productos que explican la adopción de semejantes medidas fueron el caucho virgen, entonces muy solicitado en Europa, y, en menor grado, el marfil. El sistema de Leopoldo II estaba basado en una orden estatal de 1885 que declaraba que las tierras libres (o sea las tierras no ocupadas por africanos o por otros explotadores) pertenecían al Estado. Este principio, común entre los gobiernos coloniales, halló una aplicación especial. Un decreto de septiembre de 1891, puesto en vigor por algunas circulares administrativas locales, autorizó a los funcionarios administrativos de gran parte de la vasta región del norte del río Congo, entre Coquilhatville y Stanleyville, a tomar todas las medidas necesarias para que, en adelante, el caucho virgen y el marfil fuesen ofrecidos exclusivamente a las autoridades estatales. La siguiente medida fue una aplicación casi general del principio según el cual todas las tierras libres pertenecían al Estado. En algunas zonas, las autoridades estatales empezaron la explotación directa de los productos naturales, quedando excluidos los comerciantes privados. En otras partes se otorgaron concesiones para la explotación exclusiva, bajo determinadas condiciones, a cierto número de compañías y de individuos. Parece que Leopoldo II, a través de personas nombradas por el Estado del Congo, tenía acciones en muchas de estas compañías, si no en todas.

Otro instrumento de la política de explotación de Leopoldo II fue la exigencia, aparentemente nada insólita, de que los congoleños pagaran impuestos. Pero en el Congo del rey Leopoldo no existió hasta 1903 legislación de ninguna especie que determinara el importe de los impuestos, y, dado que allí no circulaba ninguna moneda, los pagos sólo podían efectuarse en trabajo o en especie.

Como expresó la propia comisión investigadora que Leopoldo II se vio obligado a crear: «Cada *chef de poste* de un establecimiento exigía a los indígenas la prestación de servicios de la más diversa índole, en trabajo o en especie, ya para proveer a sus propias necesidades y a las del establecimiento, ya para explotar la riqueza del *Domaine*.» Lógicamente, el Estado o las compañías concesionarias no estaban obligadas a pagar ni un céntimo por ninguno de los productos recolectados por los congoleños, pero en la práctica realizaban a veces pagos arbitrarios en barras de latón o en telas. Puesto que el monopolio del Estado o de la compañía concesionaria era absoluto, no existía ninguna posibilidad de que compitieran entre sí varios compradores. La ausencia de toda legislación sobre impuestos —o, mejor dicho, de una legislación adecuada— hacía más fácil que los funcionarios del Estado y los agentes de las compañías infligiesen el castigo que se les antojara en caso de no obtenerse las cantidades fijadas para cada aldea. Un último e importante aspecto del sistema era que los funcionarios y los agentes de las compañías recibieron, hasta 1896, primas sobre el volumen de productos que reunían y, a partir de esa fecha, bonos pagaderos al final de su servicio en el Congo, que en la práctica dependían del éxito obtenido en la percepción de productos.

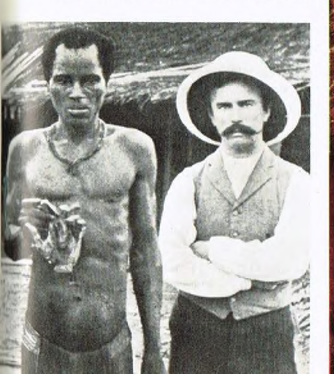
Un macabro sistema de contabilidad

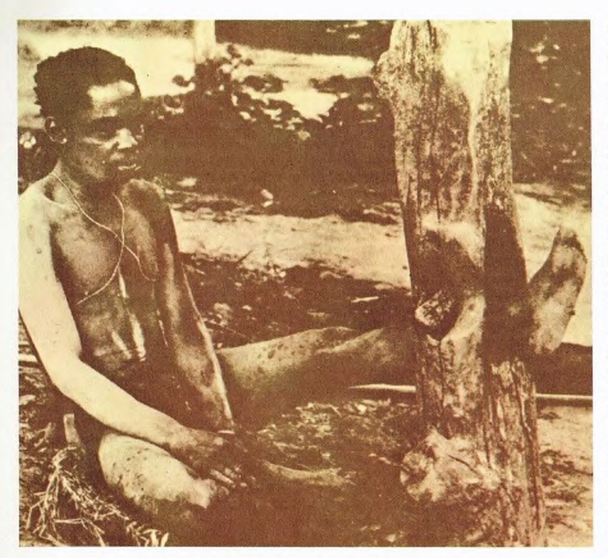
En tales circunstancias, poco puede sorprender que la recolección de caucho llegara a dominar las actividades de los funcionarios y de los agentes de las compañías en las regiones caucheras. Como dijo el misionero baptista reverendo A. E. Scrivener, hablando de una factoría estatal para cuyo jefe no tuvo más que «elogios»: «Todo estaba organizado sobre una base militar, pero hasta donde yo pude ver, la sola y única razón de todo era el caucho. Era el tema de casi todas las conversaciones, y resultaba evidente que la única manera de complacer a los superiores era incrementar de algún modo la producción.» De esto al abuso no había sino un paso. En 1899, un funcionario estatal describía de esta forma su método de recogida de caucho en la región de Ubangui: llegaba a una aldea, y, acto seguido, los habitantes huían; entonces, sus soldados empezaban el saqueo y, a continuación, atacaban a los habitantes hasta que conseguían secuestrar a sus mujeres como rehenes. El rescate de cada rehén consistía en un par de cabras y la cantidad exigida de caucho virgen. De esta forma, el funcionario iba de aldea en aldea hasta que había conseguido la cantidad de caucho asignada.

Pero los métodos podían ser aún más brutales; y, así, el hecho de cortar orejas, como otras formas de mutilación, constituía parte de un macabro sistema de contabilidad. En 1899, un funcionario es-



Arriba: una víctima del «celo» con que fue administrado el Congo de Leopoldo.
Derecha: retrato de Leopoldo II, cuyas energías insatisfechas por el gobierno de un pequeño Estado como Bélgica le llevaron a la aventura colonial.
Abajo: un nativo, junto a uno de los «administradores» blancos, muestra la mano cortada a un hermano de raza, en aplicación de un bárbaro sistema de coacción para una mayor «productividad».





El cepo: un castigo «dulce» entre los aplicados por los administradores del Congo.

tatal (ignorando la verdadera identidad de su interlocutor) dijo a un misionero norteamericano, que anotó la conversación en su diario: «Cada vez que el cabo sale a buscar caucho, se le entrega cierto número de cartuchos. Debe regresar sin haber utilizado ninguno; o por cada uno que haya gastado, ¡ha de traer una mano derecha!» Con más o menos exactitud, el funcionario siguió informando al misionero de que «en seis meses el Estado había gastado 6.000 cartuchos en la región del río Momboyo, lo cual significa que 6.000 personas fueron muertas o mutiladas. E incluso más de 6.000 personas, pues la gente me ha dicho repetidas veces que los soldados matan a los niños a culatazos» (del informe del cónsul británico Casement, 11 de diciembre de 1903).

Si bien, como estos testimonios parecen indicar, las atrocidades fueron cometidas sobre todo por soldados congoleños o por «guardas forestales», es evidente que sus superiores blancos compartían la responsabilidad de tales acciones. También es cierto que tomaban parte directa en ellas algunos agentes blancos de las compañías.

Que se produjeran atrocidades en gran escala era algo que negaban enérgicamente las autoridades del Congo en aquella época, y que todavía niegan en la actualidad algunos autores. Incluso el hecho de que Roger Casement (el cónsul británico antes mencionado cuyo informe sobre un viaje a través de las principales zonas del caucho, realizado en 1903, proporcionó las pruebas más divulgadas acerca de las atrocidades que se cometían) fuese posteriormente ahorcado como traidor, por haber tomado parte en la rebelión irlandesa de 1916, ha sido utilizado para tratar de desacreditar sus acusaciones. Pero siquiera Casement pudo haber engañado en algún que otro caso, cabe obtener abundancia de pruebas semejantes de los testimonios de numerosos misioneros, incluidos algunos sacerdotes católicos belgas, de la lectura entre líneas del informe de la propia comisión investigadora nombrada por Leopoldo II, y de la observación hecha en privado por el presidente de esta misma comisión, el cual afirmó que las pruebas reunidas concordaban «en todos los detalles esenciales con los informes de Casement».

Bélgica toma posesión del Congo

Las atrocidades de la explotación del caucho fueron el principio del fin para Leopoldo II y su Estado Independiente del Congo, pues suscitaron un clamor público en favor de la reforma. En Gran Bretaña, el informe de Casement inspiró la Campaña para la Reforma del Congo, y fue tal la presión ejercida por ella que el Gobierno inglés, con el apoyo de los Estados Unidos y sobre el trasfondo de las protestas que se levantaban en la propia Bélgica, acabó pidiendo a este país que tomara posesión del Congo. Desde el punto de vista del derecho internacional, el Estado Independiente del Congo era algo poco preciso, mientras que Bélgica ocupaba un lugar en el concierto de las naciones, y las grandes potencias europeas la podían tener en mucha mayor consideración que al Estado del Congo. Los belgas, además, se dieron cuenta de que resultaba casi una cuestión de honor nacional poner remedio a los males de los que era responsable su rey, de suerte que el voto de anexión del Congo siguió al forzado asentimiento de Leopoldo II a la presión diplomática que se le hizo pidiendo que entregara su colonia privada.

Su imperialismo, empero, había sido enteramente distinto al de otras potencias europeas, que adquirían posesiones africanas guiadas por motivos como el interés en evitar que se les anticiparan las potencias rivales, la lógica de la seguridad imperial, las exigencias de la diplomacia europea, la necesidad de aplacar a grupos de presión nacionales, y un cierto sentido de misión civilizadora. Leopoldo II actuó movido por un acentuado sentimiento dinástico, por el afán de hacer más popular la dinastía de los Coburgo embelleciendo a Bélgica mediante las ganancias procedentes de «su» Congo, por el impulso que le inducía a buscar una oportunidad de aplicar su talento —lo cual le estaba negado como simple soberano de un país europeo de segundo orden—, por una ilimitada y desenfrenada ambición, y quizá también por disgustos y frustraciones personales. El resultado inmediato de la empresa africana de Leopoldo II fue que Bélgica, mediante una obligación asumida a disgusto, pero templada por la posibilidad de conseguir al fin y al cabo una oportunidad económica para sus ciudadanos, se convirtió en potencia colonial.

Roger Anstey

Los ingleses en Egipto

Hasta 1914 los ingleses dominaron fácilmente en Egipto, pero, aunque fueron capaces de humillar, e incluso ignorar, las fuerzas nacionalistas del país, nunca pudieron acabar con ellas.

Cuando, en 1882, los ingleses ocuparon Egipto, lo hicieron sin demasiado interés y con la intención de evacuarlo tan pronto como les fuera posible. Ya desde la ocupación de Egipto por Napoleón en 1798, la política británica con respecto a este país había sido clara y coherente: se basaba en la afirmación de Henry Dundas, ministro de la Guerra en el tiempo de la expedición de Bonaparte, según la cual «la posesión de Egipto por cualquier potencia independiente sería una circunstancia fatal para los intereses de nuestro país».

La importancia de Egipto para los británicos residía en su situación: enclavado entre el Mediterráneo y el mar Rojo, constituía la ruta más corta entre Europa y las posesiones británicas de la India. Por lo tanto, si una potencia extranjera ocupaba Egipto, dispondría, para llevar a cabo operaciones hostiles contra la India, de una base adecuada que resultaba fácilmente accesible desde Europa y que estaba mucho más cerca de la India que la base metropolitana británica. Éste era el objetivo que perseguía la expedición de Bonaparte, y los sucesivos Gobiernos británicos creyeron que éste iba a ser también el principal objetivo de posteriores intentos franceses encaminados a establecer el predominio francés en Egip-



Soldados ingleses en Egipto, en 1906. La esfinge se mostraba impasible, pero no así los egipcios, muchos de los cuales hervían de descontento contra la dominación británica.

to. El primer ministro y titular de la cartera británica de Asuntos Exteriores, Palmerston, consideraba que ese mismo motivo explicaba el interés de los franceses en la construcción del canal de Suez. Hasta fines del siglo XIX la política británica combatió esta amenaza sin necesidad de competir con Francia para alcanzar una posición predominante en Egipto: la influencia inglesa en Constantinopla fue suficiente para procurar que siguiera siendo efectiva la soberanía turca sobre Egipto y, de esta forma, asegurar la neutralidad e integridad territorial del país.

La ocupación temporal

La ocupación británica de 1882 se produjo como una consecuencia no intencionada e indirecta de las considerables deudas internacionales que Egipto había contraído durante los veinticinco años precedentes. Debido a estas deudas y a la subsiguiente bancarrota del país, se impuso un control internacional sobre las finanzas y la administración egipcias. El resentimiento originado por esta medida y por la irresponsabilidad de la clase dirigente turca y circasiana que gobernaba en Egipto y que había provocado tal situación, juntamente con la difusión de las ideas «constitucionales» y reformistas que se filtraban al Próximo Oriente desde Europa, provocó en Egipto un movimiento nacionalista que pronto tomó la forma de una revuelta contra el Gobierno establecido. Tras haber intentado infructuosamente organizar un concierto de potencias europeas con el fin de forzar a Turquía a ejercer una soberanía efectiva, los británicos ocuparon Egipto por su cuenta con la intención de estabilizar su situación de forma que otras potencias no se sintiesen tentadas a hacer lo mismo en el futuro.

Durante los primeros años de la ocupación, los ingleses se atuvieron sinceramente a su propósito original de llevar a cabo, como preludio a su retirada, unas pocas reformas «urgentes». Pero, al disminuir la influencia británica en Constantinopla, los sucesivos Gobiernos británicos se vieron paulatinamente obligados a sustituir la presión indirecta sobre Constantinopla por la presencia permanente en Egipto como medio para proteger las comunicaciones imperiales británicas.

La ocupación británica de Egipto y su posterior resistencia a abandonarlo causaron gran disgusto en Francia. La actividad imperialista desplegada en Egipto durante la década de 1890 a 1900 consistió esencialmente, por una parte, en una tentativa francesa de desafiar el predominio británico estableciéndose en el Alto Nilo, y, por otra parte, en la determinación inglesa de frustrar esta tentativa y salvaguardar su posición, consiguiendo el control de todo el valle del Nilo.

Se logró este control con la reconquista angloegipcia del Sudán entre 1896 y 1898, con la forzada retirada del comandante Marchand y del pequeño destacamento francés que, partiendo del África Occidental, se había establecido en Fashoda, en el Alto Nilo, y con la conclusión de una serie de acuerdos concertados por Gran Bretaña con Francia, Bélgica e Italia para definir las fronteras del Sudán angloegipcio.

Seis años más tarde, en 1904, Francia aceptó por primera vez el hecho consumado de la ocupación inglesa a cambio de la aceptación por Gran Bretaña de la supremacía francesa en Marruecos. La consecuencia inmediata del acuerdo anglofrancés de 1904 fue la de conseguir el reconocimiento internacional de la ocupación británica de Egipto y liberar al Gobierno inglés de la situación embarazosa en que le habían colocado sus numerosas promesas y garantías de evacuar dicho país. El acuerdo puso fin, además, al control financiero internacional que las potencias, especialmente Francia, habían insistido en retener como medio de oponerse al predominio británico en Egipto.

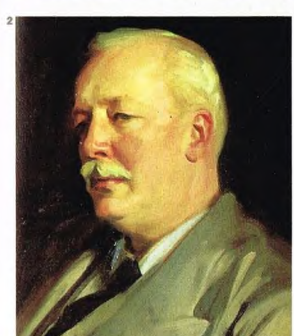
Las marionetas de Cromer

La política británica durante los primeros veinticinco años de la ocupación, aunque teóricamente tenía por objeto crear la seguridad, solvencia y estabilidad necesarias para permitir una pronta evacuación, y si bien debía limitarse a asesorar al jefe del Gobierno egipcio y a su Consejo de Ministros, en la práctica tendió a convertirse en un control cada vez más general y absoluto de toda la administración. A pesar de que, inmediatamente después de la ocupación, el Gobierno británico había dado instrucciones a su representante ordenándole que llevara a cabo «una reducción gradual de elementos extranjeros y un creciente empleo de egipcios en todas las ramas de la administración» y procurara la «implantación de instituciones que favorecieran el desarrollo de la libertad», en la realidad las cosas habían evolucionado precisamente en el sentido contrario. Los ministros egipcios se habían convertido en marionetas y el control efectivo de cada ministerio era ejercido por un asesor inglés, el cual recibía órdenes del representante británico (que todavía conservaba el título —anterior a la ocupación— de agente y cónsul general, y que seguía siendo, en teoría, un simple representante extranjero) y manejaba el ministerio a través de subsecretarios ingleses en El Cairo y de inspectores ingleses en las provincias. Las instituciones representativas —la cámara legislativa, la asamblea general y los consejos provinciales, creados al principio de la ocupación— no tenían ningún poder legislativo, sino sólo unas limitadas atribuciones consultivas, sin ningún medio efectivo para controlar las acciones del ejecutivo.

Esta tendencia dictatorial, que tácitamente dio por sentado el mantenimiento por tiempo indefinido de la ocupación, fue debida en parte a la fuerza de las circunstancias y en parte a la política y a la personalidad de lord Cromer, que había llegado a Egipto en calidad de agente británico en 1883 y permaneció allí hasta 1907. La rebelión nacionalista que provocó la ocupación inglesa había desacreditado y destruido la autoridad indígena existente hasta entonces y que consistía en un despótico jefe hereditario y en una clase dirigente, predominantemente turca y circasiana, que no estaba arraigada en el país y que recibía su autoridad exclusivamente de su designación por el jefe del Gobierno. Por más esfuerzos que se hicieran, la vieja estructura no podía ser reconstruida efectivamente y Cromer no hizo ningún esfuerzo para crear otro sistema indígena de autoridad que pudiera sustituirla. Era mucho más conveniente emplear el antiguo sistema como dócil instrumento de control británico. Al principio, no hubo dificultades al respecto, dado que la oposición nacionalista había sido destrozada, al igual que la estructura de dominio de la sociedad, como resultado de las circunstancias de la intervención y ocupación británicas.

Los primeros indicios de resistencia no surgieron de los nacionalistas, sino del mismo palacio real. El jedive Taufik, cuyo trono había sido salvado por la ocupación de los ingleses y que se mostró sumiso instrumento de su política, murió en 1892 y le sucedió su hijo de dieciocho años de edad, Abbas Hilmi, que no ocultaba el disgusto con que veía la dominación extranjera. En los primeros años de su reinado, tras haber tenido serios contrastes (llevando la peor parte) con Cromer y con Kitchener, que era entonces «sirdar» o comandante en jefe del Ejército egipcio, Abbas Hilmi se vio obligado a mostrarse, al menos en apariencia, concorde. Pero sus conocidas opiniones, el prestigio todavía considerable de su cargo

1


2


3


1 **Abbas Hilmi, centro de las esperanzas nacionalistas.** *2* **Cromer, retrato del pintor Sargent. Cromer fue inflexible con el nacionalismo.** *3* **Jorge V en Egipto, en 1911, de pie entre el jedive y Kitchener.**

y su capacidad para la intriga, hicieron de su corte un núcleo de oposición a los británicos y contribuyeron a reanimar el nacionalismo, que, bajo la dirección de Mustafá Kamil, un joven abogado y periodista educado en Francia, volvió a despertar en Egipto a comienzos del siglo XX.

Los ingleses se establecen definitivamente

El acuerdo anglofrancés de 1904 resultó decepcionante para el jedive y para los nacionalistas, que, hasta entonces, habían abrigado esperanzas de que la diplomacia francesa lograría poner fin a la ocupación británica. Fue, en cambio, un estímulo para Cromer, que durante años había trabajado para que se firmara y que sabía mejor que nadie hasta qué punto la obstrucción francesa había estorbado su administración y había animado a sus oponentes en Egipto.

El acuerdo alivió a la administración angloegipcia de la carga del control financiero internacional, y le confirió independencia financiera, sujeta al pago puntual de los intereses de la deuda exterior que, gracias a la creciente prosperidad, ya no constituían una abrumadora carga para las finanzas de Egipto (durante el transcurso de la ocupación, la deuda egipcia se había reducido a la mitad). Pero las capitulaciones —la otra gran servidumbre internacional que la ocupación había heredado— no sufrieron cambio alguno. Las capitulaciones, que procedían de una serie de tratados firmados entre las potencias europeas y el Imperio Otomano, consistían esencialmente en un sistema en virtud del cual los residentes europeos en Egipto no podían ser sometidos sin su consentimiento al derecho civil o criminal egipcio. Esto significaba, entre otras cosas, que no podía exigirse ningún impuesto personal a un residente europeo sin el consentimiento unánime de las potencias europeas.

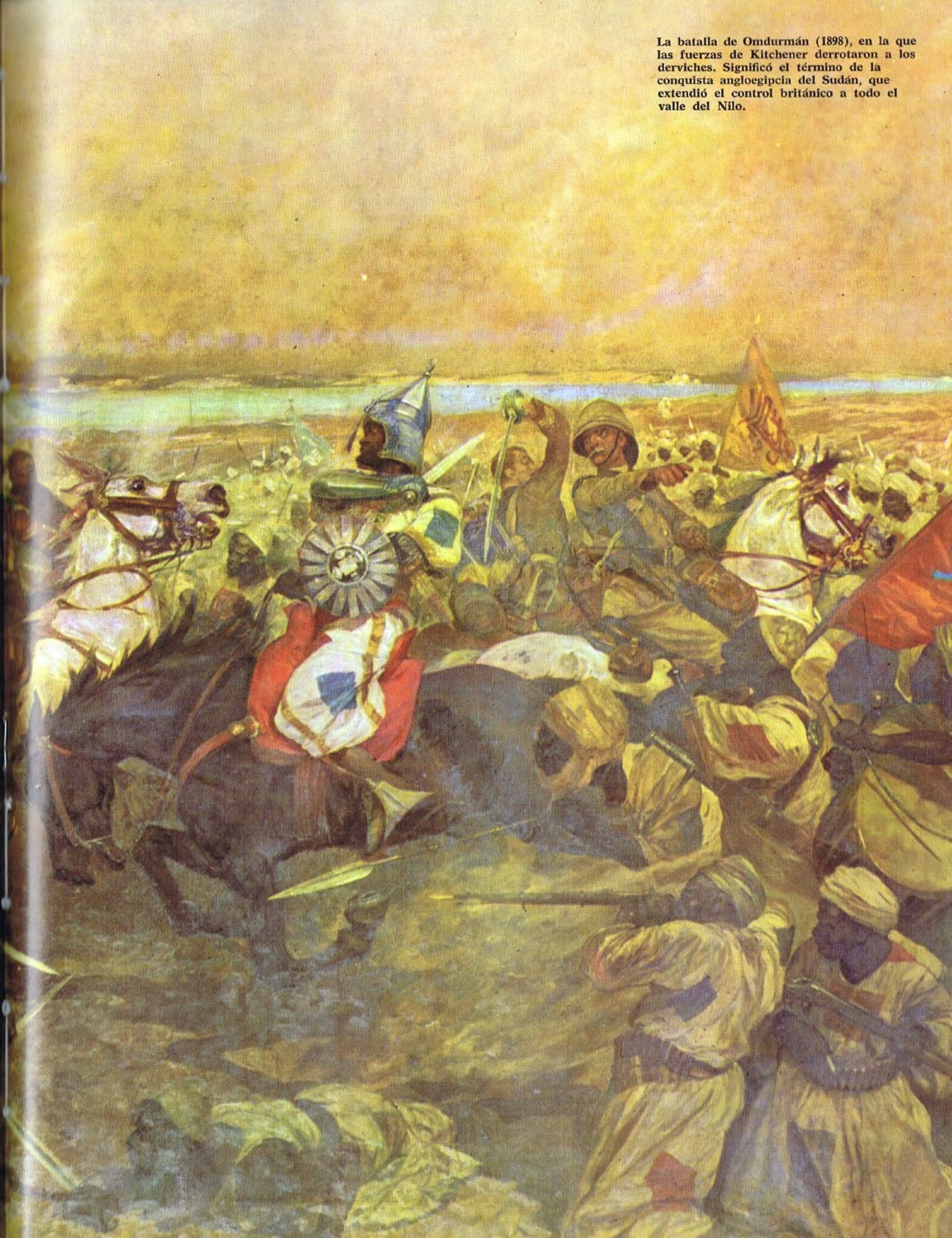
Tan pronto como se firmó el acuerdo de 1904, Cromer se dedicó a tratar de suprimir esta limitación tan gravosa para la libertad de acción de la administración angloegipcia. Formuló una propuesta para que se formase un segundo consejo legislativo, compuesto por entero de residentes extranjeros, con poder para aprobar las leyes propuestas por el Gobierno egipcio con el consentimiento del Gobierno británico, previendo que en un futuro, que él consideraba muy lejano, este consejo legislativo extranjero podría fusionarse con el consejo legislativo local formando un Parlamento egipcio. Esta propuesta, a la que se oponían por igual los egipcios, las potencias y los residentes extranjeros, nunca fue llevada a la práctica. Prescindiendo de cualquier otra razón, tanto los egipcios como las potencias extranjeras la consideraron como un paso hacia la incorporación de Egipto al Imperio Británico, y los residentes extranjeros, como una alteración innecesaria de un *statu quo* que les resultaba cómodo.

A fines de 1905 la administración conservadora que había permanecido en el poder en Gran Bretaña durante los diez años precedentes y que había permitido que Cromer dirigiera Egipto a su gusto, sin interferencias, fue derrotada en las elecciones y reemplazada por una administración liberal que, influida por algunos de sus diputados izquierdistas, se mostró un tanto inquieta con respecto a la actitud inflexible adoptada frente al malestar nacionalista.

En marzo de 1906, la administración inglesa de Egipto se vio implicada en una disputa con Turquía sobre la frontera del Sinaí. En el *firman* (orden del Sultán) que disponía el nombramiento a su cargo de Abbas Hilmi (los gobernantes egipcios todavía eran formalmente investidos por el Sultán turco) esta frontera cruzaba la península del Sinaí desde al-Arish hasta Suez. Cromer había logrado introducir en ella una enmienda que incluía toda la península del Sinaí en territorio egipcio. En marzo de 1906 se supo que tropas turcas habían cruzado esta frontera rectificada. Cromer reaccionó enérgicamente; el Gobierno británico le apoyó y exigió la retirada de los turcos. Una comisión posterior, nombrada para tratar de esta frontera, estableció la línea limítrofe entre Rafa y el fondo del golfo de Akaba. El incidente puso de relieve que la hostilidad entre Gran Bretaña y Turquía había ido en aumento desde la ocupación inglesa y mostró el desprecio que el Gobierno británico sentía por la teórica soberanía turca sobre Egipto, en otro tiempo piedra angular de la política inglesa en esta parte del globo.

En junio de 1906, unos oficiales ingleses que cazaban pichones cerca de la aldea de Denshavai, en el delta, se vieron envueltos en un altercado con los aldeanos en el que resultó muerto un oficial inglés. Un tribunal especial, del que formaban parte jueces ingleses y egipcios, constituido para juzgar a los acusados,





La batalla de Omdurmán (1898), en la que las fuerzas de Kitchener derrotaron a los derviches. Significó el término de la conquista angloegipcia del Sudán, que extendió el control británico a todo el valle del Nilo.

condenó a muerte a cuatro de ellos y a otros varios a la pena de azotes o a prisión. Las sentencias de muerte y de azotes fueron ejecutadas públicamente. Este incidente contribuyó en gran medida a desacreditar la administración inglesa.

Cromer se retiró en abril de 1907. Su cese, debido en parte a enfermedad y en parte a su convencimiento de que no recibía suficiente apoyo del Gobierno británico, fue acogido por los nacionalistas como signo precursor de un cambio en la política inglesa.

Calmando al jedive

Pero el cambio fue de métodos, no de propósitos. El gobierno liberal estaba tan decidido a permanecer en Egipto como el anterior gobierno conservador. A Cromer le sucedió sir Eldon Gorst, que había adquirido una larga experiencia en Egipto. Decidido a ampliar la base precaria y estrecha del consenso en que descansaba la dominación inglesa, Gorst adoptó una política destinada a atraerse la voluntad del jedive y a dar más poder a los ministros y a los altos funcionarios egipcios, con objeto de separar al jedive y a los funcionarios de los nacionalistas, y conseguir que los primeros contribuyeran a oponerse a las demandas de independencia y de gobierno representativo que hacían los segundos. Esta política implicaba la dimisión de Mustafá Fahmy, que había sido primer ministro durante los años del régimen de Cromer, y de su gabinete de «hombres de paja», como en privado los llamaba Gorst, sustituyéndolos por un ministerio más aceptable para el jedive y más dispuesto a actuar por propia iniciativa. Gorst también amplió los poderes de los consejos provinciales, pero no introdujo cambios importantes en los poderes del consejo legislativo o asamblea general.

Los funcionarios angloegipcios, que eran casi unánimemente contrarios a la política de Gorst, no aceptaron de buen grado la reducción de sus poderes. Los nacionalistas, cuya cohesión había disminuido, pero cuyo ardor y violencia iban en aumento, se dieron cuenta de que la política de Gorst constituía una amenaza mucho mayor para sus aspiraciones que la de Cromer, a causa de las oportunidades que ofrecía a los «colaboracionistas» egipcios.

La revolución de los Jóvenes Turcos de 1908 había establecido en el mundo musulmán una línea divisoria claramente marcada entre absolutismo y constitucionalismo, y a partir de entonces la lucha en Egipto no se entabló tanto entre los nacionalistas y los británicos como entre los nacionalistas «constitucionales» y los colaboracionistas «absolutistas». E inevitablemente, al identificarse una vez más el nacionalismo con el constitucionalismo, el consejo legislativo y la asamblea general tendieron a una constante y agresiva oposición al Gobierno.

La agitación nacionalista se desarrollaba a través de la prensa (la inmunidad conferida por las capitulaciones hacía casi imposible controlar a los periódicos, si eran, aunque sólo nominalmente, de propiedad extranjera), a través de los debates, que tenían lugar en el consejo legislativo y en la asamblea general, y a través de manifestaciones estudiantiles (que llegaron a ser un rasgo habitual de la vida política egipcia durante los cuarenta años siguientes). Dicha agitación se vio paralizada a principios de 1910, cuando el primer ministro Butros Ghali fue asesinado por un fanático nacionalista. No era la primera vez, ni sería la última, en la historia de Egipto, en que sus dirigentes responsables se mostrarían incapaces de controlar la violencia de los grupos de intransigentes. Butros Ghali había firmado, como ministro de Asuntos Exteriores, el acuerdo egipciobritánico de 1899, en virtud del cual se formó el Sudán angloegipcio y se formalizó lo que los nacionalistas consideraban como la virtual separación del Sudán de Egipto. Había sido también uno de los jueces que integraron el tribunal de Denshawai. Como primer ministro había defendido una propuesta, presentada a la asamblea general y rechazada por ésta, destinada a prolongar la concesión del canal de Suez después de su fecha de expiración en 1968. Era, además, copto, o sea cristiano egipcio. Muchos de los ataques que le dirigió la prensa nacionalista eran verdaderas incitaciones a eliminarlo físicamente, y, tras su asesinato, los mismos articulistas glorificaron la empresa. Pero algunos sectores de la opinión egipcia se alarmaron. El asesino fue detenido, juzgado y ejecutado sin que se produjeran disturbios. Se puso en vigor una nueva y más severa ley de prensa, promulgada en 1909. La fiebre política fue disminuyendo.

Ruptura de los lazos con Turquía

En junio de 1911 Gorst murió de cáncer a la edad de cincuenta años. En Gran Bretaña se decía que la violencia de la agitación nacionalista, que había caracterizado gran parte de su breve mandato, se debía a la impresión de debilidad que producía su política. Hubiera sido más correcto afirmar que esta política arrebató a los nacionalistas gran parte del apoyo indígena con que habría podido contar en otras circunstancias. En todo caso, en Gran Bretaña se daba por sentado que el nombramiento de lord Kitchener como sucesor de Gorst significaba la vuelta a una política «dura» en Egipto. En realidad, no se operaron muchos cambios. En la época de Kitchener, como en las de Gorst y de Cromer, la autoridad superior siguió en manos del agente británico.

A su llegada a Egipto, Kitchener se enfrentó con el problema creado por la invasión italiana en Trípoli, que formaba parte del Imperio Otomano. La política seguida por Gran Bretaña en este conflicto fue la de estricta neutralidad, y Kitchener tuvo que imponer dicha actitud en Egipto. Lo consiguió sin demasiadas dificultades, gracias, en parte, a la fuerza de su autoridad, pero sobre todo porque se iban aflojando progresivamente los lazos de unión entre Egipto y Turquía.

La principal diferencia entre los métodos de gobierno de Gorst y los de Kitchener se puso de manifiesto en las relaciones de este último con el jedive. El intento de reconciliación realizado por Gorst no había surtido efecto. Abbas Hilmi era un déspota ambicioso que estaba dispuesto a servirse de todo el mundo, pero no a cooperar. Y así acabó perdiendo la confianza de todos. A Kitchener no le fue difícil desacreditarlo hasta el punto de que su destitución, tras el estallido de la Guerra Mundial, no tuvo ninguna repercusión.

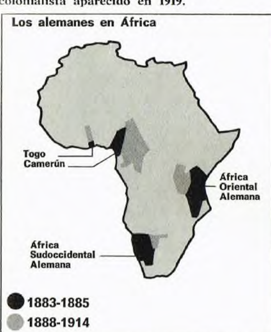
Kitchener se ocupó también en planear la abolición de las capitulaciones, lo que, juntamente con la destitución de Abbas Hilmi, parecía considerar como etapas en el camino a seguir para llegar a la anexión de Egipto por Gran Bretaña. Pero sus planes se vieron interrumpidos por el estallido de la guerra. Cuando, a principios de noviembre de 1914, Gran Bretaña declaró la guerra a Turquía, el Gobierno británico, ante la necesidad de romper el vínculo formal que aún existía entre Turquía y Egipto, sustituyó la soberanía egipcia por un protectorado británico, destituyó a Abbas Hilmi (que se encontraba en Constantinopla), lo reemplazó por su tío, Husain Kamil (al que atribuyó el título de Sultán), proclamó el estado de guerra y envió a un oscuro funcionario de la India, en calidad de alto comisario, para que gobernara Egipto a través de un dócil Consejo de Ministros asesorado por la bien establecida jerarquía de funcionarios angloegipcios.

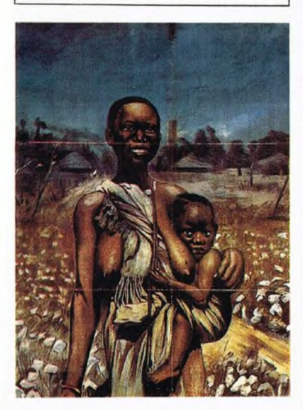
John Marlowe

«Un lugar al sol»

Alemania encontró, principalmente en África, el «lugar al sol» que siempre había deseado. Sin embargo, sus sueños de dominio político no podían disimular el hecho de que las colonias, a las que apenas afluían colonos y capitales alemanes, arrojaban unos beneficios muy menguados.

Las colonias africanas de Alemania (1883-1914). *Abajo:* **ilustración perteneciente a un cartel alemán de propaganda colonialista aparecido en 1919.**





En la conferencia de paz celebrada en París el año 1919, Alemania fue excluida de África como potencia colonial. Inmediatamente la reivindicación de las «colonias perdidas» se convirtió en Alemania en tema de discusión. Pero la política colonial nunca volvió a alcanzar la importancia que había tenido en los asuntos interiores del país antes de 1914, ni contribuyó, como anteriormente había ocurrido, a la formación de ideologías racistas en la sociedad alemana. Ni aun en la política exterior volvió la cuestión colonial a desempeñar el mismo papel que durante el Imperio de Guillermo II. El contraste entre los sueños coloniales de la posguerra y la realidad de antes de la guerra era demasiado grande. Durante treinta y cinco años, de 1884 a 1919, la posesión de colonias en África expresó la aspiración de Alemania a ser una *Weltmacht* (potencia mundial) y su determinación de participar en la *Weltpolitik* (política mundial).

En las campañas en favor de un mayor imperio colonial se argumentaba con frecuencia que el tamaño de las colonias alemanas existentes no guardaba proporción con el poderío económico y político del país. Alemania no debía ser la tercera potencia colonial del mundo, sino la segunda, tras de Gran Bretaña. De todos modos, los sueños de los fanáticos colonialistas no quedaron satisfechos cuando Alemania adquirió sus territorios coloniales. Aunque algunos se percataron de que no era posible haber obtenido más sin correr el riesgo de provocar una crisis en Europa, confiaban en que se produciría un cambio en el *statu quo* territorial de África.

Una vez se hubieron dado los primeros pasos en la fundación de un imperio colonial, las colonias no parecieron confirmar los sueños y esperanzas de los colonialistas. La emigración alemana no acudió a las colonias, se invirtió en ellas escaso capital privado y el comercio colonial resultó insignificante en proporción a la totalidad del comercio imperial. En 1914 las colonias alemanas de África tenían una extensión superior a 3.200.000 kilómetros cuadrados, pero entre las cuatro colonias —África Oriental Alemana, África Alemana del Sudoeste, Camerún y Togo— sólo contaban con unos 19.000 pobladores alemanes. La burocracia, el ejército y la policía proporcionaban alrededor del veintiuno por ciento de la población masculina de África Oriental, el treinta por ciento en el Camerún y el treinta y tres por ciento en África del Sudoeste. Este último porcentaje resultaba tan alto porque en esta colonia las fuerzas armadas eran principalmente alemanas, mientras que en las tres colonias restantes eran tropas áscaris indígenas, al mando de oficialidad alemana.

En África Oriental el grupo más importante de alemanes lo integraban agricultores y plantadores; en el Camerún, mercaderes y tenderos, y en África del Sudoeste y en Togo, funcionarios públicos. En África del Sudoeste y África Oriental venía a continuación, como grupo más numeroso, el de trabajadores, artesanos, profesionales e ingenieros; la importancia numérica de este grupo fluctuaba según lo exigiera el programa de construcción de ferrocarriles.

Una cuestión de la clase media

Los funcionarios desempeñaban un importante papel en la vida colonial. Su composición social era muy diferente a la de la alta burocracia que predominaba en Alemania, especialmente en Prusia. La nobleza, que dominaba prácticamente la alta administración prusiana, no estaba apenas representada en la administración colonial. En 1914 no había ningún aristócrata en el Ministerio de Colonias de Berlín, y en las propias colonias la situación era poco diferente. También los grupos no oficiales estaban integrados sobre todo por miembros de la clase media. Así, la administración y la burocracia coloniales eran ante todo una cuestión de la clase media, probablemente porque proporcionaba más oportunidades a la movilidad social que otros departamentos metropolitanos.

Fuera del Reichstag, la política colonial encontró el más firme apoyo entre aquellos grupos en que la burguesía desempeñaba el papel principal. Tales grupos constituían la *Kolonialgesellschaft* (Sociedad Colonial) —formada por la fusión del *Kolonialverein* (Asociación Colonial) y la *Gesellschaft für deutsche Kolonisation* (Sociedad para la Colonización Alemana) de Karl Peters—, la Asociación Pangermá-

nica, organizada de varias formas entre 1886 y 1894, y la Liga Naval, fundada en 1897. Estos tres grupos de presión estaban de acuerdo en los objetivos básicos que, en su opinión, debían determinar la dirección de la política colonial.

El primer objetivo era someter al dominio alemán el mayor número de africanos; el segundo, colonizar una zona lo más extensa posible, con agricultores y plantadores alemanes; el tercero, transformar a los africanos en una clase obrera o tenerlos como reserva de mano de obra; el cuarto, impulsar el desarrollo de las colonias, en su mayor parte con capital del Estado (en una fase más avanzada, con capital privado). Finalmente, los tres grupos eran partidarios de aumentar la expansión colonial. Los tres organismos ejercieron gran influencia sobre los alemanes que emigraban hacia África, pues sus publicaciones solían ser la única fuente de información de que disponían los nuevos colonizadores. En estas publicaciones se exponían principalmente los puntos de vista de los propagandistas coloniales, de los viajeros y exploradores y de algunos comerciantes. Sus opiniones eran el resultado de sus experiencias en África, de la imagen que se habían formado en Alemania sobre los asuntos africanos y de las ideas derivadas de su medio social e intelectual.

Al principio de la colonización alemana, la mayoría de los funcionarios y de los colonos carecían de experiencia colonial. Cuando se enfrentaron con la situación en África, se sintieron los amos. Procedentes de un Estado en que el orden y la autoridad desempeñaban un papel importante y gozaban de alta consideración, transfirieron estos conceptos al escenario africano y se atribuyeron una autoridad que nunca habían poseído en Europa. Convencidos de su superioridad, dieron rienda suelta a sus prejuicios raciales e impusieron sus ideas autoritariamente. Consideraban a los africanos como una reserva de mano de obra cuya función era trabajar en la agricultura y en la construcción. Los consideraban una molestia necesaria. De forma que cabría decir que los colonizadores interpretaban la palabra «protectorado» (el título oficial de la colonias alemanas) en el especialísimo sentido de protección de los alemanes contra las potencias extranjeras y contra la resistencia africana. Incluso algunas sociedades misioneras veían primordialmente su obra como una labor nacionalista.

Pero había numerosos alemanes que no interpretaban la palabra «protectorado» en este sentido restringido, antes bien sostenían que los africanos también necesitaban protección. Numerosos misioneros, administradores y comerciantes sentían seria preocupación por el bienestar de los africanos. No creían que una colonia alemana tuviera que ser un dominio de los hombres blancos y estaban de acuerdo en ello con numerosos socialdemócratas, con los liberales de izquierda y con una parte del Partido Católico del Centro. En los comienzos de la expansión colonial alemana, estos partidos constituyeron la principal oposición a la adquisición de colonias. Los que propugnaban una colonización blanca, una administración enérgica y la creación de una reserva de mano de obra africana encontraron apoyo político en el Partido Liberal Nacional, en los conservadores y en el ala derecha del Partido del Centro. Este grupo, el predominante en la política colonial desde 1884-1885 hasta los grandes levantamientos que tuvieron lugar, veinte años más tarde, en África occidental y oriental, presionó, aunque con escaso éxito, para que se llevara a cabo una conquista completa de las colonias, para que se desarrollara una fuerte administración colonial y para que aumentara la emigración de alemanes a las colonias.

A causa de la resistencia de los capitalistas, el Gobierno vacilaba en invertir grandes sumas del erario público para impulsar el desarrollo de unas colonias cuyo futuro económico no parecía muy prometedor. Y debido a la oposición parlamentaria, fueron reducidos los relativamente moderados proyectos de desarrollo planeados por el Gobierno. Pero mientras el desarrollo colonial progresaba lentamente, las colonias llegaron a ser bien aceptadas por la nación entera, que simplemente se acostumbró a la idea de tenerlas. Las colonias eran miradas con indulgencia por todos aquellos que esperaban ver a Alemania firmemente impuesta en su papel de potencia mundial.

Este cambio operado en la conciencia pública tuvo repercusiones en la administración colonial. Pertenecer a la administración de las colonias llegó a ser un distintivo de mérito. Tras la época de los pioneros coloniales, surgieron nuevos héroes: comisarios de distrito, científicos, ingenieros y oficiales militares. Sus puntos de vista hallaron audiencia en Alemania porque hablaban con una autoridad basada en su experiencia. La aparición de administradores con mayor experiencia significó que el departamento colonial, que en 1907 se convirtió en un organismo independiente, empezó a emanciparse de la influencia de la Sociedad Colonial y del cuerpo asesor del Gobierno, el *Kolonialrat* (Consejo Colonial). A medida que la atención pública fue inclinándose hacia los asuntos coloniales, el Reichstag empezó poco a poco a incrementar las asignaciones destinadas a construir ferrocarriles en las colonias.

La construcción de ferrocarriles empezó en Togo, África Oriental Alemana y África Alemana del Sudoeste. En el Camerún no comenzó hasta 1907. Acto seguido aumentó la inversión de capitales. En la primera fase de la era colonial se invirtieron quince millones de marcos en importantes empresas económicas, cifra que a comienzos del siglo aumentó hasta llegar a unos 150 millones de marcos. En esta época los bancos alemanes dominaban completamente el desarrollo financiero en el sector privado. El creciente flujo de capital hacia las colonias era todavía bajo comparado con la exportación de capital alemán hacia otros países. En los años inmediatamente anteriores a la guerra, es decir de 1908 en adelante, la inversión de capital no aumentó en la misma proporción que en los ocho años anteriores, de modo que las colonias dependían aún de las empresas del Estado y de los gastos y programas de desarrollo estatales.

Las colonias tomaron un curso diferente del que Bismarck había esperado cuando emprendió la adquisición de territorios coloniales en 1883-1884. Se había invertido el lema político de «la bandera sigue al comercio». Con el comercio siguiendo a la bandera, las inversiones coloniales fueron interesando a los capitalistas, aunque solamente cuando el Estado corría con los riesgos o cuando no existía riesgo alguno. Un ejemplo fue el de la rentable Compañía de las minas y del ferrocarril de Otavi, fundada para explotar el cobre en la parte norte del África del Sudoeste. Con frecuencia, en lugar de actuar por cuenta propia, los inversores privados cooperaban con el Estado: éste asumió la garantía de las inversiones, generalmente al tres por ciento de interés, como en el caso de la Compañía del ferrocarril del África Oriental. La política de proporcionar a los capitalistas un ingreso seguro fue aplicada en 1913, cuando el secretario de Colonias, Wilhelm Solf, y el canciller Theobald von Bethmann Hollweg, trataron de persuadir al *Deutsche Bank* (Banco Alemán) para que financiara parte del ferrocarril de Benguela, después de que un acuerdo concertado

con Gran Bretaña puso en evidencia que Alemania iba a obtener la mayor parte de la Angola portuguesa. El Gobierno había tomado ya en este momento la iniciativa en el desarrollo colonial y pedía a los capitalistas privados que contribuyesen a él. Este cambio de política tuvo lugar después de que ocurrieron dos graves trastornos en África.

Guerra de razas

Estos dos trastornos cruciales fueron las guerras de los namas y los hereros contra los alemanes en el África Alemana del Sudoeste, entre 1904 y 1907, y el levantamiento de los maji-maji de África Oriental, en 1905. Los dos acontecimientos tuvieron consecuencias duraderas para alemanes y africanos. Ambos conflictos fueron en parte provocados por la implantación de determinadas medidas económicas, como la introducción de cosechas comercializables (sustituyendo a las destinadas al consumo local), la concesión de tierra africana a cultivadores europeos y la limitación del comercio a crédito en el África del Sudoeste.

A fin de aumentar los ingresos obtenidos por impuestos y las exportaciones de la colonia, el Gobierno del África Oriental Alemana había obligado a la población africana a cultivar cosechas comercializables, perturbando de este modo el orden social existente; esto contribuyó poderosamente a provocar la rebelión. Era verdad que el plan había sido ideado para que la colonia fuera capaz de contribuir en mayor proporción a su propio desarrollo. Este desarrollo no se había emprendido con la intención de beneficiar a los africanos, sino para modernizar la economía y estabilizar la dominación alemana, aunque también significaba el reconocimiento de que África Oriental no era una colonia «de hombres blancos». Por el lado africano, el levantamiento de los maji-maji condujo a una especie de solidaridad intertribal.

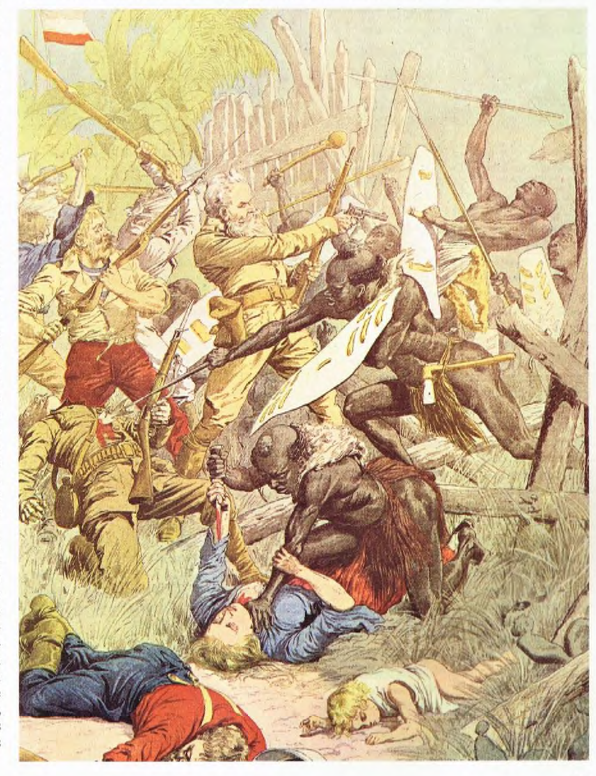
El miedo suscitado por esta solidaridad hizo que los alemanes reprimiesen el levantamiento de forma brutal. Murieron más africanos a causa del hambre, por haber sido destruidas sus cosechas, que en la propia lucha. Se calcula que perdieron la vida entre 70.000 y 80.000 africanos. Después de la rebelión se abolieron las jefaturas de las tribus que se habían comprometido en el conflicto, confiándose su administración a los llamados *akidas*, colaboradores institucionalizados que los alemanes copiaron de sus predecesores árabes.

«Ríos de sangre y ríos de dinero»

La rápida y dura reacción alemana en África Oriental se debió también tal vez a la influencia de las revueltas de los hereros y los nama que el año anterior habían empezado en el África Alemana del Sudoeste. En 1892 el Gobierno alemán había decidido conservar el dominio del África del Sudoeste; siendo así, era tan sólo cuestión de tiempo el que se produjera un choque entre los propietarios de los pastos para la cría de ganado y los que pretendían apropiárselos.

Aunque habían mostrado esperanzas de evitar este choque, a los alemanes no les vino mal la rebelión de los hereros. Con ella se les presentaba la oportunidad de conquistar formalmente la colonia, expropiar a los hereros y transformarlos en braceros. La mayoría de los alemanes residentes en la colonia no querían ir tan lejos, porque una guerra en toda la regla podía destruir la mano de obra de la que dependían económicamente. Sin embargo, la creencia en su superioridad racial y la idea, propugnada por los ex-

Oposición a la raza dominadora. Dibujo francés de una matanza de alemanes en África.





El jefe de los hereros fotografiado junto a varios de sus seguidores. Su insurrección contra la presencia colonial alemana, en 1904, les costó numerosas bajas; más tarde, sin embargo, llegaron a europeizarse intensamente. Los hereros, grupo étnico bantú, se dedicaban principalmente al pastoreo; su presencia en el África sudoccidental se remonta al siglo XVIII.

pertos coloniales y sus partidarios, de subyugar completamente a los africanos, dieron sus lógicos frutos.

Los alemanes se lanzaron a una estrategia de exterminio. Enviaron una fuerza expedicionaria de cerca de 15.000 soldados, al mando del general Trotha. Éste informó al gobernador que empleaba «ríos de sangre y ríos de dinero para aniquilar a las tribus rebeldes». Más tarde explicó sus métodos al jefe del Estado Mayor alemán, conde Schlieffen: «Creo que esta nación debe ser destruida como tal.» Schlieffen escribió acerca de la «política de la espada» de Trotha: «Quiere exterminar la población entera o echarla del país. En esto tenemos que mostrarnos de acuerdo con él... Una vez ha estallado una guerra racial, solamente puede terminar con el aniquilamiento de uno de los dos contendientes.» No obstante, Schlieffen ordenó a Trotha que cejara en sus propósitos de exterminio. Tras la derrota de los hereros, se sublevaron los namas. La lucha contra éstos duró mucho más. La guerra acabó con el sometimiento de los africanos, la expropiación de sus tierras y una cifra de 60.000 a 80.000 muertos. Los alemanes perdieron cerca de 3.000 hombres y gastaron casi 700 millones de marcos en las campañas de África del Sudoeste.

A fin de evitar la repetición de acontecimientos semejantes, el Gobierno empezó a dedicar una atención más directa a las colonias. Prosiguió los planes de construcción de ferrocarriles y reorganizó la administración colonial. En 1907 se creó un Ministerio de Colonias independiente. En 1914 se habían construido unos 4.500 kilómetros de líneas férreas. El Gobierno había incrementado deliberadamente el comercio. Los principales productos eran diamantes, caucho, dátiles, aceite de palma, sisal, cobre y cacao. El algodón y el café tenían una importancia secundaria. A pesar de que las inversiones privadas seguían siendo pequeñas, el número de colonos alemanes aumentó más rápidamente que en los primeros años. Este nuevo interés por dar impulso al desarrollo de las colonias recibió el apoyo de los comerciantes, los misioneros y de algunos banqueros, mientras en el aspecto político se mostraban favorables a dicho desarrollo los liberales de izquierda, algunos liberales nacionales y miembros del Partido del Centro.

Personificación de la nueva era fue el primer ministro de Colonias, el antiguo banquero Bernhard Dernburg. Pero sus planes para centrar los esfuerzos del Gobierno en el sector del campesinado africano encontraron la oposición de los alemanes de África oriental y occidental, que temían la competencia económica de los africanos y la pérdida del apoyo oficial. El principal efecto de la administración de Dernburg fue reavivar la confianza interior en las colonias alemanas. Pero cuando, en 1910, dimitió, se produjo en Alemania una reacción contra sus esfuerzos. En 1913 incluso los primitivos partidarios de Dernburg, los llamados «revisionistas coloniales», se percataron de que, dejando aparte cierto progreso económico innegable, la era de Dernburg no había logrado mejorar las relaciones entre los alemanes y los africanos. No resulta claro si contribuyó a este fracaso la falta de control sobre los administradores locales.

Cuando los revisionistas, en la primavera de 1914, lanzaron en el Reichstag su gran ataque contra la actitud de los alemanes en África y contra sus defensores políticos en Alemania, criticaron muy duramente la administración local. Pero su campaña no había terminado cuando estalló la guerra.

De modo que no se logró acabar con los abusos coloniales. El intervalo revisionista no había desbaratado los planes que fraguaban muchos alemanes residentes en África de destruir la estructura social africana, impedir la integración social y mantener África Oriental y África del Sudoeste como colonias bajo dominio blanco.

Hartmut Pogge von Strandmann

La guerra de Melilla

Al iniciarse el siglo XX, la presencia española en África —reducida a Ceuta y Melilla, a las Chafarinas y a los peñones de Alhucemas y de la Gomera— resumía una larga historia de abandonos a cargo de un Imperio que había renunciado a la ruta africana para explorar y colonizar un nuevo mundo.

La Conferencia de Algeciras (1906). Los delegados, reunidos bajo la presidencia del duque de Almodóvar. Las tesis que se enfrentaron eran dos: la alemana, que postulaba una internacionalización del territorio marroquí, y la francoespañola, que abogaba por un reparto de Marruecos en zonas de influencia entre Francia y España. *Abajo:* **los generales Marina y Arizón. Marina (a la izquierda) dirigió la guerra —primera fase de la acción española en el Norte de Marruecos— con pericia.**





España había de quedar libre de su secular desdeño hacia África gracias al juego de las grandes potencias, que le atribuía —por razones históricas y geográficas— una parcela de Marruecos. Ello dio lugar al último intento expansionista de un país postrado, tras el desastre ultramarino del 98.

El mantenimiento de los enclaves españoles en Ceuta y Melilla había significado la coexistencia de unos puestos fronterizos con la anarquía que progresivamente iba minando al viejo Imperio Marroquí. Y por causa de un incidente, la historia de España en África del Norte se reabrió en 1860 para que en los Castillejos y en Tetuán O'Donnell y Prim reavivaran un pasado remoto en el que las luchas entre moros y cristianos fueron clave de la fragua nacional y tradición conservada en el romancero, o en las fiestas populares del Levante español.

La guerra de África del 60, brillante en lo militar, no significó plan alguno de expansión sobre unos territorios de precaria autoridad, abiertos a la piratería y al contrabando. Un ligero ensanchamiento de los límites ceutíes y melillenses fue todo el fruto de la campaña, que resucitó los mejores tópicos de la gesta española contra el infiel morisco. En 1893, un nuevo incidente hizo recordar la presencia de España en África: en la zona de Melilla, unos indígenas hostigaron a un destacamento español empleado en obras de fortificación. El cerco del fuerte de Cabrerizas Altas y la muerte del general Margallo obligó al envío de una fuerza punitiva laboriosamente reclutada. Al fin, los acreditados oficios de Martínez Campos como negociador cerca del Sultán obtuvieron reparación y satisfacciones.

Al llegar al umbral del siglo XX, el Imperio Xerifiano, por su estado de impotencia y de descomposición interna, era una de tantas presas para la voracidad colonial de los países occidentales. Y entre todos, era Francia, por su estratégica y lindante situación argelina, la que estaba más decidida a actuar.

La Conferencia de Algeciras

En aquel entonces, el colonialismo era el impulso que distinguía a las grandes potencias de las que no lo eran. Era un colonialismo a caballo entre la economía y la estrategia, que pretendía bases militares y materias primas, tropas exóticas y mano de obra barata, y ofrecía, a cambio, sanidad y vías de comunicación; y un orden que defendiera a los indígenas de su propio desgobierno, en tanto que se llevaba a cabo la explotación saneada del suelo y del subsuelo en beneficio de la metrópoli.

En 1902, Francia está internacionalmente necesitada de alianzas y colonialmente deseosa de expansión. Ha llegado el momento de hacer de Marruecos un nuevo Tonkín. Y en este juego expansionista se acuerda de España como vecino con el que hay que contar y al que es factible aliar en la empresa colonizadora. Y por estas razones le propone un convenio con reparto de zonas de influencia en el que se reconocen las vinculaciones históricas y geográficas españolas. La propuesta francesa hecha por Delcassé a León y Castillo atribuía a España una extensa franja limitada por el Mediterráneo, el Atlántico, el Sebú, el Muluya y la frontera argelina; y otra franja, más al sur, que le otorgaba la posesión de Fez. El gobierno de Silvela no se atrevió a pactar a espaldas británicas, temeroso de alterar un *statu quo* del que la fortaleza gibraltareña era vigilante atento. Y tan favorable propuesta no obtuvo la decidida aceptación que merecía.

Aquélla sería la gran ocasión perdida de reivindicar unas áreas fértiles, dignas de un esfuerzo colonizador. Un año más tarde, el panorama de las coaliciones europeas contemplaba la gestación del acuerdo francobritánico que abocaría a la *Entente Cordiale.* Entonces se disipan las aprensiones del Gobierno español. Pero ya es demasiado tarde. El interés de España por un arreglo se manifiesta cuando Francia ya no precisa de su alianza. Y el Tratado francoespañol de 1903 redujo la zona de influencia de España a una franja norteña y áspera, limitada prácticamente a las regiones del Rif y de Yebala, con exclusión de Tánger.

Y, entretanto, la pérdida de control del sultán Abd-el-Aziz era progresiva, irreversible. Los actos de piratería se producían de consuno con las luchas intestinas de las cabilas, luchas que fomentaban



La despedida del «quinto», antes de embarcar para Melilla. La proximidad de la guerra de 1898 sensibilizó extraordinariamente a la opinión pública respecto del conflicto de Melilla.

la aparición de notables que actuaban en abierta insubordinación respecto de la autoridad imperial. El régimen feudal imperante era el más propicio a la rebeldía y al bandidaje. Y toda Europa miraba hacia Marruecos. Y aún más: en marzo de 1905, el Káiser desembarca aparatosamente en Tánger demostrando inequívocamente su empeño en hacer acto de presencia en todos los puntos neurálgicos de la política internacional. El momento estaba ya maduro para que las gestiones diplomáticas prepararan la conferencia internacional que tuvo lugar en Algeciras en enero de 1906.

A ella asistieron representantes de Marruecos, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Austria-Hungría, Estados Unidos, Portugal, Países Bajos, Suecia, Rusia y España. Dos tesis se debatieron: la germánica, tendente a la internacionalización de Marruecos, y la francoespañola, que abogaba por el reparto de las zonas de influencia entre los dos países vecinos. Del forcejeo salió una solución que internacionalizaba lo económico y reconocía la posición preponderante de España y Francia en la acción policial, mientras la decadente autoridad del Sultán era nominalmente reafirmada en sus apariencias estatales. En cuanto a la esfera española de influencia, nada se modificó de lo acordado en 1903, tangible entonces en las plazas de Ceuta y Melilla, incomunicadas por tierra, separadas por una zona abrupta habitada por tribus indómitas y belicosas.

El Rogui y las Minas del Rif

Desde 1902, la región de Taza era escenario de las actividades del Rogui Bu Hamara, quien, haciéndose pasar por hermano del sultán Muley Mohamed, se erige en cabecilla que exige tributos y sumisiones. En sus correrías llega hasta Uxda, y desde aquí alcanza los límites de Melilla. Sintiéndose dueño de sus posesiones, inicia contactos con hombres de negocios dispuestos a sacar partido de las caóticas circunstancias marroquíes. Así nació la concesión otorgada a una empresa con capital español para la explotación de unas minas de hierro existentes en la región de Melilla. En julio de 1907 tuvo lugar la firma del contrato con la recién constituida Compañía Española de las Minas del Rif —con yacimientos en Uixan—, entidad que iniciaría la explotación del mineral.

La libertad de acción del Rogui no se vio limitada por el envío de una mehala del Sultán, mermada y débil fuerza que batida por los cabileños del Rogui hubo de pedir asilo en Melilla. Y el desorden creció, con el Rogui envalentonado, demandando tributos a las cabilas de Beni Urriaguel y de Quebdana, hasta entonces sumisas al Sultán o en amistad con España. Este desorden dio motivo al general Marina, gobernador militar de Melilla, para ocupar la Restinga, en febrero de 1908, y llegar hasta Cabo de Agua en marzo del mismo año, acciones realizadas como protección del *hinterland* de Melilla y en apoyo de la autoridad del Sultán, que ya no era Abd-el-Aziz, depuesto por su propio hermano Muley Hafid, en prueba de que el antagonismo y la desunión bereberes habían alcanzado hasta la corte de Marrakesh.

Pero la osadía del Rogui se excedió en su empeño de someter a las cabilas. Por iniciativa de los Beni Urriaguel, un levantamiento general lo puso en derrota, expulsándolo de la alcazaba de Zeluán y haciéndole huir hacia el sur. Poco tiempo después fue capturado por una mehala del Sultán; y llevado a Fez, Muley Hafid lo hizo pasear enjaulado por toda la ciudad. El escarnio terminó en barbarie, al ser entregado vivo el Rogui a la voracidad de los leones del Sultán.

Los sucesos de julio de 1909

El trabajo en las minas del Rif se veía turbado por frecuentes incidentes que culminaron el día 9 de julio de 1909, al resultar muertos seis obreros por la agresión de los cabileños. Y el general Marina hubo de extender la protección española hasta más allá de los límites de la plaza.

En aquel momento, el gobernador militar de Melilla disponía de unos seis mil hombres, fuerza que se estimó insuficiente ante la eventualidad de unas operaciones que podían alargarse en el espacio y en el tiempo. La demanda de refuerzos dio lugar a que el general Linares, ministro de la Guerra en el gobierno Maura, llamara a filas al Tercer Regimiento de Cazadores, unidad que para completar sus efectivos hubo de apelar a reservistas hasta de la quinta de 1903.

La inhabilidad de tal medida, que hubiera podido eludirse recurriendo a la División Reforzada o a la Brigada del Campo de Gibraltar, unidades dotadas de todos sus elementos, desencadenó graves sucesos en Barcelona —que redundarían en la Semana Trágica—, provocados precisamente al tener lugar el embarque de las tropas y producirse manifestaciones contra la guerra, manifestaciones que

se repitieron en Madrid con desenganche de los vagones del tren militar.

La campaña nacía, pues, bajo el signo de una impopularidad cimentada en el recuerdo aún vivo del desastre colonial y en el sistema de reclutamiento, a todas luces injusto y que eximía del servicio militar a los que podían pagar la llamada «redención a metálico», argumento éste que se colmaba al movilizar a reservistas con familia y sin recursos. Por otra parte, no era fácil esclarecer en la mente popular la finalidad de unas hostilidades cuya causa primera aparecía como la defensa de unos intereses privados, entre los que el rumor general citaba insistentemente los del conde de Romanones, poseedor de un importante paquete de acciones de las Minas del Rif.

Las condiciones de aquellas tropas recién incorporadas y lanzadas a la acción sin período de adiestramiento revelaban la situación del Ejército en tal coyuntura. Hipertrofiado por las campañas coloniales, el Anuario Militar de 1906 daba una nómina de 497 generales y 18.000 oficiales para unos efectivos teóricos de 80.000 hombres. Los graves defectos acusados en Cuba, que provocaron juicios tan duros como los que más adelante emitiría el general Mola, no habían dado lugar a reorganización ni a mejora técnica alguna. Por otra parte la presencia española en Marruecos tampoco había merecido la preparación de unidades adaptadas a una guerra en tal paraje y frente a un enemigo cuyo característico guerrear era bien conocido. Como señala muy bien García Figueras, «el país creador de la guerrilla iba ahora a Melilla a sufrirla, sin que esta contingencia hubiera sido prevista y sin que estas enseñanzas se hubieran reflejado en nuestra doctrina de guerra».



La bandera española en la cumbre del Gurugú (pintura inspirada en una fotografía).

Las operaciones de Melilla

Los combates se iniciaron con la ocupación del Atalayón sobre Mar Chica, y la respuesta de los moros fue furiosa y ofensiva. El objetivo del general Marina era la neutralización del Gurugú, altura que dominaba a Melilla y cuya posesión por los moros era de evidente riesgo para la ciudad.

El día 23 de julio se iniciaron las operaciones con aquel objetivo. La columna del coronel Álvarez Cabrera, desorientada en su marcha nocturna, fue atacada, quedó en comprometida situación y vio perecer a su propio jefe en Ait Aisa. La columna Aizpuru hubo de salir en su socorro, y libró un innecesario y duro combate para salvar el repliegue de los supervivientes. El mismo día, dos compañías del Regimiento de Figueras, al mando del teniente coronel Ibáñez Marín, cayeron en una emboscada; murió el jefe, y se registraron muchas bajas entre la tropa. Estas desafortunadas incidencias delataban las deficiencias derivadas de la improvisación y de la falta de entrenamiento. Las tropas, inadaptadas y sin ánimo, hacían necesario que los jefes y oficiales marcharan en vanguardia, ejemplarizando y exponiéndose a unos riesgos asumidos con valentía, pero que proporcionaron gran número de bajas.

La violencia de los combates comprometió la casi totalidad de las fuerzas disponibles, mientras los refuerzos seguían desembarcando en Melilla. El 25 de julio eran ya 17.000 los hombres disponibles en la plaza. Dos días más tarde, la Brigada de Madrid sale al mando del general Pintos, en operación de suministro a las posiciones avanzadas que, desde Melilla al Atalayón, han padecido los reveses del día 23. Entre los planes del general entraba la posibilidad de apoderarse de unas lomas en las faldas del Gurugú. Y el avance se hizo temerario e inadecuado al conocimiento exacto del terreno. Y así se llegó hasta una hondonada en la vertiente de las lomas que se pretendía ocupar, hondonada cuyo nombre era Barranco del Lobo. El ataque por sorpresa de una harka apostada en las alturas, cogió bajo el fuego a la brigada entera. El general Pintos murió, así como los coroneles Palacios y Ortega. Los soldados, presa del pánico, fueron perseguidos y


Momento del embarque de la bandera del batallón de Cazadores de Barcelona.

acribillados, y, aunque los actos de heroísmo aislado menudearon, la acción se canceló desastrosamente con elevado número de muertos y heridos.

Las noticias del descalabro del Barranco del Lobo causaron tremenda impresión en la Península. El ambiente de hostilidad contra la guerra se nutría ahora de argumentos válidos para clamar contra la impreparación de una campaña emprendida a la ligera. El clamor popular impuso una tregua en las operaciones, que diera tiempo al refuerzo y sobre todo a la instrucción y al estudio de unas acciones militares, cuyos primeros choques con las cabilas habían exigido un alto e innecesario tributo en vidas españolas.

Agosto transcurrió en calma y en preparación del plan de operaciones de septiembre. No obstante, los resultados de los primeros encuentros habían enardecido a las cabilas, y la sublevación de la de Quebdana puso en movimiento a la columna del coronel Larrea, quien definió cuál habría de ser la táctica para combatir al moro, táctica que un historiador de Marruecos resume así: «Movilidad, espíritu de ofensiva, vivaquear al término de la jornada, reanudando la marcha hacia adelante al día siguiente y sin retirarse jamás. Castigo a los rebeldes, hiriéndoles en sus intereses materiales, quemándoles poblados y destruyéndoles o requisándoles cosechas y silos; condición previa para tratar la sumisión: la entrega de armamento y la toma de rehenes para asegurarse de la disposición del país.»

El despeje de la zona de Melilla se inició actuando sobre la península de Tres Forcas, y en Taxdirt, la carga de caballería del teniente coronel Cavalcanti rehízo unos resortes patrióticos que en la Península se acompañaron de aires zarzueleros, desde «El Dúo de la Africana» a «Las Corsarias». Por el sur, las tomas de Nador y Zeluán permitieron emprender la escalada del Gurugú, cota que cayó en manos españolas tras espectacular avance dirigido por el general Primo de Rivera. El hecho coadyuvó a levantar la moral patria de cara a la guerra, aunque se desaprovechara estratégicamente al no fortificarse la posición, olvido que sería de graves consecuencias para el futuro.

Pareció que el alivio de Melilla traería el cese de la acción militar emprendida para garantizar la seguridad de la plaza; mas el estado anárquico del terreno marroquí dio pretexto a la intervención continuada, amparada en actividad policial y en mandato expreso del Sultán. Y en octubre siguió la concentración de tropas, que ya llegaban a 40.000 hombres, no sin que hubiera que evacuar cerca de 10.000 enfermos, en su mayoría palúdicos, por el deficiente estado sanitario.

Hacia el Protectorado

El planteamiento de la guerra de Marruecos con cariz duradero arrastraría una latente impopularidad, sujeta al coro de protestas que se excitaban al compás de los reveses, y, pendularmente, a la exaltación patriótica que se potenciaba ante los éxitos; y se definiría ya como acción militar tolerada por los políticos dentro de ciertos límites y en tanto que los riesgos asumidos no lo fueran en exceso, para evitar cualquier descalabro que encrespara a la opinión pública. Por otra parte, el criterio de los gobernantes estaba lejos de ser unánime. Hombre tan avisado como Cambó no vacilaría más adelante en sostener la tesis del abandono, razonando en que el dinero que implicaba el sostenimiento de la guerra podía ser empleado en empresas menos onerosas en vidas y más rentables que aquella parcela áspera, seca y ventosa.

En esta disparidad de criterios respecto al alcance de la acción española en Marruecos, los liberales tenían una posición más expansionista que los conservadores, y tras la subida al poder de Canalejas en 1910, se prestó una mayor atención a los asuntos marroquíes, mientras la rebelión seguía latente en el Rif para encenderse poco después en la zona de Alhucemas por la presencia de El Mizzian, santón que pretendía ser invulnerable a las balas de los cristianos. La nueva sublevación puso otra vez de actualidad el problema africano al tenerse que rechazar los actos de hostilidad mediante acciones sangrientas y su secuela de *razzias* de aduares y destrucción de poblados. La escena bélica hubo de trasladarse al Kert, y el cruce del cauce requirió más refuerzos, sin que el aumento en efectivos trajera resolución decisiva alguna en la lucha con las tribus de Guelaia lanzadas a la insumisión. En la Península eran ya bastantes las personas, y no solamente de la izquierda, que se preguntaban por qué un ejército regular, organizado y provisto de todas sus armas auxiliares, no podía sofocar la rebeldía de unas cabilas sin transmisiones, ni artillería, ni intendencia, que campaban sobre un territorio no mayor que la provincia de Madrid (comentario aparecido en el *ABC* del 11 de octubre de 1911).

Y mientras transcurría el infructuoso guerrear, salpicado de sumisiones fingidas y de ardides traicioneros, el problema marroquí se había vuelto a agudizar internacionalmente. El Imperio había llegado al último grado de desintegración. Ante la anarquía existente, el Sultán apeló a Francia, cuyas tropas entraron en Fez en marzo de 1911. El desorden, las matanzas y la ocupación francesa dieron lugar a que Alemania volviera a la carga enviando en julio el cañonero *Panther* a Agadir. En aquel trance de desmoronamiento, Canalejas decidió la ocupación militar de Larache y Alcazarquivir, en previsión de que los franceses lo hicieran, y al amparo de las zonas de influencia otorgadas en los tratados. El acuerdo francoalemán de noviembre de 1911 reguló las diferencias entre los dos países a cuenta de Marruecos, y Francia quedó con las manos libres para elaborar su proyecto de Protectorado.

El Imperio Xerifiano ya no era más que una sombra. El Protectorado estaba maduro en las mentes francesas, y Muley Hafid comprendió que ello significaba el eclipse de su autoridad real. Su último estertor de resistencia se quebró al firmar en mayo de 1912 el acuerdo por el que concedía a Francia el papel de potencia protectora. Y poco después abdicó en su hermano Muley Yuseff, mientras el general Lyautey, artífice de la penetración francesa, era nombrado primer Residente General.

La fuerte posición asumida por Francia en el Norte de África aconsejó entenderse directamente con ella en la preparación de un acuerdo de protección similar para la zona española, acuerdo que se

1



2



1 **Soldados españoles en servicio de protección de un convoy, respondiendo al fuego de los tiradores rifeños.** *2* **El tren minero del Rif, convertido en improvisada ambulancia para la evacuación de heridos.**

ultimó en el mes de noviembre de 1912.

A comienzos de 1912, la campaña había seguido en la zona oriental, atizada por El Mizzian en proclama de guerra santa, mientras las hogueras encendidas por los montes revelaban la insumisión de unas tribus cuyo hostigamiento hacía inseguros los convoyes, imposible el tránsito pacífico entre las plazas ocupadas. Cada vez se percibía más claramente que el corazón de la rebeldía se hallaba en Alhucemas, y que para lograr la pacificación completa de la zona oriental habría que atacar aquel reducto. Pero no existía acuerdo alguno entre militares y políticos para tan ambiciosa acción, que, por otra parte, las mentes más prudentes reputaban compleja y ardua para los elementos disponibles. En mayo se produce la muerte de El Mizzian, muerte que apacigua a las tribus que habían creído en su invulnerabilidad.

La firma del Protectorado abre una nueva etapa en la acción española en Marruecos. Se ha designado al jalifa con sus bajás y sus caídes como autoridad delegada del Sultán para la zona hispánica. El designado —Muley-el-Mehdi Ben Ismael— hizo su entrada en Tetuán, donde fue recibido con todos los honores por el general Alfau, primer Alto Comisario de España en Marruecos. El empeño en hacer de Tetuán la capital revestía un valor simbólico no exento de ciertos riesgos, observables en la multitud que entre regocijada y recelosa asistió al cortejo.

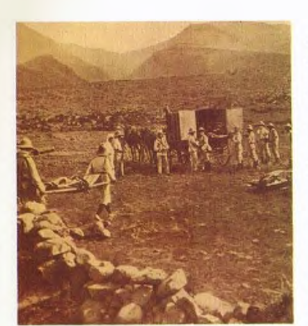
La Alta Comisaría iba a tener a su cargo tres departamentos administrativos: Asuntos Indígenas, Desarrollo Económico y Obras Públicas y Hacienda. El mantenimiento del orden estaría a cargo de las fuerzas de Regulares creadas en junio de 1911 y de la Policía Indígena. Los tres distritos militares en que se dividiría el Protectorado —Ceuta, Melilla y Larache— funcionarían como comandancias autónomas. En la gestión de los gobernadores había una dualidad que les hacía depender del ministro de la Guerra en los problemas militares, y del ministro de Estado en los civiles. Ello daría lugar a un confusionismo que traería complicaciones y no muy buenas consecuencias.

El Raisuni

La guerra de Marruecos, por su duración, empezaba a configurar una *élite* militar, tal cual acontece en toda campaña colonial. La creación de las fuerzas Regulares significó la existencia de unas unidades de choque, aptas para acudir a todos los trances duros. A ellas afluyeron oficiales ansiosos de hazañas bélicas, en busca de recompensas y ascensos, que serían luego objeto de polémica ardorosa al tropezar con el estricto concepto de las escalas cerradas. A la acción del Protectorado, en cambio, correspondería otro tipo de oficial, estudioso de las costumbres morunas, del idioma árabe, deseoso de una acción más política que militar, y que no recurría a la fuerza más que en último extremo: serían las intervenciones militares, que dejarían huella en lo cultural, en lo sanitario y en lo administrativo.

La ocupación de Larache y Alcazarquivir situaría la zona de Yebala como el otro gran decorado que con el Rif compondría el escenario completo de la guerra africana. Por aquellas tierras campaba con señorío feudal Ahmed El Raisuni, curioso personaje que aliaba, en mezcla muy musulmana, la poesía con el bandidaje y la meditación con el crimen. Tocó al coronel Fernández Silvestre, de bizarría y arrojo harto probados, el tratar con aquel redomado personaje. Y en un principio, las relaciones fueron amistosas, admirativas, con reconocimiento de la personalidad de El Raisuni como xerif de la zona atlántica y con influencia suma sobre todo el territorio de Yebala.

El gobierno del Raisuni era despótico, tiránico, y la contemplación de sus abusos inclinó el quijotesco ánimo de Fernández Silvestre a la defensa de los oprimidos, entendiendo que el prestigio de España ganaría más imponiendo la justicia que no pactando con un emir de pésimo proceder. Y Fernández Silvestre empezó a proteger a los débiles, aunque éstos, en ocasiones, le devolvieran el favor de muy sarracénico modo, haciendo armas contra su benefactor. Y lógicamente surgió el enfrentamiento personal, que degeneró en choque entre las fuerzas de Silvestre y la mehala del Raisuni, hecho ocurrido en agosto de 1912. El xerif se apresuró a quejarse ante el ministro español en Tánger, toda vez que él encarnaba la autoridad delegada del Majzen en su territorio. Una entrevista entre los dos jefes no disipó la enemistad, y, algún tiempo después, otro abuso del notable, que encarceló a unos indígenas de Beni Arós y exigió rescate después, hizo que éstos



El Barranco del Lobo. Recogida de cadáveres españoles al ser reconquistada la zona, dos meses y medio después del aciago combate del 27 de agosto de 1909.

pidieran ayuda a España. Ante este llamamiento, Silvestre se personó en Arcila y obligó a poner en libertad a los presos, que yacían en sórdidas mazmorras. A la vista de aquellas felonías, Silvestre se incautó de todo el armamento del xerif y puso vigilancia a su familia, al saber que aquél había marchado de nuevo a Tánger, a protestar ante la legación española.

A instancias del ministro de Estado, hubo que pactar. Y aunque Silvestre quiso dimitir, el Gobierno le forzó a aceptar los acuerdos. Y la enemiga se hizo irreconciliable. El Raisuni escapó a Tazarut, en el centro de Yebala, a predicar la revuelta. Y los moros se fueron al monte a encender sus fuegos. Los zocos quedaron desiertos. Alfau, como Alto Comisario, quería a toda costa conjurar la rebelión por medios pacíficos, e invitó al Raisuni a ir a Tetuán, a lo que éste se negó por estimarlo una vejación, ya que su máxima aspiración era haber sido designado jalifa. Rota toda posibilidad de arreglo, las hostilidades retornaron. Alfau hubo de pedir refuerzos, y los efectivos subieron a 50.000 hombres. La asfixia de las cabilas cercaba Tetuán y Ceuta, y el fuego se abrió de Larache a Arcila. En Alcazarquivir, la harka del Raisuni fue derrotada en brillante hecho de armas por la carga de un escuadrón de caballería mandado por el comandante Queipo de Llano. Y la insurrección se corrió a Ceuta, alimentada por las cabilas de Anyera y Uadrás.

Alfau, incapaz de domeñar una sublevación que abarcaba toda Yebala, hubo de dimitir. Le sustituyó el general Marina, quien tomó posesión de la Alta Comisaría en agosto de 1913.

Paulatinamente, la acción de los cazadores de Primo de Rivera y de los Regulares de Berenguer fue aliviando los cercos, aunque los combates con las cabilas desde Beni Hozmar a Jolot fueron asegurando los blocaos y abriendo las comunicaciones con vistas a pacificar y a dar paso a una verdadera acción de Protectorado.

Marina, por tanto, había de seguir una política de prudencia en la cual tenía el mejor colaborador en la figura del general Gómez Jordana, comandante militar de Melilla y personalidad destacada por su habilidad. No ocurría lo mismo con Fernández Silvestre, ascendido a general y que, por ocupar la comandancia militar de Larache, se hallaba en pleno feudo del Raisuni, ante quien el bravo general sostenía que no había más política que la de la fuerza. En mayo de 1914, una vigorosa acción en Kesiva dio lugar a que Silvestre infligiera un duro escarmiento al xerif, quien estuvo a punto de perecer al ser muerta su montura.

Las divergencias entre Marina y Silvestre estallaron cuando el Alto Comisario inició secretamente contactos con El Raisuni. Uno de los emisarios desapareció misteriosamente. El hallazgo de su cadáver abrió una investigación, en la que se descubrió que el crimen había sido planeado por el bajá de Arcila, enemigo declarado del Raisuni, en complicidad con unos oficiales españoles.

Al conocimiento de los hechos, Marina dimitió, y Fernández Silvestre fue relevado de su mando. La vacante producida por el general Marina llevó al general Gómez Jordana a la Alta Comisaría.

Gómez Jordana, Alto Comisario

La designación fue un gran acierto, ya que distinguía a un soldado estudioso, diplomado de Estado Mayor y consciente de lo que era una acción de Protectorado, con economía de vidas españolas en su realización. Su misión fue ardua y difícil, en circunstancias que la Guerra Mundial complicaba extraordinariamente. Era imperativo categórico mantener en calma el territorio de Marruecos, en gran parte por la benevolente actitud española hacia Francia, que de ningún modo deseaba ver complicados sus asuntos marroquíes en momentos en los que, aparte de necesitar todas sus tropas, el propio



Una estampa del Marruecos bárbaro y feudal: el Rogui Bu Hamara conducido a Fez, metido en una jaula. Como remate, el sultán Muley Hafid lo arrojó vivo, según parece, a los leones que mantenía en su palacio.

Marruecos nutría sus regimientos coloniales.

En estas circunstancias, Jordana hubo de pactar y aceptar situaciones que excedían los límites de unas concesiones tolerables. Y, desgraciadamente, El Raisuni supo aprovecharse de esta prudencia siguiendo en la línea de sus abusos y de sus fechorías, que a la larga repercutían sobre el prestigio español.

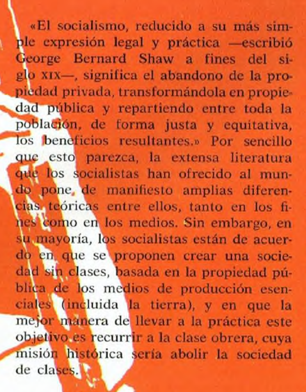
Gómez Jordana, soldado disciplinado y eficacísimo, prestó un gran servicio a trueque de mantenerse en una abnegada posición de obedecer a las directrices políticas y de violentar sus más profundas convicciones. Su fallecimiento repentino, cuando en su despacho redactaba uno de sus precisos informes, tuvo los trazos acabados de la muerte en el cumplimiento del deber.

Y el problema de Marruecos, entre la calma y la tempestad, siguió siendo tema de polémica, que se encendió cuando, en 1917, uno de los generales más genuinos del Ejército español, don Miguel Primo de Rivera, entonces gobernador militar de Cádiz, pronunció una conferencia en la que por vez primera una opinión castrense sostuvo la razonable tesis del trueque de Ceuta por Gibraltar y el abandono paulatino de toda la zona. Era la más paladina declaración de que la sangrienta aventura marroquí tendría su más noble destino, cediendo el suelo de Marruecos en compensación de un trozo de tierra irredenta auténticamente española.

Rafael Abella

El socialismo hasta 1900

El socialismo ha sido una de las doctrinas políticas más influyentes del siglo XX, pero sus raíces arrancan del siglo anterior. Se examina aquí la teoría socialista y se da a la vez una breve relación de la actividad socialista hasta la fundación de la Segunda Internacional.



Karl Marx, la mente rectora del socialismo del siglo XIX, despliega la bandera roja en el amanecer del movimiento. Ilustración prosocialista italiana de principios del siglo XX.

«El socialismo, reducido a su más simple expresión legal y práctica —escribió George Bernard Shaw a fines del siglo XIX—, significa el abandono de la propiedad privada, transformándola en propiedad pública y repartiendo entre toda la población, de forma justa y equitativa, los beneficios resultantes.» Por sencillo que esto parezca, la extensa literatura que los socialistas han ofrecido al mundo pone de manifiesto amplias diferencias teóricas entre ellos, tanto en los fines como en los medios. Sin embargo, en su mayoría, los socialistas están de acuerdo en que se proponen crear una sociedad sin clases, basada en la propiedad pública de los medios de producción esenciales (incluida la tierra), y en que la mejor manera de llevar a la práctica este objetivo es recurrir a la clase obrera, cuya misión histórica sería abolir la sociedad de clases.

Antecedentes teóricos

Las palabras «socialismo» y «socialista» se emplearon por vez primera en Francia durante el segundo cuarto del siglo XIX, para dar nombre a la teoría y a los hombres que se oponían a una sociedad basada en la libre empresa y regida por la burguesía. Los seguidores de Robert Owen (1771-1858), el pionero del movimiento cooperativista inglés, adoptaron oficialmente el nombre de «socialistas» sólo a partir del año 1841.

Los orígenes de la doctrina socialista hunden profundamente sus raíces en la historia, pero podemos empezar con las doctrinas del francés François Noël Babeuf (1760-1797), o «Graco» Babeuf, como le gustaba llamarse. En 1796, Babeuf tomó parte en un complot para derribar al Gobierno francés, pero fracasó y fue ejecutado. Treinta años más tarde Buonarroti —un entusiasta seguidor suyo— transmitió a la siguiente generación de revolucionarios la legendaria figura y las enseñanzas de su maestro en un libro titulado *La conspiración de «los Iguales»*. Babeuf había hecho hincapié en que la Revolución Francesa no había logrado imponer la igualdad económica y social, y en que era necesaria una nueva revolución para establecer un orden social basado en tal igualdad. Pero Babeuf vivía en una sociedad preindustrial: las ideas de igualdad que propugnaba habían de experimentar aún el impacto de la revolución industrial antes de dar nacimiento al socialismo moderno.

Uno de los primeros en percatarse de ello fue el aristócrata francés Claude Saint-Simon (1776-1825), quien contribuyó en alto grado al pensamiento socialista al reconocer que los adelantos industriales y científicos imponían la perentoria necesidad de organizar y planificar la economía. Saint-Simon fue el primer pensador que se dio cuenta de las implicaciones sociales de una organización económica basada en las finanzas e industrias modernas, y el primero en sostener que las relaciones sociales dependían de la evolución económica. Aceptó la teoría de Babeuf según la cual el Estado tenía la obligación de proporcionar trabajo a todos, y cada uno estaba obligado a trabajar de acuerdo con sus posibilidades. Saint-Simon, por su parte, hizo hincapié en un nuevo principio: el Estado debía planificar y administrar el uso de los medios de producción.

El manifiesto revolucionario de Karl Marx

En 1848 hubo revoluciones liberales abortadas en toda Europa, y se produjo en París un gran levantamiento —los «Días de junio»— que aterrorizó a los liberales de la clase media con el espectro de la revolución socialista. Fue también el año en que se publicó el *Manifiesto comunista*, el más importante panfleto del siglo. En este documento, el joven alemán Karl Marx (1818-1883) rompió totalmente con lo que llamaba el «socialismo utópico» de sus predecesores; según Marx, nada había que esperar de la ilustración o buena voluntad de la burguesía: todo dependía de la actitud revolucionaria del proletariado; afortunadamente —decía— su éxito en este papel histórico era seguro, ya que estaba dictado por el propio curso de la historia. Marx denominó a sus teorías «socialismo científico», en oposición a lo que llamaba desdeñosamente «socialismo utópico». Los socialistas utópicos atacaban al capitalismo industrial

porque se comportaba de manera inmoral e injusta con la clase trabajadora que producía la riqueza; a Marx no le importaba sólo que el capitalismo resultara moralmente execrable, sino sobre todo que fuese anacrónico (y, por lo tanto, lo consideraba inexorablemente condenado a desaparecer).

La distinción, naturalmente, no era tan clara como parece: la indignación moral abunda en los escritos de Marx. Sin embargo, la importancia central que tuvo en el desarrollo del socialismo reside en que su análisis, científico y sociológico, interesó a una época de mentalidad materialista y determinista. Marx enseñó que la estructura de las relaciones de producción sostenían un sistema político y una ideología particulares, que cambiarían a medida que cambiara la base económica de la sociedad. Ésta es la convicción que sus seguidores sacaron de sus enseñanzas: la creencia de que los hombres son impulsados por una necesidad histórica a adaptar sus instituciones a las exigencias de los métodos de producción. Esta teoría daba confianza a los revolucionarios sociales, que se sentían irresistiblemente conducidos hacia el milenio socialista, aunque Marx aplicaba su análisis solamente a los cambios históricos amplios y profundos, que los individuos no pueden frenar, y no a la evolución concreta y cotidiana de la historia.

Marx afirmaba que su análisis de la política y de la economía capitalistas de la Europa del siglo XIX demostraba que éstas ya no reflejaban las realidades económicas de una sociedad industrial. El capitalismo había creado, a pesar de sí mismo, el ejército del proletariado que había de acabar destruyéndolo. Las contradicciones internas de la sociedad capitalista la debilitarían y la llevarían de crisis en crisis hasta que los esclavos asalariados fueran capaces de derribar a sus explotadores. La caótica tiranía de la economía liberal (que condenaba a tantos trabajadores al hambre y a la degradación) sería reemplazada por la regulación planificada de la economía, primero en interés de la clase trabajadora y luego en el de la comunidad en su conjunto. Sólo entonces se convertiría en realidad la abundancia material prometida a la humanidad por las revoluciones industrial y tecnológica, y el hombre viviría en una sociedad de la que él sería el creador y dueño, no la víctima. Entonces, por vez primera, el hombre se libraría del determinismo histórico y controlaría su propio destino.

La primera Internacional (A. I. T.) y los diversos partidos socialistas

Gradualmente las teorías de Marx llegaron a ser sostenidas por la mayoría de los socialistas. La Asociación Internacional de Trabajadores («Primera Internacional»), fundada en Londres en 1864, de la cual el propio Marx fue el secretario, desarrolló sus programas políticos lentamente, pero sirvió como aglutinante de los movimientos socialistas separados por las fronteras nacionales. Su mera existencia ponía de relieve que el enemigo del proletariado —la burguesía— era un enemigo internacional.

Después de que la Comuna de París, en 1871, indujo a los asustados Gobiernos europeos a emprender una acción policíaca contra los movimientos subversivos, la Primera Internacional quedó gravemente debilitada. Llegó a su fin, sin embargo, a causa de las disensiones internas: Marx y sus partidarios se enfrentaron con los anarquistas que seguían al gran agitador Mijaíl Bakunin (1814-1876). La Primera Internacional dejó, no obstante, dos importantes legados: el ideal de la unidad socialista internacional, y un gran número de socialistas —dispersos en numerosos países— afiliados a las diversas ramas de la Internacional.

El sindicalismo y los partidos socialistas

Hacia 1885 pareció que las perspectivas socialistas volvían a mejorar, debido en gran parte a las consecuencias de la industrialización. En Gran Bretaña y Alemania, los sindicatos tomaron rápido incremento entre las masas de obreros no especializados de la nueva sociedad industrial, y, en algunos países, la realidad del sufragio universal favoreció, además, la formación de nuevos partidos políticos. El más importante fue el rico y bien organizado Partido Socialdemócrata Alemán (S.P.D.). Ningún otro país tuvo algo parecido a esta concentración de fuerza de la clase obrera que, hacia 1900, se había convertido en la más notable característica de la escena política alemana. Y en todas partes los socialistas empezaron a desempeñar un papel político activo.

Debido en parte a la ausencia de una organización socialista internacional, los movimientos socialistas habían tomado en esta época características diferentes en los distintos países. Así, por ejemplo, el S.P.D. alemán se distinguía por su rígida adhesión a los principios marxistas y por su disciplina centralizada, mientras el movimiento socialista francés se fraccionó en numerosos grupos, entre los cuales sólo uno era dogmáticamente marxista, mientras que los otros estaban inspirados por el socialismo no marxista, o incluso por el anarquismo. Los trabajadores ingleses se preocupaban de sus propios sindicatos (*Trade Unions*) y procuraban presionar a sus dirigentes parlamentarios para conseguir reformas prácticas.

Tales diferencias ayudan a explicar la cautela con que los dirigentes nacionales del socialismo abordaron la tentativa de enfocar internacionalmente su movimiento. Con esta finalidad se fundó la Segunda Internacional (París, 1889), que hasta 1900 tuvo un secretariado permanente: el Buró Socialista Internacional, con sede en Bruselas.

Por estas fechas la Internacional había logrado solucionar el primer gran problema con que se enfrentó, esto es, el de su actitud ante los anarquistas: lo solventó excluyéndolos de la organización en 1896. A partir de entonces, el S.P.D. marxista —con su gran número de afiliados, su riqueza y su prestigio doctrinal— marcó cada vez más el carácter de la Segunda Internacional. En 1900 se advertían aún todas las consecuencias de este hecho; los movimientos socialistas de todos los países gozaban de amplia libertad para interpretar las recomendaciones de la Internacional de una manera apropiada a sus propias condiciones locales. En la práctica, esta flexibilidad nunca iba a perderse del todo; e incluso puede decirse que una de las causas del gran fracaso que en 1914 desilusionó a tantos socialistas fue la incapacidad que demostró la Segunda Internacional para organizar eficientemente la oposición de la clase obrera a la guerra. Pero en 1900 no podía adivinarse este sombrío futuro. El éxito de las manifestaciones del día primero de mayo, el frecuente uso del arma de las huelgas, la actividad de los socialistas en los Parlamentos, donde podían denunciar las brutalidades represivas de los Gobiernos capitalistas y conseguir de ellos concesiones legislativas, les hacía confiar en que el futuro les pertenecía inexorablemente, como había afirmado Marx, y en que la Internacional sería cada vez más fuerte. Únicamente los «revisionistas» se atrevían a sugerir que las predicciones de Marx tal vez habían quedado desmentidas y que el camino hacia el socialismo podía diferir de la vía revolucionaria propugnada en los varios congresos de la Internacional.

J. M. Roberts

La Semana Trágica

A comienzos del siglo XX, las fuerzas políticas de Cataluña ofrecían unas características peculiares en su progresivo alejamiento de la tutela caciquil impuesta por el régimen de los partidos turnantes salido de la Restauración.



Un grupo de monjas huye de su convento asaltado. El anticlericalismo tenía ya en España una larga tradición, y la quema de conventos fue una de las características más destacadas de la Semana Trágica.

La conciencia regionalista catalana, nutrida por la burguesía industrial y urbana, se había desarrollado con amplitud a partir de unas raíces históricas, económicas y lingüísticas, merced al movimiento cultural de la *Renaixença* y a la afirmación de la personalidad catalana, impulsada en el plano intelectual por Valentí Almirall.

Esta toma de conciencia tuvo su primera manifestación política en la presentación a Alfonso XII del «Memorial de Greuges» en 1885, reivindicación que se concretará más tarde en las «Bases de Manresa» (1892), compendio de las aspiraciones autonómicas en demanda de un régimen especial frente al Gobierno. Será, no obstante, la figura de Enric Prat de la Riba (1870-1917), personalidad idealista con altura de hombre de Gobierno, el cual, al crear la *Lliga Regionalista*, estructurará las fuerzas autonomistas en un partido homogéneo, sostenedor de los valores de un catalanismo tradicional, que, bajo el peso de la industrialización, se hizo liberal en lo político y conservador en lo socioeconómico.

El triunfo de la *Lliga* en las elecciones de 1903 hizo reaccionar al Gobierno. Un agitador republicano, Alejandro Lerroux (1864-1949), orador grandilocuente y pintoresco, creó en Barcelona un partido republicano de corte centralista y demagógicamente anticlerical destinado a contrarrestar la fuerza del catalanismo. La recluta de sus adictos se orientaría hacia las clases medias y hacia las masas obreras, sin olvidar el atractivo sobre la población no catalana, en rápido crecimiento por la inmigración producida a requerimiento del industrialismo. El Partido Republicano Radical adquiriría un fuerte y alborotador influjo, fácil al exceso verbal y al desmán callejero, abusivamente tolerado en palmaria demostración de lo equívoco de sus fines.

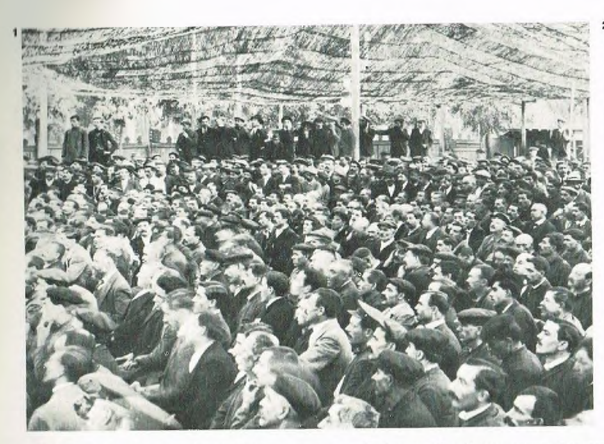
El proletariado, que en la década del 90 había sentido la seducción del anarquismo, viró en 1900 hacia formas de tipo anarco-sindicalista en búsqueda de una organización que defendiera sus intereses, con recurso a la huelga general si ello era preciso. La imagen de la Unión General de Trabajadores como vanguardia obrera del socialismo, dio la pauta a la revigorización de las Federaciones Regionales de Trabajadores, filiales de la Internacional, menos políticas pero más dispuestas a la acción. Ellas serían el germen del sindicalismo confederal que surgiría años más tarde.

En febrero de 1902, una huelga de metalúrgicos en Barcelona se convirtió en paro general, como demostración de fuerza de unos grupos, todavía desunidos pero aptos para la lucha. El conflicto reveló el desequilibrio de una sociedad en tensión entre una burguesía industrial y un proletariado emergente, antagonismo que en Barcelona, por su evolución fabril y por sus masas urbanas, se mostraba con más evidencia que en el resto de España.

En este conflicto se perfilaron claramente las fuerzas político-sociales operantes en el antiguo Principado, con la presencia de un regionalismo pujante, aunque clasista; con el resurgimiento de una conciencia obrerista de tendencia apolítica y matiz libertario y, por fin, con el señuelo del republicanismo lerrouxista, falsamente revolucionario.

Las elecciones de 1903 y 1905 significaron el punto más alto de la popularidad de Lerroux. A su hueste se había unido, electoralmente, el republicanismo histórico de Salmerón y los elementos federales, mientras en la *Lliga*, el aglutinante regionalista no pudo impedir la escisión de los más declaradamente antidinásticos como Suñol, Carner y Hurtado, quienes crearon la *Esquerra de Catalunya*, cuyo papel político, de efectos retardados, no brotó con toda su fuerza hasta un cuarto de siglo después.

Los sucesos acaecidos en noviembre de 1905, cuando unos oficiales de la guarnición de Barcelona destrozaron las redacciones de *La Veu de Catalunya* y del semanario *Cu-cut!* para vengar la aparición en estas publicaciones de unas caricaturas irrespetuosas, significaron un acontecimiento de trascendental importancia en la vida política catalana y, por extensión, en la española. Este hecho representó la primera intervención del Ejército en la vida pública en el siglo XX y provocó la discutidísima Ley de Jurisdicciones, reclamación del estamento castrense para juzgar por su fuero los delitos contra el honor militar. La localización de los hechos y el enfrentamiento entre militares y paisanos produjo una hostilidad hacia Cataluña que más tarde sería

1

2


1 **Mitines como éste figuraban entre los recursos empleados por los obreros anarquistas para organizar huelgas eficientes. A través de tales procedimientos se fundó la «Solidaridad Obrera».** *2* **La chispa de la agitación: la movilización de reservistas para la campaña de Marruecos, que dejaba prácticamente sin recursos a las familias de los movilizados.**

explotada, con ocasión de los disturbios de julio de 1909.

La reacción catalana ante la pasividad del Gobierno unió estrechamente a todas las tendencias, salvo la de Lerroux, en un impulso cívico del que nació el movimiento conocido por *Solidaritat Catalana*. La *Lliga Regionalista*, la Unión Republicana de Salmerón, el Partido Federal, la *Esquerra* y los carlistas se unieron en demostración de una personalidad regional, intérprete de una convivencia ciudadana, fiel al poder civil y resuelta a llevar a cabo una acción parlamentaria de tipo obstruccionista. Francisco Cambó (1876-1947), gran figura político-financiera que, en las huellas de Prat de la Riba, recogería el liderazgo de la *Lliga*, hizo la convocatoria desde *La Veu de Catalunya* para una manifestación pública que sellara el nacimiento de la *Solidaritat Catalana*. El día 20 de mayo de 1906, doscientas mil personas se reunieron en la avenida llamada Salón de San Juan, en cónclave de estilo y alcance sin precedentes. En las elecciones para diputados a Cortes de 1907, las urnas refrendaron el asenso multitudinario, dando un triunfo completo a la candidatura de la *Solidaritat Catalana*.

Pero al aliento unánime de la *Solidaritat* le faltaba penetración en las clases trabajadoras y éstas, viendo el modelo a seguir, depusieron actitudes y comprendieron la necesidad de aunar esfuerzos en pro de una organización que agrupara socialistas y anarquistas. Así nació la Solidaridad Obrera, respuesta proletaria de afirmación clasista y social frente a la *Solidaritat Catalana*, que lo era regional y política. Su órgano de prensa, llamado también *Solidaridad Obrera*, vio la luz gracias a la ayuda económica de un maestro ácrata llamado Francisco Ferrer Guardia, figura destinada a influir decisivamente en los acontecimientos que luego dieron lugar a su proceso y su muerte, después de la Semana Trágica.

Ferrer Guardia

Ferrer había retornado a Barcelona en 1901 después de un largo exilio en Francia. Sus ideas libertarias, unidas a su vocación pedagógica, le llevaron a la fundación de la «Escuela Moderna», centro de enseñanza laica, de inspiración anarquista y de métodos en los que la razón y la ciencia fundamentaban la aspiración a una nueva sociedad, en contra de todo gobierno establecido.

Sobre el fondo de una sociedad en tensión político-social y con un orden precario, la figura de Ferrer —que era, además, editor especializado en la literatura ácrata— empezó a ser mirada como la del inspirador que incita a la acción libertaria. En 1906, con motivo del atentado de la Calle Mayor, Ferrer fue detenido y procesado como inductor, cargo del que salió absuelto, lo cual no fue óbice para que la Escuela Moderna fuera clausurada.

Al llegar a 1909, la situación en Barcelona registraba un recrudecimiento del malestar obrero que la cohesión de la *Solidaritat Catalana* no alcanzaba a calmar. En julio de este año, una medida a todas luces inhábil del gobierno Maura desencadenaría los sangrientos sucesos que han pasado a la historia con el nombre de Semana Trágica.

Una agresión rifeña en la zona de Marruecos dio lugar a que el Gobierno presidido por Antonio Maura llamara a filas a unidades que, para completar sus efectivos, hubieron de recurrir a reservistas, muchos de ellos casados y con hijos. Con el recuerdo vivo aún de las desastrosas campañas coloniales, la desafortunada medida provocó la reacción popular, manifestada estentórea y públicamente al producirse los embarques de tropas en el puerto de Barcelona.

La Solidaridad Obrera decretó una huel

ga general de protesta contra la guerra para el lunes 26 de julio de 1909, huelga que fue secundada por el elemento obrero y contemplada favorablemente por la burguesía, acorde en mostrar su disconformidad con el Gobierno y en repudiar la acción militar en Marruecos.

Paro y desórdenes

La jornada del 26 discurrió en Barcelona en medio de un paro absoluto y sin incidentes. Las noticias de la región daban cuenta del éxito total de la huelga: Sabadell, Manresa, Granollers, Mataró y otras localidades habían seguido las órdenes de paro con absoluta unanimidad.

La reacción de las autoridades consistió en transferir el mando al capitán general, quien, en la tarde del 26, ordenó la salida de las tropas a la calle. La presencia de éstas fue acogida con gritos de «¡Viva el Ejército! ¡Abajo la guerra!», y durante unas horas la confraternización entre el pueblo y los soldados apareció como una probabilidad de imprevisibles alcances. En esta tensa expectativa se llegó al día 27, mientras la ciudad continuaba paralizada, sin periódicos e incomunicada con el resto de la Península.

El día 27 se produjeron los primeros disturbios. Las barricadas hicieron su aparición. En los suburbios ardieron los primeros conventos. La tropa, abandonando su actitud expectante, empezó a intervenir y se cruzaron los primeros disparos. De la huelga, por causa de esta primera chispa de violencia, se pasaría al motín.

El día 28, el comité organizador de la protesta, integrado por miembros de la Solidaridad Obrera, al observar el cariz insurreccional que escapaba a su control, se dirigió a la *Solidaritat Catalana* y al Partido Radical en demanda de ayuda para canalizar el movimiento. Su demanda no podía ser más razonable: entre los manifestantes era ostensible la presencia de muchos catalanistas avanzados y de gran número de «jóvenes bárbaros» del Partido Radical, identificables por sus iniciativas anticlericales. Ni unos ni otros hicieron gesto alguno para contener a sus militantes. Y así la insurrección se desbordó y lo que pudo haber sido coyuntura revolucionaria se quedó en sangrienta algarada, ineficaz y destructiva, con quema de conventos y profanación de tumbas.

El día 28 se combatió duramente; los tiroteos se producían en el centro de Barcelona; la artillería atacó los focos rebeldes en el Paralelo, en el Paseo de Colón.

El día 29, la revuelta inició su declive. La esperanza de los sublevados se cifraba en el contagio hacia el resto de España, cosa imposible por la incomunicación en que Barcelona se hallaba. Entretanto, el Gobierno se había ocupado en difundir por toda España la falaz noticia de que los sucesos de Barcelona tenían carácter separatista. Ello bastó para aislar la revuelta de julio, envolviéndola en hostilidad hacia el antiguo Principado.

El 31 de julio la tranquilidad era completa. El balance de víctimas dio tres muertos entre la tropa y setenta y cinco entre los paisanos. Treinta conventos quedaron reducidos a cenizas.

Las consecuencias

La estratagema gubernativa hizo que aquella sublevación espontánea, incontrolada y de heterogénea participación, se atribuyera en exclusiva al anarco-separatismo. Y entonces, las clases burguesas, que vieran con beneplácito el movimiento en sus orígenes y que se inhibieron después, acabaron volviéndose hacia la autoridad en demanda de escarmiento. Los Tribunales militares, en actuación sumarísima, sentenciaron el fusilamiento de cuatro revoltosos, mientras el rumor ciudadano empezó a imputar a Ferrer Guardia la inspiración de los desmanes.

Ferrer fue detenido el 1 de septiembre con la acusación de haber participado en los sucesos ocurridos en Premiá. Su

1 **Ataúdes abiertos tras ser profanados los cementerios particulares de algunas comunidades religiosas. En realidad, los signos de torturas corporales buscados por los revolucionarios no eran sino el resultado de las penitencias propias de la vida conventual.**
2 **Incendios en Barcelona, donde el fuego destruyó unos cincuenta edificios pertenecientes a la Iglesia.**

1


2




Barricada en el Torrent de l'Olla, en Gracia (Barcelona), que era a la sazón un barrio esencialmente obrero.

proceso se instruyó aceleradamente, atribuyéndole el papel de inductor y actor de la sedición. A pesar de los esfuerzos de la defensa, empeñada en denunciar las circunstancias apasionadas en que se desarrollaba el juicio, así como la acumulación de pruebas de cargo sin contrapartida apropiada, Ferrer fue condenado a muerte, acusado de encabezar una rebelión, sentencia que, si en cuanto a la responsabilidad moral era opinable, en cuanto a la responsabilidad material el paso de los años la ha hecho difícilmente sostenible.

Ferrer fue pasado por las armas el día 13 de octubre. Sus últimas palabras fueron: «¡Viva la Escuela Moderna!»

Su ejecución provocó una violentísima campaña en el extranjero, donde esta muerte se vio como la eliminación de un defensor de la escuela laica. Manifestaciones públicas, mitines y protestas de toda índole agruparon a la izquierda europea con tal virulencia que el gobierno Maura tuvo que dimitir. Las repercusiones del proceso Ferrer iban a influir hondamente en el curso de nuestra historia contemporánea.

La caída de Maura significó el ostracismo político de uno de los más relevantes hombres públicos del reinado de Alfonso XIII. Pero las consecuencias de la Semana Trágica provocaron también el deshielo de las fuerzas políticas, divididas según su actitud ante los luctuosos sucesos. La *Solidaritat Catalana* se resquebrajó, incapaz de dilucidar esa responsabilidad que, por acción u omisión, cabe siempre en todo alzamiento colectivo. Los radicales, con avispado oportunismo, levantaron bandera antirrepresiva, al igual que la *Esquerra*, y eso les llevó al éxito electoral de 1910. La *Lliga*, pese a su contrición tras su demanda de escarmiento, sufrió una baja de prestigio en tanto que los antidinásticos y los marxistas se beneficiaron de la hostilidad al trono, creando la conjunción republicano-socialista. El panorama político español, tras los acontecimientos de julio de 1909, adoptó una nueva configuración.

Pero lo más importante fue el renacer anarquista que hizo de Ferrer su mártir, su mito. En 1910 se reunió el Congreso de la Solidaridad Obrera cuyo carácter anarcosindicalista convocó delegados de toda España. Anselmo Lorenzo, inspirador de la vieja Federación Regional, marcó las bases para fundar la Confederación Nacional del Trabajo. Un nuevo sindicalismo revolucionario estaba en trance de crearse. Sus armas iban a ser la huelga general insurreccional, el sabotaje, el apoliticismo y el antiparlamentarismo. Su objetivo, la emancipación obrera por el comunismo libertario.

En el otoño de 1911 tuvo lugar el primer congreso efectivo de la C.N.T., que ya contaba con 30.000 afiliados. Su influencia se hizo patente con una huelga general en toda España, irradiada desde Bilbao con motivo de un conflicto metalúrgico. La declaración de ilegalidad que siguió no fue óbice para que la acción clandestina de la C.N.T. continuara siendo intensa, vigorosa.

El estallido de la guerra de 1914, al crear un anómalo y ostentoso bienestar, en beneficio tan sólo de la burguesía, establecería unas condiciones idóneas para la acción confederal. El proletariado industrial había aumentado sus masas hasta convertirlas en factor decisivo para la lucha social. Ello se mostraría con evidencia en el año clave de 1917.

Rafael Abella

El anarquismo mundial e ibérico

Hasta el siglo XIX no se había utilizado todavía el vocablo «an-arquía» como sinónimo de anti-autoridad, de no-gobierno, en todo cuanto estos conceptos (autoridad y gobierno) encierran de coerción, de represión, de mantenimiento de un orden imperfecto solidificado por la estática social. Sería erróneo, no obstante, adjudicar a la anarquía un sentido monovalente de negación. Su carácter es inicialmente oposicional, pero intuye de manera clara la existencia de formas sociales no desnaturalizadas, no opresoras, susceptibles de llevar a la sociedad humana a una liberación emancipadora.

Dibujo francés que representa a Leon Czolgosz disparando contra McKinley, presidente de los Estados Unidos, en la Exposición Panamericana de Buffalo, el 6 de septiembre de 1901; McKinley murió ocho días más tarde. El asesinato difundió en Norteamérica el miedo al anarquismo. *Abajo:* **el asesinato de Carnot, presidente de la República Francesa; apuñalado por el anarquista italiano Caserio al regresar de un banquete público celebrado en Lyon, murió casi inmediatamente.**





Si el principio del anarquismo es negativo en su repudio categórico de las estructuras basadas en la autoridad, su fin es positivo, ya que aspira al triunfo final de la razón y de la justicia como fundamentos de la fraternidad. Entre dos polos se intercala la incógnita que plantea el problema de los medios, de la «praxis» requerida para llegar al edén. Es aquí donde la iconografía del anarquismo se dispersa en innúmeras imágenes, desde la exasperada y brutal acción individual hasta la clamorosa revuelta colectiva; desde la negación íntima y aislada hasta los brazos caídos de la huelga o la manifestación pacífica y yacente de los objetores. Todas ellas han sido actitudes revestidas por el anarquismo, en repertorio que abarca las más dispares variables de la conducta humana.

La aspiración a implantar nuevos modos de existencia colectiva aparece cuando las sociedades adoptan modelos abstractos, despóticos y despersonalizados en su ordenación estructural. La revuelta anarquista, enmarcada en el momento histórico de su aparición, fue una afirmación enérgica y desesperada de la individualidad frente al sistema inhumanamente integrador del capitalismo liberal. Pero esta afirmación, más o menos matizada, resurge apenas las circunstancias históricas redundan en la anulación de la persona desvaída ante la institucionalización opresora de un grupo o ante la abusiva hegemonía de una clase. Y así, en estos últimos tiempos es dable observar un renacimiento de las posturas anarquistas, en denuncia del totalitarismo burocrático, policíaco y centralizado o en rechazo de un neocapitalismo tecnocratizado y materialista.

Los precursores

Los últimos resplandores del Siglo de las Luces alumbraron la desacralización del poder y la desmitificación de la propiedad. El vuelo del pensamiento puso rumbo a la utopía, imaginada por tres prospectores de nuevas formas en la relación humana: Godwin (1756-1836), que refuta toda forma de gobierno, y estima, en su puritanismo, que la conciencia individual ha de ser la única norma imponible; Owen (1771-1858), que rechaza el pesimismo hobbesiano de la imperfección humana y aspira a un colectivismo libre y armónico; Fourier (1772-1837), que ve la sociedad abierta a la libre inclinación de cada uno y solidaria en un cooperativismo, más allá de las clases, del dinero y del poder.

Estas tres anticipaciones se deslizan por el movedizo terreno que hay entre el socialismo y el anarquismo utópicos, pero ambas apuntan a la tierra firme de la reforma y están de acuerdo en combatir unas formas de poder que oprimen al más débil; una idea del hombre que apela al castigo como medio de imponer el orden y una organización económica que engendra la más desolada pobreza, partiendo de un sofístico utilitarismo. Entretanto, en Europa, la revolución industrial desarraigaba unas masas rurales, sumiéndolas en las tinieblas del trabajo fabril y minero. Surgía un proletariado urbano, abocado a lo infrahumano. El Estado seguía siendo autoritario, en manos de aristócratas y terratenientes, con inserción de la burguesía industrial de nuevo cuño, dogmática en su fe en el capitalismo económico. La cuestión social forzosamente aparecería como el gran problema del siglo, y en la hora de la reacción, dos soluciones alborearon: la socialista, que sitúa la dialéctica de la Historia en las fuerzas productivas (el proletariado), y la anarquista, para la cual no hay más dialéctica que la que tiene al hombre como sujeto histórico.

De Proudhon a Bakunin

Pierre Joseph Proudhon (1809-1856) fue el primero en anunciar los principios básicos del anarquismo: antiestatismo y antiautoritarismo como premisas para llegar a la libertad y a la justicia exaltadas como valores supremos. A la autoridad como impedimento, Proudhon opondrá la noción de «contrato», libre y asu-

mido, que elimina la distinción entre gobernantes y gobernados. A la desigualdad contrapone lo igualitario, tanto en lo social como en lo económico. La propiedad privada debe ser abolida en beneficio de la colectiva, regida por autogestión. Proudhon cree en las unidades naturales —la familia y la comunidad— como elementos vivos de una colectividad emancipada y solidaria gracias al «mutualismo» (con esta palabra es como a él le gustaba llamar al anarquismo). Proudhon es moralizante y reformista, cree en los métodos evolutivos y afirma que «la república ideal es la anarquía positiva». Su influjo fue primordial para el desarrollo y la conciencia de la clase obrera.

Max Stirner (1806-1856) es el teórico del más exacerbado egocentrismo. Su obra *El único y su propiedad* plantea el antagonismo entre lo concreto del Yo personal y lo abstracto de la Humanidad. De aquí resulta una radical oposición entre el hombre y las instituciones, entre el individuo y la sociedad. Para Stirner, la única afirmación absoluta es la que emana de la voluntad individual, y la única actitud a tomar es la rebeldía activa e individuada. La gran corriente ácrata del acto detonante tendría en Stirner su gestor.

Con Mijaíl Bakunin (1814-1876) el anarquismo pasa a la acción. Su fondo doctrinal está en Proudhon, pero si éste es reformista, Bakunin será revolucionario, apocalíptico. A través de una existencia frenética, este aristócrata ruso se situará en el vórtice revolucionario europeo. Ateo, apolítico y místico, Bakunin dará al anarquismo una dinámica inquieta y rebelde, al servicio de una idea fervorosa en pro de la redención de los hombres. Su influencia sobre los países latinos y eslavos fue extraordinaria. Su discípulo Nechaiev sería el exponente del amoralismo revolucionario sin límites conocidos: con él nace el terrorismo glorificado, el nihilismo, versión estrictamente ácrata de un anarquismo detenido en su fase destructiva de todo lo establecido.

Por causa de Nechaiev, el anarquismo terminó por identificarse con la bomba, la pistola o el puñal.

Miguel Bakunin, infatigable agitador ruso que condujo el anarquismo de la teoría a la acción revolucionaria.



Dos concepciones irreconciliables: bakuninismo y marxismo

Si en sus inicios los movimientos encabezados por Marx y Bakunin tenían el nexo de ser una interpretación histórica revolucionaria, desde un punto de partida proletario y reivindicativo, muy pronto se acusaron las divergencias propias de dos concepciones irreconciliables, elaboradas por dos mentes radicalmente opuestas. Si el marxismo pretende que el poder político sea para el proletariado, el anarquismo quiere que el proletariado sea el destructor del poder político. La unión de la Primera Internacional de Trabajadores sería prontamente desvanecida, manteniendo Bakunin un movimiento independiente que constituiría el nervio del anarquismo europeo.

La descendencia hegeliana del marxismo antepone la Idea, de tal modo que el Estado se edifica tras el triunfo de la clase proletaria sin perder ninguno de los atributos que la autoridad le confiere en su aparato coercitivo en defensa de la dictadura del proletariado. Para Bakunin, en cambio, se trata de establecer una nueva forma societaria de base socialista, pero eliminando toda forma estatal al uso. Él mismo aclara su concepto con estas elocuentes palabras: «La libertad sin socialismo es el privilegio, la injusticia; el socialismo sin libertad, es la esclavitud, la brutalidad.» Este problema es el nudo gordiano de la oposición anarco-comunista. Para el revolucionario ruso, profeta de una idea mesiánica y cuyo fin último es implantar la más fraternal emancipación, ésta no puede ser viable más que en la igualdad económica y en la libertad más absoluta, desprovista de toda ortopedia estatal.

Del anarco-comunismo al anarquismo tolstoiano

La evolución del mundo en el siglo XIX aparejó el cambio del primitivo anarquismo hacia formas acordes con los planteamientos de la hora industrial. Las fórmulas anarco-comunistas preconizadas por Piotr Kropotkin (1842-1921) y por Enrico Malatesta (1853-1932) principalmente, incorporan el positivismo científico en su concepción del mundo y las necesidades de la sociedad industrial, para pasar del «colectivismo» de alcance restringido y parcelado, al «comunismo libertario» de extensión total en la apropiación de los bienes de producción. Los métodos serán los mismos, sostenidos en el abstencionismo político y en el activismo social para alcanzar el reino igualatorio de la razón, la sociedad libertaria. El anarco-comunismo exalta también la cultura popularizada y aborda todos los aspectos de la emancipación humana. Y así Emile Armand reivindicará el derecho a la unión libre, mientras Emma Goldman defiende la anticoncepción, el control voluntario de la natalidad.

Paralelamente surgen las tendencias anarco-sindicalistas como táctica en la lucha de clases y apuntando hacia métodos de seguro impacto sobre el orden burgués. Sus inspiradores son Pelloutier (1867-1901) y Guillaume (1844-1916), sin olvidar la aportación de Georges Sorel (1847-1922), destacado teórico del sindicalismo cuya obra *Reflexiones sobre la violencia* ejerció tanta influencia sobre las teorías fascistas. Los métodos del anarquismo sindicalista tenían como arma decisiva la huelga general que no excluía acciones más violentas como el sabotaje y la expropiación. Su tónica era cerradamente apolítica y su esperanza hacer saltar el orden impuesto pasando de la huelga a la insurrección capaz de implantar la revolución por la anarquía.

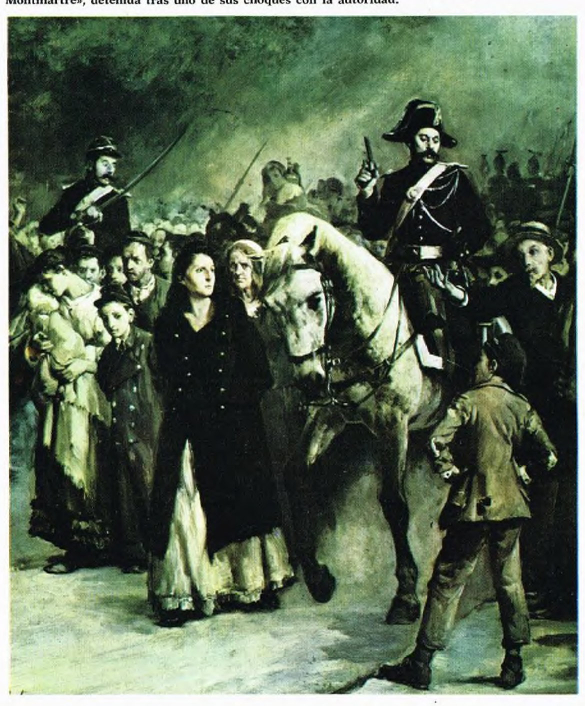
El repudio de la riqueza, el desprecio del poder, la aspiración a una sociedad hermanada, situaban al anarquismo teórico en una zona ideológica lindante con el cristianismo primitivo, y, por estas coincidencias, el gran novelista ruso Tolstoi (1828-1910) se convirtió, al final de su atormentada existencia, en adalid de una rama no-violenta, altruista y fraternal, de anarquismo cristiano que sería progenie de toda una serie de actitudes de pacífica resistencia y de comunidad de bienes, de origen anárquico.

Los terroristas

La justificación del acto destructivo como siembra de la anarquía, idea salida de la enfermiza mente de Nechaiev, encontraría hacia fin de siglo numerosos prosélitos, extraídos de los estratos de la desesperación y obsesionados por la validez de la «propaganda por el hecho», interpretada en su más demoledor sentido. Su acción aterrorizó a Europa, creando en torno al anarquismo una leyenda siniestra y macabra. En su raíz estaba la decisión de responder con una violencia detonante a la violencia gubernativa que reprime y a la clasista que impone. Pero su brutalidad, aplicada a reyes y gobernantes, a actos públicos, o simplemente efectuada en forma gratuita y ciega, terminó por dar del anarquismo una visión unilateral, de aguafuerte, teñida en rojo y negro. Eran acciones de un terrorismo desorganizado, hijas de cerebros obcecados por el fanatismo y resentidos contra una sociedad que, todo hay que decirlo, no se les había mostrado demasiado acogedora.

En Francia, los protagonistas de la serie sangrienta se llamaron Ravachol, Vaillant, Henry, Caserio, este último asesino del presidente Sadi Carnot. En Italia, Bresci, ejecutor del rey Humberto I. En Suiza, Luchenni, que apuñala a la infeliz emperatriz Elizabeth. En América está Leon Czolgosz, que da muerte al presidente MacKinley. Es una lista larga y no exhaustiva de una crónica negra que no eximió ni a Rusia ni a los países latino-

Pintura de Jules Giradet en que se representa a Louise Michel, «la virgen roja de Montmartre», detenida tras uno de sus choques con la autoridad.





El anarquista Bresci da muerte al rey Humberto I de Italia en las proximidades de la residencia real de Monza, el 29 de julio de 1900. La trágica escena aparece aquí interpretada de modo muy personal por el pintor Flavio Constantini.

americanos. En España, la ola de atentados empieza en Oliva Moncasí, que dispara contra Alfonso XII. Después continuaría con Pallás, Salvador —bomba del Liceo de Barcelona—, Angiolillo, que mata a Cánovas, hasta llegar a Morral, el frustrado regicida de la calle Mayor, y a Pardinas, que asesina a Canalejas. Esta terrible relación no cubre los innumerables atentados, menos notorios pero con víctimas y daños, que hizo del anarquismo un sinónimo del más desolado nihilismo. Ellos darían paso al anarco-sindicalismo, menos atentatorio pero más eficaz.

Hacia 1914 las tendencias anarquistas habían perdido gran parte de su mesiánico absolutismo para orientarse hacia la lucha de clases. España sería su feudo más vigoroso. Tan sólo un rebrote espectacular tuvo efecto en la Rusia de 1918 a 1920, donde la legendaria figura de Néstor Makhno, protagonista de una gesta político-militar aureolada por el bandidaje, fue sofocada implacablemente por los comunistas como peligroso germen de disensión en la naciente unidad del socialismo soviético.

Pero el anarquismo no fue sólo una teoría político-social. Las tendencias en pro de una espontaneidad creativa invadieron las corrientes artísticas en revuelta contra el conformismo burgués o en ruptura con los cánones tradicionales. La pintura de Signac o de Pissarro trasluce un germen anarquista en sus autores; el teatro

Página siguiente: **atentado contra Alfonso XIII, el día de su boda. El anarquista catalán Mateo Morral arrojó una bomba sobre la carroza real desde un balcón de la calle Mayor, cuando el cortejo regresaba de la iglesia donde se había celebrado la ceremonia nupcial. Los reyes resultaron ilesos. Morral se suicidó para evitar la detención.**

El príncipe Pedro Alexeievich Kropotkin, teorizador del anarquismo. Su libro «La conquista del pan» es uno de los textos fundamentales de la acracia.

de Jarry, las obras de Wedekind o de Hauptmann descubren una actitud de crítica social, de burla hacia el orden, de rebeldía contra lo establecido. Y en todas ellas se aprecian los perfiles subversivos anarquizantes.

Los orígenes del anarquismo ibérico

La nueva ideología libertaria llega a España por el verbo inflamado del italiano Fanelli, diputado anarquista seguidor de Bakunin. Sus disertaciones en Madrid en 1868 provocaron una exaltación que superó toda barrera lingüística. Desde aquel momento se apreció que las ideas de la acracia estaban destinadas a despertar una extremada fascinación entre las masas hispánicas. Sus primeros propagandistas fueron Anselmo Lorenzo, Tomás González Morago, Rafael Farga Pellicer...

Los adictos primerizos ingresaron en la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.) mientras, simultáneamente, se creaba la entidad española afiliada a la Alianza Democrática Socialista, grupo fundado por Bakunin. La difusión de las ideas libertarias fue repentina y penetrante, con arraigo inmediato y especial en Andalucía. En 1870 tuvo lugar el primer congreso de la Federación Regional de Trabajadores, que fue el nombre adoptado por el grupo anarquista. Su estilo no difería del modelo original, acentuándose únicamente su influencia sobre el campesinado, dada la estructura agraria del país en aquellas fechas. Otra característica acusada era la enemiga a las superestructuras militar y eclesiástica, por su decisiva influencia en la gobernación del Estado. La acción anarquista se haría sentir prontamente mediante revueltas por los latifundios del Sur, poblados de braceros en penosas condiciones de dejadez e incultura.

La libertad política, sostenida desde la Revolución del 68 hasta la Restauración, hizo posible la vida de los grupos anarquistas en quienes repercutió la oposición entre Marx y Bakunin, escindiéndose las fuerzas obreras y campesinas en dos grupos: los autoritarios (socialistas) y los antiautoritarios. De los primeros surgió la Unión General de Trabajadores, que entraría en la disciplina socialdemócrata. Los segundos mantendrían el credo anarquista en su integridad.

La Restauración decretó la ilegalidad de los libertarios y abrió un período represivo, en respuesta a los disturbios de 1874. Entre esta fecha y 1881, los ácratas hubieron de actuar en la clandestinidad. Sus militantes fueron perseguidos, sus centros clausurados y su organización deshecha. La llegada al poder de los liberales salvó al anarquismo de la extinción. Al decretar Sagasta la libertad de asociación resurgió la Federación de Trabajadores y en el Congreso de Barcelona (1881) estuvieron representados 50.000 afiliados, de ellos 30.000 trabajadores del campo andaluz y 15.000 obreros catalanes. Nuevas figuras se incorporarían a los dirigentes, entre otros Fermín Salvoechea, que, de origen burgués, se convirtió en apóstol de la anarquía; Ricardo Mella, posiblemente el más destacado teórico del anarquismo español, y Tarrida del Mármol, ingeniero de Barcelona.

Las circunstancias provocadas por el desarrollo industrial fueron desplazando el centro de gravedad del anarquismo hacia Cataluña, pero la sublevación de Jerez en 1891, en la que cuatro mil campesinos proclamaron la anarquía, dio lugar a una represión contundente que sería el inicio de la sangrienta década del noventa. La cadena de atentados ya citados acarrearía una persecución sañuda que llevó el anarquismo a una profunda crisis, en la que tuvo su parte la misma impopularidad despertada por los atentados. Y, consecuentemente, el anarquismo fue puesto fuera de la Ley.

A comienzos de siglo la Federación resurgió tímidamente, y pese a las difíciles circunstancias, su influjo se dejó sentir en la huelga general de 1902 y en las algaradas y conflictos sociales que alteraron el orden en los años siguientes. Por aquellas fechas, el anarquismo puro había virado hacia el anarco-sindicalismo. Los acontecimientos de la Semana Trágica crearían un nuevo espíritu que haría del sindicalismo un medio y del anarquismo un fin.

De la CNT a la FAI

La creación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) había de dar una nueva y decisiva orientación al anarquismo militante. El Congreso realizado en Sants (barriada de Barcelona), en 1911, establece nuevas pautas de lucha obrera con la creación de los Sindicatos Únicos, en los que se integran las ramas profesionales que abarcaban varios oficios. De este modo, los conflictos se hacen compactos, se generalizan a ramos enteros: construcción, textil, etc. La actitud de la nueva sindical, más combativa y más intransigente que la socialista, sustrae gran número de afiliados a esta última. En 1911 la CNT es lo bastante fuerte para organizar una huelga general de protesta contra la guerra de Marruecos. Desde entonces su crecida de militantes es vertiginosa: en 1919 alcanzaría los 700.000 afiliados.

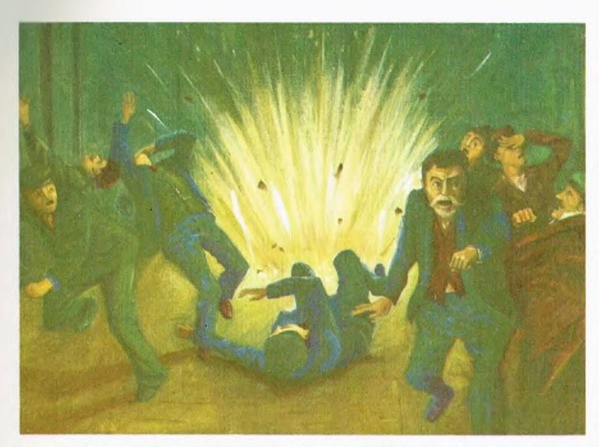
Las circunstancias provocadas por la neutralidad española en la Primera Gue-

Buenaventura Durruti, el más destacado jefe anarquista de la Guerra Civil española. Propugnaba «la desorganización organizada», fiando en el carácter constructivo de la espontaneidad de las masas, conforme al más ortodoxo ideario ácrata.




SOSTRES





La bomba de la calle de Cambios Nuevos, en Barcelona, arrojada al paso de la procesión del Corpus, el 6 de junio de 1896.

rra Mundial darían lugar a un período inflacionario que desencadenó entre la clase obrera un malestar agudísimo. En 1917 estas circunstancias estallan en la huelga general revolucionaria, organizada conjuntamente por la CNT y la UGT.

Entretanto, una nueva generación de dirigentes había tomado el relevo de los iniciadores. Se llamaban Salvador Seguí, («Noi del Sucre»), Angel Pestaña, Mauro Bajatierra, Juan Peiró. Todos ellos procedían de la clase obrera. La ausencia de intelectuales y de técnicos sería una rémora visible en la evolución teórica y táctica del anarquismo español. Entre 1919 y 1923 se sitúan los más virulentos años de las luchas sociales, centradas en Cataluña y especialmente en Barcelona. Frente a los Sindicatos Únicos, la reacción patronal-gubernativa organiza los Sindicatos Libres. La sucesión de huelgas, atentados y represalias creó un clima de inusitada violencia. A lo largo de este período turbio, marcado por hechos y tácticas reprobables por uno y otro bando, cayeron asesinados patronos y obreros, entre ellos Salvador Seguí, tal vez el mejor líder sindical, el más consciente de un posibilismo evolutivo que hubiera podido conducir unas fuerzas sindicales unidas al terreno de lo constructivo.

La Dictadura del general Primo de Rivera en 1923 decretó la ilegalidad de la Confederación Nacional del Trabajo. Grupos anarquistas clandestinos crean la Federación Anarquista Ibérica, destinada a recrudecer la acción revolucionaria hasta un grado de indisciplina y de subversión sin precedentes. La FAI abandona toda posición confederal estratégica y sindical para exaltar un anarco-bolchevismo que busca la conquista del poder por la violencia. Sus cabecillas son Durruti, Ascaso, García Oliver...

La proclamación de la II República en 1931 trae un rebrote virulento del anarquismo y con él sale a la luz la pugna entre la CNT y la FAI por la hegemonía ácrata. La acción de la FAI se impone a los confederales, se torna revuelta permanente, fuente de un desorden que será fatal para el nuevo régimen. En el Congreso de Madrid (1931) se produce el Manifiesto de los «Treinta». Los moderados —Pestaña, Peiró, López, etc.—, partidarios del realismo y de la prudencia, se separan de las directrices de la FAI, cuya posición radicalmente revolucionaria provoca la insurrección de enero de 1932 en el Alto Llobregat, la de enero de 1933 en Cádiz (con el episodio represivo de Casas Viejas), la de diciembre de 1933, en Aragón y la Rioja, donde suena por vez primera el nombre de Cipriano Mera, que fue uno de los jefes militares destacados del bando republicano en la Guerra Civil.

De octubre de 1934 a la Guerra Civil

La entrada en el Gobierno de las fuerzas democristianas de la CEDA, dio origen a la sublevación de octubre de 1934. La participación anarquista en Asturias, pactada con la UGT, dio al alzamiento extensión y gravedad. En Barcelona, en cambio, las fuerzas de la CNT-FAI se abstuvieron, permitiendo una rápida sofocación del movimiento —de marcado y limitado carácter catalanista— por las tropas gubernamentales.

El fracaso de octubre significó una vez más la represión del anarquismo. Pero, en febrero de 1936, el triunfo del Frente Popular, con voto anarquista, permitiría el inicio de una nueva etapa de lucha, esta vez para desembocar en una guerra civil.

El Congreso de Zaragoza (mayo de 1936) descubre las diversas tendencias que disgregan unas masas anarquistas cuyos efectivos pasan del medio millón. Treintistas, anarco-bolcheviques y colectivistas se enfrentan en ruidosos debates que acaban en el predominio absoluto de la FAI. Una ilusión revolucionaria, ingenua, insensible a las duras experiencias del pasado, a la hora del mundo, a la situación interior, exalta un espíritu insurreccional primario, dispuesto a la conquista del poder con la esperanza puesta en el comunismo libertario y en la espontaneidad de las masas; en la «desorganización organizada», como solía decir el legendario Durruti.

Cuando llega el Alzamiento Militar de julio, las fuerzas anarquistas comprenden que la crisis de la República burguesa del 14 de abril les da la gran oportunidad insurreccional. En Barcelona su participación es decisiva para el fracaso del golpe militar. El presidente Companys convoca al Comité Central de Milicias Antifascistas, que representa a los milicianos que han luchado en Atarazanas, en la plaza de Cataluña y en la Diagonal hasta adueñarse de la ciudad, y les dice que «el poder está en sus manos y que él no puede hacer más que ponerse a su disposición».

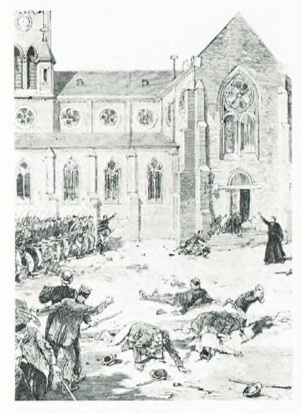
Aquél fue el momento culminante en la historia del anarquismo español. Después vino el declive a consecuencia de la creciente influencia de los comunistas en el Gobierno republicano español, influencia que llevó al desenlace de mayo de 1937 en Cataluña, reducto principal del anarco-sindicalismo.

Rafael Abella

La Segunda Internacional

El optimismo socialista alcanzó su punto culminante en los años de la Segunda Internacional de Trabajadores. Dirigentes tan distintos entre sí como Lenin y Jaurès lograron superar, por el bien de la causa común, sus divergencias respecto a la política de los partidos, al colonialismo y al militarismo. Después, en 1914, se planteó la cuestión crítica: ¿cómo debían reaccionar los socialistas ante el estallido de una «guerra capitalista»?

Bautismo de fuego de la Segunda Internacional: policías y soldados disparan contra los manifestantes que celebraban el primero de mayo en Fournies (Francia) en 1891.



La Segunda Internacional de Trabajadores, fundada en 1889, profetizó que la revolución mundial no tardaría más de un cuarto de siglo en producirse: lo que se produjo, en cambio, fue una guerra mundial, y el mencionado movimiento socialista nunca se recuperó de ese amargo e inesperado fracaso, en el que se desvanecían los ideales de solidaridad proletaria internacional.

En cada uno de los congresos de la Internacional se había visto claramente que los movimientos obreros que la formaban podían avenirse sin demasiadas dificultades sobre principios generales y a largo plazo: la solidaridad internacional de la clase obrera, la necesidad de proponer como objetivo último el derrocamiento del capitalismo, y la condena del colonialismo, del militarismo y de la guerra. Pero también era evidente, sin embargo, que cada organización nacional funcionaba en un contexto político, económico y social distinto, y que, aun cuando cada movimiento estaba empeñado en derrocar el sistema existente, su acción estaba también matizada por la necesidad de actuar dentro de dicho sistema. Tales matizaciones significaban que todos estos movimientos, si bien aceptaban los principios generales señalados en las resoluciones de la Internacional, se reservaban —por razones tácticas— el derecho de aplicarlos a su manera. Estas reservas pudieron observarse en una de las primeras decisiones tomadas por la Internacional, en el congreso de París de 1889: la de que el primero de mayo de cada año debería caracterizarse por una manifestación especial del movimiento obrero.

La idea de que los obreros de todo el mundo habían de manifestarse colectivamente para exigir la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas había sido propuesta separadamente, en 1888, por los congresos de los sindicatos de Francia, Bélgica y Estados Unidos; el Congreso de la Internacional de 1889, al adoptar este principio, decidió que los trabajadores debían «organizar las manifestaciones según los medios y las directrices más en consonancia con sus países respectivos».

Los dilemas del primero de mayo

En Francia y Austria se decidió celebrar el primero de mayo con una huelga general; así se hizo, y en 1890, el día primero de mayo se produjo un paro laboral completo, acompañado de marchas, manifestaciones y reuniones. (En el norte de Francia, en la ciudad minera de Fourmies, la manifestación del primero de mayo de 1891 dio lugar a choques con la policía, en los que perdieron la vida diez personas.)

En otros países, si bien se aceptó el principio de una manifestación en el primero de mayo, la situación local aconsejaba celebrar un tipo de actos más prudentes: en Inglaterra, los sindicatos se abstuvieron de hacer huelga el citado día y, en su lugar, celebraron una manifestación de masas en Hyde Park el lunes siguiente (Friedrich Engels, el fiel amigo y colaborador de Marx, que contempló con gran entusiasmo «compactas multitudes, en cantidades innumerables, que se acercaban con música y banderas, formando una columna de más de 100.000 personas», escribió que «el 4 de mayo de 1890, la clase trabajadora inglesa se unió al gran ejército internacional»). También el gran Partido Socialdemócrata Alemán, temiendo posibles represiones con arreglo a la ley de Bismarck contra el socialismo —ley que se mantuvo en vigor hasta 1890—, limitó su actuación a una serie de reuniones públicas en todo el país. En el congreso de la Internacional celebrado en Zurich en 1893, si bien todos los delegados aceptaron el principio de una huelga de un día —el día primero de mayo—, el dirigente alemán August Bebel sostuvo que en Alemania una medida tal implicaba el riesgo de provocar una grave colisión con el Gobierno: la idea de que «una huelga general es un disparate general» —idea que más tarde expresarían los prudentes jefes de la socialdemocracia alemana— presidía ya sus actos.

La decisión tomada por la Internacional de celebrar el primero de mayo como una exaltación de la solidaridad de la clase obrera —a pesar de las diferencias locales con que se llevó a la práctica— in-

Derecha: **tumulto en la Cámara de Diputados francesa con motivo de un apasionado discurso del líder socialista Jean Jaurès (detalle de una pintura terminada en 1903 por Jean Veber).**

fluyó en los movimientos laborales del mundo durante generaciones y logró que la Internacional apareciera como una realidad ante el obrero de cualquier país.

Cismas internos

Una dificultad más fundamental que el problema de cómo celebrar el primero de mayo, y a la que se hubo de hacer frente desde los primeros días de la Internacional, fue el conflicto existente entre los anarquistas y aquellos que creían en la eficacia de los medios políticos para alcanzar los objetivos de la clase obrera, fuesen marxistas, socialistas fabianos o simplemente sindicalistas Algunos de los movimientos obreros representados en la Internacional —particularmente los de los países económicamente débiles, como Italia y España, pero también el de Holanda, dirigido por el intelectual anarquista Domela Nieuwenhuis, y hasta cierto punto el de Francia— habían sido influidos por la doctrina según la cual la democracia parlamentaria (principalmente tal como se practicaba en Francia, España e Italia) era un fraude y un engaño: lejos de ayudar a los trabajadores a conseguir reformas concretas, únicamente serviría para desviarlos del verdadero camino que conducía al poder; para los anarquistas, ese camino no era otro que la total destrucción de la maquinaria estatal existente.

No todos los anarquistas eran hombres violentos que creían en «la propaganda por la acción» consistente en lanzar bombas o en disparar contra los jefes de Estado: junto a los extremistas, que mataron al presidente de la República Francesa, al rey de Italia, al presidente de los Estados Unidos, a Cánovas y a Canalejas en España y que, en líneas generales, podríamos definir como extremistas discípulos de Mijaíl Bakunin, estaban —y en número muy superior— los sucesores de Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), quienes creían que la clase obrera, con sólo menospreciar los procedimientos políticos y desarrollar pacíficamente un sistema autónomo de sociedades cooperativas de trabajadores, podría provocar la ruina del Estado.

Sin embargo, los anarquistas que con mayor frecuencia provocaron conflictos dentro de la Internacional fueron los de índole más ruidosa, como el holandés Nieuwenhuis, el idealista alemán Gustav Landauer (un erudito conocedor de Shakespeare que fue asesinado en 1919, después de haber dirigido la revolución de Baviera) y el italiano Saverio Merlino. Convencidos de que los congresos de la Internacional estaban perdiendo el tiempo y engañaban a los trabajadores al aprobar resoluciones en que se invitaba a los Gobiernos del mundo a poner en práctica mediante leyes la jornada de ocho horas u otras reformas semejantes, los anarquistas solían interrumpir los debates subiéndose a las mesas y alborotando. En el congreso de Londres de 1896 (donde el presidente de una sesión, un sindicalista inglés, mostró su apego a las instituciones amenazando con llamar a la policía para echar a los perturbadores), los afiliados al anarquismo fueron finalmente expulsados de la Internacional, que ratificó su creencia en la acción política como medio para promover el progreso social.

Quedaba planteado, sin embargo, el problema de fijar la clase de acción política a seguir, y en este punto las respuestas tendieron de nuevo a ser diferentes según los países. En Gran Bretaña, acción política podía significar la pugna de los sindicatos para conseguir de los partidos conservador y liberal la aprobación de leyes favorables, o podía significar el apoyo al Partido Laborista Independiente (fundado en 1893 y representado por Keir Hardie en el Parlamento); en Alemania, donde el ala política del movimiento obrero se había desarrollado antes y con más fuerza que los sindicatos ingleses, significó propaganda electoral (el número de los votos socialdemócratas aumentó de un millón y medio a principios de la década 1890-1900, a tres millones en 1903); pero no cabía esperar de un Estado como el alemán, básicamente hostil a las ideas socialistas, que la presión política lograra la aprobación de leyes favorables a los obreros más allá de las rudimentarias medidas de previsión social introducidas por Bismarck; en Francia, los socialistas estaban profundamente divididos por el dilema de si debían derribar la República burguesa existente o defenderla contra sus enemigos monárquicos; en Rusia, la acción política tuvo que proseguir la línea revolucionaria y conspiradora.

¿A favor o en contra de Dreyfus?

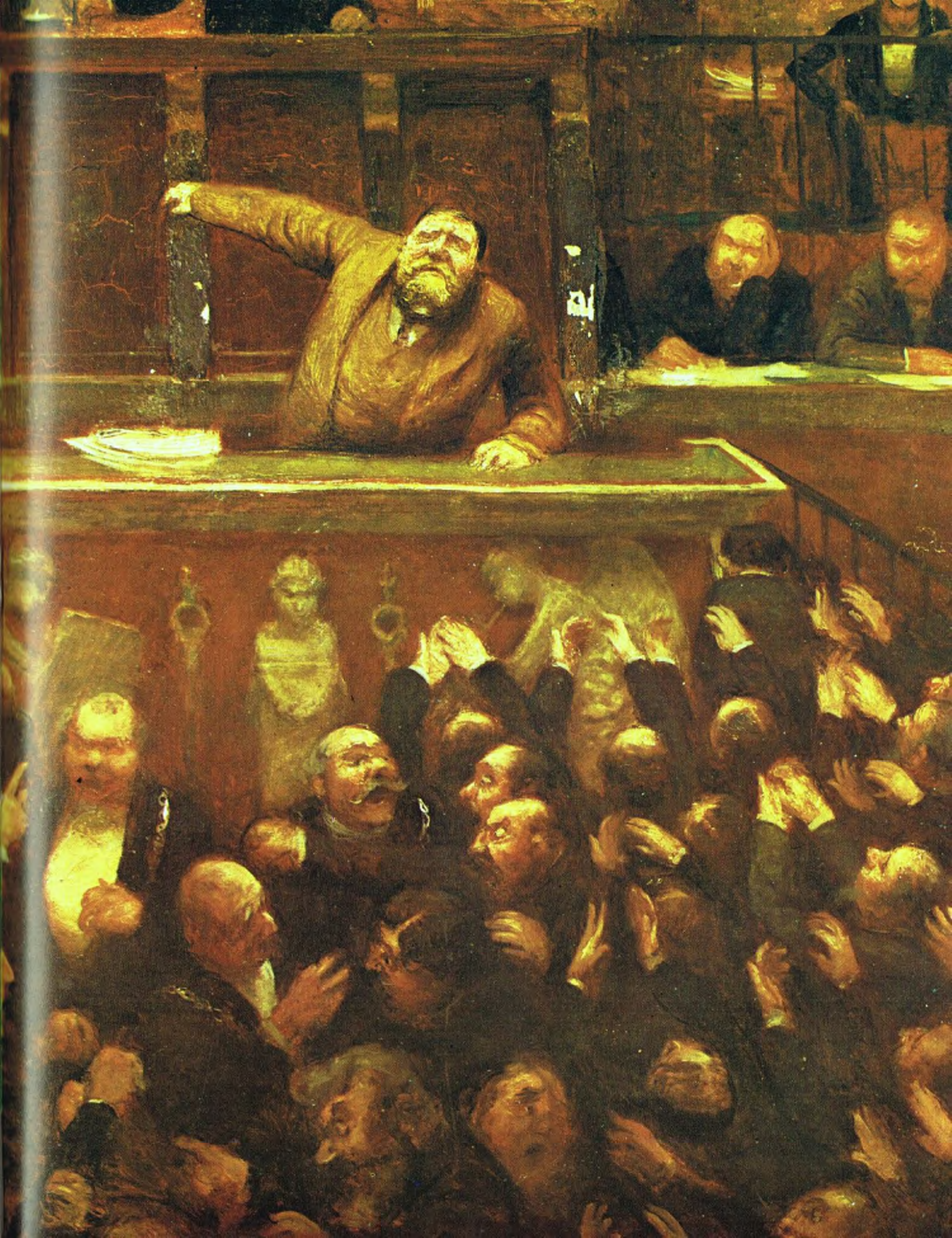
La Internacional, cuyos miembros deseaban desarrollar un movimiento obrero lo más fuerte y unido posible dentro de cada país, se vio finalmente forzada a discutir aquellas cuestiones debido a la división crónica en que se debatía el socialismo francés. En los últimos años de la década 1890-1900, la III República se vio agitada por el caso Dreyfus, el más grave de una serie de escándalos políticos que la perturbaron a lo largo de veinte años. El capitán Dreyfus, un oficial judío del Ejército francés, acusado de espionaje en favor de Alemania, había sido condenado a cadena perpetua. Cuando, en 1897, empezaron a salir a la luz pruebas de su inocencia, las campañas a favor y en contra de Dreyfus pasaron rápidamente de una discusión humanitaria sobre los derechos de un hombre a un encarnizado debate en que parecía estar en juego nada menos que el futuro de la República.

Las fuerzas conservadoras del Ejército, de la Iglesia y de la prensa monárquica, se aliaron formando un sólido frente contra la absolución de Dreyfus, mientras que los intelectuales, los demócratas y los republicanos de izquierda se unieron, en defensa de la justicia de la República, contra la justicia militar que había condenado a Dreyfus, y exigieron la absolución de éste. No toda la izquierda, sin embargo, siguió esta línea: Jules Guesde y los marxistas franceses, fieles a su doctrina de menosprecio hacia la República burguesa, se regocijaron viendo la confusión que cundía entre sus enemigos y se negaron a tomar parte en la campaña en favor de Dreyfus, un burgués, al fin y al cabo; Jean Jaurès, el dirigente del ala menos doctrinaria del socialismo francés, se lanzó con todo su ardor a la defensa del capitán, arguyendo que la primera obligación del movimiento socialista era la de salvar la República.

En junio de 1899, después de unas elecciones generales cuyos resultados marcaron una ligera inclinación hacia la izquierda, el radical moderado Waldeck-Rousseau formó un nuevo gobierno del que entró a formar parte Alexandre Millerand, uno de los socialistas independientes asociados con Jaurès.

Por primera vez en la historia un socialista llegaba a formar parte de un gobierno (el precedente de Louis Blanc en la situación revolucionaria de febrero de 1848 apenas cuenta) y todo el mundo socialista internacional se lanzó a una violenta discusión acerca de la conveniencia de la acción de Millerand.

El dilema fue expresado por Paul Singer —un respetado veterano del Partido Socialdemócrata de Berlín—, en una observación que hizo a Jean Jaurès en ocasión del congreso de la Internacional celebrado en París en septiembre de 1900. Mientras los dos marchaban juntos en la comitiva tradicional que se dirigía a depositar una corona en el lugar del cementerio Père Lachaise donde, en 1871, habían



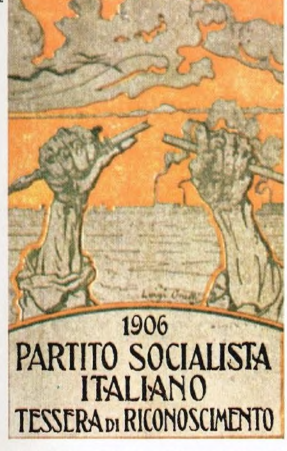
1


INTERNL WORKING MENS ASSOCN · No 5393 · ASSOCIATION INTERNLE DES OUVRIERS
INTERNLE ARBEITER ASSOCN · ASSOCNE INTERNLE D'OPERAI.
MEMBERS ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.

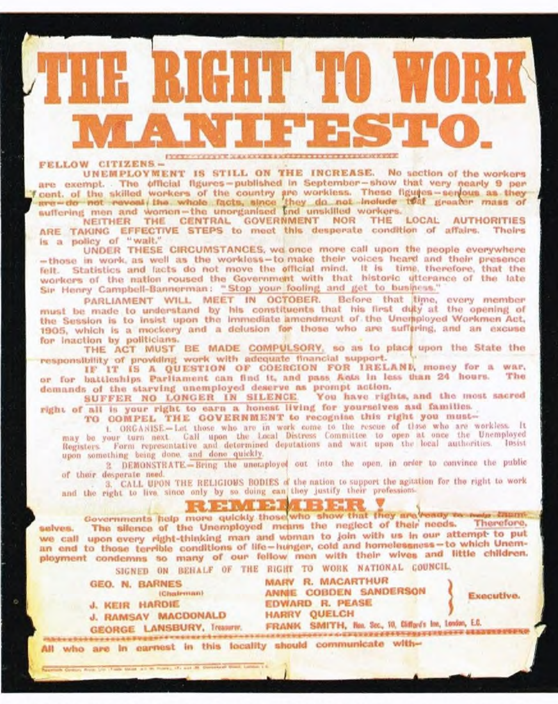
was admitted a Member on the First day of January 186 and paid as his Annual Subscription

Geo Odger — President of Central Council
G. W. Wheeler — Honorary Treasurer
Dupont — Corresponding Secretary for France
Karl Marx — do do Germany
do do Italy
do do Poland
do do Switzerland
W. R. Cremer — Honorary General Secretary

2



3


THE RIGHT TO WORK MANIFESTO.

FELLOW CITIZENS—

UNEMPLOYMENT IS STILL ON THE INCREASE. No section of the workers are exempt. The official figures—published in September—show that very nearly 9 per cent. of the skilled workers of the country are workless. These figures—serious as they are—do not reveal the whole facts, since they do not include that greater mass of suffering men and women—the unorganised and unskilled workers.

NEITHER THE CENTRAL GOVERNMENT NOR THE LOCAL AUTHORITIES ARE TAKING EFFECTIVE STEPS to meet this desperate condition of affairs. Theirs is a policy of "wait."

UNDER THESE CIRCUMSTANCES, we once more call upon the people everywhere—those in work, as well as the workless—to make their voices heard and their presence felt. Statistics and facts do not move the official mind. It is time, therefore, that the workers of the nation roused the Government with that historic utterance of the late Sir Henry Campbell-Bannerman: "Stop your fooling and get to business."

PARLIAMENT WILL MEET IN OCTOBER. Before that time, every member must be made to understand by his constituents that his first duty at the opening of the Session is to insist upon the immediate amendment of the Unemployed Workmen Act, 1905, which is a mockery and a delusion for those who are suffering, and an excuse for inaction by politicians.

THE ACT MUST BE MADE COMPULSORY, so as to place upon the State the responsibility of providing work with adequate financial support.

IF IT IS A QUESTION OF COERCION FOR IRELAND, money for a war, or for battleships Parliament can find it, and pass Acts in less than 24 hours. The demands of the starving unemployed deserve as prompt action.

SUFFER NO LONGER IN SILENCE. You have rights, and the most sacred right of all is your right to earn a honest living for yourselves and families.

TO COMPEL THE GOVERNMENT to recognise this right you must—

1. ORGANISE.—Let those who are in work come to the rescue of those who are workless. It may be your turn next. Call upon the Local Distress Committee to open at once the Unemployed Registers. Form representative and determined deputations and wait upon the local authorities. Insist upon something being done, and done quickly.

2. DEMONSTRATE.—Bring the unemployed out into the open, in order to convince the public of their desperate need.

3. CALL UPON THE RELIGIOUS BODIES of the nation to support the agitation for the right to work and the right to live, since only by so doing can they justify their professions.

REMEMBER!

Governments help more quickly those who show that they are ready to help themselves. The silence of the Unemployed means the neglect of their needs. Therefore, we call upon every right-thinking man and woman to join with us in our attempt to put an end to those terrible conditions of life—hunger, cold and homelessness—to which Unemployment condemns so many of our fellow men with their wives and little children.

SIGNED ON BEHALF OF THE RIGHT TO WORK NATIONAL COUNCIL.

GEO. N. BARNES (Chairman)
J. KEIR HARDIE
J. RAMSAY MACDONALD
GEORGE LANSBURY, Treasurer.
MARY R. MACARTHUR
ANNIE COBDEN SANDERSON
EDWARD R. PEASE
HARRY QUELCH
} Executive.
FRANK SMITH, Hon. Sec., 10, Clifford's Inn, London, E.C.

All who are in earnest in this locality should communicate with—

1 Tarjeta de miembro de la Primera Internacional. 2 Carnet de identificación de los afiliados al Partido Socialista Italiano. 3 Manifiesto del movimiento laborista británico donde se incita a los trabajadores a defenderse ante el paro obrero.

sido fusilados los últimos mártires de la Comuna, Singer le dijo: «No se puede aprobar la entrada de un socialista en un gobierno burgués; pero debo admitir que, mientras hace treinta años la burguesía fusilaba aquí a los proletarios, ahora el Partido Socialista se ha vuelto tan poderoso que en un momento de peligro la burguesía se ve obligada a recurrir a uno de nosotros para salvaguardar las libertades fundamentales.»

El movimiento socialista francés estuvo discutiendo durante años acerca de si la acción de Millerand había sido justificada por la necesidad de proteger a la República, o si éste había cometido un pecado imperdonable contra los cánones de la ortodoxia socialista; entre Jaurès y Guesde se abrió una brecha que parecía insalvable y, como veremos, solamente cuando el primero aceptó disciplinadamente la opinión de la mayoría de la Internacional se puso remedio al distanciamiento entre los dos dirigentes socialistas.

En otros países la discusión tomó formas diferentes, pero el problema esencial que se planteaba era el mismo: ¿hasta dónde podían los partidos socialistas cooperar con los partidos democráticos de izquierda para conseguir, por ejemplo, el sufragio universal en Bélgica o Austria, o defender al Gobierno parlamentario italiano, amenazado por un movimiento antidemocrático semejante al movimiento antidreyfusista francés?

En Alemania, debido en parte a la inspiración marxista de la socialdemocracia, y en parte a la estructura federal descentralizada del Reich, la discusión tuvo un carácter particularmente violento. A nivel del Reichstag nacional, y en la vida política de algunos de los Estados más importantes de Alemania, los Gobiernos eran tan reaccionarios que resultaba inconcebible que un socialista fuera invitado a participar en el poder como lo había sido Millerand; en Prusia y Sajonia,

los anticuados sistemas electorales cerraban el camino a la representación socialista incluso en los Parlamentos locales, a pesar del gran número de votos con que contaban. En algunos Estados del sur y del oeste de Alemania, sin embargo, una inveterada tradición liberal, que se remontaba a la época anterior a Bismarck, se combinaba con un sistema electoral más democrático y hacía posible que los socialdemócratas estuvieran debidamente representados en los Parlamentos locales. Sus dirigentes, como Ludwig Frank en Baden y Georg von Vollmar en Bayiera, pudieron así cooperar con los partidos liberales en programas de reforma de la educación, en una distribución más justa del impuesto sobre la renta y en otros beneficios tangibles para la clase obrera.


Después de la muerte de August Bebel, Singer, como nuevo Moisés del socialismo, trae al partido las tablas con los Diez Mandamientos del líder difunto.

Ortodoxos y revisionistas frente a frente

Estas actividades ya habían suscitado sordas voces de descontento en los congresos de la socialdemocracia alemana —durante la década de 1890 a 1900— y terminaron por provocar el estallido de una controversia doctrinal, iniciada con la publicación en 1899 de un libro del pensador marxista Eduard Bernstein (1850-1932): *Las condiciones previas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.* En este libro, Bernstein sostiene que el Partido Socialdemócrata no debía hablar más de revolución en términos marxistas y, en cambio, había de confesar sin ambages lo que realmente era: un movimiento básicamente reformista con una función a realizar a través de su gran partido parlamentario, sus asociaciones sindicales y sus actividades políticas locales dentro de la estructura existente de la sociedad alemana, tendiendo a la transformación pacífica de ésta y no a su derrocamiento catastrófico.

La insistencia de Bernstein en que la noción de una utopía socialista era el disfraz de un partido político que se negaba a admitir su verdadero carácter, y su sorprendente declaración de que «el resultado final no es nada para mí, y el movimiento lo es todo», fueron atacadas en una violenta polémica por Karl Kautsky (1854-1938), apóstol de la ortodoxia marxista y antiguo colega de Bernstein, y por August Bebel —el jefe del partido—, quien se percataba de que el compromiso formal de éste con la doctrina marxista era el aglutinante de su unidad. Las herejías revisionistas de Bernstein fueron condenadas en una serie de congresos y formalmente rechazadas en el de Dresde, en 1903, cuando el partido ratificó su compromiso con la revolución y su negativa a contaminarse participando en la política de una sociedad burguesa condenada por la marcha de la historia.

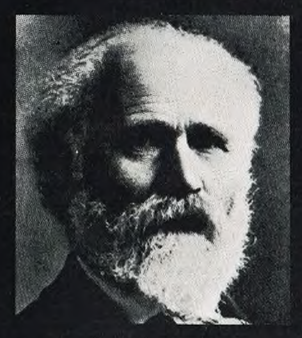
Dentro de la Internacional, el prestigio de la socialdemocracia alemana era tan grande —por razón de su fuerza numérica y financiera, así como por la creciente aceptación internacional del marxismo— que estas decisiones forzosamente habían de acarrear efectos de gran importancia. El congreso de la Internacional reunido en París en 1900, poco después de que Bernstein fuera condenado por primera vez en el congreso del partido alemán celebrado en Hannover, intentó zanjar la cuestión aprobando dos resoluciones, en la primera de las cuales se aceptaba que la cooperación con los partidos burgueses se podía permitir a efectos puramente electorales, y en la segunda —aprobada por veintinueve votos a favor y nueve en contra— se declaraba que la conquista del poder político no podía «tener lugar gradualmente», de forma que la entrada de un socialista en un ministerio burgués «no ha de ser considerada como la manera normal de empezar la conquista del poder político».

La discusión, sin embargo, continuó, especialmente en Francia, y —después del congreso de Dresde en 1903, en que el par-

KEIR HARDIE
«El diputado de los parados»

Keir Hardie nació en 1856 en Legbrannock, Lanarkshire. Empezó a trabajar en Glasgow como botones de un periódico a la edad de siete años, y tres años más tarde, al trasladarse su familia a la ciudad minera de Newarthill, comenzó a trabajar en las minas. Completó su educación en una escuela nocturna, mucho tiempo antes de que ingresara en el sindicalismo, donde creció su reputación de rebelde.

Hardie no deseaba la acción industrial sino la política. A su juicio, el Partido Liberal en su acción parlamentaria no se preocupaba bastante por las condiciones de trabajo de los obreros y decidió presentarse como candidato para diputado del Parlamento.



Hardie fue elegido en 1892 como miembro laborista independiente por West Ham South. Este partido, constituido por un solo hombre, defendió valientemente su causa, o sea la de que se dispensara un trato mejor a los pobres. Habló a favor del «Home Rule» de Irlanda y condenó la Cámara de los Lores y la política colonial británica.

Hardie intervino activamente en la fundación, en 1893, del Partido Laborista Independiente, del que fue presidente. En 1900 desempeñó un papel destacado en la creación del Comité de la Representación Laborista.

Los últimos años de la vida de Hardie se vieron ensombrecidos por la amenaza de guerra. Se sintió amargamente desilusionado por el fracaso de los socialistas de varios países europeos en su intento de evitar la Primera Guerra Mundial.

A pesar de que en el momento de su muerte estaba profundamente deprimido, pronto iban a dar fruto las doctrinas que tanto había propugnado. Diez años después, Gran Bretaña eligió su primer gobierno laborista.

JEAN JAURÈS
El gran pacifista

Jean Jaurès, hijo de un pequeño comerciante, cursó brillantemente sus estudios en la Escuela Normal y perteneció a la «élite» intelectual de Francia. A los veintiséis años fue elegido miembro de la Cámara, de la que, como republicano, fue el diputado más joven, pero muy pronto se desanimó ante la política y se retiró a dar clases en la Universidad de Toulouse. Al poco tiempo se vio comprometido en las luchas obreristas de Toulouse y del Tarn, y en 1890 se declaró socialista.



En 1892, cuando los mineros de Camaux fueron a la huelga, Jaurès fue su portavoz y logró despertar para su causa la simpatía de Francia. En las elecciones de 1893 fue uno de los treinta y siete diputados socialistas elegidos que muy pronto le reconocieron como jefe indiscutible.

Como francés entusiasta de los ideales de la III República, Jaurès luchó apasionadamente en defensa de Dreyfus. Como socialista, luchó en la Cámara por los objetivos socialistas: la jornada de ocho horas, impuestos sobre la renta y la herencia, pensiones para la vejez, reforma municipal y leyes sanitarias y de seguridad.

Dedicó los últimos ocho años de su vida a sus intentos de evitar la guerra, creando la solidaridad entre la clase trabajadora internacional. En el libro «L'Armée Nouvelle» (1910) y en su diario socialista «L'Humanité», que él había creado en 1904, propuso la manera de abolir el sistema militar establecido organizando un «ejército de ciudadanos». En 1913 luchó contra la prolongación del servicio militar francés de dos a tres años. Pero el levantamiento de los trabajadores que había de evitar la guerra nunca se produjo. En cambio, un fanático patriota le disparó un tiro por la espalda, y al día siguiente tanto Alemania como Francia decretaban la movilización.

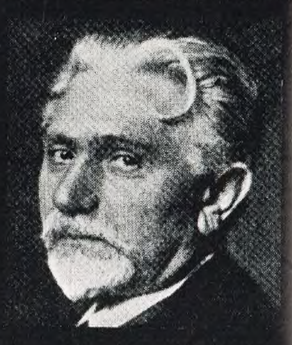
AUGUST BEBEL
Destacada figura del socialismo alemán

August Bebel, que durante muchos años fue el dirigente que mayor influencia tuvo dentro del Partido Socialdemócrata Alemán, nació en 1840 en Colonia. Su padre era un cabo del Ejército y su madre una sirvienta doméstica. Durante algunos años fue un dirigente popular del movimiento obrero no socialista, pero con el tiempo fue convertido al socialismo por Wilhelm Liebknecht en la década 1860-1870.

Después de la guerra austro-prusiana, a la que se opuso enérgicamente, Bebel fue elegido diputado del Reichstag recientemente creado.

A partir de 1875 Bebel fue dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán, en el que representaba el ala marxista. Esta circunstancia le hizo entrar en conflicto con los revisionistas de la Segunda Internacional (especialmente con el dirigente socialista francés Jean Jaurès), que estaban dispuestos a cooperar con las administraciones burguesas. En un congreso del partido celebrado en 1903 Bebel declaró que continuaría siendo «el enemigo a muerte de esta sociedad burguesa y este orden político».

De la misma manera que en el pasado Bebel había denunciado la anexión de Alsacia y Lorena, siendo por ello tildado de «enemigo de su país», así también en sus últimos años condenó la acción alemana en la crisis de Agadir de 1911 y declaró enérgicamente que la expansión de la flota alemana era el «auténtico peligro» para el pueblo alemán. Bebel murió en 1913.



LENIN
Perfil biográfico —hasta 1912— del líder de la Revolución Rusa

Lenin nació en 1870 en Simbirsk (hoy Ulianovsk), junto al Volga. Una tragedia marcó la juventud de Lenin y tuvo una influencia quizá decisiva en su carrera de revolucionario. El día 13 de marzo de 1887 fue detenido su hermano mayor Alejandro, brillante estudiante de biología en la Universidad de San Petersburgo, acusado de haber organizado un grupo terrorista y de haber preparado un atentado contra el zar Alejandro III. La policía interceptó una carta, detuvo al grupo y Alejandro Ulianov fue juzgado, condenado y, el 20 de mayo de 1887, ahorcado. Probablemente habría salvado la vida si hubiese presentado un recurso de gracia, pero se negó a hacerlo.

En otoño de 1887 Lenin empezó a estudiar derecho en la Universidad de Kazán, pero fue expulsado por haber tomado parte en desórdenes estudiantiles. Sin embargo, en 1891 se graduó en derecho como estudiante libre. En 1893 se trasladó a San Petersburgo, donde, en 1895, pasó a ser dirigente, junto con L. Martov, de la organización marxista Unión de Lucha por la Liberación de la Clase Trabajadora. En 1895 fue detenido con los demás dirigentes de la organización y desterrado por tres años a Siberia.

En 1898 se fundó el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Al principio, este partido adoptó el criterio de que su función no consistía en luchar contra el Zar sino que su objetivo se centraba en conseguir ventajas económicas para los trabajadores. En 1900, en oposición a los «economistas» que proponían esta teoría pacífica, Lenin inició la publicación de un periódico llamado «Chispa» que defendía la revolución del proletariado para derribar el absolutismo. «Dadnos una organización de revolucionarios —escribió— y transformaremos Rusia en su totalidad.»

La verdadera tensión se produjo durante el segundo congreso del partido celebrado en Londres en 1903. En «¿Qué hay que hacer?» (1902), Lenin había insistido en dos puntos: la necesidad



de un control centralizado de la organización obrera y la necesidad de una uniformidad ideológica. En el congreso, Lenin sostuvo que todos los miembros del partido debían «participar personalmente» en una de las organizaciones adheridas. Martov defendió una estructura más flexible del partido, y la resolución de Lenin fue desechada, pero la brillante táctica empleada por éste desembarazó al congreso de la Organización Socialdemócrata Judía y, en el resto de la sesión, Lenin y sus seguidores pasaron a constituir mayoría. Tomaron el nombre de bolcheviques (mayoría), dando a sus oponentes el sobrenombre de mencheviques (minoría).

La Revolución de 1905 tomó a los bolcheviques por sorpresa. El propio Lenin no regresó a Rusia hasta noviembre y no desempeñó papel alguno en los acontecimientos. En 1912 Lenin rompió completamente con los mencheviques organizando en Praga una conferencia puramente bolchevique que eligió un comité central exclusivamente bolchevique. De esta forma Lenin decidió la estructura definitiva: el Partido Socialista Ruso había de ser en el futuro un grupo de revolucionarios firmemente controlados y estrechamente unidos y no un partido de amplia base con miembros afiliados poco comprometidos.

ROSA LUXEMBURG
«Rosa Roja»

Rosa Luxemburg nació en 1870 en la Polonia rusa. Era hija de un judío dedicado al comercio de maderas. Antes de que se hiciera ciudadana alemana trabajó activamente entre los socialistas polacos. Sentía completo desprecio por las tendencias nacionalistas existentes en los movi-



mientos socialistas y trabajó por la unión de todos los grupos socialistas en la Polonia partida entre varios Estados. Formidable y elocuente oradora, llegó a representar el ala izquierda revolucionaria del socialismo alemán. Desdeñó por completo el «revisionismo» o «cretinismo parlamentario y sindicalista» con su «cómoda teoría del paso pacífico de un orden económico a otro». Para la «Rosa Roja» el principio de la lucha de clases constituía un postulado fundamental.

Después de haber tomado parte en la Revolución rusa de 1905, volvió a Alemania y fue profesora en la escuela del Partido Socialdemócrata en Berlín. Mientras tanto, formó con Karl Liebknecht la Liga Espartaquista, que algunos años más tarde había de convertirse en el Partido Comunista Alemán.

Se opuso violentamente a la Primera Guerra Mundial, lo que le valió pasar en la cárcel la mayor parte de los años comprendidos entre 1914 y 1918. Tras el colapso de Alemania, demostró sus formidables aptitudes para la política como cofundadora del Partido Comunista Alemán.

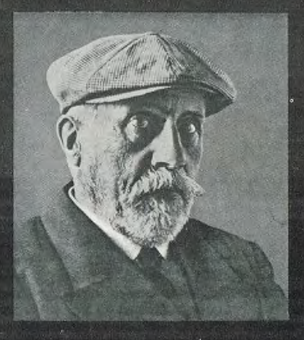
El 15 de enero de 1919 fue detenida, junto con Liebknecht, bajo la acusación de instigar la lucha en las calles de Berlín. Cuando eran conducidos a la cárcel fueron atacados por oficiales del Ejército. Liebknecht murió en el acto y Rosa Luxemburg falleció pocas horas después a consecuencia de las heridas recibidas.

PABLO IGLESIAS
Padre del socialismo español

Como Bebel y Hardie, Pablo Iglesias Posse nació en el seno de una familia obrera: su padre era peón del Ayuntamiento ferrolano; su madre no sabía ni leer ni escribir. Huérfano de padre, Paulino (más tarde adoptó el nombre de Pablo) se trasladó con su madre y un hermano menor, Manuel, a Madrid, a pie: no tenían dinero para la diligencia. En el Hospicio de San Fernando aprendió el oficio de tipógrafo, que ejerció en el transcurso de toda su vida. En lo demás, fue un autodidacta.

En 1870 formó parte del grupo fundador de la Sección Española de la Internacional Obrera. A los 23 años fue elegido presidente de la madrileña Asociación del Arte de Imprimir y desde aquel momento su vida quedó vinculada a la lucha por las reivindicaciones laborales. Fundó (1879) el Partido Socialista Obrero, con un grupo de amigos impresores de Madrid, otro de Barcelona y un tercero, mucho más reducido, de Guadalajara.

En 1885 fundó «El Socialista» (primero semanario y después diario), del que fue director, principal redactor e impresor. Con García Quejido, fundó la Unión General de Trabajadores (Barcelona, 1888). En 1882, por haber organizado una huelga de impresores, fue condenado a cinco



meses de prisión y se negó a solicitar el indulto. Fue ésta la primera de la serie de condenas y períodos de reclusión a que le condujo su labor política y sindical.

Convertido en la figura más destacada del obrerismo español, Iglesias enfocó su acción política en el sentido de que la «emancipación de la clase obrera no ha de ser obra de locura, sino de sensatez; no de arrebato, sino de cálculo». Su propósito era la creación de un partido clasista fuerte y disciplinado, apoyado en una organización sindical igualmente responsable.

En 1905 fue elegido concejal en el Ayuntamiento de Madrid, y, en 1910, diputado a Cortes. Era el primer socialista que obtenía un escaño en España. Como representante de los socialistas españoles, asistió a diversos congresos internacionales.

Durante la segunda década del siglo, la creciente precariedad de su salud lo fue alejando de la dirección activa del partido y de la U.G.T., aunque siguió siendo un orientador y un consejero de decisiva autoridad. Así, por ejemplo, en 1917 votó contra la huelga revolucionaria. En 1920 se opuso al ingreso del P.S.O.E. en la III Internacional, pese a que la Revolución Rusa le causara honda impresión.

Pablo Iglesias, figura venerable por su ascetismo y su dedicación, ha dejado una huella imborrable en la historia del movimiento obrero español. Murió en Madrid en 1925, y su entierro constituyó una imponente manifestación de duelo popular. Pronunció la oración fúnebre Julián Besteiro.

tido alemán condenó categóricamente el revisionismo de Bernstein— los seguidores franceses de Guesde tomaron la iniciativa pidiendo que el congreso de la Internacional de Amsterdam, que había de reunirse en agosto de 1904, diera una norma sobre la adecuada táctica a seguir por los partidos socialistas.

Ningún compromiso con el capitalismo

Durante los cuatro días que duró el congreso de Amsterdam los dirigentes del socialismo europeo discutieron una moción presentada por Guesde. Ésta decía, en esencia, «que la socialdemocracia... no puede proponerse participar en el poder gubernamental dentro de la sociedad capitalista», y proseguía: «El congreso, además, condena cualquier intento de disfrazar existentes conflictos de clase con el fin de proporcionar apoyo a los partidos burgueses.» El choque principal se produjo entre August Bebel, que lanzó todo el peso de la socialdemocracia alemana en apoyo de la resolución, y Jean Jaures (más convencido que nunca de que la República Francesa necesitaba y merecía el apoyo del movimiento socialista), quien defendió apasionadamente un concepto más flexible de la táctica política.

La discusión alcanzó momentos de gran dramatismo: Jaurès denunció la tentativa alemana de dominar la Internacional y lanzó contra Bebel la acusación de que «detrás de la inflexibilidad de las fórmulas teóricas que vuestro excelente camarada Kautsky os proporcionará hasta el fin de sus días, habéis ocultado a vuestro propio proletariado y al proletariado internacional vuestra incapacidad para actuar»; y Bebel repitió, entre fuertes aplausos, el tradicional punto de vista marxista: «¿Monarquía o República? Las dos son formas de Estado clasistas, las dos son una forma de Estado que se propone mantener el dominio clasista de la burguesía, las dos están ideadas para proteger el orden capitalista de la sociedad.» Estaba claro que esta vez no era posible ningún compromiso.

El congreso de Amsterdam aprobó la moción de Guesde por veinticinco votos contra cuatro (las abstenciones fueron doce), y, con el evidente propósito de poner fin a las divisiones existentes en el movimiento socialista francés, apoyó unánimemente una resolución que invitaba a los franceses a superar sus diferencias y unirse.

Reconociendo que Bebel y los marxistas habían alcanzado una gran victoria, Jaurés acató las decisiones del Congreso y se dedicó a trabajar por la reconciliación de los partidos socialistas franceses sobre la base de los principios establecidos en Amsterdam; en abril de 1905 los principales grupos de Francia se reunieron en un congreso en París y formaron un partido socialista francés unificado.



Asamblea socialista en Stuttgart (1907). Detrás de Rosa Luxemburg, que está hablando, se halla sentada Klara Zetkin; a ambos lados, los retratos de Lassalle y Marx, apóstoles del socialismo.

Como ratificación de la solidaridad internacional, el partido aprobó una sugerencia hecha por uno de sus intelectuales preeminentes, el ilustre helenista Bracke-Desrousseaux, para que el nombre oficial del partido fuese el de Sección Francesa de la Internacional Obrera (S.F.I.O.), nombre que ha conservado hasta la actualidad.

Los años 1904 y 1905 vieron a la Internacional en el apogeo de su influencia, al ser aceptada la decisión de Amsterdam por el movimiento francés y al producirse un vigoroso desarrollo del Buró Socialista Internacional con sede en Bruselas.

Aun cuando la influencia de la Internacional no se extendió a todas las ramas del movimiento obrero mundial —a partir de 1900, por ejemplo, varios de los más importantes movimientos sindicalistas ingleses tendieron a seguir su propio camino—, éste fue el período en que se crearon una serie de lo que podrían llamarse «mini-internacionales» con el objeto de promover la cooperación en campos especializados entre los socialistas de diferentes países. Una Comisión Socialista Interparlamentaria, que trataba de coordinar las actividades parlamentarias de los partidos socialistas, celebró cinco conferencias a gran escala entre 1906 y 1910; los representantes de la prensa socialista europea se reunieron en cuatro oportunidades entre 1907 y 1910, y en 1907 —mientras estaba convocado en Stuttgart el congreso de la Internacional— se celebró por separado una conferencia de mujeres socialistas, que fundaron su propio Buró Internacional bajo la presidencia de la fogosa luchadora perteneciente al ala izquierda alemana, Clara Zetkin, que más tarde había de desempeñar un papel destacado en el Partido Comunista Alemán.

Al mismo tiempo, por iniciativa del Movimiento Juvenil Socialdemócrata Alemán, se creó una Federación Internacional de Juventudes Socialistas, dirigida por un grupo de jóvenes cuyos destinos habían de reflejar posteriormente la desintegración del mundo en que había nacido y prosperado la Segunda Internacional: Ludwig Frank, un socialdemócrata alemán reformista que en 1914 marchó al frente occidental como voluntario y murió en los primeros combates que tuvieron lugar en Francia; Karl Liebknecht, el apasionado antimilitarista y colega de Rosa Luxemburg, con la cual había de fundar la Liga Espartaquista (el embrión del que nacería el Partido Comunista Alemán), y que sería brutalmente asesinado en 1919 por los contrarrevolucionarios; Henryk de Man, un joven intelectual belga que, partiendo de la extrema izquierda del movimiento socialista, había de acabar simpatizando con los profascistas y colaborando con los nazis alemanes en la Segunda Guerra Mundial, y Robert Danneberg, un abogado austríaco de gran talento que había de llegar a ministro y llevaría a cabo un intenso programa de reformas sociales durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, antes de ser detenido por los nazis y encontrar la muerte en Auschwitz, en 1942.

En los años anteriores a 1914 parecía, pues, que los obreros de todo el mundo, y especialmente sus dirigentes, marchaban firmemente hacia una unidad cada vez más estrecha. La creciente interdependencia de los modernos Estados, en cuanto se refiere al comercio y a las comunicaciones, parecía tener un paralelo en el creciente sentido de unidad entre los movimientos de la clase obrera, y no costaba imaginarse que las discrepancias eran tan sólo obstáculos de poca monta en el ancho y prometedor camino del progreso. Desde 1905 en adelante, sin embargo, los dirigentes de la Internacional se vieron obligados a prestar atención a un problema que anteriormente había parecido más bien abstracto: la guerra.

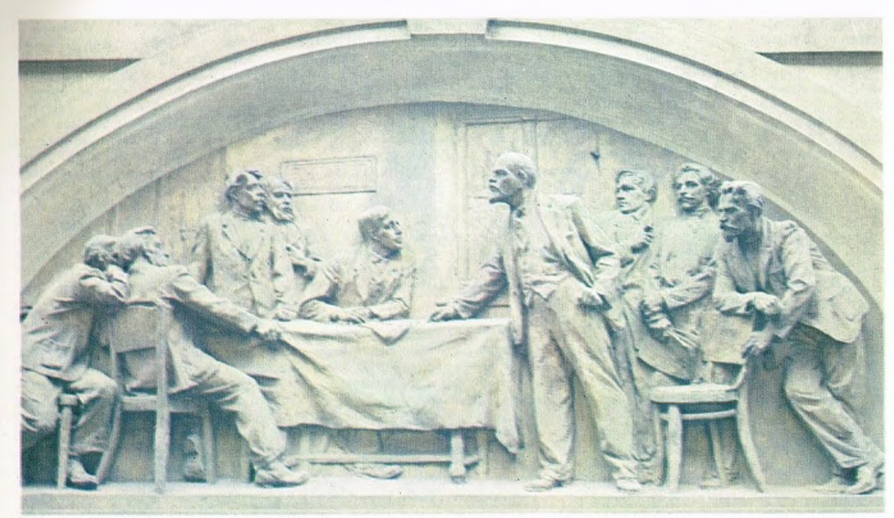
Hasta entonces la Internacional solamente se había ocupado de algunos limitados aspectos del problema de un conflicto internacional: había condenado el colonialismo, en cuanto éste implicaba brutalidad para con las poblaciones indígenas (aunque algunos delegados solían sostener que, en último término, la colonización redundaría en beneficio de tales poblaciones), y había condenado el militarismo cuando éste significaba los malos tratos o el adoctrinamiento de los reclutas por suboficiales de estilo prusiano (aunque también muchos socialistas admitían que los Estados habían de tener ejércitos para su propia defensa); lo que era nuevo, en una situación mundial marcada por una creciente inseguridad y violencia —la guerra de los Estados Unidos contra España en 1898, la guerra de los bóers de 1900, la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, y las crisis, cada vez más graves, de Marruecos y los Balcanes—, fue la aparición de un serio peligro de guerra entre los Estados más importantes del mundo.

En el congreso de la Internacional reunido en Stuttgart el año 1907, se discutió largamente sobre este problema y sobre las medidas que la clase obrera organizada internacionalmente había de tomar para evitar la guerra, y se aprobó una larga resolución que trataba de acomodar los diferentes puntos de vista: cada miembro de la Internacional apoyaba la condena de la lucha imperialista por la conquista de mercados, de los gastos y los peligros que acarreaba la carrera de armamentos, y del sistema capitalista, cuya abolición constituiría la única garantía de una paz duradera. Lo que provocó más fuertes controversias fue la cuestión acerca de la línea de acción que el movimiento socialista debía emprender realmente: por una parte, la resolución de Stuttgart contenía un extenso pasaje inspirado por el optimismo de Jaurès, en el sentido de que una presión concertada, «ejercida por el proletariado, podía causar como feliz resultado el desarme internacional mediante el empleo de tribunales de arbitraje en lugar de las lamentables maquinaciones de los Gobiernos»; con más pesimismo, la resolución, que se enfrentaba con una situación en que surgía una seria amenaza de guerra, invitaba a todos los movimientos obreros, «fortalecidos por la actividad unificadora del Buró Internacional, a hacer todo lo posible para evitar el estallido de la guerra usando todos los medios que les pareciesen efectivos» (con ello se aludía a una huelga general); y, en conclusión, reflejando las opiniones revolucionarias de la delegación rusa presidida por Lenin, el texto invitaba a todos los socialistas a estar dispuestos, si a pesar de todo estallaba la guerra, a servirse de la crisis resultante «para levantar al pueblo y acelerar de esta manera la abolición del dominio de la clase capitalista».

Esta resolución, con todas sus ambigüedades, fue ratificada por el congreso de la Internacional reunido en Copenhague en 1910, y constituyó la base para una impresionante manifestación de solidaridad internacional contra la guerra al reunirse un congreso especial en Basilea, a fines de 1912, cuando las guerras balcánicas amenazaban llegar a convertirse en una conflagración europea. Sin embargo, la verdadera prueba de lo que la resolución de Stuttgart significaba llegó en la crisis del verano de 1914; en septiembre de dicho año la Internacional había de celebrar su congreso en Viena, en una ocasión especial, puesto que se cumplían cincuenta años desde la fundación de la Primera Internacional y se celebraba el vigesimoquinto aniversario de la Segunda.

1914: guerra y hundimiento

El asesinato del archiduque de Austria el 28 de junio y la tensión entre Austria y Servia (respaldada por Rusia), que fue



Relieve checo moderno donde aparece representado Lenin en actitud de hablar al congreso del Partido Socialdemócrata Ruso.

aumentando a lo largo del mes de julio, no parecieron a los dirigentes del socialismo europeo acontecimientos que exigieran cambio alguno en los planes para el próximo congreso ni en la preparación de las vacaciones veraniegas que dispersarían por todas las regiones de Europa a tales líderes. Incluso el 29 de julio, cuando el Buró Socialista Internacional se reunió en Bruselas, convocó una impresionante reunión de masas, y adelantó la fecha del congreso al 9 de agosto para in- la presión que los dirigentes ...istas empezaban a ejercer sobre sus ...ropios Gobiernos, la situación parecía difícil pero superable mediante una cuidadosa acción diplomática apoyada por la opinión pública ilustrada. Solamente en las horas y días desesperados que siguieron a la movilización general rusa del 30 de julio Europa se percató de la gravedad de la crisis, y en estos pocos días la Internacional nada pudo hacer.

La precipitada marcha a París de uno de los dirigentes alemanes, Hermann Müller, para intentar —en vano— que los socialistas alemanes y franceses se pusieran de acuerdo y boicotearan los créditos de guerra que sus respectivos Gobiernos pidieran; las apasionadas demandas de Jaurès al Gobierno francés para que tratara de frenar a los rusos, hasta que el dirigente socialista cayó asesinado; las reuniones de masas en la mayoría de las capitales y grandes ciudades de Europa (en Londres, Keir Hardie y George Lansbury dirigieron la palabra a la mayor multitud que jamás se había reunido en Trafalgar Square); todo fue en vano. Los principales partidos socialistas de Europa encontraron buenas razones para apoyar a sus Gobiernos nacionales en el momento de la crisis: los franceses porque estaban luchando en una guerra defensiva contra Alemania; los alemanes porque si la Rusia zarista lograba invadir los territorios alemanes haría retroceder por muchos años toda esperanza de una revolución socialista; los británicos porque su Gobierno les persuadió para que no abandonaran a la pequeña y valerosa Bélgica. Solamente los minúsculos partidos socialistas de Servia y de Rusia mantuvieron las promesas contenidas en la resolución de Stuttgart y se mostraron intransigentes en la condena de la guerra que llevaban a cabo sus Gobiernos.

Las discusiones en torno a las causas que provocaron el hundimiento de la Segunda Internacional en 1914 han continuado desde entonces entre quienes sostienen, como Lenin, que lo ocurrido fue una traicionera defección de los dirigentes oportunistas, y que las masas socialistas, si se les hubiera dado la orden de hacerlo, habrían llevado a cabo la huelga general para evitar la guerra, y quienes mantienen que los trabajadores europeos tenían, en la mayoría de los casos, una conciencia nacional muy acusada y no cabía esperar en modo alguno que una huelga general contra la guerra tuviera éxito, lo cual significaba que los dirigentes socialistas que hubieran tratado de declararla habrían sido barridos por el fervor patriótico de las masas.

En cualquier caso, las tentativas realizadas a partir de 1914 para lograr la colaboración internacional entre los socialistas, marcadas por numerosos conflictos, ilusiones y contrariedades, no han vuelto a presenciar nada semejante a la tragedia de la Segunda Internacional, tan impresionante vista desde fuera como impotente vista desde dentro.

Roger Morgan

Imperialismo y nacionalismo

El nacionalismo asiático y africano ha sido un factor revolucionario en la política mundial a partir de 1945. Sus raíces se hallan en la reacción contra el imperialismo de fines del siglo XIX, reacción «destinada a convertirse en fanatismo» y a «manifestarse en el más salvaje furor».

En su forma moderna, el nacionalismo llegó a Asia y África tras las huellas del imperialismo europeo y como su natural respuesta. Las dos últimas décadas del siglo XIX fueron la época del «nuevo imperialismo». Se ha discutido mucho sobre su carácter y sobre los rasgos que lo diferenciaban del antiguo. J. A. Hobson, cuyo famoso libro, *El imperialismo,* fue publicado en 1902, veía el «nuevo imperialismo» como una lucha por encontrar oportunidades rentables para la inversión de capitales. Sus puntos de vista fueron posteriormente estudiados y desarrollados por Lenin. Aunque la mayoría de los historiadores occidentales ha rechazado el análisis leninista, éste ejerció una poderosa influencia sobre los dirigentes nacionalistas de los países conquistados o amenazados por Occidente. Para ellos, el «nue-



En China, la réplica nacionalista a las presiones del imperialismo fue fortalecer el Estado adoptando métodos y tecnología europeos. Aquí vemos a generales chinos con uniformes de tipo europeo, junto con algunos consejeros militares extranjeros que estaban reorganizando el Ejército chino.

vo imperialismo» significaba sobre todo la explotación de las zonas económicamente atrasadas por las naciones industriales avanzadas. Esta explotación podía desembocar en la conquista y anexión sin rodeos, como en África, o en la dominación económica, como en América Latina; en cualquier caso, significaba la sujeción a intereses extranjeros.

Esta definición de las motivaciones del «nuevo imperialismo» puede parecer tosca, pero los hechos le daban la razón, por lo menos en apariencia. No existía en la historia nada comparable al ritmo y la extensión de las conquistas europeas que empezaron con la ocupación francesa de Túnez en 1881 y la ocupación inglesa de Egipto en 1882. En veinte años, una quinta parte de la superficie terrestre y una décima parte de sus habitantes habían sido anexionados a los imperios coloniales de los conquistadores europeos. En 1876, sólo una décima parte de África estaba bajo dominio europeo; en 1900, como señaló Lenin, «se habían ocupado nueve décimas partes de África». Y el avance en Asia no fue menos asombroso. En los veinte años que siguieron a 1864 Rusia creó en Asia central «el más compacto imperio colonial del mundo». En 1883 los franceses iniciaron el asalto a los Estados vasallos de China y, cuando el siglo XIX se acercaba a su fin, el gran Imperio Chino parecía estar a punto de ser repartido entre las potencias europeas.

La dinámica de la expansión imperial

Desde nuestro punto de vista actual, es fácil advertir que «los flamantes imperios guisados a toda prisa» habían de resultar inestables, y que la agresión europea había de producir una reacción. Pero en 1900 no prevalecía esta opinión. Siempre hubo, naturalmente, unos pocos europeos, atentos a la situación en que se hallaban el Próximo y Extremo Oriente, que preveían un «movimiento antieuropeo... destinado a convertirse en fanatismo», una reacción que «se manifestaría en el más salvaje furor». Pero, en su mayor parte, los europeos confiaban ciegamente en la superioridad de su civilización y de su raza. Todos los países de Europa occidental —tanto Holanda y Bélgica como Alemania, Francia y Gran Bretaña— se dejaron arrastrar por la dinámica de la expansión imperial, y, en 1898, los Estados Unidos, después de derrotar a España, se unieron también al grupo, anexionándose las Filipinas y estableciendo un protectorado en Cuba. «Las grandes naciones están absorbiendo rápidamente... todos los lugares de la tierra —escribía en 1895 Henry Cabot Lodge—; puesto que los Estados Unidos son una de las grandes naciones del mundo, no deben quedarse atrás.»

Ningún acontecimiento contribuyó tanto a determinar el curso de la historia del siglo XX como la revuelta contra ese imperialismo que había alcanzado su punto culminante a fines del siglo XIX, cuyo impacto fue mayor por el hecho de ser inesperada. A principios del siglo XX, la hegemonía mundial de Europa parecía inatacable. Estaba basada en una indiscutible superioridad industrial, tecnológica y militar que ninguno de los pueblos de Asia o de África podía desafiar. Ello no significa que éstos no opusieran resistencia a la expansión europea. Los franceses tuvieron que hacer frente a una prolongada guerra con los senussi después de haber ocupado Túnez en 1881. Las fuerzas expedicionarias italianas, que intentaron internarse en Etiopía partiendo de Eritrea, fueron derrotadas por los etíopes en 1887 y en 1896, y los británicos sufrieron repetidos reveses en el Sudán, el más famoso de los cuales fue el exterminio, en 1885, de la guarnición de Khartum mandada por el general Gordon. En África del Sudoeste, en 1904, los hereros, en una insurrección masiva, ofrecieron una obstinada resistencia a la dominación alemana, y los británicos tuvieron que hacer frente a una resistencia similar por parte de los ashantis, los matabeles, los zulúes y otras tribus africanas; y cuando los Estados Unidos ocuparon Filipinas en 1898, las fuerzas nacionalistas a las órdenes de Aguinaldo ofrecieron una decidida resistencia hasta 1902.

Se acostumbra a subestimar la fuerza y la extensión de tales posturas de resistencia. No hay duda de que expresaban un auténtico, aunque primitivo, sentimiento nacional. Pero este nacionalismo, si bien espontáneo y profundamente sentido, raras veces condujo a algo más que a una explosión negativa de resentimiento y desesperación, que no constituyó un verdadero peligro para la supremacía europea. En el Sudán, las fuerzas de Mahdi pudieron aniquilar las expediciones de Hicks y Gordon, pero cuando Kitchener, en 1898, planeó una campaña organizada para someter el país, fueron incapaces de resistir. En la batalla decisiva de Omdurmán perecieron 11.000 sudaneses, mientras que las tropas de Kitchener sólo tuvieron 500 bajas. El fanatismo no bastaba para enfrentarse a los armamentos modernos; la tentativa de arrojar a los odiados europeos por la fuerza no tenía posibilidad alguna de éxito. Los incipientes movimientos nacionalistas de Asia y África sólo consiguieron prosperar cuando, tomando una nueva orientación, miraron hacia el futuro en lugar de tratar de restaurar el pasado.

El nacimiento del nacionalismo

La reacción nacionalista comenzó a afirmarse positivamente en los países con una fuerte tradición de civilización autóctona: eran éstos los países que habían mantenido un prolongado contacto con Occidente y en los cuales la influencia occidental había debilitado el antiguo orden de cosas. Éste era el caso de Turquía, Egipto y Persia, de China y de la India. Todos estos países se habían visto obligados, en la primera mitad del siglo XIX, a abrir sus puertas al comercio occidental. En otras partes, particularmente en el África tropical, que no cayó bajo el dominio europeo hasta la última fase de la expansión imperialista, después de 1884, la interferencia europea no fue lo suficientemente acusada como para producir una respuesta nacionalista positiva.

A comienzos del siglo XX existían ya movimientos nacionalistas, o «protonacionalistas», en Egipto, Turquía, China y la India. En Egipto, la resistencia nacional se inició con la rebelión de Arabi Pachá, que siguió a la ocupación inglesa en 1882. En la India, la fundación del Congreso Nacional Indio en 1885 abrió el camino a la agitación nacionalista, que empezó a manifestarse en 1905. En Turquía, fue la desmembración del Imperio Otomano por las potencias europeas, en el Congreso de Berlín de 1878, lo que puso en actividad al movimiento patriótico de los Jóvenes Turcos, que en 1908 había de provocar una revolución. En China, entre 1860 y 1880, se hallaba bastante difundido un movimiento que abogaba por el robustecimiento del país mediante la adopción de la tecnología europea; pero fue la catastrófica derrota en la guerra de 1894-1895 contra el Japón lo que provocó una nueva e intensa reacción nacionalista. El Japón fue el primer país asiático que llevó a cabo con éxito una política de resistencia mediante su adaptación y modernización; su ejemplo constituyó un poderoso es-

Derecha: **grabado patriótico japonés alusivo a un ataque en el curso de la guerra ruso-japonesa. La sorprendente y decisiva victoria del Japón dio un poderoso impulso al nacionalismo asiático. El Oriente, por primera vez, se había impuesto al Occidente.**



tímulo para el nacionalismo en otras partes. En 1899 los japoneses se habían librado de los tratados injustos que les habían sido impuestos, y habían extendido su jurisdicción sobre todos los extranjeros en territorio japonés.

Dos acontecimientos externos proporcionaron un decisivo estímulo al nacionalismo antioccidental a comienzos del siglo XX. El primero fue la guerra de los bóers (1899-1902). A pesar de tratarse de un enfrentamiento entre dos pueblos blancos, constituyó el primer revés de una potencia imperialista, y la heroica resistencia de la pequeña comunidad holandesa, o *afrikaner,* afianzó en otros pueblos amenazados por Occidente la creencia de que el imperialismo podía ser vencido. El segundo y más importante acontecimiento fue la victoria del Japón en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, junto con la revolución rusa de 1905, que, por lo menos en parte, fue resultado de esta guerra. Estos acontecimientos tuvieron un efecto electrizante en toda Asia, llegando incluso a crear, en el lejano Vietnam, una ola de inquietud que culminó en la conspiración de Chieu de 1906. Fue, no obstante, en los países fronterizos con Rusia —en China, Turquía y Persia— donde se acusó mayormente el impacto. Sun Yat-sen, el dirigente nacionalista chino, recordó más tarde que los nacionalistas de su país «consideraron la derrota infligida a Rusia por el Japón como la derrota de Occidente por Oriente; nosotros consideramos como propia la victoria japonesa».

Una carta de un observador inglés que visitó Persia en el otoño de 1906 nos da tal vez el más claro ejemplo de las consecuencias de los acontecimientos de 1905. «Me parece —escribió— que se va a operar un cambio en Oriente. La victoria del Japón... ha tenido una notable influencia... Además, la revolución rusa ha producido aquí un efecto asombroso. Se han seguido con gran atención los acontecimientos ocurridos en Rusia, y un nuevo espíritu parece haberse adueñado del pueblo. La gente está cansada de sus gobernantes y, a ejemplo de Rusia, ha llegado a pensar que es posible introducir una forma de gobierno diferente y mejor...»

«Al parecer... Oriente está despertando de su sueño. En China hay un marcado movimiento contra los extranjeros, y va ganando adeptos el ideal de "China para los chinos". En Persia, debido a su proximidad a Rusia, el despertar parece tomar el aspecto de un movimiento de reforma democrática. En Egipto y toda el Africa septentrional se acusa un notable incremento del fanatismo, al que se une el movimiento panislámico, cada día más difundido. La simultaneidad de estos síntomas de inquietud es demasiado evidente para atribuirla a una mera coincidencia. ¿Quién sabe? Acaso el Oriente está despertando de su sueño secular, y nosotros vamos a ser testigos del levantamiento de estos millones de seres que han sufrido pacientemente la explotación de un Occidente sin escrúpulos.»

Este análisis resultó profético. En los años siguientes tuvo lugar una serie de revoluciones en todo el continente asiático, desde el Imperio Otomano en el oeste hasta el Imperio Chino en el este. En Persia, una serie de huelgas y motines obligó al Cha a convocar, en julio de 1906, una

1



2



3



1 «Le dieron en el ojo» al rey de Italia Humberto I. La derrota italiana en Etiopía fue una de las pocas ocasiones en que un pueblo africano detuvo el avance imperialista de un Estado europeo. *2* En 1906 una revolución dio a Persia una Constitución liberal. Estos revolucionarios ayudaron a resistir a los intentos que llevó a cabo Mohamed Alí para derogar la Constitución. *3* Tilak, dirigente nacionalista indio. Se aseguró un apoyo popular que no tenían los dirigentes moderados.

Asamblea Nacional, el *Majlis*, que redactó una Constitución liberal. Cuando su sucesor, Mohamed Alí, intentó suprimir la Constitución, fue depuesto (1909). Entretanto, en Turquía un movimiento similar condujo a la deposición del sultán Abdul Hamid; y en 1911, un movimiento revolucionario chino derribó a la dinastía manchú que gobernaba desde 1644.

Ninguna de estas revoluciones alcanzó un éxito duradero. En China, el poder pasó a manos de un antiguo funcionario imperial, Yüan Shih-k'ai, que en 1913 derrotó al Partido Nacionalista (Kuomintang) y con sus intrigas llegó a nombrarse emperador a sí mismo. En Persia, la intervención conjunta anglorrusa dio por resultado, en 1911, la restauración de Mohamed Alí y la supresión del *Majlis*. En Turquía, las tentativas de los reformistas para modernizar el Imperio chocaron con la resistencia de los pueblos sometidos, aun cuando tuvieron la virtud de marcar una nueva etapa en el desarrollo de los movimientos nacionalistas: a saber, la comprobación de que los primeros pasos a dar para llegar a una situación de igualdad con Occidente consistían en deshacerse de instituciones arcaicas y de dinastías decadentes y semifeudales. Incluso los conservadores se daban cuenta de que la reforma era necesaria, especialmente la reforma constitucional. «Cuando el poder... procede de una sola persona, es débil; cuando procede de millones de personas, es fuerte», escribió el reformista chino Wang Kang-nien.

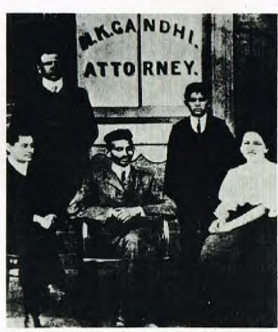
La India y Egipto

La situación de la India, directamente sometida al Gobierno imperial británico, era muy diferente de la de Turquía, China o Persia. A comienzos del siglo XX los indios cultos estaban profundamente divididos en cuanto a la actitud que debían adoptar respecto de la dominación inglesa. Por un lado actuaba el moderado Partido del Congreso dirigido por Gokhale (1866-1915), que deseaba obtener de los ingleses un autogobierno dentro del Imperio Británico, a la manera del Canadá, a base de respetar las convenciones constitucionales y mostrar que los indios eran ciudadanos responsables. Por otro lado había los extremistas a las órdenes de Tilak (1856-1920), quienes sostenían que el dominio inglés sobre la India sólo podía aminorarse mediante el empleo de la agitación y la violencia. Pero la diferencia entre los dos grupos no era sólo táctica. Gokhale y sus seguidores creían que lo primero que necesitaba la India era una profunda reforma social al estilo occidental. Tilak rechazaba la «simiesca imitación de ideales extranjeros» y veía la salvación de la India en un hinduismo rejuvenecido.

Con la aparición de Tilak, el nacionalismo indio entró en una nueva fase. Encarcelado en 1897 por haber incitado al asesinato de dos funcionarios británicos, Tilak dominó la escena en los diez años siguientes. Como más tarde escribió Nehru, «su dinámica personalidad... cambió el aspecto de la política india».

Cinco factores contribuyeron a la ascensión de Tilak: el desengaño ante la debilidad de la dirección del Partido del Congreso, el renacimiento del hinduismo gracias a los esfuerzos de Vivekananda y de otros reformadores religiosos, la pérdida de prestigio que sufrieron los ingleses en la guerra de los bóers, el ejemplo de Rusia, que estimulaba la violencia revolucionaria, y la política de lord Curzon como virrey, entre 1899 y 1905. Tilak comunicó a la causa nacionalista el fuego del fanatismo religioso y así se aseguró un apoyo popular del que habían carecido los dirigentes moderados. Curzon avivó el fuego utilizando una serie de medidas inoportunas impuestas desde arriba sin tener en cuenta la opinión india. La más importante fue la decisión, tomada en 1905, de dividir Bengala. Aunque emprendida por razones administrativas, chocó con la resistencia de los nacionalistas de todas las tendencias y fue explotada directamente por Tilak y los extremistas, que desencadenaron una campaña de terrorismo que duró hasta 1909.

Por aquella época el terrorismo comenzó a declinar. Tilak había sido encarcelado en 1908 y no se le devolvió la libertad hasta 1914, y cuando Nehru regresó a la India desde Cambridge, en 1912, encontró el país sumido en la «apatía» y «políticamente muy apagado». Sin embargo, el año 1905 marcó un decisivo avivamiento de la conciencia nacional india. «A partir de entonces —dice Nirah Chaudhuri en su *Autobiografía*— consideramos el Gobierno... como un organismo de opresión y usurpación.» Las tímidas reformas introducidas por el nuevo gobierno liberal de Londres —las llamadas reformas Morley-Minto de 1909— solamente produjeron nuevos desengaños. Cuando en 1911 se revocó la decisión de dividir Bengala, se consideró esta medida como una concesión arrancada al Gobierno por la violencia y la presión. Sin embargo, el movimiento nacionalista indio todavía se hallaba en su infancia. Nehru, aunque partidario de Tilak, reconoció que el «renacimiento nacional» de 1907 era «decididamente reaccionario». Por otra parte, los moderados agrupados en torno a Gokhale «eran un puñado de personas de la clase alta, sin contacto con las masas». Todavía no existía una idea nacional claramente formada, como tampoco un frente común. Esto solamente se alcanzaría durante la Primera Guerra Mundial y después de la vuelta de Gandhi a la India desde Sudáfrica, en 1915. Fue Gandhi quien proporcionó una dirección unificada y, en 1920, lanzó a la India a una «época de política de masas».



Gandhi, futuro dirigente nacionalista indio. Era entonces procurador en Sudáfrica.

En Egipto, los primeros impulsos nacionalistas habían tenido un carácter antiotomano. A partir de 1882, la ocupación inglesa creó un nuevo foco de agitación nacionalista. Teóricamente, la ocupación británica era temporal, y hasta 1890 pareció haber perspectivas de que los ingleses abandonarían el país. Pero a partir de 1904, cuando Gran Bretaña y Francia llegaron a un acuerdo sobre el reparto de intereses en África del Norte, aumentó el convencimiento de que los ingleses no tenían intención alguna de marcharse. Lo que agravó la situación fue uno de esos incidentes típicos del dominio colonial: la llamada tragedia de Denshawai, en 1906; un altercado entre oficiales ingleses y campesinos egipcios, seguido de sentencias de una severidad exagerada. El incidente de Denshawai tuvo en Egipto el mismo efecto que el famoso incidente de Amritsar tendría, en 1919, en la India. Marcó, como más tarde escribiría lord Lloyd, «el principio de un nuevo capítulo en la historia de Egipto», y proporcionó a la causa nacionalista unos mártires y un grito de combate.

«Flamantes imperios guisados a toda prisa»

África

Italia
35.239.000
1.198.000
1.531.285

Alemania
64.926.000
11.428.000
2.412.481

Portugal
5.959.000
8.244.000
2.056.408

España
19.589.000
236.000
222.258

Francia
39.602.000
34.491.000
7.346.713

Bélgica
7.571.000
15.000.000
2.356.003

Gran Bretaña
46.036.000
37.990.000
5.530.030

Abajo: la colonización de África; a los veinte años de la ocupación francesa de Túnez, en 1881, la mayor parte del continente se hallaba bajo dominio europeo.

Arriba, izquierda y derecha: superficies de los imperios junto con sus respectivas poblaciones metropolitana y colonial; cada figura representa dos millones de habitantes.

Población de la metrópoli
Población del imperio
Superficie del imperio, en kilómetros cuadrados

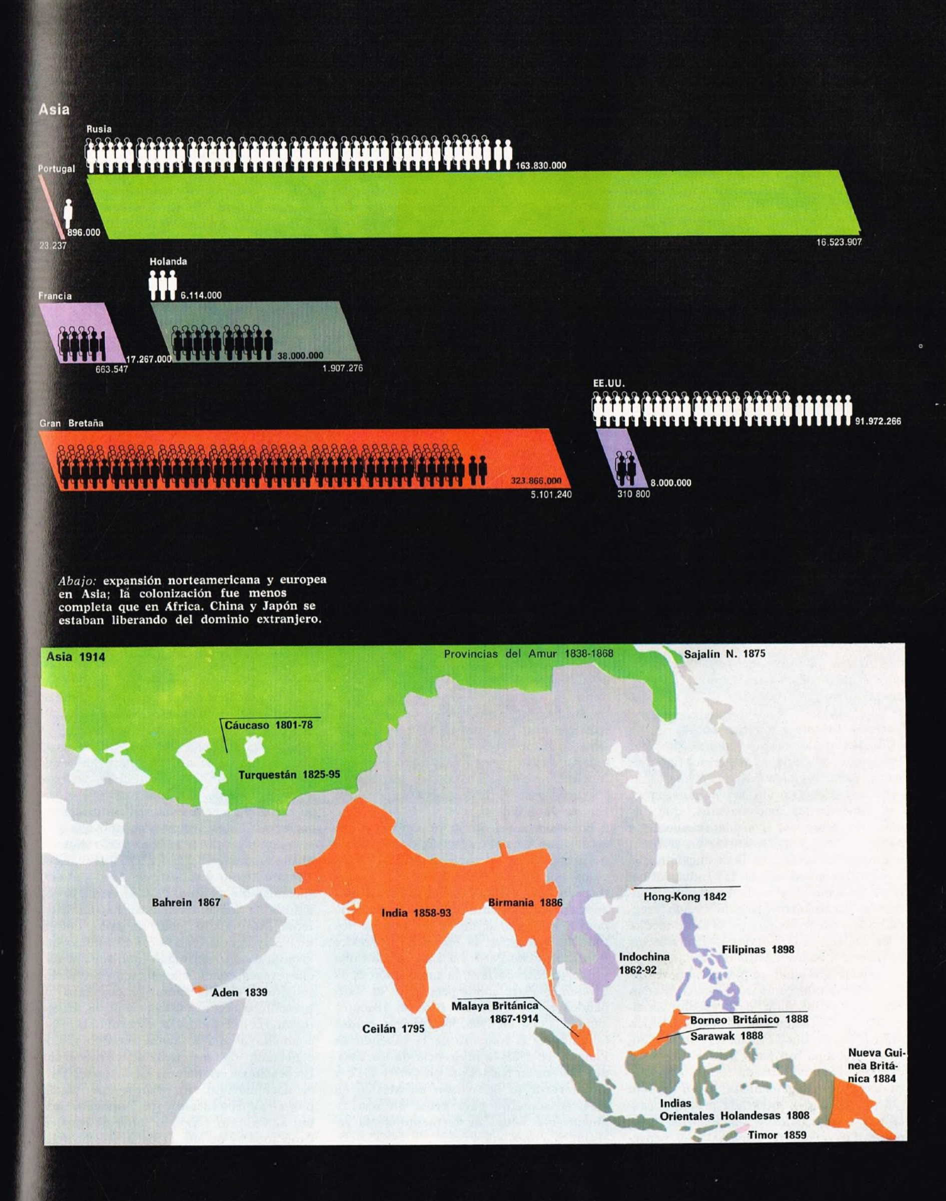
1830
1880
1891

inglés
portugués
alemán
francés
español
belga
italiano
ruso
holandés
norteamericano
independiente

África 1914

Argelia 1830
Marruecos 1912
Marruecos 1911
Ifni 1860
Río de Oro 1885
África Occidental Francesa 1909
Gambia 1816
Guinea 1866
Sierra Leona 1737
Liberia, independiente 1847
Costa de Marfil 1893
Costa de Oro 1874
Togo 1884
Nigeria 1885-1900
Guinea 1842
Camerún 1884
Congo Francés 1885
Congo Belga 1908
Angola 1576
Nyasalandia 1891
Rodesia 1899
Walbis Bay 1878
África Alemana del Sudoeste 1884
Bechuanalandia 1885

Túnez 1881
Trípoli 1912
Egipto 1914
Sudán Anglo-egipcio 1889
Somalia Francesa 1802
Somalia Británica 1884
Eritrea 1890
Somalia Italiana 1889
Abisinia, independiente
África Or. Brit. 1895
Zanzíbar 1890
África Oriental Alemana 1890
Madagascar 1642
África Oriental Portuguesa 1506
Transvaal 1902
Natal 1903
Estado Libre de Orange 1902
Colonia del Cabo 1814



Abajo: expansión norteamericana y europea en Asia; la colonización fue menos completa que en Africa. China y Japón se estaban liberando del dominio extranjero.

La consecuencia de estos hechos pudo apreciarse en 1907. El nacionalismo egipcio se había basado hasta entonces en los partidarios de un renacimiento musulmán —especialmente de la universidad islámica de El Azhar, en El Cairo— que se oponían a los ingleses no por extranjeros, sino por «infieles». Su nacionalismo era panislámico más bien que egipcio, y procuraba mantener el orden tradicional. Pero en 1907 los antiguos grupos nacionalistas dirigidos por Mustafá Kamil fueron arrinconados por un nuevo partido nacionalista, *Hizb al-Umma*, «el Partido del Pueblo», que, como su nombre indicaba, se proponía obtener el apoyo popular y tenía un programa de modernización y reforma social. Su jefe era Saad Zaghlul, que más tarde se haría famoso como fundador del *Wafd*, el vehículo principal del nacionalismo egipcio de la posguerra. Saad, que había sido ministro de Educación de lord Cromer, no era antibritánico en esta época; por el contrario, creía que era necesaria la cooperación para llevar a cabo las reformas que permitirían a Egipto desempeñar un papel independiente en el mundo moderno. Pero cambió de actitud cuando Gran Bretaña proclamó en 1914 su protectorado sobre Egipto: la proclamación del protectorado británico unió a los diferentes grupos de oposición egipcios, y fue el punto de partida para el nuevo nacionalismo de Zaghlul después de la guerra.

Extremo Oriente y América Latina

En las zonas de Asia dominadas por Francia y Holanda el progreso fue más lento, pero también allí la primera década del siglo XX vio los comienzos de los movimientos nacionalistas, que habían de progresar considerablemente a partir de 1919. Pero, mientras en la India y Egipto las tentativas iban encaminadas a movilizar las masas, en las Indias Orientales Holandesas y en la Indochina Francesa el nacionalismo seguía siendo esencialmente un fenómeno de la clase media.

En las Indias Orientales Holandesas los primeros indicios de un despertar de la conciencia nacional se hicieron patentes en 1900, cuando comenzó a actuar Raden Adjeng Kartini, hija del regente Kartini. En colaboración con el doctor Waiden Sudira Usada, oficial médico retirado, lanzó en 1906 una campaña para el progreso de Java, y en 1908 Usada fundó la primera asociación nacionalista, *Budi Utoma* («Alto Empeño»), integrada principalmente por intelectuales y funcionarios javaneses. Los primeros nacionalistas pensaban ante todo en extender la educación occidental como medio de salvación. Pero en 1911 se fundó una nueva asociación de carácter muy diferente: *Sarekat Islam*, en parte expresión de un renacimiento islámico y una protesta anticristiana y, en parte, movimiento de resistencia a los comerciantes chinos establecidos en Indonesia. En su primer congreso (1913), su jefe, Tjokro Aminoto, afirmó que *Sarekat Islam* no estaba dirigido contra el Gobierno holandés. Pero pronto resultó que «el Islam era el lazo y símbolo de acción común contra otras nacionalidades», y en 1917 el *Sarekat Islam* se había convertido en un movimiento de masas, que pedía la independencia y amenazaba, en caso de negativa, con recurrir a métodos violentos.

No hay duda alguna de que los pequeños grupos educados del sudeste asiático, resentidos por la situación social inferior que se les otorgaba bajo la dominación occidental, resultaron fuertemente influidos por la ascensión creciente del nacionalismo en todo el mundo: la rebelión de los bóxers en China, la resistencia filipina a España y a los Estados Unidos, el ejemplo de Tilak en la India y, sobre todo, el ascenso del Japón. En la Indochina Francesa (Vietnam) los Jóvenes Anamitas siguieron los pasos de reformistas chinos tales como Kang Yu-wei, que propugnaba el estudio de la cultura occidental, y la universidad de Hanoi, fundada en 1907, se convirtió en un centro de nacionalismo vietnamita. Pero la clausura de la universidad y el arresto domiciliario de los sospechosos logró frenar el movimiento nacionalista, que no recobró fuerzas hasta el término de la Primera Guerra Mundial.

En América del Sur y del Centro, el nacionalismo estaba reducido a un pequeño grupo de intelectuales y literatos, movidos por la dependencia de sus países respecto del capital extranjero (en esta época principalmente inglés), y sobre todo por la agresividad de la política de los Estados Unidos en la época de Theodore Roosevelt (1901-1909). La anexión de Cuba y Puerto Rico en 1899, la imposición de la enmienda Platt como precio de la independencia de Cuba en 1902, la reocupación de Cuba en 1906, las intrigas contra Colombia y el fomento de la rebelión de Panamá en 1903, la injerencia de los Estados Unidos en Nicaragua en 1909 y 1912, y la intervención de Wilson en México en 1914, se sumaron para crear un resentimiento que actuó de fermento de la reacción nacionalista.

El objetivo de esta reacción era fomentar un sentimiento de unidad espiritual de América Latina contra la injerencia del mundo exterior —especialmente contra el materialismo de los Estados Unidos—. El movimiento estaba dirigido principalmente por literatos, como el puertorriqueño Eugenio María de Hostos y el uruguayo José Enrique Rodó, autor de *Ariel*, publicado en 1900, que influyó en los estudiantes universitarios de la generación siguiente. Pero, al margen de los círculos literarios y universitarios, la protesta nacionalista tenía escaso impacto. En los Estados de la América Latina el nacionalismo ejercía escasa atracción sobre las clases medias mercantiles, que obtenían provecho de la afluencia de capital extranjero, y absolutamente ninguna sobre la población india, negra y mestiza. De ahí que el movimiento careciera de un apoyo popular efectivo.

Una respuesta vacilante e incoherente

El examen de lo que fue la respuesta nacionalista al desafío occidental en los primeros años del siglo XX muestra que era todavía vacilante e incoherente. Oprimidos por la superioridad de Occidente, los grupos nacionalistas apenas habían superado la fase de formación de una conciencia y el rasgo más distintivo del período fue la incertidumbre en cuanto a lo que debería ser la réplica apropiada a la amenaza occidental. Mientras unos creían que el primer requisito era una reforma interna que permitiera hacer frente al desafío occidental en plan de igualdad, los otros, o sea los llamados «indigenistas culturales», argumentaban que el único camino para derrotar a Occidente era fortalecer los valores culturales autóctonos. Estos últimos se apoyaban en su mayor parte en la tradición religiosa: el hinduismo en la India, el islamismo en Oriente Medio y sudeste de Asia y el confucianismo en China. Pero el elemento religioso de los movimientos nacionalistas tenía dos filos: si, por un lado, ejercía una mayor atracción sobre el pueblo que la política de reformas —que topaba muchas veces con los arraigados prejuicios religiosos de las masas—, por otro representaba una mirada hacia atrás, un elemento conservador y oscurantista, que conducía a una ardiente xenofobia, desconectada de las realidades modernas. En ocasiones era incluso un obstáculo para el nacionalismo. En Egipto, por ejemplo, el panislamismo (que implicaba lealtad al Califato y por lo tanto al Imperio Otomano) se oponía al panarabismo (que



Propaganda antioccidental aparecida en la época de la rebelión de los bóxers: un tribunal chino dicta sentencia contra los odiados europeos. Se trata de una situación que en realidad nunca se presentó, pero que indudablemente millones de chinos habrían visto y celebrado con el mayor regocijo.

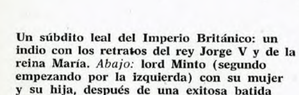
era hostil al Gobierno turco u otomano), y ambos se hallaban en conflicto con el sentimiento más específico de una nacionalidad egipcia. En la India, el renacimiento hindú alentó, por reacción, un renacimiento musulmán, que condujo a la fundación de la Liga Musulmana en 1906. En China, el intento de copiar a Occidente y conservar sin embargo los valores confucianos contribuyó al desengaño de 1911.

Éstas no fueron las únicas contradicciones que se presentaban. El nacionalismo se asentaba en las minoritarias clases medias, educadas y ricas, que estaban resentidas por la dominación extranjera. Se proponían ante todo, con las reformas propugnadas, que se les concediera una mayor participación en el Gobierno, en las profesiones y en los negocios. Raras veces eran tenidos en cuenta los intereses de las masas campesinas que formaban el grueso de la población. Los reformistas de clase media trataban sobre todo de evitar el problema central de la reforma agraria. Y, sin embargo, esta reforma era lo único que podía haber captado al *ryot* (campesino) indio o al *fellah* egipcio para la causa nacionalista. En China, la cuestión de la redistribución de la tierra figuraba en el programa de 1905 del jefe nacionalista Sun Yat-sen, pero solamente en unos términos vagos, y en esta época no desempeñó papel alguno en su política. Nehru describió a Tilak como «un gran dirigente de masas»; pero hay escasos elementos para apoyar tal juicio. Tilak, ciertamente, vio la importancia que tenía conseguir la adhesión de las masas al movimiento nacionalista; pero ya antes de 1914 hubo otros que compartieron la misma opinión. En realidad, hasta 1917, el año en que la Revolución Rusa dio nuevos impulsos a la revuelta nacionalista, no resultó posible dar un decisivo paso hacia adelante. El comunismo combinó las reivindicaciones sociales y nacionales, hasta entonces separadas, y condujo así al nacionalismo del mundo no europeo por nuevos derroteros.

Geoffrey Barraclough

El despertar del nacionalismo hindú

Cinco mil funcionarios ingleses gobernaban a 300 millones de indios. Luchaban, en ocasiones incluso con heroísmo, contra los inmensos problemas del subcontinente: la miseria, las epidemias y el hambre, que causaban la muerte de millones de hombres. Pero no pudieron detener el avance del nacionalismo.



Un súbdito leal del Imperio Británico: un indio con los retratos del rey Jorge V y de la reina María. ***Abajo:*** **lord Minto (segundo empezando por la izquierda) con su mujer y su hija, después de una exitosa batida de caza mayor.**





Los ingleses gobernaron la India sólo un tercio del tiempo que Britania fue dominada por los romanos, y, sin embargo, dejaron honda huella en la vida del país, empujándolo inexorablemente hacia la órbita del mundo occidental. El período de dominio directo inglés duró solamente noventa años. Debido a su reducida duración, destacan y presiden este período dos hechos dramáticos. El primero fue el alzamiento indio de 1857, el de los cipayos; los ingleses reaccionaron enérgicamente contra una revuelta militar y decidieron imponer el gobierno directo desde Londres. Antes de este momento, los comerciantes y oficiales de la Compañía de la India Oriental habían controlado por entero el comercio y la política indias. El segundo momento dramático se dio noventa años después, cuando el movimiento favorable a la independencia alcanzó su punto culminante de violencia y anarquía, motivando que los ingleses se retiraran del subcontinente. Pero la historia de la India británica es algo más que la historia de estos dos hechos. Hubo durante estos noventa años muchas realizaciones importantes que contrastan con una serie de imperfecciones y fracasos.

En 1900, el dominio imperial inglés sobre la India había llegado a la mitad de su curso. En esta fecha había pocos indios y casi ningún inglés que pudiesen predecir que medio siglo más tarde ya no existiría tal dominio. En 1900, la India era la posesión más extensa del Imperio Británico, y, sin embargo, sólo unos 5.000 funcionarios ingleses estaban encargados del bienestar de casi 300 millones de indios, de vigilar sus fronteras, gobernar su territorio e iniciarlos en las técnicas de las revoluciones comercial e industrial del siglo XIX.

De la vacunación a la educación

En casi todas las demás colonias del mundo, los ingleses y las demás potencias imperialistas se enfrentaban al caos. Los soldados, los misioneros y los administradores de cinco imperios estaban luchando, en la mayoría de casos en vano, contra la hostilidad de las poblaciones indígenas y los estragos de las enfermedades tropicales. Francia, Portugal, Alemania, Italia y, a partir de 1898, los Estados Unidos, estaban empeñados en una costosa batalla que no les reportaba casi ningún beneficio. Este pesimismo no parecía justificado en la India. Los gobernantes se sentían muy confiados, y los grandes puertos que habían construido —Bombay, Madrás, Calcuta— se habían convertido en otros tantos emporios comerciales. La *Great Trunk Road* (Gran Carretera Principal) y la red ferroviaria más extensa del mundo proporcionaban a los funcionarios, a los comerciantes ingleses y a los nativos unos medios de transporte de gran categoría.

Los ingleses consideraban indestructible el gobierno que habían establecido en la India. No podían imaginarse que los propios indios buscarían la manera de terminar con el dominio extranjero. Sir John Strachey escribió: «No podemos prever que llegue un momento en que el fin de nuestro gobierno no signifique la anarquía y la ruina universales»; y continuó: «Está claro que el único deseo de la India es que prosiga el fuerte pero benévolo gobierno de los ingleses.» En 1900, la India era casi la única colonia que permanecía tranquila. La época de la conquista había terminado cincuenta años antes y aunque el número de funcionarios británicos era pequeño, éstos extendían su actuación por todo el subcontinente. Las grandes ciudades de la India, gracias a un modo de vida y organización al estilo europeo, parecían tan familiares como Birmingham o Manchester. La soberanía británica creó una eficaz organización municipal en estas ciudades y logró la pacificación de la frontera noroccidental, cuyos pueblos, a lo largo de los siglos, habían sido escenario de sangrientas luchas.

Jóvenes administradores civiles, recién graduados en Oxford o Cambridge, impusieron la seguridad y la justicia a remotos pueblos que en otros tiempos habían sufrido la conquista musulmana o la opresión hindú. Los impuestos se recaudaban con eficacia y sin violencia. John Beames, uno de estos jóvenes funcionarios, ha dejado una breve relación de sus deberes, que abarcaban desde la «vacu-

nación hasta la educación, desde la lucha contra el hambre hasta el aprovisionamiento de las mantas de los reclusos, desde la elaboración de un censo hasta el aprovisionamiento de un ejército en marcha».

«La gloria del Imperio»

En la jerarquía oficial, el joven jefe de distrito estaba en el último lugar del escalafón y era el más relacionado con el pueblo indio. Muy pocos *ryots* (campesinos indios) veían a ningún funcionario superior; para ellos, el oficial de distrito era la encarnación de la soberanía británica. A través de él pagaban sus impuestos o solicitaban una moratoria; a él planteaban sus problemas acerca de la propiedad de la tierra o de sus necesidades agrícolas. El oficial hacía lo posible para responder a sus preguntas, y aprendió a conocer a los indios trabajando con ellos. Estos oficiales de distrito fueron llamados «la gloria del Imperio».

Aunque cada una de las siete provincias de la India situadas bajo el dominio inglés tenía sus propias reglas y leyes para la administración local, a menudo el oficial de distrito había de actuar por propia iniciativa. En una situación de emergencia, como en el caso de inundaciones o de escasez de víveres, cargaba con toda la responsabilidad de sus decisiones. Su trabajo estaba controlado por el gobierno provincial bajo el cual servía. Cada una de las siete provincias tenía su jefe administrativo: un gobernador en Bombay y Madrás, y un subgobernador en las otras. Estos altos oficiales presidían una serie de departamentos responsables de las finanzas, la administración, la ley y el orden. Cada provincia tenía sus propios y tradicionales métodos de administración. Bombay solía adoptar una actitud de dureza respecto del campesinado, mientras que, por el contrario, en el Penjab había más interés por el problema de la pobreza de los campesinos.

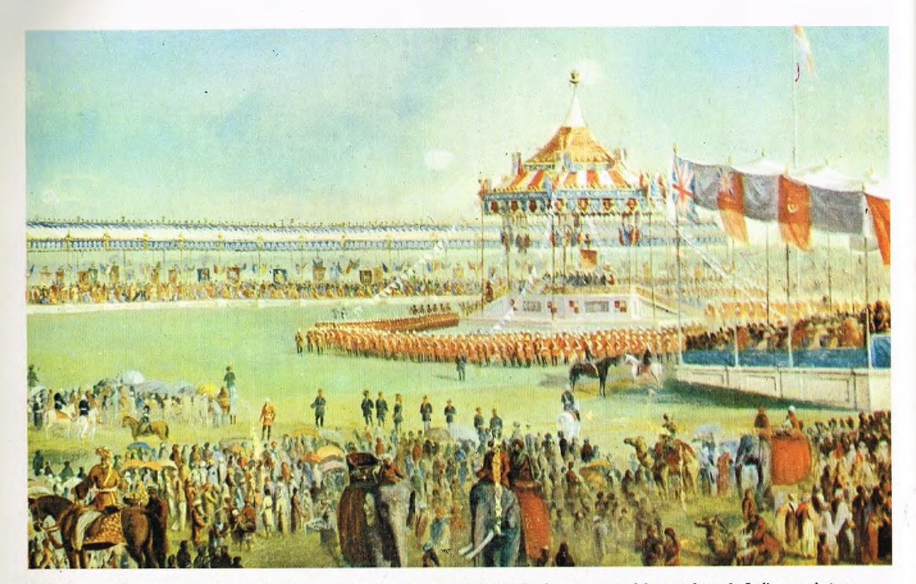
Dos gobernantes: el autoritario y dinámico lord Curzon, virrey de la India, con 300 millones de súbditos, y el maharajá de Patiala, que gobernaba sobre 1.600.000. Los príncipes indios que se mostraban dóciles eran favorecidos y halagados por los gobernantes británicos, los cuales, ante el nacionalismo creciente, juzgaban muy valiosa su lealtad.







La entrada oficial del virrey en Delhi en 1903. El virrey vivía rodeado de gran esplendor, pero, a pesar de tales muestras de pompa imperial, las riendas del poder estaban en manos del Gobierno de Londres. Los indios le tenían por árbitro supremo de su destino, pero el Gobierno británico lo consideraba un simple agente.



Un *durbar* del siglo XIX: los notables indios y europeos esperan para el desfile. *Durbar* era una palabra usada en la India para indicar una audiencia solemne celebrada por los antiguos príncipes hindúes o por el virrey británico; el más famoso del siglo pasado fue el de 1877, celebrado con motivo de la proclamación imperial de la reina Victoria.

Orgullosos de sus realizaciones, celosos de sus vecinos y conscientes de su autonomía, los gobernadores provinciales tenían poderes muy amplios. Cada uno podía, por su cuenta, emprender reformas en la agricultura, estimular la educación de los indios, construir canales, hospitales o carreteras, y recompensar a aquellos que le servían con fidelidad. Ser gobernador o subgobernador de una provincia india significaba tener una situación de poder superior a la de un ministro de Gran Bretaña, y gobernar directamente a un número de hombres superior al que gobernaba el primer ministro británico, de quien, en definitiva, derivaba su autoridad.

Los lores de la India

Los funcionarios de distrito y los gobiernos provinciales trabajaban a menudo en difíciles condiciones climáticas. Cada administrador aceptaba alejarse durante largos años de Gran Bretaña para dar vida a una administración ejemplar. Le incumbía la diaria tarea de gobernar la vida de un pueblo extraño a unos 8.000 kilómetros de su patria. Pero el verdadero gobernador de la India era el virrey, que sólo había de pasar cuatro años en el subcontinente; su hogar y su carrera política seguían en Gran Bretaña. Nombrado por el Gobierno británico, el virrey tenía el poder absoluto durante cuatro años, período en cuyo transcurso podía determinar la política interior y exterior de la India. Residente en Calcuta o Simla, según las estaciones, hacia él convergían todas las miradas. Aun cuando su autoridad fuera sólo temporal, podía decidir el futuro de aquellos para quienes la India representaba el trabajo de toda una vida.

El virrey estaba rodeado de un complejo aparato administrativo y tenía sus propios ministros. A su lado, y a sus órdenes, el comandante en jefe mandaba un ejército de 250.000 hombres. El virrey era el objetivo de todas las ambiciones y el árbitro de los honores y ascensos. En torno a él giraban no sólo la administración y el gobierno de la India sino también la frivolidad y la moda. A su corte acudían los príncipes teóricamente autónomos, pero en realidad sometidos al control del virrey, así como ingleses ricos que venían a visitar la India. La atención de la alta sociedad y de la prensa se centraban en él y en todos sus movimientos.

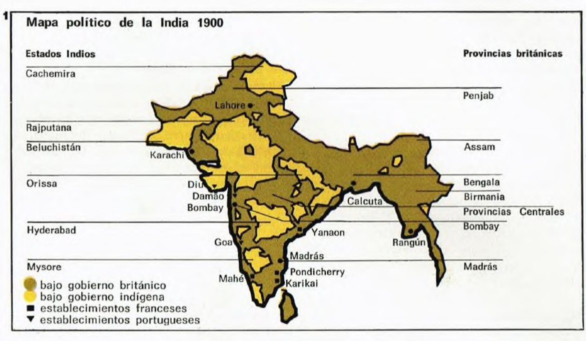
¿Qué poderes tenía este hombre cuyo salario casi doblaba el del primer ministro de la Gran Bretaña? Pináculo de la sociedad india, era un hombre desarraigado del círculo de sus compañeros y amigos. Llegaba a la India como un extraño, y se marchaba sin haber penetrado profundamente en su mundo. Por más que se entusiasmara por el país, siempre era considerado como un extraño o un advenedizo por sus subordinados; y cuando abandonaba el cargo, el Gobierno de la India y los gobiernos provinciales diri-

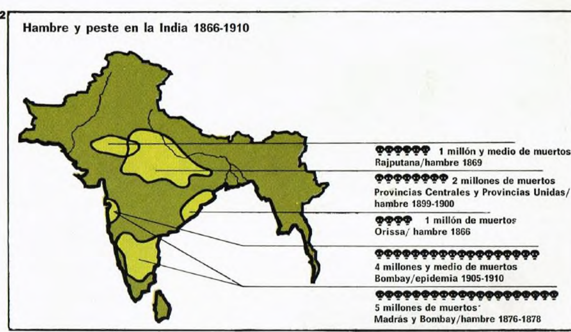
gían sus miradas hacia su sucesor, olvidándose del hombre que le había precedido. El virrey no podía esperar mucho aprecio por sus servicios, y los problemas de la India eran tan enormes que en cuatro años difícilmente podía dejar de cometer algún error político merecedor de la condena de la Historia.

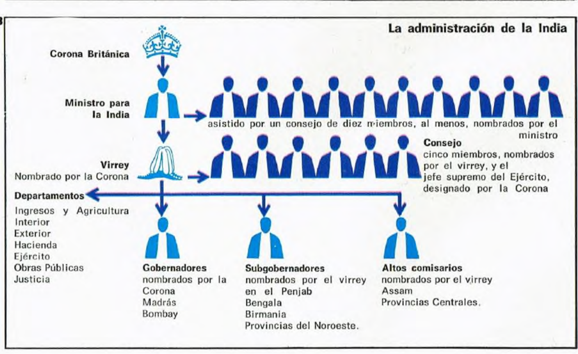
Responsabilidad sin poder

Pero no eran ni la responsabilidad administrativa ni las reivindicaciones crecientes de los indios lo que hacía pesado el cargo de virrey, sino el hecho de que, a pesar de las brillantes galas de poder imperial, el poder verdadero quedaba en otras manos, porque el virrey no era sino el representante del Gobierno británico, al que debía su encumbrada posición; acudía a la India como abogado de la política británica en aquel territorio, y todas las decisiones que tomase podían ser desestimadas por Londres. Su poder no estaba únicamente limitado por las instrucciones que recibía en el momento de partir para la India: la política del Gobierno metropolitano podía cambiar durante su mandato, y, así, el virrey podía encontrarse al servicio de una línea política en la que no creía, en discusión con un ministro para la India que, desde el remoto Londres y con el apoyo del Gobierno, podía decir «no» cuantas veces creyera conveniente. Los indios miraban al virrey como al árbitro supremo de sus destinos, pero el Gobierno británico le consideraba un agente de sus propias conveniencias políticas.

Se esperaba que el virrey fuese un puente entre la sociedad india y la británica. Podía recibir en su corte a los indios que le pareciera, y rehusar cenar con los maharajás. Consciente de las aspiraciones indias a la participación en la vida política, podía decidir qué sectores de la sociedad nativa debían ser admitidos en la órbita de la administración británica. Desde el alzamiento de 1857, la vieja aristocracia de los rajás, príncipes y jefes se había visto favorecida. Su lealtad se consideraba cada vez más valiosa frente al







_1_ La India británica estaba dividida en regiones controladas directamente por los ingleses y otras que seguían bajo control de los jefes indígenas. El virrey podía intervenir en los Estados indígenas en caso de mal gobierno. _2_ Áreas afectadas por el hambre y la peste entre 1866 y 1900, cuando, durante las cuatro carestías más catastróficas, murieron de inanición más de nueve millones de personas. _3_ Estructura de la administración de la India.

creciente nacionalismo, y así, tales personajes fueron consultados más a menudo; pero hacia 1900 el virrey se vio obligado a ampliar la esfera de sus contactos político-sociales: los reformadores sociales de Bombay, los nacionalistas bengalíes y los agitadores hablaban cada vez más y más alto.

En toda esta jerarquía de gobierno no había apenas lugar para discusiones. Los administradores tendían a considerarse como un cuerpo unificado: todos gobernantes, todos responsables, todos mirando a los indios con cierto aire de superioridad. No existían la vigorosa pugna de la oposición, conocida en Gran Bretaña, ni las constantes controversias políticas que podían llegar a derrocar un gobierno, ni tampoco los anhelos de los hombres que se encuentran un día sin poder, en la oposición, y poco después pueden llegar a él por su propio esfuerzo.

La jerarquía de gobierno, excepto a nivel de los oficiales de distrito, estaba muy imbuida de su propia importancia. Desde la época del alzamiento de 1857 había cultivado una elevada opinión de sí misma. Rehuyendo el estrecho contacto con los indios, tras haber descubierto que éstos podían rebelarse, miraba con recelo los excesos en las vinculaciones o en la cooperación. La jerarquía debía administrar; los indios obedecerían.

Caricatura holandesa en la que puede verse a John Bull acosado por las víctimas del hambre y de la peste.



El azote del hambre

Los ingleses se enfrentaban con un problema que no podían superar: la falta de lluvias. El campesino indio, con su pequeño trozo de tierra, dependía de los monzones para su sustento. Sin lluvias suficientes, las cosechas podían perderse, y, si esto sucedía, el campesino no podía pagar los impuestos que le eran exigidos y que cada año alcanzaban más de un tercio del valor total de su cosecha. Si el campesino no podía pagar, pedía un préstamo sobre la misma tierra, que era lo único que podía ofrecer como garantía; ello dio lugar a un cruel dominio de los prestamistas sobre los campesinos, la mayoría de los cuales pasaban graves dificultades para pagar su cuota anual a los ingleses. Cuando las lluvias fallaban y los campos sufrían la sequía, grandes zonas se quedaban sin reservas alimenticias, y, a pesar del excelente sistema de comunicaciones, el grano tardaba en llegar hasta los distritos afectados: el resultado era el hambre.

Entre 1866 y 1900 hubo en la India cuatro grandes hambres. En total murieron más de nueve millones de personas de inanición. Ninguna región de la India escapaba de este azote. En distintas épocas se vieron afectados el Penjab, el valle del Ganges, Orissa, Madrás, las Provincias Centrales y algunas zonas de Bombay. En algunas provincias, la preocupación de la política británica era llevar comida a los campesinos y gastar la mayor cantidad posible de dinero en su intento de aliviar el hambre; en otras, empero, ocurría todo lo contrario. Uno de los administradores, sir Richard Temple, consideró que si los campesinos conocían y sufrían los estragos del hambre un año, el siguiente trabajarían con mayor intensidad; se trataba de una doctrina muy dura, pero en muchos lugares se convirtió en ley. Hubo quien llegó a criticar a los indios por las desgracias que se abatían sobre ellos. Así, lord Curzon, un virrey, habló, en 1900, cuando causaba los mayores estragos una de las hambres más severas de la historia de la India, de la «extraordinaria apatía de los indígenas representativos. Dejan toda la pesada carga de la batalla a los oficiales europeos, y no visitan los asilos... y muestran indiferencia y falta de responsabilidad de todos los modos posibles. Es un fenómeno curioso que el hindú, que se preocupa por gran cantidad de cosas estúpidas, como salvar la vida de ciertos animales, sea casi insensible a los sufrimientos de su prójimo».

En su enfoque de la cuestión del hambre cabe ver la serie de problemas a los cuales debían enfrentarse los funcionarios británicos y la variedad de respuestas que eran capaces de dar a los mismos. Los problemas del hambre daban lugar a un gran acopio de correspondencia y comentarios que reflejaba las dificultades y limitaciones del dominio británico. La diferencia de puntos de vista puede apreciarse en dos ejemplos.

Cierto observador dijo del capitán Dunlop Smith, encargado de la lucha contra el hambre en la región de Hissar, que «es totalmente prusiano en sus métodos de organización. De hecho, se ocupaba del hambre en su territorio como de una campaña o de unas maniobras militares. En una de las paredes de su despacho había un gran mapa en el cual señalaba cuidadosamente las ayudas realizadas». El mayor éxito de Dunlop Smith fue convencer a los indios ricos para que tomaran parte en el auxilio de las zonas afectadas por el hambre y llevaran a su distrito el trigo necesario para mitigar los efectos de la penuria.

Sir Richard Temple, cuando era gobernador de Bombay, tenía otra opinión acerca de lo que debía hacerse. Cuando, en 1880, la encuesta de la Comisión sobre el hambre le preguntó si una reducción de los impuestos percibidos de los campesinos indios haría aumentar su riqueza y les permitiera resistir mejor cuando llegara el hambre, contestó que «esta medida no daría ningún resultado, porque el valor del impuesto [más del 40 por ciento del valor de la cosecha] era muy moderado, y la obligación de pagar tenía un efecto estimulante sobre el carácter apático de los indígenas». Tanto sir Richard Temple como sir John Strachey creían que lo que necesitaba el campesino indio era el incentivo de unas dificultades que afrontar. En 1881, lord Northbrook escribió privadamente que «siempre había sospechado que el impuesto sobre la tierra era excesivo, y siempre había considerado con gran recelo la opinión de sir John Strachey, que se inclinaba a aumentar el impuesto».

Las hambres continuaban, y el impuesto sobre la tierra exigido por los ingleses seguía siendo el punto central de la vida de los campesinos. Muchos administradores lucharon contra él, pero no fue reducido sustancialmente hasta los años 1920-1930. El hambre continuó en la India hasta muy cerca del final del dominio brit[illegible]-

Los atroces efectos de la subnutrición: reducidos a piel y huesos, millones de indios arrastraban una existencia miserable. La administración británica no supo —o no quiso— resolver el milenário problema del hambre.



Los líderes nacionalistas indios lucharon también por la situación de sus compatriotas en otras partes del Imperio Británico. Esta caricatura sudafricana ataca a uno de ellos, Gokhale, aconsejándole «barrer su propia casa antes de ocuparse de las suciedades ajenas».

nico, y todavía en 1943 ocasionó la muerte de más de un millón de personas. Sin embargo, las autoridades no eran negligentes, sino que se sentían incapaces de establecer en la India un sistema radicalmente distinto del existente. La burocracia resultaba excesiva, y los problemas eran de una envergadura tan extraordinaria que los ingleses no podían con ellos. De vez en cuando, algún virrey enérgico, como lord Curzon, presionaba al Gobierno inglés para que concediera reformas sustanciales. Pero, como hizo notar un observador, el virrey «tenía las mismas posibilidades de hacer bailar una roca silbando que de conseguir que el ministro para la India escuchara palabras de sentido común». En 1900, cuando más grave era el problema del hambre, el radical Wilfred Blunt escribió con gran amargura: «No me imagino que ningún funcionario de los que se han enriquecido en la India sea capaz de dar un tercio de sus ingresos (o una cuarta o una décima parte) para beneficiar al pueblo, y, sin embargo, pretenden que los indígenas contribuyan a suscripciones para la guerra de Sudáfrica.» Era una crítica sincera, pero injusta. Con pocas excepciones, los funcionarios británicos de la India realizaron considerables esfuerzos para aliviar la miseria, pero no lograron interesar al Gobierno de Londres.

A la mayoría de los primeros ministros británicos les ponía nerviosos tener que pedir al Parlamento grandes cantidades de dinero destinadas a las guerras imperiales; sabían que la Cámara de los Comunes no siempre apoyaba las conquistas y anexiones. Así, pues, los gobiernos procuraban sacar de la India la mayor parte posible del presupuesto militar imperial. Una buena proporción del elevado costo de una serie de guerras británicas pesó sobre el presupuesto de la India, y el dinero que se necesitaba para conquistar nuevos territorios o aplastar rebeliones se obtuvo, a menudo con grandes dificultades, de las reservas de los exhaustos campesinos indios.

¿Cuáles eran las principales realizaciones de la soberanía británica al iniciarse el nuevo siglo? Por lo que se refiere al hambre y las finanzas, el problema no se había superado; pero en muchos otros aspectos podían apuntarse notables éxitos. Ingenieros británicos irrigaron zonas completamente estériles, especialmente en el Pendjab y Orissa. Se instalaron fincas-modelo dirigidas por el Gobierno para enseñar a los campesinos a hacer uso adecuado del nuevo abastecimiento de agua. Se aprobaron leyes que liberaban al campesino de las exigencias desorbitadas de los prestamistas. En las ciudades, las obras públicas proporcionaron puestos de trabajo y fueron eliminando el problema de las aguas residuales. Las condiciones sanitarias deficientes eran un azote urbano: en Bombay, cerca de cuatro millones y medio de personas fallecieron víctimas de la peste en los años 1905-1910. Pero el problema de las epidemias, como el del hambre, tenía unas proporciones tan enormes que sin el apoyo total de Londres era ridículo esperar milagros. La rutina diaria ocupaba demasiado a la administración y le impedía dedicarse a la previsión de los grandes problemas, a la vez que el sistema jerárquico desanimaba la iniciativa individual.

Los británicos de la India eran mal vistos incluso por sus contemporáneos en Inglaterra. Para defenderlos, el teniente Winston Churchill escribió en *The Times*, en 1898: «...Debo deplorar el amargo hecho de que sus compatriotas de las Islas Británicas tiendan a considerar a los angloindios, sean soldados, comerciantes o administradores, como objeto de aversión.» Cuando el funcionario británico regresaba a su país después de treinta años de servicio en la India, no encontraba mucho aprecio para la labor que había realizado. Para los británicos, los asuntos de la India resultaban aburridos. Cuando la Cámara de los Comunes discutía anualmente el presupuesto para la India, la mayoría de los miembros del Parlamento no acudía. Pocos ingleses consideraban la India como algo más que una tierra de jungla y de tigres, de prósperas plantaciones de té y dorados palacios, de indígenas que trabajaban y enjoyados maharajás. No veían, en cambio, el sol abrasador, los campos resecos, la vastedad de los territorios que debían ser administrados, el corto número de funcionarios, los gobiernos provinciales con sus presupuestos insuficientes, el campesino indio con su parcela de tierra y el miedo constante al hambre y las deudas. Muchos de los que regresaban a Gran Bretaña se encontraban con que sus compatriotas no experimentaban interés alguno por la India.

El despertar del nacionalismo

Entre las realizaciones inglesas efectuadas hacia 1900 se encontraba la apertura de posibilidades de acceso a la educación para las clases indias elevadas. Un número creciente de indios se educaba en las universidades de su país, que los ingleses habían fundado y financiaban, o incluso en Oxford y Cambridge. Estos indios no simpatizaban de modo incondicional con la soberanía británica; por el contrario, muchos de ellos eran acérrimos partidarios de la independencia de la India. Casi todos los administradores británicos que habían favorecido la educación de los indios según los métodos europeos veían asustados este rápido desarrollo del nacionalismo hindú. Pero existía también una tradición británica que, desde época muy temprana, había previsto el nacimiento de una conciencia nacional india. Macaulay, hablando en 1833 en la Cámara de los Comunes, dijo: «¿Qué valor tiene el poder si está fundamentado en el vicio, en la ignorancia y en la miseria, si sólo podemos conservarlo violando los más elementales deberes que como gobernantes debemos a los gobernados y que, como pueblo al que le han sido concedidas más libertad y cultura que al resto de los hombres, debemos a una raza que ha sido ultrajada por más de tres mil años de despotismo? Somos libres y civilizados para muy poca cosa si escamoteamos a otra raza un grado igual de libertad y civilización. ¿Debemos mantener al pueblo de la India en la ignorancia para conservarlo sumiso? ¿O quizá pensamos que podemos darle conocimiento sin despertar ninguna ambición?

¿O nos proponemos acaso despertar sus ambiciones y no darles ninguna salida legítima?»

Hacia 1900, las ambiciones indias habían despertado ya. Un fuerte movimiento nacionalista había surgido en Bengala, y los nativos comenzaron a mirar con orgullo las antiguas culturas indias. Desgraciadamente, las aspiraciones nacionales de la India no disponían de un cauce legítimo. En 1910, el Gobierno británico aceptó que los indios participasen considerablemente en el gobierno local, e incluso fue nombrado un indio para el consejo administrativo del virrey. Pero todo esto no era suficiente, pues los nacionalistas exigían ahora el derecho a decidir por completo el destino de la India, y algunos pedían la inmediata retirada del dominio británico. Los más moderados insistían en sus demandas a través de panfletos, periódicos y debates públicos, y los más extremistas usaban el arma del terrorismo. Muchos musulmanes esperaban que el dominio británico continuase, y su agitación tenía como objeto exigir privilegios especiales para las comunidades musulmanas. Los hindúes, que triplicaban en número a los musulmanes, estaban resentidos por lo que consideraban favoritismo británico hacia una religión rival, y exigían mayores prerrogativas; entre ellos, precisamente, surgieron las manifestaciones más violentas del nacionalismo.



La estación ferroviaria de Bombay. Símbolo de la soberanía británica, combina en su estilo aspectos de una catedral medieval, de un colegio de Oxford y de un palacio italiano, todo ello mezclado con el pomposo esplendor propio de los países orientales.

En 1905, cuando el eficaz y dinámico Curzon abandonó la India, empezó una época de violencia. Una bomba, que no estalló a tiempo, fue lanzada contra el nuevo virrey, lord Minto, y su sucesor fue también objeto de un intento de asesinato. Al principio, los ingleses alegaban que estas violencias estaban relacionadas con el movimiento anarquista mundial y nada tenían que ver con las aspiraciones nacionales de la India. Pero hacia 1910 resultaba claro que había cierto número de indios dispuestos a matar y a morir para liberar la India del dominio británico. El primer inglés muerto por un indio en estas circunstancias lo fue en Londres, en 1909. El autor del crimen fue ahorcado, no sin que antes el Gobierno hubiese discutido el caso y que Lloyd George y Winston Churchill hubiesen mostrado cierta simpatía hacia el indio, considerándolo un buen patriota aunque mal aconsejado. Antes de su ejecución, el indio declaró: «Del mismo modo que Alemania no tiene ningún derecho a ocupar Inglaterra, los ingleses no tienen ningún derecho a ocupar la India, y es perfectamente justificable que por nuestra parte matemos a los ingleses que están ensuciando nuestro sagrado territorio... Deseo que los ingleses me sentencien a muerte, pues en este caso la venganza de mis compatriotas será más dura.» Estas palabras estremecieron a los descontentos indios, y se convirtieron en una llamada para nuevas acciones de protesta.

Un Imperio imperecedero

La serenidad desapareció de la India británica. La violencia, las manifestaciones y el creciente antagonismo entre las comunidades india y británica iban a dominar los cuarenta años que quedaban de Imperio. No obstante, las realizaciones británicas eran positivas. Una sociedad campesina había sido conducida por el camino de la modernización y la industrialización. Una tierra donde la superstición religiosa había ahogado el estímulo individual era ahora escenario de una gran actividad económica y financiera. Un territorio de maharajás feudales que gobernaban sobre un pueblo apático se había convertido en una tierra con una clase educada cuyos componentes no se contentaban con ser considerados ciudadanos de segunda fila. Los británicos habían educado a los indios lo suficiente para que éstos desearan gobernarse a sí mismos. Macaulay había dicho en 1833 que la llegada de la India a la independencia supondría «un día de orgullo para la historia de Gran Bretaña. Haber encontrado un gran pueblo hundido en la esclavitud y la superstición, y haberlo gobernado hasta convertirlo en un pueblo deseoso y capaz de tener todos los privilegios de los ciudadanos, será un título de gloria para nosotros. El cetro pasará a otras manos; inesperados accidentes pueden desequilibrar los más profundos esquemas de nuestra política; la victoria puede no sonreír siempre a nuestras armas. Pero hay unos triunfos que no se empañan, y un Imperio ajeno por completo a todas las causas naturales de decadencia. Estos triunfos son la pacífica victoria de la razón sobre la barbarie; este Imperio, el imperecedero legado de nuestro arte, nuestra moral, nuestra literatura y nuestras leyes».

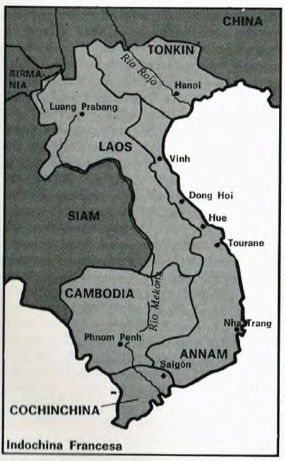
Martin Gilbert

Indochina bajo los franceses

En 1885, el joven emperador Ham-Nghi se retiró a las montañas y pidió «a los ricos sus bienes, a los poderosos su fuerza y su poder, y a los pobres sus manos, para reconquistar el país».
A pesar del impulso que los franceses dieron a la economía y a la educación, los indochinos jamás aceptaron su dominio.

El suegro de De-Tham, capturado una de las veces que su yerno huía de los franceses. *Abajo:* **Indochina Francesa: los reinos de Cambodia y Laos y el imperio de Vietnam (Cochinchina, Annam y Tonkín).**





En 1900, Francia dominaba la mayor parte de la península de Indochina. El imperio de Vietnam (formado por las provincias de Tonkín, Annam y Cochinchina) y los reinos de Cambodia y Laos estaban dominados por los franceses. Solamente uno de estos países, Laos, se había puesto voluntariamente bajo la protección francesa. El resto había sido sometido en el transcurso de una serie de guerras que empezaron en 1863.

La oposición al dominio francés en el Vietnam había comenzado casi antes de que este dominio acabara de imponerse. Muchos vietnamitas se negaron a aceptar la ocupación francesa de 1883, y, durante la noche del 4 al 5 de julio de 1885, el regente Thuyet y el joven emperador Ham-Nghi abandonaron Hue, la capital de Annam, para empezar la lucha contra los franceses.

Desde 1883 Thuyet se había dedicado a construir secretamente un vasto campamento fortificado en Tan-So, en las montañas del norte de Annam. Llevándose artillería y provisiones se retiró a esta base con el joven Emperador e hizo un llamamiento a la resistencia general. Ham-Nghi pidió «a los ricos sus bienes, a los poderosos su fuerza y su poder, y a los pobres sus manos, para reconquistar el país a los invasores». Se reunieron tropas, y los letrados confucianistas respondieron a la llamada del joven Emperador y levantaron a las masas campesinas.

Llevaron el peso de la lucha bandas irregulares de hombres protegidos por la población campesina, que las escondía, alimentaba y proporcionaba información sobre los movimientos de las tropas francesas. Únicamente las comunidades cristianas del Vietnam, bajo la dirección de misioneros franceses, estaban dispuestas a dar ayuda a las fuerzas del general De Courcy, integradas por elementos de la Legión Extranjera.

En 1888, el emperador Ham-Nghi, que sólo tenía diecisiete años, fue traicioneramente entregado a los franceses por unos campesinos entre quienes se había refugiado; pero la resistencia prosiguió, especialmente en las zonas montañosas.

A los campesinos, forzados a luchar a causa de los crecientes impuestos, se unieron forajidos profesionales y antiguos revolucionarios chinos conocidos como «Banderas Negras». Juntos alcanzaron algunos éxitos notables; en 1892, casi aniquilaron una columna francesa en el macizo de Yen The. Como escribió el capitán Rouyer, que había luchado contra ellos: «No eran nada menospreciables estos jefes que algunas veces lucharon tan brillantemente contra nosotros, que arriesgaron sus vidas y con frecuencia murieron con las armas en la mano... sometidos a privaciones y fatiga extremas, espléndidamente osados a veces, y siempre valerosos cuando era necesario.»

Hasta que el último de los dirigentes de la resistencia, De-Tham, murió en 1913, no lograron los jefes militares franceses aplastar a los tenaces rebeldes. En aquel tiempo, los franceses habían transformado el país, pero, no obstante, se enfrentaban a una oposición más seria.

Paul Doumer, la mano firme

Los primeros rebeldes no habían recibido ayuda del emperador Dong Khanh, a quien los franceses habían puesto en el lugar de Ham-Nghi, ni de la oportunista clase de los mandarines (funcionarios), que se pusieron del lado del más fuerte. El primer gobernador general francés concedió a éstos y al Emperador cierto poder, con la intención de seguir una política de «asociación» con los nativos, pero Paul Doumer, que fue nombrado gobernador general en 1897, tenía ideas diferentes, y decidió establecer una administración francesa directa sobre Indochina. Doumer era un político radical, un republicano de la izquierda. Había sido ministro francés de Hacienda, y su atención se centraba siempre en la opinión pública y los asuntos políticos de Francia. Quería complacer al mismo tiempo a los grandes capitalistas y a las clases medias de tendencia radical. Deseaba demostrar a los ricos y poderosos que Indochina podía convertirse en fuente de beneficios, y a los pequeños contribuyentes que, bajo su gobierno, aquellas tierras distantes dejarían de ser una carga para ellos. Durante los cinco años pasados en Indochina, Doumer estableció un sistema de dominación política y explotación económi-

ca que había de permanecer casi inalterado hasta 1945.

Desde 1887, los Estados que constituían Indochina habían sido agrupados en una Unión Indochina dirigida por un gobernador general, de autoridad limitada. Aunque el Emperador de Vietnam no siguió gobernando en Cochinchina, que pasó a ser una colonia francesa, administraba directamente Annam y ejercía autoridad en Tonkín a través de un virrey, el *Kinh-Luoc*. Cuando en 1889 murió el emperador Dong Khanh, le sucedió Thanh Thai, un muchacho de diez años. El nuevo soberano fue obligado a aceptar la supresión de su consejo secreto de gobierno, o Consejo de Ministros, el *Co Mat*. El 27 de septiembre de 1897 se constituyó un nuevo *Co Mat*. Había de ser presidido por el residente superior francés en Annam, y el número de funcionarios franceses miembros había de doblar el de ministros nativos. Además, se nombraron residentes franceses en todas las provincias. En Tonkín, Doumer abolió el *Kinh-Luoc* y colocó a los mandarines vietnamitas locales bajo las órdenes de un residente superior. Así, bajo esta simulación de protectorado, todo el poder pasó en realidad a manos de los franceses. En Cambodia se obligó al soberano, Norodom, a entregar el poder a un Consejo de Ministros presidido por el residente superior francés (1897). Suprimidas también por Doumer las fronteras entre los Estados que formaban la Unión Indochina, se organizaron servicios generales: obras públicas, aduanas e impuestos indirectos, agricultura y comercio —todo había de ser común al conjunto de Indochina—. Al frente de estos servicios puso Doumer a especialistas procedentes de su equipo. El nuevo gobernador, pues, dominaba completamente la economía vietnamita.

Las «tres bestias de carga»

Paul Doumer reorganizó también por completo las finanzas de Indochina, tanto en lo que se refiere al presupuesto general indochino como a los presupuestos locales.

El dinero para el presupuesto general se sacaba de las aduanas, y en particular de las «tres bestias de carga»: la explotación de las salinas y el control estatal del alcohol y del opio.

La explotación de las salinas fue confiada a sus propietarios; pero la administración les compraba la sal, que luego vendía, obteniendo beneficios que iban en aumento cada año, pues el precio que la administración ponía a la sal subió el 450 por ciento entre 1897 y 1907. Esta elevación de precio tuvo el efecto de reducir el consumo; así escribía un articulista de la *Revue de Paris* en octubre de 1908: «En esto podemos ver la espantosa miseria de una población que ha llegado al punto de pasar sin un producto alimenticio indispensable.» El alza constante del precio de la sal tuvo terribles consecuencias sobre muchos pescadores: el geógrafo J. Gourou escribió: «El pescador, si no tiene sal, no puede hacer sino tirar el pescado, para que el sol no lo destruya. No es raro ver como un pescador abandona en la playa, llorando, el resultado de un día de trabajo porque no ha ahorrado suficiente dinero para comprar, a precios abusivos, el condimento que él mismo puede ver en abundancia a unos pocos centenares de metros de su junco, en las marismas prohibidas.»

El control del alcohol implicaba la formación de monopolios no solamente de venta sino también de fabricación, concedidos a compañías francesas a las cuales reportaban importantes beneficios. El control del opio, en fin, incluía el monopolio tanto de su compra como de su venta.

Los ingresos que proporcionaban «las tres bestias de carga» eran considerables, y fueron aumentando constantemente; entre 1899 y 1903 subieron el 30 por ciento, y entre 1903 y 1912 un 14 por ciento más. Lo mismo ocurría con el presupuesto general, que se incrementó repetidas veces.

También los presupuestos locales aumentaron a instancias de Doumer. Sólo en Tonkín, durante el período 1896-1907 se doblaron los ingresos procedentes de los impuestos personales y sobre la tierra. Pero aunque los presupuestos generales y locales se saldaban con superávit, el creciente peso del sistema financiero y de los tres monopolios gravitaba duramente sobre los campesinos vietnamitas. Y esto no era todo. Anteriormente, el alcohol era producido en muchas aldeas por artesanos locales, y los desperdicios de la fabricación eran empleados por los campesinos para criar ganado de cerda. La destilación de alcohol en las factorías francesas acabó con las destilerías campesinas y arruinó a muchos criadores de cerdos.

Con el dinero obtenido por estos medios, el nuevo gobernador general pudo emprender obras públicas en gran escala: apertura de canales en Cochinchina, mejoras en las instalaciones del puerto de Saigón, mejoras urbanas en Hanoi, y, sobre todo, construcción de ferrocarriles. En 1897 se planeó el tendido de un ferrocarril transindochino desde Hanoi a Phnom Penh, y otra línea que había de enlazar la provincia de Yünnán, en China meridional, con Tonkín. Una de las más espléndidas construcciones entonces emprendidas fue el puente Doumer, en Hanoi, sobre el río Rojo.

Las victorias japonesas sobre Rusia en la guerra de 1904-1905 asombraron al Extremo Oriente. Demostraron que Occidente no era invencible, y que los invasores blancos podían ser arrojados por los asiáticos. Y, así, un joven universitario vietnamita, Phan Boi-Chau, que había sido el primero en los exámenes de doctorado, rehusó el puesto administrativo que se le ofrecía, marchó al exilio al Japón, y, junto con el príncipe Cuong-De, un descendiente del famoso emperador Gia Long, comenzó a organizar un movimiento de independencia.

Basando sus demandas en los principios de la vida política francesa, ambos exiliados exigían el fin del colonialismo, la abolición de los exámenes literarios tradicionales para seleccionar a los mandarines, y el acceso a los beneficios de la civilización moderna —particularmente la enseñanza— para los vietnamitas. En Tokio, Phan Boi-Chau y el príncipe Cuong-De fundaron la *Ligue de Rénovation du Vietnam* con el propósito de unir las actividades de sus partidarios en Indochina. Este movimiento, naturalmente, era todavía monárquico, pero los nuevos reformistas vietnamitas, que procedían de la joven burguesía, estaban influidos por los revolucionarios chinos y se inspiraban en el ejemplo japonés. No querían un retorno al pasado y a la monarquía, sino una república; no eran ya discípulos de Confucio, sino racionalistas.

En el interior del Vietnam se fundaron sociedades secretas de carácter nacionalista. En 1908 tuvieron lugar manifestaciones públicas pidiendo la abolición del trabajo forzado y una reducción del impuesto personal. En los alrededores de Hue se formaron bandas, y en Hanoi fueron envenenados doscientos soldados franceses. Los disturbios se extendieron muy pronto por todo el territorio de Tonkín.

¿Asociación u opresión?

Entretanto, entre 1902 y 1907 la política francesa había ido cambiando. El 28 de marzo de 1903 el ministro de Colonias, Étienne Clémentel, había proclamado: «En Extremo Oriente ha llegado el momento de reemplazar una política de dominación por otra de asociación.» Esta



De-Tham (el segundo a partir de la izquierda, en la fila de atrás), fotografiado entre los rebeldes que le seguían. Su muerte, en 1913, puso fin a la resistencia armada al dominio francés.

idea era compartida por Paul Beau, gobernador general de Indochina de 1902 a 1907, quien procuró mejorar la vida de los vietnamitas, elevar su nivel intelectual y capacitarles para participar en la administración de su país. En 1905 se creó un departamento de educación pública; en 1906, el consejo para la mejora de la educación de los nativos instituyó un sistema de enseñanza primaria, media y superior en cuyos planes de estudio figuraban las ciencias y el francés; en 1907 se fundó en Hanoi una universidad indochina. Por otra parte, los annamitas empezaron a desempeñar ciertos papeles en la administración; además, se organizó la asistencia médica y se redujeron los castigos corporales. Pero todas estas reformas irritaban a los colonos franceses.

En respuesta a los numerosos disturbios nacionalistas vietnamitas de 1908, el sucesor de Beau, Klobukovsky, desplegó una represión brutal y abandonó la política de asociación. Cerró la universidad, disminuyó la participación indígena en el Gobierno, y unidades del Ejército pasaron seis meses en campaña restableciendo la paz en el distrito de Yen The.

Albert Sarraut, gobernador general de 1911 a 1914, restableció las medidas liberales. En Hanoi, fue abierto a los vietnamitas el nuevo *lycée*; se construyeron numerosas escuelas y hospitales, y se intensificó la protección de los nativos contra los abusos y la injusticia. En Cambodia y Annam se crearon asambleas consultivas elegidas por un limitado número de votantes y se ampliaron las ya existentes en Tonkín y Cochinchina. Por decretos de 20 de octubre de 1911 recibieron autonomía administrativa los diferentes países de la Unión Indochina. Finalmente, Albert Sarraut anunció en un discurso oficial que Vietnam alcanzaría gradualmente su independencia.

Pero los nacionalistas vietnamitas no rindieron las armas. En marzo de 1913 fomentaron una conspiración en Saigón; el mes siguiente los actos terroristas perturbaron Tonkín. Sin embargo, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, las promesas de independencia de Sarraut movieron a muchos annamitas a alistarse en el Ejército francés. Phan Boi-Chau publicó un manifiesto en que declaró que Francia y Annam marcharían ahora «de a mano».

El desarrollo económico de Indochina durante la dominación francesa es innegable. La superficie sembrada de arroz en Cochinchina pasó, entre 1880 y 1900, de 5.000 kilómetros cuadrados a más de 10.000, y llegó a 22.000 en 1937. Pero el rendimiento medio de los arrozales era sólo de alrededor de una tonelada por hectárea, en parte por falta de fertilizantes y en parte por el empleo de semillas no seleccionadas.

La suerte de los campesinos era desgraciada. En Tonkín y Annam predominaba el cultivo en muy pequeña escala; por término medio, una familia cultivaba solamente una hectárea y media. Los crecientes impuestos, y las deudas que los campesinos contraían con los prestamistas, significaban el hambre.

«La misma pobreza y la misma hambre obligaban a los campesinos de Tonkín, y con ellos a los campesinos de Annam, a dedicarse a la caza de insectos, que comían con glotonería», escribióse en 1936. «En Tonkín cazaban saltamontes, grillos, ciertas orugas, gusanos de bambú, y no vacilaban en comer crisálidas de gusanos de seda. Todo el mundo reconocía la existencia de una carestía permanente.»

Los franceses llevaron a Indochina algunos de los medios técnicos de prosperidad descubiertos por Occidente. En 1895, Raoul, un farmacéutico de la Armada, introdujo desde Malaya 2.000 plantas del árbol del caucho, que en 1905 comenzaron a dar una cosecha abundante; desde entonces, han ido prosperando las plantaciones de tales árboles, que se han extendido hasta los confines de Cochinchina y Annam. En 1913, los yacimientos carboníferos de Tonkín, explotados por primera vez en 1887, produjeron 500.000 toneladas de carbón. En 1913, las escuelas francesas tenían 46.000 alumnos indígenas. Ciertas instituciones escolares proporcionaban educación superior y los estudiantes recibían toda clase de facilidades para cursar estudios en Francia.

Durante la Primera Guerra Mundial se hicieron nuevas promesas a los vietnamitas, y el pueblo esperó pacientemente el fin de las hostilidades para ver qué ocurría después.

Louis Saurel

Una independencia escamoteada

Los Estados Unidos se aliaron a los nacionalistas filipinos, ofreciéndoles ayuda desinteresada en su lucha contra España; pero, una vez terminada la guerra, decidieron que los filipinos «no estaban preparados» para la independencia y los mantuvieron cerca de cincuenta años bajo tutela, colonizándolos política y económicamente.

El nacionalista filipino Emilio Aguinaldo, que en pro de la independencia de su país hubo de enfrentarse a España y luego a los Estados Unidos, la nueva potencia dominadora del archipiélago.



Máximo representante del nacionalismo filipino, Emilio Aguinaldo, que había formado parte de la sociedad secreta *Katipunan*, se levantó en 1896 contra la dominación española y provocó la acción represiva del Gobierno de Madrid que culminó con la ejecución de José Rizal. Aunque la insurrección terminó con el tratado de Biac-na-bató, en 1897, el movimiento nacionalista salió robustecido de esta prueba, pues la actuación de los gobernantes españoles facilitó la adhesión al movimiento de una gran masa popular que hasta aquel momento había permanecido al margen del problema, al que sólo concedían importancia las minorías intelectuales politizadas. Como consecuencia de ese tratado, Aguinaldo y otros dirigentes de la insurrección hubieron de partir al exilio. Pero al estallar la guerra hispano-norteamericana, las reivindicaciones nacionalistas filipinas volvieron a adquirir importancia.

Son varias las circunstancias que facilitaron el nuevo estallido nacionalista y la extensión del descontento al campesinado; destacan, entre ellas, una serie de malas cosechas consecutivas, los excesivos impuestos sobre los campesinos y el injusto reparto de la propiedad de la tierra.

Ante circunstancias tan favorables, Aguinaldo aceptó la ayuda norteamericana que le ofreció el almirante Dewey y se trasladó de nuevo a las Filipinas desde su refugio de Hong-Kong. Una vez en el archipiélago (junio de 1898), y confiando en la protección y el apoyo de Norteamérica, proclamó la independencia de su país.

Pero cuando se produjo el desenlace de la guerra hispano-yanqui y se iniciaron las conversaciones de paz que debían desembocar en el Tratado de París (10 de diciembre de 1898), salieron pronto a relucir las verdaderas intenciones de los Estados Unidos, país que obtuvo la soberanía sobre las Filipinas a cambio del pago a España de veintisiete millones de dólares.

Al advertir que los norteamericanos no pretendían sino convertir las islas en base para su penetración económica y política en Extremo Oriente, Aguinaldo prosiguió la lucha, esta vez contra el nuevo imperialismo que amenazaba a su país. Pero ante el enorme potencial económico y militar de los Estados Unidos, nada podía hacer; en 1901 cayó prisionero, y se inició un largo período de dominio norteamericano, so pretexto de la escasa madurez de los habitantes del archipiélago para autogobernarse.

A partir de este momento, la política de los Estados Unidos en las Filipinas estuvo encaminada a influir en el espíritu del pueblo filipino para anular en lo posible la fuerza de los movimientos nacionalistas. La reorganización de la enseñanza tuvo como fin primordial la introducción de la lengua inglesa, que suplió a la española como lengua de cultura.

Siguiendo las directrices de la Comisión Schuman, creada en 1899 por el presidente McKinley, fue eliminándose poco a poco el control militar sobre la isla y se intentó dotar de apariencias democráticas al dominio norteamericano, mientras se establecían las bases para el aprovechamiento de los recursos económicos del país.

Como segunda etapa en este proceso hacia una aparente autonomía, se creó en 1900 la Comisión Taft, que tenía todo el poder legislativo y compartía el ejecutivo con un gobernador militar.

Además de grandes reformas en la enseñanza, Taft quiso realizar una modesta reforma agraria, mediante la compra de las grandes propiedades de la Iglesia, operación que ultimó con León XIII, y la creación de un Banco de Crédito que proporcionase a los campesinos los recursos necesarios para adquirir la propiedad de las tierras. Este intento no acabó de cuajar: de hecho se mantuvo una gran concentración de la propiedad y se formaron grandes explotaciones agrarias dedicadas a la producción de materias primas destinadas al mercado norteamericano, donde estos productos tuvieron vía libre a partir de 1909.

Es obvio que el establecimiento del libre comercio significó también un obstáculo para el desarrollo industrial del archipiélago, pues la inexistencia de aranceles entre los Estados Unidos y las Filipinas dejó el mercado insular a merced



Vista del cuartel general de Emilio Aguinaldo en Biac-na-bató, donde firmóse el tratado de 1897 que puso fin a la primera insurrección filipina contra el dominio español; una de las consecuencias del pacto fue el exilio de Aguinaldo a los Estados Unidos. Allí recabó la ayuda norteamericana en favor de la independencia filipina. Insurrecto luego nuevamente contra Washington, acabó al fin aceptando de los Estados Unidos una pensión y retiróse a la vida privada.

de la penetración de la poderosa industria norteamericana.

A pesar de todo, el movimiento nacionalista nunca fue acallado por completo, y el Gobierno norteamericano, al tiempo que aplicaba severas medidas represivas (como la *Sedition Law*, que prohibía el uso de la bandera filipina), se veía obligado a arbitrar fórmulas que pudiesen satisfacer las aspiraciones nacionalistas. Fruto de estos esfuerzos fue la *Philippine Bill* de 1902 que, bajo los auspicios de Taft, prescribía un gobierno que debería estar formado por un gobernador general (norteamericano), a quien se reservaba el poder ejecutivo, una comisión con funciones de Senado, y una Asamblea Nacional con poder legislativo, que sería elegida por los habitantes de las Filipinas. Las primeras elecciones se llevaron a cabo en 1907, con un censo electoral de 100.493 votantes sobre una población total de 7.635.426 según el censo ultimado en 1905. Estas elecciones dieron el número más elevado de escaños al Partido Nacionalista (treinta sobre ochenta). Los dirigentes de este partido trabajaron dentro y fuera de la Asamblea para la obtención progresiva de la autonomía. Así, en 1913 lograron que la mayoría de los miembros de la comisión (que no eran elegidos, sino designados) y casi la totalidad de los ministros fuesen filipinos.

Sin embargo, el paso definitivo hacia una mayor autonomía se logró con la aprobación de la *Jones Act* el 29 de agosto de 1916. Según esta ley, el poder ejecutivo seguía en manos de un gobernador general norteamericano, pero el poder legislativo era regulado por un sistema bicameral compuesto por un Senado y por una Cámara Baja, cuyos miembros eran elegidos en su inmensa mayoría por sufragio universal. Se imponían, sin embargo, ciertas limitaciones, que siempre dejaban entreabierta la posibilidad de una renovada intervención norteamericana. La más importante de estas limitaciones era la que otorgaba el derecho de veto al presidente de los Estados Unidos; además, casi todas las cuestiones económicas, especialmente las referentes a aranceles aduaneros, seguían bajo el control del Senado norteamericano. Las elecciones dieron como resultado una abrumadora mayoría del Partido Nacionalista.

Con la *Jones Act* se sentaban las bases de una amplia autonomía que permitió normalizar la vida política del país. La independencia, última meta de los partidos políticos filipinos, no se logró hasta 1946, tras el duro esfuerzo de los filipinos en la lucha común de su país y los Estados Unidos contra el Japón.

Joaquín Nadal

La revolución china de 1911

En 1911, las banderas del dragón de la dinastía manchú fueron arriadas en todo el Imperio. Al principio pareció que China iba a convertirse en una república democrática, pero más tarde el jefe militar de mayor prestigio, Yüan Shih-k'ai, repitiendo la historia, se proclamaría emperador.

Yüan Shih-k'ai, el general que logró hacerse proclamar primero emperador, después presidente de la República y, por último, nuevamente emperador.



El 14 de noviembre de 1908 murió en Pekín el emperador Kuang Hsü, y el día siguiente, 15 de noviembre, su tía, la todopoderosa emperatriz regente Tz'u Hsi, cayó súbitamente enferma y murió a las pocas horas. Esta dramática sucesión de acontecimientos fue casi increíble para los chinos. Durante más de medio siglo, la Emperatriz había llevado las riendas del gobierno; su sobrino, el emperador Kuang Hsü, había sido escogido por ella, violando la ley de sucesión, sólo porque era todavía un niño y así la Emperatriz podría asegurarse un largo período de regencia. Cuando el Emperador asumió el poder y siguió el consejo del partido reformista, en 1898, Tz'u Hsi lo destronó al cabo de tres meses mediante un golpe de Estado. Desde este momento hasta su muerte, Kuang Hsü vivió recluido en palacio, como un prisionero de Estado, si bien nominalmente continuó siendo emperador. Casi todos los observadores de la época creían que era la Emperatriz la que había estado enferma, y próxima a morir, y que había dispuesto que el Emperador prisionero no la sobreviviera. Los hechos, sin embargo, no ocurrieron así.

Kuang Hsü estaba muy enfermo y los médicos desesperaban de salvarlo. Nadie sabe si esta enfermedad fue natural o si en realidad se trató de un lento envenenamiento: probablemente, nadie lo sabrá jamás. Murió el 14 de noviembre, cuando su tía, la Emperatriz viuda, que pocos días antes había cumplido setenta y tres años de edad, parecía gozar de buena salud. No era de prever la muerte próxima de Tz'u Hsi, puesto que precisamente el 13 de noviembre, cuando se esperaba la muerte del Emperador, ella había dispuesto que a éste le sucediera otro niño, conducido a palacio aquella misma tarde. Se trataba de Aisin Gioro P'u Yi, el último emperador de China, que murió en 1967. Era sobrino segundo de la Emperatriz viuda, nieto de su hermana, y tenía entonces tres años de edad. Se preveía, pues, otra larga regencia para la Emperatriz viuda. Pero al día siguiente, después de una mañana muy ocupada en que la sucesión propuesta fue ratificada por un servil consejo, Tz'u Hsi tomó su almuerzo, y al levantarse fue presa de un ataque y murió aquella misma tarde.

El pequeño Emperador subió al trono con el título real de Hsüan T'ung, que significa «prolongado gobierno», escogido para simbolizar las esperanzas de supervivencia de la dinastía. Estas esperanzas eran vanas; ya hacía algunos años que se acusaban las actividades de un peligroso movimiento revolucionario cuyo objetivo era establecer una república, y que iba dirigido sobre todo contra la dinastía reinante. Esta dinastía, llamada Ch'ing o «pura», era de origen extranjero, pues había sido fundada en 1644 por los manchúes invasores de China. Los manchúes, un pueblo que vivía en lo que ahora son las provincias del nordeste de China, más allá de la Gran Muralla, ya habían recibido la influencia cultural china antes de que en 1644 reemplazaran a la dinastía Ming. Pero si bien al cabo de doscientos cincuenta años se habían vuelto chinos en lenguaje y educación, todavía conservaban algunas de sus costumbres, como se echaba de ver, ante todo, en la familia imperial. Ningún miembro del clan imperial, como tampoco ningún otro manchú, podía casarse con un chino. La dinastía resultaba extranjera para muchos chinos, particularmente los del Sur, que habían opuesto larga resistencia a la conquista. Fue precisamente en el Sur donde surgió el primer movimiento revolucionario.

Desde su desastrosa complicidad en el movimiento xenófobo bóxer de 1900, la corte se vio obligada a emprender, o a prometer, reformas constitucionales al estilo del régimen Meiji del Japón. En 1908 había de proclamarse una Constitución que mantenía el poder imperial casi sin ninguna limitación, pero que establecía un Parlamento con funciones consultivas. Pero no satisfizo a los reformistas ni a los revolucionarios, y en cualquier caso no había de entrar en vigor hasta 1917. El nuevo regente, príncipe Ch'un, padre del joven Emperador, era el hermano menor del emperador Kuang Hsü. Era un hombre débil e incompetente, pero estaba profundamente resentido por el confinamiento de su hermano, y atribuía su caída a la traición de Yüan Shih-k'ai, el general que mandaba las formaciones más modernas del Ejército chino y con cuyo apoyo habían contado el emperador Kuang

Hsü y los reformistas. Su primera providencia fue destituir a Yüan. El regente estaba también fuertemente influido por la facción extremista manchú de la corte, que desconfiaba de todos los ministros y funcionarios chinos. Forzado por la opinión pública a continuar el programa de reforma constitucional, procuró contrarrestar sus efectos escogiendo a los principales ministros entre sus parientes. En su Gabinete de 1911, que en sí mismo constituía una innovación, había trece ministros, diez de los cuales eran manchúes, y seis de ellos príncipes imperiales. No es de extrañar que el pueblo, o mejor las clases instruidas, no dieran mucho crédito a las promesas manchúes de reforma.

En 1909, el Gobierno tuvo que acceder al establecimiento de asambleas provinciales, y, aunque estos cuerpos eran elegidos por un electorado muy restringido, dominado por los terratenientes y los comerciantes ricos, pronto resultaron molestos para la corte, ya que se convirtieron en centros que reclamaban mayor celeridad en la introducción de las reformas. Se adelantó a 1913 la fecha de la nueva Constitución, y en 1911 fue creado un gobierno cuya composición ministerial, como se ha visto, no podía en modo alguno ser del agrado de los reformistas. Este mismo año, el Gobierno obtuvo un empréstito de un consorcio de bancos extranjeros, con el que se proponía comprar los ferrocarriles que se habían construido o se iban a construir con capital privado. Este propósito encontró mucha oposición en todo el país. El empleo de dinero extranjero para este fin ofendía el creciente sentimiento nacional; las condiciones ofrecidas a las participaciones de los inversores privados eran excesivamente bajas, y había una desconfianza general en la capacidad del Gobierno para administrar semejante empresa, a la vez que se dudaba de que el dinero fuera realmente empleado en la construcción de ferrocarriles. En medio de ese malestar, un accidente precipitó el estallido de la revolución.

El movimiento en favor de la República y de la revolución se había iniciado quince años antes, cuando el doctor Sun Yat-sen, un meridional de la región de Cantón, tras fracasar en su intento de interesar al entonces todopoderoso virrey, Li Hung-chang, en un plan de reforma, empezó a conspirar contra la dinastía y en 1895 atacó sin éxito la ciudad de Cantón. Forzado a huir y puesta a precio su cabeza, el doctor Sun alcanzó fama mundial cuando la embajada manchú en Londres le secuestró con la intención de enviarlo a su país para que allí fuera ejecutado. El doctor Sun-Yat-sen consiguió, sin embargo, hacer llegar un mensaje a un viejo amigo, el doctor Cantlie, antiguo médico misionero en China; éste informó a las autoridades británicas, las cuales obligaron a la legación a poner en libertad a su cautivo. El melodramático episodio sirvió para dar una extraordinaria publicidad a los revolucionarios.

En los años siguientes, el doctor Sun, que pasaba el tiempo entre Hong Kong, Malaya, Japón y Estados Unidos, prosiguió infatigablemente la tarea de reunir fondos y ganar adeptos para la revolución. Se realizaron otros varios intentos de levantamiento o de ataque, principalmente en la región de Cantón, pero todos fueron mal llevados y no dieron resultado. En 1909 se dieron no menos de tres tentativas frustradas. En 1905, el doctor Sun había formado en Tokio un nuevo partido, o, mejor, una sociedad secreta revolucionaria, llamada *T'ung Meng Hui*, cuyo objetivo era propagar las ideas revolucionarias entre los numerosos estudiantes chinos que habían ido al Japón para adquirir una instrucción moderna (para «beber tinta extranjera», como decían gráficamente los chinos).

Este proceso era el resultado de la insistencia con que, desde comienzos de siglo, todo el país reclamaba reformas y modernización, y del ignominioso fracaso de la política cortesana de apoyo al movimiento bóxer. Millares de jóvenes chinos, casi todos de familia acomodada, marchaban al extranjero a estudiar. Muchos iban a los Estados Unidos y a Europa, pero eran más los que iban al Japón, que estaba más cerca, resultaba más barato y parecía ofrecer una educación más afín a las necesidades chinas. La corte pensaba que el Japón imperial era un ambiente más apropiado para las mentes jóvenes que las repúblicas norteamericana o francesa. La mayoría de los estudiantes becados por el Gobierno seguían cursos en Tokio, pero la diferencia era poca; una vez fuera de China, todos se encontraban bajo la persuasiva influencia de los movimientos revolucionarios o de reforma. Los monárquicos moderados e ilustrados que habían aconsejado al infortunado emperador Kuang Hsü en 1898, durante el breve ejercicio de su poder, se encontraban también desterrados en el extranjero, donde habían formado un partido monárquico constitucional. Al poco tiempo, republicanos y monárquicos se enzarzaron en polémicas a través de sus respectivos periódicos publicados en Tokio. El *Min Pao* («Diario del Pueblo») era el órgano republicano y el más influyente, pues estaba redactado por hombres de brillante talento y pluma fácil.

Bajo estas influencias, la gran mayoría de los estudiantes en el extranjero se hicieron reformistas o republicanos, lo que era igualmente mal visto por los miopes conservadores de la corte. Los monárquicos partidarios de reformas querían apresurar la entrada en vigor de la Constitución y hacer de China una monarquía al estilo de Gran Bretaña; se oponían a la revolución y confiaban en modernizar la monarquía. Los republicanos se oponían a la dinastía, a la monarquía y a todo. Se mostraban inflexibles acerca de que los manchúes fuesen arrojados del poder, e incluso de China. No veían utilidad en la reforma de la monarquía. Creían que una república significaría automáticamente la modernización de China, y que ésta alcanzaría así un honroso lugar entre las grandes naciones del mundo. En su mayoría eran jóvenes y no estaban al corriente de las realidades de la vida política china. Defendían una política de revuelta armada y hasta de asesinato de los partidarios más significados del régimen imperial.

Tras el fracaso de un gran levantamiento en Cantón, el 27 de abril de 1910, el doctor Sun salió del Japón y viajó primero por el sudeste de Asia, para recabar el apoyo de los chinos allí residentes, y más tarde por los Estados Unidos, para reunir más dinero entre la colonia china. El movimiento revolucionario de Tokio sufrió a causa de las desavenencias entre los principales dirigentes, y el *Min Pao* fue prohibido por las autoridades japonesas. Ante tales hechos, el año 1911 llevaba trazas de ser un año tranquilo para la corte. Habían fracasado varios intentos de asesinar a destacados manchúes, entre ellos el regente; estos ataques sirvieron para que la corte ganara cierta simpatía por parte de los moderados.

Se arría la bandera del dragón

Cantón había sido el centro de las primeras tentativas revolucionarias. Era el país natal del doctor Sun y de muchos de sus seguidores, aunque no de todos. El más destacado de sus colaboradores activos, Huang Hsing, procedía de la provincia de Hunan, en el Yangtse, y había integrado a muchos de sus paisanos en el partido revolucionario. Además, Huang Hsing tenía contactos con hombres que estaban sirviendo en el Ejército, y ha-

bía dirigido personalmente el levantamiento de abril de 1910. Muchos de los oficiales jóvenes habían estudiado en la Academia Militar japonesa de Tokio, donde estuvieron en contacto con estudiantes revolucionarios, y otros habían experimentado influencias similares en su período de instrucción, pues entonces circulaba en China mucha literatura revolucionaria introducida clandestinamente. La corte necesitaba un ejército moderno; pero un ejército moderno requiere oficiales cultos. Cuanto más cultos eran los oficiales jóvenes, tanto más receptivos se mostraban a la influencia de los reformistas y revolucionarios. La sociedad *T'ung Meng Hui* contaba ya a algunos de ellos entre sus asociados.

El 10 de octubre de 1911 se produjo una explosión en una casa situada en la concesión rusa del gran puerto de Hankow en el Yangtse. Al proceder la policía al registro del edificio, comprobó que era utilizada como arsenal y cuartel general por los revolucionarios. Entre los papeles confiscados figuraba una lista de miembros de la sociedad *T'un Meng Hui*, en la que estaban anotados los nombres de varios oficiales de la guarnición. Cuando éstos supieron lo que había ocurrido, se dirigieron de noche al dormitorio de su jefe, el general Li Yüang-hung, que era un monárquico leal, le despertaron y, apuntándole con sus pistolas, le dieron a escoger entre ponerse al frente de una revolución o morir. Li escogió la revolución. En la mañana del 12 de octubre, la bandera del dragón fue arriada en Wuchang, el núcleo urbano central (en la orilla meridional del Yangtse) de las tres ciudades de Wuchang, Hankow y Hanyang, que constituyen el gran complejo llamado Wuhan. Todo quedó bajo control revolucionario aquel mismo día. La revolución había empezado.

Ello no tenía nada que ver con los planes inmediatos de insurrección establecidos por el alto mando revolucionario, que tal vez se hallaba en Tokio; fue la reacción espontánea de unos oficiales revolucionarios en peligro, pero prendió fuego a un reguero de pólvora, que en unos días provocó revoluciones similares a través de todas las provincias del Sur, así como también en las provincias del Oeste. Este hecho es importante por lo que iba a suceder a continuación; la revolución fue obra de militares, no de conspiradores civiles, y conservó siempre sus características iniciales.

En todo el Sur de China las guarniciones se rebelaron y procedieron a establecer unas administraciones que, independientes al principio, se esperaba que se federarían para formar una república cuando la resistencia manchú quedara vencida. En la mayor parte de las ciudades el cambio fue pacífico. La bandera del dragón era arriada, y bastantes gobernadores imperiales tomaron partido por la revolución; no se atropelló a ninguno de ellos. En el Oeste, empero, donde algunas grandes capitales de provincia tenían guarniciones manchúes, establecidas allí desde hacía doscientos cincuenta años, tuvieron lugar escenas horribles. En Sian, capital de Shensi —donde la revolución no fue dirigida por el Ejército sino por una sociedad antimanchú, la Sociedad de los Hermanos Mayores, muy poderosa en el oeste de China—, se llevó a cabo un exterminio sistemático de los manchúes. Escenas parecidas ocurrieron en Chengtu, capital de Ssuchuan, donde fue asesinado el virrey manchú, que poco tiempo antes se había hecho famoso con la ocupación del Tibet. Las provincias más cercanas a la corte, muchas de las cuales habían sufrido en 1900 la venganza de las potencias extranjeras, cuando fue aplastado el movimiento bóxer, permanecieron leales. Pero

Una calle de Hankow, la ciudad donde empezó la revolución, tras el ataque de Yüan a los revolucionarios.





1

2



3



1 **Ilustración de una revista europea de 1912: Yüan Shih-k'ai se hace cortar la coleta, símbolo de lealtad a los manchúes.** *2* **La transformación del Ejército chino, según una revista europea; a la derecha, soldados chinos de 1911.** *3* **Sello de correos con la efigie de Sun Yat-sen.** *4* **Noviembre de 1911: revolucionarios muertos en Hanyang.**

4

si había que reconquistar el Sur, o al menos contenerlo, solamente podía hacerlo el poderoso ejército que en otro tiempo había mandado Yüan Shih-k'ai. Sin Yüan al frente, este ejército era hostil al Gobierno y estaba poco dispuesto a actuar. Por amargo que fuese, la corte, como última esperanza, no tenía otro remedio que recurrir a Yüan.

Éste no se dio prisa; sabía que era indispensable y que podía imponer condiciones. Ya había pensado la línea de acción que más tarde iba a seguir; su objetivo no era salvar la dinastía, sino sustituirla. Exigió que se le nombrase a la vez comandante en jefe y primer ministro. El regente tuvo que ceder; cuando Yüan regresó a Pekín lo hizo como dueño absoluto del futuro de la dinastía, sin ninguna lealtad hacia los hombres que habían tratado de vengar a Kuang Hsü (pero que no se habían atrevido a cortar la cabeza a Yüan, como habrían hecho sus antepasados). Asumido el mando, envió su ejército hacia el Sur y expulsó a los revolucionarios de Hankow y Hanyang, obligándolos a pasar a la orilla meridional del Yangtse, donde todavía los revolucionarios conservaban Wuchang. Entonces se detuvo.

Hacia fines de noviembre se supo que Yüan estaba negociando con los rebeldes. La conquista de todo el sur y el oeste de China no habría sido fácil ni rápida. Existía un peligro de intervención extranjera, tal vez japonesa; y los japoneses no sentían simpatía por Yüan, que años antes les había combatido en Corea. En este momento era evidente que en las grandes ciudades del sur, Shanghai y Cantón, y en otras muchas de menor importancia, la dinastía manchú ya no contaba con el respeto y la lealtad del pueblo y solamente podía recuperarlos por la fuerza. La alternativa era una división del país a lo largo de la línea del Yangtse, perspectiva que todos los chinos detestaban y que destruiría el Estado. Yüan, a quien corresponde el mérito de haberse dado cuenta de la situación, empezó a negociar con el propósito de conseguir una abdicación pacífica y, para sí mismo, una posición de dominio.

La situación del ejército revolucionario había mejorado algo con la conquista de la ciudad de Nanking, la segunda capital meridional del Imperio, el 2 de diciembre de 1911. Tras este acontecimiento, las negociaciones casi secretas, llevadas a cabo a través del cónsul general inglés de Hankow, continuaron, pero en el Establecimiento Internacional de Shanghai, que, como territorio neutral, resultaba más apropiado. El 25 de diciembre de 1911, el doctor Sun Yat-sen desembarcó triunfalmente en Shanghai y se dirigió a Nanking, declarada capital provisional de la República, donde cuatro días más tarde fue elegido presidente accidental. Ya se daba por descontado que las condiciones de Yüan incluirían el cargo de presidente para sí, de modo que la elección del doctor Sun se hizo en parte para salvar la faz del dirigente revolucionario antes de que dimitiera en favor de Yüan. El doctor Sun necesitaba reforzar de algún modo su prestigio; se encontraba en Denver, Colorado, cuando leyó en el periódico que había estallado la revolución en Hankow. Pasaron casi tres meses antes de que pusiera los pies en China, y en este tiempo la cuestión había sido ya decidida. Era evidente que él no había planeado ni dirigido el afortunado estallido revolucionario que parecía coronar sus años de conspiración y subversión. Llegada la victoria tan inesperadamente, no tenía a punto un plan de acción. Sus intentos se habían centrado en la provocación de un estallido revolucionario, y ni él ni la mayoría de sus seguidores tenían una idea clara de cómo debía ser gobernada China. Quienes tenían ideas claras a este respecto se encontraban por tanto en situación ventajosa.

Yüan Shih-k'ai no era hombre que se preocupara por las ideologías modernas. Veía la situación de manera muy simple, pero muy clara. La dinastía había «perdido el mandato del cielo», o sea, la confianza y la lealtad del pueblo chino. Pero esto nada tenía que ver con el fervor republicano, sino que era debido a sus errores y debilidades. Por lo tanto, la República debía ser simplemente un intermedio efímero; más adelante se coronaría la nueva dinastía, cuyo fundador, como tantas veces había sucedido, sería el más poderoso militar del Imperio, es decir, el propio Yüan. Este cálculo, que en algunos aspectos era perfecto, resultó equivocado en otros. Era verdad que el pueblo chino no sabía nada de democracia y no tenía idea de lo que implicaba una república; pero no lo era que los chinos hubiesen de ver con agrado la vuelta a la antigua forma de monarquía autoritaria, y todavía menos que siguieran a Yüan como al futuro nuevo emperador.

La abdicación de la dinastía se efectuó sin resistencia. La corte era impotente y no disponía siquiera de dinero, pues tan pronto como Yüan empezó sus negociaciones secretas, se apoderó del tesoro imperial y privó a la corte de su último recurso. Aseguró entonces a los regentes que no existía ninguna esperanza de seguir resistiendo; la dinastía debía abdicar, pero él, Yüan, obtendría unas condiciones satisfactorias y generosas. P'u Yi, el emperador niño, recuerda en sus memorias como presenció, sin saberlo, la escena en que Yüan presentó esta dura alternativa a la emperatriz regente Yung Lu, viuda de Kuang Hsü. La Emperatriz regente estaba llorando, y Yüan, arrodillado ante ella, tenía la cara enrojecida y llena de lágrimas. Esta actitud, inusitada en personas adultas, impresionó al niño. Era, en efecto, el gran cambio de su destino. Las condiciones que estipulaban un «trato favorable», firmadas como un tratado entre los republicanos revolucionarios y la dinastía —un convenio único y muy chino—, disponían que, a cambio de una abdicación legal que transferiría el gobierno a la República, el Emperador y su corte conservarían su título y sus rangos y dispondrían como residencia del palacio imperial (con excepción de unas pocas grandes salas de ceremonias). Dentro de este dominio continuaría siendo un soberano y sería tratado como tal por el Gobierno republicano. Conservaría asimismo, en iguales condiciones, el Palacio de Verano y todas sus propiedades privadas, y recibiría una pensión anual de cuatro millones de dólares. La abdicación tomó la forma de un edicto (publicado el 12 de febrero de 1912) en que el Emperador proclamaba la República.

El día siguiente, 13 de febrero, el doctor Sun dimitió como presidente provisional, y el 15 de febrero Yüan Shih-k'ai fue elegido en su lugar para el mismo cargo. Parte de las condiciones convenidas entre Yüan y los republicanos incluían la decisión de trasladar la capital a Nanking, en el Sur, donde los republicanos eran más fuertes y había menos inclinación por el Imperio que en Pekín. El 25 de febrero llegó a Pekín una delegación de altos jefes republicanos para escoltar al presidente provisional hasta su nueva capital. Cuatro días más tarde, a media noche, cundió la alarma en Pekín a causa de unos disparos e incendios: el Ejército se había amotinado y estaba saqueando un barrio de la ciudad, no lejos de la zona de las legaciones. El tumulto fue sofocado pocos días después, pero Yüan hizo notar entonces que le era imposible abandonar Pekín, pues si él se iba, nadie podría dominar la soldadesca. La delegación regresó a Nanking, y el presidente provisional se quedó en Pekín. En realidad, Yüan nunca pensó



El sombreado más oscuro indica las principales zonas de actividad revolucionaria.

en dejar la antigua capital; él mismo inspiró o permitió a sus hombres amotinarse para obtener este resultado.

El Gobierno permaneció en Pekín, pero el consejo revolucionario todavía se hallaba en Nanking, ocupado en organizar la elección de un Parlamento y una Asamblea Constitucional que había de inaugurar el gobierno democrático. Quien dirigía este empeño no era el doctor Sun, que se interesaba muy poco por la forma de gobierno, pues su gran tarea, el derrocamiento de los manchúes, ya estaba realizada; y, así, dejó la organización del programa político a Sung Chiao-jen, uno de sus seguidores más capacitados, de quien se ha dicho que fue el primer parlamentario chino (y podría añadirse también que el último). Sung organizó, en sustitución de la sociedad revolucionaria y secreta *T'ung Meng Hui*, un partido parlamentario al que llamó *Kuomintang* o Partido Nacionalista. Yüan, que empezaba a temer que las elecciones no fueran adecuadas a sus planes, replicó formando un Partido Republicano. El resto del año transcurrió en difíciles maniobras políticas para preparar las próximas elecciones. No se habían licenciado las tropas, el Gobierno iba escaso de dinero, no había sido reconocido aún por las potencias extranjeras, y no había realizado reformas importantes en la administración. Todo parecía haberse reducido a un cambio de nombres y a una progresiva sustitución, en las provincias, de los funcionarios civiles por gobernadores militares.

Votos en venta

Las elecciones tuvieron lugar en febrero de 1913, un año después de la caída de la dinastía. Efectuadas en un ambiente de abierta y flagrante corrupción, los votos se vendían y se compraban libremente. A pesar de todo, las elecciones dieron un señalado triunfo al *Kuomintang* o Partido Nacionalista, que obtuvo una clara mayoría; sin él no podía haber *quorum* en el nuevo Parlamento. Sung Chiao-jen parecía destinado a convertirse en primer ministro, y esto significaba la reducción de los poderes del presidente Yüan a una norma constitucional, lo que para él era absolutamente inaceptable. El 20 de octubre, Sung Chiao-jen fue asesinado en la estación de ferrocarril de Shanghai. El asesino logró escapar, pero más tarde fue detenido. Las pruebas del juicio a que se le sometió indicaron claramente que había sido un instrumento de Yüan Shih-k'ai, y desde entonces se ha admitido que Yüan tramó la eliminación de un rival peligroso. El Parlamento se reunió, pero, carente de una dirección vigorosa, se desenvolvió torpemente y resultó un cuerpo ineficaz, empeñado en interminables discusiones teóricas sobre la futura Constitución. Uno de los pocos acuerdos que tomó fue el de asignarse sueldos considerables.

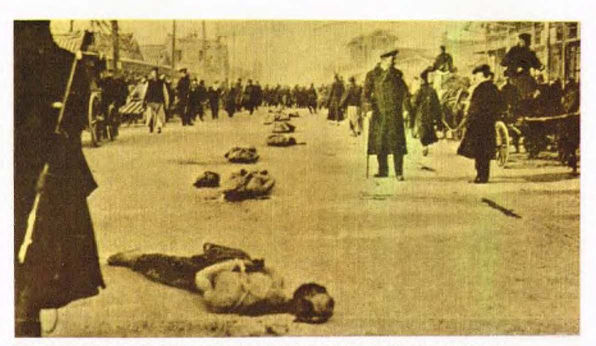
Yüan prosiguió sus planes; en marzo, cuando el Parlamento ya celebraba sesiones, anunció que había concertado un «empréstito para la reorganización» de 25 millones de libras con un consorcio de bancos de Gran Bretaña, Francia, Japón, Alemania, Rusia, Bélgica y Suecia. Esto parecía ser una aprobación de Yüan Shih-k'ai y su gobierno, por parte de las potencias extranjeras, pero fue considerado una traición a la República y se declaró que el empréstito era anticonstitucional, puesto que el Parlamento no lo había aprobado. Yüan era ahora independiente del Parlamento y podía ignorarlo. En junio empezó a sustituir a los gobernadores y comandantes militares de las provincias del Sur por hombres de su confianza, medida cuyo significado no podían ignorar los que conocían cuáles eran las verdaderas fuentes del poder. El mes siguiente los republicanos o sus comandantes militares se dieron cuenta de lo que se iba fraguando, y varias de las provincias del Sur denunciaron a Yüan y se declararon independientes. En Pekín, el Parlamento no tenía poder alguno. Después de adherirse a la denuncia de Yüan, el doctor Sun se sintió poco seguro en Shanghai y se retiró al Japón. La revuelta fracasó muy pronto, y uno de los generales de Yüan, el brutal y reaccionario Chang Hsün, reconquistó Nanking, de donde había sido echado por la revolución de 1911, y abandonó la indefensa población al capricho de sus tropas. Chang Hsün era un declarado partidario de la dinastía destronada.

Tras el fracaso de esta revuelta, en el otoño de 1913, Yüan se convirtió en dueño absoluto de la situación. Ya en agosto sus gobernadores militares habían apremiado al Parlamento para que, sin demora, le eligiera presidente, con todos los requisitos legales. El 6 de octubre los intimidados legisladores, rodeados por una turba que se negaba a dispersarse, hicieron todas las mociones necesarias y, después de un día de debate, en que nada tuvieron para comer, eligieron a Yüan Shih-k'ai presidente de China. Éste tomó pomposamente posesión del cargo cuatro días después, y las potencias extranjeras se vieron obligadas a dar su reconocimiento a este «gobierno legalmente constituido». El Parlamento había servido para el único propósito que Yüan esperaba de él; el 13 de octubre disolvió al *Kuomintang*, alegando que era un partido sedicioso, complicado en la reciente revuelta. Éste dejó sin *quorum* el Parlamento, que no podía reunirse y fue disuelto a comienzos de 1914. Era el fin del gobierno parlamentario en China: Yüan lo reemplazó por un consejo político, cuidadosa e intencionadamente escogido, que el 1 de mayo de 1914 propuso una nueva Constitución que daba al presidente todos los poderes que la última Emperatriz regente se había propuesto reservar para el Emperador en la Constitución que había prometido en 1908. Solamente se necesitaba cambiar el nombre del cargo para convertir al nuevo presidente en otro emperador. No había oposición alguna: los republicanos estaban escondidos o en el exilio; el pueblo se mostraba indiferente y apático, y una nueva dinastía había de parecerle cosa natural. El estallido de la Primera Guerra Mundial en agosto acaparó la atención de las potencias, desviándola de los asuntos de China.

Yüan ofreció unirse a los aliados; si éstos le hubiesen animado a hacerlo, el hecho podía haber tenido considerable influencia en los acontecimientos futuros. Pero el embajador británico en Pekín, hombre de carácter tímido y poco aventurado, le aconsejó que no lo hiciera, con la indignación del doctor G. Morrison, el antiguo y famoso corresponsal de *The Times*, que en este momento ejercía las funciones

de consejero del presidente chino. Los aliados temían que una intervención china en la guerra pudiera apartar de su lado al Japón, que era un aliado potencial más interesante. El Japón, en efecto, iba a entrar en la guerra como aliado de las potencias de la Entente, con lo que pudo tomar la base naval alemana de la concesión de Tsingtao, en la costa de la provincia de Shantung. Esto les parecía a los aliados más útil que todo lo que pudiera llevar a cabo el Ejército chino. Se cuenta que, en este momento, cuando fue cortada la comunicación cifrada por cable con Alemania (y todavía no existía la telegrafía sin hilos), el ministro alemán de Asuntos Exteriores acudió a la embajada china en Berlín con un mensaje sin cifrar, procedente de su ministro en Pekín, que se sentía incapaz de comprender. El mensaje decía: «Madame Butterfly desea tomar la casa; ¿debemos devolverla a su dueño?» Este mensaje «misterioso» estaba más allá de la capacidad interpretativa del ministro alemán. El embajador chino, encantado de que se le confiase un secreto semejante, se apresuró a telegrafiar a su gobierno que los alemanes sabían que el Japón estaba planeando atacar Tsingtao y por ello pensaban devolver esta base a China antes de que pudiera prepararse el ataque. Pero la hábil diplomacia china fue impotente ante la superioridad de fuerzas; los japoneses tomaron Tsingtao y China permaneció neutral.

A fines de 1914 Yüan Shih-k'ai ofreció en Pekín un sacrificio en el Altar del Cielo, lo cual constituía un rito imperial que solamente podía realizar un emperador. Esto revelaba claramente sus intenciones. En los primeros meses de 1915 se ocupó de reunir una convención, escogida con gran cuidado, pero muy numerosa, que en agosto de 1915 votó a favor de la restauración de la monarquía, y a continuación invitó a Yüan a subir al trono de una nueva dinastía. Éste se negó por tres veces, como era costumbre, y más tarde «accedió a la voluntad del pueblo». La nueva dinastía había de ser proclamada formalmente el día de Año Nuevo de 1916. Al principio, todo parecía marchar bien; las potencias extranjeras no estaban entusiasmadas, pero tenían otras preocupaciones, ya que la guerra se presentaba difícil para los aliados. El Japón escogió este momento para lanzar sus famosas Veintiuna Peticiones, y de esta forma, hiriendo el prestigio de Yüan, causó gran perjuicio a su causa. Se sabe también que desde hacía largo tiempo el Japón estaba subvencionando a sus rivales. La oposición maduraba: la clase ilustrada, desilusionada con la República, todavía se mostraba menos entusiasmada con la vuelta a la monarquía absoluta, sobre todo con Yüan en el trono, pues evidentemente en esto consistía la nueva monarquía. El hijo y heredero de Yüan era un joven impopular e incompetente, mientras que Yüan estaba envejeciendo y su salud declinaba; ninguna de estas circunstancias parecía prometedora. Los jefes militares tenían la llave del poder, y también empezaban a ver que, si como generales de una república contaban mucho, como servidores de un nuevo emperador verían disminuido su poder.



Un macabro documento fotográfico: la avenida del Este de Tientsing, jalonada por los cuerpos decapitados de los revolucionarios.

Denuncia y deposición de Yüan Shih-k'ai

En el remoto sudoeste, el poder de Yüan siempre había sido escaso. El gobernador de la provincia de Yünnan, que no era uno de sus hombres de confianza, se sublevó el día de Navidad de 1915 y denunció al nuevo emperador (Yüan empleaba ya este título y actuaba como soberano). Al principio, Yüan no se alarmó; dijo al doctor Morrison que el conflicto era local y pronto sería sofocado. Pero estaba equivocado. En enero de 1916, las provincias vecinas del sudoeste se unieron a la rebelión y, lo que era peor, las tropas enviadas contra los rebeldes se negaron a combatir y confraternizaron con el enemigo. En febrero, Yüan vio que debía aplazar su coronación hasta que se pudiera restablecer el orden. Pero era demasiado tarde; gobernador tras gobernador, general tras general, todos le abandonaron, y, finalmente, en un telegrama conjunto, le pidieron la abolición de la nueva dinastía y de la monarquía. El 22 de marzo, Yüan, abrumado por tales defecciones, cedió. Abandonó el trono, abolió la monarquía y volvió a tomar la presidencia. Esta curiosa deposición no fue del agrado de sus rivales. Los republicanos, que habían cobrado nuevos alientos, volvieron a su antigua plaza fuerte de Cantón; y los generales no iban a confiar en el hombre al que habían dejado en la estacada. La revuelta continuó, pero Yüan no quería dimitir. Se puso enfermo de tristeza y desilusión, y se vio con claridad que sus días estaban contados. Murió el 6 de junio, siendo todavía presidente, y se le rindieron honras fúnebres a escala casi imperial.

Yüan había fracasado porque no se le tenía confianza, a causa de su reputación de traidor. Había traicionado al emperador Kuang Hsü, a la dinastía manchú, y finalmente a la República. Eran demasiadas traiciones. Los fundadores de dinastías habían sido hombres de gran personalidad, capaces de inspirar lealtad y devoción, cosa que Yüan no logró. Su fracaso y su muerte sumergieron a China en una nueva y prolongada confusión, en una guerra civil y en nuevas etapas de la revolución. Pero marcan una época: el fin de la primera fase de la revolución china, el fracaso del republicanismo democrático y también de la monarquía restaurada. Los tempestuosos años que se avecinaban iban a presenciar los intentos de otras soluciones, entonces todavía desconocidas.

C. P. Fitzgerald

Las grandes huelgas

El período anterior a la Gran Guerra fue una época de grave enfrentamiento industrial. A ambos lados de la barrera económica las actitudes se iban endureciendo, y el resultado fue una serie de encarnizadas huelgas en todos los grandes países industriales. Este análisis se refiere a tres de ellos: Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia.

Trabajadores de la industria del vestido en una huelga en Nueva York, 1913; sus demandas están escritas en inglés, italiano, ruso y hebreo. ***Abajo:*** **Gran Bretaña, 1911. Una agitadora arenga a una multitud de trabajadores del transporte de Londres en el curso de una huelga.**





En los años del siglo XX que precedieron a la I Guerra Mundial, el problema más amenazador fue la cuestión obrera. Cierto que la cuestión balcánica era irritante y el problema franco-alemán obsesivo; pero los diplomáticos se las habían arreglado ya muchas veces para evitar una guerra general en Europa. ¿Por qué no habrían de conseguirlo una vez más? En cambio, existía un sentimiento general difuso acerca de la imposibilidad de evitar un choque entre la burguesía, firmemente atrincherada tanto en el Estado como en la economía, y las masas obreras, más y más numerosas e impacientes. Las huelgas mostraban cada vez mayor alcance y gravedad, y sus líderes estaban inflamados por la esperanza de una inminente y total liberación. A veces, el pánico se apoderaba de aquellos que permanecían al lado del orden establecido. Como el Imperio Romano de otros tiempos, que vio cómo cedían sus fronteras al embate de los bárbaros, así el Occidente industrializado esperaba el asalto del proletariado a una ciudadela de privilegios, cuya destrucción se temía.

Las huelgas no eran nada nuevo. Los historiadores las encuentran registradas en tiempos tan remotos como los de los faraones. El hecho de que las dirigieran organizaciones obreras y sindicatos era, en todo caso, tranquilizador, ya que estos organismos imponían en ocasiones el orden en disputas que al principio eran incontroladas, con lo cual podía forjarse un orden nuevo si se combinaban el deseo de conciliación de los patronos y la moderación de los militantes inteligentes.

Pero en las últimas décadas del siglo XIX las nubes de tormenta empezaron a acumularse, y ambos bandos mostraron actitudes más hostiles. Las empresas industriales se concentraban en sociedades muy poderosas, y los que las dirigían se negaban a aceptar acuerdos en que los sindicatos limitasen su libertad; no se mostraban dispuestos a compartir su autoridad, tanto si se trataba de la aplicación de las leyes impuestas por la política social (leyes que deseaban escasas y flexibles), como si se trataba de decidir a quién debían contratar o despedir, y de qué manera debían mantener la disciplina en sus fábricas. Los dirigentes de las grandes empresas eran contrarios, sin excepción, al principio de la negociación colectiva.

La fusión de organizaciones obreras en federaciones, e incluso confederaciones, fue muy anterior en el tiempo a la concentración de las organizaciones de patronos. Pero la situación cambió: como respuesta a los sindicatos, normalmente constituidos por trabajadores, fueron creándose frentes comunes de patronos industriales. La mecanización transformaba la naturaleza del trabajo industrial: los trabajadores especializados, que necesitaban para su formación tres años de aprendizaje y algunos más de práctica, pasaron a ser una minoría, superados en número por obreros no especializados, llegados del campo o del extranjero, a quienes se adiestraba en pocos días y se podía pagar bastante menos. Se hallaban éstos sometidos a la ley de la oferta y la demanda, y era fácil sustituirlos en caso de huelga o cuando planteaban cualesquier problemas; su única arma era el peso del número, evidenciado en las manifestaciones callejeras y en las elecciones.

Así, la acción de los trabajadores iba asumiendo un carácter político precisamente en el momento en que la naturaleza del Estado experimentaba un cambio. Después de una larga tradición de hostilidad a las huelgas, los Gobiernos habían llegado finalmente, hacia 1900, a tolerarlas, y a contentarse con defender el derecho al trabajo y con mantener la ley y el orden, mientras dejaban que los hechos determinasen en cada disputa el verdadero equilibrio de fuerzas. Pero a medida que el propio Estado se transformaba gradualmente en patrono, con numerosos funcionarios y obreros, los Gobiernos tuvieron que decidir lo que debían hacer cuando las huelgas se extendían a sectores vitales de la vida de la nación. Un Estado cuyos ferroviarios, mineros y funcionarios de correos se declarasen en huelga estaba amenazado de parálisis. En Gran Bretaña, que necesitaba importar tres cuartas partes de sus alimentos, una huelga de marineros o de trabajadores portuarios significaba la amenaza del hambre.

Aunque ignorados por la mayoría, que

consideraba los acontecimientos desde puntos de vista heredados del pasado, estos nuevos factores explican por qué, a comienzos del siglo XX, se hacían tentativas para reducir la autoridad de los sindicatos y debilitar el arma de la huelga.

Gran Bretaña, patria de origen de los sindicatos

Hoy sabemos que en los años comprendidos entre 1890 y 1914 la producción industrial de Gran Bretaña fue superada por la de los Estados Unidos. Pero entonces nadie se percataba de ello: el mundo continuaba considerando como guía a Gran Bretaña, la patria de la revolución industrial y de los sindicatos. ¿Qué clase de ejemplo ofrecía Gran Bretaña?

Paradójicamente, las huelgas parecían disminuir allí al empezar el siglo: de 719 en 1899 a 346 en 1904. El número de miembros de las *Trade Unions* (sindicatos) descendía también: en 1901 había 1.190.609, y en 1904 solamente 1.177.159. Además, mientras que entre 1889 y 1890 el 40 % de las huelgas había terminado con la victoria de los trabajadores, sólo la obtuvo el 23 % en los años 1901-1905.

Aun cuando podamos sentirnos tentados a atribuir estas cifras a una menor belicosidad sindical, las verdaderas razones son otras.

Ciertos patronos se aprovecharon del largo período de gobierno de los conservadores (1895-1905) para atacar a los sindicatos —compuestos todavía en amplia medida por trabajadores especializados— en un terreno legal en el que no tenían defensa. Cuando, en agosto de 1900, estalló una huelga en el ferrocarril Taft Vale, en Gales del Sur, la compañía llevó el caso a los tribunales, donde se decidió que podía demandarse a un sindicato por daños causados por agentes suyos durante una huelga. Revocada la sentencia en una apelación, fue confirmada por la Cámara de los Lores, y el sindicato tuvo que pagar 30.000 libras esterlinas. De ese modo se vieron amenazados el derecho a la huelga y el derecho a formar sindicatos.

Ello irritó extraordinariamente a los militantes, que buscaron su venganza en el campo político. Gracias a la creencia general británica en la libertad de comercio y a la hostilidad hacia el proteccionismo, los trabajadores votaron en masa, en las elecciones de 1906, en favor de los liberales, que resultaron victoriosos. Los vencedores no supieron apreciar el apoyo de la clase obrera: conocían su carácter precario y ello reforzó su tendencia a menospreciarlo. El mismo año hubo trabajadores elegidos como independientes, y ya libraba su batalla política el Partido Laborista.

El 21 de diciembre de 1906 se daba fuerza legal a la *Trade Disputes Act*, que, revocando la sentencia de Taft Vale, protegía a los sindicatos de procesos como el que había dado la victoria a los patronos. Incluso se consideró legal, con ciertas condiciones, el empleo de piquetes de huelga utilizados por los sindicatos para persuadir a los vacilantes a que se sumasen a ella. A partir de entonces, el número de huelgas empezó a crecer de nuevo —349 en 1905 y 1906, 585 en 1907—, hasta que en 1908, por una serie de circunstancias, descendió a 389.

Al mismo tiempo, los sindicatos, que estaban haciendo un doble esfuerzo para organizar a los trabajadores no especializados y acabar con las rivalidades de las distintas ramas mediante la creación de federaciones o sindicatos generales, crecían considerablemente: en 1911, eran 1.661.000 los trabajadores afiliados al Congreso de las *Trade Unions.* El gobierno liberal no consiguió, como había esperado, sacar provecho alguno de la mayor tran-

«Vísperas de la huelga», cuadro del pintor belga Eugène Laermans.



quilidad reinante. Las huelgas iban a empezar a ser cada vez más frecuentes.

Años tumultuosos

Ya en 1907 hubo una seria amenaza de huelga en los ferrocarriles, a consecuencia de la excesiva duración de las jornadas de trabajo, los numerosos accidentes laborales y la insuficiencia de los salarios. Los ferroviarios no hablaban todavía de nacionalización, pero querían que sus sindicatos fuesen reconocidos por las compañías. Lloyd George, que, como ministro de Comercio, era responsable de esta materia, se las arregló para impedir la huelga: negoció un acuerdo entre los ferroviarios y las compañías, que iba a establecer una jerarquía de juntas de conciliación para examinar las demandas, sin forzar a las compañías a reconocer a los sindicatos. Las compañías se negaron a admitir que los ferroviarios estuvieran representados en las juntas de conciliación por sindicatos regulares.

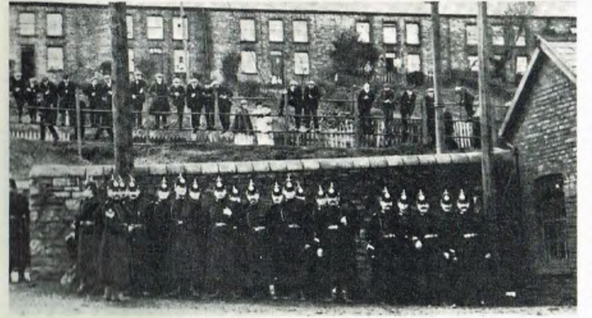
Lloyd George mostró la misma comprensión y habilidad cuando se enfrentó con otras disputas. En 1908 fue nombrado canciller del Exchequer (ministro de Hacienda), y Winston Churchill le sucedió en el Ministerio de Comercio hasta 1909. En 1910, el Gobierno no logró impedir huelgas importantes en los yacimientos de carbón del Norte y de Gales, en los astilleros del Clyde y en las hilanderías de Lanark. Aquel año hubo mayor número de huelgas, y más huelguistas que en ningún otro, desde 1893. Con frecuencia los sindicatos habían de ocuparse de buscar una solución pacífica en conflictos que no habían deseado ni provocado —huelgas «no oficiales»—; temían siempre que los choques entre los piquetes de huelga y las fuerzas del orden pudiesen degenerar en reyertas sangrientas y enajenarles así la opinión pública. La tensión aumentó en 1911. La Internacional de marineros difundió una orden de huelga que no fue atendida en la mayor parte del mundo, pero sí en Gran Bretaña. El nuevo transatlántico *Olympic* quedó inmovilizado, y las celebraciones de la coronación de Jorge V sufrieron un trastorno. Hubo alborotos, violencia, saqueos, incendios premeditados y sabotajes. En el preciso momento en que los patronos estaban haciendo concesiones y las cosas parecían ir calmándose, hubo en Londres repercusiones imprevistas. Se temía el hambre; el precio de la carne se duplicó; a los transportistas no se les permitía efectuar su servicio a menos que exhibieran pases firmados por Tom Mann (un destacado militante sindicalista), en Liverpool, o por Ben Tillet (famoso secretario general de la *London Dockers' Union* —Sindicato de Trabajadores Portuarios Londinenses—), en Londes. De ese modo, una autoridad surgida del seno de las masas obreras reemplazaba a la autoridad legal. Finalmente, los patronos concedieron salarios más elevados, y reconocieron a los sindicatos.

Pero el 15 de agosto los secretarios de cuatro sindicatos ferroviarios reunidos en Liverpool hicieron llegar un ultimátum a las compañías: «Negociad con nosotros en el plazo de veinticuatro horas, o habrá una huelga nacional.» La huelga nacional se inició, efectivamente, el 18 de agosto. Una vez más fue Lloyd George el que logró la conciliación. Utilizando la amenaza de una guerra que entonces parecía inminente (era el momento de la crisis de Agadir) obtuvo la reincorporación al trabajo, a cambio del restablecimiento de una comisión de conciliación. El problema, aunque no sin choques, fue perdiendo violencia. Las conclusiones de la comisión decepcionaron a los sindicatos, que no habían conseguido ser reconocidos. Hubo también agitación entre los mineros, que protestaban contra un sistema de salarios basado en la productividad de unas minas agotadas. A pesar de algunos acuerdos que retrasaron las acciones huelguísticas durante meses, los mineros dejaron de trabajar en Escocia y Gales, y empezaron a considerar la posibilidad de una huelga general. Algunas compañías cedieron; otras se reafirmaron en su actitud; por 445.800 votos contra 115.300 se decidió comenzar una huelga el 1 de marzo de 1912.

Una compleja fórmula de compromiso ideada por el primer ministro Asquith quedó en nada. Un millón de mineros fueron a la huelga; un millón de trabajadores se vio amenazado de desempleo. A toda prisa, el Gobierno aprobó una medida que prometía el establecimiento de un salario mínimo, a fijar por veintiuna juntas de comercio de distrito. Un tercio de los mineros quería continuar la huelga, pero, finalmente, en abril reanudó el trabajo. En mayo hubo otra huelga en los muelles de Londres, que, sin embargo, no se extendió a otros puertos y fracasó. El escenario de las grandes huelgas se trasladaba ahora al suelo irlandés. El año 1913 fue el de mayor número de huelgas en Irlanda, y 1912 aquel en que hubo más huelguistas (1.462.000) y en que se perdieron más jornadas de trabajo (40.890.000).

Estados Unidos: choques brutales

En los Estados Unidos, el número de huelgas y de miembros de los sindicatos creció constante y rápidamente desde comienzos del siglo. De 1893 a 1898 se produjeron 7.029 huelgas, en las que intervinieron 1.684.249 trabajadores; de 1899 a 1904, estas cifras ascendieron a 15.463 y 2.564.782 respectivamente. En 1901 hubo grandes huelgas en la industria del acero; en 1902, en las minas de antracita; en mayo del mismo año, 150.000 mineros re-



«Grave conflicto con los mineros de Gales» era el título de esta fotografía, publicada en 1910 por la revista inglesa «Sphere». La policía aparece guardando la entrada de una mina de carbón en Gales del Sur. Era ésta una de las zonas británicas más afectadas por los conflictos laborales; además, los mineros galeses figuraron entre los huelguistas más decididos.

clamaron la jornada de ocho horas, un aumento de salarios del veinte por ciento, y el reconocimiento de su sindicato. Las compañías hicieron uso de rompehuelgas profesionales, y el resultado fue una serie de choques sangrientos. Al acercarse el invierno continuaba la huelga de los mineros del carbón y había escasez de antracita. El presidente Theodore Roosevelt propuso una comisión de conciliación y, con el apoyo del dirigente minero John Mitchell, consiguió la reanudación del trabajo. Al final, los mineros obtuvieron la jornada de nueve horas, y un aumento del diez por ciento en sus salarios; los sindicatos no fueron reconocidos, pero se estableció un comité de enlace.

Con una previsión no siempre apreciada, la *American Federation of Labor* (Federación Norteamericana del Trabajo), A.F.L., trató de organizar a los trabajadores no especializados, que con frecuencia eran inmigrantes recién llegados de la Europa meridional y oriental. En 1900 se creó la *International Ladies Garment Workers Union* (Sindicato Internacional de Trabajadores del Vestido Femenino), que unía a los obreros que trabajaban en esa industria, judíos polacos en su mayoría; fue un caso excepcional, dado que la presencia en la misma fábrica de trabajadores de orígenes y lenguas distintos solía serles un impedimento para organizarse y permitía a los patronos beneficiarse de las divisiones. Éstos podían también acudir a agencias especializadas, que les proporcionaban detectives, informadores, y rompehuelgas profesionales: a ese negocio se le conoció, por el nombre de una de dichas agencias (la Pinkerton), como «pinkertonismo». No es sorprendente, pues, que en los Estados Unidos las huelgas se desarrollasen con una brutalidad más acentuada que en la Europa de aquellos mismos años.



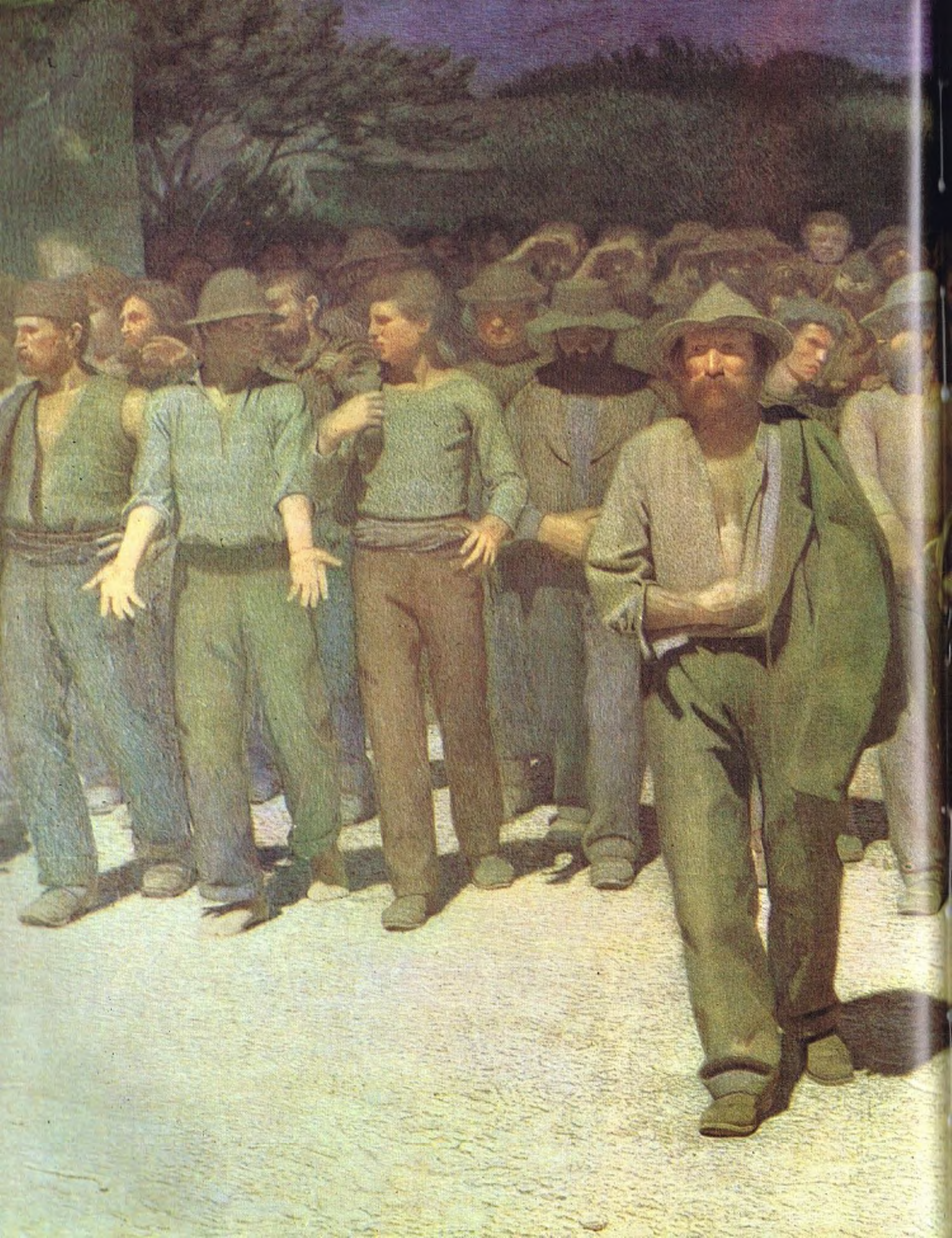
Esta ilustración antisindicalista de la revista francesa «Le Petit Journal», de 1911, llevaba la siguiente leyenda: «El tirano. Patronos y obreros se someten con igual docilidad al despotismo del organizador de huelgas.»

El reinado del Talón de Hierro

Los patronos norteamericanos formaron la *National Association of Manufacturers* (Asociación Nacional de Fabricantes), para resistir unidos al sindicalismo y a las demandas obreras. Los sindicatos trataban de conseguir que en cada fábrica se emplease sólo a sus afiliados; los patronos se esforzaban para impedirlo, y, de hecho, solían preferir a los obreros no sindicados. Uno de los retoños de la *National Association of Manufacturers*, el *National Council of Industrial Defense* (Consejo Nacional de Defensa Industrial), vigilaba las actividades legislativas de los miembros del Congreso, advertía a los patronos si se hacía una propuesta peligrosa, y utilizaba todos los medios posibles para hacerla abortar. Otra de estas agrupaciones, la *American Anti-Boycott Association* (Asociación Norteamericana Antiboicot), se ocupaba de proteger a sus miembros contra el boicot, los piquetes y las huelgas, que presentaba como «conspiraciones» de los obreros, contrarias a la letra y al espíritu de la Constitución de los Estados Unidos.

Bajo la influencia de tal asociación, la Ley Sherman, dictada por el Congreso en 1890 para luchar contra los *trusts* de patronos, fue empleada contra los sindicatos; mediante requerimientos, los tribunales ordenaron a los sindicatos que suspendiesen las huelgas, y en ocasiones les hicieron pagar los daños. Como la Cámara de los Lores, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos sostuvo esa interpretación de la ley. La A.F.L., que en 1904 había alcanzado la considerable cifra de 1.676.000 afiliados, comenzó a decrecer. Por aquel entonces (1907), Jack London, en una novela de anticipación cargada de sombrío pesimismo, predijo el advenimiento del reinado del *Iron Heel* (Talón de Hierro) sobre el pueblo de los Estados Unidos.

La *American Federation of Labor* intervino también en política, en un intento de





«El Cuarto Estado», pintura del artista italiano Pelizza da Volpedo. El año 1905 fue para Italia singularmente grave en el campo de las relaciones laborales.

conseguir un estatuto que prohibiese la utilización de la Ley Sherman contra los sindicatos. Aun cuando fracasó, el voto masivo de los obreros en favor del demócrata Woodrow Wilson, en 1912, fue un factor importante para la elección de éste. El 15 de noviembre de 1914, la Ley Clayton proclamaba que el trabajo humano no era una mercancía, y establecía que la legislación antitrusts no podía utilizarse en ningún sentido contra los sindicatos. La A.F.L. reanudó su marcha ascendente, y en 1914 contaba con 2.020.000 miembros.

Francia: el culto a la huelga

También en Francia el aumento del número de trabajadores no especializados repercutía sobre los conflictos laborales. A pesar de la derrota de los mineros en 1902, el sindicalismo francés se hallaba a la ofensiva. Creada en 1895, reorganizada en 1902, la *Confédération Générale du Travail* (C.G.T.) contaba con numerosos militantes anarquistas. Estaba inspirada por el sindicalismo revolucionario que alcanzó su mejor expresión en la Carta de Amiens, en 1906. El sindicato, que era ya el órgano de la resistencia contra los patronos, sería pronto el núcleo en torno al cual se construiría la nueva sociedad; como asociados, en sus lugares de trabajo, los obreros dirigirían las fábricas. La revolución se implantaría única y exclusivamente mediante huelgas generales. En esa concepción no había lugar alguno para los partidos políticos, que eran despreciados sin excepciones o distingos, ni para la acción parlamentaria, que se consideraba un engaño, ni para el Estado, destinado a la destrucción. A los ojos de los adictos a la nueva fe, no había duda alguna de que la revolución estaba al alcance de la mano. Cuando, en el Congreso de Bourges (1905), la C.G.T. decidió una huelga general para el primero de mayo de 1906, pretendía imponer a los patronos la aceptación de la jornada de ocho horas, pero esperaba también que aquella fecha sería el punto de partida de un movimiento que iría más lejos; en el fondo, contaba ya los días que faltaban para la emancipación. «Yo creía que la revolución estaba cerca», escribiría el obrero electricista Gaston Guiraud, más tarde secretario de la *Union des Syndicats de la Région Parisienne*. A las grandes esperanzas de los trabajadores correspondía el gran temor de la burguesía, que empezó a acumular provisiones como para un caso de sitio.

Frenada por una huelga en los distritos mineros del Norte (que siguió al desastre del 10 de marzo en Courrière, donde hubo 1.200 muertos), la acción del primero de mayo obtuvo unos resultados modestos. Pero la confianza de los dirigentes no disminuyó. En 1907 tuvieron la satisfacción de ver que los obreros de la industria vinícola del Languedoc se alzaban contra el Estado, y posteriormente observaron que la inquietud existente en la industria privada se extendía a los servicios públicos: a los de correos en 1909, y a los de ferrocarriles en 1910.

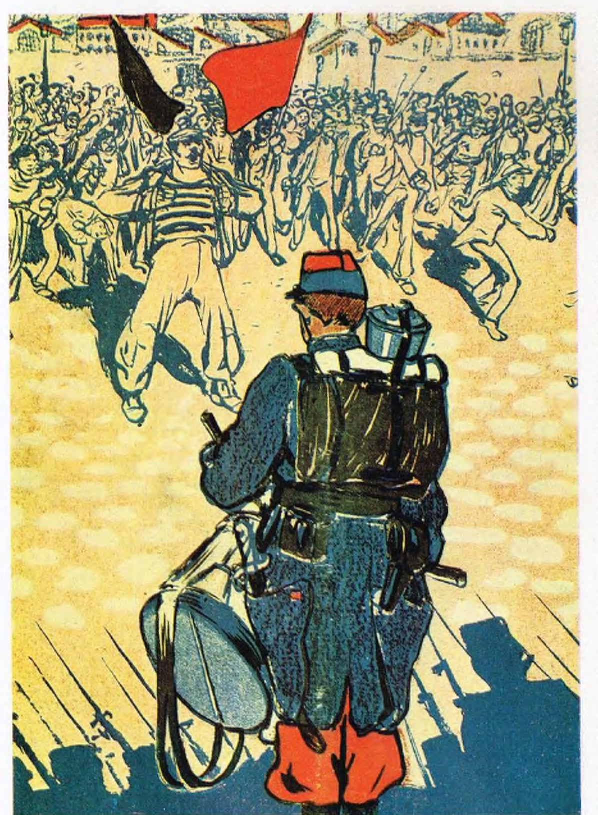
En oposición al viejo tipo de sindicalismo, cuya sensatez ensalzaban con una admiración harto sospechosa los patronos franceses, el sindicalismo revolucionario francés se convirtió en un polo de atracción. Los socialdemócratas alemanes, en cambio, le eran hostiles: *Generalstreik, Generalunsinn* («Huelga general, locura general»), decía Auer. Más sutilmente, Beatrice y Sidney Webb, los historiadores del sindicalismo británico, sometieron la «doctrina sindicalista» a examen crítico: si los trabajadores se hacen con el control de las fábricas, ¿quién protegerá a los consumidores, y quién defenderá a los obreros mismos contra sus nuevos jefes? Sin embargo, los eslavos y los latinos miraban el sindicalismo con simpatía. ¿Acaso la huelga general de 1905 en Rusia no había estado a punto de triunfar? También hubo militantes anglosajones que se sintieron atraídos: notablemente, Tom Mann, quien, después de una larga estancia en Australia, regresó convencido de que los arbitrajes eran injustos para los trabajadores; Mann estaba en contacto con Jouhaux, secretario de la C.G.T. francesa, y con el grupo *Vie Ouvrière*. Otro que sintió la atracción fue James Connolly, en quien se unían el nacionalismo irlandés y la belicosidad revolucionaria, el marxismo y el catolicismo. El sindicalismo revolucionario inspiró también en los Estados Unidos a la *Western Federation of Minners* (Federación de Mineros del Oeste), que en 1913 organizó grandes huelgas en Colorado, y, sobre todo, a la mayoría de miembros de la *Industrial Workers of the World* (Trabajadores Industriales del Mundo), I.W.W. —los *Wobblies*—, organización fundada en 1905, que trataba de encuadrar a los obreros recién inmigrados que habían hallado empleo en los bosques y minas del Oeste. Gracias a una gran huelga textil en Lawrence, la I.W.W. alcanzó también la costa atlántica. Sin embargo, las autoridades y la gran burguesía hicieron objeto a los *Wobblies* de una persecución sistemática, culminada en el asesinato legal de su líder Joe Hill, un inmigrante sueco, ejecutado en Utah bajo una falsa acusación de atraco (1915).

Un mito inspirador

Las sucesivas derrotas no desalentaron a los sindicalistas revolucionarios. Para Georges Sorel, que se había convertido en su teórico, lo importante no era que se produjese la esperada huelga general, sino que la gente creyese que iba a ocurrir. Tal convicción sostenía a los trabajadores en sus derrotas. Si Sorel valoraba la huelga general como un mito inspirador, en cuanto a los militantes, lo que le daba valor era su extensión a tantos países diferentes: Rusia, en 1904-1905; Holanda, en 1903; Suecia, en 1902 y 1909; Italia, en 1900, 1904-1905, 1911 (contra la guerra de Trípoli) y 1914 (en Ancona); Bélgica, en 1913 (en defensa del sufragio universal), etc. Los militantes creían que el tiempo estaba de su parte. Pero la evolución de los hechos a partir de 1914 quebrantó todas sus esperanzas. En adelante, durante muchos años sólo sería posible un nuevo tipo de sindicalismo que procurase economizar las huelgas en vez de presentar batallas a muerte. Era el final de una era.

Ni entonces ni después han sido capaces los historiadores de deducir las leyes que gobiernan las huelgas. Se ha reconocido que tienden a ser menos numerosas, más cortas y menos eficaces en períodos de depresión; podría añadirse, sin duda, que una huelga triunfante conduce a otras, pero que, al final, la huelga se derrota a sí misma, porque la resistencia de los patronos (apoyada muchas veces por el Estado y por parte de la opinión pública) se endurece, mientras los obreros se cansan. Quizá sea también necesario tomar en consideración la opinión expresada por un sindicalista de la época, Georges Dumoulin, que escribió, refiriéndose a los mineros: «Psicológicamente, una huelga es una necesidad periódica. En última instancia, hay que respirar y dejar reposar los nervios.» Así, una huelga sería, en parte, una rebeldía del hombre aprisionado en la fábrica o en la profundidad de la mina; pero sigue siendo imposible calcular cuándo se producirá, porque son muchas las variables que aquí intervienen.

En el curso de aquellos años se plantearon muchos problemas que madurarían más tarde, pero ninguno de los cuales fue resuelto. Los abogados seguían discutiendo si una huelga rompía o meramente suspendía un contrato. Los patronos mantenían que había ruptura, puesto que el contrato había dejado de ser respetado.



Cartel izquierdista francés: los huelguistas se enfrentan al Ejército.

Los sindicalistas replicaban que el huelguista no quería abandonar su empleo, sino que sólo deseaba mejorar sus condiciones de trabajo. Sindicalistas, patronos y autoridades públicas estaban en desacuerdo acerca de los piquetes de huelga. Eran una institución necesaria, decían los sindicalistas. Eran un quebrantamiento del derecho a trabajar, replicaban los patronos. En la práctica, las autoridades las toleraban dentro de ciertos límites. Sindicalistas y patronos diferían también en cuanto a las condiciones de empleo. Para la mayoría de los patronos, la libertad de contratación era la condición *sine qua non* de su autoridad; para la mayoría de los sindicalistas, la exigencia de que los contratados estuviesen sindicados era la condición *sine qua non* de su propia libertad. Los economistas deploraban el número de días de trabajo perdidos; los sindicalistas replicaban que más se perdían por las fiestas religiosas y por el paro. Algunos mantenían que muchas veces debían pasar años para que los obreros recuperaran con el aumento de sus salarios lo que habían perdido en una huelga prolongada. Pero los sindicalistas insistían en que muchas veces la mera amenaza de una huelga era suficiente para lograr importantes mejoras, y que la amenaza sería ineficaz si nunca hubiese huelgas.

La verdad es que durante aquellos años ambos bandos se equivocaron con frecuencia. Los patronos se equivocaban al creer en la posibilidad de que el derecho a la huelga y a la constitución de sindicatos fuese abolido en un régimen democrático; tal vía llevaba a un poder dictatorial que tampoco dejaría, ni mucho menos, intacta la autoridad de los patronos. Los sindicalistas se equivocaban por su parte al creer posible la eliminación de la autoridad de los patronos y la realización de la idea de «la mina para los mineros», sin que mediara un cambio revolucionario; se equivocaban también al ver la huelga general como el camino hacia la liberación completa: el rumbo seguido por la historia en los años sucesivos no apuntaba hacia la desaparición del Estado. Ninguno de los dos lados previó con claridad las dos transformaciones esenciales que iban a tener lugar en la naturaleza y la implantación de la huelga.

Hasta aquel momento, la huelga había sido para los obreros un medio de conseguir justicia en una prueba de fuerza; pero era cada vez menos un objetivo en sí misma y cada vez más una señal de aviso que invitaba a las autoridades a intervenir activamente. El Estado dejó de ser el vigilante neutral que propugnaban los economistas liberales; y, así, trató de prevenir las huelgas por medio de una política social y de arbitrar las disputas que, por su misma naturaleza, importancia, o duración, amenazaban la vida del país.

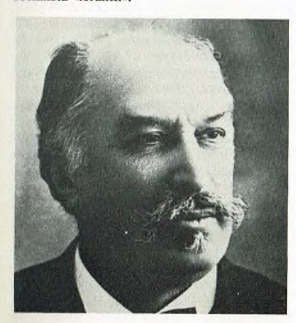
Bajo la dirección de los nuevos gobernantes, y bajo la presión de las huelgas, el Estado no pudo seguir quedando al margen de los conflictos sociales y evolucionó hacia métodos de los que había sido heraldo Jean Jaurès en *L'Armée nouvelle.* Las relaciones entre patronos y asalariados habían dejado de ser un asunto bilateral.

Georges Lefranc

La Semana Roja italiana

Giovanni Giolitti había tratado de unir Estado y pueblo. Llegada la prosperidad a las ciudades del Norte, pareció que Giolitti había logrado superar el riesgo —auspiciado por los socialistas— de un choque heroico entre el proletariado y el Estado burgués. La Semana Roja de 1914, empero, puso de manifiesto que seguía bastando una pequeña chispa para incendiar toda Italia.

Giovanni Giolitti, el hábil político que dominó la vida pública italiana desde 1903 hasta la Primera Guerra Mundial. *Abajo:* **el joven Benito Mussolini, cuando era director del periódico socialista «Avanti!».**





A la caída de la tarde del 7 de junio de 1914, unos setenta policías trataron de impedir que doscientos trabajadores marchasen hacia el centro de Ancona, un puerto italiano de la costa del Adriático. Se produjo un choque del cual resultaron muertos tres de los manifestantes. El Partido Socialista, incitado por Benito Mussolini, director del periódico del partido, *Avanti!*, dispuso una huelga general en todo el país. En la Italia central, y particularmente en la Romagna, una zona tradicionalmente «subversiva», la respuesta fue tan violenta que tanto los dirigentes sindicales como las autoridades perdieron el control de la situación. En la mañana del 10 de junio, la pequeña ciudad de Fabriano, en la provincia de Ancona, proclamó la República y enarboló la bandera roja. El día siguiente, un general del Ejército y seis oficiales rindieron sus espadas a los campesinos en la provincia de Ravena. Ésa fue la Semana Roja, que por un momento hizo creer que la revolución había triunfado en Italia. Sin embargo, dos días después toda agitación había cesado, y tanto las fuerzas del orden como los dirigentes de los partidos populares trataban de explicarse cómo se había producido y qué significaba la Semana Roja. El asesinato del archiduque Francisco Fernando, ocurrido dos semanas más tarde en Sarajevo, y el subsiguiente estallido de la Primera Guerra Mundial, acabaron de apagar los rescoldos de aquel episodio crucial y desviaron la atención de la lucha de clases en Italia.

Antecedentes sociales y económicos

En los mismos años en que la industria pesada comenzaba su rápido desarrollo en el Norte, una guerra de aranceles con Francia, iniciada como represalia por la ocupación de Túnez en 1881, cerró el principal mercado al que se exportaban los cítricos del Sur, lo cual, combinado con la baja mundial de los precios agrícolas, sumió en la miseria a los campesinos de las regiones meridionales. La economía de la Italia septentrional se desarrolló a un ritmo mucho más rápido que la de la Italia central y meridional, especialmente en términos de renta *per capita*, puesto que la población aumentaba más rápidamente en el Sur. Lo que ha llegado a llamarse «la cuestión meridional» se impuso a la atención del Parlamento cuando algunos intelectuales destacados denunciaron la indiferencia de la clase dirigente, y cuando, en los momentos de desesperación, estallaron esporádicamente huelgas y rebeliones aisladas, que en 1893-1894 culminaron en la huelga, despiadadamente reprimida, de los *fasci* sicilianos, un grupo político de trabajadores de los yacimientos de azufre.

A medida que la industria se desarrollaba en el Norte, entre 1880 y 1900, los sindicatos y las organizaciones cooperativas iniciaron una rápida expansión. La cerrada hostilidad que manifestaban los grupos extremistas —principalmente republicanos y anarquistas— a mantener cualquier tipo de contactos con la monarquía burguesa comenzó a ceder cuando tales grupos cayeron en la cuenta de que sus aspiraciones a una mejora económica podían satisfacerse más eficazmente mediante la acción de una representación política: en 1892 fue fundado el Partido Socialista Italiano (P.S.I.), y en 1895 el Partido Republicano Italiano (P.R.I.). Mientras los republicanos reclutaban sus partidarios principalmente en las pequeñas ciudades y en el campo de la Italia central, especialmente en la Romagna, los socialistas concentraron su atención casi exclusivamente en las ciudades industriales del Norte y del centro. Los campesinos del Sur, empero, estaban abandonados a la explotación de los terratenientes. El error fatal del P.S.I., como denunció implacablemente uno de sus miembros más perspicaces, el historiador Salvemini, fue el de no acertar a vincular el proletariado del Norte con el campesinado del Sur en un movimiento verdaderamente nacional.

Derecha: **el espíritu de la Revolución conduce a los obreros durante la Semana Roja. Desgraciadamente para los huelguistas, el mero espíritu revolucionario no garantizaba la victoria.**





Principales zonas afectadas por los disturbios de la Semana Roja en Italia.

La construcción de un nuevo equilibrio político

La primera gran crisis del Estado liberal tuvo lugar en los últimos años del siglo XIX, al extenderse por todo el país las agitaciones económicas. Cuando en 1898 los obreros de Milán empezaron a manifestarse, las autoridades, presas de pánico, proclamaron el estado de sitio; la muerte de más de un centenar de personas a consecuencia de ello aseguró al comandante general, Bava Beccaris, una siniestra reputación. El primer ministro, Antonio di Rudini, se vio obligado a dimitir, pero su sucesor, el general Pelloux, intentó introducir una serie de leyes para limitar la libertad de asociación, la libertad de prensa y el derecho a la huelga. Era un desafío directo al Estatuto de 1848, que garantizaba las libertades constitucionales del país, y parecía ser el preludio de un golpe de Estado autoritario, apoyado por los círculos militares y por la corte. A los partidos de izquierda se unieron los miembros agraviados de los partidos constitucionales, no solamente de izquierda, sino también del centro, y sus diputados se entregaron a tácticas obstruccionistas que obligaron a Pelloux a tratar de imponer las leyes por decreto. Los tribunales declararon ilegales estos decretos, y después de las elecciones generales de 1900 Pelloux dimitió.

Los hechos de 1898 dejaron una huella profunda en la política italiana. En los meses que precedieron a la Semana Roja de 1914, el recuerdo de aquel año llevó a la infundada creencia de que los diputados demócratas se unirían de nuevo a los izquierdistas contra un gobierno conservador, aunque no autoritario. En 1924, el recuerdo de 1898 fue igualmente un elemento que condicionó las reacciones de la oposición antifascista ante el asesinato del dirigente socialista Giacomo Matteotti, e influyó en su decisión de abandonar el Parlamento. Pero su consecuencia inmediata fue que la clase dirigente liberal abandonó la idea de que podía seguir gobernando al país a la manera tradicional, sin la participación activa de la mayoría de la población. Giolitti tuvo que intentar la incorporación de las masas: unir Estado y nación y crear «italianos», ahora que ya estaba creada «Italia».

A no ser por la prosperidad económica que Italia compartió con el resto de Europa en los primeros catorce años del siglo XX, es poco probable que Giolitti hubiese tenido tanto éxito. Con la llegada de la prosperidad disminuyó la tensión. Pero la zona del país más beneficiada por la prosperidad fue la Italia del Norte; allí se creó un islote de obreros industriales relativamente privilegiados en medio de un mar de campesinos desamparados. Giolitti explotó esta diferencia para asegurarse la mayoría parlamentaria, al mismo tiempo que ensanchaba la base en que apoyar el consentimiento del país. Por una parte, perfeccionó o dejó subsistir las tácticas «transformistas» basadas en la intimidación y corrupción (sobre todo en las elecciones del Sur); por la otra, alentaba el desarrollo del movimiento socialista, evitando interferencias en los conflictos industriales (como en la huelga general de 1904), e incluso subvencionando a las cooperativas.

La política de Giolitti, que se dirigía al fortalecimiento del ala moderada y reformista del P.S.I. al demostrar las ventajas de la colaboración parlamentaria, logró un éxito considerable. Pero no llegó al triunfo total debido a la existencia, en el partido, de una fuerte ala extremista, «maximalista», que se negaba al compromiso y planteaba demandas máximas de reforma, impidiendo que dirigentes reformistas como Filippo Turati participasen en ninguno de los gobiernos de Giolitti. Sin embargo, incluso cuando los maximalistas dominaban el P.S.I. (como en 1904-1906), Giolitti mantenía el control de la situación volviéndose hacia la derecha, apelando al apoyo de las fuerzas de orden, especialmente los católicos, y convocando elecciones generales. El éxito de esa táctica de equilibrio entre la izquierda y la derecha se reflejó en el fracaso de las huelgas generales convocadas por los maximalistas en 1904, 1906, 1907 y 1911. En 1910 no era descabellado pensar que Giolitti había creado un «sistema» nuevo y relativamente permanente. La camarilla liberal parecía incapaz de producir una verdadera oposición de derecha que pudiera resistir a la seducción de Giolitti; los católicos estaban al parecer reconciliándose con la existencia de un Estado secular. En cuanto a las izquierdas, los maximalistas no podían negar la evidencia de reformas sociales concretas; en cambio, los republicanos, aunque poco dispuestos a admitir la derrota, sólo podían brindar por el final de la monarquía en fiestas a las que posiblemente asistía el prefecto real.

La caída de Giolitti

Al cabo de tres años este equilibrio precario se había roto. Empezaron por atacar la corrupción del «giolittismo» tanto los círculos políticos como los intelectuales, ataques que hallaron su mejor expresión en el feroz panfleto de Salvemini, que personificaba a Giolitti como «el ministro del hampa». Por lo que hace referencia a las derechas, un movimiento nacionalista, pequeño pero vocinglero, atacaba el carácter pedestre y materialista de la política de Giolitti e incitaba a Italia a asumir un papel imperial en África. En la izquierda, las fuerzas antirreformistas se reafirmaban en su intransigencia revolucionaria. El Partido Republicano expulsó a sus representantes parlamentarios que parecían en peligro de ser absorbidos por el sistema. Dentro del P.S.I., los maximalistas, espoleados por el joven demagogo Benito Mussolini, consiguieron imponerse, con sus maneras clamorosas, en el Congreso de Reggio Emilia (1912), y expulsaron a los líderes reformistas Leonida Bissolati e Ivanoe Bonomi. La intolerancia de los sindicatos socialistas (*Confederazione Generale del Lavoro*, C.G.L.) hacia las tácticas reformistas condujo finalmente a una escisión y a la creación de la *Unione Sindicale Italiana* (U.S.I.) en noviembre de 1912. La U.S.I., junto con el sindicato independiente extremista de fe-

rroviarios, contaba con unos 200.000 miembros.

En 1911-1912 Giolitti intentó recuperar el control del partido mediante sus dos maniobras más espectaculares: la conquista de Trípoli, destinada a minar el terreno a los nacionalistas, y la concesión del sufragio universal a los varones, dirigida a debilitar a las izquierdas, al introducir una gran masa de votos católicos. Pero, de manera inesperada, ambas medidas erraron el blanco. Porque, si bien la campaña de Trípoli privó de su programa a los nacionalistas, el coste de su financiación empeoró la mala situación económica de Italia. Además, este descarado imperialismo —revelador de la verdadera naturaleza de un Estado burgués y de una monarquía de mentalidad militarista— ofreció a los partidos de izquierda un eficaz aglutinante: el antimilitarismo. Y tampoco las elecciones de 1913 cumplieron las aspiraciones de Giolitti, porque, a pesar del apoyo católico, el número de diputados liberales descendió de 382 a 310, mientras que los socialistas aumentaron su representación de 41 diputados a 79, y los radicales constitucionales anticlericales de 45 a 73. Cuando los radicales, irritados por el acuerdo de Giolitti con los católicos, le retiraron su apoyo, Giolitti cayó, y le reemplazó el líder de los liberales del ala derecha, Antonio Salandra.

Situación explosiva

Así, en 1913 habíase producido en Italia una situación nueva y potencialmente explosiva. En la derecha, el apetito de los extremistas había sido estimulado por la conquista de Trípoli, al tiempo que se formaba un nuevo gobierno a cuya cabeza estaba un político conocido por sus opiniones autoritarias y que había sido ministro del malhadado gobierno de Pelloux. En la izquierda, la consigna de antimilitarismo permitió a los grupos revolucionarios superar sus hostilidades personales y unirse por primera vez desde 1898. El regreso a Italia, en 1913, del veterano dirigente anarquista Errico Malatesta y del sindicalista revolucionario Alceste de Ambris aumentó la tensión y subrayó la determinación de los revolucionarios de avivar la lucha de clases. Para los sindicalistas revolucionarios de la U.S.I., seguidores de las *Réflexions sur la violence* («Reflexiones sobre la violencia») de Sorel, el único camino para la destrucción del Estado burgués era la huelga general. Para Malatesta y los anarquistas, más escépticos en cuanto a la conciencia revolucionaria de los sindicalistas, se necesitaba una minoría activa para provocar una huelga general y llegar así a una insurrección de masas. Para los republicanos, solamente una situación revolucionaria podría conducir al derrocamiento de la monarquía y del militarismo. Para Mussolini, según él mismo escribía en *Avanti!*: «El socialismo italiano no tiene detrás de sí una Comuna, como el socialismo francés, ni trece años de leyes excepcionales, como el socialismo alemán. El socialismo italiano necesita vivir un día heroico e histórico, necesita chocar como un bloque contra el bloque burgués.»

Ya en enero de 1913 la muerte de siete manifestantes a manos de la policía, en Roccagorga, había amenazado con provocar la violencia general. En el otoño de 1913 y a principios de 1914 mantuvieron un clima de tensión ciertas agitaciones antimilitaristas en apoyo de un anarquista y un sindicalista revolucionario que habían sido llamados al servicio militar. En la primavera de 1914, una disputa entre el sindicato revolucionario de ferroviarios y el Gobierno parecía ser el preludio de una huelga general. Pero en el último momento el sindicato cedió, y Malatesta se vio obligado a buscar otra oportunidad.

La ocasión que deseaba Malatesta le fue proporcionada por los desfiles militares tradicionales del primer domingo de junio, cuando se conmemoraba el Estatuto de 1848. Malatesta propuso que se realizaran manifestaciones antimilitaristas en todo el país; tales manifestaciones deberían coincidir con los desfiles. Como era de esperar, Salandra prohibió estas manifestaciones públicas; pero a pesar de ello, Malatesta dirigió un mitin privado en Ancona, el 7 de junio. La reunión terminó pacíficamente, y Malatesta se retiró. Fueron las precauciones excesivas de un oficial de policía, que bloqueó las salidas de la estrecha calle contigua a la Villa Roja donde había tenido lugar la reunión, lo que condujo al choque y a la muerte de tres personas que participaron en el acto.

La Semana Roja

Los acontecimientos de la Semana Roja pueden ser reconstruidos con gran detalle gracias a las transcripciones de las conversaciones telefónicas entre los dirigentes del P.S.I. y la C.G.L., registradas por la policía y conservadas en los archivos del Estado. Dichas conversaciones revelan hasta qué punto el movimiento tomó por sorpresa a los dirigentes obreros, y su falta de preparación para aprovechar aquella situación revolucionaria.

La huelga general era inevitable, porque los dirigentes del P.S.I. y de la C.G.L. habían acordado, tras el choque de enero de 1913, que se procedería así en caso de que hubiera nuevas muertes. Pero subsistía una ambigüedad: la mayoría de las organizaciones de la C.G.L. había votado en favor de una huelga formal de protesta por un período limitado, mientras que los líderes maximalistas del partido querían una huelga indefinida. Los maximalistas, dirigidos por el secretario del partido, Lazzari, y por Vella, deseaban que los sindicalistas no se les ade-

El Ejército y la Policía unen sus fuerzas en las calles de Turín durante los violentos disturbios de la Semana Roja italiana.



lantasen en la proclamación de la huelga general. En la mañana del 8 de junio consiguieron persuadir al directorio del partido para que declarase la huelga, sin especificar cuándo terminaría y sin esperar a la decisión de los dirigentes de la C.G.L., que habían de reunirse en Génova el día 9. Vella ni siquiera telefoneó al secretario de la C.G.L., Rigola, como había sido convenido: se limitó a enviarle un telegrama que fue interceptado por la policía. Rigola se enteró de la huelga por la oficina de prensa del partido, a primeras horas de la tarde del día 8, y no pudo hacer otra cosa que aceptar el hecho consumado. La U.S.I. y el Partido Republicano proclamaron la huelga general el mismo día. Sólo el sindicato de ferroviarios, que era verbalmente el más agresivo de todos, la retrasó hasta el día siguiente, exponiéndose así a las acusaciones de Malatesta de dar pie a que llegasen a Ancona refuerzos de la Policía y del Ejército. En efecto, la vacilación del sindicato resultó grave: los telegramas que envió finalmente a sus 104 grupos locales fueron interceptados y sólo dos de los cinco mensajeros personales llegaron a su destino sin retraso. De este modo, aunque las comunicaciones por ferrocarril sufrieron alteraciones, nunca llegaron al paro total.

La huelga general duró dos días, y fue suspendida por Rigola al atardecer del día 10, debido a las presiones de muchas de las federaciones locales, incluida Venecia, dominada por el líder maximalista Serrati. Pero incluso antes de que Rigola cursara la orden, el cuartel general sindicalista revolucionario de Parma había ordenado ya el final de la huelga, que no había conseguido paralizar el país. Los dirigentes locales habían sido incapaces de proporcionar una dirección adecuada al movimiento precisamente allí donde habían estallado las manifestaciones más violentas, y, al segundo día, las contramanifestaciones de los estudiantes nacionalistas y de la burguesía amenazaban con un nuevo derramamiento de sangre. Hasta Malatesta reconoció la impotencia de los huelguistas, inermes contra las tropas armadas: «Vuestro error ha sido no estar preparados. En consecuencia, hoy tenemos que mantenernos tranquilos. Os lo aconsejo así para evitar nuevas muertes».

La huelga tuvo mayor éxito en algunas zonas donde el desarrollo sindical había sido más intenso. En la Italia central, y especialmente en Emilia y Romagna, la huelga fue casi total; las manifestaciones fueron relativamente débiles en Roma, pero estallaron con violencia en Terni, Florencia, Bolonia, Parma y en muchas de las ciudades menores. En el Norte hubo demostraciones de masas y choques en Milán y, sobre todo, en Turín, donde 30.000 obreros fueron a la huelga. Pero en Liguria la huelga sólo afectó al puerto de Génova y a los astilleros de Sampierdarena, y en el Véneto solamente a la misma Venecia. En el Sur, se limitó a Nápoles, Palermo, Apulia y el importante puerto de Bari, que fue escenario de violentos incidentes. Excepto en la Romagna, en parte de las Marcas y en la Apulia, la huelga afectó solamente al proletariado urbano, y, en consecuencia, fue fácilmente controlada por la policía y las tropas concentradas en las ciudades. Fue ello una clara prueba de la debilidad del movimiento obrero, por su falta de penetración en el campo. Por el contrario, la inesperada continuación del levantamiento en la Romagna —una de las pocas regiones en que los campesinos estaban organizados— mostró el inmenso poder de un movimiento combinado de obreros y campesinos.

El 10 de junio, al atardecer, parecía que las agitaciones habían terminado. Salandra se había enfrentado a la huelga con mucho cuidado, consciente del peligro de repetir las tácticas autoritarias de 1898. La Cámara de Diputados se lo recompensó con un impresionante voto de confianza: 254 votos contra 112. Pero, irónicamente, durante aquellas mismas horas la huelga se transformó en una insurrección de masas en la provincia de Ravena.

¿Revolución en Ravena?

La llanura de Ravena era uno de los fortines de la «subversión» en la Romagna, donde los jornaleros agrícolas y los aparceros seguían a los socialistas y a los republicanos revolucionarios. Unos 18.000 huelguistas habían acudido en bicicleta a Ravena, para una concentración en la mañana del día 10. Los oradores del mitin —republicanos, un socialista y un anarquista— incitaron a los campesinos, que, al volver al campo, difundieron el rumor de que había estallado la revolución en Ravena, Milán, Florencia y Roma. La mañana del día 11, las carreteras y líneas férreas habían sido bloqueadas, y los cables de teléfono cortados. Desde las seis de la tarde del 10 de junio hasta las once de la noche del día siguiente, las autoridades de Roma no pudieron establecer contacto con la zona. Durante estas horas, el general Agliardi se rindió a un bloqueo campesino para evitar un derramamiento de sangre. El prefecto de Ravena entregó la autoridad al Ejército, que restableció el control sobre la ciudad durante la tarde del día 11. Veinticuatro horas después terminaba la insurrección, cuando los diputados republicanos Pirolini y Chiesa y el joven director de un periódico republicano, Pietro Nenni, recorrieron la comarca difundiendo la noticia de que la huelga general había llegado a su fin.

Pese a su fracaso, la Semana Roja fue la mayor acción italiana de masas desde los días de la unificación. Parece indudable que la espontaneidad del levantamiento tomó por sorpresa a los dirigentes obreros y puso de manifiesto su incapacidad para organizar y explotar una situación revolucionaria. La explicación del líder maximalista Serrati, pocos días después, revelaba una actitud mental que no tenía nada en común con la firme determinación de Lenin: «No podíamos ni debíamos obedecer a la masa amorfa de los no organizados (es decir, de los huelguistas no sindicados). Eso no significa que yo no sea partidario de la revolución y de las barricadas. Pero no creo que la situación de Italia permita pensar seriamente en la revolución... Apedrear a las tropas no es suficiente, y predicar la revolución a hombres desarmados es un asesinato.»

La Semana Roja defraudó las esperanzas de revolución inmediata alentada por los «subversivos». Pero, tras las inevitables recriminaciones, sobrevivió su unidad de acción. Socialistas revolucionarios, republicanos, sindicalistas revolucionarios y anarquistas siguieron decididos a preparar, esta vez más seriamente, la revolución. Su nuevo vínculo de unión, basado en la lucha de clases y el antimilitarismo, parecía ofrecer una garantía, cuando un mes más tarde estalló la Primera Guerra Mundial, de que Italia no se uniría a las potencias militaristas, Alemania y Austria-Hungría. Pero no fue suficiente para asegurar la neutralidad de Italia, porque los republicanos sintieron la necesidad de intervenir en nombre de los principios democráticos, mientras que los sindicalistas revolucionarios y Mussolini —rompiendo con su partido— vieron la oportunidad de crear una situación revolucionaria mediante la guerra. Solamente los socialistas, reafirmados en sus convicciones antimilitaristas por las experiencias de la Semana Roja, se mostraron decididos a no intervenir en una guerra imperialista y burguesa. Y, dado que la gran masa del proletariado seguía a los socialistas, el efecto de la guerra fue exacerbar aún más la lucha de clases.

S. J. Woolf

Las emigraciones internacionales

Los años comprendidos entre 1900 y 1914 fueron años de emigraciones en masa. De las tierras superpobladas de Europa partieron millones de personas, atraídas por la esperanza de un brillante futuro. Con frecuencia, iban a quedar desengañadas; pero eso no disminuyó el volumen ni la importancia del movimiento migratorio.

A comienzos de siglo, el movimiento migratorio de grandes masas de población originó complejos problemas sociales y políticos, tanto en los países receptores como en los de procedencia, que iban a tener serias consecuencias en las relaciones internacionales.

El índice más elevado de la emigración, especialmente a países no europeos, se registró durante los quince primeros años del siglo. Durante este lapso de tiempo, la media anual de emigrantes fue de un millón; en el momento culminante, entre 1906 y 1910, el promedio llegó a 1.380.000. La media anual más alta de 1886 a 1898 había sido inferior a 780.000; en años anteriores la cifra no había pasado de 400.000 emigrantes.

Los países de procedencia

Las cifras correspondientes a los países de origen no son menos impresionantes. De 1900 a 1915, Italia ocupó el primer lugar, con cinco millones de emigrantes. Le siguieron Gran Bretaña y Austria-Hungría. Rusia y España dejaron sentir su peso en el campo de la emigración: Rusia, con más de 400.000 emigrantes por lustro; España, con más de 600.000 sólo entre 1911-15.

Estas cifras a veces desorientan, ya que de un mismo Estado podían emigrar grupos de muy distinto origen étnico. El caso



Una familia de emigrantes rusos recién desembarcados en Nueva York.

de Rusia es muy significativo: 25 % de polacos y 50 % de judíos figuraban entre sus emigrantes.

Durante este período, los Estados Unidos de América fueron la meta de la gran mayoría de emigrantes. A partir de 1911 esa atracción de los EE.UU. disminuyó en provecho, principalmente, de Canadá, Argentina y Australia.

Emigrantes asiáticos

La falta de registros dignos de crédito hace difícil el examen de los movimientos migratorios internacionales en Asia y África.

Hubo, por ejemplo, movimientos migratorios desde Japón, a partir de 1885; de 1906 a 1907 habían aumentado, aunque ligeramente: 36.000 emigrantes salieron en 1906, 25.000 en 1907; pero sólo se registraron de 8.000 a 15.000 salidas anuales hasta 1912. La mayor parte se dirigía a Hawai, y otros a México, Canadá y los Estados Unidos. Una minoría se trasladó a Sudamérica, y algunos a países del Extremo Oriente, como Formosa (antes de 1908) y Corea (después de 1911). En 1909, 140.000 japoneses se habían establecido en los Estados Unidos, y 66.000 en Hawai.

La situación en China era similar. Los puntos de destino para gran número de emigrantes eran Hawai, Canadá y México. Muy pocos chinos trataron de entrar en los Estados Unidos o en Australia, a causa de la hostilidad que estos países sentían hacia los inmigrantes orientales. Por el contrario, el Transvaal, en África del Sur, necesitaba mano de obra; por consiguiente, se concluyó un acuerdo con dicho país mediante el cual, entre 1905 y 1910, fueron trasladados al Transvaal 178.000 chinos. Muchos de los emigrantes chinos se encaminaban al Asia sudoriental y a Indonesia. Según estadísticas de Hong-Kong, la emigración china a los Establecimientos de los Estrechos (Malaca y Singapur) ascendió de 80.000, en 1900, a más de 140.000, en 1913. Siam, Malaya y las Indias Orientales Holandesas admitían libremente inmigrantes chinos.

La emigración de la India se dirigió también hacia el Asia sudoriental, especialmente a Ceilán y Malaya. Las estadísticas británicas dan un número decreciente de emigrantes indios: 17.700 entre 1901 y 1905, y 9.100 entre 1911 y 1915. Muchos de ellos iban con contratos de trabajo.

El emigrante

El emigrante es un tipo particular, con un carácter bien definido por los psicólogos y sociólogos de la época, que con frecuencia ha figurado en la literatura y en el arte.

Respecto a los varios tipos de emigrantes, una primera distinción a tener en cuenta es la de los sexos. Entre los judíos, casi la mitad (44 por ciento) eran mujeres. En términos generales, entre un 38 y un 40 por ciento de emigrantes del noroeste de Europa (británicos, alemanes, escandinavos y franceses) estaban compuestos por mujeres. En cambio, de los emigrantes de la Europa central y oriental (polacos, magiares y otros), las mujeres sólo figuraban en la proporción de un 30 a un 33 por ciento. En el caso de los italianos, la proporción desciende hasta el 22 por ciento.

Estas referencias se corresponden con los diversos tipos de emigración, que van desde familias enteras hasta individuos aislados, desde la emigración forzada hasta la que busca una simple mejora en las condiciones de vida. Además, la proporción entre los sexos variaba según la estación del año, al igual que las razones de la emigración y el tipo de emigrante.

Las mismas referencias se encuentran cuando se efectúa una clasificación por edades. En general, era raro que emigrasen niños menores de catorce años; sin embargo, en el caso de los emigrantes judíos los niños constituían casi una cuarta parte del total.

Hay también tipos de emigración basados en diferentes niveles económicos y sociales. Así, los trabajadores agrícolas y no especializados formaban el grueso de los emigrantes de Italia y de la Europa oriental, mientras que más de la mitad de los emigrantes británicos eran trabajadores adiestrados en diversas ramas de la actividad industrial, el comercio o los transportes. En cuanto a los judíos, más de las tres cuartas partes se habían dedicado ya al comercio.

Motivos y consecuencias

Aunque es difícil analizar la «pulsación» (el flujo y reflujo de la marea migratoria) en un período de tan pocos años, debe notarse que las condiciones económicas de los Estados Unidos de América durante aquellos años eran atractivas y estimulaban la inmigración. Todo emigrante tenía que encontrar un empleo que le proporcionase un medio de vida, y los Estados Unidos estaban todavía escasos de mano de obra. Lo mismo puede decirse del Canadá, de algunos países de Sudamérica y de África del Sur, y, en cierta medida, de Australia.

La situación económica de algunos Estados, como Gran Bretaña, Francia y Alemania, les permitía proporcionar más empleos en su propio territorio. Eso ayuda a explicar por qué las cifras de emigración descendieron en dichos países, mientras que los apuros persistentes, o agravados, de Austria-Hungría, Rusia, Italia o España aumentaban el impulso emigratorio.

Es tentador considerar el exceso de población como una de las causas de las emigraciones. Esto, sin embargo, no es siempre así, pues depende en gran parte de la interacción entre demografía y economía (entre el número de habitantes y la prosperidad industrial y comercial o las condiciones agrícolas). Además, son pocos los que dan el paso radical de la emigración sin elegir antes su lugar de destino, elección que depende de las circunstancias económicas del país receptor y del país de origen.

La emigración de masas hace necesaria una organización y una legislación especial. Ya se han mencionado los obstáculos opuestos a la inmigración de las razas «amarillas» por los Estados Unidos, por otros Estados de América, y por Australia. En cambio, estos países alentaban a los emigrantes europeos mediante la legislación, la propaganda y unos servicios especiales. Algunos países facilitaban incluso la emigración de sus propios ciudadanos. Diversos acuerdos mutuos favorecieron al principio el desarrollo de la migración internacional, pero con el tiempo fueron surgiendo conflictos que muchas veces indujeron a algunos países receptores a negarse a admitir inmigrantes procedentes de determinados Estados, lo que obligó a negociar convenios especiales.

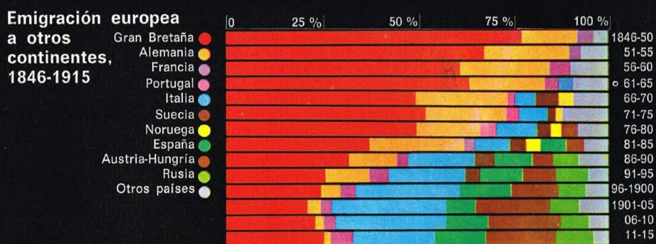
Aparte de estas condiciones generales, había consideraciones de una naturaleza más limitada. Un número creciente de judíos fueron empujados a dejar Rusia y la Europa central, intimidados por los *pogroms* de 1906, y su emigración llegó a convertirse en un verdadero éxodo.

Los efectos de estos movimientos de población fueron de vasto alcance. La inmigración tuvo una enorme parte en el poblamiento de América (especialmente de la del Norte) y de Australia. Los efectos más visibles se reflejan en las cifras de población, grandemente incrementada por los inmigrantes, no tanto en las regiones menos pobladas de los países receptores como en los grandes centros industriales, ansiosos de aumentar su potencial de trabajo. A la inversa, la emigración disminuía el peso de la pobla-

Movimientos mayores



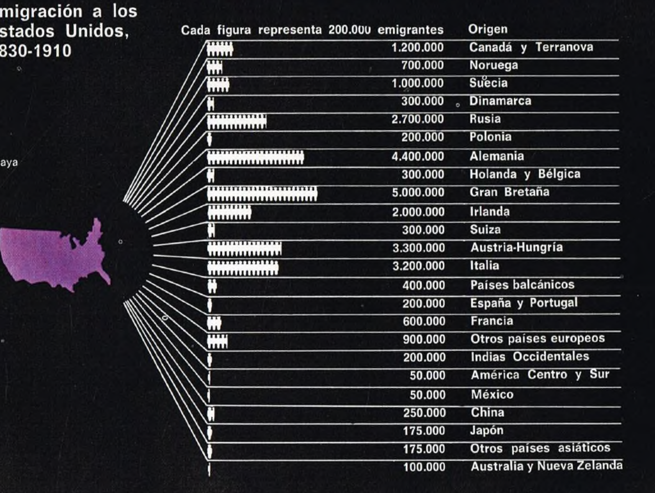
Emigración europea a otros continentes, 1846-1915



Movimientos menores

Origen	Destino
Austria-Hungría	Rusia
Bélgica	Francia
Irlanda	Gran Bretaña
Japón	Hawai y América del Norte
China	Hawai, Malaya, Siam
India	Ceilán, Indonesia, Indias Orientales Holandesas, Malaya
Persia y Turquía	Rusia
Rusia	Siberia y Turquía
Italia	Trípoli, Túnez, Francia Europa Oriental

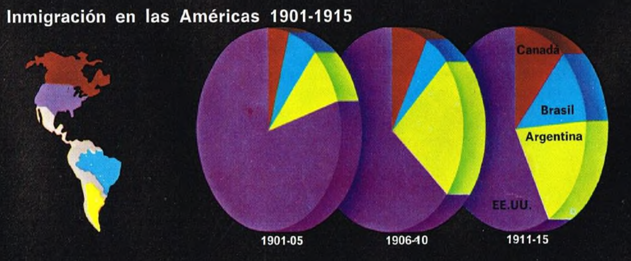
Emigración a los Estados Unidos, 1830-1910



Cada figura representa 200.000 emigrantes

Emigrantes	Origen
1.200.000	Canadá y Terranova
700.000	Noruega
1.000.000	Suecia
300.000	Dinamarca
2.700.000	Rusia
200.000	Polonia
4.400.000	Alemania
300.000	Holanda y Bélgica
5.000.000	Gran Bretaña
2.000.000	Irlanda
300.000	Suiza
3.300.000	Austria-Hungría
3.200.000	Italia
400.000	Países balcánicos
200.000	España y Portugal
600.000	Francia
900.000	Otros países europeos
200.000	Indias Occidentales
50.000	América Centro y Sur
50.000	México
250.000	China
175.000	Japón
175.000	Otros países asiáticos
100.000	Australia y Nueva Zelanda

Inmigración en las Américas 1901-1915



UNA ÉPOCA DE EMIGRACIONES DE MASAS

Izquierda: principales desplazamientos migratorios. *Derecha:* emigración desde los principales países europeos *(arriba)*, y afluencia inmigratoria a los Estados Unidos *(centro)*. *Abajo:* variaciones del movimiento migratorio hacia los principales países americanos.



«Los emigrantes», escultura italiana. En 1910-1914 abandonaron Italia 5 millones de personas.

ción sobre las economías de los países que la alentaban, aunque la elevada proporción de adultos jóvenes entre los emigrantes tendía a debilitar la actividad de la población que permanecía en el país. En casos extremos, la población entera de un país resultó adversa y permanentemente afectada, además de ver reducido su número; tal fue el caso de Irlanda.

Las consecuencias económicas siguen por lo general el mismo patrón. La inmigración aumenta la prosperidad del Estado receptor, sin empobrecer necesariamente al Estado que proporciona los emigrantes. Un ejemplo de esto es Italia, porque el dinero enviado al país por sus emigrantes —y la proporción de los que regresaban—, lejos de disminuir la prosperidad italiana, la incrementó en mayor o menor grado. Pero la situación se invierte cuando tiene lugar una crisis económica en el país receptor de emigrantes: éstos pasan a ser considerados como una carga por su país de elección, y han de tratar entonces de conseguir ayuda financiera de su país de origen, además de verse en peligro de deportación.

Los efectos sociales de la inmigración en el país receptor son complejos. Las alternativas se dan en una escala que va desde la asimilación a la segregación. El resultado depende, sin duda, de los propios inmigrantes, pero también en cierta medida de la nación que los acoge.

El gran «crisol»

El período que estamos considerando muestra precisamente las dificultades que estorbaban al gran «crisol» en su tarea de fundir poblaciones masivas y dispares. Las nuevas aportaciones, muy diferentes de la población ya establecida, tanto cultural como económicamente, provocaban una violenta resistencia que las forzaba a mantenerse como grupos distintos y diferenciados.

Por otra parte, la actitud de ciertos países de origen se parecía a la de una madre patria ansiosa de conservar sus relaciones con sus colonos y de ejercer un poder sobre éstos y a través de éstos. Una consecuencia de ello fue el fenómeno de la «doble nacionalidad», que no solamente constituyó un obstáculo para la asimilación, sino un arma de presión política que podía resultar embarazosa para los Gobiernos de los países receptores, e influir particularmente en su política exterior.

Tales consideraciones no son meras generalizaciones teóricas: presiones nacionalistas y rivalidades económicas afectaron adversamente las relaciones entre los inmigrantes y las poblaciones autóctonas, en especial en ciertos estratos sociales. La probabilidad de que surgieran tales contrastes aumentaba a causa de que los inmigrantes con frecuencia se veían obligados a buscar trabajo a cualquier precio. Muchas veces el inmigrante tenía que ocupar su lugar en el estrato más bajo de la jerarquía social, especialmente cuando era analfabeto y no poseía una especialización laboral, y, en consecuencia, le era difícil hacer amigos entre la población ya establecida. Pero los inmigrantes de elevada cualificación no encontraban difícil acceder a un estrato social superior, cuando la competencia por los empleos no era cuestión de vida o muerte. Entre estos dos extremos se encontraba el problema de la asimilación.

De hecho, la llegada de grandes grupos de emigrantes, a veces vinculados por ciertas características nacionales, tendía a introducir grupos extraños y «colonias» que se aislaban a sí mismas en el interior de otra nación. Cuanto más numerosos eran las sociedades, los maestros, los sacerdotes, las reuniones, las publicaciones, los periódicos y otros lazos con la madre patria, tanto más difícil se hacía la asimilación, y tanto mayor era la perturbación en la vida del país receptor. Frecuentemente ocurrió que los grupos inmigrantes permanecieron unidos: los jóvenes del grupo se casaban entre sí, y la lengua madre seguía siendo hablada por las nuevas generaciones. Éstas encontraron posible adaptarse, «americanizarse», por ejemplo, sin ser asimiladas: formaban una variante sociológica de su país originario.

Para combatir este peligro ha habido una tendencia no sólo a reducir el número de los inmigrantes, sino a someterlos a pruebas selectivas. A fin de eliminar a los indeseables se propusieron ciertas normas, físicas y fisiológicas, morales, culturales y económicas. Todo esto llevó al sistema de cuotas, impuesto por los Estados Unidos en 1917.

Era importante, por otra parte, que tales criterios no implicaran el riesgo de provocar medidas de represalia por parte de otro Estado suficientemente poderoso para imponerlas. La situación real había acabado por resultar muy alejada del primitivo liberalismo optimista, que pensaba en una combinación de la libertad personal con las condiciones demográficas para transferir así el sobrante de una nación superpoblada y satisfacer las necesidades de otra poblada insuficientemente.

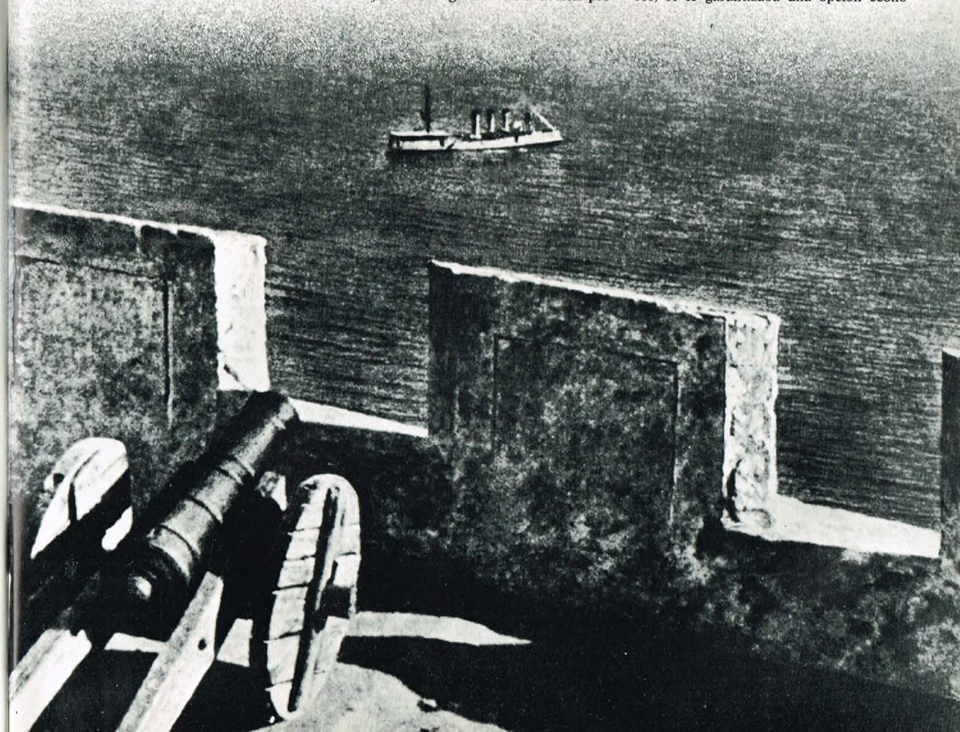
Marcel Reinhard

Crisis en Agadir

El Acuerdo de Algeciras (1906) no disipó los antagonismos en torno a Marruecos, de modo especial el que existía entre Francia y Alemania a raíz de la adquisición de posiciones en el continente africano. Alemania se sentía decepcionada por los escasos beneficios que había obtenido de la explotación económica del territorio marroquí, donde, según lo acordado en Algeciras, debía darse una igualdad de oportunidades para las inversiones extranjeras.

El caos en que se debatía el Imperio Jerifiano era motivo de inquietudes e incidentes que daban pretexto a Francia (potencia mandataria en funciones policiales) para extender su penetración. Esta actitud culminó en febrero de 1911 cuando, a instancias del Sultán, y para cubrir las formas, las tropas francesas del general Moinier hicieron su entrada en Fez, ocupación que desbordaba los límites fijados en Algeciras. Esta acción provocó a su vez la intervención española, al extenderse ésta por la zona de influencia asignada, ocupando Larache en junio de 1911 y, más tarde, Alcazarquivir.

Ante el cariz de estos acontecimientos, Alemania puso la cuestión marroquí sobre el tapete diplomático, invocando el tratado francoalemán de febrero de 1909 por el que, a cambio de reconocer la autoridad política de Francia sobre Marruecos, se le garantizaba una opción econó-



La «diplomacia de los cañoneros» en acción: el buque de guerra alemán *Berlin* entra en Agadir para socorrer al *Panther*. La exhibición de fuerza hecha por los alemanes no logró obstaculizar la gradual ocupación de Marruecos por los franceses.



Izquierda: **caricatura alemana de la época: Francia y España suplican al «tío John Bull» que impida a Alemania jugar con su barquito en aguas marroquíes. Tal como ocurriera durante la anterior crisis de Marruecos, la intervención británica en apoyo de Francia fue determinante.**

mica en cuanto a la expansión de sus intereses comerciales e industriales en el Norte de Africa. Esta expansión se extendía a las minas, a los ferrocarriles y a las obras públicas, y si la *Union des Mines*, que reunía aportaciones de Creusot, Schneider y Krupp, era símbolo de una cooperación económica real, las intrigas de otros industriales, como las de los hermanos Mannesmann con el sultán Muley Hafid, habían creado un foco de disputas en torno a las concesiones. Estos mismos hermanos, mezcla de aventureros y de hombres de presa, habían de intentar más tarde —en 1913— el arriendo de la zona española para su explotación, chocando sin embargo en su intento con la voluntad española de mantener el Protectorado, por más que el cumplimiento de esta voluntad hiciera dudar en muchas ocasiones de la rentabilidad del esfuerzo.

La acción llevada a cabo por Francia fue interpretada por Alemania como el gesto imperialista que obliga a buscar una contrapartida. Así, el Imperio Alemán reaccionó airadamente buscando una compensación económica y territorial, aunque la maniobra encubría un alcance más amplio: conmover la *Entente Cordiale* de Francia y Gran Bretaña, ya que se daba por descontado que las respuestas de estas potencias serían discordes; los franceses tenderían a negociar, mientras que Gran Bretaña —preocupada por el rearme alemán— reaccionaría de muy distinta manera.

Alemania pensó en responder a la ocupación de Fez con una demostración de fuerza, tomando como excusa la defensa de las empresas y de los ciudadanos alemanes en Marruecos. Kiderlen Wächter, ministro alemán de Asuntos Exteriores, expuso astutamente que «si Alemania se limitaba a una protesta diplomática, Francia no presentaría ninguna oferta digna de consideración; pero si Alemania hacía acto de presencia en un puerto marroquí, Francia, en su deseo de lograr la retirada, propondría condiciones aceptables». En el ínterin, Jules Cambon, embajador de Francia en Berlín, había ya insinuado, tanto al canciller Bethmann-Hollveg como a Kiderlen Wächter, que Alemania podía esperar alguna compensación a cambio de la posición francesa en Marruecos, aunque dicha compensación no fuera en el propio Marruecos.

Las buenas artes diplomáticas de Cambon no fueron suficientes para impedir la proyectada demostración; las cancillerías europeas se conmovieron cuando, en la tarde del día 1 de julio de 1911, el cañonero alemán *Panther* ancló en el puerto marroquí de Agadir. En el equilibrio estratégico europeo, la aparición del navío alemán, por más que ni su porte ni su fuerza de desembarco fueran considerables, significó un acto perturbador cuyos efectos se registraron con mayor intensidad en el Foreign Office que en el Quai d'Orsay. Y del Foreign Office repercutió sobre el Almirantazgo, donde la eventualidad de una base alemana en la costa noratlántica no entraba, en modo alguno, en sus cálculos.

En estos instantes de tensión, la bandera alemana en Agadir provocó la crisis que puso a Europa al borde de la guerra: sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico, advirtió al embajador alemán Metternich que «Gran Bretaña no podía desinteresarse del problema suscitado por la presencia de buques de guerra alemanes en la costa occidental del Atlántico». El siguiente paso fue poner en estado de «alerta» la flota británica.

El desenlace de la «crisis de Agadir» resultó largo y complicado. Las negociaciones, llevadas hábilmente por Cambon y Kiderlen Wächter, si bien coincidían en la solución discrepaban hasta cierto punto en cuanto a la extensión de las compensaciones. Las demandas de Alemania aludían al Congo Francés, a Togo y al norte del Camerún, exigencias que los franceses consideraban excesivas. Tres meses largos duró la discusión, no sin que en el mes de agosto la dificultad de hallar un laudo provocara la suspensión de las conversaciones, dando lugar a una nueva alarma general con reaparición del fantasma de la guerra. Pero ya Inglaterra había comprobado la impopularidad que despertaba una conflagración causada por la presencia de un cañonero alemán en Agadir; en Francia, por otra parte, la presencia de Caillaux al frente del Gobierno garantizaba un deseo categórico de negociar, pues Caillaux siempre se había mostrado partidario de entenderse con Alemania.

El 4 de noviembre se llegó finalmente a un acuerdo por el cual se reconocía, por parte alemana, el Protectorado francés sobre Marruecos, gestión ésta en la que Lyautey revelaría sus dotes de diplomático y de político. A cambio de este reconocimiento, Alemania obtuvo dos franjas de territorio del Congo Francés: 270.000 kilómetros cuadrados en total, entre el Camerún y el Congo Belga, con una salida al mar al sur de la Guinea Española.





Arriba: **otra viñeta alemana: el Káiser impone su puño de hierro sobre Agadir.** *Abajo:* **situación de Agadir sobre la costa atlántica de Marruecos.**

El acuerdo francoalemán puso fin a seis años de litigio en torno al avispero marroquí. Pareció que este acuerdo sería el preludio a un acercamiento sincero entre las dos potencias. Caillaux dijo que se abría «una nueva era» para las relaciones germano-francesas. No obstante, ni los *revanchards* franceses aceptaron una negociación impuesta por un gesto de fuerza, ni los pangermanistas se dieron por satisfechos con una compensación que juzgaron insatisfactoria. La «crisis de Agadir», pese a su final feliz e incruento, no hizo más que aplazar el choque entre rivales que, por la carrera de los armamentos, marchaban hacia un enfrentamiento decisivo.

Rafael Abella

La conquista de Trípoli

Trípoli, codiciada continuamente por los expansionistas italianos, era una avanzadilla casi indefensa del Imperio Otomano, y una fácil presa para una nación ambiciosa y decidida. Pero su conquista no fue el paseo militar que muchos esperaban.

Mapa de Trípoli y de las regiones limítrofes. Tras la conquista, los italianos dieron nuevamente a Trípoli su antiguo nombre griego de Libia. ***Abajo:*** **cañones italianos en acción durante el sitio de Bengasi.**





Durante muchos años, Trípoli, una provincia del Imperio Otomano, fue considerada, tanto por los italianos como por las grandes potencias, como una zona que acabaría por caer en manos de Italia al desintegrarse el Imperio Turco. Bismarck, el canciller alemán, y Salisbury, el ministro inglés de Asuntos Exteriores, se habían referido a esta situación en tiempo del Congreso de Berlín, en 1878. En 1881, los franceses ocuparon Túnez, la zona del norte de África más próxima a Italia y contigua a Trípoli. Los italianos tenían la impresión de que los franceses se les habían anticipado, pero trataban de consolarse pensando que todavía quedaba Trípoli.

Los italianos habían mostrado ya interés por otras partes de África, y poco después empezaron su penetración en el África oriental. Conquistaron Eritrea y una parte de Somalia, en los confines del Imperio Abisinio. Pero en 1896 un intento de nuevas penetraciones terminó en un fracaso estrepitoso, al ser derrotado el ejército italiano en Adua por los etíopes. Tal descalabro favoreció las tendencias antiimperialistas; Francesco Crispi, el imperialista que había dominado la política italiana en la década precedente, desapareció definitivamente de la escena.

«La idea de Trípoli»

A pesar de este revés, «la idea de Trípoli» continuó viva, aun cuando en Italia no se dieran los principales motivos con que suele justificarse el imperialismo: Italia no estaba suficientemente industrializada para sentir la necesidad de exportar sus mercancías ni era tan próspera como para necesitar colonias donde invertir su capital.

La situación geográfica de Italia, empero, la inducía —de acuerdo con la visión económica y estratégica de la época— a garantizar su «seguridad» en el Mediterráneo; tal pretendida necesidad ya empezó a proclamarse tan pronto como la nación alcanzó su independencia y su unidad a mediados del siglo XIX. Además, Italia tenía una población agrícola excesivamente numerosa, especialmente en el sur, y eran muchos, incluido el socialista Antonio Labriola, los que veían en Trípoli una futura colonia que podría ser poblada por campesinos emigrantes.

Éstos fueron probablemente los motivos básicos que explican la aspiración de Italia a establecerse en la costa de Trípoli. No obstante, aun cuando los campos de Trípoli pudieran convertirse en tierras apropiadas para el cultivo, siempre cabía objetar que el capital necesario para colonizar una tierra pobre podía haberse empleado con provecho y con mayor razón en el sur de Italia, como los antiimperialistas deseaban, y como se hizo después de la Segunda Guerra Mundial.

Había un tercer motivo importante, en parte relacionado con el primero: la «seguridad estratégica» de Italia en el Mediterráneo. En marzo de 1911 Italia celebró el medio siglo de su unificación. Era natural que los italianos hicieran un inventario de lo que se había realizado en los cincuenta años precedentes; y el balance, gracias a la recobrada prosperidad de comienzos de siglo y al visible progreso social, resultaba ampliamente positivo. Se sentían, pues, confiados y psicológicamente preparados para una nueva etapa de progreso en su civilización, su prosperidad y su poderío. Mientras para la minoría nacionalista la colonización de Trípoli era una forma de vengar la derrota de Adua y de poner los cimientos de una Italia imperial que, como la antigua Roma, tuviese un pie en la otra orilla del Mediterráneo, muchos de los italianos de la mayoría liberal, izquierdista y democrática podían verla también con buenos ojos: como un nuevo campo para el desarrollo pacífico de su comunidad nacional. Estos italianos no consideraban la ocupación de Trípoli una contradicción con el espíritu del *Risorgimento*, el período de la lucha de Italia por la libertad nacional. Y, así, el antiimperialista Giovanni Giolitti no pudo prescindir de estas corrientes de opinión cuando en 1911 llegó a primer ministro por cuarta vez.

Presiones imperialistas

De menor importancia, aun cuando pesaran también lo suyo, fueron los motivos más específicamente «imperialistas». Todavía no se ha averiguado si la gran industria siderúrgica ejerció alguna influen-

cia sobre el Gobierno. Se ha hablado de las relaciones entre esta industria y la recién creada «asociación» nacionalista. En la primavera de 1911 ésta y su prensa hicieron mucho ruido para tratar de persuadir al Gobierno de que ocupara Trípoli; sin embargo, hasta más tarde no puede hablarse de vínculos entre los nacionalistas y la industria pesada. Mejor documentado está el papel desempeñado por el Banco de Roma, que, en 1907, se había comprometido en ciertos proyectos en Trípoli dificultados por la resistencia y la hostilidad de las autoridades otomanas. Después de la revolución de los Jóvenes Turcos en 1908, Turquía, bajo cuyo dominio se hallaba Trípoli, había estimulado la hostilidad indígena contra las empresas extranjeras, sobre todo contra las especulaciones italianas, puesto que Italia era más débil y estaba más directamente implicada que las demás potencias. Pero, aparte de estos diversos motivos para la conquista, la «hipoteca» italiana sobre Trípoli era entonces un hecho conocido que todas las grandes potencias habían admitido en una u otra forma en tratados y convenciones. En el momento en que decidió seguir adelante con la ocupación de Trípoli, el gobierno de Giolitti tenía en su poder documentos diplomáticos internacionales que le dejaban las manos libres, incluso si Austria-Hungría y Alemania trataban de detenerla, ya fuese con el fin de evitar el debilitamiento de Turquía, con la que iban trabando amistad,

Los «bersaglieri» italianos en lucha contra los senussi. Potencialmente, los árabes de Tripolitania y Cirenaica hubieran sido aliados de Italia contra la dominación turca, pero una serie de errores políticos de los italianos determinó el apoyo árabe al Imperio Otomano.



o bien porque temiesen que la guerra originase peligrosas complicaciones internacionales en una zona tan inestable como los Balcanes.

Pero, según las *Memorias* de Giolitti, lo que más influyó sobre el Gobierno italiano fue la crisis de Agadir, que le ofreció un momento favorable para dar el golpe. Como siempre, Giolitti tenía en cuenta importantes consideraciones de política interior. Se había comprometido, a su vuelta al poder, a modificar la ley electoral (en efecto, posteriormente, en 1912, se otorgó el derecho al voto a los varones mayores de 30 años y a los mayores de 21 que reunieran determinadas condiciones), y posiblemente creyó que su reformismo resultaría más aceptable para los círculos conservadores si se complacía a éstos en la política internacional y colonial. Por otra parte, los círculos izquierdistas se resignarían más fácilmente a una empresa de conquista si al mismo tiempo obtenían una reforma democrática tan importante.

Entre agosto y septiembre de 1911, en consecuencia, el Gobierno estaba inclinado a actuar de forma decidida en la cuestión de Trípoli. Oficialmente sostuvo hasta el último momento que las razones fundamentales para la ocupación eran de orden económico: el deseo de superar los continuos obstáculos que los italianos encontraban en sus iniciativas comerciales e industriales en Trípoli, y la necesidad de tierra. En realidad fue la política, y, sobre todo, la prevista conclusión del acuerdo francoalemán sobre Marruecos, lo que decidió al Gobierno. Durante muchos años se supuso que Italia, en el momento propicio, se instalaría en Trípoli; y este momento había llegado. Giolitti, por otra parte, se daba cuenta de que si otras potencias ocupaban Trípoli —se temía que pudieran hacerlo Francia y Alemania— la humillación produciría en Italia una profunda crisis, peligrosa no sólo para su Gobierno, sino hasta para la misma paz de Europa.

El 17 de septiembre, Giolitti, habitualmente cauto, ordenó que se apresurasen los preparativos para la invasión. El día 24, el ministro de Asuntos Exteriores, marqués de San Giuliano, envió al Gobierno turco una nota sobre la confusa situación en Trípoli, llamándole la atención sobre las agitaciones contra los colonos italianos fomentadas por los funcionarios turcos, y sobre los cargamentos de armas procedentes de Constantinopla y recientemente llegados a Trípoli para ser distribuidos entre los árabes. El Gobierno turco rechazó las acusaciones de San Giuliano, y el día 28 el Gobierno italiano replicó con un ultimátum invitando a Turquía a que se abstuviese de resistir ante las fuerzas que Italia se vería obligada a enviar con el fin de «restablecer el orden» en Trípoli. El día 29, después de una evasiva réplica turca, Italia declaró la guerra.

El Gobierno italiano deseaba poner a Europa —incluso a Rusia y a Gran Bretaña, que se habían declarado favorables a la ocupación italiana— ante un hecho consumado. A fin de no atraer la atención, los preparativos militares habían de ser secretos; la ocupación no se llevaría a cabo desplazando uno de los cuerpos de ejército regulares, sino creando un cuerpo expedicionario especial, que el 29 de septiembre todavía no estaba a punto.

La invasión

En consecuencia, se dejó que la escuadra llevara el peso inicial de la lucha. La flota bombardeó los fuertes de Trípoli y desembarcó 1.700 marinos, que ocuparon la ciudad y rechazaron a las tropas turcas hacia el interior. La flota permaneció allí diez días, para resistir los contraataques del enemigo hasta la llegada del ejército. El primer convoy de tropas no llegó a Trípoli hasta el 11 de octubre. Este primer cuerpo expedicionario estaba formado por ocho regimientos de infantería y dos de *bersaglieri* (unidades de infantería de choque), que sumaban un total de 34.000 hombres. Mientras un contingente desembarcaba en Trípoli y procedía a extender la ocupación, otros dos tomaron tierra en Derna (Cirenaica), el día 18, y en Bengasi el día 20. El puerto de Tobruk ya había sido ocupado por la escuadra el 5 de octubre.

La ocupación de los puntos importantes del litoral había sido relativamente fácil, pero la penetración hacia el interior presentó dificultades mucho mayores. El general Caneva, comandante de las fuerzas expedicionarias, no supo imprimir a la guerra una dirección enérgica, y no adoptó una política eficaz en el trato con la población local. Italia no sólo se mostró poco eficiente desde el punto de vista militar, sino que se reveló, sobre todo, una inexperta potencia colonial. Los turcos, odiados hasta entonces como opresores de los árabes, cambiaron de política, se atrajeron a la población local, y organizaron una guerra de guerrillas muy eficiente. El mando italiano no supo tomar en consideración a los jefes árabes en el debido momento, esto es, no los sobornó con dádivas ni honores, ni tomó las apropiadas medidas de seguridad.

La ocupación

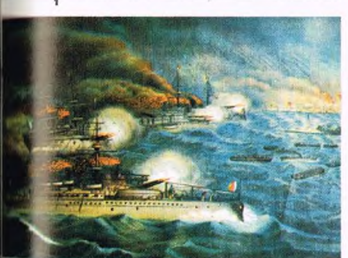
El régimen de ocupación, a pesar de lo que se dijo en algunos periódicos extranjeros, fue probablemente demasiado débil. En la misma ciudad de Trípoli, oficiales y soldados italianos fueron asesinados en número alarmante. Y «el día más crítico de la guerra», el 23 de octubre de 1911, no fue provocado por una contraofensiva turca sino por un ataque por sorpresa realizado por guerrilleros árabes. En el oasis de Shara Shat, al oeste de Trípoli, las líneas italianas, después de una «demostración» de la caballería árabe, fueron atacadas por la infantería turca. Los *bersaglieri* del 2.º Regimiento pasaron al contraataque, pero grupos de rebeldes les sorprendieron por la espalda. En la batalla, que duró ocho horas, los italianos perdieron 482 hombres y 21 oficiales antes de recibir ayuda del 82.º Regimiento de infantería, que avanzó metro a metro, luchando contra los árabes agazapados tras las paredes, en las casas y en los huertos del oasis.

El mantenimiento del control del país fue, por tanto, una tarea más larga y más agotadora de lo que se había supuesto, y tuvo importantes consecuencias: en Italia, la incertidumbre incrementó las presiones de la agitación anticolonial de socialistas y demócratas; y, lo que es más importante, Turquía, segura de que la «partida» todavía no estaba perdida, empezó a moverse a fin de obtener la inter-

La guerra de Trípoli en las ilustraciones de la época: *1* **Comienzan las hostilidades con el bombardeo de Bengasi por parte de la flota italiana, que, además, desembarcará 1.700 marinos para ocupar la ciudad. Este contingente resiste el contraataque turco hasta la llegada de refuerzos.** *2* **El bombardeo de Bengasi desde el mar.** *3* **Entran en acción los primeros regimientos de infantería.** *4* **Tropas otomanas en combate. Turquía aprovechó hábilmente los errores políticos de Italia —inexperta en su novísimo papel de potencia colonial— y obtuvo el apoyo de las poblaciones locales y de los cabecillas árabes, organizando una insidiosa lucha de guerrillas.** *5* **La conquista de Trípoli según una ilustración de un diario de guerra.** *6* **Sangriento choque entre tropas italianas y soldados turcos apoyados por bandas irregulares.** *7* **Apertura de las sesiones del Parlamento italiano en febrero del año 1912: los diputados, en pie, aplauden la noticia de la anexión de Trípoli.**



1



2

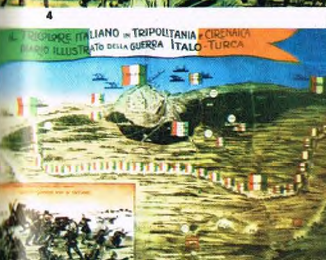

EROI DI BENGASI

3



4

5


IL TRICOLORE ITALIANO IN TRIPOLITANIA e CIRENAICA
DIARIO ILLUSTRATO DELLA GUERRA ITALO-TURCA

6



7



Tropas italianas apostadas en primera línea abren fuego de fusilería.

vención de las grandes potencias para el restablecimiento de una paz aceptable.

La anexión

Giolitti reaccionó ante estos peligros con una súbita acción; el 5 de noviembre, cuando la ocupación efectiva todavía estaba en sus comienzos, anunció la anexión de Trípoli. Una vez más, puso a Europa ante un hecho consumado. La decisión fue muy discutida. Los adversarios de Giolitti arguyeron que el decreto de anexión impedía a los turcos ceder, y que endurecería su resistencia. Esta resistencia no costaba mucho a los turcos, pues consistía principalmente en una guerra de guerrillas que hacían elementos locales; además, no la exponía a grave riesgo, dado que las grandes potencias deseaban unánimemente que Turquía no sufriera grandes quebrantos, para que la debilidad de este país no provocara una grave crisis europea. El Gobierno italiano, por su parte, se mantuvo firme. La anexión era necesaria si Italia y Turquía habían de mantener relaciones amistosas después de la guerra; el reconocimiento de la soberanía turca, aunque sólo fuera nominal, significaría la persistencia de la agitación. Sin embargo, detrás de la firmeza del Gobierno italiano había algo más de lo que se declaró oficialmente. Nadie era capaz de prever las consecuencias que la guerra podía tener para Turquía; si el Imperio Otomano iba a desmoronarse, como hacía tiempo que se esperaba, Italia tendría un derecho de posesión.

Crisis con los franceses

La ocupación no fue rápida. El 4 de diciembre ocupóse Ain Zara —a unas nueve millas de Trípoli—, centro de la resistencia turca y punto de partida de las caravanas que se dirigían hacia el interior. En los meses siguientes los avances fueron escasos. La tensa calma fue perturbada a mediados de enero de 1912, cuando un destructor italiano detuvo, en el espacio de pocos días, a tres barcos franceses que transportaban tropas y armas turcas de Marsella a Túnez.

El 12 de enero, Raymond Poincaré había reemplazado, como primer ministro del Gobierno francés, al conciliador Caillaux. Poincaré respondió altivamente a la interferencia italiana: pidió, pura y simplemente, la liberación de los barcos con su cargamento de hombres y armas. Giolitti se mostró conciliador. Libró los barcos y también accedió a dejar que Francia llevara a cabo una investigación acerca de si los pasajeros turcos eran realmente tropas combatientes o médicos y enfermeros, como pretendían ser. Barcos y pasajeros fueron puestos en libertad y acogidos en Túnez a los gritos de «¡Viva Turquía!» y «¡Abajo Italia!» Pero el Tribunal de La Haya, que examinó la cuestión de los pasajeros, dictaminó a favor de Italia en cuanto a su derecho a investigar, pero no respecto a la detención de los barcos. La amistad franco-italiana quedó perturbada, y Alemania se anotó un tanto en la incesante batalla diplomática que libraba para impedir, por todos los medios posibles, que Italia dejara de formar parte de la Triple Alianza.

Alemania, muy deseosa de fortalecer esta alianza, pidió a las potencias que se permitiera a la escuadra italiana extender las hostilidades hasta los Dardanelos y el Egeo; pero Rusia fue el único país con el que se llegó a un acuerdo expreso. No obstante, a partir de 1912 la escuadra italiana fue mostrándose más activa fuera de las aguas de Trípoli. En enero, el Gobierno italiano anunció el bloqueo de las zonas turcas del litoral del mar Rojo. En febrero, una formación italiana hundió un buque turco en aguas de Siria. El 18 de abril, el grueso de la escuadra italiana hizo una demostración en los Dardanelos y bombardeó los fortines turcos. Diez días más tarde, un oficial italiano, Orsini, ocupó la isla de Stampalia (Astipalaia), en el Egeo. En mayo se ocuparon otras doce islas, entre ellas Rodas. Los italianos habían empezado la guerra de Trípoli sin pensar en las islas del Egeo; la campaña, empero, fue una de esas iniciativas militares que, una vez emprendidas, provocan deseos imperialistas ulteriormente difíciles de contener. Los nacionalistas vieron en la ocupación de las islas «el primer acto de imperialismo italiano en el Levante», y muchos tendieron a considerar Trípoli y Rodas como bases para la penetración comercial italiana en el Mediterráneo oriental.

La ocupación de trece islas del Egeo y el control del este del Mediterráneo hizo posible que los italianos impidieran las comunicaciones marítimas entre Constantinopla y Trípoli. Ello, empero, no bastaba para poner fin a las hostilidades. Se había despertado el recelo de las grandes potencias, y los italianos ya no se hallaban en posición adecuada para llevar la guerra hasta los estrechos de los Dardanelos, en un intento de asestar un golpe al corazón del Imperio Turco.

En Trípoli, entretanto, el avance continuó siendo lento y limitado a la zona costera, por lo menos hasta fines de septiembre de 1912.

Negociaciones de paz

Por esas fechas, Turquía se había resignado a admitir que las dos provincias de Tripolitania y Cirenaica estaban militarmente perdidas, pero no se hallaba dispuesta a aceptar la soberanía italiana sobre ellas. En julio de 1912 el Gobierno turco había accedido a iniciar negociaciones con el Gobierno italiano, pero bajo condición de que las regiones cedidas a Italia permanecieran bajo la soberanía nominal del Sultán. De lo contrario, el Gobierno de Constantinopla habría corrido el riesgo de ser derribado por los Jóvenes Turcos, y hasta el califato se habría visto en peligro.

Las negociaciones, celebradas en la localidad de Ouchy, hoy un barrio de Lausana, duraron todo el mes de septiembre. El 30 de este mes, los Estados balcánicos —Bulgaria, Servia, Montenegro y Grecia— movilizaron sus ejércitos para la que sería la primera guerra balcánica. Turquía, atacada por nuevos enemigos, y esta vez en su propio territorio, cedió. La paz, firmada el 15 de octubre, concedió, a Italia, Trípoli, y el derecho a ocupar Rodas y las otras islas del Dodecaneso hasta que los funcionarios, soldados y agentes turcos hubieran abandonado Trípoli. En realidad, la evacuación de las trece islas del Egeo fue aplazada *sine die*, y, finalmente, la ocupación italiana fue confirmada después de la Primera Guerra Mundial.

Ottavio Barié

Guerras en los Balcanes

Mientras los turbulentos pueblos de los Balcanes se disputaban codiciosamente los despojos del Imperio Turco en descomposición, los embajadores de las grandes potencias se reunían en Londres: esperaban hallar un arreglo que calmara las pasiones en esta zona, para evitar que los conflictos balcánicos provocaran una guerra general.
A fines de 1913 tales esperanzas parecían coronadas por el éxito; las ambiciones, empero, no habían sido satisfechas, ni las humillaciones olvidadas.

En el siglo XVII, el poderío de los turcos otomanos era temido en toda Europa. Ya muy avanzado el siglo, en 1683, el Sultán plantó sus tiendas en las colinas al oeste de Viena, y ello provocó la formación de una fuerza internacional de socorro destinada a salvar la capital de los Habsburgo. Pero gradualmente, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, los turcos fueron obligados a retroceder cada vez más en dirección a su capital, Constantinopla. Con el tiempo, los trenes y buques de vapor consiguieron casi anular la separación entre la Turquía europea y la asiática; pero, entonces, el Estado turco se hallaba ya moribundo, y las grandes potencias estaban ocupadas en repartirse su herencia. Mientras las dos autocracias del Este, Rusia y Austria-Hungría, miraban mutuamente con ojos recelosos la actuación de sus agentes, los sucesivos Gobiernos ingleses trataban de revitalizar al «enfermo» templando la amenaza de una intervención naval con una solemne e imperiosa incitación al establecimiento de reformas. Fue inútil: nada podía cambiar la ineficacia de la administración otomana. Y con la llegada del siglo XX un nuevo desafío se presentó a la autoridad turca: al sur del Danubio, entre los sombríos montes y los tumultuosos ríos de las tierras balcánicas, nuevas naciones en otro tiempo sometidas a los turcos —Servia, Bulgaria y Grecia— llenaban los viejos odres de sus odios con el fuerte vino del patriotismo, mientras aguardaban la posibilidad de arriar para siempre la bandera de la Media Luna en Europa.

Un grupo de prisioneros turcos capturados tras una de las muchas derrotas sufridas por el Imperio Otomano durante la primera guerra balcánica.



Abrazo entre rivales

En las últimas décadas del siglo XIX, numerosas tentativas de crear una alianza de los pueblos balcánicos contra los turcos habían fracasado a causa de la recíproca desconfianza de las naciones vecinas: los griegos consideraban como cismáticos a los búlgaros —en 1870 se había creado un Exarcado búlgaro independiente de la Iglesia Ortodoxa Griega—, y los búlgaros, por su parte, creían que los griegos, al igual que ellos, pretendían ser los primeros cristianos que liberasen Constantinopla del dominio musulmán. Que un aldeano griego llamara «búlgaro» a un rival era un insulto suficientemente grave para crear una dura enemistad. Los servios y montenegrinos, por otro lado, tenían mucho en común: raza, religión y lengua. Pero, aun así, sus relaciones solían ser tirantes. Servia, un Estado sin acceso al mar, sentía la tentación de unirse a Montenegro, un pequeño reino que disponía de cuarenta y cinco kilómetros de litoral adriático; el rey Nikita, empero, que gobernaba desde 1860 a un cuarto de millón de montenegrinos como un déspota ilustrado, estaba convencido de que las ambiciones dinásticas de su yerno, el rey Pedro de Servia, eran contrarias al respeto filial que le debía.

Sin embargo, ninguna discordia era tan profunda como la existente entre servios y búlgaros: su origen se remontaba a la Edad Media, y en 1885 se acentuó cuando los servios se aprovecharon de una crisis interior búlgara para invadir el país y no se retiraron en dirección a Belgrado hasta después de la desastrosa batalla de Slivnitza. Además, a partir de 1895, bandas de tropas irregulares servias y búlgaras se habían enfrentado con frecuencia en Macedonia, la rica provincia todavía perteneciente al Imperio Turco, codiciada a la vez por Servia, por Bulgaria y por Grecia. La situación en Macedonia era tan caótica que a partir de 1903 una fuerza de policía integrada por italianos, austríacos, ingleses, rusos y franceses trató de mantener allí el orden, intentando en vano lograr que los turcos impidiesen que cada una de las nacionalidades rivales incendiara las aldeas de las demás. Mientras la cuestión macedónica siguiera dividiendo a los pueblos balcánicos, parecía muy poco probable que éstos se unieran de forma efectiva contra los turcos.

En noviembre de 1909 un pequeño suceso provocó vivas especulaciones en las cancillerías europeas. El zar Fernando, el astuto alemán convertido en rey de Bul-

garia, se había negado siempre a visitar Belgrado; sin embargo, entonces interrumpió un viaje de regreso de Hungría para pasar cuatro horas en la capital servia, donde recibió una calurosa bienvenida. «¡Viva la amistad servobúlgara! ¡Viva la Liga Balcánica!», gritaba la multitud en las calles, mientras el zar Fernando y el rey Pedro se dirigían en coche a la estación del ferrocarril. Para muchos diplomáticos, aquello eran tan prodigioso como inquietante: ninguna de las grandes potencias deseaba que los Estados balcánicos actuaran independientemente y empujaran a Europa al borde de una guerra para la que no estaban preparadas. Pero el embajador ruso en Belgrado, Hartwig, que creía firmemente en la unidad de los pueblos eslavos, quedó muy complacido, y durante dos años trabajó estrechamente con su colega de Sofía, Nekludov, para unir más íntimamente a Servia y Bulgaria. Esta política de Hartwig y Nekludov no recibió nunca el apoyo oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores de San Petersburgo; sin embargo, en la corte de los zares muchas figuras influyentes compartían sus simpatías «paneslavas».

Finalmente, en marzo de 1912, se concertó en Belgrado una alianza secreta. Se acordó que si Servia y Bulgaria entraban en guerra contra Turquía y obtenían la victoria, el norte de Macedonia sería agregado a Servia, y la mayor parte del resto de la región lo sería a Bulgaria, mientras que, para las zonas centrales, se recurriría al arbitraje del Zar. No era un buen arreglo, pues la «zona en disputa» continuó siendo un potencial foco de conflictos políticos; pero favoreció la perspectiva de una Liga Balcánica. Paralelamente se celebraron negociaciones en Atenas, donde un periodista inglés, J. D. Bourchier, de *The Times*, desempeñó un papel semejante al de Hartwig en Belgrado; en mayo de 1912, Bulgaria y Grecia concertaron otro acuerdo secreto, de carácter primordialmente defensivo. Es significativo que en este tratado ni se aludiese a una división del territorio turco, pues los dos países estaban decididos a llevarse la gran presa que representaba la ciudad de Salónica, el mejor puerto de los Balcanes. Más tarde, aquel mismo verano, se concertaron acuerdos verbales entre servios, montenegrinos y griegos; se firmó asimismo, entre Bulgaria y Montenegro, un convenio militar secreto, donde —en parte para contrariar al rey Pedro— Nikita hizo prevalecer su derecho a de-



1912: tropas búlgaras dueñas del campo tras un victorioso asalto contra una posición turca. En primer plano, soldados búlgaros caídos en combate.

clarar la guerra antes que todos sus aliados. En el otoño de 1912 existía ya una Liga Balcánica, si bien los vínculos que la unían eran muy frágiles.

Sin embargo, aquél era un momento muy oportuno para entrar en acción contra Turquía. El Imperio Otomano se encontraba en dificultades en Europa, Asia y África. Los albaneses, que por ser musulmanes habían apoyado tradicionalmente el dominio turco en los Balcanes, se habían sublevado, indignados por la negativa de las autoridades otomanas a reconocer la existencia de una nacionalidad albanesa. En el Yemen se produjo un levantamiento de los árabes sometidos a Turquía. Y en Libia los turcos estaban empeñados en la guerra que siguió a la invasión italiana de Trípoli —única zona bajo administración turca que quedaba en las costas meridionales del Mediterráneo— en septiembre de 1911. Al mismo tiempo se estaban produciendo en Constantinopla enemistades entre rivales jefes del Ejército, entre dignatarios musulmanes y ultranacionalistas, y entre los oportunistas políticos tradicionales y los jóvenes reformadores liberales. El desconcierto de la administración turca compensaba la falta de auténtica unidad en la Liga Balcánica.

Montenegro declara la guerra

El 8 de octubre de 1912, contra los deseos de los Gobiernos de Austria-Hungría y Rusia, el rey Nikita de Montenegro declaró la guerra en toda regla a Turquía; una semana después, los gobernantes de Bulgaria, Servia y Grecia siguieron su ejemplo. Las operaciones militares de esta primera campaña duraron apenas cincuenta días. Había no menos de cinco frentes por tierra, mientras que por mar la flota griega limpiaba hábilmente de turcos las islas del Egeo e impedía que éstos transportaran hombres y material desde el Asia Menor.

La amenaza más seria para los turcos provino de las ocho divisiones búlgaras que cruzaron la frontera en Tracia y se dirigieron hacia Constantinopla, llegando a menos de ciento sesenta kilómetros de la capital. La guarnición turca de Adrianópolis quedó aislada, mientras el grueso del Ejército otomano fue derrotado el 24 de octubre por los búlgaros en Kirk-Kilisse, a cincuenta y cuatro kilómetros al este de Adrianópolis. Los turcos se hicieron fuertes en Lule Burgas, donde hubo cuatro días de bombardeo pesado y de horrible lucha cuerpo a cuerpo, hasta que el 2 de noviembre fueron obligados una vez más a replegarse, y se detuvieron en la línea de fortificaciones de Chatalja, a sólo cuarenta kilómetros de su capital. Día tras día, mientras grises nubarrones de lluvía cubrían la ciudad, podía oírse claramente el sordo y monótono ruido de los proyectiles; parecía que Constantinopla iba a caer en manos de las tropas del zar Fernando. Sin embargo, los búlgaros se encontraban en dificultades. Se había declarado el cólera en sus filas, y no podían utilizar el ferrocarril, ya que la vía había sido destruida; cada proyectil, cada saco de alimentos, cada soldado enfermo o herido, habían de ser transportados en carretas tiradas por bueyes, que chapoteaban a través del terreno embarrado. Los oficiales del Estado Mayor búlgaro advertían, desesperanzados, que, bajo la espesa lluvia, un carro de bueyes podía cubrir a lo sumo dieciséis kilómetros al día. En tales condiciones, Constantinopla era tan inasequible como la Luna.

También los servios cosecharon éxitos en Macedonia: el 24 de octubre —el mismo día de la ya mencionada victoria búlgara de Kirk-Kilisse— derrotaron a los turcos en Kumanovo, y siguieron adelante para liberar el histórico centro religioso de Skoplje. Aquí, el Ejército servio se dividió: el grueso de las fuerzas abrióse paso hacia Albania, derrotando otra vez a los turcos en Monastir y destacando fuerzas de caballería ligera que alcanzaron el Adriático en Durazzo; otra ala del Ejército servio avanzó hacia el oeste, a través de la región de Kosovo —donde los turcos habían destruido en 1389 el reino servio medieval—, hasta enlazar con los montenegrinos en el *sanjak* (provincia) de Novi Pazar; otras unidades ayudaron a los griegos en el valle del Vardar y auxiliaron a los búlgaros a mantener el asedio de Adrianópolis.

Los montenegrinos fueron menos afortunados. Eran luchadores por temperamento pero completamente indisciplinados, y, aunque lograron notables avances en el *sanjak* de Novi Pazar, les fue imposible echar a los turcos de sus posiciones fortificadas de Scutari, en la frontera de Albania.

Un cuerpo de ejército griego atacó a los turcos en las montañas del Epiro, pero al no poder desalojarlos de Janina, se preparó a desafiar los rigores de un asedio invernal. El grueso del Ejército griego, sin embargo, cumplió brillantemente su cometido. Avanzando a través de la llanura de Tesalia, se dirigió lo más rápidamente posible hacia Salónica, al saber que una división búlgara descendía hacia el sur por el valle del Struma en dirección al puerto. El 9 de noviembre, la bandera azul y blanca de Grecia fue izada sobre la Torre Blanca, junto al muelle de Salónica; el comandante en jefe búlgaro, general Todorov, pudo verla ondear desafiante, cuando sus tropas de vanguardia bajaban por la carretera de Siroz, menos de veinticuatro horas más tarde. Aunque se permitió a un destacamento búlgaro estacionarse simbólicamente en la ciudad, ésta permaneció en manos griegas.

Los búlgaros, que habían exultado de alegría con sus primeros triunfos en Tracia, quedaron desilusionados. El 17 de noviembre, el general Dmitriev lanzó un furioso asalto contra las líneas de Chatalja, a pesar de la tremenda confusión que reinaba en sus líneas de abastecimiento; fue un ataque sangriento, que costó a los búlgaros casi quince mil bajas, sin que se lograra conquistar ni una sola posición turca. La guerra había llegado a un punto muerto, y el 3 de diciembre se firmó un armisticio. Los griegos, sin embargo, continuaron su campaña en el Epiro, ya que los turcos se negaron a abandonar Janina.

El arbitraje de las grandes potencias

Durante seis semanas, el centro de interés se desplazó de los Balcanes a Londres. El 16 de diciembre se reunió en el palacio de St. James una conferencia de embajadores para discutir un nuevo arreglo en el sudeste de Europa. Las grandes potencias continuaban temiendo que el conflicto pudiera extenderse más allá de los Balcanes. Austria-Hungría mantenía algunos reservistas en armas, y los rusos se negaban a desmovilizar a los soldados que terminaron su servicio militar a fines de 1912. En el fondo, los dos rivales tradicionales eran partidarios de mantener la paz: Rusia no tenía ningún deseo de ver entrar triunfalmente en Constantinopla al zar de Bulgaria o al rey de Grecia, y los austrohúngaros pensaban que si se erigían en defensores de la nacionalidad olvidada, Albania, podían conseguir una victoria diplomática e impedir que Servia se estableciese en las costas del Adriático. La principal realización de la Conferencia de Londres fue, por lo tanto, la creación de un Estado albanés, siquiera con fronteras mal definidas y un título real vacante, que hubo que pregonar por toda Europa. En cambio, el futuro de Macedonia apenas fue tratado en la Conferencia; ocupada toda la región por servios y griegos, ello tendió a predeterminar su destino.





Soldados búlgaros heridos contemplan el paso de las tropas de refuerzo que se dirigen hacia el frente. La escena se refiere a la denodada batalla librada por los búlgaros contra las posiciones turcas de Chatalja, en 1912, cuyo resultado nulo condujo al armisticio del 3 de diciembre.

La marcha cansina de estas deliberaciones entre embajadores fue interrumpida, aunque no definitivamente, por la reanudación de las hostilidades. A fines de enero de 1913, oficiales «Jóvenes Turcos» del Ejército, dirigidos por Enver Pachá, organizaron un golpe de Estado en Constantinopla. Ante el temor de que el nuevo régimen pasara a la ofensiva en Tracia, la Liga Balcánica decidió consolidar sus conquistas atacando las tres guarniciones turcas aisladas de Janina, Adrianópolis y Scutari; y, así, el 3 de febrero, Bulgaria y Servia denunciaron el armisticio. Los griegos se apoderaron de Janina el 6 de marzo. Los servios enviaron importantes contingentes de tropa en ayuda de los búlgaros que sitiaban Adrianópolis, y el 26 de marzo la ciudad se rindió. La noticia produjo gran alborozo en Sofía, y se habló una vez más de marchar sobre Constantinopla; pero los ataques búlgaros no podían causar mella en las defensas de Chatalja, y, al igual que en noviembre, la guerra quedó estancada. La lucha entre Turquía y Bulgaria cesó el 15 de abril, si bien esta vez no se firmó ningún armisticio formal: solamente se convinieron acuerdos verbales, que se iban renovando periódicamente por pocos días. Servia y Grecia concertaron acuerdos parecidos con los turcos tan pronto como los griegos hubieron terminado una serie de operaciones a lo largo de la costa del Egeo, avance que enfureció a los búlgaros, quienes se habían propuesto asegurarse esta zona en las estipulaciones de la paz. Solamente el rey Nikita siguió luchando, decidido, como siempre, a conseguir Scutari para Montenegro y dispuesto, si era necesario, a desafiar la voluntad de Europa.

La posición de Montenegro

Los montenegrinos desconocían la forma moderna de hacer la guerra. En 1913 luchaban como lo habían hecho en siglos anteriores. Para ellos no existían problemas logísticos, y carecían de hospitales, de caballería y de Estado Mayor; sólo contaban con asnos, cañones y montenegrinos. Cuando en una familia nacía un niño, los aldeanos pedían solemnemente a Dios que el recién nacido no muriera en la cama; la tradición guerrera del pueblo montenegrino garantizaba en la mayoría de casos la eficacia de tal ruego. Cuando empezó la guerra, todos los hombres sanos dejaron su trabajo, cogieron un fusil y, para combatir, siguieron a los jefes de su clan. Pero este proceder no servía para conquistar fortalezas; y, a pesar de la ayuda del moderno Ejército servio, Scutari parecía inexpugnable. A comienzos de abril, la Conferencia de Londres decidió que Scutari debía seguir perteneciendo a Albania. El rey Nikita no se dio por enterado de la decisión de las grandes potencias. Éstas enviaron buques de guerra, que anclaron ante la costa montenegrina; pero el asedio continuó. Finalmente, el 22 de abril, un cuantioso soborno a Essad Pachá, el comandante turco, logró la rendición de la ciudad. En Cetinje, la capital de Montenegro, se produjo una explosión de júbilo. El regocijo, no obstante, era prematuro; el Gobierno austrohúngaro sostenía que si Montenegro retenía Scutari y la llanura costera colindante, la región serviría como ruta indirecta por la que Servia podía conseguir un acceso al mar. En consecuencia, Austria-Hungría exigió que Montenegro respetara la decisión de la Conferencia de Londres y evacuara el territorio albanés.

Pasan las nubes de guerra

La disputa sobre Scutari resultó agravada por la actitud de Austria-Hungría y por la intransigencia de Nikita. Cuando los austrohúngaros trasladaron tropas a sus fronteras con Montenegro y con el *sanjak* de Novi Pazar, Europa estuvo más cerca de una guerra general que en cualquier otro momento de la crisis balcánica, pues habría sido difícil para Servia y para Rusia permanecer al margen contemplando la devastación de Montenegro. Pero el 4 de mayo el rey Nikita anunció, con ofendida dignidad, que sometería el destino de Scutari a la voluntad de las grandes potencias. Dos días más tarde pudo consolar su vanidad personal, aunque no el orgullo de sus súbditos, al saber que las súbitas fluctuaciones de la crisis internacional le habían proporcionado un importante beneficio en la bolsa. Las nubes de guerra pasaron, y el 14 de mayo Scutari se hallaba bajo el control de una fuerza multinacional de desembarco al mando de un oficial británico, el coronel Phillips. Desde entonces, la ciudad ha seguido formando parte del pequeño Estado albanés.

El 30 de mayo, la primera guerra balcánica se dio oficialmente por terminada con la firma, en Londres, de un tratado preliminar de paz entre los Estados aliados y Turquía. Las principales cláusulas del acuerdo eran engañosamente claras: Turquía entregaba todo el territorio europeo situado al oeste de una línea que iba de Enos, en el Egeo, hasta Midia, en el mar Negro; además, cedía Creta, que ya era virtualmente independiente, a Grecia, y dejaba a la decisión de las grandes potencias el destino de las islas del Egeo; la delimitación de las fronteras de Albania y todas las demás cuestiones relativas a los nuevos Estados eran confiadas a los sufridos embajadores reunidos en conferencia en Londres. «Seremos seis esqueletos cuando termine nuestro trabajo», comentó Cambon, el representante francés. En virtud del convenio, Turquía seguía reteniendo una pequeña superficie en Europa, que protegía las vías de acceso a Constantinopla: Midia —o, como la llaman los turcos, Midye— está a ciento cuatro kilómetros de la entrada del Bósforo; y Enos —o Enez— aproximadamente a la misma distancia de la ciudad de Gallípoli, en los Dardanelos. Pero el territorio perdido por los turcos en el continente (excluidas, por lo tanto, Creta y las otras islas) superaba los 150.000 km². Todo este botín, exceptuando Albania, había de repartirse entre los cuatro miembros de la Liga Balcánica. Aunque los «Preliminares de Paz» habían solucionado algunas cuestiones, dejaron sin resolver los problemas de mayor gravedad.

Mientras la Conferencia de Londres estaba decidiendo el futuro de Turquía, iba aumentando la tensión entre Bulgaria y sus vecinos. La mayor, más rica y más poblada de las nuevas naciones del sudeste de Europa era Rumania, un reino dos veces más extenso que Grecia o Bulgaria, y casi tres veces mayor que Servia. Rumania, que no tenía frontera común con Turquía, se había mantenido fuera de la Liga Balcánica; pero ante la amenazadora expansión de Bulgaria, su vecina meridional, había empezado a exigir territorios al otro lado del Danubio en compensación por lo que, según ella, equivalía a un desequilibrio de fuerzas en los Balcanes. El delegado rumano sometió una propuesta a la Conferencia de Londres,

1 **Pedro de Servia, cuyos dominios se duplicaron en extensión después de las guerras balcánicas.** *2* **El zar Fernando, monarca de origen alemán que reinaba en Bulgaria desde 1887: dos años de durísima guerra no le rindieron sino escasos beneficios.** *3* **Nicolás de Montenegro, soberano despótico que logró, durante algún tiempo, desafiar la voluntad de las grandes potencias.** *4* **Soldados servios al ataque.** *5* **Las fuerzas armadas servias demostraron su eficacia triunfando en ambas guerras balcánicas. En la fotografía, un emplazamiento de ametralladoras.** *6* **Prisioneros turcos capturados tras la contundente victoria servia de Kumanovo.**


1
2
3
5
6

pidiendo la cesión de Silistra, ciudad al sur del Danubio. Los búlgaros, aunque dispuestos a hacer pequeños reajustes de frontera, se negaron al principio a entregar una plaza estratégicamente tan importante; pero, bajo la doble presión de Rusia y de Austria-Hungría, accedieron secretamente a ceder Silistra como parte de un arreglo general, a condición de que fueran satisfechas sus demandas territoriales sobre Turquía, lo cual, empero, se iba haciendo cada vez más difícil de conseguir.

Las relaciones de Bulgaria con Servia y Grecia empeoraron rápidamente. Los servios se negaron a entregar ninguna de las aldeas de Macedonia ocupadas por sus tropas; y los griegos se afirmaron en las posiciones de la desembocadura del río Struma, que para los búlgaros caían dentro de su esfera de influencia. Se produjeron algunas escaramuzas de patrullas en las zonas disputadas, y los griegos, no sin motivo, acusaron a unidades irregulares búlgaras de haber cometido atrocidades, especialmente en las ciudades de Siroz y Demir-Hissar. El 31 de mayo, al día siguiente de haberse firmado en Londres los «Preliminares de Paz», los griegos y los servios concluyeron un convenio militar secreto en el cual se estipulaba una acción conjunta si Bulgaria trataba de imponer una decisión por la fuerza de las armas.

En Sofía, los ánimos se encrespaban contra el Gobierno por su fracaso en obtener las presas que el pueblo búlgaro consideraba legítimamente suyas. El 21 de junio, el comandante en jefe del Ejército búlgaro, general Savov, presentó al zar Fernando un ultimátum virtual: exigía que en el plazo de diez días se llegase a un arreglo justo, como primer paso hacia la desmovilización, o que, en caso contrario, se emprendiera una acción militar para conseguir los territorios prometidos por Servia en la primera alianza de marzo de 1912. Hubo una disputa política entre el zar Fernando, que apoyaba a Savov, y su



1 **Principales movimientos de las tropas durante la primera guerra: las líneas gruesas discontinuas indican hasta qué posiciones las tropas otomanas fueron rechazadas por los ejércitos nacionales balcánicos.** *2* **Principales movimientos de tropas durante la segunda guerra. Pueden observarse, además, los cambios efectuados en las fronteras después de terminado el conflicto.** *3* **Soldados griegos heridos vuelven del frente durante la segunda guerra de los Balcanes.**

primer ministro Danev. El 28 de junio, Savov ordenó al Ejército búlgaro que atacara a servios y griegos; al obrar así, tenía sin duda el respaldo del Zar, si bien todavía hoy no está claro el papel desempeñado por Danev. En todo caso, en la noche del 29 al 30 de junio los búlgaros abrieron fuego contra sus antiguos aliados. Había empezado la segunda guerra balcánica.

Se produjo entonces un mes de amarga humillación para Bulgaria. Durante seis días, servios y búlgaros libraron una furiosa batalla en la orilla izquierda del Vardar, al este de Veles. Al final, los búlgaros fueron arrollados y rechazados al otro lado de la antigua frontera. Más al sur perdieron Drama, Siroz y Kavalla, ocupadas por los griegos. El 11 de julio un ejército rumano de 150.000 hombres cruzó el Danubio, avanzó en dirección a Sofía, y encontró muy poca resistencia. Dos días más tarde, los turcos entraron en combate una vez más, y el 22 de julio reconquistaron Adrianópolis. Ante la amenaza de la revolución en Sofía y el riesgo a que se hallaba abocada la propia dinastía, los búlgaros pidieron la paz, y el 30 de julio los representantes de los Estados balcánicos (con exclusión de Turquía) se reunieron en Bucarest para preparar un arreglo. El 21 de agosto, los turcos, al verse condenados por todas las grandes potencias, detuvieron sus operaciones militares en los alrededores de Adrianópolis.

Una paz precaria

Por entonces ya había sido firmada la paz entre los Estados balcánicos. El Tratado de Bucarest del 10 de agosto de 1913 es un documento muy conciso. Servia se quedaba con todo el sector central del valle del Vardar. Grecia extendía su frontera hasta cuarenta y ocho kilómetros al este de Kavalla, con lo que se apropiaba de un valioso puerto y de ricos campos de tabaco. Rumania avanzó su frontera sobre el mar Negro hasta las afueras de Varna, asegurándose la posesión de Silistra y de las dos ciudades menores de Tutrakan y Balchik, en la región de la Dobrudja meridional. Un acuerdo subsiguiente entre Bulgaria y Turquía (el Tratado de Constantinopla del 30 de septiembre de 1913) devolvía Adrianópolis y una franja del litoral del mar Negro, hasta unos cuarenta kilómetros al norte de Midia. Todo lo que se permitió retener a Bulgaria por su esfuerzo militar fue una franja de la costa del Egeo de unos ciento veintiocho kilómetros de longitud, que incluía un puerto de segunda categoría, Dedeagach, la zona de los montes Ródope situados al este de la ciudad de Petrick, y un pequeño triángulo de tierra junto al mar Negro. Estas insignificantes adquisiciones habían sido conseguidas a costa de grandes pérdidas humanas y materiales. En la movilización de 1912 el Ejército búlgaro alcanzó la cifra de 250.000 combatientes; el número de bajas búlgaras en las dos guerras fue de 55.000 muertos y 105.000 heridos. Los búlgaros jamás podrían aceptar como definitivos estos aborrecidos tratados, y empezaron a buscar aliados que pudieran ayudarles a conseguir la revisión del arreglo. Dado que Austria-Hungría estaba en malas relaciones con Servia, era natural que los búlgaros fueran escuchados con simpatía en Viena. Servia obtuvo muchas ganancias del acuerdo. A pesar de que continuaba sin acceso al mar, había doblado su extensión territorial de 1912 y tenía una frontera común con Montenegro. La victoria sobre los turcos y los búlgaros, sin embargo, dio en Belgrado una influencia cada vez mayor a los militares. Los servios que vivían dentro del Imperio Turco habían sido liberados, pero algunos aún quedaban sometidos al dominio de los Habsburgo en Bosnia, Croacia y el sur de Hungría. La insistencia austrohúngara en negar a Servia un acceso al Adriático y su persistente oposición a la infiltración servia en Albania agudizó el conflicto entre Belgrado y la poderosa Viena. El temible ministro servio, Nikola Pasich, no hizo sino expresar la opinión general cuando declaró: «El primer asalto está ganado; ahora debemos prepararnos para el segundo contra Austria.» En caso de producirse tal conflicto, no cabía ya esperar que pudiera mantenerse localizado.

Grecia había salido de la guerra como una potencia importante, dueña del mar Egeo, con una escuadra que dominaba las vías de acceso a los Dardanelos, la arteria vital para el comercio ruso del mar Negro. El hombre del día era Eleftherios Venizelos, el revolucionario cretense que en 1910 había llegado a primer ministro. Su único rival en popularidad era el nuevo rey Constantino, quien, siendo príncipe heredero de la corona, había mandado las tropas que entraron en Salónica. El desacuerdo entre los dos hombres era profundo; y el paso del tiempo no lo remedió. Treinta años antes, cuando era un joven estudiante, Venizelos había trazado un mapa de la Gran Grecia, que siguió conservando como visión propia de su país; sus fronteras no sólo incluían las tierras que Grecia había adquirido ahora, sino también Constantinopla y gran parte del Asia Menor. Tampoco para Grecia, pues, el acuerdo de Bucarest había representado el fin, sino el principio.



Las grandes potencias, expectantes, observaban el desarrollo de la primera guerra balcánica: en la fotografía, un gru( ) de agregados militares extranjeros.

En Turquía el acuerdo representó el principio del fin. Empeñadas las grandes potencias, desesperadamente, en establecer la ley y el orden en sus tierras de Albania —a fines de 1914 había seis gobiernos, cada uno de los cuales pretendía ser el legítimo gobierno albanés— y repartidos entre los Estados balcánicos sus territorios no musulmanes, Turquía había dejado de ser parte integrante de Europa. Como Bulgaria, buscaba un aliado poderoso, y, un año después del tratado de Constantinopla, puso primero su Ejército y después su flota bajo la administración de Alemania. En el otoño de 1914 Turquía estaba preparada para entrar en una guerra europea a las órdenes de Alemania; virtualmente había perdido su independencia.

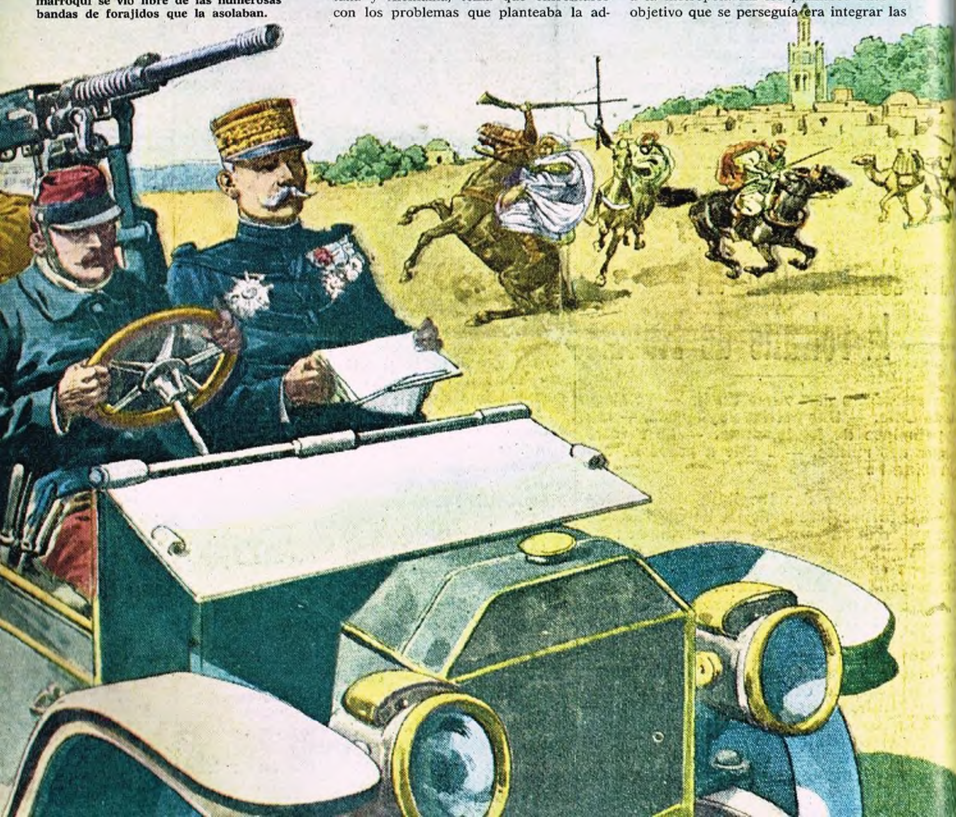
Alan Palmer

El nuevo imperialismo francés

En la exposición internacional que se celebró en París el año 1900 los visitantes pudieron recorrer complacidos unos pabellones que parecían un exótico país de fantasía. En ellos se exhibían las artes y costumbres de los pueblos que constituían el Imperio Francés de ultramar: un bazar tunecino con bailarines indígenas y un atisbo de la Casba, una aldea tonquinesa con mujeres que mascaban betel, un teatro indochino, etc. «Era una tierra de árabes, negros, polinesios... Africa y Asia trasladadas de pronto a París.»

Francia tenía el segundo imperio colonial del mundo. La extensión del territorio que había conquistado era enorme; Marruecos solo era tan grande como Francia. Y Francia, lo mismo que Gran Bretaña y Alemania, tenía que enfrentarse con los problemas que planteaba la administración de las tierras que había conquistado.

En el siglo XIX la política colonial francesa estuvo dominada por la creencia de que las colonias existían para sostener a la metrópoli. En los primeros años el objetivo que se perseguía era integrar las



El mariscal Lyautey en Marrakech: gracias a su inteligente gobierno, la gran ciudad marroquí se vio libre de las numerosas bandas de forajidos que la asolaban.

colonias en la estructura política francesa e incluso incorporarlas como *départements* franceses semejantes a Yonne o a Dordogne. Había que desarraigar las tradiciones indígenas, explotar la tierra de la forma más eficiente posible (si bien los franceses deploraban la inhumanidad de Alemania, no por ello dejaban de envidiar su eficiencia) y dominar la economía desde París.

El sistema francés estaba rígidamente centralizado y burocratizado; en circunstancias parecidas, los franceses emplearían el triple de funcionarios europeos que los ingleses, quienes utilizaban a oficinistas nativos en las ramas bajas de la administración. En cambio, los funcionarios franceses eran expertos en las costumbres y las lenguas indígenas, hasta un extremo en que nunca los igualaron los ingleses. Nunca adoptaron la actitud británica de exclusivismo racial. Ninguna nota infamante marcaba a los matrimonios mixtos ni al hombre que, como desdeñosamente decían los ingleses, se había «vuelto indígena».

Hacia el final del siglo XIX, la vieja idea de integración fue desechada por un hombre que había de resultar uno de los más grandes administradores coloniales de Francia: Joseph Simon Gallieni, gobernador general de Madagascar desde 1896 hasta 1905. Sus ideas fueron acogidas con entusiasmo por Hubert Lyautey, que en 1912 fue nombrado residente general en Marruecos.

Tanto Gallieni como Lyautey procuraron, hasta donde les era posible, fortalecer las colonias bajo su mando de acuerdo con las tradiciones de los indígenas. Su objetivo era esencialmente económico: crear prosperidad para las colonias por su bien y por el de Francia.

Estos dos hombres creían que las operaciones militares debían ir acompañadas por el desarrollo político y económico. Como observó Lyautey, «la ocupación militar no consiste tanto en efectuar operaciones militares como en organizar sobre la marcha». Los propios soldados eran organizadores y debían pensar en su labor tanto desde un punto de vista político como militar: «Cuando el oficial de alta graduación es también el administrador territorial ocurre que, al conquistar una guarida de bandoleros, lo primero en que piensa es en la factoría comercial que establecerá allí, y en su conquista se comportará de manera diferente.»

Su sistema era el de una lenta penetración. Gallieni decía que era como la lenta expansión de una mancha de aceite sobre papel secante. En primer lugar ocupaban los centros neurálgicos de la vida económica de un país, los mercados y las encrucijadas de las rutas comerciales. Después iniciaban negociaciones con los habitantes, para convencerles de que sus instituciones serían respetadas y para demostrarles que sus intereses podían ser los mismos que los de los franceses. Había que conquistar a las tribus pacíficas con la persuasión, y a las belicosas con una exhibición de fuerza: «Hay que exhibir la fuerza con objeto de evitar su empleo.» De estas «zonas de atracción», como las llamaba Lyautey, irradiarían la pacificación y la organización. Tanto Gallieni como Lyautey creían que la paz quedaría mejor asegurada construyendo carreteras, ferrocarriles, ciudades, puertos, escuelas y hospitales: la prosperidad era a la vez su objetivo y su método.



Joseph Simon Gallieni, hábil gobernante francés de Madagascar en cuya política se inspiró Lyautey.

Marruecos

En 1912 se dio a Lyautey una oportunidad para poner en práctica sus teorías en Marruecos. Marruecos, más que un país, era una región de tribus en guerra. El Sultán, el jefe religioso tradicional de su pueblo, controlaba la rica franja costera, la Shawia, conocida con el nombre de *blad el majzen*, el país de los majzen: los administradores del Sultán. Más allá de esta región había ciertas tribus que un sultán enérgico podía dominar, y más allá de estas tribus estaba el *blad el Siba*, el país de la disidencia, que penetraba profundamente hasta la región montañosa del interior, donde los bereberes vivían en constante enemistad con el Sultán, realizando incursiones y ataques.

Los franceses empezaron a tomar interés por Marruecos debido a la continua anarquía que se extendía hasta su colonia de Argelia. Desde comienzos del siglo XX empezaron a exigir algo más que el derecho de perseguir a los invasores, haciéndoles retroceder hasta las colinas marroquíes. La *Entente Cordiale* a que se llegó con los ingleses en 1904 y la Conferencia de Algeciras celebrada en 1906 reconocieron los intereses especiales de los franceses en Marruecos. En 1907 un pequeño grupo de tropas francesas desembarcó en Casablanca, mientras otras fuerzas francesas penetraban desde Argelia hasta Oujda, la capital del este de Marruecos.

Entretanto, el Sultán iba perdiendo rápidamente el control de su ingobernable pueblo. En 1912 su autoridad se limitaba al territorio alrededor de Rabat. Más allá de Mequinez las tribus se habían sublevado; Marrakech, en el sur, había sido ocupado por el pretendiente El Hiba; por la ruta entre Marrakech y Fez no se podía transitar porque los zaian, una de las tribus más feroces de Marruecos, se habían alzado en armas; y en Taza, cerca de la frontera argelina, había otra tribu sublevada; finalmente, incluso la misma ciudad de Fez estaba sitiada y el ejército del Sultán iba desertando. En este momento los franceses decidieron intervenir: enviaron fuerzas en auxilio de Fez y, pese a la fuerte oposición alemana, Marruecos fue reconocido internacionalmente como protectorado francés. Lyautey, el primer residente general, llegó en mayo de 1912: inmediatamente se dedicó a ganarse el afecto de los vecinos de Fez, ciudad que no sólo dominaba la región septentrional, sino que, además, estaba situada en la ruta que conducía a Argelia y era el centro del fanatismo musulmán. Con ello Lyautey intentaba utilizar su combinación preferida de métodos políticos y militares con el fin de extender hacia el norte la zona de dominio francés hasta Taza, y unir Argelia y Marruecos.

Su primer gran éxito, sin embargo, se produjo en el sur. Las algaradas de El Hiba no eran del agrado de los pacíficos mercaderes de Marrakech ni de los caídes o señores feudales de las tribus que vivían en aquella zona. Acudieron a Lyautey y prometieron que, si los franceses avanzaban hacia Marrakech, ellos mismos atacarían al usurpador. Hacia fines de 1912 la totalidad de la zona había ya reconocido la autoridad de los franceses. En re-

compensa, Lyautey reconoció a los «grandes caídes» como príncipes de sus dominios. Esta política de dominación indirecta resultó muy acertada: a lo largo de toda la guerra los «grandes caídes» permanecieron fieles a los franceses.

La tentativa de unir Marruecos y Argelia resultó una labor larga y fatigosa, pero en mayo de 1914 se enlazaron dos columnas francesas, una de ellas procedente del este y la otra del oeste. Al mismo tiempo, aplastada la confederación de los zaian, Kenitra fue conquistada. En mayo de 1914 estaban ya unidas todas las zonas dominadas por los franceses, desde Marrakech, pasando por Fez, hasta Oujda y el interior de Argelia.

Hubert Lyautey pasa a caballo entre una multitud de admiradores. Residente general en Marruecos durante un difícil período, Lyautey demostró poseer virtudes políticas poco comunes.

Una nueva especie de protectorado

De acuerdo con las teorías de Gallieni-Lyautey, por este tiempo estaba también en vías de desarrollo la organización política. Lyautey se puso deliberadamente a crear un protectorado «no como una fase de transición, sino como una realidad viva, como la penetración económica y moral de un pueblo, no sometiéndolo a nuestra fuerza, ni siquiera a nuestras libertades, sino estableciendo una íntima asociación en que nosotros lo administremos en paz, sirviéndonos de sus propios órganos de gobierno y de acuerdo con sus propias leyes y costumbres».

Lyautey respetó y restauró la autoridad religiosa del Sultán y restableció el tradicional esplendor de su corte. En la medida de lo posible reforzó el poder del Sultán y de sus ministros. Si bien el residente general tenía en último término completos poderes, todas las leyes eran publicadas en nombre del Sultán. El Sultán gobernaba a través del consejo de vi-



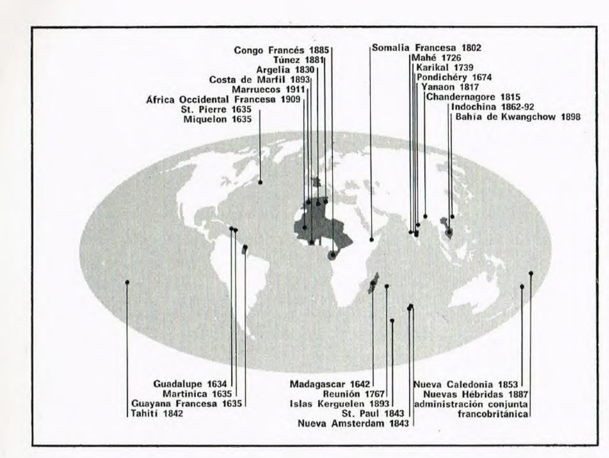
sires, y por debajo de éstos el poder local residía en los tradicionales dignatarios musulmanes, los caídes (jefes de tribu), los bajáes (jefes de las ciudades) y los cadíes (jueces civiles religiosos).

Los franceses llevaron a cabo reformas administrativas y económicas, lo cual inevitablemente limitó el poder de los nativos; pero en general procuraron salvaguardar las tradiciones indígenas, mientras les quedara a ellos suficiente libertad económica para impulsar el desarrollo del país. Se creó un departamento de asuntos económicos, se regularizó el sistema de explotación de la tierra y se protegió a los dominios estatales de las expoliaciones. Cuando estalló la guerra en Europa, Casablanca se había convertido en una próspera ciudad comercial.

El desarrollo que alcanzó Marruecos durante la guerra constituyó la más evidente ratificación de las teorías y de la habilidad de Lyautey. Cuando dos terceras partes de las tropas fueron retiradas, Lyautey se jugó el futuro del país siendo fiel a sus ideas sobre la psicología musulmana y a la fe que tenía en la política económica que había puesto en marcha. Todas las tropas que quedaban fueron retiradas de la zona pacificada de la Shawia y se emprendió un enérgico programa de obras públicas; los marroquíes llegaron a considerar la partida de los soldados y la venida de ingenieros como una consecuencia normal de los acontecimientos.

Marruecos era un país agrícola y necesitaba, por encima de todo, un sistema de comunicaciones que permitiera a los campesinos llevar sus productos al mercado. Una red de carreteras se abrió paso a través del país. Se construyó un gran puerto moderno en Casablanca y otros cuatro secundarios a lo largo de la costa. Con la guerra desaparecieron las restricciones sobre la construcción de ferrocarriles (impuestas por los alemanes en varios tratados), y en 1921 Casablanca quedó uni-







1 Mapa del Imperio Colonial Francés: a principios de siglo, Francia controlaba posesiones en los cinco continentes. 2 Un efecto inmediato de la llegada de Lyautey a Oujda (noreste de Marruecos): un grupo de nativos pavimentando las calles.

da por ferrocarril a Oujda en el este y a Marrakech en el sur. Se instituyeron ferias comerciales en Casablanca, Fez y Rabat, y el país entero pareció proclamar la fuerza y la eficacia de Francia.

Entretanto, las tropas luchaban en las fronteras. Continuaban las operaciones en las difícilmente ganadas ciudades de Kenitre y Taza. Lyautey creía que para los guerreros musulmanes el hecho de dejar de atacar era un signo de debilidad, y a lo largo de toda la guerra prosiguió la penetración por las estribaciones del Atlas. En 1917 había sido despejada la ruta de Mequinez a Tafilelt, quedando así aislados los bereberes del Alto Atlas de los bereberes del Atlas Medio, en el norte.

Una de las más graves dificultades que se presentaban a la Administración era, como ocurría en cualquier país musulmán, la íntima combinación del derecho religioso y el derecho civil. La justicia y la educación estaban dominadas por la tradición musulmana. Lyautey procuraba en la medida de lo posible no ofender las susceptibilidades religiosas de sus súbditos. En las causas criminales, se aplicaba el derecho francés, pero en lo civil se aplicaba un sistema indígena modernizado. La autoridad de los cadíes o jueces civiles religiosos fue limitada únicamente en los asuntos relativos a la tierra, que dependían de la jurisdicción del ministro francés. En educación, Lyautey adoptó el mismo sistema que había desarrollado Gallieni en Madagascar. Las escuelas creadas por Lyautey eran estrictamente profesionales: en las ciudades se enseñaban técnicas industriales y en las zonas rurales agricultura. Se la denominaba formación profesional previa y no tenía nada que ver con la educación tal como la entendían los musulmanes. Era también algo excepcional en las colonias francesas. De acuerdo con el objetivo buscado de integración, la educación dada normalmente en las colonias francesas era exactamente la misma que se impartía en Francia, si bien solamente se daba a una muy pequeña minoría. El sistema de Lyautey-Gallieni era a un tiempo más práctico y menos contrario a la cultura tradicional.

Hacia el fin de la guerra era evidente que la política de Lyautey había alcanzado notables éxitos. Aun así, solamente el tradicional *blad el majzen* resultaba seguro y estable. En el sur, las incursiones eran menos frecuentes, pero el pretendiente El Hiba volvió a sublevarse; en el interior seguía habiendo luchas casi continuas. Y en 1925 un rebelde procedente del Rif había de probar que las tribus podían ser inflamadas al grito de la guerra santa. Existía aún poca industria y los métodos de cultivo de los campesinos no se habían perfeccionado. No obstante, las comunicaciones, que eran esenciales para el desarrollo económico, habían transformado el país y Marruecos, bajo el mandato de Lyautey, había dejado de ser una tierra de caos medieval.

Las ideas de Gallieni-Lyautey habían alterado de forma decisiva la actitud francesa respecto de las colonias. Francia se plantearía ahora el objetivo de desarrollar y fortalecer interiormente a sus colonias, en lugar de someterlas e integrarlas a Francia. Pero la aplicación e interpretación de las teorías seguía dependiendo de la personalidad de los hombres que las ponían en práctica. Lyautey fue uno de los más originales e interesantes.

A. L. B.

Francia ante la tormenta

Después de Agadir, Francia estaba angustiada y en tensión. La amenaza de guerra se hallaba presente en el ánimo de todos los franceses, a pesar de que los políticos disputaban con la misma vehemencia de siempre. En París se celebraban desfiles patrióticos con antorchas. En las provincias, sin embargo, persistía un obstinado pacifismo.

A la crisis de Agadir de 1911 siguieron unas lentas y penosas negociaciones. En algunos momentos la crisis llevó trazas de convertirse en guerra. La opinión francesa, alarmada durante todo el verano, se exaltó por el golpe de fuerza alemán y por la cesión, en noviembre de 1911, de territorio congolés a Alemania, como parte del arreglo.

La amenaza de guerra entre Francia y Alemania volvió a vislumbrarse durante los conflictos balcánicos de 1912. A partir de entonces la guerra se convirtió en la gran preocupación de los franceses, y la amenaza de este peligro reavivó el recuerdo de su derrota ante los prusianos en 1870. La herida de Alsacia y Lorena —las dos provincias perdidas después de aquella guerra— pareció abrirse de nuevo. En el otoño de 1913 los incidentes de Zabern, donde un oficial alemán golpeó con su espada a un zapatero remendón lisiado e insultó a los reclutas alsacianos, despertó intenso malestar. La idea de una «recuperación nacional», de un *risorgimento*, prendió en ciertos intelectuales, particularmente en los jóvenes movidos por el temor a una Alemania resuelta a dominar Europa. Reapareció un exagerado militarismo (con ciertos rasgos de fantasía, como los desfiles patrióticos con antorchas), que parecía desaparecido desde el caso Dreyfus. En París se recrudecieron los sentimientos belicosos. Sin embargo, y a pesar del cambio que se iba operando, Francia, en general, estaba lejos de



Unos ejercicios de las tropas francesas en vísperas del estallido de la Gran Guerra. La mayoría de los franceses eran pacifistas, e incluso muchos comandantes militares consideraban al Ejército más un arma defensiva que un instrumento de ataque.



Una llaga en el espíritu nacionalista francés: la frontera con las provincias de Alsacia-Lorena. En la fotografía, un sacerdote francés pasa el puesto fronterizo entre soldados franceses y alemanes.

interesarse por aventuras bélicas. Los sentimientos pacifistas de las masas no se habían modificado sustancialmente.

Raymond Poincaré, primer ministro en enero de 1912 y presidente de la República en enero de 1913, no tenía ni temperamento ni aspiraciones bélicas; sin embargo, era un lorenés con un sentido casi místico del patriotismo y de la *fierté nationale* (orgullo nacional). En un discurso presidencial dijo que una Francia expuesta al desafío y a la humillación «ya no sería Francia». Precisamente entonces, por causa de las guerras balcánicas, la carrera de armamentos entró en una nueva fase. En junio de 1913 se votó en el Reichstag un crédito para un gigantesco incremento del Ejército alemán. La inevitable réplica francesa no tenía nada que ver con la antigua idea de *revanche* (la consigna de recuperar Alsacia y Lorena y de vengarse de Alemania); pero el creciente rearme alemán sirvió para resucitar la atmósfera intelectual y emotiva de la que tal idea de *revanche* había surgido: el odio al poderío alemán, la humillación y el resentimiento.

El *Conseil Supérieur de la Guerre* recomendó unánimemente que se implantara de nuevo el servicio militar de tres años. Francia debía reforzar sus tropas de cobertura cuanto le fuera posible, para hallarse en condiciones de resistir la formidable embestida que, de estallar la guerra con Alemania, caería sobre ella antes que su aliada Rusia tuviera tiempo de movilizar sus inmensos ejércitos y acudir en su ayuda. A pesar de la violenta oposición socialista, la ley, finalmente, fue aprobada el 10 de julio en la Cámara de Diputados por 358 votos contra 204.

¿Pero podría esta ley ser puesta en vigor? El 2 de diciembre de 1913, Louis Barthou, el nuevo primer ministro, fue derribado. El gobierno de Gaston Doumergue que le sucedió se propuso gobernar exclusivamente con los «republicanos de izquierda», la mayoría de los cuales se oponía al rearme francés. El encarnizamiento de la lucha entre los partidos alcanzó límites sin precedentes. Se lanzaron violentas acusaciones contra Joseph Caillaux, el ministro de Hacienda; éste había ocupado en 1911 el ministerio que condujo las negociaciones francoalemanas surgidas de la crisis de Agadir, y se oponía a la ampliación del servicio militar. Cuando, en marzo de 1914, la señora Caillaux disparó unos tiros de revólver contra el director de *Le Figaro*, que había desempeñado un papel destacado en una campaña muy sucia contra el ministro (con la publicación incluso de una antigua carta de amor), Caillaux tuvo que abandonar el Gobierno.

A juzgar por la prensa y por lo que ocurría en París, Francia estaba a punto de ser arrastrada por una ola de ardor nacionalista y bélico. Sin embargo, las elecciones de mayo de 1914 revelaron los verdaderos sentimientos del país. La oposición común a la ley del servicio militar de tres años unió a radicales y socialistas en un nuevo bloque de izquierdas. La prolongación del servicio militar no era popular; había fracasado la campaña de las derechas contra los «antipatriotas» opuestos a la ley de los tres años. Las elecciones demostraron que, a pesar del estado de tensión internacional, la opinión del país era profundamente pacífica.

La nueva Cámara de Diputados estaba tan exactamente dividida que su comisión de asuntos militares comprendía veintidós miembros contrarios al servicio militar de tres años y veintidós partidarios de él. Sin embargo, a pesar de que las elecciones habían parecido favorecer su política de «republicano de izquierda», Doumergue dimitió inesperadamente. Como ministro de Asuntos Exteriores, había sido convencido por sus subordinados de los peligros que ofrecía la situación internacional y había llegado a reconocer la necesidad de incrementar el Ejército.

René Viviani trató entonces de formar gobierno. Había votado contra el servicio militar de tres años, pero consideraba que la inmediata revocación de la ley comprometería la alianza rusa. Ante la intransigencia de los radicales, que exigían un inmediato retorno al servicio militar de dos años, Viviani dimitió, y Alexandre Ribot formó un gobierno favorable al servicio de tres años. Su ministerio fue derribado por la izquierda el mismo día en que se presentó a la Cámara, el 12 de junio de 1914.

Finalmente, Viviani logró formar gobierno con una nueva combinación que, si bien recibida fríamente por las izquierdas, consiguió un voto de confianza. El nuevo gobierno reconocía que antes de modificar la ley de los tres años debían adoptarse otras medidas para mejorar la preparación militar de los jóvenes y para organizar a los reservistas.

Los recuerdos de 1870 iban desvaneciéndose. El viejo encono contra los usurpadores de Alsacia y Lorena, empero, había sido reemplazado por la conciencia del nuevo peligro que amenazaba a Francia.

Maurice Baumont

La consagración de la primavera

«Tuve una visión fugaz que me dejó sobrecogido... Vi, de repente, un solemne rito pagano: un grupo de sabios ancianos, sentados en círculo, miraban cómo una muchacha joven bailaba hasta caer muerta.»

Nijinski, el extraordinario bailarín ruso cuya actuación en «La consagración de la primavera» fue tan discutida.

El 29 de mayo de 1913 el telón del teatro de los Campos Elíseos de París se alzaba para que el Ballet Ruso empezase la representación de *Las sílfides*, ballet con música de Chopin, orquestada por el compositor ruso, de treinta años, Igor Stravinski. La primera bailarina era la famosa Tamara Karsavina, al ballet le había puesto coreografía cuatro años antes el famoso Michel Fokine, y Pierre Monteux dirigía la orquesta. El genio que se hallaba detrás de todo el espectáculo era, naturalmente, Serge Diaghilev, creador del Ballet Ruso y uno de los empresarios más excepcionales de todos los tiempos.

La variada concurrencia, formada por elegantes balletómanos y por intelectuales y artistas parisienses, dio a *Las sílfides* la buena acogida de siempre. Pero el motivo principal de su asistencia al espectáculo no era ver *Las sílfides*; después del intermedio se iba a estrenar un nuevo ballet, *La consagración de la primavera*, compuesto por Stravinski, con coreografía del bailarín Vaslav Nijinski y decorados del pintor Nicholas Roerich.

El telón se alzó y apareció en escena un grupo de bailarines que representaban con movimiento «eurítmico» —no había solos ni danza tradicional— unos antiguos ritos paganos en un bosque de la Rusia primitiva. Apenas había comenzado la representación cuando se oyeron en la sala las primeras carcajadas, que al poco tiempo se convirtieron en silbidos y abucheo. Manifestantes del bando contrario se expresaron a su vez, quedando el teatro rápidamente sumido en un desconcierto general en el que los balletómanos conservadores insultaban a los protagonistas, la vanguardia defendía acérrimamente este nuevo y gran «adelanto» y el compositor Debussy intentaba en vano apaciguar a las dos facciones. La orquesta siguió tocando, aunque ignorada por el público y por los bailarines, quienes danzaban al son de los gritos de Nijinski, que los dirigía desde lo alto de una silla colocada entre bastidores, fuertemente asido por el compositor para evitar que saltara al escenario. La caída del telón no consiguió pacificar al público, y continuó el alboroto ininterrumpidamente hasta el comienzo de la segunda parte, a pesar de que Diaghilev mantuvo las luces encendidas durante todo el cambio de escena. Un espectador, Carl van Vechten, recuerda que «un joven sentado detrás de mí en un palco se puso de pie durante el ballet para poder verlo mejor. La intensa excitación a que se hallaba sometido se puso de manifiesto cuando empezó a golpearme frenéticamente la cabeza con sus puños». La representación terminó con la danza y muerte de una muchacha joven, víctima sacrificada al dios de la primavera: reinaba un caos total en el teatro. Luego, después de otro intermedio, la sesión continuó con *El espectro de la rosa*, un antiguo número predilecto, danzado al son de la *Invitación al vals*, de Weber, y acogido con igual tranquilidad y agrado que *Las sílfides*.

¿Qué había sucedido? Diaghilev y sus compañeros eran gente de gran personalidad, acostumbrados ya a que algunas de sus extravagancias ocasionales suscitaran cierta desaprobación, que contrarrestaba con la gran popularidad de que gozaba el Ballet Ruso. Pero esta vez incluso ellos se desconcertaron ante las dimensiones del escándalo provocado por *La consagración de la primavera*. Stravinski escribe en su autobiografía: «Todo marchó bien durante el ensayo general, al que, como de costumbre, asistieron invitados un grupo de actores, pintores, músicos, escritores y representantes de la *élite* cultural; estaba muy lejos de figurarme una explosión de este tipo.» De todas formas, y aun admitiendo que Stravinski esperara por parte del público una acogida menos calurosa que de costumbre, era indudable que *La consagra-*

ción de la primavera presentaba un sinfín de novedades.

Diaghilev había fundado el Ballet Ruso cuatro años antes, en 1909, después de llevar una vida azarosa en la que primero intentó ser compositor, luego estudió leyes, más tarde editó en San Petersburgo una revista llamada *Mir Iskusstva* («El mundo del arte»), a continuación fue invitado a formar parte —para ser al poco tiempo despedido— del personal de los teatros imperiales rusos, estableciéndose finalmente en París como introductor de la pintura, la música y, en 1908, la ópera rusas. Diaghilev no era un gran artista creador, y no se engañaba a sí mismo. No obstante, era un excepcional empresario, con una enorme capacidad para reunir a grandes artistas y lograr que éstos desarrollaran al máximo sus facultades. Poseía también un agudo sentido publicitario y comercial, cuyo ejemplo más representativo sea quizá la invitación que hizo a cincuenta bellas actrices para que presenciaran la apertura del ballet, distribuyéndolas —alternando una morena y una rubia— en la primera fila del anfiteatro.

Esta primera temporada de ballet causó una enorme sensación. Entre los bailarines presentados por Diaghilev se encontraban Ana Pavlova y Vaslav Nijinski; su coreógrafo era Michel Fokine. Todos ellos se presentaban en París por primera vez y resultaron una verdadera revelación para la Europa occidental. «Pavlova es en la danza lo que Racine es en la poesía», escribió un crítico francés. Y la condesa de Noailles dijo de Nijinski: «Los que nunca le han visto ignorarán para siempre el poder de la juventud, ebria de fuerza rítmica y aterradora en su energía muscular...» El gran mérito de Diaghilev consistió en mantener el hechizo del primer impacto; a su vez, *La consagración de la primavera* no fue más que otro de sus muchos ataques al ballet tradicional.

La compañía y el ballet constituyeron la novedad de la primera temporada; respecto a la música, Diaghilev hizo uso de partituras ya existentes: Chopin para *Las sílfides*, Borodin para las *Danzas polovtsianas*, etc. Pero al año siguiente, y contando con Stravinski, Diaghilev dio un paso más, encargándole la música original para *El pájaro de fuego*. Este hecho tuvo como consecuencia desafortunada que Pavlova se negara a bailar «una tal insensatez» y abandonara al poco tiempo la compañía; a pesar de ello, el ballet constituyó un gran éxito, gracias a la coreografía de Fokine y a la actuación de Karsavina y del mismo Fokine, con lo que quedaba consolidada la reputación de Stravinski y, con todo ello, el principio de usar para el ballet música original.

Un solemne rito pagano

«Un día —escribe Stravinski en su autobiografía—, mientras estaba acabando las últimas páginas de *El pájaro de fuego* en San Petersburgo, tuve una visión fugaz que me dejó sobrecogido... Vi de repente un solemne rito pagano: un grupo de sabios ancianos, sentados en círculo, miraban cómo una muchacha joven bailaba hasta caer muerta. La estaban sacrificando para aplacar al dios de la primavera.» Stravinski explicó su idea a Roerich, pintor especializado en temas paganos, quien se hallaba ya en contacto con el Ballet Ruso. Juntos escribieron un guión y se lo presentaron a Diaghilev, quien quedó inmediatamente entusiasmado.

El proyecto permaneció paralizado durante un tiempo, ya que Stravinski se hallaba ocupado con otro encargo de Diaghilev: *Petruchka*. Se trataba de una obra trágica sobre los sufrimientos de una marioneta, cuyo estilizado contenido prefigura ya la preocupación que caracteriza *La consagración de la primavera*. Con Fokine como coreógrafo y Karsavina y Nijinski como intérpretes, el ballet fue un éxito.

Pero poco tiempo después ocurrió algo que había de tener consecuencias directas en el estilo y en el escándalo de *La consagración de la primavera*: en 1912 y después de un período de creciente tensión, Fokine abandonó el Ballet. Al quedarse sin coreógrafo, Diaghilev tomó la trascendental y aventurada decisión de ofrecer el cargo a Nijinski, quien debutó con *La siesta de un fauno*, de Debussy. Para esta obra Nijinski inventó un nuevo tipo de danza. S. L. Grigoriev, *régisseur* y más tarde biógrafo del Ballet, la describió así: «Los bailarines seguían la música únicamente de manera rítmica, para adoptar luego, inmóviles, unas actitudes determinadas. La finalidad de Nijinski consistía en algo así como en poner en movimiento un arcaico bajorrelieve griego: para conseguirlo, hacía mover a los bailarines con las rodillas dobladas y los pies planos, apoyando primero el tacón e invirtiendo, por tanto, la regla clásica. Debían también mantener la cabeza de perfil y el cuerpo orientado hacia el público, con los brazos rígidos en diversas posiciones angulares. La música impresionista de Debussy distaba mucho de facilitar estos movimientos primitivos y los bailarines sentían horror a la monotonía y fatiga de este tipo de ensayos...» Todo ello mostraba ya un enfoque ritual estilizado que hubiera tenido que preparar al público para *La consagración de la primavera.*

La siesta de un fauno constituyó en realidad el primer escándalo de Diaghilev, si bien éste se debió tan sólo a la postura sugestivamente erótica —considerada obscena— que Nijinski adoptaba al final de la obra. Por lo demás, la coreografía de Nijinski resultaba eficaz.

Pero a partir de *La consagración de la primavera* los fallos de Nijinski como coreógrafo se pusieron en evidencia. Aunque brillante bailarín, no poseía conocimiento alguno de los rudimentos musicales, por lo que la complejidad y duración de la partitura de Stravinski exigieron una cantidad enorme de ensayos —ciento veinte al final— que le ocasionaron grandes dificultades. «Al componer *La consagración* —escribió Stravinski— supuse que la parte espectacular de la obra consistiría en una serie de movimientos rítmicos masivos, exentos de detalles superfluos o de complicaciones que sugirieran esfuerzo alguno y llenos de una simplicidad capaz de producir un efecto instantáneo en el público. El único solo era la danza del sacrificio al final de la obra. La música de esta danza, clara y bien definida, requería una coreografía adecuada, es decir, simple y fácil de comprender. Pero... Nijinski, a pesar de haber captado el significado dramático de la danza, no fue capaz de dar una forma inteligible a su esencia, y la complicó por tosquedad o por falta de comprensión...»

Pero, naturalmente, el aspecto visual del ballet no era más que una de sus partes. Su música causó el día del estreno tanto —o quizá más— escándalo. Durante los primeros años del siglo, la música europea, al igual que la pintura, se hallaba en un estado de crisis. La reacción contra las vastas y complejas obras con que culminó el período romántico y contra la hipersensibilidad que las había inspirado, aspiraba a un tipo de construcción más simple y controlada; al mismo tiempo, la crisis del sistema diatónico, mantenido durante trescientos años (las escalas mayor y menor compuestas por siete notas con intervalos regulares de tonos y semitonos), suprimieron el elemento principal que lo caracterizaba. Naturalmente, el problema se planteó con mayor intensidad en Alemania y Austria, plazas fuertes del romanticismo del siglo XIX, como lo de-





3



4



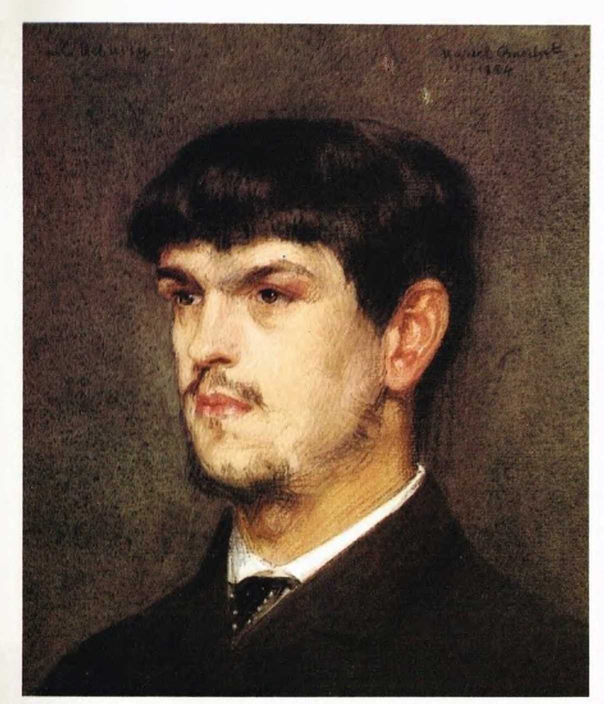
1 Nijinski junto a la gran Ana Pavlova, una de las bailarinas clásicas más famosas, que abandonó la compañía de Diaghilev tras negarse a bailar la «insensatez» compuesta por Stravinski. *2* «La consagración de la primavera». Los bailarines aparecen aquí en las actitudes rituales ideadas por Nijinski; habían de moverse con las rodillas dobladas, los pies planos —colocando primero el talón—, la cabeza de perfil y el cuerpo orientado hacia el público. El tercero, empezando por la izquierda, es el propio Diaghilev. *3* Igor Stravinski en un dibujo contemporáneo. *4* Programa dibujado por Picasso para los Ballets Rusos. *5* Programa dibujado por Léon Bakst para «La siesta de un fauno». Este fue el primer ballet con coreografía de Nijinski, y obtuvo un gran éxito. *6* Decorado de Bakst, uno de los artistas más cotizados del Ballet Ruso, para «El dios azul»; algunos de los mejores pintores de la Rusia contemporánea se dieron a conocer en París gracias a Diaghilev, quien les encargaba los decorados de sus representaciones.

5



6





Retrato del compositor francés Claude Debussy, iniciador del impresionismo musical a través de una serie de recursos tendentes a crear un evocador ambiente soncro.

muestran las vastas sinfonías de Mahler. Los intentos más radicales para hallar una solución a este problema se llevaron a cabo, por tanto, en estos países, y especialmente por Schönberg en Viena. Preocupado por las funciones estructurales de la armonía tonal, Schönberg trató de hallar un nuevo tipo de armonía en su material, al tiempo que intentaba escribir, en sus etapas iniciales, piezas cortas cuya eficacia no dependiera de grandes construcciones formales ni de palabras. Los compositores de países con tradiciones menos preocupadas por la armonía estructural no sintieron esta crisis del mismo modo. Debussy, por ejemplo, seguía ya entonces su propia evolución, dictada por la imaginación auditiva que le caracterizaba. Sin embargo, todo autor de la Europa occidental dispuesto a componer una obra de gran envergadura y consciente de la crisis, debía responder a ella en forma positiva.

La solución hallada por Stravinski, influido sin duda por su tradición rusa y su relativo aislamiento respecto de la tradición europea, consistió en un enfoque ritual, ya presente en *Petruchka.* Un ritual se opone a la subjetividad; actúa desapasionadamente sobre las emociones de sus espectadores; se desarrolla por su propio impulso y no es afectado por las fantasías de la conciencia individual.

Una tal concepción de la música podía resultar fría y distante: en lugar del flujo y reflujo de la música «personal» y de la comunicación establecida entre el público y una inteligencia humana, como sucedía en el siglo XIX, el nuevo tipo de música producía un continuo martilleo que parecía someter al oyente a una fuerza impersonal. La música de *La consagración de la primavera* carece casi absolutamente de tono o armonía, en el habitual sentido estructural: consiste tan sólo en un pequeño número de patrones melódicos, repetidos sin cesar, combinados, sobreimpuestos y organizados en una dinámica rítmica capaz de agotar a cualquiera. No es de extrañar que la mitad del público se enfureciera ante la incomunicación aludida y que la otra mitad llegara, como el vecino de Carl van Vechten, a la exaltación emotiva que el ritual se proponía evocar.

Tampoco es sorprendente que el estreno pareciera, en aquel momento y durante largo tiempo, una fecha decisiva para la historia de la música. Fue sólo la primera de las muchas ocasiones en que Stravinski ha asombrado al mundo entero y a menudo ha escandalizado a sus propios admiradores. De todas formas, la importancia de este estreno, vista con la debida perspectiva, es en realidad mucho menor. Que *La consagración de la primavera* no llegó a ser el manifiesto de una nueva y duradera escuela de composición lo demuestra el hecho de que apenas pasados diez años el mismo Stravinski compusiera un tipo de música completamente distinto. A menos que la reaparición del enfoque ritual en los últimos años tenga consecuencias mayores, la línea de Stravinski habrá quedado truncada casi en su origen. *La consagración de la primavera* presentó sin duda al público el concepto de disonancia característica del siglo XX; de todas formas, se había ya compuesto mucha música del mismo tipo.

Es interesante observar que *La consagración de la primavera,* considerada tan renovadora en su tiempo, se ha convertido en una pieza de concierto popular, mientras que música escrita anteriormente por Schönberg y por otros compositores dentro de la tradición europea, todavía sigue despertando tanta incomprensión, por no decir hostilidad, como la que suscitó *La consagración de la primavera* en 1913.

Neville Gambier

Los músicos del nuevo siglo


Gustav Mahler, compositor austríaco y destacado autor del período posromántico.

Mil novecientos once es el año de la muerte de Mahler y del estreno de su «Canto de la tierra». En Dresde se lleva a la escena, por primera vez, «El caballero de la rosa», de Strauss. «El castillo de Barba Azul», de Bartok, está ya completamente terminado. El público de París asiste a las representaciones de «Petruchka» y Stravinski empieza a trabajar en «La consagración de la primavera». Un año más tarde ve la luz el «Pierrot Lunaire» de Schönberg. Finalmente, en 1913, Debussy estrena sus «Jeux», encargo de Diaghilev.

Buscar un denominador común a estas obras no parece sencillo. De hecho, la herencia del Romanticismo, cuyos últimos ecos perduran hasta las primeras décadas del siglo XX, domina esta diversidad.

El «Tristán e Isolda» de Wagner (1859) constituye la cima y la saturación de esta corriente musical del siglo XIX, en la que elementos emocionales y literarios tienden a dominar las tradicionales categorías musicales. Temas y motivos, que antes cumplían una función morfológica, pasan a ser ahora símbolos psicológicos que se apoyan en la ambigüedad del lenguaje armónico, que alcanza los límites de la tonalidad, en un proceso progresivo de cromatización. En las primeras décadas del nuevo siglo, la problemática de la composición musical se centra en canalizar esta corriente de fuerzas sentimentales en el cauce de las formas legadas por el clasicismo, o de nuevos moldes más o menos derivados de ellas.

Gustav Mahler (1860-1911) es todavía un compositor de la vieja época. Su música vive en un dualismo entre lo sublime y lo trivial, lo rebuscado y lo ingenuo, lo culto y lo popular, lo reaccionario y lo progresivo. Ningún compositor como él se halla tan radicalmente dividido entre el siglo XIX y el XX. Mahler vivió una época de crisis: hasta en sus últimas obras fue un compositor tonal, pero asistió, sin aprobarlas completamente, a las primeras tentativas de la atonalidad, que no hubieran podido producirse sin el ejemplo de su propia obra. Escribe para grandes masas orquestales, pero su estilo tiende a un tratamiento instrumental concertante y diferenciado, apto para traducir la esencia de su contrapunto, que se apoya en la coexistencia de una serie de monólogos, sin relaciones mutuas desde el punto de vista rítmico y melódico, cuya simultaneidad origina brutales superposiciones de intervalos que anuncian un orden nuevo.

Contemporáneo de Mahler, Richard Strauss (1864-1949) no es, en cambio, un innovador. Abandona la sinfonía para cultivar el poema sinfónico, continuando una línea que, a partir de Liszt, pasa por Wagner y Berlioz. No obstante, es su música operística la que posee una mayor significación histórica, tanto si prosigue la corriente romántica («Salomé» y «Electra») como si intenta volver a un barroquismo, entre Lully, Haendel y Mozart («El caballero de la rosa»).

Paradójicamente, las innovaciones más radicales del lenguaje musical del siglo XX —las de la escuela vienesa, encabezada por Arnold Schönberg (1874-1951)— tienen su origen en la continuación orgánica de aspectos técnicos y espirituales del Romanticismo tardío. «Mi mérito —confiesa el propio compositor— consiste en haber escrito una música verdaderamente nueva, salida de la tradición y destinada ella misma a constituir una tradición.» Los extensos «Gurre-Lieder» (1901) representan una síntesis final de toda la tradición musical del siglo XIX. De 1902 a 1908, Schönberg escribe —con alguna excepción— para formaciones poco numerosas. Es la época de los primeros cuartetos, de numerosos ciclos para canto y piano y de la importante «Sinfonía de cámara, op. 9». En las obras instrumentales, se preocupa fundamentalmente de la estructuración de la forma en un solo movimiento, cuyo origen histórico podemos señalar en la forma cíclica de los compositores románticos. A partir de 1908 y hasta la Primera Guerra Mundial, Schönberg se expresa en una libre atonalidad. Este período ha visto nacer obras tan significativas como el «Pierrot Lunaire» (ilustración típica del nuevo expresionismo musical) o el monodrama «Erwartung» (primer ejemplo de una construcción atemática). La concepción, formulación y aplicación del nuevo método de composición, conocido con el nombre de serial o dodecafónico, es posterior al período que nos ocupa.

El creador del atonalismo y el dodecafonismo: el compositor austríaco Arnold Schönberg.

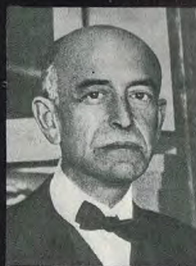


Anton Webern (1883-1945), el más radical de los discípulos de Schönberg, se aparta de los caracteres neoclásicos y posrománticos de su maestro, para ceñirse a una forma extremadamente concentrada, capaz —según la expresión de Schönberg— de «expresar una novela en un solo gesto, una felicidad en un solo suspiro».

La parte más importante de la producción de Alban Berg (1885-1935), el más asequible, romántico y mahleriano de los discípulos de Schönberg (también el más «pompier» para los puristas) pertenece ya al período de entreguerras.

La revolución musical que, por otros caminos más directos, liberó a la música de la tiranía de las funciones armónicas del cromatismo decimonónico, operó, en Francia, por obra de Claude Debussy (1862-1918). Con él, la forma se aparta de todo academicismo convencional (el compositor deja de ser un arquitecto de elementos musicales). Debussy rechaza toda jerarquía formal, fuera del puro momento musical. La música no responde a una idea abstracta, sino a una sensación concreta. El impresionismo musical es un eco retrasado del impresionismo pictórico. Adolfo Salazar calificaba de «puntillismo armónico» la armonía impresionista de Debussy, «en la cual los matices sonoros obraban directamente sobre el oído, como los tonos disgregados sobre la retina, sin fundirse unos con otros, sino que sería el oído o la retina quienes fundirían estos datos sonoros o cromáticos, en el fondo del sentido acústico o plástico». La parte más sustancial de la obra debussysta aparece antes de la Primera Guerra Mundial («Preludio a la siesta de un fauno», «Tres nocturnos», «El mar», «Pelléas et Mélisande», «Jeux», los dos libros de «Preludios para piano», etc.).

Maurice Ravel (1875-1937), más vertebrado, formal e irónico que Debussy, servirá de puente entre la generación de éste y la del posterior «Grupo de los Seis». No obstante, obras de una total importancia son anteriores a 1914 («Sonatina», «Miroirs», «Le Tombeau de Couperin», «L'Heure espagnole», «Daphnis et Chloé», etc.).


Un músico impresionista hispánico por nacimiento e inspiración: Manuel de Falla.

Los nacionalismos musicales constituyen un epígono del Romanticismo. El folklore es, por definición, romántico; pero el compositor nacionalista del siglo XX dota al acervo popular, después de haberlo asimilado, de una expresión abstracta y personal.

Manuel de Falla (1876-1946) residió de 1907 a 1914 en París, en donde estuvo en contacto con las corrientes musicales europeas y asimiló particularmente el espíritu de la estética impresionista. Toda su producción acusa un admirable proceso de depuración —que continuará hasta sus últimas obras—, perceptible en la diferencia que media, por ejemplo, entre «La vida breve» (1905) y las «Siete canciones populares españolas» (1914).

Paralelamente a su filiación nacionalista, Bela Bartok (1881-1945) puede ser considerado, con todo rigor, como un clásico de la música moderna. Su concepción musical, que le lleva del folklore literal al «folklore inventado», se basa en una síntesis personalísima de tonalidad y modalidad, de impresionismo y clasicismo germánico, de cromatismo y diatonismo. Lo más significativo de su producción es posterior al período que estudiamos aquí. Una obra de 1911 posee un atractivo irresistible: se trata de «El castillo de Barba Azul», ópera, o sinfonía en cuadros, que representa para los húngaros lo que el «Pelléas» de Debussy para los franceses, la superación del dialecto operístico en boga, por una declamación vocal auténticamente conforme al espíritu del idioma.

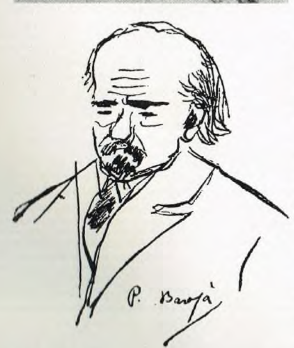
Ll. Millet

La Generación del 98

La liquidación del imperio colonial (1898) significó una tremenda decepción para España. Se vio como el resultado de una larga serie de errores, próximos y remotos, que habían entorpecido, si no detenido, la incorporación española a la marcha del progreso europeo.

El humilde e insigne Antonio Machado, cuya poesía, realmente «esencial», ha hecho de él uno de los mayores poetas de toda la literatura española. ***Abajo:*** **Pío Baroja, el principal novelista del 98, estilísticamente descuidado, pero profundamente expresivo (autorretrato).**





En este clima de depresión ocurre el paso del siglo. Políticos y regeneracionistas propugnan soluciones: se pretende que las bases en las que ha de descansar la vida nacional en el siglo XX sean muy otras y distintas, más sólidas y esperanzadoras, que las del fenecido siglo XIX. La Historia demostrará que no lo consiguen. Sí, en cambio, es fácil observar que, apenas transcurrido el primer decenio, las diferencias que muestra la literatura española con respecto a la del siglo XIX son —en temas, estilo y géneros— enormes. Y éstas son obra, principalmente, de un grupo de escritores a los que, por el peso que tiene en ellos la circunstancia histórica coetánea, se les conoce con el nombre de «Generación del 98», desde que Azorín, uno de ellos, lo empleara en una serie de artículos publicados en el diario *ABC* (1913).

Quiénes, en rigor, componen ese grupo ha sido cuestión bastante debatida por la crítica, sobre todo si se tiene en cuenta que Azorín incluía en él a Rubén Darío, maestro del modernismo, a Valle Inclán, también claramente modernista en aquellos momentos, y a Benavente que, a pesar de sus afinidades con ambos grupos, ofrece rasgos peculiares que justifican no se le adscriba a ninguno de los dos.

De hecho deben considerarse específicamente integrantes de esa «Generación del 98» solamente a Unamuno, Maeztu, Baroja y Azorín, con la posterior incorporación de Antonio Machado. A su alrededor pueden vincularse, según criterios, otros nombres: los que han sido calificados de «amigos y maestros», como Ganivet —el inmediato antecesor—, Silverio Lanza, Alejandro Sawa, Ciro Bayo, Ricardo Baroja, Manuel Bueno e incluso Juan Maragall; los mencionados Valle Inclán y Benavente, activos participantes con el grupo en tertulias, actos públicos y colaboraciones periodísticas; también Menéndez Pidal, el historiador Altamira y, finalmente, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala, ya pertenecientes a otra más joven generación.

En el Madrid de la Regencia

Miguel de Unamuno (1864-1936) es vasco; lo son también Pío Baroja (1872-1956) y Ramiro de Maeztu (1874-1936). Levantino, de Monóvar (Alicante), es José Martínez Ruiz (1873-1967), que empleará el seudónimo de «Azorín». Antonio Machado, el más joven (1875-1939), es natural de Sevilla. Todos, pues, proceden de la periferia; pero se vincularán, por unas u otras circunstancias, con el Madrid finisecular.

A Madrid, donde había cursado Filosofía y Letras, de vez en cuando acude Unamuno desde Salamanca, donde es catedrático de Griego desde 1891. Baroja llega a la capital en 1886; confiesa sentirse «muy abandonado y desvaído», va a terminar su bachillerato en San Isidro y luego iniciará los estudios de Medicina. Azorín, que aprueba en la Universidad algunas asignaturas de Derecho en 1896, fijará en Madrid su residencia permanente. Maeztu, activo periodista, pasará allí los años cruciales de 1897 a 1905. Antonio Machado y Manuel, su hermano, tras el traslado de su familia a la capital del reino, son alumnos de la Institución Libre de Enseñanza ya en 1883.

La estampa del Madrid que los acoge puede dibujarse así: gentes que deambulan por calles estrechas y pintorescas, cafés donde se habla, discute y conspira; imprevisión arriba, en políticos y gobernantes; abajo, funcionarios retratados por Galdós en *Miau*, obreros anarquizantes contra los que se promulgaron leyes represivas en 1894 y 1895, chulos, golfos, mendigos y busconas. Madrid es el turno de partidos y la conmoción por el asesinato de Cánovas en 1897; los discursos altisonantes en las Cortes y el clima general de patriotería —preocupación sólo en unos pocos— ante el curso de la guerra colonial iniciada en 1895. Pero Madrid es también el Ateneo con su biblioteca, sus conferencias y tertulias, los profesores krausistas y Menéndez y Pelayo; los paliques de «Clarín» en *Madrid Cómico*, los fascículos mensuales de *La España Moderna* (nuestra *Revue des Deux Mondes*, fundada en 1889 y que vivirá hasta 1914) y su labor editorial adjunta, que facilita el contacto con el pensamiento europeo más avanzado, al igual que lo hará, a partir de 1900, la «Biblioteca de Filosofía y Sociología».

La personalidad sensible y observadora, pero con tendencia al ensimismamiento

y a la ensoñación que se nutre vorazmente de lecturas, perfila en este ambiente la eclosión ideológica y estética de estos jóvenes provincianos que muy pronto han de manifestarse literariamente.

Caracteres ideológicos

A diferencia de los estímulos fundamentalmente estéticos que configuran la obra coetánea de los modernistas, pesa mucho en nuestros escritores un contenido ideológico en el que, como aspectos fundamentales, pueden señalarse los siguientes:

Su patente individualismo, influido por ciertas lecturas (Kropotkin, Schopenhauer y Nietzsche, entre otros), da a su pensamiento un marcado sentido anarquizante. Pero si no se adscriben a ningún partido (les repugna el juego de la política de su tiempo), tampoco llegan a presentársenos como genuinamente demócratas (aquí pesa mucho en ellos la lectura de Nietzsche). A esta actitud, fieramente mantenida por Unamuno a lo largo de toda su vida, y bastante por Baroja, se aproximará la de Antonio Machado; pero evolucionará hacia terrenos opuestos en Azorín, quien a causa de su labor de cronista parlamentario se sentirá atraído por el verbo de Antonio Maura y la política de La Cierva y será diputado conservador y aun subsecretario de Instrucción Pública (en dos ocasiones, durante los años 1917-19). En cuanto a Maeztu, su giro de ciento ochenta grados le costará la vida en 1936.

José Martínez Ruiz (Azorín), ensayista exquisitamente sensible y profundo.



General en ellos es la apertura hacia la cultura europea como uno de los medios de hacer posible el resurgir nacional. Las palabras de Unamuno «con el aire de fuera regenero mi sangre, no respirando el que exhalo», estampadas en la última página de *En torno al casticismo*, cuentan con la rúbrica de todos.

En lo religioso son heterodoxos y anticlericales. Pero mientras Unamuno, férvido y apasionado, hará de lo religioso el centro de su agónico vivir, Baroja se manifiesta al respecto con marcada agresividad, Antonio Machado con comedimiento y Maeztu regresará posteriormente a la plena ortodoxia. Azorín, por otra parte, es el que representa en todo momento una actitud menos decidida.

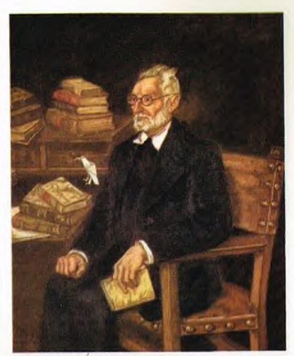
Su estética

Por de pronto, y coincidiendo con los modernistas, es manifiesta su oposición hacia cuanto pueda considerarse representativo de la literatura decimonónica, ramplona y retoricista; pero, al mismo tiempo, abominan del esteticismo decadente, traducido en una vaciedad temática, de los modernistas. Huyendo de uno y otro extremo, propenden hacia la sobriedad en su estilo (período corto de Azorín, que se impondrá en la prosa del siglo XX) y son notorias sus preferencias por la precisión expresiva (amplitud y selección de vocabulario, tomado directamente de los aldeanos castellanos o de la lectura de los clásicos o, tal en Unamuno, impregnado de elucubraciones etimológicas).

Su significada carga ideológica los lleva a cultivar con preferencia la prosa (ensayo y novela); y, en la lírica (A. Machado, Unamuno) y el teatro (Unamuno, Azorín) también aquélla se revela en sus momentos más representativos.

Entre sus «gestos» de rehabilitación artística figuran el Greco, Góngora y el olvidado Berceo. Elogian a Larra, en quien acertadamente verán un precursor; se interesan por el Cid y don Quijote; pero el tema fundamental y punto de partida de su obra es España: en su historia, paisaje y gentes; su pasado mal conocido, su angustiado presente y un futuro configurado entre ensoñaciones y utopías esperanzadas. Recorren y describen el país; pero se detienen morosamente a contemplar el adusto paisaje de Castilla al que ellos, hombres de la periferia, descubren, aman, interpretan y, cargado de connotaciones afectivas, políticas y literarias, entregan al gran público.

Y en todo, la huella inconfundible de su seriedad y melancolía.



El inquieto don Miguel de Unamuno, precedente del existencialismo cristiano actual (cuadro de Gutiérrez Solana).

Primeros pasos: 1898-1905

La eclosión ocurre durante estos años. De sus coincidencias ideológicas deriva idéntica reacción ante la situación nacional, por lo que se producen frecuentes contactos entre ellos, origen de una firme amistad. En los libros que ahora escriben asoma una y otra vez el deseo de apertura europeizante y la exaltación de Castilla, preocupaciones sociales y de elevación cultural, junto con la expresión de un estado de ánimo de depresión colectiva que captan en el ambiente. Piénsese, como obras más significativas de este período, en los ensayos *En torno al casticismo*, de Unamuno (publicados en revistas de 1895 y reunidos en volumen en 1902), *Hacia otra España* (Maeztu, 1899) y *El alma castellana* (1900) y *Los pueblos* (1905), de Azorín; las novelas *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903), *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), de este mismo autor, y *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901) y la trilogía *La lucha por la vida* (1904-5), de Baroja.

Acaso los que más decididamente intentan mover a la opinión pública sea el grupo de «Los Tres» (Azorín, Maeztu, Baroja), que llegan a redactar y publicar en 1901 un «Manifiesto» en forma de carta con un concreto programa de realizaciones políticosociales al que Unamuno prestará su adhesión. El trato y la amistad entre aquellos tres es intenso. Azorín, llevado por Baroja, va a conocer el País Vasco; pero Baroja visitará, a su vez, Ye-



Ramón María del Valle Inclán, gran estilista de la novela, el teatro y la poesía.

cla. Ambos van a Toledo (1901) y su descubrimiento del Greco se traduce en los artículos que insertan en el único número de *Mercurio*, aparecido ese mismo año. La estancia de los tres en San Sebastián (verano de 1903) significará una serie de artículos en el diario donostiarra *El País Vasco.*

Tertulias y revistas literarias

Motivos de trato y conocimiento mutuo surgen de su asistencia a determinadas tertulias (Café de Madrid, Fornos, Nuevo Café de Levante, donde dominan el verbo pintoresco de Valle Inclán y la ironía de Benavente), sobre todo la que tiene lugar cada miércoles en el domicilio de Ruiz Contreras y adonde acude de vez en cuando Unamuno desde su dorada Salamanca. Unidos a otros jóvenes, inquietos como ellos, participan en actos de adhesión (estrenos de *La gata de Angora*, de Benavente, en 1900, y de la *Electra* galdosiana en 1901) o de hostilidad (contra Echegaray en 1903 y 1905), que ponen de manifiesto los deseos de renovación tanto literaria como política. Esta cohesión del grupo, traducida en las mutuas frases de elogio con que rubrican la aparición de sus libros o en simples alusiones a sus personas o artículos periodísticos, se hace más ostensible en 1902 con ocasión del homenaje que rinden a Baroja a raíz de la publicación de *Camino de perfección*, homenaje al que se suman también Galdós y Ortega.

Mención especial merece su colaboración en las diferentes revistas, las más de vida efímera, de la época. Algunas nacen precisamente gracias a ellos. Allí sus nombres se codean con los de autores ya consagrados y no rehúyen la compañía de otros jóvenes que están, como ellos, dándose a conocer. Sus firmas figuran en *Germinal*, radicalmente combativa, *La vida literaria, Arte Joven, Electra, Helios*, de carácter modernista, con versos de los Machado y parte del epistolario de Ganivet, y *La República de las Letras;* pero las más destacadas son *Vida Nueva* (1898-1900), que simboliza el llamado «espíritu del 98», *Revista Nueva* (1899), fundada por Ruiz Contreras, de carácter eminentemente literario y en la que uno de sus más significados colaboradores es Baroja, pero en la que se insertan ensayos de Unamuno, intencionados artículos de Maeztu sobre la situación política y social del momento, crítica literaria de Azorín, narraciones de Valle Inclán y alguna comedia de Benavente; *Juventud* (octubre de 1901 a marzo de 1902), fundada por Baroja y Azorín, con el aliciente de la tertulia reunida en la misma imprenta, y *Alma Española* (noviembre de 1903 a abril de 1904), en la que figuran las autobiografías que se harán famosas de algunos de esos hombres del 98; pero en la que suena, y no en vano, la voz de alarma señalando síntomas de descomposición en el grupo.

En efecto, en 1905, el tercer centenario de la primera parte del *Quijote* servirá para que Unamuno nos dé una interpretación todavía muy noventayochista de la obra cervantina en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, y Azorín, junto con la evocación de la vida provinciana en *Los pueblos*, recorrerá los caminos del hidalgo manchego en *La ruta de Don Quijote*; pero la disolución del grupo en cuanto a comunidad activamente combativa y cohesionada es patente. Todos y cada uno la ocasionan.

La marcha de Maeztu a Londres en esa misma fecha, para cumplir desde allí sus tareas periodísticas en *La Correspondencia de España*, significa la disgregación física; pero, sobre todo, ocurre que por la notoriedad y madurez literarias ya conseguidas, cada uno se siente empujado a seguir solamente los dictados de su propia e independiente personalidad: en la prensa o en el libro (Azorín y Unamuno) o solamente en el campo de la novela (Baroja).

En cuanto a Antonio Machado, su hora no ha llegado todavía. Los poemas de *Soledades* (1903) contienen buena dosis de estética modernista.

1912: Campos de Castilla

La hora de Machado suena en 1907, cuando por su recién ganada cátedra de francés pisa las tierras castellanas de Soria. Allí, el inicialmente modernista se para «a distinguir las voces de los ecos». Y esas voces se resuelven en una: el alma de Castilla. Todo el común ideario del grupo que hemos visto en disgregación, ahora se hace esencia lírica en la palabra grave del poeta. En ella está la ensoñación del pasado histórico, la contemplación asombrada y crítica de un presente lamentable y la visión de un futuro pues-en manos de una España más joven; con ella rinde testimonio de amistad a los hombres que lanzaron esas mismas ideas que él recoge; por ella el dolor del paisaje y la tragedia de unas gentes se hace símbolo. Y el amor de Leonor Izquierdo añade a todo un complemento humano de la más pura emoción. Eso será su libro *Campos de Castilla* (1912).

Reencuentro en 1915

Aunque la huella de cada uno de nuestros autores va haciéndose más honda e individual en su caminar por los predios de la literatura hasta el final de sus vidas, todavía podemos verlos reunidos en una singladura comunitaria. Ortega y Gasset, recogiendo las preocupaciones políticas de un sector de los intelectuales, funda en enero de 1915 el semanario *España.* En el editorial del primer número hay palabras («...toda una España nueva que siente encono contra otra España fermentada, podrida») que recuerdan por su tono e intención las que quince años antes escribían los noventayochistas. Ortega, recordándolos, solicita su colaboración y ellos no se la niegan. Al pie de poemas, ensayos y artículos diversos, cobijados por ese nombre de la revista que tanto significa para ellos, aparecen nuevamente las firmas de Unamuno, Maeztu, Pío Baroja, Antonio Machado y, también, las de Benavente y Valle Inclán, es decir los genuinos y los más próximos. Falta, es cierto, uno: Azorín, cuyas convicciones políticas han tomado otro rumbo.

J. Saura Falomir

El Modernismo

En literatura, y en un sentido amplio, el término modernismo puede designar el comienzo de una época caracterizada por el desarrollo libre de la fantasía y de la actividad creadora.

Un Nobel de las letras españolas: Juan Ramón Jiménez, poeta hondamente subjetivo. *Abajo:* **Félix Rubén García Sarmiento (Rubén Darío), poeta nicaragüense y alma del modernismo.**





Podría considerarse que el término modernismo designa el punto de partida de las diversas tendencias experimentales que caracterizan la literatura contemporánea: vanguardismo, surrealismo, futurismo, etcétera. Pero cabe otra acepción más limitada, es decir, el modernismo como escuela literaria, en parte propugnada por los antimodernistas y favorecida por la difusión de los rasgos externos y anecdóticos del movimiento: tópicos lingüísticos, actitudes vitales de los escritores, desde la indumentaria hasta el formato de los libros modernistas. Ciertamente, bajo el nombre de modernismo cabe englobar figuras muy diversas y, en apariencia, irreductibles a fáciles encasillamientos. El modernismo presenta claras influencias francesas, primero parnasianas, luego simbolistas. Es pesimista, rebelde, individualista; se complace en lo oscuro y lo extravagante, y se dirige a una minoría de iniciados o adeptos, con desprecio hacia el naturalismo y a toda normativa. En la evolución de los estilos literarios supone un cambio sustancial de la sintaxis y del vocabulario; la nueva métrica que utiliza llega hasta la más extrema libertad. La experimentación de las propiedades rítmicas del castellano le lleva a dotar a la prosa y al verso de una nueva musicalidad, reanudando la tradición española de la versificación irregular. Aparece hacia 1890 en los países hispanoamericanos: en México, con Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), de influencia parnasiana, y con Amado Nervo (1870-1919), primero simbolista, luego más simple e intimista, creadores de *Revista Azul* y de la *Revista moderna.*

Rubén Darío y su influencia en las letras castellanas

Pero la figura central del modernismo fue Rubén Darío (1867-1916), nicaragüeño, que residió en toda Latinoamérica, en España y también en París, y a quien se debe el impulso inicial del modernismo en lengua castellana a ambas orillas del Atlántico.

Formado en la lectura de Víctor Hugo y Théopile Gautier, de los parnasianos, de Zorrilla y Campoamor, publicó en Chile *Azul* (1888), un volumen de cuentos y poesías, y al año siguiente *Prosas profanas,* en Buenos Aires, donde lanza su concepto del modernismo: «El anarquismo en el arte, base de lo que constituye la evolución moderna o modernismo...» Encontró más tarde su auténtico camino con una poesía más humana, de armonía musical, en que se mezclan la melancolía y la exaltación, aunque grandilocuente (*Cantos de vida y esperanza*), con influencias de Walt-Whitman y de su propia vida, desnuda y desordenada, acortada por el alcohol y las drogas. Residió en Madrid (1892) y en Barcelona (1899 y 1912), y guardó siempre un recuerdo entrañable de su estancia en Mallorca y de su amistad con Santiago Rusiñol.

La influencia de Verlaine, Baudelaire y Darío es visible en diversos escritores cubanos, venezolanos y colombianos, pero muy especialmente en el argentino Leopoldo Lugones (1874-1938), que destaca sobre los demás por su lenguaje y su dominio del arte poético, y en el peruano Santos Chocano (1875-1934), cantor de la naturaleza, épico y romántico a un tiempo. El maestro, el educador de la generación que ya va abandonando el modernismo es el uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), como lo fue en las artes plásticas Joaquín Torres García, formado en París y en Barcelona, los mismos centros culturales en los que Picasso encontró su camino.

En España el modernismo literario aparece en la obra de Ramón del Valle Inclán (1869-1936), figura original y extravagante, prosista arcaico y preciosista en las *Sonatas*, y dramaturgo en *Romance de lobos* y *Divinas palabras*; en la primera época —*Soledades* (1905)— del poeta Antonio Machado y en la figura singular de Juan Ramón Jiménez (1881-1958), premio Nobel de Literatura (1956), más popular por su elegía de un borriquillo andaluz, *Platero y yo* (1914), que por sus versos intimistas. Como muestra de su tiempo, son interesantes las revistas madrileñas *Germinal* (1897) o *Arte Joven* (1901), donde ya colaboró Picasso.

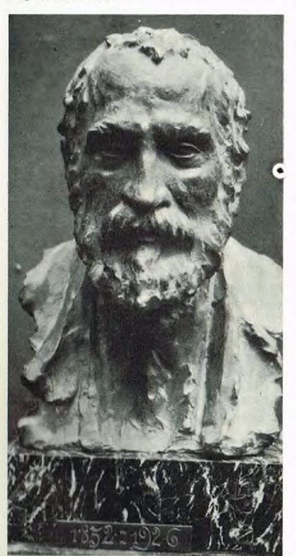
En Cataluña, el movimiento se centró en Barcelona, influido por autores escandinavos como Björnson o Ibsen y por el belga Maeterlinck. De la colaboración de músicos, artistas y literatos, surgieron revistas como *L'Avenç* (1889), *Pèl & Ploma* (1899) o *Joventut* (1900), que fueron muy leídas y suscitaron grandes polémicas.

Arquitectura modernista en España

Es difícil definir el modernismo. El término, usado polémicamente desde sus inicios, hacia 1890, con cierta ambigüedad, es el resultado de una época propicia a la integración de las diversas artes.

En estrecha correspondencia con otras corrientes contemporáneas, como el parnasismo o el simbolismo literarios y el impresionismo de las artes plásticas, el modernismo marcó una ruptura entre la joven y la vieja generación. La idea del modernismo no puede disociarse del valor del tiempo: aparece cuando muere un siglo y, con él, toda una época. A esta crisis, anunciada por pensadores como Nietzsche o Schopenhauer con el nombre de enfermedad del *fin du siècle*, se referían quienes intentaban diagnosticar la trayectoria del arte contemporáneo. La inadaptación a las formas de vida burguesas, con la exaltación del individualismo le unía al misticismo y al anarquismo, y estimulaba la evasión del hombre por los caminos del arte, de la música o de la literatura. La figura del héroe o del superhombre sobresalía por encima de cualquier normalidad. La vida bohemia del artista se enfrentaba con la sociedad que le rodeaba y en el cultivo del arte encontraba una valoración estética de la existencia humana. Frente al naturalismo y al realismo, propugnaba el principio de «el arte por el arte». Los inicios de este movimiento deben situarse así en el ambiente de confusión y de pesimismo radicales que suscitó la crisis del pensamiento racionalista y científico y la del realismo artístico. El modernismo aparece entonces como la culminación de algunos aspectos del romanticismo: símbolos poéticos y pictóricos, aspiraciones vagas e imprecisas; la niebla, el ensueño, la muerte... El modernismo fue un canto nostálgico, apasionado y sentimental a lo efímero, a lo fugaz. La impresión de que todo un mundo se terminaba, comunicaba una viva ansiedad de ampliar el conocimiento, de vivir aprisa, de apreciar nuevas sensaciones.

Quizá sea una escultura el más idóneo retrato de Gaudí, el genial arquitecto-escultor.



En el arte, el modernismo fue sobre todo un estilo decorativo. Así, sus mejores manifestaciones se dieron en el campo de la decoración arquitectónica y en las artes aplicadas: los orfebres Lalique, en París, o Tiffany, en Nueva York; el forjador alemán Otto Eckmann, el decorador Mackintosh y el ilustrador Aubrey Beardsley, en Gran Bretaña. Sus capitales fueron Viena, París, Barcelona, Bruselas, Glasgow y Munich. Movimiento internacional, con caracteres locales que le matizaron, tuvo nombres distintos según los países: *Jugendstil* en Alemania, *Modern Style* en Gran Bretaña, *Floreale* en Italia, *Stile Nouille* en Bélgica, *Liberty* en Norteamérica, *Sezessionsstil* en Austria y *Art Nouveau* en Francia (del nombre de un establecimiento de objetos de arte, inaugurado en París en 1895), denominación que hoy tiende a imponerse mundialmente. El hecho de que los estilos generales evolucionen al ritmo de la arquitectura mientras la pintura y la escultura presentan aspectos más diversos, hace difícil mencionar escultores y pintores que sean claramente modernistas. En cambio se conservan abundantes muestras de carteles o de ilustraciones para libros que son auténticos paradigmas del arte modernista.

Son características del arte modernista el *coup de fouet* o línea ondulante y asimétrica, que forma complejos motivos ornamentales, con flores, tallos vegetales, pavos reales, cisnes o largas cabelleras femeninas. El despliegue de líneas trata de envolver y modelar la totalidad del objeto, en el que forma y decoración integran un solo conjunto.

El tema de lo efímero, incluso en la escultura, llega a lo increíble: el suspiro, la niebla, la ola, una nube que pasa... Los colores preferidos son los grises, malvas, rosa pálido, verdes suaves. En arquitectura, se manifiestan los elementos esenciales del romanticismo: el gótico, como expresión suprema del medievalismo, y elementos exóticos, islámicos o japoneses. Cabe señalar el uso de elementos tradicionales, como el ladrillo rojo, en Escandinavia, Países Bajos, Escocia y Cataluña. El esplendor de las artes decorativas tiene su origen en el movimiento iniciado en Gran Bretaña por John Ruskin, William Morris y el grupo de *Arts and Crafts*, que revalorizó la artesanía frente al mundo de la máquina y a la producción industrializada.

En España, el modernismo tuvo su mejor expresión en Barcelona, donde se desarrolló en algunos talleres familiares de artistas o de arquitectos. Así los nombres de los orfebres Masriera o de Gaspar Homar (1870-1953) tuvieron un merecido prestigio europeo, mientras los de Alexandre de Riquer —grafista y cartelista— (1856-1920) y Adrià Gual (1872-1944) —hombre de teatro, cartelista y decorador— han quedado injustamente olvidados. Merecen por lo menos una mención escultores como Josep Llimona (1864-1932), Eusebi Arnau (1864-1933) y Miquel Blay (1866-1936); pintores como Ramon Casas (1866-1932), autor de carteles de fama mundial y de una galería de retratos al lápiz de los personajes de su tiempo, y Santiago Rusiñol (1861-1931), figura típica del modernismo: pintor, escritor, comediógrafo, coleccionista de hierros antiguos, descubridor del Greco en París y organizador, desde 1892, de las Fiestas Modernistas de Sitges, cerca de Barcelona, donde fundó el museo del *Cau Ferrat*.

La aparición del arquitecto catalán Antoni Gaudí (1852-1926) figura máxima del modernismo peninsular y uno de los primeros arquitectos del siglo XX, fue un acontecimiento extraordinario. Dotado de una imaginación portentosa, capaz de concebir los edificios en el espacio, se anticipó a las modernas corrientes arquitectónicas. Creador del único estilo inventado por un arquitecto español, con él surge la invención de una nueva arquitectura, culminación del estilo gótico, con la creación de formas abstractas, de arcos parabólicos, de superficies alabeadas. El conjunto de su obra no es una moda, sino

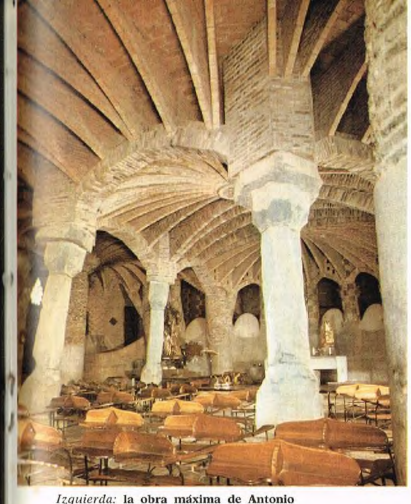


«Danza de hadas». Panel de marquetería, obra de Gaspar Homar, muy represesentativa del estilo modernista barcelonés.

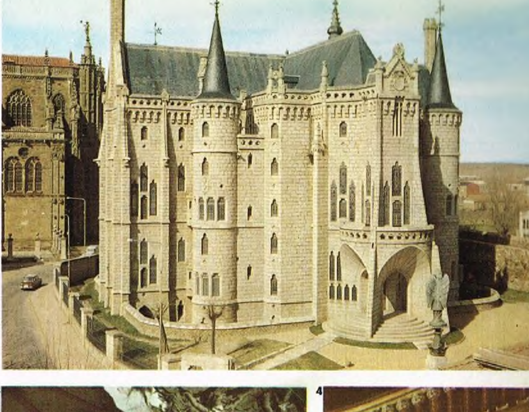
una nueva arquitectura, con su fundamento religioso, su justificación filosófica y sus formas constructivas plenamente originales. Se inició con edificios de influencias orientales, construidos con elementos simples como el ladrillo y los hierros laminados, complementados con elementos decorativos como azulejos polícromos y elegantes hierros forjados. Por coincidencia con la época modernista es lógico situarlo entre los arquitectos de esta tendencia, pero puede afirmarse que si bien el Modernismo cabe dentro de la obra de Gaudí, no es posible limitar el conjunto de su arquitectura dentro del Modernismo. Sus mejores obras se conservan en Barcelona: el Palacio Güell (1885), el Colegio de las Teresianas (1889), el Parque Güell, la primera ciudad jardín de España (1900), la polícroma Casa Batlló (1905), La Casa Milà, conocida con el nombre popular de *La Pedrera* (1905), el edificio civil más original de nuestro siglo, síntesis de arquitectura y escultura; y el templo expiatorio de la Sagrada Familia, inacabado, la obra religiosa de mayor envergadura contemporánea, última de las «catedrales», o «primera de la nueva serie», como afirmó Gaudí. Su obra se extendió más allá de Barcelona: la capilla de la Colonia Güell; la Casa Botines, en León; el palacio episcopal de Astorga; los edificios de Comillas, cerca de Santander. Incomprendido en su tiempo, pese a la exposición que de sus obras se celebró en París en 1910, actualmente se le valora internacionalmente, como uno de los primeros arquitectos mundiales del siglo XX. A su lado, Lluís Domènech i Montaner (1850-1923) fue considerado como el prototipo del arquitecto modernista, apasionado por la policromía de la cerámica vidriada y el decorativismo del hierro forjado; es el autor de obras como el Restaurante del Parque de la Ciudadela (1888), el *Palau de la Música Catalana* (1908) y el Hospital de San Pablo (1912), todas ellas en Barcelona. Cabe mencionar, entre otros arquitectos modernistas españoles, al también barcelonés Josep Puig i Cadafalch (1867-1956), que tuvo en su etapa modernista obras interesantes como la Casa Ametller (1900) y la *Casa de les Punxes* (1905), en Barcelona.

J. M.ª Ainaud de Lasarte





2



Izquierda: **la obra máxima de Antonio Gaudí, el templo barcelonés de la Sagrada Familia, «la última de las catedrales», según el mismo arquitecto, y, también como ellas, quién sabe por cuánto tiempo inacabada.** *1* **La iglesia de la Colonia Güell, no lejos de Barcelona, es una de las obras de Gaudí que mejor permite al profano apreciar las soluciones estructurales del genial arquitecto catalán.** *2* **El palacio episcopal de Astorga, una de las obras no barcelonesas de Gaudí.** *3 y 4* **Dos detalles del «Palau de la Música Catalana», obra del arquitecto catalán Domènech i Montaner y de otros artistas colaboradores suyos; en ese estrecho maridaje de la arquitectura con la escultura y la cerámica policroma vidriada aparece evidente el influjo de Gaudí.** *5 y 6* **Vista general y detalle de la Casa Milà («La Pedrera»), típica muestra gaudiniana de arquitectura escultórica.**

3



4





6



La nueva arquitectura

En la primera década de este siglo, las antiguas concepciones de la belleza arquitectónica iban quedando arrinconadas.
Al lado de los altivos pináculos de las catedrales góticas, de las dignas fachadas de ladrillo y estuco de las clásicas casas urbanas y de las retorcidas extravagancias barrocas de palacios y bancos, aparece un nuevo tipo de edificaciones.

«The Red House» (La Casa Roja), en Bexleyheath, proyectada por Philip Webb en 1859.



Dos fuerzas opuestas originaron la racionalidad de la arquitectura actual: la mayor utilización del hierro y el acero, y la reacción contra el filisteísmo decimonónico producido por la revolución industrial. Ésta había cambiado la manera de vivir de la gente e incluso la misma estructura de la sociedad. El progreso industrial hizo posible el empleo de nuevos materiales y una nueva utilización de los antiguos. Las técnicas de construcción habían cambiado: las distintas partes de un edificio ya no eran obra de artesanos, sino producto de las máquinas.

El uso del hierro colado y del acero estructural figuran entre los progresos más considerables aportados por la nueva industria.

El hierro y el acero se habían venido usando en la construcción desde mediados del siglo XVIII, pero los arquitectos de los primeros edificios con estructura metálica no consideraban bello el hierro. Mientras el férreo armazón de un edificio quedaba oculto en su interior y sus paredes exteriores continuaban siendo de piedra o ladrillo, la fachada ofrecía un aspecto muy semejante al de las construcciones tradicionales; tenía gruesos muros y pequeñas ventanas, como en los tiempos en que la piedra había de sostener todo el peso del edificio. Una construcción con estructura de hierro no necesita muros resistentes y, en cambio, puede sostener láminas de cristal regularmente distribuidas, pero, dejando aparte los edificios meramente utilitarios, los armazones metálicos continuaban permaneciendo ocultos bajo los motivos ornamentales inventados para la piedra.

Las posibilidades estéticas del hierro quedaban para los ingenieros. Gracias al hierro, elegantes puentes de flexión elástica cruzaron los ríos, estaciones de ferrocarril y grandes mercados se construyeron con acero y cristal, pero, debido a que el sublime arte de la arquitectura no había puesto su mano en ellos, pasaron inadvertidos y, para los más, eran indignos de ser apreciados.

De todas maneras, a principios de la última década del siglo XIX los arquitectos empezaron a descubrir las posibilidades estéticas del hierro y el acero para otra clase de edificios además de los industriales. Se usaron, por ejemplo, en la construcción de grandes almacenes. Uno de los primeros fue *La Samaritaine*, construido en París por Frantz Jourdain, en 1905. Este edificio mostraba claramente su armazón de acero, que sólo quedaba disimulado por unos zarcillos de metal, un nuevo tipo de decoración.

Los pioneros

La tendencia característica de la arquitectura del período 1900-1914 se basaba en ideas totalmente ajenas al espíritu global del Modernismo o *Art Nouveau*. Los nuevos arquitectos se interesaban sobre todo por el diseño de la estructura y no por la ornamentación. El desarrollo de estas ideas se debió principalmente a cinco hombres, que conocían mutuamente sus edificios y sus teorías. Estos pioneros del nuevo pensamiento arquitectónico fueron los norteamericanos Louis H. Sullivan y su discípulo Frank Lloyd Wright, el belga Henri Van de Velde, y los austríacos Otto Wagner y su discípulo Adolf Loos.

Sullivan fue un arquitecto de Chicago que no conocía más arquitectura urbana que la de Nueva York y Boston (y tal vez la de París). En 1892 escribió: «La ornamentación es un lujo mental, no una necesidad; la estética ganaría mucho si durante unos años nos abstuviéramos de adornos, a fin de concentrarnos en la construcción de edificios bien hechos y agradablemente desnudos». En realidad, también él creó sus propios motivos ornamentales: festoneadas hojas de col y rizos de coral. Pero al mismo tiempo se dedicó a construir edificios «bien hechos y airosamente desnudos». Fue uno de los primeros arquitectos que intentó desarrollar la utilización estética del acero. El *Guaranty Building* de Buffalo, construido en 1894-1895, todavía posee algunas características heredadas de los edificios en piedra: la cornisa saliente y las bandas de los ángulos de doble mampostería tan anchos como los demás montan-

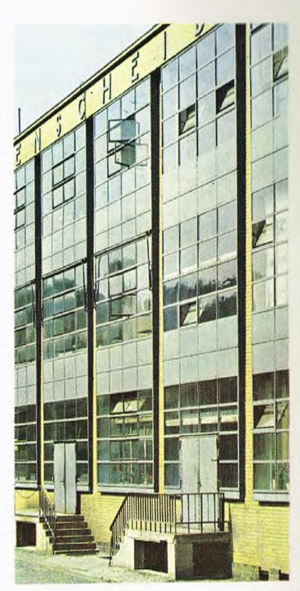
tes son innecesarios en una construcción semejante. Pero el principio de esta arquitectura sencilla, clara y angular se desarrolla desde su estructura. Sullivan se daba perfecta cuenta de que un enrejado de acero que se repite exige un exterior basado en una unidad que también se repita. «Debemos tomar como base la celda individual, que requiere una ventana y un estribo que la separe, su umbral y dintel, y, sin gran esfuerzo, hacer que todos parezcan iguales ya que todos lo son.»

Frank Lloyd Wright, el más dotado discípulo de Sullivan, escribió en 1901 un manifiesto sobre *The Art and Craft of the Machine* (El arte y el oficio de la máquina). Empieza con un panegírico de nuestra «era del acero y el vapor, la era de la máquina, en la que las locomotoras, la maquinaria industrial, eléctrica, bélica y naval ocupan el lugar que las obras de arte ocuparon anteriormente». Frank Lloyd Wright veía las construcciones de la era de la máquina, las construcciones del futuro, «simplificadas y etéreas». Proféticamente sentía que en ellas «el espacio sería más espacioso y su sentido podría entrar en toda clase de edificios, grandes o pepequeños». Tal concepción aparecía en sus propios edificios para vivienda. La *Heath House* de Buffalo, diseñada por Wright en 1905, es representativa de las casas que proyectó deliberadamente para el nuevo estilo de vida de la clase media norteamericana, que vivía sin etiqueta y sin servicio doméstico; casas aisladas, espaciosas, al aire libre y que contaban con habitaciones cómodas que se comunicaban entre sí. Sus bajas líneas horizontales y la inexistencia de límites definidos entre los espacios internos y externos denotaban una lúcida conciencia del camino que la arquitectura había de seguir en el futuro.

La conclusión racional de la eliminación de ornamentos propugnada por Sullivan era creer que la utilidad constituye uno de los elementos más importantes de lo bello. Otto Wagner, profesor de arquitectura de la Academia de Viena, escribió en 1896: «El único punto de partida posible para cualquier creación artística es la vida moderna... Todas las formas modernas deben armonizar con las nuevas necesidades de nuestro tiempo... Nada que no sea útil puede llegar a ser bello.» Wagner suponía que el estilo impuesto por estas necesidades consistiría en el uso de «líneas horizontales semejantes a las que prevalecían en la antigüedad, tejados como entablamentos, una gran simplicidad y una vigorosa exhibición de la construcción y de sus materiales». Tales afirmaciones eran correctas, pero si llegó a crear un edificio tan original como sus ideas ello se debió únicamente a la influencia que sobre él ejercieron sus propios alumnos: la Caja postal de ahorros, de Viena, un edificio liberado tanto del estilo tradicional como del estilo del *Art Nouveau*, y que posee una simplicidad clara y racional, lograda por medio de una bóveda de cristal y unas proporciones justas.

Adolf Loos, formado en Dresde y en Norteamérica, fue uno de los arquitectos más influidos por Wagner. Loos llevó más adelante las teorías de Wagner, tanto en sus escritos como en sus planos arquitectónicos. «El fin a que aspira la humanidad es el de encontrar la belleza a través de la forma, en lugar de hacer que dependa de la ornamentación», escribió. La belleza de una obra de arte depende «del grado en que consiga la utilidad y de la armonía de todas sus partes en relación unas a otras». Los exteriores de las viviendas proyectadas por Loos casi se reducían a unas cajas cuadradas de estuco, cortadas por muchas ventanas de distinto tamaño y forma, y sin ninguna clase de ornamentación superflua. La casa Steiner en Viena, por ejemplo, uno de sus más logrados proyectos, tiene una belleza que radica en sus proporciones y en la simplicidad de sus detalles. Los interiores de las casas que construyó tienen algo de la naturalidad y claridad de las proyectadas por Frank Lloyd Wright, aunque Loos podía también planear interiores de una extraordinaria complejidad y sutileza. El *Kärntner Bar*, también en Viena, carece propiamente de ornamentación, y fue planeado usando meras formas geométricas. Pero usó los materiales y los módulos geométricos con extremada habilidad. Las lisas paredes de caoba oscura dan la impresión de ser biombos colocados entre sencillos pilares de mármol verde, y, sobre ellos, grandes espejos sin enmarcar llegan al techo, reflejando los geométricos y vigorosos módulos reticulados del techo a derecha e izquierda, y al fondo. La sala es pequeña, pero el reflejo en los espejos produce la perfecta ilusión de que el ámbito del bar es realmente un recinto mucho más amplio.

Van de Velde fue muy explícito en su aceptación de la era de las máquinas. Dijo de éstas: «El poderoso juego de sus brazos de hierro creará belleza tan pronto como la belleza las dirija.» Su respeto por la máquina iba aparejado con su respeto por los ingenieros. «Los ingenieros —decía— se hallan en el dintel del nuevo estilo.» «¿Por qué hemos de otorgar un rango más elevado a los artistas que construyeron palacios de piedra que a los artistas que los construyen de metal?» Van de Velde previó un gran futuro para el hierro, el acero, el aluminio, el linóleum y el cemento, y abogó en favor de la «perdida sensibilidad por los colores vivos, fuertes y claros, las formas consistentes y vigorosas, y la construcción racional».



La fábrica Fagus, construida por Gropius en 1911. Con paredes como cortinas de cristal, muestra la definitiva sustitución de la antigua estética decorativa por las nuevas concepciones, que exigían claridad, utilidad, simplicidad y ligereza.

El hierro colado y el acero estructural no eran los únicos materiales nuevos e importantes que se habían utilizado: a ellos se añadía el cemento armado. El arquitecto francés Auguste Perret usó el

cemento armado para sus construcciones. El bloque de pisos que en 1903 construyó en la rue Franklin, número 25 bis, en París, consiste en una estructura de cemento armado con una fachada de verticales miradores salientes y entrantes. Perret usó el cemento para la construcción de dinteles y puntales a la manera típica de la arquitectura en piedra. Pero en 1907 Tony Garnier, otro arquitecto francés, hizó los planos para una Ciudad Industrial modelo, construida enteramente a base de cemento, para cuyas dependencias administrativas planeó una estructura voladiza que prefiguraba la versatilidad descubierta por arquitectos posteriores en este material. Ese proyecto había sido influido, probablemente, por los trabajos del ingeniero suizo Robert Maillart, que en 1905 había construido un puente de extraordinaria simplicidad de líneas.

Otro arquitecto que planeó una «Ciudad del Futuro» fue el futurista italiano Antonio Sant'Elia (que murió a los veintitrés años, antes de que pudiera poner en práctica ninguno de sus principios). Sant'Elia imaginaba la Ciudad del Futuro como una urbe «construida con amorosa solicitud con todos los recursos de la ciencia y de las técnicas». El cemento armado y el hierro excluían, según él, la arquitectura tradicional y exigían ligereza, no la pesadez de la piedra. Entusiasmado por las dimensiones de una gran ciudad y por los vastos recursos de energía controlada por hombres que disponían de gigantescos instrumentos, Sant'Elia consideraba que las casas habían de ser bellas por el agrupamiento de masas, y no por los pequeños detalles de molduras y cornisas. Las viviendas «han de ser parecidas a una máquina gigantesca». Como en una máquina, la energía y la fría precisión han de ir unidas, y el resultado no será «una árida combinación de lo prác-



La parte superior del «Guaranty Building», en Buffalo, uno de los más logrados rascacielos de Sullivan.

tico y lo útil, sino arte, es decir, expresión».

El arte se alía con la industria

Alemania fue el país en que la insistencia por la simplicidad y la utilidad alcanzó su pleno desarrollo en los años anteriores a 1914. En 1896 el diplomático Herman Muthesius fue agregado a la embajada alemana en Londres para que estudiase cómo se construían las casas en Inglaterra, y volvió a Alemania en 1903 como convencido promotor de la razón y la simplicidad en la construcción y en el arte. Pronto se convirtió en el portavoz de una nueva tendencia llamada *Sachlichkeit. Sachlich* significa objetivo, pertinente, positivo, y lo que Muthesius pedía al artista moderno era «mera y perfecta utilidad». El artista había de contemplar las estaciones ferroviarias, las salas de exposiciones, los puentes y los barcos para encontrar la verdadera y científica *Sachlichkeit*, con abstención de decoraciones externas y con formas totalmente dictadas por los fines que se proponían servir. Las edificaciones construidas siguiendo tales directrices, decía, pondrán de manifiesto «la elegancia natural que surge de lo adecuado y lo conciso».

Muthesius, en una conferencia dada en 1907, aconsejó a los artistas e industriales alemanes que dejaran de imitar los caducos estilos del pasado. Las polémicas que provocó con sus palabras en las asociaciones laborales dieron por resultado que unos cuantos fabricantes progresistas se pusieran en contacto con arquitectos, artistas y escritores, y constituyeran una asociación llamada *Deutscher Werkbund*. Se proponían «no sólo construir edificios excelentes y duraderos y usar materiales intachables y genuinos, sino también conseguir un conjunto orgánico *sachlich*, noble, y, si se quiere llamar así, artístico, a través de estos medios».

La asociación de industriales y de importantes arquitectos y diseñadores era en realidad consecuencia lógica de las teorías de Morris. ¿De qué otra manera podía introducirse el arte en la vida cotidiana de las gentes sino acoplando los principios del buen diseño en las máquinas que eran capaces de producir objetos a buen precio y en cantidades masivas?

Al mismo tiempo algunas empresas alemanas empezaron a valerse de arquitectos importantes en calidad de consejeros. En 1907, el mismo año en que se fundó la *Werkbund*, Peter Behrens fue nombrado arquitecto y consejero de una de las más importantes compañías alemanas de electricidad: la AEG. Behrens diseñó los productos eléctricos elaborados por esta empresa, notables por su pureza de líneas y por la belleza de sus proporciones. Para esta empresa diseñó también los planos de uno de los más bellos edificios que se han construido: la fábrica de turbinas de Berlín, acabada en 1909. Este edificio se construyó en parte con acero y en parte con grandes cantidades de cemento, y el armazón de acero y la armadura de los tejados se exhiben con audaz claridad. Grandes y bien distribuidas superficies de cristal sustituyen las paredes.

Walter Gropius, uno de los discípulos de Behrens, dio un paso más en el mismo estilo al construir, en 1911, la fábrica Fagus, en Alfeldander Leine. Las paredes son totalmente de cristal y los pilares se reducen a estrechos listones de acero. Las esquinas parece que carezcan de soportes, pues los pilares se hallan en el interior, como lo están en muchos de los edificios construidos después de la Primera Guerra Mundial. El diseño se basa en un cubo firmemente ajustado al techo plano. El edificio es una desnuda afirmación de la estructura y del espacio que encierra; no existe una rígida línea que separe interior y exterior, y el aire y la luz pueden penetrar libremente a través de las paredes: se había conseguido que fuese «etéreo», como propugnaba Wright.

A pesar de que los vínculos entre arquitectura e industria se habían establecido firmemente, se luchaba todavía en torno al vital problema de la producción en serie. Las máquinas eran capaces de repetir indefinidamente un mismo diseño, y la producción de partes estandarizadas simplificaba en muchos aspectos el problema de construir en gran escala. Pero los arquitectos ¿debían proponerse la consecución de un estándar común y de una concepción universal? Tal como Van de Velde lo había afirmado con vigor e irrefutable lógica, se daba por supuesto que el artista era «esencialmente e íntimamente un apasionado individualista, un creador espontáneo».

Gropius había llegado a sus propias conclusiones. En 1909 redactó un memorándum sobre la estandarización y la producción en masa de pequeñas viviendas, en el que proponía los medios para financiar tales planes. Gropius, en realidad, daba menos importancia al arquitecto como creador individual y más a su papel de servidor de la sociedad, enfrentada con problemas que, para su solución, exigían la conjugada participación de los arquitectos y la rapidez de las máquinas utilizadas de la manera más eficiente.

El ejemplo de la *Deutscher Werkbund* estimuló la fundación de parecidas asociaciones en otros países: los austríacos fundaron una en 1910, los suizos en 1913, y en Gran Betaña se constituyó la *English Design and Industries Association* (Asociación Inglesa de Diseño e Industria) en 1914. Al mismo tiempo, los principios propugnados por la *Werkbund* —el reconocimiento de que los artistas habían de estudiar las nuevas técnicas de la industria y de la ingeniería, y de que sus talentos habían de ser utilizados en la industria— se difundieron a través de las escuelas de arte alemanas. Cuando hombres como Van de Velde y Behrens, nombrados directores de las Escuelas de Arte de Weimar y Düsseldorf, respectivamente, empezaron a desempeñar sus actividades docentes, las escuelas se liberaron de la rutina decimonónica y adoptaron nuevas tendencias.

A fines de 1914 el duque de Sajonia-Weimar nombró director de la Escuela de Arte de Weimar a Gropius, y éste empezó a planear inmediatamente su reorganización. La nueva escuela, que constaba de una academia de bellas artes y una escuela de artes y oficios, no pudo abrirse hasta 1919, una vez terminada la guerra. Pero la *Staatliches Bauhaus* —éste era su nombre— iba a dominar la arquitectura avanzada durante más de una década.

La *Bauhaus* se proponía abatir las barreras artificiales existentes entre el arte y la ciencia para integrar el arte a la vida actual. Gropius se daba cuenta de que los arquitectos debían familiarizarse con los nuevos materiales e instrumentos que la industria ponía a su disposición. Todos sus alumnos, en consecuencia, hacían un aprendizaje industrial, y sólo después de éste se les permitía colaborar en la construcción de un edificio y en el estudio de un diseño experimental. Gropius consideraba que todas las artes habían de contribuir a la arquitectura y la *Bauhaus* fue esencialmente una comunidad de artistas, arquitectos, pintores, escultores y otros especialistas que trabajaban en equipo para la consecución de un fin común. «La última finalidad de las artes plásticas —escribió Gropius en el programa de la *Bauhaus*— es el edificio completo... La construcción del futuro integrará la arquitectura, la escultura y la pintura en un mismo conjunto.»

Mary Facetti

El teatro hasta 1914

1 Anton Chéjov. En sus obras combinaba los estados de ánimo con la misma habilidad con que un pintor mezcla los colores en su paleta. *2* August Strindberg. Muchos opinan que su franca manera de tratar las relaciones conyugales y su técnica deliberadamente discontinua, como surgida de un sueño, autorizan a llamarlo el primero de los modernos. *3* George Bernard Shaw. Creía que en la obra de arte cuenta sobre todo la significación de ésta para su época.

1



2



3



Una época en la que el teatro dio un paso de gigante y produjo las obras maestras de Chéjov, Shaw, Strindberg y Gorki.

¿Cuándo se inicia el teatro moderno? Algunos creen que empezó en la penúltima década del siglo XIX, cuando la nueva dramaturgia naturalista —la de Ibsen, Chéjov y Shaw— comenzó a consolidarse. Para otros, el momento crucial fue el 10 de diciembre de 1896, cuando el explosivo estreno en París de *Ubu rey*, de Alfred Jarry, inició el movimiento antinaturalista. (Con la pronunciación de la primera palabra, *merde*, se armó una tal barahúnda que los partidarios y los adversarios de Jarry comenzaron a agredirse. Hasta pasado un cuarto de hora de alboroto, el primer actor no logró que el público le volviera a prestar atención: lo consiguió bailando una jiga y tendiéndose sobre la concha del apuntador.) Otra posible fecha inicial del teatro moderno podríamos fijarla en el período comprendido entre 1900 y 1914.

Se registran, durante estos años, tres tendencias principales: la virtual desintegración de los géneros dramáticos tradicionales —comedia y tragedia—, el desarrollo del teatro experimental y antirealista y la toma de conciencia de que los mejores resultados teatrales se consiguen a través de una compañía permanente con unas directrices definidas. El crítico teatral británico Kenneth Tynan ha escrito: «Desde el punto de vista de un crítico, la historia del teatro del siglo XX es la historia de un vocabulario que se derrumba. Las categorías consideradas en el pasado como intocables y separadas empezaron a fundirse y a combinarse como las imágenes en un sueño.» La tragedia y la comedia, naturalmente, habían coexistido en la manera de tratar un mismo asunto, desde hacía un tiempo, pero a partir de entonces se volvieron inseparables. Si hoy encontramos difícil poner una precisa etiqueta definidora a obras como *Esperando a Godot*, *El rehén* o *Sabor a miel*, podemos consolarnos al pensar que un problema idéntico se planteaba ya a los que asistían a las representaciones teatrales de principios de siglo. El poeta y dramaturgo frances Guillaume Apollinaire escribió por aquellas fechas: «Lo trágico pesará más que lo cómico, o viceversa, según los casos. Pero creo que de ahora en adelante no se podrá soportar pacientemente una obra de teatro en la que no aparezcan ambos elementos confrontados.»

Un crisol dramático

Anton Chéjov es uno de los grandes autores dramáticos de la primera década del siglo XX en cuyas obras estos dos elementos se mezclan continuamente. La delicada mezcla de diferentes estados de ánimo resulta sobre todo evidente en sus obras maestras: *Las tres hermanas* y *El jardín de los cerezos*, escritas en 1901 y en 1904, respectivamente. *El jardín de los cerezos*, obra que muestra el hundimiento de una minoría de terratenientes cultos frente a las fuerzas del dinero y del progreso, fue definida por Chéjov como «una comedia y no una tragedia; y en algunas de sus partes casi una farsa». Los elementos de farsa son fáciles de detectar. Tomemos, por ejemplo, el personaje de Epijódov, un empleado de la gran propiedad rústica donde se desarrolla la obra; cuando anda, sus botas crujen estrepitosamente, o golpean los muebles, con torpeza absurda.

Aunque en algunos puntos sea casi una farsa, *El jardín de los cerezos* hunde también sus raíces en el melodrama. El conflicto entre un acreedor y su víctima (tema central de la mayoría de obras de Chéjov) procede directamente del melodrama francés del siglo anterior. Y, aunque el propio Chéjov se lamentaba de la insistencia con que Stanislavsky, su director de escena, convertía a sus personajes en «llorones», existe un innegable patetismo en el hundimiento de una gran propiedad rústica, en la marcha de un grupo de personas que abandonan su amado hogar y en la destrucción del jardín de los cerezos. Globalmente esta obra no constituye ni una elegía ni una farsa: su grandeza reside en el modo de combinar ambas formas.

Chéjov sabe mezclar los estados de ánimo, en ésta y en otras obras, con la misma habilidad con que un pintor mezcla los colores de su paleta. Pero su carrera también ofrece otro importante aspecto de la dramaturgia del siglo XX: gran parte del mejor teatro ha sido escrita pensando en una determinada compañía y en un determinado director. Chéjov escribió sus obras para el Teatro de Arte de Moscú (fundado en 1897 y que sigue siendo una de las mejores organizaciones teatrales del mundo). Después del estreno de *El jardín de los cerezos*, Nemirovich Damchenko, su fundador, dijo a Chéjov:

«Nuestro teatro le debe tanto a su talento, a su gran corazón y a su alma pura, que tiene usted todo el derecho de decir *éste es mi teatro.*»

Por temperamento, pocos dramaturgos se parecen menos a Chéjov que August Strindberg. Sus escritos muestran una calidad obsesiva, casi neurótica. No obstante, al igual que Chéjov, intentó ensanchar las fronteras del teatro naturalista y fue capaz de reflejar estados de ánimo muy distintos en el transcurso de una misma obra. Muchos le han considerado el primero de los dramaturgos modernos tanto por sus temas como por su técnica. Así lo creía el autor norteamericano Eugene O'Neill, el cual escribió en 1924: «Strindberg fue el precursor de todo lo que es moderno en el teatro actual... todavía continúa formando parte de los más modernos entre los modernos y sigue siendo el mejor intérprete teatral de los conflictos espirituales característicos que hoy constituyen el drama —la sangre— de nuestras vidas.»

Las obras de Strindberg puede clasificarse en dos grupos: las obras naturalistas *(El padre, La señorita Julia, Los acreedores)*, que datan principalmente de fines del siglo XIX, y los dramas simbólicos posteriores *(El sueño, El camino de Damasco* y *La sonata fantasma)*. Una de sus mejores obras, *La danza macabra* (1901), constituye un excelente ejemplo de la sinceridad autobiográfica de Strindberg, a la vez que de su capacidad de combinar distintos estados de ánimo en una sola situación emotiva. Cuando la escribió, se había casado y divorciado tempestuosamente dos veces, por lo que no resulta sorprendente que su fondo consista en un duelo sexual despiadado, en este caso entre un capitán del ejército y su esposa, diez años más joven que él; la acción tiene lugar en los confines de una fortaleza situada en una isla. Las luchas conyugales generalmente se representan en el teatro ya de forma cómica, ya con una tremenda solemnidad. Strindberg lo hace por medio de una farsa brutal; pero en esta obra la farsa estriba en la desproporción entre la pequeñez del mundo representado en comparación con el volumen de las pasiones que lo habitan.

En su prólogo a *El sueño*, un año más tarde, Strindberg nos explica las razones del cambio experimentado por su obra dramática. Nos dice que intentaba seguir la forma incoherente pero aparentemente lógica de un sueño. «Puede ocurrir cualquier cosa: todo es posible y probable. El tiempo y el espacio no existen; la imaginación es capaz de hilar y tejer nuevos tipos en un insignificante pedazo de realidad: una mezcla de recuerdos, experiencias, fantasías desencadenadas, absurdidades e improvisaciones.» Esta técnica y su planteamiento de las relaciones conyugales hacen que Strindberg cuente entre los primeros autores modernos.

Los problemas sociales entran en escena

Mientras Chéjov y Strindberg mostraron cómo el naturalismo del siglo anterior —el de Ibsen, que escribió su última obra en 1900— podía extender sus límites, había todavía muchos dramaturgos que continuaban escribiendo obras sociales y de tesis a la vieja usanza. En Inglaterra abundaban. La clase de obra dramática por la que Shaw abogaba en la última década del siglo XIX empezó a ser cada vez más aceptada por el público de principios de nuestro siglo.

Destaca entre ellos John Galsworthy, por la fidelidad en la observación, la hábil técnica y la honda preocupación por la justicia social. Fue uno de los pocos dramaturgos que abogaron por la reforma social. Su obra *Justicia* (1910) contiene una escena famosa en que se muestran los horrores de las celdas incomunicadas. Winston Churchill, entonces ministro del Interior, vio la obra e inmediatamente reformó el sistema penitenciario. La limpia mentalidad y el humanitarismo sin ñoñeces sentimentales de Galsworthy hacen que sus obras descuellen entre el mejor teatro social, aunque hoy hayan caído en el olvido.

Muy por encima de cualquier otro dramaturgo británico, sobresale la barbuda figura de George Bernard Shaw. Por difícil que resulte encasillarlo en cualquier categoría preestablecida, podemos por lo menos relacionarlo con Chéjov y con Strindberg como dramaturgo que ensanchó las fronteras del naturalismo y que coadyuvó a modificar la definición de las formas dramáticas clásicas. De hecho, Shaw pasó un largo período al principio de su carrera poniendo a prueba ciertas formas tradicionales, tales como el melodrama victoriano y el drama heroico (por ejemplo, *El discípulo del Diablo* y *El hombre del destino*). Entre los años 1900 y 1914 su producción fue inmensamente variada: *Hombre y superhombre* (1901-1903), *El dilema del doctor* (1906), *Casándose* (1908), *Boda desigual* (1910), *Androcles y el león* (1913), *Pigmalión* (1913) y *La Casa de las Penas* (empezada en 1913). Estas obras incluyen sus peculiares características, su más vigoroso juego dialéctico, su mejor fantasía.



Olga consuela a Irina en una escena de «Las tres hermanas», de Chéjov. Las hermanas, siempre suspirando por vivir en Moscú, estaban condenadas a presenciar cómo sus vidas eran consumidas por los antagonismos y las vulgaridades de una ciudad provinciana.

La piedra angular de la teoría dramática de Shaw consistía en la creencia de que es más importante la significación de una obra de arte para su época que su valor estético. Refiriéndose a *Casa de muñecas*, de Ibsen, Shaw escribió: «Llegará a convertirse en una obra desvaída e insulsa cuando *El sueño de una noche de verano* continúe manteniendo su frescor; pero la primera de estas obras habrá tenido un mayor influjo en la marcha del mundo y ello debería ser suficiente para contentar al genio más grande, que es siempre profundamente utilitario.» Shaw estaba más interesado en despertar el sentido moral del espectador que en purificar sus emociones a la manera aristotélica. Defendió resuelta y magníficamente el realismo y la preocupación social de Ibsen, y atacó el teatro romántico preibseniano, que tomaba por realidades lo que no eran más que necias convenciones.

Algunas veces exageró la nota; en cierto momento llegó incluso a ridiculizar por completo la estructuración de argumentos teatrales. Otras veces resultaba extrañamente insensible a la significación moral de obras dramáticas de otros autores: por ejemplo, fue incapaz de ver que *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde, contiene penetrantes observaciones sobre casi todos los aspectos de

la sociedad victoriana. Sin embargo, durante los cuatro años en que ejerció la crítica teatral contribuyó considerablemente a liberar el teatro victoriano de gazmoñerías y lugares comunes; y, como dramaturgo, contribuyó a sustituirlos por algo duradero. «Negar que es un dramaturgo —escribió el crítico y ensayista Max Beerbohm— por el hecho de que prefiere construir sus obras dramáticas sobre los contrastes entre tipos de carácter y de pensamiento, sin acción dramática y sin recursos emotivos, parece tan injusto como absurdo.» Sin embargo, el mismo Beerbohm subvaloraba con estas palabras la acción y el interés emotivo de las obras de Shaw.

Son muchos los que consideran que *Boda desigual* es la más característica de las obras del peculiar teatro de discusión de Shaw. Si bien es verdad que gran parte de ella consiste en diálogos acerca de las relaciones entre padres e hijos, también lo es que Shaw lo imbuye de una bufonesca comicidad, que a menudo tiene un inconfundible sabor de época. De las alturas celestes —y esto en 1910— desciende una aviadora polaca, llamada Szczepanowska («¿Verdad que Szczepanowska —pregunta uno de los personajes— no es un apellido inglés?») Más tarde, del interior de una bañera turca portátil, colocada en medio de un jardín de Surrey, sale un fervoroso revolucionario profiriendo esta frase memorable: «Roma cayó, Babilonia cayó, ahora le toca a Hindhead.»

Shaw trataba de extender continuamente los límites de la comedia. No lo hacía mediante la combinación de la tragedia con la comedia, sino sirviéndose de la primera como vehículo para introducir ideas serias. El crítico A. B. Wakley incitó a Shaw a que escribiera una obra sobre don Juan, y el resultado fue *Hombre y superhombre*. En realidad, Shaw dedicó un acto a don Juan, en el que transforma al seductor y libertino convencional en un idealista y revolucionario, y se sirve del resto de la obra para demostrar que «el hombre ya no es, como don Juan, el vencedor en la lucha de los sexos». Las mujeres deben casarse, o la raza desaparecerá. «No obstante —afirma Shaw— se da por supuesto que la mujer debe esperar, inmóvil, hasta que se la corteje. Y con frecuencia lo hace: así es como la araña espera a la mosca.»

La obra muestra cómo la mosca (el barbudo pelirrojo y contestatario John Tenner) cae en las redes de la araña (la agresiva Ann Whitefield). La ironía consiste en que Tanner teoriza constantemente acerca de la fuerza vital (el poder inconsciente e irracional, fuente de toda vitalidad humana) mientras que, al mismo tiempo, sucumbe a dicho poder, encarnado en la persona de Ann.

El teatro total

Chéjov, Shaw y Strindberg fueron los dramaturgos más importantes de su época y muestran cómo el teatro realista en prosa desplegaba las alas. Ya en este mismo período, no obstante, empezaba a nacer un movimiento antirrealista. Si escritores como Ionesco y Beckett son considerados actualmente como algo más que personalidades a las que se rinde culto y se les acepta como una importante meta de la línea teatral moderna, ello se debe, en parte, a los experimentos llevados a cabo a principios de siglo.

París fue la cuna de este nuevo movimiento, directamente relacionado con la actitud experimental que condujo, en la misma época, a la pintura cubista, a las novelas de André Gide y a la música de Erik Satie. No obstante, y por extraño que pueda parecer, el gran portavoz de los antirrealistas fue un inglés: Gordon Craig. Su libro *Sobre el arte del teatro*, publicado en 1911, suscitó grandes polémicas y ejerció un enorme influjo. En él establecía de manera clara que en el teatro la supremacía la tiene el director, insistía en la importancia de la luz y del color (oponiéndola a los decorados figurativos y realistas) en la creación de un ambiente teatral, y reducía el rango del actor a un papel de marioneta elaborada.

La excéntrica visión de Craig que nos presenta un teatro no literario y despersonalizado no ha llegado nunca a hacerse realidad, pero otras de sus teorías han sido corroboradas por la práctica. Craig contribuyó a elevar el papel del director, convirtiéndolo de un simple funcionario en un imperioso guía artístico, e impuso la idea de que la dirección, el decorado, la iluminación y la música debían depender de la labor de una sola persona, idea que pudo haber parecido absurda en aquel tiempo, pero que ha llegado a realizarse. Craig anticipó las teorías del dramaturgo alemán Bertolt Brecht cuando dijo que los actores «hoy *personifican* e interpretan, mañana tendrán que *representar* e interpretar». A su vez, los experimentos teatrales del director y actor francés Jean-Louis Barrault se inspiraron directamente en las enseñanzas de Craig.

Craig fue un gran visionario teatral, pero la mayoría de los grandes hitos en el desarrollo del teatro antirrealista los marcaron otros hombres. *Ubu rey*, de Jarry, escrito en 1896, fue seguido en 1903 por *Los senos de Tiresias*, de Apollinaire. Apollinaire definió su obra como un *drame surréaliste* (al parecer, fue la primera vez que se usó esta palabra) e indudablemente merece este calificativo: aparece en ella, por ejemplo, una mujer que se arranca los senos en el escenario, y muestra que son únicamente unos globos sostenidos por cordeles. El prólogo es digno de ser citado pues da una idea clara de los fines y métodos de los antirrealistas, especialmente de su deseo de integrar los diversos aspectos del arte en el teatro. «La obra fue escrita para un teatro a la antigua, ya que no quisieron montarnos un teatro moderno, es decir, un teatro circular con dos escenarios, uno en el centro y otro como un anillo alrededor de los espectadores, que permitiera un despliegue total de nuestro arte moderno y uniera —a menudo sin lazos aparentes, como en la vida— sonidos, gestos, colores, gritos, ruidos, música, danza, acrobacia, poesía, pintura, coros, acción y un decorado múltiple.» Esta descripción puede resultar disparatada y extravagante, pero constituía un intento serio de introducir en el teatro cuanto ofrecía el arte de la época. No obstante, fue en el ballet y no en el teatro donde este tipo de integración artística se dio de una manera más clara. El ejemplo más característico lo constituye *Parade*, del que Cocteau escribió el texto, Picasso pintó la decoración, Leónide Massine se encargó de la coreografía y Erik Satie compuso la música.

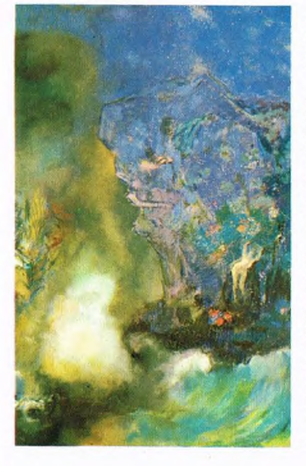
Otros países conocieron otra clase de experimentos antirrealistas. El expresionismo (definido como un esfuerzo para captar la esencia de la vida, prescindiendo de su contenido) floreció en Alemania, aunque no llegó a predominar hasta la tercera década de este siglo. En Rusia, mientras en el Teatro de Arte de Moscú se continuaban representando magníficas obras realistas y escritores como Gorki (*Los bajos fondos*), escribían excelentes piezas de esta índole, quedaba todavía margen para la experimentación. El gran innovador fue Vsevolod Meyerhold, partidario de concepciones parecidas a las de Craig y creador de un sistema de entrenamiento del actor en que éste adquiere un control casi acrobático de su cuerpo Más tarde, Meyerhold perdió el favor del régimen soviético y murió en la cárcel hacia 1940.

Michael Billington

Pintura del siglo 20

Cuando, en 1884, Seurat y Signac fundaban la Sociedad de Artistas Independientes, se puede decir que el impresionismo acababa como grupo conexo y que se iniciaba la disgregación de sus miembros para entrar definitivamente en crisis.

«Roger y Angélica» (hacia 1910), de Odilon Redon, constituye un ejemplo típico del simbolismo sensual del artista.



A la sensación, al mundo de la apariencia, se va a oponer la solidez de la forma, la construcción sólida de los objetos, pero sin renunciar por ello a los hallazgos del impresionismo. Los neoimpresionistas ponen primero en tela de juicio los principios en los que se formaron, para superarlos después y finalmente olvidarlos: ya no satisfacían a la nueva generación. A partir de ahora son dos los movimientos que van a conducir a la formación de la pintura moderna. Emile Langui, utilizando la terminología de Nietzche, llama a uno la «corriente apolínea» (Seurat, Signac, Césanne); al otro, la «corriente dionisíaca» (Gauguin, Van Gogh). En la primera domina lo clásico, la *razón*; en la segunda, lo barroco, el *instinto*. Ésta defiende los principios de la imaginación y del lirismo, la exaltación del impulso espontáneo; aquélla, la restauración de la construcción, del orden, la claridad y la armonía. Ambas llevarán en 1914 a la abstracción: geométrica para los apolíneos; informal para los dionisíacos.

Durante treinta años, de 1884 a 1914, estas dos corrientes nutrirán las iniciativas de las diversas tendencias que aparecen, de manera fugaz, en la pintura europea y que tienen normalmente como punto de irradiación la ciudad de París.

Un poco al margen de estas dos corrientes, el *simbolismo* surgió como un movimiento que reacciona contra la superficialidad y el naturalismo de los impresionistas. En oposición a ellos, los simbolistas recurrirán al misterio y a los sueños en busca de una realidad más elevada. Este movimiento influyó sobre todas las artes, y sus pintores, hombres como Puvis de Chavannes, Odilon Redon y Gustave Moreau, tendieron a interesarse más por los aspectos literarios del tema que por la técnica pictórica. Sus teorías ejercieron una enorme influencia sobre el grupo de Pont-Aven (dirigido por Gauguin) y sobre los *Nabis*. Más tarde, la sensibilidad nórdica se concretará en el arte apasionado de Edvard Munch, en el espíritu burlesco de Jacques Ensor y en el mundo alegórico de Hodler. Los tres, con una pintura de fuerte expresividad, pusieron las bases del expresionismo, escuela que se afirmará años más tarde.

Salido del seno del simbolismo, aunque oponiéndose a él, aparece hacia 1890 el movimiento de los *Nabis* («profetas»). Paul Sérusier, después de una estancia en Pont-Aven, junto a Gauguin, regresó a París para mostrar a sus compañeros de la Academia Julian los resultados de sus lecciones junto al maestro: la reunión de los colores puros en un lienzo. El grupo recién formado se acoge a la tutela de su teorizante Maurice Denis, quien escribirá: «Hay que recordar que un cuadro, antes que un caballo de batalla, una mujer desnuda o cualquier otra anécdota, es esencialmente una superficie cubierta de colores diferentes en un cierto orden.» Al considerar una pintura como una superficie plana cubierta de colores, en un orden determinado, concedía una mayor importancia a las cualidades expresivas del color y de la línea que al tema en sí. De este modo, el grupo de los *Nabis*, entre los que se hallaban Pierre Bonnard, K. X. Roussell, Vuillard y el propio Paul Sérusier, intentaba hallar una armonía pictórica capaz de comunicar percepciones y sensaciones psíquicas e intuitivas, imponiéndose como meta la creación de una «pintura pura».

Por el contrario, el movimiento *fauvista* (1905), bautizado así a raíz de una crítica de Louis Vauxelles del Salón de Independientes de 1906, en París, se aparta de toda interpretación naturalista, poniendo todo su énfasis en los patrones bidimensionales y el color intenso. «La composición —dice Matisse, su más caracterizado representante— es el arte de ordenar de manera decorativa los diversos elementos de que dispone el pintor para expresar sus sentimientos.» Y añade después: «Esta expresión procede de la superficie coloreada que el espectador acepta plenamente.» Junto a Matisse, los principales representantes de este movimiento, que tuvo su máximo desarrollo entre 1905 y 1908, fueron Derain, Vlaminck y Marquet. Esta corriente tuvo breve duración, pues sus representantes pronto escogieron cada uno su camino en las distintas direcciones que se inician después de la guerra de 1914-18.

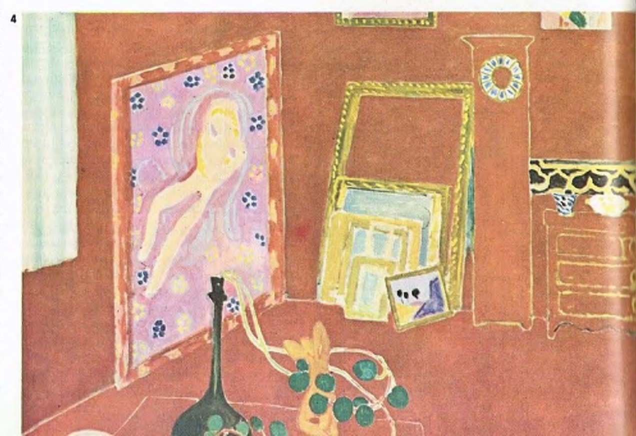
En el mismo año en que apareció el movimiento *Fauve* (1905), surgió en Alemania el grupo *Die Brücke* («El Puente»),

1

muy influido por aquél, y que es considerado como el primer brote del *expresionismo alemán.* Este término se aplica a un tipo de pintura que confiere más valor a la emoción desnuda y a las sensaciones del artista que al tema o a la forma. La línea y, sobre todo, el color, son los medios utilizados para comunicar esta excitación intensa, que tiene como precedente inmediato la pincelada generosa y la violencia colorística de Van Gogh, de los suizos Hodler y Böcklin y del visionario Munch. Este grupo, que se había formado en Dresde en 1905, tendrá una continuidad en el *Blaue Reiter*, creado en Munich en 1911. Encabezados por Kandinsky, Marc, Macke y Paul Klee, se proponen crear «símbolos para nuestra época... que puedan adornar los altares de la religión espiritual que se avecina». La lógica de su misticismo conducirá al arte abstracto. El grupo *Die Brücke* lo formaron primitivamente Kirchner, Schmidt-Rottluff y Heckel, a los que se unieron más tarde Nolde, Pechstein y Otto Müller.

Al movimiento fauvista siguió casi inmediatamente la revolución cubista, la mayor de nuestro siglo. El descubrimiento del arte negro y el Salón de Otoño de 1907, con una exposición retrospectiva de Cézanne, ejercieron una influencia decisiva en la germinación de esta nueva decisión de los jóvenes artistas que habitaban el Bateau-Lavoir, alimentados espiritualmente por los poetas Guillaume Apollinaire, André Salmon y Max Jacob. La estructuración formal a la que había vuelto Cézanne, tras su experiencia impresionista, sirvió a Pablo Picasso, Braque y después a una joven y ansiosa generación, para la creación de un nuevo mundo de la forma construida según un rígido esquema geométrico, que tiene un punto de partida en el tradicional intelectualismo francés. Picasso, el más representativo miembro de esta generación, junto con Braque, renuncia al instinto que dominaba sus primeras obras («época azul», «época rosa»), y establece el reinado del intelecto y de la razón, que intervienen en la organización de lo que él descubre por medio de la intuición. A esta primera fase, el llamado «cubismo analítico» (1908-1912), en la que la construcción de la imagen de la realidad se realiza por medio de fragmentos y descomposiciones, seguirá la sustitución por una imagen más sintética: el «cubismo sintético» (1912-1914), en el que los planos se hacen más amplios y a las zonas planas se contraponen las zonas modeladas, en las que va apareciendo el color. Junto a Picasso, se incorpora a esta co-

4



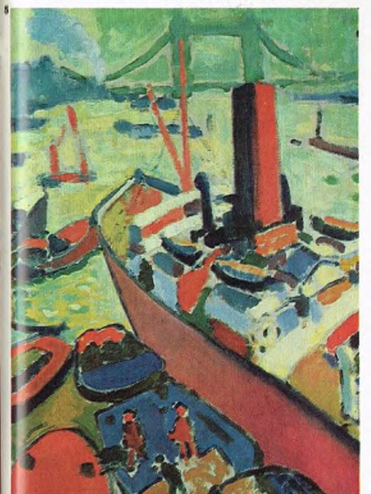


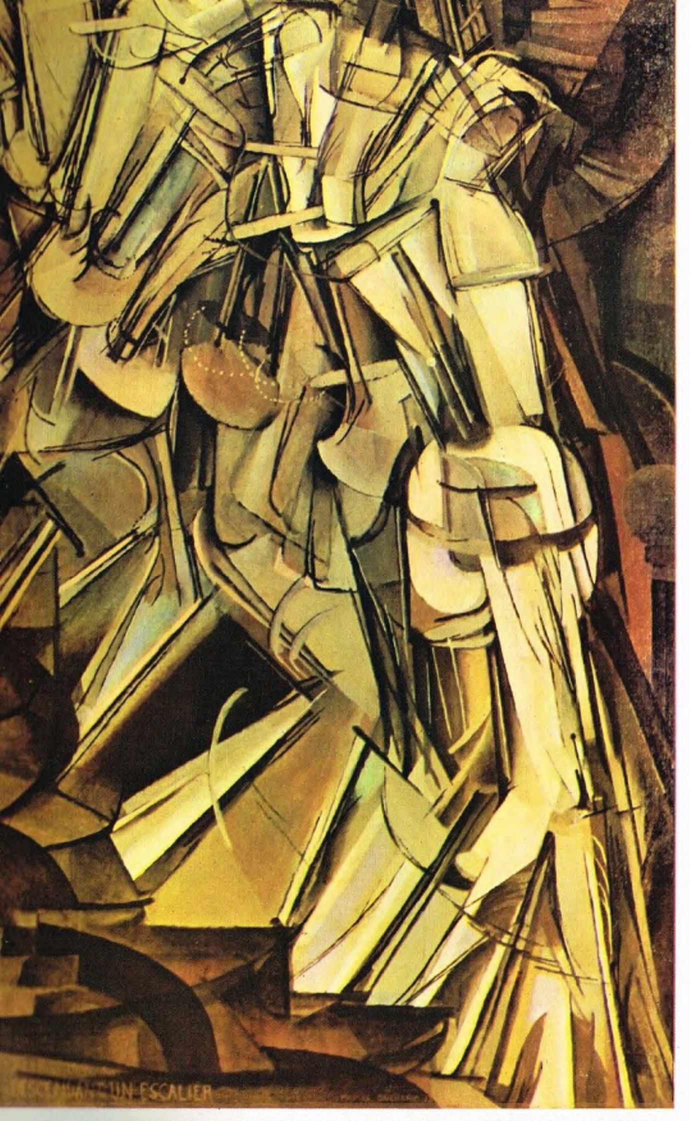


1 **«Improvisación n.º 27» (1912, fragmento), por Kandinsky, a quien se atribuye la primera obra totalmente abstracta (1910).** *2* **Retrato del** *marchand* **de arte Vollard, pintado en 1908 por Renoir. Aunque el pintor había sido ridiculizado por sus tendencias impresionistas, ese retrato resulta clásico y tradicional comparado con el de Kahnweiler pintado por Picasso en 1910.** *3* **«La risa», de Boccioni, pone de manifiesto una «movida» visión de la realidad, influida por la fotografía.** *4* **Detalle del «Panneau rouge» (1911), de Matisse, pintor con exquisito sentido del color y alegría vital.** *5* **«El puerto de Londres», pintura «fauve» de Derain (1906).** *6* **«Retrato del pintor Kahnweiler», de Picasso (1910), ejemplo de intransigente cubismo analítico. Nunca se comprenderán el cubismo ni los estilos vanguardistas de preguerra si se juzgan con los cánones convencionales. Picasso dijo: «Yo pinto los objetos como los pienso, no como los veo.»**

6

5





«Desnudo descendiendo una escalera, n.º 2», de Duchamp. Pintada en 1912, esta obra estaba influida por la estética futurista y por los experimentos fotográficos coetáneos realizados para analizar el movimiento. Constituye la culminación de una serie de estudios de un desnudo que desciende una escalera llevados a cabo por Duchamp durante el otoño de 1911. Objeto no sólo de un gran interés, sino también de numerosas burlas, tal pintura fue descrita por un humorista como «un montón de bastones y bolsas de golf en desuso», y por otro cual «una armadura japonesa que estalla bajo los efectos de una carga de dinamita».

rriente Georges Braque, que procedía de la experiencia fauvista, y que arrastra consigo a otros pintores: Derain, Dufy, Metzinger, Gris, Léger, Greizes, Jacques Villon, Marcel Duchamp y otros. Pero mientras Gris y Léger permanecen fieles a Braque y a Picasso, el grupo más numeroso se reúne alrededor de Villon, Duchamp y Metzinger, apareciendo en 1912 con una exposición en la Galería La Boétie, con el nombre de *La Section d'Or*, en la que se percibe un nuevo y profundo interés por el movimiento y la simultaneidad, de manera parecida al que demuestra en la misma época el futurismo italiano.

Este movimiento nació con el «Manifiesto literario» de Marinetti en *Le Figaro*, en 1909, al que siguió un año después, en Milán, el de los pintores futuristas: Boccioni, Carrà, Balla, Severini y Russolo. Éstos, que fueron acogidos con interés por los grupos parisienses más avanzados cuando expusieron en 1912 en la Galería Bernheim-Jeune, hacen del movimiento un elemento dinámico que sirve para potenciar el cuadro, en una asociación simultánea de las imágenes suscitadas por sus sensaciones emotivas.

Al margen del cubismo y del futurismo hay que situar la evasión mística de Robert Delaunay hacia una construcción de formas abstractas carentes de todo valor cognoscitivo. Su pintura, bautizada con el nombre de *orfismo*, por Apollinaire, después de una exposición del pintor en Berlín y tras haber desarrollado sus experiencias de color dentro del cubismo, trata de representar el espacio mediante la utilización de manchas de color reproduciendo los tonos del espectro solar.

Vicente Maestre



Los hombres que quisieron la guerra

La mayoría de los jefes políticos de Europa consideraban probable una guerra. Pero los dirigentes de Alemania la juzgaban inevitable y deseable.

Durante siglos, el hombre había aceptado la guerra como algo natural e inexorable. Sectores enteros de la economía florecieron a causa de ella, al igual que muchas profesiones, y las glorias de una guerra victoriosa podían incluso seducir a hombres que no tenían nada de belicosos. Pero los horrores de la última gran conflagración europea —la contienda franco-prusiana de 1870-71—, y el desarrollo de las armas modernas, crearon un nuevo estado de conciencia acerca de la capacidad destructiva de la máquina guerrera en la época de los ejércitos masivos, los grandes cañones y las ametralladoras. A fines del siglo XIX, las víctimas potenciales de otra gran guerra, o sea los ciudadanos corrientes, clamaban por impedir que en el futuro estallaran nuevos conflictos armados: el movimiento pacifista, que representaba esencialmente a las clases medias liberales y al movimiento socialista internacional, forjó una nueva tendencia de la opinión pública, la cual, a su vez, ejerció cierta presión sobre los gobernantes tradicionales para que revisaran sus actitudes.

Fue en esta atmósfera que, en 1899, el zar de Rusia, Nicolás II, lanzó su famoso llamamiento para que se convocara una conferencia internacional en la que se discutirían los pasos encaminados a llegar a un desarme general. La Conferencia de la Paz de La Haya, celebrada el mismo año, fue el primer resultado directo de la iniciativa del Zar.

Incluso Alemania estuvo representada en la conferencia. Alemania, vencedora en la última gran guerra de Europa, no sólo había conseguido en el proceso bélico su unidad política, sino que, a la vez, se había convertido en el país más poderoso de Europa. Sus ejércitos, dirigidos por el legendario Estado Mayor prusiano, hicie-

El emperador Guillermo II de Alemania *(abajo, a la izquierda)* **y su Estado Mayor en el curso de la espectacular ceremonia conmemorativa del centenario de la batalla de Leipzig. En aquella ocasión, Guillermo II confió al jefe del Estado Mayor austríaco su decisión de no seguir mostrándose ya —por lo menos en principio— contrario a la idea de una guerra general.**



Viñeta alemana que satiriza la devoción al militarismo prusiano.

ron de ella la fuerza más formidable que existía en el continente. Por otra parte, estaba a punto de erigirse también en la primera potencia industrial europea, lo que le permitía mantener una impresionante flota de guerra que sólo cedía el primer puesto a la *Royal Navy* británica. Por último, Alemania acababa de iniciar su ambiciosa carrera en la *Weltpolitik* (política mundial), destinada a elevar al Reich desde el rango de potencia continental ordinaria al de potencia mundial, igual en categoría, influencia y prestigio al propio Imperio Británico. Por lo tanto, el éxito o fracaso de cualquier política que deseara mantener la paz, dependía de la actitud adoptada por los alemanes.

Las impresiones que llegaban de Alemania eran contradictorias. Por un lado, el movimiento pacifista se mostraba vigoroso y estaba bien organizado, y el Partido Socialdemócrata, que había adoptado una trayectoria casi pacifista, poseía una fuerza envidiada por los movimientos socialistas de otros países europeos. Sin embargo, en Alemania pacifismo y socialismo se hallaban en oposición con la autoridad establecida y no disfrutaban de gran prestigio entre el pueblo. Lo que más contaba para éste eran las tradiciones militaristas, que habían ganado el respeto general gracias a tres guerras victoriosas: contra Dinamarca en 1864, contra Austria en 1866, y contra Francia en 1870. Si no se llegó a ningún acuerdo internacional sobre desarme, se debió, sobre todo, a la resistencia alemana.

¿Guerra? La opinión pública en Francia y Gran Bretaña

Sin embargo, sería erróneo suponer que las demás grandes potencias se habían tornado de repente pacifistas. Aunque hombres como el gran duque Nicolás Nikolaievich —tío del Zar— en Rusia, Joffre y Clemenceau, en Francia, lord Fisher y Winston Churchill, en Gran Bretaña, y el barón Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austríaco, contemplasen con placer la perspectiva de una pequeña guerra para enaltecer la gloria de sus respectivos países, incluso a ellos les repugnaba la idea de una guerra en Europa en la que se vieran involucradas algunas grandes potencias. Los dirigentes rusos temían una revolución en su propio país, en especial después de la experiencia de su desastrosa guerra contra el Japón en 1904-05, que provocó la primera revolución rusa. En Francia, la opinión pública se mostraba decididamente pacifista. En su mayor parte, los franceses se habían resignado a la pérdida definitiva de Alsacia y Lorena, y apenas nadie deseaba iniciar una guerra para recuperar las dos provincias que les habían sido arrebatadas en 1871. En los primeros días de la *Union Sacrée*, formada después de la declaración de guerra, era fácil despertar entusiasmos patrioteros, pero la respuesta general del país era decididamente antibelicista.

En Gran Bretaña, la guerra contra los bóers y el libro *Imperialismo*, publicado por Hobson en 1901 y que fulminaba anatemas contra esta forma de expansión, habían ejercido un efecto profundo sobre la opinión pública. La actitud que prevalecía era la de aversión contra cualquier guerra de tono mayor, y que un equilibrio de fuerzas entre las potencias europeas constituía el mejor modo de preservar la paz. El Partido Liberal, en el poder desde 1905, tenía una poderosa ala radical y pacifista, y también el reciente Partido Laborista se mostraba firmemente opuesto a la guerra; y lo mismo le ocurría a la City, que albergaba a numerosos banqueros judíos de origen alemán que aún conservaban vínculos sentimentales con el país de sus antepasados. En general, los círculos de la corte estaban dispuestos a simpatizar con el emperador Guillermo II, nieto de la reina Victoria, y se necesitaron treinta años de gobierno del Káiser sobre Alemania para enfriar la simpatía británica hacia este país. Por otra parte, un sentimiento general de parentesco y amistad entre anglosajones y teutones movía a Gran Bretaña a descartar la idea de una guerra en Europa, que en aquellos tiempos significaba una guerra contra Alemania. Sin embargo, en el fondo de todas las conciencias existía el temor de que, de un modo u otro, Alemania pudiese crear problemas. La mayor parte de los preparativos militares —secretos o manifiestos— se efectuaba de cara a esa contingencia: la alianza entre Rusia y Francia de 1892-1894, las conversaciones militares y navales anglofrancesas y los intentos para llegar a un acuerdo con Bélgica en el caso de que los alemanes invadieran esta nación.

Antes la guerra que la «paz perpetua»

¿Cuál era la actitud de Alemania con respecto a la guerra? Con la Primera Guerra Mundial y, en una generación más tarde, con la segunda, pareció justificar las peores sospechas que se abrigaban contra ella. No obstante, éstas se hallaban muy lejos de estar justificadas antes de 1914. Sea como fuere, pruebas documentales, nuevas y antiguas, llevan a la conclusión de que, en Alemania, la actitud predominante ante la guerra era radicalmente distinta de la que imperaba en otros lugares de Europa.

Más de un siglo atrás, Emmanuel Kant —el famoso filósofo alemán— pudo soñar que era deseable una «paz perpetua», pero el general Moltke, el vencedor de Sadowa (1866) y Sedán (1870), proclamó como nueva verdad que había una cosa peor que la guerra: la paz perpetua. Con la unificación de Alemania en 1871 como resultado de su victoria sobre Francia, las ideas del militarismo prusiano pudieron difundirse en todo el país. Poco después de la caída de Bismarck en 1890, unióse al militarismo una nueva oleada de chauvinismo ampliamente propagado por el ala liberal-conservadora de las clases medias alemanas, incluidas las del sur del país. Los pangermanistas, de siniestro recuerdo, eran tan sólo los exponentes más radicales y exaltados del nuevo concepto de *Weltpolitik*, que exigía un papel más preponderante para el Reich con objeto de colocarlo en pie de igualdad con el Imperio Británico.

Todavía no se hacía ninguna mención de la guerra como medio al servicio de las nuevas ambiciones alemanas; pero cada día predominaba más la impresión de que éstas no podían convertirse en realidad si no era a través de la lucha armada. En otras palabras, la *Weltpolitik* tenía que conducir a una guerra mundial.

Un destacado oficial de la Marina, Georg Alexander von Müller, que pronto se convertiría en jefe del gabinete naval del

Káiser, dejó escapar la gran verdad, aunque sólo fuese en un memorándum estrictamente privado. Para él, el mundo contemporáneo podía resumirse en términos geopolíticos: la expansión de la *Mitteleuropa* hallaba un obstáculo en la dominación británica del mundo.

Müller aceptaba la alternativa: «O bien comprometemos todo el poder de la nación audazmente, sin eludir el riesgo de embarcarnos en una gran guerra, o bien nos resignamos a no ser más que una nación continental.» Sin embargo, no era partidario de arremeter contra Gran Bretaña, porque prefería, «por razones de cortesía racial», una alianza con dicho país contra los eslavos y los latinos.

El cerco opresor

Después de la formación de la *Entente Cordiale*, entre Francia y Gran Bretaña, en 1904, y del acuerdo entre Gran Bretaña y Rusia en 1907, Alemania empezó a sentirse «cercada» por unos enemigos rencorosos que sólo esperaban la ocasión de atacarla. La réplica alemana no consistió en buscar una solución pacífica y en despejar la desconfianza de sus enemigos potenciales, sino en aumentar su armamento en tierra y mar.

El resultado de semejante actitud, una vez traducida a la política práctica, era la guerra. La consecuencia lógica del complejo de «cerco» fue el concepto de una guerra preventiva capaz de impedir el supuesto ataque contra el Reich. La primera manifestación de la fiebre preventiva sobrevino en 1905, durante la primera crisis de Marruecos, cuando el Káiser dijo al canciller Bülow que antes de iniciar una guerra encarcelase y ejecutase a los socialistas. Después de la crisis, los líderes de los partidos burgueses en el Reichstag mostraron su indignación ante la debilidad de un canciller que había desperdiciado la oportunidad de iniciar una guerra para la cual el país estaba ya preparado.

El 8 de diciembre de 1912, el Káiser, los almirantes Tirpitz y Müller, y los jefes de los Estados Mayores de Tierra y Mar, celebraron una especie de consejo sobre la guerra. Por vez primera, discutióse con cierto detalle la perspectiva de un futuro conflicto. El Káiser pensaba que Austria-Hungría tendría que actuar con energía contra los servios. Si Rusia apoyaba a Servia, la guerra sería también inevitable para Alemania. En realidad, así ocurrieron exactamente las cosas en el mes de julio de 1914. En esta conferencia el general Moltke, jefe del Estado Mayor, expuso la opinión de que «la guerra es inevitable, y cuanto antes estalle mejor». Sin embargo, sugirió que «la popularidad de una guerra contra Rusia, tal como ha señalado el Káiser, debía ser preparada» por la prensa.

Tenemos que «desenvainar la espada»

Durante la espectacular ceremonia celebrada para conmemorar la derrota de Napoleón en la batalla de Leipzig (1813), el Káiser reveló al barón Conrad, jefe del Estado Mayor austrohúngaro, que no se hallaba ya, en principio, en contra de una gran guerra. Alentó al general austrohúngaro a tomar Belgrado, puesto que las demás potencias no adoptarían ninguna medida contra Austria-Hungría.

En el mismo mes de octubre de 1913, el Káiser dio idéntico consejo al conde Berchtold, ministro austrohúngaro de Asuntos Exteriores, y cuando Berchtold hubo expresado su esperanza de que los servios aceptarían las demandas austrohúngaras, el Káiser escribió una nota: «¡Esto sería de lo más lamentable! ¡Ahora o nunca! Es preciso arreglar de una vez todas las cosas y restaurar la tranquilidad.»

Mientras la paz se salvaba una vez más en el otoño de 1913, los pangermanistas, cuya influencia era mayor de lo que su número parece indicar, criticaban vehementemente al canciller por su pacífica timidez. En un memorándum enviado al Káiser por mediación del príncipe heredero pidieron una guerra para doblegar a los socialistas después de su victoria en las elecciones de 1912, alegando que las potencias de la *Entente* no la iniciarían nunca. El canciller tuvo que dar respuesta a este memorándum. Se hallaba en contra de la guerra por razones de carácter interior, pero era partidario de hacerla si «el honor y la dignidad de Alemania llegaban a ser afectados por otra nación» y si preveía «objetivos vitales para el país» que «no pudieran ser alcanzados sin guerra».

Una vez hubo llegado Alemania al borde del precipicio, sus jefes ya no podían impedir que diera el salto definitivo. Pocas semanas antes del asesinato de Sarajevo, Moltke pidió a Jagow, ministro alemán de Asuntos Exteriores, que se preparase para una guerra preventiva «con el fin de batir al enemigo mientras aún nos queda alguna posibilidad de vencer».

Unos días después de la conversación entre Jagow y Moltke, el canciller habló con el conde Lerchenfeld, ministro bávaro en Berlín, acerca de la «guerra preventiva exigida por varios generales». Cuando Lerchenfeld objetó que el momento oportuno había pasado ya, el canciller mostróse de acuerdo con él, pero añadió que «había círculos en el Reich que esperaban de la guerra una mejoría en la situación interna de Alemania, en un sentido conservador. Sin embargo, él, como canciller, pensaba que, por el contrario, una guerra mundial, con todas sus incalculables consecuencias, reforzaría enormemente el poderío de los socialdemócratas, ya que éstos predicaban la paz, y derrocaría más de un trono».

Un mes más tarde, menos de dos semanas después del atentado de Sarajevo, el canciller alemán se dio perfecta cuenta del abismo que se abría ante él. Vio con claridad que la guerra contra Servia conduciría probablemente a una guerra mundial y que, cualquiera que fuese el desenlace de ésta, se producirían tremendos cambios en el mundo. Sin embargo, juzgó que era su deber «lanzarse a ciegas» puesto que, como ahora sabemos, vio que no había otro medio para que Alemania conservara la oportunidad de convertirse en una potencia mundial.

Imanuel Geiss



El almirante británico Fisher, que, en 1904, había llegado a proponerle a Eduardo VII un plan de ataque por sorpresa que destruyera la flota alemana sin previa declaración de guerra.

Por qué Europa fue a la guerra

Los orígenes de la Gran Guerra no radican únicamente en las estructuras políticas y militares de las grandes potencias. Había también «una extraña irritación en el ambiente», en aquel fatal verano de 1914, que hizo de aquella contienda, por lo menos en sus comienzos, la guerra más popular de la historia.

Dos ejemplos de la reacción popular durante las primeras semanas de la guerra: un muñeco que representa al Káiser es «ahorcado» en una plaza francesa. *Abajo:* **caricatura alemana: aquí los ahorcados son los ministros de Asuntos Exteriores francés. ruso y británico.**





En 1911, G. P. Gooch, un historiador inglés que, hasta el año anterior había sido diputado liberal, publicó un libro, de corta extensión, denominado *Historia de nuestro tiempo 1885-1911.* Todavía merece ser leído, entre otras razones porque sus párrafos finales muestran un optimismo acerca de las cuestiones internacionales que aún hoy no se ha disipado. Escribía el autor que, aunque en Europa cinco millones de hombres estaban en aquel momento sobre las armas, de todos modos «podemos mirar hacia el futuro con cierta confianza en la llegada de un tiempo en que la guerra entre naciones civilizadas será considerada tan anticuada como un duelo, y en que los pacificadores serán llamados hijos de Dios».

Con estas palabras se expresaba la orgullosa, confiada, liberal y humanitaria Europa edificada durante el medio siglo anterior y que, menos de tres años más tarde, debía ser arrasada por la tormenta.

Vale la pena recordar cuán inmenso fue el golpe asestado a esta confianza. La conflagración que se inició el 1 de agosto de 1914, cuando Alemania declaró la guerra a Rusia, fue la primera de varias contiendas que más tarde fueron reunidas en una sola: la «Gran Guerra». La pugna entre Austria-Hungría y Servia —expresión de un conflicto más profundo que no tardaría en estallar entre Austria-Hungría y Rusia— y la guerra entre Francia y Alemania, que no tardaría en seguir a la anterior, pocos motivos lógicos tenían que las vincularan entre sí. ¿Qué tenía que ver Viena con Alsacia, o los franceses con la suerte que pudiera correr Servia? El hecho de que también los británicos se sumaran a la contienda extrañó a no pocas personas a ambos lados del Canal de La Mancha. Y esto no fue más que el comienzo. Japón, Turquía, China, Siam... la lista de los contendientes fue en aumento hasta incluir a todos los grandes Estados del globo. Treinta y dos naciones «victoriosas» estuvieron representadas en la Conferencia de la Paz de 1919; algunas de ellas ni siquiera existían en 1914 y veintidós no eran europeas. Beluchos y vietnamitas habían cruzado medio mundo para luchar en Francia, los americanos y los japoneses habían ido a Vladivostok, los canadienses a Arkangel y los australianos a Palestina, mientras alemanes y británicos habían luchado encarnizadamente a través de los océanos, desde las costas de Chile hasta los litorales occidentales. La lucha sólo tocó a su fin cuando, en 1922, griegos y turcos hicieron las paces.

Tan extraordinaria explosión de violencia apenas podía preverse en 1914. Aunque ya entonces eran muchos los que temían la guerra, eran pocos los que esperaban un holocausto tan colosal. En parte, éste se debió a que, una vez iniciada, la lucha desarrolló su propia e imprevisible lógica. Ambos bandos estaban casi equilibrados al principio, y ello les condujo a movilizar fuerzas y apurar recursos que les dieran un margen de superioridad, y a buscar nuevos aliados, lo que intensificó y extendió la guerra. Sin embargo, mucho de lo que ocurrió estaba implícito en el estado del mundo y, sobre todo, de su centro, Europa, en vísperas del conflicto.

El impacto de la guerra pronto indujo a la busca y captura de los que se creyó culpables de haberla desencadenado. Tal fue la primera forma —que se prolongaría durante años— de explicar tan asombroso acontecimiento. Se manifestó por medio de explosiones populares: el «¡Ahorcad al Káiser!» de los ingleses tuvo sus equivalentes en otros países. Pero hubo quien buscó a los culpables en el propio país. Ya antes de 1914 los radicales y pacifistas británicos atacaban al gobierno liberal y a su ministro de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, por haber unido el país a la causa francesa sin autorización del Parlamento. Otra crítica personal, aunque distinta, fue la que formularon los alemanes contra Grey; si, por lo menos, se hubiese mostrado más explícito —decían— acerca de la posibilidad de que Gran Bretaña interviniese en una guerra entre Francia y Alemania, el Gobierno alemán no la hubiera declarado.

Algunos preferían inculpar a todo un grupo. Los alemanes acusaban a los británicos, que, según decían, les disputaban

su lugar al sol; los británicos descubrían en los alemanes y en su historia una tendencia dominadora. Radicales y socialistas atacaban a unos «capitalistas» que, según se aseguraba, ya fuese manipulando la política internacional para salvaguardar sus inversiones y comercio en otros países, ya fuese impulsando a los Gobiernos a armarse para mantener la producción de sus fábricas y obtener pingües dividendos, habían empujado al mundo hacia la guerra. Por plausibles que resultaran semejantes argumentos en su época, los historiadores los han descartado y rehúyen, en general, las interpretaciones esquemáticas de los orígenes de la guerra en términos de interés económico.

Preferimos hoy dar menos peso a la responsabilidad y a la política personales, salvo en el caso de unas pocas decisiones cruciales, claramente identificables y delimitadas. No llegaremos al extremo de afirmar que nadie fue personalmente responsable de algo decisivo, puesto que los actos de Guillermo II y de sus consejeros militares bastarían para desmentir tal punto de vista; pero debemos admitir que a menudo los hombres de Estado tienen menos libertad para actuar de lo que ellos mismos creen, y que las circunstancias son tan importantes para configurar sus decisiones como su propia visión de lo que desean. Si contemplamos bajo este enfoque el mundo de 1914, ¿qué había en su naturaleza y estructura que hiciera posible la guerra y la convirtiera en tan gran desastre?

El «sistema» diplomático

Se ha atribuido la culpa al propio sistema internacional. Puede parecer paradójico hablar de un «sistema» en una época de tantas querellas y pendencias, pero había entonces suficiente conocimiento de los principios y prácticas comunes para autorizar el uso de este término. En todas partes, los diplomáticos sabían entenderse, acaso más que en la actualidad, cuando son mayores las diferencias ideológicas. El concepto de interés nacional era la base de su oficio: sólo las amenazas vitales contra los intereses de una nación o un ultraje violento infligido a su dignidad podían justificar una guerra entre grandes potencias. Si estallaba la guerra, se daba por supuesto que ninguna potencia trataría jamás de modificar fundamentalmente las instituciones de otra; en otras palabras, no se recurriría a la revolución como arma, y la paz se fijaría, eventualmente, sobre la base de un nuevo reajuste de intereses.

Esta estructura de presupuestos comunes estaba reforzada por el hecho de que la actividad diplomática corría entonces a cargo, casi exclusivamente, de diplomáticos profesionales que habían adquirido notable habilidad y un *esprit de corps* muy efectivo. En 1914 podían pasar revista, como evidencia del éxito de sus métodos, a una larga serie de tragedias evitadas y de crisis superadas. Había un hecho destacado que predominaba sobre todos los demás: desde el año 1871 no se había producido guerra alguna entre dos grandes potencias europeas y, en este aspecto, el continente había disfrutado del más largo período de paz desde las guerras de religión.

El «concierto de Europa», como se le había llamado en el siglo XIX, era todavía una realidad en el sentido de que las grandes potencias europeas habían tendido a actuar en forma concertada para evitar toda amenaza contra la paz. Lo habían hecho con éxito muchas veces y, por supuesto, para la mayoría de los hombres de Estado, las grandes potencias de Europa eran lo único que en realidad contaba. Esta actitud no dejaba de tener fundamento. Podían discernirse perspectivas de un futuro muy diferente, ya que se había producido una guerra entre Rusia y Japón, y los Estados Unidos habían despojado a España de sus posesiones en el Caribe y en el Pacífico, pero estos indicios de una nueva era de política internacional no invalidaban los logros de los diplomáticos en Europa, puesto que en 1914 todavía era Europa la que determinaba el destino del mundo.

Sin embargo, este sistema diplomático tradicional fue considerado como causante del desastre. En cierto sentido, tal acusación es una perogrullada: la guerra estalló en 1914 y la vieja diplomacia no la evitó. Muchos de los que han estudiado esta crisis han llegado a la conclusión de que los hombres de Estado que intentaron hacerle frente, se hallaban demasiado condicionados por sus convicciones y muy poco dispuestos a salirse de su estructura ideológica habitual para conseguir dominar la situación como lo hubiese logrado, tal vez, un Bismarck. Ésta es una acusación que resulta más fácil de formular que de probar o desmentir. Lo que sí puede decirse con seguridad es que la diplomacia convencional juzgaba que los objetivos de las grandes potencias eran racionales y lo suficientemente moderados como para permitir una negociación que condujera a una mutua reconciliación, y esto ya no fue posible cuando algunas de estas potencias llegaron a creer, como ocurrió en 1914, que su propia existencia corría peligro.

No obstante, no suele ser ésta la base de los ataques contra la vieja diplomacia. Es más frecuente afirmar que había un defecto en la máquina internacional propiamente dicha que hizo inevitable el estallido del conflicto, y este defecto ha sido identificado en esa «pesadilla de alianzas» que tanto había temido Bismarck y que llegó a ser una realidad casi general en 1914. Hacía tiempo que se señalaba el hecho de que las alianzas introducían un elemento peligrosamente mecánico y determinista en la vida internacional: una vez iniciado el movimiento de un solo engranaje, ¿no acabaría acaso por arrastrar a toda la máquina? Los que temían semejante posibilidad pensaban sobre todo en dos alianzas: la francorrusa, firmada en 1894, y la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia, constituida en 1882 y más tarde modificada y reforzada por la adhesión de Rumania. Decíase que, a causa de ellas, Europa estaba dividida en dos bandos armados y que la posibilidad de una guerra aumentaba considerablemente.

Semejante explicación es demasiado simplista y obliga a entrar en pormenores. La Triple Alianza, por ejemplo, distaba de ser firme. Italia no entraría en guerra junto con sus aliados en 1914, y, por otra parte, Berlín y Viena sabían perfectamente que no podían contar con Rumania. Con el tiempo, ambas naciones tomaron parte en la contienda, pero en el otro bando. Por su parte, el tratado francoruso había sido establecido como base de una cooperación contra Gran Bretaña. Sus términos, por lo que a Alemania se refería, dependían de lo que hicieran los alemanes. Sólo en el caso de que Alemania atacara a Rusia, tenía Francia que acudir en ayuda de su aliada, pero al fin y al cabo la alianza nunca llegó a entrar en acción, puesto que los propios alemanes zanjaron la cuestión de la intervención de Francia al atacarla primero. De modo similar, la *Entente Cordiale* no conducía irremediablemente hacia una alianza francobritánica contra Alemania. Sin duda, Agadir había despertado antagonismos y había reforzado los vínculos entre Londres y París, pero también esta situación resultaba paradójica, puesto que el Gobierno francés tenía entonces la esperanza de fomentar unas relaciones mejores con Alemania. En 1914, los británicos habían superado su alarma por la política naval alemana, y, hasta las mismas vísperas de la guerra, las relaciones an-

gloalemanas fueron mejores que en ningún otro momento de los últimos veinte años.

Tampoco fueron las alianzas europeas las que determinaron la extensión del conflicto. Aunque la Gran Guerra tendría su foco en Europa y causaría impacto en la historia mundial a través de los perjuicios que ocasionó a Europa, la contienda se extendería a todo el globo. La participación de Gran Bretaña lo hizo inevitable, pero había además otras razones para ello. La tradición, la geografía y su propia política interior hacían difícilmente imaginable que los Estados Unidos se enzarzaran en las querellas europeas en 1914, pero otros dos Estados no europeos, Japón y Turquía, tomaron extrañamente parte en ellas casi desde el principio.

La postura del Japón en 1914 creaba una curiosa situación en el contexto de las alianzas europeas. Era el único aliado formal de los británicos, quienes se habían vuelto hacia él debido a su tradicional temor a Rusia en Asia y a la amenaza planteada a sus intereses por el aparente desmoronamiento de China. La alianza culminó con la victoria japonesa sobre Rusia en 1905. Dos años más tarde, un convenio anglorruso trató de solventar algunos de los delicados problemas que todavía dividían a Londres y San Petersburgo, pero en 1914 ambos Estados seguían con sus inacabables polémicas sobre Persia. Dicho de otro modo, no fueron las alianzas formales las que crearon, a finales de agosto de 1914, la paradójica situación de que Gran Bretaña, Japón y Rusia estuvieran en un mismo bando como aliados contra Alemania.

La pugna por los Balcanes

También Turquía viose envuelta en la guerra, y tal vez inevitablemente, pero no a causa de la diplomacia oficial. Un nombre plausible para la Gran Guerra sería el de última guerra de Sucesión turca, puesto que la historia de la Europa oriental, desde el siglo XVII, había sido una sucesión de intentos para adjudicarse el botín y llenar el vacío dejado por el len-

1

2

3


Símbolos del viejo orden: *1* **El emperador Francisco José en una boda.** *2* **El káiser Guillermo II con el general francés Foch.** *3* **Intercambio de uniformes: Guillermo II** *(izquierda)* **y Jorge V de Inglaterra.** *4* **El presidente francés Poincaré en Rusia (1914).**

4


to retroceso del poderío turco que, en otros tiempos, había abarcado a Hungría y llegado hasta las mismas murallas de Viena. La última etapa de la disolución del dominio turco en Europa se había iniciado con las guerras balcánicas de 1912. La segunda guerra balcánica mostró claramente que, entre los aspirantes a la sucesión turca —las «naciones nuevas» surgidas en los Balcanes en el siglo XIX—, las querellas eran tan probables como las habidas entre las dinastías de los Habsburgo y los Romanov, que durante tanto tiempo habían acechado con suspicacia sus mutuas ganancias a expensas de los turcos.

Aquí residía un posible motivo de guerra. Dos grandes Estados buscaban poder e influencia en una zona abandonada por la retirada de los turcos a unas naciones pequeñas y pendencieras. Era inevitable que tuvieran sus favoritos y sus satélites, pero Viena y San Petersburgo se las arreglaron para cooperar o para evitar un conflicto hasta la anexión de Bosnia-Herzegovina en 1908. A partir de entonces, a la preocupación de los Habsburgo por mantener su prestigio e influencia en los Balcanes, sumóse también el temor de que Servia, protegida por Rusia, atraía como un imán la lealtad de los eslavos del Sur, súbditos de la Monarquía Dual en las provincias recientemente anexionadas. En Viena se preveía un ajuste de cuentas con Servia, y esta idea cobró mayor fuerza cuando Servia aumentó su población en más de un millón y medio de nuevos súbditos gracias a las guerras balcánicas. Si se producía el enfrentamiento no era probable que Rusia permitiese una segunda humillación de Servia como la que ésta sufrió en 1909, cuando tuvo que reconocer la anexión austrohúngara.

Semejante situación sólo afectaba a Turquía de una manera remota e indirecta; en realidad, entraría en guerra por muy distintas razones. A partir de 1900, la influencia comercial y militar alemana había aumentado considerablemente en Constantinopla, y los rusos estaban cada vez más inquietos ante la perspectiva de una Turquía revitalizada bajo la influencia alemana, ya que semejante poderío en los Estrechos controlaría el acceso de Rusia al Mediterráneo. El antiguo vínculo histórico entre Berlín y San Petersburgo, basado en su común culpabilidad en la opresión de los polacos, había empezado a aflojarse cuando los sucesores de Bismarck decidieron apoyar incondicionalmente a la Monarquía Dual contra Rusia (una decisión crucial) y se rompió del todo a causa del temor a una presencia alemana en los Estrechos. La hostilidad rusa llevó a los turcos a firmar una alianza con Alemania el 2 de agosto de 1914, el día después de que ésta declarara la guerra a Rusia, pero aún tenían que transcurrir dos meses y debía llegar un crucero alemán (que garantizaba la supremacía naval en el mar Negro) antes de que Turquía diera el paso definitivo. Ello significó la extensión de la guerra a Egipto, Mesopotamia y el Cáucaso, unos escenarios muy lejanos de Alsacia y Lorena que, durante tanto tiempo, habían sido una seria amenaza para la paz europea.

Por lo tanto, fue muy exiguo el papel desempeñado en 1914 por las alianzas formales, y lo más sorprendente acerca del estallido de la guerra fue la subordinación de la política a los problemas de técnica. Lo que contó realmente fueron los planes militares y los horarios. Al final, la alianza francorrusa ni siquiera llegó a aplicarse; la *Entente* hubiese sido insuficiente para arrastrar a Gran Bretaña a la guerra de no mediar la invasión de Bélgica por los alemanes; Italia y Rumania, aliadas de Alemania, sentían mayor animadversión contra Viena que contra la *Entente*, por cuyo motivo se mantuvieron apartadas del conflicto, y por lo menos durante un cierto tiempo, como suprema ironía, la contingencia sobre la cual se había fundamentado la alianza germanoaustríaca, o sea la de una guerra entre Rusia y la Monarquía Dual, fue el último y superfluo eslabón de la cadena principal de acontecimientos: hasta el día 6 de agosto estos dos imperios no se declararon en guerra.

El fracaso de los diplomáticos, por consiguiente, aunque harto real, no estuvo determinado previamente por el inexorable proceso de un sistema de alianzas. En realidad, fue mucho lo que el sistema tradicional hizo en sentido contrario durante los veinte años que precedieron a 1914. Los expertos recursos de la diplomacia no sólo evitaron la guerra a causa de Fashoda, Marruecos, Bosnia y Agadir, sino que también consiguieron la pacífica partición de Africa y la demarcación de los intereses de las potencias en China. Incluso el desenlace de las guerras balcánicas demostró, una vez más, que las grandes potencias podían, si así lo deseaban, imponer su voluntad a los pequeños países promotores de conflictos.

El fracaso del liberalismo

Si aceptamos el hecho de que no fueron las alianzas las que arrastraron las naciones a la guerra, sino que intervinieron fuerzas muy distintas, se nos plantea un problema a distinto nivel. Una vez aislados los hechos que hicieron posibles las últimas decisiones cruciales, y comprendida la lógica de la planificación militar y logística que se impuso durante las últimas semanas, todavía resulta sorprendente que fuesen tantos los europeos a quienes apenas causara temor la guerra y que hicieran tan poco para evitarla. Tendremos que explicarnos, por otra parte, la confianza que los grupos dirigentes tenían en sí mismos, ya que esperaban que su acción se vería respaldada por los millones de hombres a los que mandaban.

Este hecho resulta aún más difícil de entender si tenemos en cuenta que los primeros años de este siglo fueron, para muchos, la culminación de una era de civilización liberal y de idealismo, caracterizada por una optimista previsión de la progresiva mejora de la sociedad internacional. Las Conferencias de La Haya habían dado la impresión de ser los primeros pasos hacia el desarme y, en realidad, algo habían hecho para regular el comportamiento de las naciones civilizadas en tiempo de guerra. Existía un movimiento internacional pacifista muy activo. La práctica del arbitraje internacional para resolver las disputas entre dos Estados era cada vez más común, e incluso los que se mostraban escépticos ante tales hechos podían tranquilizarse al pensar que los vínculos comerciales y otros nexos económicos hacían muy improbable la interrupción de la vida internacional a causa de la guerra entre dos grandes Estados. Los propios socialistas se mostraban también confiados: ¿acaso no sabían los Gobiernos que los trabajadores de todos los países entrarían en acción, por medio de la huelga si era preciso, para evitar la guerra?

Esto era, por lo menos, lo que se esperaba, pero apenas podía justificarse semejante optimismo. La Segunda Internacional, por ejemplo, no podía organizar, en realidad, una acción colectiva en contra de la guerra. Todo lo que podía hacer era mitigar las divisiones entre los socialistas de distintos países por medio de vagas fórmulas. En 1914, estas fuerzas no significaron nada. Un ministro socialista británico dimitió de su cargo gubernamental y los socialistas servios y rusos condenaron la guerra, pero esto fue todo. Como había esperado Bethmann-Hollweg, el canciller alemán, la movilización rusa

hizo que el S.P.D. se alinease tras el Gobierno imperial. El fracaso socialista fue, hasta cierto punto, sintomático; era la prueba más evidente de la impotencia de las fuerzas pacifistas y progresistas, que tanta confianza mostraban unos pocos años antes, y que fueron arrolladas por el patriotismo a la antigua usanza.

Este siglo ha sido la edad de oro del nacionalismo. A partir de 1914, han aparecido más naciones nuevas que en ninguna otra época anterior. En este sentido, la Gran Guerra fue un gran triunfo del nacionalismo, ya que resquebrajó a la Europa histórica y dinástica para dar paso a las nuevas naciones de la tercera década del siglo. Pero el sentimiento nacional había avivado el entusiasmo de grandes multitudes, entusiasmo que en ciertos casos ayudó, y en otros comprometió, a los Gobiernos de 1914. En todas las capitales, muchedumbres inmensas acogieron con entusiasmo la noticia de que muchos de los que las formaban iban a ser enviados a la muerte.

El primer estallido representó un momento de exaltación, aunque nadie supiera lo que vendría después. En 1916, las bajas y el desgaste mermaban en todas partes el entusiasmo patriótico, pero en ningún país podía hablarse de una paz que no equivaliese a una victoria. Visto retrospectivamente, ello no deja de causar sorpresa, puesto que, al fin y al cabo, durante la Gran Guerra no había ninguna nación que se enfrentase a una suerte como la que podían esperar Gran Bretaña o Rusia de haber sido derrotadas en 1940 o 1941. Por lo tanto, no basta con alegar una desesperación, fruto del temor. La fuerza del nacionalismo es la clave de la naturaleza interna de la Gran Guerra, la contienda más popular de la historia cuando se inició y la más democrática durante su desarrollo, como lo demuestran los esfuerzos que exigió de todas las clases sociales.

Se ha inculpado a algunos nacionalismos de hacer una propaganda obsesiva sobre las masas. Sin duda, algo hay de verdad en ello. La *Navy League* británica y la *Flottenverein* alemana, por ejemplo, habían procurado insistentemente fomentar el interés popular en la rivalidad naval. En su crónica de los años anteriores a 1914, en *La crisis mundial*, Winston Churchill muestra cuán amplia fue la influencia que ejercieron. Las campañas publicitarias de su Almirantazgo hicieron creer a los alemanes que sólo una flota de guerra podía procurarles el respeto de los británicos. Ello inquietó a los ingleses, que apenas se habían preocupado hasta entonces por las cuestiones de estrategia naval; las cifras comparativas de la fuerza de las escuadras eran fácilmente comprensibles y podían presentarse dramáticamente. A su vez, los oradores británicos utilizaban un lenguaje violento que despertaba en los alemanes el temor a un «Copenhague» (la expresión moderna sería un «Pearl Harbour») para la flota alemana. En realidad, el miedo, en parte inspirado adrede, debe figurar en lugar destacado en la lista de las explicaciones acerca de lo que ocurrió en 1914. El temor a las consecuencias de una victoria rusa proporcionó la excusa que necesitaban los socialdemócratas alemanes para luchar por la Alemania capitalista e imperialista de 1914. Pero el temor no es, necesariamente, el único motivo de los actos de locura colectiva.

El sentimiento nacionalista y la xenofobia, después de todo, no eran ninguna novedad. Habían sido exteriorizados con mayor violencia por los franceses contra los británicos (en los tiempos de Fashoda y de la guerra contra los bóers) que por los ingleses contra los alemanes en 1914. Lo que sí era nuevo, o relativamente nuevo, era el contexto social de los sentimientos nacionalistas antes de 1914. El patriotismo e incluso el patrioterismo más grosero eran entonces compartidos ampliamente gracias a los nuevos adelantos técnicos e institucionales. Paradójicamente, uno de los más fundamentales era la enorme difusión de la educación popular a partir de mediados del siglo XIX, que produjo dos resultados importantes. El primero fue que esta educación, por el hecho de ser facilitada en gran parte por el Estado, condujo a la difusión de actitudes e ideas íntimamente vinculadas con la nación y sus símbolos. Esta educación elemental, que impulsó a la población hacia la lectura de poemas patrióticos o al canto de himnos nacionales —como en Francia o en Alemania— y fomentó la celebración de fiestas patrióticas —como en Estados Unidos y Gran Bretaña—, fue probablemente el más poderoso agente en la difusión de una conciencia de identidad nacional. Y las naciones, tradicionalmente, glorifican sus proezas bélicas.

El segundo resultado importante fue la difusión de la alfabetización. No es casual que la prensa sensacionalista apareciera alrededor de 1900 en la mayoría de los países de la Europa occidental y en Estados Unidos. El requisito previo era la existencia de una masa de lectores, y por aquel entonces ésta había sido creada ya por la instrucción popular. No tardó en asociarse a un estilo de periodismo patriotero cuyos primeros frutos fueron la excitación de la opinión americana contra España en 1898, y el histerismo colectivo inglés a propósito de Mafeking.

Una curiosa consecuencia del cambio obrado en la mentalidad popular fue la aparición de un nuevo tipo de libros destinados al gran público y que versaban sobre unas imaginarias guerras futuras. Un estudio reciente y muy interesante ha demostrado que, entre el año 1900, fecha de la publicación de *Cómo tomaron Londres los alemanes*, y 1914, cuando la obra *Peligro*, de Conan Doyle, ofreció una visión profética de la amenaza que una guerra submarina plantearía a Gran Bretaña, se editaron unas 180 obras sobre el mismo tema en los idiomas más difundidos de Europa. Esta cifra venía a doblar la correspondiente a los catorce años anteriores a 1900, y tales libros fueron acogidos entusiásticamente en todas partes. En Alemania, *La guerra mundial* (1904), que describía la conquista de Gran Bretaña por las huestes germanas, fue un *best-seller*, pero la obra de mayor éxito fue *La invasión de 1910*, de William Le Queux, publicada en Gran Bretaña en 1906 y de la que se vendieron un millón de ejemplares.

Estos libros tuvieron gran influencia en la formación de las ideas populares respecto a las cuestiones internacionales. Muchos de ellos fueron celosamente respaldados por grupos interesados; lord Roberts, para citar un ejemplo, alabó el libro de Le Queux como valioso apoyo para la petición del servicio militar obligatorio. Al propio tiempo, tales obras reflejan los cambios de opinión. En 1900, en los libros ingleses de esta índole, el «enemigo» solía ser Francia. En 1903, apareció *El enigma de las arenas*, de Erskine Childer, con la descripción de un plan alemán para invadir Inglaterra, y, a partir de entonces, Alemania representó casi siempre el peligro amenazador. Estos libros preparaban la opinión pública suscitando en la mentalidad popular los temores y nerviosismos que apoyarían primero los grandes programas de rearme y más tarde nutrirían los odios utilizados por los propagandistas profesionales de los años de guerra.

Otro rasgo peligroso de la sociedad de preguerra fue su familiaridad con la violencia. Debemos analizar con cuidado aquella supuesta edad de oro de los años

anteriores a 1914. Como observó el economista J. M. Keynes, una vez terminada la guerra, la capa de civilización era delgadísima. En muchos países existía un profundo temor a la revolución, temor que era incrementado por la violencia social tan común en la década anterior a la guerra. Graves disturbios aislados como la Semana Trágica de Barcelona en 1909, o la revolución rusa de 1905, aumentaron tales temores, pero éstos ya venían nutriéndose, casi a diario, de una impetuosa corriente de inquietud social y de violencias. Giovanni Giolitti, el primer ministro italiano, fue considerado como un gran idealista humanitario (o bien, alternativamente, como un miedoso) porque sugería que tal vez hubiese un medio mejor que la fuerza para solventar los conflictos sociales en Italia. El propio Clemenceau se atrajo la antipatía de los socialistas franceses por su implacable acción contra los huelguistas, mucho antes de que se hiciera famoso como el salvador de Francia. Incluso en Gran Bretaña, el recurso al Ejército para asegurar el orden público era común en los años anteriores a la guerra.

Pero no toda la violencia, efectiva o potencial, a la que se enfrentaban los gobiernos procedía del malestar social o económico. El terrorismo que culminó en Sarajevo venía amenazando desde hacía años el Imperio de los Habsburgo. En Polonia, los jóvenes revolucionarios asaltaban las estafetas de correos para obtener dinero destinado a su causa. El nacionalismo, dondequiera que Estado y nación no coincidían, era una fuerza desgarradora mucho más violenta que el odio de clases. En 1914, el ejemplo más contundente lo ofreció Gran Bretaña, donde el odio irreconciliable de dos comunidades —los irlandeses del Sur y los del Ulster— condujo al país al borde de la guerra civil.

El temor a la revolución

Se ha sugerido que los temores y tensiones nacidos de tales causas hicieron que algunos acogieran de buen grado la guerra como un medio para evitar la revolución. Algo de cierto hay en ello, puesto que la crisis del Ulster se desvaneció casi de la noche a la mañana cuando el estallido de la guerra alejó la amenaza del *Home Rule*. También es verdad que



En sus comienzos la Gran Guerra fue, probablemente, la más popular de toda la Historia: esta multitud alemana acoge con himnos patrióticos la noticia de la declaración de guerra. Entre los más entusiastas estaba Adolfo Hitler, cuya imagen puede verse, aumentada, en el recuadro.

no fueron pocos los que saludaron con júbilo la guerra por su ignorancia con respecto a lo que ésta significaba: no sólo ignorancia acerca de sus resultados sino también del modo como se desarrollaría la contienda. Soldados, marinos y paisanos creían igualmente, por ejemplo, que la guerra sería de corta duración. Pocos eran los que preveían el poder destructivo de las armas modernas y las bajas que éstas causarían. Tampoco se imaginaban que el motor de combustión interna, las alambradas de espino, la ametralladora y el avión pudieran revolucionar las tácticas. En especial, como demuestra la literatura sobre las guerras imaginarias, la inhumanidad de las guerras del siglo XX era algo que no podía siquiera concebirse. Sólo un escritor, el suizo I. S. Bloch, trazó correctamente la visión de lo que sería la próxima conflagración, y otro autor genial, H. G. Wells, vio aún más allá y en 1913 escribió ya acerca de «bombas atómicas». Sin embargo, en su gran mayoría, la gente creía que la guerra sería una pugna enconada pero breve.

Semejante ignorancia ayudó a los políticos a pensar en la contienda como una válvula de escape para unos problemas que, de otro modo, resultaban casi insolubles. También los revolucionarios de la Europa oriental, al prever los perjuicios que la guerra podía causar a los grandes imperios que ellos odiaban, creyeron lo mismo. Sin embargo, no fue únicamente el desconocimiento de lo que la guerra podía traer consigo lo que predispuso a la gente a aceptarla. Uno de los rasgos más sorprendentes de la acogida dispensada a la noticia de la conflagración fue el entusiasmo que demostraron no sólo las masas semieducadas y xenófobas, sino también los intelectuales. El economista alemán y futuro ministro de la República de Weimar, Walter Rathenau, seguía recordando en 1918 el inicio de la contienda como «el vibrante primer acorde de una canción inmortal de sacrificio, lealtad y heroísmo», y un gran historiador, Meinecke, más tarde lo rememoró como un momento de «la más profunda alegría». Un célebre ejemplo en Inglaterra fue el del poeta Rupert Brooke, cuyo entusiasta poema *Demos gracias a Dios por habernos sincronizado con Su hora* expresa una actitud compartida por muchos de sus contemporáneos en todos los países. En Italia, no fueron pocos los que manifestaron su decepción ante la perspectiva de la neutralidad.

Hay un rasgo que ha sido interpretado como factor creador de la Gran Guerra más bien que como parte de los antecedentes de la misma. Se trata del cultivo deliberado de unos valores y cualidades directamente opuestos a los de la civilización liberal dominante en aquellos días. A la fe en la razón, herencia de la Ilustración, se oponía la glorificación del irracionalismo como fuente de los mayores triunfos del hombre, y a las apologías liberales de las virtudes de la cooperación y de la negociación, como técnicas sociales, se enfrentaban las enseñanzas de aquellos que consideraban el conflicto y la violencia como el motor del progreso.

Las raíces de estas corrientes culturales son muy profundas, y entre ellas deben contarse las ideas de Karl Marx y Charles Darwin sobre el papel social y biológico del conflicto. Otras deben buscarse en los escritos, mal interpretados pero abundantemente citados, de Friedrich Nietzsche. Por otra parte, entre los pioneros del irracionalismo cabe citar a Sigmund Freud, que fundaba sus teorías en la investigación científica y en la técnica terapéutica, y a William James, cuyo pragmatismo, que se apoyaba en el sentido común, atrajo a muchos admiradores europeos en los primeros años de este siglo. Tales doctrinas nutrieron una corriente altamente destructiva de los postulados básicos de la civilización liberal.

Esta tendencia pudo advertirse, clara y explícitamente, en varios intentos destinados a justificar la violencia y el irracionalismo en términos morales o estéticos. Un ejemplo notable fue el del francés Georges Sorel, ingeniero convertido en filósofo. Su obra *Reflexiones sobre la violencia* (1908) justificaba la acción de los trabajadores a través de una visión de la historia que atribuía todos los grandes logros a la violencia y despreciaba a los intelectuales y parlamentarios de su tiempo, que pretendían encaminar su civilización hacia objetivos materiales y hacia la solución racional de las disputas. En este aspecto, sus ideas coincidían con las del poeta italiano Gabriele d'Annunzio, que más tarde sería identificado por Lenin como el único y auténtico revolucionario de Italia. D'Annunzio había sabido sacar muy buen provecho de los bienes materiales de la sociedad burguesa, pero se había unido a los más violentos nacionalistas italianos para impulsar a sus compatriotas hacia la invasión de Trípoli, en 1911, como un paso hacia la regeneración moral a través del heroísmo y el sacrificio.

Otros italianos compartían el gusto por la violencia; uno de los más curiosos era el novelista y poeta Marinetti, el líder de los «futuristas», cuyo ataque contra los moldes estéticos clásicos culminaría en el surrealismo. Según él, la aventura de Trípoli en 1911 demostraba que el Gobierno italiano por fin se había vuelto futurista. Un invento futurista de los primeros días de la guerra, la indumentaria «antineutralista», acaso no representara más que un detalle cómico, pero incluso tales gestos denotaban ante los ojos de muchos jóvenes la bancarrota de la cultura y de la autoridad tradicionales. A estos jóvenes, los lugares comunes adoptados por la sociedad liberal les parecían rígidos y asfixiantes, por cuyo motivo no creían en ellos y trataban de aplastarlos. *Merde à Versailles Pompei Bruges Oxford Nuremberg Toledo Benarès!* proclamó el poeta francés Apollinaire en un manifiesto futurista. Los revolucionarios culturales, al igual que los políticos, acogían con agrado una guerra que prometía destruir el *statu quo*.

Mucha gente de la clase media había expresado su insatisfacción ante aquel mundo de principios del siglo XX, satisfactorio materialmente pero árido en el aspecto moral. William James dijo en cierta ocasión que la humanidad necesitaba hallar un «equivalente moral de la guerra», una experiencia que prometiese la misma exigencia de heroísmo, la misma posibilidad de evasión de lo aburrido y lo convencional. En 1914, la conducta de los hombres, incluso de los más sensatos, en toda Europa, demostró cuán escaso era el progreso realizado en dirección a tan engañosa meta. El cansancio y el despego por la civilización liberal hicieron que los hombres se revolvieran contra ella, y, paradójicamente, lo mismo ocurrió con su éxito material.

Por lo tanto, la auténtica historia de los orígenes de la guerra no debe buscarse en los documentos diplomáticos o en los planes de los generales. Una vez examinados todos estos materiales, quedan todavía importantes cuestiones referentes a la psicología de las masas antes de poder contestar a la pregunta de cómo llegó a producirse tan gran cataclismo. Uno de los que participaron en él, Winston Churchill, resumió brevemente su propio diagnóstico, en 1914, al escribir: «Había una extraña irritación en el ambiente. Insatisfechas por la prosperidad material, las naciones recurrían, inquietas, a la pugna interna o externa.»

J. M. Roberts

Sarajevo

El chófer detuvo el automóvil junto a la acera de una calle de Sarajevo, en la que se apiñaba la muchedumbre. Alguien sacó un revólver. Un policía trató de impedirlo, pero un hombre le pegó un puñetazo en la cara. Sonaron varios disparos, y el archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio Austro-húngaro, cayó muerto, asesinado por un servio. Era la oportunidad que Austria-Hungría había estado esperando...

Primera plana del «Bosnische Post» del 28 de junio de 1914. Bajo el título «Los atentados», el artículo ofrece los siguientes subtítulos: «Condolencias», «El segundo atentado», «La bomba que no estalló», «El atentado se preparó desde lejos» (alusión a Servia) y «La impresión suscitada por la catástrofe». ***Abajo:*** **la ensangrentada chaqueta del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro.**



3. Extra-Ausgabe.

Bosnische Post

Organ für Politik und Volkswirtschaft.

Nr. 145. Sarajevo, Sonntag den 28. Juni 1914. XXXI. Jahrgang.

Die Attentate.

Eine nicht explodierte Bombe.

Die Beileidskundgebungen.

Das Attentat von langer Hand vorbereitet!

Zu dem zweiten Attentate.

Der Eindruck der Katastrophe.



Ningún otro asesinato político de la historia moderna ha tenido unas consecuencias tan trascendentales como el atentado cometido el 28 de junio de 1914 contra el archiduque Francisco Fernando, legítimo heredero del Imperio de los Habsburgo, en Sarajevo, la capital de las turbulentas provincias de Bosnia-Herzegovina.

El atentado de Sarajevo fue un incidente que, en circunstancias internacionales más normales, no hubiese provocado semejante conmoción histórica. Pero a principios del verano de 1914, las relaciones entre las grandes potencias europeas habían adquirido tal tensión que la muerte del archiduque a manos de un estudiante bosnio, llamado Gavrilo Princip, condujo al estallido de la Primera Guerra Mundial a través de una serie de etapas rápidas e irreversibles. 23 de julio: el ultimátum de Austria a Servia; 28 de julio: declaración de guerra de Austria a Servia; movilización rusa; 1 de agosto: declaración de guerra de Alemania a Rusia; 3 de agosto: declaración de guerra de Alemania a Francia; 4 de agosto: declaración de guerra de Gran Bretaña a Alemania.

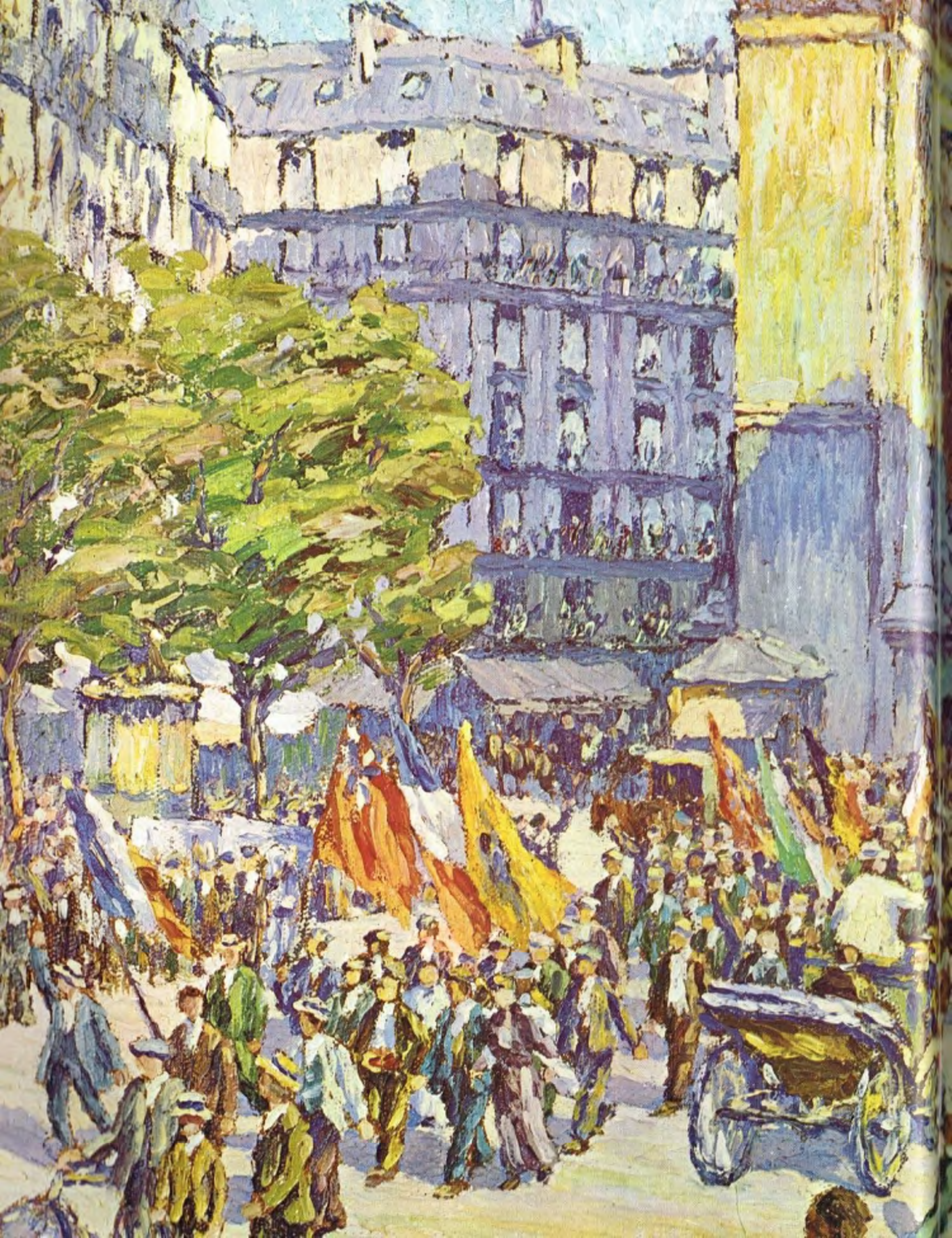
El asesinato de Sarajevo fue el resultado de una conspiración de simples aficionados. Sus autores eran estudiantes que, en su mayoría, no habían cumplido aún los veinte años. Pertenecían a una sociedad secreta llamada «Joven Bosnia», una de las muchas organizaciones clandestinas de los eslavos del Sur en el seno de la monarquía de los Habsburgo. Aunque entre 1910 y 1914 se habían producido seis atentados contra las vidas de altos dignatarios de los Habsburgo, todos ellos organizados por el movimiento revolucionario de los sudeslavos, y una docena de conspiraciones que no llegaron a materializarse, el mal tramado complot del 28 de junio de 1914 sólo tuvo éxito por puro azar y por la negligencia de las autoridades.

Una ausencia total de precauciones

La policía austríaca no adoptó medidas eficaces para proteger al archiduque y a su séquito cuando éstos llegaron a Sarajevo, a pesar de que las advertencias sobre el grave peligro que corrían fueran numerosas y procedieran de muy distintos lugares: de Sarajevo, de Viena, de Budapest y Berlín, e incluso de los Estados Unidos (las sociedades secretas formadas por americanos de oriven sudeslavo llevaban años conspirando contra el archiduque Francisco Fernando y los agentes secretos de la policía de los Habsburgo en Nueva York sospechaban que un distinguido profesor de la Universidad de Columbia, de origen servio, era miembro del grupo de conspiradores más destacado).

El archiduque era un hombre valeroso y a veces adoptaba una actitud fatalista ante las amenazas que recibía sin cesar. Dos meses antes de su violento final, se hallaba en Miramare, cerca de Trieste, y de pronto se le ocurrió emprender una breve excursión. Alguién mencionó la cuestión de la seguridad y el archiduque replicó: «¿Precauciones? ¿Medidas de seguridad? Me tienen completamente sin cuidado. Todos nos hallamos en manos de Dios. Mirad, desde ese matorral, aquí a mi derecha, un hombre puede abalanzarse sobre mí... Los temores y las precauciones paralizan la vida. Temer es siempre una actitud peligrosa.»

La duquesa de Hohenberg, esposa del archiduque, se angustiaba al pensar en el peligro que podía correr la vida de su marido en su viaje a Sarajevo y, en diversas ocasiones, expresó sus dudas con respecto a la necesidad de tal visita, pero el archiduque la persuadió de que era preciso ir a Bosnia. Según las memorias de Max Hohenberg, hijo primogénito de Francisco Fernando, el propio emperador Francisco José trató de disuadir al archiduque de su proyectada visita: «El Alto Mando decidió que las maniobras conjuntas debían realizarse aquel año en Bosnia. La elección de ese país, recientemente anexionado por Austria y en el que persistía un estado de rebelión latente, fue deplorable. Tuvimos un disgusto al enterarnos de que el anciano emperador Fran-





París, 1914 (pintura de A. Léveillé). Un desfile patriótico, engalanado de banderas, es la respuesta popular tras la orden de movilización. En esa tarde soleada, ¿quién podía suponer qué tétrico futuro se cernía sobre Europa?

Derecha: **Francisco Fernando de Habsburgo. Sobrino del Emperador, se había convertido en heredero del trono tras la muerte del príncipe heredero Rodolfo.**

cisco José, quien sólo por milagro había escapado a un atentado contra su vida durante su visita a Sarajevo, aconsejaba a nuestro padre que no asistiera a dichas maniobras. ¿Nos veríamos privados de tan gran festejo? Nos regocijamos de nuevo al saber que nuestro padre había desechado el prudente consejo del Emperador. Una noche nos dijo, mientras cenábamos: "Soy el inspector general de las fuerzas armadas austrohúngaras y debo ir a Sarajevo. Los soldados nunca sabrían cómo explicarse mi ausencia".»

No le faltaban motivos al Emperador para temer por la vida de su heredero. El resentimiento contra la férula de los Habsburgo en Bosnia-Herzegovina era muy intenso, particularmente entre los servios. Deliberadamente, el archiduque había elegido para su visita a Sarajevo la fecha del 28 de junio, festividad de san Vito o *Vidovdan*, la fiesta más celebrada por los servios, desde el 28 de junio de 1389, día en que, durante la batalla de Kosovo, un ejército otomano mandado por el sultán Murad aniquiló a las huestes feudales servias dirigidas por el príncipe Lazar. Ambos jefes encontraron la muerte: el Sultán otomano pereció a manos de un noble servio, llamado Milos Obilich, que se introdujo mediante un ardid entre las filas turcas y abrió el estómago de Murad con su daga. Los servios perdieron la batalla y esta derrota señaló el fin de la independencia del Estado servio medieval y el comienzo de más de cuatro siglos de férreo dominio de los otomanos sobre los servios y los sudeslavos.

A pesar de tan explosiva situación, las precauciones de seguridad adoptadas el día del asesinato del archiduque eran casi nulas, particularmente si se comparan con la protección policíaca prestada al emperador Francisco José cuando visitó Sarajevo en junio de 1910. En aquella ocasión, el trayecto que cubrió el Emperador había sido acordonado por una doble fila de soldados, en tanto que para el archiduque no hubo militar alguno en las calles, aunque existía una concentración de más de 70.000 soldados en las afueras de la ciudad. Cuando llegó el Emperador, se ordenó a centenares de ciudadanos sospechosos que no salieran de sus casas, medida de la que se prescindió por completo cuando la visita de Francisco Fernando.

Los jefes de la policía de Sarajevo se defendieron cargando las culpas al general Oskar Potiorek, gobernador militar de Bosnia, y al comité militar encargado de recibir al archiduque. Ellos habían preparado un informe especial sobre las actividades de los miembros de la «Joven Bosnia», pero se les reprendió por «temer a unos cuantos chiquillos». La víspera del 28 de junio advirtieron de nuevo que el archiduque no debería visitar Sarajevo el día de san Vito, pero el jefe del comité de recepción, un oficial del Ejército, desechó este aviso diciendo: «No se preocupen. Esos desgraciados no se atreverán a hacer nada.» «El 28 de junio, las medidas de seguridad estarán en manos de la Providencia», fue la respuesta de uno de los jefes de la policía. Por su propia iniciativa, la policía dio órdenes a sus 120 hombres, reforzados por unos cuantos agentes llegados de Budapest y de Trieste, para que se volvieran de cara a la multitud mientras pasara ante ellos el cortejo imperial, pero 120 hombres poco podían hacer en un trayecto de unos seis kilómetros.

«Yo asumo toda la responsabilidad»

En las actividades de la policía local hubo mucha *Schlamperei* (chapucería). La mayoría de los agentes, al ver los seis automóviles en los que viajaban los Habsburgo, perdieron la cabeza, impresionados por el insólito espectáculo. En cambio, los conspiradores se mantuvieron atentos a su trabajo. Nedeljko Cabrinovich preguntó a un policía que se hallaba junto a él cuál era el coche en el que viajaba el archiduque. El nervioso agente se lo indicó correctamente y, unos segundos más tarde, el asesino soltaba la palanca de una granada de mano y la lanzaba contra el automóvil del archiduque. La bomba hirió a una veintena de personas, entre ellas tres pertenecientes al séquito imperial. También la duquesa de Hohenberg sufrió ligeras heridas al rozarle el cuello un casco de metralla.

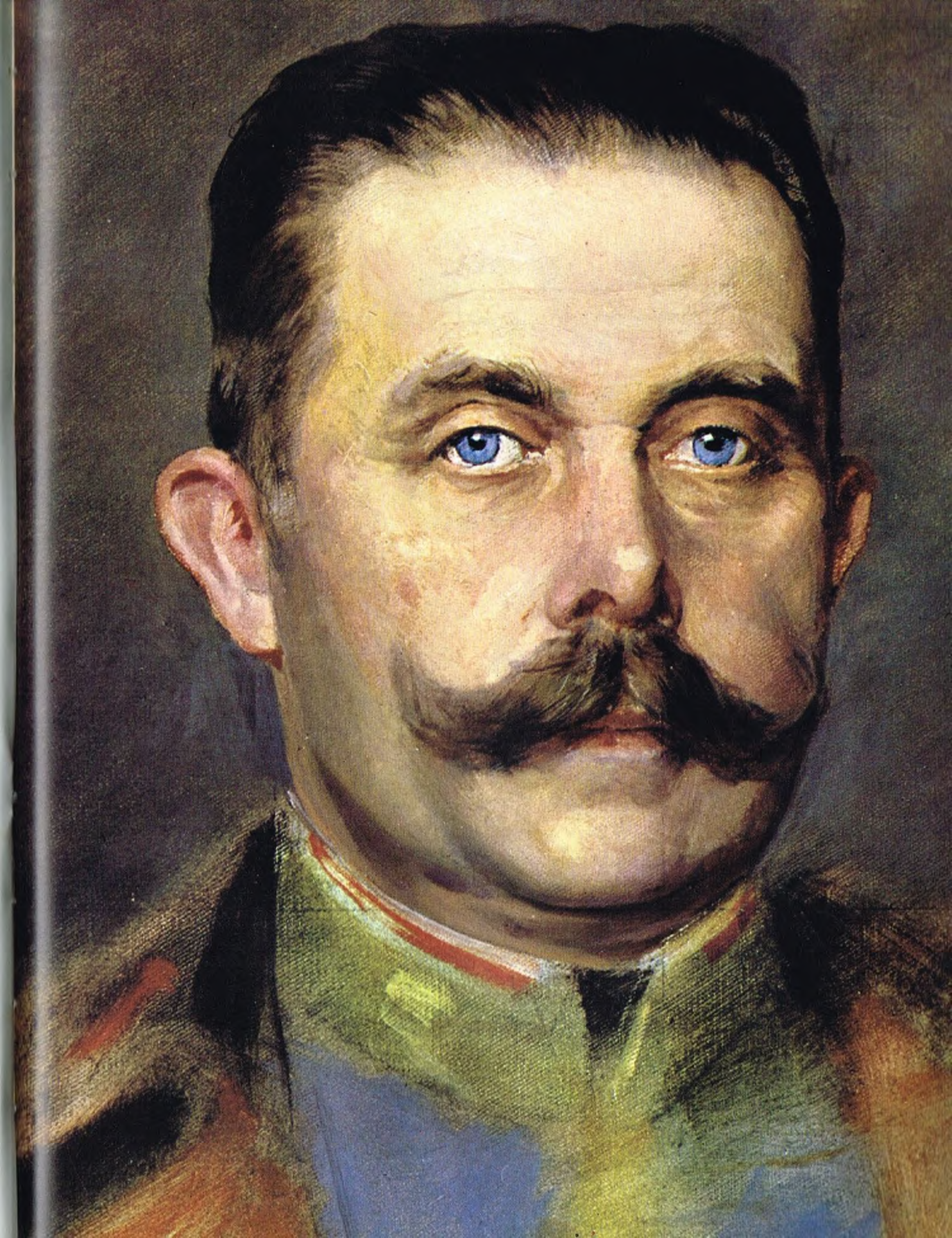
Después de este primer intento, tomóse la fatal decisión de que el archiduque continuase su recorrido a través de las calles de Sarajevo. El general Potiorek perdió la cabeza y no sólo no dio nuevas órdenes para mantener la seguridad en las calles, sino que cuando el archiduque le preguntó directamente que significaban aquellas bombas y si el atentado volvería a repetirse, contestó: «Vuestra Alteza Imperial puede seguir su camino con tranquilidad. Yo asumo toda la responsabilidad.»

El único cambio en el itinerario del cortejo imperial fue impuesto a petición del archiduque para que éste pudiera visitar a uno de los oficiales heridos, pero nadie informó de ello a los chóferes de los automóviles. Quien cometió este error, y si éste fue deliberado o accidental, son puntos que todavía siguen sometidos a controversia. El chófer checo del coche de los archiduques se disponía a seguir a los dos primeros automóviles, en los que viajaban agentes y algunas autoridades locales, cuando el general Potiorek le gritó con enojo: «¿Qué es esto? ¡Alto! ¡Éste no es el camino que hay que seguir!» El chófer frenó con brusquedad y el automóvil se detuvo delante de una tienda, junto al gentío de la acera, donde Gavrilo Princip, el más destacado de los conjurados y el mejor tirador entre ellos, estaba al acecho. En el momento en que sacaba su revólver, un policía observó la maniobra y se disponía a sujetarle la mano cuando fue golpeado por alguien que se hallaba junto a él, presumiblemente un compañero del asesino. Se oyeron varios disparos. Princip se encontraba a pocos pasos de su objetivo y la duquesa fue la primera en morir: una bala dirigida contra el general Potiorek atravesó el costado del coche y, a través del corsé, penetró en el flanco derecho de la desventurada. El archiduque la sobrevivió sólo durante unos momentos, pues otra bala atravesó el cuello de su guerrera, seccionó la yugular y se incrustó en la columna vertebral.

A las 11,30 de aquel fatídico 28 de junio de 1914, todo había terminado. La pareja imperial yacía sin vida en la residencia del gobernador, el *Konak*, un edificio que databa de la época de los turcos. El cuello de la guerrera del archiduque estaba desabrochado y podía verse una cadena de oro de la que colgaban siete amuletos engarzados en oro y platino. Cada uno de ellos tenía que servir como protección contra un determinado maleficio. En el brazo izquierdo del difunto resaltaba un tatuaje de colores que representaba un dragón chino. Alrededor del cuello de la duquesa había una cadena de oro con un escapulario que contenía unas reliquias santas que debían protegerla contra la enfermedad y las desdichas.

Un presente de Marte

Para la camarilla bélica de Viena, el trágico acontecimiento de Sarajevo fue un hecho providencial, un presente del dios Marte. Aunque aquel poderoso grupo hubiera perdido a su jefe, el archiduque Francisco Fernando, su posición en Viena se había reforzado considerablemente. Durante varios años, el general




1
2
3
4
5

Franz Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austrohúngaro y hombre de confianza del difunto archiduque, había abogado en pro de la agresión contra Servia. Según sus propias memorias, en los diecisiete meses transcurridos entre el 1 de enero de 1913 y el 1 de junio de 1914, había recomendado la guerra contra Servia no menos de veinticinco veces. Para Conrad y para otros miembros de su grupo, el asesinato de Sarajevo representó la excusa que durante tanto tiempo habían estado buscando para ajustarle las cuentas a Servia. Escribió: «Éste no es el crimen de un solo fanático; el asesinato representa la declaración de guerra por parte de Servia contra Austria-Hungría... Si desperdiciamos esta ocasión, la Monarquía estará expuesta a nuevas explosiones de aspiraciones sudeslavas, checas, rusas, rumanas e italianas... Austria-Hungría debe lanzarse a la guerra por razones políticas.»

Al regresar de Sarajevo, Conrad descubrió que el conde Leopold von Berchtold, ministro de Asuntos Exteriores, y el Gobierno austríaco compartían su opinión. El primer ministro húngaro, conde Stephan Tisza, mostraba ciertos escrúpulos ante la perspectiva de una acción punitiva contra Servia, ya que Conrad y Berchtold tenían al principio la intención de atacar a Servia sin previa advertencia. La actitud de Tisza les obligó a preparar un ultimátum dirigido a Servia, lo que representaba una pura formalidad puesto que la decisión de declarar la guerra había sido adoptada ya en los primeros días de julio.

La actitud de Alemania en los días cruciales que siguieron al 28 de junio, fue decisiva. Entre todas las grandes potencias, Alemania era la que tenía más adelantados los preparativos militares. Desde octubre de 1913 entre Berlín y Viena se venía consolidando una orientación común acerca de la política que los dos imperios germánicos habían de desarrollar en los Balcanes. Después del 28 de junio de 1914, Berlín dejó libre a Viena para solventar sus cuestiones con Servia por la fuerza, y en diversas ocasiones, durante las primeras semanas de julio, insistió en que Austria-Hungría no debía desperdiciar la oportunidad. Como demuestran los documentos procedentes de los archivos oficiales alemanes, Berlín no ignoraba que el ataque austrohúngaro contra Servia podía impulsar a Rusia a entrar en guerra.

En cambio, la actitud de Gran Bretaña durante las semanas decisivas de julio fue bastante ambigua. A consecuencia de ello, Berlín interpretó que Londres no estaba muy interesado en el conflicto entre Austria-Hungría y Servia. Es cierto que el motín de los protestantes del Ulster amenazaba la unidad de las fuerzas armadas británicas y que sir Edward Grey, el ministro de Asuntos Exteriores, se había visto obligado a tener en cuenta la presencia de pacifistas en el gobierno liberal, pero existía una impresión muy generalizada de que la postura de Grey alentaba la agresividad alemana.

En realidad, Londres estaba informado acerca de las verdaderas intenciones de Viena con respecto a Servia desde los primeros días de julio. La primera advertencia a Belgrado acerca de los preparativos bélicos de Viena procedió precisamente del embajador servio en Londres.

Durante las dos grandes crisis internacionales anteriores, la de Agadir en 1911 y la de la primera guerra balcánica en 1912 por ejemplo, el Gobierno británico indicó con claridad su posición a Berlín al afirmar que, en el caso de un conflicto general, Gran Bretaña acudiría en ayuda de Francia. Sin embargo, durante las tres primeras semanas de julio de 1914, sir Edward Grey no se comprometió en absoluto.

Por otra parte, Viena hizo cuanto pudo para ocultar sus preparativos encaminados a la agresión contra Servia. Berchtold le dijo a Conrad que «sería muy conveniente que usted y el ministro de la Guerra se marchasen de vacaciones durante algún tiempo. Con ello se mantendría la apariencia de que nada sucede».

La «Mano Negra»

¿Cuál era en aquellos momentos la postura del Gobierno servio? ¿Estaba éste implicado de alguna forma en la conspiración de Sarajevo?

Como ya se ha dicho, la «Joven Bosnia» era una de tantas sociedades secretas sudeslavas que actuaban contra el régimen austrohúngaro. Tenía contactos con organizaciones similares en Eslovenia (la sociedad secreta *Preporod*), Croacia y Dalmacia, así como con sociedades secretas servias, en particular con la «Unión o Muerte», más conocida como la «Mano Negra». Estaba dirigida por el coronel Dragutin Dimitrijevich («Apis»), jefe del departamento de información del Estado Mayor servio.

Aunque los asesinos de Sarajevo eran ciudadanos bosnios y austrohúngaros, y aunque habían estado conspirando por cuenta propia durante años contra los Habsburgo, tres de los miembros más destacados de la conjura, Princip, Cabrinovich y Grabez, llegaron a Sarajevo procedentes de Belgrado, armados con pistolas y bombas que habían obtenido, a través de un joven bosnio, del comandante servio Vojislav Tankosich, uno de los dirigentes de la «Mano Negra».

El objetivo común de los miembros de la «Joven Bosnia» y de la «Mano Negra» era la liberación nacional, pero por lo demás diferían en su ideología y en su actitud ante los problemas internos de la sociedad sudeslava. El coronel Apis era un militarista y un panservio que anhelaba para su país una posición privilegiada entre las naciones sudeslavas, parecida a la que ocupaba Prusia en el Imperio Alemán. Los Jóvenes Bosnios no sólo eran rebeldes contra una autoridad extranjera, sino también contra su propia sociedad, y constituían una especie de grupo anarquista y ateo, partidario de una federación sudeslava.

En vísperas del 28 de junio de 1914, la «Mano Negra» se hallaba enzarzada en una pugna a vida o muerte con el Gobierno servio. El primer ministro Pasich consideraba al coronel Apis y a su grupo como una especie de guardia pretoriana que estaba amenazando todo el sistema político servio. El coronel Apis había planeado un golpe de Estado contra el Gobierno en la primavera de 1914, pero la conspiración fue descubierta a tiempo y desbaratada.

El Gobierno servio no tenía razón alguna para provocar conflictos con Austria-Hungría en 1914. Después de dos guerras balcánicas y de un levantamiento en la vecina Albania, que obligó a los servios a invadir territorio albanés, el Ejército había quedado diezmado y no poseía suficientes armas ni municiones. El país necesitaba la paz más que nunca. El Go-

La trágica secuencia del atentado: *1* **Haciendo caso omiso de las prudentes advertencias, Francisco Fernando, junto con su esposa, emprende el que había de ser su último viaje.** *2* **Efectos de la primera bomba, que estalló cerca del coche del archiduque y dio muerte a varias personas. Tras la explosión, Francisco Fernando le preguntó al general Potiorek: «¿Qué me dice acerca de estas bombas? ¿Volverá a ocurrir algo?» «Vuestra Alteza Real puede seguir su camino con tranquilidad —fue la respuesta—, yo asumo toda la responsabilidad.»** *3* **La detención de Princip tras el asesinato (fotografía de dudosa autenticidad: probablemente se trata de una reconstrucción).** *4* **Princip es conducido hacia la cárcel.** *5* **Los restos del archiduque y de su consorte en la capilla ardiente.**

bierno servio hizo cuanto pudo para evitar cualquier incidente durante la visita del archiduque a Bosnia, como lo demuestran documentos servios recientemente descubiertos. Las autoridades civiles de la zona fronteriza le comunicaron que algunos miembros de la «Mano Negra» introducían armas de contrabando en territorio austrohúngaro; abrióse una investigación contra el coronel Apis, pero éste negó que sus hombres estuvieran implicados en tales operaciones.

Tras el asesinato del archiduque, la investigación efectuada en Sarajevo no aportó prueba alguna de la responsabilidad del Gobierno servio. Un enviado especial del ministerio vienés de Asuntos Exteriores, Friedrich von Wiesner, llegó a Sarajevo el 10 de julio de 1914 para estudiar el expediente de la investigación y averiguar si el Gobierno servio había tenido alguna intervención en el asesinato. El 13 de julio, Wiesner telegrafió: «Nada demuestra la complicidad del Gobierno servio en la dirección del asesinato, en sus preparativos o en el suministro de armas.»

Es interesante observar que las autoridades alemanas llegaron a una conclusión parecida. El excanciller Bernhard von Bülow escribió en sus memorias: «Aunque el horrible crimen fue obra de una sociedad servia con ramificaciones en todo el país, son muchos los detalles que demuestran que el Gobierno servio no lo había instigado ni deseado. Los servios estaban agotados después de luchar en dos guerras. Incluso los más belicosos se veían obligados a moderarse al pensar en una guerra contra Austria-Hungría, sobre todo cuando, en la retaguardia de Servia, acechaban los rencorosos búlgaros y unos rumanos muy poco dignos de confianza. Por lo menos éstas eran las conclusiones de Herr von Griesinger, nuestro embajador en Belgrado, así como también las de los corresponsales en Belgrado de todos los periódicos alemanes importantes.»

No obstante, en su nota y ultimátum dirigidos a Servia, el 23 de julio de 1914, el Gobierno austrohúngaro optó por presentar unas conclusiones muy distintas y afirmó que el Gobierno servio había tolerado las maquinaciones de varias sociedades y asociaciones dirigidas contra la Monarquía, un lenguaje desenfrenado por parte de la prensa, y la participación de oficiales y funcionarios en la agitación subversiva.

El Gobierno austrohúngaro pedía al servio que adoptara estos diez puntos:

1. Supresión de todas las publicaciones que incitasen al odio contra Austria-Hungría y que estuvieran dirigidas contra su integridad territorial.
2. Disolución inmediata de la *Narodna odbrana* y «confiscación de todos sus medios de propaganda»; trato similar para todas las sociedades dedicadas a la propaganda contra Austria-Hungría, evitando su reaparición bajo cualquier otra forma.
3. Eliminación en el sistema de enseñanza servio de todo lo que pudiera fomentar semejante propaganda.
4. Destitución de todos los oficiales o funcionarios culpables de dicha propaganda, cuyos nombres serían comunicados subsiguientemente por Viena.
5. Aceptar «la colaboración en Servia» de funcionarios austrohúngaros en la supresión de «este movimiento subversivo contra la integridad territorial de la Monarquía».
6. Apertura de una encuesta judicial contra los implicados en el asesinato y permiso para que delegados de Austria-Hungría tomasen parte en ella.
7. Arresto inmediato del comandante Tankosich y de Milan Ciganovich, implicados en el asunto.
8. Retiro efectivo de los funcionarios aduaneros servios complicados en el «tráfico ilícito de armas y explosivos», y destitución de ciertos funcionarios de Sabax y Loznica que habían ayudado a los asesinos a cruzar la frontera.
9. Presentación de excusas acerca del lenguaje «injustificable» empleado por altos funcionarios servios después del asesinato.
10. Notificación inmediata a Viena de la ejecución de todas las medidas antes relacionadas.

El telegrama fatal

El Gobierno servio informó al embajador austrohúngaro, el 25 de julio, que aceptaba todas las demandas, con la excepción del punto número 6, que constituiría una violación de la Constitución servia y de la ley de procedimiento criminal. El Gobierno servio destacaba asimismo que, si el Gobierno austrohúngaro no quedaba satisfecho con la respuesta, estaba «dispuesto, como siempre, a aceptar un acuerdo pacífico sometiendo esta cuestión al Tribunal de La Haya, o a las grandes potencias que tomaron parte en la redacción de la declaración hecha por el Gobierno servio el 31 de marzo de 1909».

El Gobierno servio tomó esta decisión a pesar de la recomendación rusa según la cual Servia no debía ofrecer resistencia alguna en caso de invasión por parte de Austria-Hungría, sino colocar su futuro en manos de las grandes potencias. La decisión del Gobierno ruso de movilizar sus tropas en las regiones militares cercanas a Austria-Hungría alimentaba la esperanza de los servios de que Rusia los defendiera en caso de ser atacados.

A pesar de que la respuesta servia fue considerada como favorable incluso en algunos círculos de Berlín, Austria-Hungría declaró la guerra a Servia el 28 de julio, a las 11 de la mañana. Por primera vez en la historia, el ministerio vienés de Asuntos Exteriores envió una declaración de guerra por vía telegráfica, que fue recibida por el Gobierno servio en Nis, una población del centro de la Servia oriental, alrededor de la una de la tarde. En aquel preciso momento, Pasich, el primer ministro servio, estaba almorzando. Sibe Milicich, poeta dálmata y funcionario del ministerio servio de Asuntos Exteriores, describió del modo siguiente el acontecimiento histórico de la recepción de la declaración de guerra austrohúngara:

«Estaba almorzando en el Hotel Europa de Nis. El comedor estaba atestado de comensales procedentes de Belgrado. Entre las doce y la una, entró un mensajero y entregó algo al señor Pasich, que comía no lejos de mí, un par de mesas más allá. Pasich leyó el mensaje que se le había entregado, y después se levantó y dijo, en medio de un silencio sepulcral: "Austria nos ha declarado la guerra. Nuestra causa es justa. ¡Dios nos ayudará!".»

Cuando Pasich regresó apresuradamente a su despacho, enteróse de que el mando supremo servio había recibido un telegrama idéntico procedente de Viena. Empezó entonces a dudar de la autenticidad de este telegrama y sus sospechas aumentaron cuando el mismo día, a las 3 de la tarde, al preguntar al embajador alemán si sabía alguna noticia, se le contestó que la embajada alemana no estaba enterada de nada. Inmediatamente, Pasich envió cables a Londres, París y San Petersburgo, inquiriendo acerca del misterioso telegrama y preguntando si Austria-Hungría había declarado verdaderamente la guerra a Servia.

Sin embargo, sus dudas se disiparon antes de recibir respuesta a sus cables, cuando desde Belgrado llegó la noticia de que la artillería austrohúngara había iniciado el bombardeo de la capital de Servia.

Vladimir Dedijer

Los horarios de la guerra

El archiduque fue asesinado el 28 de junio. Al cabo de un mes, unos ejércitos poderosos se aprestaban a iniciar la guerra. La crisis diplomática causada por el atentado era distinta de las que se habían producido durante la década precedente, ya que esta vez los diplomáticos habían perdido el control de la situación. Una vez anunciada la movilización y puestos en marcha los trenes que transportaban a las tropas, el destino de Europa quedó sellado. Sarajevo había desatado un mecanismo que no podía ya ser detenido.

Cartel británico que reproduce el tratado con el cual se garantizaba la neutralidad belga. El canciller alemán Bethmann-Hollweg lo había llamado, despectivamente, «un pedazo de papel». *Abajo:* **Guillermo II** *(izquierda)* **con su jefe de Estado Mayor, Von Moltke.**





Antes de 1914, se había dicho a menudo que un día las armas entrarían en acción por sí mismas, y esto fue precisamente lo que ocurrió. Aunque no cabe duda de que existían profundos motivos para la rivalidad entre las grandes potencias, el estallido de la Primera Guerra Mundial fue provocado, casi por completo, por los planes de movilización trazados por los antagonistas. Los acontecimientos se precipitaron con tanta rapidez que no hubo tiempo para emprender negociaciones diplomáticas ni para adoptar decisiones políticas. El 28 de junio las grandes potencias vivían en paz. El 4 de agosto, todas ellas, con la excepción de Italia, estaban en guerra. Se habían visto arrastradas al conflicto por sus ejércitos, en vez de utilizar a éstos para apoyar su política.

A partir de la guerra franco-prusiana de 1870, las grandes potencias habían estado trazando planes para la movilización en masa de sus fuerzas. Como de costumbre, los hombres se preparaban teniendo en cuenta los criterios de la última guerra en que combatieron en vez de pensar en la próxima. Todos los Estados Mayores suponían que la contienda que se avecinaba se decidiría en los primeros choques en las fronteras, como había ocurrido en 1870, y cada Alto Mando se disponía a asestar su golpe en primer lugar. Sin embargo, a todos les aterrorizaba pensar que el otro bando pudiera anticipárseles, y cada uno atribuía a los demás una celeridad y una flexibilidad que, según les constaba, ellos no poseían.

Todos los planes de movilización se basaban en unos meticulosos horarios de ferrocarriles, calculados con toda precisión durante años enteros. En el momento en que se diera la señal, millones de hombres se presentarían en sus puntos de concentración. Millares de trenes estarían preparados y se dirigirían, día tras día, a los lugares previamente asignados. Los horarios eran rígidos y no podían ser alterados sin una preparación que duraría varios meses. Alemania y Francia disponían cada una de ellas de un solo plan de movilización que iba dirigido, claro está, contra su rival. Rusia y Austria-Hungría contaban con planes alternativos; el ruso preveía la movilización parcial dirigida únicamente contra Austria-Hungría; por su parte, los planes austríacos se dirigían contra Servia, Italia o Rusia. Si uno de estos planes empezaba a ponerse en práctica, el cambio a un plan alternativo resultaba imposible, puesto que los horarios no podían ser alterados de la noche a la mañana.

Ninguno de estos planes había sido sometido a ensayo, ya que ninguna de las grandes potencias había movilizado sus efectivos bélicos desde el Congreso de Berlín en 1878, con la única excepción de Rusia durante la guerra ruso-japonesa. Los planes existían solamente sobre el papel y, precisamente por esto, resultaban aún más rígidos. Ni un solo Alto Mando había podido experimentar sus planes a medida que los desarrollaba y, por otra parte, todos los proyectos se habían trazado en el secreto más académico. Los generales no contaban a los hombres de Estado lo que estaban haciendo y, si se lo confiaban, los políticos no lo tenían en cuenta. El conde Leopold von Berchtold, ministro austríaco de Asuntos Exteriores, creía que podía amenazar a Servia sin perder su libertad de acción contra Rusia. Sergei Sazonov, su colega ruso, estaba convencido de que podía permitirse inquietar a Austria-Hungría sin que ello significara la pérdida de su capacidad de maniobra ante Alemania. A su vez, Bethmann-Hollweg, el canciller alemán, juzgaba que sus amenazas a Rusia no mermaban sus posibilidades de una acción contra Francia. Sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico, creía poder proteger a Bélgica sin que ello implicara necesariamente un compromiso con Francia. Todos ellos estaban equivocados y, cuando se enteraron de sus respectivas equivocaciones, tuvieron que someterse sin remedio a los dictados de los horarios militares.

Los hombres de Estado no se habían alarmado excesivamente ante el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Estaban acostumbrados a presenciar conflictos en los Balcanes y creyeron que éste terminaría del mismo modo que los precedentes, o sea con una serie de falsas alarmas y de amenazas, seguidas, finalmente, por negociaciones. Reconocían que Austria-Hungría tenía agravios contra Servia y juzgaban que, al fin y al cabo, como gran potencia tenía derecho a salirse casi siempre con la suya. El propio sir Edward Grey sostenía que Servia, por el hecho de ser un país pequeño, tenía que pagar un precio a cambio de la paz, por injusto que ello pudiera parecer. Pero nada podía hacer Europa hasta que Austria-Hungría formulase sus reclamaciones. Cuando quedó demostrado que éstas eran excesivas, se creyó que por la misma razón ofrecerían mayor terreno a la negociación y al compromiso.

Sin embargo, los austríacos no estaban dispuestos a dejarse llevar hacia una conferencia europea. Lo que ellos deseaban era mantener su disputa con Servia al nivel de un pleito privado. Por lo tanto, empezaron por la ruptura de relaciones y después, el 28 de julio, declararon la guerra. Incluso entonces los demás estadistas europeos no se desalentaron y Bethmann-Hollweg, Sazonov y Grey llegaron, cada uno por su cuenta, a la misma solución. Ésta consistía en detenerse en Belgrado. Los austríacos ocuparían Belgrado y, con ello, vindicarían su prestigio militar; seguidamente, manifestarían su voluntad de proceder a una tregua y retendrían Belgrado como garantía durante las negociaciones. Se llegaría a un compromiso, sobre todo a expensas de Servia, pero ésta seguiría siendo una nación independiente y con ello también quedaría a salvo el prestigio de Rusia, la protectora de Servia.

Esta propuesta ingeniosa se frustró por una razón inesperada y verdaderamente extraordinaria. Aunque Austria-Hungría se jactaba de ser una gran potencia, su Ejército no estaba en condiciones de ocupar Belgrado y, por lo tanto, no podía detenerse en dicha ciudad. La movilización, aun siguiendo el plan previsto contra Servia, exigiría varias semanas y, por otra parte, el Alto Mando austríaco no se atrevía a movilizar contra Servia si antes no contaba con la seguridad de la neutralidad rusa, puesto que, si lo hacía, no podía adoptar el plan alternativo de una movilización contra Rusia. No es extraño, por lo tanto, que el Estado Mayor austríaco optase por no hacer nada. Como para añadir una nueva nota irónica, los servios habían decidido que no defenderían Belgrado; por consiguiente, esta ciudad hubiera podido ser ocupada por una sola compañía austrohúngara y el «alto en Belgrado» hubiese sido posible a pesar de todo.

Del mismo modo que los austríacos nada sabían acerca de los planes servios, tampoco los rusos tenían conocimiento alguno de los planes, o de la falta de planes, de los austríacos. El Zar y sus ministros llegaron a la conclusión de que Austria-Hungría atacaría inmediatamente a Servia y, en consecuencia, decidieron que no dejarían a este país en la estacada como habían hecho durante la crisis de Bosnia en 1908-1909. De una forma u otra habían de reafirmar el interés ruso en apoyar a Servia, ya que no podían exigir que se les incluyera en las negociaciones; éstas, en lo que se refería al conflicto entre Austria y Servia, podían darse por terminadas, y unas negociaciones directas entre Rusia y Austria-Hungría sólo podían iniciarse si la primera respondía al gesto de Austria-Hungría al declarar la guerra a Servia, con una toma de posición —política o militar— contra el Imperio de los Habsburgo. Sazonov, el ministro ruso de Asuntos Exteriores, creía poseer la solución de este problema. El Ejército ruso iniciaría una movilización parcial, dirigida únicamente contra Austria-Hungría, y de este modo, según creía el ministro, no existiría desafío ruso a Alemania. Pero una vez más intervinieron los horarios. Los generales rusos se horrorizaron al conocer la proposición de Sazonov y tuvieron que insistir en que una movilización parcial impediría, durante meses enteros, una movilización general contra Alemania, con el resultado de que Rusia quedaría indefensa y a merced de los alemanes.

Sazonov habría podido mantener su actitud si hubiese confiado en la neutralidad de Alemania, pero en realidad ocurría todo lo contrario. Bethmann-Hollweg y el emperador Guillermo habían prometido apoyar a Austria-Hungría contra Rusia y creían que las amenazas constituían el mejor medio para ello. Por otra parte, los generales alemanes se alarmaron al conocer los rumores de una movilización rusa, aunque ésta fuese parcial, y, en vez de advertir que semejante maniobra paralizaría a Rusia en lo referente a cualquier actividad contra Alemania, creyeron que se trataba de los preliminares para una movilización general y de un siniestro ardid para conseguir ventaja sobre el horario alemán. En vista de ello, el 29 de julio el embajador alemán advirtió a Sazonov que una movilización rusa, aunque fuese parcial, provocaría similar medida por parte de Alemania y, en consecuencia, la guerra. Sazonov dio crédito a la primera parte de la advertencia, pero no podía creer que una potencia pasara de la amenaza al hecho consumado.

La decisión estaba en manos de Nicolás II, el zar ruso. Por su carácter, éste era un hombre entregado a una tranquila vida familiar, más amante de jugar al tenis y de bañarse en el mar que de los asuntos de Estado, pero había heredado una posición única como monarca absoluto y quiso cumplir con su deber. Tenía que demostrar que la Rusia imperial era una potencia de primer rango, y durante el 29 y el 30 de julio tuvo conversaciones con Sazonov y con el ministro de la Guerra, aunque tal vez sería más exacto decir que se mantuvo en una actitud meditabunda mientras los dos ministros discutían. Ambas órdenes, la de la movilización parcial y la de la general, yacían sobre su mesa de trabajo y, en realidad, poco era lo que había que discutir. El único objeto de la movilización parcial había sido el de apaciguar a Alemania y, puesto que ésta no se había dejado tranquilizar, la maniobra carecía ya de sentido. Las únicas alternativas eran la movilización general o cruzarse de brazos, y esta última significaba la abdicación de Rusia como gran potencia.

El 29 de julio por la tarde, el Zar accedió a la movilización general, pero media hora más tarde cambió de opinión y la orden fue cancelada. Al día siguiente se reanudó la discusión y uno de los generales dijo: «Es duro tomar una decisión.» Nicolás II sintióse provocado y replicó con brusquedad: «¡Yo decidiré!», y firmó la orden para la movilización general. Ahora ya no había posibilidad de volverse atrás. Los rojos avisos de llamada a filas no tardaron en ser distribuidos por todo el país y los trenes de tropas empezaron a concentrarse. Nicolás escribió en su diario: «Fui a dar un paseo por mi cuenta. El tiempo era caluroso. Tomé un delicioso baño de mar.» La decisión había sido tomada sin consultar a Francia, la aliada de Rusia, ni a Gran Bretaña, la amiga de los rusos. Más tarde, los hombres de Estado británicos y franceses fueron criticados por no haber aconsejado a Rusia contra un paso tan aventurado, pero lo que les contuvo fue el temor de que, si

lo hacían, Rusia pudiera apartarse de ellos y pasarse al bando alemán. Asimismo, los estadistas británicos y franceses, al igual que los rusos, no llegaron a comprender con exactitud cuán graves serían las consecuencias. Comprendieron que una movilización general rusa aumentaría la tensión, pero supusieron también que, por esta misma razón, se aceleraría la apertura de negociaciones entre las grandes potencias. Preveían todavía una especie de conferencia europea y no imaginaban que, para los alemanes, la movilización de Rusia hacía inevitable la guerra.

Tal fue el factor más poderoso en 1914: un factor que resultaría catastrófico. Todas las grandes potencias disponían de planes meticulosamente preparados para sus movilizaciones generales. Una vez completados, los ejércitos movilizados podían permanecer en las fronteras en una actitud de espera. Para todos ellos había por lo menos un poco de margen entre la movilización y la guerra. Para todos ellos, excepto para Alemania, puesto que los alemanes no contaban con unos planes de movilización propiamente dichos. El Alto Mando alemán había estado pugnando durante veinte años con el problema que les planteaba la consecución de una victoria en dos frentes, ante Francia y Rusia, con un solo ejército. La solución, según ellos, consistía en derrotar a Francia antes de que el Ejército ruso estuviera preparado. Sin embargo, la frontera francesa estaba demasiado fortificada para que resultase posible un ataque coronado por el éxito y, por lo tanto, el conde Von Schlieffen, que había sido jefe del Estado Mayor alemán desde 1891 hasta 1908, había trazado un plan para cercar a los ejércitos franceses mediante un avance a través de Bélgica.

Se trataba de una operación difícil, puesto que sólo había 120 kilómetros entre las supuestamente infranqueables Ardenas y la frontera holandesa. A través de esta brecha tenían que pasar cuatro ejércitos, con un total de 840.000 hombres, y todos ellos se veían obligados a utilizar el único nudo ferroviario de Aquisgrán. Los trenes de tropas no podían concentrarse en esta ciudad, por mucho que se ampliaran sus tendidos de vías; debían salir progresivamente con el fin de dejar vía libre a los convoyes que les seguían. Por consiguiente, en los planes alemanes para la movilización, no había altos en la frontera, y el avance por tierras belgas constituía parte integral de la maniobra. Schlieffen nunca admitió la posibilidad de que Alemania hiciera una demostración de fuerza sin que ello condujera a una guerra. Helmuth von Moltke, su sucesor, no estaba dotado para la estrategia y se limitó a aceptar este plan tal como Schlieffen lo había trazado. Mejor dicho, no paró mientes en él hasta que llegaron las noticias de la movilización rusa, en cuyo momento abrió el cajón de su escritorio y siguió las instrucciones de Schlieffen.



Recuerdos belgas del ataque alemán: de izquierda a derecha, un pañuelo con la imagen del rey Alberto de Bélgica, una pistola automática y una cédula de movilización.

El Káiser y Bethmann-Hollweg, sobre los cuales recaían las decisiones políticas, no suponían cuán restringidas se hallaban éstas a causa de los planes militares, y, en consecuencia, siguieron creyendo que podían exhibir la espada, como lo hacían otros jefes europeos, sin llegar a desenvainarla. Pero en la mañana del 31 de julio presentóse Moltke con la noticia de que Rusia había iniciado la movilización e insistió en que los ejércitos alemanes debían ponerse inmediatamente en marcha y proceder a la invasión de Bélgica. Bethmann-Hollweg preguntó si existía alguna alternativa de menor alcance, pero no la había y el canciller tuvo que inclinarse ante los dictados de la estrategia. Se cursaron las órdenes preliminares para la movilización y se envió un ultimátum a San Petersburgo, exigiendo que Rusia detuviera su movilización en el plazo de veinticuatro horas.

Naturalmente, esta exigencia fue rechazada y el 1 de agosto el embajador alemán entregó a Sazonov la declaración de guerra. El Káiser, ataviado con el uniforme de la guardia, trasladóse en una carroza abierta desde Potsdam hasta su palacio en Berlín. Rodeado por sus deslumbrantes generales, se disponía a firmar la orden para la movilización general cuando se presentó Bethmann-Hollweg, que era portador de noticias importantes recién llegadas de Londres. Sir Edward Grey había afirmado que Gran Bretaña se mantendría neutral si Alemania se abstenía de atacar a Francia. El Káiser se mostró encantado. «Esto debe celebrarse con champaña. Hay que detener la marcha hacia el Oeste.» Moltke cambió de color. Once mil trenes quedarían paralizados en sus raíles. «Es imposible —dijo con voz temblorosa—. Todo el Ejército quedaría sumido en la mayor confusión.» Una vez más, los horarios dictaron la política. Guillermo asintió y firmó las órdenes de movilización.

Las calles estaban invadidas por una multitud entusiasta, ya que los alemanes tenían la impresión de que su país se veía amenazado por el ataque de las hordas mongólicas de Rusia. Hasta entonces, los socialistas alemanes habían estado considerando, con cierta displicencia, su

promesa de declarar una huelga general contra la guerra, pero al final se unieron a la defensa de la civilización europea contra los bárbaros del Este. El Reichstag aprobó los créditos militares por unanimidad y los partidos establecieron una tregua política que debía durar tanto como la guerra. Alentado por esta unidad, Guillermo declaró: «No veo ya partidos políticos. Sólo veo alemanes.»

Se había iniciado la lucha entre Rusia y Alemania, aunque ninguna de las dos potencias se hallaba en condiciones de sostenerla. Todo el poderío ofensivo de Alemania estaba dirigido contra Francia, país con el cual no había todavía ningún motivo ostensible de disputa. Era preciso encontrar un pretexto. El 1 de agosto, el embajador alemán visitó a René Viviani, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores francés, y exigió la promesa de la neutralidad francesa. Si Viviani hubiese accedido a ello, el embajador habría pedido la entrega de Toul y de Verdún como garantía, pero el primer ministro francés cortó por lo sano: «Francia obrará de acuerdo con sus intereses.» Los alemanes no repitieron su demanda; temían que Francia pudiese aceptar, en cuyo caso sus planes ofensivos quedarían arruinados. En cambio, unos aviones alemanes dejaron caer unas cuantas bombas sobre Nuremberg, después de lo cual anuncióse que los aparatos eran franceses y, con ese pretexto, Alemania declaró la guerra el 3 de agosto. Los estadistas franceses ya no necesitaban ahora dar ninguna explicación de las obligaciones contraídas con la alianza francorrusa. También Francia iba a la guerra en defensa de su territorio nacional, y, a su vez, los trenes cargados de soldados franceses empezaron a rodar hacia las fronteras.

Así fue como Alemania, Rusia y Francia fueron conducidas a la guerra por los horarios confeccionados por Schlieffen. Dos grandes potencias, Gran Bretaña e Italia, no estaban incluidas en el programa. Italia, aunque aliada de Alemania y de Austria-Hungría, estaba decidida a abstenerse de combatir al lado de ellas e importunaba a sus aliados, pidiéndoles su aprobación para mantenerse neutral. Al propio tiempo, las importunaba acerca de las compensaciones que hubiera obtenido de no haber permanecido neutral. Este complicado doble juego terminó con un rotundo fracaso en ambas posturas.

Técnicamente, el Gobierno británico no estaba comprometido con nadie. Tenía amigos, pero no aliados. Algunos ingleses, en su mayoría conservadores, creían que Gran Bretaña debía acudir inmediatamente en ayuda de Rusia y Francia. Otros, sobre todo radicales y laboristas, pensaban que Gran Bretaña tenía que mantenerse estrictamente al margen. Como decía un periódico radical: «Nos importa tan poco Belgrado, como a Belgrado pueda importarle Manchester.» Grey, el secretario de Asuntos Exteriores, se sentía ligado a Francia, pero trataba de no manifestarlo y esperaba que le forzaran a ello. Más tarde escribiría: «Las circunstancias y los acontecimientos iban forjando la decisión.» El 30 de julio negóse a ofrecer a Rusia promesa alguna de ayuda y el 1 de agosto incluso sugirió que Gran Bretaña se mantendría neutral si Francia no era atacada. El 2 de agosto, los líderes de la oposición conservadora entregaron una carta al primer ministro Asquith, en la que se exigía apoyo a Francia y a Rusia, pero el Gabinete liberal no se dio por enterado. En lugar de esto, decidió que no se permitiría que la escuadra alemana entrase en el Canal de la Mancha y atacase los puertos franceses. No era ésta una decisión que llevase a la guerra, sino que estaba orientada hacia una neutralidad armada. Los alemanes se alegraron de ella, ya que el hecho de mantenerse alejados del Canal representaba un precio módico a cambio de evitar que Gran Bretaña entrase en guerra.

El punto crucial: la neutralidad belga

El Gobierno británico tenía una pequeña preocupación. Estaba dispuesto a proteger la neutralidad de Bélgica, tal como Gladstone había hecho en 1870. En aquel entonces, la imposición de que Francia y Alemania tenían que respetar la neutralidad belga había mantenido a Gran Bretaña al margen de la contienda. ¿Por qué no tenía que ocurrir lo mismo otra vez? Por lo tanto, el domingo día 2 de agosto, el Gabinete adoptó la resolución de que «cualquier violación sustancial de la neutralidad de Bélgica nos obligaría a entrar en la guerra». Los neutralistas del Gabinete consideraron este paso como una victoria, ya que, como todo el mundo, ignoraban que la estrategia de Alemania giraba en torno a la invasión de Bélgica. Tampoco el pueblo belga se daba cuenta de esto. Los belgas pasaron apaciblemente la tarde de aquel domingo, pero al caer la noche el embajador alemán presentó la petición de que se permitiera a las tropas alemanas el paso a través de Bélgica. El Gobierno belga deliberó hasta prime-

1



Manifestaciones de patriotismo, preparativos militares y mudo dolor de los que quedan en espera: en Europa ha estallado la guerra. *1* **Berlín: por la céntrica «Unter der Linden» se distribuyen octavillas que reproducen la declaración de guerra.** *2* **Reservistas alemanes, seguidos de «marciales» chiquillos, se encaminan hacia los cuarteles para incorporarse a sus regimientos.** *3 y 4* **Los primeros contingentes franceses abandonan París para dirigirse hacia el frente.** *5* **Movilización en Rusia: el conmovedor adiós de una madre.** *6* **Un «Tommy» británico con su equipo de campaña, antes de embarcarse hacia el frente europeo.**

3





4

5

6

ras horas de la madrugada y decidió rechazar la petición alemana. Esperaba todavía que una resuelta oposición detendría a los alemanes, y en consecuencia, apeló al Gobierno británico sólo para conseguir una «intervención diplomática».

El lunes 3 de agosto era un día de fiesta en Inglaterra. Se habían congregado multitudes vociferantes en las calles de Londres, como días antes había ocurrido en París y en Berlín. Lloyd George, el canciller del Exchequer, quien previamente se había mostrado contrario a la guerra, quedó muy afectado ante aquel despliegue de entusiasmo bélico. Por la tarde, Grey explicó a la Cámara de los Comunes los equívocos compromisos con Francia y Rusia a que se había dejado llevar, pero pudo añadir las noticias sobre Bélgica y ello unió prácticamente a todos los miembros de la Cámara. Horas más tarde, el Gabinete decidió que se debía mandar un mensaje cortés a los alemanes, pidiéndoles que dejasen a Bélgica en paz. Al parecer, Grey no creía que hubiese urgencia alguna, puesto que no mandó este mensaje hasta la mañana siguiente, cuando las tropas alemanas se encontraban ya en territorio belga.

Alrededor del mediodía llegó esta noticia a Londres, aunque todavía no había petición de ayuda por parte de los belgas. No obstante, la noticia impulsó a Grey a emprender una acción más enérgica. Sin consultar al Gabinete, envió un ultimátum a Alemania, exigiendo que antes de la medianoche prometiese respetar la neutralidad belga. A las siete de la tarde, Bethmann-Hollweg negóse a dar semejante promesa y se lamentó de que Gran Bretaña entrase en guerra «sólo a causa de un pedazo de papel». ¿Utilizó estas mismas palabras? ¿Habló en inglés o en alemán? Nunca lo sabremos, pero lo cierto es que dos semanas antes se había celebrado una función teatral de aficionados en la embajada británica en Berlín, representándose una obra de Sardou titulada *Un pedazo de papel*. Ningún mensaje de Berlín llegó a Londres. Asquith y los demás ministros del Gabinete permanecieron reunidos, acaso con la leve esperanza de obtener una respuesta favorable. Alguien, no sabemos quién, recordó ingeniosamente que la medianoche de Berlín eran las 11 de la noche en Londres; por lo tanto, podían declarar la guerra una hora antes e ir a acostarse. De hecho, la declaración de guerra fue entregada al embajador alemán a las 11,15. Los horarios se habían anotado otro triunfo.

Hubo una ironía final. Los británicos habían entrado en guerra para proteger la neutralidad belga, pero cuando Asquith se reunió con sus generales el 5 de agosto, enteróse de que también el reducido Ejército británico funcionaba al dictado de los horarios. Había un plan previamente preparado para situar este ejército en el flanco izquierdo de los franceses, pero en cambio no había plan alguno para enviarlo en auxilio de los belgas. Por lo tanto, Gran Bretaña viose convertida, a pesar de todo, en aliada total de Francia.

La declaración británica de guerra comprometió también a todo el Imperio, incluyendo a los Dominios y a la India. Sólo el Parlamento canadiense expresó después su conformidad. El único país que todavía se mantenía rezagado era precisamente el que había iniciado la carrera, o sea Austria-Hungría. El 6 de agosto, Austria-Hungría declaró la guerra a Rusia, y el 12 del mismo mes, ante las quejas de Rusia, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Austria-Hungría. Cada país aseguraba que combatía en defensa propia y, hasta cierto punto, ello no dejaba de ser verdad, pero todos creían que el ataque era la única forma de defensa y, por lo tanto, se agredían entre sí para protegerse a sí mismos. Los Altos Mandos, que habían dado la señal para iniciar la conflagración, demostraron estar equivocados en todos los aspectos. La contienda no fue breve, no hubo victorias rápidas, y la defensa resultó ser, a la larga, la mejor forma de combate.

A. J. P. Taylor

El ferrocarril impone su lógica (y sus horarios): soldados alemanes saludan desde un tren que se dirige hacia el frente.



Los adversarios

Las tropas alemanas subían a sus trenes, dirigiéndose hacia la frontera belga. Los franceses, brillantemente uniformados, se disponían a aplastar al enemigo con su ímpetu proverbial. Reclutas eslavos, encuadrados de mala gana bajo el mando de oficiales austríacos, avanzaban pausadamente por las montañas de Servia. Millones de campesinos rusos, movilizados a toda prisa y con equipo insuficiente, marchaban por pésimas carreteras hacia el frente de combate. Los ejércitos y sus jefes se encontraban ya ante la prueba final de tantas teorías y preparativos: la guerra.

El imperturbable, reflexivo y taciturno Joffre, comandante en jefe francés. *Abajo:* **Moltke, comandante en jefe alemán; carecía de fuerza de carácter, y dudaba de su propia capacidad militar.**





Podríamos considerar a George Stephenson y al general Lazare Carnot como los precursores del sistema militar que, hacia 1914, imperaba en Europa. De la Revolución Francesa y de Carnot —que organizó los ejércitos napoleónicos— deriva el concepto de «la nación en armas». Bajo Napoleón, ese sistema había abrumado a los ejércitos del antiguo régimen, y las restantes grandes potencias continentales se habían visto obligadas a adoptarlo; pero, una vez restablecida la paz, se produjo una reacción, tanto militar como política, y los ejércitos volvieron a sus concepciones tradicionales y al reclutamiento de militares de profesión.

En 1857, el príncipe Guillermo, regente de Prusia, nombró jefe del Estado Mayor Central del Ejército al general Helmuth von Moltke, y, en 1859, ministro de la Guerra a otro general reformista, Albrecht von Roon. Éste, al encontrarse con una dura oposición política contra la reforma del Ejército, sugirió el nombramiento de Bismarck como primer ministro. Bajo el mando de estos cuatro hombres —Guillermo, que pronto sería rey de Prusia, Bismarck, Moltke y Roon— la idea de «la nación en armas» reapareció en Prusia y alcanzó allí su apogeo. En 1866, los prusianos derrotaron rápida y decisivamente al anticuado Ejército austríaco, y luego, en 1870, encabezando a los Estados alemanes, aplastaron a los franceses.

En 1870, Roon puso en pie de guerra a 1.183.400 hombres. Moltke no hubiera podido manejar con eficacia y rapidez un ejército de tal magnitud sin los ferrocarriles, gracias a los cuales pudo concentrar en las fronteras y abastecer grandes contingentes de tropas y llevar a cabo eficazmente los necesarios movimientos estratégicos. Profundamente impresionados por los acontecimientos de 1866 y 1870, otros Ejércitos europeos se apresuraron a imitar el modelo prusiano.

Los armamentos, en 1870, habían progresado mucho respecto de los empleados por Napoleón, y, entre 1870 y 1914, fueron perfeccionados más aún (no al ritmo a que hoy estamos acostumbrados, pero sí con mayor celeridad que en ningún momento anterior de la historia). Especialmente el fusil de repetición, la ametralladora y el cañón de retrocarga y tiro rápido, habían sido mejorados a partir de 1870. Sin embargo, en parte porque el motor de explosión estaba todavía en su infancia, y sobre todo porque los poderes constituidos eran enemigos de los cambios, no había aparecido ningún nuevo sistema militar. La estrategia seguía dependiendo de los ferrocarriles, y la táctica, por causa de las trágicas lecciones de 1870 y de la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865), más bien había hecho marcha atrás y reflejaba ideas que medio siglo antes ya eran anticuadas.

El «Aufmarsch» alemán

El Imperio Alemán, proclamado en 1871 en la Sala de los Espejos de Versalles, tenía en 1914 una población que rebasaba los 65 millones. En teoría, y a excepción del escaso contingente requerido por la flota, todos los hombres aptos y en edad militar pertenecían al Ejército. Llamados a filas anualmente, permanecían en la clase I del *Landsturm* (milicia territorial) de los 17 a los 20 años de edad. Luego, los que eran aptos pasaban durante dos años al servicio activo de infantería, o durante tres al de caballería o artillería montada. Después pasaban a la reserva, por un período de cinco años (cuatro en el caso de la caballería y la artillería montada). En la práctica, el Ejército activo no encuadraba más que la mitad de los reclutas anuales, y el resto, junto con los exceptuados por otras razones, pasaba a la *Ersatz Reserve* (tropas disponibles en caso de movilización) donde recibía, a lo sumo, un adiestramiento limitado. De los veintisiete a los treinta y nueve años servían todos en la *Landwehr* (milicia móvil); finalmente, de los treinta y nueve a los cuarenta y cinco, en la clase II del *Landsturm*.

El Ejército activo, compuesto por veinticinco y medio cuerpos de ejército —cada

uno de ellos de dos divisiones— y por once divisiones de caballería, era mantenido permanentemente a un nivel del cincuenta o sesenta por ciento de su fuerza bélica. Había, además, treinta y dos divisiones de reserva, siete de la *Ersatz Reserve* y dieciséis de la *Landwehr*.

La movilización era, por lo tanto, una operación amplia y difícil durante la cual el Ejército resultaba bastante ineficaz como instrumento de guerra. Y no todo acababa ahí: luego había que desplegar el Ejército (lo cual, en 1914, significaba transportarlo por ferrocarril). Esta operación, el *Aufmarsch* (concentración), era vital, y estaba planificada con tanto cuidado como la propia movilización, porque de ella dependían el éxito inicial de la campaña —según se suponía— y el de la guerra toda. La orden de movilización debía darse a tiempo (de modo que el enemigo no pudiese tomar la iniciativa) y, una vez decretada, llevaba inevitablemente al *Aufmarsch*. A continuación, aún cabía la posibilidad de detener a los ejércitos en la frontera, pero ello nunca fue tomado seriamente en consideración. Así, pues, en 1914, de hecho la palabra «movilización» significaba guerra.

La estrategia de Schlieffen

Dentro de este esquema común a casi todos los Ejércitos europeos, los alemanes habían previsto dos variantes. Con la intención de conseguir una superioridad tan aplastante que pudiera asegurar una rápida victoria sobre Francia en una guerra de dos frentes, el general Von Schlieffen, jefe del Estado Mayor Central desde 1892 hasta 1905, había planeado el empleo de divisiones de la reserva y de la *Ersatz Reserve* en las batallas iniciales, confiando, para suplir las deficiencias de preparación de los reservistas, en el buen adiestramiento de los oficiales, tanto regulares como de reserva, y en los poderosos cuadros de suboficiales regulares. En segundo lugar, seis brigadas de infantería, con unidades anexas de caballería, artillería y exploradores, permanecían en tiempo de paz acuarteladas cerca de la frontera belga con sus efectivos y pertrechos de guerra, dispuestas a ocupar los fuertes de Lieja y a abrir el camino, a través de Bélgica, hacia el norte de Francia tan pronto como la guerra fuese declarada.

En 1914, los efectivos del Ejército en tiempo de paz eran de 86.000 hombres. Con la movilización, las reservas adiestradas podían llegar a 3.800.000; en caso de emergencia, podía ser llamado a filas un máximo de ocho millones y medio de hombres. Contra Francia quedarían desplegados siete ejércitos, que totalizarían treinta y cuatro cuerpos de ejército —once de ellos formaciones de la reserva— y cuatro cuerpos de caballería. Al Este, el VIII Ejército —cuatro cuerpos de ejército (uno de ellos un cuerpo de reserva) con fuerzas de caballería y algunos efectivos de la *Landwehr*— comprendía unos 200.000 hombres, encargados de contener a los rusos. Además de otras fuerzas, cabe mencionar todavía la presencia, en Schleswig-Holstein, de un cuerpo de ejército de reserva para el caso de que los británicos intentasen un desembarco.

En 1870, los franceses —a pesar de su derrota— habían dado a los alemanes más de una dura lección sobre la eficacia del fusil de retrocarga en campo abierto, y éstos, en su instrucción militar posterior, habían tomado en serio la superioridad del fuego moderno. Cuando la ametralladora estuvo perfeccionada, los alemanes se dieron cuenta antes que nadie de su importancia. El plan estratégico de Schlieffen, ideado para envolver a los ejércitos franceses mediante un avance masivo a través de Bélgica, nació de la evidencia de que un ataque frontal sería muy costoso y no decisivo.

Pero, a medida que pasaban los años, los recuerdos de 1870 iban desdibujándose, y la rutina y la arrogancia tendieron a reafirmarse. Los alemanes seguían siendo buenos soldados, pero de las maniobras de 1911 escribió el coronel Repington, en *The Times*: «No hay muchas pruebas de iniciativa por parte de los comandantes de las unidades, pequeñas o grandes... La infantería carece de decisión y no da muestras de conocimiento del terreno... ofrece buenos blancos al tiro de mediano alcance... no está bien instruida para entender la conexión entre fuego y movimiento, y parece ignorar totalmente los efectos de los modernos medios de fuego.»

En teoría, Guillermo II debía dirigir la guerra, y hasta 1908 declaró varias veces que así lo haría. Pero, al revés de su abuelo, prefería la ostentación del aparato militar a su eficacia. Schlieffen le incitaba con paradas, cargas de caballería y victorias irreales en maniobras y *Kriegsspiele* (ejercicios militares sobre el mapa); el general Von Moltke, sobrino del gran Moltke y sucesor de Schlieffen desde 1906, se negó a hacer otro tanto; sin embargo, inseguro de su propia capacidad militar y obsesionado por el miedo a la revolución, había aceptado el nombramiento en la creencia de que no sería llamado a dirigir una guerra. Carente de la convicción y de la fuerza



_1_ French, de Gran Bretaña; _2_ Lanrezac, _3_ Galliéni y _4_ Franchet d'Esperey, de Francia; _5_ Ludendorff, _6_ Hindenburg y _7_ Kluck, de Alemania; _8_ Putnik, de Servia; _9_ el gran duque Nicolás y _10_ Rennenkampf, de Rusia; _11_ Conrad y _12_ Potiorek, de Austria-Hungría.

de carácter necesarias para poner en ejecución el Plan Schlieffen, lo alteró debilitando el ala derecha, encargada de realizar el movimiento envolvente, para fortalecer la izquierda y el frente oriental. En las maniobras aceptó la posibilidad de llevar a cabo ofensivas frontales. En 1914 tenía sesenta y seis años, escasa salud y una tarea excesiva para sus fuerzas.

Por debajo de él había los jefes supremos de cada uno de los ejércitos. En la vital ala derecha, al frente de los Ejércitos I, II y III, respectivamente, estaba un trío de generales de sesenta y ocho años, Von Kluck, Von Bülow y Von Hausen, hombres duros y enérgicos, y —especialmente Kluck— brutales pero vulnerables en los momentos críticos. Les seguían tres miembros de la realeza: el duque de Württemberg, al frente del IV Ejército; el príncipe heredero, que mandaba el V; y el príncipe Rupprecht de Baviera, a la cabeza del VI. El exministro de la Guerra, Von Heeringen, de sesenta y cuatro años, mandaba el VII. Al mando del VIII Ejército, en la Prusia oriental, estaba el general Von Prittwitz, de sesenta y seis años, aristócrata arrogante e indolente cuyos apoyos familiares le habían permitido mantenerse en su puesto pese a la hostilidad de Moltke. El mariscal de campo Ludendorff, de cuarenta y nueve años, era jefe adjunto del Estado Mayor del II Ejército, después de haber perdido el puesto clave de jefe de la sección de despliegue, a las órdenes de Moltke, por su excesiva insistencia en aumentar los efectivos del Ejército.

En 1870, la población de Francia y la de la Confederación Alemana del Norte eran aproximadamente iguales. Pero en 1914 la población del Imperio Alemán superaba los 65 millones de habitantes, mientras que la de Francia seguía por debajo de los 40 millones. Esa disparidad dominaba el pensamiento estratégico francés, y, con trágica ironía, condujo finalmente a un credo militar que despilfarró brutalmente las vidas humanas.

Francia había asombrado al mundo con la rapidez de su recuperación después de 1870. Había reorganizado su Ejército según el modelo prusiano, con un buen Estado Mayor Central y un corto período de servicio para los reclutas. Al quedar al descubierto su frontera oriental por la pérdida de Alsacia y Lorena, había construido una sólida línea fortificada que se extendía desde Belfort a Verdún. A comienzos del siglo, el Ejército había estado sometido a serias tensiones, y el caso Dreyfus le había desacreditado; en 1905, el servicio militar quedó reducido a dos años, pero ante la creciente amenaza de Alemania, se rehízo el prestigio del Ejército, y, en 1913, el servicio militar volvió a durar tres años: después de este trienio, los hombres servirían en la reserva, en el ejército territorial y en la reserva territorial, durante diferentes períodos, hasta la edad de cuarenta y ocho años.

En julio de 1914 la fuerza del Ejército francés en tiempo de paz era de 736.000 hombres. La movilización elevaba esta cifra a 3.500.000, de los cuales 1.700.000, constituían cinco ejércitos de campaña, con un total de veintiún cuerpos de ejército, además de dos ejércitos coloniales, tres divisiones independientes, diez divisiones de caballería y veinticinco divisiones de reserva; los restantes efectivos se hallaban diversamente repartidos. Los cinco ejércitos se extendían desde la frontera suiza, donde el I apoyaba su ala derecha en Belfort, hasta el primer tercio de la línea fronteriza con Bélgica, hacia Hirson, donde tenía su ala izquierda el V Ejército. Más allá, había un cuerpo de caballería integrado por tres divisiones. En consecuencia, podía hacerse frente a una ofensiva alemana que partiera desde Metz, pero la que pudiera venir a través de Bélgica sólo hallaría una débil protección de caballería.

El «élan» francés

Los franceses, empero, no pensaban esperar el ataque enemigo, porque el Ejército estaba persuadido de que los desastres de 1870 fueron debidos a falta de espíritu ofensivo por su parte. Rememorando las batallas napoleónicas y otras aun más antiguas, el Ejército había llegado a imbuirse de una fe mística en el ataque a ultranza, sin atención a las pérdidas, como respuesta a todos los problemas militares. Para reforzar su *élan* (mientras los alemanes, sensatamente, vestían uniformes de color gris verdoso), los franceses habían conservado para su infantería los tradicionales capotes largos de color azul y los pantalones rojo brillante. Y no era éste el único aspecto práctico que se había dejado de tener en cuenta: los infantes franceses llevaban los mismos largos capotes y la misma gruesa ropa interior en pleno verano; sus botas eran poco flexibles, y tenían que cargar con un peso de 34 kilos, en vez de los 26 kilos del soldado alemán.

En cuanto a potencia de fuego, los franceses confiaban en el rifle y en el cañón de campaña de 75 mm, que se fabricaba en grandes cantidades. No se concedía mucha atención a las ametralladoras. En cuanto a táctica, «el éxito depende —decía el manual de 1913— mucho más de la fortaleza y la tenacidad que de la habilidad táctica». Felizmente, el soldado francés era no sólo valeroso sino adaptable y capaz de aprender con rapidez. El imperio colonial, que durante la guerra aportaría 500.000 hombres, sirvió para cubrir parte de las primeras grandes pérdidas.

El general Joffre, de sesenta y dos años de edad, era vicepresidente del Consejo de la Guerra, y estaba destinado a ser comandante en jefe en caso de abrirse las hostilidades. Había sido nombrado, en 1911, debido a que los partidarios del ataque a ultranza deseaban desembarazarse de su predecesor. Reflexivo y ponderado, taciturno y aficionado a escuchar, veterano del servicio colonial, no tenía ideas preconcebidas sobre estrategia o táctica, pero era un experto en movimientos militares. Iba a mostrarse imperturbable y capaz en los momentos de crisis, pero antes de la guerra no hizo nada por contrarrestar las ideas y planes que hicieron inevitables esas crisis tras el comienzo de las hostilidades. Galliéni, superior de Joffre en las colonias, más alerta y realista, no había aceptado que se le diera ningún destino y, cuando empezó la guerra, no tenía ningún cargo militar.

De los jefes de ejército, Lanrezac, comandante del V Ejército, era un hombre brillante, pesimista, impaciente y franco, y estaba considerado por muchos como el eventual sucesor de Joffre. Foch, responsable como jefe del Estado Mayor de la difusión de la doctrina del ataque, era jefe de cuerpo. Igual que Joffre, se mantuvo fuerte durante la crisis, y tuvo en Weygand un jefe de Estado Mayor que sabía traducir sus deseos en órdenes claras. Pétain, caído en desgracia a causa de su realismo al estimar el valor del poder de fuego, era jefe de división.

Los belgas neutrales y los «mercenarios» británicos

Interpuesta en el camino de la principal acometida alemana, Bélgica contaba con un ejército de campaña de seis divisiones de infantería, que totalizaban unos 117.000 hombres, más tres guarniciones de plazas fuertes (Amberes, Lieja y Namur). Dado que Bélgica era neutral, tenía desplegadas dos divisiones hacia Francia, una en Amberes, frente a Gran Bretaña, y otra en Lieja, frente a Alemania, con las otras dos en la reserva central.

Confiada en su neutralidad, Bélgica había descuidado su Ejército. El servicio



Piezas pertenecientes al equipo militar francés de 1914: casco de caballería, bayonetas, quepis, y los brillantes pantalones rojos.

militar era impopular, el entrenamiento muy limitado y la moral baja; la oficialidad, además, estaba seriamente desunida. Las fortalezas resultaban anticuadas: las mejoras planeadas en 1882 no habían sido aún completadas, y quedaron superadas por el desarrollo de las armas ofensivas. Sin embargo, Bélgica contaba con un punto a su favor: el rey Alberto, de treinta y nueve años de edad, era inteligente, valeroso y de gran integridad personal. No dirigía el Ejército en tiempo de paz, pero estaba obligado por la Constitución a asumir su mando en tiempo de guerra.

Los británicos, como de costumbre, estaban indecisos en cuanto a si debían mandar un ejército al Continente. En 1908, Haldane había reorganizado el Ejército británico, formando las unidades metropolitanas una Fuerza Expedicionaria de unos 160.000 hombres (seis divisiones de infantería y una de caballería) dispuesta a defender las tierras del Imperio o a un aliado continental. En 1905 se habían autorizado conversaciones de su Estado Mayor con el de Francia, pero no se les concedió demasiada importancia hasta que, a principios de 1911, el francófilo mayor general Henry Wilson entró en el Ministerio de la Guerra como director de operaciones militares. En el mes de agosto de aquel mismo año, la crisis de Agadir había revelado una alarmante divergencia entre los planes bélicos del Ministerio de la Guerra —donde Wilson había concertado con los franceses el despliegue de la Fuerza Expedicionaria a la izquierda del V Ejército— y el Almirantazgo, que se oponía enérgicamente a comprometer el Ejército en el Continente, aunque carecía de un plan capaz de sustituir el de Henry Wilson. El Consejo Imperial de Defensa había aplazado una decisión formal, pero permitió al Ministerio de la Guerra que continuase trabajando con los franceses.

Cuando se declaró la guerra, en 1914, había quien pensaba que la Fuerza Expedicionaria tenía que permanecer en Gran Bretaña o, cuanto más, ir directamente a Bélgica para cumplir las garantías británicas acerca de la neutralidad belga. Pero los acontecimientos se precipitaron y el 6 de agosto el Gabinete británico decidió que las tropas irían a Francia según lo planeado, aunque, por el momento, dos de sus divisiones permanecerían en Gran Bretaña.

Motejado por los alemanes de «ejército de mercenarios», el Ejército británico estaba formado por voluntarios que se alistaban para un período de siete años, seguido de otros cinco en la reserva. Cada batallón metropolitano enviaba destacamentos a los de ultramar, de modo que sus hombres eran a veces inexpertos y pocos en número. En las divisiones que fueron a Francia había hombres experimentados, pero considerarles como profesionales curtidos sería un error. Algunos eran bisoños y otros reservistas ablandados por la vida civil.

Continuando en forma moderna una antigua tradición, la fuerza territorial y la caballería voluntaria habían sido organizadas por Haldane como un ejército de segunda línea de catorce divisiones, deficientemente entrenado y equipado pero más eficaz de lo que muchos suponían. Además, para eventuales sustituciones, estaban los reservistas más veteranos, las distantes guarniciones imperiales y los ejércitos de la India y de los Dominios.

El mariscal de campo sir John French, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, había sido un notable jefe de caballería en África del Sur, pero a los sesenta y dos años empezaba a dar muestras de cansancio. El teniente general sir Douglas Haig, comandante del I Cuerpo, jefe de Estado Mayor de French en África del Sur y ayudante de Haldane en las reformas subsiguientes, era capaz y ambicioso, pero inflexible y fiel a la doctrina de la caballería. Kitchener, que era a la sazón ministro de la Guerra, representaba una gran figura nacional y tenía destellos de intuición que llegaban casi al genio, pero no apreciaba ni la organización ni el control civil. En general, los oficiales británicos eran eficientes y entusiastas, pero de visión estrecha. En cambio, en una proporción mucho más alta que sus colegas de Francia y Alemania, tenían experiencia de la guerra.

Los ejércitos del frente oriental

Dado que la mayor parte del poderío militar alemán estaba comprometido en el Oeste, el choque en el Este se preveía entre Austria-Hungría y Rusia. Austria había sido derrotada por los franceses en 1859 y vencida decisivamente por Prusia en 1866. Desde entonces, su Ejército había sido reformado según el modelo prusiano, pero hacía cuarenta y ocho años que no se veía sometido a la prueba de la guerra.

La población, de 50 millones en 1914, era una compleja mezcla racial. Los germánicos constituían el grupo gobernante en Austria, y los magiares en Hungría. Los polacos y los croatas disfrutaban de privilegios especiales. Rutenos, checos, eslovacos, eslovenos, servios, italianos y rumanos eran potencialmente desafectos. Las lenguas, el grado de alfabetización, las religiones y las características raciales diferían mucho. Los eslavos formaban los dos tercios de la infantería, y a los oficiales germanos les faltaba, con mucho, la marcial seriedad de los prusianos.

A comienzos de 1914 la fuerza del Ejército austrohúngaro era de unos 450.000 hombres. Con la movilización alcanzó los tres millones. De éstos, aproximadamente 1.800.000 constituían las tropas de campaña: seis ejércitos, con un total de dieciséis cuerpos de ejército (la mayoría de ellos formados por tres divisiones, algunas de las cuales eran de la reserva) y once divisiones de caballería. En una guerra contra Servia, los Ejércitos III, V y VI se desplegarían al sur, de acuerdo con el Plan B (Balcanes); pero en una guerra contra Rusia y Servia, Plan R, el III Ejército se desplegaría al nordeste, y los I, II y IV, en las llanuras de Galizia, más allá de los Cárpatos. Al ordenar la movilización parcial del 25 de julio, el Ejército había adoptado el Plan B, en espera de que el III Ejército pudiera volver del frente servio.

El general Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor, de sesenta y dos años, procedía de la caballería. Era un hombre muy laborioso, autor de textos de táctica y de instrucción militar, y, al igual que Foch, un firme partidario de la ofensiva.

El equilibrio del poder, 1914



	Gran Bretaña	Francia	Rusia	Alemania	Austria-Hungría	Turquía
Población	46.407.037	39.601.509	167.000.000	65.000.000	49.882.231	21.373.900
Soldados (tras la movilización)	711.000 [1]	3.500.000	4.423.000 [2]	8.500.000 [3]	3.000.000	360.000
Flota mercante (tonelaje vapor)	11.538.000	1.098.000	(1913) 486.914	3.096.000	(1912) 559.784	(1911) 66.878
Acorazados	64	28	16	40	16	
Cruceros	121	34	14	57	12	
Submarinos	64	73	29	23	6	
Comercio exterior anual (en £)	1.223.152.000	424.000.000	190.247.000	1.030.380.000	198.712.000	67.472.000
Producción anual acero (tons.)	7.013.000	4.402.000	4.488.000	17.296.000	2.683.000	
Kilómetros de vía férrea	37.506	40.754	74.517	63.102	44.072	6.211

[1] Incluido el Imperio. [2] Movilización inmediata. [3] Máximo de emergencia.

1


2


1 Miembros de la Fuerza Expedicionaria Británica, bien entrenados y bien equipados; eran los mejores tiradores de los ejércitos en pugna. 2 Tropas del descuidado y mal equipado Ejército belga.

Su plan para vencer a Rusia consistía en un rápido ataque antes de que ésta pudiera disponer de su vasto potencial humano, pero ese plan se veía ahora muy comprometido por la movilización parcial. Conrad mandaría los ejércitos del norte, y el general Potiorek, hombre bien relacionado en la corte, vanidoso, incompetente y responsable del desorden que había dado su oportunidad a los asesinos de Sarajevo, mandaría en el frente de Servia.

Aunque Rusia entró en la guerra para salvar a Servia, el Ejército servio, a las órdenes del mariscal Putnik, con una fuerza de 190.000 hombres organizados en tres ejércitos —cada uno de ellos algo más fuerte que un cuerpo de ejército austríaco—, estaba en grave peligro de ser aplastado antes de que la ayuda rusa pudiera resultar eficaz. Dejando algunos destacamentos para hostilizar al enemigo en las fronteras, se concentró en el norte del país, dispuesto a desplegarse por el lado en que se produjera el ataque. Servia había combatido en las guerras balcánicas de 1912 y 1913; sus hombres estaban preparados, eran patriotas ardientes y tenían muy presente una historia de luchas continuadas. La perspectiva de enfrentarse con ellos en sus montañas nativas hubiera preocupado a militares más perspicaces que Conrad y Potiorek.

Las masas rusas

Para Rusia, cuya población alcanzaba los 167 millones de habitantes, el potencial humano parecía el menor de los problemas. Malas carreteras, escasas vías férreas, poca capacidad industrial, bajos niveles de educación y una hacienda arcaica limitaban la amplitud y la eficiencia de su Ejército. Más adelante se pondría de manifiesto que, al depender la economía rusa en tan gran medida del trabajo manual, la pérdida de los contingentes humanos integrados en el Ejército constituiría un grave quebranto para la nación. Al principio, lo que más se notó fue lo mucho que las grandes distancias y las malas comunicaciones retardaron la movilización. Los cuadros de oficiales y suboficiales eran poco numerosos y sólo tenían una mediocre instrucción; las armas y equipos eran escasos; las reservas de municiones resultaban insuficientes, y su producción era muy limitada.

Rusia había combatido contra el Japón en Manchuria, en 1904-1905, saliendo derrotada. Desde entonces se había esforzado, con ayuda de importantes créditos franceses, en modernizar el Ejército, pero la combinación de abundancia de hombres y limitación de recursos había impedido que se alcanzaran los niveles de eficiencia logrados en los Ejércitos occidentales. En la opción entre cantidad y calidad, Rusia había escogido la cantidad, confiando en que el número aportaría por sí solo la victoria. Aunque una división rusa tenía dieciséis batallones, frente a los doce de las divisiones alemanas, su poderío bélico era más o menos la mitad del de éstas.

Los efectivos del Ejército ruso alcanzaban, en tiempo de paz, la cifra de 1.423.000 hombres. En julio de 1914, la movilización puso en pie de guerra a tres millones de hombres, a los que se sumarían otros tres millones y medio antes de que acabase noviembre. Había treinta y siete cuerpos de ejército —la mayoría de ellos compuestos por dos divisiones— que sumaban setenta divisiones de primera línea, diecinueve brigadas independientes, treinta y cinco divisiones de la reserva, y veinticuatro de caballería y cosacos con otras doce de reserva.

El plan incluía el despliegue de treinta cuerpos —noventa y cinco divisiones de infantería y treinta y siete de caballería, es decir, unos 2.700.000 hombres— contra Alemania y Austria; pero el 22 de agosto, casi un mes después de la movilización, solamente cincuenta y dos divisiones estaban a punto. Dos ejércitos, el I y el II, se dispondrían frente a la Prusia oriental, y tres (el V, el III y el VIII) frente a Austria. Otro, el IV, se desplegaría contra Alemania (Plan G), en caso de que la fuerza principal de Alemania se dirigiera al este, o contra Austria (Plan A) si aquélla se dirigiera contra Francia. Otros dos ejércitos vigilaban el Báltico y el Cáucaso. El 29 de julio se decretó la movilización general, y el 6 de agosto el despliegue según el Plan A.

El general Sukhomlinov, ministro de la Guerra desde 1909, se había mostrado un enérgico reorganizador, pero era un hombre corrompido, posiblemente germanófilo, y se jactaba de no haber leído un manual en los últimos veinticinco años. El gran duque Nicolás, comandante en jefe, de cincuenta y ocho años de edad, una figura imponente de dos metros de estatura, era el campeón de la reforma, a la que se oponía Sukhomlinov. Los celos de su sobrino, el Zar, habían mantenido a Nicolás alejado de la guerra ruso-japonesa, privándole así de la oportunidad de probar su mérito como comandante, pero dejándole también libre de censurar la derrota. El general Zhilinsky, que mandaba las tropas dirigidas contra la Prusia oriental, había visitado Francia en 1912, cuando era jefe del Estado Mayor, y había hecho suyas las ideas militares de Foch, consagrándose personalmente a la empresa de un temprano asalto contra Alemania.

Casi desde el momento de la declaración de guerra, Francia empezó a instar a Rusia a que avanzase con ímpetu y presteza. Rusia respondió valerosamente a tal esperanza, sacrificando sus posibilidades de movilización completa antes de lanzarse a la acción.

Mayor General J. L. Moulton

La batalla del norte de Francia

En agosto de 1914 los ejércitos enemigos confiaban en que «todo estaría concluido para Navidad». Así podría haber sucedido si los alemanes no hubiesen cometido un fatal error, si los aliados hubiesen sabido explotar su victoria del Marne, o si unos u otros hubiesen ganado la «carrera hacia el mar». De hecho, empero, todo ello no era más que el prólogo de cuatro años de guerra de posiciones.

Caricatura alemana de octubre de 1914. Grey, el ministro de Asuntos Exteriores británico, después de haber enterrado a Bélgica, se dispone a enterrar a Francia.



Al estallar la Primera Guerra Mundial, tanto el Estado Mayor francés como el alemán preveían una guerra rápida: «de vuelta a casa antes de la caída de las hojas». Después de todo, las últimas dos guerras europeas importantes, la austro-prusiana de 1866 y la franco-prusiana de 1870-1871, habían sido guerras «de movimiento», rápidas y decisivas. En agosto de 1914, pocos preveían las futuras diferencias; y, en efecto, la fase inicial de la guerra —la lucha por el norte de Francia— comenzó según el estilo tradicional. Para Alemania —según prescribía el Plan Schlieffen— era esencial un golpe que dejara al enemigo fuera de combate, con objeto de evitar una guerra en dos frentes (Francia y Rusia). Los franceses, a su vez, esperaban que el proyecto ofensivo llamado Plan 17 permitiría una rápida recuperación de las provincias perdidas, Alsacia y Lorena.

El plan francés

Pero la batalla no se desarrolló según los planes previstos, lo cual no resulta sorprendente por lo que respecta a Francia, puesto que el Plan 17 estaba fundado sobre supuestos completamente injustificables. Se consideraba que aun cuando los alemanes violaran la neutralidad de Bélgica, no serían capaces de extender sus operaciones ofensivas al norte de Luxemburgo. Este razonamiento llevó a los franceses a concentrar sus cinco ejércitos entre Belfort y Mézières, dejando una brecha de casi 200 kilómetros entre su ala izquierda y el mar. Es difícil alegar que contaban con que la Fuerza Expedicionaria Británica (F.E.B.) y los belgas cubrieran aquella brecha, porque no cabía pensar en ningún plan conjunto con la Bélgica neutral, y la F.E.B. llegó a Francia en la más completa ignorancia respecto de las intenciones de sus aliados. En defensa del Plan 17 podría observarse que se había tenido en consideración un movimiento hacia el oeste, en dirección al Sambre; además, una concentración de fuerzas en la frontera belga habría parecido sumamente extraña en tiempo de paz. Pero aun así, desde el punto de vista táctico la doctrina francesa era completamente inadecuada. La «*offensive à outrance*», el ataque general a la bayoneta, eran sus ideales, pero este sistema no había funcionado ni siquiera en los días en que la línea de Wellington diezmaba las columnas de ataque napoleónicas mediante su fuego concentrado. Durante cuarenta y cuatro años no había habido guerra con Alemania, y es comprensible que la instrucción militar hubiera perdido realismo. Con todo, un estudio cuidadoso de la guerra de los bóers y de la guerra ruso-japonesa podría haber salvado la vida de muchos de los 300.000 franceses que cayeron en agosto de 1914. Con todas sus desventajas, los franceses contaron, empero, con algo a su favor: la extraordinaria calma de su flemático comandante en jefe, el general Joffre.

El plan alemán

El plan alemán, que prescribía un gran movimiento envolvente del ala izquierda francesa, parecía ser muy realista. Al incluir doce cuerpos de la reserva en su orden de batalla, los alemanes podían engañar a los franceses en cuanto al número de los hombres disponibles, y si Moltke, el jefe del Estado Mayor Central, hubiese tenido algo del genio guerrero de su viejo tío, el vencedor de 1866 y 1870, la campaña de 1914 podría muy bien haber terminado con la caída de París y la derrota de los ejércitos franceses. La cínica decisión de invadir Bélgica significó la incorporación de la Fuerza Expedicionaria Británica y el Ejército belga a los contingentes de Joffre, y ayudó a equilibrar los efectivos de ambos bandos. Pero tales refuerzos estuvieron muy lejos de modificar la situación, tan favorable para los alemanes. Éstos no tenían peor enemigo que su propio anciano comandante, quien, además de dar continuamente vueltas al Plan Schlieffen, nunca tuvo en sus manos el firme control de la batalla. Es también posible que los alemanes prestasen insuficiente atención al problema del aprovisionamiento de su poderosa ala derecha.

Desde un punto de vista táctico, los alemanes eran ciertamente superiores a

los franceses, y utilizaban sus ametralladoras y artillería pesada con una efectividad mucho mayor. Pero su infantería tenía una fuerte inclinación a apelotonarse, defecto éste que no había sido suficientemente corregido en las maniobras y por el que tuvieron que pagar sus avances a un alto precio.

Los jefes de ambos bandos, a excepción de los príncipes alemanes, eran de edad bastante avanzada para los criterios modernos y, al menos dos de ellos —Moltke, y French, el jefe de la F.E.B., que había sufrido un ligero ataque de apoplejía—, no deberían haber sido dados de alta por el médico.

Los movimientos estratégicos eran relativamente lentos en cuanto las fuerzas abandonaban los ferrocarriles. Cuando un cuerpo no podía hacer más de veinticinco o treinta kilómetros diarios, y no había ninguna clase de transporte motorizado, correspondía a los Estados Mayores vigilar que se dirigiera realmente al lugar apropiado. Los movimientos equivocados se pagaban al precio de la fatiga de los hombres y del descenso de su moral. Para muchos, las carreteras adoquinadas del norte de Francia fueron peores que una fuerte escaramuza.

Pocos planes militares pueden mantenerse más allá de las fases iniciales de la batalla, puesto que los jefes se ven obligados a improvisar a medida que sus proyectos se ven interferidos por los movimientos del enemigo. En 1914 los alemanes consiguieron aferrarse a sus planes durante un tiempo considerable, en tanto que el plan francés resultó papel mojado en cosa de cinco días.

Los alemanes fueron los primeros en ponerse en marcha hacia su meta. El 5 de agosto el I Ejército de Kluck atacaba los fuertes belgas de Lieja, cuya conquista eran preparativos necesarios para el despliegue hacia el sur y el sudoeste, a través de Bélgica, de los otros dos ejércitos alemanes de la zona norte. La guarnición belga, al mando del teniente general Leman, opuso una encarnizada resistencia; pero desgraciadamente los fuertes, construidos veinte años antes, no estaban enlazados por un sistema de trincheras, como había planeado su constructor, el famoso ingeniero Brialmont. A consecuencia de ello, los alemanes atravesaron la línea en un ataque nocturno y tomaron la ciudad. Ese audaz ataque estuvo a punto de fracasar, pero el general Ludendorff tomó el mando de una brigada y se apoderó de la ciudadela de Lieja el 7 de agosto. Había todavía que reducir los fuertes, pero éstos fueron destruidos por los enormes obuses austríacos Skoda, de 42 centímetros; el 14 de agosto las columnas alemanas atravesaron la ciudad, y el 16 cayó el último fuerte.

Las alas francesas habían empezado a avanzar lentamente el 6 de agosto. A la izquierda, el cuerpo de caballería del general Sordet llegó a nueve millas de Lieja, pero la zona que exploró no había sido aún ocupada por los alemanes. En la extrema derecha, un destacamento del ejército de Dubail hizo una breve incursión en Alsacia.

El 16 de agosto se veía claro en el cuartel general de Joffre que siete u ocho cuerpos de ejército y cuatro divisiones de caballería alemanes avanzaban hacia el oeste entre Givet y Bruselas, «y aun más allá de esos puntos». Se pensaba que había seis o siete cuerpos y dos o tres divisiones de caballería entre Bastogne y Thionville, mientras que al sur de Metz los alemanes parecían mantenerse a la defensiva.

Fracasa la ofensiva de Joffre

Joffre proyectó entonces pasar a la ofensiva, intentando romper el centro de las líneas alemanas, para caer luego sobre su avanzada ala derecha. Su plan era decididamente optimista. Joffre no tenía razón alguna para suponer que su centro fuese más poderoso que el de Moltke y, en consecuencia, no debió haber contado con romper el frente alemán.

La ofensiva francesa se inició en el sur, donde, durante varios días, el príncipe Rupprecht de Baviera se replegó, de acuerdo con el plan, hasta que en la mañana del 20 contraatacó en las batallas de Sarrebourg y Morhange. El II Ejército francés se vio obligado a retroceder, y el I se adaptó a su movimiento, aunque contraatacó el día 25 y frenó la persecución. El frente quedó estabilizado precisamente en la frontera francesa.

El fracaso de su ala derecha no bastó para alarmar a Joffre, que había empezado su carrera en ingenieros, con daño probable de la puesta a punto de la infantería francesa. El 21 de agosto los Ejércitos III y IV cruzaron la frontera, y, después de un avance de unos veinte kilómetros, las cabezas de sus columnas encontraron el flanco de los ejércitos alemanes del príncipe heredero y del duque de Württemberg, de fuerza ligeramente superior. En las acciones de Virton, Tintigny, Rossignol y Neufchateau los franceses fueron derrotados con duras pérdidas, especialmente en oficiales, pues para la última promoción de la Academia de Saint Cyr era una cuestión de honor llevar puestos los guantes blancos y los uniformes de gala en su «bautismo de fuego». Es comprensible que, sorprendidos en los estrechos desfiladeros boscosos de las Ardenas, los franceses no pudieran emplear su artillería con buenos resultados y se replegaran hacia el Mosa. La tentativa de Joffre de romper el centro alemán había fracasado.

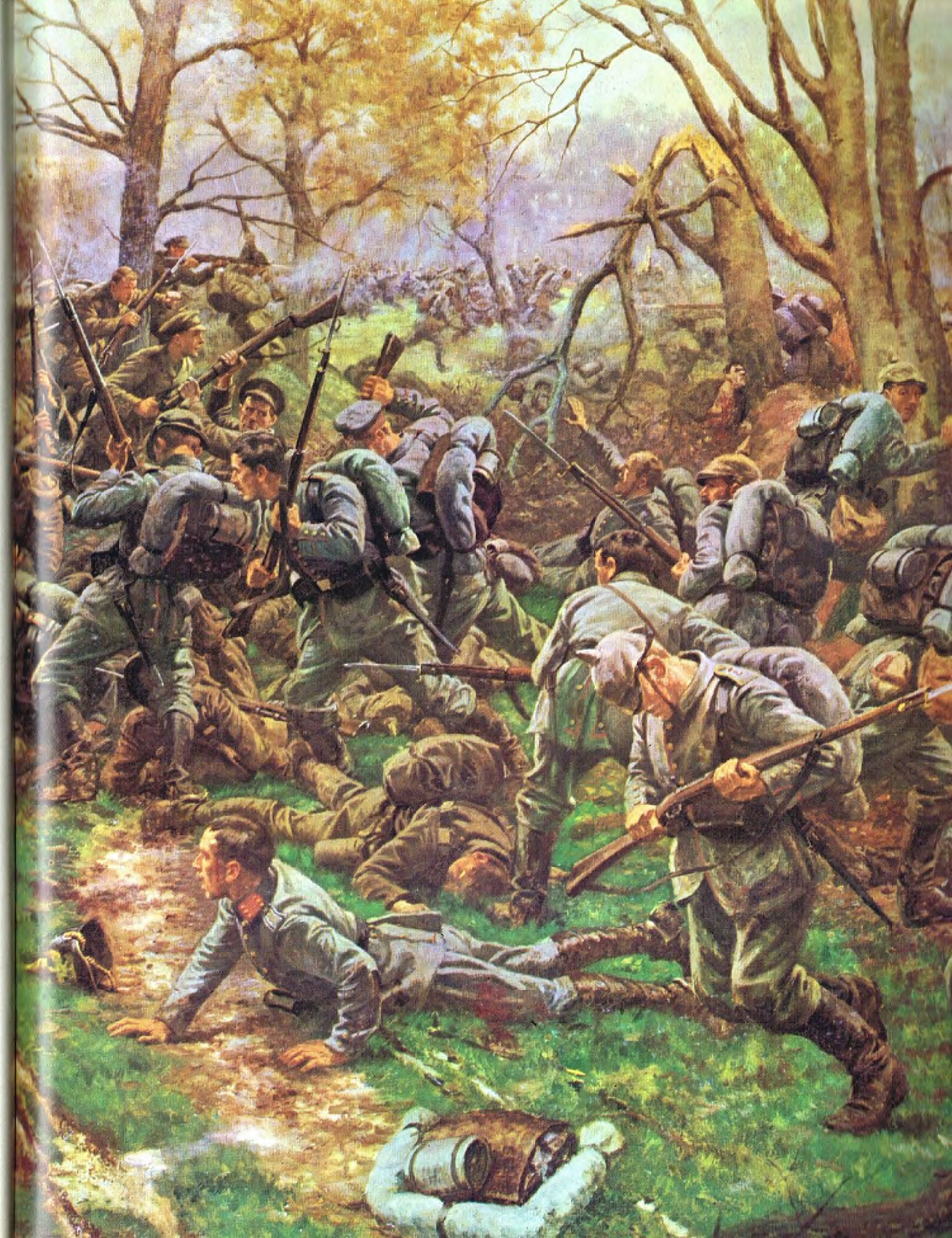
El verdadero mal residía en que la infantería ignoraba el principio táctico conocido como «fuego y movimiento», de acuerdo con el cual, incluso en aquellos lejanos días, las subunidades se ayudaban mutuamente en su avance, concentrando su fuego sobre el enemigo. En este punto, la irrazonable confianza en la bayoneta tuvo que pagarse con el tributo de vidas francesas. De no haber intentado el Kronprinz (el príncipe heredero de Alemania) un prematuro movimiento envolvente, el desastre francés hubiese sido todavía peor. Las bajas alemanas fueron también elevadas, especialmente cuando sus columnas se expusieron, a su vez, al fuego de los cañones de 75 milímetros.

La F.E.B. entra en acción

El 21 de agosto, la Fuerza Expedicionaria Británica, que había iniciado su movilización el día 5 y había atravesado el Canal sin la menor oposición de la escuadra alemana, se aproximaba a Mons. La situación en aquellos momentos era la siguiente: el Ejército belga había sido obligado a retirarse a la plaza fuerte de Amberes, no sin antes haber obstaculizado el avance alemán, notablemente en la acción de Haelen, del 18 de agosto, revés que quizás explique la indebida prudencia de la caballería alemana en los siguientes combates.

De los ejércitos aliados, solamente los mandados por Lanrezac y French habían escapado hasta entonces a los golpes alemanes. La situación estratégica de los aliados era poco brillante en el momento en que la F.E.B. entró en escena. El Plan Schlieffen estaba desarrollándose con la precisión de un reloj. El único tropiezo verdadero había sido no haber empujado al Ejército belga lejos de Amberes, cosa que obligó a los alemanes a emplear dos cuerpos de ejército en el asedio a dicha ciudad. La victoria estaba al alcance de

Derecha: **derrota de la Guardia Prusiana en Ypres, 1914. Pintura de W. B. Wollen.**



la mano de Moltke. Sin las cuatro divisiones de la F.E.B., cuyas avanzadillas se encontraban aquella noche (21 de agosto) a la vista del viejo campo de batalla de Malplaquet, le hubiera sido difícil a Joffre, a pesar de sus nervios de hierro y su inflexible voluntad, cambiar el curso de la lucha, muy desfavorable para él.

La F.E.B. entró en acción al siguiente día. Desde el principio, los tiradores británicos afirmaron su superioridad. En una escaramuza en las primeras horas de la tarde, los escoceses hicieron treinta o cuarenta bajas al enemigo, sin sufrir más que una: un oficial herido. Esa superioridad iba a ser un factor de primera importancia hasta el final de la batalla en los húmedos bosques de los alrededores de Ypres.

Mientras la F.E.B. avanzaba, French había visitado a Lanrezac para conferenciar a propósito de su futura cooperación. Ninguno de ellos entendía la lengua del otro. Lanrezac, tenso de ansiedad, fue innecesariamente rudo, y la entrevista sólo sirvió para sumir a ambos jefes en un estado de profunda desconfianza mutua. Lanrezac dijo a Joffre que los británicos no estarían preparados hasta el 24, lo más pronto, y que su caballería sólo podría ser empleada como infantería montada. Y, lo que es más significativo, planteó la cuestión de las confusiones que podían surgir si los británicos utilizaban las mismas carreteras «en caso de retirada». Fue para Joffre una desagradable sorpresa enterarse de que Lanrezac, que en tiempo de paz era «un verdadero león», no solamente no había hecho intento alguno de sumarse al avance de French, sino que estaba pensando en la retirada.

El 23 de agosto, la esperada tormenta rompió sobre el ejército de Lanrezac, cuando Bülow le atacó con cuatro cuerpos de ejército en la línea del Sambre. «Llovían granadas», fue todo lo que un soldado francés podía recordar de la batalla de aquel día. Un batallón argelino, con un total de 1.030 hombres, cargó con bayoneta calada contra una batería alemana, y regresó, según informes, con sólo dos hombres ilesos. En todas partes los franceses sufrían terribles pérdidas, especialmente de oficiales. Un cuerpo de ejército se vio obligado a replegarse.

Durante la noche, Hausen lanzó cuatro cuerpos, apoyados por 340 cañones, contra la línea de Lanrezac en el Mosa, y estableció cabezas de puente en la orilla oeste de dicho río. Allí tropezaron con un gran soldado, el general Franchet d'Esperey («el desesperado Frankie», según le llamaban sus aliados ingleses), comandante del I Cuerpo de Ejército. D'Esperey, que como medida de prudencia había mandado atrincherarse a sus hombres, pasó al contraataque y obligó a los germanos a retirarse al otro lado del río.

Durante todo el largo día Lanrezac permaneció en su cuartel general, Philippeville, «presa de extrema ansiedad»: Joffre, en vez de brindarle informaciones, no hacía más que preguntarle cómo veía la situación. Tampoco recibía información alguna de Langle, a su derecha, pero, a su izquierda, French, aunque renunciando a atacar la derecha de Bülow, garantizaba la defensa del canal de Mons durante veinticuatro horas. A mediodía llegó la casi increíble noticia de que los belgas estaban evacuando Namur, la gran fortaleza clave de la línea Sambre-Mosa.

Mientras Lanrezac contemplaba la interminable columna de refugiados belgas que entraban en Philippeville, su estado mayor le importunaba con vanas demandas de un contraataque. Lanrezac no quiso ordenarlo, quizá por pusilanimidad, como afirman sus críticos, pero estuvo acertado. Avanzado el día, llegaron noticias de la retirada de Langle, que dejaba desguarnecido el Mosa entre la derecha de Lanrezac y Sedán, donde los franceses habían sufrido el desastre de 1870 y donde iban a volver a sufrirlo en 1940. El día terminó con otro espléndido contraataque en el frente de D'Esperey, cuando la brigada del general Mangin desalojó a los alemanes de su cabeza de puente de Onhaye. Ello, sin embargo, no alteraba el hecho de que la posición de Lanrezac era insostenible. Exponiéndose a ser tomado por un «derrotista», ordenó la retirada general. «Hemos sido derrotados —dijo a uno de los miembros de su estado mayor—, pero el mal es reparable. Mientras viva el V Ejército, Francia no estará perdida.»

Mons y la retirada

Ésta era la situación el 23 de agosto, cuando la F.E.B. libró sus primeros combates serios en los yacimientos carboníferos próximos a Mons, en una línea de unos quince kilómetros al norte de la posición principal de Lanrezac, y con ambos flancos al descubierto. Con unas 1.600 bajas y la pérdida de dos cañones, el segundo cuerpo, mandado por el general Smith-Dorrien, detuvo el avance de Kluck durante todo un día, e infligió muy duras pérdidas a tres de sus cuerpos (III, IV y IX). Un informe alemán describe claramente el combate: «Bien atrincherado y completamente oculto, el enemigo abrió un fuego mortífero..., nuestras bajas aumentaron..., las acometidas se hicieron más frecuentes, y, finalmente, todo el avance se detuvo... con sangrientas pérdidas, el ataque llegó gradualmente a su fin.» Los granaderos del XII de Brandenburgo (III Cuerpo de Ejército), que atacaban al 1.er Batallón Real de West Kent, perdieron 25 oficiales y unos 500 hombres. El 75.º Regimiento de Brema (IX Cuerpo) perdió en un ataque cinco oficiales y 376 hombres. El ataque frontal era más que inútil contra las tropas británicas atrincheradas en tan buena posición. Solamente un movimiento de flanqueo podría desalojarlas, y Kluck acabó por darse cuenta de ello, aunque tarde.

Lanrezac no consultó ni puso en conocimiento de French su intención de retirarse, y hasta las once de la noche del día 23 no le llegó a sir John esta noticia, traída por un oficial de enlace, el teniente Spears. Al ver su flanco al descubierto, el fogoso comandante de la F.E.B. tuvo una crisis de abatimiento y, en una carta que escribió a Kitchener al día siguiente, insinuó que estaba considerando la posibilidad de retirarse del frente. «Creo que debería atenderse inmediatamente a la defensa del Havre.»

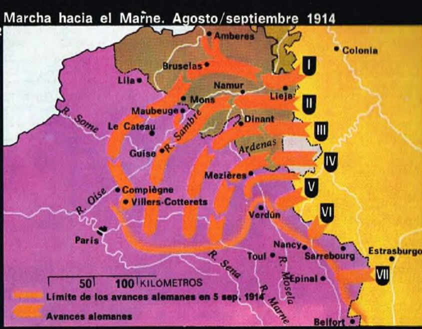
La F.E.B., con gran sorpresa del capitán del XII de Brandenburgo, Bloem, que el día anterior había sido testigo de la carnicería hecha por los ingleses entre sus hombres, se encontraba en franca retirada. El día 24, hasta el calmoso Joffre reconocía que su ejército estaba «condenado a una postura defensiva» y reducido a apoyarse en sus líneas fortificadas para contener al enemigo y esperar el momento favorable para un contraataque. La falta de éxito hasta ese momento no la atribuía a error alguno por su parte, sino a «graves defectos de parte de los comandantes». No puede negarse que algunos habían fallado. Durante la batalla de las Ardenas, un comandante de división se había suicidado. Joffre privó despiadadamente de sus mandos a los cobardes y, el día 24, cursó unas instrucciones que subrayaban la necesidad de la colaboración entre la infantería y la artillería en la toma de «puntos de apoyo». «Cada vez que la infantería se ha lanzado al ataque desde una distancia demasiado grande, antes de que la artillería haya hecho sentir su efecto han caído muchos bajo el fuego de las ametralladoras y se han producido bajas que podrían haber sido evitadas. Cuando un "punto de apoyo" ha sido capturado, tiene que ser inmediatamente organizado, las tropas tienen que

Cómo la victoria de los alemanes se les convirtió en derrota...

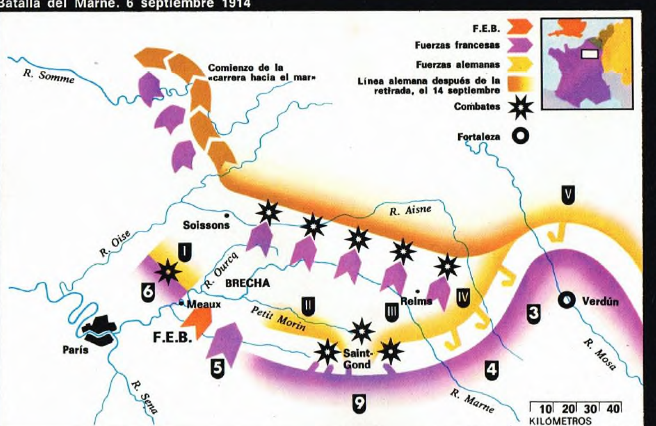
Plan Schlieffen, 1905



Marcha hacia el Marne. Agosto/septiembre 1914



Batalla del Marne. 6 septiembre 1914



Ejército alemán

Kluck	I	320
Bülow	II	260
Hausen	III	180
Duque Alberto de Württemberg	IV	180
Kronprinz	V	200
Príncipe Rupprecht de Baviera	VI	220
Heeringen	VII	125
	Total	1.485

Ejército aliado

Rey Alberto de Bélgica		117*
F.E.B. franceses		111
Lanrezac	5	254
Langle de Cary	4	193
Ruffey	3	168
Castelnau	2	200
Dubail	1	256
cifras en millares	Total	1.299

* sin tropas de guarnición ni reservas

Los frentes el 31 diciembre 1914



Potencias aliadas
1 Gran Bretaña
2 Francia
3 Rusia
4 Bélgica
5 Montenegro
6 Servia

Potencias centrales
7 Alemania
8 Austria-Hungría
9 Turquía

El Plan Schlieffen (1) preveía que los ejércitos alemanes rodeasen París desde el oeste. En su marcha hacia el Marne en 1914 (2), Moltke decidió la concentración al este de París, y, al avanzar los ejércitos hacia el sur, se abrió una brecha entre el I y el II Ejércitos, por la que irrumpieron la F.E.B. y el V Ejército francés (3). Después de la batalla del Marne, los alemanes se retiraron. Resistieron a británicos y franceses en el Aisne, tras lo cual comenzó la «carrera hacia el mar». A fin de año, los frentes del oeste se estabilizaron. El mapa de Europa (4) muestra la situación de todos los frentes al final de 1914.

1914: en todos los frentes, guerra de movimiento

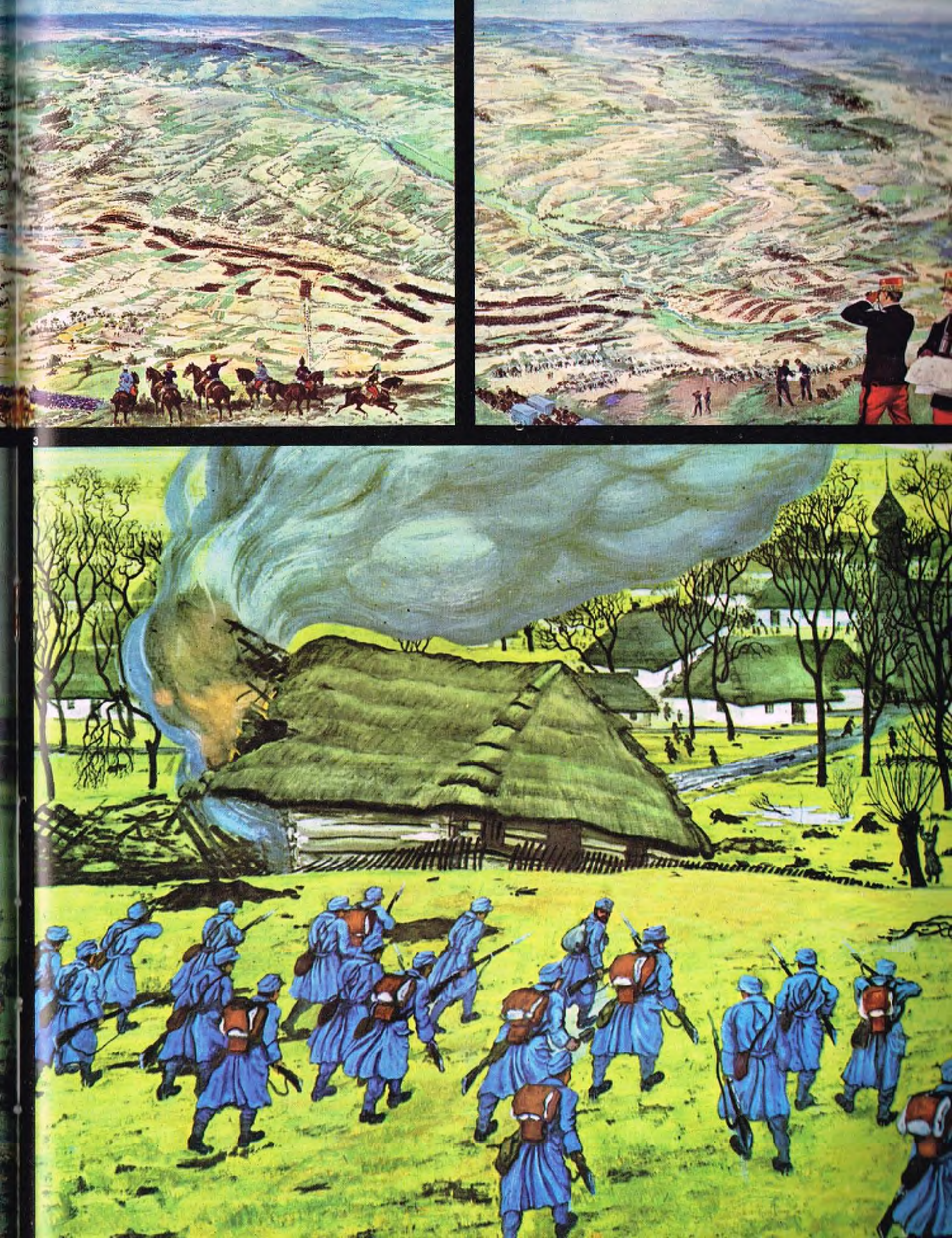
En 1914, tanto en el Este como en el Oeste la guerra experimentó un flujo y reflujo sin paralelo hasta 1918. Fue una guerra de marchas y contramarchas y de choques decisivos. Los alemanes atravesaron Bélgica hasta el Marne; cuando tenían la victoria total al alcance de la mano, fueron rechazados hacia el norte de Francia. Las tropas rusas hollaron el «sagrado suelo» de la Prusia oriental, pero fueron completamente derrotadas por los alemanes, que penetraron a su vez en territorio ruso. Al sur, los rusos se consolaron con una aplastante victoria sobre los austríacos. Estos no pudieron derrotar a los servios, quienes a fin de año les habían expulsado ya de su país. He aquí varias evocaciones de estos primeros combates en que las tropas podían moverse rápidamente, por un campo relativamente abierto.

_1_ Un panorama (con la perspectiva deformada) de la batalla del Marne. En el cuadro de la izquierda, la F.E.B. (en tres cuñas, en el centro) avanza por la brecha entre los ejércitos de Kluck y Bülow. La columna larga, de la parte superior derecha, es el ejército de Kluck, en retirada. El cuadro del centro muestra a Foch disponiendo su ejército para atacar al III Ejército alemán. El cuadro de la derecha presenta al ejército de Langle de Cary cañoneando al IV Ejército alemán en el Argonne. _2_ Tropas alemanas en acción en el frente oriental. _3_ Tropas austrohúngaras atacan una aldea servia.

1



2



atrincherarse, y la artillería debe acercarse y protegerlo.»

El «reinado del terror»

Las lecciones de Joffre sobre táctica eran bastante elementales para los oficiales de la F.E.B., lo mismo que para los alemanes. Pero también éstos tenían sus preocupaciones. Los británicos, después de largas marchas por caminos empedrados, bajo el sol de agosto, habían conseguido una victoria, y ahora, incomprensiblemente, eran invitados a retirarse por la misma ruta por la que habían avanzado. Al parecer, habían estado perdiendo el tiempo. Los alemanes, por su parte, tenían una pesadilla especial: los francotiradores.

A las ordenadas mentes de los alemanes, la idea de que gentes civiles hiciesen de tiradores emboscados, aunque fuese en defensa de la patria y el hogar, les resultaba completamente incomprensible. Se dijo a la princesa Blücher que en el hospital de Aquisgrán había treinta oficiales alemanes a quienes mujeres y niños belgas habían sacado los ojos. Las atrocidades, incluso las que eran puramente imaginarias, dieron nacimiento a las represalias, y la *Schrecklichkeit* (el terror) llegó a ser una política deliberada del Alto Mando alemán, que no deseaba verse obligado a destacar fuerzas numerosas para guardar las líneas de comunicación. ¿Acaso no había propugnado el gran Clausewitz que el terror era el medio adecuado para abreviar la guerra? Sólo cuando se hicieran sentir sus efectos sobre la población civil podría obligarse a sus jefes a cambiar de opinión y pedir la paz. En Bélgica, la primera matanza importante tuvo lugar en Andenne, donde Bülow hizo fusilar a 211 personas entre los días 20 y 21 de agosto. En Tamines, saqueado el día 21, fueron ejecutadas 400 personas en la plaza principal. Los alemanes saquearon e incendiaron Dinant el día 23, con lo que su anciano comandante Hausen quedó «profundamente conmovido», aunque indignado contra el Gobierno belga, que «aprobaba esa pérfida lucha callejera contraria al derecho internacional». El saqueo de Lovaina, provocado, al parecer, por los propios soldados alemanes, que disparaban unos contra otros a causa del pánico producido por una salida de los belgas sitiados en Amberes, fue el peor episodio de aquel reinado del terror. Si tales atrocidades sirvieron para algo, fue para fortalecer la resolución de los belgas y de sus aliados.

La retirada continuaba, pero Joffre, con cinco ejércitos alemanes abriéndose camino por el interior de Francia, no desesperaba de volver a tomar la ofensiva. Por entonces había ya advertido que las fuerzas de su ala izquierda eran insuficientes para detener la acometida alemana. El 25 de agosto ordenó la formación de un nuevo ejército francés, el VI, al mando de Maunoury. Las divisiones con que se constituyó tuvieron que sacarse del frente ya estabilizado de Lorena, y habían de tomar posición a la izquierda de la F.E.B.

El error fatal de Moltke

El día 25 Moltke sacaba también hombres del frente occidental, pero no de Lorena, donde quizá podrían haber sobrado, sino de su ala derecha. Y eso en el momento en que Kluck estaba destacando uno de sus cuerpos para sitiar Maubeuge. Moltke estaba preocupado por la amenaza rusa a la Prusia oriental, y quería reforzar esta zona con dos cuerpos, aunque, irónicamente, no iban a llegar allí hasta después de que los alemanes hubieran ganado su decisiva victoria de Tannenberg. No cabe duda de que ésta fue una fatal alteración del Plan Schlieffen, en un momento en que la victoria decisiva estaba al alcance de la mano. El error estuvo en que el día 24 los alemanes pensaban que sólo tenían ante sí hombres en franca retirada. Que no era exactamente así lo demostraría la F.E.B. al día siguiente en Le Cateau.

Avanzada la noche del día 25, Smith-Dorrien (II Cuerpo) se dio cuenta de que, con alguna de sus recién llegadas unidades y con muchas otras diseminadas y exhaustas, no era posible ejecutar las órdenes de French de continuar la retirada, y decidió detenerse y luchar.

Batalla de Le Cateau

Kluck tenía al amanecer nueve divisiones a su alcance en el campo de batalla, pero solamente acertó a poner dos de ellas, con tres divisiones de caballería, frente a las tres de Smith-Dorrien.

Kluck disponía, sin embargo, de una tremenda concentración de artillería, y eso era lo que hacía realmente difícil la situación de los británicos. La infantería alemana avanzó amontonada y sufrió graves pérdidas. La poderosa ala derecha de Kluck (dos cuerpos de ejército) se permitió enfrentarse con el cuerpo de caballería de Sordet y con una división territorial francesa. El cuerpo de su izquierda, realizando marchas y contramarchas, cubrió dieciocho kilómetros sin intervenir en la batalla. En consecuencia, Smith-Dorrien pudo arreglárselas para librarse con una pérdida de unos 8.000 hombres y treinta y ocho cañones.

Mientras se desarrollaba la batalla de Le Cateau, Joffre explicaba a French y Lanrezac, reunidos en San Quintín, sus últimos planes. La orden general n.º 2 había llegado al cuartel general la noche anterior, pero aún no había habido tiempo de estudiarla. Joffre estaba impresionado por lo que le dijo French, el cual sentía la amenaza de verse envuelto por un enemigo superior en número, y cuya ala derecha había quedado al descubierto por la súbita retirada de Lanrezac. Sus hombres estaban demasiado cansados para tomar la ofensiva.

Joffre salió de aquella incómoda reunión sospechando que la F.E.B. había quedado desarticulada. La verdad era que el cuartel general había perdido el contacto con el ejército al que debía controlar y que la situación no era tan desesperada como French creía. Kluck, por su parte, veía las cosas más o menos como French. El día 27 confiaba en «copar a los británicos en fuga hacia el oeste». Con Namur en su manos y Bülow empujando a las malparadas tropas de Lanrezac, Moltke experimentaba el «presentimiento universal de victoria» que invadía al Ejército alemán, pero ya las cosas empezaban a torcerse. En un furioso combate de tres días (24-27 de agosto), las veintiséis divisiones de Rupprecht habían sido rechazadas de Toul, Nancy y Epinal por Castelnau y Dubail. En el Mosa, Langle contuvo al duque de Württemberg desde el día 26 hasta el 28.

El día 29 el ejército de Bülow, a uno y otro lado del río Oise, chocó de frente con las columnas de Lanrezac, que cruzaban ante él, y sufrió un grave contratiempo. En las batallas de Guisa y San Quintín, Lanrezac contraatacó, de muy mala gana, bajo órdenes directas de Joffre, que estuvo a su lado durante tres horas de la batalla. Si French hubiera permitido a Haig que cooperase con su cuerpo de ejército —prácticamente intacto—, los alemanes habrían tal vez sufrido una grave derrota. Una vez más, un contraataque del cuerpo de D'Esperey apoyó al ala derecha en un momento crítico. Fue un magnífico espectáculo. Con las bandas lanzando su música al aire y con las banderas al viento, la infantería francesa, cubierta por el fuego de los cañones del 75, atacó con entusiasmo y los alemanes le abrieron paso. Aquella noche el V Ejército pudo continuar su retirada.

GOUVERNEMENT MILITAIRE DE PARIS

Armée de Paris, Habitants de Paris,

Les Membres du Gouvernement de la Republique ont quitte Paris pour donner une impulsion nouvelle à la défense nationale.

J'ai reçu le mandat de défendre Paris contre l'envahisseur.

Ce mandat, je le remplirai jusqu'au bout.

Paris, le 3 Septembre 1914

Le Gouverneur Militaire de Paris,
Commandant l'Armée de Paris,

GALLIÉNI

«Gobierno Militar de París. — Ejército de París, habitantes de París: los miembros del Gobierno de la República han salido de París para dar nuevo ímpetu a la defensa nacional. He recibido la orden de defender París contra el invasor. Cumpliré esta orden hasta sus últimas consecuencias. — París, 3 septiembre 1914. — El gobernador militar de París, jefe del Ejército de París, GALLIÉNI.» La concisión de esta proclama refleja la firme voluntad francesa de resistencia.

Proseguía la persecución, aunque, a causa de la ausencia de cinco cuerpos —que equivalían prácticamente a un ejército—, empezaban a aparecer peligrosas brechas en el ala derecha alemana. El 31 de agosto Kluck abandonó la persecución de los británicos, que habían desaparecido al sur de Compiègne, y torció hacia el sur para lanzarse sobre Lanrezac. El 1 de septiembre atravesó el Oise y llegó a Crépy-en-Valois y Villers-Cotterets, a sólo 45 kilómetros de París. El mismo día tenía lugar una tormentosa reunión en la embajada británica de París, cuando Kitchener dijo claramente al enfurruñado French que tenía que mantener en línea a la F.E.B. y conforme a los movimientos de sus aliados.

«Tenemos que golpear»

Moltke se sintió ahora atraído por la idea de empujar a los franceses hacia el sudeste y cortarles así el camino de París. Ordenó a Kluck que cubriera ese movimiento en dirección a la capital francesa, «manteniéndose detrás del II Ejército». Kluck, hombre de criterio independiente, cuyo ejército era con mucho el más avanzado y el que estaba en mejor posición para atacar al V Ejército francés, no lo vio así ni previó peligro alguno. Al atardecer del 2 de septiembre ordenó que al día siguiente se cruzase el Marne, sin dejar más que un débil cuerpo para proteger su flanco. Aquella noche el Gobierno francés salió de París para Burdeos. A la mañana siguiente, el general Galliéni, gobernador de París, seguía pensando que los alemanes marchaban sobre la capital. A mediodía, un aviador informó que las columnas alemanas se movían, al este de París, hacia el sudeste. El Estado Mayor de Maunoury se negaba a dar crédito al informe, pero éste se confirmó a las siete de la tarde. «¡Tenemos que golpear!», gritó Galliéni, y, cursando sus órdenes de alerta, pidió el permiso de Joffre. A las 8 de la mañana del día 4 uno de los oficiales de Galliéni llegó al cuartel general de Joffre en Bar-sur-Aube, y la sección de información trazó en el mapa mural los últimos movimientos de las tropas de Kluck. «¡Pero si están en nuestras manos! —exclamaron—. Tenemos que detener la retirada y aprovechar en seguida esa oportunidad que nos llueve del cielo.»

Joffre hizo su aparición. «Una situación notable», fue su comentario. «El ejército de París y los británicos están en buena posición para desencadenar un ataque de flanco contra los alemanes que avanzan en el Marne.» Faltaba convencer a sir John French.

D'Esperey, que había sustituido a Lanrezac, tenía preparadas unas propuestas de ataque para el día 6, elaboradas de acuerdo con el mayor general Wilson, segundo jefe del estado mayor de French. Galliéni observó que el día 7 los alemanes ya se habían dado cuenta del peligro que les amenazaba del lado de París.

Mientras tanto, la exultante alegría de Moltke se había ido transformando en pánico cada vez más hondo, para acabar en un completo derrumbamiento nervioso. Pese al cuadro halagüeño que le pintaban sus generales, no había aún capturado ni masas de prisioneros ni parques de artillería. Los franceses y los británicos se habían negado a admitir la derrota; Kluck estaba procediendo de acuerdo con sus puntos de vista personales, y refuerzos franceses se aproximaban a París desde el este. A las 6 de la mañana del día 4, Moltke cursó la siguiente orden por radiotelegrafía: «Los Ejércitos I y II se mantendrán frente a París, el I entre el Oise y el Marne, el II entre el Marne y el Sena.» Esa orden no llegó a Kluck hasta el día siguiente, cuando ya había cruzado el Marne. Kluck dio la orden de avanzar hacia el Sena el día 5, dejando sólo un cuerpo al otro lado del Marne.

A primera hora de la tarde del día 5, Joffre visitó el cuartel general de French en Melun, para asegurarse la cooperación británica. Más tarde escribió: «Puse toda mi alma en convencer a French de que había llegado la hora decisiva, y que una abstención inglesa sería severamente juzgada por la Historia. Finalmente, golpeando la mesa con el puño, grité: "*¡Monsieur le Maréchal*, el honor de Inglaterra está en juego!" French enrojeció, y murmuró con emoción: "Haré todo cuanto sea posible"; y, para mí, aquello equivalía a un juramento.»

La batalla del Marne

La batalla del Marne fue en realidad una serie de combates separados. Empezó en la tarde del día 5, cuando el VI Ejército francés, adelantándose hasta su línea de partida en el río Ourcq, atacó inesperadamente el flanco de Kluck, guardado por el IV Cuerpo de reserva, en las colinas al norte de Meaux.

Avanzada la tarde, un emisario de Moltke, que recorría el campo de batalla, llegó al cuartel general de Kluck. Era el teniente coronel Hentsch, jefe de la sección de información, cuya misión era explicar la situación real y hacer que Kluck se detuviera. Éste se resignó a una retirada, pero, ignorante todavía de la acción del Ourcq, se contentó con un pausado movimiento de retroceso que dejó la mayor parte de su ejército al sur del Marne.

Los tres ejércitos de la izquierda aliada realizaron un ligero avance el día 6. Hasta el día anterior, la F.E.B. y el V Ejército habían continuado la retirada, y el súbito cambio produjo cierta confusión en el ánimo de los soldados. El VI Ejército se detuvo a unos diez kilómetros del Ourcq. El río Marne y una brecha de trece kilómetros separaban su ala derecha de la F.E.B. Al sur, los I y II Ejércitos franceses resistían con éxito a los VII y VI alemanes, a las órdenes de Rupprecht, y el día 8 Moltke abandonaba finalmente la poco provechosa ofensiva de Lorena. El Ejército III (entonces al mando del general Sarrail) y el IV, franceses, se sostenían bien frente a los Ejércitos alemanes IV y V. Pero donde los alemanes de Hausen amenazaban al mucho más débil IX Ejército de Foch, había serias razones de inquietud.

El día 7, Gronau, reforzado por otros dos cuerpos de Kluck, llamados de la parte sur del frente, pudo contener sin gran dificultad a Maunourny al oeste del Ourcq. El agresivo Kluck concibió enton-



Izquierda: tropas alemanas avanzan a través de Bélgica. *1* Miembros de la Fuerza Expedicionaria Británica descansan en un pueblecito francés, en el curso de una de sus marchas agotadoras. Después de su encuentro con los británicos en Mons, Kluck sintió auténtico respeto por las cualidades combativas de la F.E.B. y, más tarde, la describió como «un ejército incomparable». *2* Batalla del Marne: soldados británicos, y

1

2

3

transporte a caballo, bajo la metralla de las granadas. *3* La infantería del V Ejército, de Franchet d'Esperey, se lanza al ataque durante la batalla del Marne. *4* Un tirador alemán, muerto. *5* Tropas alemanas durante el asedio de Amberes. *6* Autobuses de Londres llevan tropas británicas a la lucha durante la primera batalla de Ypres. *7* Comienza la guerra de trincheras: soldados alemanes cavándolas.

5



6



7



ces la idea de atacar al IV Ejército desde el norte, confiando que le empujaría hacia París y, siguiéndole, entraría en la capital. Para dar este golpe decisivo trasladó los dos cuerpos restantes, con asombrosa velocidad, del sur del Marne a su ala norte. Al hacerlo así abrió una brecha de unos treinta y dos kilómetros entre él y Bülow, brecha que quedaba disimulada por una cortina de nueve batallones de infantería (ocho de los cuales eran *Jäger*) y dos cuerpos de caballería en el Petit Morin.

La retirada alemana

Si los británicos fueron lentos en explotar esa ventaja, la culpa recae sobre el cuartel general más que sobre los hombres, que tenían buena moral cuando supieron que iban a atacar de nuevo. El avance de D'Esperey, el día 7, fue comparable al de la F.E.B., pero por entonces Foch, sometido a intensa presión, estaba siendo empujado hacia el sur, desde los pantanos de Saint-Gond. Fue el día 8 cuando mandó su legendario parte a Joffre: «Mi centro está cediendo, mi ala derecha retrocede. Una situación excelente. Mañana atacaré.» Pero los alemanes no esperaban ya una ruptura del frente; su finalidad era más bien librar a Bülow y cerrar la brecha. Poco antes de las 9 de la mañana del día 9, un aviador informó a Bülow que había cinco columnas británicas cuyas cabezas habían llegado al Marne o lo habían atravesado. Otro había informado ya que no había tropas alemanas en el camino de avance de la F.E.B. Advirtiendo a Kluck de su intención, Bülow cursó órdenes para un repliegue. Casi simultáneamente, Kluck ordenó también la retirada en la dirección general de Soissons. Hasta cerca de las cinco y media de la tarde no advirtieron los británicos que los alemanes estaban abandonando el campo de batalla. Su éxito no había resultado particularmente costoso: entre los días 6 y 10 de septiembre las bajas de la F.E.B. fueron de 1.701 hombres.

La batalla del Marne —en la que, según se ha calculado, unas cincuenta y siete divisiones aliadas (con ocho de caballería) hicieron retroceder a cincuenta y tres alemanes (con siete de caballería)— había terminado, y con ella moría el famoso Plan Schlieffen. Tácticamente sus resultados fueron decepcionantes, porque no se llevó hasta su término definitivo. Estratégicamente fue de profunda importancia, porque significó que había terminado toda esperanza de un golpe súbito que dejase a los aliados fuera de combate. Como en 1940, los alemanes contaban con una rápida *blitzkrieg* para derrotar a sus semimovilizados enemigos y ganar la guerra. ¿Pudieron haberla ganado? Los dos cuerpos de ejército enviados a Prusia oriental habrían sido más que suficientes para cerrar aquella famosa brecha. A Joffre no se le cuenta en general entre los grandes capitanes, pero había ganado una de las batallas más estratégicamente decisivas de todos los tiempos.

En la mañana del día 10 los alemanes habían desaparecido: Kluck se había retirado al Aisne, en la zona de Soissons, y Bülow al Vesle, en la zona de Reims. En general, no puede decirse que la persecución fuera enérgica, aunque se capturaron muchos medios de transporte, unos cuarenta cañones y unos 14.000 prisioneros. Pero el mal tiempo impidió los reconocimientos aéreos, y los franceses, cuyos hombres y caballos estaban cansados, sólo podían hacer, como promedio, diez o doce kilómetros diarios.

Había aún una brecha entre el I y el II Ejércitos alemanes, pero eso no lo sabían los aliados. El día 13, el VII Cuerpo de reserva, que había quedado libre por la caída de Maubeuge, llegó en el momento crítico para cerrar la brecha. Gracias a una marcha forzada de sesenta y cuatro kilómetros en un día, llegó a punto para oponerse al cuerpo de ejército de Haig.

La ofensiva había puesto en manos alemanas una décima parte de Francia, con gran parte de su carbón y de su hierro. El fracaso del Plan Schlieffen había llevado a la sustitución secreta de Moltke por el general Erich von Falkenhayn, ministro de la Guerra, que, a los cincuenta y tres años de edad, no era más que un muchacho comparado con la mayor parte de los comandantes de ejército del frente occidental. Ni él ni Joffre perdieron la esperanza en una rápida solución mediante una guerra de movimientos. Cuando la batalla del Aisne empezó a cristalizar en la guerra de trincheras de los cuatro años siguientes, ambos improvisaron planes para rodear el flanco norte del enemigo, entre el Oise y el mar. Con el ejército belga de campaña, integrado por 65.000 hombres, que se hallaba en Amberes, los aliados tenían ciertas esperanzas de conseguir algún éxito en Flandes. Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo, procuró reforzar la guarnición de la ciudad belga con una división naval de 12.000 hombres (30 de octubre), pero en sus dos terceras partes esos hombres no estaban ni bien adiestrados ni adecuadamente equipados. Los alemanes empezaron a bombardear la ciudad el día 7, y el general Deguise, comandante de la plaza, no intentó siquiera resistir hasta el final. Los fuertes del nordeste se rindieron dócilmente, sin bombardeo ni ataque previos, pero el ejército de campaña escapó hacia el río Yser.

Mientras tanto, Joffre se había mostrado de acuerdo en que las seis divisiones británicas del Aisne fueran trasladadas a Flandes, y éstas comenzaron a bajar de sus trenes cerca de Abbeville, el 9 de octubre. El mismo día la 7.ª División desembarcaba en Ostende, y, como Amberes había caído, se unía a la F.E.B.

Primera batalla de Ypres

Con Amberes en sus manos, Falkenhayn tuvo una fugaz oportunidad de romper el frente, porque podía disponer de cinco cuerpos de reserva para una acción instantánea. No eran las mejores tropas del mundo, porque «los soldados eran demasiado jóvenes y los oficiales demasiado viejos», pero dieron muestras de decisión en la primera batalla de Ypres, que se desarrolló sangrientamente entre Arras y el mar en aquel otoño (del 12 de octubre al 11 de noviembre).

La lucha se mostró al principio favorable para los aliados, pero el 21 de octubre los alemanes habían conseguido hacerse con la iniciativa, y descargaron sus golpes sobre las líneas aliadas por espacio de tres semanas. El propio Káiser se presentó en el campo de batalla para ser testigo de la ruptura del frente. El momento culminante de la batalla se produjo el día 31, cuando los alemanes rompieron la línea británica de Gheluvelt.

En un asombroso contraataque, inspirado por el brigadier general Fitzclarence, los 368 supervivientes del 2.º Regimiento de Worcestershire arrojaron a los alemanes fuera del terreno ganado. La batalla terminó cuando la Guardia Prusiana fue rechazada, el 11 de noviembre.

Se calcula que la F.E.B. perdió unos 50.000 hombres, y los alemanes al menos dos veces más, incluida casi la mitad de la infantería lanzada a la batalla. El frente occidental se extendía ahora desde Suiza hasta el mar, siguiendo la línea de los Vosgos, el Mosela, las colinas del Mosa, el Argonne, el Camino de las Damas y el Aisne, llegando hasta Dixmude por Armentières e Ypres. Todavía algunos creían que con la primavera volvería la lucha en campo abierto, pero la línea del frente no iba a moverse más de quince kilómetros a uno u otro lado durante los tres años siguientes.

Peter Young

El frente oriental

La máquina de guerra alemana funcionó al ritmo que se le impuso. Rusia, en cumplimiento de su acuerdo con Francia, acumuló sus masas de campesinos en el frente. Pero resultó evidente que la eficiencia alemana, los trenes alemanes y el material de guerra alemán podían hacer frente al «rodillo ruso», mientras perecía la flor del Ejército de Austria, la aliada de Alemania. En cuanto a los rusos, las anchas espaldas de los mujiks resistieron estoicamente.

Los órdenes de batalla en el frente oriental, con el mapa de la campaña (agosto-diciembre 1914).

Orden de batalla de alemanes y rusos
Prusia oriental, agosto 1914

Alemanes	**Rusos** (Grupo del noroeste)
VIII Ejército (Prittwitz, Hindenburg)	I Ejército (Rennenkampf) Cuerpos II, III, IV, XX
I, I de reserva Cuerpos XVII y XX	II Ejército (Samsonov) Cuerpos I, VI, XIII, XV, XXIII

Orden de batalla de austrohúngaros y rusos
Galizia, agosto 1914

Austrohúngaros	**Rusos** (Grupo del sudoeste)
I Ejército (Dankl)	IV Ejército (Salza)
IV Ejército (Auffenburg)	V Ejército (Plehve)
III Ejército (Bruderman)	III Ejército (Ruszki)
II Ejército (Ermolli) (traído de Servia)	VIII Ejército (Brusilov)

Orden de batalla de alemanes, austríacos y rusos
fines noviembre 1914 (batalla de Lodz)

Alemanes	**Rusos**
VIII Ejército	X Ejército
IX Ejército	I Ejército
	II Ejército (Lodz)
Austríacos	V Ejército
I Ejército	IV Ejército
IV Ejército	IX Ejército
III Ejército	III Ejército
II Ejército	VIII Ejército



En la semana siguiente a la invasión alemana de Bélgica, a unos mil trescientos kilómetros al este, las líneas de batalla del frente oriental, que iban desde los sombríos territorios fronterizos de la Prusia oriental, al norte, hasta los elevados Cárpatos, al sur, estaban ya trazadas, y los diversos ejércitos que se concentraban en ellas —el ruso, el austrohúngaro y el alemán— estaban a punto de ser puestos en movimiento. Los rusos, aunque la movilización no había aportado todavía más que un tercio de su potencial humano disponible, se proponían irrumpir en la Prusia oriental; los alemanes se aprestaban para defenderla. En el sur de Polonia y en Galizia, los austrohúngaros, con un ejército que era un combinado multinacional, formado por germanos, eslavos y magiares, se disponían a atacar a los rusos, mientras que éstos se proponían lanzar su principal ataque contra Austria-Hungría. El resultado fue que pronto se produjo un torbellino de batallas que devoró ejércitos enteros.

Los ejércitos que marchaban unos contra otros en el frente oriental actuaban de acuerdo con los planes de guerra que sus respectivos Estados Mayores Centrales habían preparado desde mucho antes de producirse el choque. Los planificadores alemanes se habían esforzado en dominar las dificultades de una guerra en dos frentes; en sus primeras variantes, el plan (confiando en la lentitud de la movilización rusa) dejaba sin cubrir la Prusia oriental, pero fue preciso rectificarlo al advertir el Alto Mando la severidad de la amenaza rusa: según el nuevo plan, el VIII Ejército guarnecería el frente de Prusia oriental, y su papel sería esencialmente defensivo. Austria-Hungría preparó dos planes de guerra. El primero, Plan B, consideraba únicamente la guerra con Servia, contra la cual se destinarían tres ejércitos, mientras los otros tres defenderían Galizia frente a los rusos. El segundo, Plan R, consideraba la guerra contra Servia y Rusia a la vez: dos ejércitos marcharían sobre Servia, y cuatro contra Rusia. Ésta, por su parte, desarrolló dos planes de guerra: uno defensivo, el Plan G, y otro ofensivo, el A. El Plan G suponía que los alemanes desencadenarían una ofensiva principal contra Rusia, y entonces los grupos de ejércitos del noroeste y el sudoeste empezarían por retirarse para lanzar luego una contraofensiva. El Plan A prescribía una ofensiva si los alemanes arremetían principalmente contra Francia: los ejércitos rusos atacarían en la Prusia oriental y en Galizia, dirigiendo el grueso de la fuerza rusa (cuatro ejércitos) contra los austríacos, con otros dos avanzando en la Prusia oriental.

Este cálculo militar estaba basado, no solamente en conjeturas sobre lo que ocurriría, sino también en las posibilidades del supuesto frente. Eclipsando todo lo demás, estaba el gigantesco saliente ruso (la Polonia rusa), con su joroba hacia el oeste, cuyo punto extremo se hallaba a unos 300 kilómetros de Berlín. Tal saliente era al mismo tiempo un trampolín y una trampa para los rusos; desde él podían saltar a Silesia, pero podían ser copados si las tropas alemanas procedentes de la Prusia oriental y las austrohúngaras procedentes de Galizia atacaban desde el norte y desde el sur para aislar el saliente. Prusia oriental estaba en una situación expuesta, pero, gracias a la atención prestada por los alemanes a sus comunicaciones internas, era fácilmente defendible. Por lo que se refiere a los planes, Alemania había decidido defender la Prusia oriental; Rusia, ante la insistencia de Francia, optó por el Plan A; Austria-Hungría, que puso primeramente en marcha el Plan B, lo cambió súbitamente por el Plan R (lo cual significaba hacer regresar de Servia a todo el II Ejército).

Los rusos inician las hostilidades

Al amanecer del 12 de agosto de 1914, bajo el cielo matutino en calma, las primeras unidades del I Ejército de Rennenkampf —unos escuadrones de caballería y un regimiento de fusileros— atravesaron la frontera de Prusia oriental. La invasión rusa había comenzado. En un ataque con-

vergente a cargo de dos ejércitos del grupo del noroeste del general Zhilinsky, el I Ejército de Rennenkampf atacaría desde el este y el II Ejército de Samsonov desde el sudeste, y se clavarían como dos garras en la Prusia oriental, para aplastarla y destruirla. Del lado alemán, el teniente general Von Prittwitz había ya empezado a desplegar los cuatro cuerpos del VIII Ejército asignados a la defensa de la Prusia oriental: para bloquear el ataque ruso desde el este, tres cuerpos tomaron posiciones a lo largo de la línea del río Angerapp, y un cuarto se desplegó al sur, entre los lagos y selvas de Tannenberg, cerrando el paso al ejército ruso que avanzaba desde el sudeste. Prittwitz, aprovechando las excelentes comunicaciones interiores, pudo ordenar sus fuerzas y hacer sus planes con pleno conocimiento de causa, pues se benefició del increíble descuido con que los rusos durante mucho tiempo transmitieron sus órdenes sin cifrarlas. Prittwitz no se enfrentaría con los dos ejércitos a la vez, sino primero con el de Rennenkampf y luego con el de Samsonov. Aunque las campanas de alarma empezaban a sonar a través de Prusia, parecía haber un margen de tiempo, y, en consecuencia, una garantía de seguridad.

El Ejército Imperial ruso, a ruegos de Francia, aceleró su ataque y, en consecuencia, lo hizo cuando aún no estaba completamente movilizado. No era ésa, sin embargo, su debilidad básica. Los verdaderos defectos eran más profundos. A los defectos de organización, adiestramiento y equipo se añadían las taras de una sociedad corrompida y ruinosamente ineficaz, en la que ninguna institución podía responder a las «demandas concretas y urgentes del estado de guerra». Además, el Ejército ruso estaba tremendamente falto de potencia artillera: aun en el supuesto de disponer de cañones, pronto solían acabársele las municiones. No obstante, los rusos pusieron en marcha su Plan A, y el ataque a la Prusia oriental entró lentamente en acción. El 17 de agosto, el I Ejército de Rennenkampf, avanzando desde el este, con sus columnas separadas y su flanco norte peligrosamente al descubierto, atravesó la frontera. Samsonov, en el sudeste, no tenía que avanzar hasta cinco días más tarde.

Mientras tanto, en el lejano sur, las tropas austrohúngaras habían cruzado la frontera rusa el día 10 de agosto. Siguiendo las prescripciones del Plan R, el mariscal de campo Conrad von Hötzendorf lanzó los ejércitos austrohúngaros desde la Polonia austríaca (Galizia) hacia el norte, para enfrentarse a las principales fuerzas rusas, que suponía se encontrarían en esa dirección. El supuesto del mariscal de campo resultó ser totalmente equivocado, pues las fuerzas rusas se encontraban en dirección al sudeste, lo que a su vez se debía a haberse anticipado equivocadamente el mando ruso a las intenciones austríacas. El general Ivanov, comandante del Grupo del sudeste, esperaba que los austríacos atacasen desde la dirección de Lemberg (Lwow), y era allí donde se proponía dar su gran batalla. Estos errores iniciales desempeñaron, pues, un papel preponderante en la formación de un frente de combate asimétrico, con la amenaza de los austríacos en el norte mientras los rusos desencadenaban un ataque masivo en el sur.

Al principio, los ejércitos austríaco y ruso chocaron a lo largo de la línea de avance de los austríacos hacia el norte (en direción de Lublin-Kholm), y, a partir del día 23 de agosto, se desarrollaron duros combates. Muy animado por los primeros resultados, Conrad reforzó su flanco izquierdo y ordenó al III Ejército que atacase al este de Lemberg, donde los rusos estaban a la expectativa; por haber pasado del Plan B al Plan R, Conrad pudo también contar con el II Ejército, retirado de Servia. El 26 de agosto, el ruso Ivanov inició su propia ofensiva con dos ejércitos (III y VIII), que lanzó contra el ya agotado III Ejército austríaco; éste se retiró en desorden. A fines de agosto, Conrad se hallaba ante una situación confusa aunque en modo alguno desesperada: perspectivas de triunfo en el norte y peligro amenazador en el sur. El mariscal de campo decidió atacar por el frente a Lemberg, lo cual no era en sí mismo una decisión descabellada, pero el modo en que la puso en ejecución acabó por ofrecer a Ivanov la oportunidad de romper completamente todo el frente austríaco.

Los rusos, atrapados

Aunque los ejércitos rusos estaban a punto de alcanzar un amplio triunfo en Galizia, los que habían invadido Prusia oriental se hallaban en una apurada situación. A partir del momento en que se inició la invasión, la lucha adquirió caracteres de salvaje violencia, sobre todo cuando el impetuoso comandante del I Cuerpo de Ejército alemán, general François, obligó a Rennenkampf a presentar batalla ante la línea escogida por Prittwitz. El imprudente Rennenkampf se dejó empujar, favoreciendo así el desarrollo de los planes alemanes. El 20 de agosto Samsonov inició su avance desde el sudeste, lo que era una señal para que Rennenkampf hiciera un prudente alto, en espera de que Samsonov pudiera reunírsele. Prittwitz se decidió a la acción, y propuso lanzar un contraataque a Rennenkampf, con gran disgusto de su jefe de operaciones, Max Hoffmann, porque aquello significaba descomponer la línea alemana. El general François dirigió una vez más su I Cuerpo contra Rennenkampf y otros cuerpos se enzarzaron en la «batalla de Gumbinnen», feroz encuentro del que el XVII Cuerpo alemán salió muy malparado. Las noticias acerca de este combate, la información sobre el avance de Samsonov, y el pánico de que los rusos pudieran irrumpir a través de la brecha de Intersburg, aislando al VIII Ejército, fueron causa de que Prittwitz, desmoralizado, decidiese, ante la consternación de sus comandantes, retroceder precipitadamente hasta el Vístula. Deseoso de retirarse a toda costa, Prittwitz intentó impresionar al Alto Mando con los detalles del desastre, que refirió por teléfono a Helmuth von Moltke (el jefe del Estado Mayor Central alemán), que se hallaba en Coblenza: había que llegar al Vístula, y Prittwitz dudaba de poder hacerlo si no se le enviaban refuerzos.

Aquella llamada de socorro del Este se dejó oír en medio del fragor de la gigantesca batalla que entonces se desarrollaba en el Oeste. Moltke, sin perder tiempo, nombró al mayor general Erich Ludendorff jefe de Estado Mayor, y al general Paul Hindenburg (hasta entonces en la lista de retirados) nuevo comandante del VII Ejército; Prittwitz fue, pues, bruscamente relevado. Abandonada la idea de una retirada precipitada en el Este, Hoffmann imaginó un plan para trasladar ante Samsonov algunas de las tropas que se enfrentaban a Rennenkampf. Éste no supo sacar todo el partido posible del éxito de Gumbinnen, y permaneció en el norte sin decidirse a tomar ningún partido: constituía una amenaza en potencia pero inefectiva. Samsonov avanzaba despacio, enzarzado en constantes discusiones con Zhilinsky. El mando del VIII Ejército se enfrentaba a una pregunta decisiva: ¿ten-

Derecha: **ametralladoras rusas resisten encarnizadamente el avance alemán, en la batalla de Tannenberg. Una realista reconstrucción cinematográfica.**




1


2


3

1 y 2 **Fuerzas alemanas y rusas en acción durante la lucha en el frente oriental.**

3 **El general Samsonov, que se suicidó tras la batalla de Tannenberg.**

4 **Tropas austrohúngaras, en Galizia, atienden a un herido. Los primeros meses de la guerra fueron desastrosos para Austria-Hungría.**

4

dría tiempo de atacar a Samsonov antes de que Rennenkampf acudiese en su auxilio desde el norte? En la mañana del 25 de agosto este problema recibió una solución repentina y sorprendente: sin utilizar ningún código secreto, Rennenkampf notificó por radio su línea de avance y la distancia a que se encontraba. Ello demostraba que el I Ejército ruso no podría atacar por detrás al VIII Ejército alemán. En cuanto a Samsonov, que suponía estar persiguiendo a un enemigo derrotado, decidió dar descanso a sus tropas el 25 de agosto. Parecía como si los rusos estuvieran invitando a los alemanes a aniquilarlos. No obstante, posteriores noticias llegadas de su Alto Mando trajeron nueva inquietud a los alemanes: en Coblenza, Moltke había decidido sacar tres cuerpos y una división del frente occidental —donde todas las unidades eran necesarias— para reforzar el oriental. El 26 de agosto habían sido retirados ya dos cuerpos y una división de caballería, una acción que Moltke justificó alegando que en el Oeste ya se había superado la fase decisiva. Pero los tres cuerpos, que debían ser transportados en trenes militares a través de toda Alemania, no podían «salvar» la Prusia oriental, y se perdían para el frente occidental, cuya ala derecha había quedado desguarnecida.

Mientras tanto, el VIII Ejército se desplazaba hacia el sur. Las «tenazas» rusas se agitaban en el aire: en el *Stavka* (cuartel general ruso) crecía la inquietud ante la tardanza de Rennenkampf. Zhilinsky no urgía a Rennenkampf a que se reuniese con Samsonov, al que no juzgaba en peligro. El 26 de agosto, el II Ejército de Samsonov reemprendió el avance y sus unidades centrales fueron entrando, sin la menor sospecha, en la trampa alemana, cerrada por cuatro cuerpos de ejército: todo el peso del VIII Ejército —con la sola excepción de una división que se enfrentaba a Rennenkampf en el norte— cayó sobre los hambrientos y mal vestidos hombres de Samsonov. La «batalla de Tannenberg», que se desarrolló durante tres angustiosos días, envolvió a tres cuerpos de ejército rusos (XIII, XV y XXIII) en la red alemana: los cañones germanos aplastaron las divisiones rusas, cuyas filas se desintegraron, continuando luego la lucha entre los bosques y los pantanos. El día 29 Samsonov conoció la magnitud de la catástrofe: pasó aquella tarde acurrucado en un claro del bosque. Poco después de la medianoche se levantó y se pegó un tiro. Los alemanes hicieron 100.000 prisioneros y se apoderaron de gran número de cañones. Dos cuerpos rusos (el XIII y el XV) quedaron aniquilados, otro (el XXIII) gravemente diezmado, y los dos cuerpos de los flancos vieron reducidas sus fuerzas a las de meras divisiones.

La derrota de Samsonov no significaba más que la mitad del desastre. Rennenkampf, al norte, estaba ahora destinado a la destrucción, y el VIII Ejército, atravesando la Prusia oriental como un torrente y reforzado por los contingentes llegados del Oeste, se reagrupó para atacar una vez más. El 5 de septiembre empezó el ataque alemán contra el flanco izquierdo de Rennenkampf, dando comienzo la «batalla de los Lagos Masurianos»; en el centro, Rennenkampf resistió el empuje alemán, pero a costa de debilitar al conjunto del I Ejército ruso. El 9 de septiembre Rennenkampf ordenaba una retirada general para sacar al I Ejército de la trampa en que se había metido, y se lanzó también con dos divisiones a un desesperado ataque para frenar el ala derecha alemana. La infantería retrocedió penosamente hacia el este, hasta atravesar la frontera rusa. Su ejército logró escapar, pero había sufrido un severo castigo y la pérdida de 100.000 hombres. La invasión de Prusia oriental, que costó a los rusos casi un cuarto de millón de bajas, había fracasado. Zhilinsky trató, sin éxito, de descargar el peso de la responsabilidad sobre Rennenkampf. Pero éste —cuya conducta despertó sospechas de traición— logró mantenerse en su puesto, en tanto que Zhilinsky era destituido.

La derrota de los austríacos

Nueve de septiembre de 1914. Los alemanes han fracasado en el Marne; Samsonov ha muerto y Rennenkampf ha tenido que retroceder; los rusos han sido derrotados en la Prusia oriental y se han apuntado algún triunfo en Galizia. Conrad, al tratar de ponerse a cubierto, en Lemberg, dejó abierta una brecha al norte, y el V Ejército ruso irrumpió por ella. Para evitar que le coparan, el mando austríaco ordenó una retirada general que degeneró en combates desordenados, confusos y tumultuosos. Todo el frente austrohúngaro se derrumbó en una profundidad de ciento cincuenta kilómetros y se perdieron 300.000 hombres en la catástrofe de Galizia. Las tropas rusas tomaron Lemberg y siguieron su arrollador avance para aislar la gran fortaleza de Przemysl, copando a otros 100.000 hombres. En este desastre, los ejércitos austrohúngaros perdieron mucho más de lo que sugieren las cifras, pues

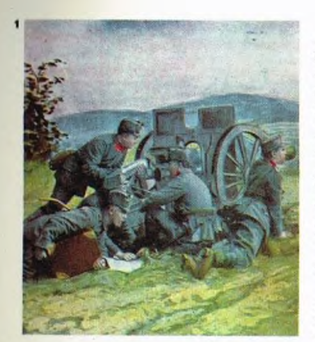


Oficiales austríacos; su Ejército no había participado en una guerra desde hacía ya casi medio siglo.

murieron o fueron capturados muchos de los oficiales que constituían la flor y nata del Ejército austrohúngaro. La derrota completa —pues no fue menos que eso— de los austríacos en Galizia creaba nuevos peligros para Alemania: los rusos estaban ya abriéndose camino hacia Silesia. La situación reclamaba más tropas alemanas, pero Erich von Falkenhayn (que había reemplazado a Moltke después de la primera batalla del Marne) no estaba dispuesto a permitir que ningún soldado abandonase el frente occidental. Hindenburg sacó, pues, de Prusia oriental cuatro de los seis cuerpos que la defendían, con objeto de formar un nuevo ejército alemán en el Este, el IX, que empezó a desplegarse en Czestochowa a finales de septiembre, junto al I Ejército austríaco. Ambos bandos —rusos y alemanes— estaban en aquellos momentos planeando lanzarse de nuevo al ataque.

Pero Hindenburg fue quien dio el primer golpe, empleando su nuevo IX Ejército y dirigiéndose en línea recta hacia la colosal base rusa de Varsovia; éste era el ataque que los austríacos habían pedido a fines de agosto. Los rusos se enteraron entonces, por vez primera, de la existencia del IX Ejército, y enviaron precipitadamente a todos los hombres disponibles al Vístula para detener el avance alemán. Tropas austríacas iniciaron también un ataque hacia la línea del río San. A finales de septiembre el IX Ejército avanzaba arrolladoramente, y el 9 de octubre Hindenburg se hallaba en el Vístula. Tres días más tarde las tropas alemanas em-

1



2



1 **Ilustración de una tarjeta postal: artilleros austrohúngaros.** *2* **Viejo obús ruso; un arma de aspecto primitivo, pero eficaz, que los rusos habrían precisado poseer en mayor cantidad.**

pezaron su avance sobre Varsovia. Para defender la ciudad, el Alto Mando ruso aceleró el traslado de regimientos siberianos del Extremo Oriente, tropas que habían quedado disponibles para el servicio en la Rusia europea cuando, a fines de agosto, el Japón entró en guerra contra Alemania y dejó de constituir una amenaza para Rusia. Después de un viaje en tren de un mes de duración, los regimientos extremoorientales llegaron a Varsovia y entraron directamente en acción, librando sangrientos combates a la bayoneta ante las murallas de la ciudad.

A mediados de octubre ante dos ejércitos rusos (el I y el II) que amenazaban su flanco norte, Hindenburg juzgó prudente replegarse; el IX Ejército empezó a retroceder, mientras los austríacos empujaban hacia el sur. Al acabar el mes, las tropas alemanas y austríacas estaban de vuelta a las posiciones que habían ocupado un mes antes. Ahora el mando ruso podría lanzar una ofensiva, invadiendo Silesia con cuatro ejércitos, mientras un quinto ejército (el I, todavía a las órdenes de Rennenkampf) protegería el flanco norte desde sus posiciones del Vístula.

Errores de los rusos

Una vez más, con una negligencia incomprensible, los rusos vocearon a los cuatro vientos sus movimientos, y una vez más el mando ruso dejó de tener en cuenta la rapidez alemana para rectificar su despliegue.

El IX Ejército alemán, formidable y eficiente, estaba ya dirigiéndose a toda prisa, gracias a sus buenas comunicaciones por ferrocarril, hacia su nueva zona de concentración, una posición estratégica entre Poznan y Thorn; el lugar del IX Ejército en la línea germanoaustríaca fue ocupado por el II Ejército austríaco, trasladado desde los Cárpatos.

Quedaba así preparado el escenario para lo que sería el más feroz combate sostenido hasta entonces. Hindenburg y Ludendorff asumían ahora el alto mando de las tropas alemanas en el Este. Jefes indiscutibles, como lo demostraban sus triunfos en Prusia oriental, ambos se hallaban en aquella línea ascendente que acabaría por llevarles hasta el supremo control militar de los destinos alemanes. Era allí, en el Este, donde pensaba Ludendorff conseguir, según había imaginado Schlieffen, aquella victoria total y decisiva que había sido imposible alcanzar en el Oeste.

Para defenderse de los rusos, el mando alemán decidió anticiparse a su ataque. Con el IX Ejército en su nueva zona de operaciones, ahora bajo el mando del general Von Mackensen, el plan alemán preveía una operación para el 11 de noviembre destinada a descomponer la ofensiva rusa a Silesia con un contraaque lanzado entre los Ejércitos rusos I y II. En el frente occidental Falkenhayn estaba metido en la última gran batalla de 1914, en Ypres, y, habiendo roto las líneas británicas hacia el sudeste, divisaba una posibilidad de victoria: no era posible prescindir de ningún hombre para enviarlo al frente oriental. Hindenburg y Ludendorff, por su parte, no podían esperar, persuadidos como estaban de la gravedad de la amenaza rusa. El 11 de noviembre, según lo planeado, el IX Ejército atacó por el oeste y noroeste del Lodz. Esta acción no impidió que los rusos lanzasen sus ejércitos contra Silesia tres días más tarde, pero en las cuarenta y ocho horas siguientes la ofensiva rusa fue bruscamente detenida. El IX Ejército alemán se había lanzado precisamente entre los Ejércitos rusos I y II, y esta vez la culpa del fracaso recaía inequívocamente en Rennenkampf, que dirigía el I Ejército. El día 16 el Alto Mando ruso comprendió por fin la gravedad de la situación: habían esperado envolver y aplastar el IX Ejército alemán, pero Mackensen logró separar a los cuerpos de ejército de Renennkampf, mal enlazados como estaban, y se lanzó luego contra el flanco derecho del II Ejército ruso, que por segunda vez corría el riesgo de ser destruido.

El fracaso de Rennenkampf

Ante la amenaza del inminente invierno, la lucha por Lodz y por la vida o la muerte del II Ejército ruso se prolongó hasta los primeros días de diciembre. Furiosos combates tuvieron lugar mientras los alemanes cerraban el cerco y los rusos trataban de romperlo. El V Ejército ruso recibió la orden de reunirse con el II; dos cuerpos rusos, avanzando a marchas forzadas, consiguieron hacer retroceder el flanco derecho del IX Ejército. El flanco izquierdo de éste dio una vuelta sobre sí mismo, al sudeste de Lodz, ofreciendo a los rusos la oportunidad de encerrarlo a su vez en una trampa; empero, a fines de noviembre, los cuerpos alemanes habían logrado forzar el inminente cerco. Finalmente, ni la trampa alemana ni la rusa habían llegado a cerrarse del todo, pero en los primeros días de diciembre las tropas rusas empezaron a retirarse de Lodz, en donde entraron los alemanes que iban pisándoles los talones. Después de su fracaso en aquella batalla, Rennenkampf fue finalmente desposeído del mando del I Ejército y el nuevo comandante, general Litvinov, ordenó en seguida una retirada a la línea de los ríos Bzura y Rawka, donde invernaría.

La batalla de Lodz, aunque no haya disfrutado de la fama de la de Tannenberg, no fue menos decisiva; aun cuando sus planes tácticos quedasen frustrados, Hindenburg y Ludendorff habían desbaratado completamente la ofensiva rusa contra Alemania.

John Erickson

Servia devuelve el golpe

Cuando los ejércitos del Imperio Austro-húngaro atravesaron el río Sava, el día 11 de agosto de 1914, su jefe de Estado Mayor tenía plena confianza en el éxito de la operación. Descansadas, bien equipadas, siguiendo un plan estratégico cuidadosamente establecido, las tropas imperiales no debían tener muchas dificultades para «castigar» a la insolente Servia, «ese reino de porquerizos». Pero la realidad fue muy otra...

Atenta a la ofensiva desencadenada por los alemanes contra París y al desastre de los rusos en Tannenberg, la prensa mundial tendió a olvidar que la disputa inicial de 1914 se había producido entre el pequeño reino balcánico de Servia y su poderoso vecino, el Imperio Austro-húngaro. Sin embargo, los primeros disparos de la I Guerra Mundial no fueron efectuados por la infantería que avanzaba en el occidente de Europa ni por la artillería concentrada en la frontera oriental de Alemania, sino por los cañones navales austríacos, a muchos kilómetros del mar. Porque el 29 de julio de 1914, cinco días antes de que la guerra empezase en el Oeste, dos monitores de la flotilla del Danubio descendieron por el río desde su amarradero, en la ciudad fronteriza austrohúngara de Zemun, dispararon algunas salvas contra Belgrado y regresaron, río arriba, cuando los cañones servios, desde las alturas que bordean la ciudad, comenzaron a contestar al fuego.

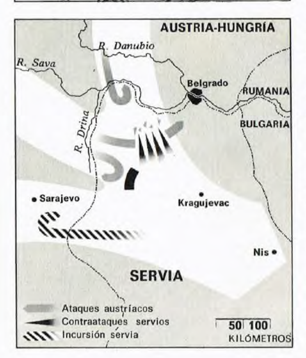
Militarmente aquel duelo aislado carecía de importancia, ya que fue seguido por largos días de calma ininterrumpida a lo largo del Danubio, pero ponía de relieve algo que el mapa exhibía con harta claridad: Belgrado era la única capital europea situada sobre una frontera internacional. No es sorprendente que el Estado Mayor servio supiese que la ciudad sería el primer objetivo austrohúngaro, y que hubiese hecho ya todos los preparativos para el esperado asalto. Incluso antes de que se declarara la guerra, la corte y el Gobierno se trasladaron a Nis, y las colinas de piedra caliza que rodean Belgrado fueron ocupadas por tropas y cañones. El mariscal Radomir Putnik, el jefe del Estado Mayor servio, de sesenta y siete años de edad, estaba dispuesto a defender la ciudad calle por calle. Pero sabía que el golpe podía darse en algún otro lugar, a lo largo de los cuatrocientos kilómetros de frontera con Austria-Hungría. Y, decidido a no dejarse sorprender, concentró sus divisiones de reserva al sur de Belgrado, donde dispondrían de mayor libertad de movimientos. Fue un gran acierto.

El plan de guerra austríaco contra Servia —Plan B— había sido preparado por el general Conrad von Hötzendorf, el agresivo jefe de Estado Mayor, quien había insistido en la conveniencia de un ataque preventivo a Servia ya en tiempos de la crisis de Bosnia, en 1908. El plan era estratégicamente mucho más sutil de lo que imaginaba el Estado Mayor servio, porque Conrad se proponía destruir «ese reino de porquerizos» no mediante un asalto frontal a Belgrado, sino con un movimiento envolvente que desde el oeste y el noroeste penetraría profundamente en las tierras balcánicas. Tres ejércitos austríacos iban a concentrarse a lo largo del río Sava y de su tributario, el Drina. El V Ejército tendería un puente sobre el Drina y avanzaría cuarenta kilómetros en tierra servia, hasta la pequeña ciudad de Valjevo, apoyado por el II Ejército, que cruzaría el Sava, al norte, y por el VI, que avanzaría desde Bosnia, al sudoeste. Esta fuerza invasora, con un total de 400.000 hombres, establecería un frente desde Belgrado hasta Vzice pasando por Valjevo, y marcharía luego sobre Nis y la frontera búlgara, en un avance que no solamente cortaría Servia por la mitad sino que tendría el efecto incidental de ocupar la única fábrica de municiones servia, en Kragujevac. Conrad calculaba que en catorce días Servia quedaría destruida como unidad nacional.

Los austríacos parecían tener todas las ventajas. Sus tropas estaban descansadas, ya que, mientras los servios habían librado dos guerras en pocos años, hacía casi medio siglo que los austríacos no habían empuñado las armas. Los servios carecían de material (fusiles, ametralladoras y artillería pesada) y se encontraban separados de sus aliados occidentales. Sólo mediante la llamada a filas de los reservistas de sesenta y setenta años de edad los servios podían igualar en número a las fuerzas enemigas concentradas a lo largo de su frontera occidental; y aún tenían que mantener los ojos atentos al Este, por si Bulgaria sentía la tentación de desquitarse de su derrota en la segunda guerra balcánica. Pero la moral

Caricatura publicada por el «Punch», en diciembre de 1914. Austria, castigada, dice: «Siempre afirmé que iba a ser una expedición de castigo.»
Abajo: **mapa que indica el plan austríaco para la invasión de Servia (la gran flecha blanca) y lo que ocurrió en realidad.**





servia era elevada, en tanto que la de algunos de los regimientos eslavos de Austria-Hungría, particularmente los checos, era pésima: iban al combate con desgana, deseosos de desertar. Por otra parte, nadie estaba seguro de cómo reaccionarían los campesinos servios si se les ordenaba abandonar sus hogares ante el invasor.

Castigar a los servios

Tanto confiaba Conrad en una fácil victoria, que dejó las operaciones de los Balcanes en manos de un subordinado y partió para el cuartel general de Galizia, donde la amenaza rusa planteaba problemas más acuciantes. Al mismo tiempo, impuso restricciones al empleo del II Ejército, porque pronto necesitaría sus 75.000 hombres para luchar contra los rusos; podría ser utilizado para efectuar una demostración contra los servios, pero no a costa de exponerlo a sufrir bajas importantes. El hombre al que Conrad confió el Plan B era el gobernador de Bosnia, general Oskar Potiorek, que deseaba ardientemente castigar a los servios, porque había estado sentado frente al archiduque Francisco Fernando en aquel fatídico día de junio en Sarajevo, cuando los disparos de Princip pusieron fin a la paz de Europa.

Al principio, todo salió bien. El II Ejército atravesó el Sava durante la noche del 11 de agosto, y tomó la ciudad servia de Sbac sin dificultad. Al amanecer del 12 de agosto, el V Ejército pasaba el Drina a unos 60 kilómetros más al sur, en un punto en que el río tenía unos cien metros de ancho, pero donde pequeñas islas ofrecían protección a las tropas de asalto. Pero una vez el V Ejército hubo alcanzado la orilla opuesta, quedó bajo el fuego concentrado de dos divisiones servias, que combatían en sus propios distritos de origen, en el valle del pequeño río Jadar. El terreno, en suave declive, favorecía a los defensores, que estaban bien atrincherados a lo largo de una línea de colinas. El calor era sofocante y los austríacos comprendieron que sólo podían realizar un avance lento y penoso. Al segundo día, la ofensiva se detuvo, treinta kilómetros antes de llegar a su objetivo, Valjevo. Estaba claro que los austríacos tendrían que desalojar a los servios de las colinas antes de poder proseguir su avance.

Putnik envió a toda prisa cuatro divisiones de refresco para ayudar a sus tropas a lo largo del Jadar, con algunos esforzados veteranos que, a pesar del calor, cubrieron cien kilómetros en cuarenta y ocho horas. Los servios se encontraban protegidos entre las grietas rocosas del monte Cer, donde una fortaleza originariamente construida por el emperador romano Trajano coronaba una cresta a unos 700 metros de altura. Las pérdidas austríacas fueron terribles, pero durante cuatro días avanzaron entre los bosques y las anfractuosidades del terreno. Potiorek pidió desesperadamente a Conrad, por medio de telegramas, que permitiera al II Ejército avanzar hacia las montañas al sur de Sabac, pero pronto el II Ejército fue también detenido por un obstáculo natural: los bastiones de roca. Con el VI Ejército todavía en espera de la orden de avance, el ánimo de Potiorek empezó a decaer y, cuando los servios lanzaron un contraataque, el 19 de agosto, hizo que sus tropas se retiraran al otro lado del río. El 24 de agosto los austríacos habían abandonado por completo el territorio servio.

Las influyentes relaciones con que contaba Potiorek en la corte de Viena le salvaron de caer en desgracia. Insistió en que había realizado una retirada estratégica para reagrupar sus fuerzas con vistas a un segundo ataque. En efecto, dos semanas más tarde —el 7 de septiembre— los austríacos lanzaron otra ofensiva a través del Drina. El II Ejército ya había sido entonces trasladado a Galizia y Potiorek confiaba en una poderosa acometida de los Ejércitos V y VI combinados, y en una utilización a fondo de la superioridad artillera austríaca. Esta vez los servios sufrieron duras pérdidas, porque una de sus divisiones había penetrado en territorio húngaro y fue alcanzada por los cañones de Potiorek cuando se proponía cruzar de nuevo el Sava; las bajas servias fueron de casi cinco mil hombres en unas pocas horas. Pero cuando los austríacos llegaron a enfrentarse con el sólido muro del Cer fueron detenidos de nuevo. Además, al advertir que Potiorek había dejado débilmente defendidos los accesos a Bosnia, Putnik ordenó audazmente a dos divisiones servias que tratasen de rodear el flanco austríaco y marchar sobre Sarajevo. Fue un contragolpe que tuvo pleno éxito, puesto que Potiorek interrumpió inmediatamente la batalla en el Drina inferior, y durante siete semanas persiguió a la escurridiza fuerza servia a través de los bosques de Bosnia, para salvar Sarajevo. Una vez más los austríacos habían visto truncados sus planes.

Con gran optimismo, las tropas austríacas cruzan el Sava. A los tres meses volverían a cruzarlo en sentido contrario, derrotadas por el valiente Ejército servio.



Lluvia, hielo y nieve

El tiempo estaba, sin embargo, de parte de los austríacos: ellos disponían de hombres y de material, y los servios no. Cuando la lluvia y el hielo azotaron las montañas balcánicas, convirtiendo en un cenagal las líneas de aprovisionamiento servias, Potiorek se preparó para una tercera acometida a través del Drina. En la primera semana de noviembre un atronador bombardeo resonó por todo el valle del Jadar: la artillería austríaca trataba de aniquilar las defensas servias y reducir a escombros todos los pueblos. Sólo cuando las orillas del río habían quedado convertidas en un desolado desierto se atrevieron los austríacos a avanzar.

Los servios se vieron obligados a retroceder hacia los pasos de las montañas, barridos por la lluvia. Las carreteras estaban embotelladas por los refugiados, y los regimientos servios diezmados por las deserciones, porque los campesinos se preocupaban sobre todo de salvar de los invasores a sus familias. En la llanura, los ríos se habían desbordado, y los puertos estaban cubiertos por una espesa capa de nieve; pero Potiorek seguía empujando resueltamente, convencido de que cualquier dificultad con que tropezaban sus hombres se daba multiplicada en las filas servias. Seguro de la victoria, ordenó a un regimiento de caballería húngaro que se dirigiese hacia el norte y entrase en Belgrado. El miércoles 2 de diciembre era el sesenta y seis aniversario de la coronación de Francisco José, y Potiorek, cortesano por naturaleza, pudo celebrar el día ofreciendo a su Emperador, por primera vez en un reinado extremadamente largo, el regalo de la toma de una capital enemiga.

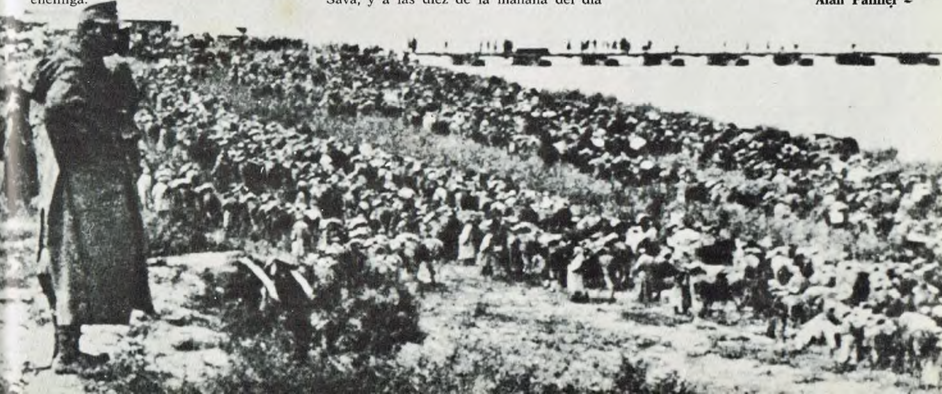
Los austríacos sabían que los servios carecían de reservas y de municiones. Suponían que la campaña había terminado y que sólo bandas errantes de guerrilleros seguirían ofreciendo resistencia. Con un exceso de confianza avanzaron hacia la línea de montañas que presiden el valle del Morava, columna vertebral del reino de Servia. Pero el espíritu servio no se había rendido. Aquella noche, el rey Pedro —«un viejo agotado, al borde de la tumba», según patéticamente se describía a sí mismo— se unió a sus súbditos campesinos en la línea de batalla, con un fusil y cuarenta cartuchos. Y el 3 de diciembre, cogiendo a los austríacos completamente por sorpresa, los servios se lanzaron contra las posiciones enemigas, como si, a semejanza de sus antepasados de 1389 en Kosovo, deseasen morir luchando antes que ver a su país esclavo. Fue una ofensiva sin precedentes en los tiempos modernos, un movimiento desesperado, contrario a todos los preceptos de los libros de texto militares, pero que rompió completamente las líneas austríacas.

Júbilo en Belgrado

Treinta horas después los invasores eran empujados hacia el crecido río Kolubara. En aquellas traicioneras circunstancias climatológicas, los austríacos fueron tan poco capaces de ofrecer una resistencia sistemática como lo habían sido los servios en las cuatro semanas precedentes. Potiorek, en su deseo de tomar Belgrado, había extendido indebidamente la línea del frente, y los servios se abatieron sobre el punto más débil del enemigo. El 13 de diciembre los austríacos se retiraban precipitadamente a través del Sava, y a las diez de la mañana del día 15 un destacamento de tropas servias escoltaba al rey Pedro hasta Belgrado, ciudad que festejaba el triunfo. Aquel mismo día, en Nis, el Gobierno servio hizo público un orgulloso comunicado: «En todo el territorio del Gobierno servio no queda ni un solo soldado enemigo en libertad.» Y, en Viena, un anuncio oficial informaba de que «dificultades de aprovisionamiento» habían hecho necesaria la retirada de Servia del Ejército Real e Imperial, al tiempo que la mala salud del general Potiorek le había llevado a solicitar su relevo del mando.

Los invasores derrotados sufrieron más de cien mil bajas. Cañones abandonados y cajas de municiones quedaban esparcidos por los escarpados caminos de montaña. Los servios se reaprovisionaron de armas y pertrechos. Pero Putnik sabía que, aunque Servia se había salvado momentáneamente, nunca podría llevar la guerra más allá de sus fronteras. El Ejército servio había perdido más de la mitad de sus mejores tropas, y, detrás de las líneas, el tifus hacía estragos como una epidemia de peste medieval. Solamente la ayuda de los aliados occidentales podría convertir el triunfo de Kolubara en una victoria decisiva. Con Europa dividida de norte a sur por la guerra, no parecía haber modo de que esa ayuda pudiese llegar a un reino aislado tierra adentro, a menos que los griegos permitiesen a británicos y franceses utilizar el puerto de Salónica y el ferrocarril del valle del Vardar. Pero tenían que pasar otros diez meses antes de que Grecia se convenciese de que debía dejar de ser neutral, momento en que ya había pasado la oportunidad de llevar la guerra a Austria-Hungría.

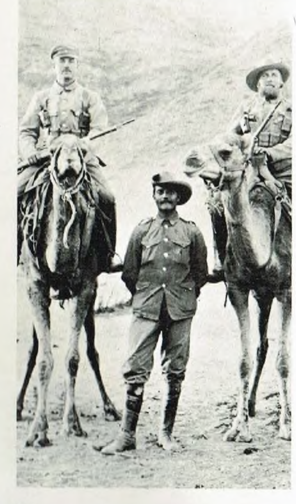
Alan Palmer



La guerra se propaga

En Francia, los dos ejércitos contendientes han llegado a un punto muerto: es la guerra de trincheras. En el Este, el duro invierno ha impuesto una tregua a las hostilidades. Pero la guerra se propaga. Turquía acaba por verse envuelta en el torbellino. La guerra se extiende también a los territorios coloniales de todo el mundo.

Patrulla alemana en el Africa sudoccidental. La pugna entre las potencias europeas se extendió a sus colonias de Africa y Asia.



En un magnífico día de otoño de 1914, el coronel Maurice Hankey, secretario del Consejo de la Guerra, se detuvo en su viaje a través de los South Downs para contemplar a los hombres del ejército de Kitchener que hacían instrucción en aquellas tierras habitualmente desiertas. Vestían trajes civiles, pues aún no se les había podido proporcionar uniformes ni fusiles. Por centenares de miles habían respondido a la llamada para el alistamiento voluntario, abrumando la anticuada máquina militar.

En el frente occidental los alemanes habían sido contenidos en el Marne. Luego había venido la llamada carrera hacia el mar, cuando los ejércitos contendientes trataron de rodearse mutuamente por el flanco norte, sólo para chocar unos con otros cuando uno de ellos intentaba la maniobra. A mediados de noviembre, cuando fracasaron los últimos desesperados ataques alemanes contra una defensa igualmente desesperada en Ypres, dejó de haber un flanco vulnerable. El ataque tenía que ser, pues, frontal; pero el ataque frontal había ya fallado repetidas veces, con pérdidas gravísimas. En la primavera los ejércitos estarían firmemente atrincherados, tras espesas marañas de alambradas, con ametralladoras en número siempre creciente.

En el frente oriental los alemanes habían aplastado a los rusos que invadieron Prusia oriental, en Tannenberg y en los Lagos Masurianos, pero en la compleja serie de batallas en torno a Lemberg (Lwow) —que casi coincidió cronológicamente con la del Marne— los rusos habían arrojado a los invasores austrohúngaros contra los Cárpatos. También allí el mes de noviembre había presenciado un segundo asalto, cuando los alemanes fueron en ayuda de sus aliados y derrotaron a los rusos en Lodz. Detenidos por el invierno de la Europa oriental, los quebrantados ejércitos descansaron para curar sus heridas; pero allí, en las vastas llanuras orientales, continuaba existiendo la posibilidad —a diferencia de lo que pasaba en el Oeste— de que los ejércitos maniobrasen uno contra otro.

Al sur, el heroico Ejército servio sobrevivía sorprendentemente, después de infligir exasperantes derrotas a los austrohúngaros. Pero estaba agotado, debilitado por las bajas sufridas y falto de provisiones. El tifus se cebaba en sus filas. Bulgaria, que conservaba vivo el recuerdo de las graves injurias recibidas en la segunda guerra balcánica, permanecía aún indecisa, pero amenazaba su flanco. También Austria-Hungría se veía amenazada por nuevos enemigos, porque Italia y Rumania estaban tratando con los aliados para entrar en la guerra.

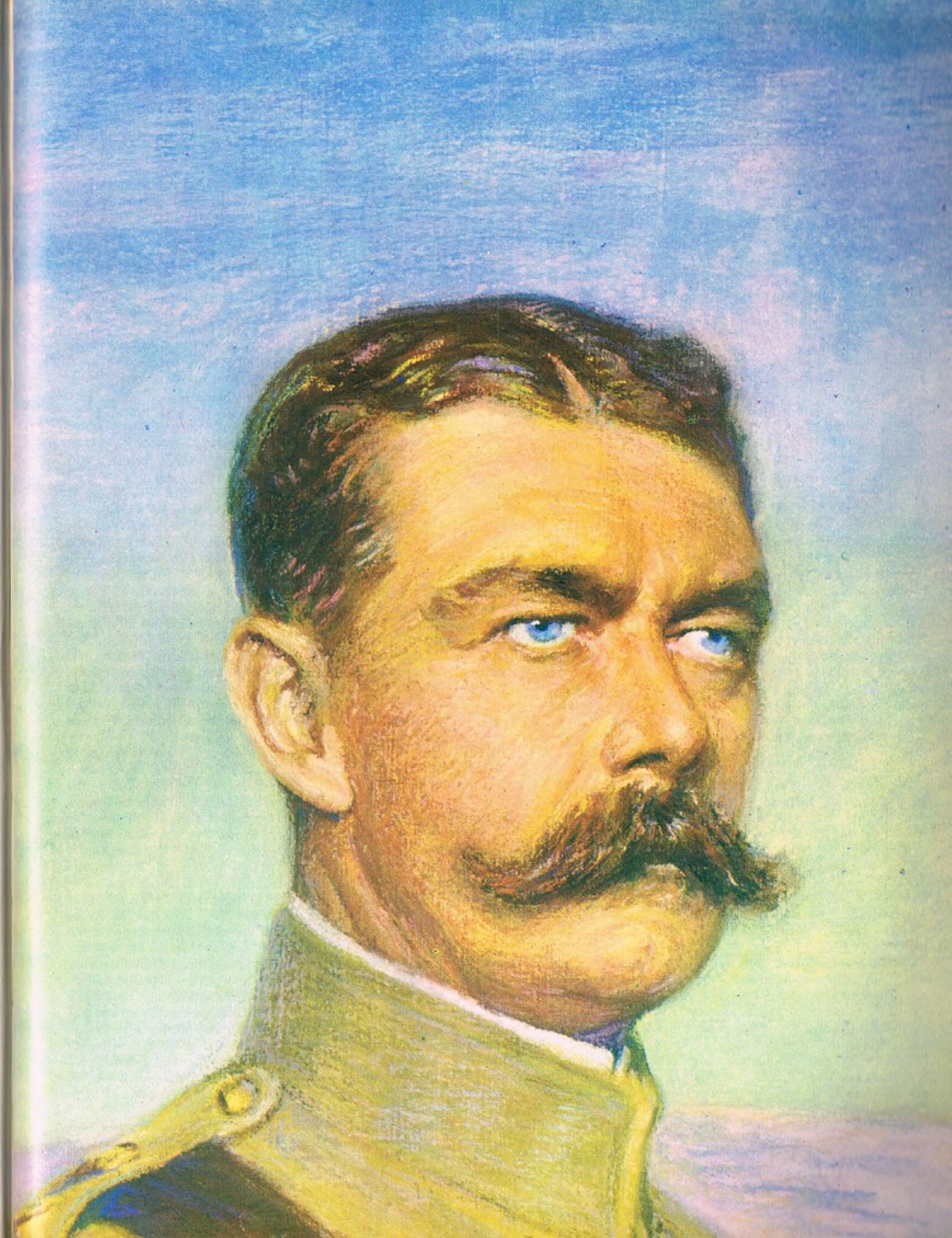
La flota alemana de alta mar, que no había osado presentar batalla a la Gran Flota británica, más poderosa, estaba acorralada en el rincón sudoriental del Mar del Norte. Los cruceros que efectuaban incursiones por el Atlántico y el Pacífico, fueron neutralizados al terminar el año 1914. Los submarinos habían alarmado a la Gran Flota, pero hasta aquella fecha apenas habían causado daños a los barcos de carga, cuya protección o destrucción es, en último término, el propósito de las escuadras.

Turquía, un Imperio en descomposición

A principios de noviembre de 1914, Turquía entró en guerra contra los aliados. El decrépito Imperio Otomano vivía un proceso de descomposición iniciado desde hacía ya largo tiempo. La revolución de los Jóvenes Turcos, que se adueñaron del poder en 1908, derribando con sorprendente facilidad al sultán Abdul Hamid, no detuvo este proceso: en 1911 Italia arrebató Trípoli a los turcos y en 1912 la primera guerra balcánica fue desfavorable para los otomanos. Sin embargo, la exhausta Turquía sacó fuerzas de flaqueza y recobró, durante la segunda guerra balcánica, parte de los territorios que había perdido en la primera.

Pero el Ejército estaba agotado por seis años de lucha: hambriento, andrajoso, con atrasos en las pagas y con una administración corrompida e incapaz. In-

Derecha: **Kitchener, ministro británico de la Guerra en 1914. A él se debe la implantación del servicio militar obligatorio en Gran Bretaña.**





Caricatura británica. El Káiser dice a un turco dubitativo: «Todo lo que tienes que hacer es explotar.»

mediatamente, una misión militar alemana empezó a trabajar enérgicamente en la reorganización y adiestramiento de las tropas otomanas. Y si bien la situación de éstas era difícil en vísperas de la Guerra Mundial, por lo menos conocían las realidades de la guerra y también es indudable que, poseído de un orgullo feroz y cruel, el soldado turco, en el campo de batalla, podía ser un luchador tan firme como el mejor del mundo.

Mientras Bulgaria se mantuvo neutral, Turquía recibió con dificultad los suministros que precisaba. En su propio territorio, la nueva línea férrea que estaban construyendo los ingenieros alemanes aún tenía tramos sin ultimar en la región del golfo de Alejandreta (que es donde atravesaba la cadena del Taurus). En Alepo el ferrocarril se bifurcaba: un ramal se dirigía a Bagdad, pero sólo llegaba a 600 kilómetros del Tigris; el otro seguía en dirección a Ammán y Medina. La estación ferroviaria más próxima a la frontera rusa (la del Cáucaso) distaba de ésta 400 kilómetros.

Las fuerzas de tierra, con aproximadamente un millón de hombres —treinta y seis divisiones regulares—, formaban los Ejércitos I, II, III y IV, localizados respectivamente en la Turquía europea, Anatolia occidental, Erzurum (cerca de la frontera rusa) y Siria. Además había dos divisiones regulares, una en el Yemen (Arabia central) y la otra en Mesopotamia (Irak actual).

Enver Pachá, ministro de la Guerra, que, apoyado por Talat Bey, ministro del Interior, era el «hombre fuerte» del país, tomó el mando del III Ejército (unos 150.000 hombres), y, a mediados de diciembre, con sus mal equipados soldados, atravesó las montañas del Cáucaso y atacó al VII Ejército ruso, de efectivos más reducidos. Sorprendidos por las ventiscas de invierno, los tres cuerpos de ejército turcos no lograron ajustar sus movimientos a la sincronización prevista y efectuaron ataques aislados y sin coordinar. Pero los soldados, pese a hallarse agotados y hambrientos, lucharon con tal fiereza que el mando ruso se alarmó. Derrotados los turcos en los alrededores de Sarikamish, tuvieron que optar entre la rendición y la retirada a través de los desfiladeros helados. Todo un cuerpo de ejército entregó las armas y sólo doce mil hombres regresaron a Erzurum. Los rusos encontraron, congelados en las montañas, 30.000 cadáveres de enemigos.

En febrero, el IV Ejército envió 20.000 hombres a través de la península del Sinaí para interceptar el canal de Suez. Egipto, que en 1914 todavía formaba parte nominalmente del Imperio Otomano, pero que desde 1882 estaba ocupado por Gran Bretaña, había sido declarado protectorado británico cuando Turquía entró en la guerra. Lo guarnecían una división territorial británica y dos divisiones indias. El cuerpo de ejército australiano-neozelandés, de dos divisiones, se estaba reuniendo y entrenando en territorio egipcio. Los turcos fueron rechazados con facilidad y en los años siguientes los británicos pasaron a atacarles a través del Sinaí, sin gran despliegue de fuerzas al principio, pero, luego, en 1917, bajo el mando de Allenby, de un modo brillante y arrollador, hasta el punto de que ocuparon Jerusalén en diciembre de 1917.

Más al este, los británicos tomaron pronto la delantera a los turcos. Una brigada procedente de la India desembarcó en la entrada del golfo Pérsico, en octubre de 1914, a la que siguió el resto de una división, destinada a guardar los yacimientos petrolíferos anglopersas y a prevenir incursiones enemigas hacia el océano Índico. Dicha división tomó rápidamente Basora y avanzó aguas arriba del Éufrates hacia Bagdad, pero fracasó en el ataque a esta ciudad. Entonces el general Townshend se atrincheró en Kut al-Amara, donde fue bloqueado por los turcos y tuvo que capitular (28 de abril de 1916) después de un sitio de 140 días. Los turcos hicieron 13.000 prisioneros (angloindios), cuya suerte fue realmente dramática. Kut fue reconquistada por los británicos del general Maude el 23 de febrero de 1917 y Bagdad cayó en marzo del mismo año.

La más importante contribución turca a la causa austrogermana fue el cierre de los Dardanelos y del Bósforo a los barcos aliados (octubre de 1914). Ese cierre, al interceptar las salidas de los puertos rusos del mar Negro, puso fin a su activo comercio de exportación de cereales y bloqueó el más importante paso para los suministros procedentes del mundo exterior. Las importaciones rusas cayeron de golpe en un noventa y cinco por ciento y las exportaciones en un noventa y ocho, cifras que significarían un desastre para cualquier nación, y que fueron probablemente fatales para Rusia, con su numerosa población y su débil base industrial. Tal situación imponía a los aliados imperiosas obligaciones estratégicas y morales para prestarle ayuda.

El final del Imperio colonial alemán

En la costa africana del océano Índico se encuentra lo que era entonces el África Oriental Alemana (actual Tanganica), limitada al norte por el África Oriental Británica (Kenya) y al oeste por el Congo Belga. Con una extensión de 650 kilómetros de norte a sur, y de 1.000 kilómetros tierra adentro, hasta el lago Tanganica, estaba formada en su mayor parte por sabanas y selvas casi impenetrables, con una faja costera pantanosa y muy insalubre. Allí, el alemán Von Lettow-Vorbeck resistió con éxito los intentos británicos para arrojarle del país.

Al otro lado del África ecuatorial, en la costa occidental, había otras dos colonias alemanas. Camerún, con 300 kilómetros de costa y una profundidad que llegaba a los 1.000, entre la colonia británica de Nigeria y la francesa de África ecuatorial, tenía una guarnición de 200 alemanes y 3.300 soldados y policías indígenas. Una pequeña fuerza francobritánica desembarcó y tomó el puerto de Duala el 27 de septiembre de 1914, pero los alemanes se retiraron tierra adentro, atravesando la pantanosa franja costera, hacia la capital, Yaoundé. Columnas enviadas desde Nigeria y desde el África Ecuatorial Francesa tomaron dicha ciudad el 1 de diciembre de 1915, pero la guarnición escapó por la franja costera para internarse en la Guinea Española. Togo, con 150 kilómetros de costa y 500 de profundidad, situada entre la Costa de Oro británica y el Dahomey francés, fue rápidamente ocupado en agosto de 1914.

Finalmente, entre el Atlántico Sur y el desierto de Kalahari se hallaba el África Alemana del Sudoeste (más tarde, mandato de África del Sur), con 1.300 kilómetros

de extensión costera y una profundidad máxima de 1.000 kilómetros (en su región norte); el territorio, en su mayor parte, era un desierto alto y arenoso. Tenía dos puertos, Lüderitz Bay, y, frente al enclave británico de Walvis Bay, Swakopmund, con la capital y la estación de radiotelegrafía de Windhoek. Contaba con una guarnición de 2.000 soldados alemanes, respaldados por 5.000 civiles de igual nacionalidad. La población africana se había sublevado en 1904 y había sido brutalmente reducida a la obediencia.

Los alemanes esperaban un levantamiento de los holandeses de África del Sur contra los británicos, pero África del Sur se había convertido en dominio autónomo en 1910, y el 10 de agosto de 1914 las últimas tropas británicas salían de Ciudad del Cabo con destino a Francia, dejando que el Dominio, bajo la protección naval de Gran Bretaña, se las compusiera para defenderse. Un pequeño destacamento sudafricano tomó Lüderitz Bay, pero la sublevación de unos 11.000 sudafricanos proalemanes hizo que las operaciones se detuvieran hasta fines de enero de 1915. Entonces Swakopmund fue rápidamente ocupado. Windhoek cayó el 12 de mayo de 1915, y el 6 de julio capitulaba el comandante alemán, dejando libres a las fuerzas de África del Sur para que se dirigieran contra el África Oriental Alemana, o para que pasaran a Francia.



Fotografía alemana de las razas enemigas, que se distribuyó mucho en Italia a fin de recabar su ayuda contra las «razas inferiores». Éstas incluían a franceses, servios, argelinos, indios, británicos y rusos.

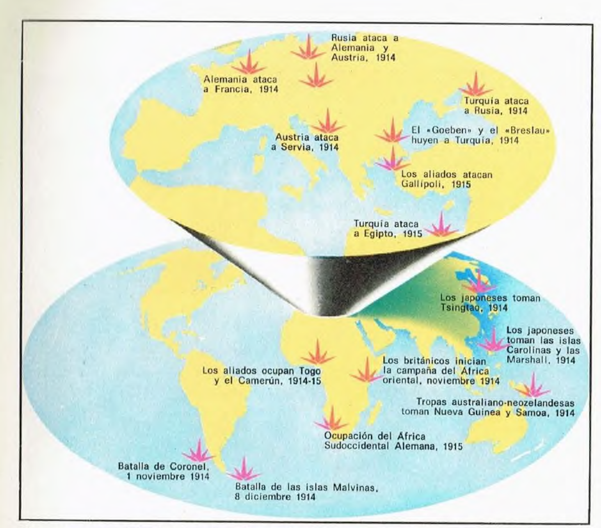
Las conquistas del Japón

De las diseminadas islas y puertos del Pacífico (la segunda zona a la que su tardía actividad colonial había llevado a Alemania) eran alemanas las islas Marianas, Marshall, las Carolinas, con Yap y Truk, las Palaos, el archipiélago de Bismarck, con Rabaul, la mitad oriental de Nueva Guinea, con Port Moresby, y Samoa, nombres casi todos ellos que han sonado mucho en la II Guerra Mundial, como escenarios de las batallas entre norteamericanos y japoneses. En la China continental poseía Alemania una concesión en la península de Shantung, la bahía de Kiaochow, con el puerto de Tsingtao. Por grande que fuera el valor estratégico que tales posiciones tendrían más tarde, en 1914 sólo eran escondrijos potenciales para los buques que efectuaban incursiones o simples piezas para el regateo en las negociaciones de paz.

Al estallar la guerra, una pequeña fuerza australiana y neozelandesa tomó la Nueva Guinea Alemana y Samoa, mientras la Marina británica destruía las estaciones de telegrafía sin hilos de Yap y Nauru. El 23 de agosto de 1914 el Japón declaró la guerra a Alemania y ocupó las islas Palaos, Carolinas y Marshall. Más tarde, a primeros de septiembre, desembarcó una división, a la que se añadieron un batallón británico y otro indio, para tomar Tsingtao. El 31 de octubre la artillería pesada japonesa inició el bombardeo de las fortificaciones, ultimadas por los alemanes poco antes, y en la noche del 6 de noviembre se efectuó el asalto de la infantería, con la obstinación característica de los japoneses. En el curso de la madrugada siguiente, los alemanes se rindieron.

En Londres, al terminar 1914, se ofrecían a los británicos muchas posibilidades que, bien elegidas, podían decidir la guerra. El 26 de diciembre, Hankey presentó al Consejo de la Guerra un escrito extenso e inteligente, que empezaba así: «El punto muerto a que ha llegado la guerra en el escenario occidental invita a considerar la cuestión de si podría encontrarse alguna otra salida para el empleo de las grandes fuerzas de que podremos disponer en el plazo de unos pocos meses.» El escrito sugería el desarrollo de nuevos artificios bélicos para superar el estancamiento militar en que se encontraba el frente occidental, y recomendaba la utilización de la potencia naval británica para la apertura de un nuevo frente. Luego de descartar el ataque a la costa alemana, que requeriría la violación de la neutralidad holandesa o danesa, Hankey apuntaba al Mediterráneo y sugería que se considerara la posibilidad de atacar a Turquía, o, a través de los Balcanes, a Austria-Hungría, aparte de la ocupación del imperio alemán de ultramar, a la que ya nos hemos referido.

Casi simultáneamente, el día de año nuevo, Lloyd George, ministro de Hacienda y miembro del Consejo de la Guerra, dio a conocer un memorándum similar. Lloyd George sugería o bien un ataque a Austria-Hungría con ayuda de los servios y en combinación con los griegos y rumanos, que podían unirse a la causa aliada, o bien un ataque a Turquía, mediante un desembarco en Siria, cuando los turcos se encontraban comprometidos en el Sinaí. «A menos que nos decidamos por



Una guerra mundial: el mapa de arriba indica los lugares donde se combatió en Europa y en el Oriente Medio; el de abajo, los escenarios de la lucha en los mares, en el Extremo Oriente y en el Africa colonial.

algún proyecto de ese carácter, francamente desespero de que logremos algún éxito en esta guerra», escribía. «Alemania y Austria-Hungría tienen en conjunto tres millones de hombres, tan bien entrenados como los ejércitos de Kitchener y dispuestos a ocupar el puesto de los que ahora están en las trincheras cuando éstos caigan.»

Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo, había conferenciado durante el otoño con sir John French sobre la posibilidad de una operación anfibia contra el flanco norte alemán. El 29 de diciembre escribió al primer ministro Asquith: «Me parece que ninguno de los dos bandos tiene fuerza suficiente para penetrar en las líneas del adversario en el frente occidental... aunque no hay duda de que varios cientos de miles de hombres serán sacrificados para satisfacer la mentalidad militar en este punto.» Churchill mencionaba todavía el plan del Almirantazgo, anterior a la guerra, de ocupar las islas frente a la costa alemana y abrir el paso al mar Báltico, pero su atención se dirigía ya preferentemente a los Dardanelos. El almirante lord Fisher, Primer Lord del Mar, seguía pensando en el Báltico, pero con creciente cautela.

Kitchener, que durante algún tiempo había sondeado a French, escribía a éste el día 2 de enero que si el Ejército francés no podía romper el frente alemán, «las líneas alemanas en Francia tendrían que ser consideradas como una fortaleza inexpugnable, pero imposible de ser sitiada, con el resultado de que habría que defender las líneas con fuerzas suficientes mientras se emprendían operaciones en otra parte.» French replicó que, siempre que se le dieran más cañones, más granadas, y, por supuesto, más hombres, los alemanes podían ser derrotados en Francia en 1915. En tal coyuntura llegó un mensaje de la embajada británica en Petrogrado, en el que se transmitía una urgente petición del gran duque Nicolás para que se hiciera una demostración naval o militar que aliviase a los rusos de la presión turca en el Cáucaso.

El Consejo de la Guerra se reunió, bajo la presidencia de Asquith, los días 7 y 8 de enero, para estudiar la situación. El proyecto de French de atacar en la costa de Flandes fue recibido con frialdad, pero se convino en que se le permitiría continuar los preparativos y se le enviarían divisiones adicionales, en espera de que fuera finalmente aprobado el ataque. El segundo día de las reuniones, cuando el Consejo pasó a atender la situación en el Mediterráneo oriental, Kitchener informó que las tropas australianas y neozelandesas concentradas en Egipto no habían recibido aún el entrenamiento necesario, y que él no tenía ningún plan para operar en aquella región. Cuando el Consejo, fatigado por dos días de discusión, digería aquella desagradable información, Churchill brindó la idea de un ataque naval a los Dardanelos, que no requeriría una fuerza militar considerable y que podía ser abandonado fácilmente en caso de que no tuviera éxito.

La idea pareció buena y finalmente se acordó que, además de la ofensiva de French en Flandes, se realizarían preparativos para una expedición naval en el mes de febrero, «con objeto de bombardear y tomar la península de Gallípoli, con Constantinopla como objetivo». Una estipulación final decía que «si la posición en el frente occidental llegaba en la primavera a un punto muerto, habría que despachar tropas británicas a otro teatro de operaciones y a otro objetivo».

La sentencia de muerte

Aunque esas decisiones del Consejo pudieran parecer un intento de complacer a todo el mundo, eran en aquel momento bastante acertadas, puesto que pedían una completa investigación sobre las dos operaciones propuestas y dejaban abierto el camino a otras. Pero en 1915 no existía nada comparable al Comité de Jefes de Estado Mayor de la II Guerra Mundial, y no se emprendieron los estudios necesarios para planear adecuadamente las operaciones. Kitchener, con quien Churchill siguió conferenciando, y Fisher, que, después de haber respaldado momentáneamente el proyecto de los Dardanelos, salió con arranques temperamentales propios de su edad, fueron responsables, de acuerdo con nuestros criterios actuales, de tal negligencia. Así, pues, los protagonistas llevaron adelante sus proyectos por separado, y Churchill impulsó el malhadado ataque naval a los Dardanelos, que se describe más adelante.

El proyecto de operación en los Balcanes propuesto por Lloyd George encontró sorprendentemente un valioso apoyo en Francia. Se dio la coincidencia de que

Galliéni había hecho el día 1 de enero una proposición similar a Briand, ministro de la Guerra, y al primer ministro Viviani. «No es posible romper el frente occidental; en consecuencia, tenemos que encontrar otro camino.» Joffre, que el 20 de diciembre había iniciado otro ataque que iba a costarle 90.000 bajas a cambio de una ligera ventaja, apoyó a French contra Kitchener. Cuando se le comunicó la propuesta de Galliéni dijo que era insensata, y se negó a deshacerse de ninguna división para llevarla a cabo. No obstante, se le arrancaron dos, que fueron enviadas a participar en la expedición de Gallípoli; y más tarde se encontraron otras, las cuales, con las de los británicos, pasaron a constituir el Ejército de Oriente, bajo el mando del general francés Sarrail.

El 5 de octubre de 1915, una división francesa y otra británica, por acuerdo secreto con el primer ministro griego Venizelos, desembarcaron en Salónica, un puerto griego recientemente arrebatado a Turquía en la guerra balcánica, para subir hacia Servia por el valle del Vardar. Por entonces Bulgaria estaba movilizando contra Servia, el rey Constantino de Grecia estaba dispuesto a destituir a Venizelos, y la posibilidad de incorporar los Balcanes a la causa aliada, si alguna vez existió, se había perdido. La ofensiva francesa comenzó en marzo, sin lograr más que experimentar bajas.

A comienzos de 1915 también Alemania se vio frente a la necesidad de decidirse a realizar un esfuerzo en el Este. En septiembre de 1914, tras la derrota del Marne, el general Falkenhayn, ministro de la Guerra, sustituyó a Moltke como jefe del Estado Mayor, pero conservando su antiguo puesto. Después de las batallas de noviembre, Falkenhayn comprendió, con más claridad que los generales franceses y británicos, que la guerra había entrado en una fase estática. En consecuencia, dio órdenes tendentes a economizar las fuerzas alemanas mediante la aplicación sistemática de métodos de guerra de trincheras, la intensificación de la fabricación de cañones, ametralladoras y municiones, y la mejora de las líneas férreas para el fácil y rápido traslado de las reservas a aquellos lugares donde fuesen requeridas. Por esos medios, y con la formación de cuatro nuevos cuerpos de ejército con oficiales experimentados, creyó que en la primavera de 1915 dispondría de una poderosa reserva central con la que descargaría un golpe concentrado y decisivo en Occidente.



Un abigarrado cartel conmemorativo de la hermandad de armas entre Alemania, Bulgaria, Turquía y Austria-Hungría.

Ludendorff contra Falkenhayn

No obstante, y al igual que los estadistas aliados, el canciller y el ministro de Asuntos Exteriores alemán insistían en una acción en el Este, destinada a facilitar la entrada en la guerra de Bulgaria, Rumania e Italia, al lado de Alemania y Austria-Hungría. Los austríacos les apoyaban con cierta desgana en ese sentido. Conrad von Hötzendorf telegrafió a Falkenhayn el día 27 de diciembre: «El éxito completo en el frente oriental sigue siendo, como hasta ahora, decisivo para la situación general y extremadamente urgente.»

El Estado Mayor alemán era muy capaz de hacer oídos sordos al canciller y a Conrad, pero Falkenhayn tenía que enfrentarse a un poderoso oponente dentro de su propio sistema militar. En el propio frente occidental, los acontecimientos de 1914, lejos de haber sido decisivos, habían resultado decepcionantes, mientras que en Oriente, pese a hallarse faltos de medios, Hindenburg y Ludendorff habían conseguido una serie de victorias espectaculares. Y eran estos generales vencedores quienes planteaban a Falkenhayn la alternativa de que la guerra podía ser ganada en el Este, si se hacía un gran esfuerzo, pero que no podía serlo en el Oeste. En consecuencia, le pedían que les enviase la reserva central. El día de año nuevo se reunieron en Berlín Falkenhayn, Conrad y Ludendorff, y el primero se decidió en favor del Oeste. Acto seguido Hindenburg se dirigió al canciller pidiendo la destitución de Falkenhayn. El día 4, Conrad, informado de que Italia estaba a punto de unirse a los aliados, telegrafió a Falkenhayn y a Hindenburg pidiéndoles divisiones alemanas. Falkenhayn se las negó, para descubrir luego que Hindenburg, sin consultarle, se las había prometido a los austríacos.

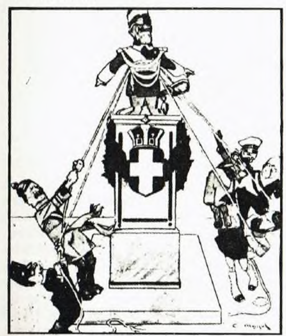
Como jefe del Estado Mayor y ministro de la Guerra, Falkenhayn era el superior de Hindenburg. Aquello constituía, pues, un desafío, pero el prestigio de la pareja Hindenburg-Ludendorff era demasiado grande para que pudieran ser destituidos. Era preciso acudir al Káiser, y éste se decidió en favor del frente oriental, pero mantuvo a Falkenhayn. Así, en 1915 los alemanes se defenderían en Occidente y atacarían en Oriente, con los resultados que se verán más adelante.

J. L. Moulton

La intervención italiana

Cuando estalló la guerra muchos italianos opinaban que, en caso de intervenir en el conflicto, Italia había de unirse a sus aliadas Alemania y Austria-Hungría. Un general entusiasta sugirió que se movilizasen las tropas y fuesen enviadas al Rin, junto a los alemanes. Pero, al transcurrir de los meses, la opinión pública cambió, y después de un año de maniobras diplomáticas, manifestaciones a la luz de las antorchas, dudas y perplejidades, Italia declaró la guerra, y contra lo previsto, sus tropas fueron enviadas a combatir a los austrohúngaros.

Una caricatura sudamericana: Italia mantiene su neutralidad, sometida a dura tensión. ***Abajo:*** **Giolitti, «el viejo mago» que, por una vez, juzgó erróneamente la situación y perdió la capacidad de controlarla.**





Cuando estalló la guerra en julio de 1914, hacía treinta años que Italia formaba parte de la Triple Alianza, con Alemania y Austria-Hungría (desde 1882, año en que fue firmada). Diez meses más tarde, Italia, obligada por las circunstancias, entraba en guerra contra Austria-Hungría. En el mes de julio nadie podía prever tal cambio.

Los nacionalistas italianos estaban siempre a punto para teorizar sobre la inevitabilidad de la guerra, pero, incluso después del atentado de Sarajevo, predecían que habría un largo período de paz para la monarquía de los Habsburgo, por difíciles que fueran sus problemas interiores.

Si los nacionalistas pensaban así, no faltaban otros que compartieran la misma opinión. En la mañana del 25 de julio, cuando llegó la noticia de que Austria-Hungría había enviado su ultimátum a Servia, los pasajeros del expreso Milán-Venecia se mostraban muy excitados. Viajaba en dicho tren el presidente de la Asociación Irredentista de Trento y Trieste. (El irredentismo era una doctrina y un movimiento que propugnaba la incorporación a Italia de las regiones de habla italiana sometidas a la soberanía de otros países, en particular de aquellas que formaban parte del Imperio Austro-húngaro.) En el curso de su conversación, el compañero de viaje del presidente, Giuseppe Volpi, declaró terminantemente que «todo se arreglaría, como de costumbre, con una conferencia internacional... Entonces, ¿no habría guerra? No, de ningún modo. Europa tenía otras cosas en que pensar...»

Volpi era un gran financiero, un diplomático y un experto en asuntos balcánicos. Claudio Treves, uno de los dirigentes del Partido Socialista Italiano, razonaba más o menos como Volpi. En la víspera de la guerra, Treves ponía sus esperanzas de paz en dos fuerzas: «las altas finanzas y el socialismo, la banca y el proletariado». Sobre todo, basaba su fe en Gran Bretaña y de modo particular en la habilidad diplomática de sir Edward Grey, el «portavoz de las preocupaciones capitalistas». Treves pertenecía al ala moderada del partido; pero también los revolucionarios se hacían eco de sus palabras, pues confiaban en una rebelión de las masas en cuanto se las quisiese llevar al matadero. Luigi Luzzatti, que había sido primer ministro en 1910-1911, creía que «la destrucción de vidas, riqueza, cultura, civilización, fuera quien fuese el vencedor, envilecería y debilitaría a Europa, beneficiando así a otro continente, América, y proporcionando un pretexto para una futura invasión asiática». Giovanni Giolitti, el hombre más influyente de Italia, el «dictador» liberal de la política italiana, estaba en el extranjero en las últimas y cruciales semanas de julio. También él se negó, hasta el final, a creer que los Gobiernos de la Europa civilizada aceptaran la locura que significaría una guerra. Fue preciso el ultimátum alemán a Rusia y a Francia para hacerle cambiar de opinión. Giolitti sufrió una amarga desilusión ante la «monstruosa guerra».

En tal atmósfera estaba claro que, si Italia tenía que tomar posición en favor de uno u otro bando, seguiría la política planeada en el pasado. Por otra parte, después del asunto de Libia, de la introducción del sufragio universal y de los disturbios de la Semana Roja, los partidos políticos italianos estaban divididos en dos grandes bloques. Uno era el de los partidos de la ley y el orden (de hecho, los defensores del sistema establecido): liberales, liberal-conservadores, católicos y nacionalistas; otro era el de los partidos populares: radicales, social-reformistas, Partido Socialista Italiano (P.S.I.), republicanos, sindicalistas y anarquistas. Esa misma división reforzaba la tendencia de los partidos «de orden» (que tenían mayoría en el Parlamento) a no desviarse de las sendas tradicionales, tanto en la política exterior como en la interior.

Los «irredentistas» y la Triple Alianza

En Trieste y en varias pequeñas ciudades de la Venecia Julia, muchos irredentistas italianos (que apoyaban al Partido Liberal Nacional y a las tendencias nacionalistas) pensaban de modo parecido. El 29 de julio de 1914, el cónsul de Italia en Trieste informó de que «la noche última una gran manifestación de asociaciones patrióticas austríacas y elementos constitucionales marchó hacia el consulado, vitoreando a Italia, a la guerra y a la Triple Alianza». Desde fines del siglo XIX los irredentistas italianos habían visto crecer la presión eslava en los campos político, económico, social y cultural, y eso era algo que no podían menos de tener en cuenta. Querían pasar a formar parte de Italia, aunque deseaban también hacer la guerra del lado de la Triple Alianza.

Cuando se vio con seguridad que habría una guerra europea, los nacionalistas sintieron, en consecuencia, pocas dudas. Querían que Italia entrase en la guerra al lado de Alemania y Austria-Hungría. Admiraban a Alemania y consideraban al Imperio de los Habsburgo como un gran baluarte contra la presión eslava. El Mediterráneo y las colonias les interesaban más que los Balcanes. Su verdadera enemiga era la «hermana latina» de Italia, Francia, que, en su sentir, había usurpado la posición de gran potencia, pese a que se iba debilitando a causa de su desgobierno democrático.

Los liberales apoyaban la Triple Alianza por razones bastante diferentes. Seguían considerándose como el verdadero «partido gobernante», y se enorgullecían de ser precavidos y realistas, razón por la cual sentían pocas ganas de romper antiguos vínculos. Para comprobarlo, basta con leer sus periódicos de gran tirada, fuesen giolittianos o antigiolittianos, del Norte o del Sur. Sin excepción, *La Stampa, La Tribuna, Il Giornale d'Italia, Il Mattino,* o *Il Resto del Carlino*, predecían, o al menos admitían, la intervención de Italia al lado de las potencias centrales. Quizá les asustara la perspectiva de una guerra contra Gran Bretaña, pero lo que temían por encima de todo era el aislamiento. Consideraban la Triple Alianza como un medio para que Italia se afirmase a sí misma. Había algunas excepciones, pero ni siquiera Luigi Albertini, director del *Corriere della Sera,* que lamentó el ultimátum de Austria-Hungría y sus consecuencias, excluía la posibilidad de que Italia entrase en la guerra al lado de sus antiguos aliados.

Estaban además los católicos, la mayor parte de los cuales hacían suyos los argumentos de los liberales. Los católicos sentían una gran simpatía por Austria, el gran Estado católico, baluarte contra los cristianos ortodoxos eslavos. Todos ellos —nacionalistas, liberales y católicos— juzgaban severamente a los partidos populares, que organizaban reuniones políticas y manifestaciones contra la guerra. Decir la última palabra era un derecho exclusivo del Gobierno: el Estado tenía que ser fuerte y disciplinado. El recuerdo de la Semana Roja se mantenía vivo y agravaba las diferencias entre los partidos.

La opinión de los partidos populares

Incluso entre los partidos populares había políticos que, como Arturo Labriola, el incansable portavoz del sindicalismo revolucionario, eran partidarios de la intervención italiana a favor de los Imperios centrales. Algunos parlamentarios radicales influyentes eran de la misma opinión, pero, en conjunto, los partidos populares estaban en contra de la guerra. Revivían sus preocupaciones históricas: oposición a la Triple Alianza, simpatía por Francia, desconfianza por la monarquía, antimilitarismo creciente desde 1911, internacionalismo y pacifismo. Organizaron manifestaciones y repitieron sus consignas tradicionales: «contra el militarismo austríaco, que ha levantado en Italia horcas y cadalsos»; «ni sangre, ni dinero, ni complicidad con los Habsburgo»; «dejemos que los Gobiernos de toda Europa prendan fuego a la mecha y que la explosión los volatilice». Pero los acontecimientos sorprendieron a los partidos populares y sus movimientos carecieron de coordinación. Las noticias que llegaban del otro lado de los Alpes acerca de los intentos del proletariado internacional para evitar la guerra eran descorazonadoras. Además, había poca armonía entre revolucionarios, socialreformistas y radicales. Los partidos populares, mientras buscaban una decisión en favor de la neutralidad, estaban ya mostrando su debilidad.

Esas divisiones dejaban al Gobierno las manos libres, pero al propio Gobierno le resultaba difícil orientarse. El liberal-conservador del ala derecha, Antonio Salandra, había reemplazado a Giolitti como primer ministro en marzo. Giolitti cablegrafió desde París en favor de la neutralidad, pero Sidney Sonnino, el viejo amigo político de Salandra, el verdadero jefe de los liberal-conservadores, insistía en luchar al lado de los aliados de Italia. Y, por su parte, el jefe del Estado Mayor, general Cadorna, había tomado ya medidas militares el 29 de julio para reforzar las defensas contra Francia. Dos días más tarde llegó a sugerir al Rey que fuese mandada al Rin la mitad del Ejército italiano para ayudar a los alemanes. No obstante, el Gobierno era cada vez más partidario de la neutralidad, y el 2 de agosto se declaró públicamente neutral. En la Triple Alianza no había nada que obligase a Italia a movilizar, y Austria-Hungría era opuesta a toda discusión sobre las «compensaciones» previstas en el tratado. En consecuencia, el Gobierno italiano reafirmaba su libertad de acción. Pero había muchas alternativas. San Giuliano, el ministro de Asuntos Exteriores, pronto iba a considerar la posibilidad de una guerra

1


2


1 **Cadorna, jefe del Estado Mayor del Ejército italiano.** *2* **En Roma, el Rey de Italia saluda a la multitud haciendo ondear la bandera tricolor.**





2

1 **Una postal con el deseo italiano de que la bandera sea llevada más allá de la frontera austríaca, al otro lado de la cual vivían italianos irredentos.** *2* **Mapa de propaganda irredentista. En color rojo, las zonas de habla italiana ocupadas por Austria. En el ángulo superior izquierdo, dos figuras, Trieste y Trento, «las tierras irredentas», esperan, tristes, que Italia (centro) las redima. Sobre los soldados, los grandes personajes del Risorgimento: Garibaldi, Mazzini, Víctor Manuel II y Cavour.** *3* **El soldado y sus protectores, la Virgen y los Santos; pintura mural hecha por un soldado italiano.**

3





1 **Programa de un festival musical en favor de la Cruz Roja: un soldado italiano captura el águila del Imperio Austro-húngaro.** *2* **Salida de los regimientos hacia el frente (litografía popular).** *3* **Battisti, italiano nacido bajo dominio austríaco, luchó por Italia y, prisionero de los austríacos, fue ahorcado como traidor.**

3

1


2


1 **Mussolini, arrestado tras una reunión de intervencionistas que acabó en motín.**
2 **Los debates de los políticos han terminado; para millares de italianos, ello supone despedirse de sus familiares y partir para la guerra.**

contra Austria, aunque sin excluir otras eventualidades: «nos conviene hacer todos los esfuerzos para mantener buenas relaciones con los aliados, después de la guerra», escribía el 4 de agosto a Salandra. Más tarde hizo esta confidencia a unos amigos: «El ideal para nosotros sería que Austria-Hungría fuera derrotada por una parte y Francia por la otra.» A pesar de todo, el legado de la Triple Alianza era todavía fuerte. Y ahí es donde está la clave para la comprensión de los acontecimientos.

Pocos días después de la declaración de la neutralidad, los nacionalistas viraron en redondo, argumentando que Italia debería entrar en la guerra contra Austria-Hungría. A pesar de la enormidad del cambio, los nacionalistas no se molestaron en desautorizar la actitud que antes habían mantenido: seguían queriendo que Italia se convirtiese en una gran potencia; pero las potencias centrales, decían, habían dejado a Italia en la estacada, y la Triple Alianza no le servía ya para sus objetivos. En consecuencia, era mejor conseguir la supremacía en el Adriático. Italia tenía que hacer «su propia guerra», una «guerra italiana», y conquistar Trento, Trieste y Dalmacia. Italia no tenía intereses en común con Francia, Gran Bretaña o Rusia, y una vez acabada la guerra, podría reestructurar sus alianzas naturales. Austria-Hungría, pensaban los nacionalistas italianos, quedaría reducida, pero no desaparecería; Alemania sería vencida, pero seguiría siendo poderosa. Algún día, en el futuro, Italia marcharía de nuevo junto a las potencias centrales para el gran conflicto que tendría lugar en el Mediterráneo.

Para los nacionalistas, en particular, una alianza entre Italia y Alemania, naciones nacidas recientemente como estados unificados e inspiradas por los mismos entusiasmos nacionales, obedecía a las leyes de la historia.

Los nacionalistas (Corradini, Federzoni, Rocco y otros) eran pocos en número, y solamente tenían tres representantes en el Parlamento (diez, si se incluye a sus aliados), pero hablaban mucho y hacían que se hablase de ellos todavía más. Gozaban de la simpatía de muchos liberal-conservadores y católicos. Para reforzar su posición, estaban dispuestos a llegar a un acuerdo incluso con los intervencionistas de los partidos populares. De hecho, los nacionalistas querían, como siempre, arrastrar a los otros partidos de orden, y desgraciadamente no encontraban obstáculos insuperables.

La reacción liberal

Los liberales continuaban siendo el mayor de los partidos, pero no estaban a la altura de la gravedad de la situación. Además, se presentaban escindidos en neutralistas e intervencionistas. Pero lo importante era que, si bien no compartían las ideas de los nacionalistas, no sabían encontrar alternativas realistas. En general, era difícil para ellos, fuesen neutralistas o intervencionistas, ir más allá de su propio programa: negociar con Austria-Hungría (por el Trentino y parte de la Venecia-Julia) o declarar «nuestra guerra».

Los liberales se mostraban además profundamente opuestos a la idea de abandonar completamente las posiciones de julio de 1914. Los de tendencia favorable a la guerra querían descubrir antes si Viena les concedería alguno de los distritos italianos en posesión de los austríacos. Los inclinados a la neutralidad querían asegurarse de que ésta no pondría en peligro la posición de Italia. Permanecerían neutrales, pero solamente a un precio, que se proponían hacer pagar a Austria-Hungría. En otras palabras, estaban dispuestos a hacer una guerra puramente «italiana», una guerra que no les comprometiese demasiado con las potencias de la Entente y, si fuera posible, que no significase una ruptura irreparable con Alemania. Tenían, indudablemente, sus propias opiniones; pero era casi imposible cerrar el paso a los nacionalistas.

Giolitti, el «viejo brujo» de la política italiana, no acertaba, por una vez, a producir la fórmula mágica que calmase la tempestad. Era todavía la cabeza del partido mayoritario, pero desechó el consejo de sus amigos de derribar el gobierno Salandra. Giolitti prefería influir en la marcha de la política desde el exterior. Salandra, que era primer ministro principalmente por el apoyo de Giolitti, era un liberal-conservador, y un viejo enemigo; pero los liberal-conservadores se mostraban vacilantes, inclinados a la neutralidad, pero a una neutralidad «con provecho y honor», y en eso casi coincidían con la política de Giolitti. Con su experiencia, con su fe callada, pero honda, en el Estado liberal, Giolitti intentaba estudiar con profundidad el problema, pero esta vez no sabía encontrar una solución bien definida. Pensaba que, a pesar de todo, la verdadera fricción era la que existía entre la Gran Bretaña y Rusia, en los Dardanelos y en Asia, y que, en todo caso, la Entente entre Gran Bretaña, Francia y Rusia no era estable. En opinión de Giolitti, todo se hallaba aún en un estado fluido.

En la primavera de 1915, *La Stampa*, el gran periódico de Giolitti, dejaba entender que la verdadera esperanza de Italia para el futuro estaba en un acuerdo anglo-germano-italiano. Italia tendría que moverse, mientras le fuera posible, entre Gran Bretaña y Alemania.

Al menos por el momento era difícil separar a Alemania de Austria-Hungría. Giolitti se daba cuenta de que la hostilidad contra Austria-Hungría significaría automáticamente hostilidad contra Alema-

nia, y eso le parecía un argumento muy fuerte en favor de la neutralidad. Pero en algunos momentos Giolitti abrigaba la idea de que Alemania abandonaría a Austria-Hungría a su suerte en la hora crítica, y que Italia podría declarar la guerra a Austria-Hungría, de acuerdo con Alemania o en connivencia con ésta. En mayo de 1915, como revelaría más tarde uno de sus seguidores, Giolitti esperaba todavía que se encontraría algún factor secreto que justificase la decisión del Gobierno (factor secreto que sería un acuerdo con Alemania a expensas de Austria-Hungría). Giolitti consideraba que Italia era todavía demasiado débil, y que había que sopesar las cosas cuidadosamente antes de exponerla a la guerra.

En enero de 1915, Giolitti publicó una famosa carta en la que se declaraba a favor de negociaciones con Viena. Como de costumbre, pensaba en el Trentino, en parte de la Venecia-Julia y en la ciudad libre de Trieste, territorios éstos cuya recuperación era anhelada ardientemente. «Si la guerra termina sin que hayamos obtenido ninguna ventaja en ellos, tendremos graves dificultades. Incluso los actuales neutralistas nos arrojarán piedras», confiaba a sus amigos.

Giolitti era un neutralista relativo, como también lo eran, en general, la alta burguesía y los católicos organizados. Y también la Santa Sede, que daba por supuesto que Italia debía obtener de Austria parte de sus territorios irredentos, sin lo cual la intervención sería inevitable. Tal era el estado de ánimo predominante en Italia.



El resultado de las batallas del Isonzo: cadáveres agarrados a las alambradas. Los italianos, lo mismo que los británicos y los franceses en el frente occidental, tuvieron que hacer la guerra de trincheras —con todos sus horrores y tremenda pérdida de vidas— y no se libraron tampoco de los ataques frontales, todavía más costosos.

Los partidos populares y la intervención

Ninguna garantía seria de neutralidad era posible. El Partido Socialista Italiano y ciertos sindicalistas y anarquistas trataron de asegurarla, pero en vano. Las masas, en particular las grandes masas campesinas, estaban en calma o completamente resignadas. En caso de intervención, no habría desórdenes serios.

La defensa de la neutralidad no permitía ninguna iniciativa política eficaz, y muchos revolucionarios (socialistas, republicanos, anarquistas y sindicalistas) llegaron pronto a esta conclusión, entre ellos Benito Mussolini, entonces director del periódico socialista *Avanti!*

Los revolucionarios que favorecían la intervención al lado de las potencias de la Entente consideraban que, desde el comienzo, la posición de neutralidad del Gobierno había sido equívoca. Estos revolucionarios intervencionistas sentían que la guerra era una «revolución del pueblo» contra la sociedad establecida, contra las viejas clases gobernantes, contra la monarquía y en favor de una causa revolucionaria y de una democracia internacional. Querían llevar a un final feliz el *Risorgimento* (las guerras del siglo XIX en las que Italia se había librado del yugo austríaco) y asegurar el triunfo de un vago «nacionalismo proletario».

En realidad, en aquellas ideas había mucha confusión. Líderes populares como Bissolati, Salvemini y Battisti trataron de aclarar la situación. Ellos eran los adalides de otra forma de intervencionismo abiertamente democrática. Querían ver la desaparición de Austria-Hungría y el triunfo del principio de «las nacionalidades». La intervención, la participación en la «guerra democrática», pensaban, se había convertido en un deber, además de en una necesidad. Pero no supieron convencer ni siquiera a la totalidad de sus propios seguidores, para no hablar ya de los partidos de orden.

La palabra final, lo mismo que en agosto, cuando Italia se declaró neutral, seguía correspondiendo al Gobierno, que tenía que resolver el dilema: negociaciones con Austria-Hungría, o una «guerra italiana».

Pero esta vez Giolitti había cometido dos errores: no había tenido en cuenta la costumbre de Austria-Hungría de llegar siempre «una hora tarde» a las citas de la Historia y no había advertido plenamente lo que podía significar dejar las manos libres al Gobierno y a sus hombres clave, en particular cuando esos hombres clave eran del tipo de Salandra y Sonnino, nombrado ministro de Asuntos Exteriores en noviembre de 1914, después de la muerte de San Giuliano. Las consecuencias de esos dos errores, mutuamente combinados, fueron irreparables. Salandra y Sonnino iniciaron, por supuesto, conversaciones serias en Viena, y, también en Roma, con Bülow, que había sido canciller alemán. Pero cuando Austria-Hungría vaciló y fue dando largas a la cuestión de las concesiones territoriales, Salandra y Sonnino se sintieron mucho más dispuestos que Giolitti a abrazar la idea de la guerra. Pensaban que en Italia había ne-

1


2


FRATELLI SALVATEMI!
SOTTOSCRIVETE!

1 En esta viñeta, un soldado italiano salta orgullosamente sobre tres ríos, el Piave, el Tagliamento y el Isonzo, para aplastar al águila austrohúngara en el Carso. La realidad, empero, fue muy otra: los italianos no pusieron el pie en el Carso, al otro lado del Isonzo, hasta la sexta batalla de este nombre.
2 «¡Salvadme, hermanos! ¡Suscribíos!»: petición de dinero para hacer frente a los gastos de la guerra.

cesidad de reforzar la autoridad del Estado, de fortalecer las instituciones tradicionales y de mejorar el prestigio de la corona y del Ejército. Una guerra victoriosa, que —como muchos pensaban entonces— duraría seis meses o un año como máximo, podía ser justamente lo que se necesitaba.

A principios de marzo, Salandra y Sonnino iniciaron negociaciones con las potencias de la Entente; el 26 de abril de 1915 firmaban el Tratado de Londres. Sonnino, que en 1914 había apoyado tan enérgicamente la intervención al lado de Austria-Hungría y de Alemania, había ahora cambiado de actitud, pero sin abandonar todas sus ideas. El Tratado de Londres concedía a Italia el Tirol del Sur (Trentino), Trieste, Venecia-Julia y la Dalmacia septentrional, junto con varias islas, para garantizar la supremacía de Italia en el Adriático contra los eslavos. En pocas palabras: el tratado respondía al concepto de la «guerra italiana». Además, no decía explícitamente que las relaciones de Italia con Alemania tuvieran que romperse de modo irreparable. Al menos, en eso confiaban Salandra y Sonnino; hasta mediados de 1916 Italia no declararía la guerra a Alemania.

No obstante, en aquel tratado había materia más que suficiente para preocupar a Giolitti y a la mayoría de liberales y católicos. Cuando se difundió la noticia hubo también varios liberal-conservadores que pensaron que Salandra y Sonnino se habían pasado de la raya. Giolitti regresó a Roma, y poco después, el 13 de mayo, el Gobierno dimitió.

Era el penúltimo acto del drama. De muy buena gana Salandra y Sonnino hubieran cedido el poder o puesto en práctica el consejo de Giolitti: abrir nuevas negociaciones con Viena. Ambos interpretaban el Tratado de Londres como un acuerdo entre Gobiernos y no entre Estados, especialmente si se tenía en cuenta que los arreglos militares estaban sin ultimar. Y la reciente victoria austroalemana en Gorlice-Tarnow (2 de mayo) les causaba ansiedad. Pero ya era demasiado tarde para reconsiderar la situación.

Las pasiones habían ido encrespándose poco a poco: los intervencionistas, una vez unidos, organizaban manifestación tras manifestación, en las que D'Annunzio hacía inspirados llamamientos a la rebelión, a la guerra y a la violencia; los neutralistas, inseguros y pasivos, como de costumbre, apenas acertaban a ir al paso de los acontecimientos. Giolitti mismo no deseaba recuperar las riendas del poder. La situación resultaba cada vez más difícil de manejar, y el riesgo de fracaso, después de haber aconsejado la reapertura de negociaciones, era demasiado grande.

Italia declara la guerra

Mientras tanto, el Rey se había negado a aceptar la dimisión del gobierno Salandra. El 24 de mayo de 1915 Italia entró en guerra contra Austria-Hungría, mientras Salandra invocaba lo que él llamó «sacro egoísmo» —las sagradas exigencias del propio interés— para justificar aquel paso. Pero la situación no estaba en modo alguno clara. La vieja clase gobernante estaba ahora escindida. Los intervencionistas empezaron una vez más a disputar entre ellos. Los socialistas habían perdido la iniciativa. Los preparativos económicos eran inadecuados, y había que resolver los problemas sobre la marcha. Además, el país mostraba cierta pasividad, lo que no constituía ciertamente un buen comienzo para las terribles pruebas que se acercaban.

La política exterior encontraba dificultades mucho más serias. Durante las conversaciones con Austria-Hungría, y durante las que condujeron al Tratado de Londres, el objetivo de la «unidad nacional», incluidos los «territorios irredentos», había establecido las directrices generales. Pero los objetivos liberales del siglo XIX se hallaban dispersos entre la *realpolitik* y el nacionalismo. En 1914-15 estaba todavía vivo el mito de «la última guerra del *Risorgimento*», pero tenía una influencia escasa sobre las clases gobernantes.

Por otra parte, con la intervención de Italia, el problema creado por el dominio de los Habsburgo sobre muchas y muy diferentes nacionalidades había sido puesto sobre el tapete. Pero Italia, de acuerdo con el Tratado de Londres, no podía cooperar con las otras nacionalidades oprimidas del Imperio de los Habsburgo. Las posibilidades de una solución feliz eran más remotas que nunca.

A pesar de que el Gobierno había gastado mucho dinero en el Ejército, Italia no estaba militarmente bien preparada. Los métodos utilizados en la preparación militar eran anticuados, y —a juzgar por los primeros combates que se produjeron— los planes tácticos y estratégicos no eran precisamente brillantes, ya que se basaban en la teoría del ataque frontal. Las sangrientas batallas del Isonzo se apartaron poco de aquel modelo. El hecho de que el jefe del Estado Mayor, el comandante supremo del Ejército, fuese Cadorna —que en julio de 1914 sugirió movilizar la mitad del Ejército para ir a luchar en el Rin contra Francia— era un símbolo irónico de la perplejidad con que Italia fue a la guerra.

Brunello Vigezzi

La guerra en el Africa oriental

He aquí una «guerra olvidada». No obstante, costó a Gran Bretaña tres veces más vidas que la guerra de los bóers... y 72 millones de libras esterlinas. Para Alemania fue una victoria moral. Y un triunfo para uno de los grandes jefes de guerrillas del siglo: el coronel Paul von Lettow-Vorbeck.

Aunque las perspectivas de guerra agobiaban a Europa durante la primera mitad de 1914, los europeos que vivían en África oriental encontraban difícil creer que la crisis alcanzase alguna vez a aquella parte del mundo. Enfrentados esencialmente a los mismos problemas, británicos y alemanes se veían mutuamente como compatriotas europeos cuya primera tarea consistía en llevar la prosperidad económica y la cultura occidental a un continente atrasado. Tres artículos del Tratado de Berlín de 1885, relativos a la neutralidad de los territorios de la cuenca del Congo, fomentaban también una sensación de seguridad. Ninguno de los dos bandos quería la guerra, y ninguno de los dos estaba preparado para la larga campaña que se inició tan de improviso. A pesar de ello, y a pesar del hecho de que se viese superada por la tensión sin precedentes de las grandes operaciones militares que se desarrollaban en otros teatros, esta campaña resultó ser la más amplia, larga y encarnizada de todas las campañas coloniales de la Primera Guerra Mundial. Por tratarse de una guerra local, y alejada del sangriento teatro de operaciones de la Europa occidental, la campaña del África oriental recibió poca publicidad en su tiempo, y no mucha más desde entonces. Incluso la *Historia oficial de la guerra* británica se ha limitado hasta ahora a la primera parte de la campaña, y son tantos los detalles perdidos de esta historia que probablemente su segunda mitad no se escribirá nunca.

La campaña del Africa oriental. Los británicos avanzaron desde Sudáfrica, Rhodesia y Africa Oriental Británica, como indican las flechas. Los alemanes retrocedieron, ofreciendo resistencia siempre que tenían oportunidad de causar graves pérdidas. En septiembre de 1916, los británicos y sudafricanos tenían acorralados a los alemanes en el 15 por ciento del territorio, pero el Ejército alemán aún había de resistir durante otros dos años.



El plan de Lettow-Vorbeck

Con anterioridad a 1914 Gran Bretaña no se había preocupado nunca de la seguridad de sus territorios del África oriental, a no ser en el aspecto puramente interno, y las escasas y diseminadas tropas que se encontraban allí habían sido organizadas y adiestradas para luchar contra tribus primitivas y mal equipadas. No había un Estado Mayor, ni organizaciones centrales para los suministros, transportes y servicios médicos; faltaba la artillería, y los depósitos de municiones eran tan reducidos que prácticamente carecían de reservas. Los alemanes apenas estaban mejor preparados, aunque con ciertas dificultades, podían reunir unas fuerzas algo superiores a las de los británicos. Como el África Oriental Alemana estaba, en realidad, aislada de la metrópoli por la Armada británica, no podía esperar refuerzos ni suministros del exterior. No obstante, los alemanes poseían una gran ventaja sobre los británicos, aunque tardaron algún tiempo en advertirlo, y es que en su nuevo comandante en jefe, el coronel Paul von Lettow-Vorbeck, tenían un jefe militar de capacidad excepcional. Cuando asumió el mando en enero de 1914, su arrogancia prusiana le hizo muy impopular en la colonia. Pero Lettow-Vorbeck estaba convencido no sólo de que la guerra era inminente, sino también de que el África alemana tenía un papel que desempeñar en la contienda. Si los británicos se proponían ocupar la colonia alemana, era dudoso que él pudiera impedírselo. Por otra parte, parecía más probable que Gran Bretaña prefiriese declarar neutrales sus dependencias africanas, evitando así una dispersión de fuerzas en teatros distantes. En consecuencia, interesaba a Alemania mantener comprometidas en el África Oriental tantas fuerzas británicas como fuera posible, y, cuanto más tiempo, mejor. Estudiando el Tratado de Berlín, llegó a la conclusión de que no había nada que impidiese que dos potencias en guerra extendiesen sus actividades hasta la cuenca del Congo. La dificultad estaba en convencer al gobernador alemán, Dr. Schnee, de que era prudente seguir una línea de acción que probablemente impondría considerables sacrificios a la colonia. Lettow-Vorbeck consiguió su finalidad persuadiendo al Dr. Schnee de que el resultado de la guerra se decidiría en Europa, y lanzándose a una campaña en la que se le enfrentarían 300.000 hombres.

La población nativa controlada por los alemanes se acercaba a los siete millones, o sea sólo un millón menos que toda la población del África Oriental Británica. Sin embargo, al empezar la campaña los recursos del mando alemán comprendían solamente unos 2.500 áskaris, con unos 260 oficiales alemanes. Había también



Izquierda: **fotomontaje donde aparecen Lettow-Vorbeck (ángulo superior izquierdo) y su campaña. En el ángulo inferior derecho, un típico áskari. A su izquierda, algunos oficiales alemanes. Más allá hay áskaris combatiendo a la manera europea. Detrás, llegada de tropas a una aldea africana. Arriba, el** ***Königsberg,*** **inmovilizado en el río Rufiji.**

2.000 policías nativos y los 3.000 residentes alemanes de la colonia como reserva. Sin amilanarse por lo escaso de sus recursos, las inmensas distancias, el inhospitalario terreno falto de una cartografía suficiente, ni por el hecho de que la campaña tendría que desarrollarse en un clima tropical, cuyas enfermedades apenas empezaban en aquel entonces a ser vencidas, Lettow-Vorbeck decidió tomar la ofensiva. Mientras tanto, el gobernador del protectorado británico, estimando que el Tratado de Berlín probablemente no tendría efectividad, había solicitado ayuda a Londres. En respuesta a su llamamiento, se pidió a la India que facilitase tropas para reforzar el protectorado y para una operación combinada contra Dar-es-Salaam. Pero antes de que aquellas tropas hubiesen embarcado, y ante la sorpresa del Dr. Schnee, la flota británica descargó el primer golpe en África oriental: el 8 de agosto, los cruceros *Astraea* y *Pegasus* cañonearon la torre de telegrafía sin hilos de Dar-es-Salaam, y establecieron luego una tregua a condición de que los alemanes se abstuvieran de actos hostiles durante la guerra. Nueve días más tarde el *Pegasus* hacía una incursión contra Tanga, donde se concluyó también una tregua similar. El Gobierno británico se negó a ratificar uno y otro acuerdo, y la desgraciada consecuencia fue que el Dr. Schnee decidió dejar a su comandante militar que condujese la guerra a su manera.

El «Königsberg»

Lo que preocupaba a la Armada británica era la existencia del crucero *Königsberg*. Mientras ese navío alemán —el mayor, el más rápido y más poderoso en la zona— anduviese suelto, ningún barco aliado estaría seguro en el océano Índico ni se podría garantizar el bloqueo de la colonia alemana. Se sabía que el *Königsberg* acechaba en aguas del África oriental, pero pasaron varios meses antes de que pudiera ser localizado, en una solitaria ensenada del río Rufiji, a unos veintisiete kilómetros de la desembocadura, y hasta julio de 1915 no fue puesto fuera de combate. Pero los alemanes pudieron poner a salvo los cañones del crucero y los emplearon durante el resto de la campaña para hostigar a los británicos, pues eran muy superiores a la artillería de éstos. La tripulación del *Königsberg* sobrevivió también, y proporcionó a Lettow-Vorbeck una valiosa aportación de refuerzos europeos.

Los tres primeros meses de la campaña constituyeron un período de incursiones menores y combates esporádicos en los áridos matorrales de los confines meridionales de Kenya. Pero Lettow-Vorbeck tenía los ojos puestos en Mombasa, y planeaba una ofensiva por tierra que habría de coincidir con la aparición del *Königsberg* ante el puerto. A la hora de la verdad, el *Königsberg* faltó a la cita, y los británicos —dándose cuenta del peligro que amenazaba a Mombasa— contraatacaron con un asalto por mar al puerto de Tanga. Como la expedición había sido planeada en Londres y aprontada en la India, se ejecutó mal y con desventaja, aunque su comandante había declarado confiadamente que «el Ejército indio daría buena cuenta de aquella gavilla de negros». En realidad las tropas, además de mal entrenadas y mal equipadas, estaban, después de su viaje por el océano Índico, agotadas y descontentas. El apoyo naval fue inadecuado para la operación, y un intento de negociar la rendición antes del bombardeo preliminar puso en guardia a la ciudad frente al intento de desembarco. El resultado fue que cuando éste tuvo lugar los alemanes estaban esperando. La dureza de la lucha y las graves pérdidas aconsejaron a los británicos renunciar al asalto. Las tropas reembarcaron y regresaron a Mombasa. En la *Historia oficial* británica la operación se describe como «uno de los más graves fracasos en la historia militar británica». Para los alemanes fue una gran victoria que les elevó repentinamente la moral, pues un millar de áskaris había derrotado a 8.000 indios. La reputación de Lettow-Vorbeck quedó realzada, y como las noticias del revés alemán en el Marne no habían llegado aún al África oriental, todo parecía marchar bien para Alemania.

Del fracaso de Tanga derivaron dos importantes lecciones, que influyeron en el resto de la guerra en África oriental: las pérdidas de hombres y municiones convencieron a Lettow-Vorbeck de que debía evitar encuentros de importancia si quería prolongar la guerra, mientras que los británicos decidieron que sería mejor ponerse a la defensiva hasta que estuviesen en posición de abatir a los alemanes con la mera fuerza numérica. Y, así, los doce meses siguientes fueron un período de lucha de guerrillas, durante el cual los británicos iniciaron su concentración. El baño de sangre de Europa, con sus constantes demandas de hombres, hacía imposible que llegaran refuerzos de Gran Bretaña, pero la conclusión de la lucha en el África del sudoeste permitió contar con tropas de África del Sur, y los Fusileros Africanos del Rey empezaron su despliegue.

Guerrillas alemanas

En marzo de 1916, el teniente general Jan C. Smuts, antiguo general bóer que había sido nombrado jefe de las fuerzas británicas en África oriental, lanzó una ofensiva. Su plan era aplastar a las fuerzas alemanas antes de las lluvias de mitad del año. Pero a medida que avanzaba Smuts, Lettow-Vorbeck retrocedía; siempre que había una oportunidad de causar algunas bajas, los alemanes hacían un breve alto, pero, tan pronto como crecía la presión, se retiraban de nuevo. En una de estas acciones de retaguardia —una batalla de cuatro días en Mahiwa (Nyangao), en octubre de 1917— los británicos sufrieron 2.700 bajas, sobre un total de 4.900 infantes empleados en la lucha. No obstante, en septiembre de 1916 Smuts había logrado controlar un ochenta y cinco por ciento del territorio y de la población nativa de la colonia alemana. Su capital, la costa y los grandes lagos estaban totalmente en manos de los aliados. Los alemanes habían perdido los puertos, los ferrocarriles y las principales instalaciones, y sólo dominaban una región inhospitalaria, malsana y poco poblada donde era difícil encontrar alimentos y porteadores. Pero aún así, Lettow-Vorbeck era todavía capaz de mantener a su ejército en campaña. Expulsado del último rincón de la colonia alemana en noviembre de 1917, atravesó el río Ruvuma y entró en Mozambique con una fuerza de 278 europeos, 16.000 guerreros áskaris y 4.000 porteadores. Allí permaneció los diez meses siguientes, en territorio portugués, reponiendo sus existencias de armas y municiones con el material capturado a los portugueses. Luego, cuando sus perseguidores le tenían casi atrapado en Mozambique, el pequeño ejército regresó al África Oriental Alemana, y finalmente invadió Rhodesia del Norte (Zambia), donde la noticia de que el 11 de noviembre se había llegado al armisticio puso fin a la campaña.

Lettow-Vorbeck había conseguido su principal objetivo, y amigos y enemigos le reconocieron por igual como un maestro en la guerra de guerrillas. Con una fuerza relativamente exigua había mantenido ocupadas numerosas tropas africanas, indias, belgas y británicas durante cuatro años, o sea mientras duró la guerra en Europa.

Teniente Coronel A. J. Barker

El «Lusitania»

El 1 de mayo de 1915 los pasajeros del «Lusitania» se disponían a realizar un pacífico crucero por el Océano. El «Lusitania» partía de Nueva York rumbo a Liverpool, e iba repleto de norteamericanos neutrales. La guerra parecía muy remota. Seis días más tarde, los periódicos de todo el mundo publicaban la noticia de un terrible desastre... o de un «extraordinario éxito».

Enfermeras a bordo del *Lusitania.* Fueron pocos los pasajeros del barco que se alarmaron con las advertencias alemanas. *Abajo:* «Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecer esto?» Tales palabras, pronunciadas por el capitán Turner, aquí fotografiado, revelan claramente el asombro que produjo, a pesar de todo, el ataque alemán.





El 1 de mayo de 1915, cuando zarpó el *Lusitania*, el muelle de Nueva York estaba más lleno que de ordinario de periodistas, fotógrafos y curiosos. El interés se había avivado por una nota aparecida en los periódicos de la mañana, que advertía a los viajeros del Atlántico que los barcos británicos y aliados que partieran de los Estados Unidos estaban expuestos a ser atacados si entraban en la zona de guerra europea. La noticia había sido publicada a cargo de la embajada de Alemania, y en algunos periódicos aparecía al lado de una lista de fechas de partida de los barcos de la línea Cunard, que incluía el anuncio, muy destacado, de la partida del *Lusitania*, «el mayor y más rápido de los vapores que hacen actualmente la travesía del Atlántico».

Los sabuesos de la prensa ataron cabos rápidamente y llegaron a una conclusión obvia. El más prestigioso barco de la Cunard estaba predestinado a ser víctima de alguna patrulla de submarinos alemanes. En el momento de la partida el rumor se había difundido hasta el punto de que muchos pasajeros recibían telegramas anónimos instándoles a cancelar sus pasajes. No obstante, pocos fueron los que se dejaron contagiar por la excitación que se advertía en el muelle. Al fin y al cabo, se sabía que el *Lusitania* tenía la potencia suficiente para superar en velocidad a cualquier navío de superficie o submarino. Existía además la convicción de que aquel lujoso hotel flotante no podía ser considerado como un blanco válido para un submarino alemán, si se tenía en cuenta que iba repleto de ciudadanos de los Estados Unidos, cuya neutralidad el Káiser no podía menos que respetar para no crearse un nuevo adversario. Cualquier duda de última hora cesó cuando subieron a bordo las celebridades, cuyos nombres parecían un extracto del *Quién es quién* norteamericano: allí estaban Alfred Vanderbilt, el multimillonario; Charles Frohman, empresario teatral; George Kessler, comerciante en vinos y «rey del champagne»; Rita Jolivet, actriz; y Elbert Hubbard, uno de los más conocidos periodistas de los Estados Unidos. Seguramente, se dijeron los pasajeros más humildes, si había algún peligro, aquellos importantes personajes sabrían salvar sus preciosas vidas. Se cancelaron un par de pasajes, pero no más de lo que es normal en cualquier viaje.

El «Lusitania» se hace a la mar

Cuando el transatlántico de 32.000 toneladas salió del puerto de Nueva York y los pasajeros se dispusieron a gozar de los placeres de un crucero oceánico, quedaron olvidadas las desagradables historias acerca del conflicto europeo. Una muchacha británica recordaría más tarde: «No creo que nos preocupara la guerra. El viaje era demasiado bello para pensar en algo como la guerra.»

Tal vez los pasajeros hubieran pensado de un modo más realista si hubiesen sabido que la lista de embarque incluía una partida que solamente podía considerarse como material de guerra. Apiladas en las bodegas del *Lusitania* había 4.200 cajas de municiones de pequeño calibre, lo que tal vez no era una contribución de importancia decisiva para una campaña que consumía millones de cartuchos en una sola batalla; pero los alemanes, que ya empezaban a sentir las consecuencias de un bloqueo que obstaculizaba seriamente sus aprovisionamientos militares, no estaban dispuestos a permitir una infracción, por mínima que fuera, de las reglas. Todos los barcos que transportasen contrabando de guerra eran un blanco naval legítimo si se les sorprendía en aguas de las Islas Británicas. Como para subrayar la advertencia, el *Gulflight*, un petrolero de bandera estadounidense, fue torpedeado el día en que el *Lusitania* zarpó de Nueva York. Tres norteamericanos, incluido el capitán, resultaron muertos.

En mayo de 1915 había unos quince submarinos alemanes (de una fuerza total de no más de veinticinco) rondando en busca de presa. Sus capitanes, como los pilotos de aviación de aquella época, formaban un grupo limitado y selecto y eran presentados a la opinión pública como héroes sobrehumanos, cuya gallarda caballerosidad humanizaba en cierto modo su poder destructor. Por ejemplo, acostum-

braban a advertir a los buques mercantes que desembarcaran a la tripulación antes de que fueran torpedeados, y, más avanzada la guerra, el capitán de un submarino llegó a remolcar dos botes salvavidas que habían embarrancado a cierta distancia de tierra.

Los «piratas» submarinos tuvieron un éxito inmediato. Ante la perspectiva de más graves pérdidas, el Almirantazgo británico ordenó que los barcos mercantes se armasen e ideó un procedimiento para atacar a los submarinos cuando salían a la superficie. El número de barcos de carga destruidos siguió en aumento, pero los comandantes de los submarinos empezaron a mostrarse menos generosos con sus posibles víctimas.

El *Lusitania* sobrepasó la mitad de su camino durante la noche del 4 de mayo. Pocas horas más tarde, el submarino *U 20* emergía en aguas del sur de Irlanda, frente a la Old Head de Kinsale. El *Kapitänleutnant* Schwieger no había conseguido ninguna presa desde que, cinco días antes, saliera de Emden, al frente de su tripulación. Había atacado a un navío mercante, pero le dejó escapar cuando vio que llevaba bandera danesa.

Irlanda ofrecía perspectivas algo mejores. El *U 20* dio el alto a una vieja goleta de tres palos, que se dirigía lentamente hacia Liverpool con una pequeña carga de alimentos. Cuando la tripulación subió al bote salvavidas, los proyectiles del submarino astillaron el quebradizo maderaje, y la goleta se hundió de costado. El espectáculo era patético: el más moderno y más terrible ingenio bélico estaba ejerciendo su superioridad sobre un cansado veterano.

El 6 de mayo, el *U 20* hundió al *Candidate*, un transatlántico de mediano tamaño, en ruta hacia Jamaica, y al *Centurion*, en ruta hacia África del Sur. En ninguno de los dos casos hubo víctimas entre los pasajeros ni entre la tripulación, que consiguieron escapar a pesar de que Schwieger se negó a hacerles ninguna advertencia previa. A las 7 horas 50 minutos de la tarde, el comandante Turner, a bordo del *Lusitania*, recibía del Almirantazgo la primera confirmación de la actividad de los submarinos ante las costas del sur de Irlanda. Cuarenta minutos más tarde, un radiomensaje urgente aconsejó a todos los barcos británicos de la zona que rehuyesen los promontorios, pasasen los puertos a toda velocidad, y avanzasen hacia el Canal manteniéndose alejados de las costas. La llamada fue repetida a intervalos durante toda la noche. Se tomaron las debidas medidas de seguridad, fueron puestos a punto los salvavidas y se cerraron algunos de los compartimientos estancos. Poco después de mediodía del 7 de mayo, cuando la niebla matutina se había disipado, el *Lusitania* llegó a la vista de la costa irlandesa. Turner sintióse inquieto por la ausencia total de barcos de patrulla o de cualquier otro tipo de embarcación. Su preocupación habría sido mucho mayor de haber sabido que durante la última semana veintitrés barcos mercantes habían sido torpedeados en aquella zona. A la 1 horas 40 minutos avistó la silueta amiga de la Old Head de Kinsale. El *Kapitänleutnant* Schwieger, que en aquel momento oteaba el horizonte con su periscopio, experimentó la misma grata emoción al descubrir al *Lusitania.*



El hundimiento del *Lusitania*, dibujado por un inglés que sobrevivió al desastre. Fue un hombre de suerte: 1.198 personas, entre tripulantes y pasajeros del transatlántico (128 de ellos, norteamericanos), desaparecieron bajo las aguas.

El torpedo fue disparado a las 2 horas 9 minutos. Un vigía de estribor fue el primero en advertirlo. El comandante Turner oyó el grito de aviso, y llegó a vislumbrar la estela de espuma en el agua. A las 2 horas 10 minutos, el *Kapitänleutnant* Schwieger anotó: «...el disparo alcanza el costado de estribor, justo debajo del puente. Sigue una detonación inusitadamente fuerte acompañada de una gran nube de humo...»

Los pasajeros no lo sabían, pero solamente disponían de dieciocho minutos para escapar del transatlántico que se hundía. Una sensación general de seguridad, basada en saber que la costa estaba a menos de 15 kilómetros, dio paso al pánico cuando el barco se inclinó bruscamente hacia estribor. Se descolgaron los primeros botes, pero, incluso con las máquinas paradas, el *Lusitania* se movía con demasiada velocidad para poder botarlos con seguridad. Se dio la orden de detener esta operación, que fue obedecida pero no con la prisa suficiente para salvar un bote que había caído de lado, volcando al agua a sus ocupantes. En aquel momento la inclinación hacia estribor era tan pronunciada que los botes de babor o caían sobre la cubierta cuando se los soltaba o se resquebrajaban al deslizarse por el costado del barco.

Los pasajeros corrían de un lado a otro, buscando sus chalecos salvavidas y ajustándoselos con manos inexpertas. Uno o dos saltaron por la borda, y otros les siguieron, mientras el agua alcanzaba la cubierta de estribor. Unos pocos botes alcanzaron el mar sin incidentes, pero otros muchos quedaron colgando inútilmente de sus cuerdas. Las mujeres chillaban, los niños lloraban, los marineros juraban, y tres muchachas irlandesas cantaban con voces desgarradas: «Hay allá lejos una verde colina...» Sillas, mesas, loza, baúles y toda clase de objetos que no estuvieran amarrados a la borda se deslizaban por el barco en devastadora confusión.

Desde su seguro puesto de observación, el comandante del *U 20* anotó en su cuaderno de bitácora: «...gran confusión a bordo... deben de haber perdido la cabeza». Schwieger creía que el *Lusitania* estaba a punto de irse a pique.

1 TAKE UP THE SWORD OF JUSTICE



2



1 Cartel británico realizado a raíz del hundimiento del *Lusitania*; en él aparece la justicia ofreciendo su espada a los Estados Unidos. Es sólo una pequeña muestra de toda una campaña de propaganda orientada hacia la consecución de la beligerancia norteamericana en favor de los aliados. A pesar de todo, los Estados Unidos se mantuvieron neutrales durante dos años más. 2 Medalla acuñada por un artífice alemán para satirizar la codicia anglonorteamericana, que permitió que el barco zarpara a pesar de las advertencias alemanas; los británicos la difundieron como prueba de que el Gobierno alemán se regocijaba con la muerte de los pasajeros. En una de las caras (izquierda) se lee: «El transatlántico *Lusitania*, hundido por un submarino alemán, 7 de mayo de 1915.» En la parte superior: «Nada de contrabando.» La otra cara muestra a la muerte vendiendo billetes en la oficina de la Cunard, bajo el siguiente lema: «El negocio, ante todo.»

Pero lo cierto es que el barco se inclinó, y, mientras la tripulación y los pasajeros que quedaban en él trepaban a la cubierta, las hélices y el timón se elevaron muy por encima del agua. El barco permaneció durante breve tiempo en esa posición, cuando la proa penetró en el fango, a cien metros bajo la superficie. Luego su popa fue hundiéndose gradualmente, y, con un bramido, que sonó a alguno de los supervivientes como un angustiado lamento, el *Lusitania* desapareció. Cuerpos, despojos, nadadores y botes cubrían un área de un kilómetro y medio de diámetro. Cuando los barcos de rescate llegaron a la zona, los que seguían a flote expresaban en silencio el mismo sentimiento del capitán Turner, que se sostenía sobre un bote volcado quilla arriba: «Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecer esto?»

«¡Asesinos, piratas!»

Mil ciento noventa y ocho pasajeros y tripulantes se hundieron con el *Lusitania*. Ciento veintiocho de ellos eran norteamericanos. El *Frankfurter Zeitung* describió el hundimiento como «un extraordinario éxito» de la Marina alemana, pero los periódicos aliados hablaron de los «asesinos» y «piratas» que atacaban a «personas inocentes e indefensas, sin miedo a las represalias». Se ha pensado muchas veces que el torpedo que destruyó al *Lusitania* fue el principal causante de que los Estados Unidos entrasen en la guerra, y es cierto que hubo una ola de propaganda dirigida a este fin. El Foreign Office hizo reproducir las medallas conmemorativas acuñadas, según se dijo, por el Gobiero alemán y las distribuyó en el país y en el extranjero para mostrar que el enemigo aprobaba estas prácticas diabólicas. *The Times* dedicó un editorial a los «indecisos e indiferentes» que ignoraban «la odiosa política de brutalidad indiscriminada que ha colocado a toda la raza germánica al margen de la humanidad». Pensando sobre todo en influir a sus lectores del otro lado del Atlántico, el editorialista continuaba: «El único medio para restablecer la paz en el mundo y destruir la brutal amenaza alemana es llevar la guerra a todo lo largo y ancho de Alemania. A menos que se entre en Berlín, toda la sangre que se ha derramado habrá sido en vano.» Pero los Estados Unidos se mantuvieron neutrales durante dos años más, y otros factores, incluida la oferta alemana de ayudar a México a recuperar Nuevo México, habían hecho olvidar buena parte del impacto dramático del hundimiento del *Lusitania.*

Si los expertos en propaganda fallaron en sus deseos de conquistar un poderoso aliado para Gran Bretaña, pudieron en cambio congratularse de haber sabido ocultar aquellos aspectos del caso que probablemente hubieran sido desfavorables para su causa. La investigación oficial omitió el hecho de que el *Lusitania* transportaba material de guerra, y concluyó que la segunda explosión no había sido causada por las municiones, sino por un segundo torpedo. Leslie Morton, un marinero del *Lusitania* que es ahora capitán retirado, sostiene que vio dos torpedos en dirección al punto de contacto, entre las chimeneas números 2, 3 y 4. Pero todos los demás testimonios, incluido el cuaderno de bitácora del submarino, sugieren que el daño causado por un solo torpedo del *U 20* fue agravado por la explosión del material bélico transportado. Por eso se hundió el *Lusitania* en dieciocho minutos.

Otras preguntas embarazosas quedaron sin respuesta. Por ejemplo, ¿por qué el *Lusitania* no fue desviado hacia la costa norte de Irlanda en cuanto se descubrió actividad submarina en el sur? Y, sobre todo, ¿por qué no se le facilitó una escolta? ¿Por qué los barcos de patrulla se mantuvieron en el puerto de Queenstown hasta que era demasiado tarde para que hiciesen algo más que echar una mano en las operaciones de salvamento?

El hundimiento del *Lusitania* fue un estúpido error de cálculo que los alemanes no debían haberse permitido; pero los que murieron fueron tanto víctimas del descuido del Almirantazgo como víctimas de un enemigo despiadado.

Barry Turner

La neutralidad española

El comienzo de la guerra dividió profundamente a la opinión española, que se escindió entre aliadófilos y germanófilos; pero el Gobierno se apresuró a declararse neutral: era la actitud más razonable, dada la situación interior del país.

Alusión a Gibraltar cual motivo para romper la neutralidad española. La reivindicación de Gibraltar era uno de los móviles en que basaba su germanofilia gran parte de los carlistas. La caricatura apareció en «Germania», 1 de agosto 1915. *Abajo:* **el desastre de 1898 figura entre las causas que mantuvieron alejada del conflicto a España, ante quien justifican aquí los Estados Unidos su entrada en la guerra aludiendo a su anterior intervención en Cuba, ya entonces, como ahora, «en nombre de la Humanidad» («Blanco y Negro», 15-4-1917).**





En el verano de 1914 gobernaba España Eduardo Dato al frente de un ministerio conservador «idóneo» (calificativo que se aplicaba a la fracción mayoritaria que había seguido a Dato cuando éste aceptó el encargo de formar gobierno, prescindiendo del jefe de su partido, Antonio Maura). En marzo de aquel mismo año se habían elegido las nuevas Cortes y las elecciones habían arrojado una mayoría favorable al partido que gobernaba: sobre un total de poco más de cuatrocientos diputados, había 214 conservadores y 186 de todas las oposiciones, que incluían una fuerte representación del partido liberal (el otro partido turnante, que sólo por una figura retórica podía denominarse «de oposición») y una pequeña representación de los prohombres de los restantes partidos (republicanos, regionalistas, carlistas —llamados en aquel momento jaimistas, por el nombre del nuevo pretendiente—, e incluso un socialista, el «abuelo» Pablo Iglesias). Pero detrás de esta aparente mayoría conservadora se podía apreciar un fracaso del Gobierno que apenas tenía precedentes en la historia de la Restauración española: los votantes conservadores se habían dividido y habían enviado a las Cortes 188 diputados datistas o «idóneos» y 26 «mauristas», que, movidos por la hostilidad producida por la reciente escisión, no siempre iban a apoyar con sus votos al Gobierno. Dato se encontraba, por tanto, sin una mayoría absoluta.

La declaración de neutralidad

El estallido de la guerra encontró al país desprevenido. En pleno verano, y con el Congreso cerrado, el Gobierno se apresuró a publicar una declaración de neutralidad (30 de julio de 1914). Esta toma de posición tan precipitada pudo parecer extraña a muchos, puesto que España estaba ligada a las potencias de la Entente (o de «la Inteligencia», como se decía también en España) por una serie de compromisos políticos, entre los que destacaban el llamado Pacto de Cartagena de 1907, surgido en ocasión de una entrevista de Alfonso XIII con Eduardo VII de Gran Bretaña, y los contactos francoespañoles de 1913. Poincaré, que como jefe del Gobierno francés había visitado Madrid en este último año, manifestó posteriormente que Alfonso XIII le había prometido personalmente que, en caso de autorizarlo las Cortes, permitiría el paso de tropas francesas del Norte de África por la Península, y que le había dado la seguridad de que «de todos modos, nunca tendréis que temer de nuestra parte un golpe por la espalda». Pero no siempre esta actitud fue tan clara, en parte como reflejo de una familia real que se hallaba dividida entre la germanofilia de la reina madre, la antigua regente María Cristina, que tenía a sus hermanos combatiendo en el Ejército austríaco, y la aliadofilia de la esposa de Alfonso, Victoria Eugenia de Battenberg, inglesa de nacimiento, que a los pocos meses de comenzar la guerra tuvo que sufrir la pérdida de su hermano Mauricio, muerto a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla. La verdad era que la adopción de la neutralidad no había surgido de la posición ideológica del partido gobernante, ni de las preferencias personales del monarca, sino de la necesidad.

Aliadófilos y germanófilos

La escisión que se produjo en la opinión pública española queda sintetizada en estas palabras de Ramos Oliveira: «La guerra europea que estalló en 1914 no hizo de España un país beligerante, sino dos. La nación se dividió por la mitad. Las derechas eran germanófilas, las izquierdas, francófilas.» Tal apreciación resultó correcta en líneas generales, aunque la realidad es algo más compleja.

Es cierto que los sectores conservadores y católicos miraban con simpatía a los regímenes autoritarios de Alemania y de Austria, y con desagrado a los Gobiernos liberales instalados en Francia y Gran Bretaña. Un importante sector de la opinión católica, representado por el periódico *El Debate*, se alineó desde el primer momento tras de los Imperios centrales, y lo mismo hicieron los carlistas, siguiendo el estímulo de Vázquez de Mella, que justificaba su oposición a Gran Bretaña y Francia por la voluntad de reclamar Gibraltar y Tánger, y por unos propósitos de expansión imperial en Ma-

rruecos, sin contar con sus afinidades ideológicas con los regímenes de los dos Imperios germánicos. Mientras los carlistas se entregaban a una germanofilia militante, la actitud del pretendiente don Jaime era menos clara. La familia real carlista se dividió igualmente. Parece ser que el pretendiente (que había sido coronel del Ejército ruso) y los Borbón-Parma eran aliadófilos, mientras que el infante Alfonso-Carlos y la esposa de éste, María de las Nieves, eran germanófilos. El pretendiente pasó la mayor parte de la guerra en Austria, más o menos vigilado.

Respecto del Partido Conservador, ya se ha visto que Dato había optado por la neutralidad desde el primer momento. En cuanto a los mauristas, si bien hubo algunos sectores que exteriorizaron simpatías germanófilas, su jefe se mantuvo en una actitud tan sibilina, que sus discursos pudieron ser interpretados alternativamente —e incluso simultáneamente— como germanófilos y aliadófilos. El Partido Liberal comenzó mostrándose aliadófilo por boca de Romanones, uno de sus jefes principales, pero rectificó seguidamente para alinearse con el conservador en la defensa de la neutralidad. A mediados de agosto de 1914, mientras se hallaba en Sigüenza cazando perdices, el conde de Romanones envió al *Diario universal*, su órgano de prensa, un artículo anónimo titulado «Neutralidades que matan», donde afirmaba que España «está, por fatalidades económicas y geográficas, dentro de la órbita de acción de la Triple Inteligencia» y que «no puede ser neutral, porque, llegado el momento decisivo, la obligarían a dejar de serlo». Como consecuencia deducía que «es necesario que tengamos el valor de hacer saber a Inglaterra y a Francia que con ellas estamos, que consideramos su triunfo como el nuestro y su vencimiento como propio». El artículo produjo enorme revuelo, pero la alarma era injustificada. Cuando Romanones recibió el encargo de formar Gobierno, en diciembre de 1915, no sólo no adoptó la actitud que había preconizado al comienzo de la guerra, sino que declaró tajantemente: «En las circunstancias actuales, una sola política se nos impone: la neutralidad absoluta. Ésta es la que reclama el país entero. Ésta es la que yo quiero defender con todas mis fuerzas, porque considero que es la única que podemos adoptar.»

La actitud de las izquierdas

A la izquierda de los dos partidos turnantes estaban los partidos liberales pequeñoburgueses, de carácter predominantemente republicano, que se mostraron identificados con la causa de los aliados. Alejandro Lerroux fue uno de los primeros en pronunciarse en favor del apoyo armado a los aliados, lo que le costó sufrir un grave incidente en Irún, en septiembre de 1914, cuando el hotel en que se alojaba fue rodeado por una multitud hostil, de la que pudo escapar gracias a la velocidad de su automóvil y a que un motorista que le perseguía cayó misteriosamente herido por un tiro cuya procedencia no se ha aclarado nunca. Claro que también Lerroux rectificó posteriormente, alegando que no había propuesto «la ruptura de la neutralidad a mano armada». En Cataluña y en el País Vasco los núcleos nacionalistas eran aliadófilos (si dejamos a un lado las iniciales vacilaciones de la *Lliga*), lo que no sólo se manifestó en un apoyo propagandístico, sino en la participación activa en la guerra de un importante contingente de voluntarios catalanes que lucharon y murieron en los campos de batalla de Francia.

Más confusa fue la situación que se dio dentro del Partido Socialista Obrero Español. Su primera actitud fue la de desentenderse de la guerra, atribuyéndola al capitalismo y al imperialismo. Pero Pablo Iglesias expresó en las Cortes sus simpatías por los aliados, y el congreso del P.S.O.E. celebrado en 1915 aprobó un dictamen redactado por Besteiro, Araquistain y Fabra Ribas en que se declaraba que, «sin dejar de señalar al capitalismo de todos los países en lucha como responsable», uno de los dos bandos, el del imperialismo austrogermano, era peor que el otro y su victoria significaría «un retroceso o un alto para el socialismo y la democracia». Los anarcosindicalistas, que en 1915 celebraron un congreso clandestino en El Ferrol, acordaron oponerse a la guerra por todos los medios a su alcance.

Sin embargo, una imagen estática de este panorama de la opinión española resultaría engañosa. De hecho, las opiniones fluctuaron con el vaivén de la guerra y con las noticias que llegaban de los campos de batalla. Si hemos de creer a Romanones, Alfonso XIII era aliadófilo al comenzar la contienda; fue volviéndose germanófilo a medida que los alemanes avanzaban hacia París, y ordenó al embajador español que permaneciera en la capital cuando el Gobierno francés se trasladó a Burdeos. Al dimitir el embajador se le sustituyó por un germanófilo, «el más adecuado para recibir en la capital de Francia al ejército invasor». La batalla del Marne le hizo volverse más cauto, limitándose a expresar su simpatía a los dos bandos.

Al concluir la guerra, pocos eran los que estuvieron dispuestos a confesar que habían apoyado a los Imperios centrales. Hasta los carlistas, que eran los más comprometidos, revisaron su actitud; en enero de 1919 el pretendiente don Jaime publicó en París un manifiesto en que afirmaba que siempre había sido partidario de la neutralidad, y que quienes habían conducido a los carlistas a la germanofilia, alegando un supuesto apoyo del príncipe a las potencias centrales, le habían desobedecido y habían engañado a sus partidarios. Era una desautorización expresa de Vázquez de Mella, que se vio forzado a romper con el pretendiente, dejando las huestes carlistas dispersas y debilitadas.

Las razones de una neutralidad

¿Cuál es la realidad que explica este panorama ideológico? La neutralidad de los dos partidos gobernantes no se debía a sus opiniones políticas, sino que era fruto de la necesidad. Aunque el Gobierno español hubiese querido entrar en la guerra, le hubiese sido difícil hacerlo a causa de la inestabilidad de la situación interior, de su desastrosa posición financiera (repetidos déficits habían hecho surgir una deuda flotante de centenares de millones de pesetas, comparable a la que dejó el desastre colonial de 1898), de la debilidad del Ejército (más de la mitad de los 140.000 hombres que lo integraban se hallaban inmovilizados por las exigencias de la ocupación de Marruecos) y de la inexistencia de una marina de guerra adecuada (que no se había recuperado del doble holocausto de Santiago de Cuba y Cavite).

Más adelante, a medida que las consecuencias de la guerra fueron resquebrajando la paz social, el Gobierno se vio obligado a concentrar su atención en los problemas interiores, para prever el riesgo de un posible estallido revolucionario, que estuvo a punto de producirse en 1917. La neutralidad era inevitable y lo único que podían hacer los políticos era entregarse a juegos dialécticos con los calificativos que le aplicaban, discutiendo acerca de si convenía una neutralidad «estática», una neutralidad «benévola», etc. En realidad, el mérito por no haber entrado en la guerra no se lo podía apuntar nadie; la neutralidad, como había dicho Maura, era una perogrullada.

J. M. S.

La campaña de los Dardanelos

Cuando las tropas turcas penetraron en el Cáucaso, Rusia pidió a sus aliados que hicieran una «demostración» contra Turquía. Había llegado el momento de Churchill y de la ofensiva que había planeado realizar en los Dardanelos. La operación resultó un fracaso estrepitoso que derribó un Gobierno, desacreditó a altas personalidades y costó muchas vidas.

Hamilton. «Debería haber tenido una mayor intervención personal, haber insistido en que se cumplieran las órdenes, y ejercido verdaderamente el mando, lo que no hizo en realidad.» Con estas palabras juzgó el teniente general Birdwood la actuación del general sir Ian Hamilton como jefe de la Fuerza Expedicionaria del Mediterráneo. *Abajo:* **Liman von Sanders. Cometió varios errores de importancia, que podrían haber sido fatales.**





En Gran Bretaña, la desafortunada aventura de forzar el paso de los Dardanelos suscitó probablemente más interés y más controversias que cualquier otra campaña de las emprendidas durante las dos Guerras Mundiales. «Nada ha deformado tanto las perspectivas ni ha perturbado más la imparcialidad de juicio ni ha menoscabado en tan gran medida el sentido de los valores estratégicos como las operaciones de Gallípoli», ha escrito sir Edward Grey. Lord Slim —que combatió y resultó gravemente herido en Gallípoli— ha calificado a los jefes de aquella operación como los peores desde la guerra de Crimea. Los defensores de la empresa —en particular Winston Churchill, sir Roger Keyes y el general sir Ian Hamilton— se han mostrado también vehementes, y no han faltado comentaristas que proyectaran sobre esta operación una luz romántica. «El drama de la campaña de Gallípoli —escribió el historiador oficial británico—, por la belleza de su escenario, el esplendor de su significado y el infortunio de su final, siempre tendrá un puesto entre las tragedias clásicas del mundo.» Hoy, más de cincuenta años después, todavía no se han calmado las pasiones que desató aquella campaña.

Un consejo compuesto por «amateurs»

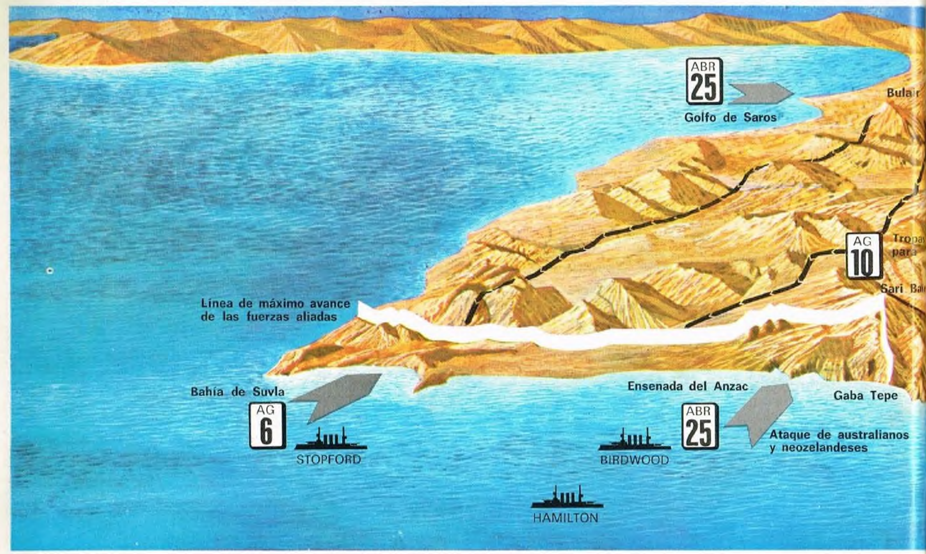
Pocas campañas importantes se han iniciado en circunstancias más extrañas. Los primeros meses de la guerra sometieron al gobierno liberal inglés a una tensión de la que nunca llegó a reponerse. La dirección de Asquith había sido firme y decidida al estallar la conflagración, pero más tarde —como consecuencia de su mala salud, o por otros motivos— se mostró incoherente e indecisa. La creación, en el mes de noviembre, de un Consejo de la Guerra no había resuelto el problema esencial. El Consejo se reunía de un modo irregular, sus miembros militares permanecían silenciosos y actuaban con aire cansino y como «amateurs». Comentaba Winston Churchill en un memorándum que circuló en julio de 1915: «Este instrumento gubernativo se ha mostrado incapaz de adoptar resoluciones, a no ser tras lentos procesos de discusión llevada hasta el agotamiento, y las diferencias de opinión que hemos tenido que superar y el número de personas de importancia a las que ha sido preciso convencer, han dado lugar a demoras y a soluciones de compromiso. Siempre hemos enviado al frente dos terceras partes de lo que se necesitaba y siempre con un mes de retraso.»

La propia situación militar desempeñó un papel importante en lo que iba a suceder. Había pasado la euforia de los primeros días de guerra, y las líneas enemigas se extendían desde el Canal de la Mancha hasta la frontera suiza. En todas partes los beligerantes habían fracasado en sus propósitos de alcanzar los objetivos previstos. El carácter de la lucha en el frente occidental resultaba ya tristemente evidente. De modo que, a fines de 1914, Churchill (Primer Lord del Almirantazgo), lord Fisher (Primer Lord del Mar), Lloyd George (ministro de Hacienda) y sir Maurice Hankey (secretario del Consejo de la Guerra) pensaron utilizar las fuerzas de Gran Bretaña —particularmente su potencial naval— en otros campos de operaciones.

Fue Churchill quien presentó la propuesta más atractiva. Ya durante las primeras semanas de la conflagración había dado muestras de su espíritu inquieto, y el 25 de diciembre, en la primera reunión del Consejo de la Guerra, propuso un ataque naval a los Dardanelos, con el objetivo final de hundir los cruceros alemanes *Goeben* y *Breslau*, que se habían refugiado en agosto en aguas de Turquía y habían contribuido decisivamente a que este país entrara en la contienda, a principios de noviembre, luchando al lado de los alemanes. La sugerencia fue desechada, pero la idea con el tiempo germinó.

A la impaciencia por el estancamiento en que se hallaba el frente occidental se sumaba la petición rusa de que se hiciese una «demostración» contra Turquía, pues un gran ejército turco estaba avanzando por el Cáucaso. (En el momento en que se recibió la petición, los turcos ya habían sido derrotados, pero la noticia aún no

La península de Gallípoli, vista desde el oeste. En el mapa están señalados el ataque naval del 18 de marzo, los desembarcos del 25 de abril y del 6 de agosto, y la máxima extensión de los avances aliados. Las líneas discontinuas negras muestran la dirección de los ataques turcos contra los aliados. Los generales dirigían las operaciones desde las naves, a lo largo de la costa.



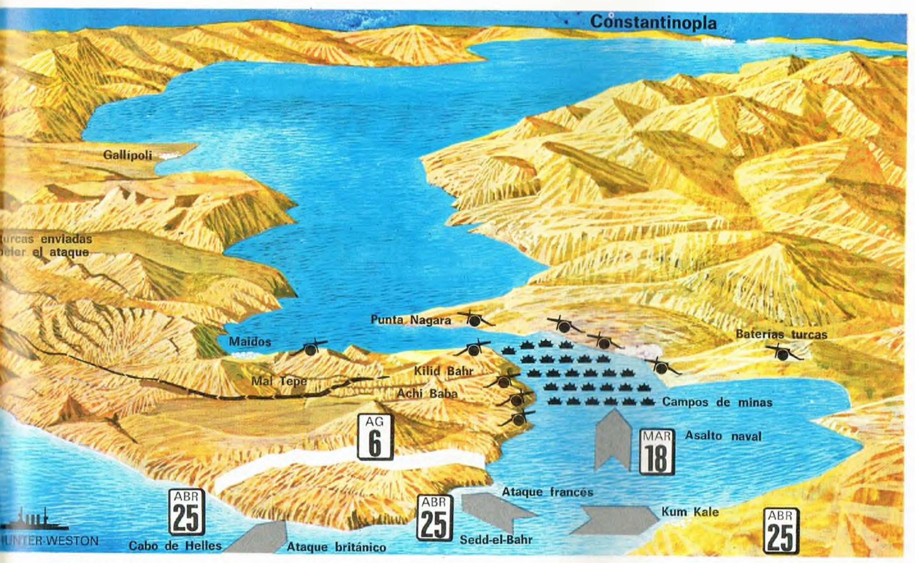
había llegado a Londres). Churchill insistió inmediatamente en la idea de un asalto a los Dardanelos, y telegrafió al almirante inglés Carden, que mandaba la escuadra situada frente al acceso occidental de tales estrechos, preguntándole acerca de las posibilidades de un asalto puramente naval. El almirante Carden contestó prudentemente que un ataque gradual podría tener éxito; Churchill insistió, y el almirante recibió instrucciones en el sentido de que presentase planes detallados. Cuando éstos llegaron, Churchill propuso el asunto al Consejo de la Guerra.

La inquietud que los colegas de Churchill en el Almirantazgo sintieron ante aquellas prisas no fue conocida por los ministros miembros del Consejo, hecho que les absuelve en parte de su responsabilidad colectiva. La exposición de Churchill fue muy brillante, y el 15 de enero el Consejo de la Guerra acordó que «el Almirantazgo preparara para febrero una expedición naval con el objetivo de bombardear y tomar la península de Gallípoli, con Constantinopla como meta final». Churchill consideró tal acuerdo como una decisión definitiva; Asquith, en cambio, lo consideraba como algo «meramente provisional, simples preparativos, pero nada más». El almirante sir Arthur Wilson, miembro del Consejo, dijo poco después: «Aquello no era asunto mío. Yo no estaba relacionado en modo alguno con la cuestión, que nunca se me propuso oficialmente.» El secretario naval de Churchill consideró que los miembros del Consejo pertenecientes a la Marina «sólo aceptaron una operación puramente naval, en el bien entendido de que siempre podríamos volver atrás; no se trataba de lo que se ha descrito como "forzar los Dardanelos"». Fisher, en aquel momento, se sentía muy alarmado.

Al margen de la cuestión de si la Marina disponía de suficientes reservas de hombres y barcos —incluso barcos viejos, que eran parte importante en el plan de Churchill— para afrontar la operación, la Marina desde hacía tiempo veía con aprensión el ataque contra los Dardanelos, y el propio Churchill había escrito en 1911 que «hay que recordar que ya no es posible forzar los Dardanelos; nadie expondría a un peligro así a una flota moderna». Pero Churchill —como revela claramente su comunicado a la Comisión de los Dardanelos, que no ha podido ser examinado hasta hace poco— había quedado muy impresionado ante los efectos del bombardeo de los fuertes belgas por la artillería alemana, y era evidente que las baterías turcas ocupaban posiciones muy visibles y expuestas y estaban equipadas con medios muy anticuados. No era Churchill el único que tenía poca consideración por la eficacia militar de los turcos. Las dudas de los almirantes se dejaron de lado, Fisher se abstuvo de manifestar sus recelos y Carden se preparó para el asalto.

Todo ello representó un considerable éxito para Churchill. No hay duda de que fue él quien forzó la situación y que la iniciativa fue solamente suya.

Los planes para el ataque naval siguieron adelante, se mandó aviso a las tropas británicas y de los Dominios (australianas y neozelandesas) que se encontraban en Egipto. Carden inició su ataque el 19 de febrero y no tuvo ninguna dificultad en aplastar los fuertes exteriores de Seddel-Bahr y Kum Kale. Las dificultades empezaron realmente cuando los barcos de guerra entraron en los estrechos.



Empieza el ataque

Las defensas intermedias e interiores consistían en cañones emplazados a lo largo de las costas de Gallípoli y de Asia Menor, reforzados por baterías móviles y por otras que sólo podían causar daños a barcos ligeramente blindados. Los estrechos habían sido minados desde el principio de la guerra, pero las minas no llegaron a representar una seria amenaza hasta febrero y marzo. Los intentos de los dragaminas británicos (barcos de pesca a la rastra, de la costa oriental de Gran Bretaña, tripulados por civiles y mandados por oficiales de Marina sin experiencia alguna en el dragado de minas) terminaron en un completo fracaso. Fuerzas de infantería de Marina desembarcaron en Kum Kale y Sedd-el-Bahr en varias ocasiones, pero a primeros de marzo aumentó bruscamente la resistencia a estas operaciones.

El mal tiempo hizo cada vez más difíciles las tareas de los barcos de guerra y de los desventurados pesqueros (apenas capaces de avanzar, bajo el fuego enemigo y en condiciones que no les eran familiares, contra la fuerte corriente de los Dardanelos). Carden no gozaba de buena salud. Los barcos de guerra, a excepción del flamante acorazado *Queen Elizabeth*, eran viejos y, en muchos casos, precisaban reparaciones. El nivel de los oficiales era desigual. La resistencia turca se hacía más firme cada día y el ataque perdió el empuje inicial.

Acuciado por Churchill, Carden decidió invertir su táctica: la flota silenciaría los cañones para permitir a los dragaminas que efectuaran su trabajo de limpieza. En vísperas del ataque, Carden, completamente abatido, fue reemplazado por el contraalmirante Robeck.

Entonces entró en escena el Ejército. El teniente general Birdwood, antiguo secretario militar de Kitchener, mandaba a la sazón las tropas australiano-neozelandesas o *Anzacs (Australian and New Zealand Army Corps)* en Egipto. Enviado por Kitchener a los Dardanelos para informar sobre la situación, Birdwood lo hizo en el sentido de que era esencial el apoyo del Ejército. Lentamente se reunió una fuerza de tierra, y el general sir Ian Hamilton fue nombrado comandante en jefe de lo que se llamó Fuerza Expedicionaria del Mediterráneo y que constaba, en aquel momento, de unos 70.000 hombres (franceses, británicos y de los Dominios). Hamilton fue informado de su nuevo nombramiento el día 12 de marzo; partió al día siguiente, después de haber reunido apresuradamente un estado mayor, de recibir una serie de instrucciones de Kitchener y de haberse informado superficialmente sobre la zona de operaciones y sobre los turcos. Llegó justo a tiempo para asistir al desastre del 18 de marzo: de un total de nueve acorazados, Robeck perdió seis (tres fueron hundidos y otros tres puestos fuera de combate; los campos de minas habían quedado intactos).

Desde entonces se ha gastado mucha tinta para discutir lo que debería haber hecho Robeck. Éste no sabía que la situación de los turcos era desesperada por falta de proyectiles pesados. Pero, aunque lo hubiese sabido, subsiste el hecho de que fueron la artillería ligera y las baterías móviles las que detuvieron a los dragaminas. El plan de Roger Keyes de emplear destructores como dragaminas para dar el asalto a los campos de minas era el único con verdaderas posibilidades

de éxito, pero el prepararlos habría llevado demasiado tiempo.

«Un episodio extraordinario...»

El Ejército, por su parte, estaba dispuesto a intervenir. El 22 de marzo Hamilton y Robeck acordaron una operación combinada, y Hamilton partió rumbo a Alejandría para reorganizar sus diseminadas tropas. «Ninguna decisión formal de efectuar un ataque por tierra aparece hasta este momento en las actas del Gabinete o del Consejo de la Guerra», como ha escrito Churchill. «...Este modo callado de arrojarse a una vasta aventura militar debe ser considerado un episodio extraordinario.» No fue, sin embargo, más extraordinario que los acontecimientos que habían precedido a la conferencia crucial del 22 de marzo. Los intentos de Hankey de obtener mejores informes para apreciar debidamente la situación no tuvieron éxito. «La operación militar aparece hasta cierto punto como una intentona para comprobar la pretendida escasez de los pertrechos del Ejército turco y la inferior calidad combativa de sus soldados», escribió Hankey en un sagaz memorándum. Pero el Consejo de la Guerra, que se había reunido a mediados de marzo, no volvió a hacerlo hasta dos meses más tarde.

Lo que sucedió después fue el resultado directo del modo irreflexivo como los británicos se lanzaron a una difícil operación anfibia. No se había hecho cálculo alguno para saber si disponían de los recursos que la empresa requería. Como escribió Hankey a finales de marzo: «Hasta el momento... no se ha intentado calcular qué fuerzas se requieren. Nos hemos limitado a decir cuántas tropas hay disponibles y que éstas deben ser suficientes.» La situación fue resumida así por sir William Robertson: «El ministro de la Guerra buscaba resultados decisivos en el frente occidental. El Primer Lord del Almirantazgo propugnaba una expedición militar a los Dardanelos. El ministro para la India consagraba su atención a una campaña en Mesopotamia. El ministro de Colonias se ocupaba de varias pequeñas guerras en Africa. Y el ministro de Hacienda estaba intentando conseguir el traslado de una gran parte del Ejército británico desde Francia a algún teatro de operaciones del Mediterráneo oriental.»

No es de extrañar, pues, que sir John Maxwell, comandante de las tropas destacadas en Egipto, exclamara: «¿Quién coordina y dirige esta gran operación combinada?»

Además, el mando en el Mediterráneo oriental estaba dividido: Maxwell mandaba en Egipto, Hamilton tenía el ejército y Robeck los barcos. Antes de que finalizase la campaña surgirían nuevas complicaciones. Cada comandante procuró por sus propios intereses, y las limitadas disponibilidades de hombres y material se distribuyeron sin coordinación.

A todas esas dificultades Hamilton añadió algunas más por su cuenta. Su negativa a que su personal administrativo interviniese en el planeamiento inicial y en todo lo demás, mientras él fue comandante en jefe, tuvo consecuencias fácilmente previsibles. El secreto no existió: «El ataque fue anunciado a los cuatro vientos, como pocos lo han sido jamás —escribió con razón un historiador—. No parece que se omitiese ningún medio para divulgarlo.» La culpa no fue del propio Hamilton, pero sus protestas resultaron inútiles.

El plan de Hamilton para desembarcar en Gallípoli era fantástico y audaz. La 29.ª División desembarcaría en cinco pequeñas playas del extremo meridional de la península; los *anzacs* (australiano-neozelandeses), más al norte, en la costa occidental, inmediatamente más allá del saliente promontorio de Gaba Tepe, y luego avanzarían tierra adentro hacia la cumbre de Mal Tepe, atalaya de los estrechos. Se realizarían fingidos desembarcos en Bulair, en el istmo o «cuello» de la península, para despistar al enemigo, y los franceses harían lo mismo en Besika, bahía situada frente a la isla de Ténedos. Los franceses también desembarcarían por poco tiempo en Kum Kale, para proteger el desembarco de la 29.ª División.

Mientras tanto, también los turcos tropezaban con dificultades. Hasta el mes de marzo, sus fuerzas en la zona habían sido escasas y estaban diseminadas. A pesar de la urgencia de la situación, los turcos actuaron con lentitud. Cuando, en la madrugada del 26 de marzo, el general Liman von Sanders llegó para tomar el mando de las tropas de los Dardanelos, la situación con que se encontró era realmente desoladora. En pocas palabras, la tarea de Von Sanders consistía en defender unos 240 kilómetros de costa con una fuerza total de 84.000 hombres, pero con sólo una fuerza efectiva de 62.000 combatientes. Su ejército carecía de aviación, y andaba muy escaso de artillería y de equipos. Los hombres, además, acostumbrados desde hacía largo tiempo a la derrota, eran la pesadilla de los oficiales alemanes; habría sido difícil adivinar en aquellas formaciones harapientas y mal equipadas el ejército que iba a alcanzar tales alturas de valor y espíritu de iniciativa.

Sanders, cuya actuación han juzgado favorablemente muchos comentaristas, en realidad cometió varios errores importantes que pudieron ser fatales. Situó dos divisiones en el «cuello» de la península, dos en la costa asiática, una sola para defender toda la península de Gallípoli, y una última, en reserva, cerca de Mal Tepe. Toda la zona al sur de la altura dominante de Achi Baba estaba defendida solamente por un regimiento y una batería de campaña, con las reservas situadas al norte, a varias horas de distancia. Con gran consternación de los oficiales turcos, Sanders retiró sus tropas de las playas y las concentró tierra adentro. Eso, según los turcos, era no tener en cuenta el hecho de que en toda la península no había más que media docena de playas en las que los británicos pudieran desembarcar. Sanders, lo mismo que Hamilton, sobreestimaba los efectos del bombardeo naval sobre tropas bien atrincheradas. El heroico valor de las tropas turcas, la buena suerte y la torpeza de sus enemigos salvaron a Sanders de perder toda la campaña al primer día.

Todavía hoy es imposible considerar sin emoción los acontecimientos del 25 de abril de 1915. Las tropas británicas y las de los Dominios salieron del puerto de Mudros, en la isla de Lemnos, llenas de entusiasmo y ardor. «Siempre nuestra juventud ha sido valerosa —ha escrito lord Slim—, pero aquellos muchachos tenían una extraña actitud medieval, que no creo que se repita jamás.» Para los anzacs fue el día de su bautismo de fuego, y, para Turquía, el día en que realmente empezó a nacer como nación moderna.

Tres de los desembarcos británicos en Helles no encontraron prácticamente oposición. El cuarto tropezó con alguna resistencia, pero el enemigo fue derrotado. Por el contrario, el quinto, en Sedd-el-Bahr, acabó en catástrofe. Cuando los británicos llegaron a la playa cayó sobre ellos un diluvio de fuego mientras chapoteaban en el agua o seguían sentados, indefensos, en los botes de desembarco; otros, que intentaron desembarcar desde un barco carbonero adaptado al efecto, el *River Clyde*, no tuvieron mejor suerte. En este momento crítico, Hunter-Weston no se mostró a la altura de las circunstancias. Se hallaba a bordo de un crucero, apenas a cinco minutos de la playa en que ocurrió el desastre, pero hasta muy tarde no se dio cuenta de lo sucedido. Al terminar el día los británicos,



1 El acorazado británico *Cornwallis* bombardea la península de Gallípoli. Las operaciones navales fueron desastrosas para los británicos, que perdieron tres acorazados.

Un grupo de fusileros de la Marina británica se lanza al asalto de las posiciones defensivas turcas.



exhaustos y deprimidos, luchaban desesperadamente por conservar sus posiciones.

Los anzacs tuvieron una jornada de muy varia fortuna. Habían desembarcado un kilómetro y medio al norte de la posición prevista, con cierto desorden, y se encontraron con cantiles, precipicios y gargantas cubiertas de maleza. Al desembarcar los primeros hombres se produjo una congestión en la estrecha playa (*Anzac Cove*, «Ensenada del Anzac»), por donde tenían que entrar todos los refuerzos y suministros. En todo el día sólo se desembarcó una batería de campaña, y las unidades se entremezclaron irremediablemente. Lo mismo que en el sur, los mapas eran peligrosamente inexactos. A media mañana los turcos habían empezado a contraatacar y, espoleados por el entonces desconocido coronel Mustafá Kemal, aquellos ataques se desarrollaron furiosamente durante todo el día. Al atardecer, los anzacs habían sido rechazados hasta una línea de fuego que sólo alcanzaba unos novecientos metros tierra adentro, en el punto de máxima profundidad; las bajas habían sido muy elevadas, y los jefes de división de Birdwood aconsejaron la evacuación. En este caso, a pesar de la renuencia de Birdwood, Hamilton ordenó resistir. Aquella fue prácticamente la única iniciativa tomada por Hamilton —a bordo del *Queen Elizabeth*— en todo el día. Como escribió Birdwood algunos meses más tarde, «Hamilton debería haber tenido una mayor intervención personal, haber *insistido* en que se cumplieran las órdenes, y ejercido verdaderamente el mando, lo que no hizo en realidad». Así comenzó la épica defensa del *Anzac*, un pequeño sector de costa, formado de riscos y gargantas.

Hamilton atacó en Helles, pero aunque se consiguió un avance limitado, el 8 de mayo era patente que el empuje inicial se había perdido. Las bajas habían sido aterradoras (más de 20.000 hombres, 6.000 de ellos muertos, de un total de 70.000), y los servicios médicos y de aprovisionamiento habían fracasado completamente ante el inesperado número de demandas. La llegada de un submarino alemán y el hundimiento de tres acorazados —uno de ellos atacado por una lancha torpedera turca— privaron al Ejército del apoyo físico y psicológico de los cañones de la flota. Así terminó la primera fase de la campaña de Gallípoli.

Una semana más tarde cayó el gobierno liberal, la primera grave consecuencia de la campaña, si bien otras causas importantes contribuyeron a su caída. Asquith formó un nuevo gobierno de coalición, en el que Balfour, el antiguo líder conservador, reemplazaba a Churchill como Primer Lord del Almirantazgo. Un gabinete reducido, llamado desde el 7 de junio Comité de los Dardanelos, asumió la dirección de las operaciones, y se estableció un Ministerio de Armamento. El nuevo Gobierno decidió apoyar a Hamilton, y le mandó más tropas. Hamilton continuó batiéndose en Helles durante los meses de mayo y junio hasta que, en julio, según las memorables palabras de un cabo inglés, «el campo de batalla tomó el aspecto de una fosa común y olía como una cloaca». Achi Baba seguía irguiéndose desafiante, sin conquistar, y el Ejército era incapaz de seguir resistiendo las pruebas a que se veía sometido. Al fuego enemigo, al calor y a la dura vida de las trincheras se sumaba el azote de la disentería.

Hamilton dirigió entonces su asalto hacia el norte. En la Ensenada del Anzac se había preparado un audaz plan para tomar las alturas dominantes de Sari Bair. Desgraciadamente, lo mismo que en abril, a este proyecto base se añadieron otros, hasta que el plan se convirtió en una operación conjunta tan compleja y peligrosa como la primera. Los anzacs, con refuerzos británicos e indios, atacarían desde su posición hacia el norte y subirían por las abruptas y enmarañadas laderas hasta coronar la cima de la sierra de Sari Bair; la ofensiva se desencadenaría por la noche, después de algunos ataques de diversión, con el fin de despistar al enemigo, al sur de la Ensenada del Anzac y en Helles. Al amanecer del 6 de agosto un nuevo cuerpo de ejército desembarcaría en la bahía de Suvla, al norte de la Ensenada, que según el mando inglés estaba poco defendida, y, al romper el alba, las posiciones turcas serían atacadas de frente y por la retaguardia. 63.000 soldados aliados atacarían una zona defendida por menos de 30.000 turcos.

Esta vez el secreto de la operación fue tan completo que incluso los altos jefes no fueron informados hasta el último momento. Sir Frederick Stopford, comandante del IX Cuerpo, que tenía que desembarcar en Suvla, fue autorizado a modificar las instrucciones recibidas, de modo que su tarea se redujese a desembarcar y ocupar la bahía.

No hubo coordinación alguna entre el general Stopford y Birdwood, ni antes ni en el curso de la acción. Hamilton permaneció en su cuartel general durante dos días cruciales.

Dadas las circunstancias, lo sorprenden-



El desembarco en Suvla Bay, Gallípoli, 1915, pintado por el oficial R. C. Lewis durante la acción, utilizando las tintas que extrajo de paquetes de cigarrillos cuyas envolturas eran muy distintas de las actuales.

te fue que la operación estuviese a punto de tener éxito. De nuevo Hamilton fue más astuto que Sanders. La marcha nocturna desde la Ensenada del Anzac fue algo caótico y espantoso, pero en la madrugada del 7 de agosto los neozelandeses estaban a punto de conquistar la importante cima. El desembarco en Suvla, aunque encontró la resistencia de algunas pequeñas unidades, fue un éxito. En la mañana del 7 de agosto la situación de los turcos en Sari Bair era desesperada, pero el calor, el agotamiento y la inexperiencia de los británicos, así como la lentitud de sus comandantes, salvaron a Sanders. Los turcos, como siempre, lucharon con un valor inaudito. La acción desembocó en una espantosa batalla; en Suvla, el IX Cuerpo quedó pegado a la playa y sólo efectuó algunos tímidos avances. En la Ensenada del Anzac la falta de planes de avance y los fallos del mando hicieron que la situación dependiera exclusivamente del valor e iniciativa de las tropas y de sus oficiales, valor e iniciativa que no faltaron durante el durísimo combate, pero que no fueron suficientes. Sanders confió el mando de toda la zona a Kemal, que detuvo a los británicos en Suvla, en el preciso momento en que empezaban el avance siguiendo las órdenes apremiantes de Hamilton; y, en Sari Bair, al amanecer del 10 de agosto, lanzó un ataque desesperado que barrió a los aliados de las posiciones que habían conquistado y defendido a tan alto precio. Un solo oficial británico llegó a divisar por un momento los Dardanelos.

Y llegó lo inevitable. Hamilton lanzó un último ataque en Suvla, que fue, numéricamente, la mayor batalla de la campaña; pero todo estaba ya decidido. En Gran Bretaña, los muchos oponentes de la aventura redoblaron sus protestas; un nuevo ejército fue enviado a Salónica; los frentes de Gallípoli se estabilizaron en una guerra de trincheras; llegaron los primeros fríos, y la decisión de Bulgaria de entrar en la guerra significó que se contaba con cañones austríacos para bombardear las líneas británicas con mayor precisión. En octubre Hamilton fue llamado a Gran Bretaña, y su sucesor, sir Charles Monro, hombre muy distinto, recomendó la evacuación. Por temor a las consecuencias, el Gobierno se mostró indeciso una vez más. Kitchener llevó a cabo una investigación sobre el terreno y allí se persuadió de la necesidad de la retirada. Birdwood se hizo cargo de la evacuación de Suvla y de la Ensenada del Anzac, y la dirigió brillantemente sin una sola baja, los días 19 y 20 de diciembre.

La evacuación de Helles resultaba ahora inevitable, y se llevó a efecto los días 8 y 9 de enero, también sin ninguna baja, aunque con grandes pérdidas de material.

Balance de la campaña

Las consecuencias de la campaña de Gallípoli fueron importantes. Las primeras repercusiones afectaron al gobierno Asquith, y, en particular, a Churchill, cuya separación del Almirantazgo en mayo fue la condición *sine qua non* para que los conservadores entraran en la coalición. Pasarían muchos años antes de que su reputación se viera libre de la sombra de Gallípoli. También el prestigio y la posición de Asquith se resintieron mucho, así como los de Kitchener. El sueño de una alianza balcánica contra Alemania se desvaneció, e Italia fue la única nación mediterránea que, a mediados de mayo, se unió a la causa aliada. Los británicos habían adquirido otro gran compromiso en Salónica. La salida de Rusia a los mares templados quedaba irremediablemente bloqueada. Comparados con ese último desastre estratégico, fueron menos importantes las pérdidas humanas sufridas por parte aliada, pero sin duda pasaron de los 200.000 hombres (las turcas son desconocidas, pero tuvieron que ser considerablemente mayores, y con más elevada proporción de muertos). Pero en aquellos momentos las pérdidas causaron una gran impresión, agravada por la aparente inutilidad del sacrificio, puesto que la verdadera batalla era la que se desarrollaba casi a la vista de las costas británicas. El 28 de diciembre el Gobierno decidió oficialmente que el frente occidental sería el teatro decisivo de la guerra.

¿Todo fueron pérdidas? La empresa bordeó el éxito en varias ocasiones, pero es discutible si, incluso con la toma de Gallípoli y de los estrechos, hubiera tenido los efectos decisivos que se esperaban de ella. La operación entera justificó unas palabras escritas por Lloyd George antes de que el proyecto se tomara seriamente en consideración: «Las operaciones que se deciden y organizan sin suficiente cuidado terminan por lo general de un modo desastroso.»

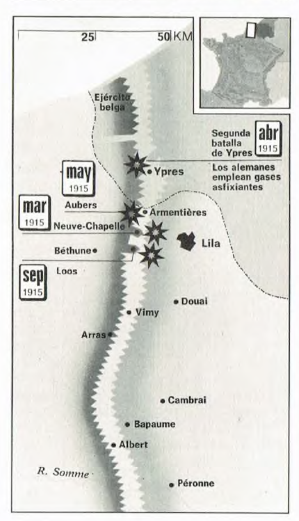
Robert Rhodes James

1915: desastres de los aliados

En el Este, los alemanes abrieron grandes brechas en las defensas rusas e hicieron cientos de miles de prisioneros. En el Oeste, los cadáveres se amontonaban en las trincheras, mientras los generales franceses e ingleses ensayaban ataques cada vez más duros y sangrientos.

Las campañas de 1915. En el Este hubo grandes victorias y avances alemanes, y en el Oeste una serie de ofensivas fracasadas.





En los primeros meses de 1915, la mayoría de los jefes aliados, tanto militares como políticos, vieron desvanecerse la ilusión de que la guerra se ganaría dentro de aquel año.

Los generales ingleses y franceses creían que la victoria sería el resultado de un retorno a la guerra en «campo abierto». Después de la batalla del Marne habían visto que el enemigo la evitaba (o así al menos les pareció) «hundiéndose en las trincheras». Si lograban encontrar la manera de romper aquella barrera, el carácter de la lucha cambiaría y ello resultaría ventajoso para los aliados.

La primera de estas conclusiones es incontestable, pero puede dudarse mucho de la segunda. A los generales franceses les preocupaba poco la ciencia militar, y aún menos a los británicos; unos y otros preferían la doctrina de su propia infalibilidad. Al parecer, interpretaron la adopción por los alemanes de la guerra de trincheras como una prueba de debilidad, algo así como una forma de cobardía de un enemigo que teme los resultados de una «verdadera» batalla. Es también probable que esta interpretación se apoyara en la experiencia del frente oriental, donde los amplios espacios, la escasa artillería y los enormes escuadrones de caballería, daban a la campaña una apariencia enteramente distinta a la de las encarnizadas batallas posicionales del Oeste.

Pero aunque el escenario fuera diferente, los grandes principios de la estrategia seguían inmutables, y, a su debido tiempo, también los rusos lo experimentaron a sus costas. La sangrienta derrota del ejército de Samsonov en Tannenberg detuvo el avance del rodillo ruso y eliminó la amenaza contra Prusia oriental. Además, demostró a Falkenhayn, el jefe del Estado Mayor Central alemán, que, si bien el Plan Schlieffen había fallado, podía todavía conseguirse su objetivo, porque, dada la ineptitud táctica de los jefes rusos, la cantidad de fuerzas necesarias para derrotar al Zar no era incompatible con la posibilidad de proseguir las operaciones, aunque con carácter defensivo, en el frente occidental.

En consecuencia, en sus previsiones para 1915, Falkenhayn recomendó una postura defensiva en Francia y una concentración de fuerzas en el Este. Después de alguna vacilación, el Káiser asintió a ello y se puso en marcha el necesario repliegue (que exigió también el traslado desde Silesia de algunas divisiones de Hindenburg y Ludendorff). El cuartel general y el tren imperial se dirigieron hacia oriente, desplazando así el centro de gravedad de las fuerzas alemanas.

Todo eso llevó tiempo, y durante aquellas semanas el ala sur de los ejércitos rusos continuó batiendo a los austrohúngaros y tomó, en marzo, la famosa plaza fuerte de Przemysl. Se suscitaron entonces graves discusiones entre los jefes alemanes. Ludendorff tenía su propio plan, más radical, para derrotar a los rusos, mediante un amplio ataque envolvente desde el norte, y le disgustaba que se le frenase mientras Falkenhayn concentraba sus fuerzas para un ataque directo en el frente de Galizia.

La batalla de Neuve-Chapelle

Así, pues, para los aliados las apariencias eran mejores que la realidad. En Francia, los alemanes daban la impresión de estar a la defensiva a causa del temor que sentían ante sus adversarios, mientras que en el frente oriental seguían en retirada. Las consideraciones de estrategia, unidas a otras de prestigio nacional y personal, hacían urgente y deseable una contribución de los occidentales a esta gigantesca maniobra de «tenazas».

Joffre se proponía desencadenar la ofensiva francesa en mayo. Pero había razones personales que empujaban a los jefes ingleses a llevar a cabo una «demostración» en fecha muy anterior. Lord Kitchener, el ministro de la Guerra (que no estaba en buenas relaciones con el comandante de las fuerzas expedicionarias británicas, sir John French), era partidario de utilizar las nuevas unidades que se habían creado durante el invierno para un asalto anfibio contra Ostende y Zeebrugge, en Bélgica. Tanto sir John como Douglas Haig, su subordinado, veían que tal operación implicaría una disminución de las fuerzas y recursos del cuerpo expedicio-

Derecha: **dos granaderos franceses con la careta antigás puesta. Los gases asfixiantes, utilizados por primera vez en 1915, añadieron un nuevo horror a la guerra.**

nario británico —quizás indefinidamente— a favor de un nuevo ejército que sería puesto a las órdenes de Kitchener o de un jefe nombrado por éste. En consecuencia, decidieron atacar al enemigo tan pronto como el tiempo lo permitiera.

La zona elegida fue el saliente alemán alrededor de Neuve-Chapelle, ligeramente defendido por unas seis compañías —que disponían en conjunto de doce ametralladoras—, desplegadas a lo largo de una línea de bajos parapetos de sacos terreros (el suelo estaba demasiado inundado para permitir un adecuado sistema de trincheras). Contra esta «posición» —en realidad, poco más que un puesto avanzado— Haig lanzó no menos de cuarenta y ocho batallones, apoyados por sesenta baterías de artillería de campaña y por ciento veinte piezas pesadas. En varios puntos los atacantes lograron romper las líneas alemanas y llegar a campo abierto (una hazaña que no iban a repetir en dos años y medio). Pero no pudo llegarse a la esperada guerra «abierta». A la vacilante dirección de las operaciones, en todos los niveles, se sumaron la desorganización de las líneas de comunicaciones y la falta de conexión entre los mandos.

Durante la noche, las tropas que habían roto el frente vagaron sin objetivo hasta llegar al borde de ciertos obstáculos naturales defendidos por pequeños grupos de infantería enemiga, y creyeron que se trataba de la «segunda línea» alemana. En realidad, los alemanes no tenían segunda línea, pero improvisaron una rápidamente, durante las primeras horas de la mañana, con dos compañías de tiradores ciclistas. En el segundo día, menos de una docena de ametralladoras resistieron a todo el Ejército británico, cuya artillería se había quedado prácticamente sin municiones. No obstante, la superioridad numérica británica era todavía de más de siete a uno, y Haig, comandante en jefe de la operación, ordenó «proseguir el ataque sin tener en cuenta las pérdidas». No es de extrañar, pues, que las pérdidas fueran el único resultado de la operación.

La batalla de Neuve-Chapelle demuestra hasta qué punto permanecía constante la relación entre ataque y defensa (aunque la cantidad de fuerzas empeñadas por uno y otro lado había de aumentar rápidamente a lo largo de la guerra). La escasez de municiones hizo que los alemanes subestimasen la potencia de la artillería británica y dedicasen poca atención a sus obras de defensa. Si los ingleses hubiesen dispuesto de la potencia de fuego con que contaban los franceses, sin duda habrían podido romper el frente en su segundo intento. Si la línea alemana, hasta entonces protegida por débiles obras de defensa, hubiese incluido los profundos refugios de cemento (*Wohngraben*) que los alemanes empezaron apresuradamente a construir después de sufrir el ataque de Neuve-Chapelle, los británicos no habrían llegado a atravesar la tierra de nadie, como dos meses más tarde se demostraría en la ofensiva de Aubers. En realidad, las dos fuerzas permanecieron equilibradas, lo que significa, naturalmente, que prevaleció la defensa, en todo el frente, hasta los días de Passchendaele, en noviembre de 1917, con sus cadenas de nidos de ametralladoras hechos de hormigón.

Ambos bandos sacaron sus propias conclusiones del hecho de no haber sabido sacar partido de la ruptura inicial de Neuve-Chapelle. Falkenhayn expresó la opinión de que «las tropas inglesas, a pesar de la innegable bravura y resistencia de sus hombres, habían resultado tan torpes en la acción, que no tenían posibilidad alguna de lograr algo decisivo contra el Ejército alemán en un futuro inmediato».

Pero el Estado Mayor británico formó una opinión diferente. Un memorándum del gran cuartel general, fechado el 18 de abril, afirmaba que de las «lecciones» de Neuve-Chapelle se desprendía la conclusión de que «... mediante una cuidadosa preparación de los detalles, parece que un sector de la línea enemiga puede ser tomado con pérdidas relativamente pequeñas.»

Y éste era un juicio que Joffre consideraba demasiado prudente. Hablando confidencialmente a sir Henry Wilson (oficial de enlace en el cuartel general francés), dijo que «preparaba aún más tropas, porque estaba convencido de que rompería definitivamente las líneas enemigas, y que esta ofensiva podría y debería ser el principio del fin».

Gases asfixiantes

Entretanto, en el sur de Polonia, el tiempo trabajaba contra los ejércitos rusos a medida que Falkenhayn acumulaba divisiones alemanas de refresco detrás de las diezmadas líneas austríacas y preparaba su contraofensiva. Los alemanes planeaban reforzar su superioridad numérica en la zona (catorce divisiones contra dos) mediante una sorpresa táctica (el empleo de un arma nueva: el gas asfixiante). Sin embargo, los jefes responsables del ataque con gases habían insistido en que primero había que probar la nueva arma en un combate verdadero, y se decidió efectuar un ensayo general en el Oeste.

La zona elegida fue un tranquilo trecho de cuatro millas en el ángulo norte del saliente que formaba el frente en Ypres. La línea estaba defendida por tropas coloniales francesas, cuya escasa disciplina y cuyas tácticas irregulares habían sido, durante algunas semanas, una fuente de fricción entre el mando francés y el británico. Poco aptas para resistir un fuerte ataque ordinario, las tropas coloniales se derrumbaron inmediatamente bajo el impacto de la nueva y terrorífica arma. Esta vez fueron los alemanes los que rompieron fácilmente la línea de trincheras (también ellos tendrían que esperar casi tres años en repetir la proeza), y los que quedaron sorprendidos por la oportunidad que se les ofrecía. El gas había sido utilizado sin ningún objetivo particular, ni siquiera a nivel táctico. El comandante de las tropas alemanas trató rápidamente de improvisar una operación que pudiese atenazar desde el norte todo el saliente, pero se lo impidió la escasez de sus recursos y el heroísmo de pequeños destacamentos de tropas inglesas y canadienses, que se opusieron a su avance.

Una vez hubo cedido el ímpetu alemán, sir John French inició una serie de esporádicos y mal organizados contraataques contra las nuevas posiciones enemigas (se dijo a las tropas británicas que se protegiesen contra el gas tapándose la boca con el pañuelo empapado en una solución de agua y ácido bórico). Tales contraataques consiguieron poca cosa, a no ser la destrucción de dos brigadas del Ejército indio y la destitución de sir Horace Smith-Dorrien, el primer —y último— alto jefe que protestó contra el elevado precio en vidas de estos repetidos ataques frontales.

En el «segundo Ypres» (como se llamó a la batalla de abril en el saliente) se confirmó la experiencia de que en la guerra «abierta» el soldado era fatalmente vulnerable al fuego preciso, aunque alejado, de la artillería y al de las ametralladoras aisladas. De hecho, la única defensa del soldado era cavar trincheras, tan aprisa y tan profundamente como pudiera. Pero los Altos Mandos aliados continuaron considerando que su objetivo era la ruptura del sistema de trincheras, y sostenían que ello podía conseguirse mediante la aplicación de la misma fórmula, aunque con concentraciones de fuerzas cada vez mayores. En cualquier caso, era ya demasiado tarde para alterar los planes de la siguiente ofensiva británica, que se desencadenaría contra las alturas de Aubers,





1



2



3

1 Algunos de los miles de prisioneros rusos capturados en el frente oriental.
2 Fotógrafo de guerra en las trincheras alemanas. *3* Tropas rusas entran en Przemysl, en marzo de 1915. *4* La caballería alemana entra en Varsovia. *5* Ametralladora en una defensa subterránea alemana.



4



5

el 9 de mayo, con objeto de coincidir con el ataque diferido de Joffre, más al sur.

Esta vez la artillería británica era aún más débil que en Neuve-Chapelle, y los alemanes habían reforzado sus defensas. Cuando la primera oleada llegó a la cima, los alemanes quedaron atónitos al darse cuenta de que nunca hasta entonces habían visto en la guerra un blanco más perfecto que aquel sólido muro de hombres en uniforme caqui, unos junto a otros. Sólo era posible que se diera esta orden: «¡Fuego! ¡Hasta dejar candentes los fusiles!» El ataque fue detenido en seco. Pero los hombres que avanzaron para «explorar» se amontonaban ahora en las trincheras de vanguardia, y se les ordenó atacar, exactamente por el mismo lugar, y con el mismo resultado. No podía pensarse en rodear al enemigo por los flancos: era una cuestión de honor avanzar directamente contra las bocas de fuego. Dos días más tarde se habían agotado las municiones y quedaban muy pocos hombres. Con cierto abatimiento e insólita sinceridad, un oficial del cuartel general de Haig escribió: «Nuestro ataque ha fracasado, y ha fracasado lastimosamente y con grandes pérdidas. Ésta es la pura y desagradable verdad.»

Inmediatamente después del fracaso de Aubers empezaron a llegar a las capitales occidentales noticias de un terrible desastre en Polonia. La diferida ofensiva de Falkenhayn había abierto el flanco derecho ruso, y cuatro cuerpos de ejército alemanes estaban irrumpiendo por la brecha. Al cabo de una semana habían avanzado más de cien kilómetros; a los quince días habían pasado el San, la gran barrera fluvial de la retaguardia rusa, por Jaroslaw; al cabo de un mes reconquistaban Przemysl. Todas aquellas plazas fuertes, cuya caída en poder de los rusos había jaleado la prensa occidental en los meses de invierno de 1914, eran ahora abandonadas por los ejércitos zaristas en fuga.

El colapso ruso

Había muchas noticias para atraer la atención del público británico: los Dardanelos, el «escándalo de las municiones» (la falta de municiones era ferozmente atacada por la prensa), los cambios en el Gobierno. Pero los desastres no podían ignorarse. Mientras los aliados, impotentes, curaban sus heridas en el frente occidental, el derrumbamiento ruso se agravaba día a día. Si se podía obligar a Rusia a retirarse de la guerra (lo cual constituía el propósito estratégico de los alemanes), se habría logrado el objetivo original del Plan Schlieffen, y todo el peso del Ejército alemán podría descargarse contra Francia.

¿Cómo era posible que el frente, de un lado y de otro, pudiera ser roto con tanta frecuencia en el Este y tan difícilmente en el Oeste? ¿Por qué los avances en Polonia se medían por centenares de kilómetros y en Francia por metros?

La relación entre fuerza y espacio (entendiendo «fuerza» como una combinación del número de hombres y de la potencia de fuego) era muy diferente en uno y otro teatro de la guerra. En Francia, la proporción de fuerza a espacio era muy alta y crecía constantemente. Pero en Rusia el frente era cuatro veces más extenso, con un número de hombres ligeramente más elevado que en el Oeste y un armamento muy inferior. Las formaciones de caballería que, en sus incursiones, se encontraban con viejas ametralladoras, no hacían otra cosa que alejarse al galope por la estepa y ponerse fuera de su alcance. Los rusos andaban escasos de armas y cada soldado equipado con un fusil disponía rara vez de más de veinte cartuchos. Muchos de los fusiles austríacos no eran ni siquiera automáticos.

En aquel extenso y desguarnecido campo de batalla, los bien dirigidos y bien equipados alemanes abrieron fácilmente una profunda brecha. Después de su victoria del 2 de mayo en Gorlice-Tarnow, Falkenhayn permitió por fin al impaciente Ludendorff que avanzase desde la Prusia oriental y tomase en julio el vital nudo ferroviario de Bialystok. Sometidos a esa doble amenaza, los ejércitos rusos, desesperadamente faltos de municiones, retrocedieron en desorden hacia las líneas de defensa natural de los ríos Dvina y Pripet. A mediados de agosto, los alemanes ya habían hecho 750.000 prisioneros.

En busca de un remedio

En este momento los designios de los aliados cambiaron radicalmente, si bien la solución práctica de los problemas podía parecer idéntica. Era urgente y necesario atacar con grandes masas en el frente occidental, no ya como parte de un decisivo movimiento envolvente, sino para socorrer a la desfalleciente fuerza rusa, en un intento desesperado de atraer el grueso del Ejército alemán hacia el Oeste, a través de Polonia.

Joffre, como siempre, era optimista; sus colegas ingleses no lo eran tanto. Los franceses atacarían en Champagne, y los ingleses en Loos. Los ingleses no tenían



El nuevo soldado alemán. Caricatura publicada poco después del ataque a Ypres con gases venenosos.

aún suficiente artillería para apoyar todo su frente de ataque, y Haig decidió emplear gases en gran escala. Pero inmediatamente este medio de guerra puso a sus hombres en una posición desventajosa, puesto que la eficacia del gas depende de que el viento dominante sea favorable (lo cual, naturalmente, no podía garantizarse para la hora H), aparte de que el gas no sirve para cortar las alambradas. Además, los sectores británico y francés estaban demasiado separados para prestarse mutuo apoyo. Durante algunas semanas los ingleses difirieron el ataque de un día para otro, y mientras tanto las noticias del frente oriental eran cada vez peores. Finalmente se fijó la fecha para el 25 de septiembre: por irónica coincidencia, una semana más tarde de la fecha en que Falkenhayn había ordenado detener la ofensiva en el Este y trasladar las divisiones a Francia.

Nadie tenía mucha confianza en los resultados. El lugar no había sido elegido por los propios ingleses sino por Joffre.

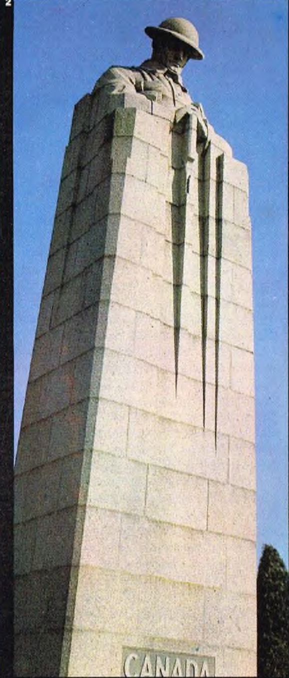


1 La segunda batalla de Ypres, según pintura de W. B. Wollen. Las tropas canadienses rechazan el ataque alemán.
2 Monumento conmemorativo dedicado a los canadienses que cayeron en la batalla. En la gallarda lucha de los canadienses contra la artillería pesada y los gases se perdieron cinco mil hombres.
3 Los comandantes. *De arriba abajo:* Erich von Falkenhayn, que consideraba a los británicos torpes en la acción e incapaces de lograr nada decisivo contra el Ejército alemán. Sir Douglas Haig, que sustituyó a sir John French como comandante en jefe británico a fines de 1915; en la batalla de Neuve-Chapelle ordenó que se «prosiguiera atacando sin tener en cuenta el número de pérdidas». Sir John French, que destituyó a un subordinado que protestaba contra la repetición de los ataques frontales.

3



2









Las primeras caretas antigás (mayo de 1915). Cuando el gas se empleó por primera vez, los soldados británicos recibieron la orden de protegerse empapando sus pañuelos en una solución de agua y ácido bórico y aplicándoselos a la boca. Un alemán escribió: «Los efectos del ataque con gas han sido horribles... Los cadáveres yacían crispados, en posturas de pesadilla... El devastado campo de batalla había tomado una coloración amarillenta...»

Al aproximarse la hora, empezaron a fallar la decisión y entereza de sir John French, quien envió un comunicado (en realidad una velada insinuación de que no aprobaba la operación) en el cual decía que «... él prestaría su apoyo en la medida que se lo permitiesen las municiones disponibles». En el cuartel general de French se produjo gran revuelo. «Habría sido mejor que sir John procediese con más prudencia», escribió indignado Henry Wilson en su diario. El propio Joffre se quejó a Kitchener, recordándole que se le había hecho personalmente responsable de asegurar la colaboración inglesa. Entretanto, Haig había recuperado la confianza y creía que el ataque tendría éxito. Sometido a esta doble presión, desde arriba y desde abajo, sir John no podía dejar de seguir adelante en la ejecución del plan.

La batalla de Loos fue una tremenda derrota. Similar a la de Neuve-Chapelle por la torpe reiteración en los ataques frontales y por desdeñar la aproximación indirecta, se diferenció de aquélla cuando los atacantes llegaron a la segunda línea enemiga. Esta vez se les ordenó el ataque directo, sin ninguna preparación artillera, sin ningún reconocimiento, y, en el caso de las dos nuevas divisiones de voluntarios, sin siquiera un alto para comer. El diario de guerra de un regimiento alemán informa que «podían distinguirse claramente diez columnas en línea, cada una de ellas de más de un millar de hombres, que ofrecían un blanco tan estupendo que los soldados no osaban siquiera dar crédito a sus ojos... Nunca tuvieron las ametralladoras una tarea tan fácil de realizar ni la llevaron a cabo con tanta eficacia. Segaron incesantemente, de uno a otro extremo, las líneas enemigas. Como todo el campo de tiro estaba cubierto por la infantería enemiga, el efecto fue devastador...»

La ofensiva de Loos no consiguió nada, ni en el plano táctico ni en el estratégico. Tampoco enseñó nada. Pero sus consecuencias fueron muy importantes. Sir John French fue destituido; Haig fue ascendido; Robertson, un colaborador próximo de Haig, fue trasladado a Londres, donde, como jefe del Estado Mayor General, tuvo a su cargo la dirección estratégica de la guerra.

Kitchener, que con su visión imperial y su pesimista apreciación del frente occidental, estorbaba a todos los jefes que tenían puesta en este frente su ambición, quedó sin poder efectivo y, a partir de entonces, las decisiones estratégicas fueron tomadas por el duunvirato Haig-Robertson, inevitablemente ligado a una estrategia continental, al empleo de grandes fuerzas terrestres en el frente occidental y al abandono de los principios bélicos de la estrategia imperial de William Pitt, que se habían mantenido incólumes por espacio de ciento cincuenta años.

Alan Clark

Servia invadida

En 1914 Servia había rechazado hacia el Danubio a los ejércitos austrohúngaros. Pero el pequeño país, que había perdido a muchos de sus combatientes en las guerras balcánicas, a muchos más en la lucha contra Austria-Hungría, y a muchos más aún en una terrible epidemia de tifus, y que estaba aislado de sus poderosos aliados, no podía esperar en mantener a raya mucho tiempo a sus enemigos. En agosto de 1915 los alemanes decidieron ayudar a los austríacos en su guerra contra Servia.

Una unidad antiaérea búlgara en Macedonia.



Durante la primavera y el verano de 1915, mientras los grandes cañones tronaban en la península de Gallípoli y nubes de gases asfixiantes flotaban sobre las trincheras de Flandes, la guerra a lo largo del Danubio parecía en suspenso, remota y sin ninguna importancia al lado de lo que estaba decidiéndose en otros frentes. En diciembre de 1914 los servios habían expulsado de su reino a los invasores austrohúngaros y habían liberado su capital, Belgrado. En Londres y en París se habló de enviar ayuda a través de la Grecia neutral. Pero las perentorias necesidades del frente occidental y los fracasos de Gallípoli hicieron olvidar pronto todas las otras tentativas estratégicas; durante diez meses los servios y los austríacos se enfrentaron sobre el ancho río, con pocas ganas de reavivar un conflicto para el que ninguna de las dos partes disponía de hombres ni de material. La única ayuda que llegó a Servia fue una pequeña fuerza naval (que convirtió los botes del Danubio en improvisadas lanchas torpederas) y siete hospitales de campaña, enviados para combatir el azote del tifus, que producía un millar de víctimas diarias en las superpobladas ciudades de Nis, Kragujevac y Skoplje. El efecto acumulativo de esta epidemia y de las bajas de las primeras batallas hizo que, al cabo de un año de guerra, los servios pudiesen mandar al campo de batalla bastante menos de 200.000 combatientes, sólo la mitad de los movilizados el verano anterior.

A principios de agosto de 1915, en el cuartel general alemán de Pless, el general Falkenhayn tomó la decisión de eliminar a Servia como unidad militar. Su principal objetivo estratégico era el de reforzar los lazos entre las potencias centrales y su aliada Turquía: sólo acabando con el estorbo servio en el Danubio central sería posible que las tropas y los suministros alemanes se moviesen libremente a lo largo de las vías férreas transeuropeas, para hacer efectiva la alianza con Turquía. El asalto a las posiciones servias correspondería a unidades alemanas y austríacas que atravesarían el Danubio y el Sava a las órdenes del general Mackensen. En el plazo de una semana esa fuerza recibiría la ayuda de dos ejércitos búlgaros, que avanzarían desde el este, sobre Nis y Skoplje respectivamente, con el fin de cortar la comunicación entre la Servia central y Salónica por los valles de Morava-Vardar. Como recompensa por su participación en la campaña, Bulgaria recibiría las regiones de Macedonia, a las que había aspirado en vano durante las guerras balcánicas. Se suponía que, antes de la llegada de los rigores del invierno balcánico, los servios se verían atrapados al pie de las agrestes montañas y serían destruidos por una fuerza numéricamente superior en una proporción de más de dos a uno.

Los servios descubrieron que los alemanes habían propuesto una alianza militar a Bulgaria a mediados de septiembre. Inmediatamente, Pasich, el primer ministro servio, telegrafió a París pidiendo que se mandaran a Salónica 150.000 soldados aliados para salvaguardar la vital línea férrea del Vardar. Británicos y franceses encontraron al primer ministro griego, Venizelos, bien dispuesto a autorizar el desembarco de tropas aliadas en territorio griego, pero no podían reunir un ejército tan grande como el que solicitaba Pasich. Retirando unidades de Gallípoli, reunieron una fuerza de 13.000 hombres, que desembarcaron en Salónica el día 5 de octubre. Semejante respuesta a la petición servia era insuficiente y llegaba demasiado tarde. Aquel mismo día, el rey Constantino de Grecia, cuñado del Káiser, obligó a Venizelos a dimitir y nombró un nuevo gobierno que era estrictamente neutralista, si no germanófilo. Quince horas más tarde, a unos quinientos kilómetros al norte de Salónica, los cañones de Mackensen abrían fuego sobre Belgrado y las tropas alemanas y austríacas se dirigían, a través de la niebla y de la lluvia, hacia sus posiciones avanza-

Mujer servia huyendo con la calavera de un antepasado. ***Abajo:*** **tropas búlgaras en territorio servio (1915). Bulgaria, decepcionada por los resultados de las guerras balcánicas y para aplastar a Servia, su vieja enemiga, se asoció a los Imperios centrales.**



das. Con las autoridades griegas nada dispuestas a colaborar, y tres cadenas de montañas que separaban a los defensores de Belgrado de la fuerza de Salónica, parecía improbable que los aliados pudiesen prestar una ayuda efectiva a los servios.

Caída de Belgrado

Las etapas iniciales de la ofensiva de Mackensen fueron una obra maestra de estrategia por la meticulosidad y el secreto con que fueron planeadas y por la precisión con que se desarrollaron. Falkenhayn había dado instrucciones en el sentido de que las tropas «no tenían prácticamente nada que hacer, excepto ponerse en marcha y avanzar tan pronto como cruzaran el río». El fuego concentrado de la artillería aseguró que las órdenes de Falkenhayn se cumplieran al pie de la letra. A los dos días había caído Belgrado, aunque los servios la defendieron calle por calle. A pesar de un viento que dificultó la operación, pronto se tendió un puente sobre el Danubio, y un cuarto de millón de hombres pudieron avanzar sobre Kragujevac a los diez días del comienzo de las operaciones. Los búlgaros declararon oficialmente la guerra el 14 de octubre, y mandaron al I Ejército en dirección a Nis, capital temporal de Servia y nudo vital de ferrocarriles, a sólo setenta kilómetros de la frontera búlgara.

El plan de Mackensen consistía en romper el Ejército servio en algún punto de la línea de ciento diez kilómetros que separaba Nis de Kragujevac. Putnik, el jefe del Estado Mayor servio, sabía que la situación era desesperada, pero confiaba en retrasar el avance enemigo lo bastante como para recibir ayuda de la fuerza francobritánica que el general Maurice Serrail estaba concentrando en Salónica. El 22 de octubre llegaron noticias a Putnik de que la infantería francesa había hecho retroceder a una columna búlgara cerca de Strumica. La escaramuza había tenido lugar a más de trescientos kilómetros al sur de Kragujevac, pero animó a

los servios. En Nis los ciudadanos decoraron las calles con banderas para dar la bienvenida a las tropas francesas. Las banderas, sucias y rotas, ondeaban todavía tristemente bajo la lluvia cuando los búlgaros entraron en la ciudad el día 5 de noviembre.

Los alemanes y austríacos no consiguieron atrapar a los servios en Kragujevac. La persistente lluvia retrasó su avance, mientras los búlgaros, al sudeste, eran contenidos por los obstinados defensores de la pequeña fortaleza de Pirot. Pero la caída de Kragujevac, el 31 de octubre, fue un duro golpe para los servios, que tuvieron que retroceder hacia las montañas abandonando sus almacenes y provisiones. Cuando las tropas de Mackensen entraron en la ciudad, las llamas se elevaban al cielo y un estruendo de explosiones señaló la destrucción del arsenal de Servia.

Durante la quincena siguiente los hombres de Putnik continuaron su retirada hacia la meseta montañosa que rodea Albania. Una vez, y solamente una vez, pareció haber una posibilidad de que el ejército de Sarrail irrumpiera entre las líneas enemigas para encontrarse con los servios. Los franceses avanzaron por el Vardar hasta Negotin, a cuarenta kilómetros de los primeros puestos servios de Veles. Pero en Negotin los franceses se vieron detenidos por un obstáculo imprevisto, un puente que había quedado sin reparar desde los tiempos de las guerras balcánicas. Cuando cruzaron el río, Veles había caído en manos de los búlgaros, y los franceses, aunque podían hostigar el flanco búlgaro, no fueron capaces de impedir que Mackensen estrechase su dogal en torno a los servios en retirada.

Una nación en retirada

A mediados de noviembre, los restos del Ejército servio se hallaban en la meseta de Kosovo, donde en 1389 el reino medieval de Servia había librado su última y heroica batalla contra los turcos. Con tres de los cuatro caminos de salida en manos enemigas, y con una ventisca que los azotaba desde el este, Putnik decidió realizar un último intento de salvación. Ordenó que fuesen destruidos los camiones y cañones, y dividió su fuerza en cuatro columnas, que deberían abrirse paso a través de las montañas de Albania para llegar al Adriático, donde esperaba encontrar navíos de las marinas aliadas para evacuar a los supervivientes. El 23 de noviembre, la horda servia —porque difícilmente podía recibir el nombre de ejército— llegó a las montañas.

La retirada servia a través de Albania es una de las epopeyas más dramáticas de la Primera Guerra Mundial. Nadie sabe con certeza cuántos fugitivos perecieron, en los desfiladeros entre los picachos montañosos, de hambre y frío, como le ocurrió en 1812 a la *Grande Armée* de Napoleón en su retirada del Beresina al Niemen. Sólo en uno de los contingentes murieron veinte mil hombres y mujeres durante las tres semanas que tuvieron que pasar en las montañas; la mayoría de







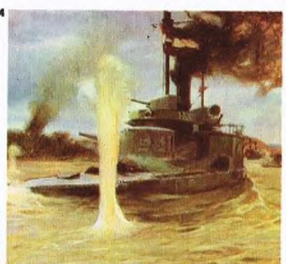
1 2

1 Dibujo acuarelado que representa a una familia servia huyendo de los invasores. El terrible viaje de los servios a través de las montañas fue más bien la marcha de una nación que la retirada de un ejército. *2* Uno de los obuses de las columnas servias que se batían en retirada. *3* Caricatura alemana titulada: «Esto fue en otro tiempo Servia.» *4* Un cañonero austríaco, que avanza por el Danubio, bombardea Belgrado. *5* Tropas alemanas entran en Paracin para reunirse con sus aliados búlgaros; éstos declararon la guerra nueve días después que los alemanes iniciaran su ataque, y, a las tres semanas, habían entrado en Nis, la capital provisional de Servia. *6* «El último día de la resistencia de Belgrado», pintura de Oskar Laske. Los servios defendieron su capital calle por calle, pero a los dos días Belgrado cayó en manos de alemanes y austríacos.

3



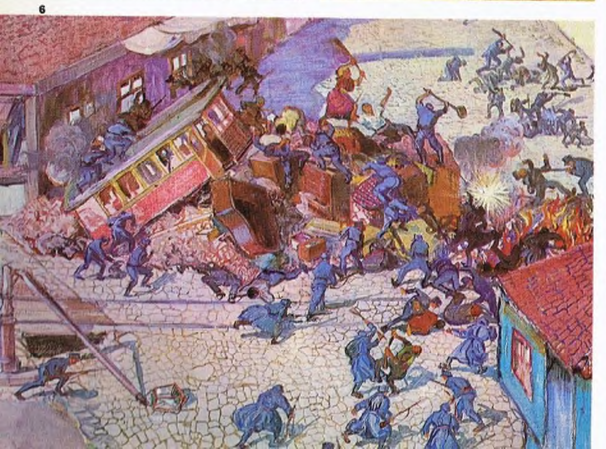
4

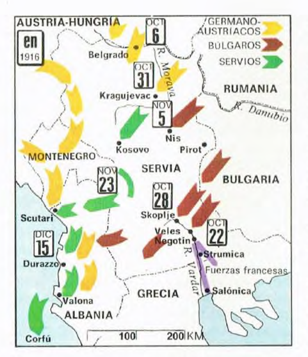


5



6





Las etapas de la invasión de Servia por los Ejércitos alemán y austríaco.

ellos perecieron a causa de las terribles condiciones climatológicas, pero también el tifus continuó produciendo víctimas, y algunos fueron muertos por tribus albanesas. Fue la marcha de una nación, más que la retirada de una unidad combatiente. En las largas columnas que caminaban lentamente hacia la costa, había hombres de más de setenta años y muchachos de doce y trece. El rey Pedro, de setenta y un años de edad, había luchado contra los turcos en aquellas salvajes montañas medio siglo antes; ahora marchaba a duras penas junto a sus soldados campesinos, hasta que, demasiado enfermo para proseguir la marcha, tuvieron que cargar con él para bajarle hasta la llanura. El príncipe regente Alejandro, su hijo y futuro rey de Yugoslavia, tenía sólo veintisiete años, pero durante la marcha sufrió agudos dolores a causa de una úlcera de estómago, y hubo que operarle antes de llegar al Adriático. Putnik, el veterano jefe de Estado Mayor, estaba también enfermo; le llevaron a través de las montañas, apenas consciente, en una improvisada silla de manos. Entre los que se retiraban había prisioneros austríacos, capturados durante la campaña anterior, y un grupo de enfermeras británicas que habían llegado a Servia con las unidades médicas, a principios del año, bajo los auspicios de la Federación del Sufragio Femenino.

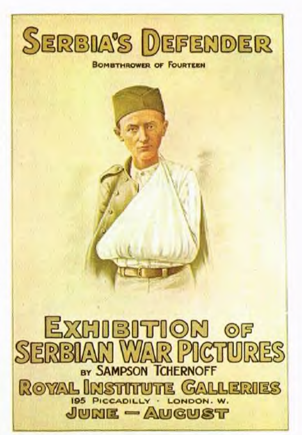
En las tres semanas que siguieron a la retirada de Kosovo apenas hubo noticias de los servios. El enemigo no era tan temerario como para perseguirles sobre la nieve, aunque la 8.ª División búlgara avanzó cautelosamente por Albania oriental, a mediados de diciembre. Las tropas de Sarrail y la 10.ª División británica (a las que había cogido la ventisca a lo largo de la frontera grecobúlgara) se retiraron a Salónica, donde empezaron la construcción de un campamento fortificado. Los búlgaros, por el momento, se detuvieron en la frontera entre Grecia y Servia.

La odisea del Ejército servio

El 15 de diciembre las primeras unidades servias alcanzaron la llanura que se extiende en torno a Scutari, en el extremo norte de Albania. Muchos hombres habían recorrido más de ciento cincuenta kilómetros a través de las montañas. En Scutari creían hallarse momentáneamente a salvo, defendidos del Ejército austríaco por su aliados montenegrinos, al norte. Durante la quincena siguiente descendieron de las montañas nuevos grupos. Pero, en realidad, los servios estaban lejos de haber llegado a lugar seguro. A comienzos de enero de 1916, las fuerzas austríacas lanzaron, desde sus bases de Dalmacia, una ofensiva contra Montenegro, y obligaron también a los montenegrinos a buscar la salvación en la huida.

Scutari resultó pronto indefendible, y cayó en manos de los austríacos el día 22 de enero. Una vez más los servios tuvieron que ponerse en movimiento. Ahora buscaron asilo en Durazzo, ochenta kilómetros al sur, y dentro de la esfera de influencia de Italia en Albania. Allí, los hombres de edad más avanzada fueron trasladados por mar a Italia. Pero Durazzo no era un lugar seguro. Los austríacos se aproximaban tan rápidamente que era imposible, dado lo inadecuado de las instalaciones portuarias, embarcar a todas las tropas servias; después de una última escaramuza con los austríacos, los supervivientes servios reemprendieron su migración hacia el sur el día 10 de febrero, siguiendo la costa, hacia Valona, el mejor puerto de Albania, a doscientos kilómetros de distancia. Navíos de la *Royal Navy* dieron escolta a quince transportes italianos y catorce franceses, por el canal de ciento cuarenta kilómetros que conducía a Corfú, que, si bien era una isla griega, había sido ocupada por los franceses en enero de 1916, pese a las indignadas protestas del rey Constantino de Grecia.

Aquella primavera centenares de servios descansaron durante semanas en los hospitales de campaña de Corfú, reponiéndose de los rigores de la retirada y de la larga marcha hacia el sur. Quizá llegaron a 10.000 los que murieron en Corfú o en las pequeñas islas de los alrededores. Pero otros no tardaron en recuperarse bajo el cálido sol jónico. Su país estaba en manos enemigas, pero su espíritu no había sido quebrantado. En Salónica, Sarrail estaba reuniendo una fuerza cosmopolita que, a fines de mayo de 1916, llegaría a un total de más de 300.000 hombres. Más de una tercera parte de aquel «Ejército de Oriente» estaba constituido por veteranos de Servia que, reequipados por los franceses y transportados en convoyes desde Corfú, a través de las aguas de las islas Cícladas infestadas de submarinos, fueron reintegrados al combate. Y a fines de noviembre de 1916 se encontraban de nuevo en territorio servio, dueños de la ciudad de Monastir y con la esperanza de que, con el tiempo, barrerían a los invasores hasta más allá del Danubio.



Cartel de una exposición de pinturas servias sobre la guerra, donde aparece un combatiente de catorce años. Fue celebrada en Londres en 1915, como muestra de la simpatía británica hacia Servia, país que, sin embargo, no recibió de los aliados más que una ayuda escasa y tardía.

Alan Palmer

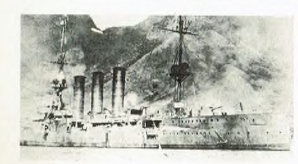
Las naves corsarias

Aunque la «Royal Navy» fuese la marina más poderosa del mundo, no podía, con gran consternación del Imperio Británico, garantizar la seguridad de los barcos ingleses contra un reducido número de cruceros alemanes capitaneados por hombres audaces. Para los soldados alemanes que se encontraban en la Europa occidental o en las trincheras nevadas del frente ruso, los nombres de «Emden», «Karlsruhe», «Dresden» y «Königsberg» significaron un motivo de orgullo... y también una esperanza para el futuro.

1 **El** *Karlsruhe,* **un crucero pirata audaz y peligroso.**
2 **El** *Dresden,* **crucero alemán que, en marzo de 1915, cayó en manos de los ingleses cerca de las islas de Juan Fernández, pertenecientes a Chile.**
3 **Supervivientes del hundido** *Dresden,* **con los marinos que los recogieron.**

1





2



Hasta el último decenio del siglo XIX, como dijo un inglés al gran almirante Von Tirpitz, Alemania «no fue una nación marinera». Los proyectos para dotar al país de una armada, inspirados tanto por el nacionalismo como por las necesidades estratégicas, quedaron estancados en discusiones entre las diferentes autoridades competentes: el Almirantazgo, el poder ejecutivo y el Ministerio de Marina, así como el Káiser y el Estado Mayor. Incluso después de que Tirpitz consiguiera el favor del Káiser, en 1892, y empezara a crear el núcleo de la escuadra alemana, siguió en pie el dilema de qué clase de marina de guerra se necesitaba. ¿Debía ser una flota de alta mar, capaz de reducir el poderío naval de Gran Bretaña (porque no cabía la menor duda de que ésta sería en definitiva el enemigo naval) desplazándola de su privilegiada posición? ¿O se trataba de construir cruceros rápidos, como las naves corsarias del siglo XVIII, para destruir el comercio del enemigo y distraer al mismo tiempo fuerzas del grueso de su armada principal?

Las autoridades navales alemanas discutieron sobre esta decisión crucial durante diez años a partir de 1895, año en que Tirpitz dimitió al ver que los argumentos políticos se inclinaban por una guerra de cruceros y no por una flota de batalla, como él propugnaba. Las ambiciones coloniales constituían un fuerte argumento en favor de una estrategia de ultramar. Los nuevos y veloces cruceros no sólo harían ondear la bandera alemana en todos los puertos del mundo, robusteciendo las simpatías filogermanas en América del Sur, en África y en Asia, sino que además proporcionarían una defensa a las islas y territorios dispersos que recibían el orgulloso nombre de «Imperio Alemán». Estos cruceros fueron también con frecuencia la razón de que se adquirieran nuevos dominios: el propio Tirpitz negoció la adquisición del último de los puertos chinos abierto al comercio extranjero, Tsingtao, a fin de usarlo como base para la escuadra del Asia oriental.

La prioridad concedida a la guerra de cruceros sufrió un rudo golpe con el retorno de Tirpitz. La segunda Ley Naval del año 1900 subrayaba la necesidad de una poderosa marina de guerra en las aguas metropolitanas alemanas. Pero, a manera de concesión a los partidarios de la guerra de cruceros, también se procuró atribuir una importante función a los barcos de guerra que navegasen en ultramar: estos barcos debían «representar a la escuadra alemana en el extranjero... y recoger los frutos que madurasen gracias a la fuerza naval del Reich, encarnada en la flota metropolitana de combate».

Hasta 1910 esta política se concretó en un programa de construcción de cruceros ligeros, rápidos y bien artillados, capaces de desarrollar una velocidad de 24 a 27 nudos, y dotados de cañones de 105 a 150 milímetros, que en aquella época eran los más perfectos del mundo. Cuando, lanzados a la carrera de construir barcos de guerra cada vez más grandes, se estableció otra prioridad y todos los cruceros nuevos se incorporaron a la flota de combate, fueron los cruceros del período 1905-1910 los que se destinaron a las bases de ultramar. Tanto en velocidad como en artillería eran superiores a los barcos británicos equivalentes, aunque de ello no estaban seguras ambas partes antes de empezar las hostilidades. Sin embargo, no se los destinó a una acción bélica directa contra barcos de guerra, sino que su misión consistía en atraer unidades vitales de la gran flota británica y mantener despejada la salida a la flota alemana del Mar del Norte.

La estrategia inglesa no contaba con unidades para contraponer a los cruceros alemanes. Ya era bastante difícil conseguir fondos suficientes para construir acorazados de combate —incluso los *dreadnoughts*— y todos los nuevos cruceros se necesitaban para proteger las aguas británicas. Por ello siguieron utilizándose un

buen número de cruceros del tipo *County*, construidos entre 1895 y 1905, demasiado caros para ser desguazados y cuyos fallos en velocidad y armamento no iban a advertirse hasta que se vieran sometidos al fuego enemigo. Para compensar estas deficiencias, así como para proteger sus dilatadas rutas de comunicaciones y de comercio, Gran Bretaña confiaba en la alianza con el Japón —cuya flota podía bloquear Tsingtao, el único puerto efectivo que Alemania poseía en Asia— y en las fuerzas combinadas de Australia y Nueva Zelanda, que debían neutralizar el poder de las colonias alemanas del Pacífico. No se tomó ninguna medida específica de defensa respecto al océano Índico, que se consideraba como un coto británico.

Cuando se declaró la guerra, las principales fuerzas alemanas consistían en la escuadra del Asia oriental, mandada por el vicealmirante Von Spee, y que constaba de los cruceros pesados *Scharnhorst* y *Gneisenau* y de los tres cruceros ligeros *Emden*, *Leipzig* y *Nürnberg*. Por el Caribe navegaban dos de los cruceros ligeros más rápidos, el *Karlsruhe* y el *Dresden*, y por el océano Índico, con base en África Oriental Alemana, el *Königsberg*. En el Mediterráneo estaban el *Goeben*, uno de los mejores cruceros de batalla de la escuadra alemana, y el *Breslau*. Finalmente, en puertos norteamericanos o alemanes, había los grandes vapores para pasajeros, buques de más de 20.000 toneladas, capaces de desarrollar una velocidad de veinticinco nudos y que ya estaban dispuestos para recibir los cañones que, al darse la orden, habían de proporcionarles los barcos de guerra.

El sistema defensivo de los aliados parecía sobre el papel mucho más considerable de lo que era en la práctica, debido a las inmensas distancias que debían cubrirse. En Oriente, el Alto Mando tenía sus bases principales en Hong-Kong y Singapur, y actuaba en combinación con la flota australiana, que era pequeña pero moderna. El norte del Pacífico se había confiado a los japoneses; tres escuadras de cruceros y una escuadra francesa defendían el Atlántico; dos escuadras anticuadas en el océano Índico completaban el dispositivo. Churchill, Primer Lord del Almirantazgo, y su Estado Mayor eran conscientes de la debilidad de este sistema defensivo, pero no preveían hasta qué punto iba a ser puesto a prueba.

Impresionantes éxitos iniciales

Inmediatamente después de la declaración de guerra, Alemania se apuntaba una impresionante lista de triunfos. El *Goeben* bombardeó las bases francesas de Bona y Philippeville en el norte de África, escapó a la persecución de la flota británica en el Mediterráneo y se refugió en Constantinopla, donde el barco fue vendido a Turquía, país aparentemente neutral. Las intrigas de su hábil jefe, el almirante Souchon, contribuyeron no poco a que Turquía entrara en la guerra al lado de Alemania en el otoño de 1914. Entretanto, a comienzos de agosto, el *Königsberg* hundía, frente a las costas de Aden, el *City of Winchester*, que transportaba la mayor parte de la cosecha de té de Ceilán, y amenazaba la seguridad de la ruta de Suez hacia la India. Dos transatlánticos artillados escaparon por el Mar del Norte, y otro, el *Kronprinz Wilhelm*, burló el bloqueo de los puertos norteamericanos, mientras el *Karlsruhe* hundía su primer barco mercante en el Caribe.

Antes de que el Almirantazgo británico tuviese tiempo de reaccionar, las necesidades de la guerra en el frente occidental hicieron más difícil su tarea. Tras la retirada de Mons, se volvieron acuciantes las peticiones de mayor número de refuerzos. Como el frente se extendía desde el Canal de la Mancha hasta Verdún, Kitchener, el ministro británico de la Guerra, llamó a los reservistas, supeditando los otros planes del Almirantazgo al objetivo de escoltar hasta Inglaterra a los batallones ingleses destacados en la India. Además, las divisiones procedentes de Australia y de Nueva Zelanda, debido a la presencia del *Königsberg* en aquellas aguas, tenían que ser escoltadas al menos hasta el mar Rojo. Durante varias semanas la mitad de las escuadras de ultramar no pudieron dedicarse a perseguir a los cruceros alemanes.

Pero los alemanes desaprovecharon lo que hubiera podido ser una gran oportunidad para sus «naves corsarias». Una de las decisivas batallas de la guerra, un combate de escaso relieve en el Mar del Norte, frente a Heligoland, el 28 de agosto, en el que los alemanes perdieron tres cruceros ligeros, dejó tan consternado al Káiser que decidió evitar nuevos peligros a su querida flota. Una estrategia defensiva reemplazó a la que se había elaborado antes de 1914; una estrategia errónea, al menos en lo referente a la guerra de cruceros. En vez de ordenar ataques inmediatos contra los puntos vulnerables, el plan alemán dio por supuesta la pérdida inminente de sus bases en el Pacífico —Samoa, Nauru, Nueva Guinea y Tsingtao— y se asustó ante las dificultades que encontrarían los cruceros corsarios para repostar, en vez de tener en cuenta su inmenso potencial destructivo. Tirpitz quería ordenar a Spee que regresara, pero el ambiente en Berlín era tal que no se le envió ninguna orden. Hacía menos de un mes que se habían roto las hostilidades, y el Almirantazgo alemán había abandonado por completo los preparativos de años enteros: la red de carboneros y barcos de aprovisionamiento, las comunicaciones y los neutrales simpatizantes. Los éxitos de los cruceros corsarios en el curso del otoño se obtuvieron sin contar siquiera con el apoyo moral de su país.

Estos cruceros asolaban dos zonas principales, ambas vitales para las necesidades bélicas de los británicos: el Atlántico central y el océano Índico. En agosto, los intereses británicos más importantes eran los convoyes de tropas que, procedentes de la India, pasaban por el canal de Suez. Ninguno de ellos podía considerarse a salvo hasta que se supiera por dónde navegaba el *Königsberg*. Pero el barco del capitán Looff se había esfumado; había regresado al África Oriental Alemana, y no volvió a aparecer hasta el 20 de septiembre, cuando, al amanecer, atacó la tranquila ensenada de Zanzíbar, bombardeó el puerto y hundió el crucero ligero británico *Pegasus*. En aquellos angustiosos meses la calma de aquellas aguas entre Australia y la India, que durante tanto tiempo habían sido coto británico, fue turbada por el más audaz de los cruceros corsarios, el *Emden*.

«Nos esperan grandes botines»

El almirante Von Spee había salido de Tsingtao para hacer maniobras antes de que estallara la guerra y no tardó en verse privado de su base debido al bloqueo japonés. El almirante previó el dilema que se planteaba a su escuadra: si se quedaba en el Pacífico, a la larga se le acabaría el carbón o sería destruida por la escuadra de Singapur o por la japonesa. Von Spee decidió, pues, doblar el cabo de Hornos, abrirse paso a través de la línea defensiva del Atlántico y volver a Alemania por el Mar del Norte. Pero Karl von Müller, capitán del *Emden*, le pidió permiso para hacer correrías por el océano Índico. Spee escribió: «Un solo crucero ligero puede repostar carbón de los barcos capturados y mantenerse así durante mucho tiempo..., y como allí nos esperan grandes botines, mandé al más rápido de los cruceros ligeros.»

Hábilmente camuflado, con una chime-

nea falsa, el *Emden* cruzó el estrecho de Sumatra e inició sus actividades de piratería el 7 de septiembre echando en una semana nueve barcos a pique. Estas noticias produjeron gran consternación en Londres y fueron causa de que aumentasen bruscamente las primas de seguros. Australia y Nueva Zelanda pidieron una fuerte escolta para el convoy de las tropas Anzac *(Australian New Zeeland Army Corps)*, pero su petición no podía ser atendida, ya que el Ministerio de la Guerra había dado prioridad a los convoyes indios amenazados por el *Königsberg*. El 21 de septiembre Müller llevó la guerra a territorio enemigo, al bombardear durante la noche la ciudad de Madrás, provocando el incendio de los grandes depósitos de gasolina y destruyendo, a la luz de las explosiones, las instalaciones del puerto. Luego se dirigió hacia el sur y, en aguas de Ceilán, poniéndose temerariamente a tiro de la artillería costera de Colombo, capturó o hundió otros diez buques mercantes. De momento, Australia y Nueva Zelanda decidieron aplazar por tres semanas el envío del convoy.

El *Emden* no volvió a asestar otro golpe hasta mediados de octubre, precisamente cuando estaba ya dispuesto el convoy con su escolta y en un momento en que la guerra en Sudáfrica contra los rebeldes, apoyados por los alemanes y bajo el mando de Christian de Wet, se encontraba en su fase más peligrosa. Otros varios hundimientos precedieron a uno de los ataques más atrevidos de la guerra: Müller penetró en el puerto de Penang, en la península de Malaca, y hundió el crucero ligero ruso *Zhemchug* y un destructor francés. En combinación con el *Karlsruhe* y los transatlánticos artillados, que hacían continuos estragos en el Atlántico, y coincidiendo con el ataque de Spee a la colonia francesa de Tahití, los cruceros corsarios estaban consiguiendo su objetivo de distraer al enemigo. Hacia fines de octubre habían capturado o hundido más de cuarenta buques aliados.

El *Karlsruhe* solo tenía en su haber cerca de 100.000 toneladas hundidas. Había estado a punto de ser capturado por la escuadra del almirante Cradock en el Caribe, a principios de agosto, pero el trasatlántico artillado *Kronprinz Wilhelm* le proporcionó combustible y escapó a Puerto Rico con el pañol de carbón casi vacío. Después, el barco del capitán Kohler, que desarrollaba una velocidad de 27 nudos y medio, pudo eludir fácilmente la persecución de Cradock, que cruzaba cansinamente el Atlántico central. Tras haberse puesto de acuerdo con el *Dresden*, en los meses de agosto y septiembre los dos cruceros piratas sembraron el terror frente a las costas del Brasil, donde convergían todas las rutas comerciales de América del Sur. Inmovilizaron cargamentos de carne congelada en los puertos argentinos y dieron un fuerte impulso a las simpatías filogermanas que existían en los países neutrales hispanoamericanos.

Luego Spee ordenó al *Dresden* que fuera a reunirse con él en el Pacífico, atrayendo a Cradock hacia el sur y dejando así libre el camino de las Antillas para el *Karlsruhe*, oportunidad que Kohler no desaprovechó. Los servicios de espionaje alemanes en el Brasil, Argentina y Chile le procuraron información sobre la ruta de los barcos mercantes, pudiendo así situarse en acecho para cortarles el paso. Apoyado por el *Kronprinz Wilhelm*, a fines de septiembre hundió veinte buques, de cuyo cargamento tomó lo que necesitaba y repostó carbón en alta mar.

La gravedad de los estragos que había causado no se puso en evidencia hasta que desembarcó 400 prisioneros, y no se procedió a organizar seriamente su persecución hasta el 14 de octubre, cuando el almirante Stoddart tomó el mando supremo del Atlántico central y norte, y se le confió el moderno crucero *Defence*. Pero Kohler ya estaba sobre aviso; hundió otros dos barcos mercantes con preciosos cargamentos y puso proa al norte, proyectando atacar el corazón de las Antillas y destruir Barbados y Fort de France, en la Martinica, con lo cual la moral de los aliados sufriría un rudo golpe.

Hasta entonces, los únicos triunfos británicos habían sido el hundimiento de dos transatlánticos armados, el *Kaiser Wilhelm der Grosse*, en la costa de África, y el *Cap Trafalgar* (a cargo de otro transatlántico armado, el *Carmania*), con lo cual se interrumpió el suministro de carbón al *Karlsruhe*. En el Pacífico, todas las bases alemanas habían sido conquistadas por medio de operaciones conjuntas de tropas japonesas y de los Dominios. Pero el peligro principal era la desconocida y temible escuadra de Spee, mejor conocida por el almirante Cradock —en este momento comandante del Atlántico sur— que por el Almirantazgo británico. Nadie podía saber que Spee había decidido regresar a Alemania, a ser posible con todos sus barcos intactos. Cradock pensaba que si Spee doblaba el cabo de Hornos podía atacar Ciudad del Cabo, o incluso seguir adelante e interceptar el convoy australiano-neozelandés. Estas consideraciones le movieron, en total desacuerdo con el Almirantazgo, a buscar a Spee por las costas del Pacífico, y le condujeron a la desastrosa batalla de Coronel. El primer gran combate naval británico desde hacía un siglo terminó el primero de noviembre con un desastre casi total.

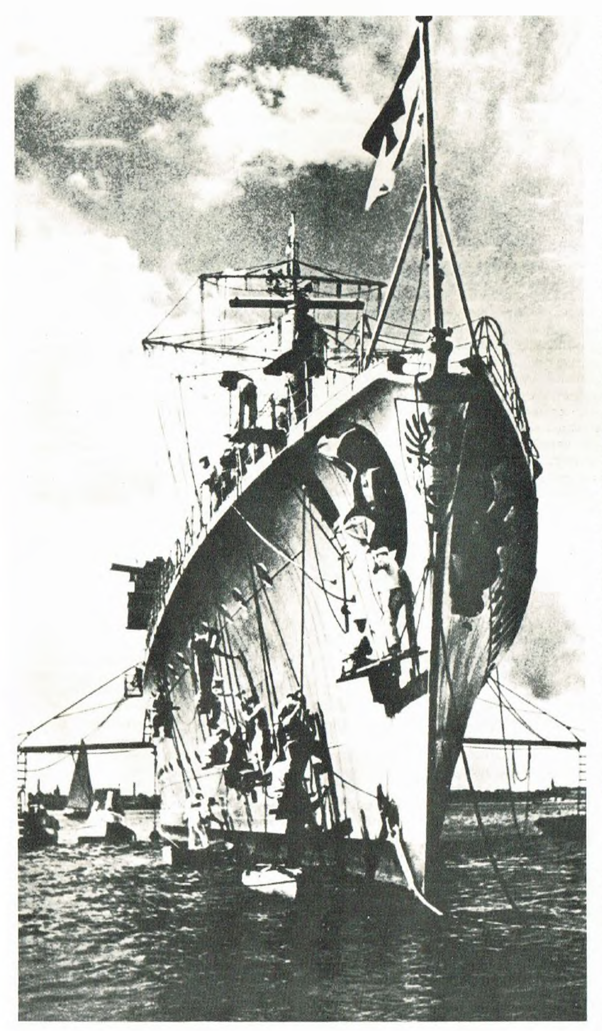
Ante esta derrota los planes estratégicos sufrieron un brusco cambio. Había que terminar con Spee. Para ello, se echó mano de dos cruceros de batalla de la gran flota de Jellicoe y se les ordenó zarpar con toda urgencia hacia el teatro de operaciones. Una gran concentración naval tuvo lugar frente a las costas brasileñas y se tendió una densa red de acero a ambos lados del cabo de Hornos. Las flotas japonesa y australiana cortaban la retirada por el Pacífico. La prioridad de la guerra en Europa se trasladaba por fin a ultramar; así se terminaría con las hazañas de los cruceros piratas.

Final del «Cisne de Oriente»

Después de dos meses de causar estragos sin precedentes en el océano Índico y de ser perseguido por el *Yarmouth*, mandado por el voluntarioso pero ineficaz capitán Grant, la suerte del *Emden* cambió. Müller decidió atacar la estación telegráfica de la isla de Cocos con objeto de cortar los cables que la unían con Australia y África del Sur, y salió directamente al encuentro del convoy australiano-neozelandés que, protegido por una fuerte escolta, había salido por fin de Perth. El *Sidney*, al mando del capitán Glossop, fue destacado en su persecución, y después de una larga y extenuante batalla, Müller hizo encallar el desmantelado armazón del *Emden*, el «Cisne de Oriente», en los arrecifes coralinos de la isla de Cocos. Fue hecho prisionero y se le honró con una concesión poco frecuente: se le permitió conservar la espada.

Entretanto, el capitán Kohler navegaba rumbo a Barbados. Con todos los barcos de guerra del Atlántico reunidos en el Sur, nada podía salvar a la desprevenida colonia, pero en un día despejado, por razones que se ignoran, el *Karlsruhe* hizo inesperadamente explosión y se partió en dos, hundiéndose inmediatamente y muriendo en el naufragio el capitán y la mayor parte de la tripulación. Por ironía del destino aquel mismo día el Almirantazgo alemán había cablegrafiado: «Orden de regreso; la misión ha terminado.»

El peligro que habían constituido los transatlánticos artillados había desaparecido casi por completo. En el mejor de los casos habían llevado a cabo una extraña



modalidad de guerra naval corsaria, veloz, pero que necesitaba inmensas cantidades de carbón. Para su aprovisionamiento existía una organización dirigida por el capitán Boy-Ed, de la embajada alemana en Washington, pero los buques de guerra británicos que montaban guardia frente a las aguas territoriales de los Estados Unidos tenían una fuerza disuasiva demasiado grande, y la mayoría de los transatlánticos fueron internados. Sólo el *Kronprinz Wilhelm* tuvo una afortunada carrera como nave corsaria, hundiendo en seis meses alrededor de 60.000 toneladas de barcos. Pero aunque su velocidad era de 25 nudos, tenía que perder un tiempo precioso repostando carbón en alta mar de los carboneros capturados, y después de noviembre fue casi olvidado por las fuerzas británicas, que concentraron su atención en la amenaza del cabo de Hornos.

El 9 de diciembre se recibió la noticia de la batalla de las islas Malvinas, en la cual el almirante Sturdee destruyó toda la escuadra de Spee, con la excepción del *Dresden*. De hecho, esta batalla marcó el fin de la guerra en ultramar. El *Dresden* huyó a lo largo de los innumerables accesos de la costa chilena, pero a partir de entonces se convirtió en un fugitivo que finalmente fue acorralado y echado a pique cerca de las islas de Juan Fernández. Las naves carboneras alemanas aún seguían escurriéndose de los puertos brasileños para aprovisionar al *Kronprinz Wilhelm* y a otro transatlántico armado, el *Prinz Eitel Friedrich*, que había logrado escapar de la batalla de las Malvinas. Entre los dos capturaron en el curso del invierno dieciocho barcos mercantes, pero en marzo, no pudiendo emprender el largo viaje de regreso hasta Alemania debido a la falta de carbón, ambos se refugiaron en la bahía de Newport, en los Estados Unidos, y fueron internados. Seis meses después el Gobierno norteamericano pedía la destitución del capitán Boy-Ed. Probablemente sus actividades contribuyeron más a mover a la opinión pública norteamericana que a favorecer el poderío naval alemán.

Sólo quedaba el *Königsberg*. Después de su victoriosa incursión contra Zanzíbar, el capitán Looff había vuelto a su base secreta, establecida antes de la guerra en los intrincados y fangosos canales del río Rufiji, en el África Oriental Alemana,

El *Königsberg*, que en el océano Índico iba a demostrar su superioridad, tanto en velocidad como en artillería.

Las hazañas de las naves corsarias alemanas durante el primer año de guerra (1914-1915).
1 Los cruceros ligeros *Karlsruhe* y *Dresden* sembraron el terror en el océano Atlántico, a lo largo de la costa brasileña. Cuando Spee ordenó al *Dresden* que se dirigiera hacia el cabo de Hornos para reunirse con él en el Pacífico, el *Karlsruhe* se dirigió hacia el norte del continente sudamericano; iba rumbo a la rica colonia británica de Barbados cuando, inexplicablemente, hizo explosión.
2 El *Emden* asoló el océano Índico, considerado tradicionalmente como un lago británico. Salió de Tsingtao, pasó por el estrecho de Sumatra, hundió nueve buques, bombardeó Madrás, hundió otros diez buques cerca de Ceilán y, finalmente, se dirigió al puerto de Penang en busca de nuevas víctimas; luego, perseguido por el *Sidney*, fue encallado por su propio capitán en las islas Cocos.





donde fue acorralado e inmovilizado por una fuerte escuadra británica al mando del capitán de navío Drury-Lowe. Pero el *Königsberg* se mantenía fuera del alcance de los cañones enemigos y permanecía oculto detrás de los pantanos y de los bosques de mangles, mientras sus hombres estaban en tierra, atrincherados en excelentes fortificaciones y aprovisionados desde el interior. Uno de los canales fue obstruido haciendo zozobrar un viejo barco carbonero, pero había otros abiertos: el *Königsberg* planteaba un problema insólito y retenía allí inmovilizados a tres modernos cruceros.

Los primitivos aviones que se trajeron en barco desde Ciudad del Cabo lograron localizarlo, pero las lluvias tropicales y el calor pronto hicieron inservibles estos aparatos. Ambos contendientes estaban en tablas y no ocurrió nada nuevo hasta el mes de marzo, cuando el Almirantazgo alemán envió el barco carbonero *Rubens* para que el crucero pudiera repostarse y Looff tuviese así la posibilidad de abrirse paso hasta el mar abierto y regresar a Alemania. Pero después de dar un rodeo por el norte de Escocia y de rebasar El Cabo, el *Rubens* fue hundido a menos de un día de navegación del río Rufiji. Looff mandó la mitad de sus hombres hacia el interior para que ayudaran al general von Lettow-Vorbeck en la campaña del lago Tanganica, y abandonó toda esperanza de escapar. Sin embargo, el *Königsberg* seguía siendo indestructible. Se recurrió a más aparatos de aviación y finalmente a dos monitores muy bajos, una especie de plataformas de artillería que sólo tenían un calado de 1,5 metros. En la primera operación aeronaval de la historia, remontaron el río, disparando indirectamente contra el *Königsberg* según las indicaciones que les daban desde los aviones. En el primer ataque tuvieron que retirarse con graves pérdidas. Pero los alemanes iban escasos de municiones, y el ataque siguiente, una semana más tarde, dio resultado. El último de los cruceros corsarios alemanes acabó con el casco hecho una criba y tumbado en una playa infestada de mosquitos, casi un año después del comienzo de la guerra.

La audacia de los «corsarios»

Los cruceros alemanes heredaron la tradición de las naves corsarias del siglo XVIII. Habían recibido la orden de no atacar barcos de guerra salvo en casos sumamente apurados. Los planes alemanes referentes a las bases, aprovisionamiento de carbón y reparaciones eran tan eficaces como lo permitían la dispersión de las colonias alemanas y la benevolencia de los países neutrales. Pero, debido a los reveses sufridos en Europa, no se hicieron planes estratégicos para su actuación posterior hasta que, al final, se les dio la orden de regreso. Sin embargo, en el Mar del Norte pocos de estos cruceros corsarios hubieran podido ser utilizados en misiones comparables a las que cumplieron en otros mares. Las circunstancias determinaron toda la concepción de la estrategia naval en aguas de ultramar. Los cruceros alemanes aventajaban en velocidad y en potencia de fuego a sus equivalentes británicos. El *Karlsruhe* fue sorprendido por toda la escuadra de Cradock y, sin embargo, pudo escapar. Si Spee, en vez de dar media vuelta para poner a salvo sus buques, se hubiese dirigido al mismo Port Stanley, tal vez habría hundido o averiado seriamente a varias de las mejores unidades de la flota británica a medio anclar. Al parecer el Almirantazgo alemán estaba obsesionado por cálculos puramente numéricos. Si las autoridades navales creían realmente que los cruceros estaban condenados, podían haberlos utilizado en mortíferos ataques contra convoyes de tropas o incluso contra puertos como el de Hong-Kong.

La guerra de movimiento cogió a los dos bandos por sorpresa. La eficacia de los cruceros corsarios y la audacia del *Emden* y del *Karlsruhe* no habían sido previstas. Las necesidades del Ejército en Flandes relegaron a segundo término los consejos de la Marina, y tuvo que producirse el desastre de Coronel para galvanizar las defensas británicas. Entonces se hizo evidente que las naves corsarias de superficie tenían los días contados. Fue necesario que dos años más tarde aparecieran los submarinos para que Gran Bretaña se viera al borde de la inanición.

Pero los cruceros corsarios significaron algo más. Subrayaron el contraste existente entre la guerra en ultramar y los combates en el frente occidental, así como el estancamiento de la lucha entre dos flotas que se acechaban mutuamente en el Mar del Norte. Los cruceros corsarios se asomaron a los titulares de los periódicos y cautivaron la fantasía popular. Para los soldados alemanes, que se encontraban en el frente occidental o en las trincheras nevadas del frente ruso, nombres como los del *Emden, Kalrsruhe, Dresden* y *Königsberg*, significaron un motivo de orgullo y, sobre todo, una esperanza para el futuro.

R. K. Middlemas

Indice